

t. 73991

D GCL

A

C.B. 1094381

Sinesio Delgado.

OBRAS COMPLETAS

TOMO PRIMERO

VERSOS Y PROSA



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.

1919

R.59141

Estudio Delgado

OBRAS COMPLETAS

TOMO PRIMERO

POESÍA Y PROSA

ES PROPIEDAD



Deposito legal en la Biblioteca Nacional de España
el día 10 de Mayo de 1902

PRÓLOGO

Declaro que por mi propia voluntad nunca se hubiera dado á la estampa esta colección, porque si ella tiene alguna importancia, aunque sea relativa, no había de faltar, andando el tiempo, quien se tomara el trabajo de rebuscar coplas y artículos, cuentos y comedias, en libros, folletos y periódicos; y si no tiene ninguna, como es de temer, es inútil que yo la componga y forme, revelando de paso una inmodestia que no tengo.

Si se ponen en la picota del ridículo el poetastro sin substancia y el escritorzuelo vulgar que imprimen libros, dando á entender que, en su opinión, puede interesar á la gente lo que ellos piensan y escriben, calcúlese la triste figura que ha de hacer el que se lanza á reunir sus obras completas, considerándose á sí mismo personalidad digna de estudio y con la manifiesta intención de evitar quebraderos de cabeza á las generaciones futuras.

La idea de encontrarme en este caso me da escalofríos.

Pero... nadie está libre de tener admiradores, y yo tengo uno. Es posible que no tenga más, pero éste que tengo es de ley, á carta cabal y sin condiciones, hasta el punto de insistir un día y otro, año tras año, en la manía de imprimir todas mis obras con estereotipia y todo, como si al correr de los siglos hubiera necesidad de utilizar las planchas muchas veces.

En vano le he hecho ver, á cada uno de sus requerimientos, que de todos mis libros no se han despachado más ejemplares que los que yo he regalado buenamente con expresivas dedicatorias, y que están las ediciones casi enteras en los sótanos de las librerías, esperando el infausto día de mi muerte para encontrar la suya en los montones de los baratillos; inútilmente he procurado demostrarle, con documentos fehacientes, que mis obras dramáticas, con lamentables excepciones, son el espanto de empresarios y comediantes, y ni á cañonazos entran en el repertorio... El hombre ni se aviene á razones ni cesa en su empeño, y llevarle por más tiempo la contraria sería caer en la vanidad de la modestia, tanto más cuanto que su generosa terquedad, en el fondo, no puede menos de halagarme.

Este mi admirador, mirlo blanco de los editores, se llama D. Carlos Boué, y administra y dirige el Establecimiento tipográfico de D.^a Adela Ginés,

viuda de Pedregal. Estampo aquí su nombre para que sea mi conde de Lemos, salvando la natural distancia, para que conmigo pase á la posteridad ó le arrastren conmigo en el *spoliarium* de los puestos de feria, entre los diccionarios de Madoz y las Colecciones legislativas. Quédese para él la responsabilidad del fracaso, y adjudíquesele la parte correspondiente de gloria, si la hubiere.

Debo hacer constár, ya que á ello me pongo, que aunque la colección se titula de *Obras completas*, no hay en ella sino una quinta parte, porque, como jamás pensé correr semejantes aventuras, de todo me cuidé menos de apartar y conservar cuanto iba escribiendo, y ahora sería punto menos que imposible reunir lo desperdigado en periódicos y revistas de todas clases. De lo que me ha caído en las manos no he hecho selección, como comprenderá en seguida quien lo leyere, y con ello les basta y les sobra para juzgarme á los amigos y conocidos que han de recibir estos libros como obsequio, porque de los otros, de los compradores de buena fe, no hay para qué hablar, puesto que no creo que haya nacido ninguno todavía.

Se echarán de menos los datos biográficos con que es costumbre encabezar este género de publicaciones, y sería, efectivamente, una lástima que en lo porvenir tuvieran que descrismarse los eruditos para averiguar dónde nació, por dónde anduve y cuáles fueron los incidentes y pormenores de mi existencia; pero he de advertir que pienso, si Dios me da salud, contar y detallar más adelante, sinceramente y con la mayor amenidad posible, todas mis andanzas. Tal vez sea esa la más interesante, mejor dicho, la única interesante de mis obras, no por el relato de lo que á mí atañe particularmente, sino porque la suerte me hizo presenciar de cerca el desenvolvimiento de la vida literaria española en un largo período de tiempo y hube de bregar de firme en los campos de batalla del libro, la prensa periódica y el teatro.

Pero la publicación de estos apuntes ó memorias sería prematura. Me queda, á mi juicio, mucho que hacer y trabajar en el mundo y no es conveniente precipitarse para contar lo que ha pasado cuando puede tener más enjundia y miga lo que va á pasar. Dejémoslo todo, pues, para el último tomo de esta colección que ha de salir á luz, si el editor vive y no se arrepiente, cuando el autor, humilde soldado del arte, decida retirarse definitivamente de la línea de fuego.

Y basta de prefacio.

PARTE PRIMERA

VERSOS

AUTOBIOGRAFIA

Soy un quídam, un cualquiera.
Este busto que yo tengo
pudiera servir lo mismo
de remate á un picapleitos,
ó empleado en cualquier parte,
ó viajante de comercio,
ó cobrador del tranvía,
ó ordenanza del Congreso,
ó tramoyista, ó comparsa,
ó estufista, ó carpintero...
en fin, para medio mundo
y parte del otro medio.

Pues lo mismo exactamente
que por fuera soy por dentro;
la vulgaridad andando;
parte del montón inmenso
que no toca nunca pito
ni flauta en el gran concierto.

Menudo grano de arena
que arrastra á su antojo el viento
entre millones de granos
del mismo tamaño y peso.

¡Qué demonio! Acaso estriba
mi hermosa dicha en saberlo;
porque es de advertir que gozo,
sin que yo ponga los medios,
la felicidad más grande
que le ha tocado á un sujeto.

¿Que el hombre feliz no tiene
camisa? Pues yo la tengo,
y en mí resbalan las penas
como en el vidrio el acero.

De tal modo la alegría
me rebosa, que no puedo
ni podré tomar las cosas
más importantes en serio.

Puede que tenga enemigos,
pero no sé si los tengo
ni me importa, y eso ¡claro!
equivale á no tenerlos.

Y ¿dónde hay fuerzas humanas
ni asechanzas del infierno
que hagan desgraciado á un hombre
que se ha empeñado en no serlo?

Yo vine con dos pesetas
á Madrid, desde mi pueblo,
con mi carga de versitos
insustanciales y bueros,
y excuso decir á ustedes
si me habrá costado esfuerzos
avanzar algunos pasos
por el camino derecho.

He bregado como nadie,
sin descanso ni sosiego,
sacando mucho partido
de mis instintos de obrero
que, riéndose y cantando,
aguanta firme en su puesto
rigores de la intemperie
y deficiencias del sueldo.

¿Hay obstáculos? Se saltan.
¿El cuerpo se rinde? Bueno.
¿Caen capuchinos de bronce?
Se espera á que cambie el tiempo.
Y así resisto en la lucha
duro y tenaz, porque encuentro
placer inmenso, infinito,
en el trabajar perpetuo.

Vivo á mis anchas, y todos
los que me conocen creo
que me quieren. ¿Es mentira?
¡Pues también me importa un bledo!

.....

¿Que si son esas mis solas esperanzas? ¡Qué han de serlo! Lo que me guía en la lucha, lo que ansío, lo que quiero, es romper la medianía en que estoy ahogado y preso. Hacer algo: ser... persona y no perecer revuelto con la inmensa muchedumbre que no ha de dejar recuerdos.

¿Que no podré, de seguro? Bien, pues dejadme el empeño, porque entre burlas y veras nada se pierde con verlo.

De todos modos, si acaso me destina Dios al cielo, no estará de más que pueda, cuando el Apóstol San Pedro como premio á mis afanes me diga:—Pasa, moreno,—agradecerle el piropo... ¡y entrar sin remordimiento!

17 Marzo 94.

AYES DE AMOR

Dime, cándida niña, flor de las flores, inspiración eterna de mis cantares, ángel de mis ensueños embriaga-lores, grato y dulce consuelo de mis pesares, dime: ¿por qué te gozas en el martirio de un alma que enloqueces hasta el delirio si son los que me brindas falsos placeres? ¿Por qué cuando te pinto mi afán suspiras si no me correspondest? ¿por qué me miras si no me quieres?

¿No sabes que es difícil jugar con fuego sin que salté una chispa de entre la hoguera y en incendio terrible convierta luego lo que empezó por vana pueril quimera? ¿No sabes que es un crimen que Dios castiga tender á un desgraciado la mano amiga para después clavarle flecha traidora? ¿Por qué, pues, niña hermosa, falaz sirena, por prolongarla alivias la amarga pena del que te adora?

Yo dormía gozando de las felicidades del sosiego que presta la dulce calma, y jamás los halagos ni las caricias á turbar se atrevieron la paz del alma. Pero ¡ay! que mi menguado cruel destino te interpuso en las flores de aquel camino que feliz é ignorante crucé algún día y, alucinado al verte, presa de un sueño que la mente embargaba, ya no fui dueño del alma mía.

Las finísimas hebras de tus cabellos con que Cupido teje sus dulces lazos; tus ojos seductores, radiantes, bellos, con que los corazones haces pedazos; tu talle esbelto y dócil, tu tez morena, tu frente despejada pura y serena que, muda, pide el néctar de un casto beso; tus miradas que hieren como las flechas, tales ¡ay! son las redes duras y estrechas en que estoy preso.

Y esos tus lindos labios, rojos carmines, frescos como las hojas de los claveles, puros como las auras de los jardines, gloria de los divinos doctos pinceles; y esos leves hoyuelos que en tus mejillas semejan á las rosas tiernas, sencillas, que entre sus virginales blancos botones pródigas sus primicias de aroma ofrecen, son los áureos celajes donde se mecen mis ilusiones.

Yo, insensato, persigo tu imagen bella como el naufrago triste la luz del faro, y corriendo ¡volando! ciego tras ella bajo sus alas de oro busco mi amparo. Tú, entretanto, implacable no oyes mis quejas y en las dudas sumido siempre me dejas por más que de rodillas tu gracia imploro. ¡Lucha eterna y horrible que en vano trato de acabar entre sueños! ¡Ay! no me mato... ¡porque te adoro!

¿Y quién al contemplarte no te desea y alucinado y loco de amor suspira? ¿Quién cuando tú sonríes no se recrea? ¿Quién de pasión no muere cuando te mira si eres bella, graciosa, dulce y galana como la flor que agita por la mañana del perfumado huerto la fresca brisa, si tus ojos fascinan alegres, vivos, si son irresistibles los atractivos de tu sonrisa?

¡Oh! encanto de mi vida, luz de mi alma, no acibares las horas de mi existencia. vuelve al pecho intranquilo la dulce calma que un día le robaste con tu presencia. ¿Por qué con tus halagos me vuelves loco si las dichas que sueño duran tan poco, que cuando al colmo llego de los placeres los veo evaporarse como mentiras? Dime, flor de las flores, ¿por qué me miras si no me quieres?

7 Junio 1879.

CONFITEOR

—Padre mío, perdonad;
todos los días de fiesta
voy á misa muy compuesta,
y es pecado, ¿no es verdad?

—¿Pecado? ¡cuánta inocencia!
no, hija mía; tú has soñado,
ó, á lo menos, si es pecado
no merece penitencia.

—Decís bien, pero es que vos
ignoráis...

—Debes saber
que á la iglesia vas á hacer
una visita á tu Dios.

—Sí, señor; vos lo decís,
pero no voy por la fe
ni por Dios; voy... porque sé
que á la puerta estará Luis.

—¡Luis!

—Y os quiero confesar
que esto no es lo que deploro,
sino que, entretanto, ignoro
lo que pasa en el altar.

—¡Desgraciada! ¿Y es así
tu mentida devoción?
Pídele al cielo perdón;
él tendrá piedad de ti.
Es preciso despreciar
ese mundano atavío
y olvidarte...

—¡Padre mío!
Yo no le puedo olvidar.

II

—¿Suspiras?

—Busco la calma
y aquí vengo porque sé
que en vos sólo encontraré
la ansiada quietud del alma.
—¿Qué es?

—Una duda fatal
que me agobia con su peso.
Decidme, por Dios, un beso
¿es un pecado?

—¡Mortal!

—¡Dios mío! Luis al partir
de hinojos me le pidió
de tal manera, que yo...
no lo pude resistir.

Padre mío, ¡y es tan suave,
tan purísimo el placer
que causa!... ¡no puede ser
un beso cosa tan grave!
Toda el alma se consume,
¡parece que de la boca
que con la nuestra se toca
surge un raudal de perfume!
—¡Desventurada! No es
un beso punible exceso

pero ¡ay de ti! si á ese beso
siguen dos y luego tres;
¡si ese lazo perfumado
que embriaga tu ser entero
forma el peldaño primero
de la escala del pecado!

III

—¿Lloras?

—No puedo mentir;
perdonadme, señor cura,
pero...

—¡Calla, criatura!
¡sé lo que vas á decir!

30 Mayo 1880.

CONTAGIO

Luisa, niña angelical
y modelo de candor,
tenía, ¡suerte fatal!
un grano fenomenal
en el labio superior.

Aquello era un sinapismo,
le mordía, le pinchaba
con espartano heroísmo,
y el grano ¡siempre lo mismo!
ni subía ni bajaba.

Al fin, cansada y rabiosa
y por probarme quizás,
se me acercó ruborosa
á pedirme... poca cosa.
La curación nada más.

Yo acudí con mil amores
y estudié días enteros
el tal caso, en los mejores
y más célebres autores
nacionales y extranjeros.

Exeuse en frases prudentes
el tratamiento oportuno,
sus ventajas más salientes,
y hasta los inconvenientes
la dije, sin dejar uno.

Ella insistió muy formal,
yo quise hacerla un favor,
y al cuarto de hora cabal...
me salió otro grano igual
en el labio superior.

19 Diciembre 1880.

LANCE

Rosita y yo somos primos
nos apreciamos y tal,
y ayer al Canal nos fuimos.
Voy á contar lo que hicimos
á la orilla del Canal.

Es muy digno de atención el caso, y yo les prometo verdad en la narración, pero con la condición de que guarden el secreto.

Empiezo, pues, que no es cosa de poder volver atrás, ¡perdónenme Dios y Rosa! La tarde era deliciosa, no la olvidaré jamás:

el cielo sin un celaje;
el aire, lleno de aromas,
susurrando entre el ramaje,
y el pintoresco paisaje
perdido en lejanas lomas.

Un gorrión, y veinte y ciento dando sus quejas al viento lejos de traidoras redes... pero perdonen ustedes mi distracción. Voy al cuento.

Llegamos, y con graciosa voz mi primita me dijo... ¡Ah! debo advertir que Rosa es una chica preciosa como no hay otra, de fijo.

En sus labios está entera el ánfora del placer. Yo á besos se los comiera cien veces, si no temiera echárselos á perder.

Pues ¿y los ojos? ¡Dios mío! yo no he visto ojos mejores y, de veras, desconfío de que los haya. ¡Me río del sol y sus resplandores! Y ¡qué pelo, y qué cintura! ¡qué garganta... y qué mujer! En fin, otra criatura con tan perfecta hermosura no la ha hecho Dios... ¡qué ha de hacer!

Pero creo que me paso del asunto, y me parece que, en vez de avanzar, retraso. Voy á relatar el caso con la calma que merece.

Contaré, aunque sea en prosa los detalles, uno á uno: Pues... ¡Ah! recuerdo una cosa: que le he prometido á Rosa no decírselo á ninguno.

20 Marzo 1881.

CONFITEOR

I

—Cuántos años tienes?

—Diez.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde que te has confesado?

—Esta es la primera vez,

Se empeñaron mis papás en que había de venir...

—¡Bien!

—¡Si tengo que decir un pecado nada más!...

Vive en mi calle hace un mes una niña de mi edad que se llama Caridad;

muy lista, muy guapa y... ¡pues!

—Eso no es malo. Adelante.

—Desde que nos encontramos la vez primera, no estamos separados ni un instante.

¡No lo puedo remediar!

Y vivimos de este modo,

jugando alegres á todo

lo que se puede jugar.

Sin ella perdido soy,

ella me quiere también,

y, en fin... el cariño...

—¡Bien!

no importa nada.

—A eso voy.

—¿A qué?

—Mi mamá en el Prado

me vió un día darle un beso

y gritó:—¡Chist! No hagas eso,

que es pecado, que es pecado.

—Vamos, ¿y te convenció

de que pecaste?

—Pues...

—Dí.

—Mi mamá dice que sí, pero yo creo que no.

—¡Pobrecillo! Y haces bien.

Aún no os combaten las ruinas

pasiones. Los querubines

se besan en el Edén,

y jamás ofende á Dios

ese cariño inocente

que funde instantáneamente

en un espíritu dos.

—¡Gracias, señor cura!

—Cesen

tus dudas y tu impaciencia.

¿Qué importa á la Providencia

que dos ángeles se besen?

—¿Me da usted consentimiento?

—Haz lo que quieras desde hoy.

—¡Gracias! ¡Qué contento voy!

¡Qué contento! ¡qué contento!

II

—Padre mío, hace seis años que fué usted mi confesor

y, vamos, me da rubor confesarme con extraños.

—¿Quieres adular al juez?

¡Grave es la acción consumada!

—¡Cállate, no señor; casi nada,

lo mismo que la otra vez.

—Veamos.

—Que Caridad
me adora, que yo la adoro
y es mi dicna, mi tesoro
y mi...

—¡Niño!

—La verdad.

Que en su boca bebo amor...

—¡Jesús!

—Y en el alma siento
rápido estremecimiento
dulcísimo, embriagador.
Que al rozar sus labios rojos
y al estrecharla en mis brazos
el corazón á pedazos
se me sale por los ojos.
Y que de extraña embriaguez
esclavo...

—¡Por Dios! Detente.

—¡Pero si es exactamente
lo mismo que la otra vez!

—¡Error! Engañado estás.

—¡Se enfada!

—Y Dios te castiga.

—¡Qué será cuando le diga
lo que falta!

—¡Falta más!

¿Sabes lo que dices?

—Sí.

Sólo por eso he venido.

—¡Desgraciado! Estás perdido.

¡Ya no hay gloria para ti!

El fuego eterno te espera.

Luzbel te aguarda.

—¡De hijo!

Pero como usted me dijo
que hiciera lo que quisiera...

18 Marzo 1883.

A MADRID ME VUELVO

(EN EL TREN)

Allá á lo lejos, la torre
de mi aldea se divisa;
haz, monstruo, por que se borre
su silueta, ¡corre, corre!
más aprisa, ¡más aprisa!
Atrás queda la estación
y en ella quedan atrás
pedazos del corazón.
Fogonero, echa carbón;
¡más, mucho más, mucho más!

Adiós de las casas viejas
los verdosos murallones,
y adiós las sucias callejas
con sus historias añejas
de fantasmas y dragones.

Corro á Madrid anhelante,
que es la patria del jolgorio...
¡monstruo, adelante, adelante!
Yo soy un pájaro errante
como el cantor del Tenorio.

Adiós, llanura desierta
de la encharcada campiña,
y los guindos de la huerta,
y la ventana, y la puerta
de la casa de mi niña.

Y adiós, silloncito blando
donde, la infeliz, ayer
me despedía llorando.
Adiós, y ¡sabe Dios cuándo
nos volveremos á ver!

Me fastidian los gorrones
que saltan sobre la hacina,
y no hay cafés, ni salones,
ni dan calor los tizones
que humean en la cocina.

Aquí se arruga la piel
y se duerme el corazón.
Yo amo el bullicio, el tropel,
y quiero morir en él
de fiebre y de consunción.

Adiós, pueblo, y si me muero,
sabe que vine á buscarte
con humos de caballero,
porque no tuve dinero
para marcharme á otra parte.

Pero la gente de pro
se va á Madrid en el tren
para divertirse... ó no,
y, cantando coplas, yo
me vuelvo á Madrid también.

Allí esperan al coplero
lucha y fatiga; allí espera
la sandunga y el salero...
¡echa carbón, fogonero!
¡que reviente la caldera!

.....
Corre, brisa, y dile á Rosa
que olvide nuestros placeres,
porque allá me aguarda ansiosa
la modista más graciosa
que ha cosido en los talleres.

Dile también que mi amor
fué mentira, y que quizás
recuerde un galán mejor...
¡Maquinista, más vapor!
¡Más, mucho más, mucho más!

13 Mayo 1883.

EGLOGA

(COMO LAS ANTIGUAS, PERO A LA MODERNA)

Pace!, man:as ovejas,
la hierba aljofarada...

Estiba *desaminando*
como cambean los tiempos..

¡Echa hacia aquí, Pascual! ¡Eres más bruto
que el picaño de hierro de la torre!
Suelta el perro, ¡anda, corre!
¿No ves que á la derecha hay mejor fruto?

Allí junto al tomillo,
en la ladera misma
se ha quedado un borrego. ¡Eh! ¡Pascualillo!
¡Tírale el palo y rómpelo la crisma!

La oveja del cencerro
no cura la cojera en tres semanas.
¡Qué lástima de hierro!...
¡Suelta una piedra al perro
que se larga al arroyo á buscar ranas!

Sentémonos, zagal, que ya es la hora,
y veamos, al lado
de esa fuente que llora,
lo que se le ha antojado
meter en el morral á Nicanora.
Pan y queso, patatas y judías...
¡Lo de todos los días!

Y dice Celedonio el estudiante
¡pedazo de bergante!
que la vida del campo es cosa rica;
con el palo, el zurrón y la pellica,
asegura que somos muy felices,
¿eh? ¿qué tal? ¿Tú qué dices?
A mí se me figura
que, pese á Celedonio,
esta vida de pa y de dulzura
no la aguanta el mismísimo demonio.

Me parece mejor vestir de fino
y echarse á la bartola como un vago...
¡Pascual! alarga el vino,
echaremos un trago.

¿Sabes lo que me ha dicho el otro día
Sebastián el pastor? Que el señorito
anda tras de quitarme á Rosalía.
¡Toma! ¡y lo hará el maldito!

¡Pues bonita es la moza!
Díce que es su querer para mí solo,
y cuando hay tamboril, baila y retoza
con Simón, y con Juan, y con Bartolo.

¡Pero que ande con tiento,
porque yo tengo hiel en las entrañas,
y si sigue en sus mañas,
el día que la coja la reviento!

¿Qué es éso? ¿me has oído?
(¡Mala bomba le parta! ¡Se ha dormido!)
¡Anda arriba, zoquete; arriba, perro!
¡Echa el ganado al cerro!...

(Si le vuelve á pasar al gandulazo
caerse de pereza,
le rompo la cabeza de un trancazo
y que pida á su madre otra cabeza.)

1.º Abril 1883.

INOCENCIA

—¿Tienes sueño? ¡Pues cuidado!
¡No hay que dejarle venir!
Ahora mismo se ha marchado
la niñera, y me ha encargado
que no te deje dormir.

¡Es preciso ser valiente,
porque es una acción villana
que luego, al día siguiente,
pongas en vilo á la gente
á las tres de la mañana.

¡Despabláte un momento!
¿Dices que no puedes? ¡Bah!
Buscaré entretenimiento...
¡Te voy á contar un cuento!
¿Quieres? ¿Sí? Pues allá va

Un ratoncillo inocente
estaba royendo un tomo
de física. De repente
salió un gato, le hincó el diente
y le hizo daño en el lomo.

Al recibir la impresión
de la caricia cruel
le dió un vuelco el corazón,
y el gatazo, retozón,
empezó á jugar con él.

Uno débil, otro bravo,
el fin de aquel trance fiero
fué que el ratón perdió el rabo
y que, por chiripa, al cabo
pudo dar con su agujero.

Y... ¿te duermes? ¡Voto á cien!
¡Chiquilla más fastidiosa!
¡Malhaya tu sueño, amén!...
¿Que eso no te gusta? Bien,
pues te contaré otra cosa.

Este era un lorito real,
traído desde el Perú.
Preciosísimo animal,
sesudo, grave y formal,
¡mucho más formal que tú!

La criada le quería,
y si sobraba un pastel
corriendo se lo traía,
y al dárselo, se reía
á carcajadas con él.

Ella gritaba:—¡Lorito!
y él respondía:—¡Borracha!
hasta que un día el maldito
de la jaula despacito
se salió... ¡Pero, muchacha!

¡Tú me vas á volver loco!
¡Dormida! ¡Qué atrevimiento!
¿Qué, no te gusta tampoco?
Debía llamar al coco,
pero, en fin, ahí va otro cuento.

Una noche, añá en Jerez,
robaron á un labrador
nueve bandidos ó diez...
¡Ya te has dormido otra vez!
Pues oye que este es mejor.

Una niña, un serafín
de diez y seis primaveras
y un chico de Albarracín
se querían con buen fin
y se querían de veras.

Una noche del estío
en inocente esgarceo
de amoroso desvarío,
por el bosque, junto al río,
fueron á dar un paseo.

Y el diablo, que en todos lados
y á todas horas enreda
con propósitos malvados,
dejó á los dos desgraciados
solitos en la arboleda.

Las almas enamoradas,
ambos corazones presos
entre cadenas doradas,
se cruzaron las miradas
y se cambiaron los besos.

El, apasionado, ardiente;
ella, al fin, débil mujer,
mansa y leda la corriente,
aromático el ambiente,
¿qué había de suceder?

¿Quién se resiste á un anteojo?
El caso es que el chico... ¡miento!
la chica perdió el sonrojo...
¡Hola! ¿Vas abriendo el ojo?
¡Pues, hija, no te lo cuento!

10 Junio 1882.

¡PERDON!

He sido infiel, lo confieso:
le di á la criada un beso
sin poderlo remediar;
mas no me dejes de amar
ni te incomodes por eso.

Porque le hice distraído,
y por si acaso has creído
que en tu ausencia me propaso,
te voy á contar el caso
lo mismo que ha sucedido.

Yo venía, ebrio de amor,
á pintarte con calor
mi pasión pura y sencilla.
Tiré de la campanilla,
que nunca sonó mejor.

Cref, como es natural,
que tú saldrías á abrir
y largué el beso fatal.
¡Quién me había de decir
que le dirigía mal!

¿Sigues triste todavía?
¡Por Dios! ¡no estés enojada!
¿No comprendes, alma mía,
que fuera en mí tontería
posponerte á la criada?

¿Vas á tener celos de ella?
Si lo sabe, ¿no ha de estar
orgullosa de su estrella?
¡Si al menos fuera doncella,
vamos, podía pasar!

Fero una criada, ¡horror!
no me creas tan dejado
de la mano del Señor.

Por haberme equivocado
siento profundo dolor.

Y si quieres imponer
castigo á la inadvertencia
que acabo de cometer,
te prometo obedecer
en seguida la sentencia.

Vamos, niña de mis ojos,
consuélate, por favor,
y evítame más sonrojos.
Aquí me tienes de hinojos
dispuesto á probar mi amor.

A más, estoy convencido
de que ella no lo ha sentido.
¿Crees que, por casualidad,
esa gente, ángel querido,
tiene sensibilidad?

¿Dices que engañarte quiero?
¿Dices que soy un traidor,
un perjurio, un embustero?...
¡Engañarte yo! ¡Primero
perderé vida y honor!

¡Ay! Te juro no volver
á llamar fuerte en la casa
ni á besar sin conocer...
¡Y callas! ¡Habla, mujer,
porque la duda me abrasa!

Ya que te pones así,
yo remediaré el exceso.
Llama á la criada aquí;
voy á pedirle mi beso
para endosárselo á ti.

17 Junio 1883.

LA SIESTA.

(PARODIA DE ZORRILLA)

Las tres, Madrid un horno. Martes, ¡mal
día!

¿Quién resiste el bochorno que el cielo envía?
Cocheros y caballos duermen unidos
Cual reyes y vasallos mal confundidos.
No hay hombres ni mujeres por las aceras
¡Ni van á los talleres las costureras!
Perezosa la gente no se levanta,
Y al sol de Julio ardiente ni Dios aguanta.
Sólo yo, desvelado, no sé qué hacerme.
Porque en mí reclinada, tranquila duerme

Mi modistilla,
Que ha jurado quererme
La pobrequilla.

I

Cual cantan las cigarras panzudas y verdo-
[sas,
Que imitan de lo lindo la cuerda de un reló.
Besando de tus labios las perfumadas rosas,
Morena de mis ojos, así cantaré yo,

¿Qué quieres que recite? ¿Qué quieres que
[te lea?

¿Qué coplas, vida mía, te gustan á ti más?
¿Prefieres redondillas sin fondo y sin idea,
Cual áureos cascabeles que sueñan á compás?

¿O quieres un soneto patético y profundo
Que exprese de los celos el bárbaro furor,
Y lllore, al fin y al cabo, la falsedad del mundo,
Que trucea en oropeles las galas del amor?

Elige tú los versos, si hablar puedes dormida,
Pues quiero que te sepan á gloria celestial,
Como esos mantecados que engulles en seguida
Las noches en que, espléndido, te llevo al
[Imperial.

Mas duerme cuanto quieras, mi dulce dueño,
Que yo hablaré á mis anchas durante el sueño,
El sol que al mundo tuesta, quemando irrita;
A prolongar la siesta todo te invita:

1. pues estás dispuesta, ¡duerme, Lolita!

Duerme entretanto
Que yo me aburro; ¡duerme
Que yo te aguanto!

II

¡Ay, Lola! Bien mereces lo mucho que te
[quiero.

¡Qué guapa estás! ¡Qué mona! ¡Si vales un
[millón!

No hay hembra que te gane ni en gracia ni en
[salero,

Ni hay hombre que, al mirarte, no empeñe el
[corazón.

Tus brazos, que en mi cuello se enlazan ca-
[riñosos,

Parecen dos cadenas de flores de azahar;
Tus labios, que dibujan halagos voluptuosos,
Se entreciñen vagamente, dispuestos á besar.

¡Qué grandes son tus ojos! ¡Qué frescas tus
[mejillas!

¡Qué largas tus pestañas! Tu talle ¡qué ágil
[es!

¡Parece que te han dado su ambiente las Vis-
[tillas,

Parece que te han hecho con sal de Lavapiés!

Tus párpados ocultan los dos soles más bellos
Que en rostros de mujeres poner quiso el Señor,
¡Detente, no los abras, para abrasarme en ellos!

¿No ves que estoy, paloma, rabiando de calor?

Duerme con mucha calma, duerme, lucero,
Que yo con toda el alma siempre te quiero.

A estas horas se acuesta cualquier persona,
Que el placer de la siesta nadie abandona.

¡Todo el verano es fiesta! Duerme, pichona,
Duerme entre tanto

Que yo me aburro; ¡duerme

Que yo te aguanto!

III

¡Qué idea tan horrible! ¡Si fuera esta chi-
[quilla

Como otras, que al más listo traidoras se la
[dan!

¡Si sueña con un chulo la infame modistilla
Mientras que yo, hecho un tonto, la arrullo cor-
[rafán!

¡Dios mío! Si mis sueños dorados y felices
Trocáranse en desdicha por causa baladí...

¡No me ando en pequeñeces, la rompo las na-
[rices

Y al chulo mato luego si le hallo por ahí!

¿Que he de hacer yo, si, iluso, me embriago
[con caricias

Y encuentro en sus miradas un fuego celestial?
Rabiar como un Oteló si pierdo esas delicias.

¡Sabrosa es la venganza, cual trozo de un pa-
[ñal!

Mas no me creas, niña de mis entrañas,
Ni temas que te riña si es que me engañas.

Me tiene sin cuidado que no me quieras,
Pues ya me la han pegado cien costureras.

Y nunca me he apurado por frioleras,
¡Duerme, niña, á mi lado, que aún hay solteras

Muchas mujeres
Que al olmo piden peras
En los talleres!

8 Julio 1883.

EL ANGEL DE LA GUARDA

Yo era en la etérea mansión
(nunca he sido vanidoso)
el quernbín más hermoso
de la undécima legión

Cantar te gusto exquisito,
la clac celeste aplaudía
mis cerroches de armouia
por el espacio infinito.

Pero... tras la paz la guerra.
Un día, forzando el vuelo,
llegó á las puertas del cielo
el correo de la tierra.

Y al entrar por los pasillos
gritó:—¡Dentro de un segundo
van á nacer en el mundo
diez mil seiscientos chiquillos!—

Ordenes, prisas, afanes
hubo entre los serafines,
y al terminar los clarines
la llamada de guardianes,
dieron al olvido en breve
sus cítaras de marfil,
y se juntaron diez mil
quinientos noventa y nueve.

—¡Uno más!—gritó el correo—
¿adónde están los demás?—
Y dijo una voz:—Quizás
hayan ido de paseo.

—Señor, aunque algo me pese,
en demanda acudo á ti.—
Y señalándome á mí
dijo Dios:—Que vaya ése,

¡Up! Como una exhalación
vaya y aquí estoy al lado
de un inteliz, amarrado
al pescante de un simón.

Y con la duda batallo
que ya en resolverse tarda:
¿seré el ángel de la guarda
del cochero, ó del caballo?

Lo cierto del caso es
que, por voluntad de Dios
nos aburrimos los dos,
ó mejor dicho, los tres.

Ni yo sé cómo vivir
para estar entretenido,
ni tiene mi protegido
más cosas que combatir.

Hay en el mundo otros seres
á quienes hacia el abismo
arrastran el egoísmo,
la ambición ó las mujeres.

Pero aquí sólo la eterna
calma que convida al sueño,
rompe el instintivo empeño
de meterse en la taberna.

—¡No entres, Toribio, á beber,
que eso la vida te acorta!...
Y él dice:—¿A ti que te importa?
Y entramos, ¿cómo ha de ser?

Este es el papel que yo
he venido á hacer aquí.
El siempre diciendo:—¡Sí!
Yo contestándole:—¡No!

Corta y sencilla es la historia:
una fecha, un irago, un nombre.
Seguro estoy de que este hombre
se va derecho á la gloria.

Pero mi suplicio es tal
que no deseo su muerte,
porque esto lo encuentra fuerte
mi inocencia angelical

Mas ¡ay! que como una carpa
pegado á un tonel de vino,
cuando vuelva á mi destino
no sabré tocar el arpa.

15 Julio 1883.

COSAS DE NIÑOS

Estaba aburrido ayer,
por lo cual fui de visita
en casa de doña Rita,
que es una buena mujer.

Se quejó de mi abandono,
me llamó tunante, pillito...
pero me dió un pastelillo
y una copita del mono.

Y es el caso horrible y cierto,
que sonó la campanilla
y entró la honrada y sencilla
familia de don Ruperto,

que se compone de él mismo,
su mujer, linda alcarreña,
y una niñita pequeña
que parece un sinapismo.

Los papás la quieren tanto
que hablan siempre solo de ella.
—¡Qué monísima!—¡Qué bella!

—¡Y qué lista, cielo santo!

—Dale un beso á aquel señor.

—Abraza á aquella señora.

—¡Niña más encantadora!

—¡Qué lindeza!—¡Qué primor!

(Y la chiquilla callada
comiendo con ansia un bollo.)

—Saluda en francés, pimpollo.

(Nada.)—¡Jinos algo. (Nada.)

¿Te acobardas? Vamos, di,
contesta en un periquete.

¿Quién es tu papá?—Ete, ete.

(Y me señalaba á mí.)

—¡No tonta! (grita mamá

ofendida y con razón.)

Aquel que está en el rincón,

¡fíjate! aquel es papá.

Se aturde la pobrecita,

y hasta que el miedo no eche...

—¡Oíst! ¿Cómo te llamas?—¡Chechie!

—¿Qué quiere decir?—¡Julita!

—¡Ah! pues lo dice muy claro.

—¡Sí es muy lista!—Ya lo veo.

—¡Y baila muy bien!—Lo creo.

—¡Y nunca tropieza!—Es raro.

—Verá usted: ¿Quiéres bailar?

—Anda, nena, baila un poco.

Toca, Ruperto.—Y ¿qué toco?

—Cante usted.—No sé cantar.

—Cualquier cosa; un rigodón...

—Allá va, pues no hay escape:

¡Tipitape, tipitape,

tipitape, tipitón!

.....

—¡Es precioso el estribillo;

qué música tan sencilla!

(Y á todo esto la chiquilla

quieta como un marmolillo.)

—¡Qué bien le está el traje azul!

—¡Vaya!; es una buena moza!

—¡Si viera usted cómo goza

tirando del rabo al Tul!

—¿Y quién es el Tul?—El gato.

—Niñita, vamos á casa.

—¡No tero! (Y sigue la guasa

y se hace eterno el mal rato.)

Y pasamos en un brete

toda la tarde de Dios.

La cosa empezó á las dos

¡y no acabó hasta las siete!

¡Ay! ¡Qué engorrosos carñíos!

Me fastidian, me sublevan

esos padrazos que llevan

á todas partes los niños.

Tanto mimo ya no pasa;
que los quieran, sí, señor;
pero ¡que hagan el favor
de dejárselos en casa!

22 Julio 1883.

COSAS DE JOVENES

Voy hablar de otra visita,
con el permiso de ustedes.
Pero no es á doña Rita
hoy es á doña Mercedes,
la cual es una persona
digna de ser visitada,
pues aunque un poco jamona,
está muy bien conservada.

En fin, por no hacer prolija
esta inútil degresión,
diré que tiene una hija
que ha de llamar la atención.

A estas fechas tendrá Rosa
veinte años próximamente,
y es muy linda y muy graciosa,
mejorando lo presente.

Además, la educación
ha completado en París,
y tiene más de un millón,
que no es un grano de anís.

Decir, pues, no necesito,
porque se supone ya,
que la niña es el ojito
derecho de su mamá.

Fufme allí con aire y facha
de conquista, ¡no que no!
Entré, salió la muchacha
y atenta me saludó

con galante cortesía
y en francés correcto y puro.
(Digo yo que lo sería,
pero no estoy muy seguro.)

—Señorita—dije viendo
que la cosa iba al revés,—
confieso que no comprendo
ni una jota del francés.

—¡Ah! pues yo soy de ese idioma
decidida apasionada.

—Y con mucha razón. ¡Toma,
sí el nuestro no vale nada!

—¿Por qué no hace usted un viaje
á Francia?

—Sí, cualquier día...

—Porque aquel es el lenguaje
de los hombres de valía;

y usted tendrá, Dios mediante,
al cabo de un año ó dos,
una posición brillante.

—(¡Sí! ¡Buena te la dé Dios!)

—Ya sé que es usted modesto,
simpático...

—¡Por favor!

(Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto?)

—Simpático, sí, señor.

Y créf que era usted feo
(tal me lo habían pintado);
pero ahora que le veo
ya sé que me han engañado.

—¡Señorita!

—¡Nada, nada,
no hay que hacerse el pequeñito!
(Y me lanzó una mirada
capaz de dejarme frito.)

—Pero es usted indiferente
en las cosas del amor,
y eso, hablando ingenuamente,
le hace á usted poco favor.

¿Cómo puede usted vivir?
¡Jesús! ¡tan soso! ¡tan triste!
¡Cuántas quisieran rendir
ese alma que resiste!

(Y vuelta á darme sonrojos
con su mirar descarado,
y hacerme bajar los ojos
poniéndome colorado.)

Y entre el difícil trasteo
y el manejo de la red,
yo hacía un papel muy feo
pegadito á la pared.

Voy á escapar... ¡que si quieres!...
Vuelta abajo, vuelta arriba...
¡Me fastidian las mujeres
que toman la iniciativa!

Si en la entrevista primera
se ponen los pantalones
y echan el resto... ¡cualquiera
se mete en declaraciones!

Serán guapas, serán ricas;
pero así ¿quién se enamora?
¡Caracoles con las chicas
que nos han salido ahora!

Nada; á vivir me resuelvo
quieto entre cuatro paredes.
Por de pronto ya no vuelvo
á ver á doña Mercedes.

5 Agosto 1883.

COSAS DE VIEJOS

Sepan ustedes, señores,
para no andar en embajes,
que la familia de Flores
consta de dos personajes:

Doña Ana y don Agustín,
bastante viejos los dos,
francos, sencillos... en fin
gente á la buena de Dios.

Me conocen desde niño,
me tratan siempre tal cual
y yo les tengo un cariño
poco menos que filial.

Cuando ayer entré en su casa,
la buena doña Ana dijo:

—¿Qué hay, muchacho? ¿Qué te pasa?
¡Tú estás enfermo, de fiño!

Es preciso que te entregues
en manos de un buen doctor...

¡Estás malo! ¡no lo niegues!

—No, señora.

—¡Sí, señor!

—Tiene razón, no está mal (dijo el viejo á su señora); es achaque general de la juventud de ahora.

Miembros flojos, sangre fría... ¡caramba con los chiquillos! ¡Hombre! á tu edad yo podía conquistar siete castillos.

—Creo que será verdad.

—¿No te avergüenzas?

—¿Por qué?

—¡Cómo!

—Con mi poca edad soy yo más viejo que usted.

A estas fechas he leído más libros que usted quizá, y he gozado, y he vivido... ¡y casi me canso ya!

Como usted lo oye.

—¡Qué escucho!

—Y, desengañese usted, la cuestión es vivir mucho, que lo demás...

—Sí, ya sé.

Sales con el estribillo del telégrafo, el vapor, la luz eléctrica, el brillo del progreso...

—¡Sí, señor!

—Y ¿dónde están, desgraciado, la dignidad, la energía, que fué en el tiempo pasado gloria de la patria mía?

¿Y la amistad, y el amor?

¡Vamos! ¡si el mundo está loco! ¡Qué inmoralidad, señor! ¡todo es falso!

—Poco á poco, que este siglo no desdora á esos tiempos, en que habfa los mismos vicios que ahora, pero... más hipocresía.

Hoy también hay dignidad, y valor, y... muchas cosas, ¡hasta amores de verdad y mujeres virtuosas!

¿Antes no se engañarían con tapujos y con mimos? ¡Sí!, pero ustedes lo hacían y nosotros lo decimos.

—¡Muchacho! tú estás demente.

—¡Dios mío! Perdido estás. —Escribe inmediatamente á tu familia ¡y verás!...

Esto me dejó perplejo y tuve una desazón.

¡Ay! cuando yo sea viejo ¡ya cambiaré de opinión!

14 Octubre 1883.

AL MENUDEO

¡Barato, muchachas, barato lo vendo! En estos frasquitos un líquido tengo, del cual una maga dejóme el secreto. Con él es el mundo parodia del cielo, porque es de las penas seguro remedio.

La luz que le hiere le arranca reflejos de rosa y ce nácar brillantes y bellos, y el corcho quitando, de plata cubierto, de suave perfume saturase el viento. Si echáis una gota tan sólo al pañuelo, y al rostro, en ayunas, con él frotáis luego, se toman los labios rosados y frescos; conviértense en perlas los dientes pequeños; adquiere sedosa tersura el cabello, las largas pestañas semejan un velo que ocultan dos soles brillantes y negros, y quedan de envidia los ángeles muertos.

¡Diez frascos me quedan! Muchachas, ¡á ellos! A durc los grandes, los chicos á medio.

—¡Qué hermoso!

—¡Qué aroma!

—¡Bendigo el invento!

¡Embraga el perfume!

—¡Qué suave!

—¡Qué bueno!

—¡Un frasco!

—¡A mí otro!

—¡A mí dos pequeños!

—Dios quiera, chiquillas, que os haga provecho. ¿Sabéis otra gracia que tiene?

—¿Qué es ello?

—¡La más portentosa que han visto los pueblos! ¿Sois niñas honradas? ¿Verdad? ¡Ya lo creo! Pues de esas virtudes llevaréis el sello, y habrán de adoraros los hombres á cientos,

Por cierto milagro
que sólo yo entiendo,
el líquido guarda
la huella del beso,
y allí donde labios
audaces, groseros,
se posan, se quedan
vestigios eternos.
¿Qué tal os parece?
Divino, ¿no es cierto?

.....
— ¡Jesús! ¡qué mal huele!
— ¡Que frascos tan feos!
— No vale la pena.
— ¡Y es caro!
— ¡No es bueno!
— ¡A mí no me gusta!
— ¡Ni a mí.
— No lo quiero.
— ¡Señor sacamuelas,
usted es un zopenco.
devuélvame los cuartos
y váyase al cuerno!

2 Septiembre 1883.

REMEMBER

¿Te acuerdas, chiquilla? Callando y á tientas
subía al balcón,
y tú me decías, temblando de miedo:
— ¡Silencio, por Dios!
—
¡Que salto, que salto! Ya falta muy poco...
¡Y al cabo salté!
Que en esos momentos empujan los diablos
á más no poder.
—
¡Qué noche! ¡qué sustos! ¿Te acuerdas, chi-
quilla?
¡Al cabo pasó!
¡Más vale que nunca se hubiera pasado!
¡Perdóneme Dios!
—
Jurástemme entonces amor verdadero,
¡que es mucho jurar!
Y yo, entusiasmado, como es consiguiente,
juré mucho más.
—
Te amé desde entonces, ¡te amé como un loco
lo menos un mes!
¡Qué bien lo pasamos! ¡La gloria era aquello!
¿Te acuerdas? ¡Qué bien!
—
El fiero destino, que en paz no me deja,
de ti me alejó.
¡Ay, niña querida! ¡qué suerte tan mala
tenemos los dos!

Y yo, cuando en sueños de ti me acordaba,
decía:— ¡Infeliz!
¿Qué hará mi morena, solita en el pueblo,
tan lejos de mí?

Y al cielo mirando, pensaba:— ¡Imposible
calmar mi pasión!
Sin ella no vivo! ¡Donde ella me espera
llévadme, Señor!

.....
La noche era oscura cual boca de lobo,
¡más fría que tú!
y al pie de tus rejas, envuelto en la capa,
templé mi latido.

.....
Y un hombre, chiquilla, callando y á tientas
subía al balcón,
y tú le decías, temblando de miedo:
— ¡Silencio, por Dios!

9 Septiembre 1883

LA LECHUZA

Es la señora Tomasa
de las devotas ejemplo.
¡Toda la vida se pasa
yendo de su casa al templo
y desde el templo á su casa!

Vive sola, no se cómo;
¿relaciones? ¡qué tontuna!
¿visitas? ¡ni por asomo!
¡Por eso dicen que es una
beata de tomo y lomo!

Cuando á molestarla van
las gentes, cierra la puerta,
y nadie cruza el zaguán
más que su amiga Ruperta,
la mujer del sacristán.

.....
Su tarea es bien sencilla,
pues se reduce á rezar
diez horas en la capilla
de la virgen y á llenar
de aceite la lamparilla.

Y así le han salido canas
y va al cielo paso á paso
como otras buenas cristianas.
Está bien. Pero es el caso
que desde hace tres semanas
la buena mujer se queja
de que siempre que se va,
llena la lámpara deja,
y, cuando vuelve, ya está
vacía la candileja.

— Gastarse... no puede ser,
¡echo media libra... boba
y se va sin encender!
¡Esto es que alguno lo roba!
¡No me queda más que ver!—

Y como tenía gana
de echar el grante al ladrón,
fué temprano una mañana
á que diera su opinión
Ruperta la s. cristana.

—¡Hija! Chupan cuanto lleve...
una alcuza y otra alcuza,
pero, ¿quién es? ¿quién se atreve?
—¿Quién ha de ser? ¡la lechuza!
—¿Cómo?

—¡Toma! ¡se lo bebe!

.....
La punta del velo rota
de este modo, nadie sabe
lo que espío la devota;
pero el demonio del ave
no dejaba ni una gota.

¡Jesús! ¡qué crimen! ¡qué horror!
¡aquel pájaro endiabrado
bebía que era un primer
el aceite destapado
á la madre del Señor!

¡Eso no podía ser!
Era justo que muriera
ó dejara de beber.
¡Ay! pero ¿de qué manera
se le podía coger?

Buscé fórmulas sencillas,
el vengativo deleite
la sacó de sus casillas
y... ¡disolvió en el aceite
cuatro cajas de cerillas!

.....
¿Cayó el pajarraco impto?
¿Quedó la lechuza muerta?
Perdonadme si me río...
¡Tuvo un cólico Ruperta
de padre y muy señor mío!

16 Septiembre 1883.

BORRACHERA

Ven, Jarifa, trae tu mano
ven y pásala en mi frente...

ESPRONCEDA.

En confianza, chiquilla,
¿te gusta la manzanilla?
Pues llena otra vez la caña
y brindemos por Sevilla,
¡lo mejorcito de España!
¡Olé! Tu cutis cetrino
se ha tornado purpurino;
tus labios son casi rojos
y con la sangre y el vino
se han inyectado tus ojos.
¿Quieres besarme?; ¡Pues besa,
aunque el mundo de traviesa
y de impúdica te tache!
Rodéame al cuello esa
cabellera de azabache

y déjame oír atento
el tic tac pausado y lento
de ese corazón cansado,
que no tiene sentimiento
porque ya se lo ha gastado!

¡Pobrecita! Joven, bella
¡y ya con tan mala estrella!
¡porque tú has sido bonita!
¿Otra copa? ¡anda con ella!
¡Pobrecita, pobrecita!

Amor, suspiros y flores
de locos adoradores,
rosas, nardos y claveles...
¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡No llores,
que no me gustan papeles!

Tú habrás tenido carruajes,
blondas y sedas y encajes...
¡lo creo sí que lo vea!
Y te habrán servido pajes
y lacayos con librea.

Ese rostro es peregrino
y habrás hecho ¡lo adivino!
muchas conquistas con él...
¡Y ahora estás bebiendo vino
como un mozo de cordel!

¡Ay! Luego, á la madrugada,
cuando apunte la alborada
y salgamos á la calle,
cual pálida flor ajada
te doblarás por el tallo.

Mas no será la postera
la presente borrachera;
¡ese es el mundo! ¿qué quieres?
¡uf! yo soy muy... *calavera*
y tú... ¡no sabes lo que eres!
¡Otro brindis por Sevilla!
¡anda, ámate, chiquilla!
el que no goza se engaña.
¿Te gusta la manzanilla?
¡Pues llena otra vez la caña!

23 Septiembre 1883

MICROCOSMOS

Esto es lo que acordaron
tres infusorios.

BARTRINA.

Era la rebusosa
que, para hacer un cuento, saco á plaza,
del tamaño de un grano de mostaza,
y como es consiguiente, poca cosa.
En espacios sin límites perdida
llevaba en sus moléculas señales
del germen de la vida,
como los otros mundos colosales
que ocupan la región desconocida.
Le tocó del espíritu el aliento,
prestóla forma y consistencia el frío,
tuvo atmósfera, y luz, y movimiento
y desde aquel momento
una bolita más cruzó el vacío.

Broté por todos lados
un enjambre de seres bien formados
y de cuya estructura
me es imposible haceros el diseño,
porque la descripción y la pintura
tienen su *non plus ultra* en lo pequeño.

El caso es que una raza
que, como las demás, salió del barro,
llegó á ser en el grano de mostaza
la dueña del cotarro.
¡Qué modo de avanzar! ¡Cuánto progreso!
Un sabio profesor de astronomía,
persona de gran seso,
gritó en un Ateneo cierto día:
—¡No hay nada más allá! ¡Todo está dicho!
Hizo el Ser Creador, potente y justo,
el mundo que habitáis por el capricho
de darnos este gusto.
Y esos soles que veis, inmensas moles
que brillan en la atmósfera azulada,
nos deben importar tres coracoles.
¡Es cosa averiguada
que son para nosotros esos soles!
Y cuando esto se acabe,
porque el Supremo Ser lo haya querido,
entonces... ¡ya se sabe!
¡toda la Creación ha concluido!

.....
En esto un huracán, allá en Vulcano,
de la arena menuda nube espesa
levanta y atraviesa
la línea de atracción un solo grano
que cae como una maza
encima del granito de mostaza.
¡Qué hecatombe, Dios mío!
Las moléculas ¡ay! se disgregaron...
(Y navegan los mundos que quedaron
por el *piélago inmenso del vacío*).

7 Octubre 1883.

ROMANCE CABALLERESCO

Fué director Blas Mediano
(hace seis años lo menos)
de un diario muy formal,
muy importante y muy serio,
donde lo mejor de España
derrochó gracia y talento.
Blas Mediano, que es un zote
sin una pizca de ingenio,
desde aquella fecha ocupa
lucrativos y altos puestos,
y es honrado y atendido,
y tiene influencia y crédito.
Pues bien: ayer me ha enviado
en papel vitela envuelto
el álbum de su señora
en demanda de unos versos.
Y yo, que soy muy amable,
muy cortés y muy atento,
le escribí en seguida este
romance caballeresco:

Garci-Fernández de Utrera,
mozo garrido y apuesto,
de las fiestas alegría
y encanto de los torneos,
fué contra el moro á la guerra
al frente de sus pecheros.
Bota de ante, espuela de oro,
cintillo, lazos y flecos,
trusa y justillo de raso,
birrete de terciopelo
con una plumita blanca
que ondea al soplo del viento;
forrado el cuerpo de malla,
forrado el corcel de hierro,
viéronle marchar las mozas
llorando como chicuelos.
Con su férrea maza al hombro
fué García el mesnadero
envuelto en un sayo burdo,
sin bordados ni floreos,
con su cara de demonio
y sus músculos de acero.
Nadie salió á despedirle,
y entre el gentío revuelto,
al compás de los clarines
se fué alejando en silencio.

.....
¡Buena fué la escaramuza!
¡Bien los cristianos lo hicieron!
Como gamos perseguidos
huyeron los agarenos,
llevando los alquiceles
de sangre y lodo cubiertos.
Nadie vió á Garci-Fernández
su gallardía luciendo
ni tomó entre los herejes
como entre las damas puesto,
ni ondeó la blanca pluma
entre el grupo de guerreros.
¡Qué bien se portó García
del combate en lo más recio!
¡Cómo apabulló turbantes
y pulverizó los huesos
los golpes de su maza,
duros, continuos y secos!
¡Siempre en la primera fila,
siempre del combate en medio
defendiendo su bandera
brazo á brazo y cuerpo á cuerpo!

.....
Ya la hueste del de Utrera
torna vencedora al pueblo
envuelta en nubes de polvo
y arrancando al sol reflejos.
Garci-Fernández, al frente
sobre un potro malagueño,
como la jirafa airoso,
como el azabache negro,
tiene enseñando á las gentes
sus bandas y sus plumeros.
El garrido mozo avanza
como un triunfo, recogiendo

suspiros de las doncellas
y lágrimas de los viejos.
también vuelve el buen García
en su sayo burdo envuelto
con la maza sobre el hombro
y una ancha herida en el pecho,
tormando en la interminable
fila de heridos y enfermos...
¡Ni una lágrima, ni un grito,
ni un suspiro, ni un consuelo!

21 Octubre 1883.

¡OH, LA INFANCIA!

—Tengo yo una morenilla
¡vaya una morena, madre!
los pies así de pequeños,
los ojos así de grandes,
en las mejillas dos rosas,
en los labios dos corales,
¡como el ébano la treza!
¡como la palmera el talle!

—¡¡Picarillo! ¿esas tenemos?
¡y tu mamá no lo sabe!

—¡Pero si me he declarado
antes de ayer por la tarde!
Me he pasado cuatro meses
dando vueltas por la calle
y haciendo muchos sonetos,
y quintillas, y romances,
pero he vencido, mamita,
he vencido ¡y es un angel!

—Abre los ojos, chiquillo,
¡mira que acaso te engañé!
—¿Engañarme? ¡Es más hermosa,
y más linda, y más amable!
Cuando me dijo:—"Te adoro"—
sin que se enterara nadie,
me pareció oír el eco
de las arpas celestiales...
Y si viera usted qué lista
¡y cómo engaña á su padre!
—¡Jesús!

—¡Ah! si en un apuro
se encuentra, en seguida sale.
¡No la cogen ni una carta!
¡no se la escapa un dislate!
Y el papá, con su permiso,
es un animal muy grande
que no la deja escribirme,
que no la deja mirarme...
—¡Bien hecho!

—¿Cómo bien hecho?

Usted no me quiere, madre.
—Pero ¿estás enamorado
de veras? ¡Eso es muy grave!
—¡Pero si es capaz la niña
de volver loco á un arcángel!
La tierra que sus pies huelan
tiembla de gozo al besarles

y por chocar en sus labios,
dulces como dos panales,
se amontonan y se empujan
las moléculas del aire...

—Que no la escribes ahora,
chiquillo, no te entusiasmes.

—¡Pero si la quiero mucho!

—Bueno ¿y es rica?

—Bastante.

—¿Bien educadita?

—¡Vaya!

—¿Y honrada?

—¡Qué duda cabe!

—Pues concluye la carrera,
hazte más formal y cástate.

—¡Mamá! ¿qué está usted diciendo?

¡si yo no quiero casarme!

¿No ha oído usted en la comedia
que decía un personaje:

"Pues que esa mujer te gusta,
ama, pero no te cases"?

11 Noviembre 1883.

ASTRONOMIA

Va de historia y no es camelo.
Por razones poderosas,
el cigarro es de las cosas
prohibidas en el cielo.

Y no hay rincón ni lugar
en el celestial vergel
donde no haya este cartel:
"No se permite fumar."

Lo ha mandado el Padre Eterno
y no hay que echarlo á barato;
porque el que falta al mandato
va de cabeza al infierno.

Pero abundan los delitos;
cuando el arcángel guardián
vuelve la cara, ya están
tumando los angelitos.

Pecar es cosa corriente:
de esas faltas infinitas
resultan las lucecitas
que llama estrellas la gente

.....

Una noche un querubín
halló un cajón muy bonito,
fué curioso el pobrecito
y rompió la tapa al fin.

¡Eran brevas imperiales!
dió por el cielo una vuelta...
¡dormían á pierna suelta
los serenos celestiales!

Contento con su cajón,
á éste empuja, al otro llama...
y al fin saltó de la cama
toda entera una legión.

¡Qué chupadas! ¡qué derroche!
Mas quiso la suerte fiera
que á San Marcos le doliera
la cabeza aquella noche.

Y haciéndole poca gracia:
el olor acre y molesto
del talaco, y muy dispuesto
a castigar tal audacia,

se calzó los escarpines,
cogió en la diestra un bastón,
y viendo allá en un rincón
al grupo de querubines,

empezó á andar de puntillas
los chicos se estremecieron
y en seguida que le vieron
arrojaron las colillas...

¿Qué es eso? ¡Lluvia de estrellas!

—dijieron en este mundo,

y con asombro profundo

fijamos la vista en ellas.

—El fenómeno es notable

—¡Pues esto algo significa!

—¿Qué será?

—¿Cómo se explica?

—¡Que hable la ciencia!

—¡Que hable!

Se discutió de mil modos,

y no saliendo del paso,

se metió á explicar el caso

el mejor sabio de todos.

Estudió á conciencia el hecho,

dió la solución muy clara,

y para que se quedara

todo el mundo satisfecho,

dejó el sabio el fallo escrito

en un millar de cuartillas.

.....

¡Y fueron las cien colillas

á perderse en lo infinito!

18 Noviembre 1883.

TRES CARTAS

I

"Querida amiga: Te escribo
casi loca de contenta.

Vas á caer en la cuenta

cuando te diga el motivo:

¡Tengo otro novio! ¡y van tres!

Creo que el gozo se explica.

No es muy rico, pero, chica,

¡si vieras qué guapo es!

Sobresale en cualquier parte;

¡le sienta tan bien la ropa!

Te advierto que no es de tropa,

¡no vayas á figurarte!

No hay remedio, hay que quererle

y le querré aunque me muera,

porque anda de una manera...

en fin... que da gusto verle.

Y es atrevido, y me mira

con una pasión y un fuego...

me dice:—¡Te adoro!—y luego

señala al pecho y suspira.

¡Qué de guiños! ¡qué de enredos!

Como mimos inocentes,

me envía besos ardientes

con las puntas de los dedos.

Con esto estamos los dos
en baños de agua de rosas;
porque, hija mía, estas cosas
saben á gloria de Dios.

Me embriaga el amor bendito

que en Fernando voy hallando,

¡porque se llama Fernando!

¿eh? ¡qué nombre tan bonito!

En fin, hija, no me pesa

de lo mucho que le quiero.

Adiós. Ya no es tuyo entero

el cariño de—*Teresa*."

II

"Querida amiga Leonor:

¿No sabes lo que me pasa?

Que Fernando entra en la casa

con permiso del tutor.

No puedo pasar sin él;

¡qué vida más deliciosa!

¡Soy dichosa, muy dichosa

con sus palabras de miel!

Y no pasamos en vano

el tiempo, ¡pues bueno fuera!

¡estamos la tarde entera

cogiditos de la mano!

¡Si vieras con qué embeleso

nos miramos! Ya no cabe

más amor. ¡Y qué bien sabe

así, á hurtadillas, un beso!

Con injusticia notoria

á calumniarlo se atreven...

¡si es como el néctar que beben

los ángeles en la gloria!

Y no creas que hay doblez

en tal cariño, ¡jamás!

¡Y eso que Fernando es más

atrevido cada vez!

Ayer me dijo... Contigo

tener secretos no debo;

pero, ¡ay! esto no me atrevo

á decirlo... y no lo digo.

No te incomodes por esa

leve falta de amistad;

ya sabes que de verdad

te quiere siempre—*Teresa*."

III

"De horrible dolor soy presa;

me paso el día llorando,

¿Te acuerdas de aquel Fernando?

¡Pues es un pillo!—*Teresa*."

23 Diciembre 1883.

DIAELURAS

Por una casualidad
he sabido hace un instante
una noticia importante
y que creo que es verdad.
¿Queréis que os la cuente? ¡Oid!
Hace ocho días ó más,
que recibió Satanás
una carta de Madrid.

La voy á copiar entera
porque la tengo en la mano
y está escrita en castellano:
"A Luzbel: Salud y hoguera.

Se aproxima el Carnaval.
Hay negocios á millares.
Vengan tropas auxiliares.
Firmado.—*El corresponsal.*"

—¡A ver! (gritó el condenado)
que vaya un paje al momento
y avise al departamento
número tres duplicado.

¡Aquí todo el personal
de la sección de semana!
Orden: ¡Al mundo mañana
en comisión especial!

Se arregló la expedición,
se despachó el pasaporte
y cayó sobre la corte
toda entera la sección.

Más de cien diablos pequeños
de distintas cataduras,
de esos que danzan á oscuras
y nos molestan en sueños.

.....
Como no comprende el ocio
el espíritu del mal,
en seguida cada cual
puso mano á su negocio.

—¡Que el baile nos acredite!
¡á las máscaras!—gritaron—
y á todas partes lanzaron
los billetes de convite.

El reparto fué cabal
¡desde el colegio al taller!...
¡Bien saben lo que han de hacer
los emisarios del mal!

Esclavos de la locura,
estudiantes, modistillas,
niñas alegres... ¡semillas
de la crápula futura!

Frutas que mezclan los cien
demonios recién venidos
con los manjares podridos
á que se pudran también.

Jovencitas pizpiretas
y desgraciadas, presuntas,
casquivanas con sus puntas
y ribetes de coquetas.

Las que óis siempre, al salir
del taller, la voz que os grita:
—Vete al baile, Fulanita,
que te vas á divertir.

Las que soñáis con la danza
pausada y voluptuosa
y en su dulzura engañosa
tenéis puesta la esperanza...

Siempre que sintáis deseos
de correr hacia el abismo
fatal, ó lo que es lo mismo,
al baile y sus devaneos,
siempre que la voz extraña
con un acento incitante
os brinde con un amante
cuatro besos y una caña,

¡ya sabéis quién os ha dado
tan infernal pensamiento!
¡Unc del departamento
número tres duplicado!

20 Enero 1884.

FLOREOS

Alta, esbelta y graciosa como una ondina
que radiante aparece de entre las olas,
con el pelo tan negro como la endrina,
con los labios tan rojos como amapolas;
finos, blancos los dientes como las perlas,
pupilas que con fuego matan al verlas;
un alma candorosa, pura y sencilla
envuelta en unas formas esculturales...
¡No se dice en diez años ¡ay! morenilla
lo que tú vales!

Cuando sales de casa con el hatillo
y por esas aceras luces el talle,
saturas de perfumes el cefirillo
y parece que sobra luz en la calle;
en cada niña adquieres una enemiga,
no hay galán fastidioso que no te siga
en las doradas redes del amor preso;
al mirarte, al espejo van las doncellas
á buscar semejanza contigo, ¡y eso
quisieran ellas!

Hizo el pincel divino mil maravillas
para darte el tesoro de la belleza:
¿por qué te pones polvos en las mejillas
y cintajos y plumas en la cabeza?
¿Todos esos adornos se te figura
que han de ser auxiliares de tu hermosura?
Pues, hija, te ha engañado tu buen deseo.
Sin afeites, ¡te juro que me pareces
cien veces más bonita! ¡Pues ya lo creo!
¡Más de cien veces!

La que tiene los ojos negros y grandes
que al mismo sol envidia dan con su brillo,
¿podrá poner acaso la pica en Flandes
manchándose la cara con carboncillo?
¡Convéncete, chiquilla de que te engañas
al adornar los hilos de tus pestañas!
¡Tú, que tienes un cutis de rosa y nieve,
al darle yeso, ¿ganas algo con eso?
Pues si no ganas ¡claro que no se debe
darle de yeso!

La que tiene unos labios como los tuyos
guarneciendo una boca tan chiquitica,
no puede usar colores, más que los suyos,
porque cualquier enjuague les perjudica.
Quita ese tinte rojo, no seas loca,
¡sin bermellón parece mejor la boca!
Yo mis labios te ofrezco si los prefieres
para ayudarte en cuanto se necesite.
¡Tengo un medio sencillo! Conque, ea, ¿quieres
que te lo quite?

3 Febrero 1884.

DELICIAS PROFESIONALES

Sobre una jaquilla torda,
ni muy flaca ni muy gorda,
de mal trote y mal andar,
medio ciega y medio sorda,
va cantando el *sursum corda*
el médico del lugar.

¡Nobilísima tarea
la del que su vida emplea
en tan hermosa misión
y por una santa idea
vive y muere de una aldea
en el misero rincón!

Cuando hiela, cuando llueve,
cuando á copos cae la nieve,
cuando el sol nos hace arder,
él se arroja y él se atreve,
aunque el diablo se lo lleve,
á cumplir con su deber.

—¡Que se muere Fulanito!
—¡Que mi madre está en un grito!
—¡Lo de Gil es sarampión!
—¡Que no mama! ¡Pobrecito!...
Ya está el médico bendito
empuñando su bastón.

—Que aquel vino del trabajo
y está echado boca abajo
¡y no puede respirar!
—¡Ya voy! ¡ya subo! ¡ya bajo!
(y el enfermo es un marrajo
que no quiere trabajar).

—Presa de horrible tormento
gime un herido.—¡Al momento!
Corre prisa.—¡Pronto allí!
—¿Ha cesado el sufrimiento?
¿Todo el mundo está contento?
¡Largo el médico de aquí!

—¡Pobre mujercita mía!
—¿Se murió?—De pulmonía,
pero alguno la ayudó.
¡Se empeñó el médico un día
en hacerla una sangría!...
—¡La sangría la mató!

¡Cuánta angustia! ¡Qué zozobra!
Para coronar la obra
de la calumnia brutal
nunca falta, siempre sobra,
y si cobra, cuando cobra
lo hace tarde, poco y mal

Lances graves, cosas serias,
podredumbres y lacerias
y tristezas y dolor.

Y, ¿qué importan las miserias?

¿Queda sangre en las arterias?

Pues se vierte... por favor.

¡Tarea noble y bendita!

¿Quién la importancia la quita

que la sociedad la dió?

¡Dichoso el que el mal evita!

¡Y feliz quien la ejercita...

de memoria! Como yo.

17 Febrero 1884.

MUSICA CELESTIAL

(IMITACIÓN DE MENENDEZ PELAYO)

Choca el querido mar en mis montañas
muy queridas también. Cerúleos ojos
abren las hadas al romper el día
y sus flotantes tenues vestiduras
surgiendo de las olas encrespadas
se elevan lentamente, semejando
el nacimiento de la blanca espuma
de Venus virginal; las duras rocas
que alzan con majestad los negros picos,
formando al mar la colosal diadema
que refrena sus ímpetus, parecen
los brazos del Titán. No del gigante
pretendáis humillar la frente erguida
con insensato orgullo, parodiando
la locura de Sísifo que, iluso,
con fuerza hercúlea la veloz carrera
del peñasco que rueda hacia el abismo
se empeña en detener. El ígneo rayo
con que Jove irritado castigaba
la arrogancia feroz de los colosos
que del seno abortó la madre Tierra,
os heriría sin piedad. En vano
la convulsión satánica y horrible
que el reino de Plutón obscuro agita
hace temblar al mundo y brama sorda
del cantábrico monte en los cimientos.
¡Nadie su verde cumbre asola ó quema!
¡sus entrañas de hierro nadie abate!

Si las del Pindo celestiales arpas
diéranse sus sonidos melodiosos,
sus acentos enérgicos, viriles,
ó sus, llenos de gracia, dulces ecos,
yo cantara la pompa y lozanía
del florido vergel, donde mi infancia
tranquila se meció, las verdes hojas
del álamo gigante, que á las nubes
que vuelan en montón reta y se atreve
con osadía sin igual; las peñas
que sobre el precipicio suspendidas
amenazan rodar hacia los valles
aplastando, al caer, la ermita blanca;
las purísimas fuentes cristalinas,

imagen fiel de la que en otro tiempo
 brotó de la herradura del Pegaso;
 la hermosa playa de menuda arena
 de conchas y de nácares cuajada
 cual fresco huerto de pintadas flores;
 y el cantábrico mar, el monstruo inquieto
 que mi querida costa lame y baña
 rompiéndose en cien juegos caprichosos
 del litoral en los peñascos rudos
 y luciendo de Apolo á los reflejos
 prodigios de color. En sus orillas
 crecieron mis lozanas ilusiones,
 doradas, del color de las panojas
 ornato de los valles y tan dulces
 como el néctar aquel que Hebe divina
 acercaba á los labios de los dioses.
 ¡Oh! ¡quién pudiera, venturoso y libre,
 trepar alegre á las enhiestas cimas,
 lejos del mundo y de la corte lejos!
 ¡Quién pudiera entender estas ideas
 cuyo farrago vierto en las cuartillas
 como las blancas de Saturno barbas!
 ¡Ni las entiendo yo! ¡Ni Dios me entiende!

10 Febrero 1884.

LA TENTACION

I

De humilde celda en el lecho,
 después de rezar, dormía
 la colegiala María,
 al aire el ebúrneo pecho,
 en revuelta confusión
 la dorada cabellera,
 y sonriendo hechicera
 la boquita de piñón.

¡Linda estaba la chiquilla
 con su languidez graciosa!
 ¡Sólo por verla, era cosa
 de encender una cerilla!

De pronto, allá en un rincón,
 de San Juan sobre el retablo,
 vino á aparecer un diablo
 tan negro como el carbón.

¡Qué miedo! Quiso dar voces
 y no pudo la doncella,
 al ver acercarse á ella
 aqueillos cuernos atroces.

—¡Aparta, monstruo! ¡Qué quieres?—
 murmuró con un gemido.
 Y amante el aparecido
 contestó:—¡Qué hermosa eres!—

¡Disgustó el piropeo aquel
 á la niña? ¡No, señor!
 que siempre agrada una flor
 aunque la diga Luzbel.

Pero creyéndose el tuno
 dueño ya de tal tesoro,
 prosiguió:—¡Cuánto te adoro!
 Dame un beso... ¡sólo uno!...

Se irguió la joven altiva,
 defendiendo su hermosura,
 ante aquella catadura
 fiera, asquerosa y lasciva.

Imploró la protección
 de Dios contra Satanás.
 Santiguóse luego, y ¡zas!
 huyó á escape la visión.

.....
 Cuando supo al otro día
 el caso la superiora,
 lloró la buena señora
 al abazar á María.

—¡Tu acción de gozo me llena—
 la dijo— y al cielo es grata!
 Y hubo medalla de plata
 y doble postre en la cena.

II

Dormía al día siguiente
 la niña sencilla y pura,
 cuando una esbelta figura
 se le acercó lentamente.

No se estremeció de horror
 ni se alteró su reposo,
 porque el mancebo era hermoso
 como pintan al amor.

Dulce sonrisa plegaba
 sus labios frescos y rojos,
 y así quemaban sus ojos
 como un torrente de lava.

Amante, audaz, con el brazo
 separó el rubio cabello
 y de la virgen el cuello
 ciñó con estrecho lazo.

La dijo:—Te amo, mujer.—
 Y ella apasionada, loca,
 al contacto de su boca
 sintió un raudal de placer.

Y, sin saber lo que hacía,
 besó al doncer... De repente
 la despertó una estridente
 carcajada de ironía.

.....
 ¿Era el diablo el ángel bello?
 La colegiala lo ignora,
 y la madre superiora
 no supo nada de aquello.

24 Febrero 1884.

A UN FANFARRÓN

Calma chicha, bosque umbrío,
 todo en el valle reposa,
 la arboleda silenciosa,
 leda el aura, manso el río,
 y el retirado Pedraja
 sentalo en la yerba fresca
 con sus avíos de pesca
 y su sombrero de paja.

Al verle así preparado,
la Naturaleza muda
no debió querer, sin duda,
molestar al retirado.

Bajo el agua transparente
esta calma se rompía,
y allá en el fondo bullía
un remolino viviente.

Un pez sube, el otro baja,
todos dicen:—¿Qué hay de nuevo?
Y lo que había era el cebo
del anzuelo de Pedraja.

Al ver aquella lombriz
clavada de tal manera,
se pensó en tragarla entera,
pero sin riesgo á un deslíz.

Y hasta averiguar el modo,
lo discutieron cien veces
con calma, porque los peces
tienen calma para todo.

Son gentes, aunque sencillas,
formales; cuando les frien
no se quejan, ni se ríen
aunque les hagan cosquillas.

—¡Elio tiene buen olor,
pero como una emboscada!
—La cuerdecita delgada
es un lazo.

—No, señor;

lo que hay aquí es mucho miedo.
¡Ea! á tomar un bocado.
—Pero ese hierro doblado,
¿qué significa?

—Un enredo.

—Alguna trampa.

—¿A que no?

—Señores, el caso es grave.

—¿No sabremos á qué sabe?

—Yo no me atrevo.

—Ni yo.

—¡Cobardes!—en son de guerra
gritó, llegando orgulloso,
un barbo jacarandoso
como un chulo de la tierra.—

No tenéis intrepidez
ni el salero consiguiente.
Un pez ha de ser valiente,
ó no es digno de ser pez.

El que se aturde y se calla
nunca será tanto así...
y en fin, vais á ver que á mí
nadie me moja la agalla.

Y de una embestida sola
se lo tragó... ¡Dios divino,
no armaron mal remolino
las aletas y la cola!

Hasta que un tición de afuera
sacó al pez como una paja...

.....
—¡Buen punto!—dijo Pedraja—
y lo metió en la chistera.

LA BATALLA

¡Nada si enemigo abate!
La lucha se recrudece
y la tierra se estremece
con el fragor del combate.

Allá, en el ala derecha,
truenan la fusilería;
avanza una compañía
y retrocede deshecha.

¡Vuelta al ataque! ¡otro amago!
¡más arrojo! ¡más estruendo!
¡y va sin cesar creciendo
la mortandad y el estrago!

Siempre el ejército halla
ruda y fiera obstinación
en dos casitas que son
el foco de la batalla.

Blancas, humildes, pequeñas,
unidas por unas bardas
parecen dos avutardas
descansando entre las breñas.

Y Gil al pie de un cañón,
imposible al parecer,
puede apenas contener
en el pecho el corazón.

Y se comprende en seguida:
¡de aquellas dos casas, una
es suya, y otra de Bruna,
su amor, su sueño, su vida!

Juntos crecieron allí
y se amaron sin saber...
¡siente impulsos de correr
al peligro!—¡Tatatí!

¡Alto el fuego! la corneta.
Se agrupan los pelotones
¡y allá van seis batallones
cargando á la bayoneta!

El choque es breve y sangriento:
la columna, rechazada,
huye deshecha y diezmada
para volver al momento.

—¡A ver esa batería!
¡aquellas chozas abajo!—
Y comienza su trabajo
destructor la artillería.

El pobre Gil, loco y ciego,
no se da cuenta de sí.
—¡Ese cañón! ¿qué hace ahí?
¡á escape, á romper el fuego!

Amor, familia y hogar...
¡Gil no dispara! ¡imposible!...
La ordenanza es inflexible,
¡ó morir, ó disparar!

Prende mecha, tiende el brazo,
el cabo le hace una seña,
y al rechinar la cureña
suena el primer cañonazo.

Después... tiembla de emoción.
Pálido, convulso, frío,
exclama:—¡Gracias, Dios mío!—
y cae al pie del cañón.

Fiero dolor le traspasa,
pero el amor ha triunfado.
El proyectil ha estallado
¡pero ha estallado en su casa!

.....
(¡Vano arranque juvenil!
¡caprichos de la fortuna!
Al caer la bomba... ¡Bruna
estaba en casa de Gil!)

23 Marzo 1884.

CONFITEOR

I

—¡Ay, padre, horribles dolores
me están traspasando el alma!
¡Qué mala he sido!

—Ten calma,
dime tu pena y no llores.
—¡Es que encuenzo la conciencia
tan dulce alivio en el llanto!
—¿Tan grave es tu falta?

—Tanto,
que temo la penitencia.
—A Dios los ojos levanta
y vuelva la fe á tu pecho.
¿De qué te acusas? ¿Qué has hecho?
—¡He robado!

—¡Virgen santa!
¿Has registrado el cajón
donde guarda tu mamá?...
—No, señor.

—¿Un dulce?
—¡Ca!

—Pues ¿qué ha sido?
—¡Un corazón!

—(¡Infeliz!) Te han engañado
y quiero que te convenzas
de que en vano te avergüenzas.
—¿Por qué?

—Porque no has robado.
—El lo dice.

—¿Quién?
—Gaspar.

—No lo creas; ¡desconfía!
Esas cosas, hija mía,
nunca se pueden robar.
¡Quiere engañarte el traidor!
—Desde que le he conocido
siento en el pecho un latido
mucho más fuerte.

—¡Poor!
—Por eso creo que aquí
su corazón tenga preso.
—Te equivocas.

—Pues ¿qué es eso?
—¡Que te lo han robado á ti!

II

—Perdón, padre, si me atrevo
á suscitar la cuestión
de mi anterior confesión.
Si me he engañado de nuevo
fué contra mi voluntad;
él, triste y enamorado,
insiste en que le he robado
y lo jura!

—¡No es verdad!
—Pero es que me hace sufrir
de un modo...

—Pues ¿qué sucede?
—Que el pobrecito no puede
sin su corazón vivir,
y exige restitución
ó que, á lo menos, le dé
el mío.

—¡Nunca!
—¡Si es que
le hace falta un corazón!
—Ardides de Satanás;
huye de ellos, ¡desconfía!
Esos cambios, hija mía,
no son posibles jamás.
Jura que de esa emboscada
no has de caer en la red.
—Padre, perdóneme usted,
pero yo no juro nada.

III

—¡Perdón!
—¿Has dado, en mal hora,
tu corazón?
—Lo confieso.
Y... ¡si no fuera más que eso!
—Basta, infeliz... ¡Reza y llora!

6 Abril 1884.

HISTORIETA

Según cuenta un cronicón,
los silfos hembras y machos
eran muy buenos muchachos
antes de la creación.

Allá en el caos revueltos
girando perpetuamente,
vivían tan ricamente
siempre libres, siempre sueltos.

Dulce y tranquila existencia
disfrutaban los benditos,
gozando los infinitos
placeres de la inocencia.

Juegos, carreras, paseos
y sencillas distracciones;
¡ni conatos de pasiones,
ni gérmenes de deseos!

Con tan sencillo deleite
estaba, ¡no cabe duda!
toda la gente menuda
en una balsa de aceite.

Y al verlo el Supremo Ser
dijo para su colete:

—¡No me disgusta el boceto
del mundo, que pienso hacer!

Pasó el tiempo y llegó un día
en que á toda aquella gente
la aburrió espantosamente
tan atroz monotonía.

Y en comisión especial
los silfos más atrevidos

se acercaron decididos
á la mansión celestial,

y pidieron al Señor
algo que animara aquello.

Fué Dios, sin pensar en ello,
y dijo:—¡Sea el amor!

Salió el rapacillo inquieto
y el mundo se volvió loco.

¡Qué algarabía! ¡Por poco
se echa á perder el boceto!

Hubo celos y desdenes,
desmedidas ambiciones,

puñaladas, mojicones
y jaranas, y belenes.

Quiso el Supremo Hacedor
quitarlo... ¡no pudo ser!
¡no podían comprender
la vida sin el amor!

Al ver tamaña insistencia
les dejó tal enemigo
y quedó como castigo
lo que fué condescendencia.

Después, del caos sombrío
brotaron mundos de veras,
y empezaron las esferas
á recorrer el vacío.

¿Siguió el amor? Sí, señor;
y Dios quiso edificar
un antro donde arrojar
los despojos del amor.

¡La voluntad del Eterno
cumplida se puede ver,
puesto que está Lucifer
á las puertas del infierno!

20 Abril 1884.

¡NO ESCRIBO!

Todo el álbum he leído
que está tarde me ha traído
tu doncella...

¡Lo que yo me he divertido
con el álbum... y con ella!

La muchacha es vivaracha,
y aunque yo me creo ducho,
se me ha burlado quizás...

En fin, chica, la muchacha
vale mucho,

¡pero el libro vale más!

Unos cuantos señoritos
que te juzgan buen bocado,
en sus hojas han probado
que saben hacer versitos
muy bonitos.

¡Vamos, que estoy asustado!
y no me atrevo á meter
en tan buena compañía
y echarlo todo á perder
con alguna tontería
de las que yo suelo hacer.

Uno de ellos, por ejemplo,
tras de alzar á tu hermosura
lo que mereces, un templo,
asegura

que por el encaje *breve*
que orla tu cuello de nieve
y marfil (lo mismo da)
el cefirillo se atreve
á entrar amoroso... ¡Ah, pillo,
cefirillo!

¡Ya sabe él adónde va!)
Según el mismo doncel,
tienes una cinturita
tan chiquita

que con una mano él
te la aprisiona completa.

Es poeta
y exagera, por fortuna...
¡ó te ha tomado por una
figura de pandereta!
Después afirma otro tal
muy formal,

que en tu boca puso Dios
el mejor de los rubíes
y que cuando te sonríes
se parte por gala en dos.

Luego el chico deja preso
entre esas joyas un beso
y se va por donde viene:
¡y eso tiene tres bemoles!

¡caracoles,
ya lo creo que los tiene!

Yo, que tengo que escribir
después, ¿qué voy á decir?
Al uno se le figura
que te coge la cintura,
el otro se atreve á más...

Conque ¡á ver
lo que á mí me toca hacer
para no quedarme atrás!

4 Mayo 1884.

NO HAY DE QUE

Allá en un rincón del templo,
oculta en la obscuridad,
estaba Ramona, ejemplo
de virtud y de bondad,

y el buen padre, en los oficios,
pintaba á la concurrencia
los inmensos beneficios
de la sabia Providencia.

—¡Dad gracias á Dios!—decía—
que á este mundo miserable
con mano pródiga envía
un tesoro inagotable.—

Y seguía su oración,
y se entusiasmaba tanto,
buscando la inspiración
en el Espíritu Santo,

que á su palabra obedientes
los corazones sencillos
acabaron los oyentes
por llorar como chiquillos.

Y también lloró Ramona.

Advierto, por lo que sea,
que es una buena persona,
pero muy pobre y muy fea.

Débil, enclenque, raquítica,
por las viruelas picada,
casi casi paralítica
y sin casi jorobada.

Nunca tuvo Cirineos,
perifollos ni placeres,
ni citas, ni devaneos
como las otras mujeres.

En perpetuo desconsuelo
pedía con la oración
bienaventuranza al cielo
y paz á la religión.

Así es que con la elocuencia
del buen padre entusiasmada,
á solas con su conciencia
llegó á su pobre morada.

Y vertiendo amargo llanto,
ante un niño de la Bola,
que daba á la sala encanto
encima de una consola,

se arrodilló con fervor,
besando en su desvarío
la imagen del Salvador
y exclamó:—¡Gracias, Dios mío!

El niño Dios, comprendiendo
sus desdichas y su fe,
contemplóla sonriendo
y la dijo:—¡No hay de qué!

18 Mayo 1884.

EN LA VARIACIÓN

ESTA EL GUSTO

Que ames infinitamente,
si amas infinitas cosas.

CAMPOANVOR.

Ardiente, voluble,
fugaz, pasajero,
que abrase las almas
con rápido fuego

dejando la estela
de dulce recuerdo
y cambie de rumbo
cambiando de objeto:
amor que no sea
ni firme, ni eterno,
ni soso, ni frío,
ni tonto, ni ciego.
Amor que agitando
la sangre y los nervios
produzca placeres
profundos, intensos,
y alegre y gracioso
se vaya al momento
buscando otros goces
distintos y nuevos.
¡Así es como adoro
y así es como quiero!
Tú, niña, te empeñas
¡malditos empeños!
en ser desgraciada
tomándolo en serio.
Tú quieres amores
monótonos, secos,
pesados, iguales,
estúpidos, memos,
suspiros ahogados,
miradas al cielo,
ayunos, ojeras,
cartitas, cabellos...
¿No es eso, morena?
¡Pues, hija, no es eso!
El mundo se engaña
si piensa creerlo,
forjándose iluso
quimeras y sueños.
¿Cuál es lo de siempre,
lo justo y lo cierto?
¡Ayer las caricias,
mañana el despego!
¡Si todo es mudable!
¡Si nada es eterno!
¿A qué lagrimitas?
¿A qué juramentos?
Dirámc que algunos
de amores han muerto,
llorando desdenes,
rabiando de celos...
¡No importa! Excepciones
de locos ó necios,
que el ruin amor propio
creyeron ajeno.
¿Qué ideas son esas
y qué hombres son esos?
Habrá quien te diga:
—Morena, me muero
si no me dan vida
tus ojos de fuego.
Si tú me lo mandas,
me rajo ó me estrella,
seré hasta la muerte
tu esclavo, tu siervo.

Mi amor no varía
 porque es verdadero...
 No creas á un hombre
 tan grave y tan serio,
 pues todos acaban
 por ser embusteros,
 perjuros, traidores,
 livianos, perversos.
 Yo no, ¡Dios me libre!
 Yo aviso con tiempo,
 y quiero caricias
 y abrazos y besos,
 y amo que no sea
 ni firme, ni eterno,
 ni soso, ni frío,
 ni tonto, ni ciego.
 ¡Y al menos, soy franco!
 ¡Y al menos, no miento!

18 Agosto 1884.

¡CABALLOS!

I

En la pelea indecisa
 de la metralla al abrigo,
 formó el cuadro á toda prisa
 el ejército enemigo.

Mucho ruido de cornetas;
 por centro, nueve cañones;
 por lados las bayonetas
 de catorce batallones.

Mucha rabia en los soldados:
 el fuerte reducto en ruinas,
 y entre los puños crispados
 temblando las carabinas.

¡Formidable y silenciosa
 muralla de carne y hierro!

.....
 Cesó entonces la espantosa
 fusilería en el cerro;

en las trompetas doradas
 vibró el himno de agonía;
 formó en filas apretadas
 la inquieta caballería;

rayos de luz arrancaron
 al sol los limpios aceros,
 y á la carga se arrojaron
 tiradores y lanceros.

¡Sus! Ya van los escuadrones
 á destrozár la muralla.
 Se abre el cuadro, los cañones
 lanzan la roja metralla;

nuevas filas al momento
 cubren los anchos boquetes,
 y queda un montón sangriento
 de caballos y jinetes.

¡Vuelta á la carga! ¡Adelante!
 No logra romper el muro
 el martilleo incesante,
 siempre firme, siempre duro.

Hasta que un caballo overo,
 rotos freno y correa,
 quebranta el bosque de acero,
 relinchando de coraje.

Un sargento le espolea,
 y sin darse cuenta, ataca,
 y el bridón salta, patea,
 destruye, abolla y machaca.

Cuando el bruto fué en el pecho
 de un bayonetazo herido,
 el cuadro estaba deshecho
 y el combate decidido.

¡Honra fué para el valiente
 que despreció la metralla
 ascender á subteniente
 sobre el campo de batalla!

II

—¡Caballos!—grita la gente
 furiosa, por todos lados,
 enseñando al Presidente
 los puños enarbolados.

Seis jamelgos ¡ahí es nada!
 han entregado la piel,
 y aún muge la fiera airada
 en medio del redondel.

Van á clavarle en la testa
 las banderillas... ¡Atrás!
 ¡Es un toro que se presta!
 ¡Más caballos! ¡Quiere más!

Todo el público amenaza
 al primer banderillero,
 y un picador sale á plaza
 montando un caballo overo.

Vuela el toro, le arremetá,
 el rudo golpe asegura,
 y van caballo y jinete
 á metro y medio de altura.

De loca alegría esclavo
 saluda el vulgo á la fiera
 y un teniente grita:—¡Bravo!—
 de pie en la contrabarrera.

Agonizante el overo
 vuelve la vista al teniente,
 y como "adiós" postrimero
 cae murmurando:—¡Indecente!

22 Junio 1884.

EL TORNEO

Los farantes abren palenque,
 se harta un heraldo de vocear,
 y entra montado sobre un arenque
 Nuño Fernández de Villalar.

De mala estampa jinete y potro,
 flaco es el hombre, flaco el rocín,
 ¡bien se completan uno con otro!
 ¡nunca se ha visto nada tan ruin!

—Rodarán ambos, no cabe duda;
ninguno tiene buena salud,—
esto se dice mientras saluda
con careajadas la multitud.

Plumas y cintas luce en el casco;
se ve que el hombre quiere agradar,
mas, por desgracia, se lleva chasco
Nuño Fernández de Villalar.

Luz y colcres, pajes, jinetes,
dama, guerreros, ¡qué cuadro aquél!
mil banderolas, mil gallardetes,
grave un Monarca bajo un dosel.

Y en un extremo de la palestra
la encantadora bella Leonor
que en un estrado sirve de muestra...
¡va á ser el premio del vencedor!

Cien campeones luchan por ella
del niño ciego bajo la ley,
porque es muy rica, porque es muy bella,
y al más valiente la ofrece el Rey.

De amores loca tiene á la niña
gentil mancebo que á luchar va.
¿Es caballero? ¡Pues bien, que riña,
y el Rey, si vence, se la dará!

Se afirman todos en sus monturas,
y de la cuja sale el lanzón
que hiende y raja las armaduras
como si fueran de requesón.

A cada choque cae un herido,
pero la dama sonríe ya,
porque el amante favorecido
la mejor parte llevando va.

El caballero luchando goza.
Dos ojos negros fijos en él
le están diciendo:—¡Mata, destroza!
¡llévate el premio, noble doncel!

Ya sólo enfrente, lacio y enteco,
tiene un jamelgo que derribar,
el cual encima lleva un muñeco:
¡Nuño Fernández de Villalar!

Bajo la dura férrea careta
sonríe el héroe con fruición.
Tal enemigo ya no le inquieta:
¡morderá el polvo sin compasión!

Pero en el rudo choque primero
encuentra acibar buscando miel,
¡potro y jinete tienen de acero
muscultura, nervios y piel!

¡Vaya un empuje! ¡Vaya unos puños!
¡Y cómo el penco sabe apretar!
¡Vale sin duda por veinte Niños
Nuño Fernández de Villalar!

Vence el muñeco, ¡maldita estrella!
al Rey se acerca, pide merced,
y la divina gentil doncella
dice llorando:—¡Píesense usted!

Ya su tesoro tiene en los brazos,
goza sus gracias, oye su voz...

(Ganar las damas á puñetazos
será muy bueno, pero es atrozi.)

Al mes y medio de matrimonio
se la ha pegado ya su mujer,
y el hombre piensa dado al demonio:
¡Esto tenía que suceder!

—
¡Ya no podemos hacer lo mismo!
¿Por qué no vuelves, dichosa edad?

.....
Algunos dicen:—¡Cuánto heroísmo!
Yo digo:—¡Cuánta barbaridad!

13 Julio 1884.

¡A BUENA HORA!

I

Mientras el buque sobre las olas
se pavonea,
y al alejarse deja en el agua
profunda estela,
describe el humo sus espirales
grandes y negras
y encaramados los marineros
tienden las velas.
Pedro, apoyado sobre una banda,
sonríe y piensa:
—¡Caracolitos! ¡qué guapa es Luisa
la camarera!

II

—¿No te abochorna ser tan arisca
siendo tan bella?
¡Por Díos, muchacha, no me acongojes,
calma mis penas!
Dame un abrazo.—¿Conque un abrazo?
¡bonita es ella!
—Por fi me muero.—No se me importa
que usted se muera.
—Pero es tan poco lo que te pido,
¡nada te cuesta!
Prueba á abrazarme.—¡Miren el hombre!
¡Vaya una prueba!
—¡Esos tus brazos son tan hermosas
dulces cadenas!
—Eso tan sólo puede decirlo
quien los espera.
—¡Cuánto le envidio!—Dios, le perdone.
—¡No seas terca!
—¡Váyase pronto!—Sé complaciente.
—¡No quiero, ea!
(Y así se pasan días y días
en lucha eterna,
mientras el buque sobre las olas
se pavonea.

El, siempre firme, por el abrazo
 suspira y ruega.
 ¡Todo es inútil! ¡Bonita es Luisa
 la camarera!

III

Silba en las jarcias airado el soplo
 de la tormenta,
 y el monstruo indócil furioso ruge
 y el lomo arquea.
 Luchando el buque, las olas bate
 con sus paletas,
 mientras temblando los pasajeros
 lloran y rezan.
 Voces de mando, gritos de angustia,
 rudas blasfemias...
 Hechos astillas van al abismo
 palos y vergas,
 y el casco gime como el que mira
 la muerte cerca.

Allá va Pedro, que á la ventura
 nada y bracea,
 contra el peligro que le amenaza
 pidiendo fuerzas.
 Un mástil roto flota á lo lejos
 ¡bendito sea!
 Siente dos brazos que se le enroscan
 y que le aprietan
 de la agonía con la potente
 rabia suprema.
 Furioso entonces rompe la humana
 dura cadena.
 húndese un cuerpo, y allá en el fondo
 la tumba encuentra.

 Aquellos brazos eran de Luisa
 la camarera.

20 Abril 1884.

¡SIEMPRE LO MISMO!

Escribió el doctor Fulano
 sobre el cólera, un folleto
 que iba á sacar del aprieto
 á todo el género humano.

Precauciones, consejitos,
 advertencias cariñosas,
 higiene... en fin, cuatro cosas
 que no valían dos pitos.

Y no es que sea pamplina
 la higiene, ¡Dios me perdone!
 sino que el doctor propone
 cien remedios de cocina,
 y se cansa en nimiedades
 mientras el mal, en creciente,
 va atacando rudamente
 pueblecitos y ciudades.

El doctor, que es un Bartolo,
 deja á los demás la carga,
 lla el petate, y se larga,
 á veranear en el Polo.

Juan es... nadie, un ganapán
 que no hace ningún papel,
 no se sabe nada de él
 sino qué se llama Juan.

Cuando el hombre se enteró
 del riesgo de la ciudad,
 se presentó en Sanidad
 á decir: ¡Aquí estoy yo!

Y desde el principio al fin
 en servicio extraordinario
 no abandonó el voluntario
 su puesto y su botiquín.

¡Bien se cebó la epidemia
 en el barrio populoso
 como auxiliar poderoso
 del descuido y de la anemia!

¡Qué manera de caer
 y qué modo de morir!

¡Y qué modo de cumplir
 el buen Juan con su deber!

Nada el peligro le inquieta
 y lucha desesperado,
 junto al enfermo olvidado,
 junto á la fosa repleta...

Marchóse el cólera al cabo:
 nada, ¡ni el mal! es eterno
 y, al escapar al infierno,
 rabioso contra aquel bravo,
 le despidió sus saetas
 y el buen Juan quedóse yerto.
 Nadie dijo nada. El muerto
 ganaba cuatro pesetas.

Tan ignorante y tan bolo
 como al escapar inquieto,
 volvió el autor del folleto
 de su expedición al Polo.

Todos admiran su ciencia,
 no hay nombre que más resuene,
 es célebre, es rico... ¡y tiene
 la cruz de Beneficencia!

7 Septiembre 1884

GENIO Y FIGURA.

¿Y usted qué opina, doña Isidora,
 de su sobrina Circuncisión?

¡Jesús, Dios mío! ¡cómo está ahora!
 ¡Pronto ha cambiado de vocación!

¡Como que nunca sale del templo
 si no la dicen "se va á cerrar",
 y á las devotas sirve de ejemplo
 siempre de hinojos ante el altar!

¡Ella, que era antes una coqueta como en el pueblo no había tres, tan casquivana, tan pizpireta, con cuatro novios en cada mes!

¡Y verla ahora cuidando luces, sacando santos en procesión... Doña Isidora, yo me hago cruces. ¡Me vuelve loco Circuncisión!

¿Quién cree que es ella la que alegraba con sus enredos la vecindad y de cualquiera se enamoraba con asombrosa facilidad?

¡Miren ahora la pobrecita que ya no sabe lo que es amor! En vez de esencias, agua bendita, y en vez de bailes, altar mayor.

Ya por el pueblo dicen las gentes que si ella sigue por donde va, aun á despecho de sus parientes en un convento se meterá.

Yo no comprendo de ningún modo que sea monja Circuncisión, aunque estos días lo olvide todo y llore y rece con devoción.

¿Usted qué opina, doña Isidora, de tan extraño místico afán?

¿Es que se enmienda? Pues no, señora. ¡Se ha enamorado del sacristán!

14 Septiembre 1884.

LA DIPLOMACIA

No hace mucho, dos naciones que no diré cuáles son, tuvieron una cuestión

por yo no sé qué razones,

y por yo no sé qué nota

de yo no sé qué empleado,

hubo un Ministro de Estado

lo mismo que una pelota,

que con el formal deseo

de hacer algo interesante,

telegrafió al Almirante:

—¡Empiece usted el bombardeo!

Y sin pensar que la nota pudiera ser disparate, pronto en línea de combate quedó formada la flota.

Con las banderas izadas

y con lastimoso acierto,

todos los buques del puerto

largaron sus andanadas.

—¡Guerra!—gritaron en tierra;

hubo muertas, maldiciones...

y empezaron los cañones

su conversación de guerra.

¡Bien lo hicieron los del mar!

¡Qué derroche de metralla!

Pero los de la muralla

tiraban también á dar,

y á cada descarga cierta de una ú otra batería, como un torrente corría la sangre sobre cubierta.

La gente de la ciudad, irritada con la ofensa, desplegaba en la defensa rabiosa ferocidad.

y de los buques lanzaba tal fuego la artillería, que sobre el pueblo caía como un torrente de lava.

Resumen: Un cataclismo; cien casas dismanteladas y dos fragatas blindadas en el fondo del abismo.

El asunto iba mejor; el conflicto no era serio, se convenció el Ministerio y se deshizo el error.

Y al final de la jornada, forzando marcha un crucero, llevó al puerto un caballero agregado de embajada,

que á los que habían quedado entre las cuatro paredes, dijo:—Dispensen ustedes, ¡nos hemos equivocado!

28 Septiembre 1884.

LA VICARIA

A pesar de que dicen del matrimonio centenares de pestes y picardías,

á mi amigo Peralta tentó el demonio

como tienta á otros muchos todos los días.

Y enamorado el hombre de una muchacha,

á las cinco semanas de relaciones

le sopló en la cabeza la buena racha;

¡como que eran muy santas sus intenciones!

Y dejando que hablara toda la tropa

de necios, de envidiosos y de peleles,

escribió á la familia, compróse ropa

y fué á la vicaría con los papeles.

Preparadas las cosas ¡ancha es Castilla!

creyó tocar la meta de sus afanes,

y empezó el *via crucis* con la cuadrilla

de empleados injertos en sacristanes.

—¿Qué es lo que usted desea?—Casarme [quiero.

—Lleve los documentos á aquella mesa.

—¿Puede usted despacharme?—No, caballero.

—Esta mesa me han dicho.—Pues no, que [es esa.

—Esto no está completo.—¿Qué es lo que [falta?

—Otro certificado de la señora.

—Aquí dice Peralta, y aquí Peralta.

Se necesita arreglo.—Pero hombre, ahora...

—El asunto es muy grave.—Ya se conoce.

—Y aquí necesitamos estar seguros.

—Pues volveré mañana de diez á doce.

¿Cuánto son sus derechos?—Catorce duros.

—Ya está el error deshecho. ¿Se ha con-
[cluido?

—Falta que den por buenos los expedientes
en todas las parroquias donde han vivido
desde su nacimiento los contrayentes.

—¡Pero si hemos cambiado más de qui-
[nientas!

—Pues son los requisitos más esenciales.

—Daré otra vueltecita.—Bien; ¿y las cuentas?

—¿Cuánto se debe?—Poco; doscientos reales.

—¡Caracoles!—¿Le choca?—Si es necesi-
[rio...

la cuestión es que salga pronto de apuros
y que á tomar los dichos vaya el Vicario.

—Irá.—¿Cuánto me cuesta?—Cincuenta duros.

A estas horas Peralta ya se ha gastado
en papel y zapatos toda su herencia
y está excesivamente desesperado
porque le es imposible tener paciencia.

—Chico—dice—del mundo ya no hago caso
y tiro la vergüenza por la ventana.

La novia está conforme; de aquí no paso,
¡me reuno mañana por la mañana!

21 Septiembre 1884.

A UNA MUCHACHA MUY SOSA

(COMPOSICIÓN AMOROSA)

Yo no sé cómo decirte
que me gustas, que me encantas,
que te adoro, que me muero,
que me irritas, que me matas.
Tú eres moza ¡buena moza!
y guapa ¡pero muy guapa!
con ojos como carbones,
con labios como la grana
y con un cuerpo bonito
que me está diciendo: ¡Abraza!
No se me importa que seas
arisca como una zarza
y fría como la nieve
y sosa como una pava.
La sal que en la calle luce
importa un pepino en casa,
y si no he de hablarte nunca,
¿para qué quiero la gracia?
El que á las mujeres fía
los goces puros del alma,
como un necio se equivoca
y como á un chino le engañan.
¡Infeliz quien se conforma
con mimitos y monadas,
creyendo que eso es el todo
y que de aquí no se pasa!

Yo, que al espíritu dejo
que donde quiera se vaya,
y ni busco ni tolero
que le ofendan manos blancas,
del donaire no hago caso
y con la línea me basta.
Tú eres hermosa y te quiero
por tu belleza de estatua,
que la que con gracia miente
me haría muy poca gracia.
Cuanto más sosa más firme,
y más fiel cuanto más zafia;
me gusta en esta materia
poco amor y mucha calma.
¡Por alcornoque te adoro!
¡Mira qué cosa más rara!
Sigue tú siendo alcornoque,
que el salero no hace falta.
Y conste que yo desprecio
denguecitos de camama,
y mi amor no será nunca
ni chichia ni limonada.
Con esto queda cumplido
tu encargo de esta mañana.
¿Querías coplas de amores?
¡Pues toma coplas y calla!

23 Noviembre 1884.

NI FU NI FA

Quien nisperos come
y bebe cerveza
y espárragos chapa
y besa á una vieja,
ni come, ni bebe,
ni chapa, ni besa.

Al brazo la capa y al hombro el hatillo
salí de mi tierra tres años hará,
repletos de viento cabeza y bolsillo...
¡y allá va la nave!... ¿quién sabe do va?

Aquí desde entonces, de noche y de día,
trabajo y no logro saber lo que soy;
romper no he podido la atroz medianía,
ni subo, ni bajo, ni vengo, ni voy.

Ni á un lado ni á otro se vuelve la torta,
ni soy un poeta ni soy un petele,
la musa se afana, y el fruto que aborta
ni pincha, ni corta,
ni sabe, ni huele.

El término medio me carga de un modo
que estoy fastidiado, ¡no puedo con él!
¿Que nada? ¡Pues nada! ¿Que todo? ¡Pues
[todo!

La escoria ó el oro, ¡jamás oropel!

Me animan los unos, gritando:—¡Adelante!
Los otros me paran, y dicen:—¡Atrás!
Que escriba, que estudie, que lllore, que cante,
que siga en mis trece, que no luche más.

¿De quiénes me fio y á quiénes escucho?
Del fondo del alma la duda me sale.
Que corto, que largo, que tonto, que ducho,
que poco, que mucho,
que toma, que dale,

Propóngome á veces cambiar de destino
con ansia creciente de dar en el *quid*,
y el cambio á la suerte le importa un comino
por más que la busco por todo Madrid.

¡Ni ser pordiosero, ni ser millonario!
Que sí por un lado, por otro que no;
un quidam, un ente vulgar y ordinario,
¡de aquí no se pasa! ¿Qué voy á hacer yo?

Doblar la tarea, crecer el trabajo,
y el caso concreto jamás se resuelve;
que llego á la cumbre, que pierdo el atajo,
que arriba, que abajo,
que torna, que vuelve.

¡Señor!, tú que riges la marcha del mundo
y sabes de fijo lo mal que me va,
¿no quieres librarme del tedio profundo
que no es limonada, ni chicha, ni *na*?

¡Trepár á la cima, caer al abismo,
que estar en el centro la acción me coarta;
¡Subir, aunque luego me rompa el bautismo!
¡Si sigo lo mismo
mal rayo me parta!

12 Octubre 1884.

UNO MAS

Don Blas está loco,
¡Qué voces! ¡qué brincos!
Regala confites
a sus conocidos,
reparte tarjetas,
botellas, bollitos,
y así que en la calle
se encuentra á un amigo
le para y le dice:
— ¡Ya tengo un chiquillo!
¡qué guapo! ¡qué fresco!
¡qué gordo! ¡qué listo!

No hay padre, que en esto,
se pare en pelillos,
y siempre á sus ojos
resultan los niños
robustos, sanotes,
hermosos, rollizos,
y muy despejados,
y muy parecidos.
Don Blas no exagera,
su vástago es vivo
retrato del padre;
pero, ¡es lo que digo!
Y ahora, ¿qué diablos
va á hacer ese chico?
El nace á la fuerza,
llorando, ¡de fijo!
y en estos belenes
le meten de hocicos.
Si crece y se logra,
¡va á estar divertido
el pobre muchacho!

¿No va á ser lo mismo
que un grano de arena
pequeño y perdido?
¡Vivir sesenta años
ni oído ni visto!
¡Cuestión de minutos!
¿Qué importa á los siglos
que un ser tan menudo
resulte un prodigio?
¡Ni pitos ni flautas,
ni flautas ni pitos!
Y en tiempo tan breve,
mujeres y amigos
sabrán arrancarle
los buenos instintos,
las leyes divinas
harán pedacitos,
y luego ¡al infierno!
¡por siempre al martirio!
con gran alegría
del ángel maldito.
¡Si al cabo viviera
mil años y pico,
comprando la pena,
comprando el castigo!
¡Pues no! Te fastidias,
te expongo al peligro,
y luego te cojo,
la vida te quito,
y pagas lo poco
que te has divertido.

—
¿Comprenden ustedes,
según lo que he dicho,
que Blas es un tonto
que al dar esos brincos
ni sabe lo que hace
ni quiere á su niño?

19 Octubre 1884

¡JUSTICIA SECA!

Te he visto por la calle lucir tus galas,
altiva y desafiadora y audaz y fría,
como águila que al cielo tiende las alas
y sin temor al viento le desafia.

Al mirar tu hermosura, tu gentileza,
no queda entre los grupos un caballero
que no aborrezca al dueño de tal belleza
que ha sabido adquirirla por su dinero.

Las señoras te envidian á todas horas
por esos aderezos y esos carruajes;
las señoras de veras... ¡pobres señoras!
¡ellas no tienen joyas, coches ni encajes!

El fango que te mancha te importa un bleb
porque el vicio te presta efímera audacia...
¡yo mis lamentaciones unir no puedo
á los que se conducen de tu desgracia!

Ya sé que es tu boato miseria todo,
¡pero, al fin, la miseria del millonario!
¿Qué compasión infunde verte en el lodo?
¡Eso no tiene nada de extraordinario!

Lo chocante es que á ratos quejarte puedas
y rabiando maldigas la suerte aciaga.

¿Desgraciada con perlas, blondas y sedas?

¿Desgraciado es el tonto que te las paga!

Cuando evocas recuerdos de tu caída,

en el tranquilo lago se alzar las brumas

y encuentras, según dices, triste la vida...

¡Y al infeliz que coges me le desplumas!

En el hogar sagrado la tea enciendes

y á la familia honrada sin paz la dejas,

caricias mentirosas prestas y vendes.

¡Y te quejas del mundo! ¿Por qué te quejas?

De sentimientos nobles hiciste oficio

y en el amor hallaste veneno oculto.

con raso y con diamantes cubres el vicio

y la virtud ajada sufre el insulto.

¡Y á veces la amargura hierve en tu pecho

y quiere de su cárcel romper las rejas!

De quejarse las otras tienen derecho,

pero tú que las pisas, ¿de qué te quejas?

El camino que sigues cubre de flores

sin apreciar el oro con que te paga

estúpida falange de admiradores

que en tus suspiros falsos loca se embriaga.

Eres guía y espejo de pecadoras,

¡y jamás te arrepientes, y nunca cejas!

¡mientes cuando acaricias y cuando adoras!

¡Y hasta creo que mientes cuando te quejas!

21 Diciembre 1884.

IL RITORNO

¿No me conoces, morena?

¡Fues soy yo! ¡Mírame bien!

¿Te haces cruces? ¡Esa es buena!

Ya presentía esta escena

cuando venía en el tren.

Estoy cambiado, ¿verdad?

¡Y mucho! ¡Qué quieres, chica!

¡Los aires de la ciudad!

Soy una calamidad;

el cambio me perjudica.

Tú sí que estás incitante

y guapa, y rolliza, y fresca;

¡qué graciosa! ¡qué elegante!

Tu marido es un tunante

que sabe lo que se pesca.

¡Por siempre malhayé amén

el día en que, sin pensar

en si obraba mal ó bien,

tomé decidido el tren

y me marché del lugar!

¿Te acuerdas de cuando unidos

llegábamos á la puerta

de nuestra casa, rendidos

por haber buscado nidos

en los chopos de la huerta?

¡Vaya si te acordarás!

¡Al que de niña se adora

no se le olvida jamás!

¡Está eso bueno! ¿A que vas

á ruborizarte ahora?

Pues haces mal. ¿Es pecado
que me quisieras de niña?

¿Que á tu promesa has faltado?

¿Y qué? No tengas cuidado

de que me enfade y te riña.

Para nadie es un misterio

que no en balde el tiempo pasa;

nada resiste á su imperio,

y lo que se hacía en serio

se llega á tomar en guasa.

Con sencillez pecadora

me diste cien besos, ¡más!

amante y encantadora...

¿A que no lo haces ahora?

¡Un demonio me darás!

¿Y al separarnos? ¡Dios mío!

¡Cuánto lloramos los dos!

¿Ves? Al pensarlo me río...

Yo te ofrecí mi albedrío

¡y te lo juré por Dios!

Tú no hallabas aquel día

para tus penas consuelo,

y me juraste ser mía

por... me acuerdo todavía,

¡por la Virgen del Carmelo!

Ambos salimos iguales,

es decir, cumplimos mal;

y, á juzgar por las señales,

nos tendrán por informales

en la corte celestial.

Con un pedazo de aún

te has casado... ¡por amor!

(este amor es muy común).

Yo no me he casado aún...

pero es igual. ¡Es peor!

26 Octubre 1884.

PROFESION DE FE

Mi simpática amiga doña Rosa

(una mujer que ha sido muy hermosa)

me escribe antes de ayer, me llama guapo

(esto se lo tolero)

y á la postre me pone como un trapo

y me llama *infeliz*... ¡Y eso no quiero!

La causa aquí *inter nos*, me importa un pito:

mi carácter me impide, según ella,

disfrutar del amor dulce, infinito,

puro, santo, bendito

que hace la vida soportable y bella.

Yo no puedo escribir, por las señas,

la página brillante que en su historia

graban otros mortales...

su esposo, por ejemplo, que esté en gloria.

¡Voto va á Dios, señora, que me humilla

que me calumnie usted de esa manera!

¡Yo tengo un corazón como cualquiera

y me voy á quitar la mascarilla!...

Yo comprendo el amor grande, subline,
la pasión, el delirio
que enaltece y redime
y conduce á la gloria ó al martirio.
Divinizar un sueño, una quimera;
gozar con la ilusión, con la mentira;
rendir á una mujer el alma entera
y embriagarse en el aire que respira.
No la furia brutal, loca y salvaje
que ciega y arrebatada
y que toma venganza de un ultraje
y acaricia un momento y luego mata.

Otelo no es un hombre, es una fiera
que estruja el corazón del ser amado.
¡No son amor los celos! ¡Son la hoguera
que alimenta el orgullo lastimado!
O se quiere, señora, ó no se quiere;
¡el que ama de verdad no mata, muere!

Dirá usted, de seguro,
que si obtiene perdón la que se adora,
al menos el castigo será duro
para el rival... ¡Tampoco, no, señora!

El ganó la batalla,
rindió su corazón con buena estrella
y aunque sea un villano y un canalla
es sagrado también ¡sólo por ella!

Yo no he querido aún, pero si quiero,
y en eso he de parar al fin y al cabo,
la aviso á usted primero
¡ella será la reina, yo el esclavo!

¿Que es perjurio y traición
y el alma hiere y el honor afrenta?
¿Qué importa? ¡Infame y todo se la adora,
y se sufre, y se calla, y se revienta!
No me explico la cosa de otro modo;
lo demás es mentira: ¡ó nada, ó todo!

.....
Conste, pues, doña Rosa,
aunque usted no perdone la franqueza,
que el amor que yo entiendo es... ¡una cosa
que no le cabe á usted en la cabeza!

2 Noviembre 1884.

AL AMOR DE LA LUMBRE

Verás: amaba un galán
(cosa muy puesta en razón)
á doña Inés de Bazán,
esposa de un capitán
de yo no sé qué escuadrón.

El apasionado y loco,
ella coquetuela y vana,
llena de gracia y descoco,
fué creciendo poco á poco
aquella pasión liviana.

Siempre es hermoso el delito
y hace callar las conciencias
ese placer infinito
que trae el amor maldito
con todas sus consecuencias.

Pero el capitán un día
no quiso el juego pasar;
pegó un balazo á la impía
y dió al otro una sangría
en la vena yugular.

Y nada más. ¿Estás triste?
¡Cómo! ¿Has perdido la voz?
¿El final se te resiste?
¿Sí? Vamos, eso consiste
en que la historia es atroz.

Voy á contarte otra cosa
dulce, inocente, sencilla,
una anécdota amorosa
de una pastorcilla hermosa...
¡si vieras qué pastorcilla!

Un zagal fresco y robusto
vestido con piel de oveja,
la amaba más de lo justo;
en fin, hija, iba gusto
mirar aquella pareja.

Sin doblez, sin picardía
y sin deseos traidores,
pasó un día y otro día
sin romperse la armonía
de aquellos castos amores.

Y adorándose á conciencia,
pero siempre desde lejos,
sin tomarse una licencia,
se pasaron la existencia
y se murieron de viejos.

¿Tampoco te satisface?
¡No te distraigo! ¿Lo ves?
Yo charlo y no te complazo...
¡y qué poca gracia me hace
no despertar tu interés!

Porque eres una mocita
encantadora, hechicera,
¡muy graciosa y muy bonita!
y, francamente, me irrita
que no me mires siquiera.

¡Mirame! podrás, si quieres,
volverme en seguida loco...
¡vive Dios! ¡qué hermosa eres!
¡no hay como tú dos mujeres!...
Déjame acercar un poco.

¡Qué labios tienes, chiquilla!
Mirándolos me embeleso
y todo se destornilla...;
perdóname, Mariquilla;
por de pronto ¡toma un beso!

¿No me pegas? ¿No te enfadas?
¡Yo te adoro, te idolatro!
¡me abraso con tus miradas!
Por si acaso van mal dadas,
toma dos, y tres, y cuatro...

¡Qué bien la pasión expresas
en que abrasándote estás!
¡Hola! ¿qué es eso? ¡me besas!
¡veo que, al fin, te interesas!
¿Quieres que me acerque más?

30 Noviembre 1884.

LA FIEBRE

(DESDE LA CAMA)

¡Hola! ¿Qué es eso? El pulso se me ha al-
[terado.

¿A ver? ¡Si tengo el rostro desencajado!

Toda la piel abrasa, casi no veo...

Pues señor, está visto que me mareo.

Permitidme, señores, que lo celebre;

¡os conozco de sobra, señora fiebre!

Y aprovecho el detalle de no estar bueno
para tomar apuntes sobre el terreno.

Pues si no, ¿de qué diablos me serviría
el haber estudiado patología?

Por su cauce ordinario rápidamente
pasa, se agita y torna la sangre hirviendo,
y los glóbulos rojos, entusiasmados,
bajan, suben y bailan amontonados.

¡Jesús, qué remolinos y cuánta gresca!
Allí ninguno sabe lo que se pesca.

¡Días de fiesta tienen los endiablados
y hay jaleo y belenes por todos lados!

Las células aguantan pacientemente
la fuerza que en su curso lleva el torrente,
y a los golpes tremendos y regulares,
estremecidos tiemblan los capilares.

Se verifican muchas transformaciones
y por do quier se activan las combustiones;
hay más fuego, más vida, ¿qué duda tiene?
¡Pero á mí esta jarana no me conviene!

En esas misteriosas profundidades
brotan las más terribles enfermedades,
y tiene poca gracia tanto misterio
si para en el camino del cementerio.

¡Si yo tuviera abonos, coches, hoteles,
y una vida tan dulce como las mieles,
por Dios que no tratara con tal cinismo
estas alteraciones del organismo!

Pero aunque la existencia sea muy corta,
para lo que la gozo ¿qué se me importa?

El infeliz que lucha contra la suerte
es objeto sagrado para la muerte,
y aunque le pille en cueros la noche fría
no tendrá ni un amago de pulmonía.

El cáncer y la tisis ¡buen par de fieras!
le miran y le dicen:—¡Eso quisieras!

Y así explicado queda que no me apura
este conato débil de calentura...

¡Hola! ¡cien pulsaciones!... ¡Buena es la prue-
[ba!

¡Fues se fastidia el diablo, que no me lleva!

Mañana me levanto de madrugada;

soy infeliz y pobre... ¡no seré nada!

9 Noviembre 1884.

¡VEINTICINCO AÑOS!

Va los tengo, sí, señor,
ayer mismo los cumplí.

¡Cualquiera me tose á mí
desde que no soy menor!

Estoy redimido ya
por una ley bienhechora:
Antes... ¡un quídam! Ahora...
¡buena diferencia va!

¡Afuera lazos serviles
que la familia me puso!
¡Ya estoy en el pleno uso
de mis derechos civiles!

Por mi cuenta, si es preciso,
puedo armar muchos belenes,
¡y hasta administrar mis bienes
y casarme sin permiso!

¡Gran día! ¡dichosa edad!
¡qué alegría! ¡qué fortuna!
Todo está bien, pero hay una
pequeña dificultad.

Ya veo, y me felicito,
mis afanes satisfechos;
tengo todos mis derechos
¡pero no los necesito!

La suerte así lo dispone
y mientras ella no acude...
¿matrimonio? ¡Dios me ayude!
¿y bienes? ¡Dios me perdone!

De modo que, siendo así,
aunque no tenga tutor,
sigo siendo tan menor
como el día en que nací.

En resumen, ¿qué he ganado?
la menor edad es ida
y lo mejor de la vida
para siempre se ha pasado.

¿Cómo? Pensarlo no quiero;
yo no he tenido ilusiones,
ni placeres, ni emociones,
ni amorfos, ni dinero.

Buscándolo con ardor
he trabajado á destajo;
¡ay! en esto del trabajo
siempre voy á ser menor.

¡Imbécil! Siempre cobarde,
tímido con las mujeres...
Cuando busque esos placeres
y me atreva, ¡será tarde!

Y muy tarde cuando cobre
mis romances y cuartetos,
y junte cinco pesetas
para dejar de ser pobre.

¡Oh! Con esto de la edad
es gracioso lo que pasa...
Yo creo que es una guasa
de toda la humanidad.

Cuando uno es joven, y puede
luchar, le dicen:—¡Andando!
Trabaja, que trabajando
verás lo que te sucede.

Se cumplirán tus deseos
y gozarás sin medida,
¡pero no gastes la vida
en fútiles devaneos!—

Y cuando en la lucha honrada
cumple cual buen ciudadano,

y al alcance de la mano
tiene la dicha scñada,
si todo le importa un bledo
y la sangre no retoza,
cuando dicen:—¡Anda, goza!—
¿qué contesta?—¡Ya no puedo!

Pues este es el porvenir
que me aguarda, ¡estoy seguro!
De joven, trabajo duro;
de viejo... ¡nada! Decir,

con la esperanza perdida,
pero firme y convencido:
—¡Lo que yo me he divertido
allá, en la flor de mi vida!

13 Diciembre 1884.

ESTILOS

I

NUÑEZ DE ARCE.

Muy cercano á la aldea, en el otero
se levanta la mole del castillo,
imponente guardián mudo y severo...
¡Desgraciada campiña si el rastrillo
atraviesa con ímpetu guerrero
castellano feudal de horca y cuchillo!
¡Alma de cieno vil, pero más dura
que el bruido metal de la armadura!

¡Quedarán destruidos los hogares,
si con el fuego no con la piqueta,
y caerán los pecheros á millares!
Asesino feroz, nada respeta;
ni al ministro de Dios en los altares,
ni al venerable monje anacoreta
que eleva su plegaria al infinito
encerrado en su cárcel de granito...

II

VELARDE

Restregándose los ojos
va el campesino á la siega,
colgada la hoz del cinto
y el sucio morral á cuestras.

Pardillos y cogujadas
le saludan y festejan,
dando brinquitos de gozo
en las lindes de la senda
que espadañas y tomillos
rematan y festonean.

Entretanto, allá en el cielo
audaz la alondra se eleva
á saludar el retorno
del sol que anuncia su vuelta
de las montañas oscuras
en las lejanas siluetas.

Salta al surco la cigarra
verdosa, ventruda y fea;
margaritas y amapolas
se estiran y desprecizan,
y á beber bajan los tordos
del arroyo en la ribera.

Menuda tropa de insectos
desde los pinares llega,
con las gotas del rocío
á emborracharse en la hierba.

A la misa de alba toca
el esquilón de la aldea;
el azul pardo del cielo
en grana y oro se truecan,
y asoma curioseando
por las empinadas crestas
el sol, que, limpio y maduro,
trozo de melón semeja.

III

CAMPOAMOR

Era al casarse Inés la más hermosa
de todas las doncellas del contorno,
y podía de un Duque ser esposa.

¡El cuerpo escultural como una diosa!
¡El alma tan ardiente como un horno!

Y era Juan al casarse ¡cosa rara!
inocente zagal, que no sabía
lo que cualquier muñeco le enseñara,
sin tener todavía

ni simiente de pelos en la cara.

La ignorancia de Inés no era muy grave
si supiera algo Juan, ¡pero él no sabe!

Y al hallar mucho nuevo en aquel día
ella en los besos de él, él en los de ella,
en preludio el amor se quedaría
si no estuviera injerto en picardía
el sencillo candor de la doncella.

¡Extraña intuición de los placeres
profundos y escondidos!

¡Misterios que adivinan las mujeres
sin que se los enseñen los maridos!

16 Noviembre 1884

VALS

I

—Cuidado, María; ¡cuidado conmigo!
ya sé que esta noche te vas de *soirée*;

¡si bailas, te espera después un castigo!

—¡Por Dios, abuelita!—Lo dicho.—¿Por qué?

—Porque eso es muy malo, ¡muy malo, hija
[mía!

el vals es muy dulce y halaga traidor...
¡ay! tarde ó temprano sabrás algún día
que en todas sus vueltas le sigue el amor.

—¿Amor? ¡qué bonito!—¿Qué sabes tú de
[eso?
—¿Y amor sigue siempre del vals al vaivén?
—Y empieza al arrullo de grato embeleso
y acaba borrando la senda del bien.
—¿Tú al baile no fuiste?—¡Fero es que el
[moderno
es obra, hija mía, del mismo Satán!
¡Por él las muchachas se van al infierno!
—¡Pues bailan algunas!—¡Pues todas se van!

II

—Perdón, abuelita; ya sé que he faltado.
—¿Qué es eso? ¿qué pasa?—¡Que anoche bai-
[lé!
—¿No sabes que es esa la red del pecado?
¡El diablo te lleva!—De sobra lo sé.
—¿Quién fué tu pareja?—Don Carlos, mi
[tío,
¡es claro! no pude decirle que no...
¡El vals es muy tonto, muyroso, muy frío!
¡Maldito el pecado si no me gustó!

III

—¿Qué es eso? ¿has llorado ¿qué pasa? con-
[fiesa...
¡Te callas! ¿es grave?—¡Que he vuelto á bai-
[lar!
De nuevo, abuelita, falté á mi promesa...
Alfredo, mi primo, me vino á invitar...
¡Qué cosas tan nuevas... abuela del alma!
¡bendita la falta si sabe tan bien!
girando sin tregua se pierde la calma
y aumenta la dicha según el vaivén.
El vals arrebató, fascina, enloquece
y el alma se agita con dulce emoción...
—¿Lo ves?—¡Ay, abuela! ¡si aquello parece
la gloria divina!—¡Fatal ilusión!
—Mi talle en su brazo, decirme, bien mío,
su mano en la mía temblando también...
¿en qué se distinguen mi primo y mi tío?
¡El limbo con uno, con otro el Edén!
¿Qué cosa es el baile que aflige ó consuela?
¡Según la pareja de gozo ó pesar!...
—¿Y qué? ¿te arrepientes?—¡No temas, abue-
[la!
¡lo que es con mi tío no vuelvo á bailar!

7 Noviembre 1884.

¡RON!

(CONATO DE IMITACIÓN)

Rhín, Ganimedes, más Rhín!
CAMPOAMOR.

Echa otra copa, Ramón.
Brindemos á la salud
del honor, de la virtud,
de esas mil cosas que son
emblema en la juventud,
consuelo en la senectud,
y motivos de irrisión
en la edad de la razón.

¡No hay placer como el beber!
¡El placer! ¿qué es el placer?
¡Unas gotitas de ron!
Bebamos. ¡Fuera el *splin*!
¡Bendito sea el licor
que nos conduce hasta el fin
de la gloria y del amor!
Las gentes me acusarán
de que estoy borracho. ¿Y qué?
¿No es borrachera la fe?
¿No es borrachera el afán
con que los valientes van
de muerte gloriosa en pos?
La vida es una embriaguez.
¡Pues bebamos de una vez
y que nos perdone Dios!
¡Siempre estaremos así!
¿Te choca la afirmación?
pues estás loco, Ramón,
ó es que te burlas de mí...
¿Es que no te acuerdas ya
de tus amores de ayer?
¿No estabas ebrio quizá?
¡De fijo no lo dirá
Matilde...! ¡Pobre mujer!
No cabía la pasión
dentro de tu corazón
y pasaste muy formal
más de una noche invernal
debajo de su balcón.
¡Y acabasteis pronto y mal!
¿Y qué es eso? ¡Voto á tal!
Bon y nada más que ron!
Echa otra copa, Ramón.
¡Pobre chica! ¡un serafín!
¡un alma como un atún
á quien cogimos al fin
paseando en el jardín
de Recoletos con un
grandísimo galopín!
¿Y aquella Luisa que fué
el objeto de tu afán
y por causas que yo sé
dejaste de ser galán?
¡Qué muchacha aquella! ¿eh?
Lagrimitas por aquí,
pataletas por allá,
¡que no me quiere! ¡que sí!
¡que ya la aborrezco!... ¡ah!
¡qué amor tan puro y tan fiel!
Quiso al fin, por sí ó por no,
dar celos... ¡y te los dió
con un mozo de cordel!
¿Y aquella niña gentil,
mi Inés, mi querida Inés,
que con candor infantil
por breve plazo me dió
de prueba de amor un mes?
¡y en el mes me la pegó
con un hortera incivil!
¡Todos borrachos! ¿Lo ves?
El mozo, el hortera, Inés,
Matilde, Luisa, tú y yo.

Y el deseo, y el placer,
y la pena, y la ilusión,
lo que embriaga nuestro ser,
lo que agita el corazón...
¡ron, y nada más que ron!
El es la base quizás
de toda la creación...
¡No hay vida sin ron, Ramón!
¡Bebamos más, siempre más!

28 Diciembre 1884.

UNA VISITA

—¿El señor conde de Tal?
—Aquí vive, sí, señor.
—Hágame usted el favor
de anunciar á Luis Peral.
—Su excelencia no da audiencia.
—Pues entonces no molesto;
pero juro que con esto
me fastidia su excelencia.
—Cumpla mi consigna fiel.
—Sí, pero el tiempo me apura,
y traigo de Extremadura
un encargo para él.
Puesto que no tiene gana
de verme... es cosa resuelta;
daré por aquí una vuelta
mañana por la mañana.

—Señor conde, quiere ver
á vuecencia con empeño
aquel joven extremeño
que pidió la audiencia ayer.
—¿Te has fijado en el pelaje?
—Una cosa así, decente.
—¡De fijo es un pretendiente!
—Puede serlo, por el traje.
—Pues por si acaso lo es
sal un momento á decirle
que no puedo recibirle;
que vuelva dentro de un mes.

—Señor, espera sentado
las órdenes de vuecencia
el joven que pidió audiencia
dos veces el mes pasado.

—¡Qué gente más decidida!
¡Esto pasa de la raya!
Anda, dile que se vaya
y que no vuelva en su vida.

—Dice que es interesante
el encargo que ha traído.

—¡Mentiras! Algún perdido
que habrá quedado cesante.

—El está firme en su tema
y á ver al señor resuelto.

—Ya lo conozco en que ha vuelto.
¡Tanta pesadez me quema!
Vamos á ver por qué tiene
tal empeño y osadía.
¡Que le espero cualquier día
de la semana que viene!

—¡Gracias á Dios! ¿Usted es...?

—Luis Peral; y á verle vengo
con frecuencia, porque tengo
que hablarle hace más de un mes.

Me dió Blas, su arrendatario,
un encargo para usted:
¡catorce docenas de
chorizos de Candelario!

Usted no me ha recibido
cuando he querido cumplirle,
y ahora... vengo á decirle
¡que ya me los he comido!

25 Enero 1885.

ESTAMOS DE ACUERDO

Soy de la misma opinión,
mi querida Salomé.
¡Tiene usted mucha razón!
¡vaya si la tiene usted!

Comprendo su abatimiento
y alabo su escepticismo,
¡caramba! ¡como que siento
exactamente lo mismo!

Los hombres en general
tienen la piel de Lúbel,
sí, señora; ¡y menos mal
si tienen sólo la piel!

Falsos, infames, traidores,
vanidosos, desleales,
volubles en sus amores,
groseros en sus modales.

No hallan dique á sus deseos,
son de masa pecadora
y sobre todo muy feos...
¡los hay horribles, señora!

Ellos tienen las pasiones
y el instinto de la bestia...
salvo honrosas excepciones
que no cito por modestia.

En cambio ustedes ¡qué hermosas!
¡nada de falsos papeles!
¡qué finas! ¡qué cariñosas!
y sobre todo ¡qué fieles!

Modelos de perfecciones
¡ay! se ve cada palmito!...
(salvo en raras excepciones
que por prudencia no cito.)

El sexo fuerte está hecho
con barro de lo peor;
ni siente nada en el pecho
ni sabe lo que es amor.

¿El castidades? ¡Bobada!
¿él pureza? ¡Que si quieres!
¡no le quedaría nada
que exigir á las mujeres!

Ellas tienen corazón
y saben lo que es amar:
y castas y puras, son
los ángeles del hogar.

Usted odia por capricho
á los hombres ¡ya se ve!
¡como que nadie la ha dicho:
—“¡Buenos ojos tiene usted!”

Pero yo, que entre los seres
admito comparaciones,
me muero por las mujeres
y desprecio á los varones,
porque veo en mis iguales
las armas del enemigo...
¡al fin y al cabo, rivales
que entran á partir conmigo!

Prefiero una chica, vamos,
al más sabio, al más valiente...
¡Vea usted por dónde estamos
de acuerdo completamente!

15 Febrero 1885.

SOBRE GUSTOS...

¿Que á mi lado te aburres? ¡Pobrecita!
Pues contaré una historia. Oye, Juanita,
que la sé de memoria:

El castillo feudal en donde empieza
y concluye mi historia,
además de imponente fortaleza,
era, por dentro, imagen de la gloria.

Porque era muy galán el castellano
y era la castellana tan galana
como un clavel temprano,
y vivía el tirano
muriendo por su bella castellana.

De fiera condición, jamás vencida,
ante nadie humillaba la cabeza
y todos maldecían su fiereza
menos la dulce esposa de su vida.

Que el hombre que ganaba á puñetazos
las tierras ocupadas por el moro,
derrochaba un tesoro
de dulzura y de amor entre sus brazos.

¡Y era digna pareja de su esposa!
Bravo, correcto, hermoso.
adorándola humilde y respetuoso
como á una reina!... ¡Más! ¡como á una
[diosa!

Y ella... ¡maldita condición humana!
se había enamorado
¿á que no aciertas, Juana?
¡De un bufón asqueroso y jorobado!

No pueden explicarse con razones
tales aberraciones;
pero es lo más horrible de la cosa
que aquella castellana
que trataba á su esposo desdefiosa
con la fría altivez de soberana,
era con el amante
débil, dulce, insinuante,
y llegó á dominarla de tal modo
aquel villano repugnante y feo,
que trocó en acicate del deseo
los bárbaros ultrajes del beodo.

¡En la misma mejilla senrosada,
sobre el amante beso del esposo,
la brutal bofetada
del bufón jorobado y asqueroso!

Y aquí se acabó el cuento
sin venganza, ni muerte, ni castigo.
¿Que no es interesante? Pues lo siento,
pero esta es la verdad, y así lo digo.
Del fondo escaso que la historia encierra,
deducirás, si quieres,
que siempre ha habido chulos en la tierra.
¡y siempre han sido tontas las mujeres!

8 Marzo 1885.

LAS RANAS

Allá va una fabulita
que tengo entre ceja y ceja;
no sé si será bonita,
pero tiene moraleja.

Fatigado Jove un día
en que salió de paseo
á causa de un trapicheo
de los muchos que tenía,
sentóse á tomar reposo
y á fumar un cigarrito
cerca de un charco maldito
sucio, infecto y cenagoso.

Las ranas quisieron dar
la bienvenida al tonante
con el *coak coak* incesante
que no se puede aguantar.

Y el dios pensó: ¿Por qué así
se queja esta pobre gente?
¡Lo entiendo perfectamente!
¡No pueden vivir aquí!

—Basta de cantar en hueco,
voy á haceros un gran bien—
dijo, y en un santiamén
dejó á las ranas en seco.

¿Y callaron? No, señor.
¡un demonio se callaron!
Todas á una entonaron
el *coak coak* con más furor.

Júpiter tuvo un arranque
de rabia; ¡se incomodó!
—A ver si es esto (pensó,
y llenó de agua el estanque).

¡Como si no! Siguió el ruido,
y huyendo del martilleo
el dios se fué de paseo
por donde había venido,
quedándose con las ganas
de averiguar la razón
de por qué, sin ton ni son,
hacían *coak coak* las ranas.

Pues esto pasa en la tierra
á Dios con los labradores;
con lluvias y con calores
¡siempre con el cielo en guerra!

¿Que no llueve? ¡La sequía
nos fastidia, de seguro!
¿Hay agua? ¡Pues otro apuro!
Siempre es temprana ó tardía.

Así es que el Supremo Ser,
ya por mucho, ya por poco,
les oye, se vuelve loco
¡y no les puede entender!

15 Marzo 1885.

CON PERMISO

¡Siempre con la moral! ¡Y siempre en guerra
con los malditos vicios de la tierra!

Hace usted bien, señora;
está la humanidad muy pervertida,
la virtud postergada,
la impiedad en creciente y triunfadora
y el cinismo por norma de la vida,
y ya no hay nada bueno, ó casi nada.

Usted, al predicar, lo mide todo
por la moral, que entiende allá á su modo,
y esos sermones, con perdón, Marquesa,
no compaginan bien con lo que veo.
Dispense usted, por Dios, pero yo creo
que la moral no es esa.

Usted es religiosa,
cumple usted sus deberes
como buena cristiana y buena esposa...
¡Así quisiera yo muchas mujeres,
y sería otra cosa!
Pero cuando la veo

ir á misa, al rosario, á los maitines
ó con él, en el coche, de paseo,
yo la deseo á usted con malos fines
y es pecado mortal este deseo.
¿Que tengo yo la culpa? No, señora,
porque usted es bonita, ¡muy bonita!
y al ver una mujer encantadora,
emocionado el corazón palpita
sin que yo lo permita.
¿Qué dice usted ahora?

Comprendo que le guste á su marido
ese pie pequeñito y bien calzado,
ese talle flexible bien ceñido
y el seno exuberante levantado.

Pero aunque usted se asuste,
de su moralidad en el exceso,
no se puede evitar que á mí me guste
y me condene al fin, sólo por eso.

El alma apasionada
no podrá contenerse de seguro;
y ¿cómo el sentimiento ha de ser puro
estando usted casada?

Ni tampoco la de verse condenada,
por tener ese rostro y ese talle,
á no andar por la calle.

Usted no ha de aburrirse con el tedio,
y yo la adoro siempre por hermosa.
¡Esta inmoralidad es una cosa
que no tiene remedio!

Usted seguirá siendo virtuosa
y yo seré tal vez muy virtuoso,
pero usted es incitante, yo hago el oso,
y es justo comprender, linda Marquesa,
que la moral no es esa.

29 Marzo 1885.

EL DRAMA ETERNO

Consejo me pides, Blas,
y quiero dártele al punto,
porque creo que el asunto
es grave como el que más.

Tú adoras á tu mujer
con fidelidad que alabo,
y eres su amante y su esclavo
y todo lo que hay que ser.

Dejó el alma de ser tuya,
pues que en sus ojos se abrasa;
¡jamás ha habido en tu casa
más voluntad que la suya!

¡Bien la pagas, á tu modo,
su juventud, su belleza!...
Respeto, nombre, riqueza,
todo te lo debe, todo.

¡Y te engaña, sin embargo,
con un amante la infiel,
y le da lo dulce á él
y á ti te guarda lo amargo!

¿Te has ofuscado quizás?
¿Tienes pruebas? ¿Estás cierto?
¿Tu deshonor has descubierto?
Pues oye el consejo, Blas.

Nada te puedo decir
de ella, si vive tu amor;
pero respecto al traidor
es muy fácil decir.

Una comedia sencilla,
mucho aplomo, mucha calma,
cuando más fuego en el alma
más frío en la mascarilla.

Ya sé que el sistema es
inútil, si no se lleva
un valor á toda prueba,
pero después... ¡Oh! después,
cuando ya no se te escape,

busca ó pide á la fortuna
una ocasión oportuna
en que la ley no te atrape,
y por la espalda, á traición,
cuando acuda á la emboscada
le das una puñalada
en mitad del corazón.

¿Que no es noble? ¡Dí que sí!
Lo estúpido, lo imprudente
es retarle frente á frente
para que él te mate á ti.

No te batas, no señor.
Fuera bueno, si él obrara
lealmente y cara á cara
al atentar á tu honor.

Pero no; ¡pudo escoger
ocasión, armas y lazos
para arrancar á pedazos
la virtud de tu mujer!

Tal vez te vendió amistad,
y en los corrillos tal vez
comentó tu sencillez
y se burló sin piedad.

¿Y ahora tú, alzando el puño
dirás á tan ruin canalla:

—¡Conmigo sois en batalla,
salid al campo, don Nuño!?

¡Imbécil serías, Blas!
¡Nada! Busca la ocasión,
y pártete el corazón
como él á ti, ¡por detrás!

5 Abril 1885.

¡CLARO!

Ocho años tiene Perico,
el chico de don Bartolo,
y es guapote como él solo
y muy despejado el chico.

Para jugar, es en vano
que le busquen sus afines,
y lee cuantos folletines
se le vienen á la mano.

¡Un muchacho de su edad,
tan formal, tan estudioso!
Se asombra el padre, orgulloso
de tanta precocidad.

Y la gente vaticina
que, con tal que no se muera,
tendrá el niño una cartera
de Ultramar ó de Marina.

La afición que le devora
va cada día creciendo.
A la vez está leyendo
dos novelitas ahora.

En la primera figura
un bandido generoso,
valiente, jacarandoso,
de arrogante catadura.

No deja libre un camino,
manta al hombro y arma al brazo,
y le suelta un trabucazo,
si quiere, al Verbo divino.

Siempre afable, nunca adusto,
según la gente asegura,
roba con una finura
que da muchísimo gusto.

De pura raza española
es galante, es caballero...
viola doncellas, ¡pero
con qué gracia las viola!

Como derrocha á granel
sus dotes excepcionales,
muchas damas principales
se mueren de amor por él.

¿Le persiguen? ¡Ya están frescos!
El continúa ¡qué gracia!
con sus alardes de audacia
raros y caballerescos.

Al cabo, un traidor cerril,
tentado por la codicia,
le vende. Se hace justicia
y le dan garrote vil.

Fero firme y arrogante,
se rinde al eterno sueño
sin fruncir airado el ceño,
sin desmayar un instante.

El personaje saliente
de la segunda novela,
es un niño de la escuela,
una persona decente.

Honrado á carta cabal,
que debuta siendo hortera
para que siempre que quiera
le explote su principal.

Ama hasta más no poder
á una modista muy bella,
se casa al cabo con ella
y le engaña su mujer.

Trabajando con fe ciega,
siempre está de dendas lleno,
y como es sencillo y bueno
todo el mundo se la pega.

¡Le devuelven mal por bien,
y el infeliz personaje
viene á terminar su viaje
con un balazo en la sien!

Ayer visité á Bartolo,
que me presentó al muchacho,
y al verle tan vivaracho
y tan listo como él solo,

tras las frases de cumplido
le dije:—Vamos á ver,
Perico, ¿qué vas á ser?—

Y me contestó:—¡Bandido!

3 Mayo 1885.

A REY MUERTO...

Antes de ayer refínimos.

¡El lance estuvo bueno!

La puse como un trapo,

me puso como nuevo,

la dije perrerías,

me dijo mil dictérios,

rompimos los cacharros,

juramos odio eterno

y fuíme de su casa

con un humor de perros.

Lleváronse los diablos

amor y juramento;

ni chispas de cariño

quedaron en los pechos,

nos vimos mutuamente
plagados de defectos
y nos dijimos ambos:
—¡Caramba, pues me alegro!

Hoy viene su doncella,
morena de ojos negros
que están pidiendo á voces
propinas y requiebros,
y trae un paquetito
con cinta azul sujeto.
¡La ingrata me devuelve
ternezas y floreos!

Me carga este detalle
que indica su desprecio,
y tanto me incomodo,
que voto sin saberlo.

En tanto la morena
me mira sonriendo
así como quien dice:
—¿Te enfadas? ¡pues lo siento!

Recojo sus billetes,
los lo y los devuelvo,
y en una tarjetita
la insulto como un necio.

Al cuarto de hora escaso
escribeme de nuevo,
y vuelve la doncella
mirándome y riendo.

¡Caramba con la chica!
¡Qué rostro tan risueño!
¡Qué talle tan flexible
y qué labios tan frescos!

Yo leo la misiva
y... ya no la contesto.
En cambio á la muchacha
la digo chicleos,
y no sé qué la juro
y no sé qué la ofrezco.

En fin, ¡si seré tuno!
mañana me la llevo
al Circo por la tarde,
y luego... ¡Toma! luego.....

17 Mayo 1885.

LA PRIMAVERA

Será que la sangre hierve
ó que á mí me lo parezca,
y no hay calor que me enerve
ni frío que me entumezca;
pero es la verdad del caso
que algo raro en mí se esconde,
y que si sigo á este paso
voy á parar no sé dónde.

Antes encontraba mil
mujeres de poco fuste.
¡Desde primeros de Abril
no hay una que no me guste!
Hasta en la más horrorosa,
de esas que causan espanto,

encuentro yo alguna cosa,
y no me parece tanto.

¡Yo, infeliz, que no ambiciono
triumfos de la vanidad,
y que, además, me impresiono
con mucha dificultad;

ya me he declarado á doce,
y me encuentro en un apuro;
si me ve, no me conoce
mi familia, de seguro!

Tal estado es un estado
sumamente excepcional,
que me tiene disgustado
y que me sienta muy mal.

¡Hombre, si seré infeliz,
que me estoy volviendo loco
por un demonio de actriz
que trabaja mal y poco,

y es negra como la noche,
y rechoncha, y sin salero,
¡y estoy por ponerla coche
en cuanto tenga dinero!

¡No digo nada en la calle!
¡Si parezco un zascandil!
Me entusiasma cualquier talle,
me gusta cualquier perfil.

Que me lo perdone Dios,
pero ni un día se pasa
sin que yo acompañe á dos
á la puerta de su casa.

Y esto es ridículo, es feo,
y hasta antihigiénico es,
porque doy cada paseo
que me deshago los pies.

Una costurera, un coco
que no vale tres pepinos,
me ha llevado poco á poco
hasta los Cuatro Caminos;

y según estaba yo
de terco y de calavera,
me voy tan fresco á Joló
y ni lo siento siquiera.

Con otra por el estilo
que ayer me salió al encuentro,
estoy algo más tranquilo,
porque esa vive en el centro;

en la acera de los nones,
aquí, á mano, en la Carrera,
en los últimos balcones,
cantando desde la acera;

y es preciso confesar
que este detalle me balda,
porque me tengo que estar
con el cogote á la espalda,

¡y duele de firme el cuello!
¡Dígamelo usted á mí!

¡Como que si sigo en ello,
me voy á quedar así!

Total, que ya me aniquila
tan profunda alteración,
y que no quiero esta pila
de Volta en el corazón.

¿Que es la primavera quien
nos incita á los amores,
y aman por eso también
los pájaros y las flores?

Corriente, yo no me opongo,
que no es tanto mi egoísmo,
y aunque lo fuera, supongo
que pasaría lo mismo.

Pero por lo que barrunto
la subvenciona Himeneo
para llevarme hasta el punto
de que adore á cuantas veo;

y quiero que pase pronto
y que cese la tormenta,
porque estoy haciendo el tonto,
¡y es cosa que me revienta!

24 Mayo 1885.

CAPRICHOS

A mí me entusiasman las hembras de brío
ceñudas y fieras,
de altivo carácter, de genio bravo,
más agrio, más rudo, más fuerte que el mío
que es fuerte de veras.

Mujeres de hierro que mandan mirando,
que á golpes me tratan,
que mezclan volubles lo duro y lo blando,
que insultan y lloran y pegan besando,
que adoran y matan.

Me cargan, me hastían los goces sin duelos,
¡valiente pamplina!
Yo quiero emociones; arranques de celos,
cachetes, rabietas, halagos, consuelos...
¡y á ver quién domina!

Dejar que me abrasen sus ojos de fuego,
y dándome á buenas
hacer que no entienda ni vea mi juego;
caer, maniatado, de hinojos, ¡y luego
romper las cadenas!

Mirar cómo, airada, me ofende mi niña
con fieros desdenes;
buscar como ayuda cualquier socaño
diciendo á su oído, durante la riña:
—Pichona, ¿qué tienes?

Pedirle perdones, cantar su hermosura,
llamarla:—¡Mi dueño!
y cuando su rabia se trueca en dulzura,
decirla sandeces con frase muy dura,
mirarla con ceño...

Cuando ella se yergue, rendirme humillado.
Cuando ella se humilla,
tratarla altanero, terrible y airado,
y así entre las olas, ni puente ni vado,
¡jamás en la orilla!

Con besos y golpes mezclar necesito,
la risa y el llanto...

¡Lo que es este mundo! Después de lo escrito
cualquiera diría que soy un bendito
con visos de santo!)

31 Mayo 1885.

DISGUSTO DOMÉSTICO

I

—Oye, Vicente.

—¿Qué pasa?

—Nada, que el diablo me lleva
con la criadita nueva,
y la voy á echar de casa.

—¿Es holgazana?

—Eso no.

—¿Es respondona?

—No tal.

—¿Es tonta?

—No.

—¿Guisa mal?

—Mejor que el que lo inventó.

—Pues entouces, ¿qué más quieres?

—Es que me sospecho ya
que el chico la sigue...

—¡Bah!

¡tonterías de mujeres!

—¿Tonterías, eh? Pues mira,
yo me he fijado muy bien
en que siempre que se ven
ella ríe y él suspira...

—Sin embargo, no es razón
para que juzgues así.

—Es que ayer les sorprendí
aquí, en esta habitación,
y debió sentarles mal
la sorpresa.

—¿Podrá ser!

—Porque echaron á correr
por su lado cada cual.
Conque, ¡á ver si no hay motivo
para ponerles á raya!

¡Por de pronto, que se vaya
cada mochuelo á su olivo!

—Si es así, tienes razón.

Anda, avisa á ese muchacho
que le espero en el despacho...
¡Bueno va á ser el sermón!

II

—Venga usted acá, buena pieza.
 Porque estás lacio y endeble,
 no cojo en seguida un mueble
 y te rompó la cabeza.
 ¿Conque sin respeto á nada
 nos estás comprometiendo
 y te entretienes haciendo
 el amor á la criada?
 —¡Papá, por Dios!

—¡A callar!

Tal atrevimiento pasa
 en la calle, ¡pero en casa
 no lo puedo tolerar!

—¡Papá! te juro que quien
 calumnia así á la doncella
 me calumnia á mí, porque ella
 es honrada... y yo también.

—¡Quítese usted de delante!

¡Diantre con el señorito,
 que parecía un bendito
 y ha resultado un tunante!

Como yo llegue á saber
 que en tu manía no cejas,
 te cojo las dos orejas
 y te las echo á perder.

Que cuando yo me incomodo
 ya sabes cómo las gasto;
 ¡ó te enmiendas ó te aplasto!

—Pues bien; á pesar de todo,
 es honrada la criada,
 ¡y lo vuelvo á repetir!

—¡Me vendrás tú á mí á decir
 si es honrada ó no es honrada!

21 Junio 1885.

LA TEMPESTAD

Mientras escribo sin fijarme, al vuelo,
 allá arriba, en el cielo,
 parece que se libra una batalla;
 tras el plumizo impenetrable velo
 todo se descompone, todo estalla
 y vomitan los negros nubarrones
 continuos chaparrones.

No quiero confesar que me amedrenta
 el tremendo fragor de la tormenta,
 pero aunque algún ateo de guirlache
 se incomode conmigo
 y de cursi me tache,
 mi insoportable pequeñez maldigo.

Cuando retumban sin cesar los truenos
 ¡vamos! no puedo menos
 de traer en seguida á la memoria
 al que recorre el mar de polo á polo
 expuesto siempre á perecer sin gloria,
 y solo, ó casi solo,
 siente bajo su planta
 al monstruo que se encrespa y que se agita.
 y á las nubes bramando se levanta
 y al abismo después se precipita.

Desnudo, jadeante, desgrefinado,
 el hacha al cinto y en la mano el cable,
 desprecia, mientras lucha denodado,
 la vida miserable.

Y rompe, y corta, y raja
 mientras el barco cruje y cabecea
 y el rudo vendaval le zarandea
 lo mismo que una paja.

Entretanto, en la tierra
 cuando una nubecilla nos atarra
 y extiende la negrura por el cielo,
 procuramos cubrir con el pañuelo
 el sombrero de copa
 que se pone lo mismo que una sopa.

La humanidad se asusta y se acocquina,
 y hay bravucón que jura y se insolenta...,
 y se pasa las noches de tormenta
 metido en la cocina.

26 Julio 1885.

CONSEJOS... DE GUERRA

Juré en Dios y en mi conciencia
 por la fe de caballero,
 que soy joven y soltero,
 sencillo y sin experiencia;

pero ¡ay! en vano. Aquel día
 se empeñó mi prima Clara
 en que yo la aconsejara
 acerca de lo que haría
 cuando llegara el instante
 de escoger un buen marido.
 Con esto queda entendido
 que el asunto era importante.

—Pero ¡por Dios, hija mía!
 (la dije al verme en un potro)
 consulta el caso con otro
 que tenga más picardía.

Porque diré vaciedades
 y nada saldrá á derechas;
 yo puedo hablar por sospechas
 y no por seguridades.

Además, en esas cosas
 los consejos se echan lejos;
 ¡vaya usted á dar consejos
 á mujeres caprichosas!

¿Tú que quieres? ¿ser formal,
 mujercita de tu casa
 y no tomar nunca á guasa
 la vida matrimonial?

Pues abundan por ahí
 los muchachos inocentes
 muy cortitos, muy prudentes,
 y muy modestos, y muy...

Cualquiera de esos sería
 para tí que ni pintado;
 porque un hombre así, casado,
 cambia de genio en un día
 y domina á su mujer,
 y sus tonterías tasa,
 y siempre es amo de casa,
 que es lo que tiene, que ser.

Eso sí; tú pensarás
que eres allí la más fuerte
y él no querrá convencerte
del grave error en que estás.

Y viviréis de este modo
creyendo, querida prima,
que quedas tú siempre encima
en todo, ó en casi todo.

O, por el contrario, ¿quieres
ser vivaracha y coqueta,
ligerilla y pizpireta
como son muchas mujeres?

Pues presta en seguida oído
si te hace proposiciones
uno de esos temerones,
calaveras y atrevidos,

que llevan consigo el sello
de terribles y feroces,
y que van diciendo á voces:
—¿A quién cortamos el cuello?

Un marido de esa clase
de fijo que, desde luego,
sienta plaza de borrego
al momento en que se case.

Esto es lo que opino, Clara:
haz lo que quieras ahora;
advirtiéndome que el que adora
ni se fija ni repara...

Tal fué mi opinión sincera
y Clara me la agradece.
No sé qué hará. ¡Me parece
que prefiere un calavera!

5 Julio 1885.

LAS PILDORAS

En uno de los jardines
de la gloria, en un remanso
donde iban los serafines
en las horas de descanso,

había un charco, que á poco
creció con los afluentes
y acabó por ser un foco
de fiebres intermitentes.

Claro que el mal no era grave,
por más que hiciera sufrir.
Los ángeles, ya se sabe
que no se pueden morir.

Pero hubo en los cielos una
ligera perturbación
cuando la fiebre importuna
atacó á media legión,

porque allá por los rincones
andaban las arpas de oro,
y al entonar las canciones
estaba incompleto el coro.

Dios preguntó de la baja
la causa, y por medicina
dió á cada enfermo una caja
de sulfato de quinina.

Y á su mandato obediente
aquel charco corrompido,
quedó el lodo pestilente
en perfumes convertido.

Pronto extirpó la terciaria
tan prodigiosa receta,
y al cabo de una semana,
la legión quedó completa.

Viéndose libre de cuitas,
cierto día un angelito
arrojó las pildoritas
en el espacio infinito.

Yo supongo que quizás
hizo aquello sin querer,
ni fijarse en que jamás
dejarían de caer.

Cuando el viaje comenzaron
de su perpetua caída,
las pildoras se trocaron
en mundos llenos de vida.

En la nuestra, cuyo nombre,
según convenio, es la tierra,
nació á vegetar el hombre,
que á su pildora se aferra,

y que ha llegado á tener
vanidad tan desmedida,
que se empeña en comprender
el misterio de su vida.

Tan intrincado problema
preocupado le trae,
pero no sale del tema:
cree que gira ¡y es que cae!

Como vamos observando
la caída desde aquí,
las pildoras van guardando
igual distancia entre sí.

Por esta causa, á medida
que los astros se hacen viejos,
¡claro! el punto de partida
se va quedando más lejos.

El hombre con avidez
va de la verdad en pos.
¡Todo inútil! ¡Cada vez
se separa más de Dios!

2 Agosto 1885.

¿QUE QUIEN SOY YO?

Pues mire usted, yo me llamo...
pero el nombre es lo de menos;
soy, en opinión del amo,
un oficial de los buenos.

Y en Madrid, si usted me apura,
no encontrará, no, señor,
quien haga una cerradura
en menos tiempo y mejor.

Soy feliz y vivo ahito
como un príncipe imperial,
¡más feliz que el señorito
que vive en el principal!

Siempre que nos encontramos
en la escalera, se para
para mirarme así... vamos,
como si me despreciara.

Y es que el hombre se figura
que mi pobre blusa viene
á amargar una ventura
y una dicha... que no tiene.

Esta gorrilla de seda
la pagué con mi dinero;
¡le desaffo á que pueda
decirlo de su sombrero!

A mí, por guapo y buen mozo,
me quiere una cigarrera,
que se tiraría á un pozo
en cuanto se lo dijera.

Y si se atreve un chulapo
á querer que se deslice,
le despide de un sopapo
y en seguida me lo dice,
porque si se me desliza
y yo lo averiguo, ¡zas!
la pego un pie de paliza
y luego me quiere más.

A él le engaña una... cualquiera
y él paga lo convenido,
¡como si así se pudiera
querer á ningún nacido!

En trajes, coches y abonos
se gasta el caudal entero
y se le pone de monos
cuando no tiene dinero.

Con su lujo y con su moza
que manda y se le subleva,
el infeliz cree que goza
¡pero buen chasco se lleva!

Mientras él en los salones
llenos de luz y de gente
con danzas y cotillones
se aburre infinitamente,
yo, al compás de la habanera
de alguna murga endiablada,
bailo en mitad de la acera
abrazado á una criada
que no quiere resistirme
y se rinde en un segundo...
¡y me divierto de firme
delante de todo el mundo!

Yo pilló una borrachera
los domingos por la tarde
y pinto un chirlo á cualquiera
que me trate de cobarde.

El se achispa con Jerez,
y aunque en mí sea inmodestia,
es más soso, y más soez,
y más grosero, y más bestia.

Cuando se ve en un apuro,
se empeña, porque es preciso,
y yo siempre tengo un duro
si se ofrece un compromisp.

¡Y me desprecia el gandul
cuando me ve en la escalera

porque tengo blusa azul
y no me pongo chistera!

¡No se enterá el pobrecito
de que es este menestral
más feliz que el señorito
que vive en el principal!

22 Agosto 1885.

¡MIRE USTED QUÉ DEMONIO!

La integridad peligrá. ¡Hasta se teme
que después de unos dares y tomares,
el invasor audaz destruya y queme
cortijos y olivares!

¡Al arma, vive Dios! Vibra guerrero
el toque de corneta,
y tiembla de coraje el pueblo entero
calada en el fusil la bayoneta.

La patria sacrifica á la metralla
la vida de sus hijos.
Y muere sobre el campo de batalla
honrosa y dignamente... ¡la canalla
que no tiene olivares ni cortijos!

29 Agosto 1885.

ADORABLE MATILDE

Adjuntos te remito
por la portera
un collar muy bonito
y una pulsera.
¿Gracias? ¡No las merece!

¡Si el tal regalo
de fijo te parece
bastante malo!
Justitos y cabales
ambas prescas
me han costado diez reales,
¡para que veas!
No me llames tacaño,
pichona mía,
que, aunque parezca extraño,
desearía

darte piedras preciosas,
¡te lo aseguro!
pero no hay esas cosas
por medio duro.
Anteayer, con un gesto
que daba encanto
y tomando el pretexto
de ser tu santo,
me dijiste:—Vicente,
¡mi vida diera
por tener un presente
tuyo, cualquiera!—
Y yo, que soy un tuno
¡quién lo pensara!
te ofrecí comprar uno
que te gustara.

En consecuencia, obrando
de esta manera,
ese collar te mando
y esa pulsera.
El valor de la pasta
no será grande,
pero creo que basta
que yo los mande.
Una de dos, lucero,
sol de la casa,
ó es tu amor verdadero
ó es una guasa.
Para recuerdo santo
de un ser amante,
un cuerno vale tanto
como un diamante.
Y pues de amor eterno
mil votos hice
yo te regalo el cuerno,
como quien dice.
Si de veras me quieres
como aseguras,
al trocar en placeres
mis desventuras
¡oh reina de las rosas
y las Matildes!
no tirarás mis cosas
por ser humildes,
y si somos amantes
de cuatro días,
aunque fueran brillantes
las tirarías.
Conque yo, por si acaso
surge un apuro,
me echo fuera del paso
con medio duro;
que si del alma salen
las intenciones,
diez reales equivalen
á diez millones;
y si resulta un beso
comedia odiosa,
la fortuna de Creso
no vale cosa.
Además, las alhajas
que aquí te envío,
tienen otras ventajas
en favor mío.
¡Como salta á la vista
su poco precio
y no hay un prestamista
que sea necio,
aunque en lucirlas sueñes,
si las enseñas,
por mucho que te empeñes
no las empeñas!

5 Septiembre 1885.

DIALOGO EDIFICANTE

—¿Cómo está López?

—Tan gordo.

—¿Y su familia?

—Tan buena.

—Ya he leído la cartita
en que á usted le recomiendan,
y veo que tiene empeño
en que yo le favorezca.

—Es muy amigo de casa.

—Ya se conoce en la muestra,
y puede usted estar seguro
de que yo haré lo que pueda.

—¿A qué viene usted á la corte?

—Pues... á ver lo que se pesca.

—¿Y qué pide usted?

—Auxilio

para meter la cabeza.

—¿Está usted dispuesto?

—A todo.

—¿En cualquier parte?

—En cualquiera.

—¿Usted ha estudiado?

—Nada.

—¿Sabe usted escribir?

—Apenas.

—Entonces, ¿qué sabe usted?

—Lo que se aprende en la escuela.

—No es gran cosa.

—No, señor,

y crea usted que me pesa.

—¿Usted es audaz?

—Demasiado.

y ya estoy dando la prueba.

—¿Nada de modestia?

—Nada;

yo no sé lo que es modestia.

—¿Se mete usted en todas partes?

—En el infierno aunque sea.

—¿Tiene usted vergüenza?

—Poca.

—¿Miedo?

—Menos que vergüenza.

—Y en política, ¿qué tal?

—En eso no tengo ideas

y puedo ser partidario

de las que más me convengan.

—Para llegar á la cumbre,

¿sabe usted cuál es el lema?

—Despreciar á los vencidos

y adular á los que vanzan.

—Es usted buen chico.

—Gracias.

—A ver la cuestión de Hacienda:

¿trae usted dinero?

—Poco.

—¿Y qué hará usted si lo aumenta?

—Pues... gastármelo y no dar

ni á mi padre una peseta.

—¿Y qué hará usted si se acaba?

—Pedírselo al que lo tenga.

—¿Cómo se pide?

—Mintiendo.

—¿Y cuando nadie lo crea?

—Los necios nunca se acaban,

y ese caso nunca llega.

—Usted es una alhaja, joven.
 —Tenía yo esa sospecha.
 —Vuelva usted dentro de un rato,
 que voy á escribir dos letras
 y le darán un destino.
 —¡Usted es mi providencia!
 —Y usted vale mucho.
 —Gracias.
 —Más de lo que usted se piensa.
 —Pues hasta luego, don Lucas.
 —Hasta luego, buena pieza.
 —(Este señor es un peine.)
 —(Este chico hará carrera.)

26 Septiembre 1885.

¿CUAL ES PEOR?

Di, ¿te acuerdas de aquel niño
 tan sandío y tan inocente
 que por lograr tu cariño
 te asedió constantemente?

Pues soy yo, mírame bien,
 el bueno, el sencillo, el santo...
 ¡aquel chiquillo con quien
 tú te divertiste tanto!

Tú coqueta, yo amoroso,
 me tenías siempre en vilo,
 á veces fiero y celoso,
 á ratos dulce y tranquilo...

Llevándome á tu placer
 ¡cuánto me hiciste rabiar!
 tú empeñada en no querer
 y yo empeñado en amar.

Recuerdo la inocentada
 y mi inocencia maldigo:
 ¡pasaste una temporada
 muy divertida conmigo!

Unas veces, zalamera,
 con cuatro bromas sencillas
 hacías que me pusiera
 á adorarte de rodillas.

Otras, sin saber por qué,
 me decías:—¡Se acabó!
 y entonaba el "yo pequé"
 quien nunca pecaba: ¡yo!

Y casi todos los días
 con celos te importunaba
 del traje que te ponías,
 del aire que te rozaba.

Un día, al fin, ¡qué oportuno
 y qué grande fué el belén!
 y tú te fuiste con... uno,
 ni siquiera sé con quién.

Hoy, ángel mío, han pasado
 tres ó cuatro años, ó más,
 y me miras con agrado
 sin conocerme quizás.

O tal vez me reconoces,
 te figuras que te quiero,
 y el alma te pide á voces
 aquel amor verdadero.

¡Linda cuenta te has echado!
 pero es lástima, y no poca,
 que te hayas equivocado
 en la parte que me toca.

Pues te advierto que el amor
 que en mí persiguiendo vas,
 será lo mismo... ¡ó peor
 que el que te den los demás!

Yo, si te empeñas, estoy
 dispuesto á empezar de nuevo,
 pero ¡ay hija! ya no soy
 aquel cándido mancebo

que creía puro y grande
 el placer con que soñó.

¡Ya, si hay alguno que mande,
 no lo dudes, seré yo!

Habla, pues; te brindo flores
 y amor de guardarropía;
 pero como te enamores
 de veras... ¡llegó la mía!

Si el lazo encuentras estrecho,
 no has de quejarte, ¡ya ves
 que me reservo el derecho
 de tratarte á puntapiés!

3 Octubre 1885.

DOLORITA

(CON UN ASUNTO DE CAMPOAMOR)

A Ramona adoraba Timoteo
 que era un hombre muy feo,
 pero tenaz y terco como él solo;
 y por huir Ramona á su deseo
 se casó con Bartolo,
 creyendo así oponer una muralla
 y salir vencedora en la batalla.

Aseguran las lenguas viperinas
 de todas las vecinas,
 aunque yo no lo tengo por seguro,
 que ayudado del diablo
 al cabo Timoteo saltó el muro
 en la acepción perversa del vocablo.

Un delito con otro se eslabona.
 Así estaba el asunto
 cuando vino una hermana de Ramona,
 excelente persona,

guapa, sencilla y buena, todo junto.
 Yo vuelvo á repetir que no lo creo,
 mas dice una sirvienta charlatana
 que al mes y medio desbancó á su hermana
 en lo que se refiere á Timoteo.

Hace poco ha llegado una sobrina;
 una chica divina,
 con el candor gracioso de la aldea,
 y yo, que me prendé de su palmito,
 la empecé á florear con mala idea
 y al fin me enamoré como un bendito.

Mi amor es puro y santo,
 y ella también me quiere no sé cuánto,
 pero estoy escamado, porque creo
 que le gusta también á Timoteo

Hoy mismo tronaré. ¿Quién no adivina
que haré un papel... de estraza
si me llevo á casar con la sobrina
y se pega *aquel hombre á aquella raza*
como se pega el muérdago á la encina?

10 Octubre 1885.

INCIDENTE PARLAMENTARIO

En un discurso prolijo
se defendió su excelencia,
y á pesar de su elocuencia
nadie sabe lo que dijo.

Sin embargo, al concluir
hubo aplausos oportunos
y hasta querían algunos
hacérselo repetir.

De antemano se sabía
que en el asunto en cuestión
no habría interpelación,
debate ni algarabía.

Así es que causó sorpresa
el arranque inesperado
con que un joven diputado
pidió permiso á la Mesa.

Curiosidad, sensación
hubo en la Cámara entera.
—¿Quién es?—No lo sé.—Cualquiera.
—Un infeliz.—¿Del montón!

(Una pausa regular.)
El buen hombre no podía
romper á hablar. Parecía
que no acertaba á empezar.

Pullas, risitas, rumores...
hasta que viendo el bromazo
dió al pupitre un puñetazo
y airado exclamó:—¡Señores!—

Miró á la tribuna. Allí
estaba su amor... ¡Qué bella!
Se encaró el hombre con ella
murmurando:—¡Va por ti!—

Y comenzó su oración
valiente, digna, elevada...
¡Fué un discurso de acerada,
rudísima oposición!

Pálido el Ministro oía
el capítulo de cargos,
duros, crueles y amargos...
Temblaba la mayoría

dándose *in mentis* al cuerno.
¡Ante aquella voz potente
se estaba viendo inminente
la caída del Gobierno!

Al terminar el discurso
sólo en el salón se oía
el rumor con que aplaudía
entusiasmado el concurso.

Tanta era la admiración
que, con justicia, causaba
el orador que brotaba
de las sombras del montón.

Alegría sin igual
sentía en el alma, cuando
fué á la tribuna buscando
á la mujer ideal.

Por ella luchó valiente
en la desigual querrela.
¡Suyo era el triunfo! ¡Por ella
había estado elocuente!

Y ella... ¡cosa singular!
también hubiera aplaudido;
¡pero se había dormido
sin poderlo remediar!

7 Noviembre 1885.

VANIDAD DE AUTOR

(UN DETALLE)

Doy á mi composición
la postrera pincelada
en este momento. Son
las tres de la madrugada.

¡Empecé á las doce en punto!
Pues señor, soy un valiente...
La verdad es que un asunto
no se encuentra fácilmente.

Total: ha sido un derroche,
de tiempo, y con mala gana;
¡he trabajado esta noche
más que en toda la semana!

Y ¡qué linda ha resultado,
aunque no ha salido pronto!
¡Casi estoy entusiasmado
con mis coplas! ¿Seré tonto?

Me falta algo; yo quisiera
leer mi composición
á algún amigo, á cualquiera
que me diera su opinión.

Estoy como el que ha sabido
algo grave y busca el modo
de hallar á algún conocido
á quien contárselo todo.

¡Si estuviera la criada
despierta!... ¡qué tontería!
y además, no entiende nada
de asuntos de poesía...

¡Toma! y si la voy á ver
á estas horas... ¡la verdad
es que puede suponer
cualquiera barbaridad!

¡Ay! mi gloria de poeta
á mi soledad inmolo;
esta dicha no es completa
cuando la siento uno solo.

¡Qué remedio! Esperaré...
¡Con buenas ganas me quedo!
Vaya, apagaré el quinqué
y á dormirme, si es que puedo.

.....
Me parece haber oído...
¿quién andará por ahí?
Es en la puerta, y es ruido
de ganzúa ó cosa así.

¡Demonio! los tiempos son bastante malos, ¡de prueba! Puede que sea un ladrón ¡pero buen chasco se lleva!

El revólver, el seguro... la cápsula preparada... ¡voy á defender el duro que tengo bajo la almohada!

Abren... *Es un cabayero* con gorrilla, blusa y faja... Ya no hay duda; ¡y el ratero trae abierta la navaja!

.....
Mi serenidad admiro;
¿pues no dudo todavía
sí descerrajarle un tiro
ó leer la poesía?

14 Noviembre 1885.

UNO DE TANTOS

He visto á Pepe Hormiguillo, que es una mala cabeza, en la calle de Hortaleza esquina á la del Colmillo.

Allí está plantado en firme tan tieso y tan estirado, y tan... en fin, que me han dado muchas ganas de reirme.

Porque yo conozco á Pepe y me consta que es un bolo, y cuando le pillo solo ¡le pego cada julepe!

Porque lo que estaba haciendo es una majadería que hace tres veces al día, con sol, nevando ó lloviendo.

Y el objeto principal es sentar plaza de pillo, ¡y no es más que un pobrecillo con ribetes de animal!

En cuanto ve una muchacha que se le figura rica, ya está siguiendo á la chica; y en el café se despacha, jurando por su salud que ha hecho una conquista atroz, y alzando mucho la voz, que le oiga la multitud.

Y de día, y por la noche le veréis, sin remisión, debajo de algún balcón ó persiguiendo algún coche.

y todo por el prurito de que un amigo, al pasar, diga:—¿Te vas á casar? ¡qué suerte tienes, Pepito!

Yo lo veo ir y venir desde una esquina á otra esquina, esperando á una vecina que no acaba de salir,

ó en el teatro, ó en misa haciendo ruido, y tosiendo y molestando y luciendo los puños de la camisa.

Lo toma en serio, ¡eso sí! trabaja con afición...

Si aguantando un chaparrón le dicen:—¿Qué haces aquí con este tiempo fatal?—

Es seguro que contesta:

—¡Buen constipado me cuesta la chica del General!

—No fuiste ayer á la cita, Hormiguillo, ¿dónde estabas?

—Estuve en las Calatravas á ver á la Marquesita...

Aunque es inútil, se advierte que de decirlo no pasa, porque todo es una guasa y el infeliz se divierte

con las ilusiones esas propias de cerebros hueros, porque no hay tales carneros, es decir, tales Marquesas.

Y á pesar de que blasona de que mueren por amarle, acabará por pescarle... ¡la chica de la patrona!

28 Noviembre 1885.

DEL RASTRO

Mariquita la del chirlo es moza de rompe y rasga, que sin la señal maldita sería bastante guapa.

Dice ella que se ha quemado al asar unas castañas; pero la verdad es que eso se lo hizo con la navaja un *cabayero* del barrio por *custión* de unas palabras.

Que allá en la Ronda de Atocha cuando los hombres se cargan, no se portan como deben con el cutis de las damas.

Y hay que tener muy en cuenta que la chiquilla es huraña, y le arrima dos sopapos á su padre, si la falta.

Dígalo Pepe el moreno, que por subirse á la parra dejó en mitad del arroyo dos dientes como dos palas.

Y díganlo los vecinos de chaquetilla y *persianas*, que por verla ó por no verla ¡se dan unas bofetadas!... y tiemblan como chiquillos cuando ella se pone en jarras.

Porque ¡claro! es lo que dice:
—¡Pus si una no fuera honrada
de suyo, y se defendiera
á golpes, como Dios manda!...
¡qué más quisieran los *piyos*
pa darse *ojos* importancia!

En punto á gritar de firme
y decir cuatro palabras,
las lenguas más indecentes
del barrio no la aventajan.

Porque tiene un repertorio
procedente de la fábrica,
que saca al mismo lucero
los colores á la cara.

Y cuando el mantón se terciaba
y en el arroyo se planta
y el pañolito de seda
se anuda al cuello con rabia,
es lo mismo que un trabuco
detrás de una barricada,
que apuntando al enemigo
deshace á todo el que pasa.

Es María la del chirlo
por su nombre y por su fama,
digna heredera de aquellas
manolas de rompe y rasga,
que á navajazos hacían
la defensa de la patria;
cuercpecitos salerosos
llenos de garbo y de gracia,
donde el capitán del siglo
se vino á romper el alma.

Yo no sé si Mariquita
tendrá también su navaja
entre la liga de seda,
como dicen que se gastan.

¡Vayan ustedes á verlo!
pero adviérlo á los que vayan,
que si buen gusto demuestran,
¡buen puñetazo se ganan!

5 Diciembre 1885.

¡NO HAY BANDERA!

Yo lo supe por uno del oficio,
y cuento, por si alguno no lo sabe,
que cuando se concluye un edificio
sin accidente grave,
ondea en el tejado
al dar la paletada postrimera,
hasta que en podrido y destrozado,
el percal amarillo y colorado
á guisa de bandera.

Un sábado, de noche, la campana
llamaba á los obreros
á cobrar el jornal de la semana,
y allá por los aleros
y junto á las cornisas y balcones,
cesaron de repente las canciones,
se susperdió el trabajo,
y por cuerdas, andamios y escalones,
fué todo el mundo abajo.

Oyóse en las alturas un lamento
de terror, de ansiedad y de coraje,
se rompió un basamento,
y un cuerpo rebotó en el maderaje
y se vino á estrellar en el cimientó.

Agrupóse el gentío
procurando animar la masa inerte,
espantado ante el golpe de la muerte
con el glacial silencio que da frío.

Era un montón informe el desdichado...
Llegaron la pareja y la camilla
y echó á andar el cortejo acongojado
con la convulsa mano en la gorrilla.

Me acerqué en el instante
y pregunté—¿qué pasa?—á un rapazuelo
de blusa blanca, que miraba al cielo
con el terror pintado en el semblante.

No he sentido en mi vida
emoción parecida
á la que hizo agitarse mi alma entera
cuando el chico exclamó:

—¡Que no hay ban-
[dera!

12 Diciembre 1885.

DE MADRUGADA

Es el caso que sin gana
maldita de trasnochar
hoy me he venido á acostar
á las tres de la mañana.

Hace un frío de pistón,
que entumece y acoquina,
porque la densa neblina
se mete hasta el corazón.

La trémula luz del gas
luchando en todos terrenos,
cada vez alumbra menos,
cada vez oscila más.

Del Madrid que nos engaña
y se abrillanta y reluce
con el oro que produce
la rica mina de España,

queda tan sólo el rumor
de unos cuantos transeuntes.
Van, en prueba, mis apuntes
de niño trasnochador:

He encontrado lo siguiente:
dos guardias que ni plantados,
con los pelos escarcelados
y dando diente con diente.

Luego, una anciana, cubierta
con los restos de un mantón,
durmiendo como un lirón
en el umbral de una puerta.

Una persona que acaba
de salir de una cantina
y tuchá contra una esquina
si se clava ó no se clava.

Dos chulapos ó maletas
con tapa-bocas y fajas,
que deben llevar navajas
debajo de las chaquetas.

Tres parejas de señoras
muy pintadas de carmín
y muy amables...; en fin,
las señoras de esas horas.

Un sereno con la calma
del oficio, serio y grave,
tanto, que sólo Dios sabe
cómo tendría su alma.

Un caballero muy fino,
de gabán y de sombrero,
que me ha pedido dinero
para una copa de vino.

Un calavera ejemplar
de los que pisan muy recio,
y que debe ser un necio
que sale del lupanar.

Y por último, un obrero
de alcantarilla tumbado
con un farolillo al lado,
al borde de un agujero.

Y aquí paz y después nada.
¡Vean ustedes, señores,
lo que son los esplendores
del Madrid de madrugada!

19 Diciembre 1885.

UN VIAJE A TOLEDO

Fuí con diez caballeros,
artistas verdaderos,
amigos míos todos, buena gente,
un escultor (Susillo), un dibujante,
poetas, mejorando lo presente,
sintores y un Mecenaz muy galante.

El tren que va á Toledo
no es un tren de verdad, es un remedo
de tortuga, ó cangrejo ó cualquier cpsa,
incómoda, pesada y perezosa.

Llegamos, eso sí: poquito á poco
se llega á cualquier parte.

Mis compañeros me tenían loco
y embriagado en la atmósfera del arte,
y así, al pasar el puente
á la luz de la luna,
ante aquel espectáculo imponente,
recuerdos de otro tiempo y de otra gente
que acabó por desgracia ó por fortuna,
estuve por subirme á las almenas,
que parecían monstruos desde abajo,
y luchar con las huestes agarenas,
cuyas sombras flotaban sobre el Tajo.

Llegamos á la fonda de don Lino,
donde nos dieron pan, merluza y vino,
y ¡á ver la catedral! Eran las doce
y hacía un frío atroz... Pero eso es nada
para el que encuentra un goce
viendo una torre gótica escarchada.

Yo, helado, dije pestes de los godos
que labraron la piedra berroqueña,
y los restantes convinieron todos
en que yo tengo el alma muy pequeña.

Toledo es delicioso. Rincónadas,
callejones estrechos sin salida,
muchas encrucijadas
y oculto humildemente en su escondrijo,
un farol alumbrando un crucifijo.

A mí me gustan mucho estos detalles
de los fosos, los muros y las calles,
y todo lo que he visto
de joyas, y pinturas y estatuaría,
no me hace la impresión extraordinaria
de un rincón, una lámpara y un Cristo.

Lo malo es que lo vimos á las siete,
que es hora intergestiva en cualquier parte,
y se queda el bigote hecho un sorbete...
¡Oh! ¡la emoción del arte!

Quisiera hablar aquí de las mujeres;
pero eso ¡que si quieres!
yo no sé cómo son las toledanas
y ¡me pasé unas ganas!

Recuerdo una leyenda que refleja
de Bécquer el talento soberano,
y se inspiró en Toledo, en una mano
que apareció una vez tras una reja.

¡Fué suerte, para alivio de sus males,
si no comió en la fonda de don Lino
ni le enseñaron ternos parroquiales
y se encontró ese rastro femenino!

Yo, si vuelvo á Toledo,
¡ya me contentaría con un dedo!

26 Diciembre 1885.

LA NOCHEBUENA

Aquí me siento, patrona,
y perdone usted si vengo
á ocupar en la cocina
una silla junto al fuego.
¡Está mi cuarto tan solo!
¿Que está como siempre? Bueno,
pero á mí se me figura
todo triste y todo negro.
En la calle mucho ruido
de tambores y panderos
y guitarras y zampoñas...
y en el alma ¡qué silencio!
Créame usted que el contraste
me da frío y me da miedo.
¿Que escriba? ¡Si me parece
que mojo la pluma en hielo
y que sale á las cuartillas
la pena que tengo dentro!
¿Que vaya á ver á cualquiera
de mis amigos? ¡No puedo!

porque á estas horas, de fijo,
está el que más y el que menos
con sus chicos, ó sus padres,
ó sus tíos, ó su abuelo,
y donde quiera que vaya
seré un intruso, ¡y no quiero!

Allá por los barrios bajos
hay en los patios jaleo
y alegran los corredores
faroles y nacimientos.
Hace colación quien puede,
se echan unas copas luego,
y pasan la nochebuena^{*}
bailando por lo flamenco,
entretanto que la gente
de gabán y de sombrero
juega al tresillo ó al tute
con los parientes y deudos,
ó come turrón y almendras
en derredor del brasero.
Yo por fuerza he de aburrirme
dentro de mi celda preso,
porque me está prohibido
turbar el placer ajeno,
y no soy de la familia
y estorbo donde me meto.
¡Los parientes! ¡Cosa buena!
Los míos están muy lejos
y ¡sabe Dios si esta noche
me habrán echado de menos!
Han pasado algunos años
y todavía me acuerdo
de las castañas cocidas
y los manojos ardiendo...
¡Ya quisiera compararse
lo presente con aquello!
Le digo á usted que me llevan
los diablos cuando me veo
solito entre tanta gente;
no es por ofenderla, pero...
¡deme usted vino, patrona,
que tengo frío por dentro!

2 Enero 1886.

PULVIS ES...

La encantadora María,
la celebridad del día
por su cara y por su talle,
la vendido por la calle
décimos de lotería.

La eterna historia liviana
de cualquiera cortesana:
crecer sin guía ni apoyo
y vivir en el arroyo
gritando:—¡Sale mañana!

Hasta que un viejo asqueroso,
audaz y libidinoso,
ve que la chica andrajosa
es linda como una rosa
y tiene el cuerpo precioso,
y tras lucha desigual,
gran recurso teatral,
la hace dudar y caer
regalándola el primer
vestidillo de percal.

Luego vienen los encajes
y cambian los personajes:
detrás de un pillo otro necio;
ella va subiendo el precio
y va teniendo más trajes...

Eso le pasó á María.
Ayer ni cama tenía
y hoy es estrella en la corte
con tanto lujo y tal porte,
tal bienestar y alegría,
que ni ella misma pudiera
conocer en la altanera
y encopetada señora
á la pobre vendedora
que dormía en una acera.

Tiene cuanto quiere y más,
y lleva siempre detrás
satélites de su estrella
capaces de dar por ella
su espíritu á Satanás.

Vive en elegante hotel,
tiene joyas á granel,
luce y triunfa en los salones,
y la dan en las cuestiones
políticas un papel.

Por sus soberbios brillantes,
por sus joyas elegantes
y por otras muchas cosas,
la zahieren envidiosas
y la cortejan amantes...

¡Ay! Sin embargo, María,
la celebridad del día,
la heroína del placer,
¡acabará por vender
décimos de lotería!

3 Enero 1886.

EL REGIMIENTO DE DESECHO

I

Y va de historia, aunque parece cuento.
Había un regimiento
compuesto de soldados chiquitines,
torpes, endebles, ruines,
gente menuda, en fin, y desgraciada
que era el *hazme reir* de la brigada.

El general en jefe,
á la vista de tanto mequetrefe,
jamás utilizaba los servicios
de aquella colección de desperdicios.

Por lo cual no es extraño que llevando en campaña más de un año no hubiera entrado en fuego ni se hubiera arriesgado en la batalla lo que con gran despegó llamaba todo el mundo la *morralla*.

II

El combate empezó con la alborada, apretaban de firme los cañones y aunque hacía prodigios la brigada, no podía tomar las posiciones.

Apenas se formaban en el llano las columnas de ataque, el enemigo deshacía las huestes, al abrigo de un reduto cercano.

Al toque de corneta, bajo una espesa lluvia de metralla se arrojó todo el mundo á la muralla, calando bayoneta.

Vana temeridad. Nadie podía tomar la batería, porque al llegar allí los batallones los hacían pedazos los cañones y había que emprender la retirada con la gente diezmada.

Furioso el general, ante la idea de perder la partida en la pelea, mandó á buscar la muerte en el rudo fragor de la batalla á quien quiso el capricho de la suerte, y le tocó morir á la *morralla*.

III

El pobre regimiento de desecho se formó en un repecho, entretanto que el resto de la gente se refa á mandíbula batiente.

Rabioso el Coronel, se puso al frente y dijo:—¡A ver, muchachos, cómo saben morir los mamarrachos! ¡Arriba! y ¡viva España!

Preludió la charanga el paso doble, y el macizo montón de gente innoble empezó la ascensión á la montaña.

Llovían proyectiles, mas la columna prosiguió tranquila sin disparar, al hombro los fusiles, y sin romper la fila.

A pecho descubierto, á campo raso subían los soldados decididos, dejando como huella de su paso un reguero de muertos y de heridos.

Al encontrarse al pie de las trincheras la poca gente que llegó con vida desahogaron los hombres, como fieras, la rabia tanto tiempo comprimida.

Y tomando el reduto, la *morralla* el éxito marcó de la batalla.

IV

De cien hombres constaba el regimiento, que tenía dos mil, pero los ciento tornaron á bandera desplegada para ocupar su puesto en la brigada.

23 Enero 1886.

VARIACIONES DEL TEMA

Además de que me agobia la idea del matrimonio, con esto de buscar novia me está llevando el demonio.

Porque la cosa es muy seria; hay petardos colosales, y tengo en esta materia exigencias especiales.

Las muchachas de Madrid reciben su educación, fogueándose en la lid continua de la pasión.

Y apenas visten de largo ó dos ó tres años antes, surgen, como por encargo, adoradores constantes.

Que adulndolas de hinojos con insistencia insidiosa, las hacen abrir los ojos cuando no hacen otra cosa.

Y no á todas se las tacha de grave inmoralidad; pero no hay una muchacha inocente de verdad,

y eminentemente pura como para mí deseo, sin la menor levadura de noviazgo ó coqueteo,

que ignore hasta la manera de demostrar el amor, y que revele en cualquiera de sus actos el candor.

Como soy raro y adusto y hay detalles que no paso, quiero casarme á mi gusto; si no es así, no me caso.

¡Ah! recuerdo que en mi aldea es todo paz y dulzura; ¡allí está la Dulcinea que me dará la ventura!

Es un ángel ignorado, de hermoso tipo español, que tiene el cutis blindado por el aire y por el sol.

En funciones y veladas la he visto mil veces dar pellizcos y bofetadas á los mozos del lugar.

Pero, ¿qué me importan estas distracciones inocentes, si no pierde en tales fiestas el pudor de aquellas gentes?

Me decido, me declaro, dice "sí," la pido un beso en prendas, y... —¡Qué descaro!— (dice) no seas travieso.

¡Esas cosas no se dan! ni hacen esas tonterías los novios, hasta que están en relaciones tres días.

—¡Hola! ¿conque luego?... —Bien.

—¿Y qué más da?

— ¡Calla, tonto, ¿qué han de decir si nos ven que nos besamos *tan pronto*?

Esta prueba no resisto; ya no me puedo casar en mi lugar! ¡Está visto que está peor mi lugar!

13 Febrero 1886.

EN CONFIANZA

Estoy muy desesperado conmigo mismo... y con otros que se empeñan en hacerme calaverilla bisoño.

¡Dale á mirarme á la cara y á escudriñarme los ojos, y á ver arrugas fatales, marca de graves trastornos, y á asegurar que me llevan los diablos dentro de poco, y á darme buenos consejos que ni yo dejo ni tomo!

—“¡Tú estás malo, criatura!

—¡Tú vas á morir muy pronto!

—¡Vaya una vida que tienes!

—¡Bien te diviertes, galopo!

—Tú te gastas el dinero malamente, ¡lo conozco!

—Con la salud no se juega.

—Te recomiendo el ahorro.

—El que de joven no guarda, muere miserable y solo...”

Y así los que al paso encuentro me acibillan á piropos y, compasivos, me venden protecciones que no imploro. No se le ocurre á ninguno calcular, ni por asomo, que puede ser el trabajo, á cuyo peso me doblo. No, señor; si tengo ojeras es señal de que trasnocho, y si trasnocho es seguro que me consume el jolgorio,

francachelas ó barajas, ó mujeres, ¡ó demonios! Y entre que soy inocente y entre que lo niegan todos, estoy pasando en la vida las penas del purgatorio. ¡Caigan pestes y anatemas sobre el muchacho vicioso que desbarata el producto del trabajo de los otros y en el albor de la vida viene á parar en el hoyo! Los que heredan cinco duros, y los ponen al tres de oros ó se los dan á una chica para comprar perifollos, bueno que sufran sermones y consejitos juiciosos; pero yo, que sin ayuda me lo guiso y me lo como y solito salgo en busca de lo que me pierdo solo, ¿qué grave falta cometo ni en qué compromiso pongo á nadie, y á quién fastidio si no prospero ni engordo? A los graves moralistas les debe importar muy poco que en la corte me consuma liquidando lo que cobro. Vine con una peseta ¡y tengo derecho á todo!

20 Febrero 1886

¡OH, EL ARTE!

Tendida indolentemente sobre almohadas orientales y enseñando indiferente sus formas esculturales,

Mariquita la modelo va pasando la mañana; tiene unos ojos de cielo, tiene unos labios de grana y una línea tan correcta, y tan suave, y tan graciosa, que fuera cosa perfecta si lo fuera alguna cosa.

En fin, ¡si será un primor su belleza singular cuando está haciendo el pintor una Venus en el mar,

y no ha encontrado modelo mejor que la Mariquita con sus ojillos de cielo tan completa y tan bonita!

Al aire el turgente seno, los contornos tentadores y aquel cuerpecito lleno de detalles y primores,

no se acierta á comprender
que pueda estar un varón
delante de tal mujer
en tan hermosa ocasión,

sin humillar la cabeza
y rendir pleito homenaje
al amor y á la belleza
sin adornos ni ropaje.

El artista, sin embargo,
con la pipa entre los dientes
parece no hacerse cargo
de tan lindos alicientes,

y trabaja con ardor
copiando tanta hermosura,
sin cuidarse de otro amor
que el amor á la pintura.

Y acabada la tarea,
se aparta del caballete
y dice á la chica:—Ea,
muchacha, vístete y vete.

Diluviaba de tal modo
sin dejarlo ni un instante,
que, por librarse del lodo,
una muchacha elegante,

al ir á cambiar de acera,
mostró, sin querer acaso,
lo que enardece á cualquiera
cuando se lo encuentra al paso.

Porque dudo del decoro
de unas botas imperiales
que sostienen un tesoro
de contornos ideales,

y no habrá nadie que pueda
contener al corazón
ante unas medias de seda
que son una tentación.

Un transeunte arrojado
cayó en el lazo incitante,
y se marchó entusiasmado
tras la muchacha elegante.

Y como la juzga bella,
aunque lo que ha visto es poco,
el hombre corre tras ella
y va cada vez más loco.

Y es capaz, según preveo,
de hacer algún disparate
guiado por el deseo
que le sirve de acicate.

Al cabo se acerca.—¡Eh!
niña, ¡vales un Perú!

—¡Maestro! ¿cómo está usted?

—(¡Mariguina!) Bien ¿y tú?

27 Febrero 1886.

MISTERIOS

“Es un arcano el corazón humano.”
Esta frase, con visos de bobada,
aunque parece que no dice nada
dice que el corazón es un arcano
y el pecho “arca cerrada.”

Bueno, pues esta frase
me ha servido de base
para una reflexión que yo me he hecho
con la cual he quedado satisfecho.
¿En qué diablos consiste, me decía,
que cada mes que pasa, cada día,
me van gustando menos las mujeres
y se me va agotando la alegría
y son menos intensos los placeres?
Al lado de esas niñas casquivanas,
alegres y livianas,
que prodigan cariños y ternezas
y tienen cascabeles por cabezas
y en vez de corazones avellanas,
me aburro sin querer y echo de menos
la inocente malicia
de esos ángeles buenos
que no saben hacer una caricia
y guardan candorosos el encanto
del amor de verdad, ingenuo y santo.
Pero luego lo grave
es que, al cambiar de sitio, ¡ya se sabe!
al lado de las chicas candorosas
encuentro á las primeras deliciosas.
Las unas me empalagan
con su mimo estudiado y fastidioso
repartido entre todos los que pagan,
y el amor de las otras es tanroso,
que careciendo al cabo de alicientes
no pasan los piropos de los dientes.
Al tratar con aquéllas necesito
lo que no tienen ellas,
¡ese pudor bendito
que nos hace adorar á las doncellas!
Y sí con éstas trato
la atroz monotonía
de la pasión platónica me haría
y quiero tropezar con un conato
de esa procacidad, de esa viveza
que trastorna al más guapo la cabeza.

.....
Esto es lo que me pasa, no respondo
de que no sea guasa;
hoy he estudiado la cuestión á fondo,
he visto mi conciencia en lo más hondo
para hallar la razón de lo que pasa,
y ya tengo al alcance de la mano
la prueba irrecusable
de que mi corazón es un arcano
¡y de que debo estar insoportable!

13 Marzo 1886.

CUENTECITO

A la orilla de un arroyo,
quieto como un monigote,
está el paciente Perote
medio enterrado en un hoyo,
con una maza en la mano
de arroba y media de peso,
plantado, terrible y tieso
como un gladiador romano.

Observa y mira sin duda
con atención á una peña
que sostiene una pequeña
cantidad de carne cruda.

Un sujeto, que al azar
paseaba por allí,
le dijo:—¿Qué hace usted aquí?
—¿Qué tengo de hacer? Pescar.
—¿Pescar así?

—Sí, señor;
es muy sencillo y muy nuevo:
aquella carne es el cebo,
no le he encontrado mejor.

Con un poco de cachaza
y suerte, todo se explica;
sale el pez, se sube, pica,
¡y le aplasto con la maza!

—¡Diantre! pues está usted fresco,
es decir, está usted loco.
¡Pescará usted poco!

—Poco...
pero lo que es lo que pesco!...

16 Marzo 1886.

CONATO DE SEDUCCION

Julita de mis ojos,
sufres acaso
duelos por mí.
Pero ¡ay, que no son flojos
los que yo paso
lejos de ti!

—
Mi familia no quiere
que yo te quiera,
no sé por qué,
y puesto que prefiere
que yo me muera,
me moriré.

—
Ante una tiranía
tan importuna
sin ton ni son,
debemos, Julia mía,
tomar alguna
resolución.

—
Tú no te desesperes
que la esperanza
nos salvará.
Burlemos, si tú quieres,
la confianza
de tu mamá.

—
Bajo cualquier pretexto
sal esta noche
con precaución.

Ya estaré yo dispuesto,
tomas un coche
¡y á la estación!

—
Verás cómo concluyen
nuestros afanes
en el exprés.
Si no me los destruyen,
tengo mis planes
para después.

—
Ya sé yo que nos cogen
y que se enojan
del *qué dirán*.
Pero como se enojen,
cuando nos cojan
nos casarán.

—
Por favor no te irrites
y no sospeches
de mi intención.
Te ruego que medites
y que aproveches
esta ocasión.

—
No te apures gran cosa
por los bromazos
que nos darán.
Que, al fin, serás dichosa
entre los brazos
de tu: JULIAN.

3 Abril 1886

LA DEFENSA

“Julían: ¡Eres un pillo!
¿Te has asustado?
Pues sí, señor.
¿Conque un rapto es sencillo?
¿Quién te ha enseñado,
que eso es amor?”

—
Veo que te propones
tus picardías
disimular.
¿Son esas intenciones
las que tenías
al empezar?

—
¿Querías ¡fementido!
seguir mis huellas
con ese fin?
¿Es que me has confundido
con las doncellas
de folletín?

Comprendo que te apene
si es que te pesa
la oposición,
pero eso nada tiene
que ver con esa
resolución.

—
¡No digas que te mueres!
Para que veas
que no es verdad,
más vale que te esperes
hasta que seas
mayor de edad.

—
¡Si la ley nos auxilia!
¿Dirás ahora
que qué sé yo?
Lo sé por la familia
de una señora
que se escapó.

—
Ya te veo, besugo.
¿Tienes desaos?
¡Por algo es!
Pero yo no me fugo,
¡me dan naoreos
en el exprés!

—
Si ya has tomado el coche,
que no lo creo,
vete sin mí,
y aprovecha la noche
dando un paseo
por Chamberí.

—
Pues aunque tenga gusto
de que me estrechen
con ilusión,
no me parece justo
sin que nos echen
la bendición.

—
Y, adiós, amigo mío.
¡Yo bien decía
que eras un vill!
Ya de ti no me fio.
JULIA GARCIA.
(Nueve de Abril".)

10 Abril 1886.

LA ADMINISTRACION

El señor don Simeón
Quintero de Tejavana,
ha llegado esta mañana
procedente de León.

Viene á gestionar aquí
un expediente de Hacienda,
que ni hay nadie que lo entienda
ni hay quien lo saque de allí.

Y suponiendo que yo
conoceré á mucha gente,
aunque no soy influyente
ni Cristo que lo fundó,
me ha venido á despertar
riendo y alborotando
á las ocho y media, ¡cuando
me acababa de acostar!
No ha habido remedio. ¡Arriba
á recorrer negociados,
y á visitar empleados,
y á tragar mucha saliva!

—¿Qué se ofrece?
—¿El oficial
de la sección?
—No ha venido.
—¿Por qué?
—Porque no ha querido.
—¿Y el jefe?
—En el principal.
—¿Está el jefe?
—Sí, señor.
—Pásele usted esa tarjeta,
y tomé usted esa peseta
por hacerme ese favor.
—¿Qué ha dicho?
—Que no es aquí.
—¿Dónde es?

—Ustedes verán.
—Pues señor, acabarán
por preguntármelo á mí.
—Dígame usted, caballero:
¿hay una reclamación
sobre la contribución
de don Simeón Quintero?
—Pues sí, señor, aquí es;
pero tenemos diez mil...
—Esta es del veinte de Abril
del año setenta y tres.

—
Fuimos á Gobernación,
y á Fomento y á Ultramar,
y no hemos podido dar
con la tal reclamación.
—No ha llegado.—No ha venido
—No está en este negociado...
En fin, que yo me he acoitado
completamente rendido;
y jurando brutalmente
el señor don Simeón,
vuelve esta noche á León
¡que es donde está el expediente!

17 Abril 1886

CANDOR INFANTIL

—Atiende, Juanito,
¿te gusta la estampa?
Aquí ves temblando
de miedo á los guardias,
que ya no se fían
de escudos ni lanzas.
Un ángel hermoso
la losa levanta;
Jesús aparece

y al cielo se marcha.
—¿Qué lindo es el ángel!
—¿De veras te agrada?
Pues hay en el cielo
cantando el *hosanna*
millares de miles
como ese que baja
con alas azules
y túnica blanca.

—¿Y quiénes son ellos?

—Los niños que callan
y todos los días
se lavan la cara,
y no firan nunca
la copa ó la taza,
ni piden juguetes,
ni pegan al aya,
ni rompen la ropa,
ni gritan, ni rabian.

—Y á mí, si soy bueno z
y al cielo me mandan,
¿también en seguida
me salen las alas?

—Lo mismo que á todos.

—¿Muy largas?

—Muy largas.

—¿Y puedo ir volando
por el aire?

—¡Vaya!

—¿Y entrar en el huerto
de doña Mariana,
coger unas peras
y volverme á casa?

—Pues claro que puedes;
pero ¿qué adelantas
si luego en la gloria
no tienes entrada?

—¿Por qué me la cierran?

—¿No sabes ¡caramba!
que no entra en el cielo
quien roba manzanas?

—Entonces el novio
de doña Mariana
también va á encontrarse
la puerta cerrada.

—¡Silencio, chiquillo!

—¡Si dice la chacha
que le ha visto anoche
saltando la tapia!

EXCMA. SRA. CONDESA DE...

Puesto que he sido invitado
á la magnífica fiesta
que, en su palacio, mañana
da á sus amigos vucencia,
y ya que me es imposible
honrarme asistiendo á ella,
debo dar explicaciones
que mi conducta defiendan,
y no se tome á desaire
lo que es tan sólo prudencia.
Yo, señora, soy del pueblo
que no entiende de etiqueta:
simple obrero en los talleres,
soldado raso en la guerra,
que baila jota en la plaza
y con el vals se marea.
Mi paladar no distingue
las ostras de las almejas,
ni el *champán* de cinco duros
del vino de Valdepeñas.
¿Cómo iba á estar en mi centro
en esa morada regia
si no tengo la costumbre
de quebrarme en reverencias,
ni distinción en el porte,
ni sangre azul en las venas?
Soy áspero por instinto,
rudo por naturaleza,
y nací indudablemente
para ir á labrar la tierra.
No fui, porque me llevaron
de chiquitín á la escuela,
y á fuerza de sacrificios
me dieron una carrera.
Entráronme ganas luego
de hacer coplitas como éstas,
y me ha resultado ahora
que dan dinero por ellas.
Pero mis gustos son bajos,
mis aficiones plebeyas,
y si mañana la suerte
llegase á dar una vuelta,
yo empuñaría la azada
para ganar dos pesetas,
como si hubiera pasado
toda la vida con ella.
¿Yo en un salón? ¡Imposible!
Sé de fijo que si fuera
sería el borrón del cuadro
de elegancia y de riqueza,
y las burlas que al momento
atraería mi presencia,
sobre vucencia caerían
por invitarme á la fiesta.
Y como no entra en mis planes
perjudicar á vucencia,
cuya bondad agradezco
y he de pagar como pueda,
me quedo en casa tranquilo
y encerrado en mi modestia.

Además, no me divierto,
ni mucho menos, Condesa,
y perdone el egoísmo
como premio á la franqueza.
La etiqueta me fastidia,
los perfumes me marean,
la música me intristece
y los diamantes me ciegan.
Yo sólo respiro á gusto
con el aire de la imprenta,
y entre gente de mi clase
que fuma, y canta, y blasfema,
al pie de las sucias cajas
sobre montones de letras,
mientras el motor resopla
y las máquinas se quejan,
y van saliendo á millares
las grandes hojas impresas,
que van á correr España
y entre sus pliegues me llevan.
Con ese placer me sobra,
toda mi ambición es esa,
y tengo, como inmediata
y lógica consecuencia,
las manos llenas de tinta,
la cara tiznada y negra...
¿qué he de hacer en los salones?
Comprometer á vuececía.
Por lo tanto, aquí me quedo
con mis instintos de fiera.
sin ver damas de merengue
ni caballeros de yema,
entre esta gente de blusa
que lleva la cruz acuestas
y es donde á mí se me antoja
que están los hombres de veras.

1.º Mayo 1886.

¡HALA, HALA!

Dejé la ropa en la orilla
y me lancé á la corriente,
para que viera la gente
los hombres que da Castilla.

Rióse al verme la tropa,
y hubo personas honradas
que me tiraron pedradas
¡y me quitaron la ropa!

Pero yo, que no soy blando
para los golpes de audacia,
y no creo en la desgracia
del que no la va buscando,
segui atravesando el río
sufriendo días aciagos,
y pasando muchos tragos
de padre y muy señor mío.

Porque al punto en que se choca
con el raudal de la vida,
en cuanto uno se descuida
se llena de agua la boca.

Además, ¡hay tantos peces!
¡Está aquel cauce tan hondo!
Yo estuve si voy á fondo
lo menos doscientas veces.

Y para acabar la fiesta,
he logrado echar el guante
á un junquillo vergonzante
que flota en la orilla opuesta.

El caso es apuradillo,
y como mi gente sabe
que va á pasar algo grave
si se me rompe el junquillo.

—¡Socorro!—grito á mi gente—
¡ya que me falta tan poco!—
Los que más, contestan:—¡Loco!—
Los que menos:—¡Imprudente!—

Si lo quiero, que lo gane
ó que me rompa el bautismo...
¡Siempre el maldito egoísmo,
que mala bomba le aplane!

Y yo, que estoy desangrado,
y sin fuerzas y abatido,
y ni sé cómo he podido
llegar á donde he llegado,

no he de dejar de luchar
casi á la boca del puerto,
y más cuando sé de cierto
la ayuda que he de esperar.

Podrá entumecerme el frío
y podrá el agua cegarme,
pero ahogarme, ¡qué he de ahogarme!
¡primero me sorbo el río!

22 Mayo 1886.

¿¿::::::::::??

¿Dices, querido Antonio, que tu esposa,
á quien creíste buena y cariñosa,
te ha salido un demonio
capaz de respetar cualquiera cosa
menos la santidad del matrimonio?
¡Caprichos de la suerte! No te choque
que la china te toque
y te amargue la hiel del desengaño.
Entre tantos que aciertan, no es extraño
que alguno se equivoque.

¡Paciencia y barajar! Si tu señora,
que olvida su deber y se propasa,
impúdica y traidora

ha profanado el templo de tu casa
con su instinto brutal de pecadora,
es inútil que busques la manera
de hacerla detenerse en su carrera,
y no debes tomar, como un muñeco,
una venganza innoble á palo seco.

Los celos son la bárbara metralla
con que tropieza el hombre en la batalla
y suele ser difícil evitarlos;
pero sólo en el modo de vengarlos
se puede conocer á la canalla.

De los actos brutales
el que repugna más, si se me apura,
es ilustrar la piel de una perjura
poniendo por viñetas cardenales.
Desengáñate, Antonio;
es coyunda sagrada el matrimonio,
y si la esposa ingrata
la rompe y echa al viento los pedazos,
no se puede enmendar á bastonazos...
¡ó se la deja en p.z, ó se la mata!

29 Mayo 1886.

MORALICEMOS

Hablando en Fornos ayer
de la corrupción moral
que ha empezado á padecer
la generación actual.

disertamos largamente
lamentándonos á coro
tres amigos, buena gente
con tres corazones de oro,
y convinimos los tres
en que, por compensación,
forzosamente después
vendría la reacción,

y esta turba descreída
que tantos daños ha hecho
se pasaría la vida
dándose golpes de pecho.

Gil dijo:—Pues sí, señor,
con esta inmoralidad
me saben mucho mejor
las obras de caridad.

Como Gil no tiene nada
de moral, ni lo ha de ser,
soltamos la carcajada
sin podernos contener.

—¡Hombre! ¿Tú caritativo?
¡Es mentira!

—¡Como un templo!

—No os riáis, os lo prohibo.

—Venga un ejemplo.

—¡Un ejemplo!

—Bueno, pues es el asunto
que yo sé de un matrimonio
que mientras estuvo junto
vivía dado al demonio,
tanto, que se procuró
poner un remedio al mal
y, á los dos meses, tiró
por su lado cada cual.

En fin, la cuestión eterna
porque, desgraciadamente,
en la sociedad moderna
es el caso muy frecuente.

Ya lo veis: dos desgraciados
en la edad de los amores
dispuestos y preparados
á toda clase de horrores.

Yo, que vi la situación
como otros muchos la ven
y sentí en el corazón
deseo de hacer el bien,
aunque el mérito es pequeño
sin pararme á meditar,
lo tomé con tal empeño
que no os podéis figurar
lo mucho que he trabajado
para unir á esos dos seres
que se habían separado
por cuestión de caracteres.

—¿Y lo has conseguido?

—¡Bah!

esta mañana á las diez
se dieron la mano, y ya
viven juntos otra vez,
y desde hoy mismo recobra
sus derechos Himeneo...
¡Vamos! ¿No es esta una obra
meritoria?

—¡Ya lo creo!

¡Y de ti no lo esperaba!
Pero, ¿por dónde demonio
has sabido tú que estaba
separado el matrimonio?

—¡Toma! como que he vivido
como quien dice, hasta ayer...
con...

—Vamos, con el marido.

—No, hombre, no; con la mujer.

19 Junio 1886.

ARRULLOS

Adórame, princesa;

¡por Dios te lo suplico de rodillas!
y yo te echaré flores

si me sabes sacar de mis casillas
con esos labios húmedos de fresa
y esos ojazos negros y habladores.

¡Qué guapa estás ahora!

Parece que palpitan en tu cara
las caricias de Venus tentadora
que al placer insensato se prepara.

Oigo frases ardientes
que vibran sin cesar en mis oídos,
al gozar de tus mimos inocentes
que revelan deseos escondidos.

Y al recibir ¡oh sol de las morenas!
este abrasado aliento que enardece
caldeando la sangre de las venas,
yo no sé que me pasa, que parece!
que me azotan la cara
las candentes arenas
que el simón revuelve en el Sahara.

Quiéreme, reina mía,
dame las mieles del amor primero,
y el corazón te enseñaré algún día
en prueba de cariño verdadero.

No amaré á nadie más, ¡yo te lo juro!
 Veo que estás apasionada y loca
 y que me dejarías, de seguro,
 que acercara mis labios á tu boca...
 ¿Lo deseas, ¿verdad? ¡Me lo figuro!...

Un beso es cosa rica, ya se sabe,
 pero además, prieta, y esto es grave,
 es ariete certero
 que el pudor por su base desmorona...
 ¡No te lo doy, pishona!
 ¡Para que vas tú cuánto te quiero!

12 Junio 1886.

UN INJERTO

En un periódico inglés
 que acabo de recibir,
 leo, y voy á repetir,
 una nueva de interés.

Se trata de un caballero,
 un doctor muy ilustrado,
 que la sangre le ha sacado
 á un perrillo ratonero;

y, muerto ya el animal,
 firme, animoso y resuelto,
 el sabio doctor le ha vuelto
 toda la fuerza vital.

Por enfadoso y prolijo
 el procedimiento callo;
 pero de alegría estallo,
 y ustedes también, de fijo,

con la inusitada suerte
 de haber alcanzado el día
 en que es de guardarropía
 la guadaña de la muerte.

Y allá va una observación
 aunque ella me desconcuerde:
 y es, que á mentira me huele
 tan prodigiosa invención.

Porque en países lejanos
 se miente mejor quizás,
 y para guasa, no hay más
 que los norte-americanos.

¡Qué inventos tan atrevidos!
 ¡Qué cosas tan portentosas!
 ¡Siempre pasan estas cosas
 en los Estados Unidos!

Esto aparte, nos conviene
 creer lo del perro muerto,
 y supongamos que es cierto,
 por la cuenta que nos tiene.

¡Qué delicioso va á ser
 confundirse y apañarse,
 y no poder suicidarse,
 ni temblar al no comer!

Don Prudencio, mi vecino,
 nata y flor de los prenderos,
 que hace sesenta febreros
 que nació en Vitigudino,

está loco de contento,
 se comprende, á su edad,
 y cuenta á la vecindad
 los detalles del invento.

Pero á ojos que no ven
 no hay ánimo convencido;
 por eso el hombre ha querido
 experimentar también.

Tenía en su casa un gato
 que era su amor, su delicia;
 pero llegó la noticia,
 y el gato ha pagado el pato.

Porque el señor don Prudencio
 le echó mano el otro día,
 y, gracias á una sangría,
 le vió morir en silencio.

Luego echó mano al bolsillo
 para acabar el asunto,
 mandó por sangre, y al punto
 le trajeron un cuartillo.

Y con mucha precaución,
 para no echarlo á perder,
 se dijo:—Vamos á ver,—
 y ¡raticó la inyección.

El gatito poco á poco
 volvió á la vida... ¡Oh portento!
 ¡Era aquel descubrimiento
 cosa de volverse loco!

Aquella noche dormía
 á pierna suelta el prendero,
 soñando en el lisonjero
 resultado de aquel día.

¡Como dos y una son tres
 el gato no estaba muerto,
 y era ¡cosa rara! cierto
 lo del periódico inglés.

El, gracias al sorprendente
 hallazgo, y gracias á Dios,
 viviría un siglo, dos,
 y así sucesivamente.

Despertó en esto; oyó voces.
 —¡Esposo! ¡Padre!—decían,
 y en el despacho se oían
 unos berridos atroces.

¡Qué escándalo! ¡Qué alboroto!
 —¿Dónde está el buey? ¡que lo mato!
 Fueron allá, ¡y era el gato
 que berraba como un choto!

Al fin y al cabo, el prendero
 averiguó lo ocurrido:
 ¡era que habían traído
 la sangre del matadero!

26 Junio 1886.

EL MEDIO AMBIENTE

La buena doña Luz me desespera,
 diciendo que su niña
 es la virtud andando, y no exagera;
 pues por mucho que escarba y escudriña

la gente maliciosa,
no hay miedo que la muerda y la critique,
que es difícil hallar alguna cosa
que al honor de la niña perjudique.
Pero esto, aunque es verdad, no es un motivo
para tostarme vivo,
contándome una historia
que sé, como quien dice, de memoria.
¿Que la bella Fernanda se ha educado
tan admirablemente,
que un hombre puede amarla sin cuidado,
llevando alta la frente?
¿Que nunca la mamá la dejó sola:
como dejan algunas á sus hijas,
y no ha llevado novios á la cola,
y la dió la moral que la acrisola
leyes eternas, inmutables, fijas?
¿Que no ha tenido nunca devaneos,
ni bailes, ni paseos,
y no sabe de amor ninguna cosa,
y es sencilla, y modesta, y hacendosa?
Pues viene á resultar que es buena chica,
sí; pero eso no indica
que sea tan feliz como Dios manda
el sujeto que cargue con Fernanda.
¿Por qué? Pues la razón es muy sencilla:
Hubiérase criado la chiquilla
sirviendo de criada ó de niñera
en casas donde hubiera señoritos,
ó haciendo gorgoritos
en los coros, cantados en hilera,
acechada por tunos y gomoños,
alegres, atrevidos y viciosos;
hubiérase educado en los talleres
ó en las horchaterías,
donde todos los días
hace caer el diablo á cien mujeres,
donde cuesta una lucha porfiada
el penoso deber de ser honrada...
¿Y si lo fuera en tales condiciones
no habría que temer las tentaciones!
Lo que nunca ha pasado luego pasa.
La mujer que se casa,
á la vez que marido
toma una libertad que no ha tenido;
la de lucir el talle
paseando solita por la calle.
Y habiendo tantos pillos y traidores
que esconden las espigas y echan flores,
es fácil, según creo,
que salga á relucir, por un descuido,
el instinto fatal del coquefeo,
durante tantos años escondido.
No se me importa nada
que de esto piense el mundo lo que quiera,
pero á mí se me ocurre una bobada:
¡que si ha de claudicar cuando casada,
más vale que claudique de soltera!

.....
¿Cómo se ha de elegir? Me vuelvo loco
siempre que me echo á meditar un poco. |

3 Julio 1886.

POR LO FLAMENCO

¡Olé, moreno! ¡qué guapo vienes
y qué gracioso
con el pelito sobre las sienes!
Si no lo luces, ¿para qué tienes
un cuerpecito jacarandoso?
Mirando fosco y hablando recio,
prueba palpable de genio vivo,
tratas al mundo con un desprecio
provocativo.
Y estás terrible cuando te enfadas...
¡Válgame Cristo! ¡cómo te pones
hablando siempre de puñaladas
y bofetones!
Con tu carácter atrabiliario,
al que te empuja, ó al que te toca,
le cae encima como una roca
tu canallesco vocabulario,
y te diriges á tu contrario
echando pestes por esa boca.
¡Claro! En seguida viene la gente,
el otro tiembla, vae corrido,
y tú te quedas como un valiente
metiendo ruido.
Por eso tratas con malos modos
á los varones y á las mujeres:
¡como que vamos viviendo todos
porque tú quieres!
Si me permites, diré una cosa:
y es que me escama tu valentía,
porque la luces siempre de día
y cuando hueles gente miedosa,
y porque creo que eres un bolo
y tus blasfemias humo de paja
si te ves solo
frente á la punta de una navaja.
Porque has pasado toda tu vida
pidiendo broca con tierra y cielo,
y tú no tienes ninguna herida
ni te conocen en el Modelo.
No es que te tache ni que te filde,
¡pues bueno fuera!
es que eso indica que eres humilde
como cualquiera.
Sé de una chica que está enterada,
de tu bravura,
que te despide cuando la agrada
y que te suelta cada guantada
que te destroza la dentadura.
Y sin embargo, ¡qué gracia tienes
haciendo el oso
con las persianas sobre las sienes
y el cuerpecito jacarandoso!

10 Julio 1886.

SARCASMOS

I

Ocho ó nueve barrenderos
y seis ó siete aguadores,
dos ó tres trasnochadores
y cuatro ó cinco tenderos,

cada cual á su manera
mostraban su desagrado
en torno de un desgraciado
muerto en mitad de la acera.

Conservaba todavía
el frío rostro insensible
grabada la mueca horrible
del dolor de la agonía.

y aún en la diestra apretaba
la botella de aguardiente
que defendió inútilmente
al pobre que la llevaba.

Daba clara explicación
de lo que había pasado
un tosco puñal, clavado
en mitad del corazón,

y en cuya acerada hoja
había un par de señales
de marcas y de iniciales
grabadas en tinta roja,

y metido entre las dos,
medio borrado, un letrero
que decía:—"¡Olé, salero!
¡viva la gracia de Dios!"

II

Marchaban á la sordina
diez hombres y dos carretas
que conducían galletas
garbanzos, vino y cecina.

Si se llegaba á perder
toda aquella provisión
de seguro el batallón
se quedaba sin comer.

Y rendida de fatiga,
con mucha hambre y poca ropa,
iba despacio la tropa
cruzando tierra enemiga,

y pensando en el pedazo
que sufriría el mordisco.
Brilló de pronto en un risco
el fulgor de un fogonazo;

preparó su carabina
el sargento, y dijo:—"¡A ver,
muchachos, á defender
la galleta y la cecina!"

Y apenas se extingue el eco
se echa encima la gentuza
y se arma la escaramuza
á bayonetazo seco.

Cuando se acabó la cosa
quedaron, muertos ó heridos,
tres de la escolta tendidos
en la senda pedregosa.

El ejército restante
arregló fardos y cajas,
y hecha la lista de bajas
siguió el convoy adelante.

Hasta que, ya sin cuidado,
y muertos de hambre y de sed,
toparon con la pared
de un ventorro abandonado.

Salió de entre los hatillos
una guitarra podrida,
y se armó baile en seguida
¡al pie de los panecillos!

17 Julio 1886

CUESTION DE ESTETICA

Voy á decir una cosa
para que os forméis idea
de cómo ha de ser mi esposa.
Ya os oigo:—Rica y hermosa.—
Pues, no señor, pobre y fea.

No es esto el romanticismo
que privó tiempos atrás
y tiene adeptos hoy mismo:
al contrario, es egoísmo;
las feas me gustan más.

Tampoco sigo la huella
del que tan sólo repara
al buscar una doncella
en que tenga el alma bella
prescindiendo de la cara.

"¡El espíritu ha de ser
hermoso! el cuerpo varía..."
¡Hombre, tendría que ver
que yo llegara á caer
en esa cursilería.

No es nada de eso. Es que á mí
en circunstancias iguales,
me gustan más, porque sí,
las que son feas. Ahí
van las causas principales:

La belleza no hace efecto
atractivo más que un rato,
y como nada hay correcto,
siempre sale algún defecto
á relucir con el trato.

A los dos meses ó tres,
las líneas y los contornos
ya no importan, y después
no les prestan interés
las galas y los adornos.

Nadie dirá que es mentira,
porque la amorosa lumbre
de unos ojos nada inspira,
ni extático se les mira
en cuanto uno se acostumbra.

Lo que queda y no varía
es el cariño que nace
de la mutua simpatía
que crece de día en día
y nunca se satisface.

Y si no le hay, aunque sea
muy bonita la mujer,
cuando no se la desea
ha de parecer tan fea
que no se la podrá ver.

—Supongamos que la esposa—
vais á decirme en seguida—
es simpática y graciosa,
y además es muy hermosa,
muy buena y muy distinguida.

—¡Caballeros! esa es mucha
porción de suposiciones,
y á pesar de eso, en la lucha,
quiero enfrente una feucha
de las mismas condiciones.

Porque si tengo una huri
habrá envidiosos detrás
y no me conviene así.
¡Quiero que me guste á mí
y no guste á los demás!

Y ya probalo tenemos
con esto de la hermosura,
uno de los dos extremos.
De lo de pobre no hablemos,
porque ha sido gresa pura.

31 Julio 1886.

A UN POSTERGADO

Ya me tiene usted molido
con tantas lamentaciones,
y ya no quiero más quejas,
y ya no aguanto mas voces.
Si es usted y ha sido siempre
un pedazo de alcornoque,
¿quién diablos tiene la culpa
de que la suerte le azote?
¿Que el mundo es necio? ¡Mentira!
De sobra el mundo conoce
lo que cada cual merece,
y da lo que corresponde.
¿Que hay genios desconocidos
y talentos enormes,
á quienes nadie protege
y á quienes todos se oponen?
¡Ríase usted de los tontos
que hacen correr esas voces!
¿Que hay envidias? ¡Si la envidia
favorece más que roe!
¿Que hay obstáculos? ¡Pues claro!
¡como que es lógico el choque!
En la mesa de la vida
están justas las razones,
y el que quiere asiento, tiene
que ganarlo como un hombre.
Vamos á ver, un ejemplo:
Usted es mísero, y pobre,
y desgraciado, ¿verdad?
Bueno: pues ¿qué condiciones
tiene usted para no serlo?
Ninguna. Usted es un zote
que no ha trabajado nunca
ni de niño ni de joven
ni sabe hacer otra cosa
que mendigar protecciones.
¿Que tiene usted hecho un drama
que rueda entre bastidores?
¡Pues bueno será el dramita
cuando nunca se lo ponen!

¿Que en los diarios le admiten
sólo con tal que no cobre?
¡Como que el sueldo es sagrado
y no está bien que se robe!
¡Infeliz! usted fastidia
á empresarios y editores,
y ninguno le hace caso
y sus súplicas desoyen.
Usted piensa que les gufan
malévolas intenciones,
y no se le ocurre nunca
que es usted sólo el fantoche.
¡Mire usted que tiene gracia
suponer que todo el orbe
se ocupa en alzar murallas
á ver si el genio las rompe!
Supongamos que es usted
un sastre de primer orden.
¿Piensa usted que va á decir
la gente:—¡Qué lindo corte!
¿es buen sastre? ¡pues no quiero
que me haga los pantalones!—
¡Al contrario, criatura,
se irán al que mejor cose!
Pues así es todo; al que vale
el mundo no le pospone...
No es esto decir de plano
que á veces no se equivoque,
y que pasen por lumbreras
un montón de monigotes;
¿pero que el que lo merece
no se dé á luz?... ¡Vamos, hombre!

7 Agosto 1886.

RECTIFICACION

"Señor... (aquí mi nombre).
Usted perdonará si le incomodo,
pero yo soy un hombre
que adora la verdad antes que todo.
Firmada por usted, el otro día
leí una poesía
en que dice, y defiende sus ideas,
que le gustan las feas,
no por su fealdad precisamente,
sino porque su cara les ampara
y defienden su honra con la cara,
como suele decirse vulgarmente.
Si usted no se enfadara le diría
que eso no es garantía
y puede chasquear tarde ó temprano.
¡Crea usted, por favor, á un ciudadano,
antiguo compañero en tontería!
Mire usted: yo tenía en el asunto
la mismísima idea
y la llevé á la práctica, hasta el punto
de que me fui al altar con una fea.
Tenía la nariz mi buena esposa
tan excesivamente remangada,
que era, menos nariz, cualquiera cosa,
ó hablando propiamente no era nada.

Yo estaba convencido
de que íbamos, por fuerza, á ser felices,
pues á ningún nacido
le gustan esta clase de narices,
y tranquilo, seguro y confiado,
me abandoné á la dicha de mi estado.
¡Y cómo me reía
de esos pobres maridos
que dejan el honor sin garantía
á merced de unos cuantos atrevidos!
Fues bien, yo vivo ahora
lejos de mi señora...
¿Sabe usted por qué vivo de este modo?
¡Porque me la ha pegado, fea y todo!
He buscado al infame, le he encontrado,
y le he puesto amarillo á bofetadas.
¡Resulta que al malvado
le gustan las narices remangadas!

Por eso ruega á usted que rectifique
su servidor: *Nicasio Carrasique.*"

Y yo que me lo explico,
no tengo inconveniente, y rectifico.
21 Agosto 1886.

EN LA CARCEL

Que pregunten en el barrio
por Perico el tapicero,
y á ver si dicen que hay otro
ni más honrao, ni más bueno.
Yo no he entrado en la taberna
más que los días de incienso,
y siempre he bebido un vaso,
poco más, ó poco menos,
lo cual que un hombre, si es hombre
no es un borracho por eso.
¿Que tengo navaja? ¡Claro!
¡Pus hombre, estaría bueno
que uno saliera sin armas
pa que le dejaran seco!
Estoy en el Abanico
hace tres meses y medio,
por pegar dos puñaladas
en el costao á un sujeto
que se me puso delante,
cara á cara y pecho á pecho.
El no me dejó en el sitio,
porque yo acerté primero;
que bien conocidas eran
las intenciones del muerto.
Y no estoy arrepentido
ni me ha pesao el hacerlo;
si cien veces resucita,
las cien veces le reviento...
Cuando el hombre falta al hombre,
hay que quitarle de en medio,
ó quedar como un gallina
pa que le insulten muñecos.

¿Que por qué fué la disputa?
Porque dijo chicoles
á una mujer, y en seguida
sentí un no sé qué en el cuerpo,
y mucho hervor en la sangre,
y mucha rabia allá dentro,
y sin saber lo que hacía
le eché la mano al pescuezo.
—Saca lo que tengas—dije.
El dijo:—Ahí va lo que tengo,—
y me puso el mondadientes
á dos pulgadas del pecho.
El quedó; pero por poco
si no me escurro, me quedo.
También por cuestión de faldas
pelean los cabayeros,
con testigos y boticas,
á veinte pasos lo menos,
y no se pegan un tiro
manque se hunda el firmamento,
y como no va de veras,
naide se mete con ellos.
Fera á mí, que soy un chulo,
y á navajazos me arreglo,
y con mi gente armo bronca,
y por mis hembras me pego,
me echó mano la justicia,
y aquí estoy, como un cordero,
por haber matao á un hombre
que me faltaba al respeto.
Me dicen que he cometido
un homicidio por celos...
¡Bien *pué* ser! que de palabras
enrevesadas no entiendo;
yo sé que quiero á mi chica,
y si la miran me ciego,
y si la hablan me sofoco,
y si contesta me quemó;
¡pero no sé, ni me importa,
cómo se llama todo esto!

4 Septiembre 1886.

LO DE TODOS LOS DIAS

Mi querido amigo... Tal
(el nombre no hace á la cosa):
Me ha presentado Marcial
tu epístola cariñosa,
en la cual,
agradeciendo el favor
que recibirás después,
recomiendas al dador
con muchísimo interés.
Yo estoy dispuesto, ya sabes,
á complacerte si puedo,
pero estos asuntos graves
me dan miedo;
puesto que ya se comprende,
salga bien ó salga mal,
que de mi gestión depende
el porvenir de Marcial.

Y no es cosa de reir,
por la importancia que tiene,
burlar á un hombre que viene
á jugarse el porvenir.

Presentemos la cuestión
en su cariz verdadero,
para que veas que quiero
servirte con devoción:

Marcial es un guapo chico,
tiene un criterio excelente,
y es honrado, y es decente,
en fin, todo, menos rico.

En los ramos del saber
se ha quedado muy atrás,
puesto que no tiene más
que el grado de bachiller.

Yo no creo
que esto le baste á cualquiera,
y comprendo su deseo
de seguir una carrera.

Pero ¿cuál es la mejor?
Si el chico hubiera heredado
y tuviera un capital
en terrenos del labor,
no le sentaría mal
un título de abogado,

¡no, señor!
Mas ¡vive Dios! que creer
que puede dar de comer
el derecho, es tontería.

y en el día
es indispensable ser
pozo de sabiduría
para poderse arreglar
con un sueldo regular.

Para cada oposición
á registros ó juzgados,
vienen dos mil abogados
en correcta formación.

Luego... tocante á la plaza
del juzgado ó del registro,
nadie logra meter baza
más que el hijo del Ministro.

De manera
que es muy mala esa carrera.
¿Médico? ¡Santa María!
No permita Dios que le haga
seguir por la senda mía,
¡porque somos una plaga!
Y á más, los Ayuntamientos
al extender el oficio
exigen conocimientos
y... ¡diez años de servicio!
De este modo singular
ya puedes tú comprender
que es imposible empezar
á ejercer.

¿Militar? ¡Es imposible!
Saldrá el hombre de teniente,
si estudia continuamente
con ardor inextinguible,
y después de mil apuros
y de doce años de afán.

ascenderá á capitán
y tendrá cincuenta duros;
que con chicos y mujer
y el arreo militar,
no bastan para almorzar;

¡conque á ver
si queda para comer!
¿Farmacéutico? ¿Ingeniero?
¡Pues bonito está el percal!
y sabe Dios que no quiero
perjudicar á Marcial.
En fin, para concluir,
no hay carrera que seguir.
Y para seguirla, ¿dónde
podrá encontrar el dinero?
¿De criado de algún conde?
¿De escribiente de un banquero?
¡Si todo está ya tomado!
¡Si hay pretendientes á miles!
¡Si conozco un abogado
factor de ferrocarriles!

¡Conque á ver
lo que podemos hacer!
Su resolución admiro;
pero en trance tan fatal,
mi opinión es... ¡que Marcia
se debe pegar un tiro!

9 Octubre 1886.

LA SEPARACION

Adiós, vida mía;
llorando te dejo;
llorando de rabia,
de pena, de celos,
¡de no sé qué cosas
que abrasan el pecho,
caldean la sangre
y agitan los nervios!

¿Me miras el rostro
pensando que miento?
Pero es, pichoncita,
que lloro por dentro.
¡Pues bueno estuviera
que un hombre completo
viniera á estas horas
haciendo pucheros!

Me voy con el alma
partida por medio,
y aunque lo pretenda,
de fijo no puedo
quitarme de encima
los gratos recuerdos
de tus labios rojos
y tus ojos negros.

Te miro extasiado,
te adoro en silencio
y al ver que la dicha
se va por momentos,
quisiera cortarle
las alas al tiempo.

Si el cielo me diera
poder para hacerlo,
al sol le diría:
—¡Espérate, Febo!
que tengo quehaceres
y me haces mal tercio.—

Y así desde ahora
callados y quietos,
no habría más vida
ni más movimiento
que el goce intranquilo
dulcísimo y tierno
de ver que á mi lado
palpita tu seno,
y haciéndome fuerte
la pena contengo
y ensayo sonrisas
que quedan en gestos.

Pero, hija, el destino
lo quiere... ¡y no puedo!
Por eso los diablos
me aprietan el cuello
y aquí tengo un nudo
¡que había que verlo!

¡Adiós, ángel mío,
llorando te dejo!
no sé si me gustas,
ni sé si te quiero,
ni sé qué me pasa,
ni sé lo que siento...

El caso es que ahora
parece que tengo
los nervios candentes,
las venas de fuego,
y el diablo del ansia
metido en el cuerpo...
¡Abur... que me escuro!
¡Adiós, que me quemó!

23 Octubre 1886

IDILIO

El pastorcillo aquél era instruído
porque había leído
en no sé qué librote de su abuelo
el cuento entretenido
de la Arcadia feliz, copia del cielo.

Y envidiaba el pastor ¡naturalmente!
aquella edad alegre y divertida,
y el sencillo candor de aquella gente
que pasaba la vida
á la de Jauja igual ó parecida.

Pues ¿y el amor aquél? ¡Miel sobre ho
[juelas!

¡Qué dulces cantinelas!
¡Qué inocentes zagalas!
Todas Filis, ó Nises, ó Gracielas,
¡y nada de Manuelas
ni Blasas, ni Toribias, ni Pascualas!

Aquello era la gloria,
si el librote de marías no mentía;
¡y qué hermoso sería
retroceder cien años en la historia!

Con toda esta balumba en la cabeza
de pájaros y fuentes y arroyuelos
y pastoril simpleza,
quiso el rapaz buscar la gentileza
y la holganza feliz de sus abuelos,
y dióse á encariñarse con la idea,
y á no hablar á las gentes de la aldea,
y á pensar en pamplinas tentadoras,
y á descuidar ovejas y corderos,
para tocar la flauta á todas horas
en el prado, en el valle, en los oteros...

Pero según el texto del librote,
no había un monigote
de aquellos que pasaban la existencia
sin un remordimiento de conciencia,
que no adorara á voces ó en secreto
á alguna mocosuela del contorno;
belleza escultural, sin otro adorno
que una flor en las greñas ó en el peto.

Por de contado, platonismo puro,
¡de eso estaba seguro!

Faltando el complemento de su idea,
como al gran don Quijote
le faltaba también su Dulcinea,
propuso á la zagala Dorotea
fundar la Arcadia á escote.

La chica, que era guapa, pero tonta,
¡tonta de capirote!

¡de dejarse querer estuvo pronta.

Y aquí tienen ustedes
cómo empezó su idilio Nicomedes.
(Es Nicomedes el zagal del cuento.
¿No lo he dicho? ¡Lo siento!)

Todo iba bien, muy bien. Enamorados,
se querían los dos muy sosamente;
buscábanse por valles y collados,
y pasaban las horas dulcemente
pescando renacuajos en la fuente,
en tanto que triscaban los ganados
por viñas y sembrados.

Pero ¡oh dolor! un día,
cuando más la pareja se quería,
se enteraron del caso otros pastores
asaz murmuradores,
y algunas envidiosas de la aldea
dijeron no sé qué de Dorotea.

Estudiada la causa y discutida,
empeñóse la gente
(de suyo lenguaraz y maldiciente)
en que estaba la Arcadia prohibida,
y, puesto que era mala,
tenía que enmendarse la zagala.

Contaron la calumnia un par de veces
al padre de la chica, que era una bestia
que jamás se paraba en pequeñeces
(y perdone si ofendo su modestia),

y el hombre, por si acaso,
quiso salir del paso
pegando un puñetazo en el cogote
al infeliz Batilo del librote.

Y una hermosa mañana de verano
con mucho cielo azul y prado ameno
sorprendió á los amantes el villano
vomitando veneno.

¡Qué coscorrón aquél! ¡Santa Madona!
¡Suficiente á aplastar á una persona!
No quedó de la flauta ni una astilla,
y bailó el tañedor de coronilla.

—
Así acabó el idilio de mi cuento.
¡Vive Dios que me pesa
tan prosaico final, pero no miento,
y la verdad es esa!

Queda una cosa que advertir á ustedes:
Me ha dicho Nicomedes
que con un semi-suegro tan terrible
no hay égloga posible.

6 Noviembre 1886.

BUEN REMEDIO

A Gil no quiere Tomasa
aunque Gil es buen muchacho,
porque va siempre á su casa
completamente borracho.

Cuestión de dos ó tres pintas
que le han traído el defecto
de detenerse en distintas
estaciones del trayecto.

Y Tomasa no lo pasa
aunque tenga buen padrino,
y dice que no se casa
con un pellejo de vino.

Gil, que en el fondo es muy bueno
y raciocina con calma
y siempre que está sereno
la quiere con toda el alma,

jura y perjura enmendarse
y ahorrar, y ponerla coche;
y si ella empieza á ablandarse
se emborracha aquella noche.

¡Hay que oír la discusión
de aquella amante pareja
que quiere separación
y el corazón no la deja!

—¡Mira, no te canses, Gil,
porque estás haciendo el búa!
¡Ni buscado con candil
hay otro peor que tú.

¡Y antes tomaba veneno
y me suicidaba toda!

¡Pues hombre, estaría bueno
que en el día de la boda
vinieras á alborotar!

¡Que no!

—¡Pues que no te digo!

—Te prometo no pasar
aquella noche contigo,
y para no incomodarte
con esta manía eterna,
la pasaré... en cualquier parte
¡por ejemplo, en la taberna!

20 Noviembre 1886.

LA BODA

Con un frío de mil diablos
metido hasta las entrañas,
tras una noche de perros
y en un carrillo de varas,
llegué á casar á Perico
ayer hizo una semana.

Fué el novio mi compañero
en ciertas épocas malas,
me quiso y me quiere mucho,
y yo no le voy en zaga,
de modo que al recibir
la noticia en una carta,
aunque aquel bendito pueblo
está en un rincón de España,
cogí mi gorra de viaje,
cien pesetas y una manta
y me lancé como un rayo
á través del Guadarrama.

—
Es B... (llamémosle B...)
un montoncito de casas
situado en una cuesta
escabrosa y escarpada,
y encerrado en unos muros
como una nuez en su cáscara.
Le ví cubierto de nieve
que, como algodón en rama,
lentamente descendía
jaspeando las murallas,
y parecíame entonces
marmóreo cuerpo sin alma
ó el cadáver de una aldea
rebujado en su sabana.
¡Y sin embargo, allá dentro
viven hombres que trabajan,
comen, beben, ríen, juegan
y, por lo visto, se casan!

—
Eh, con su ropa flamante,
camisa recién planchada,
botas de charol ceñidas
y sombrero de copa alta;
ella, con el ramo al pecho,
muy ruborosa y muy guapa,
las convidadas con lazos,
plumas, cintajos y bandas;
los convidados, luciendo
los embozos de las capas;
ellos, recién afeitados;
ellas, recién empolvadas,
y yo, como casi siempre,
con barro hasta las pestañas,

salimos hacia la iglesia
sin hablar una palabra,
como si el acto solemne
nos encogiera las almas.

Estaba el pueblo á la puerta
esperándonos en masa,
que hay *boda de señoritos*
cada veinte años, y gracias,
y es una función aquella
que no se pierde aunque caigan
capuchinitos de bronce
sobre el curioso que aguarda.

Además, que el caso ofrece
ocasión pintiparada
de decir barbaridades
y bromas de más de marca.

Yo, arrollado por la turba,
me quedé en la retaguardia
entre un pelotón compacto
de mujeres deslenguadas,
que me pusieron de perlas
y como ropa de Pascua.
—Diga usted, señá María,
¿pa qué han traído esta espátula?

—¡To! será pa que se pueda
revolver la limonada.

—¡Místele qué cara tiene!

—¡Madrica! ¡si da una lástima!..

—Está físico del pecho.

—¡Si fuá ese el novio, aviada
iba la chica!

—Dejaile,
que si gritáis se desmaya...

.....

Entretanto, allá en el atrio
los dos muchachos juraban
quererse mucho y de veras
entregándose las arras
y mirábanles las mozas
tras un velo de esperanzas.
Hubo bendición y misa,
que á mí se me hizo muy larga,
más que por la ceremonia,
sencilla, solemne y santa,
por el diantre del *armonium*
con honores de carraca.
Y ya casado el buen Pedro,
volvimos hacia su casa
rodeados de chiquillos
y zagalones con barbas
que silbaban á los novios
como si vieran un drama.

Apenas se disponía
toda la gente invitada
á asaltar un par de torres
de almendra, guirlache y tarta,
que en las mesas protegían
un reducto de viandas,
se armó en la calle un estruendo
mayor que el de una batalla.
Rudos golpes á las puertas,
voces, silbidos, patadas,

bolas de nieve que vienen
á romperse en las ventanas;
en fin, una algarabía
que ni en el centro del Africa.
—¿Qué es eso? (pregunté á uno).
—Los chicos que se entusiasman.
—¡Pobrecitos! y ¿qué quieren?
—Que les echen avellanas.
—Hombre, no; lo que ellos piden
no es eso.

—¿Pues qué es?

—¡Cebada!

15 Enero 1887.

GRESCA

Pepa la tripicallera
ha reñido con el hombre,
y con tan fausto motivo
(motivo de mojicones)
han dado día de fiesta
al barrio de Embajadores.

Las comadres madrileñas,
como las de todo el orbe,
se pirran por estas cosas,
y en ellas hallan el goce
que hace saltar de alegría
los humanos corazones.

Así es que, cuando en el patio
empezó Pepa á dar voces
y á refunfuñar el otro
denuestos y maldiciones,
se llenaron de curiosas
ventanas y corredores.

Caras en que se pintaban
la satisfacción innoble,
la malicia picaresca
con que presencian cuestiones
y azuzan á los que riñen
las chulapas de la corte.

Toda la granjería
que en las zahurdas se esconde,
salió á presenciar la gresca
y á dar al cuadro sus toques
sacando su repertorio
de gritos é interjecciones
con que en la plaza el domingo
jalea á los picadores.

El marido de la Pepa,
que teme que le sofocuen,
quiso que entrara en su cuarto
la alborotadora cónyuge;
pero ella, que es una malva
si la dejan que alborote,
no gusta de armar camorras
gordas cuando no la oyen,
y saltó al medio del patio,
se puso á gritar el doble

y le miró, puesta en jarras
con ojos provocadores:

—¡No me des otro *espetáculo*
como el que diste anteanoche,
porque hay aquí malas lenguas
y es mu fácil que las corte!
—¿Entrar yo? ¡manque me pinchen!
¿tú qué quieres, endinote?
¿que te eche yo toos los días
á ti solo los sermones
pa que no escarmientes nunca
y los oigas como un poste?
Pus no me da la rial gana
y lo he de decir á voces,
pa que se entere too el barrio
si á mano viene, y too el orbe
si á mano viene, y que sepan
que eres un tfo, un mal hombre,
granuja, que viene á casa
borracho todas las noches
y se bebe los jornales
con tres ó cuatro amigotes,
mientras su mujer no cena
hace diez días ó doce.

—¿Te quies cayar?

—¿Que me caye?

¡Eso quisiás tú!

—¿Qué pones
á que te rompo las muelas
ya que ices que no comes
y no te sirven pa nada...?

—¡Y pué que lo hicieras!

—¡Ole

por los valientes!

—¡Granuja!

—¡Déjela usté, señor Roque;
que eso no es de cabayeros
ni de personas mayores!

—Ustés se cayan. Ca uno
haga lo que le acomode.

—¡Pillo!

—¡Cobarde!

—¡Socorro!...

Llega la guardia á las voces,
intervienen las vecinas,
se dan las explicaciones,
una vieja da consejos
para establecer el orden,
la Pepa se va calmando,
el marido, por su nombre,
jura no tomar más copas
aunque nunca se las cobren,
y se muestra arrepentido,
se va no se sabe dónde...

y da á su mujer de palos
en secreto, aquella noche.

ENTENDAMONOS

Encuentro una extravagancia,
por no decir tontería,
que nos pasemos el día
cantando nuestra ignorancia.

Creo que la humanidad
se queja en vano del cielo,
y quiere hallar un consuelo
á su necia vanidad.

—¡Nada, no sabemos nada!—
dicen los sabios del mundo,
tras un estudio profundo
de una ciencia trasnochada.

Vamos á ver, ¿á qué viene
tan extraño pesimismo?
¿Es modestia ó egoísmo
no decir lo que se tiene?

¿No sabemos demasiado
que la humanidad es lodo,
á pesar de lo cual, todo
nos está subordinado

y no hay en toda la escala
bicho que nos aventaje
ni poder que nos ataje
por la buena ó por la mala?

¿No es cosa cierta y segura
que son nuestras posesiones
todas las constelaciones
con que ha bordado la altura
ese espíritu inmortal

propietario del Edén,
que da premios para el bien
y castigos para el mal?

¿No se sabe que es preciso
humillarse ante la muerte,
obedecer al más fuerte
y firmar el compromiso
de pagar censos y ofrendas
á una persona elegida
para ordenar nuestra vida
y arreglar nuestras haciendas?

¿No es una verdad corriente
que el amor es puro y santo?
¿Y no tiene cierto encanto
esa utopía conveniente

de que se armen de humildad
los más, aunque sean buenos,
para que puedan los menos
vivir con tranquilidad?

¿No está la gloria dispuesta
con la condición precisa
de que vayamos á misa
todos los días de fiesta?

¿No sabemos que la sal
es el cloruro de sodio,
que es una pasión el odio
de procedencia infernal,

y que el colmo del placer
puede encontrarse en un beso?
Pues si sabemos todo eso,
¿qué más queremos saber?

EN UN ALBUM

En un montón de rosas
hizo un genio su tálamo á una ondina
que iba á ser el *non plus* de las esposas.
Ondina de belleza peregrina
que excitaba la envidia de las diosas.

Al principio el esposo, enamorado,
se embriagaba en el goce indefinido
y hallaba de su agrado
los perfumados pétalos del nido.

Se secaron las rosas
y lo que fué mullido y oloroso
fué perdiendo el aroma delicioso...
¡Oh condición mudable de las cosas!

El genio se aburrió. Sordo al halago
no hay mimo que le atraiga y que le llame.
Y decía la ondina:—¡Golpe en vago!
¡quiera usted á un infame
para hallarse después con este pago!

¡Oh niñas candorosas!
Nadie os consolará cuando se truequen
los sueños en verdades lastimosas...
Conque ¡ojo con los tálamos de rosas
porque es lo más probable que se sequen!

7 Mayo 1887.

CONFITEOR

I

Señor cura, por favor,
sea usted mi salvador.
—¿Qué te ocurre?

—Casi nada.
Me estoy muriendo de amor
por una mujer casada.
—¿Y no puedes contener
la pasión?

—¡Qué he de poder!
—Pues hay un medio probado:
el amor de otra mujer.
—¿Otra? ¡Si ya estoy casado!
—¡Jesús! la falta es odiosa;
¿tu esposa no es cariñosa?
¿no es honrada?

—¡Sí, señor!
Precisamente mi esposa
es un ángel de candor.
Pero encuentro fastidioso
el cariño con reposo,
tranquilo, dulce y sin ruido...
¡Debe ser tan delicioso
el deleite prohibido!
—¿Esa señora casada
lo sabe?

—No sabe nada.
Me ha faltado atrevimiento
en la voz y en la mirada
para decir lo que siento.

—¡Gracias á Dios! Aún se puede
lograr que el crimen se quede
en esa intención maldita.
Hay que evitar que se enrede
el hilo.

—¿Y cómo se evita?
—No saliendo de tu hogar
y adorando sin cesar
la virtud de tu mujer.
¡Piensa que no has de encontrar
placer como ese placer!

II

—Señor cura, ¡estoy lo mismo!
Es más grande mi cinismo
y mayor mi insensatez.
—¿Qué es eso?

—Que está el abismo
más cerca que la otra vez.
Su marido me ha buscado,
yo supongo que instigado
por ella...

—Sí, de seguro.
—De modo que no he logrado
evadirme del apuro.
Ella toma confianza,
habla de la malandanza
de aquel esposo imprudente,
y hasta indica una venganza
mirándome dulcemente.

El la muestra su desvío
y matándola de hastío
se entretiene hora tras hora
con un infame amorfo,
según dice su señora.

Yo, loco por su hermosura,
ardo en la pasión impura;
¡por caridad, señor cura,
socórrame usted, si sabe!
—Haz un esfuerzo y olvida
á esa mujer fementida
que no es honrada, ni bella...
y huye del diablo en seguida.
—¿Y quién es el diablo?

—¡Ella!

III

—Padre, el castigo es tremendo;
cuando el esposo iba huyendo
de su hogar, al parecer,
¡era porque estaba haciendo
el amor á mi mujer!

9 Abril 1887.

UNA DESGRACIA

Era Rafael Moncada
un excelente sujeto,
fino, elegante, discreto
y de una honradez probada.

Se disputaron su amor
bastantes chicas hermosas,
y él fué, ¡lo que son las cosas!
á caer con la peor.

Creyó que sería Emilia
mujer honesta y prudente...
(y lo era efectivamente
al decir de su familia),
y en esta suposición
la llevó al altar un día
porque el hombre la quería
con todo su corazón.

Al principio, cariñosa,
vivió sólo para él,
y estuvo el buen Rafael
muy contento con su esposa.

Pero al año, ó poco más,
cesó el cariño de pronto,
y el hombre, que no era tonto,
pensó:—A mí no me la das;

la mujer siempre ama á alguno,
yo sé que te causo tedio,
¡pues hay un tuno por medio!
¡Veremos quién es el tuno!—

Le lastimó horriblemente
la herida en el amor propio,
pero supo hacer acopio
de la calma conveniente,

y con prudencia exquisita
y sangre fría que alabo,
pudo topar con el cabo
de la madeja maldita.

Dejóse engañar primero,
ocultó su perspicacia
para que el golpe de gracia
fuera rápido y certero,
sorprendió á la infiel y al tuno,
por desgracia ó por fortuna,
y los despachó con una
puñalada á cada uno.

—
¡Claro! en seguida fué preso
y condenado Moncada.
Un destierro... total nada;
ya se sabe lo que es eso.

Y el caso es que al respirar
el ambiente en que vivía,
le entró una melancolía
imposible de aguantar.

Si mi mujer fué traidora
(pensó Moncada) no es justo
que me muera de disgusto
por culpa de mi señora.

Y echóse á brindar amor
para dar á otra doncella
la felicidad aquella
que no quiso la anterior.

Entre sus apasionadas
buscó quien quisiera bodas...
¡Chasco horrible! Aunque son todas
excesivamente honradas,

saben ya que Rafael
la ley por su mano aplica,
¡y no hay una sola chica
que quiera cargar con él!

21 Mayo 1887.

B. L. P.

A la señora Martínez
el que más abajo firma,
y, con harto sentimiento
de su corazón, avisa
que no se siente con fuerzas
para asistir á la jira
con que obsequia á sus amigos
y da expansión á sus niñas.

—
Y ya que de mi franqueza
rayana en la grosería,
en esa tertulia cursi
sacan motivo de hablillas,
añadiré que no quiero
ir á ponerme en berlina
con cuatro muchachas locas
y cuatro necios, sin pizca
de educación, que no saben
más que hacer majaderías.
Además, no me entusiasma
eso de comer tortilla
y bailar con organillo,
el *schotish* de *La gran vía*,
y jugar á quién abraza,
y apostar á quién pellizca,
y andar dando volteretas,
y tirándose bolitas.

Y ya que estoy en camino,
permítame que la diga
que hace usted una bobada
con esas excursioncitas.
¿Le parece á usted decente
el llevar á sus sobrinas
á que beban vino malo
en tan malas compañías
y á que bailen apretadas
y... se les vaya la vista?
Claro está que se divierten
de firme, las pobrecillas,
pero no les hace falta
diversiones con malicia.

Pasen los juegos de prendas
en torno de la camilla,
y las lecturas de versos
y las arias de *Lucia*,
porque de alguna manera
se han de colocar las chicas,
y no habrá novio posible
si ninguno las visita;
pero sacarlas al campo
para que hagan monerías
y retocen en la hierba
mientras la mora! peligrá...

eso es muy grave, señora, porque, aunque usted imagina que esos chicos tan amables, con sus corbatas de pintas y sus chalecos de rayas, son unas almas benditas, la ocasión hace al granuja, y es prudente prevenirla porque los hombres sabemos muchísimas picardías...

Conque divertirse mucho y que de salud les sirva, y tenga usted, si es que puede, cuidado con las sobrinas, que no serán, á ese paso, buenas madres de familia.

No es que yo crea que sufran importantes averías; lo que sé es que, por lo menos, el candor sí se lo quitan.

4 Junio 1887.

LA LEY DEL EMBUDO

Usted entiende la moral de una manera muy rara, y eso me parece mal, señora doña Jenara.

Y voy á explicar por qué la digo lo que usted acaba de oír: ¿No se acuerda usted de que una noche en Eslava, viendo una pieza picante de las que gustan á veces y en que había una brillante colección de desnudeces, al verme muy satisfecho me soltó usted un sermón, y sintió hervir en su pecho pudorosa indignación?

Dijo usted mil picardías de esa clase de placeres, y llamó perras judías á aquellas pobres mujeres, cuyas faltas horribles son hacer cuatro piruetas y enseñar algunas cosas á cambio de dos pesetas.

¿No se acuerda usted, Jenara, de lo que hablamos allí? Pues entonces, ¿con qué cara se me presenta usted así?

¿Que va usted á entrar en el baño? Pues que el demonio me lleve si no encuentro muy extraño que el pudor no se subleve.

¿Es porque usted se figura que todos esos mirones no buscan en su hermosura malélicas tentaciones?

¿O cree usted á pie juntillas que en usted no es indecente enseñar las pantorrillas á todo bicho viviente?

¿Que es costumbre? Sí, señora, no digo que no lo sea; pero, como usted no ignora, es una costumbre fea.

Y no hay que venir con estos remilgos con que usted viene. Para el pudor no hay pretextos; ó se tiene ó no se tiene.

Además, no creo que haya, por un caso extraordinario, una moral en la playa y otra para el escenario.

Otro dato en mi favor: aquella falsa turgencia la mira el espectador casi con indiferencia,

porque ya está acostumbrado á verla todos los días, y sabe que en el tablado todas son supercherías.

Pero usted, que por lo honesta es un ángel de candor, usted que no está dispuesta á conceder un favor,

es bocado apetitoso para cualquier paladar, y causa un daño horroroso solo al dejarse mirar.

¡Figúrese usted mi asombro al encontrarla á la orilla del mar, la manga en el hombro y el calzón á la rodilla!

Luego, en el agua, el ropaje se ciñe, rompe y derrota; ¡y, en fin, es más digno el traje de paje de *La Mascota*!

Conque... entre usted en el mar y piense, mientras se lava, que ya no puede insultar á las coristas de Eslava.

30 Julio 1887.

NINERIAS

Al sonar las campanadas tristes, monótonas, lentas, que marcan las oraciones en la torre de mi aldea, cuando retumbaba el trueno por entre las nubes negras y entraba el viento silbando por el quicio de la puerta y el recio turbión caía golpeando las vidrieras como si diablos pequeños quisieran trepar por ellas,

suspendía de repente
su cuentecito la abuela
y quitándose la gorra
me decía:—Vamos, reza
por todos los pobrecitos
viajeros de mar y tierra.—

Yo, asustadico y medroso,
me apretaba contra ella
como buscando en sus besos
inexpugnable defensa
contra la ronca amenaza
de la cercana tormenta,
y rezaba un Padrenuestro
mal aprendido en la escuela,
pidiendo al Dios de los cielos
que perdonase mis deudas
en vez de pedir socorro
para los que padecieran...

Hace tres ó cuatro meses,
allá en la costa gallega,
pegado á la barandilla
de estribor, como una oblea,
desencajado el semblante
y temblándome las piernas,
asistí del mar y el hombre
á la batalla tremenda.
Rechinaba el maderaje,
resoplaba la caldera,
de los azotes del viento
se iban quejando las vergas,
y al asalto se arrojaban
las olas en la cubierta,
como palacios, de grandes,
y como el betún, de negras.

El barco, perdido casi
entre las sombras espesas,
en luchar contra el abismo
iba gastando sus fuerzas.

Una lucecita débil
hacia la parte de tierra
vino á distraerme el miedo.

—Timonel, ¿qué luz es esa?
(le pregunté) ¿no es un faro?

—No, señor, es una aldea.—

¡Una aldea!, pensé entonces,
la tranquilidad completa,
un suelo que no se mueve,
gentes que duermen y sueñan
sin acordarse del monstruo
que se enfurece y encrespa,
ni del viento que en sus alas
á los peñascos nos lleva.
Pero ¿quién sabe? ¡Allí acaso
también á estas horas reza
por nosotros algún niño
en los brazos de su abuela!—

Y ya se me dió un ardite
del crujido de las vergas
y la rabia de las olas
y el soplar de la caldera;
¡como si al pedir el chico
que perdonasen sus deudas,

pidiese también socorro
para los pobres que tiemblan
amarrados á las bordas
como el marisco á las peñas!

13 Agosto 1887.

¡AH PÍCAROS!

Cuando yo brindaba amores
á los coros de señoras
y me pasaba las horas
metido entre bastidores,
el elemento formal,
severo, grave y señudo,
me enderezaba á menudo
un sermoncito moral.

Los consejos eran buenos
y la materia dispuesta;
en fin, la esencia era ésta,
sobre poco más ó menos:

—Joven, ese es mal camino
y no está usted en su centro.
En las cosas de aquí dentro
hay que andar con mucho tino.

Estas chicas son taimadas
y atrevidas como pocas,
tienen exigencias locas
y hacen muy malas jugadas.

En cuanto usted se interese
por una, es hombre perdido,
dominado, cohibido
y esclavo, mal que le pese.

Tendrá usted, de mala gana,
que obedecer á su amiga,
y ¡ay de usted! cuando se diga:
“Ese es el de la Fulana”.

Porque así la voluntad
más firme se dobla y cede,
y entonces ya no se puede
tener personalidad.

Conque reflexione usted
antes de volver aquí,
y créame usted á mí
que lo sé... ¡porque lo sé!

Además de estas recetas
algún amigo prudente
decía sencillamente:

—Mira, chico, no te metas.

Yo que tengo un corazón
de mazapán de Toledo,
sentí muchísimo miedo
de que tuviesen razón;

dejé en seguida mi puesto
por huir del precipicio,
y hasta abandoné el oficio
para no tener pretextos...

Pero hete que el otro día
en el escenario entré
de Felipe, no sé á qué,
después de ver *La gran vía*,

y hallé un grupo en un rincón.
 otros dos en el pasillo,
 y tres en el jardinillo
 tomando café ó limón;
 aquí alegres carcajadas,
 allá coloquios secretos,
 caballeros indiscretos
 y chiquillas animadas.
 Fuf, saludé á los señores,
 y ¡oh sucesos inauditos!
 todos eran formalitos,
 todos personas mayores.

—
 ¡Ay! Endosaban aquellos
 sermones y aquellas riñas...
 ¡para que todas las niñas
 se las dejaran á ellos!

2 Julio 1887

EL LACAYO

Hay una frase gráfica que corre
 por libros y papeles,
 como la quinta esencia del desprecio
 con que al humilde prójimo se ofende.
La infamante librea del lacayo
que denigra, rebaja y envilece.
 Esto es una mentira manifiesta,
 una injuria brutal, soez, aleve,
 que cae sobre una clase numerosa
 á la cual impedimos defenderse.
 ¡Yo voy á defenderla
 con permiso de ustedes!
 En cepillar la ropa del que paga,
 limpiar un coche, betunar arneses,
 servir la sopa y saludar al dueño
 quitándose el sombrero humildemente,
 yo no encuentro motivo
 para que un hombre honrado se avergüenza,
 ni tengo inconveniente en ser lacayo
 si me lo manda la voluble suerte.
 ¡Infamante librea! Y ¿quién lo dice?
 ¿Quién puede blasonar de independiente?
 ¿El Rey que vive, come y hasta manda
 sin propia voluntad, esclavo siempre?
 ¿El Ministro que dobla la cintura
 ante una camarilla que le muere?
 ¿El militar que sirve por el premio
 aunque sea la patria quien le premie?
 ¿El orgulloso noble
 que asombra con el lujo de sus trenes
 y se arrastra después, como una oruga,
 sirviendo á su mujer ó á sus mujeres?
 ¿El mísero empleado
 que pasa el tiempo en adular al jefe,
 y espera recostado en el pupitre
 para ser un criado del que llegue?
 Si es bajo obedecer, paso la frase;
 ¡pero conste que todos obedecen!
 ¿Qué más da que le digan á un cristiano:

—Cochero, ¡á la Cibeles!
 que—haga usted una mesa de escritorio.
 —Despache usted en seguida ese expediente.
 —Escriba usted un artículo de Hacienda.
 —Por razones de Estado allá va el cese.
 —Haga usted un monumento.
 O ¿tráeme chocolate hecho con leche?
 El caso es que se sirve por dinero
 y nada es deshonoroso si es decente.
 Trabajar á las órdenes de alguno
 ni es indigno, ni abruma, ni envilece,
 y todos dependemos de cualquiera
 por la más inmutable de las leyes.
 ¡A no ser que la ropa del lacayo
 sea lo que le infama ante las gentes!
 Pero eso es imposible,
 pues todos hemos visto muchas veces
 muchachos elegantes con librea
 que son la admiración de las mujeres.

27 Agosto 1887.

¡BUEN REMEDIO!

Nicanor era un autor
 tan ingenioso y fecundo,
 que aplaudía todo el mundo
 las obras de Nicanor.

Obras con sal y pimienta
 que se premiaban con creces.
 Si le gritaban diez veces
 le palmeaban cincuenta.

Su defecto garrafal
 era el del atrevimiento...
 ¡siempre resultaba el cuento
 profundamente inmoral!

¡Nada de tramas sencillas
 ni de efectos convenientes;
 ¡siempre escenas indecentes
 y chistes como guindillas!

Y así seguía adelante
 trabajando sin cesar,
 y dejándose llevar
 del gusto predominante.

Hasta que un hombre de seso
 sabiendo lo que valía
 dijo á Nicanor un día:

—Hombre, ¿por qué hace usted eso?

El que tiene inspiración,
 talento, donaire y sal
 y así escribe, es criminal
 que no merece perdón.

Si los que pueden librar
 al teatro de la muerte
 le abandonan á su suerte,
 ¿dónde vamos á parar?

El escribir con falsilla
 robando de cualquier parte,
 es la polilla del arte
 y hay que matar la polilla.

Signa usted un derrotero



distinto, nuevo, decente...
Vencerá usted la corriente
y... ¡hasta ganará dinero!

—Bueno—dijo Nicanor,—
suponiendo que me diera
por ahí, y si supiera,
podría hacerlo mejor,
tendría que sujetarme
al estudio y al trabajo
y no escribir á destajo
ni atropellar ni apurarme.

Para lo cual necesito
tranquilidad ¡y dinero!
porque es tirano el puchero
y el arte me importa un pito.

Yo escribo lleno de apuros,
hago una pieza en un credo,
y la *traspaso*, si puedo,
por catorce ó quince duros.

¿Cómo diablos quiere usted
que yo me salga de quicio?
Esto para mí es oficio
y de obrero moriré.

—¡Fues no, señor; no será!
(dijo el otro), ¡fuera apuros!
disponga usted de mil duros
al año.

—Y ¿quién me los da?

—Yo; con tal de que el talento
luzca de buena manera,
y no le quede siquiera
sombra de envilecimiento.

—
Todo el mundo literario
espera una obra rara,
para la cual se prepara
un éxito extraordinario.

Se dice que Nicanor
ha entrado en el buen camino,
y todos saben el tino
con que procede el autor.

¡Y no hay nadie que presuma
que el hombre ha echado sus cuentas,
y desde que tiene rentas
no ha vuelto á coger la pluma!

10 Septiembre 1887.

LA FUENTE DE LA TEJA

(APUNTES PARA UN SAINETE)

I

—¿Quiere usted bailar, salero?
—No bailo con militares.
—¿Por qué?

—Porque hay mucha gente,
y á lo mejor, con el aire,
se la enreda á una la falda
con las espuelas ó el sable,
y me da mucha vergüenza.

—¡Si no trajera usted al baile
sucias las enaguas!...

—¡Hombre!

¿y usted por dónde lo sabe?

—¡Como no quisté enseñarlas!

—Pus están como el diamante
de limpias.

—Vamos á verlo.

—¡Basta que usted me lo mande,
so morral!

—Claro que basta.

—¡Ni que fuera usted mi padre!

II

—¿Nos columpiamos, Manuela?

—Hoy no puedo, porque es fácil
que se me vaya la vista

y me caiga en cualquier parte.

—¡Qué! ¿estás débil?

—Un poquillo.

Se empeñó aquél esta tarde
en que probara los callos
del merendero del Fraile,

y... ¡ahí tienes tú! Como el vino
me da esos mareos, ¿sabes?

—Y ¿dónde has dejao al hombre?

—Se le han llevao á la cárcel.

—¿Por qué?

—Por una injusticia.

Como él quiso convidarme
porque se le figuraba

que yo tendría seis reales

y no los tenía, ¿entiendes?

se armó una bronca mu grande,

y, ¡claro está! le pusieron

á la sombra hasta que pague.

—De modo que cuando salga...

—Cuando salga, ¡Dios me ampare!

¡me va á costar la merienda
tres duros de cardenales!

III

—Chica, ¿por qué te has traído
esa cara de vinagre?

—¿Y á usted qué le importa, feo?

—Me importa.

—Pus aliviarse;

no me gustan los horteras.

—¡Te digo que no me faltes!

—¡Que no le falte! ¡Qué gracia!

¡Fus si vive usted en mi calle
y le he comprao veinte veces
lantejas con habitantes!

IV

—¿Andas detrás de la Braulia?

—Veremos.

—Pues no te canses.

—¿Por qué?

—Porque hace ocho días
la dejó el cabo Peláez,
porque la dan pa la compra
na más diez y siete reales.

V

—¡Bébetela!

—No me cumple.

—¿Me vas á hacer un desaire?

—¡Míá que me enfado contigo!

—Vamos, hombre; no te enfades, que sí que la bebo.

—¡Viva

la familia de tu madre!

¡Así me gustan las hembras!

—¿Te gustan que se emborrachen?

Pues á mí no, porque luego la señorita lo sabe

porque lo huele, y me pone de patitas en la calle.

—¿Y qué que te ponga?

—¡Toma!

¡que no me arrecoge naide!

—¡Que no la arrecoge! ¡Vamos!

¿pus para qué pasa mangue

tos los días á las ocho

con el carro de la carne?

VI

Esto de los caballitos

da gusto... ¡Dale que dale, sin parar, muerto de risa!

¡No sé cómo hay quien se canse!

¿A ver? Justo. Me he gastado tres pesetas y dos reales, y he dado mil quince vueltas...

¡Me he divertido bastante!

24 Septiembre 1887.

¡OH, LA ARCADIA!

(Decoración de bosque. Allá á lo lejos cierra la perspectiva una montaña que el sol naciente baña con vívidos reflejos.

Una fuente murmura y de ella brota el agua á borbotones, y cantan jilguerillos y gorriónes en la jaula sin fin de la espesura.)

LA ZAGALA (poniéndose una rosa en el lado derecho del rodete):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

¡Me gusta ser hermosa

para volver tarumba á ese zoquete!

EL PASTOR (que aparece):—¿Me llamabas?

(efecto teatral de á real medio).

LA PASTORA:—No tal; pero tardabas,

y me abrazaba el tedio.

LA FUENTE (como siempre, murmurando):

—(Esta chica habla bien para su clase).

—Dijiste que á las cinco te esperase

y son las cinco y media. ¿Desde cuándo

te has hecho distraído

y acudes á las citas media hora

después de lo ofrecido?

—Perdóname, pastora,

me acosté un poco tarde ¡y me he dormido!

—¡Y dices que me quieres!

—¡Y lo dudas, bien mfo! ¿Pues no sabes que he despreciado veinte mil mujeres por entregarte de mi amor las llaves?

—¿Veinte mil?

—Veinte mil.

—¿Eso es de veras?

—¡De veras!

—Me parece que exageras.

—Mira; siéntate aquí, sobre esta roca,

y brindame el placer de tu mirada

mientras tu corderillo abre la boca

para engullir la *hierba alfofarada*.

Te pintaré mi amor incandescente

con frases de ambrosia

hasta que, oculto el sol en Occidente,

volvamos tú á tu casa y yo á la mía.

—Y ¿qué hemos de comer á medio día?

—¡Comer! ¿y quién se acuerda de esa prosa delante de zagala tan hermosa?

Oiremos, cogiditos de las manos,

el poético són de los cencerros,

y el ladrar de los perros

en los montes cercanos.

La brisa besará cándidamente

tu cabellera blonda,

y envuelto en cada onda

te dejará un perfume diferente.

Nos cantarán preciosos *ritornelos*,

al traer la comida á sus *hijuelos*

los pájaros alegres y habladores

que envidian mis amores.

¡Así nos pasaremos todo el día!

¿no te parece bien, zagala, mía?

LA ZAGALA (prendiéndose la rosa):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

LA FUENTE (como siempre, muy *serena*

y siempre murmurando *sotto voce*):

—¡Si no van á hacer más hasta la noche,

no valía la pena!

22 Octubre 1886.

LA AUTORIDAD NOCTURNA

—Buenas noches.

—Buenas noches.

¿Hay que abrir alguna puerta?

—Puede ser, pero no ahora.

—Pues ¿cuándo?

—Cuando se pueda.

—¡Hola! ¿Está el marido en casa?

—No lo sé.

—¿No? ¿Quién es ella?

—La Manuela.

—¿La criada

del entresuelo derecha

del número veintisiete,

alta, garbosa, morena,

que tiene un cabo muy bruto
que la acompaña y la pega
cuando no le compra puros
con la sisa?

—No, no es esa.

—¿La jorobada del nueve?

—Tampoco.

—¡Hay tantas Manuelas
en el barrio, que no caigo
como usted no dé las señas!

—Pues... por la que yo pregunto
me han dicho que es cigarrera.

—¡Acabáramos! ¡Es claro!

Todos preguntan por ella.

—¡Hola!

—Como que se trae
toa la vecindad revuelta.

Miajas más ó miajas menos,
á todos nos gusta esa.

—¿También á usted?

—¡Qué demonio!

Los hombres somos de tierra,
vamos al decir, y... ¡es claro!

—(No veo la consecuencia.)

—Me parece que me llaman.

—Sí.

—Pues que espere quien sea.
Conque... ¿qué quisté saber?

—Dónde vive.

—En esa puerta,
es decir, en esa casa,
piso tercero, escalera
interior, número cuatro,
así entrando, á mano izquierda.

—Le llaman á usted otra vez.

—No importa. Es ese tronera
del quince, que hace dos meses
me debe las dos pesetas...

—Bien, pues si no corre prisa,
dígame usted: la Manuela
¿es casada?

—Sí, señor.

—¿Arreglito?

—Por la iglesia.

—¿Y qué tal es el marido?

—Yo no sé nada. Eso á ella.

—¿Y dónde estará á estas horas?

—¿Quién?

—El hombre.

—En la taberna
de la esquina, de seguro.
¿Qué usted más?

—Quisiera verla.

—No pue ser. Es muy temprano
y la vecindá se enterá,
y esa casa es un infierno
donde están las malas lenguas,
y yo no quiero en mi calle
que haiga gritos y peleas,
porque el delegao se pone
conmigo como una fiera.

—Vuelve á llamar.

—Deje usted

que le parta una centella.
¡Que se abra con las narices
ó que me pague la deuda!
—Volviendo á lo de antes...

—Nada.

Puede usted darse una vuelta
por aquí dentro de un rato,
y... se hará lo que se pueda.
Usted parece persona
de principios y de prendas,
y yo creo que un sujeto
que la respete y la quiera,
y pague, si á mano viene,
el gasto de la taberna,
es proporción que la haría
mucha gracia á la Manuela.
—Y en cuanto al marido...

—Ese

es lo mismo que una cepa.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

—Tome usted para que beba.

—Muchas gracias, señorito.

Me voy á abrir á ese *pelmo*.

19 Noviembre 1887.

LA NOCHE DE ANIMAS

(MEMORIAS DE UN MUERTO)

Por un pecado leve
que ya no sé cuál fué, creo que un beso
en un cutis de nieve
que suave borla embadurnó de yeso,
conoció el Ser Supremo mi impureza
y me echó al Purgatorio de cabeza.

Pasaron días, meses ¡no sé cuántos!
de torturas que el mundo desconoce,
hasta que al dar las doce
de la noche del día de los Santos,
súbita claridad como reflejos
del sacrosanto fuego de la gloria,
cayó desde allá arriba, de muy lejos,
en la triste mansión expiatoria.

Y una voz de dulcísima armonía
nos dijo:—¡Pecadores,
por orden del Señor de los Señores
libres os dejo hasta rayar el día!—
Las almas se lanzaron á la puerta
volando en pelotones hacia el mundo
y en menos de un segundo
la inmensa cárcel se quedó desierta.

Subía hasta nosotros desde el suelo
murmullo de sollozos y plegarias;
brillaban lamparillas funerarias
como estrellas del cielo...
¡Era nuestra la noche! Las campanas

nos traían recuerdos expresivos
que á sus almas hermanas
enviaban los vivos...

Yo penetré en la casa que fué mía
buscando á Estefanía,
la fiel y dulce esposa
que por la Virgen me juró llorosa,
morirse ella también, si me moría.

Y al acercarme al lecho,
¡aquel lecho nupcial casi sagrado!
me hubiera desgarrado
con rabia el pecho, si tuviera pecho.

¡Había un hombre allí! ¡Y Estefanía
apoyaba en su brazo la cabeza
con esa languidez de la pereza
que produce el amor, cuando se hastía!

Lo que pasó por mí no sé de cierto.
¡Tan honda fué mi pena,
que maldije mil veces la cadena
que me impidió morir estando muerto!

Bendijo aquella unión el sacerdote
lo mismo que la mía...
Acaso la pareja se quería
y aquel marido nuevo, aquel pegote,
del alma del antiguo se refa...
Ocupaban mi lecho
con perfecto derecho.
¡Aquello era legal! ¿Qué duda cabe?
¡Fero he sufrido lo que Dios no sabe!
¡Comprended estos celos impotentes
como hierros candentes!
¡Este suplicio eterno
en que todo consuelo es ilusorio!
¡Ay! desde aquella noche el Purgatorio
es para mí algo más... ¡Es el infierno!

5 Noviembre 1887

LA ENTRADA EN CASA

I

—Mamá, mamá.

—¿Qué te pasa?
—Feriquillo me pregunta
que si sube.

—¿Qué demonio
de muchacho! Sí, que suba.
Y á ver si salís con eso
de guiños y de tontunas,
y dejo de ser adrede
tonta, ciega, sorda y muda.
—Mamá, ya llama.

—Pues vete.

—¿Por qué?
—Porque así se usa.
Siempre en estas entrevistas
las niñas están ocultas.

II

—Señora, un joven.

—Dí que entre.

(Entra el joven y saluda.)

—Siéntese usted.

—Con permiso.

—(Me parece que se turba.

Vamos, de fijo no sale
del paso si no le ayudan.)

—Pues...

—¿Qué?

—Nada.

—(Me fastidian

estos chicos que se asustan.)

—Ya he visto á don Sinforiano
en la calle de la Ruda.

—Sí, ha salido hace un momento
con un humor como un Miura,
salva la comparación...

—(Salva, pero no me gusta.)

(Una pausa de un minuto,
que Dios sabe lo que dura.)

—Ya me ha indicado María...

—¿Sí? Me alegro.

—Y aunque es mucha
la importancia de este paso,
como ello ha de ser...

—Sin duda.

Más vale que no haya nada
de tapujos y aventuras
y que se vean ustedes
en mi presencia. Me gustan
las relaciones formales,
si son honradas y puras.
Porque eso del ventanillo;
las conversaciones mudas
con los dedos, las cartitas,
el balconeo, la angustia
de verle á usted en la acera
sufriendo el frío y la lluvia;
todas esas son bobadas
de las que siempre resulta
que va perdiendo la niña
y la vecindad murmura...

—Por eso cuando me dijo
María que era oportuna
la ocasión de hablar á usted
sin temor á una repulsa,
en seguidita he venido.
—Bien hecho. Yo estoy segura
de sus intenciones...

—Gracias.

—Y doy mi permiso, en suma,
para que haga una visita
diaria.

—¿Nada más una?

—Es bastante, por ahora.
Aquí tenemos tertulia
de nueve á doce. Se juega
á las cartas. Se hace música,
se habla un poco. En fin, que puede
venir á honrarnos, si gusta.

—¡Ya lo creo!

—Y así, en torno

del brasero, se acostumbra
el hombre al hogar sagrado
que tiene tantas dulzuras,
y huirá, después de la boda,
del jaleo y de la bulla.

—Pues... señora, muchas gracias.
(El se levanta y saluda.)

Ya he molestado bastante.

—Usted no molesta nunca...

III

—La madre es una lagarta;
pero ¡no estoy yo mal trucha!
Me ha dicho que habrá camilla...
Veremos lo que resulta.

3 Diciembre 1887.

TODO EL MUNDO

Hay una tontería
en todas las cabezas arraigada,
que crece cada día
y hace á la humanidad muy desgraciada.

Consiste en la creencia
de que el género humano, todo entero,
directamente influye en la existencia
de un solo ser, señora ó caballero.

—*Todo el mundo* me insulta y me escarnece,
dice algún desgraciado
que no goza la renta que merece
porque se la ha bebido ó la ha jugado.—
Ya nadie me saluda,
ya todos me sonríen con desprecio,
de mi honradez se duda,
y unos me llaman pillo y otros necio...

Otro exclama:—Mi esposa,
á quien yo nunca quise, por más señas,
me ha salido indecente y asquerosa,
y me ha puesto el honor cual digan dueñas.
Por eso ya no llevo alta la frente,
ni puedo sustraerme á las habillitas,
ni alternar con la gente
que me mira, burlándose, á hurtadillas...
¡La vida es imposible, ya presiento
que voy á morir pronto!—

—¡Ah!—le grita al momento
el sentido común:—¡No seas tonto!
porque ese *todo el mundo*
que piensas que te infama á todas horas
con desprecio profundo,
se compone, á lo más, de cien señoras
y otros cien conocidos
que encuentran murmurando sus placeres,
y tienen qué callar de sus mujeres,
ó tienen qué callar de sus maridos.
Y ¡qué es eso, buen hombre,
si vas y lo comparas en seguida
con esa multitud desconocida
que no recuerda el santo de tu nombre?

¿No resulta á la postre, bien mirado,
que nadie se ha enterado?

Además, es seguro que esos ciento
cuya opinión te arredra y amilana,
se ocupan de tus cosas un momento
y te olvidan mañana...

Yo conocí un sujeto muy decente
á quien dejó su novia de repente,
y cometió por eso la torpeza
de pegarse un balazo en la cabeza.
¿La quería tal vez? No la quería;
pero tenía miedo
de que le señalara con el dedo
todo el mundo, y hufa
del ridículo atroz (!) en que caía.

Y ¿qué resultó luego? Que era un bolo.
Entre amigos, parientes y vecinos,
doce personas lo sabían sólo,
¡y á nadie le importaba tres pepinos!

17 Diciembre 1887.

LA CORRUPCION DEL SIGLO

Don Facundo y su señora
han tomado la manfa
de endilgarle cada día
un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos
con el tema socorrido,
de que el mundo está perdido
y no le salva ni Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer
irritado don Facundo)
¡Vea usted cómo está el mundo!
—¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor:
¡Atravesando una crisis
hasta que muera de tisis
y... otra enfermedad peor!

La política, una farsa
donde triunfa el más tirano
mientras el pueblo pagano
hace el papel de comparsa.

Los negocios, son chanchullos;
las posiciones, compradas;
las amistades, bobadas;
las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión;
en cada casa un belén,
siempre sospechoso el bien,
siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad
porque eso va siendo viejo;
puesto que el arte es espejo
que pinta la sociedad.

Vea usted cómo está el arte
y dígame francamente
si una persona decente
va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias,
sandeces, majaderías,
que llaman pornografías
por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto
de detalles fríos, sosos,
cuando no son asquerosos
el estilo y el asunto...

Pues ¿y la conversación?
¿Puedo yo, vamos á ver,
ir con mi pobre mujer
á ninguna reunión?

¿Para qué, si se ha de hablar
del novio de la vecina,
de maridos en berlina,
de amores de lupanar;
todo con aditamentos
de anécdotas al oído,
frases de doble sentido
y chistes como pimientos?

¡Hombre! ni puede siquiera
salir mi esposa á la calle
porque ha tenido buen talle
y ha sido muy retrechera,
y da la casualidad
de que hay siempre un desparado
que sin ver que estoy al lado
la dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso
de la vanidad traidora,
porque la pobre señora
está asegurada de eso).

—Perdone usted, don Facundo,
dije, calmando su ira:
aunque parezca mentira
voy á defender al mundo.
—¡Imposible!

—No, señor.
Ello no está bien, verdad;
pero no veo otra edad
en que haya estado mejor.

Larra en distintos papeles
se quejaba á todas horas
de las mujeres traidoras,
de los amigos infieles,
del triunfo de la osadía,
de la política artera,
y de que tan sólo hubiera
honor de guardarropía.

¿Más atrás? Pues don Ramón
de la Cruz en sus sainetes
pinta tunos mozalbetes,
doncellas de relumbrón,
manolas, cuyos cortejos
convidan á los maridos,
el cinismo en los perdidos,
la hipocresía en los viejos...

¿Más atrás? Lope de Vega,
Calderón, Moreto, Rojas,
llenaron hojas y hojas
con amoríos de pega,
damas de virtud dudosa,
galanteos indecentes,

¡las aventuras corrientes
entre el amante y la esposa!...

Pues ¿y Quevedo? ¡pero, hombre,
si nos deja tamañitos
porque llama en sus escritos
á las cosas por su nombre!

¿Más atrás? la tiranía;
por dinero los honores,
con queridas los señores,
la plebe una porquería.

¿Mucho más atrás? Pues bien;
¡Roma! la reina del mundo...
Repáre usted, don Facundo,
en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales,
la fuerza en sus formas rudas...
¡y las mujeres desnudas
sobre los carros triunfales!

¿Más atrás? ¿Voy á Israel?
Vamos. ¡El pueblo escogido,
que estaba tan corrompido
que Dios no pudo con él!

Y conste que lo atestiguo
con verdades como templos,
¡porque está lleno de ejemplos
todo el Testamento antiguo!

¿Más atrás? Pues aunque corra
esta sociedad perdida,
no podrá estar en su vida
como Sodoma y Gomorra!

¿Y antes del diluvio? ¡Nada
queda igual ni por asomo!
porque, dígame usted, ¡cómo
estaría la jugada

cuando no pudo pasar,
y el mismo Dios de Sión
tuvo que echar un borrón
para volver á empezar!

Y habiendo así terminado
aquella broma pesada,
me marché sin oír nada,
creyendo dejar probado
á don Facundo y señora,
sobre todo á don Facundo,
que jamás ha estado el mundo
menos perdido que ahora.

14 Enero 1888.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Con eso que la sucede,
señora, estoy aturrido.
¿Dice usted que no se puede
aguantar á su marido?

¿Que cuando hacía el amor
era todo un caballero,
y hoy es celoso, traidor
y á veces hasta grosero?

Lo creo, y dispense usted

ni añadido que no me choca.
¡Si fuera como antes fué
sería una suerte loca!

Debe ser horrible aprieto
(yo también lo certifico)
el de aguantar á un sujeto
más de dos años y pico.

Porque el variar es hermoso;
y siempre la misma cosa
produce un tedio espantoso
y una pesadez odiosa.

Antes, de novio, sería
el que la llevó al altar
un merengue, una arropía
de atractivo singular.

Galante, bien educado,
el colmo de la prudencia,
siempre limpio y atildado
al llegar á su presencia.

Jamás le vería usted
la barba mal recortada,
ni una mancha en el *chaqué*,
ni un descosido ni nada.

¿Y moralmente? Un dechado
de virtudes y bondades,
listo, activo y arrojado
para las adversidades.

Y pintando su pasión
¡cuánta dulzura, qué fuego!
¡Todo entero el corazón
á los pies del niño ciego!

Después... cesó la locura;
la vida matrimonial
tiene también su dulzura,
pero de un modo especial.

Ya no hay afán ardoroso,
ni penas devoradoras,
ni puede estar el esposo
pulcro y limpio á todas horas.

A lo mejor, por azares
de la compra ó del servicio,
hay sus dares y tomares;
en fin, gajes del oficio.

Se riñe por cualquier cosa,
y por una nimiedad
se reniega de la esposa
que mata la libertad.

Se piensa, más que en amor,
en el cargo y en la data,
y el idilio embriagador
se atrofia y se desbarata.

Y como hay almas traidoras
y lenguas de los demonios,
que atacan á todas horas
la paz de los matrimonios,

hay que vivir ojo alerta
en una alarma incesante,
porque si se abre la puerta
entra en seguida el amante.

De aquí que el pobre marido
sea celoso y gruñón,
puesto que por un descuido
le dan la gran desazón.

¿Va usted comprendiendo ahora
el por qué se cansa usted
de esa calma aterradora
que va matando la fe?

Pues piense usted en seguida
en cómo estará su esposo,
que va pasando la vida
bajo el yugo fastidioso,

con una señora así,
como usted, pongo por caso,
que ya no es hada, ni huri,
ni viste de seda y raso,

ni le recibe risueña,
ni le habla amante al oído,
y casi siempre se empeña
en dominar al marido...

Piense usted en lo que debe
el pobre esclavo pasar,
¡y diga usted, si se atreve,
que no le puede aguantar!

28 Enero 1888

FABULA

Se oponían los padres de un jilguero
á que hiciera el amor á una pardala
que tenía su nido en un alero,
y á quien tildaban de coqueta y mala
porque había tenido relaciones
con cincuenta pardillos y gorriónes...

—¿Dónde vas á meterte, criatura?—
le decía la madre cariñosa.—

¿Tanto te ciega la pasión impura?

¿No ves que es una pájara asquerosa?

—Pero ¿por qué, mamá?

—Porque se sabe

que ha cambiado de amantes cada día
y ya no queda un ave

que al saber que la quieren no se ría.

—¡Aves calumniadoras!

¡Pájaros embusteros y cobardes!

¿No veo su candor á todas horas?

¿No me prueba su amor todas las tardes?

—¡Eso es porque es muy lista

y oculta sus defectos á tu vista!

—¡Madre!—plaba al fin el pobre chico.—

¡no me diga usted más, porque la pico!

Y con estas cuestiones,

los consejos del padre, los agüeros
de los otros jilgueros

y las pullas sin fin de los gorriónes,

sirvió la oposición como acicate,

fué la pasión creciendo, buena ó mala,

y una noche hizo el pobre el disparate
de escaparse de allí... con la pardala.

—
Volaron á otro bosque. Quince días
gozaron del amor, hora tras hora.

¡Qué dulces melodías,

y qué luna de miel tan seductora!

Al cabo, el jilguerito,

¡oh condición voluble pajarera!
llegó á encontrarse ahíto
de su amante engorrosa compañera.
Y entonces se acordó de los consejos
de los pájaros viejos,
y aunque ni en sueños le faltó su amada,
tomó soleta y la dejó plantada.

—¡Hola! ¿Te has convencido?—
exclamaba su madre al otro día
viéndole aparecer cerca del nido;—
¿salió la cuenta como yo decía?
—Exacta, sí, señora;
la pardala es perjura y es traidora...
—¿Te ha dejado por otro pajarito?
—Al contrario, teniendo mis amores
no la importaba, al parecer, un pito
la más linda pechuga de colores.
—¿Y siendo así la dejas? ¿cosa rara!
—Es que... pudiera ser que me engañara
porque yo en amorfos no estoy ducho
y ella, como usted sabe, ¡finge mucho!

11 Febrero 1888.

LAS BUENAS FORMAS

¡Oh, mi señor don Tadeo!
me asombrar esos renglones
porque en ellos, según creo,
me da usted explicaciones
y ni yo las necesito,
ni aquello vale la pena,
porque no me importa un pito
lo irrisorio de la escena.

Usted tuvo la atención,
que yo le agradezco á usted,
de enviarme invitación,
y ¡claro! fui á la *soirée*.

No podía yo pensar
que después, al verme allí,
todos se iban á burlar
de tal manera de mí.

Pero tenían razón,
y comprendo la bromita,
puesto que la reunión
era de *frac* ó *levita*,

y yo que peco de necio
en cuestiones de etiqueta,
me gané todo el desprecio
que merece mi chaqueta.

Hubo pullas, alusiones,
frases de doble sentido...,
¡lo que en estas ocasiones
le dan á un desconocido!

En fin, usted ya lo sabe,
fué creciendo la jarana
y si el delito era grave
la zumba fué soberana.

Hoy usted, como buen amo
de casa, me escribe atento
y ofrece galante el ramo
de oliva al resentimiento;

pero eso que usted pretende
es cortesía excusada,
porque á mí nadie me ofende
ni con eso, ni con nada.

Porque todos los agravios
que hace el mundo, siempre son
procedentes de los labios
y nunca del corazón.

¿Cómo puedo yo creer
que gente bien educada
fuera á hacerme padecer
por semejante bobada?

Lo que se ha dado en llamar
buenas formas, es tal vez
deseo de empalagar
rayano en la estupidez.

No hay quien de ellas no reniegue
porque aborrece la norma,
y no pida á Dios que llegue
en seguida la reforma.

A mí esa farsa brillante
ni me importa ni la quiero,
puesto que hoy es elegante
lo que ayer era grosero.

Que el guante, que la pechera,
que la corbata, que el lente,
en fin, ¡hasta la manera
de saludar á la gente!

¡Qué variaciones! ¡Cuidado
que es tarea empalagosa!
El hombre bien educado
se conoce en otra cosa.

En no sacar á la escena
la egoísta vanidad,
y en posponer á la ajena
la propia comodidad.

En eso, ni más ni menos,
consiste la cortesía.
Porque ¿qué ganan los buenos
con vana palabrería?

Yo he visto mil caballeros
elegantes, relamidos,
galanes, cumplimenteros
y planchados... y barridos.

que pasan la vida hablando
de los sociales deberes,
suben al tranvía dando
codazos á las mujeres,

tratan mal á los mendigos,
y quitan á todas horas
el pellejo á los amigos
y el honor á las señoras.

Yo, que me aturdo en seguida
ante un extraño cualquiera,
y no he sabido en mi vida
saludar á la portera,

no molesto á los demás
por aumentar mi placer,
y no he faltado jamás
al respeto á la mujer;

y sin fijarme en el talle,
guapa ó fea, dama ó tía,

la doy la acera en la calle
y el asiento en el tranvía...

En fin, el desbarajuste
de fórmulas engorrosas,
allá para el que le guste;
yo no entiendo de esas cosas.

¿Que soy muy raro? Lo creo,
pero en punto á cortesía,
créame usted, don Tadeo,
la verdadera es la mía.

25 Febrero 1888.

EMPRESAS TEATRALES

El dinero es la madre del cordero
aquí y en cualquier parte,
y al tratar del *intrínquilis* del arte
hay que empezar hablando del dinero.
Además, la entidad más influyente
en asunto de tanta trascendencia,
es indudablemente
la que goza de magna omnipotencia
y quita y pone y raja, hace favores,
prepara los estrenos,
agravia y desagrava á los autores
y en el revuelto mar de pastidores
dispone de la caja de los truenos.
¿Por qué, pues, se prescinde de la empresa
al querer arreglar el escenario
y conjurar la crisis que atraviesa?
¿O es que en la crisis esa
nada, tiene que ver el empresario?
Precisamente opino
que el rey indiscutible del destino
que se reserva al arte
es el dueño absoluto del camino
que le puede llevar á mala parte.
Si el que dirige la infernal balumba
del mundo teatral, no hiciera caso
de la colmena imbécil que le zumba,
del compromiso que le sale al paso,
de la actriz exigente
que es un saco de embustes y rencores,
de la niña incapaz, impertinente,
á quien coloca en puesto preeminente
tal vez para pedirle otros favores;
del que le vende como cosas buenas
cuatro sandeces sosas y... robadas,
del actor que corrige las escenas
nata y flor de los clowns ó los peleles,
que devuelve en seguida los papeles,
donde no puede hacer mamarrachadas...
Si un hombre de energías,
que supiera escoger lo que escogiera,
y, al pagar, se impulsara
al constante embestir de la osadía,
recto, imparcial y justo,
satisfecho y seguro de sí mismo
supeditara el ruin mercantilismo
á las eternas leyes del buen gusto,
llegaría á vencer tarde ó temprano

y vería las pruebas en la caja,
porque si el vulgo es necio y come paja,
también, si le dan grano, come grano.
Mientras eso esté en manos de cualquiera,
cuando más de algún pobre comiquillo
sin otra ilustración que la que adquiriera
metido en un rincón del saloncillo,
aunque corra á torrentes el dinero,
no es posible acertar con el sendero.

En estas y otras cosas de esta clase
se empiezan las reformas por la base.

28 Febrero 1888.

TOMANDO CAFE

Heme aquí, repantigado
en la mullida banqueta,
con los codos sobre el mármol
y un cigarrillo en la diestra,
contemplando los vapores
de la tacita que humea.
Mitad café y mitad leche
he dicho que me sirvieran,
y creo con fundamento
que me han traído una mezcla
de garbanzos, achicorias,
carbonato de magnesia,
almendras dulces tostadas,
cañamones... y otras hierbas.
Lo gracioso es que sabiendo,
como sé por experiencia,
que esta pocima es mal sana
y el estómago estropea,
voy á tomarla á sorbitos
con delicia manifiesta,
y á decir que me ha gustado,
y á dar dos reales por ella.
Si esto no es una bobada
¡que venga Dios y lo vea!
Verdad es que también fumo
un tabaco que me apesta,
y, además, me va poniendo
la dentadura muy negra.
¡Hace el hombre tantas cosas
malas, y que le molestan!
¿No he tomado los amores
como una cuestión muy seria,
y he creído á las mujeres,
y hasta he sufrido por ellas?
¿No me atormentan los celos
y las entrañas me queman
por algo que no me importa
cuando lo miro de cerca?
¿No sabía de antemano
que eran tonterías esas?
¿No he pasado algunas noches,
como un imbécil, en vela
en esos balles malditos
de la Alhambra y la Comedia,
sabiendo que me aburría
como se aburre cualquiera,

y que estaría en la cama
mejor que allí, dando vueltas?
¿No he contraído amistades
perjudiciales ó necias,
estando yo convencido
de que perdía con ellas?
Pues ¡qué diablo! si no puedo
prescindir, aunque quisiera,
de chupar hojas amargas
en tosco papel envueltas,
ni de mujeres que mienten,
ni de celos que me ciegan,
ni de diversiones tontas
donde no hay quien se divierta,
ni de amigos que me cargan,
ni de conocidos *pelmas*,
dejémonos de *shudeces*
y empecemos la tarea
de tomar este brebaje
que vale media peseta.
La humanidad se ha empeñado
en que son cosas muy buenas
muchas que me perjudican
y algunas que me revientan,
y yo... ¿qué he de hacer yo solo
si la humanidad se empeña?

14 Marzo 1888.

DURA LEX...

Os ataca en las sombras un bandido:
temblando de emoción rezáis el Credo,
y os deja sin dinero y sin vestido,
y os insulta además por vuestro miedo.
Si le logra atrapar la policía
os muelen, os abruman y os apenan
con dos declaraciones cada día,
y luego le condenan
á estar en la prisión un mes y un día
por ser el robo de menor cuantía.
Pero, en fin, castigáis al bandolero,
y... os quedáis sin vestido y sin dinero.

—
Pongamos otro caso.

Rechazáis la agresión con entereza,
y, en cuanto os sale al paso,
le metéis una bala en la cabeza.
¿Derecho de defensa? ¡Patarata!
Habéis debido huir como un villano
pues, según lo mandado, no se mata,
hasta el último extremo, á un ciudadano.
Disgustos, sinsabores,
abogados, fiscal, procuradores...
Pero habéis sido siempre hombre de seso,
entra en las circunstancias atenuantes
vuestra conducta de antes,
y aunque habéis cometido un homicidio,
os manda el tribunal, gracias á eso,
nada más por dos años á presidio.
Vuestro honor, los negocios, la carrera,

todo se echa á perder, todo se altera,
y aunque volváis después limpio y honrado
como al ser atacado,
la marca de presidio no os la quita
ni la Virgen bendita...

Por eso dicen ¡ay! doctos varones
que están favorecidos los ladrones.

7 Abril 1888.

EPISTOLA TRASCENDENTAL

Mi estimado don Antonio:
Recuerdo que usted me dijo,
cuando tratamos del hijo
de su feliz matrimonio,
que, gracias á usted, sería
muchas veces millonario,
aunque fuera necesario
hacer cualquier picardía.

No por él precisamente,
sino porque en su cabeza
la prosperidad empieza
de su rama descendente,
y usted quiere que esa rama
tenga, por propio derecho,
medio cielo azul por techo
y medio mundo por cama.

Que domine, que avasalle,
reina, en fin, de la justicia,
de la banca y la milicia,
y la campiña y la calle...

Cuenta usted para lo dicho
con muchas generaciones
que, reuniendo millones,
hagan ley de su capricho,
y apoye usted su opinión
en la verdad evidente,
de que es el Rey más potente
Su Majestad el Millón.

Bueno: dada la prudencia,
la habilidad y el saber
que vamos á suponer
en toda su descendencia,
concedo toda la suma
de importancia y de dinero,
que empezando en su heredero
crecerá como la espuma.

Pero ¿usted se ha figurado
que el mundo no va á cambiar,
y que siempre van á estar
las cosas en tal estado?

¡Error, gravísimo error!
¡No se fije usted en esa
politiquilla traviesa
de actualidad, no señor!

Pique usted algo más alto,
mírelo usted desde arriba,
y espero, cuando me escriba,
que me pinte el sobresalto.

Estamos en un período
de transición, de agonía,

y es muy probable que un día el diablo cargue con todo.

La plebe, la pobre plebe, va siendo masa ilustrada, y ya no respeta nada y á cualquier cosa se atreve.

—No debes pasar de aquí,— la ha dicho quien la ha enseñado; y la masa ha contestado sonriéndose:—¿A que sí?—

Con las civilizaciones se aguza el entendimiento y viene el refinamiento de vicios y de pasiones.

Ya ha sucedido otras veces una cosa parecida, y la experiencia adquirida hace profetas y jueces.

Mientras gente afeminada discute ideas brillantes y, calzándose los guantes, ríe, goza y... no hace nada, en el Norte ruda tropa se va adiestrando en la esgrima, y se nos va echar encima y se va á tragar á Europa.

Con ella vendrá también, escondido en sus cañones, el coco de las naciones, el socialismo, ¡el belén!

Y no quedará, si empieza á ensayar su plan sencillo, ni peseta en el bolsillo ni fítere con cabeza.

¡Todo irá alajo! El trastorno será espantoso, terrible; y lo que sea fusible se fundirá en aquel horno.

Y luego... Dios será el juez que decida la batalla... ¡Y acaso venga la tralla del feudalismo otra vez!

Resulta, pues, inocente, que se haga usted ilusiones, soñando con los millones de su rama descendente.

21 Abril 1888.

UNA TONTERIA

Cuando vine á Madrid por vez primera, medio muerto de frío, mal sentado en un coche de tercera que estaba á la sazón casi vacío, fui tomando amistad poquito á poco con un sujeto alegre, medio loco, que charló sin cesar toda la noche, reñendo mucho y animando el coche. —¿Y á qué va usted á la corte, criatura?— dijo, al verme sin pelos en la cara.

—Pues voy... á la ventura.

—Pues allí la ventura es cosa rara; cójala usted, si puede, por el pelo; no dé usted ¡ni á su padre! una peseta, y al llegar á Pozuelo guarde usted el corazón en la maleta.—

Y en lo del corazón ha resultado que tenía razón el condenado. Cada vez que, temiendo que se hiele, dejo abierto el baúl, por un ovido, me lo dan un pinchazo... ¡y eso duele, por mucho que uno se haga el distraído!

19 Mayo 1888.

¡FÍCAROS HOMBRES!

I

“Mi querida Soledad: Como sé que eres mi amiga, no extrañarás que te diga que ocurre una novedad.

¡Me caso! ¿Qué te parece? Te alegrarás, de seguro; quiero mucho á mi futuro y creo que lo merece.

Tú le debes conocer porque le has visto conmigo... yo callé lo que hoy te digo porque no quise, hasta ver, si su amor era verdad, decirlo á persona alguna. Ahora que, por fortuna, viene con formalidad

y hasta va á pedir mi mano á mi papá cualquier día, basta ya de hipocresía y voy á cantar de plano.

Cuando él estudiaba leyes, dos años y medio hará, yo vivía con papá en la calle de los Reyes;

él pasaba por allí para ir á cátedra, y... ¡pues! me vió dos veces ó tres al balcón, y yo le ví;

nos encontramos un día al salir de San José, me miró, yo le miré con cierta coquetería;

en seguida me escribió una carta incandescente; ¡ya ves tú! No era prudente que no contestara yo.

No sé qué le dije. Luego ya se sabe lo que pasa; poner asedio á la casa, lanzar miradas de fuego, pasar cerca de la gloria cada dos horas un rato, poco después un retrato con una dedicatoria,

“¡Mi amor, mi vida, mi cielo!”
muchas frases halagüeñas,
muchos guiños, muchas señas,
muchas cartas, mucho pelo...

Lo de siempre, Soledad;
hasta que tanta pasión
hizo fijar la atención
de toda la vecindad.

Y mamá, que es muy correcta,
para evitar las hablillas,
le dijo un día á hurtadillas
de una manera indirecta,

que lo que debía hacer
era hablarla formalmente...
El no encontró inconveniente,
como era de suponer,
y pidió á mamá permiso
para frecuentar la casa...
¡Vamos! Que empezó por guasa
y se vió en un compromiso.

Total: como si lo viera,
mi queridísimo Antonio
me pedirá en matrimonio
al entrar la primavera.

Ya sabes quién es ¿verdad?
Antonio Ruiz, aquel chico
que decían que era rico
y sé, por casualidad,

que tiene más de un millón.
¡Figúrate mi alegría!
Adiós.—Te avisaré el día
de la boda.—*Encarnación.*”

II

“Encarnación de mi alma:
¡Pero qué dices, mujer!
Con tu carta de anteayer
me has hecho perder la calma.

Ese Ruiz es un *gotera*.
¡Pues si me ha dicho el villano
que piensa pedir mi mano
al entrar la primavera!

Y como ves, clama á Dios
tal modo de proceder,
¿qué demonios querrá hacer
con las manos de los dos?

Nos ha engañado, ¿verdad?
El golpe ha sido certero;
pero ¡ay! no será el primero...
¡ni el último!—*Soledad.*”

2 Junio 1888.

SIN COMENTARIOS

I

—“¿Quieres que te presente á Nicolasa,
bailarina, que ha sido,
pero que hoy tiene coche y tiene casa
que cuesta, por más señas, un sentido?

¡No seas inocente,
mi querido Vicente!

¿Cómo, si sabes ya que es cosa mía,
te atreves á pedir que te presente
para hacerme cualquiera picardía?
Comprendo que te guste, y no me asusto,
pues prueba que en materia de mujeres
hay otro ciudadano de mi gusto,
puesto que yo la quiero y tú la quieres...
Es decir, no la quiero,
pero si vive bien y está elegante
me cuestan esos lujos el dinero,
y no he de traspasársela al primero
que pretenda ponérsela delante.
Porque, vamos á cuentas:
tú pretendes, válido

de esa amistad que siempre hemos tenido
(aunque, si he de ser franco, me revientas)
que yo te lleve á casa
de *nuestra* encantadora Nicolasa,
para entrar como amigo verdadero,
elogiar su sandunga y su salero
y á poco tiempo de pasar la raya
irte tú solo cuando yo no vaya.

¡Y quieres que yo mismo y á la vista
te ceda *brevi manu* mi conquista!
Pues hijo, yo no soy de esa madera,
y no podría hacerlo, aunque quisiera.

De modo que, si quieres,
puedes hacer el oso
y ofrecerla diamantes y alfileres...
en fin, el plan eterno y fastidioso
con que se pone cerco á las mujeres.
Que de mi cuenta corre, si me entero,
el quitarte en seguida
los humos de Tenorio callejero
para todos los días de tu vida.”

II

“Mi querido Vicente. De hoy no pasa.
Resuelto á retirarme de los vicios,
te presento... y te cedo á Nicolasa
si me abonas los daños y perjuicios.”

30 Junio 1888.

CONTRASTES

Las llanuras de Castilla
son en esto un infierno;
los gujarros echan lumbres,
los terrones echan fuego;
se han secado los arroyos,
y en los árboles escuetos
las hojas, llenas de polvo,
parecen pedir al cielo
remojar en agua fresca
y columpiarse en el viento.

Los pájaros asfixiados
en una atmósfera hirviendo
vuelan perezosamente

á la fuente del otero
 plando como quien dice:
 —Pero, ¿ha visto usted qué tiempo?—
 Y á la somora de los haces,
 tendidos en el barbecho,
 con toda la lengua fuera
 se desperezan los perros.

Bajo aquel sol que achicharra
 quemando el alma y el cuerpo,
 cuadrillas de segadores,
 chicos, jóvenes y viejos,
 avanzan por el rastrojo
 la curvas hoces blandiendo,
 doblados por las cinturas
 tostándose los pellejos
 espantándose las moscas
 y pinchándose los dedos.
 En apretados montones
 quedan en los surcos yermos
 las espigas que del trillo
 van á gemir bajo el peso,
 y sigue cantando alegre
 la colmena de braceros,
 sin pensar que hay en mundo
 playas y bosques inmensos,
 sombra, trajes de lanilla,
 mecedoras y refrescos.
 Y cuando llega la noche
 tienden la manta en el suelo
 y duermen como benditos,
 sin que interrumpen su sueño
 saltamontes, cucarachas
 ni demonios del infierno.

En cambio aquí, cuatro chicos
 pálidos, lacios, entecos,
 que sufren á duras penas
 las tirillas en el cuello,
 pasan el día metidos
 en un rincón del repero,
 abriendo todas las puertas
 para ver si corre el viento,
 se atiborran de cerveza,
 se airean con el pañuelo
 y gritan:—Yo me sofoco.
 —Yo me aburo.—Yo me muero.

Y cuando á las altas horas
 buscan la paz en el lecho,
 sólo un cinife les hace
 tener los ojos abiertos
 y no dormir en tres días
 y quejarse de los nervios...

Moraleja: el que se encuentre
 consumido por el tedio,
 y con los insomnios sufra
 y el aire le abraza el pecho,
 que vaya á segar un día
 diez y seis horas lo menos.
 ¡Verá cómo se divierte,
 y qué bien se duerme luego!

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

PRÓLOGO

Las correas cñidas á la manta,
 que forman la mitad del equipaje,
 la empresa se agiganta,
 y se me pone un nudo en la garganta
 á despedirme para hacer el viaje.

El alma se me inquieta,
 la ilusión entusiasta se adormece,
 y ¡vamos! que parece
 que llevo el corazón en la maleta.

Como voy á lanzarme á la ventura
 sin dinero ni plan, se me figura
 que todo se presenta en contra mía,
 que nadie me protege ó me consuela,
 y que sólo me queda la osadía
 que tienen los chiquillos de la escuela.

Ella me salvará. ¡Dios me perdone!
 porque yo estoy resuelto á hacerme fuerte.
 ¡Y si la mala suerte se me opone,
 á saltar por encima de la suerte!

El porvenir... no es cosa
 de meditarlo hasta volverse loco;
 como la vida es breve y fastidiosa,
 pasarla mal ó bien, importa poco.

Los veinte años que restan me los juego
 a' voluble capricho de los dados;
 porque, ¿qué son los veinte comparados
 con esa eternidad que viene luego?

Si me llego á quedar en la estacada,
 lo cual es muy probable que suceda,
 como se ha perdido nada;
 ¡uno que se cayó, y ande la rueda!

Levántase el telón. Venga el desfile
 de tipos, y costumbres, y paisajes,
 aunque con estos viajes
 me canse, me maree y me aniquile.

Aparezcan aquí distintas gentes,
 lugares varios, infinitas cosas...
 ¡Todo el grandioso pueblo de valientes
 y mujeres hermosas!

¡Esa invencible España
 del peleón, las facas y los toros,
 donde pulula multitud extraña
 de godos, de romanos y de moros.

Seguidillas manchegas,
 rondallas de Aragón, gaitas gallegas,
 las coplas de la corte,
 modelos de intención y picardía,
 los cantos melancólicos del Norte,
 los lamentos de amor del Mediodía;
 todo junto será la sinfonía,
 la señal de tomar el pasaporte.
 Empezce la función. ¿Será un fracaso?
 ¿Podré salir del paso?

Busquemos la respuesta. Yo me atrevo
 á acometer la empresa, porque llevo

poquísimo dinero, mucha audacia
y un corazón curtido en la desgracia.

Conque vamos andando poco á poco,
y á ver si sale el sol por Antequera.
Yo confío vencer; si me equivoco,
¡sea lo que Dios quiera!

¿Que el proyecto no fué descabellado?
Pues quedo en buen lugar, y me he salvado.
¿Que el castillo que juzgo maravilla
se viene abajo y al caer me aplasta?
¿Qué le vamos hacer? ¡Esa es Castilla,
que hace los mequetrefes y los gasta!

2 Octubre 1886.

I

BARCELONA

Llegamos á las siete de la noche
rendidos, magulados, soñolientos...
¡Qué mal sabe en tan críticos momentos
que cueste tres pesetas ir en coche!

He visto algunas calles muy derechas,
muy largas, muy estrechas,
pero bien empedradas.
Los edificios me parecen buenos;
hay un millón de tiendas, por lo menos,
y las aceras tienen dos pulgares.

Antes me parta un rayo
que comer á la lista
en el café que llaman de Pelayo,
porque aquello no hay Dios que lo resista.

¡Mire usted qué demonio!
Ahora, que dormía sosegado,
es el cuarto de al lado
entra con mucha bulla un matrimonio...
¡Los me haya perdonado!

Puesto que la pareja
descansar no me deja,
voy á apuntar un dato muy saliente
porque pinta el carácter de esta gente:
De la falda del monte hasta las peñas,
los prados, las colinas y las breñas
¡todo está aprovechado!
Trigos y maizales
festonean los árboles frutales,
y entre las vides penetró el arado.
¡De un adoquín pelado
saca un buen catalán dos ó tres reales!

Variemos de opinión. Esto es precioso.
El ensanche, hasta Gracia, es una cosa
que deja la impresión de lo grandioso.
Parece una ciudad maravillosa.

Un derroche de mármol en fachadas,
balcones, escaleras, balaustradas...
largas y anchas las calles
y bastante buen gusto en los detalles.
El puerto es muy bonito
y le sirve de escudo y atalaya
el Montjuich, un gigante de granito
dispuesto á merendarse media playa.
El mar Mediterráneo, cuando el viento
no excita su coraje,
es un modesto mar sin movimiento,
ni ruidos, ni resaca, ni oleaje,
que sólo maravilla
á quien nunca le ha visto, como Cilla.

En la *Peninsular* tratan al pelo.
Cerquita de nosotros ha almorzado
la pareja de marras. ¡Plegue al cielo
que se les vuelva acibar el guisado!

¡Qué carácter tan frío y displicente
tiene toda esta gente!

Las hembras catalanas,
guapas como ellas solas,
son, como si dijéramos, barbianas
con rasgos de francesas y españolas.
Apuntaré un detalle:
radie dice piropos en la calle.

El Parque es un modelo de jardines;
no hay en el mundo nada
como aquella magnífica cascada
que parece un hotel de querubines.

El tráfico incesante
tiene lugar sin bulla ni expansiones;
no hay jaranas, ni gritos, ni canciones.
El pueblo catalán, que es comerciante,
tiene que ser formal, grave y severo,
y cumple su misión de hacer dinero
sin fijarse jamás en otra cosa.
La multitud trabaja silenciosa
dentro de su magnífico hormiguero.

La Rambla no merece
la fama que la dan y se pregona,
porque á mí me parece
que eso no es lo mejor de Barcelona.

Me hacen muy mal efecto
dos cosas: los ochavos y el dialecto.

Acabo de admirar el atrevido
ferrocarril del foso.
Os diré mi opinión. Me ha parecido
la obra de un coloso.

Resumen: si la suerte
que me ayuda hasta aquí no me abandona,
¡he de volver á verte,
bellísima ciudad de Barcelona!
¡Dios premie tus afanes
y á sus deseos nobles preste ayuda!
Porque entonces, sin dula,
sabrán hacer de ti los catalanes
espejo, nata y flor del suelo hispano,
¡la perla nacional!...
cuando hablen en cristiano
y adopten el sistema decimal.

16 Octubre 1886.

II

SALAMANCA

Si en Salamanca no hubiera
unas mujeres barbianas
y unas mantillas redondas
que hacen soles de las caras,
y unos mozos como templos
con sombreros como casas
y calzones ajustados
y cintos de media vara...
yo, aun así, renegaría
de la gente que se marcha
á gastar alegremente
su dinero en tierra extraña,
sin acordarse siquiera
de que existe Salamanca.

Ciudad de piedra, que el Tormes
en sus cristales retrata
como grandioso recuerdo
de las edades pasadas,
en que los hombres no hacían
más que adorar á las damas
y levantar catedrales
donde rezar á sus anchas
y romperse la cabeza
por la cruz y por la patria.

Al cruzar aquellas calles
casi siempre solitarias
en que en torno de un convento,
de una iglesia ó de una casa
solariega, se amontonan
venerables antiguallas,
se llena inmediatamente
de dulce tristeza el alma,
como si de aquellos muros
fueran á salir fantasmas
en procesiones correctas
con pendones y con mangas,
frailes con espada al cinto,
reclusas con tocas largas,
tropas con lanzas y cascos
y caballos con gualdrapas.
Todo aéreo y silencioso,
guerreros, encapuchados,

corazas, hábitos, cruces,
plumas, cintajos y mallas...
Yo, que rezo pocas veces,
he tenido muchas ganas,
y si las malas ideas
del siglo no me arrastraran...
¡profeso en Santo Domingo
y me quedo en Salamanca!

Si supiera arquitectura
tendría tela cortada
para hablar largo y tendido
de agujas y barbacanas;
pero, por fortuna, es arte
de que no entiendo palabra,
y por eso el que me lea
de la jaqueca se salva.

Yo puedo decir tan sólo
que me hubiera dado lástima
morirme sin dar dos vueltas
en torno de aquella plaza,
grande, simétrica, hermosa,
tal vez la mejor de España,
donde lucen sus mantillas
de rocador las muchachas,
y sin ver las catedrales
que son dos joyas entrambas.
La nueva, porque me admira
la gigantesca fachada
donde hizo el hombre en la piedra
prodigios de filigrana;
la vieja, porque en sus naves
aún parece que se guarda
todo el fervor con que reza
la multitud apiñada.

A mí me sacan de quicio,
me subyugan, me entusiasman
las inscripciones borrosas,
los trastos llenos de manchas,
las hornacinas sin santos,
sin narices las estatuas.
¡Todo aquello en que parece
que otra gente y otra raza
al tocarlo con el cuerpo
dejó pedazos del alma!

* La clerecía es un templo
que parece que se acaba
de alzar entre casas viejas
hace dos ó tres semanas,
con su par de inmensas torres
atrevidas y gallardas,
y la casa de las Conchas
tiene un patio, una fachada
y unas rejas, que son dignas,
si se derrumba la casa,
de meterlas todas juntas
en un fanal, y adorarlas.

Después..., pero es imposible
hacer una lista larga
de los cincuenta conventos,
hermosas obras de fábricas,

las parroquias, los castones orgullosos de sus armas, y, en fin, de los monumentos restos de glorias pasadas, que forman, próximamente, la mitad de Salamanca. De la otra mitad no hablemos. ¿Que por qué? ¡Porque es muy mala!

Toda la gente es amable, sencilla, galante y franca (al menos la que he tratado poco tiempo, por desgracia), y las mujeres muy lindas, y muy buenas, y muy guapas. (Esto es escribir piropos. Todo lo demás es agua.)

Como se respira el aire purificado en el ara y que en capillas y claustros se perfuma y embalsama, hay novenas todo el día, sermón toda la semana, misas, gozos, procesiones, un rosario en cada casa... ¡Se acuestan con Padres-nuestros y con Salves se levantan! Pero, ¿qué han de hacer los pobres sino rezar por mañana, tarde y noche, si les toca á dos iglesias por barba?

Salamanca es un prodigio de arquitectura y de heráldica, donde es cosa de embobarse pensando en las musarañas, y donde el alma se arroba y á la antigüedad se marcha. No se comprende en las calles el hongo y la americana; allí hacen falta chambergos, ó tricornos ó sotsanas, los amores misteriosos y los rezos en voz baja.

—¿Dónde está Cilla?

—Ha salido

á las seis de la mañana.

—¡Cielos! ¡si estará tomando apuntes, de madrugada!

Me visto, corro á la calle, liada al cuello una manta porque hace un frío á estas horas que se hielan las palabras, y le encuentro tiritando debajo de una ventana. ¡Lindo cuadro! Torre al fondo, poca gente, luz escasa... ¡sólo le faltan al chico tizona, laúd y capa

para que al habla le admita doña María la Brava!

¡Hombre! creí que estaría copiando un escudo de armas, y era una salamanquina como un lucero de guapa!

30 Octubre 1886.

III

SANTANDER

Recibiendo los besos de la brisa, á bordo del menudo *Corconera*, que al leve empuje de la mar picada saluda á Santander con la cabeza, mientras allá, en la barra, van las olas á romper con estrépito en la arena, y Febo se despide, coronando de rojo nimbo la empinada cresta, lleno de admiración, sombrero en mano, me inclino ante la joya montañesa.

No por ese espectáculo grandioso que ofrecen la campiña pintoresca, los hoteles tendidos en la playa, el agua que se irrita y que se enrespa, y el alegre cantar de los marinos que salen en sus lanchas á la pesca... ¡saludo á Santander, porque es la patria de don José María de Pereda!

Honra de la nación, noble figura, paladín esforzado de esta tierra, ilustre anacoreta de Polanco que reúne al talento la modestia, y siendo general en el oficio, de alternar con la tropa no desdée.

Al lado del coloso, me parecen más gallardos pataches y corbetas, más grande el Oceano y más terrible, la montaña más linda y más risueña, ¡y hasta la sombrerera de don Santos caprichoso *chalet*, no sombrerera!

Veamos la ciudad. Es un conjunto de hoteles nuevos y de casas viejas; éstas arriba, aquéllos en el muelle, limpios aquéllos y podridas éstas, con cuya variedad, los edificios la abigarrada población reflejan. Abajo, comerciantes millonarios; arriba, pescadores, sardineras; la gente del país, que se defiende y opone un muro á la irrupción moderna. Acá, los señoritos atildados, los marinos ingleses, los horteras... allá, las rudas huestes del trabajo, hombres tostados y fornidas hembras, que envueltos entre redes y guñapos, los caracteres típicos conservan.

Va á vencer el progreso. Poco falta para que, de una vez, desaparezcan, con las calles estrechas y malsanas, las mozas del *carpancho* á la cabeza. Casi da compasión. Pero no importa, ¡vivirán en los libros de Pereda!

Así como hay personas en el mundo que coleccionan sellos ó monedas, ó compran siempre queso para postre, ó se acuestan con gorro, ó no se acuestan, la manía de Estrafí es dar cigarros á todo ciudadano que se encuentra, y llenarle de puros los bolsillos y llevarle al *Brillante*, *pa* que vea. ¡Y qué cosas se ven! Chicas pintadas, licenciados de Cuba, ¡gente buena que bebe, fuma, charla, tima y luce toda la podredumbre que le queda! ¡Parece que allí suben del mercado los miasmas de los cámbaros, que apestan! Es un café *Imparcial*, con unas gotas de esencia descocada y canallesca.

La hoz municipal sacó de cuajo los árboles de entrambas alamedas, trocando las frondosas espesuras en enramada misera y escueta. Pero... ¡qué alineación tan deliciosa, y qué gigantes chopos... cuando crezcan!

El *Sardinero*, triste, frío y solo, viudo de la colonia veraniega, parece una ciudad abandonada que de su propia soledad se queja. Allí, donde lucieron sus encantos con gracioso impudor las madrileñas, las solitarias olas van dejando piedrecitas y conchas en la arena, que allí se quedarán hasta que vayan los chicos de la corte á recogerlas.

Gracias á Colomer, que es un buen clínico, he visto el Astillero. Es una aldea de aspecto pintoresco, donde el cuerpo goza mucho tumbándose en la hierba. (Hago esta observación, porque exhaustado no pude menos de dormir la siesta.)

La gente de esta tierra es buena gente; franca, noble y sencilla. Si pudiera, con diez ó doce amigos montañeses, y diez ó doce amigas montañesas, á la orilla del mar, bajo aquel cielo, pasaría tranquilo la existencia, comiendo las riquísimas sardinas que venden á diez céntimos docena!

En fin, que me ha encantado la *tierruca*, y es cosa de volver, aunque no sea más que por abrazar á Pepe Estrafí y quitarse el sombrero ante Pereda.

IV

ZARAGOZA

Zaragoza viene á echar tantas flores á mis pies, que yo no puedo pasar por Aragón sin cantar un cantar aragonés.
ZORRILLA.

Tomo la manta, y entro convulso en el recinto de Zaragoza, mientras la sangre late al impulso del patriotismo que se remoja.

¡Salve, valiente y honrada tierra de la franqueza y el heroísmo, noble en la calma, rayo en la guerra, siempre invariable, siempre lo mismo!...

¡Donde se crían los hombres duros que son leones en las trincheras, y si las balas rompen los muros hacen de muertos las aspilleras!

No sé qué diablos pasa por dentro ante esta perla de nuestra historia, que el alma entera sale del centro buscando gratos sueños de gloria.

Yo que soy débil hasta el sarcasmo y tiemblo pronto como un gallina, comprendo el fuego del entusiasmo con que se aprieta la carabina, y el ardoroso santo coraje con que se miran las invasiones, y la venganza sigue al ultraje junto á las bocas de los cañones.

Por eso sube llanto á los ojos, llanto de orgullo que me retoza, y, sin quererlo, caigo de hinojos ante los muros de Zaragoza.

Limpio de polvo las rodilleras, seco el rocío de las pestañas, y entro triunfante por las aceras que no han pisado tropas extrañas.

Es Zaragoza recuerdo vivo de la derrota de los franceses, y danla siempre gran atractivo los buenos mozos aragoneses.

Entre las torres y las callejas, para la patria montón sagrado de muros viejos y casas viejas que las reformas han respetado, rompen la triste monotonía calles modernas y alegres plazas, aquí paseos, allá el tranvía... (que no es negocio, según las trazas).

Y, sobre todo, lo más brillante, lo que seduce, lo que emociona, es esta gente noble y galante digna del celo de su patrona,

Hombres leales, francos, corteses,
firme baluarte de altas empresas...
¡Olé los bravos aragoneses
y las hermosas aragonesas!

Con esos puntos he demostrado
mi gran asombro, porque eso indica
todo el efecto que me ha causado
la Pilarica.

Emblema santo de tradiciones
que allí dejaron profunda huella...
puesto que saben sus campeones
morir por ella.

Mientras la Virgen sea la egida
del fértil campo que el Ebro baña,
puede la frente llevar erguida
la madre España.

Que si al martirio van las legiones
y va la Virgen con los soldados,
¿qué harán en frente los batallones
asalariados?

Vamos á cuentas, señores curas:
en una egregia mansión tan rica,
¿por qué está triste, por qué está á oscuras
la Pilarica?

Porque uno siente cien emociones
cuando en las naves hermosas entra...
busca á la Virgen en los rincones
¡y no la encuentra!

Es necesario que brille dentro
el apogeo de su belleza...
¡bagan ustedes que sea el centro
de tal grandeza!

Porque resulta casi irrisorio
que aquella imagen, que maravilla,
sea el detalle más accesorio
de una capilla.

Nada de mantos extravagantes,
porque las capas y las preases
tendrán bordados, tendrán brillantes,
¡pero son feas!

¡Adiós, invicta ciudad hermosa
de las rondallas y del porrón!
ya que no puedo darte otra cosa,
te doy un viva: ¡Viva Aragón!

27 Noviembre 1886.

V

BADAJOZ

Señor don Pablo García,
capitán de infantería:

Recuerdo que en el café
de Fornos, el otro día,
prometí escribir á usted
en cuanto llegara aquí.

Tengo palabra ¡eso sí!
He visto la población
y sus afueras, y ahí
va la epístola en cuestión.

Temo, y es lo que me pesa,
que lo que á usted le interesa
se me quede en el tintero;
pero cumplo mi promesa
lo mismo que un caballero.

Le trae á usted, por azar,
la profesión militar
que es tiránica y atroz;
y usted quiere, antes de entrar,
conocer á Badajoz.

Lo que yo pueda decir
de poco le ha de servir,
pues aunque extenderme quiera,
mal se puede describir
lo que se ve á la ligera.

Mire usted; la población,
vista desde la estación,
resulta cosa preciosa,
no tanto que sea cosa
de temblar de admiración.

Pero en fin, con su castillo
en la cumbre de un cerrillo,
sus almenas y su puente
y sus torres de ladrillo,
parece un pueblo decente.

Todo está fortificado,
defendido y artillado,
muros nuevos, casas viejas...

¡Badajoz es un soldado
armado hasta las orejas!

Centinela de avanzada
que no tiene que hacer nada,
y duerme como un lirón
y aprovecha para almohada
la cureña de un cañón.

Sólo de Pascuas á Ramos
podrá servir, pero ¡vamos!
se ve que lo principal
es que crean que tomamos
por lo serio á Portugal.

La marca que nunca altera
este guardián de frontera,
es el dejillo, el ceceo
que no puedo, aunque quisiera,
remitir por el correo.

Consiste en la sobriedad
con que con facilidad
merman el idioma rico
de modo que la mitad
se va quedando en el pico.

Este modo de comer
las letras, no puede ser
más fácil, pues por decir
Pérez, es un suponer,
dicen Pere, ¡y á vivir!

Así se abrevia el vocablo,
es verdad; pero ¡qué diablo!

se pega el *deje* al oído
¡y usted lo usará, don Pablo,
á poco de haber venido!

Economía anulada
por la esplendidez marcada
que se ve en ciertos detalles:
¡los rótulos de las calles
ocupan media fachada!

Y, lo que es de agradecer,
hacen, tal vez sin querer,
tal derroche de bondad,
que hasta llega á parecer
importante la ciudad.

En fin, tengo para mí
que siendo, como es, así
el carácter de esta gente,
puede usted pasar aquí
la vida divinamente.

Hace días fué el estreno
del teatro, que es muy bueno,
y muy lindo, por más señas.
Cuando yo fui, estaba lleno
de adorables extremeñas.

Grande, bien proporcionado,
elegante el decorado,
la concurrencia escogida...
Yo me creí transportado
á mi Madrid de mi vida.

Así de la ilustración
prueban en la población
que el alza y la baja llevan...
¡Ah! Hicieron un *Robinson*,
¡que si lo ve Santisteban!

Aquí lo más principal
es la milicia, lo cual
significa, amigo mío,
que estará en la capital
como la anguila en el río.

Acaso sea aprensión,
pero al ver la animación,
todos los que encuentro á mano
se me figura que son
militares... de paisano.

Porque de la madrugada
á la noche, no oigo nada
más que ruido de cornetas,
toques de rancho y llamadas,
y dianas, y retretas,

y si paseo al acaso,
veo aquí un soldado raso,
en seguida un coronel,
una guardia á cada paso
y en cada esquina un cuartel.

¿Salgo de la población?
Pues en toda la extensión
me encuentro por las afueras
doble ó triple cinturón
de cañones y trincheras.

Yo fui por curiosar
á ver los alrededores,
y no le puedo pintar
las angustias, los sudores
que he pasado para entrar.

El pueblo, en el interior,
no es bueno, pero es mejor
de lo que piensan ahí...
y propalan el error
los que no han estado aquí.

Las calles son tortuosas,
tan estrechas y angulosas,
que se pierde el más pintado...
¿Qué entendían de estas cosas
los que las han alineado?

En aquella edad guerrera,
era la cuestión primera
buscar amparo y abrigo
que, al mismo tiempo, sirviera
de obstáculo al enemigo.

Las casas, con vanidad,
ocultan su antigüedad
bajo una capa de yeso;
no lo logran, es verdad,
pero les basta con eso.

Diré, en fin, si usted me deja,
que Badajoz se asemeja
con esta mezcla tan rara
á una señora muy vieja
que se embadurna la cara.

Conque abur, señor García,
capitán de infantería;
yo he cumplido mi misión,
y puesto que usted quería
conocer la población,

la he descrito á la ligera,
pronto y de mala manera.
Por dentro, yo nada sé;
es capital de tercera,
¡conque figúrese usted!

Hay tertulias, hay casino,
café y tiendas de vino
(si á usted le da por ahí),
y el pueblo extremeño es fino,
y galante porque sí.

¡Ah! no se olvide al pasar
hacia Badajoz de entrar
en Mérida; lo merece:
¡y cuidadito al probar
el cocido, porque escuece!

Mal he cumplido, lo siento;
perdone el atrevimiento,
pues no sé hacerlo mejor,
y queda de usted atento
y seguro servidor.

VI

VALLADOLID

—¿Adónde?—Al Siglo...

—Aquí tienes

la capital de Castilla,
donde yo pasé la dulce
primavera de la vida,
almorzando eternamente
huevos fritos y salchichas,
y aborreciendo de firme
los libros de medicina.
¿Ves? El hospital. Entre esas
paredes medio caídas,
he temblado muchas veces;
en Enero, cuando había
cátedra de Osteología
á las ocho y con neblina,
y en Junio, cuando llamaban
á mi anterior en la lista.

¡Cuántos recuerdos! ¡qué gusto!
¡qué de emociones distintas!
Las largas horas del Suizo
dando golpes á las fichas,
los paseos por la Acera,
los bailes, la estudiantina,
y aquel anhelar continuo
las vacaciones benditas,
para volar á la aldea
á abrazar á aquellas chicas
que ya estarán á estas horas
casadas y con familia...
y aquel escribir á casa
contando cuatro mentiras,
para gastar en pasteles
botas, textos y matrículas!

—¿Ya no me conoce usted,
señora doña Faustina?
—No caigo.

—¡Voto al demonio!
¡Así viva usted cien días
por cada vez que esas manos
me han planchado la camisa!
—¡Ah!...

—¿Va usted haciendo memoria?
—¡Un abrazo!

—Eso es harina
de otro costal. No, señora,
¡yo soy joven todavía!

—¡Está usted desconocido!
—Lo supongo. ¿Y su sobrino?
—Se casó en Matapozuelos.
—¿Y Luciano?

—En Valdestillas
de médico. ¡Tiene fama!

—¿Sí? Pues nadie lo diría.

—¿Y Hermenegildo?

—Está en Cuba.

—¿Y Joaquín?

—Está en Manila.

—¡Demonio con mis queridos
compañeros de fatigas!

—Almuerce usted con nosotros.

—No puedo, andamos de prisa.

—Tenemos extraordinario.

—¿Sí, eh?

—¡Huevos y salchichas!

—Con grandes dificultades
luchará tu lápiz, Cilla,
porque no tiene esta tierra
rasgos ni costumbres típicas
y es tan pobre de detalles,
como es en productos rica.
Reflejo fiel de la corte,
que es su espejo y su manía,
la imagen de los Madriles
te devuelve reducida,
y puedes tomar apuntes
en la calle de Sevilla.
Los mismos sietemesinos...
más gomosos todavía,
idénticos calaveras,
con la marca distintiva
de acostarse más temprano
y no beber manzanilla.
Y así sucesivamente,
estudiantes y modistas,
ancianos, mozos y niños,
mozas, ancianas y niñas.
La población... Ah! la tienes,
es muy grande y muy bonita,
y á juzgar por lo que veo
prospera más cada día.
El Campo Grande es hermoso
y la cascada magnífica.
Si no están bien las peceras
que la *desnaturalizan*,
tiene la culpa tan sólo
la naturaleza misma,
que no ha inventado cascadas
con peceras todavía.

La fachada de San Pablo
te será muy conocida
porque se han sacado de ella
cientos de fotografías...

¡Hombre! Novedad tenemos.
En mis tiempos no existía
el pasaje de Gutiérrez,
que es una calle muy linda,
de muy buen gusto, elegante,
por todos conceptos digna
de un pueblo de la importancia
del granero de Castilla.
Porque, aquí donde la ves,
Valladolid de mi vida
es una de las mejores
capitales de provincia,
que tiene cuatro teatros,
de los cuales dos no envidian
á los más grandes de España;

café, paseos, tranvías,
dos círculos de primera
(no sé si con ó sin timba)
un comercio floreciente,
muchas fábricas de harina...
y ante todo y sobre todo
tiene á don José Zorrilla,
el vate de nuestro siglo,
el árbitro de la rima;
y, aunque nada más tuviera,
ilustre y noble sería.

Este grandioso edificio
que se está alzando á la orilla
del Esgueva, es, según dicen,
colegio de Medicina.
Admirable me parece
la construcción. ¡Falta hacia!
Aquí las salas de enfermos,
aquí las clases, las clínicas,
esto jardín, esto patio...
¡Hombre! Me gusta y me admira
el gran hospital futuro...
Si no fuera por la prisa
con qué vengo, y porque acaso
se me cansara la vista
estudiando el esfenoides,
¡por estas cruces que iría
á que me arreglara el cuarto
mi buena *señá* Faustina,
y en Valladolid quedaba
y echaba al diantre la África
sólo por matricularme
de nuevo en anatomía.

—¡Ricardo!

—¡Tú aquí!

—¡Yo mismo!

—Pues, hijo, á buscarte iba...
porque como sé que vives
aquí, y no encuentro ni pizca
de lo que dejé al marcharme,
tengo que pedir un gufa.

—¡Con mucho gusto!

—Pues nada.

—¿Y el Consistorio?

—Esas ruinas.

—Sí; las ruinas ya las veo;
pero, ¿por qué no las quitan?

—No lo sé; probablemente
querrán que se hagan antiguas,
y vengan á visitarlas
los sabios y los *turistas*.

¡Acaso entre esos escombros
encuentre cualquiera un día
documentos importantes!

—Tal vez, ¡pero está bonita
la plaza de esta manera
con la acera demolida!

¿Por qué no edifican?

—¡Toma!

¡me hace gracia la noticia!

Eso es lo que aquí queremos
saber, por qué no edifican.

—(Nos quedan veinte minutos.)

—Buenos días.

—Buenos días.

—Veamos; ¿tiene usted algo
que comer?

—¿En la cantina,
ó para llevarlo al coche?

—Para llevarlo.

—Usted diga

lo que quiere.

—Cualquier cosa.

—Bueno; huevos y salchichas...

25 Diciembre 1886.

VII

ZAMORA

Yo debería comenzar ahora
con un brillante párrafo escogido
tratando de si el pueblo de Zamora
tuvo parte en aquello de Vellido.

Mas supongo que á nadie le interesa
la muerte de don Sancho, ni su vida,
y renuncio á la empresa
(si no hay un consonante que lo impida.)

El suelo zamorano es excelente
(con perdón de Bermillo de Sayago,
Alcañices, la Puebla y Benavente),
y al pasar por Zamora es conveniente
ó echarse una mujer, ó echar un trago.
Porque sabido es ya que dan la hora
las mujeres y el vino de Zamora.

Si vieráis ¡vive Dios! una artesana
envuelta en la mantilla sayaguesa
con los labios lo mismo que la grana
y un cuerpo que parece que no pesa,
guapa como ella sola
y luciendo ese garbo omnipotente
en que puede dar quince para veinte
á todas las mujeres la española,
irías con un cirio en cada mano
y de dulce fervor el alma llena
á dar gracias al cielo soberano,
como cualquier devoto zamorano
los domingos y días de novena.

Y después de esa raya, y ese punto,
voy á entrar, si es que acierto, en el asunto.

A la orilla del Duero, en una peña
que no puede sufrir la alcantarilla,
se levanta orgullosa, como dueña
de la fértil orilla,
la antiquísima joya de Castilla.
(Y aquí podría hablar de Pero Mato
y disertar con tino y elegancia

sobre sí fué la cuna de Viriato
y tiene ó no los restos de Numancia.
Mas no soy erudito ni elegante
como no me lo pida el consonante.)

La población es hoy, y salvo sea
el símil por la idea,
una enorme inscripción medio borrada
que conserva los vívidos reflejos
de la gloria pasada
entre unos cuantos paredones viejos.

De aquí que no se pueda dar un paso
sin hallar al acaso
vestigios, y retazos, y detalles
del episodio aquél, en campo raso,
en los muros, las casas y las calles.

Aquí el palenque abierto
donde, noble y altivo,
mandaba Arias el bravo un hijo vivo
para sustituir á un hijo muerto.

Allá la cruz sencilla
que señala el lugar donde muriera
de muy mala manera
el monarca ambicioso de Castilla.

A este lado el postigo
por donde quiso entrar el Cid Rodrigo...

(Ya estoy haciendo historia
aunque he dicho dos veces que no quiero;
pero es que se me viene á la memoria,
sin poderlo evitar, el romancero.

Como el país convida
á divagar, por poco me he metido
á discutir aquello de Vellido
sin que haya un consonante que lo pida.)

La vista se recrea en tan extraña
diversidad de tipos y de trajes;
dudo que haya en el resto de mi España
tal mezcla de costumbres y atalajes.

No voy á detallarlos, por supuesto;
es tarea que abruma,
y el dar idea de esto
debe dejarse al lápiz, no á la pluma,
que aunque la ayude inspiración divina
no puede describir una angustia.

De ilustración no hablemos,
so pena de tocar ambos extremos;
hay un trozo de tierra zamorana
donde están en la infancia todavía
y ven salir el sol por la mañana
y escabullirse al declinar el día,
sin la menor idea

de lo que el mundo y su malicia sea.

En cambio hay otro trozo,
ó si queréis mejor, hay otra parte
donde se ve con gozo
el brillo de las ciencias y del arte.

Yo tengo allí un amigo, zamorano,
de cuya adquisición me felicito
porque ha llegado á ser casi mi hermano,
y que es tal vez el único cristiano
que ha estudiado sanscrito!...

VIII

LÉRIDA

Hay en España provincias
desgraciadas, de las cuales
no habla nadie en este mundo,
porque no se acuerda nadie.

Sólo en *La Correspondencia*
se citan de tarde en tarde
cuando lo exige el trasiego
de los cargos oficiales,
y al gobernador de un punto
lo trasladan á otra parte.

Lérida es de éstas, y acaso
no merezca tal desaire.

¿Quién en Lérida ha nacido?

No se dice, ni se sabe.
Ni se oye de algún viajero
ó algún tipo trashumante
que de Lérida proceda

ó que á Lérida se marche.

Y es Lérida, sin embargo,
una provincia importante,
agrícola esencialmente,
trabajadora incansable,
con el sello distintivo
de los pueblos catalanes,
que aporta su contingente
de riquezas y de sangre,
para que los que la olvidan
la aprovechen y las gasten.

Se entra en la estación, cruzando
sobre un suelo de follaje,
una campiña bordada
de hortalizas y frutales,
y allá se ve, en una cumbre,
un castillo formidable,
al pie del cual se amontonan
las casas, chicas y grandes,
como turba de chiquillos
en las faldas de la madre.

Esto indica que si ahora
resulta ostentoso alarde
para montón tan pequeño
tan magnífico baluarte,
hubo un tiempo en que valía
el pueblo doble que vale,
y defenderle quisieron
de los extraños ataques.

Llegué en el mes de Septiembre
un domingo por la tarde,
suponiendo enredadamente
que habría paseo y bailes,
y lograría más pronto
el objeto de mi viaje.

Estaba el día sereno,
y hacía un calor del diantre
cuando me eché á la ventura
por las solitarias calles.

Poco hay que ver. Una rambla
con un paseo con árboles,
una vía tortuosa
que cruza de parte á parte
la población, y es el centro
de tiendas y paseantes,
y una inacabable serie
de callejas transversales,
empinadas, sucias, cortas
y empedradas con tal arte,
que el no hacerse allí pedaos
es una suerte muy grande.

Eso sí, la gente es buena
y, hasta cierto punto, amable,
pues á través de los grupos
de mujerucas peinándose,
pueden cruzar forasteros
sin que los *abronque* nadie.
¡Pero qué cuesta, Dios mío!
¡qué revueltas infernales!
¡qué callejones oscuros!
¡y qué aceras tan infames!

En una orilla del río,
cerca del puente colgante,
hay un paseo muy mono
sin apartados ni clases,
donde obreros y empleados
acuden á solazarse,
y se mezclan barretinas
y hongos de dos siglos hace,
y pantalones de pana
con levitones brillantes.
Y en la Rambla de Fernando
hay una sala de baile,
donde una murga *apacible*
lanza sus notas al aire,
para que se apriete un poco
la gente de buen carácter...
El teatro... está cerrado,
cerradas las sociedades,
y no hallo otras diversiones
de que apuntar los detalles.

Aunque parezca mentira,
hay aquí dos catedrales,
que sólo tienen de raro
su antigüedad venerable,
y una pequeña barriada
moderna, según se sale
hacia el castillo pequeño,
que es una cría del grande,
y... basta, que no sé que haya
más edificios notables.

Quisiera decir á ustedes
cómo son y cuánto valen
las muchachas leridananas,
pero no he visto ejemplares.
Sin duda salen muy poco
de casa ¡el cielo las guarde!
¡con estas chicas modestas
debería uno casarse!

Sólo leyendo un librote
oculta tras los cristales
de un mirador de la Rambla,
he visto una cara de ángel,
que me dejó ver un mundo
de deseos al mirarme.
¡Abur! lucero del alba,
que tus gracias celestiales
luces en esas campiñas
con visos de soledades,
sin ambiciones ni sueños
de coches y de diamantes
y sin que nadie te diga
que tienes los ojos grandes.
¡Abur, y que la fortuna
buen esposo te depare
entre los oficinistas
que el Gobierno lleva y trae!

Lo que abunda, lo que daña
(á pesar de los refranes),
es una plaga de moscas
que no paran en ambajes
y ponen al más pintado
la cara como un tomate.
¡No he visto en toda mi vida
moscas más insoportables!
Las hay en casas y aceras,
en las mesas, en los catres,
en las narices de todos,
en el vino, en los manjares;
ocupan todos los huecos,
se fijan en todas partes,
y se da el extraño caso
de que al andar por la calle,
se levantan en bandadas
y bajan más adelante
para volver á oír pasos
y volver á levantarse.

Llegué una tarde á la fonda,
muy requemada la sangre,
y creyendo el camarero
que trataba de hacer aire
al agitar el pañuelo
por detrás y por delante,
—¿Fa caldo, señor?— me dijo
con solicitud amable.
—¿Caldo? ¡no, señor! ¡Fa moscas!
¡que mal granizo las mate!

22 Enero 1887.

IX

CIUDAD REAL

Ni un alma en la estación. Sólo, á lo lejos,
se ve la sombra del que toca el pito,
que, envuelta la cabeza en la capucha,
atraviesa el andén, muerto de frío.
Cruzamos un pasillo solitario,
y una sala lo mismo que el pasillo...
A dos pasos está Puerta Circular,

y no hay bicho viviente en el circuito,
y hay que pasar la noche en pleno campo,
¡y hay que pegarse luego cuatro tiros!

Un sujeto embozado en una capa
llega secretamente, y al oído,
como un revendedor de los de Apolo,
me ofrece, no butacas, sino asilo.

¡Dios te bendiga, oh sombra bienhechora,
como yo en mis adentros te bendigo,
pues vienes á probar que vive gente
en ese inmenso poblachón dormido!

No hay nada en Ciudad Real. Nada notable.
De calles y personas y edificios
no se puede charlar cinco minutos,
porque en cuatro palabras está dicho.
Las casas jalbegadas, calles anchas,
todo bien arreglado y todo limpio,
nada raro en costumbres y lenguaje,
nada extraño en detalles ni utensilios.

Hay, sin embargo, gentes pacienzudas
que huyendo del barullo y del bullicio,
há que viven aquí más de dos meses
sin enfermar siquiera de fastidio.
¡Casi las tengo envidia! Ellas disfrutan
los gratos goces del hogar tranquilo,
y habitan, sin saberlo, en una aldea,
dónde llegan las nuevas y los ruidos
como llegan á orillas del estanque
las ondas del pequeño remolino.

Una mañana entera me he pasado
corriendo calles y buscando tipos,
y... ¡parece mentira! casi casi
me va gustando andar por estos sitios.
Serenos y puro el cielo, sol brillante,
unas casitas blancas como armiños,
los vagos paseándose en la plaza,
un silencio agradable, soporífero,
un todo solitario, pero alegre,
que recuerda las siestas del estío
á la sombra de un chopo de la huerta
dónde cantan cigarras y pardillos...
¡esto es encantador! Uno respira
con grata fruición el aire tibio
y hace de Ciudad Real, allá en la mente,
las puertas del soñado paraíso,
en que el alma en su centro se recoge
sin deudas, ni papeles, ni amores...

A través de una reja de dos metros
miraba con deleite, embebecido,
una modesta sala, con su mesa
dónde juegan al tute los vecinos,
su consola con conchas y floreros
y un niño de la bola muy bonito,
su perrito de lanas en un cuadro
con una rosa atroz junto al hocico,
sus cromos de *Matilde ó las cruzadas*
con orden admirable repartidos,
y sendas cortinillas en los huecos

sujetas con cordones amarillos,
cuando acertó á salir por una puerta
una niña gentil que era un prodigio.

Mírome la manchega dulcemente,
hablé después á la mamá al oído,
se sonrieron ambas con malicia
y echaron calle arriba, acto continuo.

—¡Aventura tenemos!—dije entonces,—
yo tengo mucha suerte, soy un pillo,
¡hasta en la Mancha atrapo corazones!
¡y luego me dirán que no conquisto!—

Y seguí la pareja de mujeres
pensando en dar remate á mis designios,
creyendo amor naciente las sonrisas
y las miradas trasformando en guiños,
como el buen Don Quijote, en esta tierra,
tomaba por gigantes los molinos.

Ella volviendo el rostro á cada paso,
y haciéndome ilusiones como un chico,
dimos en las afueras de allí á poco
y... se quedó la historia en el principio.
Llegó un joven. El novio. ¡Era una cita!
Ella le dijo: ignoro lo que dijo,
el caso es que el futuro matrimonio
se me rió en las barbas de lo lindo.

He caído en la cuenta. ¡Me tomaban
por un recaudador los angelitos!

5 Febrero 1887.

X

PALENCIA

Aqué es mi país. Un lugarejo
pobre, mezquino y viejo,
ha sido el cascarón de mi existencia.
Soy, pues, de la provincia de Palencia,
como podría ser de Marmolejo.

¿A mí qué más me da? Yo lo deploro,
pero no formo parte de ese coro
que enaltece á su patria hasta el abuso,
y si voy á Marruecos, seré moro;
y si voy á Siberia, seré ruso.

Eso sí, sentiría
no nacer español, pero no tanto
que me fuera á pudrir la hipocondría
y me muriera al fin deshecho en llanto.

Digo lo antecedente,
para que, al ir leyendo en adelante,
sepa el lector paciente
que hablaré de Palencia imparcialmente,
lo mismo que de Murcia ó de Alicante.

Y hecha esta salvedad, formal y seria,
voy á entrar en materia.

Esta tierra es un llano
lo mismo que la palma de la mano;
escasos de caudal, ríos y fuentes,

raquíticos los árboles y entecos,
tristes pueblos y villas...
sólo en las tardes del estío ardientes
revisten majestad los trigos secos
que se agitan en ondas amarillas.

Es el retrato, en suma,
de Castilla la Vieja,
mártir del caciquismo que la abruma
y víctima del fisco que la aqueja.

El suelo ingrato y duro
se resiste á la azada y al arado,
y el producto inseguro
vii. derecho á las arcas del Estado.

Luchando sin cesar el campesino
condenado á lentejas, pan y vino,
prolonga á duras penas su agonía,
más lenta y más terrible cada día.

De aquí que menudeen los embargos
y no salgan de apuros
ni puedan soportarse los recargos,
ni haya empresa que valga cuatro duros.

Y á pesar de las grandes invenciones
que en estos tiempos aprovechan todos,
se labren en mi tierra los terrones
como se hacía en tiempo de los godos.

¿Qué más? Hay un canal: el de Castilla,
que en nada ó casi nada se aprovecha;
¿si no llueve se pierde la semilla?
pues no riega el canal ¡y adiós cosecha!

Llegué á la capital á media noche
y ¡perdóneme Dios! llegué dormido;
con el *tric trac* monótono del coche
se me embotó el sentido
y no me impresionó, tal vez por eso,
esa brisa natal que sabe á beso.

El hotel Barbotán fué mi posada,
y cuando libre me dejó Morfeo,
gracias al chapurreo
de una alegre doncella vascongada,
tampoco me di cuenta
de que era aquella luz amarillenta
la misma que alumbró mi nacimiento...
¿Ecy ingrato, verdad? ¡Cuánto lo siento!
Pero no he de decir lo que no siento.

Daría ¡vive Dios! todo lo dable,
por hallar en Palencia algo notable
y poderla rendir algún tributo.
Es reflejo de un pueblo miserable
que trabaja sin fruto,
donde resulta baladí por eso
el afán sacrosanto del progreso.

En la prensa local, firme y valiente;
en las corporaciones
todo el mundo pelea inútilmente
procurando dar vida á sus terrones.

En ese abatimiento que la oprime,
Palencia entera forcejea y gime;
pero el mal es tan hondo,
que jamás el remedio llega al fondo.

Esa calle Mayor de mis pecados,
donde habitan las gentes principales,
á pesar de sus postes revocados
es una solitaria con portales.

La farmacia de Fuentes es, acaso,
lo que merece visitarse al paso;
elegante y sencilla,
oculta como madre cariñosa
un cuadro de Ferrán ¡cosa preciosa!
y un busto de Bellver que maravilla.

Y... no hay más que decir. Bien poco he
dicho,

pero es pobre el asunto
y tengo que hacer punto
más por necesidad que por capricho.

Mis paisanos con esto habrán notado
que en mi pecho no caben las rencillas
y... que se me ha olvidado
que silbaron allí *Las Modistillas*.

19 Febrero 1887.

XI

CÁCERES

Aquí estoy. He cumplido
ya mi deseo.
Cáceres me parece
bastante feo...
¡Quiera Dios que mañana,
visto de día,
me resulte un prodigio
de monería!

Mientras tomo en la fonda
sopa picante,
se nos presenta un primo
del dibujante,
que tiene encima el sello
del seminario
y un miedo á las mujeres
extraordinario.

Cáceres, según veo,
tiene dos partes:
una recuerdo vivo
de antiguas artes,
con calles solitarias,
tristes, sombrías,
por donde pasa un alma
cada dos días,
y otra, montón informe
de casas viejas
arregladas en calles
como callejas.
Esta segunda, tiene
poca importancia,
salvando esos detalles
de extravagancia

que proceden de mezclas
de arquitectura
y tienen para algunos
cierta hermosura.
La que desde la cumbre
protege y guarda
con sus tristes palacios
de piedra parda,
sus conatos de torres,
también de piedra,
sus murallas por donde
sube la hiedra,
y ostentando un escudo
cada fachada,
parece antigua villa
petrificada.
Buena es aquella parte
¡pero muy buena!
y aunque el viaje es pesado
vale la pena.
Creo que hay aquí muchos
grandes de España
que allí tienen palacios
en la montaña,
y que no los visitan
ni por cumplido
y dejan que se pudran
en el olvido.
Id á ver las muchachas,
os lo aconsejo,
á la fuente que llaman
la del Consejo,
y veréis por aquella
cuesta empinada
bajar alegre tropa,
diseminada,
de mujeres, modelos
de gentileza,
todas con los cacharros
en la cabeza,
que añaden atractivos
á su hermosura.
con el gracioso acento
de Extremadura.
Son saladas y airosas
las cacereñas,
y tienen todo el tipo
de madrileñas.
Usan zapato bajo,
corto el vestido...
¡Conque ustedes calculen
lo que he sufrido!
Me citan dos sujetos,
gentes sencillas,
á merendar chorizos
y perrunillas,
y como tienen fama
firme y segura
los notables chorizos
de Extremadura,
y el vinillo es ligero
que atrae y engaña
y es el hombre tan débil

como una caña,
yo veo entre celajes
de grana y oro,
una linda artesana
que es un tesoro,
con sus grandes zarcillos
y su mantilla,
su lujoso refajo,
que copia Cilla,
y... brindo, en cumplimiento
de mis deberes,
por la tierra que cría
tales mujeres.

(Antes de que pasemos
más adelante,
advertiré una cosa
que es importante:
Las perrunillas que hacen
aquí las chicas,
son así como pastas...
¡pero muy ricas!)

Ya visité la Virgen
de la Montaña,
que es la más milagrosa
de toda España.
Aunque en España hay muchas
muy milagrosas...
pero esta ha dado pruebas
maravillosas.
Los ahogos que causa
la cuesta arriba,
los paga con exceso
la perspectiva.
Porque es un panorama
tan delicioso,
que, en grata mezcla, brinda
goce y reposo.
Las alquerías blancas,
blanca la ermita,
verde el suelo hasta el punto
que le limita,
el techo azul y puro
(ni azul ni techo),
y Cáceres abajo
sobre un repecho,
como apiñado bando
de enormes aves,
al pie de torrecillas
y de arquitrabes.

Hoy, porque nos convida
galante el dueño,
vamos á lo que llaman
Café Extremeño,
donde hay voces y bulla,
jaleo y canto...
(Nos acompaña el primo
del dibujante.)
Una chica barbiana
de Extremadura,
que tiene en las mejillas

mucha pintura,
hace sobre el tablado
bastantes cosas,
con muchas contorsiones
escandalosas,
mientras toca un flamenco
que se las pela,
y el público extasiado...
toma canela.

.....
¡Virgen de la Montaña!

Resulta ahora
que al alzarse el vestido
la *bailaora*,
se le ponen los ojos
como guindillas,
y creo que se sale
de sus casillas
de un modo extravagante
y extraordinario,
¡el joven procedente
del seminario!

5 Marzo 1887

XII

CADIZ

Los míseros mortales
que unimos al montón de nuestros males
el de no haber nacido cualquier día
bajo el ardiente sol de Andalucía,
guardamos en el pecho
un envidia no exenta de rencores
hacia la tierra de que Dios ha hecho
la patria del salero y los amores.

Y allá abajo, arrullada por la brisa
que recoge el perfume en la pradera,
mimada por la placida sonrisa
de eterna primavera,
se forja en un instante el pensamiento
una ciudad de Cádiz caprichosa
que tiene de zafiro el firmamento
y por suelo el capullo de una rosa.

Y piensa mucha gente
que hay allí una colonia, dedicada
a cantar el flamenco eternamente,
que la pasión se agita desbordada
por la luz, los colores y las notas,
y que está la ciudad edificada
sobre montones de clavijas rotas.

La transición es brusca. De repente
se halla en Cádiz un pueblo laborioso,
muy formal, muy amable, muy prudente,
y que tiene un *ceceo* muy gracioso.

¡Deliciosas campiñas
las que orlan a Jerez de la Frontera!
Cortijos por do quiera,
en la extensión vastísima de viñas

que juntas representan un tesoro
¡que ojalá fuera mío!
pues allí cada gota de rocío
se convierte después en grano de oro.

El país de la uva
tiene un defecto atroz para el que llega:
que meten a un cristiano en la bodega,
y le sacan lo mismo que una cuba.

Es la ciudad de Cádiz tan bonita,
tan limpia, tan coqueta y tan graciosa,
que parece una diosa
que alumbra el paraíso donde habita;
de su propia belleza tan avara,
que se asoma al balcón de sus baluartes
para verse la cara
en el inquieto mar por todas partes.

La tacita de plata
con sus calles estrechas, uniformes,
su vega, que en la costa se retrata,
sus murallas enormes,
sus casas elegantes,
sus anchos miradores,
reune tal conjunto de colores
distintos y brillantes,
que parece el *non plus* de esa alegría
que embellece el pensil de Andalucía.

Y es triste, sin embargo. Esas mujeres
que pintan las consejas,
casquivanas y hambrientas de placeres,
se ocultan pudorosas
tras de los hierros verdes de sus rejas...
lo que no las impide ser hermosas.

Quedan sólo andaluzas caprichosas
en los cuentos de viejas.

Cualquiera se figura
que en la tierra del cante
ha de ser esta vida de amargura
un *jipío* constante.

Que saluda la gente en seguidillas,
que hay puñalás sin cuento en las afueras,
y que hasta el vendedor de pescadillas
anuncia su comercio en peteneras.

Y no hay tales canciones,
que podrían hacerse insoportables,
más que en los cafetines detestables
destinados a tales diversiones.

Por lo demás... los patios silenciosos,
elegantes, bonitos,
pero más que bonitos misteriosos...
y nada de guitarras ni de gritos.

Varios chicos alegres, gaditanos,
a quienes tengo mucha simpatía,
me invitaron galantes a una orgía,
y corrimos la *juerga* como hermanos.

Estar en el país de los placeres
sin comer *pescado* frito
ni beber manzanilla con mujeres,
sería necedad, casi delito.

Hubo, pues, un jaleo
de dos mil de á caballo,
y el infame *champán* tiene un trasteo
que hace al más infeliz alzar el gallo.
— ¡Ahora verán ustés!... ¡*A puerta é Tierra!*
¡A buscar dos calesas, *cabayeros!*
¡Esta noche no hay paz! ¡Viva la guerra!
¡Vengan chicas, botellas y panderos!
¡Costumbres del país! Era preciso
hacerla muy redonda.

Yo no pude eludir el compromiso,
y á las doce ya estaba muy sumiso
en la puerta de tierra... de la fonda.
Que el pueblo gaditano es calavera
de los dientes á fuera;
pero allá en lo profundo no hay veneno,
¡y es más bueno que el pan, de puro bueno!

19 Marzo 1887.

XIII

ALBACETE

Si el hado que con los hombres
va jugando á la pelota
no hubiera traído un día
(el cómo y por qué no importa)
un buen mozo de Albacete
á casa de mi patrona,
aquí se acababa el viaje
y mis penas y mis glorias,
porque yo estaría muerto
en Albacete á estas horas.

No porque el pecho tuviera
partido por una hoja
de las que allí se fabrican
y de justa fama gozan,
sino porque la tristeza
que en el corazón se enrosca
puede matar á un mancebo
lo mismo que á una paloma.

Y no recuerdo una pena
tan grande, tan fastidiosa,
incluso la que producen
los desaires de la novia,
como la que al alma lleva
esta ciudad sin historia,
sin monumentos, sin bulla
que suele haber en las otras;
en su mutismo encerrada
y en sus soledades sola.
De aquí que sin el amigo
(una excelente persona,
gran Tenorio de modistas
y coco de planchadoras)
yo me hubiera visto negro
para vencer la congoja.
Pero me ayudó la suerte,

salí del paso con honra
y loy puedo contar tranquilo
lo que guardo en la memoria.

¡Llaman ciudad á Albacete,
y el nombre no hace á la cosa,
porque es un pueblo muy grande
donde no se oye una mosca.

En una extensa llanura,
tan árida como pocas,
parece un pobre mendigo
que en sus andrajos se emboza
cuidando con mil afanes
lo que siembra y lo que poda,
para que venga en dos días
á comerlo la langosta.

¡La langosta! El enemigo
que irritado se desborda
y, en parda nube, del cielo
cae como plaga espantosa
y se extiende en la campiña
y cuanto alcanza devora.

Legión de diablos pequeños
que el mismo Luzbel aborta
y que, diezmada en la lucha,
se rehace, crece y torna,
contra la cual no hay defensa
ni es posible la victoria,
porque si un insecto muere
cientos por vengarle brotan,
y cada vez más tragones,
más compactos y más posmas,
por cada boca que cierran
abren cuatrocientas bocas.

En vano el pueblo se afana,
vierte el sudor gota á gota,
y al cielo le pide alientos
y á la Hacienda pide prórrogas.
Pues cuando brotan las yemas
y las espigas engordan
y el fruto de los trabajos
casi se alcanza y se toca,
viene la plaga á evitarle
inquietudes y zozobras,
y el caudal de las paneras
como primicias se toma.

Albacete, á causa de esto
y á causa de muchas cosas,
baralla con sus desdichas
y con su dolor á solas,
pues al pobre, ya se sabe,
todo el mundo le abandona;
y allí tenéis, olvidada
con la pena que la agobia,
una población tranquila,
honrada y trabajadora,
de que no se acuerda nadie
y cuyo nombre no ignoran
por un milagro patente,
sus queridos compatriotas.
¡Gracias á que las navajas

son los timbres de su gloria,
y un buen puñal de Albacete
merece respeto y honra!

Sepan ustedes, señores,
aunque á ninguno le importa,
que es en el pueblo mi amigo
una importante persona,
que tiene carruaje propio,
como diría con sorna
el actor Luján en *La*
familia del tío Maroma.

El cual carruaje consiste
en una *petit* carroza,
ó tartana ó carricoche,
cubierto de blanca lona,
que es el tren que en Albacete
usan las gentes de nota.

En tal vehículo fumos
una tarde deliciosa
á visitar las afueras,
que son tristes y monótonas,
y á pasear á *La Cuba*,
una alameda como otras,
donde había algunas niñas
albacetenses, muy monas.

Se da un hombre tanto tono
luciendo calesa propia,
que yo hubiera deseado
verme en la corte á tal hora,
para ser en Recoletos
brillante y extraña nota,
admiración de condesas
y envidia de papamoscas.

En Albacete no hay nada
que el conjunto descomponga.
Ni un edificio notable,
ni un detalle de la historia...
Es decir, hay los cimientos
que están echando á una obra
que, ¡ojalá sea la base
de engrandecimiento y gloria,
como de veras deseo,
y pido á Dios en mis cortas
oraciones, cuando quedo
con la Providencia á solas!

Ello va á ser un teatro
de linda, elegante forma,
que ha de premiar á la empresa
si el éxito la corona.

Y esto dicho, yo me marchó
de Albacete ¡y hasta otra!

¡Despierte de su marasmo,
y la ciudad melancólica
ocupe en España el puesto
que merece y no la otorgan!

Y digo que le merece
porque son buenas personas
las gentes de aquella tierra
que, amables y cariñosas,
ablandan los corazones
aunque éstos sean de roca.

Es decir, que en una cárcel

fea, triste y lastimosa,
se esconden ricos afectos
como la perla en la concha.

¡Permita el cielo que acaben
los pesares que le ahogan,
y de aldea miserable
llegue á ciudad populosa,
y se extienda su comercio
hasta comarcas remotas,
y el cuerno de la abundancia
derrame flores y joyas,
y rebajen los impuestos,
y reviente la langosta!
(Y no puedo hacer más votos
porque se seca la boca.)

2 Abril 1887.

XIV

MÁLAGA

Pasas, vino, mujeres, gente *crúa*
que reparte á granel las puñaladas;
un pacífico mar que se entretiene
vertiendo boquerones en la playa;
un centenar, ó dos, de guapas chicas,
que más parecen flores que muchachas,
y un sol que distribuye amantes besos
entre plátanos, uvas y naranjas.
El comercio y la industria, florecientes,
fértil el valle, hermosas las montañas...
¿Qué más pueden pedir los malagueños,
y quién no vive con placer en Málaga?

Cuando se salta á tierra, suponiendo
que se vaya por mar á visitarla,
parece la ciudad una jamona
que de un lecho de flores se levanta,
sin afeites, ni adornos, sucia casi,
y permítanme ustedes la palaora,
pero con esa espléndida belleza
que no está en el carmín, sino en la cara,
firme, arrogante, varonil y altiva,
imagen viva de las hembras bravas,
que se ven en los cromos malagueños
montadas en la grupa de una jaca.
El cerro de San Telmo, á la derecha,
llorando por las peñas que le arrancan;
á la izquierda, campiñas deliciosas,
llenas de limoneros y de cañas;
al centro, chimeneas humeantes,
pulmones de la industria que trabaja,
y al pie, el inquieto mar, base insegura
de aquel bosque de palos y de gavias.

¡La Caleta, el Perchel! Un par de barcos
que dan ejecutoria bien probada
de tener mucho fuego por las venas
y un corazón lo mismo que una casa.
Quién nace en el Perchel ó en la Caleta,
ya se puede ir al Congo ó á la Australia,

seguro de que nadie le echa roncás
ni viene á molestarle con bravatas.

Yo he visto en el Perchel, tranquilamente,
en un balcón con tiestos y con jaulas,
una joven sencilla y pudorosa,
y un honrado burgués, de gorro y bata;
¡oh engaño de ficciones novelescas!
¡Yo que soñé encontrar en cada casa
un guapo con trabuco y con botines
y una moza juncal de rompe y rasga!
¿Sabéis lo que es un *copo* en la Caleta?
Os lo voy á decir en dos palabras:
Dos docenas de bravos pescadores,
chicos, mozos y viejos, bronceada,
recia y dura la piel, calzón al muslo,
pecho al aire, las cuerdas á la espalda,
van de la red tirando silenciosos
sin que turbe el sosiego de la calma
más que el débil quejido del esfuerzo
con que se afirma el pie contra la playa.
De pronto mucha bulla, mucho ruido,
voces, interjecciones, carcajadas,
y un grupo abigarrado y pintoresco
en torno de una red, en donde saltan
en confuso montón los boquerones,
forrados todos de papel de plata.
Luego vanse apagando los rumores,
se recoge el avío, y luego... nada.

Confieso que el *Licco* me parece
el casino mejor de toda España;
espaciosos salones, buenos cuadros,
el *summum* del buen gusto y la elegancia,
selecta biblioteca...; en fin, en eso
se conoce la gente que adelanta,
y se gasta el dinero en lo que vale,
y luce de lo lindo lo que gasta

Es un pobre infeliz quien no ha escuchado
cantar las malagueñas en su patria.
Esa cadencia dulce del quejido
que sale de la cuerda y llega al alma;
esa mezcla de amores y de celos,
de placeres dulcísimos y rabia,
con notas arrancadas de las olas
y murmullos del aire entre las ramas;
esas ondulaciones de serpiente
con que la libre copla se acompaña,
á ratos contorsiones voluptuosas,
brincos á ratos de pantera brava...
¡todo eso es necesario que se vea
en un chiribitil con luz opaca,
cerca de unos barbianes que jaleen
bañando en manzanilla la garganta
y al lado de unas hembras de tripió
que digan disparates á mansalva!...
Lo demás es *jonjana* y *paripeses*
y *bulos* de *tumbón* de poca lacha.

¿Qué diré de los chicos malagueños,
rumbosos de verdad, gente de gracia,

que atrae las simpatías sin alardes,
bebe y hace el amor por donde pasa?
¿Qué diré de las niñas andaluzas,
saladas como el mar que las retrata,
si aún me parece ver los miradores
de la famosa calle de Granada,
que esconden cada uno una perlita
y los traería aquí de buena gira?

Tanto influye en el hombre aquel acento
y aquel culto excesivo de la guasa,
que llegué á la estación del Mediodía
cantando peteneras en voz alta,
y cuando un mozo abrió la portezuela
y me dijo con voz avinagrada:
—¿Le llevo el equipaje, señorito?—
contesté sin pensarlo:—¡Olé, la gracia!

16 Abril 1887.

XV

MURCIA

Entre el perfume de las naranjas
y los limones,
cerca de un río que murmurando
sueña traiciones,
yace tranquila, bebiendo arcasmas,
Murcia la bella,
linda y alegre como los sueños
de una doncella.
Algunas veces sobre sus campos,
de fruta llenos,
se alza el Segura, que no es seguro
ni mucho menos,
y derrochando saña implacable
lo arrasa todo,
Troncha las palmas, lleva las flores
y deja el lodo.
¡Nadie diría que es un tirano
tan insolente
cuando tranquilo riega la huerta
con su corriente!

Fijando altivos sus pies de roca
sobre la arena,
se alzan terribles los fuertes muros
de Cartagena
en los confines de la provincia,
como atalaya,
para que nadie sin su permiso
pase la raya.
El mar abajo, montaña en torno,
muchos cañones,
y coronando las altas cimas
los torreones.
Es una perla que si en la lucha
prudentemente
cierra la concha, ya no hay cristiano
que meta el diente.

Murcia es un pueblo como cualquiera,
con la alegría
de que disfrutaban las poblaciones
del Mediodía.
Tiene una torre de tal belleza
que es un exceso,
y un consistorio con la fachada
como el Congreso.
Tiene unas chicas tan hechiceras
como ellas solas..
(Bien dijo el otro: ¡Para mujeres
las españolas!)
Y sobre todo tiene tan bellos
alrededores,
que los del cielo, según los pintan,
no son mejores.
¡Ah! También tiene tal muchedumbre
de betuneros,
que siempre llevan limpias las botas
los caballeros.
Porque cuando uno sale á la calle
sin mucho brillo,
topa un sujeto que le amenaza
con el cepillo.

Vergel inmenso parece el campo
que la rodea,
y es desdichado toda su vida
quien no lo vea.
Bordan el llano las hortalizas
y los frutales,
y á cada paso se encuentran chozas
tan especiales
que se crearían habitaciones
por el estilo
de esas que vemos en los grabados
de junto al Nilo
si no acabaran en la sencilla
cruz de madera,
y no tuviesen sus habitantes
manta y montera.
Por desventura, desaparecen
con viento fresco
los campesinos, con aquel traje
tan pintoresco,
que, dando al traste con la severa
monotonía,
prestaba á Murcia sello de propia
fisonomía.

Malecón llaman á un buen paseo,
lindo de veras,
bajo las ramas de los naranjos
y las palmeras.
Desde él se alcanza la perspectiva
más deliciosa...
Murcia, si quiere, puede enseñarle
muy orgullosa.
Y en la pilastra, junto á la fuente,
se ve un letrero
de hace dos siglos, hecho en memoria
de un caballero.
Fila de nombres, que á los curiosos
atrae y arrastra.

¿Son los del hombre que hizo el paseo?
—No; la pilastra.

Gratos recuerdos traigo de Murcia,
tierra excelente,
que á más de dulces ricas naranjas
da buena gente.
Y, por de pronto, compré una gorra,
la eché al bolsillo,
¡y hoy me retrato con mi montera
de veludillo!

30 Abril 1887.

XVI

TOLEDO

"Mi señora doña Elvira
Garci Gómez de Navarra:
Paseando por el limbo,
donde habitan nuestras almas,
merced á la Providencia
que así premió nuestras ansias,
y el puro amor que en el mundo,
nos abrasó las entrañas,
pedísteisme el otro día
con dulcísimas palabras
que, como prueba palpable
de mi pasión sacrosanta,
bajara á escape á Toledo
y de la tumba que os guarda
sacara el anillo de oro
con que fuisteis enterrada,
y que en fe de matrimonio
os di al entrar en batalla.

Yo, que en el limbo, soy hombre
fiel esclavo de su dama,
lo mismo que fui en la tierra
donde rompí treinta lanzas
negando que otra tuviese
más tupidas las pestañas,
pedí permiso al Eterno,
cénfime cota de malla
(que de no ser invisible
guardárame de mostrarla
para evitar que los chicos
recibieranme á pedradas),
y aquí me tenéis, señora,
desde ayer por la mañana.

Toledo ha cambiado poco
desde que érais flor y nata
de sus empinadas calles
y sus agrestes montañas.
Yo os juro, mi buena Elvira
Garci Gómez de Navarra,
por mi fe de caballero
y por la cruz de mi espada,
que á no ver á los futuros
defensores de su patria
vistiendo pantalón rojo

en vez de calzón de malla,
 en lugar del recio casco
 débil gorra teresiana,
 y en vez del pesado hierro
 un espadín de una vara,
 creyérame, reina mía,
 que aquí no ha pasado nada,
 y que yo puedo esta noche
 al pie de vuestra ventana,
 recrearme y recrearos
 en dulce amorosa plática,
 ante la imagen de Cristo
 cuya mortecina lámpara
 alumbraba el bello rostro
 que yo defendí á estocadas.

Aún á la orilla del río
 surge la puerta Bisagra,
 por donde entré victorioso
 al frente de ochenta lanzas,
 llevando con noble orgullo
 sobre el pecho vuestra banda,
 pero en vez de los arqueros
 que había entonces de guardia,
 están los de los consumos
 que detienen al que pasa.
 ¡Sólo las almas del limbo
 de sus preguntas se salvan!

Aún desde las altas rocas
 que el revuelto Tajo encauzan,
 se ve el sitio memorable
 donde al bañarse la Cava
 del Rey encendió en el pecno
 la torpe lasciva llama,
 que costó ríos de sangre
 y la vergüenza de España.

Aún, para honor de Toledo,
 la catedral se levanta,
 por sus ojivas grandiosas
 viendo los tiempos que pasan
 y su construcción admiran
 y su belleza aquilatan.

Nada como aquella torre
 gallarda entre las gallardas,
 que ostenta la cruz bendita
 donde la vista no alcanza.

Nada como aquellos arcos
 de superior elegancia;
 como la fachada aquella
 prodigio de filigranas,
 como el magnífico coro
 que en sus maderas labradas
 conserva el grato recuerdo
 del triunfo de nuestras armas.

Y nada tan primoroso
 como esas ropas bordadas,
 donativo de los Reyes,
 los Obispos y las damas.

Del paso de los infieles
 Toledo en sus muros guarda
 (además de mil detalles,
 sus calles y encrucijadas),
 lo que aquí llaman ahora
 Santa María la Blanca.

mezquita, cuyas columnas
 tienen en el mundo fama,
 si bien el rico mosaico
 se lo ha llevado la trampa.
 Enseña este monumento
 una vieja que no habla,
 lo cual en los *cicerones*
 es siempre una gran ventaja.
 Tiene San Juan de los Reyes,
 de su grandeza pasada,
 restos del célebre patio
 cuyas columnas y estatuas
 carcomidas por el tiempo
 manos hábiles restauran.
 De modo, que antes de mucho
 quedará tal como estaba,
 y el azote de los siglos
 no habrá conseguido nada.
 Convertidas en museo
 están capillas y salas,
 recuerdos del arte antiguo
 que el nuevo admira y acata.

Del otro lado del río
 está la fábrica de armas,
 cuyos aceros ganaron
 en el universo fama...

Y, en fin, adorada Elvira,
 aunque los hombres se afanan
 por ir borrando las huellas
 de las antiguas moradas,
 aún se conserva en Toledo
 la hermosa indeleble marca,
 y es su aspecto el que tenía
 cuando érais su flor y nata.

Son los mismos torreones,
 y son las mismas murallas,
 los callejones estrechos,
 donde se esconden, orladas
 de flores, luces y votos,
 imágenes sacrosantas;
 y allá, en la cumbre del cerro,
 que el pueblo domina y guarda,
 á guisa de fortaleza
 se ve el magnífico alcázar
 veinte veces destruido
 y edificado otras tantas,
 que sufrió hace poco tiempo
 el castigo de las llamas.

—
 Esto es lo que he de deciros,
 señora, de vuestra patria.
 Respecto al encargo, tengo
 que hablaros cuatro palabras.
 Sabed, pues, que la capilla
 en que fuisteis enterrada
 fué descubierta hace poco
 al construir una cuadra,
 y el dueño, que no entendía
 de rarezas ni antiguallas,
 con la piedra de la tumba
 hizo un pilón para el agua,
 y el anillo y los pendientes
 guardó con llave en el arca.

El oro descansa poco;
así es que tuvo mudanzas,
y dando vueltas y vueltas
vino á parar á la tapa
de un reloj, que duerme ahora
en Madrid, en una casa
de las que llaman de empeños
en la calle de la Abada.

Vos me avisaréis, si os place
que recupere esta alhaja,
que contiene vuestro anillo
extendido en una lámina.
Y, en tanto, señora mfa,
sabed que rendido os ama,
lo mismo aquí que en el limbo,
Nuño Fernández de Lara."

14 Mayo 1887.

XVII

ORENSE

¡Refos de Galicia,
seres desventurados,
que á veces por desprecio ó por malicia
blanco la hacéis de chistes trasnochados!

¡Refos si queréis del paraíso
de la tierra española
que dió la Providencia, porque quiso,
á Galicia no más, para ella sola!

No faltará algún necio
que, analizando el bombo le rebaje
y concluya esta crónica de viaje
con una sonrisita de desprecio.
¡Y hasta es fácil que piense
que me burlo de Orense!

Líbreme Dios de tal desaguisado...
Antes de conocer aquella tierra
(confieso mi pecado)
contribuí también á hacer la guerra
que compatriotas ciegos
han declarado siempre á los gallegos.

Y es que en letrillas, libros y sainetes
se hace reir á oyentes y lectores
sacando á que se batan á cachetes
cocheros, barrenderos y aguadores.

Total: que con embustes y chacotas
no parece Galicia ni en pintura
y están aquellas gentes sencillotas
siempre en caricatura.

Esto es una injusticia.
Yo vengo entusiasmado, no lo niego,
y aquel bello país es mi delicia.
¡Ya es hora de que abogue por Galicia
un Fulano de Tal, que no es gallego!

La provincia de Orense es un encanto
y tiene un atractivo irresistible;
la decantada Suiza valdrá tanto,
pero ¡más! ¡no lo creo! ¡Es imposible!
¿Quién describe el hermoso panorama
de los bosques umbríos

donde la luz jugando se derrama
en los prados, las fuentes y los ríos?

¿Quién copia aquel conjunto pintoresco,
soberbio y admirable,
de cuadrillos al fresco, ¡y tan al fresco!
que resulta incopiable?

Las riberas del Miño, esas riberas
á trechos recortadas por las rocas,
á veces convertidas en praderas
fértils como pocas,
bordadas de castaños y nogales,
retratando en las aguas cristalinas
los oscuros y espesos matorrales
de pinos y de encinas...

Las sierras empinadas
con sus gorros de nieve,
de trochas y senderos festoneadas,
por donde sólo á caminar se atreve
sin malas aventuras ni tropiezos
la tropa de rebazos...

Las chozas miserables,
donde en revuelta confusión habitan
diez ó doce personas respetables,
con cuanto desahogo necesitan,
un cerdo, un par de vacas, un ternero,
un perro, ó dos, ó tres, y un gallinero...

Y aquellos campesinos,
clásicos Robinsones, de la sierra,
que truecan en manjares superfinos
las patatas y nabos de la tierra...

Todo eso es tan sencillo, tan hermoso,
que adoro la campiña,
y comprendo el tormento fastidioso
que engendra la morriña.

Orense, recostada muellemente
en la falda de un monte,
mirándose del Miño en la corriente
y teniendo á su frente
la sierra que recorta el horizonte...

es una población encantadora,
pintoresca, bonita y animada,
que allí, escondida, llora
su belleza de todos ignorada...

No os podéis figurar, sin ver aquello,
cuánto tiene de bello,
de típico y grandioso
esta ciudad gallega, con el sello
del carácter sencillo y candoroso...

Tachan á los gallegos de tacaños
y esto es una calumnia manifiesta...
pues lo que mucho cuesta
se procura guardar por muchos años;
y siendo tan fecundas las mujeres
y pequeño el terrón que se cultiva,
lo que pasma es que viva
sobre el terreno multitud de seres.

Si ellos no fueran sobrios y frugales
y no dieran primero las narices
que un objeto que valga cuatro reales,
morirían hambrientos é infelices...

En cambio, ¡cuán amables, cuán sufridos!
Hasta en esos acentos tan sentidos,
suaves como la brisa *que se os leva*,
parecen dar la prueba
de los dulces afectos escondidos...

En fin, que me enamora aquel acento
y el que no esté conforme, que dispense.
¡Como que casi siento
la nostalgia de Orense!

Una pregunta nada más y acabo:
¿Por qué hay en la estación carabineros
que molestan de firme á los viajeros
y miran el baúl, clavo por clavo?
¿Es que también Madrid es tierra extraña
y se hace contrabando de frontera,
ó es que se considera
que la tierra de Orense no es España?

28 Mayo 1887.

XVIII

ALMERIA

Con el Sudeste
la mar se riza
y en las arrugas
la luna brilla,
se extiende en largas
brillantes cintas
y en sus espejos
la faz se mira;
la luz platea
las espumillas
y hace un conjunto
de fantasía...

Pero entre tanto
sopla la brisa
y el balanceo
se *extralimita*.

Sobre las olas
se alza la quilla,
todo se mueve,
baila y oscila;
con el jaleo
se va la vista
y las entrañas
van, desprendidas,
de un lado á otro,
de abajo arriba...

En tal estado
llegué á Almería
con las del alba
doradas tintas (1).

Dormía entonces
la blanca ondina,
reina de hurfes
y de odalisca,

árabe moza
brillante y limpia,
que en manto blanco
se envuelve arisca,
con extremada
coquetería...

Al aire libre
junto á una esquina,
cogióme un chico
color de tinta,
sacó un cepillo
y una cajita,
y entre protestas
intempestivas,
puso las botas
que parecían,
mal comparadas,
dos estrellitas.

—Ya estoy en punto
(pensé en seguida),
ya en ese cuadro
donde se admira
por todas partes
luz y alegría,
no descompongo
la perspectiva.—

No hay, en efecto,
ciudad más linda,
que esta sultana
del Mediodía.

A Fez y á Túnez
no vi en mi vida
ni pienso verlos,
por mi desdicha;
pero sí juzgo,
por las noticias,
deben ser cosas
muy parecidas.
Casas pequeñas,
blancas y limpias,
junto á la costa
yacen tranquilas
bajo los rayos
de un sol que asfixia,
y en la blancura
juegan y brincan
de los terrados
sacando chispas.

Allá, en la cumbre
de una colina,
seca y pelada
cuel momia egipcia,
se alza un castillo,
mole grandísima
que pueblo y playa
guarda y domina.

Allí, en la falda,
muda, escondida,
duerme una joya
de Andalucía...
libre de ingleses
y de turistas;

(1)

Trasposiciones
muy admitidas.

nadie la nombra,
nadie la admira...
¡Es tan difícil
ir á Almería!

—
En sus contornos
no hay todavía
esas señales
que siempre indican
paz y riqueza,
progreso y vida.
Y en vano pide;
y en vano grita
pidiendo auxilio...
¡Nadie la auxilia!
Si por su suerte
se asoma un día
blanco penacho
por esas cimas,
y el fértil suelo
tiembla y se agita
bajo los trenes
de mercancías,
será esta tierra
gloria bendita,
no irán sus hombres
á extraños climas
por los garbanzos
que necesitan,
y rica y grande
será Almería...

—
En una plaza
donde terminan
de ancho paseo
las avenidas,
hay un recuerdo
que allí dedican
á unos valientes,
que fueron víctimas
de ruin tirano
liberticida.

Sobre la piedra
salta á la vista
la más mediana,
la más incua
de las octavas
que se fabrican.
¡Aquellos versos
que el alma indignan
vienen de manos
absolutistas!

—
Dan los mareos
hambre canina,
y por si ustedes
van á Almería,
les aconsejo
que se dirijan
á la estimable
señá Frasquita,
que hace unos fritos
y unas natillas

y muchas cosas
todas muy ricas...
¡Aquel almuerzo
no se me olvida!
Y es que aquel fuego
ciega, aniquila,
y como hierve
la sangre... frita,
sólo con cañas
de manzanilla
puede apagarse
si se domina.
Allí arde todo:
la mar tranquila,
la tierra, el aire,
la piel curtida,
los ojos negros
de las chiquillas...
Y en el instante
de la partida
lleva el viajero
que lo visita
colores presos
en las pupilas,
que se reflejan
luego en las ninfas
y el espejismo
les da más vida.

Yo estaré viendo
siempre á Almería,
ciudad hermosa,
blanca y sencilla,
que más que pueblo
parece quinta
que arrullan leves
olas y brisas,
y donde esperan
dulces caricias,
bellas y ardientes
cien odaliscas.

—
¡Ay! ¡Si pudiera
yo volverla!

11 Junio 1887.

XIX

LEON

Entró como una avalancha
la muchedumbre agarena,
devastando las campiñas,
arrasando las aldeas,
y tomando por asalto
ciudades y fortalezas.

Nada quedó. Se cayeron
las cruces de las iglesias,
los santos de los altares,
y el trigo de las paneras,
y todo se lo guardaron
las entrañas de la tierra.

La nobleza visigoda,
débil, podrida, deshecha,
cayó como cae al soplo
del viento la espiga seca,
y entre las peñas del Norte
se rehizo á duras penas.

Poco á poco, palmo á palmo
y con la cruz por enseña,
marcando á punta de lanza
la división de fronteras,
bajaron los pelotones
de las cumbres de la sierra
y midieron en el llano
con la morisma las fuerzas.

Así llegaron á orillas
del Torío y el Bernesga,
y fué León desde entonces
el cerebro de la guerra.

La lucha siglos enteros
duró continua y tremenda,
y por eso las llanuras
áridas y amarillentas
están sembradas de huesos
y están de sepulcros llenas.

Encarnizadas chocaron
dos religiones en ella,
sacrificando en el choque
generaciones completas.

Y allí quedaron ocultos,
del combate como pruebas,
lanzones y cimitarras,
corazas y calaveras...

—
Eso es León. Un recuerdo
de aquella lucha suprema,
montón de restos informes,
trozos de murallas negras,
callejones tortuosos
y casonas solariegas.

Y allá abajo, en ese llano
que se extiende hasta Palencia,
los descendientes de aquellos
que, al hombro la maza férrea,
iban clavando animosos
las cruces en las almenas,
dormitan en los eriales
cuidando vacas y ovejas,
con el cuerpo en la pellica
y los pies en almadreñas,
ó labran pacientemente
la dura costra de tierra,
que á costa de mil sudores
les sostiene á duras penas.
Gente sufrida que paga
contribuciones y dietas
para sostener la patria
que abandonada la deja.

—
Hay en León de notable,
á más de las leonesas,
que tienen fama de lindas,
y son de cierto unas perlas,
la catedral y San Marcos,

dos monumentos de piedra
que han merecido mil veces
los honores de la prensa.
La catedral que no humilla
la cerviz ante la tierra,
gracias al célebre andamio
que la sostiene y sujeta,
mientras con bastante calma
la reforman y remiendan...
Ello es bueno, ¡vive Cristo!
¡pero buen dinero cuesta!

San Marcos es un convento
situado en la ribera
del río, donde se mira
supongo yo que con pena,
porque el azote del tiempo
le va marcando con huellas,
y arrancando capiteles,
y agrietando las piedras,
y robando á las estatuas
brazos, narices y piernas.

Los medallones del friso
van perdiendo las cabezas
que eran sagrados recuerdos
de Condes, Reyes y Reinas...
Son museos las capillas
donde casi se conservan
cruces votivas, sepulcros,
vasos, armas y monedas,
y ante aquellas venerandas
reliquias, de polvo llenas,
la guerra de reconquista
á los ojos se presenta
con sus terribles detalles
y su excepcional grandeza.
Dan ganas de echarse al hombro
un lanzón de arroba y media,
ponerse el casco y marcharse
á matar moros... á Ceuta,
ó á Alhucemas, ó á Melilla,
ó al Peñón de la Gomera.

Allí estuvo don Francisco
de Quevedo y de Villegas
(no en la Gomera, en San Marcos),
y allí, encerrado en su celda,
cogió al mundo, y, en venganza,
le puso cual digan dueñas.

—
Es la calle de la Rúa
la principal y más céntrica,
sín que esto indique, ni en broma,
que valga cuatro pesetas.

Eso sí; en el empedrado
puede servir para muestra,
pues luce en muy poco trecho
cantos, asfalto y madera.
Pero lo mejor que tiene
la población á estas fechas,
son las márgenes del río,
sumamente pintorescas,
y un paseo muy bonito
que resulta cosa buena.
Además, como allí hacen

las divisiones de tierras
con altos álamos verdes
que gallardos se cimbrean,
parecen las cercanías
copia exacta de la huerta
que es el encanto de Murcia
y la gloria de Valencia.

Recuerdo que hará diez años,
aprovechando las fiestas
de Carnaval, rodeado
de guitarras y panderos,
fui á León muerto de frío
con gente alegre y traviesa,
vestido de mamarracho
con calzón, ropilla y medias.
(Por cierto que nos forramos
con algodones las piernas,
para que no se burlaran
las muchachas leonesas.)
¡Bien nos trató aquella gente
simpática, amable y buena!
Bailamos como peonzas
y comimos como fieras;
nos cedieron el teatro,
El Iris nos dió una cena,
dieron aplausos el pueblo
y cien elogios la prensa,
y hasta el Obispo, una noche
de nieve apretada y recia,
después de tocar la jota,
dos vales y una habanera,
nos hizo poner de hinojos
con las guitarras en tierra,
y nos bendijo en su cámara
grande, sencilla y severa,
débilmente iluminada
por una lámpara vieja...

Era el cuadro tan hermoso,
que hago en seguida una apuesta
á que los que recibieron
tal bendición la recuerdan.

Pues ¿y las muchachas? Hubo
quien perdió allí la cabeza,
y no nos casamos todos
más que por falta de idea,
por no tener todavía
concluida la carrera...

¡Vaya usted á saber ahora
qué ha sido de ellos y de ellas!

25 Junio 1887.

XX

GUADALAJARA

Mi hermosa Matilde, placer de mis ojos,
imán de mi vida y amor de mi alma...
¡aquí ya me tienes de vuelta! ¡Te traigo
bizcochos borrachos de Guadalajara!

Y á más de bizcochos, que sé que te gustan,
porque eres golosa de amor y de pastas,
te traigo noticias, que voy á decirte,
si no se te antoja la broma pesada.

Verás. Es la tierra que baña el Henares
monótona y triste, sin altas montañas,
ni valles hermosos, ni bosques umbríos;
en fin, se parece bastante á la Mancha.
Mas debo advertirte, que me han obsequiado
con tantas bondades en Guadalajara,
que á mí me parece que han hecho esa tierra
solidificando la miel de la Alcarria.

Llegué, y me cogieron sujetos amables,
á quienes he dado muchísimas gracias,
porque han dirigido mi rápido estudio
de tipos, costumbres, y fechas y fachas.

He visto el que llaman Casino-ateneo,
bonito, elegante, con fresca enamada
donde se recrea la vista, y se comen
bisteks abundantes, con muchas patatas.

He visto la *Peña*, que es otro casino
también con su patio, con flores y ramas,
donde en las veladas adornan los arcos
iluminaciones á la veneciana.

Yo estuve en un baile sencillo y honesto
de alegres alumnos y lindas muchachas...
Los chicos, que andaban en vías de examen,
cansados de *abscisas*, *binomios* y tablas,
sin duda al lanzarse de nuevo al estudio
buscando una estrella que adorne la manga,
pedían la fuerza que el trance requiere
al fuego candente de dulces miradas.

Te advierto, Matilde, que allí los alumnos
son unas personas de mucha importancia,
que animan las fiestas y alegran las calles
y gastan los cuartos y roban las almas.

He visto una plaza de toros á medias,
y he visto el pedazo de vieja muralla
por donde al asalto subió contra el moro
el bravo Alvar Fáñez, señor de Minaya.

Por cierto que el tiempo su casa respeta,
si bien, según dicen, tal anda su casa
que es fácil que al dueño le diera un soponzo
si un día su tumba rompiera don Alvar.

¿Que quieres que ahora te explique el enigma?
Pues hija, no puedo. ¿Que estás empeñada?
Pues es imposible, porque hay ciertas cosas
que está prohibido decir á las damas.

He visto el palacio del duque de Osuna
que es joya del arte y honor de la patria;
valiosos detalles adornan sus techos,
su patio espacioso, su hermosa fachada.

Le ha dado el Gobierno glorioso destino.
Alberga en sus cuartos y educa en sus aulas
los huérfanos pobres de bravos soldados
que han muerto en el trance de acción ó batalla.

Los jefes que tienen á cargo el colegio
son todas personas amables, y tratan
con tanta dulzura, con tanto cariño,
que yo, si pudiera, su sueldo doblara.

En su compañía vi todo el palacio
y estuve aturdido, pues tanto me honraba
la escolta brillante de mozos garridos
con lazos y cruces y espuelas y espadas.

Si así se mostraron amables y atentos
con un periodista de poca importancia,
¿qué harán esos hombres si va Novaliches,
que es quien, como sabes, dirige la casa?

He visto el paseo, que es cosa notable,
y he visto la calle Mayor, que es muy larga,
pendiente, incorrecta, con casas bonitas
y casas horribles y casas medianas.

He visto una fonda, que no he de decirte
ni dónde se encuentra ni cómo se llama:
¡allí quedaría vencido por hambre
el mismo Alvar Fañez, señor de Minaya!

Respecto á los tipos no sé qué te diga,
porque este progreso que todo lo arrasa,
lanzó hacia la Alcarria lo poco que queda,
y excuso decirte que no he ido á la Alcarria.

Y he visto... ¿qué es eso? ¿Ya estás dis-
[traído?]
¿Ya no me haces caso, lucero del alma?
¡Ah, vamos! ¡Tú quieres, después de la ausen-

[cia,
que te hable de amores primero que nada!

Pues bien, reina mía, ya dejo el relato...
¿Tampoco me miras? ¿Te duermes? ¡Ingrata!
¡Yo tengo la culpa, por darte á docenas
bizcochos borrachos de Guadalajara!

3 Julio 1887.

XXI

PONTEVEDRA

Airriños, airriños, aires,
airriños da miña terra...

Cuando Febo, lentamente,
daba al cielo en que pasea
suave tinte sonrosado
y hundía en el mar la frente

(dicho sea
en sentido figurado),
salimos de la estación
de Orense. Y en el vagón
iban, por casualidad,
un alférez y su esposa,
que era una mujer preciosa
de toda preciosidad.

Allá, tras el alto monte
que recorta el horizonte
con su silueta grandiosa,
la tenue luz vespertina
que siembra por la colina
nimbos de color de rosa;
más abajo
la pavorosa negrura
de la selva, en que campea
la blancura
del inaccesible atajo
que la borda y festonea.

Más abajo todavía
el Miño, que con los bruscos
embates de su corriente
va arrancando á los pedruscos
melancólica armonía
continua y perpetuamente.

Es preciso
confesar que, en hora tal,
aquel país sin igual
me pareció el Paraíso
terrenal.

Y para que la ilusión
fuera completa del todo,
allí estaba, en el vagón,
tendida de cualquier modo
con abandono imprudente,
Eva, la mujer hermosa,
sin malicia y sin recato,
aunque desgraciadamente
guardando el cuerpo de diosa
en percal de lo barato.
¡Y allí, grave como un quinto,
dispuesto á hacer un desmán,
Adán, el terrible Adán,
con un revólver al cinto!

A poco rato, Diana
salió á su inmensa ventana
pálida, casta y discreta
(que diría algún poeta
y yo repito lo propio),
semejante á una peseta
vista con el microscopio.

Cambio de decoración:
Los plateados reflejos
dan al monte, cerca y lejos,
magnífica entonación;
juguetean en el río,
se rompen en las cabañas,
recortan en el vacío
los picos de las montañas,
y muestran en un segundo
el encanto que se encierra
en aquel suelo fecundo.
¡Oh, Galicia! ¡Hermosa tierra!
¡La más hermosa del mundo!

.....
Eva se había dormido
indiferente al paisaje,
y... yo miraba al marido
con una envidia salvaje.

—
Redondela es muy bonito.
Parece que el Criador
puso adrede en derredor
todo el caudal infinito
de su amor.
Monte agreste le rodea,
lindo valle le sostiene,
y el mar á sus plantas viene
sólo á que en el mar se vea.
Y uniendo entrambas vertientes,
allá arriba, entre pretilles,

sólidos, sobre dos puentes gigantes, de hierro y piedra, cruzan los ferrocarriles de Vigo y de Pontevedra... ¡Pontevedra! Una ciudad que tiene luz y alegría de verdad.

verde campo y ancha ría; que tiene cierta atracción que á mí me saca de quicio, y... que no tiene servicio de coches á la estación. A pie emprendimos el viaje cada cual con su equipaje en busca de un parador, un hotel, ó cualquier cosa, el alférez y su esposa, *Mecáchis* y un servidor.

No hay nada más pintoresco que aquella ciudad que orea sin cesar el aire fresco que, al besarla, se recrea. Su conjunto abigarrado de casas, tipos y trajes; lo variado

de sus divinos pasajes; la incomparable dulzura de aquellas gentes sencillas, que hacen la amistad segura y pequeñas las rencillas; aquellas tristes canciones monótonas y pausadas que acompañan las vacadas moviendo los esquilonos, y aquel purísimo ambiente, que se refresca al pasar por el turbión del torrente y por las olas del mar... y otras mil cosas que adoro y recuerdo con delicia, forman el rico tesoro con que Dios dotó á Galicia.

Algo tiene de notable Pontevedra, ¡ya lo creo! porque no resulta feo ni el barrio más miserable...

El Liceo

no tiene sólo un destino, porque tiene tres ó cuatro. Hay allí café, teatro y un elegante casino. El edificio es de piedra, grande y de soberbio aspecto; en fin, hace buen efecto, sobre todo en Pontevedra.

Encuentro aquí tal encanto que, como me gusta tanto, no sé cuál es lo mejor. Todo lo encuentro agradable,

bellísimo, encantador, ¡sí, señor! y divino y admirable. Hay aquí unas cercanías adornadas á cual más por aldeas y alquerías, que ¡vamos! si fueran más no las vendía jamás.

Añadamos

que yo á querer me decido sólo de Pascuas á Ramos, y en Pontevedra he creído quedarme á buscar pareja y ser cazado con guantes... ¡Qué hembras tan exuberantes! (Y valga la palabreja.)

Es una cosa preciosa la vega del río Lérez, según me ha dicho la esposa del alférez, que conoce bien la tierra, porque es natural de Vigo (antes que se olvide, digo que el Adán ya no me aterra. Es mi amigo.)

Con sentimiento profundo me alejo de este país, el más bonito del mundo. Continuar en él no puedo y por un tris no me quedo, ¡nada más que por un tris! ¡Qué hermosos son estos valles, las cabañas, los arroyuelos, las calles, los peñascos, las montañas, la campiña deliciosa, la cuenca del río Lérez ¡y hasta el mismísimo alférez que tiene tan linda esposa!

23 Julio 1887.

XXII

PALMA DE MALLORCA

Es el correo *Unión* un vaporcito viejo, recién pintado, que resulta de lejos muy bonito, y resulta de cerca muy pesado. En él fuimos á Palma, y en él volvimos luego, con dolor profundísimo en el alma y con cierta nostalgia de gallego.

Se tiene en la Metrópoli una idea falsa como ella sola, de aquel país donde, por suerte, ondea la bandera española. Hay quien cree que allí vive mucha gente

como los indios bravos,
con corona de plumas en la frente,
pinturas en la piel y taparrabos.
Personas ilustradas
suponen que la habitan los honderos,
salvajes y guerreros
que reciben los buques á pedradas.
Y sé de un General (ya ha muerto el pobre),
que dirigió una carta desde Lorca
con estas señas solas en el sobre:
"¡Al cura de Mallorca!"

Y Palma, sin embargo, recostada
en su inmensa bahía
parece una odalisca perfumada
á quien arrulla el mar con su armonía.
(Esto también lo he dicho de Almería,
pero encuentro la imagen apropiada.)
Un espacioso puerto,
una fertilidad exuberante,
un cielo siempre azul, jamás cubierto,
y además un calor achicharrante;
esto es lo que se nota
al dar vista á la fila de molinos
que agitan sin cesar los blancos linos
como alas de gaviota
y aquella catedral, inmensa mole
que el gran Don Jaime concluir contaba
y de Don Jaime acá *de prole en prole*
se viene construyendo y no se acaba.

Esta tierra ¡pardiez! es deliciosa,
una ciudad hermosa,
una alegre campiña, siempre verde,
que goza de una larga primavera;
una alta cordillera,
que entre brumas levísimas se pierde...
un mar, que al parecer, la balancea
como á enorme fragata
y amoroso la ciñe y la rodea
cual caprichoso cinturón de plata;
una tierra tan fértil, que podría
superar (y eso creo en mi conciencia)
al hermoso pensil de Andalucía
y al paraíso inmenso de Valencia;
mucho amor á las ciencias y á las artes;
ensaimadas que admira el mundo entero,
y recuerdos, en fin, por todas partes
de Don Jaime primero.

Además, y esto vale
tanto que no hay provincia que la iguale,
aquí no hay puñaladas,
ni robos, ni traición, ni bofetadas...
¡con decir que las puertas
se dejan siempre abiertas!
¡Tierra de promisión! ¡yo te bendigo!
y España entera convendrá conmigo.

He visto, paseando por el Borne,
muchachas seductoras,
cuyo recuerdo endulzará mis horas
cuando á Madrid retorne;
he dado un gran paseo por bahía

en un ligero bote,
remando, en excelente compañía,
mejor que un galeote.
Y he visto á *Bendinat* y á *Raxa* he visto,
dos lindas posesiones
con las cuales podría darme pisto
si supiera meterme en descripciones.

Raxa, medio perdida entre el ramaje
y en la cima de un monte,
tiene un paisaje tal y un horizonte
que no se puede dar mejor paisaje.

Bendinat significa *bien comido*,
y el castillo se llama de este modo
por una circunstancia que he sabido
y contaré, para decirlo todo:

Desembarcó Don Jaime, con aquella
falange de guerreros
que llevaba doquier la buena estrella.

A poco, la morisma
salió, con las honradas intenciones
de romperse la crisma
ó echar al mar jinetes y peones.

El encuentro fué rudo. En el combate
perdió el conquistador la flor y nata
de sus bravos y fieles caballeros...
pero la turba infiel lió el petate
y aplicando el refrán "puente de plata"
pudieron descansar los mesnaderos.

Pero héte que no había provisiones
y entre todos aquellos campeones
ofrecieron tan solo á la corona
un ajo y un pedazo de *borona*.

Y cuando hubo acabado:

—*Bent dinat*—dijo el Rey, sin duda alguna,
para dar á entender que el buen soldado
debe hacer frente siempre á la fortuna.

Como la tradición de aquí no pasa
no se sabe si el Rey lo dijo en *guasa*;
pero por este medio tan sencillo
queda explicado el nombre del castillo...

Resumen: ¡Que me lleven á la horca
si yo no vuelvo á Palma de Mallorca!

9 Agosto 1887.

XXIII

OVIEDO

No sé empezar, francamente.

Al reunir mis recuerdos
me rebosan los elogios
por los bordes del tintero,
y no doy con las palabras
que se amontonan en ellos.
Asturias es tan hermosa
como las ninfas del sueño,
como el amor de una virgen,
como la idea del cielo;
y pensar que es cosa fácil
copiar en cuartillas eso,

es necesidad manifiesta

y, á más, inútil empeño.

Dióla Dios un suelo fértil,
un mar que besa, rugiendo,
los montes más elevados,
los valles más pintorescos...

¡parece que se ha metido
á pintar el Ser Supremo,
y con pincel vigoroso
copió la gloria en el lienzo
para arrojarlo á la tierra
y decir á sus muñecos:

—¡De rodillas, criaturas!

¡Ved lo que hago cuando quiero!—

El hombre, siempre orgulloso,
pensó:—Pues no he de ser menos—

y el mandato omnipotente
de su Creador siguiendo,
puso á tantas maravillas
el remate del progreso.

Sembró la tierra de flores,
sujetó al mar en los puertos,
trepó con la azada al hombro
á los altísimos cerros,
hirió el corazón del monte
con el puñal del barreno,
y el soplo de nueva vida
pasó por los agujeros.

Muchos héroes del trabajo
en el combate cayeron,
pero ¿qué importa, si hacían
terraplenes con sus huesos?
Hoy el vapor, cuando rompe
la estrecha cárcel de hierro,
murmura oración grandiosa
por las almas de los muertos,
y parece que les dice:

—No os quejéis, pobres obreros:
¡si el sacrificio fué grande
también es sublime el rezo!

Gijón, viniendo del mar,
es la antesala de Oviedo.
Tiene una playa muy grande,
tiene un magnífico puerto,
y tiene calles bonitas,
y tiene lindos paseos...

Y ya que en Gijón me paro,
por desgracia poco tiempo,
voy á hacer una advertencia
al ilustre Ayuntamiento:
La calle de la *Merces*
tiene el rótulo mal puesto,
y esa *zeta*, ¡caracoles!
se está mesando el cabello.

Es la capital de Asturias
con su abigarrado aspecto,
una población acaso
de las mejores del reino.
Conserva de su pasada
grandezas marcas y restos,

en edificios de piedra
macizos y verdinegros,
que contemplan irritados
con orgulloso desprecio
los magníficos hoteles
de puro gusto moderno,
que hasta parece que gozan
con dar envidia á los viejos.
Y allá arriba, la barriada
de menestrales y obreros
con sus corredores sucios,
sus paredones mugrientos,
sus puertas medio podridas,
sus rampas y sus callejos
destacándose adornada
de hiedra, matas y tiestos,
en el delicioso fondo
de un paisaje sin ejemplo,
hace posible el milagro
de que resulte muy bueno
y muy bonito en conjunto
lo que en detalles es feo.

La Catedral que se *fizo*
el año mil cuatrocientos
noventa y ocho, es notable
por muchísimos conceptos.
Pero en estas descripciones
de edificios no me meto,
porque ni es fácil empresa
describir los monumentos,
ni puede nunca formarse
el lector idea de ellos,
ni es, por lo tanto, prudente
gastar cuartillas ni tiempo.

Tiene Oviedo, entre otras cosas,
un lindísimo paseo,
que entre todos los mejores
puede pasar por modelo.
Aprovechadas las reglas
del *Manual del jardinero*,
puesta al servicio del arte
la fertilidad del suelo,
y ayudado todo junto
por la cultura del pueblo,
resulta un jardín precioso
como no podía menos,
donde entre matas de flores,
y para excitar sus celos,
pasean unas mujeres
que matarían de cierto,
más moros que Don Pelayo
con sólo lucir el cuerpo.
En esto las asturianas
dan quince y raya al lucero
que por la mañana sale
á recrearse en Oviedo...

En Asturias, como en todo
lo demás del Universo,
se van perdiendo los rasgos
que distinguían los pueblos.

Al nivelador empuje
del huracán del progreso,
tipos, costumbres y trajes
van lentamente cayendo.
Por casualidad tan sólo
se puede ver un labriego
con zuecos, calzón, montera,
las greñas al ras del cuello,
chaleco de colorines,
y... en fin, con los trapos esos
de los bailes de teatro
y los cuadritos de género.
Quedan sólo, para muestra,
las monteras y los zuecos,
y el palo de vara y media
conque se muelen los huesos.
Cuando se ven, no se olvidan
las cercanías de Oviedo,
porque no hay nada en el mundo
tan bonito como aquello.
Añadid que la campiña
satura de aroma el viento,
que se oyen por todas partes
rumores de riachuelos,
que por doquiera se explotan
minas de carbón y hierro,
y entre los hornos que humean,
y el vapor que ruge preso,
forman el maravilloso,
casi divino concierto,
del prodigio de la industria
con las bellezas del suelo.

¡Fajares! Quien no haya visto
desde sus picos escuetos
el mágico resultado
del combate gigantesco
en que la Naturaleza
fué vencida por el hierro;
quien no haya gozado nunca
del panorama soberbio
que forman los hondos valles
perdiéndose allá á lo lejos
entre las espesas nubes
que tienden gasa sobre ellos,
debe tomar el billete
(si puede á mitad de precio),
y marcharse como un rayo
inmediatamente á verlo.
¡Id, sí! Que Asturias merezca
admiración y respeto,
y es crimen dejar el mundo
sin ver lo que tiene bueno.

Tratad á los asturianos,
que son afables y atentos,
y, por consiguiente, dignos
de simpatías y aprecio;
¡eso sí, cuidado siempre
de no llamarles gallegos,
porque se ponen furiosos
y os echan en bable un terno!

23 Agosto 1887.

XXIV

VALENCIA

...Y subí al *Miquelete* con gran trabajo
por una escalerilla larga y oscura,
y extasiado quedéme viendo allá abajo
la espléndida belleza de la llanura.
Tesoro que ha vertido Naturaleza
para que goce el mundo con su belleza.
Jardinillos plantados por querubines
de un hada misteriosa para recreo,
que sin duda de noche sale á paseo
por los jardines.

Cinturón de barracas ciñe á la diosa;
la campiña la brinda ramos de flores,
y entre tantos perfumes embriagadores
el viajero halla encantos en cualquier cosa.
La da el Mediterráneo su dulce arrullo,
el Turia la adormece con su murmullo;
allá en la lejanía del mar se pierde
mezclándose el aroma de los frutales,
y danla cariñosos los arrozales
alfombra verde.

La ciudad es inmensa. Desde la torre
se alcanza á ver lo grande de su recinto,
y se forma una idea del laberinto
y se cansa la vista que le recorre.
Cúpulas de pizarra de azul rabioso,
un ensanche de aspecto maravilloso
que hasta la mar se acerca por los confines,
y el dédalo intrincado de callejuelas
que rompe los paseos y las plazuelas
y los jardines.

Es Valencia famosa por sus mujeres,
de cabellera negra y ojos traidores;
firmes y cariñosas en los amores,
incitantes y bellas en los placeres...
(Esto yo no lo digo por experiencia,
puesto que no he tenido novia en Valencia.
Me lo ha dicho Matoses, alias Corzuelo,
que á su país adora con fe sagrada,
y da al que no le adore cada guantada
que enciende el pelo.)

Rotos los zarzaguilles, negros los brazos,
con los pies en el agua, casi desnudos,
trabajan en la huerta los hombres rudos
que arreglan sus cuestiones á navajazos; (
y formando contraste con los obreros
que sacan del pantano ricos veneros,
rayan los literatos á gran altura
ganando en lucha honrada muchos laureles,
y tienen los pintores en sus pinceles
luz y frescura.

El *Grao* desilusiona. Piensa cualquiera
que es un barrio de hoteles y de alquerías
y es un pueblo muy grande sin alegrías
donde arroja su polvo la carretera.

Gracias á que le animan á todas horas
 buques, tranvías, coches, locomotoras;
 toda aquella balumba de extraños ruidos
 que llega como arrullos al Miguelete
 y que de cerca daña cuando se mete
 por los oídos.

En el Grao es preciso comer paella
 en cualquier merendero junto á la playa,
 y volverá contento todo el que vaya
 y dirá que parece la mar más bella.
 Lo que no debe hacerse, y esto lo digo
 porque he sido dos veces parte y testigo,
 es flarse en boteros, porque los tales
 usan para ir á bordo mil añagazas,
 y por llegar al buque, que está á dos brazas,
 llevan dos reales.

Es el café de España rico, elegante,
 y la fonda que lleva su mismo nombre
 es tal, que sola haría feliz á un hombre,
 porque con su riqueza tiene bastante.
 Yo nunca he visto nada de mejor gusto
 (y conste que no alabo más de lo justo).
 ¡Al mismo Czar podría dar hospedaje!
 En ella no he vivido por mil razones;
 entre ellas porque nunca llevo millones
 al ir de viaje.

Es la Plaza de Toros un edificio
 de construcción soberbia por el aspecto;
 pero que interiormente tiene un defecto:
 no ignora á la grandeza del frontispicio.
 Hay teatros, hoteles, buenos paseos;
 los jóvenes se ilustran en Ateneos
 donde se versifica, charla y discute;
 casinos elegantes, donde los socios
 en amor y compañía distraen los ocios
 jugando... al tute.

Quiero estampar el nombre de Luis Medrano,
 el más perfecto tipo del caballero
 conquistador y amable, que en cada mano
 tiene un par de aberturas para el dinero.
 Y quiero que confiesen cristiano y moro
 que el país valenciano vale un tesoro.
 Adorno de la costa, perla de España...
 ¡Sólo el agua potable me ha parecido
 así, á primera vista, que la han traído
 de Carabafia!

3 Septiembre 1887.

XXV CASTELLÓN

Yo no sé cómo
 ni por qué causa
 se ha suprimido
 lo de *la Plana*,
 que allá en la escuela
 nos enseñaban.

Ello es que todos
 ya se lo callan;
 sin coletilla
 llegan las cartas
 y se dirigen
 los telegramas.
 ¿Es que era inútil?
 Bueno, pues ¡basta!
 Se ha suprimido
 porque sobraba.
 Yo, por si acaso
 fuera una falta
 y esa licencia
 me echan en cara,
 doy por sentado
 que está explicada;
 quito esas letras
 ¡y santas pascuas!

Llego á las doce
 de la mañana
 bajo los rayos
 de un sol que abrasa.
 Rayos que juegan,
 brincan y saltan
 en las acequias,
 sobre las plantas,
 dando á la huerta
 y á la montaña
 tonos brillantes
 que apenas cambian
 cuando la brisa
 fresca y salada
 que envía á ratos
 la mar cercana,
 mueve y ondula
 tallos y ramas.
 Un pueblo grande
 de casas bajas,
 bonito, alegre,
 de calles anchas,
 correctas, limpias,
 bien arregladas
 sufriendo á *Febo*
 que le achicharra,
 duerme en un llano
 como la palma.

Por los contornos
 va la muralla
 que le incomoda
 más que le guarda
 con sus garitas
 destartalladas,
 á trechos buena
 y á trechos mala.

Lo primerito
 que hay á la entrada,
 es el recinto
 de una gallarda
 plaza de toros
 de nueva planta,
 para que, al verla,
 todo el que viaja

sepa de cierto
que está en España.

Después hay una
calle muy larga,
donde un enjambre
de gente honrada
que charla y ríe
mientras trabaja,
va haciendo á pares
las alpargatas.

Aquéllos hilan,
éstos machacan,
los unos cosen,
los otros atan:
hombres, chiquillos,
viejas, muchachas,
con lanzaderas,
agujas, tablas,
ruedas, martillos,
husos y estacas...

Todos se mueven
y todos hablan.
¡Yo nunca he visto
tanta algazara,
ni perspectiva
tan animada!

Todas las calles
son, por las trazas,
muy parecidas
á la de marras.
¡Castellón puede,
si le apuraran,
calzar al mundo
con alpargatas!

Yo de notable
no he visto nada,
ni monumentos
ni cosas raras;
pero no creo
que en esta falta
vean los sabios
una desgracia.
Hay dos casinos
con buenas salas
donde se toma
cerveza blanca...
(Lo sé porque ella
me dió la calma
de los calores
que me abrasaban.)
Los habitantes
son gente brava
que se batieron
contra las huestes
de Carlos Chapa.
Bajaron ellas
de las montañas
fieras, tendiendo

las duras garras,
y allí encontraron
quien las cortara.

Castellón tiene
buenas muchachas,
según me han dicho
los que las tratan.
No tengo tiempo
para admirarlas,
poque el sol tuesta,
y es cosa rara
que ellas se asomen
á las ventanas...

Para Valencia
rompí la marcha
en un tren mixto,
mole pesada,
contrasentido
de la dinámica,
y en mi balance
veo apuntadas
estas partidas
de alzas y bajas:
Gané... ese gusto
que siempre causan
los pueblos limpios
como una plata,
los campos verdes
como esmeraldas,
los tipos nuevos,
las gentes varias...
Perdí... la dicha
de estar al habla
con mis amigos
los que redactan
el *Don Cristóbal*,
gente barbiana
que escribe versos
con mucha gracia.

Y ¡oh Dios! sudando
perdí en la plaza
una camisa
recién planchada,
que cuesta un triunfo
para lavarla!

17 Septiembre 1887

XXVI

CORUÑA

Del otro lado de la agreste sierra,
magnífica muralla
que preparó el azar para la guerra
del mar y de la tierra,
rudos entrambos en la gran batalla,
tendidas en la arena muellemente
y al borde de la línea de combate,

practicar el servicio de avanzadas,
recibiendo las brisas en la frente,
dos ciudades coquetas y atildadas.

Sujetando al coloso
que protesta furioso,
lanzan sobre sus olas traicioneras
Coruña sus pacíficas veleras,
que llevan el comercio á otras regiones,
y Ferrol, que es soldado,
sus naves erizadas de cañones,
sostén y salvaguardia del Estado.

Coruña es importante,
como se puede ver cuando se llega,
por su aspecto elegante
y el tráfico incesante
á que la gente con afán se entrega.

Las calles espaciosas,
las cercanas al puerto especialmente,
tienen animación y son hermosas,
y revelan la vida y el ambiente
de todas las ciudades populosas.

La calle Real, que es larga é *incorrecta*
(pase la incorrección porque es sabido
que no hay cosa perfecta
en todo el Universo conocido),
es la puerta del Sol, mal comparada,
donde se reconcentra el movimiento,
donde se ve cada mujer salada
que tiembla el firmamento,
y donde hay unas tiendas superiores
que pueden competir con las mejores.

(Ya te veo, lector; te has sonreído
así como que niegas
ó dudas de la sal de las gallegas,
que no ha cantado nadie... por olvido...
¡Pues juro por mi fe de caballero
que en Coruña hay muchísimo salero!)

Y además de paseos muy bonitos
y una hermosa bahía,
y casas con alegres miradores,
y excelentes palmitos
que pueden merecer la poesía
de todos los antiguos trovadores,
hay unas ostras buenas,
que además de ser buenas son baratas...
¡Prefiero una docena, á dos docenas
de bisteks con patatas!

Hay un vapor de ruedas que se llama
Hércules nada menos,
y que vió transcurrir, según la fama,
sus buenos años, si los tuvo buenos,
azotando las olas,
testigo del recreo y los amores
de un bajá de tres colas,
que, agradecido luego á sus favores,
hizo pintar un sol en sus tambores.
Hoy mueve sin cesar el abanico,
y hace una travesía
de Ferrol á Coruña cada día,
y baila en la Marola como un chico.

El me llevó á Ferrol, con la excelente
compañía de Mario,

que obtuvo allí también, como es corriente,
un éxito brillante, extraordinario.
La numerosa *troupe* hizo su entrada
por una calle estrecha y empinada.
Como no soy siquiera galán joven
yo me quedé detrás, pues me parece
que no le gusta á nadie que le roben
la ovación que merece,
y contemplé con calma deliciosa
la multitud curiosa
que se agolpaba en puertas y ventanas...

.....
¡Y qué bonitas son las ferrolanas!

Hablar del Arsenal no es necesario,
pues la tierra del mosto y los caciques
saca siempre en su honor el incensario
cuando repican gordo,
y sabemos que caben en sus diques
centenares de buques de alto bordo.

Yo vi el de la Campana,
que por cierto costó mucho dinero,
y me sentí orgulloso y altanero
porque estuviera aquello en tierra hispana.

Y... ya no canso más. Esto va largo,
y el numen se ha tumbado á la bartola
cual si se hiciera el cargo
de que está atravesando la *Marola*.

24 Septiembre 1887.

XXVII

ALICANTE

Desde un balcón de la fonda
donde estoy hecho una lástima
con un tedio que me abruma
y una fiebre que me abrasa,
cansado de tomar caldos,
tendido en una butaca
que es sosiego para el cuerpo
y tormento para el alma,
estoy gozando uno de esos
magníficos panoramas
que á duras penas se borran
cuando en la mente se graban.

Tentación irresistible
que á sus delicias me llama,
y que á la fuerza desprecio
por el dolor que me embarga.

Abajo, en primera línea,
bosque de luces y palmas,
el paseo de los Mártires
luciendo todas sus galas.
En dulce y eterno abrazo
las palmeras se entrelazan
formando bóveda verde
que mueve el aire al besarla.
Farolillos de colores
ocultos entre las ramas,
dan al follaje sus luces

rojas, azules y blancas,
semejando caprichoso
conjunto de frutas raras
que brota por un milagro
de la arboleda fantástica.
Suenan en tanto á lo lejos
las notas de una charanga,
marcial y ligera á ratos
y á veces dulce y pausada.
La multitud que pasea
sordo murmullo levanta,
y hormiguean allá abajo
encantadoras muchachas.

Del otro lado, rugiendo,
la locomotora pasa
arrastrando en sus anillas
las vagonetas de carga,
y á través del humo denso
qué despide bocanadas
se adivinan las siluetas
de los palos y las jarcias.
Allí está el muelle. En las puntas
de los mástiles se marca
el vaivén del oleaje
que en las quillas choca y salta.
Los farolillos de á bordo,
al reflejarse en el agua,
dejan luminosa estela
que llega á enorme distancia
desmenuzando sus rayos
en la extensión arrugada.
Cierra por fin este cuadro
de una leyenda romántica
la negrura de la noche
que pesa sobre la playa.
Entre las sombras, parecen
endemoniados fantasmas
las embarcaciones grandes
que allá lejos se destacan.
El acre olor de la brea
que trae la brisa salada,
me excitara los nervios,
y hasta saldría de casa
sólo por ver más de cerca
esas mujeres tan guapas,
si no tuviera á estas horas
tan descompuesta la máquina...

Alicante, sin embargo
de mi dolencia, me encanta.
Hay que tener muy presente
que cuando uno está de malas,
ya por dolores de cuerpo,
ya por pesares del alma,
todo le parece horrible
y no se alegra por nada.
¡Conque figúrense ustedes
si merecerá alabanzas
un pueblo que me parece
bonito, alegre y sin tachas,
á pesar de este fastidio
y esta fiebre que me abrasa!
Alicante, según dicen

las gentes que me acompañan,
está prosperando mucho,
y según el tiempo pasa
se mejora y embellece
como encantadora dama
que inmediatamente arroja
cuanto la moda rechaza,
y, siempre moza, se viste
con exquisita elegancia.

Se han formado sociedades
para construcción de casas
que transforman los contornos
en importantes barriadas,
y el comercio, que es muy grande,
y el trabajo, que no acaba,
animan aquellas calles
limpias, elegantes, anchas,
y auguran para Alicante
muchoa suerte... y mucha plata.

El producto de la tierra
que tiene más importancia,
es la mujer (y perdone
el elemento con barbas).
Hay tan lindos ejemplares
paseando por la playa;
son las niñas tan graciosas,
tan elegantes, tan guapas,
que pueden dar á cualquiera
compatriota quince y raya.
Sólo encuentro una costumbre
que me parece muy mala;
pasean solas, no pueden
los chicos acompañarlas
sin ganarse un anatema
por tan gravísima falta.
De modo que, por recurso,
hay que emplear las miradas,
las sonrisas, los suspiros
que, al fin y al cabo, empalagan.
Nada de conversaciones
que extremen la confianza,
ni de retorcer las frases
para describir las ansias...
Así es que las pobres chicas,
tipos de belleza y gracia,
con tantas dificultades
¡yo no sé cómo se casan!

He visto las cigarreras
que salían de la Fábrica...
Los pitillos de Alicante
gozan merecida fama,
á pesar de que no creo
que la empresa arrendataria
dé mejores materiales
allí que al resto de España.
Me explico la preferencia
sólo porque los trabajan
las manos de aquellas mozas
que parecen circasianas.

Esto es lo que sé de cierto
de aquel pedazo de playa,
sitio encantador y alegre
donde el calor achicharra,
donde un estómago fuerte
no se resiste á las aguas
y sufre los horriblos
dolores de la gastralgia.
Sé que los alicantinos
son personas muy sensatas,
amables hasta el extremo
con las personas extrañas.
Me han tratado de tal modo
que, como una prueba, basta
decir que, por desventura,
tuve que ir á una farmacia,
compré cuatro ó cinco cosas
¡y no me cobraron nada!
(No quiero decir con esto
que todo es gratis, ¡caramba!
porque se iría á vivir
á Alicante toda España.)

En fin, creo firmemente
que con tales circunstancias,
una población tan linda,
una costa tan variada,
un ambiente perfumado
y unas mujeres tan guapas,
si por un solo momento
me hubiera dejado en calma
la fiebre que me retuvo
amarrado á la butaca,
¡hubiera allí disfrutado
de las delicias de Capua!

15 Octubre 1887.

XXVIII

AVILA

Señor Juez del distrito de... (el que sea
en el que fuere hallado mi cadáver.)
Siendo deber de todo ciudadano
evitar las pesquisas judiciales,
y en cuestiones de faltas ó delitos
confesar lo que sepa, si algo sabe,
yo, que seré la causa
de que usted se incomode y me levante,
voy á explicar mi muerte
para que no se busque al responsable
ni se emborronen folios y más folios,
describiendo mis pelos y señales.

Mire usted, señor Juez, yo tuve un día
una idea feliz: la de marcharme
á correr por España, tomar datos
y escribir unos cuantos disparates.

La cosa no iba mal. En la cartera
tenía treinta y tantas capitales
y el público, que es bueno,
premiaba con exceso mis afanes.

En fin, faltaba poco
para poner remate,
cuando héte, señor Juez, que se me ocurre
venir á esta ciudad á tomar aires,
y ¡aquí se acabó todo! ¡Adiós empresa,
suscriptores, cartitas y romances!
Me muero, sí, señor; no me asesinan
ni me clavo un puñal salva la parte,
¡me hielo nada más! Poquito á poco
se me introduce el frío por la carne,
la nariz tengo blanca, y en las venas
se va poniendo sólida la sangre.
No sé dónde caeré, porque esas cosas,
por fortuna ó desgracia, no se saben,
pero llevo esta carta en el bolsillo
para justificante,
y una cédula, á más de medio duro,
que contiene mis señas personales.

Advierto á usted, de paso,
que debe la tarea continuarse,
y que lea esta carta el compañero
que de escribir las crónicas se encargue,
para que diga de Avila, si quiere,
que tiene una muralla muy notable
y tan bien conservada, que parece
que está virgen de ataques.

Detrás de aquella mole, se levantan
casas formando calles
(como en todos los pueblos conocidos),
tortuosas, estrechas, designales...
dominadas por una
catedral sencillísima, elegante,
que no tiene la fama que merece,
y que á más de otras cosas admirables
encierra un buen retablo de El Tostado
que no puede decirse lo que vale.

Esta es la población. Las cercanías,
que tienen á una parte
los pedruscos pelados de la sierra
que el cierzo helado lame,
y á la otra los llanos de Castilla,
son, como todos saben,
tristes y frescas; ¡demasiado frescas!
como lo prueba mi apurado trance.

Dentro de aquellos muros hay muchachas
hermosas como arcángeles,
que se levantan pronto, van á misa,
toman el chocolate,
y se sientan detrás de los visillos
para ver al cadete cuando pase.

¡Los cadetes! ¡Mancebos distinguidos,
apuestos y elegantes,
que sufren el martirio inconcebible
de asistir á las clases
cuando el viento sutil de la mañana
los corazones parte!
Soldados que, al salir de la Academia,
después de los exámenes,
podrían conquistar impunemente
las regiones polares
sin temor á los témpanos de hielo
y sin necesidad de aclimatarse...

Si Avila no tuviera digna historia
de que quedan vestigios y señales,
bastaría ser cuna de Teresa,
la santa poetisa inimitable,
para ser acreedora del respeto
de todas las edades.

Nada más, señor Juez. Gracias por todo.
He puesto de mi parte
cuanto sé del suceso desgraciado
con el fin de allanar dificultades.
Ya no siento los dedos... soy perdido;
la vida se me escapa en un instante.
¡Muero pensando en Dios... y en un brasero
que no cabe en Madrid de puro grande!

29 Octubre 1887

XXIX

BILBAO

Esta gorra que traigo es mi escudo,
respetuoso me la quito aquí,
y con ella en la mano, os saludo
á mi Dios, á mi patria y á ti.

(Cantón del sitio).

Llego á Vizcaya. Viaje pistonudo,
¡un paisaje hasta allí!
Desciende sin cesar lluvia menudo
(como dicen aquí).
A riesgo de mojarme la cabeza
me descubrí la frente
y saludo entusiasta la grandeza
de esta ciudad valiente,
que resistió la lucha fatigosa
de un asedio tenaz,
regando con su sangre generosa
la oliva de la paz.

Bilbao es un encanto. La elevada
montaña le rodea,
y en medio, como cinta plateada,
la ría serpentea.
Fuera difícil encontrar un punto
de todo su circuito,
que no sirviera de sobrado asunto
para un cuadro bonito.
El puente principal, lleno de gente,
los bordes de la ría,
la costa pintoresca, el mar rugiente,
la eterna algarabía
del mundo comercial, que representa
la vida y la fortuna,
y que en esta ciudad crece y aumenta
tal vez como en ninguna.
Las fabricas que humean, los vagones
de diminutos trenes
que llenan de barricas y cajones
explanadas y andenes,
el nunca interrumpido movimiento

de lanchas y vapores
que agitan sin cesar el elemento
con rudos estertores...
y luego una ciudad tan aseada
que parece una perla
con cadenas de flores amarrada,
convitando á cogerla.

Bordeando la ría por la izquierda
se va á Portugalete
que, aunque sombrío ahora, me recuerda
ese lindo juguete
que pintan y describen los cronistas
(para que no los lean)
cuando hacen cuentecitos y revistas
de los que veranean.
Aquello es una cosa deliciosa,
¡fuente de poesía!
¡Muy hermoso aquel mar, y muy hermosa
la entrada de la ría!...

Saliendo de Bilbao por la derecha
y al pie de la montaña,
hay un ferrocarril de vía estrecha,
de construcción extraña,
porque parece cosa de chiquillos
¡y que corre de un modo
con sus estacioncitas, puentecillos
y túneles y todo!
Aquel es un camino pintoresco
por uno y otro lado,
y donde se respira brisa fresco
(que dicen en *Bilbado*).
De las Arenas á la playa bella
se llega por allí,
donde sé... que he bebido una botella
de rico *chacolí*.

Las alegres muchachas vizcaínas
son limpias como el oro,
y encantan con sus voces argentinas
de canario *sonoro*.
Cuando oigo de la fonda en el pasillo
charlar á una criada,
me parece escuchar á un jilguerrillo
que pía en la enramada.

—¡Eh, guardia!

—¿Qué te ofreses?

—¿Usted sabe

dónde está *El Noticiero*?

—¡Ara! ¿qué te sahrás? ¿Duda te cabe?
Sí que te sabes, pero...
no te recuerdas.

—¡Diablo que te lleva!

no salimos del paso.)

¿Y dónde vive don Antonio Trueba?

¿lo sabe usted acaso?

—¿Antonio Trueba? Conosido te eres;
te suena el apellido...

¡Trueba! Antonio de Trueba...

—¡Que si quieres!

—Si te eres conosido...

—Bueno; no se moleste. (Hicimos fiasco.)

Ya buscaré á los dos.

—Pues felís viaje.

—Adiós; escarrisco.

—Esteserasco. Adiós.

12 Noviembre 1887.

XXX

LUGO

Marusiña, marusiña:
Yo deseo ser maruso
de esos que van al mercado
caballeiros en los mulos
con la monteira á lo pillo
y la fajiña á lo tuno,
con realños por botones
y en el cinto medio duro
para mercarte un refaixo
con cenefiñas y puntos
y un pañuelo colorado
para que fagas un nudo
encima de la cabeza
y vendas conmigo á Lugo
y veas los soportales
de la plaza, que es el punto
á donde van los domingos
las doncellas de más lujo.

Allí verás cuántos mozos,
los más garridos del mundo,
luciendo calzones nuevos,
con el garrote en el puño,
gran sombreiro y almadreñas
con dos picos como chuzos,
requiébrante zalameiros,
relamiéndose de gusto,
y cuántas mozas rollizas,
coloradotas de suyo,
que te miran á la cara
con rabioso disimulo
porque no tienen los ojos
tan grandes como los tuyos.
Ya verás cómo te agrada
la linda ciudad de Lugo,
que con sus tres compañeras
de dialecto y de infortunio,
sufre el desdén de los otros
españoles testarudos.
Pensáronse que esta tierra
no tiene nada de gusto,
y despreciáronla todos
y se burlaron algunos.
Pero no les fagas caso,
que non se pone en lo justo
quién del terruño maldice
sin conocer el terruño.

Ya verás cómo te gusta
aquel cielo limpio y puro

sobre aquellas torreciñas,
y las chozas de pedruscos,
los tejados de pizarra
llenos de hiedra y de musgo,
y las calles, anchas, limpias,
y los callejos oscuros.
La gente, que fía siempre
á los colores el rumbo,
parece como bandada
de pájaros de otros mundos
que se agita pintoresca
picoteando en los surcos.
Pues, ¿y el muro? marusiña,
¿qué vas á decir del muro
que á la población rodea
como firmísimo escudo?
¡Cuánta pizarra! ¡Si vieras
como ha visto tu maruso
el paseo que hay encima
que es más ancho, de seguro,
que el pórtico de la iglesia
donde vamos á entrar juntos!
Se ven desde allí unos valles
que te van á gustar mucho.
Entre las pizarras crecen,
por la fojarasca ocultos,
pensamientitos silvestres
y claveliños menudos...
Aquéllo, más que muralla,
repaza mía, discurro
que es el borde de un conquiño
donde está metido Lugo.
¡Er fin, ya verás qué día
pasamos, si yo concluyo
de acostumbrarme á dar pasos
con almadreñas de chuzos,
aunque tengo la sospecha
de que nunca me acostumbro!

Llevaréte á Méndez Núñez
á tomar un café puro
para ver si te despejas,
porque eso despeja mucho,
y llevaréte á que luzcas
(porque así también me luzco)
en la plaza tu refaixo
y tu pañuelo con nudos.
Y después, en la campiña,
sentaditos en el musgo,
haremos en el canasto
de la merienda el rebusco,
comeremos tan contentos
dos tajadas y un mendrugo,
bebemos rica sidra,
si á ti te gusta ese zumo,
y entre inocentes retozos
y monadas y repulgos
pasarémonos la tarde
como dos ángeles puros.

Si hay romería en la ermita
y no te coge de luto,
irémonos en carreta,

de esas que rechinan mucho,
 á bailar dando brinquíños
 deshaciéndonos de gusto.
 Que á mí me sabrán á gloria
 los monótonos arrullos
 de la gaita, que parece
 que tiene el alma en el tubo
 y se queja de desdenes
 y de amoríos perjuros.
 Compraremos real y medio
 de avellanas y almendrucos,
 y, si quieres, de mis labios
 los cogerás con los tuyos.
 Si, lo que Dios no permita,
 se arma en el baile barullo
 y andan por alto las porras,
 las monteras y los puños,
 verás con cuánto donaire
 métome yo en el tumulto,
 y juego tan bien el palo
 como los mozos talludos.

Allá para la cosecha
 de las panochas, en Julio,
 en la iglesia del Concejo,
 oíremos la misa juntos
 con trapiños relucientes
 y en las espaldas el yugo.
 Y luego... pasaré el día
 con los bueyes en el surco
 mientras cuidas los terneiros
 y cueces el pote al uso.
 Guardaremos las oncinas
 en rincón seguro
 atadas en un pañuelo
 con catorce ó quince nudos,
 si es que yo aprendo á ganarlas
 cogiendo en la oliva el fruto
 ó segando con fatigas
 en Castilla el trigo rubio.
 ¡Y qué vida llevaremos
 respirando el aire puro
 cantando junto á la yunta
 con muchos eiros y uos
 poniéndonos colorados
 como pimientos maduros
 y diciéndonos ternezar
 y piropiños de gusto!
 ¡Y qué alegría tan grande
 cuando, viejos y machu-hos,
 tengamos llena la choza
 de zagalones robustos!

Esta es mi ilusión, rapaza,
 pecho al agua ¡y viva Lugo!
 Por eso deseo tanto
 sentar plaza de maruso
 y encaminarme al mercado
 con la monteira á lo tuno
 y la fajina, y el palo,
 y el dineriño, y el mulo,
 para comprarte el alaiño
 con ribetiños y puutos.

para que te envidien todas
 las mozas que gastan lujos,
 y tú, si quieres vengarte,
 las desprecies con orgullo;
 y para que si á tu oído
 me arrimo con disimulo
 y cogiéndote esas manos
 tan ásperas te pregunto:
 —Dime, ¿quíeresme, Maruja?—
 me contestes:—¡Sí, Farruco!
 (Hasta desbautizaréme
 para que me olvide el mundo!)

26 Noviembre 1887.

XXXI

BURGOS

A mto Cid Don Rodrigo
 de Vivar, sétimo cielo
 (donde le habrán afincado
 sus muchos merecimientos):
 Señor, si esta carta llega
 á vuestras manos de fierro
 y leárades las cosas
 que van puestas en el pliego,
 perdonad, buen Cid, á un home
 que, criado en otros tiempos,
 sin casco, junto á la nuca
 ni armadura por el cuerpo,
 á la cara osa fablaro
 cual si non fuérades muerto.
 ¡Por Dios que si fuérais vivo
 dejara el atrevimiento,
 por si mis buenas razones
 tomábais como denuesos!
 De cómo tenéis los puños
 de pesados y de recios,
 dar fe pudírame el Conde
 que, según el romancero,
 fuera, si non le matárades
 papá político vuestro..

Tócame facer cantigas
 del lugar de vuestros fechos
 y, mejor que á vos, á nadie
 en ley ofrecerlas puedo.
 Dicen los sabios de agora
 que vos sois un embeleco
 criado en la fantasía
 de los miedosos del pueblo,
 que vos cuelgan las fazañas
 que más les vienen á crento,
 y ni vos matásteis moros,
 ni acrecentásteis los reinos,
 ni casásteis con Jimen
 ni habéis nacido ni muerto.
 Que sólo fuisteis fantasma
 soñada por los guerreros,
 aumentada por las viejas
 y temida de los viejos.

En fin, que vos dieron fama
quimeras de aquellos tiempos,
y que los vuestros romances
ya no pasan en aquestos,
porque os achacaron guerras
como hoy achacan los ciegos
las agudezas á Sancho
y los chistes á Quevedo.
Yo, mío Cid, en las dudas,
á las crónicas me atengo,
y creo vuestras batallas
y vuestras victorias creo,
porque en Burgos se respira
vuestro poderoso aliento,
parece que la mesnada
con banderolas y fierros,
al son de roncós clarines
torna con marcial estruendo,
con su trailla de infieles
amarrados como perros,
y aquellas piedras del muro
que volver en triunfo os vieron,
grabados tienen encima
los rastros y los recuerdos.

Cuando agora llega un home
con la ansiedad en el pecho
á la perla de Castilla,
gala y orgullo del reino,
aquellas torres caladas
que se divisan de lejos,
coronando dinamente
el más rico monumento
que salió en remotos siglos
de las manos de arquitecto,
aquella antigua muralla
de que sólo quedan restos,
los campos, el aire, ¡todo!
le transportan á los tiempos
en que blandiendo la espada
terror de los sarracenos,
llenásteis de gloria el mundo
y las llanuras de huesos.
Pensárase que saldrían
á recibir al viajero
en vez de mozos de cuerda
turba de pajes y siervos,
tropa con hachas y escudos
y trompetas y escuderos...

Por desdicha, sólo quedan
para atestiguar los fechos
el solar donde vivisteis
con los parientes y deudos,
puertas, arcos, torreones,
mudos vestigios eternos
de aquel pelear de fieras
y aquellos homes de acero,
y un frío tan penetrante,
que hiela entrañas y tuétanos,
¡ya lo sabéis, porque vos
sentiríades lo mesmo!

La Catedral es la joya
que el ánima eleva al cielo;
no hay en el mundo palacio
del Señor más gigantesco...
labradas están sus torres
como el encaje flamenco,
cinceladas sus fachallas
por un buril de maestro...
grandiosa, sublime mole
de maravilloso aspecto,
que sobrecega y admira
causando asombro y respeto.
La ciudad ya no es lo que era,
que no en balde pasa el tiempo,
y aunque el Arlanzón la besa
ya no protege los cerros,
porque no quedan baiuartes
contra arietes y maderos,
y en vez de las aspilleras
se alza en su borde un paseo
lindo y fresco en el verano,
y más que frío en invierno.
Visten hoy los burgaleses
no militares arreos,
sino la folgada capa
y montera de pellejo.
Las burgalesas son aembras
fermosas de alma y de cuerpo,
como aquella que os dió ratos
tan horribles y tan buenos.
Y se face todavía
aquel riquísimo queso
que con candelal de la tierra
y un buen trago de lo añejo,
vos devolvía los bríos
perdidos en los encuentros,
al volver de la campaña
polvoreado y maltrecho.

Del otro lado del río
y en la picota de un cerro,
se levanta la Cartuja,
histórico monumento,
que en magnífico sepulcro
guarda de Don Juan los restos
y sirve á unos cuantos frailes
de albergue y de cementerio.
Y allá abajo, en la llanura,
se ve también el convento
de las *Huelgas*, gente noble,
importante en otros tiempos,
que agora sólo la sirve
á la historia de recuerdo.

Burgos es, considerada
con espíritu moderno,
una ciudad muy bonita,
con efreculos de recreo,
café, teatro, alamedas...
de conjunto pintoresco,
y en medio de esto, esa vida
que es vida de los que fueron
y que recuerdan en sombras

los campanarios escuetos,
los chapiteles calados,
los murallones deshechos,
los escudos carcomidos
en las casas y los templos...
(¡Perdón! ¡oh, Cid! se me olvida
que sois castellano viejo,
y me he dejado la fábula
escondida en el tintero)

Agur, mi buen don Rodrigo,
folgáreme yo en extremo
de haber dado á vuestra patria
los elogios que deseo
y de que al pasar la vista
no arrugáredes el ceño,
y mi homildoso romance
vos parezca cuasi bueno.

Rescebid aquesta prueba
de sumiso acatamiento,
vos, emblema legendario
del valor caballeresco,
y presentad en mi nombre
de paso los mis respetos
á mi dueña la hermosa
Jimena, cuyos pies beso.

10 Diciembre 1887.

XXXII

HUESCA

—¿Conque de Huesca viene usted ahora?

—Sí, señora, de Huesca.

—¿Y va usted á hablar algo?

—Sí, señora.

—¡Vaya un pueblo de pesca!

—¡Caramba! ¿usted qué sabe?

—Hombre, saber... no sé, me lo figuro.

¡Huesca! No se oye á nadie que la alabe,
ni habla nadie de Huesca, de seguro.

—Pero eso no es razón.

—Poco le falta.

—Si usted la visitara, sin embargo,
pronto vería en su desdén amargo
una injusticia que á la vista salta.

—¿A que va á resultar que es muy bonita?

¡Vamos, usted exagera

y defiende á las malas poblaciones
por si acaso la gente se le irrita
y se venga después á su manera
no comprando jamás las colecciones.

—Por Dios, doña Tomasa,

usted lo dice en guasa

porque en esa cuestión, precisamente,
la suscripción local se me resiente
y la prensa me atiza

por decir la verdad cada paliza...

Pero es que me subleva
que existan poblaciones ignoradas
mientras hay, sin motivo, quien se lleve
los bombitos, el caldo y las tajadas.

—Si el gran pintor Casado
(por desdicha del arte, ya ditunto)
no nos hubiera á Huesca recordado
de su obra maestra en el asunto,
nadie se acordaría
de que Huesca existía.

—¿Por qué, vamos á ver? No es que yo
[quiero

darla categoría de primera,
pero es como otras muchas capitales
que llaman poblaciones principales.
Tiene una Catedral, rara y sencilla
que verdaderamente maravilla,
y en aquella barriada
sobre una colinita situada,
todos los edificios, casi todos,
son, tal vez, anteriores á los godos.
¡Y figúrese usted, señora mía,
si tendrá poesía!

El Coso, que se extiende más abajo,
es una calle larga y espaciosa,
la vía del comercio y el trabajo
qué, cuando no haya barro, será hermosa.
(Esto lo digo porque estuve un día
en que ¡no sabe usted cómo llovía!)

Hay un barrio moderno
con casas espaciosas y elegantes,
y unas aragonesas incitante
que tienen en sus ojos el infierno.

Hay su café ¡de Fornos! con servicio
de achicorias, castañas y otras hierbas,
donde distraen los ocios del oficio
toda la guarnición y las reservas...

—¿Y eso de la campana?

—Verá usted, la campana es una cueva
donde con energía soberana
hizo el Rey Monje la terrible prueba.

—Sí, ya sé la leyenda de memoria;
y ¿qué se dice allí?

—No hay dafos ciertos
que ayuden á la historia.

Há poco, practicando excavaciones,
los restos se encontraron de dos muertos,
al parecer varones,
vestidos con riqueza,
y, lo que es importante, sin cabeza...

—¿Y el país?

—Verá usted, doña Tomasa.
Aquello es Aragón de lo más puro
que tenemos en casa:

franco, rudo, leal, noble y seguro.

El calzón, la alpargata y el pañuelo
el porrón y la manta.

firmeza en las pasiones, fe en el cielo
y una rudeza de expresión que encanta.

Allá en el Pirineo, anda la chesa,
la mujer varonil, fiera y criada
con puntas y ribetes de francesa,
que hace del campo la tartera ruda,
mientras el hombre suda lo que gana
burlando los cien ojos de la Aduana.

—¿Y no sabe usted más?

—Señora mía,

ya he dicho que llovía de una manera horrible, y de ese modo es tarea difícil verlo todo...

Baste decir á usted que todavía conservo el pantalón lleno de lodo.

—¡Jesús!

—Se asusta usted de pequeñeces.

—Es que habrá usted llegado hace una hora y en el tren... está claro...

—No, señora, ¡es que yo me cepillo pocas veces!

4 Diciembre 1887

XXXIII

VITORIA

Es tal la afinidad ó parecido que tienen las Provincias Vascongadas, que tengo que sudar la gota gorda para decir un ciento de palabras. Que me perdonen, pues, los vitorianos, y me den su perdón las vitorianas si abandono un momento el plan antiguo y me distraigo por los cerros... de Alava... Ya sé que guipuzcoanos y alaveses pretenden distinguirse de Vizcaya, y señalan muy bien las diferencias que deben existir, pues las señalan. Pero el viajero como yo, que llega, recibe la impresión, corre y se marcha, no puede descender á esos detalles que deben estudiarse con más calma. Ni es esa mi intención. Lo he repetido, y no creo faltar á mi programa. Conste, pues, que en Vitoria no he encontrado de típico y de *suyo* casi nada.

Una ciudad muy linda, tan alegre como un día del Corpus ó de Pascua, con su leve colina, donde airozas las torres de los templos se levantan rodeadas de calles tortuosas, callejones sin fin y escalinatas, con su barrio flamante con hoteles, magníficos paseos, calles anchas... ¡Bonita población! Quanto yo estuve, un sol de primavera la bañaba, cosa que ocurrirá muy pocas veces en un valle cercado de montañas. Y con aquella luz y aquí ambiente y aquella animación exagerada, se estaba allí muy bien; yo de Vitoria traigo buenos recuerdos... y me basta.

—
Por lo demás, ya sabe todo el mundo lo que son las Provincias Vascongadas: un país delicioso y pintoresco, que siempre pone el minero en panorama.

Por entre aquellos bosques, en la cumbre de aquellos altos montes, en las matas que bordan carreteras y caminos, parece que se forman los fantasmas de aquellos guerrilleros alaveses que tuvieron en jaque á toda España.

Tropa aguerrida y firme como pocas, anónimo montón de gente brava, que se hacía matar inútilmente por *mor* de defender la santa causa. Pero aquello pasó, no hay tales sombras, se enterraron las bombas y las balas, el fuego se apagó de la discordia y sólo queda allí la dulce calma, el tranquilo sosiego de los valles y el quejoso balido de las cabias... En vez de soldaditos con firsies, ocupados tan sólo en la matanza, trabajan los sencillos aldeanos con sus boinas azules ó encarnadas. Esto es lo más saliente de la tierra... ¡miento! las alavesas son muy guapas, fornidas, buenas mixas ¡y hay que verlas limpiar la habitación como quien baila, con los brazos en jarras sobre el talle, moviéndose á compás con mucha gracia y acompañando el paso con canciones de dulcísimo son, como baladas!

—
Lo que abunda en Vitoria, como restos del motín que, en el fondo, no se acaba, son curas y soldados, el contraste de las negras y graves hopalandas, con los trapos azules y encarnados de fieles defensores de la patria. Contraste que resulta doblemente porque le hace notable la amalgama.

—
Calle de la Estación ¡yo te bendigo! ¡con qué tranquilidad las horas pasan en la acera del sol, como unos reyes los que casi no tienen que hacer nada! ¡Y qué chicas tan lindas se pasean! ¡y cuánta animación! y cuánta... cuánta... no sé cómo decirlo. Esa alegría que se lleva consigo la montaña y que en una ciudad límica, elegante, ya sabemos de más cómo resalta, se nos mete allí dentro, y luego todo parece más bonito y nos agrada. Esto es lo que me pasa con Vitoria, y aquí os vengo á contar lo que me pasa. Cuando vayáis al mar en el estío á dejaros los cuartos en la playa, quedáos en Vitoria un par de días y luego, *in mente*, me daréis las gracias.

XXXIV

SEGOVIA

Como es sabido, tiene Segovia
predicamento con todo el mundo,
por el alcázar
y el acueducto.

Yo, sin embargo, tenía *escama*,
porque no ignoran los más palurdos,
que en estas cosas
se aumenta mucho.

Ya tantos chascos he recibido,
por hacer caso del rumor público,
que aunque ponderen
me callo y dudo.

Pero en Segovia no se exagera;
son el alcázar y el acueducto,
dos monumentos
morrocotudos.

Aquel gigante de tosca piedra
que admiran todos, sabios y vulgo,
parece solo
cosa de brujos.

Fasma que el hombre se atreva á tanto,
no se comprende que haya en el mundo
fuerza que pueda
dar el impulso.

Diráse al verle cruzar el valle,
firme y grandioso, sólo y desnudo,
sin más adornos
ni más tapujos,

que aquellos arcos tan atrevidos
son actualmente los restos únicos
de un pueblo inmenso
que en tiempos hubo,
sólo habitado por unos seres
extravagantes, grandes, forzudos,
que un cataclismo
tiró al sepulcro.

Y que hoy, en torno de aquella mole,
raza de gnomos muy diminutos,
plantó sus reales
y alzó casuchos...

Sabrán ustedes que el viejo alcázar,
desesperado, quemó un alumno,
que con la gracia
nos dió un disgusto.

Y hoy lentamente le reedifican;
pero aquí, en eso, somos *sesudos*,
por lo que espero
que tarden mucho.

Se alza imponente sobre una roca
como un valiente que enseña el puño
tosiendo fuerte
y echando *jumos*.

Sin la Academia de Artillería,
Segovia, acaso (no lo aseguro),
se contaría
con los difuntos,
pues aunque á veces se arman *jaranas*

y el cielo tiembla con los barullos
de los paisanos
y los alumnos,
donde hay cadetes hay alegría,
corre el dinero más de lo justo,
y tienen *ellas*
novio seguro.

Fara que nadie pueda aburrirse
(cosa muy fácil en este mundo),
y á más de chicas
de ¡viva el rumbo!
tiene un paseo bien arreglado,
cerca de casa, y al pie del muro:
red de teléfonos
para su uso,
café... medianos, y tres casinos
bien decorados, si no con lujo,
y allá en la plaza,
solos y mudos.

dos ó tres arcos de piedra blanca
que descomponen todo el conjunto,
y acaso al cabo
de veinte lustros
sirvan de base para un teatro
que está en proyecto desde hace algunos.

Tiene Segovia
típico y *suyo*
el traje airoso del campesino
que se conserva completo y puro
pero esto es cosa
de los dibujos.

¡Ah! doy las gracias á aquellos chicos
tan campechanos como ninguno
que me pagaron
copas y puros,
y exclamo al irme para la corte:
—Pues al dejarte tengo un disgusto,
¡patria de Bravo,
yo te saludo!

21 Enero 1888.

XXXV

TARRAGONA

La clásica barretina
ora azul, ora encarnada,
ya echada sobre la frente,
ya tendiéndose en la espalda,
recogida como un moño,
revuelta como una manta,
nueva ó vieja, sucia ó limpia,
chica ó grande, corta ó larga...
el calzón de pana verde,
calcetines y alpargatas,
la manta de rayas grandes,
ora á guisa de bufanda,
ora al desgair en el hombro,
aquí oficiando de capa,

y allá de manto romano
que se desciñe y se arrastra;
las rudas fisonomías
de los hombres que trabajan,
y el acento breve y duro
que caracteriza el habla...
ese es el sello invariable
de la tierra catalana.
Luego las hembras fornidas
cauberantes y guapas,
los campos fértiles siempre
á fuerza de azadonadas,
que el espíritu revelan
de los hombres que los labran;
el batallar del comercio,
el humear de las fábricas
y... (me voy haciendo cursi
como una niña romántica).

Tiene asiento Tarragona
sobre una cumbre escarpada
que domina el mar á un lado
y al otro la extensa sábana
de un valle muy pintoresco,
más alegre que unas pascuas.
Cuando tomo estos apuntes
son las diez de la mañana:
el sol ilumina espléndido
magníficos panoramas,
y si yo tuviera á mano
la inspiración que me falta,
pinceles maravillosos
y un lienzo de veinte varas,
copiaría el lindo cuadro
para llevármelo á casa.
Dejé en un día lluvioso
la Corte de las Españas
con su perpetuo barullo,
su viento del Guadarrama,
sus alegrías de talco
y sus fatigas de marca,
y con esto y el mareo
que produce el tren en marcha,
llegué aquí con la cabeza
lo mismo que una carraca.
Cuando desperté del todo
frotándome las pestañas
miré en torno, como el hombre
que ignora lo que le pasa,
y al escuchar estas voces
de que no entiendo palabra,
y al ver estas cataduras,
estos gorros y estas mantas,
y al sentir sobre mi cutis
de aceituna sevillana
tibio el beso de la brisa
que sube desde la playa
(otra vez cursi), creí
que había muerto de rabia
escuchando algún *pateo*
de los que ahora me largan...
(¡largan; esto es de mal gusto)

y Dios, en premio á mis ansias
me concedía el permiso
de ver el cielo en semblanza.
Junto á un pretil, colocado
en una especie de rambla
con el ancho mar enfrente
y la ciudad á la espalda,
y entre gente marinera
que fuma en pipa y que charla,
gozando como un bendito
uso la divina gracia.
Allá abajo, muy abajo,
las olas, hoy escrespadas,
baten las rocas del puerto
y hacen bailar á las barcas.
Se dispersa por los muelles
multitud abigarrada,
mientras las dos estaciones
de ferrocarril se mandan
mutuamente sus presentes
de vagonetas cargadas.
Entre la playa y la cumbre,
como quien dice, en la falda
de la colina, el presidio
con sus garitas y guardias,
sus patios destartados
y su vecindad forzada
que toma el sol buenamente
pensando en las musarañas.
Dentro del puerto los buques
con las velas desplegadas,
y trapos de mil colores
extendidos en las jarcias
para que el sol, si le place,
vaya evaporando el agua
que les cayó de las nubes
en las dos noches pasadas.
A la derecha, la calle
de la Unión, estrecha y larga,
que bordeando el repecho
va desde el puerto á la Rambla
de San Juan, lindo paseo
que cierran buenas fachadas
y donde, hasta que me marche,
tienen ustedes su casa.
De la ciudad á bahía,
el tranvía sube y baja
avanzando lentamente
con barro hasta las ventanas.
Y el movimiento incesante
de encantadoras muchachas
que van con la cesta al brazo
recogiéndose la falda;
los operarios del muelle,
los horteras, las criadas,
dan á esta calle el aspecto
de una boa extraordinaria
que se aproxima ondulando
á remojarse en la playa.

Detrás está Tarragona,
una respetable anciana
que conserva los vestigios

de las edades pasadas,
 en aquellas justamente
 celeberrimas murallas
 que juzgan las gentes obra
 de mitológica hazafia:
 en su catedral severa,
 y en sus montones de casas
 agrupadas sin concierto,
 callejos, escalinatas
 y todo lo que distingue
 los pueblos viejos de España.
 Excuso decir que el todo,
 aunque no goza de fama,
 es pintoresco y alegre
 y le da á cualquiera ganas
 de ponerse barretina,
 echarse al hombro una manta
 y aprender el martilleo
 de la lengua catalana,
 que acaba por ser muy dulce
 empezando por ser áspera.

Es el camino de hierro
 que, partiendo de la playa
 va derecho á Barcelona
 con los rails junto al agua,
 la vía más deliciosa
 que yo me he echado á la cara.
 No hay litoral más hermoso
 ni aun en las costas de Italia
 cantadas por los poetas,
 y que he visto... en las estampas.
 A un lado el Mediterráneo,
 á otro lado la montaña,
 por doquiera pueblecitos...
 aquello es un panorama
 que se renueva á medida
 que el monstruo de hierro avanza.
 Aquí las rocas abruptas,
 allá la selva cerrada,
 más allá los pescadores
 que, en grupo animado, sacan
 las redes en donde, presos
 los pececillos de plata,
 se despiden de este mundo
 dando brinquitos de rabia...
 ¡Otra vez me he puesto cursi!
 ¡Los pájaros, la enramada!...
 ¡El crepúsculo, las flores!...
 ¡Que Dios me tenga en su gracia!

4 Febrero 1888.

XXXVI

PAMPLONA

Era el antiguo reino de Navarra
 terror de la morisma
 de alfanje y cimitarra,
 que del fiero león bajo la garra
 distintas veces se rompió la crisma.
 Y no hace muchos años

podieron admirar propios y extraños
 (es decir, nacionales y extranjeros)
 el valor innegable,
 los ímpetus guerreros
 de aquel soldado hercúleo y formidable
 que lucía su arrojo en la terrible
 carga á la bayoneta,
 remangada hasta el codo la chaqueta
 y atacando con furia irresistible.

Prueba segura, cierta y demostrada,
 de que no está la raza decadente
 y es el pueblo navarro tan valiente
 como en la edad pasada.
 Puede, pues, la nación estar segura
 de que nunca extranjeras invasiones
 turbarán mucho tiempo su ventura,
 mientras sepan aquellos batallones
 tomar á navajazos los cañones.

Por extraño contraste, que no explica
 ninguna ciencia humana,
 la nación que á la guerra se dedica
 suele ser en las artes soberana.
 Todo pueblo en las armas floreciente
 ha llevado la palma del progreso,
 aunque parezca eso
 asunto por esencia diferente.
 Pamplona es un ejemplo muy patente.
 Una brillante tropa de escritores,
 músicos y cantores,
 honrará aquella tierra eternamente.
 Músicos sobre todo. A la armonía,
 reflejada en sus bailes y sus jocs,
 dedican entusiasta idolatría,
 y cualquiera diría
 que tienen el instinto de las notas.
 En que más y el que menos, toca ó canta
 que es una maravilla...
 ¡privilegio de oído y de garganta
 que parece una cosa muy sencilla!

Y entremos en Pamplona.
 Respetable muralla la aprisiona
 fuerte, triste y sombría,
 y oculto en la garita el centinela,
 aburriéndose vela
 como si cualquier día
 se temiera un asalto todavía.

Las desnudas troneras
 causan el miedo de ataud vacío;
 y abajo, junto al río,
 se forma un centenar de lavanderas.
 Allá lejos, muy lejos,
 limita el horizonte
 la silueta del monte
 que del sol se adivina en los reflejos.
 (Y, yo no sé por qué, se me figura
 que ha salido la frase un poco oscura).
 Son los alrededores
 imagen de los llanos de Castilla,
 ó, empleando el argot de bastiones,
 "decoración de campo muy sencilla."

Y empiezo á relataros lo que encuentro en la ciudad por dentro.

Una plaza Mayor, que es un cuadrado de tales dimensiones

que podrían formar diez batallas y un escuadrón ó dos en cada lado.

Yo no recuerdo nada semejante; en fin, que si la miro fijamente, me parece un kilómetro distante la fachada de enfrente.

La Catedral, magnífico edificio, severa y sencillísima en exceso,

que tiene un frontispicio igual que la fachada del Congreso. Los claustros son notables

por sus arcos airosos y atrevidos y por ciertos recuerdos venerables

que están en sus rincones escondidos. Las calles son correctas y cuidadas,

y no están animadas, porque hace un frío atroz, y corre un viento que hiela los vapores del aliento.

Extrañarán ustedes, de seguro, que á más del centinela, el río, el muro, la Catedral, la iglesia, la guitarra y la jota navarra,

no les diga algo nuevo de Pamplona... porque un olvido así no se perdona.

Fero es que con el roce de los años los rasgos especiales se han perdido, y no hay tipos extraños diferentes del mundo conocido.

Sólo conserva el valle del Roncil carácter especial...

pero yo no he pasado por el valle, y será más prudente que me calle.

18 Febrero 1888.

XXXVII

LOGROÑO

Sagasta y Espartero, dos glorias de Logroño, y entrambos adalides del grupo liberal, merecen que en la villa del oso y el madroño yo busque una cadencia patriótica y marcial.

La causa del progreso se afirma en la Rioja. Por eso allí se tiene seguro el porvenir, y el clásico pimientito, de pura sangre roja, parece un gorro frigio que no hay más que

[pedir.

Nos trajo las gallinas el buen don Baldo-

[mero

que el golpe de puntilla pegó á la reacción, y sigue su sistema don Práxedis primero, sistema que acentúa... si está en la oposición.

Sagasta y Espartero serán para Logroño motivos suficientes de patria vanidad, hasta que aquellos campos nos den otro retoño del árbol floreciente que da la libertad.

Y ya que estoy hablando de frutas y de flores,

haré cumplido elogio del vino del país, que en opinión de muchos y finos catadores supera al Jerez seco y al mismo triple añis.

Acósome, señores, de no estar enterado y no ilustrar el tema también con mi opinión; pero en cuestión de vinos... estoy muy deli-

[cado

y el cáncer me amenaza con garras de león.

Logroño es muy alegre, la gente campechana, el Espolón semeja retazo de un vergel, abundan los soldados, y ¡hay cada riojana con labios como guindas que deben ser de miel!

El Ebro, murmurando, le riega las campiñas sin el menor cuidado de hacerlo bien ó mal, y agradecidas luego las huertas y las viñas reparten por el mundo sus frutos sin igual.

Por dos soberbios puentes se cruza el ancho

[río,

dos obras colosales, sin exageración, sobre todo el de hierro, ¡de padre y señor mío! que puede ser orgullo de toda la nación.

La inmensa Colegiata, con dos torres hermo-

[sas,

que abre á la misma Plaza su puerta prin-

[cipal,

posee en arquitectura labores primorosos, y tiene pretensiones de buena catedral.

La casa del caudillo de las tropas cristinas que se pasó la vida batiendo á la facción, está frente á un convento de monjas Agustinas, y tiene en la fachada su heráldico blasón.

Confieso mi delito. Pensaba que en Logroño era el aburrimiento, cruel enfermedad, y entré con ese miedo de recluta bisoño, que lleno de temores asalta una ciudad.

Morrocotudo chasco, del cual me felicito. Acaso en muchos meses me aburriría allí, pero á primera vista me pareció bonito y á poco más suspiro el día en que salí.

Tocóme por patrona, si así llamarse puede, una muchacha linda, más rubia que la mies, que está muy enterada de lo que allí sucede y entiende de piano, y acaso de francés.

Coní con oficiales de varias graduaciones, que hablaron de tertulias, de juegos, de billar, de toros, de ejercicios, de chicas, de galones, de todo lo que forma la vida militar.

Por unos y por otra, deduje en consecuencia que viven en familia las gentes por allí, que ven pasar los años sin cargos de con-

[ciencia,

y si hubo paraíso, debió de ser así.

Paseos y tertulias, cafés y reuniones, á ver pasar la tropa, y á portales después. Esto es lo que me dijo con muchas digresiones la hermosa patroncita, más rubia que la mies.

De trajes y costumbres... la jota y la gui-

[tarra,

la gorra y el pañuelo, la manta y el calzón; en fin, por una parte recuerdos de Navarra y por el otro lado detalles de Aragón.

Con esto me parece que todo está descrito, y si algo me faltara, que si me faltará, perdone la Rioja; pero no necesito decir que el pobre numen se va agotando ya.

Logroño me ha gustado. Lo digo francamente, no porque sea grande ni bella población, sino porque el conjunto, mirado de repente, venciera, cual la mía, cualquiera prevención.

Por poco se me olvida. El héroe de Lu-chana tiene allí un monumento, carísimo quizás, porque es muy generosa la tierra riojana; mas creo que Espartero merece un poco más.

Allí falta una estatua. Del modo que está ahora resulta desairado y pobre el panteón; que ponga en él el arte su mano creadora y quedará de fijo precioso el Espolón.

Punto final. Los versos resultan muy ramplones. Al arrojar la pluma saludo muy cortés a aquellos oficiales de varias graduaciones, y a aquella jovencita más rubia que la mies.

3 Marzo 1888.

XXXVIII

SAN SEBASTIÁN

La capital de Guipúzcoa, más de fama de linda, tiene, como ustedes saben, carácter cosmopolita. Es española por sangre y por gracia, y por justicia, pero sería lo mismo francesa, italiana ó suiza. Tuvo la moda tirana el capricho de elegirla, y allá la llevó el dinero que en el verano se tira, la dió el sello del buen gusto, la vistió de telas finas, la aderezó con brillantes y con mujeres bonitas, y así dobló el atractivo de su hermosura nativa. Por estas razones, y otras que me calló por sencillas, yo paso la pena negra sudando gotas de tinta para buscar algún rasgo que la pinte y la distinga

San Sebastián es el cero de una ruleta magnífica donde va á parar la bolsa de las gentes distinguidas que juegan á darse tono y á no mirar lo que tiran. Con la fiebre del dinero Madrid consume la vida y en los negocios las fuerzas se gastan y se aniquilan. San Sebastián, cariñoso, tranquilo sosiego briado y allí acechan centenares de patronas y fondistas, que hacinando á los viajeros les estrujan y les pinchan hasta que sueltan el jugo que amontonó la codicia. Es, pues, la corte retorta donde el oro se liquida y va á parar á la playa por ocultas cañerías.

¿Merece esta preferencia sobre las otras provincias? Creo que sí la merece y allá voy á describirla.

En primer lugar, el viaje halaga la fantasía; porque es de lo más hermoso que puede gozar la vista aquel panorama espléndido de las montañas altísimas; los caseríos sembrados á granel en la campiña, el bosque apretado, el río que juega, salta y se riza, y los trajes pintorescos de aquella gente sencilla. Yo fui de Bilbao, por tierra, y juro á Dios que aquel día me dió muchísima rabia no tener alma de artista. Después, la ciudad ocupa una posición magnífica; es moderna casi toda con hermosas y anchas vías, paseos de primer orden, hoteles de gente rica, cien edificios soberbios, aire puro, fresca brisa, y una playa á cada lado, las dos entre sí distintas. La Zurriola, ruda y fuerte. Las olas allí bravías con estrépito se rompen, se arquean, rugen y trincan. La Concha..., pero la Concha merece que la describa cualquiera pluma que tenga más salero que la mía. Frente á la boca del puerto

que allá lejos se divisa,
se alzan bonitos hoteles
formando correcta fila;
delante de sus fachadas
del sólido muro encima
el paseo, más abajo
la playa alegre y tranquila
donde juegan con los cubos
y buscan conchas las niñas
y... donde las madrileñas
enseñan cosas divinas
cuando salen tiritando
á meterse en las casillas.
A la derecha jardines,
allá la ciudad antigua,
y entre el *boulevard* y el puerto,
aspirando las delicias
de la mar y de la tierra
que gratis se las envían,
el suntuoso Casino
que las guarda, las alquila
y las vende luego caras
á todo el que se las pida.
Nada digo del Casino,
porque todo lo que diga
es tortas y pan pintado
si ustedes no lo visitan.
Aquello es regio. Es el lujo
llevado á la esencia quinta
(no escribo á la quinta esencia
porque el verso me lo priva).
Las puertas de aquel palacio
no admiten categorías,
ven una bolsa repleta
y se abren ellas solitas;
¡acaso cuando se cierran
sale la bolsa vacía!
Desde sus esbeltas torres,
miradores, galerías,
balconcillos y terrazas
tal se recrea la vista,
que no hay quien al separarse
no llore á lágrima viva,
sólo que lloran algunos
por razones muy distintas...

—
El *boulevard* es bonito.
Hay que verle al mediodía
cuando, en pelotones, salen
las guipuzcoanas de misa,
para probar que en el Norte
hay también muy buenas chicas
que el *chacolí* es mi delicia
de las cataduras físicas
que en figura de mancebos
en verano las visitan.

—
Voy á advertir una cosa
que acaso á alguno le sirva.
No sé si otra vez he dicho
que el *chacolí* es mi delicia
y que lo prefiero á todos

los productos de las viñas.
Pues bien; al tomar asiento
para empezar la comida
dijeme: ¿dónde mejor
que en la tierra en que se cría?
y llamé á la camarera
y pedí una botellita.
Renuncio á pintar mi asombro
(esas cosas no se pintan)
cuando vi, al pagar la cuenta,
que mi capricho valía
¡dos pesetas justamente,
perra sobre perra chica!
¡No vuelvo á probarlo en todo
lo que me queda de vida!
He contado este detalle,
aunque nada significa,
para que ande todo el mundo
con mucho ojo en lo que pida.
Sin embargo, francamente,
y para hablar con justicia,
por más que todo se paga
y todo consta en la lista,
San Sebastián es un pueblo
que honra á España... y á sus Indias,
bonito, alegre, elegante,
con esa coquetería
de las ciudades modernas,
que atrae, encanta y anima,
y es preciso visitarle
(si es posible, sin familia),
aunque uno se deje en prendas
los puños de la camisa.
¡Son tan hermosas las playas,
las mujeres tan bonitas
y tan graciosos los niños
y tan remonas las niñas,
con sus boinas y sus lazos
y sus flores y sus cintas,
que hasta el excesivo precio
del a habitación se olvida!
Además, cuando las damas
con aquellas manos lindas
ponen un billete á negro
tomando la alternativa,
¿quién se acuerda ya del mundo,
ni de penas ni desdichas?
Conque... hasta el próximo estío
y que de salud nos sirva.

17 Marzo 1888.

XXXIX

SEVILLA

¡Oh, gran Sevilla,
Roma triunfante en su mayor alteza!
CERVANTES.

Comprendo á los artistas andaluces,
que inspirados, valientes y gallardos,
son pródigos de aromas y de luces
y de esencias de rosas y de nardos.

La guitarra, el azahar, la manzanilla,
la danza sin rival, suave y coqueta,
las mujeres de ruego... eso es Sevilla,
y eso es lo que resalta y maravilla
en el barro, el papel y la paleta.

Aviso á los señores forasteros
que no me tachen de alabarla tanto
si á los pasos primeros
tropezan con la hiel del desencanto
(como dicen los vates lastimeros).

Porque tiene Sevilla un doble fondo
y hay que ver muy despacio lo que encierra,
casi tan hondo como el cante jondo
que ha prestado carácter á la tierra.

El pueblo sevillano,
como pueblo no más, como recinto,
es un montón de casas sobre un plano
musulmán con retoques de romano.
revuelto y desigual. Un laberinto.

Y así, á primera vista,
no es extraño que el alma se acobarde
creyendo que aún no ha hecho la conquista
el Rey Fernando el Santo, que Dios guarde.

¡Error de los errores!
Sólo en aquellas calles tan estrechas
se aspiran los perfumes de las flores,
y rebosan la gracia y los amores
en sentidas endechas...

Ahí es donde encuentro
la explicación sencilla
de que el dichoso que la ve por dentro
se quede enamorado de Sevilla.

Si yo fuera andaluz, si yo tuviera
la inspiración brillante
quo del Betis se eria en la ribera.
y aunque espléndida á veces, exagera,
no parece que dice lo bastante,
entonces os diría
cuál es el manantial de poesía
que todo lo embellece
y con el cual subyuga y enloquece
la hermosa capital de Andalucía.

Pero á falta de pan, buenas son tortas,
lo diré sin ceceo, en castellano,
y en las frases más cortas
que me pongan las musas á la mano.

Es aquello la magia del perfume
y el torrente de luz y de armonía
que luego se condensa y se resume
formando el *no sé qué* de la alegría
que, partiendo del barrio de Triana
de la gente gitana,
juguetea en las márgenes del río,
y atravesando el puente
anima aquel sin fin de callejuelas,
y estalla en las mujeres de trapío
de sangre mora, ardiente,
que piden al andar las castañuelas.

Es el patio andaluz, lleno de flores,
de aroma y de armonía,

donde incita el misterio á los amores,
y donde puso notas y colores
la diosa que inventó la poesía.

Es el rico tesoro
de sueños y grandezas
que en sus gotas encierra el vino de oro
que por igual calienta las cabezas
del más encopetado señorito
que se emborracha en casa de *Juanito*,
y el más humilde obrero
que jalea á las ninfas del *Burrero*.

Es aquella Giralda, aquel gigante
airoso como *jembra* sevillana,
que enseña un paraíso deslumbrante
desde cualquier ventana;
y el alcázar aquel de filigrana
donde en prolijas y sin par labores
derrochó sus primores
toda la esplendidez mahometana.

Es el Guadalquivir que va ondulando
como enorme culebra (1),
y se aleja cantando
un aire del país, típico y blando
cuando en los buques, al pasar, se quiebra.

Es el paseo aquel de las Delicias
la vía interminable, encantadora,
á quien dan las primicias
de su fecundo amor Céfiro y Flora...

Es la venta Eritaña,
donde se abrasa el alma de cualquiera
cuando se choca la repleta caña
con la de una *agradable* compañera.

Esto es Sevilla y este el fundamento
de que sea su esclavo eternamente
quien la goza un momento;
¡y el que dijere lo contrario miente!
como decía el andaluz del cuento.

31 Marzo 1888.

XL

GERONA

De noche entré en Gerona. ¡Hermosa noche
para cuadro de trágicas leyendas!
La lluvia torrencial, el viento fuerte,
quebrándose al pasar por las callejas,
parecía evocar, en los escombros
de las murallas rotas y deshechas,
las sombras de los héroes de la lucha
que admiraron al mundo en su epopeya.

Callejones oscuros, intrincados;
retablos con faroles y candelas;
por todas partes arcos, hornacinas,
rampas, encrucijadas, escaleras,
y todo silencioso, todo triste,
y dominado por la mole inmensa
de aquella catedral severa, hermosa,
levantada en la cumbre de la cuesta.

Iluminan los restos venerables
los resplandores de la luz eléctrica

(1) ¡Lagarto, lagarto!

que las viejas estatuas acarician
recreándose acaso en su belleza.
No hay nada más fantástico, más grande,
más lleno, al par, de majestad soberbia.
Parece que el espíritu del siglo
con la antorcha en la mano, evoca, enseña
la página sublime de la historia,
timbre de orgullo para España entera.

Se sobrecoje el ánimo; el grandioso
Miserere de Becquer, se recuerda,
y entre las peñas del cercano monte,
sordos rumores y lamentos sueñan,
como si locos, ébrios de coraje
y obedeciendo al toque de corneta,
diez batallones de franceses muertos
se lanzasen de nuevo á la pelea.
Surgen de los sepulcros, de las calles,
de las entrañas mismas de la tierra,
como si voz potente les mandara
rechazar el asalto á viva fuerza,
los bravos que en el sitio de Gerona
sucumbieron al hambre y la miseria.
Esqueletos de frailes con capucha
que el fusil amartillan mientras rezan;
paisanos con la manta sobre el hombro
con gorro catalán la calavera,
que hacen temblar el arma, obedeciendo
á los desnudos huesos que la aprietan.
Callada multitud que se dispone
á presentar sus pechos en la brecha
y á morir otra vez, si es necesario,
para salvar la santa independendencia.

.....
A poco la ilusión desaparece.
Vanse las sombras, los rumores cesan;
del misterioso y lúgubre combate
sólo perennes los vestigios quedan,
los siniestros boquetes en el muro,
el silencio terrible en las callejas,
y algo así como ruido de cañones
que imita el vendaval allá en la sierra.

Y sigue el chaparrón copioso y recio,
y duerme la ciudad á pierna suelta.

—
Gerona no es un sitio de recreo,
ni allí se encontrarán *mises* inglesas,
ni gomosos de cuello almidonado,
ni gente que, ante todo, se divierte.
Es ciudad de recuerdos, de contrastes,
de grande y sin igual magnificencia
para el que pueda ver la poesía
en cada callejón y en cada piedra.
Oculta de la patria en los confines,
rodeada de montes, se conserva
con todo su carácter, con sus tipos
y su historia brillante y sus leyendas.
El río Ter la cruza, y en sus aguas
las mugrientas paredes se reflejan
de aquellos caserones que el cimiento
en lo profundo de su cauce entierran.
No puede imaginarse el bello cuadro
que desde aquellos puentes se presenta,

ni el conjunto especial y pintoresco
de sus enervicijadas y revueltas.
Un artista que entienda de colores
(supongo que habrá algunos que no entiendan),
allí de inspiración tiene una mina,
que ninguno ha explotado por pereza,
en los antiguos muros derruidos
las calles leberfínticas y estrechas,
los soportales bajos, ¡todo aquello
que parece escenario de consejas,
evocado ante el mundo de los vivos
por los reflejos de la luz eléctrica!

Si adoráis lo fantástico, lo grande,
lo que habla al corazón... y á la cabeza,
y queréis que, por magia, resuciten
los anónimos héroes de la guerra;
si queréis conocer las barretinas
y los enormes zuecos de madera,
visita á Gerona. Está muy lejos,
pero bien vale ¡vive Dios! la pena.

14 Abril 1888.

XLI

HUELVA

Aquellas patillas
de boca de jacha,
que dan un aspecto
terrible á la cara;
los hombres tostados,
las hembras gallardas,
con ojos de fuego,
con luengas pestañas;
un cielo sin nubes,
un sol que áchicharra;
la inmensa bahía
de límpidas aguas,
donde entran los carros
de carga y descarga;
los rudos marinos,
los pillos de playa,
las casas pequeñas,
brillantes y blancas...
aquello es un cuadro
que tiene su marca
de espléndidos tonos
de luces variadas,
y allá en la retina
se mete y se graba.

La gloria de Huelva
reside en la Rábida;
de humilde convento
la celda la guarda
y allí la venera
la historia de España.
De aquel rincónito,
florón de la patria,
con rumbo á regiones
ignotas, lejanas,
partió la escuadrilla
que había de darla

dominios inmensos
 en tierras extrañas.
 Si América tiene
 potentes escuadras,
 dinero á montones,
 campañas pobladas,
 ciudades hermosas
 y mil otras gangas,
 al puerto de Palos
 le debe las gracias,
 Y no porque fuera
 su idea tan amplia,
 sino porque el germen
 llevóla en sus barcas
 y ahora da un fruto
 que nadie soñaba.
 Los aficionados
 que de todo sacan
 consideraciones
 de suma importancia,
 discutan, si quieren,
 en libros y en aulas,
 si aquella aventura
 se debe á la magia
 y fué la conquista
 casual ó pensada.
 Yo solo, por Huelva
 cruzando en mi marcha,
 registro la historia,
 recojo esa página,
 y voy á otro asunto
 después de apuntarla.

Las minas de cobre,
 que para las arcas
 de quien las explota
 son minas de plata,
 han sido hace poco
 motivo de charla
 de riñas, de pleitos,
 y, en fin, por desgracia,
 también de terribles
 sangrientas etapas.
 Parece que aquellas
 colinas peladas
 que encierran tesoros
 allá en las entrañas,
 también son el foco
 de insalubres miasmas
 que dañan al hombre
 y agostan las plantas.
 Los miasmas se elevan
 entre nubes pardas,
 se queda el tesoro
 y el *detritus* marcha.
 A cientos las bocas
 los hombres se tragan
 anónimos héroes
 del pico y la pala
 que allá en lo más hondo
 pacientes trabajan
 y lejos del mundo
 la vida se gastan

cual gnomos gigantes
 que ejercen la magia
 robando al abismo
 las joyas que guarda...
 ¡Y luego Inglaterra
 las vende ó las cambia!
 Riquezas enormes
 nos llevan de casa,
 por nuestra pereza,
 las gentes extrañas.
 A Huelva las minas
 le dan importancia,
 y no hay más que verla
 sólo de pasada,
 para hacerse cargo
 de la inglesa marca.
 El inmenso muelle,
 magnífica fábrica,
 el mejor de todos
 los puertos de España,
 donde los vagones
 repletos descargan
 el rico producto,
 revela á las claras
 que aquellas acciones
 están siempre en alza.

El hotel *Columbus*
 (en latín se llama
 sin que hasta la fecha
 yo sepa la causa),
 es un edificio
 digno de su fama.
 Preciosos jardines,
 magníficas salas,
 servicio brillante
 de corbata blanca,
 todo muy correcto,
 muy limpio, muy... ¡vaya,
 que cuestan dos reales
 dos pliegos de cartas!

Para los ingleses
 hicieron la casa,
 y resulta... inglesa
 pero un poco cara.

Los que tengan onzas
 y quieran gastarlas
 pasando tranquilos
 una temporada
 en un clima hermoso,
 que á Huelva se vayan,
 que es donde el invierno
 más breve se pasa.

Tendrá la alegría
 que infunde la playa,
 y el dulce sosiego,
 la paz y la calma
 que en sí lleva toda
 ciudad apartada
 de los grandes centros
 y las agazaras;
 las verdes campiñas,

las casitas blancas,
la vista del puerto
más grande de España,
tanto que no puede
verse la mar alta
que está, según datos,
á larga distancia,
tendrá aquella fonda
que ha puesto la raya
en trato exquisito,
confort y elegancia,
y ardientes y hermosas
mujeres gitanas...
(las tendrá, entendámonos,
para contemplarlas),
y al pedir las cuentas
el día de marcha,
las traerán en una
bandeja de plata,
y tendrá una dulce
sorpresa al pagarlas.

Yo he pasado en Huelva
las horas muy gratas,
y para amoldarme
á las circunstancias,
jago la promesa
de al llegar á casa,
dejarme patillas
de boca de *jacha*,
y lanzo un *jipío*
con *toitica* el *arma*.

28 Abril 1888.

XLII

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Como Venus nació de entre la espuma,
símbolo del amor y la belleza,
surgieron sobre el mar, entre la bruma
sacando la cabeza,
unas islas hermosas y fragantes,
bandadas de palomas
(como decían los poetas antes),
con diademas de perlas y diamantes
y ambiente de perfumes y de aromas.
España las tomó por dicha suya,
y, como todo lo que toma España,
no es de extrañar que el pueblo las incluya
en el reino sin fin de la patriaña.

(El párrafo ha salido medianía
y no he dicho al final lo que quería;
lo escribiré más claro, si es posible,
á ver si logro hacerlo inteligible.)

Es muy común creer que las Canarias
son islas solitarias,
rocas negruzcas de granito y hierro,
tan inhospitalarias
que sirven nada más para destierro.

¡Y vea usted las cosas!
Son las islas Canarias tan hermosas,

que el Supremo Hacedor en ellas quiso
poner la imagen fiel del Paraíso.

Un pedazo del Africa, el más bello,
el más exuberante de alegría,
con el mágico sello
formado en el troquel de Andalucía,
arrancado del lienzo por sorpresa
y arrojado al azar en el abismo:
eso es Canarias, Santa Cruz es ésa,
y el que la vea pensará lo mismo.

Es colosal tarea
la de dar en cien versos una idea
de aquel prodigio inmenso de hermosura.
Desde cada azotea
se alcanza un horizonte de verdura
que entrega sus aromas al ambiente
y da perfume y vida eternamente.
La mar, que la rodea,
mezcla aquella armonía sus rumores
y reúne el vaivén de la marea
sus auras al perfume de las flores.
La enorme cordillera de Orotava,
cuya mole gigante
en su cadena de oleaje esclava
saluda á gran distancia al navegante;
el valle pintoresco que se tiende
en la falda del monte reclinado
y fascina y sorprende
cómo vergel magnífico encantado;
la dulce sencillez de los isleños,
que recuerda los pobres caseríos
del Miño ribereños...

los bosques, las montañas y los ríos...
juntas, en fin, para mayor delicia,
Granada, Baleares y Galicia.

Costumbres patriarcales,
habla dulce, simpática y graciosa
y auras primaverales
bañadas en la esencia de la rosa.
¿Queríais más aún? Pues quedan luego
las hembras de belleza soberana,
con la mirada lánguida y el fuego
de la tierra africana.
Todos los empleados
que á ganarse la vida
se van á las Canarias destinados,
se casan en Canarias en seguida...

Santa Cruz es preciosa, una monada,
como dicen ahora;
por lo cual es sin duda visitada
por ese mundo inglés, que no hace nada,
y visita y admira lo que adora.
Y olvidando la célebre paliza
que aplicaron á Nelson los canarios,
sus libras va regando, y sublimiza
con ellas los jardines solitarios.

La intrusión extranjera
acaso logrará que conozcamos
a toda su importancia verdadera

aquella joya de que somos amos,
y entonces la nación hará justicia...
y en la cuenta caeremos con delicia.

La cochinilla, fuente de riqueza
y de inmenso valor en el mercado,
ha recibido un golpe malhadado
que ha partido á Canarias, la cabeza;
pero si en mí consiste,
juro y prometo á tan amable gente
que caerá la anilina de repente
y tendrá menos precio que el alpiste.
¡Lo malo es que la suerte despiadada
me impide hacer en el asunto nada!

Un aviso al viajero:
Se pierde allí la idea del dinero
y entre fisco y pesos y tostones
si dicen:—Esa chica te conviene
porque tiene de renta dos millones—
¡no se sabe de fijo lo que tiene!

12 Mayo 1888.

XLIII

CORDOBA

Del Betis cristalino
junto á la orilla
de Córdoba en los bellos
alrededores,
hay una casa blanca,
pobre y sencilla,
que siempre me recuerda
tiempos mejores.

GRILLO.

Cuando Edmundo de Amicis
cruzando España
con la maleta al brazo
llegó á esta tierra
que se adorna con flores
y en luz se baña
dormida en el regazo
de la alta sierra,
dió en Córdoba un paseo
por la mañana,
bajo el manto de fuego
del Mediodía,
y el solitario aspecto
de la sultana
le sumió en una dulce
melancolía.

Los apuntes de viaje
del italiano
copian exactamente
mis impresiones,
pues que trazó su pluma
con hábil mano
del que á Córdoba llega
las sensaciones.

Solitarias las calles,
silencio en todo...

¡es de las poblaciones
más silenciosas!

Parece que resaltan
más de ese modo

las aventuras grandes
y misteriosas.

Parece que se esconden
en cada casa

novelescas ficciones
de amor secreto.

Parece que hay un moro
que allí se pasa

la vida, contemplando
su harem repleto.

Tras el espeso muro
que el sol caldea

se adivinan placeres
y se presume

que el alegre Cupido
revolotea

respirando á sus anchas
suave perfume.

Córdoba, de la ciencia
mahometana,

fué el emporio, el alcázar
y el semillero,

y floreciente y rica
dió la sultana,

sus artes y sus leyes
al mundo entero.

Lanzaba su recinto
turbas feroces,

que alzando con orgullo
sus estandartes,

en triunfo paseaban
los albornoces,

recogiendo laureles
por todas partes.

Y envuelta en la bandera
del califato

cubierta por el polvo
de cien batallas,

la esplendidez llevaban
de su boato,

que trepaba con ellos
á las murallas.

Hoy de aquel tiempo quedan,
como recuerdo

perfumado en las flores
de Andalucía,

las estrechas callejas
en que me pierdo,

y este ambiente de dulce
melancolía.

¡La Mezquita! Un tesoro
de tal belleza

que no admite con nada
comparaciones;

¡el arte de los moros
en su pureza

convitando á profundas
meditaciones!

El bosque de columnas
de mármol puro
conducidas al hombro
por los cristianos,
los arcos, la estructura
del fuerte muro,
donde parece un crimen
poner las manos,
todo es indescriptible;
tal monumento
parece construido
por un gigante;
y en él, para el preciso
recogimiento,
hay que entrar con babuchas
y con turbante.

En vano es que la Iglesia
ponga la mano
y tirando tabiques
lo cambie todo.
No es aquella la casa
del Dios cristiano...
¡Es Alá el que se adora
de cualquier modo!
Inútil es que alteren
la gran mezquita
capillas y retablos
que son pegotes.
y el arte, que es eterno,
siempre se irrita
contra los que se meten
en esos trotes...

Yo en Córdoba he pasado
tan buenas horas,
me han obsequiado tanto
los cordobeses,
que aunque les diga frases
aduladoras,
van á creer que cuido
mis intereses.

No olvidaré la grata
velada aquella,
en que, á brazo partido
con el Montilla,
con la alegría franca
que hallaba en ella,
¡por poco echo un discurso
desde la silla!

Y he sentido de veras
dentro del alma
un pesar verdadero
grave y profundo,
por no haber visitado
con mucha calma,
esa feria que goza
fama en el mundo,
para apreciar de cerca
las sensaciones,

que causan en los nervios
las cordobesas,
con los ojos negros
como carbones
y los labios tan rojos
como las fresas.

Pero las circunstancias
lo han impedido,
y lo malo es que para
colmo de cuitas
un chaparrón copioso,
recio y seguido,
no me dejó siquiera
ver las ermitas.

Sé por Grilo que existen
en las alturas
unas casitas blancas
como palomas,
pero hubiera querido
ver las figuras,
los frailes, que vegetan
sobre las tomas.

Total, azul el cielo,
verde la tierra,
una gente que acoge
con simpatía,
y un silencio muy raro,
puesto que encierra
el misterioso germen
de la alegría.

En fin, debe dar gusto
llegar á viejo
respirando estos aires
en un cortijo...
Conque abur, ciudadanos,
que yo me alejo
saludando á la patria
de Lagartijo.

26 Mayo 1888.

XLIV

TERUEL

Entre el loco galope de las mulas
y el *chis chás* de la fusta que restalla,
el continuo crujir del maderamen
y aquel campanilleo que no acaba,
con el cuerpo oprimido y magullado,
las piernas encogidas ó dobladas,
doloridos los ojos, breve el pulso,
y alguno que otro sitio hecho una lástima,
se llega á la ciudad de los amantes
entre una y media y dos de la mañana,
después de un traqueteo irresistible
de diez y nueve horitas mal contadas.

Y si se llega en víspera de feria
y no hay en el *hotel* (!) cuartos ni cama
y es preciso acostarse en un tugurio
negro y oscuro, sobre cuatro tablas,
y dormirse entre horribles pesadillas
soñando con ejércitos de ratas,

creo que el más pintado, aunque tuviere
doble forro de níquel en el alma,
más que con ganas de tomar apuntes,
está para ponerse cataplasmas.

Sin embargo, es curioso. Quien no ha visto
la diligencia incómoda, pesada,
rodar por la llanura lentamente
ó subir con trabajo á la montaña,
símbolo del pasado que se aleja
huyendo del progreso que le ataca,
remedando las quejas del vencido
con los ruidos del freno y de la tralla,
no puede comprender á nuestros padres
en toda la extensión de su desgracia.

En las calladas horas de la noche
largas y tristes, por la línea blanca
de aquella carretera interminable
que más se extiende cuanto más se avanza,
se va arrastrando la maciza mole
con su farol raquítico en la baca.

Todo es sombra allá dentro. Los viajeros
se pegan mutuamente cabezadas,
dormita el mayoral en el pescante
mascullando blasfemias y amenazas,
y trotan las mulillas, y á su paso
las saludan los grillos y las ranas.

Cada dos ó tres horas suena el freno;
el zagal, soñoliento, desengancha;

allá, entre la negrura, se adivina
la luz amarillenta de la cuadra;
se muda el tiro, se levanta el palo,
las nuevas mulas á galope arrancan,
y siguen la tristeza y el silencio
y sigue el armatoste que se arrastra.

¡Todo se acabará! Tarde ó temprano
aquel pedazo de la madre patria
retemblará al rodar de los vagones
y al resoplar fecundo de las máquinas,
y rápido el comercio dará vida
á sus ricas y fértiles comarcas.

Porque Teruel es rico. Se figuran,
los que nunca han salido de su casa,
que componen no más aquella tierra
montes pelados y llanuras áridas;
pero eso no es lo cierto por fortuna.

La forman muchos pueblos de importancia
que esperan sólo un alma que les lleve
sus trigos y sus vinos á la playa.
Pero habrá que esperar á que de fuera
vida, dinero y materiales traigan,
porque en este país nadie se arriesga
y el que tiene dos reales se los guarda.

Teruel, la población, no es mucha cosa.
Unas calles estrechas y empinadas,
dos torres mudejares muy bonitas...
y una gente muy buena y muy simpática.
Lo que hay allí que ver son los amantes;
la célebre pareja legendaria
que eternizó, muriendo, su memoria
y legó á la ciudad renombre y fama.

Las momias de Isabel y de Marsilla
se exhiben en capilla solitaria
y están en una urna de cristales
y sujetas las dos por una barra.
Del mancebo gallardo y arrogante,
de la hermosa doncella enamorada
siete siglos, han hecho dos figuras
que inspiran invencible repugnancia.
Por mucho que se aferre el pensamiento
á los recuerdos de la edad pasada,
no puede figurarse aquellos seres
llenos de juventud y de esperanzas
con la abrasada sangre por las venas
y el fuego del amor dentro del alma.
Secos, rígidos, fríos, mutilados,
con la piel que les queda acartonada,
las órbitas vacías... ¡Después de eso
diga usted que se muere por su dama!

¿Es cierta la leyenda? ¿Son aquellos
los cuerpos de los dos, ó todo es fábula?
Yo nada sé. Las momias no conservan
dijes, anillos, broches ni arracadas,
nada en fin que recuerde el aparato
con que en aquellos tiempos se enterraba;
y tocante á la historia... en este siglo
no se comprende la pasión que mata.

9 Junio 1858

XLV

JAÉN

—¿Conque vasté á la tierra del *ronquío*?

(me había dicho un andaluz muy jaque
que en el camino de Granada tuve
la dicha de encontrarme).

—Sí, señor, á Jaén: ¿quiere usted algo?

—Pues oigasté, compare;

en Jaén hay que ver, ni más ni menos,
que tres cosas notables:

la catedral, la cara é Jesucristo...

—¿Y qué más?

—Y el camino pa marcharse.

De modo que era horrible
la impresión que tenía al apearme,
y sólo por quitármela de encima
cuando me ví en Jaén, me eché á la calle.
Será porque yo tengo
propensión muy marcada á equivocarme
ó porque llevo siempre la contraria
ó aprecio de otro modo los detalles,
el caso es que ¡lo juro
por la Virgen del Carmen!
me ha gustado Jaén, y no comprendo
que se vaya contento el que se marcha.
La población no es cosa
del otro jueves ni del otro martes;
pero hay muchas peores
que no le ocurre despreciar á nadie.
¡Y es tan alegre aquello!

Hacia Mengíbar, el extenso valle
que ha transformado el río
en fuente de riqueza incalculable,
y hacia Granada (¡la gentil Granada!)
sirviendo á la ciudad como baluarte
las montañas plomizas
que dora el sol al declinar la tarde,
¡el sol de Andalucía,
que es un sol con corona de brillantes!
Además, entre aquellos
villados y olivares
se conserva el geniuco, el legendario,
el pintoresco traje
de la tierra andaluza, que ha servido
para prestar á la nación carácter.
Los anchos pantalones de campana
que al llegar á la bota se entreabren,
el sombrero redondo
y la manta ceñida con donaire.

La hermosa catedral, la más moderna
de nuestras catedrales,
obra de fines del pasado siglo,
merece visitarse.

El célebre lagarto, que conservan,
y que es un cocodrilo respetable,
según la tradición, era un demonio
que salió, no se sabe
de dónde ni por qué, tras una santa
y se dió á acometerla con coraje.

Buscó la perseguida
su amparo en una cruz para salvarse,
y ante el lábaro santo
reventó el alma, en un instante.

Así me ha referido la leyenda
un andaluz que dice que la sabe,
y así la apunto bajo su palabra
sin meterme en dibujos ni detalles.

Junto á la catedral, á pocos pasos,
ocupando un perímetro muy grande,
he visto los cimientos de un palacio
que honrará la ciudad cuando se acabe.

Edificio soberbio, por las trazas,
que la Diputación va á regalarse,
aunque según me han dicho, no está ahora
el país para bromas de esa clase;
pero no es de extrañar, porque lo mismo
sucede en todas partes.

También ¡es claro! visité el Casino,
que es bueno y elegante
y que demuestra que en Jaén la vida
no es tan pesada como dijo el jaque.

Es la Cara de Dios, que goza fama
entre nuestras leyendas populares
y de la cual procura
daros Cilla una idea con el lápiz,
un lienzo de pequeñas dimensiones
que representa la sagrada imagen,
encerrado en un marco

de rubíes, zafiros y brillantes;
en fin, un marco digno
de guardar esa joya inestimable.
Me han dicho que valdrá cinco millones
y, al verlo, se comprende que los vale.

En Jaén, por lo menos,
de su autenticidad no duda nadie,
pues es la misma que quedó en el paño
estampada con lágrimas y sangre.

La fe es la poesía;
creámoslo también, y Dios nos guarde.

23 Junio 1888.

XLVI

CUENCA

Tiene Cuenca nombradía,
pero con tan poco encanto,
que acaso preferiría
que no la nombraran tanto.

Que en su nombre envuelta lleva
del ridículo la masa,
y no falta quien se atreva
á tomar el nombre á guasa.

—Soy de Cuenca,—dice alguno,
y, en esta frase quizás
hallando un chiste oportuno,
se le ríen los demás.

No hay pieza de poco fuste
en que Cuenca no haga el gasto,
ni público á que no guste
y lo halle vulgar y basto.

¿Por qué? ¿Será un poblachón
donde ladran los vecinos
y del que la ilustración
no ha encontrado los caminos?

¿Será un castillo en que vive
bajo torres almenadas
algún ogro, que recibe
las visitas á pedradas?

¿O es el sitio donde van
á morir de hipocondría
los inocentes que están
en el limbo todavía?

Tal parece deducirse
de esa malévola idea
y de ese afán de reírse
de cuanto de Cuenca sea.

.....
¡Y para mí es evidente
que vive en Cuenca escondida
la más simpática gente
que he conocido en mi vida!

De tal modo me han colmado
de obsequios y de atenciones,
y hemos allí disfrutado
tales consideraciones,

que por no seguir la ruta
de la vanidad que engaña,
no digo que es, sin disputa,

el mejor pueblo de España.

Y por eso y porque luchó
con mi deber principal,
me tiene que costar mucho
trabajo ser imparcial.

Empecemos: Cuenca, pues,
si de cerca se repara,
no es muy buena, pero es
artísticamente rara.

Edificada en un cerro
parece un pilón de azúcar,
cuyo magnífico encierro
forman el Huécar y el Júcar.

Un montón de casas viejas
que se agrupan sobre el foso
y cruzadas por callejas
de un desnivel espantoso.

Pisos quintos junto al suelo,
jardines sobre la roca,
torres cerquita del cielo
que parece que se toca;

en fin, conjunto, sin arte,
de extravagantes caprichos;
palacios por una parte,
y por otra parte nichos;

sótanos, arcos y puentes,
abismos, en crucijadas,
cien épocas diferentes
y cien leyendas mezcladas.

Allá abajo, en la llanura,
más luz y más alegría;
lo que allí se me asegura
que llaman *carretería*,

donde hay modernas barriadas,
donde afluyen los caminos,
y donde están las posadas,
las fondas y los casinos.

Arriba, el pueblo valiente
sobre abismos y barrancos,
con sus muros en el frente
y sus peñas en los flancos,

y abajo, el pueblo moderno
de vías anchas y extensas,
que busca el sosiego eterno
y no organiza defensas.

Total, no es cosa grandiosa;
pero decid, francamente,
si Cuenca es tan mala cosa
como la pinta la gente.

Entraron los batallones
de fieras, no de soldados,
y entraron como legiones
de demonios coronados.

Tan grande fué la matanza
y tantos los atropellos,
que como el tiempo no alcanza
a borrar las huellas de ellos,

allí están, como terribles
recuerdos del día aciago,
pruebas fijas y tangibles

de la lucha y del estrago.

Muchos detalles sangrientos,
una historia desgraciada
cada familia, y doscientos
balazos cada fachada.

Tanto llega á interesar
aquel brutal disparate,
que va el viajero á buscar
los vestigios del combate,
y llega hasta ver el choque,
la defensa, el atropello,
y á oír el bárbaro toque
de la carga y del degüello.

Total: se cubrió de gloria
quien resistió la conquista,
y echó una mancha en su historia
el ejército carlista.

Para olvidar los quebrantos
de aquella lucha feroz,
son precisos los encantos
de una merienda en La Hoz.

Junto al Huécar, sobre el puente,
nos sentamos á la mesa,
respirando aquel ambiente
que ha perfumado la fresa,

medio ocultos en el fondo
de aquella estrecha garganta
que hace cada vez más hondo
la sombra que se levanta,

bajo el espeso ramaje
que mezcla constantemente
los rumores del follaje
al rumor de la corriente;

el alto cerro á la espalda
escueto, triste y pelado,
luciendo sólo en la falda
las flores que le han tocado,

y enfrente, dura y sombría,
la magnífica silueta
de la ciudad, que podría
entusiasmar á un poeta,

alzándose altiva y brava
en su pedestal de roca
con el valor de una esclava
que al fiero opresor provoca,

y que parece que sube
cubierta de negro manto
desafiando á la nube
que el sol tñe de amaranto.

¡Qué magnífica pintura
sin más detalles ni adornos
que la sombra en la figura
y la luz en los contornos!

¡Qué líneas tan caprichosas
de las enormes siluetas!...
¡Y qué fresas tan sabrosas!
¡Y qué vino! ¡Y qué chuletas!

La Alameda, junto al río
donde acude el pueblo entero,

es un paseo sombrío,
ó mejor dicho, un sendero,
en cuyas encrucijadas
se aprovechan los danzantes
bajo las copas cerradas
de los álamos gigantes,
y se baila la mazurka
tomando la cosa en serio,
y se coge cada turea
que canta el santo misterio.
¡Qué atrocidades, Dios mío,
el vecindario sabría
si las junqueras del río
rompieran á hablar un día!

Presencié, por conclusión,
un concierto del Casino,
cediendo á la invitación
de un presidente muy fíar,
y en justicia y en derecho
declaro, y Dios me lo fía,
que salí muy satisfecho
como cualquiera saldría;
porque allí se ve al instante
que hay, entre rocas y flores,
en Cuenca un grupo brillante
de mujeres superiores;
tanto, que dice cualquiera
al ir pasando revista:
—¡Jesucristo! ¡si volviera
el ejército carlista!

7 Julio 1888.

XLVII

GRANADA

Ya no cantan los poetas
endechas á las sultanas
ni en las orientales vierten
juramentos y esperanzas;
ya se acabaron las perlas,
los turbantes, las escalas,
las notas como quejidos
y los versos como lágrimas.
Tras de la oriental el tango,
tras del laúd la guitarra,
y en vez de pedir suspiros
se piden besos y cañas.
Si así no fuera ¡qué cosas
yo te diría ¡oh, Granada!
la imagen del paraíso,
el rico vergel de España,
búcaro lleno de aromas,
diamante engarzado en plata,
joya que la Providencia
ha regalado á mi patria!

No tiene igual en el mundo
el palacio de la Alhambra;
maravilloso conjunto
de fortaleza y alcázar
que surgió de entre las flores,

creación sublime y mágica
de una ardiente fantasta
que á los espacios se lanza
entre las nubes de incienso
y entre el perfume del ámbar,
arrullada por un coro
de odaliscas y de esclavas.
¿Qué gnomos desconocidos
ó qué misteriosas hadas
pudieron borrar aquellos
prodigios de filigrana,
trocando en hermoso encaje
techos, arcos y murallas?
¿Cómo estaría el palacio
con sus pajes y sus guardias,
y sus telas de Damasco
y sus perfumes de Arabia?
Aún parece que se escuchan
en el camarín las cántigas,
el surtidor en los patios,
besos del mármol y el agua,
en la oscura galería
las babuchas que se arrastran
y en corredores y puertas
choques de alfanjes y lanzas.
Desde aquel semi-divino
mirador de Lindaraja
se ve un jirón de la gloria
extendido sobre el mapa.
Los cármenes pintorescos
centinelas del alcázar,
bosques de álamos gigantes,
peñas, barrancos, cascadas,
alfombra de violetas
que la atmósfera embalsaman;
luego el muro con sus torres
sombrias como fantasmas
y la ciudad allá abajo,
montón de casitas blancas,
azoteas, minaretes,
torrecillas y espadañas.
A la derecha, soñando
con epopeyas pasadas,
el Albaicín, extendido
de una colina en la falda,
con sus callejas pendientes
y sus adueros por casas,
y su población morisca,
negra, cerril, desgrefiada.
Este barrio turbulento
de gente indomable y brava
que esgrimía á todas horas
gumfas y cimitarras,
conserva el sello indeleble
de las manos africanas,
y en prueba de que le agita
una sangre como lava,
juerguca, come jayuno,
y se da de puñaladas.

Allá se extiende la Vega
como una espléndida sábana

con seda verde zurcida
y con brillantes bordada.
Millares de caseríos
que la adornan y la esmaltan,
parecen blancas gaviotas
que á beber al río bajan.
Y el Genil, en cuya orilla
diosas y hurles se bañan,
en los plantíos se enroscas
y por el vergel avanza
como serpiente vestida
con lentejuelas de plata.
Digno marco de tal cuadro
se alza la sierra lejana,
desde cuyos altos picos
se ve la costa del Africa
que aún por su tesoro gime
mirando hacia la montaña.
¡Comprendo á aquellos valientes
que ocultos en la Alpujarra,
pelearon como fieras
para volver á Granada,
maldiciendo al rey cobarde
que lloró como una esclava,
en vez de perder la vida
antes que perder la patria!

Sobre esto, como un efecto
de decoración fantástica,
el sol de allí, no atenuado
por celajes ni por gasas,
y una atmósfera tan pura,
tan transparente, tan diáfana,
que se divisan las chozas
á diez leguas de distancia.
La luz que chisporrotea
como en el fogón las ascuas,
sobre la vega y el río,
sobre las casitas blancas,
cuyos reflejos de nieve
la vista ofenden y dañan.
¡Es aquella Andalucía
que las leyendas ensalzan
con su manto de verdura,
sus brillantes panoramas
y sus chispazos de fuego
y sus vegas perfumadas
y sus mujeres hermosas
y sus agrestes montañas!
Allí parece que viven
las sombras de aquella raza
que soñaba con un cielo
de bellísimas sultanas
encerradas en palacios
calados como su Alhambra.

De los riscos de la sierra
bullicioso el Darro baja
y saltando entre las guijas
junto á las cuevas gitanas
entra alegre, separando
el Albaicín del Alcázar,

y salpica los negruzcos
murallones con el agua.
Airosos puentes le cruzan,
recuerdos de cien batallas,
donde tal vez en patrullas
confusas y abigarradas,
zegries y abencerrajes
se romperían el alma,
y por los cuales acaso
cruzarían las esclavas
con los negros pies al aire
y los velos en las caras,
á llenar las alcancías
en las fuentes de la Alhambra.

La población, actualmente,
no es, como dice la fama,
un gran pueblo que recuerda
las ciudades africanas
con sus calles silenciosas,
sucias, entrechas y malas,
sino que acaso resulte
de las mejores de España,
con hermosos edificios,
anchas vías, buenas plazas,
paseos de primer orden,
muchos cafés de importancia.
Círculo de Bellas Artes,
donde la gente trabaja
y no desperdicia el tiempo
con los naipes y las cañas,
y un elegante Casino
que, en verdad, honra á Granada.

¡La Alcaicería! dos calles
estrechas, rectas, cruzadas
(donde antes los mercaderes
vendían telas y alhajas),
que todavía conservan
los bajos de las fachadas,
con sus elegantes arcos
bordados de filigranas.
Cuando alguna granadina
de esas que roban el alma
va pisando menudito
sobre aquellas losas blancas,
parece que va pidiendo
como si la hicieran falta
los brillantes atavíos
de las hembras musulmanas.
¡Granada! Nido de amores,
bella y ardiente sultana,
la del purísimo cielo,
la de la Vega encantada,
la del aire perfumado,
la de los ríos de plata...
si entre mis manos la guzla
no resultase carraca,
¡cuántas lánguidas y dulces
orientales te cantara
al pie del Generalife
que llora por su Zoraida!

XLVIII

SORIA

En un carricoche muy bajo de techo tirado por mulas, incómodo, estrecho, que puede á cualquiera quitar la salud, dejando el mullido castísimo lecho, salimos un día de Calatayud.

Conservo indelebles recuerdos del viaje, crujían las tablas, chirriaba el herraje, por montes y llanos rodaba el cajón... y ahí van los escasos apuntes que traje después de la breve bendita excursión:

Se sale á las cinco. La hermosa alborada de pálidas tintas y aromas bañada, parece así, al pronto, que incita á gozar, pero ¡ay! que los goces se quedan en nada y á poco el fastidio comienza á abrumar.

El sol, que al principio parece que besa, con rayos de fuego la piel atraviesa, sofoca de un modo que da desazón; la nube de polvo se crece, se espesa, tabica la boca y estuca el pulmón.

¡Llorad por los seres que han ido y venido! En mala postura y el cuerpo molido nos daba la una llegando á Almenar, Compramos un trozo de pan renegrido, y un par de chorizos y ¡andando á almorzar!

¡Las tres de la tarde! Llegamos á Soria. Supongo que habremos ganado la gloria después de diez horas de horrible vaivén. Un grato recuerdo me trae la memoria, porque es parecida la entrada en Jaén.

En una plazuela se para el carruaje.

—Abajo, señores.—Ahí va el equipaje.—

Se forman los grupos, se marcha el zagal. Un guardia se acerca, que yo, por el traje, no sé si es del orden ó municipal.

—¿Los nombres de ustedes?—Fulano y Men-

[gano.

—¿Y van?...—A la fonda que esté más á mano.

—No hay fondas.—¡Canastos! Usted nos dirá si hay casas que presten albergue á un cris-

[tiano.

—Allí enfrente hay una.—Pues vamos allá.

—¿Podemos quedarnos aquí por un día?

—No hay más que una alcoba pequeña vacía.

—¿A ver? ¡Ay! no cabe ni medio alfiler.

—Aquí es imposible.—¡Sí ya lo decía!

—¿Qué hacemos entonces? ¿qué vamos á hacer?

¡Ya tengo una idea feliz, salvadora!

¡A Medinaceli dentro de una hora,

de nuevo metidos en nuestro cajón!

Pedimos viandas á aquella señora,

y... á dar una vuelta por la población.

Seisenta minutos nos quedan. Marchemos.

¡Dios mío! ¡qué apuntes, qué cosas haremos!

¡Perdóname, Soria, si obramos así;

pero ¡ay! está visto que ya no podemos sin graves trastornos quedarnos aquí!

Comprendo de Becquer la extraña manía; comprendo que el goce que el alma extasia en estas campañas viniera á buscar; leyendas, misterios, amor, poesía, parecen al paso surgir y brotar.

Negruzcas fachadas, pedazos de muros, revueltas callejas, portales oscuros, remotas edades nos traen al magín con brujas y duendes, consejas, conjuros y sombras y diablos, y cuentos sin fin.

A más, contribuyen también al efecto las muchas distancias, el largo trayecto que á Soria separa de la humanidad... si en plazo muy breve la vía en proyecto no viene á sacarla de su soledad.

En cambio, radiante de luz y alegría, el pueblo cruzando se extiende la vía que creo que llaman la calle Mayor. Es buena, animada, y allí al mediodía no puede el más guapo sufrir el calor.

Tomamos cerveza por ver el Casino.

—¡Caramba, si es bueno!—¡Demontre! es di-

[vino.

—¡Y nadie lo sabe!—¡Qué lástima!—Sí.

Después emprendimos de nuevo el camino sintiendo en el alma marcharnos de allí.

Al fin de la calle que arriba he descrito, llenando de aromas extenso circuito cuajado de lirios, está el *Espolón*, paseo elegante, precioso, bonito que acaso merece mejor descripción...

¡Jesús! Diez minutos nos faltan escasos.

A escape á la fonda dirijo mis pasos.

Nos dan la merienda. (La cuenta es brutal: cualquiera aprovecha también estos casos.)

Arrancan las mulas y grita el zagal.

Y aquí cierro el álbum echándole el broche. (¡Qué mal me ha salido!) Dejamos el coche y á la madrugada tomamos el tren. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Qué día! ¡Qué noche! Adiós, y que ustedes descansen también.

4 Agosto 1888.

XLIX

MADRID

De Madrid al cielo
y allí me agüjerito para verlo.
(Frase popular.)

Allá, donde los ruidos mundanales se apagan en la calma de la aldea, y el alma, sin saberlo, se recrea con los vagos contornos desiguales de un mundo que se ignora lo que sea.

la palabra *Madrid* suena al oído como el eco del mar embravecido, grande, sublime, hermoso, cuya imponente majestad halaga y cuyo fondo horrible y misterioso riquezas, honra y juventud se traga.

Y el que llega á Madrid por vez primera soñando en el abismo que le espera, entra, por fin, con la ansiedad curiosa ó, como aquí se dice, con la *escama* con que debe romper la mariposa el círculo brillante de la llama.

¡Fatal desilusión! Pronto el hastío le abruma, le entontece, y, á pesar del bullicio, le parece que el inmenso hormiguero está vacío. La incesante balumba de aquella multitud que le rodea, le oprime le ensordece y le marea, y, solo en la colmena que le zumba, con el alma en un hilo, piensa en el pobre hogar, dulce y tranquilo. Pero se pasa un mes, ó dos, ó un año, y sin que pueda él mismo darse cuenta de cambio tan extraño, ya el torbellino aquél no le hace daño y acaso lo contrario le revienta.

Y si el azar le arroja ¡oh, desconsuelo! se aleja con el alma dolorida, y recuerda á Madrid toda su vida como acaso Luzbel recuerda el cielo.

Se idolatra á Madrid. Con sus rivales las otras capitales no puede competir por su riqueza, su población, su lujo y su grandeza; pero la villa de Abascal y el oso, tiene cierto atractivo misterioso que no pueden tener otras ciudades, y es el don de atraerse voluntades. ¿Cómo, si no, se explica que haya gente que viva aquí sufriendo privaciones pudiendo estar acaso holgadamente cuidando sus terrones? ¡Ay! es que este Madrid es toda España, cortés, valiente, alegre, bulliciosa, simpática, expansiva y animosa... mezcla especial y extraña de trabajo y pereza, candidez y malicia, conjunto de alegría y de tristeza, una esfinge que hiere y acaricia... Madrid es el crisol por donde pasa lo mejor del país, lo más florido, revuelto y confundido con todo lo peor de cada casa.

La grandeza española amalgama al brillar en los salones, con la altivez de antiguos infanzones, el salero del chulo y la manola;

y allá, en los barrios bajos, la gente del mantón y la gorrilla envuelve aiosamente en sus pingajos la gracia fanfarrona de Castilla. La mujer de Madrid, ó aclimatada, que es la mujer de cuerpo más bonito, la mujer más graciosa y más salada que siempre pisa fuerte y menudito, tiene un modo de andar, un balanceo de picaresca ondina que se escapa, que produce mareo... ¡Yo te adoro, te admiro y te deseo, gran señora con humos de chulapa!

¡La corte! Un *maremagnum*. Un conjunto de cocheros de punto, gomosos, estudiantes, costureras, modistas, cigarreras, cómicos, polizontes, sablacistas, banqueros, militares, periodistas, granujas, vengadoras y niñeras, toreros, empleados, menestrales, lacayos, suripantas, industriales, el pelotón brillante y bullanguero de personas que lucen su dinero, y el numeroso ejército de vagos que se pasa la vida echando tragos.

Arriba un cielo transparente y puro, abajo un pueblo grande, alegre, hermoso, donde una multitud que odia el reposo busca ocasión para gastar un duro.

Gresca, bullicio, animación y vida que no copian colores ni pinceles...

Quien quiera ver la gloria... corregida, ¡que se ponga una tarde en la Cibeles al entrar ó salir de la corrida!

Con esto he terminado mi campaña, conque ¡viva Madrid! y ¡viva España!

18 Agosto 1883.

EL CAMINO DEL CIELO

—No se moleste usted, padre Gabino, en dedicarme arengas y sermones... usted va con buen fin, pero yo opino que eso es gastar el tiempo y los pulmones. "El sendero del bien es muy estrecho, lleno de matorrales, de obstáculos enormes, colosales, donde espíritus firmes se han deshecho. La senda del pecado no es lo mismo. Ancha, florida, alegre á todas horas, oculta los horrores del abismo con velos de ilusiones tentadoras. ¡Por eso rara vez por la torcida vía de la virtud vemos que avanza un alma acongojada y dolorida á quien sostiene sólo la esperanza; y en cambio en el camino del infierno

se apaña multitud pecaminosa
que va arrastrada hacia el suplicio eterno
por la apariencia aleve y engañosa!"

Eso me dice usted, padre Gabino,
sin creer que me dice un desatino.
Ustedes sacerdotes virtuosos,
los que respetan su misión sagrada,
que aunque saben que hay diablos asquerosos
de todo lo demás no saben nada,
suponen que esa vida licenciosa
es una infame pero alegre vida,
puesto que siendo fruta prohibida
debe de ser sabrosa.

Y dicen á los fieles:—"En el vicio
hallaréis los placeres, pero abajo
esperan las calderas del suplicio.
El practicar el bien cuesta trabajo
pero luego se encuentra el beneficio."

¡Error tremendo, padre! Usted ignora,
porque no lo ha probado todavía,
que un pecadillo leve de una hora
produce un amargor que dura un día.
Y un bien que se ha prestado ó recibido,
una acción meritoria
deja en un corazón encallecido
esa dulce emoción que sabe á gloria.
Causa el mal desventuras ignoradas
que atroz remordimiento hace secretas
y siempre las pasiones desbordadas
dan mayores disgustos que sujetas.
¿Y la tranquilidad del hombre honrado
que es el supremo goce?
¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado
que quiere ser feliz y es desgraciado
negando una virtud que no conoce?
¿Y el derecho á reirse del destino
y á encontrar en las penas un consuelo,
que arranca las espinas del camino?
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!

25 Agosto 1888.

ESPERANDO

—Las diez. No puede tardar.
¡Como que debió salir
á las ocho! Va á decir
que ha tenido que velar.
¡Dos horitas de plantón
sólo por su linda cara!
¡Hombre! ¡Ni que yo acabara
de venir de Tarancón!
Nada, esta noche la digo
que no hago riás el pelele;
si quiere velar que vele,
pero que vele conmigo.
Al fin y al cabo Consuelo
no me entusiasma de veras,
y estoy ya de costureras,
hasta la punta del pelo.

—Ya se ha marchado mamá,
y estoy solito en la casa
con la niñera. ¿Qué pasa?
Oigo pasos. ¿Quién será?

Me han dicho que no me mueva
y que no grite tampoco,
porque va á venir el coco
y si lo sabe me lleva.
¡Ay! ya llama. ¡Qué sudores!
Me va á comer si me ha clido.
¡Tiene espuelas! oigo el ruido...
¡debe ser de los peores!

—Anda, pide á ese que llega
que parece señorito.

—Caballero, un centimito
para mi madre, ¡que es ciega!

—Anda, vete, vida mía,
que va á venir mi marido,
y aunque ya me ha sorprendido
de este modo el otro día,
puede que haga una trastada
y hasta me prohíba verte,
porque tiene el genio fuerte
y se incomoda por nada...

—No salen esas mujeres,
es decir, esas... señoras.
Llevo aquí más de tres horas
y el ministro ¡que si quieres.

Y todo por un estanco
que al cabo no me han de dar.
Yo creo que voy á echar
raíces en este banco.

¡Se necesita paciencia!
¡Y esas chicas no se van!
Fero, Señor, ¿qué tendrán
que decir á su Excelencia?

No tiene perdón de Dios
quien gasta tanta parola,
porque si fuera una sola
lo comprendo... ¡pero dos!

—Un poco alzado el vestido.
Así. La boca entreabierta.
Y de par en par la puerta
para que entre y no haga ruido.
¡Hola! Se ha parado un coche.
¡Vamos! Ha venido pronto.
Me haré la dormida. ¡Es tonto
si no se atreve esta noche!

—Con esta intranquilidad
no hay un cristiano que rece.
Van doce misas ó trece
¡y no viene Trinidad!

Empezaré otro rosario...
¡Tengo la gloria segura!
Lo más grave es que ese cura

que está en el confesonario
acabará por llamarme,
porque ha creído que estoy
esperando vez... ¡y voy
á tener que confesarme!

1.º Septiembre 1888.

EGLOGA

Personajes: UN MIRLO en la espesura;

UNA ORUGA que esconde su figura
en la hojita que muerde;

LA MUSA vaporosa, allá en la altura,
y UN POETA tendido sobre el verde.
(EL MIRLO dirigiéndose al gusano):

—Tú que tienes la vista despejada,
¿quién es ese animal?—Un ser humano
que no está haciendo nada.

—¡Callad (dice LA MUSA), maldicientes!
¡No calumniéis á un hombre de talento
que recorre regiones diferentes
con el raudo volar del pensamiento!

¿Que no hace nada, ignaro?
(Esto va con el pájaro atrevido.)

¿No sabes que yo amparo
á ese sujeto al parecer dormido,
y que bullen tal vez en su cabeza
concepciones de mágica belleza?

EL POETA (frotándose los ojos):

—¿Qué es eso? ¿Quién murmura
en el fresco vergel? ¿Es, por ventura,
el hada que soñaron mis antojos?

EL MIRLO:—No lo entiendo.

LA ORUGA:—Yo tampoco; sin embargo,
creo que, con el tiempo, me haré cargo
de que es sublime lo que está diciendo
LA MUSA:—¡Miserables criaturas!

¿Cómo habéis de entender ese lenguaje,
música celestial de las alturas
vestida con espléndido ropaje?

LA ORUGA (al pajarraco):—¿Oyes al hada?

—Me parece que ha dicho una bobada.

EL VATE (dirigiéndose á la musa):

—¡Dios te bendiga! oh, tú! que desde el cielo
vienes á darme inspiración infusa
para calmar mi anhelo!

Espíritu sin fin y sin principio
que velas en la tumba de mi madre;
escúchame aunque el pecho te taladre...

EL PÁJARO (á la oruga):—Eso es un ripio.

EL POETA (iracundo):—¿Quién se atreve
á criticar mis frases? ¡Algún necio
que dominado por la envidia alevé
pretende zaherirme! ¡Le desprecio!

LA MUSA:—No hagas caso
de tanto imbécil como sale al paso;
anda y dle tus versos á tu amada
que no te dirá nada...

.....
EL MIRLO:—Dime, oruga,
¿sabes qué es poesía?

—No sé, porque me paso todo el día
sin salir de esta hojita de lechuga.
EL CEFIRO (al pasar como un cohete):
¿Por qué os metéis en discusión tan grave?
¡Ese que se ha marchado es un zoquete!
¿Qué es poesía, eh? ¡Ni Dios lo sabe!

15 Septiembre 1888.

EN LAS ALTURAS

—¿Está San Pedro bendito?
—¿Quién es?

—Una pecadora
que quiere saber la hora
de hablar á Dios infinito.

—Pues San Pedro no está aquí;
anda un poco constipado
esta tarde, y me ha dejado
en la portería á mí.

Pero ocupo este banquillo
con la misma autoridad
del apóstol.

—¿De verdad?
¡pues es usted un chiquillo!

—No hay que fiarse en tamaños;
soy serafín chiquitín...

—¿Conque es usted Serafín?

Que sea por muchos años.

—Soy del coro, toco y canto.
Vea usted el arpa de oro.

—Pues yo también soy del coro
de los Bufos.

—¡Cielo santo!
¿Conque compañera?

—Sí.
Aunque indigna compañera.

—Pues es usted la primera
que ha venido por aquí.

—Porque yo he sido más lista
que las otras, y me he dicho:
“Puede que tenga el capricho
Dios de ponerme en la lista.”

—No es caprichoso el Señor;
y el que en pecado viniera
no entrará.

—Pero si El quiere
puede hacerme ese favor.

—Pero no querrá.

—¿Por qué?
—Porque la justicia es antes.

¿Qué virtudes relevantes
son las que presenta usted?

—Pues... una voz que ¡yo entiendo!
y un cuerpo que da la hora.

—¡No diga usted eso, señora,
que me está comprometiendo!

¡Aquí no hay voz ni hermosura
que disculpe un enredijo!

—No se sofoque usted, hijo,
que le va á dar calentura.

¿Quiere usted que hable formal?

Hablaré. Yo he sido atroz,
 porque sólo con la voz
 se vive bastante mal.
 Una gana doce reales,
 si los gana, ¿y eso qué es
 si la piden cada mes
 unas botas imperiales?
 Hay que aceptar pretendientes,
 amar en broma y de veras,
 y reventar calaveras
 y desplumar inocentes...
 Yo era buena y era honrada;
 pero quise á un ciudadano
 que casi *pidió mi mano*
 y me jugó una trastada.
 ¡Pero superior!

—¿Sí, eh?
 —Desapareció el maldito
 dejándome un angelito
 tan hermoso como usted.
 ¿Qué iba á hacer? Joven, hermosa...
 triunfé de mala manera,
 y porque el hijo viviera
 la madre fué... cualquier cosa.
 En la escena el relumbrón,
 las mallas, el oropel...
 y allá en la guardilla, aquel
 pedazo del corazón.
 ¡Quién podía sospechar
 que los mimos que vendía
 me daban al otro día
 paz y dicha en el hogar!
 ¿Que fui mala? En eso estamos;
 pero Dios sabe mi historia.
 Que El me destine á la gloria
 ó al infierno. Congue, vamos;
 aquí ó allá, una de dos:
 ¿me deja usted entrar, ó qué?
 —Compañera, pase usted,
 ¡que la ha perdonado Dios!

22 Septiembre 1888.

MICROBIOLOGIA

Yo tuve un pariente loco,
 pero loco de remate,
 que se murió en San Baudilio
 catorce ó quince años hace,
 y dejó como recuerdo
 un mamotreto muy grande
 plagado de garrapatos
 y lleno de disparates.

Hoy que no tengo otro asunto
 para escribir un romance,
 voy á copiar unas cuantas
 de aquellas barbaridades.

—
 'El mundo (escribía el loco)
 es ese mundo gigante
 que han soñado con soberbia

los espíritus vulgares.
 ¡Un globo inmenso, creado
 por designio inexcusable
 para que le habite el hombre,
 que domará destrozándole,
 la altivez de las montañas,
 la bravura de los mares
 y la *autonomía* fiera
 de los demás animales!
 ¡Y estarán tan satisfechos
 con necedad semejante!
 Eso es forjarse ilusiones,
 y á sabiendas engañarse,
 comprender á Dios pequeño
 y hacer al hombre muy grande.
 La astronomía es un mito
 sin fundamento, sin base;
 la física, cuatro embustes
 que no desembrolla nadie,
 y la química un conjunto
 de cosas que no se saben...
 ¡Abajo ya las mentiras!
 ¡Los ilusos, que se marchen!
 Yo he descubierto ya toda
 la verdad, en lo que cabe;
 ¡sabadla, y haced un sayo
 de vuestra capa, mortales!
 La tierra es un globulito
 perdido entre otros millares
 de diferentes tamaños
 que forman juntos la parte
plasmática de un fluido
 que hace el oficio de sangre
 y corre por las arterias
 de una especie de gigante
 del cual, por muchas razones,
 no puedo dar más detalles.
 Probablemente ese monstruo
 que las echará de jaque
 juzgándose rey y dueño
 de cuanto su vista alcance,
 habitará en una esfera
 con sus montes y sus valles,
 que á su vez será algún átomo
 microscópico, impalpable
 de otro plasma, de otro líquido,
 de otro ser mucho más grande
 que á su vez... y aquí lo dejo
 porque no quiero cansarme."

—
 No va, pues, descaminada
 Mariquita de los Angeles
 cuando dice á la Pepilla:
 —¡No *se*mos nada, comadre!

6 Octubre 1888.

MALAS LENGUAS

¡Lo que charla esa criada
 ó *ayudanta*, ó recadera
 que tiene mi lavandera

para traer la colada!

Esta mañana, entretanto
que desocupaba el cesto,
se ha soltado y ¡cómo ha puesto
á la vecindad, Dios santo!

—Mire usted, ¡estoy más harta!
Sí me cae la lotería
voy y dejo á la María
con un hocico de á cuarta.

Porque donde usted la ve
qué paice una santurrona
es una mala persona.

—¡Demonio!

—Créalo usté.

—¡Siempre tiene algún enredo!

Hoy está pagando el pato
un pícaro del fielato
de la puerta de Toledo
que toas las noches la lleva

lo que coge de comiso
y lo vende, y paga el piso,
y se compra ropa nueva...

Pero ¡ande usté! que no falta
quien diga que la mujer
del del plucho tié que ver
con el primero que salta...

Esto no es que yo lo sepa
de cierto, ¿sabe usté? ¡no!
pero ha dicho que los vió
el que vive con la Pepa,

la del catorce, que está
separada del marido,
que hace un mes que está metido
con Luisa la *Desgarrá*...

Por cierto que cada tunda
que la atiza la desloma,
porque dice que ella toma
varas del de la Facunda.

¡Miste que se necesita
valor! ¡Andar con apañíos
un hombre de sesenta años
que no sirve pa maldita

de Dios la cosa!... Es decir,
hace un mes que estuvo preso
por robar; conque pa eso
sí qué debe de servir.

¡Digo yo! Si aquí no hubiera
quien tapa...

—Bueno, mujer,
¿y eso qué tiene que ver
con lo de la lavandera?

—Nada.

—Pero como dices
que esperas la lotería
para dejar á María
con un palmo de narices...

—¡Claro! porque ella promete
y no da, y una es un cero...

—¡Un cero, y tienes dinero
para comprar un billete!

—¡Ay qué gracia! ¡Yo comprar!
¡pus si me lo han regalao!

—¡Caramba! ¿Quién?

—El Mellao.

—¿Tu novio?

—¿Quiusté callar?

—No te enfades, hija mía;
¿será tu marido?

—¡Bien!

¡si ya está casao!

—¿Con quién?

—¡Toma, pues con la María!

20 Octubre 1888.

LEYENDA FEUDAL

El Conde Fernán Gonzalo,
dueño y señor de una aldea,
dos castillos, medio monte
y cuatrocientas cabezas
de mesnadero, era un hombre
rudo, curtido en la guerra,
vencedor en seis torneos
y el héroe de cien refriegas.
Pero en los ratos perdidos
era un galán de primera,
que requebraba á las mozas
ó las tomaba por fuerza,
según que las agraciadas
eran fáciles ó recias.
Y así se pasaba el Conde
dulcemente la existencia,
conquistando una tras otra,
muchachas y fortalezas.
Doña Sol su linda esposa,
era arrogante morena,
de formas esculturales,
apasionada y... coqueta.
Encerrada en su castillo
con escuderos y dueñas,
no había más emociones
ni más mundo para ella
que el pedazo que podía
mirar desde las almenas.
Un alma que echaba chispas
en cárcel de hielo presa,
y desahogaba llorando
la pasión que hervía en ella.

Pres, señor, hizo el demonio
que una aldeana, más tierna
que el arrullo del palomo,
más altiva que una reina,
con grandes ojos azules
y labios como cerezas,
lograra infundir al Conde,
al par que el amor, la idea
de llevársela al castillo
y admirarla más de cerca.
Dicho y hecho. Se echó encima
birrete y mallas de seda,
corpiño de terciopelo
y cintillo con preseas,

y... Doña Sol tuvo un paje
rubio como unas candelas,
que le regaló su esposo
como haciendo una fineza.

Pero ¡ay! que nunca les salen
á los traidores las cuentas,
y al ver aquel jovencito
que parecía una perla,
sintió la Condesa un fuego
que le abrasaba las venas.
Su amor estalló de pronto
lo mismo que una centella,
y empleó cien artificios
para que el paje lo viera.
Suspiros entrecortados,
miradas dulces, traviesas...
¡Y el paje no lo entendía
y esquivaba su presencia!
Doña Sol se volvió loca,
y viendo que, ni por esas,
la montaña no venía...
se fué á la montaña ella.

Una mañana temprano,
rugiendo como una fiera,
entró en el cuarto del Conde
como un rayo la Condesa.
—¡Traidor, infame! (le dijo)
¡Es muy digna hazaña vuestra
introducir como pajes
en el castillo mancebas!—
Callóse Fernán Gonzalo,
mas de pronto una sospecha
le turbó, y airado y roncó
gritó, arqueando las cejas:
—¿Cómo lo sabéis, señora?—
Doña Sol se irguió altanera,
fué á contestar, y... se puso
colorada de vergüenza.

27 Octubre 1888.

EN EL OLIMPO

—¿Adónde va usted?

—Aquí.

—¿Sí? ¿Cómo se llama usted?

—Fulano de Tal.

—¡Ah, sí!

—Soy poeta.

—Ya lo sé.

Le conozco por la fama
que suena constantemente,
y al hablar de usted, le llama
distinguido y eminente.

—No sé si tendrá razón.

—Supongo que la tendrá,
porque, ¡hasta en esta región
es usted célebre ya!

¿Qué ha hecho usted?

—Un poemita;

obra que tiene bemoles.

—¿En cuánto tiempo está escrita?

—En tres años.

—¡Caracoles!

Será muy bueno el poema,
pero ¡es un grano de anís!
¡Tres años!

—Es el sistema
que se estila en mi país.

—Y ¿de qué trata?

—Pues trata,

señor, de bastantes cosas:
perlas, nubes, oro, plata,
lagos, arreboles, diosas,
cien descripciones brillantes,
algunas frases valientes,
mil palabras retumbantes
y párrafos elocuentes.

—Gustaría...

—¡Ya lo creo!

Seduces, encanta, embelesa;
lo leí en el Ateneo,
lo dediqué á una Duquesa;
la prensa, unánime, dijo
que era yo una maravilla...

—¿De buena fe?

—¡Bah! De fijo;

¡es la prensa tan sencilla!

—¿Qué más hizo usted?

—Pues... nada,

¿qué había de hacer, cristiano?

Ir de tertulia en velada
con el poema en la mano.

—Pregunto si ha escrito usted
más obras.

—¡Ah! Sí, señor.

Un cantar que dediqué
al objeto de mi amor,
una décima á un entierro,
una quintilla á un bautizo,
y unas cuartetas al perro
de un señor caballero.

—Y ¿cómo con esa flema
ganó usted á tantos jueces?

—¡Toma! Leyendo el poema
lo menos quinientas veces.

—Pues, hijo, yo he recibido
muchísimos desengaños.

y... me tienen ya molido
los poemas de tres años.
(Y Apolo dejó al autor
con la disculpa en la boca
murmurando:—Pues, señor,
¡la gente se ha vuelto loca!)

3 Noviembre 1888.

EN LOS BARRIOS BAJOS

—¿Ya estás aquí?

—Pa servirte.

—¿De dónde vienes?

—¡Qué gracia!

De donde vienen los hombres
que saben lo que es crianza,
y ponen como es debido
cinco dedos en la cara.
—No lo dirás por la mía,
que está bien limpia y bien sana.
—Pues ello es que me han llevao
á la prevención.

—Por mandria.

—¿Sí? Creí que había sido
por darte dos bofetadas.
—¿Tú á mí? Límpiate los ojos,
que estás viendo musarañas.
¡Mía que ponerme la mano!
Pero ¡claro! como estabas
como una cuba, creíste
que el arañazo era guasa.
Anda y mírate al espejo,
verás las señales, anda,
—Isidora, no me piques,
que tiés la lengua mu larga,
y la dinidad se pierde
por cuestión de unas palabras.
Yo he estao siempre tan sereno
como ahora.

—¡Mía qué gracia!

¡Como que estás entoavía
que no pués con la *tajada*!
—¡Que no estoy para espectáculos!
—Pues á mí me da la gana,
porque ya estoy harta, ¿entiendes?
¡bragazas! ¡más que bragazas!
y yo no quiero un marido
sin principios y sin nada.
¿Te parece á ti decente
pasarse toa la semana
de la taberna á la cárcel
y de la cárcel á casa?
¿Es eso tener vergüenza?
¿Pa eso te has casao?

—¿Te callas?

¡Qué me he de casar pa eso!
—¿No vienes de gente honrada?
¿Y á dir á la prevención
á que te coman las ratas
te han enseñao ni tu padre
ni tu madre, que Dios haiga?
—No; la verdá es que no ha sido
mi padre. Han sido los guardias.
—¡Lucio! tú me estás faltando;
tú estás haciendo trasladas
y dejando que se pudra
tu mujer, metida en casa,
y mira que tan y mientras
que tú vas y te emborrachas,
no falta quien me hace cocos
y qué ver si le hago cara.
—¿Quién es? ¡que voy y lo masco!
—No tapures, que no hay nada;
pero ya me voy cargando,
y vas á ser hombre al agua.
—¿Al agua? ¡Primero moro!

Dime quién es el que te anda
rondando... ¡dilo!

—¿Pa qué?

—¡Pa quitarle yo las ganas!
—¡Pues estás bueno! Más vale
que lo dejes pa mañana.
—Es que mañana es mu fácil
que se me pase la rabia.
—Mejor; no te comprometas;
yo he nacio pa casada,
y no soy como otras pécoras
que no tien pízca de *lacha*.
—Que no me engañes, Sidora.
—Vamos, hombre, tú te callas,
que no es cosa de morirse.
Yo me estoy metida en casa
y no ando de pingoneo
—Es que si alguno te falta...
—Vaya, Lucio, tú estás malo.
Anda, métete en la cama
y á ver si te despabilas
pa cuando yo vuelva.

—¡Gracias!

¿Pues dónde te vas tú, prenda?

—¿Yo? ¡Donde me da la gana!

10 Noviembre 1888.

COSAS

Como un granito de tierra
que, arrastrado por el agua,
rodando entre los guijarros
que le pulen y desgastan,
viene á dar en un remanso
donde la corriente para,
y allí prisionero queda
con las arenas hermanas
hasta que vencen las ondas,
rompen el dique y avanzan,
así, obediente al impulso
de volubles circunstancias,
que cuando quieren me empujan
y cuando quieren me atascan,
vine á caer de improviso,
por casualidad extraña,
en aquel rincón del mundo
que dicen que fué mi patria.

Años atrás, ¡hace muchos!
me lanzó de allí una racha
y allá, en el desván, quedaron
los recuerdos de la infancia,
pudiéndose lentamente
y empolvándose á sus anchas.
Cuando volví, ni un detalle
de aquellos tiempos quedaba,
y aunque quedaran algunos
no me importarían nada.
¡Buen pillo de siete suelas
estaba el niño de marras,
gastado por los placeres,

aleccionado en las aulas,
curtido por otros aires
y acostumbrado á otras mañas!
¿Qué impresión iban á hacerme
las derruidas murallas,
ni la ermita del otero
con su torre de espadaña,
ni aquellas chicas robustas
y frescas como manzanas,
ni aquel hogar silencioso
con su monótona calma?
¡Yo era ya un hombre! Un valiente
sin familia, sin entrañas,
con el alma sin arranques
y con los ojos sin lágrimas.
Podía afrontar de pronto
las situaciones dramáticas
y reirme interiormente
de todas esas bobadas
con que los poetas cursis
divierten á cuatro sandías.
Llegué valiente, blindado
con esa férrea coraza
donde los dulces afectos
se destrozan ó resbalan,
endurecida en el choque
de alegrías y esperanzas,
remolinos de pasiones
y tormentas de desgracias.
Entré. Me abrazó mi padre
sin decir una palabra,
porque el llanto de los ojos
se le anudó en la garganta...
Yo sentí no sé qué cosa,
se me saltaron las lágrimas,
¡y se deshizo el blindaje
como la sal en el agua!

17 Noviembre 1888.

LA PENA DE MUERTE

I

Atados por los codos, ateridos,
balbuciendo blasfemias, y guardados
por un fuerte piquete de soldados,
van por la carretera seis bandidos.

Se ha prohibido hablar, y las culatas
ó las tremendas hojas de los sables
ahogan al instante las bravatas
de aquellos miserables.

¿Adónde van? La cárcel les espera,
y después, en la plaza de la villa,
el siniestro armatoste de madera,
la sanguinaria multitud que chilla,
el vulgo que, cobarde é inhumano,
ruge feroz al imponer su yugo,
y la mano traidora del verdugo
que representa al pueblo soberano.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Se ha reunido
toda la sociedad sólo por eso!

¡A matar por la espalda á un pobre preso,
poniendo por razón que la ha ofendido!

II

¿Y qué hicieron los seis? En un atajo
sorprendieron, armados, á un arriero
que entregó, de rodillas, su dinero,
producto de una vida de trabajo.

Después, entre feroces carcajadas,
le metieron un clavo por la frente,
le cosieron el cuerpo á puñaladas,
le arrancaron los ojos brutalmente
y pasaron un rato de alegría
parodiando el dolor de la agonía.

Pero el terrible acero
de la justicia lo que coge corta;
y hoy se junta la villa, ¡el mundo entero!
para vengar la muerte de un arriero
que no conoció nadie, ni le importa.

La prensa inútilmente
alzó su voz potente
tronando contra el bárbaro derecho
que la cobarde humanidad se irroga
para vengar el crimen con la saga,
que es un crimen igual, y peor hecho.

En vano, por librar á los malvados
del hacha del verdugo,
se sacó á colación por todos lados
la santa indignación de Víctor Hugo.
¡La ley es implacable, dura y fuerte!
No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

III

Eso no puede ser. El pueblo avanza
en busca del progreso. ¡Conque abajo
las sangrientas ideas de venganza!
Tratemos al bribón con más templanza,
y acaso se redima en el trabajo.

Los seis que asesinaron al arriero
son hombres con las almas corrompidas;
pero, ¿quién autoriza al mundo entero
para que así disponga de sus vidas?

¡Sólo Dios es el dueño de la muerte!
Si estorban los bribones,
dejadlos sin comer en las prisiones...
hasta que Dios disponga de su suerte.

24 Noviembre 1888.

¡AY, AMELIA!

Con un lujo estrepitoso
y ese mirar descocado,
que forma el sello ofensivo
de las reinas del pecado,
dejando un rastro de aromas
que me han costado el dinero.
y sonriendo á las bromas
de tal ó cual majadero,
con esa altivez bravía

que tu condición te da,
pasaste ayer, vida mía,
por la calle de Alcalá.

Un sombrero muy bonito
con un ala exagerada
y el cadáver de un lorito
con la cabeza encarnada;
tu abrigo de terciopelo
negro, con forros granate,
y un *boa*, que llega al suelo,
de color de chocolate.

Falda de seda crujiente,
que, por si acaso llovía,
te alzañas bonitamente
con mucha coquetería.

para enseñar, al descuido,
con aire provocador,
esas medias que han tejido
los diablillos del amor.

Además, sobre los guantes,
cadenas y brazaletes,
y un aluvión de brillantes
en botones y corchetes.

¡Vive Dios! que nadie iba
por la calle de Alcalá
más vistosa y llamativa
que el fruto de tu mamá.

Yo te vi... *pasar ligera*,
como dice la canción,
recogiendo por la acera
palabras de admiración,

y me asaltó en el instante
una reflexión muy rara:
—Pues, señor, está elegante;
pero me cuesta muy cara,

¡pero muy cara! Y lo malo
es que el lujo de esta moza
yo sólo se lo regalo,
y es el mundo quien lo goza.—

Ya sé yo que tú me quieres;
sin embargo, he decidido
renunciar á mis deberes
de amante favorecido...

En otro tiempo, ¡ahí verás!
ardiente y enamorada,
me gustabas mucho más
sin adornos y... sin nada.

Y hoy suspendo mis visitas,
porque ya no me convienes
por eso. Porque te quitas
lo más bonito que tienes.

1.º Diciembre 1888.

A GRANDES MALES...

Una buena muchacha, pero muy buena,
que nació, según dicen, en Cartagena...
(Si en vez de ser muy buena fuera muy mala,
su pueblo hubiera sido Zamarramala;
porque esto es lo que pasa cuando al principio,
por hallar consonante, se saca un ripio.)

Digo, pues, que una chica muy retrechera,
natural de... corriente, de donde fuera,
se pasaba las horas al ventanillo
charlando con un joven de Valsequillo.
(Si en vez de ventanillo fuera ventana,
de fijo nace el joven en Santillana.)
La vecindad, que siempre se mete en todo,
y escucha y escudriña de cualquier modo...
(Este de cualquier modo..., ¡pero, en fin, pase!
porque al menos es ripio de buena clase.)
Decía que en la casa toda la gente
no encontraba correcto ni conveniente
que la chica de... bueno, de donde fuera
tuviera relaciones en la escalera;
y una señora viuda de un zapatero,
que tenía pupilos en el tercero...
(¡Si llega á ser la viuda de un retirado,
pongo á los infelices en el tejado!)
dijo no sé qué cosas á la portera
con toda su energía de pupilera,
y el dueño de la casa supo en seguida
que había una pareja muy atrevida
que haría de seguro mil desatinos...
¡y que ya se cansaban los inquilinos!

Pues, señor, es el caso que fué el casero
con propósito firme de ser severo
y de echar un discurso breve y sencillo
á la preciosa joven del ventanillo.

Le recibió en el acto la interesada,
dulce como el susurro de la enramada
y hermosa como el cielo de Aldalucía...
(No me sale de dentro la poesía.)

Lo cierto es que la chica de... Cartagena
era una buena moza, ¡pero muy buena!
y tenía en los ojos un atractivo
que por indescriptible no lo describo...

Total: por la denuncia de la portera,
ya no pasea el novio por la escalera...
¡Se salió con la suya la del tercero!
Nadie ve á la vecina... más que el casero...

8 Diciembre 1888.

OYE, MAMA

—Yo soy una niña muy bien educada;
¡no insisto sobre esto, ya estás convencida!
y oculto á tus ojos no tengo yo nada;
ni soy embustera ni soy reservada.
Por eso conoces á fondo mi vida.

Fues bien: hoy te quiero contar una cosa
que creo que puede tener trascendencia.
¡Dichosa quien tiene mamá cariñosa
que allane del mundo la senda escabrosa
con esos consejos que da la experiencia!

—Veamos, chicuela, ¿qué es ello?

—Pues nada
que pueda chocarte, porque es muy corriente.
Que un joven me adora con fe bien probada.
—¡Demonio!

—Te advierto que el joven me agrada,

y es rico, y es una persona decente.

—Pues hay que pensarlo de todas maneras, porque esas cuestiones son graves de suyo y hay muchas pasiones azas pasajeras. Pregúntale al alma si quiere de veras, ó es sólo un capricho del joven y tuyo.

—¡Ay! Yo, por mi parte, le quiero de un modo que cuando me miran sus ojos de fuego me pongo nerviosa, me olvido de todo. Tal vez sin motivo después me incomodo, porque hallo en sus actos hastío ó despego.

—¿Te quiere él lo mismo?

—Lo mismo, mamita:

si finjo desdenes, ¡se pone tan triste!

—Pues, hija, tus duelos calmar necesita, y puede, si quiere, buscar á tu cuita el único, el solo remedio que existe.

¿Sus fines son buenos? ¡Porque hay quien se [atreve

á hacer picardías fingiéndose honrado!

Y en punto tan grave, querida, no debe quedarte en el alma la duda más leve.

—No tengo ninguna.

—¿Ninguna?

—Es casado

15 Diciembre 1888.

CONTRASTE

No he visto en mi vida
mujer más traviesa
que mi encantadora
vecina Teresa.
No calla un momento,
no para un instante,
arriba y abajo
y atrás y adelante.
Regaña, maldice,
murmura, vocea,
se irrita, se ríe,
calumnia, pelea,
se entera de todo
lo que hay en la casa,
se sabe al dedillo
qué ocurre, qué pasa,
censura ó aprueba
lo malo y lo bueno,
y cuenta en seguida
lo suyo y lo ajeno.
Se agita, se mueve
como un molinillo,
se va á la guardilla,
se sale al pasillo,
que grita, que corre,
que sube, que baja,
¡no sé cuándo come
ni cuándo trabaja!
La pobre es chismosa,
mordaz, embustera...
¡la falta un tornillo,
según la portera!

Por eso dispone
de haciendas y vidas,
se pasa en el patio
las horas perdidas,
que chilla, que riñe,
que canta, que tose,
ni lava, ni limpia,
ni plancha ni cose;
y en tanto al marido
le lleva el demonio
y está renegando
de tal matrimonio.
El hombre, parece
que ya tiene miedo,
porque habla muy bajo
y pisa muy quedo.
Por nada se irrita,
por todo se calla,
ni busca disputas,
ni quiere batalla.
De genio apacible,
sencillo, modesto,
tranquilo, ordenado,
mañoso, dispuesto,
le importa un pepino
qué dicen, qué pasa,
se cuida de todo
y arregla su casa.
Por eso le ofende,
por eso le pesa,
que sea tan loca
su amada Teresa,
y todas las noches,
sereno y prudente,
la da cuatro palos
silenciosamente.

22 Diciembre 1888.

AL PEDIGUENO NÚMERO 427

Hombre, llega usted á tiempo,
porque estoy echando chispas
y quisiera poner verde
al primero que me pida.
¿Quién le ha dado á usted derecho
para darme tarjetitas
deseándome venturas
y pidiéndome propina?
¿Le parece á usted decente
que yo me rompa la crisma
para buscar dos pesetas,
cada vez más escondidas,
y luego, con el pretexto
de que esto es costumbre antigua,
venga cualquiera y las lleve
para comprar chucherías?
¿Cree usted que porque haya dado
á luz la Virgen Santísima
se justifica esta serie
de sablazos infinita?

¿Y no le da á usted vergüenza,
teniendo camisa limpia
más que la mía, si es caso,
tirar de la campanilla
para mendigar limosna
como el ciego de la esquina?
¡Estoy hasta los cabellos,
porque ya llevo ocho días
repartiendo casi todo
lo que gano, entre sablistas!
Medio mundo me desea
felices Pascuas; ¡mentira!
tanto le importa á la gente
que yo goce las delicias
de Capua, como que pase
las Pascuas con pulmonía.
¡No doy un real desde ahora
ni al Preste Juan de las Indias!
¿A qué viene usted á decirme,
con esa dulce sonrisa,
que mi salud le interesa
y hace votos por mi dicha?
¡Qué diablos le importa á nadie
mi salud, aunque lo diga,
si casi á mí no me importa
cuatro rábanos, y es mía!

29 Diciembre 1888.

¡ATRÁS!

Un tropel de enemigos del idioma
decidido á embestir por cualquier parte
va á caer sobre el arte,
como entraron los bárbaros en Roma.
El *couplet* por aquí, por allí el tango,
detrás de cada chiste una impureza...
y sube la marea, y crece el fango
que ahogará en inmundicia la belleza.
Una turba de niños nos abruma
con la audacia sin fin del majadero;
se salen del pañal, toman la pluma
y dejan la vergüenza en el tintero.
El programa es el mismo para todos:
no hay amor, ni pasiones, ni ideales;
no hay más que vengadoras y beodos
con instintos brutales.
¿Se trata con *genial* delicadeza
de hacer la disección al hombre vivo?
Nada de corazón, ni de cabeza;
¡la cuestión es el tubo digestivo!
Preferir á los buenos los idiotas,
coger del mundo lo peor que tiene
y buscar palabrotas
para acabar un párrafo que suene.
¡La verdad ante todo!
y el lenguaje más real es el grosero.
¿No hablan los carreteros de ese modo?
Pues, ¿por qué no escribir en carretero?
¡Copiemos la verdad! De aquí resulta
que sólo es verdadero lo canalla,
que se toma la musa por pantalla

y que en lugar de discutir se insulta.
¿Y es ése el porvenir? ¿Querrán con esto
matar la poesía, noble, hermosa
bajo el falso supuesto
de que la vida humana es sólo prosa?
¡No puede ser! ¡Atrás, innovadores,
si no hacéis las reformas de otro modo!
Serán de trapo y de papel las flores,
pero es bobada preferir el lodo.
¡Atrás! y con la música á otra parte.
Ni eso es literatura,
ni por ese camino se va al arte,
que se basa en la gracia ó la hermosura.
Si ha de buscarse brillantez de estilo
con cosas sucias y costumbres malas,
¡volvamos á los tiempos de Batilo
y á tratar de pastores y zagalas!

5 Enero 1889.

A FALTA DE ASUNTO...

Contestaré despacito
á una carta de interés
que esta semana me ha escrito
un joven barcelonés.

Dice mi corresponsal:
—¡Ea! Basta de coplitas
con mucha ó con poca sal,
peor ó mejor escritas,
en las cuales no hay asunto
que importe á nadie un pepino.
Conque, hagan ustedes punto,
y ¡á buscar otro camino!

En nuestros días la gente
tiene las horas contadas,
y no estima conveniente
entretenerse en bobadas.

—¡Tiene usted mucha razón,
oh, joven de Barcelona!
Eso es tratar la cuestión
lo mismo que una persona.

Es mucho fastidiar esto
de hablar siempre del teniente
que quiere ocupar el puesto
del marido complaciente,

de la vecina divina
á quien hacemos el oso,
del novio de la vecina
que puede ser un gomoso,
del amor puesto en ridículo,
una broma, un chiste, un lance,
á necesidad por artículo
y á estupidez por romance.

Todo baladí, sin fondo,
bellezas de colorete,
el verso mondo y lirondo,
palabras y... sonsonete.

¡Nada, nada! ¡Fuera eso!
Abajo lo que no sea
filosofía de peso
ó el batallar de la idea.

¿No hay cuestiones importantes
cuyo debate es fecundo,
porque son interesantes
para casi todo el mundo?

Pues que maten los negocios
á los versitos ligeros
con que entretienen sus ocios
los vates cascabeleros.

El siglo es positivista,
todo lo mide y lo pesa,
y nadie pasa la vista
por lo que no le interesa.

Lo que es tonto se abandona
y no merece atención.
¡Oh, joven de Barcelona,
tiene usted mucha razón!

Quede, pues, desde mañana
por muerta la poesía
ligera, alegre y liviana,
porque es una tontería,

¡y escriban octavas reales
los poetas españoles
del precio de los cereales
y de la cuestión de alcoholes!

12 Enero 1889.

¿VA USTED AL BAILE?

Pues yo quisiera que me dijese
si tiene alguna razón de peso
para hacer eso;
porque yo trato de que confiese
que ni le gusta ni le interesa
y que no sabe lo que le gufa...
¡Por Dios, don Pío, no haga usted esa
majadería!

Primeramente, señor don Pío,
quien pasa en vela toda la noche
derrocha el tiempo, y ese derroche
Dios lo castiga con el hastío.
¿Quién va de bailes y comilonas
buscando en ellos falsa alegría?

Pues... las personas
que no trabajan al otro día.
¡Y es mal sujeto, según la gente,
quien no trabaja diariamente!
Por otra parte (dejando á un lado
moral casera,
que es argumento manoseado),
¿quién se divierte de esa manera?
¿Goza usted, acaso, con las bromitas
de las mujeres enmascaradas
que de antemano van conquistadas
las pobrecitas?

¿Pues qué atractivos y qué alicientes
tienen tapadas esas señoras?
¿Son sus encantos muy diferentes
de los que venden á todas horas?

¿O es que bebiendo
media botella de manzanilla
y echando roncas, como diciendo:

— ¡Yo estoy borracho! ¡Nadie me chilla! —
ya está un sujeto tan divertido?

¡Así no goza ningún nacido!

¿Sabe usted el paso que hacen algunos
estudiantillos recién llegados
que quieren, ¡pobres!, darlas de tunos
desvergonzados?

Fues atracarse de muy mal vino,
ir con la ropa desabrochada,
ser los juguetes del torbellino,
dar muchas vueltas y no hacer nada...

¿Que usted no es de esos? ¿Que se divierte
con esas cosas

porque allí encuentra con mucha suerte
las aventuras maravillosas?

¿Que hay muchos medios contra el hastío?

¿Que á veces danzan en ese infierno
chicas honradas? Señor don Pío,

¡vaya usted al cuerno!

19 Enero 1889.

EL AVE MARIA

(PRIMERA PARTE)

Formado en el repecho de una loma
estaba el regimiento de reserva,
con las miradas fijas en el cerro
y con los pies clavados en la tierra.

Los jefes y oficiales en corrillos,
los soldados en filas incorrectas,
y á los lados, bagajes, camilleros,
músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campiña silenciosa,
bañada por un sol de primavera,
ese ruido de arcos militares
que imita el preludio de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente,
con mezcla de temor y de impaciencia,
el lejano rumor de la batalla
que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido,
como llegan las olas á la arena,
quejándose, al romper, á poco rato
de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines,
los estampidos del cañón que truena,
los gritos, el estrépito, los ayes
de la carga brutal á la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima,
se oyen las voces cada vez más cerca,
y el fiero relinchar de los caballos,
y el lúgubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo,
se agrupan por instinto los que esperan,
y oscilan á la vez dos mil fusiles,
cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante,
que se lanzó hacia abajo á rienda suelta
y en seguida vibró la aguda nota
con que impuso silencio la corneta.

—Dios te salve, María—dijo un quinto, como pudo decir una blasfemia, y mirando á los otros, en seguida se puso colorado de vergüenza. En lugar de soltar la carcajada, palidiecieron los que estaban cerca, y... rodó la oración, de boca en boca, por todo el regimiento de reserva.

La sencilla plegaria subió al cielo pura y solemne, por llevar con ella el hanto de las madres desdichadas y el amor de las pobres lugareñas.

26 Enero 1889.

(SEGUNDA PARTE)

El sagrado perfume del incienso satura todo el aire de la iglesia, y los rayos de luz en las ventanas con los cristales de colores juegan.

En el altar mayor, entre dos cirios que con fúnebre son chisporrotean, la imagen de la Virgen se levanta, con manto de tisú con lentejuelas.

Allá, en las altas bóvedas, parece que zumba el eco de plegarias tiernas, murmullos de oraciones fervorosas, acompañados de invisible orquesta.

Y en el desierto templo nada turba ese sosiego místico que lleva á pensar en la dicha de los cielos y en las duras fatigas de la tierra.

Todo convida á orar. Una campana en la espadaña del convento suena, y á través de la espesa celosía desfilan lentamente sombras negras.

Los reverendos frailes se arrellanan en los anchos sillones de vaqueta, y, á juzgar por las trazas, se disponen á continuar la interrumpida siesta.

Pero de pronto el órgano recibe la caricia del viento en las trampetas, y llena el templo todo con sus notas de angusta sencillez y de grandeza.

Lamentos de contritos pecadores que adoran á la Reina de las reinas, ayes de angustia, gritos de socorro la cadenciosa música semeja.

Se apaga el cuchicheo, y apoyando en los anchos respaldos las cabezas, rompé á cantar el coro: —Ave María— con voces graves, varoniles, llenas...

También esta oración subió á la gloria con la del regimiento de reserva: pero ésta no pasó de los umbrales, porque San Pedro se durmió con ella.

2 Febrero 1889.

CIRCULO VICIOSO

—Vamos, no llores ahora y confiéstate tranquila.

Dios ayuda al que vacila; la fe consuela al que llora y fortifica el perdón al espíritu valiente...

—No lloro precisamente por dolor de corazón, sino porque mi marido, que tiene un genio muy malo, me acaba de dar un palo por cuestiones del cocido.

—Es que hay casos en la vida en que algunas los merecen.

—¡Ay, padre! ¡Si se endurecen los garbanzos en seguida!

—Fues ten paciencia, que el cielo premia siempre la paciencia, y sólo en la penitencia se puede encontrar consuelo.

—Eso mismo el confesor me dijo el año pasado, y eso me ha perjudicado.

—No puede ser.

—Sí, señor.

Porque me paso la vida en el templo, ante el altar, pidiendo á Dios que á mi hogar vuelva la calma perdida.

Para lograr mis deseos yo no falto á los sermones, letanias, procesiones, novenas y jubileos,

y, ¡es natural!, entretanto el puchero se me pega, y cuando mi esposo llega, ya se sabe, funda al canto.

Allí me llama el deber, pero aquí la devoción, y en tan dura situación yo no sé, padre, qué hacer.

Por lo que pasa en mi casa me vengo á rezar aquí,

y luego, por esto, allí me pasa lo que me pasa

—Pues no es preciso que escójas entre el templo y el hogar, te basta con no tomar el rábano por las hojas.

16 Febrero 1889.

ENTRE ABUELO Y NIETO

—En el sétimo cielo (y va de historia), había una legión de querubines

que relegó el Señor á los confines del rincón más obscuro de la gloria.

—¿Por qué?

—¡Por galopines!

—¿Ángeles y granujas? Yo creía que todos eran buenos.
 —Y lo son; pero hay clases todavía: unos son más benditos, y otros menos. Además, los que digo no merecían el cruel castigo que reserva tan sólo á la malicia la celeste justicia.
 Indóviles, traviesos, y portándose siempre como tales, no dejaban en paz con sus excesos á los santos formales.
 Revolvían atriles y sillones, echaban á perder las arpas de oro y embrollaban plegarias y canciones, desafinando á lo mejor del coro.
 Por eso el Padre Eterno, no pudiendo enviarles al infierno, les prohibió salir, sin previo aviso, de aquel sétimo piso.
 ¿Tú creerás que por eso la legión castigada tuvo, al hallarse casi desterrada, formalidad y seso?
 ¡Pues todo lo contrario!
 Cumplía la condena expiatoria promoviendo un barullo extraordinario que alborotaba sin cesar la gloria.
 Y, viéndolo el Señor, una mañana en que daban los chicos mucha guerra, dijo:—¡Que adopten vestidura humana, y que se vayan todos á la tierra!
 Si allí se portan bien, serán premiados y volverán conmigo; si resultan malvados, hallarán en los antros el castigo.—
 Y les mandó á este valle para purgar con lágrimas sus yerros.
 —¿Quiénes son?

Los que veas en la calle que van tirando piedras á los perros.

23 Febrero 1889.

CONVERSACION

Un actor muy aplaudido, que imita perfectamente á todo bicho viviente en el orbe conocido, y que canta peteneras cuando el público las pide, y á poco que se descuide se come frases enteras, artista de corazón (según él cree), me decía en la calle el otro día con sublime indignación:
 —Nada, convénzase usted, ya no hay arte, ya no hay ciencia, y negar su decadencia es dar contra la pared.

¡Qué afán de disparatar!
 ¡Qué cosas tan horribles!
 Al pensar en estas cosas me dan ganas de llorar.

Ha llegado la ocasión de que se salve el que pueda; en los artistas no queda ni rastro de inspiración.

Los críticos no podrán negar, ante estos horrores, que tiemblan los bastidores al soplo del huracán, que la cosa está en un tris y que nada la detiene en la ruina, si no viene la salvación de París.

¡Aquéllos son actorazos y aquéllo es arte de veras!
 ¡Qué agilidad de caderas y qué soltura de brazos!

Ningún detalle se pasa, ¡qué ha de pasar un detalle! se abrazan como en la calle, es decir, como en su casa, y en España y sus Antillas, refractarios al progreso, nunca nos damos un beso más que de mentirijillas.

Y no habrá quien nos convenza y nos ponga sobre aviso... Créame usted, ¡es preciso que perdamos la vergüenza!

Esto dijo, yo callé por no decirle que no.
 Saludóme, y se marchó.
 Respondíle, y me marché.

2 Marzo 1889

ADUANAS

—Has de saber, Antoñito, que en un valle que no nombro, había dos hormigueros, separados uno de otro por un atroyo pequeño, pero de bastante fondo.
 Bueno. Y el caso es que un año, por circunstancias que ignoro, no pudieron las hormigas de la izquierda hacer su agosto, mientras las de la derecha trabajaron de tal modo, que rebotaban los víveres por galerías y sótanos, y hasta tiraron el trigo que les servía de estorbo.
 —¿Y por qué no se lo dieron á las otras?

—Poco á poco; ¿ya has olvidado que el agua se lo impedía del todo?

Pues bien; pasada la crisis, pensaron:—Por si el demonio hace que esto se repita y el compromiso es más gordo, debemos hacer un túnel por debajo del arroyo. De esta manera podemos auxiliarnos bien y pronto, y es más difícil el hambre teniendo cerca el socorro.

Y empezaron las tareas con un entusiasmo loco... Pero á medida que el túnel iba siendo largo y hondo, la faena era más ruda y el trabajo más penoso. Hundimientos, filtraciones, y desdichas y destrozos... A cada paso un obrero moría entre los escombros, y cada grano de arena costaba casi un tesoro... Pero, ¡adelante!, ¿qué importa? El caso es que, poco á poco, se fué concluyendo el túnel, y, al fin, se acabó del todo.

—¡Bravo! ¡Ya los hormigueros tenían camino corto para conjurar las crisis, prestándose mutuo apoyo!

—Sí, pero ¿sabes qué hicieron?

—Yo no; pero lo supongo.

—Pues pusieron unos guardias en los respectivos cotos, para oponerse, por medio de gabelas y de embrollos, á que pasaran los trigos desde un hormiguero á otro.

—¡Caramba! ¡Trabajo inútil!

—Y, vamos á ver, Antonio, ¿qué opinas de unas hormigas que se portan de ese modo?

—Que son tontas.

—¿Sí? Pues, hijo, lo mismo hacemos nosotros.

9 Marzo 1889.

TIPLE NUEVA

Salió á escena Dolores... ¡desdichada! con unas mallas de color de tierra, un tonelete corto, desteñido, y un pedazo de talco en la cabeza. Al ver aquella facha de cadáver, que adelantaba el paso con vergüenza y mostraba en las formas angulosas la terrible señal de la miseria, el público no pudo contenerse, y se rió de firme á boca llena. Temblorosa la pobre y asustada llegó casi á tocar las candelas,

y... no vió nada más. Creyó que todo se había concluido para ella.

Quiso cantar entonces, y en el cuello sintió como las garras de una fiera que las notas del tango trastornaban, cambiándolas en lágrimas y quejas. Y el público gozaba lo infinito, y la insultaba el director de orquesta y... al fin, para aplaudir el sufrimiento, se deshizo en palmadas la tormenta.

¡Desventurada tiple! Luchó en vano con los rigores de la suerte adversa; su madre no comía, pidió auxilio, y cerradas halló todas las puertas. Venció al fin sus escrúpulos, y un día corrió á un teatro y se ofreció á la empresa.

¿Canta usted?—No lo sé.—¿Pero se atreve á salir casi en cueros á la escena?

—El hambre lo hace todo.—Pues andando.

Y puso en los carteles: ¡Tiple nueva!

Visto estaba el fracaso, porque Lola no tiene más que huesos en las piernas, y el público imparcial quiere descaro, y si descaro no, ¡carne siquiera!

16 Marzo 1889.

LOS QUE BRILLAN

Patatero (don Antero)

se figura que *figura* porque, según asegura un zascandil revistero, son prodigio de hermosura las hijas de Patatero, y recibe su señora con una gracia exquisita, y no hay casa más bonita que la casa donde mora. Se reúne en sus salones la sociedad elegante... ¡Son tantas sus relaciones! ¡El hombre es tan importante!

¿Qué diría

don Antero Patatero si se enterara algún día de que, á pesar del dinero, del tresillo de marquesas, de los bailes celebrados, de las mesas con manjares delicados, de ese bullir infinito en que se pasa la vida, ni es persona conocida ni le importa á nadie un pito?

¡Desdichado!

¡Verse traído y llevado por los periódicos grandes que adulan hasta el exceso, y figurarse por eso que ha puesto una pica en Flandes! Es un error de la gente

de buen tono
creer inocentemente
que todo bicho viviente
se da cuenta de su abono,
de sus troncos, de sus cenas,
de sus joyas, de sus trajes...
que preocupan sus viajes,
que el mundo su nombre llena...

¡Fues no hay nada!

Cuando veis desde la altura
la multitud apiñada,
que suponéis embobada
con el lujo ó la hermosura,
sabed que nadie os conoce
ni desea conoceros
más que nueve... diez ó doce
caballeros.

Y ¿puede ningún menguado
tenerse por importante
sólo porque lo ha acordado
cfréulo tan limitado
como el del mundo elegante?
En cambio, y esto es verdad,
toman esa gloria á guasa
los que forman esa masa
que da popularidad

verdadera

y que en su vida se entera
de la buena sociedad.
Es más. En nombre de todos
los anónimos sujetos,
que no pedimos respetos
por descender de los godos.

digo y juro

que, si leo por sorpresa
la revista, en francés puro,
del baile de la condesa,
del tresillo

del señor de Marmolillo
(es un decir), ó el banquete,
ó el *lunch*, ó la cacería
en que pasó todo el día
la familia Rechupete,
no se me ocurre otra cosa
que renegar del diario
y... alguna frase injuriosa
en lugar de comentario.

23 Marzo 1889.

CHARLA FEMENIL

—Tenga usted mu buenas tardes,
señá Malena.

—Hola, Juana.

—¿Cómo está el hombre?

—Tan bueno.

—¿Cuándo viene?

—Pa las Pascuas.

—¿Tendrá usted gana de verlo!

—¡Demontre si tengo ganas!
Como que va á hacer diez años

que lo llevaron de casa.

¡Y es más bueno!

—Sí, eso icken.

—En seis meses de casada,
nunca me ha tocado el pelo
de la ropa.

—Pus es ganga.

—Y sabe Dios, cuando venga,
cómo estará, porque cambian
el carácter esos tratos
que los dan en Ceuta.

—¡Vaya!

El mío no llegó á Ceuta,
no estuvo más que en Granada,
pero ¡ay, hija! le pusieron
que ya ni un santo le aguanta.

—Pus eso es lo que yo temo,
porque aunque él es una malva,
se pierde mucha ecencia
entre los cabos de vara.

—¿Y por qué fué?

—Fus por mor

de una custión de baraja.

¡No es que fuera un viciosote!

¿sabe usted? pero pasaba
los domingos ahí enfrente,
en la taberna del Chapa.
á matar tres ó cuatro horas
jugando al mus, y por nada,
una tarde, él y el difunto
se trabaron de palabras
sobre si quieres la grande
ó si me has visto las cartas,
y ¡claro! el hombre es un hombre;
si le dicen que hace trampas,
y no las hace, se enrita...

—Es claro, y aunque las haga.

—Bueno, pues el caso fué
que tiraron de navajas,
y el mío, que es una fiera,
le cogió al difunto en mala
disposición, y ¡zis! ¡zas!
le pegó seis puñaladas
en el vientre.

—¡Buena mano!

—A las dos horas ya estaba
de cuerpo presente. El mío
se escapó á Guadalajara,
y allí estuvo cuatro días
en casa de mi cuñada,
pero al cabo le cogieron...
¡Ay! Yo me puse muy mala
cuando entré en el *Abanico*
atao, entre cuatro guardias.
Dimpués, como usted ya sabe
lo que es la justicia...

—¡Vaya

si lo sé, señá Malena!

¡Ojalá que lo ignorara!

—Le empapelaron al pobre
pa ver si le fastidiaban,
y le tuvieron un año

metfo en aquella jaula.
Además, le tocó en suerte
un abogao sin palabras
que se cortó, y no sabía
mayormente lo que hablaba...
lo cual que le condenaron
pa toa la vida.

—¡Caramba!

Pus ¿cómo es que viene?

—¡Ay, hija!

Porque yo no soy tan pava
como paezco, y á fuerza
de agarrarme á las aldabas,
y ver á muchos señores
que tien en eso vara alta,
le han cogfo tres indultos
y... me le envían á casa.
Lo peor es que será
por poco tiempo.

—¿Se marcha

otra vez?

—Sí, porque ha dicho
que el mismo día que salga,
pa quedar bien, necesita
cortar el gañote al Chapa,
porque declaró en el juicio
lo que á naide le importaba,
y es sabido que no es hombre
de faltar á su palabra.

—Vaya, que salga con bien,
señá Malena.

—Adiós, Juana.

30 Marzo 1889.

VELEIDADES

Era el grillo de mi cuento
tan loco y enamorado,
que no olvidaba un momento
siquiera al objeto amado,
y todas las noches daba
su serenata expresiva
á la novia, que habitaba
cuatro surcos más arriba.

Una noche en que la luna
brillaba en un cielo claro,
mirándose en la laguna
con inocente descaro,

salió á pasear Luisillo,
y oyendo al grillo cantar,
se dijo:—¡Calla! Es un grillo.
¡Si le pudiera cazar!...

Guiándose por el canto
monótono y penetrante
varió de rumbo, entretanto
que el tierno y sencillo amante,
sin sospechar la emboscada
y en su tarea embebido,
por agradar á su amada
procuraba hacer más ruido.

Llegó en esto por detrás

Luisillo, pisando quedo,
y exclamó:—¡Ya no te vas!—
Y le puso encima un dedo.

El grillo al día siguiente
ya estaba en una prisión,
por haber sido imprudente
al demostrar su pasión.

Tal vez se acordaba el preso
de su grilla, triste y sola,
y no probaba por eso
ni un bocado de escarola.

Pero, ¿dejar de cantar?
¡Eso no! ¿Crefa acaso
que le podía escuchar
la causa de su mal paso?

La explicación es sencilla;
no era el grillo consecuente.
¡Había visto otra grilla
presa en el balcón de enfrente!

6 Abril 1889.

AL CAMISERO

Sepa usted que trabajando
desde el miércoles al martes
y privándome de todo
reuní sesenta reales,
y me hizo usted dos camisas
y se las pagué al instante,
y resulta que no sirven
por ser demasiado grandes.
Estoy dado á cuatrocientos
millones de *Barrabases*,
porque no tengo en mi casa
camisa con que mudarme,
y soy los chorros del oro...

¡y no es porque yo me alabe!
¿No tomó usted las medidas?
Pues no me negará nadie
que he comprado por tres duros
el derecho de insultarle.
A usted le hará poca gracia
que un parroquiano le falte
al respeto, y querrá hacerme
un chichón en cualquier parte.
Es natural; pero vamos
á cuentas, y hablemos antes:

Yo escribo de vez en cuando
juguetes insustanciales,
y como no soy maestro
acierto de tarde en tarde.
Bueno, pues usted entrega
en el despacho tres reales,
ocupa usted su butaca,
¡juez severo é implacable!
y ya tiene usted derecho,
aunque no entienda del arte,
para pegarme una silba
de las que encienden la sangre.
A lo mejor me equivoco
al dibujar un carácter

ó al hilvanar una escena,
ó al preparar una frase,
y la obrita, que juzgaba
de mérito indisputable,
me resulta una copiosa
colección de disparates.
Usted, ¡claro! se enfurece,
y cuando llega el instante
de dar el tremendo fallo,
se vuelve contra la *claque*
y ahoga las palmaditas
con que pretende salvarme...
Luego la toma conmigo,
me llama bárbaro y cafre
y pide á Dios y á los guardias
que me lleven á la cárcel.

Todo lo cual me parece
muy justo y muy razonable...
¿No lo hago bien? Pues me gritan:
¡quien tal hizo que tal pague!
Pero la ley es la misma
para todos, ó no vale.
A mí me disgustan mucho
estas camisas tan grandes,
y voy á comprar un pito,
y mañana, por la tarde,
á la puerta de su tienda
y cuando más gente pase,
le voy á dar una silba
que se va á oír en Getafe.

13 Abril 1889.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono
fué célebre, en sus tiempos, por hermosa,
y es en la actualidad la más piadosa
de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta
que emplea su influencia omnipotente
en la tarea santa
de llevar á la gloria mucha gente,
y siguiendo esta norma,
con el tesón de un padre misionero,
procure introducir una reforma
que le cuesta disgustos... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes,
bajo su dirección, llevan á cabo
trabajos incesantes
redimiendo al obrero, al pobre esclavo
que, por causa de un amo descreído,
en su interés moral se perjudica
porque no santifica
las fiestas de guardar como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras
un domingo sin obras ni jornales,
en que nadie trabaje ni dos horas,
como cumple á católicos formales.

Bien sabe la condesa
que es muy difícil rematar la empresa;
pero sabe también que poco á poco

puede volverse cuerdo un pueblo loco;
y tanto ha predicado, tanta gente
obedece á las damas elegantes,
que más de cien comercios importantes
se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado
se levantó á las once la condesa,
pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa,
—Que enganchen el milord—dijo al criado.
Pero pasó más tiempo del preciso
para poner al tronco el corraje,
y no daban aviso
de que estaba esperándola el carruaje.
—¡A ver! ¡Que suba Juan!—dijo la dama,
irritada de verse mal servida.
Y entró Juan, con la cara compungida,
murmurando al entrar:—¿Vuecencia llama?
—¡He pedido el milord hace una hora!—
gritó, en son de reproche, la condesa;
y contestó el gallego:—¡Peru agora
non puedo trabajar! ¡Soy miembro de esa
sociedad que preside la señora!

20 Abril 1889.

EL TENORIO DEL ESCENARIO

I

—Hasta después, Fortunato.
—Hola, ¿dónde vas, Teodoro?
—Adentro, á charlar un rato
con las chiquillas del coro.

II

—¿Dónde va usted, caballero?
—Pues voy aquí, al escenario.
—No se permite.—Es que quiero...
hablar con el empresario.

III

—Caballero, haga el favor
de marcharse al otro lado;
por aquí sale el tenor
y esto ha de estar despejado...

IV

—¡Chist! ¡Pase usted por detrás!
¡Cuidado con pisar fuerte!
—Bueno; ya no lo haré más.
(¡Maldita sea mi suerte!)

V

—¡Libre la caja! ¡Está visto
que no me hacen caso! ¡Eh!
¡Largo de aquí todo Cristo!
—¡Ya me voy, perdone usted!
—Aquí los que sobran son
los que vienen á estorbar.
¡Voy á coger un moscón
y le voy á reventar!

VI

—Vamos aprisa, Isabel,
que hace un siglo que han llamado
al coro.

—¿Quién es aquel
señorito atolondrado?

—No le conozco.

—¡Qué cara!

Parece un chulo aburrido.

—¿Si será el de la Jenara?

—Ese está mejor vestido.

—Será algún autor.

—Acaso.

—Vendrá á leer una pieza
y se asusta.

—¡Vaya un paso!

—¡Chist! Que vuelve la cabeza.

—¡Pobrecito! Ha reparado

que le miramos las dos
y se ha puesto colorado.

—¡Ay, qué panoli!

—¡Ay, qué Dios!

—¡Atiende! ¡Y mira á hurtadillas!

—Como que ha oído que llevo
al aire las pantorrillas!

—¡Límpiate que estás de huevo!

VII

—¿Por qué tocan ese pito?

—Porque va á haber mutación.

¡A otra parte, señorito!

Porque aquí viene un telón...

VIII

—¡Caracoles! ¡Qué trompada!

—¿Se ha hecho daño, caballero?

—No, señor, no ha sido nada...

Me ha caído en el sombrero...

—¡Juan! No des satisfacción

á ese piazó de gomoso;

quítale el escotillón

pa que se caiga en el foso!

IX

—¿Qué tal, amigo Teodoro?

—Así, así, Fortunato.

—¿Se han portado las del coro?

—Pues... hemos pasado el rato:

poca cosa, cuatro flores

á las tiples, al pasar,

dos abrazos á Dolores

y un pellizquito á Pilar...

—¡Qué suerte tienes en todo!

—¡Pchs, cuestión de caracteres!

¡Aquí hay que entender el modo
de tratar á las mujeres!

27 Abril 1889.

CONSOLATRIX AFLICTORUM

¡Vive, Juan, y recobra tu alegría
y malgasta el dinero, si lo tienes,
pasando el santo día

metido en aventuras y belenes!

¿A qué viene esa estúpida tristeza?

Al mundo se le vence con audacia.

¿Por qué se te ha metido en la cabeza
que se goza la gente en tu desgracia?

¿Que tu mujer ha sido
como fueron millares de mujeres,
y faltó á sus deberes,

y se jugó el honor y lo ha perdido?

Su honor, ¡pero no el tuyo!

Si una persona extraña, indiferente,
que acoges en tu casa casualmente,
derrocha lo que es suyo,

¿por eso serás tú menos decente?

Tú cogiste á la infame compañera

y la echaste al arroyo, como un trapo

que no puede limpiar la lavandera...

¿Qué te importa que ella haga lo que quiera?

¿Por qué ha de ser tu esposa ese guñapo?

4 Mayo 1889

EN MEDIO DEL ARROYO

—Vaya usted con Dios, morena.

—Adiós, y que usted descanse.

—¿Dónde va usted tan de prisa?

¿Quiere usted que le acompañe?

—¡Ay, no! que es usted muy guapo
y se me enciende la sangre.

—¿Se chulea usted?

—¡Ca, hombre!

¿No es usted guapo?

—Bastante;

pero usted con esa gracia

me está dejando en pañales.

—¿Quiere usted un sonajero?

pa entretenerse tocándole?

—¿Quiere usted hacer un rato

de sonajero?

—Ya es tarde.

—¿Por qué?

—Porque usted no tiene
fuerzas para manejarme.

—¿Y usted qué sabe, salero?

—¡Hijo, no hay más que mirarle!

Paice usted la propia estampa
de la tisis.

—Estoy grave
del pecho, porque esos ojos
me le queman.

—¡Ay, su madre!

Tome usted un vasito de agua
de cebá pa refrescarse.

—No me gusta la cebada.

—¡Qué casualidad tan grande!

—Lo que yo me tomaría.

si usted quiere acompañarme,

es un *bistec* con patatas
en el café del Brillante.

—¡Ay, qué lástima! Hace poco
que he tomao el chocolate
y se me ha quitao la gana.

—Eso se come sin hambre.

—¿Y qué vamos á hacer luego?

—¡Toma, cualquier disparate!

—¡No le da á usted poco fuerte!

—¡Pero si tiene usted un talle
que mirándole despacio
desazona á un Santo Padre!
Conqué, ¿acepta usted?

—No aceto;

pero no es por despreciar
las patatas; es que ahora
deben de estar esperándome
en la cárcel.

—¡Caracoles!

¿Qué va usted á hacer en la cárcel?

—Pus á pedir una chapa
pa hablar con el *Mangas*.

—¡Diantre!

¿Quién es el *Mangas*?

—Mi novio.

—¿Tiene usted novio?

—¡Ay, su madre!

¿Pero usted se figuraba
que á mí no me hablaba nadie?

—¿Y por qué está preso... ése?

—Pus porque me vió en la caye
el día de Jueves Santo
hablando con un silbante,
y le dió dos puñaladas
en salva sea la parte.

—¡Qué bárbaro!

—Tiene un pronto;

pero después es un ángel...

Si quíe usted venir conmigo,
concluimos al instante
y vamos donde usted quiera.

—¡No! Tengo que ir á Getafe.

—¿A qué?

—¡A escardar cebollinos!

—Vaya, pus que usted descansa.

11 Mayo 1889

CARTA CONFIDENCIAL

Te quejas, ¡oh, buen Ventura!
de que te das al demonio
y la paz del matrimonio
no parece, ni en pintura.

Te casaste enamorado
(como se deben casar
las gentes), creyendo dar
con el más perfecto estado,
y no has disfrutado un día
de calma, porque tu esposa
no deja la bulliciosa
sociedad en que vivía.

Deseas que eso concluya

y pides mi parecer
porque ves que tu mujer
es de todos, menos tuya.

Yo no encuentro otra manera
más breve de aconsejarte,
como quieres, que contarte
una historia verdadera:

Allá, en mi aldea, tenía
en mi casa un huertecito,
que más grande, sí le habría,
¡pero lo que es más bonito!...

Fues bien, en aquel jardín
crecía, envuelto en verdura,
un guindo chiquirritín...
de medio metro de altura.

¡Pero qué fruto! ¡Si vieras!
Daba en épocas marcadas
unas guindas como peras,
¡tan gordas! ¡tan coloradas!

Noté un día que, partiendo
de los bordes de la piedra
del muro, le iba cubriendo
con su follaje la hiedra.

¡Y estaba el tronco adornado
con la hojarasca traidora
de tal modo que, embobado,
le miraba hora tras hora!

¡Pero la hiedra era el coco!
Se dijo: "¡Aquí que no peco!"
Y el árbol, poquito á poco,
se me fué quedando seco.

Cuando yo quise poner
remedio, era cosa hecha,
¡y ya no he vuelto á comer
más guindas de mi cosecha!

Hete que al año siguiente
yo me casé con Gregoria,
que era una esposa excelente,
y Dios la tendrá en su gloria.

Tocante á lo enamorado,
¡caracoles si lo estaba!
pero vi, recién casado,
algo que me incomodaba.

Mi mujer, ¡claro! tenía
sus amigas, sus parientes,
tal cual primo, tal cual tía
y... unos cuantos pretendientes.

Hubo, pues, sus visiteos,
tertulias y reuniones,
teatros, bailes, paseos,
en fin, muchas relaciones.

Aquello adornaba mucho,
como al guindo la verdura;
pero yo estaba más ducho
en cuestión de agricultura;
di contra aquella caterva
y, allí corto y aquí rajo,
separé la mala hierba
y en seguida la eché abajo.
Dirán ¿cómo pudo ser?

Naturalmente, llevando
la contraria á mi mujer,
que me creía más blando.

Los demás, á voz en grito,
contaron mi grosería;
pero me quedé solito,
que era lo que yo quería.

Y eso se hace pronto, ¿eh?
casi de recién casado,
antes de que el tronco esté
con la hiedra encariñado.

De modo, que ¡ojo avizor!
y despacha en un segundo,
puesto que es mucho mejor
que riñas con todo el mundo.

Me dices en la postdata
que te da mucho que hacer
un barbilindo, que trafa
de agradar á tu mujer.

¡La cosa se pone oscura!
¿Conque hay también barbilindo?...

.....
¡Corta la hiedra, Ventura,
que te va á matar el guindo!

18 Mayo 1889.

LAS LEYES DE LA HISTORIA

Bajo el brillante sol del Mediodía,
que difunde el placer y la alegría
y cubre la pradera
con alfombras de flores,
y alumbra unas mujeres de primera
y excita á la pereza y los amores,
se enervan los espíritus, la raza
decae y se afemina
y adquiere con el vicio que domina
muscultura de papel de estraza.

Y siempre ha sido así. Pero un resorte
movido por extraña y hábil mano
arroja sobre el monte y sobre el llano
las hordas de los bárbaros del Norte,
rudos, fuertes, salvajes,
que se alimentan con la carne cruda
y llegan sin más armas y equipajes
que toscas mazas y la piel desnuda.

Pelean como el viento, que se lleva
las hojas lacias del jardín florido
y presta al viejo tronco carcomido
gérmenes nuevos con la savia nueva.

No queda ni una piedra donde estaba,
pero callan clarines y bocinas,
y sobre el pueblo débil que se acaba
surge un pueblo viril entre las ruinas.

Poco tiempo después, los invasores
se dejan dominar por los sentidos,
se entregan al placer y á los amores,
y quedan como estaban los vencidos...

Yo no entiendo estas leyes
que rigen á los pueblos y á los reyes...

Porque esas invasiones
que vienen á dar vida á las naciones,
necesarios *injertos*
que, aunque traigan rigores excesivos,
fortalecen la sangre de los vivos
con la sangre caliente de los muertos,
pueden tener objetos diferentes.
¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:
vigorizar las razas decadentes,
ó afeminar las razas vigorosas?

25 Mayo 1889.

EL POETA Y LOS CERDOS

(A DON JOSÉ ZORRILLA)

Subyugando á la musa veleidosa
con una inspiración omnipotente,
robusta, vigorosa,
más brillante que el sol, y más hermosa
que los ensueños del amor naciente,
pulsó el genio viril el arpa de oro
y la arrancó unas frases tan galanas
que forman el tesoro
más rico de las letras castellanas.

Vertió por su camino seda y raso,
montones de esmeraldas y de perlas
y lágrimas y flores... y al verterlas
pensó el poeta acaso:

—Cuando lleguen á ver mis creaciones
otras generaciones,
me darán los honores de la gloria,
y así mi nombre pasará á la historia.

¡Buen chasco se llevó! ¡Quién sospechara
que fuera tan tremenda la injusticia!
Lo que vino detrás fué una piara
de puercos, deseosos de inmundicia,
á meter las narices asquerosas
en las piedras preciosas.

Y al mirar los brillantes esparcidos,
—Sigamos adelante—dijo un guarro,
desahogando la rabia con gruñidos—;
esto no vale nada. ¡Aquí no hay barro!

1.º Junio 1889.

PROLOGO (1)

¡Vive Díez! (como diría
don Gil Blas de Santillana),
que hace tiempo tengo gana
de hablar de la poesía
castellana.

Y aprovecho la ocasión
de que mi amigo José
me pide una introducción
ó prólogo, ó no sé qué,
para echar mi cuarto á espadas
en los puntos esenciales
que tienen preocupadas

(1) Para el libro *Migajas*, de José López Silva.

á las personas formales.

Pues, señor,
se trata de averiguar
si en el siglo del vapor
es error ó no es error
ponerse á versificar,
si la musa se ha cansado
de soplar, y ya no sopla,
y es un loco rematado
todo el que escriba una copla.

Supone la mayoría
de la gente
que ya va la poesía
decaendo lentamente,
y no encuentran nuestros vates
la inspiración de los cielos
con que hacían... disparates
nuestros ilustres abuelos.
Pero hace faltar, saber
para juzgar en conciencia
si con esa *decadencia*
se va á ganar ó á perder.

Yo por mí (Dios me perdone
si digo una tontería)
creo que esa poesía
cuyo fin se presupone,
la que canta de manera
que no dice lo que quiere,
hueca, falsa, tonta y huera,
esa... ¡vaya si se muere!
Y no importa que se muera.
¡Basta de versos forzados
y palabras rebuscadas,
y pensamientos robados
y frases encofeadas!
¡Abajo esos fastidiosos
poemas interminables,
ampulosos,
pesados, inaguantables,
y esas odas *A la idea*,
Al sol, *Al mar*, *A María...*
porque eso no es poesía
ni importa que no lo sea.

La que siente las pasiones
y describe lo que siente
sin pompas ni relumbrones,
sino lisa y llanamente;
la que no gasta en el traje
percalina y lentejuelas
y habla el preciso lenguaje
de salones ó plazuelas;
la que arranca al natural
su caudal
de placeres ó de penas,
ó de llanto ó de alegría;
la que busca en sus escenas
verdad... esa poesía
que no se sale del centro
por rodeos ni recodos,
¡cómo ha de morir, si todos
la tenemos allá dentro!
Pájaros, flores, espumas,

trinos, auras, brisas, brumas,
todo, afortunadamente,
cayó en la sina traidora
del olvido... ¡Ya era hora
de hablar como habla la gente!

Yo creo que esto es un signo
feliz. Lo fingido sobra;
como lo prueba esta obra
de que soy portero indigno.

López Silva es uno de esos
poetas de nuevo cuño,
ingeniosos y traviesos,
que van metiendo en un puño
á los versificadores
incorrectos, rimbombantes,
que cantan dudas y horrores,
escépticos, soñadores,
románticos vergozautes...

Sin modelo que seguir,
libre, expresivo, genial,
dice lo que va á decir
y nunca lo dice mal.

Sobre todo,
sabe dibujar de un modo
la gente de gorra y faja
que grita, riñe, trabaja,
tima, se emborracha y pega
que, en este punto, *quizás*
nadie le aventaja... más
que Ricardo de la Vega.

Cuando hace hablar á esa gente
de rompe y rasga, el ambiente
de Lavapiés le satura,
y al lector se le figura

mayormente
que la está viendo delante...
Y es que pinta la verdad
con esa desesperante
difícil facilidad
que ya quisiera yo ver
en más de tres caballeros
que tardan años enteros
en pulir y componer.

Tal vez haya algún error
en mi modo de pensar,
porque profeso al autor
devoción particular;
pero permitid que crea,
sin la idea

de adular, ni por asomo,
que ha de gustar este tomo
muchísimo al que lo lea.
El título solamente
creo que no está bien puesto,
porque va á creer la gente
que es demasiado inmodesto.

El argumento es sencillo:
—¡*Migajas*, estas alhajas?
Pues si éstas son las migajas,
¡cómo será el panecillo!

DEL MAL EL MENOS

Juan, el cándido Juan, siempre dispuesto á pelear por el honor de España, cogió un fusil antiguo, descompuesto, y se echó como un hombre á la montaña.

El infeliz creía que el estado social era un infierno y que no se podía resistir ni dos horas al Gobierno.

Se formó la partida en un instante; dió el grito *subversivo* en una aldea, y todos se dijeron: ¡Adelante! dispuestos á morir en la pelea.

El choque fué sangriento; les rodeó la tropa en un momento y barrió el pelotón con la metralla. No tuvo resonancia el movimiento y... Juan quedó en el campo de batalla.

Restablecido el orden en seguida, á nadie luego le importó un comino del desdichado que perdió la vida pidiendo libertad... para el vecino.

El ángel de la fama se hizo el sordo; pero bajó la Bolsa dos enteros, y algunos caballeros hicieron con la baja el caldo gordo.

15 Junio 1889.

AHI ESTA

—Siento pasos; ¡es él! Abre la puerta... Sola estoy. ¡Situación comprometida! Me fingiré dormida, para ver de qué modo me despierta.

—Ya me alcanzó un puntazo... ¡Cómo es-
[cucee!]

Vuelve á rondar el asta de la fiera junto á la taleguilla... ¡Me parece que ha crecido tres palmos la barrera!

—Que llaman; y los años han salido. ¡Santa Virgen María! ¿Tendremos la función del otro día? ¡No he visto un aguador más atrevido!

—Ya me va fastidiando este plantón. Dos horas llevo así. ¡Pero yo he de triunfar! Huele á ratón... ¡Y lo que es como salga por aquí!...

—Llueve de un modo horrible, ¡y ha venido á pintarme su amor desde la acera! Será todo lo pillo que se quiera, pero me quiere más que mi marido.

—¿Ves aquel que ha salido de la esquina. Pus trae un buen reló pa que lo cojas.

Si no te *so* acoquina,
echas la mano á la herramienta... ¡y mojas!

—Aquella es su doncella; si la ha dado la respuesta amorosa que la pido, me voy con la criada... y la convido á cenar en un cuarto reservado, en prueba de que soy agradecido.

—Oigo el ruido del roce de la seda, y, emocionado, el corazón me late... Saldré del compromiso como pueda, ¡y que Dios me perdone el disparate!

29 Junio 1889.

TIPOS MADRILEÑOS

EL NICANOR

Yo nací... ya no me acuerdo;
¡ni á ustés ni á mí nos importa!
Me cogió la tía Repulgos,
que era una vieja asquerosa
que echaba cada responso
que encendía la custodia...
y me envió por las calles,
al *aquel* de la limosna,
pa que dijera:—¡Hermanito,
que tengo á mi madre coja
y á mi padre casi ciego,
sin qué llevarse á la boca!—
Y el día que no entregaba
veinte reales pa la compra,
me ponía la cabeza
lo mismo que una zambomba.
Dimpués me puse á la venta
de papeles y de historias,
y, á fuerza de correr calles,
pregona que te pregona,
no sacaba ni pa medio
panecillo y media copa.
¡Aquello era reventante,
como hay Dios! Un día, el *Rosca*
fué y me dijo dice: —Oye,
Nicanor, hay ciertas cosas
que no puén ser. ¿Tú eres hombre?
¡Pus déjate de *panoplias*,
y métete en los negocios
que te den dinero y honra!
El *Rosca* me abrió los ojos,
y dende aquel punto y hora,
vivo como un señorito.
y estoy ganando la gloria.
A veces uno anda torpe
y se descuida, y le embocan
en la cárcel, *por blasfemo*,
y se está un mes á la sombra.
¡Mía que por blasfemo! ¡Vamos
que la disculpa es guasona!
¿Qué digo yo, cabaveros?
Cuatro ó cinco palabrotas,
y na más. Y eso, ¿qué tiene?
Tamién las dicen, y gordas,

los diputaos del Congreso
cuando arman alguna bronca.

Pero eso es una desgracia
que no vale una cebolla.

El caso es que yo me bebo
los vasos que se me antojan,
y si no pago, se achantan;
y si me chillan, no cobran;

y vevo siempre sortijas
pa dárseles á mi moza,
y un duro en plata en la mano
pa que ninguno me tosa.

Tengo un compadre cantero,
que es una buena persona,
que se pasa todo el año
tomando el sol en la obra,
sin comer más que patatas,
y tomates, y otras cosas
indianas de un cabayero,

y me ha dicho:—¡No te corras,

Nicanor! ¡Que en ese oficio
te está esperando la horca!

Trabaja, que es lo derecho...

Pero yo no estoy pa bromas,
y antes que agarrar el cubo,
me echo al pescuezo una soga.

Porque, ¿qué es el hombre? Un bicho.

¿Y qué es el bicho? Una cosa.

¿Y qué es la cosa? ¡Pus eso!

Aquí el que no corre... *vola*.

¡Pus que trabaje el obispo
que tié dinero de sobra!

13 Julio 1889.

CARTA DE GINESILLO DE PASAMONTE

AL RATA TERCERO

Supongo que usaré, señor granuja,
que, según la opinión, de puro listo
se mete por el ojo de una aguja,
mi vida y aventuras habrá visto
en un gracioso libro que anda impreso,
y sabrá que el firmante fué algún día
un muchacho travieso,
nata y flor de la andante pillería.

Como entre camaradas
ha de haber simpatía duradera,
le escribo cuatro frases estampadas
con el humo y la pez de mi caldera.

Sepa vuesa merced, amigo Rata,
que más que los suplicios del infierno
la envidia me consume y me maltrata
con su terrible torcedor eterno.

Comparo aquellos tiempos en que anduve
huyendo de la nube
de jueces, cuadrilleros y alguaciles,
que solían á palos
malograr los ingenios más sutiles,
con estos otros tiempos, no tan malos,
en que campan y triunfan vuesa merced

como unos caballeros,
burlándose á mansalva de las redes
de un Código con muchos agujeros.

Antaño, por la falta más pequeña
echaba la justicia á un hombre honrado
á remar en las naves del Estado,
donde daban mal rancho y mucha leña.
Hoy la cosa varía:

roba vuesa merced á su capricho
á las doce del día,
y si le llega á ver la Policía,
que no le suele ver, según me han dicho,
es preciso, además, que se lo pruebe;
piden dinero y costas al robado,
y el pobre, por no verse empapelado,
permite que la trampa se lo lleve.

Doy por hecho que viene la condena,
y va vuesa merced por quince días
á preparar algunas raterías
con el pretexto de sufrir la pena.

Y vive allí tranquilo y sosegado,
tomando sus copitas de aguardiente,
y esperando el indulto consiguiente
que le venga á quitar aquel cuidado.

Y hasta dicen que alguno de usarecudes,
por su cara bonita ó su influencia,
se ríe de cerrojos y paredes,
y obedece en la calle la sentencia.

Esta comparación, amigo Rata,
me está dando una rabia ¡que yo entiendo!
más que el aceite hirviendo
donde me frío igual que una patata.

¡Maldita gracia tiene
que haya desigualdad de pillo á pillo!
Suyo.—*Maese Pedro ó Ginesillo*,
como á vuesa merced mejor le suene.

20 Julio 1889.

PUNTOS DE VISTA

I

—Comiquitos de provincias,
y escritores de merengue,
y empresarios ignorantes
y críticos incipientes
están poniendo el teatro
que no hay por donde cogerle.
Las tipples, que no son tipples,
ni cantan, ni hablan, ni entienden,
son cada día más posmas,
cada vez más exigentes;
por su voluntad se cambian
y se arreglan los papeles,
y en cuanto uno se descuida,
sacan la voz de falsete
y alzan las faldas un poco
para enseñar cuanto tienen.
Los actores, cuando estudian,
que estudian muy pocas veces,
ponen los cinco sentidos

en destrozarlo lo que aprenden.
La empresa no sabe nunca
cuidar de sus intereses,
y prefiere los telones
y las piezas indecentes
á las comedias formales
sin tanguitos ni caireles.
Los periódicos envían
unos críticos imberbes
que no han visto por el forro
la gramática, ni quieren.
¿Hay estreno? Va cualquiera,
no escritor, sino escribiente,
que nunca tuvo del arte
ni las nociones más leves
á sentarse en la butaca
con aparato solemne,
para decir en su estilo
lo que aquello le parece.
Y el público es un conjunto
de guasones, mequetrefes,
señoras cursis, gomosos,
cocineras y asistentes.
¡Así salen ellos luego
diciendo tantas sandeces!
¿Yo escribir para el teatro?
¡Antes dejó que me tuesten!

.....
Esto decía González,
furioso, al día siguiente
de estrenar una zarzuela
con sus puntas y ribetes
de trascendental, más mala
que la mismísima peste,
á la que aplicó el concurso
todo el rigor de las leyes

II

—¿Quién ha dicho que está ahora
el teatro decadente?
Nunca han pisado las tablas
actores que más valiesen,
ni típles tan afinadas,
ni tan hermosas mujeres,
ni ha habido coros como éstos,
mejores que los celestes,
ni una empresa tan rumbosa
ni tan sabia, como suelen
ser las empresas actuales,
que yerran muy pocas veces.
Pues, ¿y la Prensa? La Prensa,
que podría, si quisiese,
fastidiar á los autores,
¡y siempre los favorece!
disimula los defectos.
da bombos, aunque exagere,
y cuando uno se equivoca
se calla prudentemente...
El público, aunque le insulten
los majaderos, es siempre
justiciero, recto, noble,

como deben ser los jueces.
¡Qué paciencia con lo malo!
¡Qué entusiasmo, cuando puede
con dos ó tres chistecitos
divertirse honestamente!—

.....
Así se explicaba el propio
González, á los dos meses,
poco después del estreno
de una *piececita verde*
(representada por unos
actores de mala muerte),
que le aplaudió la alabarda
por los telones que tiene
y porque salen las chicas
desnudas completamente.

—
Resumen: que cada *quisque*
se queja cuando le duele,
y que todos somos unos,
y el que venga atrás que arree.

27 Julio 1839.

DESPUES DEL ESTRENO

La primera tiple.

Diga usted en el periódico mañana
que esta noche, al cantar los panaderos,
ha sido la ovación tan soberana
que me tiraron puros y sombreros.

La madre de la primera tiple.

¿Ven ustedes mi niña? ¡Qué voz tiene!
¡Y qué cuerpo! ¡y qué gracia! ¡y qué modales!
Para el año que viene
no nos quedamos por trescientos reales.

El jefe de la claqué.

Esos *gachós* del seis tenfan gana
de reventar el vals de los abrazos.
¡Como vuelvan mañana,
tendremos que empezar á garrotazos!

El de las bengalas.

¡Otra revistita en soso,
y llevamos doce ó trece!
Si no es por mí, me parece
que lo que es ésta va al foso.

Un espectador inmoral.

Yo no entiendo de versos ni de prosas,
pero al menos la obra es divertida,
¡porque tiene unas piernas tan hermosas
la que hace de merluza distinguida!

El que habla á la segunda tiple.

¡Y que no se ha crecido la primera
con ese papelito de esta noche!
¿Tú hacerla más segundas? ¡Ya quisiera!

¡Vamos, que si no fuera
porque la paga el empresario el coche!

El pintor.

Esto se ha salvado
por el decorado.

El gracioso.

Porque, después de todo, ¿qué es la pieza?
Pues una colección de escenas frías
y sin pies ni cabeza.
Gracias á que me sobra la destreza
y el público me tiene simpatías.
¡Diga usted que el sombrero que yo sacó
y las vueltas carneras con que animo
el papel de dios Baco,
al lucero del alba dan el timo!

El empresario.

Los autores serán memos,
pero tengo temporada...

Un revendedor.

Desde mañana, vendemos
á dos pesetas la entrada.

Un tramoyista.

¡Rediós, cuánto belén de bastidores!
Y ni una mala copa de aguardiente...
Me cargan los autores
que escriben pa nosotros mayormente.

Un crítico.

¡Esto es absurdo, inmoral!
El autor es un morral
y el músico es un gatera.
¡El público lo tolera
porque está hecho un animal!

Otro crítico.

Claro que tiene defectos.
Y ¿qué hay sin defectos? Nada;
pero entretiene y agrada...
y tiene chistes correctos.

El músico.

Vaya, que el tal librito es rematado,
pero ¡claro! la música ha gustado
y nos dará muchísimo dinero.
¡Y que me diga luego el más pintado
que es toda de Crispino y de El Barbero!

La característica.

Mañana debe el autor
quitar lo de sesentona;
porque yo seré jamona.
pero tanto, ¡no señor!

Una espectadora de quince años.

Tiene bonitas medias la muchacha
que representa el tarro de aguardiente.
¡Yo tengo que aprender esa guaracha,
que dice mi papá que es indecente!

El autor.

Doce veces he salido.
¡Esta pasa de las ciento!
¡Caramba! ¿Tendré talento
sin haberlo conocido?

10 Agosto 1889.

PENSAMIENTOS

¡Qué juventud! Ya me explico
que el mundo vaya á la ruina.
¡Pues no he encontrado á mi chico
en casa de la Martina!

Un señor formal.

Me ha mirado. ¡Qué mirada!
¡Y debe de ser casada!
Conste que yo no he querido
perjudicar al marido;
pero ella es tan descarada...

Un picarillo.

Pido medio duro á Blas
como que es para un apuro,
lo pongo á encarnado, y ¡zas!
si viene, ya tengo un duro.

Uno que vive de eso

¡Ay! Si mi madre se fuera
de compras, y yo pudiera
estar solo con Irene...
¡Vaya unos brazos que tiene
la dichosa cocinera!

Un joven fogoso

Como encuentre un billete
de cinco duros,
lo menos nueve reales
me gasto en puros
y uno en cerillas,
porque el hombre se cansa
de las colillas...

Un barrendero.

Medias con rayas azules,
yo no sé para qué os compro.
¡Se van poniendo los hombres
tan cobardes y tan sosos!

Una chica frágil.

Dejo caer el pañuelo,
y como le alce del suelo

ese que va tan deprisa.
voy á echarle una sonrisa
de las que encienden el pelo.

Otra que tal baila.

Yo ya no vuelvo á ayudar
á misa al padre Quirós.
¡Vaya un modo de limpiar
las vinajeras! ¡Rediós!

Un monago.

¡Qué escritorzueros! ¡qué gente!
¡La inspiración no es esclava!
¡El que es verdaderamente
poeta, bebe aguardiente,
y ante todo, no se lava!...

Un bohemio de ahora.

Si Pérez suelta un bastito
pequeño, ¿qué hace González?
Fallar. Mato con la espada.
Doy en seguida un arrastre.
Me asiste con el caballo,
se desarma, y ¿de qué sale?
Tiene que salir de copas...
¡Pues codillo impenable!

Un tresillista.

¿Qué es la vida? No lo sé.
¡El amor! Una bobada.
¡La virtud! ¡La ciencia! Nada.
¡Dios! Y si le hubiera, ¿qué?

Un poeta de primer año.

¡Esta ya es mucha cuestión!
Que no hago más que salir
y entrar en la prevención.
Y too, ¿por qué? Por decir:
¡viva la Constitución!

Un borracho.

Me voy inmediatamente,
que hoy empieza el jubileo.
No, y el párroco no es feo,
y el teniente... ¡Oh! El teniente...

Una beata.

Creo que basta por hoy.
Con que lo dejó y me voy.

Un servidor de ustedes.

24 Agosto 1889.

SANOS CONSEJOS

Juventud irreflexiva
que, con constancia ejemplar,
te propones cultivar
la poesía festiva,

sabe que ya hay unos cuantos
asuntos empalagosos
que resultaban graciosos
el año cincuenta y tantos,
y que, como todo pasa,
pasaron ellos también...
¡Sólo puede usarlos quien
dé lecturas en su casa!
Yo, á costa de mil desvelos,
te doy la adjunta ensalada,
para que no escribas nada
por los siguientes modelos:

I

"Yo soy joven y valiente.
Yo tengo una inspiración
que no me cabe en la frente;
yo siento en mi sangre ardiente
el fuego de la pasión.
Yo sé que soy muy poeta,
sé que, al cabo, triunfaré,
sé que me envidian, y sé...
que no tengo una peseta
ni encuentro quien me la dé."

II

"Vecina, usted me asesina
con esos ojos traidores.
No me brinde usted amores
con esos ojos, vecina.
Porque es muy fácil que llegue
á enterarse su marido,
y no creo que le nacido
para que nadie me pegue..."

III

"Aunque el pecho te taladre,
diré con afán prolijo
que no puede ser buen hijo
el que no quiere á su padre.
Sépase, pues, sin enojos
que, aunque sea desvarío,
yo siempre saludo al mío
con lágrimas en los ojos."

IV

"Mirándola cara á cara
esperaba que brotara
de sus labios incitantes
el dulce sí que calmara
mis deseos anhelantes...
Cuando se abrió de repente
la puerta, y vi frente á frente
á su padre, alzando el brazo...
Después... me llamó insolente
y me atizó un estacazo."

V

"Este abanico elegante,
bella Inés, es mi rival,

porque se acerca bastante
á tus labios de coral."

VI

"El león, con ser león,
es á menudo clemente;
y el tigre, audaz y valiente,
tiene, á veces, compasión.
La hiena suele perder
su instinto salvaje y fiero:
pero el casero... ¡el casero
no perdona el alquiler!"

VII

"Señorita: Si de *cura*
le parece á usted mi *cara*,
sepa que el amor me *dura*
y con gusto se lo *dara*.
La materia importa un *pito*;
usted tiene voz de *pato*
y, sin embargo, da un *grito*
y á mí me resulta *grato*."

VIII

"Niño, que naciste ayer,
tu padre te quiere mucho,
pero yo, que soy muy ducho
y que te he visto nacer,
te compadezco de veras,
porque el mundo es un encierro
con poco pan, mucho hierro
y unos presos como fieras."

IX

"Estaba un día Sansón
tomando café con leche
cuando le ofreció escapeche
el ciudadano Nerón.
En esto se armó cuestión
entre Moisés y Lutero
por la falta de dinero
para vivir en Madrid,
hasta que llegó el gran Cid
á caballo en un puchero..."

X

"Saber aguantar á un Miura
cuesta ¡ay Dios! la pena negra,
¡pero aguantar á una suegra
es más pena y más negrura!"

XI

— "¿Quieres, vida mía, amor
inextinguible y eterno?
¿Quieres un cariño tierno,
dulce y enloquecedor?
¿Quieres, en fin, un derroche
de placer inmenso y puro?
— Lo que quiero es medio duro
para cenar esta noche."

Y ya viviré tranquilo...
procurando no caer
en la tentación de hacer
cositas por el estilo.

31 Agosto 1889.

¡HOLA, MARIQUITA!

¿Con que el novio te ha escrito
ponderando su amor y tu belleza
en un soneto *largo* muy bonito,
dado á luz con dolores de cabeza?
¡Eres cursi, María,
y tu novio es más cursi todavía!

Yo si fuera mujer, que *ser no qu'ero*
(que diría tu novio, de seguro,
para salir del verso y del apuro),
en cuanto un caballero
me llamara elegante y rutilante
aprovechando ¡es claro! el consonante,
aunque fuera un Apolo
le daba calabazas al instante
y le dejaba con sus coplas solo.
¿Que por qué? Pues ¡por eso!
Supongamos que pide cualquier cosa,
pongo por caso, un beso...
pues bien ¡caramba! que lo pida en prosa.
Porque es la forma métrica opresiva
para todo el que escriba
y el final es esclavo del principio.
¿Quién me dice que el *beso* no es un ripio
cuando se ha puesto un *queso* más arriba?
Además, los que escriben á su dama
quintillas ó cuartetos
suelen ser tan poetas
como un colchón cualquiera de tu cama.
Y las chicas que admiten esas cosas
pueden ser muy graciosas,
como tú, por ejemplo, y sin embargo
no entender tanto así de poesía
y decir, como dices ¡oh, María!
que encuentran un soneto *corto ó largo*.
¿Te vas haciendo cargo?
Pues desdeña al melón que te enamora.
Dile que puede darte
la prueba más cabal de que te adora
yéndose con las musas á otra parte.
Y en cuanto sepa yo que le desdeñas,
te pintaré mi afán y mis cuidados
¡en unos pentacrósticos cruzados
que son capaces de ablandar las penas!

21 Septiembre 1889.

LA PULMONIA

(DESCRITA POR UN GLÓBULO ROJO)

Yo no estaba en el pulmón
al empezar la cuestión,
pero me hizo un compañero

el relato verdadero
que copio á continuación:

Ello fué porque al entrar
por un tubo capilar
una racha de aire frío
se quejó del desavío
la mucosa pulmonar,

y se irritó de tal modo
que, atropellando por todo,
se puso como una fiera
y no se encontró manera
de arreglo ni de acomodo.

En vano el hombre quería
castigar tal osadía
aplicándose algodones
y bayetas y fricciones
al sitio que le dolía.

Los filamentos nerviosos,
que son los más fastidiosos
que yo me he echado á la cara,
tomaron pretexto para
echarla de carifiosos,

y armaron, sin más razón,
tal belén y confusión
de dolores y punzadas,
que se sintió en elevadas
regiones la oscilación.

Nosotros que, por deber,
no hacemos más que correr
contra nuestra voluntad,
por pura curiosidad
nos acercamos á ver.

Y al engrosar el montón,
fué tal la aglomeración
y tanta la algarabía,
que casi no se podía
circular por el pulmón.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha ocurrido?

Este cuenta lo que ha oído,
aquél lo que se figura...
y empezó la calentura
sin habernos entendido.

Al fin, con tanto charlar
y agolparse y empujar
sin sosiego ni reparo,
se inflamó la parte. ¡Claro!
¡no se había de inflamar!

—¡Señores! No ha sido nada
(gritó una célula ahogada).

¡Váyanse ustedes de aquí!

—Quisiéramos, pero ¡sí!
¡cualquiera da con la entrada!

De repente la función
de toda aquella región
se suspendió en tal estado...
Era que había cesado
de latir el corazón.

El doctor, en el instante,
pudo dar fe en un volante,

con su nombre y apellido,
que aquello había sido
almonfa fulminante.
Pero yo vengo á ofreceros
testimonios verdaderos,
así tendréis la certeza
de que fué una ligereza
la y de mis compañeros.

28 Septiembre 1889.

PLAN FRUSTRADO

La Pepa, la Lola,
la Luisa, la Paca,
la Trini, la Amparo,
la Rosa y la Juana
y Antonio el Cohila,
Mariano el Patarra,
Perico el Pelele,
Gorgonio el Manazas,
Antero el de Cádiz,
Toribio el de Pravia,
Luciano el de Pinto
y Eladio el de Cangas
son ocho parejas,
¡ó no hay matemáticas!
Pues bien, hace días
tenían pensada
la *juega* siguiente
para esa semana:
Tomar el tranvía
del Este, ¡y en marcha!
Llegar á las Ventas,
entrar en la tasca
que está la segunda
conforme se baja,
pedir un guisado
de carne y patatas
y luego una fuente
de callos en salsa
y dos ó tres quesos,
ú más si faltaban,
y media arrobita
de vino de Arganda.
Comerlo y beberlo
con mucha cachaza,
y armar luego un baile
que el cielo temblara.
Volver por la noche
moviendo jarana,
y si era preciso,
refir con los guardias.
Pero ¡ay! que los planes
mejores fracasan,
y todo depende
de mil circunstancias.
El diablo, que nunca
se duerme en las pajas,
logró que la Pepa
dijese al Patarra

que no le quería,
por no sé qué causa.
Mariano es muy bruto,
la dió una guantada;
lo supo Toribio,
lo dijo á la Paca,
que es prima segunda
de Pepa y de Juana,
y el novio de aquella
sacó la navaja
y armó una trifulca
que... excuso contarla.
La cosa, en resumen,
no fué casi nada;
pero ello es que al cabo
tuvieron palabras
Luciano, la Rosa,
la Pepa, Manazas,
la Trini, Colilla
y el chico de Pravia.
Total: que la *juerga*,
después de pensarla,
quedóse en proyecto,
¡y ha sido una lástima!

5 Octubre 1889.

EN LOS CUATRO CAMINOS

—Ya lo has visto, Victoriano.
—Ya lo he visto, Celedonio.
—La Manuela se me ha puesto
á bailar con un pistolo
de caballería.
—Justo,
y mi Gertrudis con otro.
—¡Y que esto lo aguante un hombre
con más barbas que un *Cehomo*!
¿Estás tú mu resentido?
—Mu... ¿qué?

—Resentido.

—¡Loco

de rabia!

—Pues si no es bulo
que tiés agallas pa todo
vamos á armar aquí mismo
un lío de mil demonios.
—¿Cómo?

—¡No seas panoli!
¡Pues no me pregunta cómo!
De una manera muy fácil:
nos colamos en el corro
donde están esas patosas
bailando con esos otros,
¿sabes?

—¿Y luego?

—Pues nada,
vas y le das en el hombro
al gachó que tié la tuya.
El vuelve la cara, pongo
por ejemplo, y tú le dices,

plantándote de este modo:
"Señor melitar, ¿se cede
la pareja?" El se hace el sordo,
y le sueltas un sopapo
de yo entiendo, ¡pero pronto!
¡to lo más pronto que puedas!
El contestará con otro
y querrá tirar de sable...
Tú le pegas en los morros
una patada. El amigo
saldrá á defenderle, pongo
por caso. Le das un golpe
pa que se caiga redondo.
Se echarán encima algunos
de los que están en el corro...
¡Como si no se echa nadie!
porque te arrimas al tronco
de un árbol, pa defenderte,
y arrimas candela en gordo.
Rodan tres, ó cuatro, ó cinco,
si á mano viene hasta ocho,
se calla el del organillo,
les dan dos ó tres soponcios
á las doncellas, y ¡pata!
ya tienes un alboroto
que ni pintao.

—Pero oservo
que me lo has encargao todo;
tú, ¿qué vas á hacer?

—¡Qué gracia!

Yo tengo que estar con ojo
pa vigilarlas á eyas,
y en cuanto pueda las pongo
el puño cerrao delante
de las narices, y sólo
con eso las doy un susto,
me las yevo, las escondo
en cualquier parte, tú vienes
y... *secula seculorum*.

—Pero, ¿y si voy á la cárcel?

—¡Ay su madre! ¡No sías tonto!
Cuando llegue la pareja,
¿dónde estaremos nosotros?

12 Octubre 1889.

DIVAGUEMOS

¿Que no hay trasmigración? Yo creo en ella.
Si no hubiera más datos, bastaría
el de ser una idea tan extraña
que no puede nacer de la inventiva.

Eso es intilición vaga y remota
como el *quid* interior que nos obliga
á adorar un espíritu increado
y á creer en lo eterno de otra vida.

Además, en el cambio de envoltura
suele quedar el *aire de familia*
y persistir los rasgos más salientes
y grabarse el contorno de la línea.

¿No hay quien tiene los ojos de mochuelo?

¿No hay quien tiene la cara de gorila?
¿Quién no ha visto chiquillas regordetas
que más parecen ranas que chiquillas?

Y además, esos trasgos espantables
que en sueños nos rodean y nos miran,
los misteriosos ruidos de la noche,
la luz que brota y muere en la retina,
las ilusiones todas, ¿quién ha dicho
con fundada razón que son mentira?
¿No pueden ser retratos de otros seres,
recuerdos de anteriores melodías,
rayos de otras hogueras y otros soles
que allá en el fondo de los ojos vibran...
sensaciones, en fin, de la materia
que á veces en los nervios resucitan?

Hay un punto no más en que convienen
todas las religiones positivas:
este punto es el centro de las almas,
que es punto de llegada... y de partida.

Si el espíritu va de los que mueren
á parar á ese centro, ¿quién me quita
de suponer también que de allí sale
el que á los seres nuevos vivifica?

Y si á un hombre le toca en el reparto
una porción de espíritu de hormiga,
algo se acordará del hormiguero
y será laborioso... algunos días.

Así os explicaréis perfectamente
el hecho de encontrar en cada esquina
un gomoso que ha sido saltamontes,
una dama que ha sido cotorrita,
un sacristán que ejerce de lechuzo,
una moza con visos de gallina,
un señor con ribetes de besugo
y un sujeto que fué caballero.

Yo conozco bastantes caballeros
con caras de personas distinguidas
que en otra encarnación han sido moscas,
¡y siguen siendo moscas todavía!

19 Octubre 1889.

AL AMIGO BARTOLO

Yo sé que á Madrid viniste,
como vienen tantos otros,
á ganar dinero y gloria
con un entusiasmo loco,
que te lanzaste á la lucha
y chocaste, como todos,
con obstáculos muy grandes
y compromisos muy gordos.

Las doradas ilusiones
se perdieron poco á poco,
y se agotó la energía
de que trafas acopio.
¡Eso es lo que pasa siempre!
Te equivocaste, Bartolo,
como se equivocan muchos
á quienes gafa el demonio.
Resultó que tus comedias

eran malas, de tal modo
que, á su lado, son divinas
las que causan alborotos;
que tus versos no eran versos,
ni tienes forma ni fondo
para escribir dos noticias
como las escribe un trompo.
Vencido, pues, en la lucha
y con los zapatos rotos,
te agarraste á cualquier cosa
y estás, si no me equivoco,
de aprendiz de zapatero
con seis reales, siete ú ocho.
Ayer te encontré en la calle
y tú bajaste los ojos,
temiendo que me burlara
de tu estado lastimoso.
¡Burlarme! ¡Bueno sería!
¡No me conoces, Bartolo!

Otro cualquiera, en tu caso,
maldiciente y vaaidoso,
tomaría su torpeza
por envidia de los otros,
y escupiendo á los de arriba
se desahogaría, ¡como
si rebajando á los listos
pudieran crecer los tontos!
Y, al fin, tomando la pluma,
de aquí aprovecho, allá robo,
taparía con lo ajeno
las faltas de ingenio propio...
Ruboricense, si pueden,
los que dan por plata plomo
y pasan por literatos
siendo, el que más, un cerrojo;
pero tú, que, convencido
de que tu camino es otro,
trabajas honradamente
por conservar el decoro,
¿por qué has de andar por la calle
con la vergüenza en el rostro?

¡Sigue siendo zapatero!
Que es mucho más bochornoso
robar comedias francesas
que andar con la suela al hombro.

26 Octubre 1889.

EL ETERNO ABURRIDO

Yo nací en un portal, no tuve nombre,
me eduqué en el Hospicio, fui soldado;
hubo guerra civil en el Estado
y caí peleando como un hombre.

Me enterraron de noche, con misterio,
con otros como yo, pura morralla,
y á todos nos sirvió de cementerio
el mismísimo campo de batalla.

Como fui bueno en vida,
contaba con un fallo absolutorio;
pero mi cuenta resultó fallida,

y *salí* condenado al purgatorio.

El juzgador estuvo en su derecho;
porque envidié á los otros sus mujeres,
sus madres, sus familias, sus placeres...
todo muy natural. ¡pero mal hecho!

Y aquí estoy extinguiendo mi condena.
El día de Difuntos, cuando suena
el toque de oraciones misterioso
que va á repercutir en lo profundo,
pueden las almas visitar el mundo
con permiso especial de Dios piadoso.

Unos vuelven á entrar en sus hogares
para ver si conservan su memoria,
otros van recorriendo los lugares
que recuerdan detalles de su historia;
éste busca á su novia y la saluda
cuando la habla tal vez otro sujeto;
aquél lleva el objeto
de encargar cuatro misas á su viuda...

Pero á mí no me importan un comino
el enemigo que me hirió en la guerra,
y mi pueblo, y mi casa, y mi vecino,
y mi historia, y mis padres, y mi tierra,
y, como es natural, me canso pronto
de andar por el espacio como un tonto,
y retorno á mi cárcel el primero,
con grandísimo asombro del portero.

Por lo cual, desde este año me decidí
á tomar un partido:

Vayan al mundo los que tengan algo
que ver ó recordar entre la gente...

¿Que suena el toque de ánimas? Corriente:
¡que toquen lo que quieran! Yo no salgo.

2 Noviembre 1889.

INDIFERENCIA

La guerra preparaba sus horrores.

Un sol de primavera

lanzaba sus primeros resplandores

y, agradecida al astro, la pradera

le ofrecía el perfume de sus flores.

¡Qué hermoso estaba el día!

En el llano y el monte parecía

qué, cantando la paz del firmamento,

corrían por el viento

misteriosos murmullos de alegría.

La luz se reflejaba con variados

vivísimos cambiantes

y, al parecer, tenían los soldados

bayonetas con puntas de diamantes.

Comenzó el tiroteo en las guerrillas

con ayes, maldiciones y gemidos,

y empezó el movimiento de camillas

para quitar de enmedio á los heridos.

Las apiñadas masas se movieron
en orden de batalla.

sonaron las cornetas, escupieron
los cañones torrentes de metralla
y, al olor de la sangre, poco á poco
fué creciendo la rabia de manera
que se iba el más cobarde, medio loco,
á matar ó morir, como una fiera.

La lucha era reñida

y se batía de verdad el cobre.

Los huecos se ocupaban en seguida,

y en el puesto en que un pobre dió la vida
acudía á jugársela otro pobre.

Cuando iba á entrar en fuego la reserva,
los jilgueros hablaban lo siguiente,
al borde de una fuente,
limpiándose los picos en la hierba:
—¡Hola, amigo! ¿Qué es eso?

—Cañonazos.

Son seres superiores que se baten.

—Fues por mí, que se maten.

—Pues por mí, que se caigan á pedazos.

—¡Otra descarga!

—¡Dos! ¡Anda, morena!

—¿Has bebido?

—Hace rato.

—Pues disponte

á dar un *vuelcito* por el monte,

que la mañana, como buena, ¡es buena!

3 Noviembre 1889.

GENERO EPISTOLAR

“Querida Encarnación: Hace una hora
me separé de ti con sentimiento,
pero, hija, se acababa la tertulia
y tu papá nos dijo que nos fuésemos.

Ahora voy á acostarme, pero ansío
antes, hermosa, de entregarme al sueño,
jurarte una vez más, según costumbre,
que te quiero, requiero y retequiero.

Voy á soñar contigo, prenda mía;

¿soñarás tú conmigo? Lo sospecho,

porque á tales extremos nos conduce
el insensato amor que nos tenemos!

Á las ocho y cuarenta voy á clase

y por tu calle pasaré. Te ruego

que salgas al balcón, como una estrella
para dar un placer á tu lucero.

Esta tarde á las cuatro, si Dios quiere,
te volveré á escribir por el correo,
contestando á la tuya de las once,
que, como á todas, cubriré de besos.

Y á las nueve y minutos de la noche
iré á tu casa, cual si fuera al cielo,
á decirte otra vez cuánto te adoro
al amor de la lumbre del brasero.

¿Eres feliz, verdad? Yo lo soy mucho,
y en el volcán de la pasión me quemo,
cuando tú por debajo del tapete

me abandonas las puntas de los dedos...

Adios, mona, monona, remónona,
¡no me olvides jamás! Por tí me muero.
Recibe el corazón, y la cabeza,
y (puntos suspensivos) de tu

Alfredo."

Esta carta ha llevado esta mañana
Maximino Terrones, el cartero.
¡Y cuidado que tiene tres bemoles
hacer sudar á un hombre para eso!

16 Noviembre 1889.

REFLEXIONES TRISTES

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en el mar,
que es el morir...
JOSÉ MANRIQUE.

Pasan las horas, pasan los días,
pasan los meses, pasan los años,
y ¿qué es la vida? Pues ya se sabe:
¡céfiro blando!

Uno quisiera, cuando es dichoso,
parar el tiempo con férrea mano,
como de pronto para el tranvía,
pongo por caso.

¡Vana quimera! Todos los goces,
puros ó impuros, duran un rato,
como si adrede se los llevarán
mil de á caballo.

Hay quien se pirra por las mujeres,
hay quien es rico y hay quien es guapo,
y hasta hay quien goza juntando muchos
sellos usados.

¡Pues todo es aire! Sellos, belleza,
tesoros, hembras... ¡Ceniza! ¡barro!
Adán lo dijo: "Las ilusiones
pasan de largo."

¿Dónde está el alma? ¿Qué son los siglos?
El yo immanente y el ente ignaro
¿son cosas claras? ¡Piénsalo mucho,
que eso es de sabios!

Hoy eres joven; quiere decirse
que de tu infancia no queda rastro.
Llegas á viejo, vas y te mueres...
¡y échate un galgo!

23 Noviembre 1889.

AMIGA MIA

Como dicen que anda ahora
el teatro alicaído,
y están esperando muchas
personas de recto juicio
que se resuelva la crisis
volviendo al sistema antiguo,
por aquello de que el mundo
da vueltas sobre sí mismo,
yo me estoy dando un hartazgo
con todo lo que han escrito
Lope de Vega, Moreto,
Rojas, Calderón y Tirso.
Claro está que así, de prisa,
va resultando prendido
con alfileres, y es fácil
que no saque nada en limpio.
Pero quiero que lo sepas,
por si te choca el estilo
y crees que te escribo en broma,
cuando con el alma escribo.
El caso es que yo te quiero,
¡y que te quiero muchísimo!
y que sé de buena tinta
que eres, en lo áspera, risco;
en lo voluble, veleta;
en lo festiva, domingo;
en lo respetada, muerte;
en lo respetable, obispo;
en la belleza, querube;
en lo mimosa, chiquillo;
en lo impetuosa, torrente
que salta sobre el abismo;
mariposa, en lo pintada;
fiero tigre, en el instinto;
calabacín, en lo hueca;
poeta serio, en lo mismo;
por la estatura, jirafa;
por los ojos, fuego vivo;
por el lindo talle, avispa;
por los dientes, ratoncillo;
roca, por el pecho; cisne;
por el cuello alabastrino,
y por lo tocada, flauta;
y por lo chillona, pito...
¿No te parece mentira
que yo esté loco perdido
por mujer que, en una pieza,
es avispa, cisne, chico,
jirafa, risco, torrente,
veleta, poeta lírico,
pito, flauta, obispo, fuego,
calabacín, angelito,
mariposa, tigre, muerte,
ratón y día festivo?
¡Pues sí que estoy loco! ¡Creo
que ya lo habrás conocido!

30 Noviembre 1889.

¡DESPERTA, FERRO!

Medina, que es matón, según la fama, vió á su dama con Mendo en la calleja, y le impidió el amor á la pelleja caer sobre el cortejo de su dama.

Ocultóse en la sombra con escama, sacó la espada enmohecida y vieja y exclamó golpeándola en la reja:

—¡Desperta, ferro!... que el valor te llama.

Y si me ayudas tú, mato á ese perro cuya sola presencia me acoquina.

—Ya que me habéis sacado, dijo el hierro, llevadme de asador á la cocina;

pero no me digáis ¡desperta, ferro! que el dormido sois vos, señor gallina.

Al oírlo Medina, dió por bueno el dictamen de la espada, y... Mendo se quedó sin la estocada.

7 Diciembre 1889.

¡LO QUE SON LAS COSAS!

I

Carta de Perengano á Perencejo.

Entre la playa y la ciudad habito con la calma dichosa de un bendito. Igualmente confusos los rumores llegan á mí del pueblo y de las olas, y vivo, sin placeres ni dolores, con la campiña y con el mar á solas. Lo que aquí pase hoy será lo mismo que lo que ayer pasó, ó el otro día. Esta es la explicación de mi mutismo: la tranquila y feliz monotonía.

A romper este plácido sosiego, la semana pasada vino un suceso triste. La arribada de un vapor consumido por el fuego. Te diré cómo fué. ¡Qué noche hacía! Vertiendo su incesante espumarajo de rabia, el mar rugía, y tronaba y llovía como si el cielo se viniera abajo. En esto, allá á lo lejos, sobre las negras olas, de repente brillaron los reflejos de una inmensa fogata intermitente. Era el barco que ardía corriendo sin cesar sobre el abismo, ¡moribundo sublime que se hacía un blandón funeral consigo mismo! Centenares de seres desgraciados, convulsos, espantados ante aquella desgracia ineludible, yacían en la proa amontonados, previendo una catástrofe terrible. Atrás, en tanto, se abrasaba todo, y crecía el incendio de tal modo

que marchaba impetuoso hacia delante con paso de gigante.

Sólo un hombre en la popa, fuertemente agarrado al timón, como un valiente cumplía su deber, firme, sereno, y guiaba el vapor en su carrera para ganar el puerto, si pudiera, ó morir en la empresa como bueno. Las llamas le envolvían

y, al parecer, matándole gozaban; azotaban su rostro si subían y quemaban sus pies cuando bajaban. ¡Figúrate lo horrible de la escena! ¡Pero el héroe triunfó! Ninguno sabe por qué milagro la abrasada nave llegó á la playa y encalló en la arena.

¡Qué alegría y qué gritos en el puerto! Todos los pasajeros se han salvado... menos el timonel, que achicharrado paró en el hospital y allí se ha muerto.

Este detalle triste no ha podido turbar las expansiones de la playa, porque ya le han metido en la fosa común, y cruz y raya.

Y allí descansa el hombre, un poco más allá del monumento de un bravo general, que tuvo nombre porque envió á morir á un regimiento.

14 Diciembre 1889.

II

Contestación de Perencejo á Perengano.

Inolvidable y distinguido amigo: Figúrate un país, nación ó pueblo, feliz é independiente, como el otro que se abrió incautamente al extranjero.

En octaviana paz duerme tranquilo, libremente ejercita sus derechos y, creciendo, prospera y se engrandece con las artes, la industria y el comercio.

De pronto, en la frontera se amontona como bandada de voraces cuervos, inmensa multitud de gente extraña que avanza airada con rumor siniestro.

¡Trae la devastación! Si llega y vence, su triunfo alumbrará con el incendio, talará la campiña, en las ciudades

se entregará á la orgía y al saqueo, madres y esposas vestirá de luto, profanará las tumbas de los muertos, y hundirá con las viejas tradiciones de las pasadas glorias el recuerdo.

¡Todos van á luchar! Grandes y chicos: se abandona el arado en el barbecho y corre el pueblo entero á las fronteras á rechazar el hierro con el hierro.

El choque llega. El general en jefe tiene en su mano el porvenir del pueblo: si él se descuida, el ciudadano libre

tendrá mañana su dogal al cuello.

En el rudo fragor de la batalla
el valiente invasor, pegando recio,
va llevando tal vez la mejor parte
y en un golpe de audacia estriba el éxito.

—¡A ver un regimiento! dice el jefe,
y se arroja á morir un regimiento
que detiene el empuje de las masas,
formando una trinchera con los cuerpos.

Entretanto las tropas se rehacen
y vuelven al ataque con denuedo...
y huye á la desbandada el enemigo,
sin disciplina ya, roto y deshecho.

De aquel puñado de héroes, ni uno solo
pudo salvarse del terrible encuentro.
Todos dieron la vida por la patria
porque era su deber, y le cumplieron.

Tal vez de su heroísmo nada queda
más que la sangre que enrojece el suelo,
y no habrá monumento con la lista
de los vulgares nombres de los muertos.

Pero sus compatriotas siguen libres,
tornará á los hogares el consuelo
y á vestirse de gala las doncellas
y á entonar sus canciones el labriego.

Si el general del cuento que me dices
es algo parecido al de mi cuento,
bien merece una estatua en el sepulcro
y eterna fama. Tuyo, *Perencejo*.

28 Diciembre 1889.

MI CUARTO A ESPADAS

Llorando desengaños
se despidió el coloso de la escena...
sin haber estrenado en muchos años
drama notable ni comedia buena.

Tan infausta noticia
ha servido de tema preferente
á los que buscan ocasión propicia
para hablar del teatro decadente.

—“Al público estragado
no le gustan los dramas, ¡santos cielos!
¡Á qué bajo nivel hemos llegado!

¡Los *corrales* por horas han triunfado,
y en lugar de juguetes dan buñuelos!”

Poco á poco, señores.
Es que todo progresa cada día,
y el teatro Español y sus autores
están con los primores
del año de la nana todavía,
y la gente qué paga
y no quiere tragarlos, no los traga.

Si se estrena un dramita menos malo
y el público no toma el buen camino,
¡que me cuelguen de un palo
y que llamen al público bedufno!

¡Pero es tema gracioso
insultar de ese modo al mundo entero
porque no va á aplaudir lo fastidioso,
sacrificando encima su dinero!

—El teatro Español está vacío.
—Pues claro que lo está, ¡qué duda tiene!
Pero ¿han hecho allí algo; señor mío,
para que vaya el público y le llene?
—¿Y quién tiene la culpa? ¡Los autores!
—Si el teatro por horas les inquieta,
¿por qué no hacen comedias superiores.
todos esos señores
que parece que tienen la receta?

Porque más se adelanta, de seguro,
que echando maldiciones y veneno,
batiéndose con bríos en el muro
y defendiendo el arte en su terreno.

Y queda otra cuestión sobre el tapete:
el Estado, que en todo se entromete,
¿debe dar subvenciones,
pagar galanes y comprar telones?

En caso afirmativo, el empresario
se hará, si á mano viene, millonario,
y andará por allí la compañía
rebotando alegría;
pero con obras malas ó peores,
¿dará la subvención espectadores?

En lugar de pedir unas pesetas
que van aprovechar á tres ó cuatro,
pedid buenos actores y poetas,
y libre y solo medrará el teatro,
que el vulgo no es tan necio
que mire la belleza con desprecio.

Llore, pues, el coloso de la escena,
pero busque la causa de su estado
en que hace muchos años que no estrena
drama notable ni comedia buena,
y tuvo que pasar lo que ha pasado.

4 Enero 1890.

MENUDENCIA

Una abeja que andaba cierto día
libando todo el polen que podía
en las flores más bellas,
de repente murió de apoplejía
y quedó entre las hojas de una de ellas.

—¡Qué abeja tan dichosa!
(dijo una mariposa).

¡Yace en la soledad, en el misterio,
tiene un lindo jardín por cementerio
y por sepulcro el cáliz de una rosa!

—Crea usted, poetisa majadera
(le interrumpió una oruga intempestiva),
que mejor estaría si estuviera
en un estercolero, pero viva.

11 Enero 1890.

POESIA AMOROSA

(Pero de mala índole.)

Eres muy guapa, Clarilla;
tú no serás un dechado
de virtud pura y sencilla...
pero ¡anda! que á pantorrilla
no te gana el más pintado.

Lo cual, en una mujer,
representa una fortuna
y un manantial de placer.
Eso es lo que hay que tener,
y lo demás es tontuna.

No faltará quien te diga
que el alma, la educación,
el candor, que Dios bendiga,
son la sustancia, la miga
que alimenta la pasión.

Lo cual es una simpleza.
Yo soy todo un caballero,
y en cuestiones de belleza
me quedo con la corteza,
¡por la corteza me muero!

¡Al diantre las pudorosas!
Fe, virtud, aire contrito...
¡Que se quiten esas cosas
ante las curvas graciosas
de tu cuerpo rebonito!

Eres tiple, según varios
cartelones; has tenido
éxitos extraordinarios.

¡Hasta dicen los diarios
que cantas! Yo lo he leído.

¡Ser tiple tú! ¡Ya están buenos
mentirosos los carteles!

En fin, eso es lo de menos.
Tú salvarás los estrenos,
aunque pierdas los papeles.

Con tus notas ametrallas,
con tus frases apedreas,
pero te vistes de mallas,
sales á la escena, callas,
y entonces... ¡bendita seas!

Y se comprende, Clarilla;
el público ama lo bello,
y aplaude tu pantorrilla
porque no hay una quintilla
más artística que aquello.

Todo el mundo está prendado
de la forma, de tal modo,
que es aforismo probado
que en los negocios de Estado
la buena forma es el todo.

¡Pues si el mundo se fija
en más que en la superficie,
por un ojo de la cara
no hallarías quien gozara
del placer y la molice!

A mí, que soy medianía,
como cualquier barrendero,
o que es profundo me hasta;

creo que hasta en poesía
es la forma lo primero.

Porque, además, te respondo
de que los vates de entrada
que piensan mucho y muy hondo,
casi siempre, allá en el fondo,
ocultan una bobada.

El exterior nos domina;
y que te sirva de norma
que todo el mundo se inclina,
como yo, ante la divina
brutalidad de la forma.

Será el decoro un tesoro,
pero, Clarilla, es un hecho
que sin decoro te adoro...
¡Pues si tuvieras decoro
buena la habíamos hecho!

18 Enero 1890.

SUPONGAMOS...

distinguido lector, amigo y dueño,
que me preguntas lo que vi en mi sueño.
Pues vi que una mujer encantadora
surgía de un boliche de la cama.

—¡Recaracoles! (exclamé). ¡Una dama
en tal guisa, en tal sitio y á tal hora!

¿Quién es usted, señora?

—La Fama, caballero.

—¿Usted la Fama?

¡Entonces he perdido la chaveta!

¿Dónde está la trompeta?

—¿Trompeta todavía? ¡Qué inocente!

Yo usaba ese instrumento antiguamente,
cuando no descansaba ni un segundo
pregonando los nombres

de aquellos grandes hombres

que merecieron admirar al mundo.

Pero aquello pasó. ¡No soy tan boba!

Esto es lo positivo. (Y me enseñaba
un bombo tan enorme, que ocupaba
la mitad de la alcoba.)

¿Qué le parece á usted?

—Desmesurado.

—Pues sepa usted, amigo, que han brotado
muchas celebridades de esta caja.

Y tiene una ventaja.

—¿Qué ventaja?

—Que la maneja el mismo interesado.

—Señora, usted exagera,
porque eso no sería conveniente.

—Puede usted hacer la prueba fácilmente
y darse todo el lustre que usted quiera.
Eso han hecho bastantes majaderos.

—¿De veras?

—Sí, señor, pero pagando.

Y se marchó gritando:

—¡A peseta la línea, caballeros!

25 Enero 1890.

DEL BUZÓN

"Muy señor mío y mi dueño:
 Firmo *Fulano de Tal*,
 pero daría mi nombre
 si hubiera necesidad.
 Y á lo que voy. Yo soy uno
 de esos que han dado en llamar
reventadores, bastantes
 escritores en agraz.
 Los revisteros me insultan
 continuamente. Me están
 colgando todas las silbas
 de algunos meses acá,
 y en la misma prensa busco
 defensa de igual á igual.
 ¡Sí, señor! ¡A mucha honra,
 soy réventador! Es más,
 lo seré siempre... de todo
 lo que deba reventar.

Pues ¡qué! ¿Va á dar el teatro
 patentes de inmunidad
 á la ignorancia atrevida
 y á la sandez inmoral?
 Contestaré como el otro:
 ¡jamás, jamás y jamás!
 Yo reclamo mi sagrado
 derecho de protestar
 y ¡por Dios! que he de ejercerlo
 constante, duro y tenaz
 para hundir en el olvido
 lo que me parece mal.

¡Y valor se necesita!
 porque casi siempre dan
 en tomarse confianzas
 los muchachos de la *clac*,
 y en cuanto hacemos abajo
 con los bastones tras tras,
 gritan ellos desde arriba:
 ¡Peseteros! ¡Al corral!
 Y van saltando en la escena
 necesidad tras necesidad,
 y el público se incomoda,
 y los actores se están
 quietecitos y empeñados
 en que lo hemos de iragar;
 total: que tiene que armarse
 un escándalo al final.
 Pero, ¿qué vamos á hacer?
 ¡Aplaudirlos además?
 ¡Pues, hombre, si aunque se grite
 hay autorcito que va
 y sale á que le llamemos
 todo lo que hay que llamar!

Y no es esto lo más gordo:
 lo que llega al colmo ya
 es que se anuncian las obras
 al día siguiente, y ¡plaf!
 nos plantan en los carteles:
 —¡¡Éxito fenomenal!!—
 ¡Hemos llegado á un extremo
 que no se puede aguantar!
 ¿Qué se quiere? ¿Que el concurso

diga con más claridad
 que le saben á demonios
 los buñuelos que le dan?
 Pues no queda desde ahora
 más recurso que llevar
 pistolas, y en el instante
 de acabar la obra, ¡zas!
 disparar, y dejar secos
 á la dama y al galán,
 ¡á ver si de esa manera
 no la representan más!

Esta es mi humilde opinión.
 Suyo, *Fulano de Tal*."

He recibido esa carta.
 ¿Qué haré?... ¡Qué diablo! Allá va:
 nunca está de más que demos
 pruebas de imparcialidad.

1.º Febrero 1890.

POESÍA CURSI

¡Cuánto te quiero, sultana!
 ¡Nata y flor de las morenas,
 la que guarda soles negros
 bajo las pobladas cejas;
 la que enseña, al sonreirse,
 rico aderezo de perlas
 entre finísimo estuche
 rojo como las cerezas;
 la que en nudos de azabache
 recoge la hermosa trenza,
 y á quien envidian las flores
 de la granadina vega,
 de todas la más gallarda
 y entre todas la más bella!
 ¡Cuánto te quiero! No cabe
 esta pasión que me quema,
 ni en la cárcel de mi pecho,
 ni en la cárcel de la tierra.
 Diera porque fueras mía
 cien vidas, si cien tuviera,
 y los tesoros de Craso,
 y la mar, y las estréllas.
 ¡Quíereme, por Dios, sultana!
 Que tu amor es mi existencia,
 y tu desvío me mata
 y tu aliento me envenena.
 Yo te ofrezco cuanto tengo;
 yo te amaré cuanto pueda
 y seremos siempre, ¡siempre!
 yo el esclavo, tú la reina.
 Allá, lejos de envidiosos
 que ambicionen tu belleza,
 bajo el dosel de los pinos,
 sobre la menuda hierba,
 á la orilla del arroyo
 que entre las guijas se quiebra,
 ¡cuán felices, oh sultana,
 seremos cuando me quieras
 entre caricias amantes
 y purísimas ternezas!

Yo haré ramitos de rosas,
y claveles, y camelias,
recibiendo siempre á cambio
tus sonrisas hechiceras,
mensajeras de la dicha,
que me arroban y embelesan.
Mira que en celos me abraso
del ambiente que te besa
y el ropaje que te ciñe
y la luz que se refleja
en tus pupilas de fuego,
como mis pesares negros,
y proyectos infernales
siento arder en la cabeza,
y la ansiedad me consume
como inextinguible hoguera.
Mira que te amo, sultana,
con una pasión intensa,
como el firmamento grande,
como el espíritu eterna,
y he de poseer el rico
tesoro de tu belleza,
ó he de pedir á la daga
la paz que ingrata me niegas,
arrancando de mi pecho
esta vida que me pesa...

Esto escribía una noche
un huésped de dos pesetas
que come con suspirillos
y con amarguras cena.
La sultana de sus sueños
era ¡ay, Dios! la cocinera,
moza robusta y de puños,
con más bríos que una yegua,
y que no aguanta empujones
ni se rinde á las ofertas.
Lo de los soles por ojos
y labios como cerezas
y el talle como la palma
y los dientes como perlas,
era guasa del muchacho
que aprendió esas frases huecas
en veinte mil poesías
y cuarenta mil novelas.
No se sabe á punto fijo
lo que luego dijo ella
de los amores eternos
y el arroyuelo y la hierba;
pero sospechan algunos
que no entendía de letra,
y aprovechó las cuartillas
para envolver las especias.

1.º Marzo 1890.

LA MUCHEDUMBRE

*Pensamiento de Guy
de Maupassant.*

No se sabe por qué, pero es seguro
que cayó el Presidente del Consejo
con fama tal de sanguinario y duro,

que se vió en un apuro
para escapar á Francia con pellejo.

Al enterarse el pueblo de que hufa
sintió deseos de blandir el palo,
porque la gente tiene la manía
de arrear al que corre, bueno ó malo

Empezaron por calles y plazuelas
á murmurar los hombres en corrillos,
á reir y á chillar las mujerzuelas
y á cantar indecencias los chiquillos,
hasta que de repente,
y empujada por fuerza misteriosa,
la gran masa de gente
rompió en aullidos y avanzó furiosa.

¿Quién sugirió á la plebe soberana
una idea feroz? No se ha sabido,
pero la tromba humana
cayó en la casa que habitó el caído
y todo lo arrasó. De tal manera
que no dejó siquiera

ni un cuadro, ni un papel, ni una moldura
el populacho es ciego
y nada le detiene ni le apura
si se decide á entrar á sangre y fuego.

Cayeron á pedradas
las puertas, y guardianes y criados,
muertos á puñaladas,
fueron bárbaramente mutilados.

Y hasta un niño inocente, que dormía
en su cuna preciosa
con cortinajes de color de rosa,
como el albor del día
que cuando empieza á fulgurar se acaba,
fué herido por la faca de un salvaje
que rasgó la batista y el encaje
sin fijarse tal vez dónde pinchaba.

Surgió el incendio, se extendió imponente,
hundióse con estruendo la techumbre,
y lo que respetaron casualmente
la piedra y el puñal, quedó en la lumbre.
Entonces, harta ya, la muchedumbre
se marchó á descansar tranquilamente.

¿Quiénes son esas fieras? ¿De qué abismos
sale esa multitud devastadora?
De ninguno. Los hombres son los mismos
que vemos en la calle á cualquier hora.

Y si á fuerza de estudio y de trabajo
pudiérais conocerlos, uno á uno,
veríais que ninguno
es capaz de matar un renacuajo.

15 Marzo 1890.

EL CLIMA DE MADRID

Va de cuento. Pues señor,
yo no sé dónde he leído
que, cuando el sumo Hacedor
dió el mundo por concluido,
se dijo:—Puesto que quiero
darle placer y ventura,
procuraré, lo primero,
graduar la temperatura,

porque pueden hacer daño
las rápidas variaciones.
Lo mejor será que el año
se divida en estaciones.

Vió que la idea era buena,
y ordenó el alza y la baja
lo mismo que quien ordena
los palos de una baraja;
y desde fecha remota
se hace el cambio suavemente,
de modo que, aunque se nota,
el mundo no se resiente.

Ya se deja comprender
que, por razón de lugar,
cada pueblo ha de tener
su clima particular.

Y por eso, el mismo día
en que se funda una aldea,
el sumo Hacedor la envía
su clima, sea el que esa.

Y con esto se acabó
el prólogo. Conque oíd
lo que dicen que pasó
cuando se fundó Madrid.

Previendo Dios lo que habría
en estos yermos baldíos,
arreglo día por día
lluvias, calores y fríos.

Y al ver alzarse el copete
de la primera cabaña,
dijo á un querube:—¡Chist! Vete
á la tierra.

—¿Sitio?

—España.

Y al momento que llegares,
este clima dejarás
entre el río Manzanares
y el cerrillo de San Blas.

Obedeciendo el querube,
cogió el clima y se echó abajo;
pero al cruzar una nube
parece que se distrajo.

y entre si torna ó si baja
con un ángel que venía,
se le cayó la baraja
y no le quedó ni un día.

Pudo, es claro, recoger
los naipes desperdigados;
¡pero vaya usted á saber
cómo estaban ordenados!

—¿A qué molestarme? (dijo).
Que caigan como les cuadre.
Y se volvió con Dios hijo,
á la diestra de Dios padre.

Por eso Madrid no tiene
las estaciones marcadas,
y en la primavera viene
una rachita de heladas,
y á las dos horas de frío
surge un calor pistonudo,
y trae un día de estío
la noche de invierno crudo.
Se tapa usted con la capa

y se abrasa el firmamento,
y en cuanto usted se destapa
se le hiela á usted el aliento.
¡Y no hay paciencia que baste!
No hay quien arregle el trastorno,
y se vive en el contraste
de la cantimplora al horno;
dormirse en el Senegal
y despertarse en Siberia...
ó en los témpanos. Lo cual
tiene una ventaja seria.
El consuelo es algo triste,
pero no es un disparate.
¡Que al mortal que lo resiste
no hay centella que lo mate!

22 Marzo 1890.

LA DESPEDIDA DE LA COCINERA

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola! ...
LOPE DE VEGA.

Llevando un envoltorio
con no sé cuántas cosas,
por no sé qué razones
te vas y me abandonas.
Por ese mismo sitio
se fueron muchas otras,
bastantes irritadas,
arrepentidas pocas,
para volver algunas,
pero llorando todas,
que es vicio que se adquiere
picando las cebollas.
Así también te marchas;
¿qué vas á hacer ahora
perdida por el mundo,
sencilla Celedonia?
Si tú no sabes nada
de penas que trastornan
ni goces que enloquecen
ni luchas que destrozan,
¿qué harás cuando te veas
abandonada y sola?
¿O piensas, inocente,
que tú no eres de estopa
y el mundo es un hornillo
y el diablo viene y sopla?
¡Envidias, de seguro,
la suerte de esas mozas
que yendo de criadas
volvieron de señoras,
y tapan con los guantes
aquellas manos gordas
que puso coloradas
el roce de las ollas!
¡No sigas esa senda,
que es falsa y engañosa,
y hay muchas con pingajos
que desearon blondas!

Yo sé que el de la tienda,
do pagas lo que compras
con la tercera parte
de lo que á mí me cobras.
murmura en tus oídos
palabras mentirosas,
y dice que, si quieres,
podrás tener carrozas,
y casas, y jardines
con sólo abrir la boca.
¡No creas que eso es cierto!
¡no la abras, Celedonia!
¡Mira que así empezaron
bastantes pecadoras!
Para lanzarte al mundo,
que acaba con las honras,
ni tienes mucho gancho
ni sabes otra cosa
que espumar el puchero
y echar sal á la sopa,
ó hacer un saludable
guisado de alcachofas.
¿No estás mejor en casa,
aquí donde te consta
que yo te lo perdono
sabiendo que me robas?
¿Qué más aspiraciones
podrás tener ¡oh tonta!
que ver cómo te espío
cuando te quedas sola,
y permitirme á veces
que te haga cucamonas?
Vuelve á tus estropajos,
sencilla Celedonia,
y deja para siempre
las ilusiones locas!
¡Mira que así te pierdes!
¡mira que hay penas hondas!
¡mira que á mí me carga
tener que buscar otra!

29 Marzo 1890.

CONFITEOR

I

—Yo tengo celos, padre.
—Mala cosa,
—¡Unos celos, rabiosos!
—¡Ay de tí! ¿No confías en tu esposa?
Pues sufrirás tormentos espantosos.
—Si no se trata de eso, señor cura;
mi mujer es honrada.
—¿No tienes celos de ella, criatura?
Pues entonces, ¿de quién?
—De mi cuñada!
—¡Horror de los horrores!
¡El demonio ha inspirado esos amores!
—Es muy guapa, ¡guapísima! La quiero,
pero no se lo he dicho
por si fuera un capricho pasajero...
¡Ay, no está mal capricho!

—Y acaso lo será.

—Le siento ahora
convertido en pasión abrasadora.
Verá usted. Cuando tuve pulmonía
llamaron á un doctor que vive enfrente;
me he curado hace un año, un mes y un día,
¡y el hombre sigue yendo todavía
porque dice que estoy convaleciente!
¿Y sabe usted por qué? Yo me figuro,
¡qué digo figurarme! estoy seguro
de que mi cuñadita
no le parece fea...
¡qué le ha de parecer, si es tan bonita!
y ante la sola idea
de que si va á casarse me la quita,
me irrito, sufro, me enfurezco, ¡lloro!
lo que me prueba, padre, que la adoro.
—¡Eso no puede ser! El hombre fuerte
ha de saber luchar con las pasiones.
Tu amor es criminal: ¡antes la muerte!
Vencerás con ayunos y oraciones.

II

—Aquí estoy, padre cura. Ya mis celos
huyeron como nubes de verano.
—Nunca faltan consuelos
para todas las penas de un cristiano.
—Sí, ya vivo feliz, ya estoy tranquilo
y no paso los días
con el alma en un hilo
cavilando un sin fin de tonterías.
—¿Y quién supo salvarte de las garras
de aquella tentación?
—Mi buena estrella.
El médico de marras
¡pa... ¡por mi mujer! y huyó con ella.
—¡Un castigo de Dios! ¡Diente por diente
¿Y qué ha pasado?
—Nada;
pues... que yo me quedé con mi cuñada,
y vivimos los dos tan ricamente.

5 Abril 1890

PLATONISMO

¡Por la Virgen del Carmen, Felisa!
no subas de prisa
la escala de amor,
que los puros placeres del alma
teniendo más calma
se gozan mejor.
Tá, poniendo tus gracias en juego,
avivas el fuego
que me ha de quemar,
y yo quiero tardar cuanto pueda;
¿qué diablos nos queda
después de acabar?
¿No es mejor este dulce tormento
que da en un momento
pesar y placer?
¡No logremos el bien codiciado!
Después de logrado.
¿qué vamos á hacer?

Ahora mismo tu amante sonrisa
me causa, Felisa,
placer sin igual.
y al hablarte, feliz, conmovido,
me siento encogido
como un colegial.
Se me olvidan amores añejos,
y al verte de lejos
me aturde el amor,
mientras quieres mirarme á hurtadillas
y en esas mejillas
llamea el pudor.
¿Tú prefieres amar de otro modo,
pasando por todo?
¡Pues haces muy mal!
El deseo enfrenado es muy bueno;
si rompes el freno...
¡materia brutal!
Cuando un beso se da de memoria,
mejor que la gloria
nos suele saber;
y si en roce carnal se consume,
no tiene el perfume
que debe tener.
¡Siga, pues, este rumbo dichoso
mi amor pudoroso
que no ha de acabar,
y no borres ¡por Dios! este ensueño
de niño pequeño
que no sabe amar!

3 Mayo 1890.

DESCORAZONEMONOS

He tomado la pluma hace un momento
y no puedo escribir, porque me siento
en uno de esos días
de mortal desaliento
que solemos sufrir las medianías.
¿Hay nada más amargo
que correr tras la trompa de la fama,
viendo el camino cada vez más largo,
y, al parar de repente, hacerte cargo
de que no es á nosotros á quien llama?
¿Hay desdicha mayor que la que espera
al infeliz que sueña con la gloria,
desde el instante mismo en que se entera
de que se va á morir como un cualquiera,
sin que deje ni rastro ni memoria?
El que cree, como en Dios, en su talento
y el plomo puro se le antoja plata,
no conoce el tormento
de esta triste impresión de agotamiento
que aniquila y consume, enerva y mata.
En busca de un raudal de poesía
el cerebro se estruja,
y tras horas eternas de porfía
suele brotar un hilo, que podría
meterse por el ojo de una aguja.
Cuando ese caso llega,
no hay entusiasmo loco ni fe ciega;
trabaja el escritor como un cantero,

y se lanza á la brega
sin otras ambiciones que el puchero.
¡Ni un rasgo, ni un asunto, ni una idea!
¡Todo líneas borrosas y confusas!
Y ¿qué adelanta el pobre que pelea
para ver si franquea
los umbrales del templo de las Musas,
si después de luchar inerme y solo
contra el desdén perpetuo de las masas,
oye decir á Apolo:
¡No te molestes, hijo, que no pasas!?

Por eso, algunos días
me siento en ese estado
que solemos pasar las medianías,
¡y que no lo resiste el más pintado!

10 Mayo 1890.

DE ACTUALIDAD

(EN LAS FIESTAS DE SAN ISIDRO)

Repantigado en un coche
de á dos pesetas por hora,
con más fachenda y orgullo
que don Rodrigo en la horca,
pasea por Recoletos
Juanón el de Villatorda,
que ha venido en tren barato
con su manta y sus alforjas.
El movimiento le aturde
y el gentío le atortola,
pero piensa que con eso
se las echa de persona,
y va el mareo aguantando
y mira á todos y á todas
porque pretende en la corte
darse lustre á toda costa.
Las doncellitas enclenques,
las viejas estrepitosas
que lucen trapos y moños
en millores y victorias,
calado el impertinente,
le miran haciendo mofa
como si entrara un gusano
en el reino de las rosas.
Y los chicos elegantes
que á caballo van y tornan
cumpliendo el deber penoso
de dar vueltas á la noria,
se ríen de aquella facha
tan atrasada de moda,
que parece en tales sitios
un moscardón entre joyas.
¡Y es Juanón seguramente
el único que allí goza
y triunfa con el paseo,
que le está sabiendo á gloria!
Mientras los demás se aburren,
se saludan, se incomodan,
haciendo lo que hacen todos
los días á aquellas horas,

él se da un baño de lujo
que le envanece y le esponja
y que ha de formar la página
más brillante de su historia.
Mil veces, exagerando,
lo contará en Villatorda,
para que le escuchen todos
abriendo un palmo de boca.
¡Cien años después de muerto
hablarán en la parroquia
del que estuvo en los Madriles
y vió la misa de tropa
y se fué á paseo en coche
con señores de corona!

Además, los que hoy murmuran
de su cara de alcachofa,
no saben que ese paletó
que les molesta y estorba
es más importante que ellos,
y manda como un autócrata
en un batallón humilde
de obreros y segadoras.
Quita estancos, habla gordo
al diputado á quien vota,
y hace decretos y leyes
siempre y cuando se le antoja.
Ellos dirán que es salvaje,
pero él dirá muchas cosas
de esta gente madrileña
que parece que está *pocha*.
En un mes de correrías
llegará á gastar dos onzas,
se volverá como vino
con su manta y sus alforjas,
y en el porche de la iglesia
dirá á los de Villatorda:
—Madrid es muy divertido,
pero, ¡redíos, cómo roban!

17 Mayo 1890

CABEZA DE CHORLITO

La chica de doña Bruna
está muy mal educada,
y, según su madre, es una
cabeza destornillada:

pero en el fondo, más buena
que el pan; ¡un ángel de Dios,
que todas las noches cena
con un caballero ó dos!

Gracias á que hay ocasiones
en que vuelve como va
y á que en estas excursiones
la acompaña su mamá,

firmente decidida
á evitar con su presencia
que, como es tan aturdida,
cometa alguna imprudencia.

¡Madre ejemplar, á quien todo
lo que quiere hacer la niña
le satisface, y no hay modo
ni forma de que la riña!

—Créame usted, caballero
(suele decir doña Bruna),
para pudor verdadero...
¡como el de ésta, el de ninguna!
Su modo de ser espanta
desde lejos á cualquiera,
pero de cerca es tan santa
que... ¡vamos! ¡si usted lo viera!—

Yo, para verlo cerquita,
escogí la mejor hora
para hacer una visita
á tan extraña señora.

Y después de aquello de:
—Buenas tardes.—Servidor.
—¿Cómo está usted?—¿Bien y usted?
—¡Vaya un tiempo!—¿Qué calor!
cuando me hartó la sosera
del diálogo insustancial,
pregunté por la heredera,
como era muy natural.

—Pues... estará trabajando
en su gabinete.—¿Sí?

Tendrá una sorpresa cuando
le vea á usted por allí.

Pasamos al gabinete...
¡y allí estaba la chiquilla,
abrazada á un mozalbete
á quien tomaba por silla!

Yo me quedé estupefacto,
el pollo quedó corrido,
y hubiera tenido el acto
un final desconocido

á no exclamar doña Bruna,
soltando una carcajada:

—¿Lo está usted viendo? ¡Si es una
cabeza destornillada!

—¡Basta! dije. Usted es graciosa
y piensa que yo soy tonto:
¡llámela usted otra cosa,
y acabaremos más pronto!

24 Mayo 1890.

CAMBIO

Habitaba Severiano,
rico, joven y dichoso,
un entresuelo precioso
de la calle de Serrano.

en que, á fuerza de dinero
derrochado á manos llenas,
juntó las mil cosas buenas
que necesita un soltero.

Y allí holgaba independiente
y en pleno sibaritismo,
adorándose á sí mismo
y viviendo guapamente.

¡Nada de penas traidoras!
¡Siempre goces y alegrías!
Mujeres todos los días
y amigos á todas horas.
¡Cuántas hembras superiores
de veinticinco alfileres

habrán bebido placeres
en aquel nido de amores!

¿Qué extraño es que á Severiano
le importara tres caminos
la envidia de los vecinos
de la calle de Serrano?

Pero un día quiso el cielo,
para castigarle acaso,
que se interpusiera al paso
la encantadora Consuelo,

que era la más resalada
de las chulas de la Villa
y habitaba una guardilla
de la calle de la Espada.

Al verla se volvió loco,
y tal se salió de juicio
que, teniendo poco juicio,
vino á perder ese poco.

Consuelito, según creo,
era rubia, corsetera
y con más sangre torera
que la que inventó el toreo;
mozuela poco aprensiva,
con sed de joyas y galas,
que ansiaba sólo unas alas
para volar muy arriba.

Severiano se las dió:
ella se portó tal cual,
apoyó el pie en el caudal
del pobre chico, y voló.

El rumboso y ella lista,
el apasionado y ciego
y ella poniendo en el juego
todo su afán egoísta,
salieron á relucir
los ahorros, y... Total:
hoy Severiano está mal,
como se suele decir.

con la ropita empuñada,
sin un colchón ni una silla
y habitando una guardilla
de la calle de la Espada.

Y, gracias á Severiano,
vive la hermosa Consuelo
en un precioso entresuelo
de la calle de Serrano.

31 Mayo 1890.

DE LO VIVO A LO PINTADO

García, publicista distinguido
y escritor atildado,
no necesita un bombo exagerado,
puesto que es demasiado conocido.

Pinta de tal manera,
con una observación tan verdadera,
los tipos populares,
que, leyendo á García, ve cualquiera
caracteres, costumbres y lugares.

¡Qué sencillez! ¡Qué sal, Virgen María!
Si pudiera dejar la sepultura
Don Ramón de la Cruz, envidiaría

la fresca, inagotable donosura
del chispeante ingenio de García.

Y le decían todos:—¿No da pena
que teniendo esa gracia de la buena,
copiando el natural con tal salero,
no vayas á buscar fama y dinero
lanzándote á escribir para la escena?

La gloria teatral es tentadora,
la multitud que aplaude dominada
ofrece condensada

la dicha de una vida en media hora.

Y García cedió; soñó laureles,
pensó en el triunfo del primer estreno,
preparó los papeles
y quiso hacer un plan sobre el terreno.

Por lo cual, una noche de verano
se marchó á la verbená, de trapillo,
con un bastón de nudos en la mano
y un duro *pa aguardiente* en el bolsillo.

Metióse por un corro á la ventura,
y en cuanto vió una chica apetitosa,
le dijo muy plantado:—Adiós, graciosa,
¿se quiere usted bailar con este cura?

La chulapá aceptó, ¡pues ya lo creo!
y empezó el incitante contoneo
de ese *schotis* ceñido, tanto, tanto
que, siendo un acicate del deseo,
tiene de baile lo que yo de santo.

.....
A las pocas palabras, vió García
que la moza tenía
ese genial donaire sandunguero
de la mujer *baril*, que no se cría
más que allá por la calle del Bastero.

Socarrona y mordaz, siempre dispuesta
á vencer al contrario por la audacia,
y que á todo contesta
porque trae en los labios la respuesta
que es un disparo de cañón... con gracia.

Y como aquel carácter puro y neto
te venía de perlas á su objeto,
García recordó que era notorio
su don de observación para estas cosas,
y soltó á la muchacha el repertorio
de frases ingeniosas.

¡Qué ocurrencias! ¡qué chistes! ¡qué de-
[rrroche

de sal y de talento!
Puede decirse, en fin, que aquella noche
estuvo el escritor en su elemento.

Su pareja mirábale asombrada,
y cuando él la creía entusiasmada,
le dijo secamente:—Oye, gracioso,
¿camelitos á mí? ¡Pues no te empringues,
que tú quisieras distinguir y no distingues
y hueles á cien leguas á patoso!

—
Poco después, mohino con la guasa,
pensó García al retirarse á casa:
—Pues, señor, todos dicen que he logrado
retratar á esta gente de tal modo
que se respira la verdad en todo...

pero me han engañado.
 Quien me debe entender no me ha entendido.
 ¡luego no está el retrato parecido!
 En la revista ó en el libro pase,
 porque lo leen personas de otra clase;
 pero si hago un sainete cualquier día
 y esa gente del corro
 ocupa como juez la galería,
 me dirá con razón que soy un porro
 que no he visto Madrid ni por el torro.
 Convengo en que el aplauso enorgullece;
 pero yo, por si acaso, cojo y cierro
 mi plan con siete llaves... ¡Este perro
 no es tan fácil de inflar como parece!

7 Junio 1890.

AGITEMONOS

¡Dichoso aquel que no ha visto
 más río que el de su patria,
 y duerme anciano á la sombra
 do peñueño jugaba!

¡No! ¡Dichoso aquel que vuela
 rauda y libre como el águila
 y deja el caliente nido
 cuando se siente con alas!
 El barco amarrado al muelle
 se pudre sin hacer nada,
 y es lástima que se gaste
 la brea que en él se gasta.
 Tienda orgulloso las velas,
 rompa los cables y vaya
 á pasear por los mares
 la bandera de su patria.
 El que hoy se acuesta sabiendo
 lo que va á pasar mañana,
 sin ilusiones ni penas
 ni placeres ni batallas,
 nace en cama miserable
 y muere en la misma cama,
 sin que al correr de los años
 se le despeguen las sábanas,
 debe vivir abrumado
 con lo que le estorba el alma.

Santo y bueno que se guarden
 los recuerdos de la infancia,
 que refrescan el espíritu
 y aminoran las desgracias,
 pero corriendo con ellos
 tras emociones variadas
 á luchar con las pasiones,
 siempre alerta y siempre en guardia.
 ¿Por qué razón es dichoso
 quien vive en perpetua calma
 y no sabe si hay más tierra,
 ni más cielo, ni más agua
 que el terruño en que se aburre
 y las nubes que le tapan
 y el arroyuelo que lame
 la puerta de su cabafia?
 ¡Esa es la vida del árbol

que crece donde le plantan,
 y sin pesar ni alegría
 cae á los golpes del hacha!
 La felicidad se encuentra
 combatiendo por lograrla,
 y hasta el vencido en la lucha
 es dichoso en su desgracia.
 No hay vida sin ilusiones
 ni placer sin esperanzas,
 y el mundo es bello, y moriré
 sin conocerlo da lástima.

Sobre que Dios, el gran día
 en que se pesen las faltas,
 pedirá á sus criaturas
 obras, ó buenas ó malas,
 y distinguirá á los hombres
 que hicieron uso del alma
 de los que fueron pedruscos
 clavados en las montañas.

14 Junio 1890.

ESGRIMA

Me amaste un minuto; te amé cuatro días;
 ni tú estabas loca, ni yo estaba ciego;
 si fueras ingenua, tú misma dirías
 que fueron amores sin frío ni fuego.

—Me marchó, dijiste.—Pues anda, morena,
 y nada de "ingrata, perjura ni alevé";
 ni al uno ni al otro nos dió mucha pena,
 y si esto es mentira, que el diablo me lleve.

Se pasan los años, ni escribo ni escribes,
 ni rastro nos queda del tiempo pasado,
 y ahora ¡Dios mío! resulta que vives...
 ¡Qué grata sorpresa! ¡Te había olvidado!

Sin duda han venido tus gracias á menos,
 tal vez las arrugas surcaron tu frente,
 y aquella falange de amantes tan buenos,
 tan ricos, tan guapos... huyó de repente.

Porque es muy chocante, después de la au-
 [sencia,
 que en vez de anunciarme tu vuelta impensada
 me pidas con mucha, muchísima urgencia,
 dos duros... "que puede llevar la criada."

¡Si á todos los hombres que están en mi
 [caso

les pides lo mismo con esos apuros,
 es cosa segura que sales del paso,
 pues creo que sacas lo menos mil duros!

Lo malo no es eso; lo malo es que dices,
 por ver si me ablando, que es fragua tu pecho.
 que nunca me olvidas, que fuimos felices,
 que huf de tus brazos en llanto deshecho...

¡Dios mío! ¿Con que era tu pecho una fra-
 [gua?

¿Con que es indudable que yo te quería?

Diré lo de *El año pasado por agua*:

"¡Dispensa, Manolo, que no lo sabía!"

21 Junio 1890.

EL MUERTO

Al pie de un matorral, sobre pedruscos,
en lo más intrincado de la sierra,
yace tendido un hombre, cuya sangre
se va escapando por la herida abierta.

Tras el tupido velo de la noche
las rocas y los árboles proyectan
sobre la limpia sábana de nieve
mil espantables sombras gigantescas.

Solo está el pobre muerto, con las manos
agarrotadas, rígidas y yertas
clavadas al fusil, por el impulso
de la terrible convulsión suprema.

Es un carabíniero. Cuando lleguen
los compañeros que á buscarle vengan,
le encontrarán envuelto en el sudario
que le está preparando la tormenta.

Su mujer, entretanto, allá en el valle,
dispone alegre la sencilla mesa
y arrima los pucheros á los troncos
que en el ancho fogón chisporrotean.

Alborotan la casa los chiquillos
gimiendo y suspirando por la cena;
la madre, despreciando la ventisca,
mira y remira la lejana selva,
y cuando el más hambriento le pregunta:
—Pero ¿no viene padre?—le contesta:
—Ya no debe tardar, conque, ó te callas,
ó te va á dar azotes cuando vuelva.

¡No volverá jamás! Porque otro pobre
que sale de su choza cuando nieva,
para poder meter de contrabando
unas cajitas de tabaco de hebra,
juzgó buena ocasión aquella noche
de ganarse un puñado de pesetas,
tropezó con el guardia en el sendero
y le metió una bala en la cabeza.

Allí quedó el cadáver. El delito
con su manto cubrió la noche negra,
ahogó el trueno los ayes de agonía
y espesos copos borrarán las huellas.

Sólo entonan grandiosos funerales
el vendaval que silba en las cavernas
y el indómito mar, que zumba lejos
batiéndose furioso con las peñas.

Todo puede explicarse en este mundo.
A no inventar el diablo las fronteras,
¡maldita la importancia que tendrían
unas cajitas de tabaco de hebra!

28 Junio 1890.

NONEZ

Juan dió una peseta á Pablo
para pago de una deuda
(porque Juan, según parece,
devuelve lo que le prestan),
y Pablo, que aquella tarde
salía para Ontaneda,

le dió la peseta al mozo
que le llevó la maleta.

Ya saben todos ustedes
lo que es un mozo de cuerda;
¡el hombre, á la media hora,
se la dejó en la taberna!

Y en seguida el tabernero
se la dió á la tabernera,
porque él allí no administra,
que quien administra es ella.

Al poco tiempo ya estaba
en el cajón de una tienda;
¡las mujeres, ya se sabe,
se perecen por las telas!

Cogió la peseta el chico
del mostrador, un gatera
que se la gastó el domingo,
con mucho rumbo en las Ventas,
y de allí volvió á la Corte
con un empleado en puertas,
á cambio de vista gorda
para unas cuantas botellas.

Pasó desde el de consumos
á manos de la Ruperta,
de la Ruperta á Manolo
y de Manolo á Manuela,
la cual compró unos pendientes
de rubíes y de perlas
á un hombre que por la calle
los llevaba en una cesta.

Y así sucesivamente
fué rodando la moneda
del joyero al zapatero
(en pago de medias suelas),

del maestro de obra prima
á un almacén de pellejas,
de allí á una casa de banca
para girar una letra,

del banquero á un estudiante
de primer año de ciencias,
del estudiante á una chica
que sale á dar una vuelta

por las calles principales
á eso de las doce y media,
de la muchacha á un cautapo
y del chulo á una estanquera.

Que es á quien compré yo anoche
cigarrillos de cuarenta;
di para pagar un duro,
y recibí la peseta.

Hoy, en Fornos, he querido
pagar el café con ella...
¡y después de correr tanto,
salimos con que no es buena!

5 Julio 1890.

LA COSTUMBRE

Un día Satanás soltó un bostezo,
y dejando el tridente
se propuso dormir tranquilamente
con la cola enroscada en el pescuezo.

Y apenas cerró un ojo (¡sólo uno! porque, siempre sagaz, siempre ladino, duerme á medias no más), hete que vino á malograr la siesta un importuno.

Era un diablillo verde, monstruoso, con los ojos saltones como un sapo, que se las daba, al parecer, de guapo, porque entró con un *chic* jacarandoso y al pasar adelante hizo el saludo al rey de los infiernos inclinando los cuernos de un modo distinguido y elegante.

—¿Qué pasa?—dijo el diablo.

—¡Friolera!

Se ha armado una jarana de primera.

—¡Otra jarana! ¡El pan de cada día! ¿Dónde es?

—En la caldera segunda de la octava galería. Parece que los diablos encargados de alimentar el fuego lo han dejado apagar por todos lados y están los condenados quejándose á rabiar...

—¡Otra te pego!

¡Qué bestia es esa gente!

¿Con que lo horrible del suplicio cesa y dicen que les pesa?

¡Fues si deben quedar tan ricamente!

—Eso es lo que yo he dicho, creyendo que chillaban por capricho; pero juran, perjuran y protestan que tienen la costumbre de tostarse y sufrir entre la lumbre y... no se sienten bien si no los tuestan.

De este modo se explica que mi amigo Julián, honrado y bueno, viva atado á las faldas de una chica que es fea como un trueno y que tiene un carácter de veneno. Le domina, le engaña, le escarnece... y él, dócil como un niño, quiere encontrar disculpa en el cariño, y en el fondo del alma la aborrece.

Así lleva Julián, día por día, diez años de formento y de agonía, fijo en la idea de romper muy pronto el dogal que le aprieta... ¡Pobre tonto! ¡Jamás lo romperá! Se ha acostumbrado á su amor indecente, igual que se acostumbra el condenado al fuego que le abrasa eternamente!

12 Julio 1890.

LLUVIA MENUDA

La lluvia menuda
es la que hace barro,
que la recia no da señales
por donde ha pasado.

FERRAN.

Ayer se pegó un balazo
el infeliz Juan Antonio,

y dejó escrita una carta
que al pie de la letra copio:

“Conste que no me suicido por lo que se matan otros, pues no he tenido en mi vida ningún disgusto muy gordo.

Soy desdichado en *pequeño*, que es lo más malo de todo, y hasta hoy lo he soportado, pero ya no lo soporto.

Quinientos mil alfileres pinchando poquito á poco matan mejor que una bala de un cañón de á treinta y ocho;

y como el mundo en que vivo me resulta purgatorio, voy á buscar el descanso en las garras del demonio.

Mi mujer es una santa, me quiere, lo reconozco, pero siempre los garbanzos están salados ó sosos.

Mis hijos son querubines muy rubitos y muy monos, pero emborronan mis cuentas, lloran por la noche á coro,

dicen que sí estoy en casa cuando lo niego y me escondo, y no hay papel importante que yo no me encuentre roto.

Soy aseado, soy limpio como los caños del oro, y no sé lo que me pasa ni cómo me las compongo, que las manchas me persiguen, y en un instante recojo en el traje claro, tinta, y en el traje negro, polvo.

Si una mujer agradable me mira con buenos ojos, ya se sabe de seguro que me confunde con otro; siempre tengo las visitas cuando duermo ó cuando como, y en cuanto empuño el paraguas empieza á llover á chorros.

Si me regala un amigo billete para los toros, se suspende la corrida ó mata cualquier *pistolo*.

Si un zapato se me rompe, y riegan la calle, y corro, he de meter en los charcos el pie del zapato roto.

Me engaña el mejor amigo, me falla el último fósforo y en el café todo el mundo se me sienta sobre el hongo.

Me piden lumbre en la calle cuando voy á algún negocio; si hago el amor, me pregunta

por mi esposa cualquier tonto;
 se me enamoran las feas,
 me convidan los ruñosos,
 me pegan palos los ciegos
 y me atropellan los cojos...
 ¡Me fastidia esta cadena
 de desdichas... y la rompo!
 Con que no se culpe á nadie
 de mi muerte.—*Juan Antonio.*"

19 Julio 1890.

MADRIGAL

(DEDICADO A ELLA COMO ES NATURAL)

Verás lo que ha pasado esta mañana:
 me ha ofrecido una rosa
 una rubia ¡muy rubia! tan hermosa
 como cualquier morena circasiana.

Mirando aquel tesoro
 de gracia y gentileza,
 de ojos azules y cabellos de oro,
 se me subió la sangre á la cabeza.

Y el Amor, orgulloso y satisfecho
 de la nueva victoria que alcanzaba,
 empezó á darme golpes en el pecho
 con una de las flechas de su aljaba.

—Ábrete pronto, corazón (decía),
 y recíbeme á tu dueño idolatrado...
 Y tu voz allá dentro, vida mía,
 contestó:—¡No se puede; está ocupado!

25 Julio 1890.

REVOLUCION INTERNA

EL OÍDO.—¡Silencio! Se me figura
 que siento muy cerquita ruido de faldas.

EL CORAZÓN.—Ya me entra la calentura.

EL CEREBRO.—¡Soñaba con la hermosura!

¿Por dónde es?—EL OÍDO. Por las espaldas.

LOS OJOS.—Que nos pongan en condiciones

y nosotros diremos si es guapa ó fea.

EL CEREBRO.—¡Dejadme las ilusiones!

Por si fuese una vieja con espolones,
 no miréis... ¡Tengo miedo de que lo sea!

El goce misterioso, desconocido,

es el único acaso que no empalaga.

¡Más que el placer gozado vale el fingido!

Ese ruido de faldas, ¡sólo ese ruido

no podéis figuraros cuánto me halaga!

UN NERVIO.—¿Qué sucede? ¡Dios nos asista!

OTRO.—¿Me lo preguntas con esa flemma?

¡Lo que sucede siempre cuando hay conquista!

Eso es que ya tenemos hembra á la vista..

¿No ves que se alborota todo el sistema?

UNA VENA.—¡Demonio! ¿Quién me sacude?

LOS NERVIOS.—Pues... nosotros.—¿Es grave el

[caso]

—El cerebro lo dice.—¡Dios nos ayude!

Si lo dice el cerebro, no hay quien lo dude.

—Calla, y dile á la sangre que apriete el

[paso]

LOS PULMONES.—¡Átiza! ¡Buena oleada!

Pues señor, no ganamos para emociones...

¡Aire!... Y al fin y al cabo no será nada;

estas bromas de amores ¡cosa probada!

siempre dan en perjuicio de los pulmones.

.....

EL CORAZÓN.—¡Yo estallo. Todo me inflama.

¡Subid á las mejillas, glóbulos rojos!...

Pero antes de que aumente mucho la llama,

yo quiero que me digan cómo es la dama.

EL CEREBRO.—Ya pueden mirar los ojos.

LOS OJOS.—¡Voto al draque! ¡Pues te has

[lucido!]

Dí que cese en seguida la calentura,

y nunca más confíes en el oído...

EL CEREBRO.—Pues ¡cómo! ¿Quién hace el

[ruido?]

LOS OJOS.—El manteo de un señor cura!

DOS CREPUSCULOS

I

Cuando empecé á estudiar anatomía

allá en Valladolid, junto al Campillo

de San Andrés, tenía

trece años nada más. Era un chiquillo.

En mes antes mi madre había muerto,

y mi padre, una noche

me sacó de la cama, mal despierto,

me dió un hatillo y me metió en un coche.

Y al empujar la portezuela, dijo:

—Sólo vas á vivir. Estudia, hijo,

y procura romper la medianía,

porque el término medio es tontería:

ó ser rico, ó cavar! ¡corte ó cortijo!—

Meditando la frase

llegué á Valladolid de madrugada,

dejé el fío de ropa en la posada

y, temblando de miedo, entré en la clase.

¡Cuántas veces, después, me habré reído

del efecto que haría á aquella gente

el pobre colegial recién venido,

asustado, encogido,

mirando al profesor devotamente!

Mis pueriles temores

veían en la calle, en el paseo,

presagios de desdichas y dolores,

motivos de nostalgia y de mareo,

y á pesar del murmullo de la gente,

notaba en torno mío

el silencio terrible del vacío,

que hieló el corazón del más valiente.

Sólo el afán de echarlas de persona

me dió energía para ahogar la pena,

¡y hasta pude decir á la patrona

que sí, que la merluza estaba buena!

Pero al caer la tarde

me abandonó el valor, y fui cobarde.

Senfí que me invadía

tenaz melancolía,

me aturdió aquel rumor desconocido

que llegaba hasta mí desde la Acera,
y me senté en un banco de madera
de la plaza mayor, triste y rendido.

El día se acababa. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.

Y me vi solo allí. ¡Solo á la puerta
del laberinto de la suerte incierta
que ya de ningún modo
podría dominar! ¡Lejos de todo!
¡Hasta más lejos de mi madre muerta!

¡Cuánto sufrí aquel rato. Virgen santa,
con el llanto atascado en la garganta!

II

Volvíamos del campo el otro día
saturados de vino y de alegría,
formando bulliciosa caravana
cuatro ó cinco devotos de esas cosas
y unas cuantas chiquillas muy graciosas
que han tirado el honor por la ventana.

Habíamos comido en la pradera
sin trabas, ni etiquetas, ni mirones,
y, en fin, para evitarme descripciones,
¡la tarde había sido de primera!

Trafamos no más como despojos
de la campal batalla
las carcajadas del placer que estalla
y el cansancio de goces en los ojos.

Tornábamos de prisa;
ellas muertas de risa,
tomándose infinitas libertades,
y nosotros... en mangas de camisa
y roncós de cantar atrocidades.

Se había hundido el sol. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.
Y... no sé cómo fué. ¡Cosas del vino,
que sugiere una idea por minuto!
Yo me vi años atrás hecho un doctrino
con mi ropa de luto,
solo y abandonado á mi destino,
con el alma oprimida
por el dolor más grande de mi vida.
Y entré en Madrid, más blanco que la cera
y ahogando los suspiros en la boca,
del brazo de mi linda compañera,
¡que seguía riendo hecha una loca!

3 Agosto 1890.

¡EN BAILE!

Se ha dejado la panera
como un vasito de plata;
ya no hay un saco que estorbe,
ni polvo ni telarañas;
se han lucido las paredes,
que están como el ampo blancas,

y se han colocado bancos
á lo largo de la sala.

Colgados de la alta viga
quinqués, candiles y lámparas,
con sus mortecinas luces
alumbran... lo que hace falta.
Y que no hace falta mucho
lo dicen bien á las claras
las parejitas que buscan
los rincones de la estancia...

Porque hay un baile de boda
de la niña de la casa,
que se ha unido en santo lazo,
á las diez de la mañana,
con el mozo más celoso
que gallea en la comarca,
y está lo mejor del pueblo
convidado, y come... y baila.

Andan las personas graves
hablando de las labranzas,
ó diciendo chistecitos
propios de las circunstancias,
que las doncellas escuchan
poniéndose coloradas
y los pícaros zagales
cayéndoseles la baba.

Y al son de un par de bandurrias
y tres ó cuatro guitarras
se deshacen con la jota,
jadean, corren y saltan
mozas robustas y frescas
y mozos de rompe y rasga,
que piden coplas y coplas
y ni cejan ni se cansan.

La novia, que es la heroína
y el blanco de las miradas,
tiene que bailar por fuerza
con cuantos van á sacarla,
y como, por cortesía,
todos la obsequian y la hablan,
está ya la pobre moza
que no puede con el alma.

Y el novio, que está furioso
con esa costumbre bárbara
que le arrebató su prenda
á tanta costa ganada,
al verla entre tantos brazos
menos en los suyos, anda
que echa chispas por los ojos,
medio ahogado por la rabia.

Al fin, en una revuelta,
la dice airado en voz baja:
—¡Hoy casi no soy marido
y aguanto! ¡Desde mañana
no bailas ni con tu padre!
¡Con que aprovéchate, Paca!

—
Dos años después, en otra
función de boda, la sala
está también que echa lumbres
y hay jota, vino y guitarras.
Y la Paca se deshace

bailando con quien la saca,
y el marido juega al tute,
sin importársele nada.

16 Agosto 1890.

DEGENERACION

Yo soy un desgraciado.

Los versos eran antes mi delicia,
y hoy, cuando escribo, triste y obligado,
he de buscar inspiración ficticia
en una taza de café cargado.

¡A tal punto he llegado!

Cuando el café me presta
esa falsa energía, tan funesta
que siempre me produce calentura,
en la espiral del humo ceniciento
de la infame colilla veo al punto
esbozarse el asunto,
hasta surgir completa la figura
que viene á condensar el pensamiento.

Unas veces, lejana y misteriosa,
se borra, se difunde, palidece,
y otras veces, las menos, me parece
fotografía exacta y asombrosa.
Pero siempre es igual. Siempre un guerrero
con la cota de malla
y el mandoble de acero,
galopando hacia el campo de batalla.

Luego el sordo rumor de la pelen,
el férreo rechinar de la armadura,
la ronca muchedumbre que vocea,
se empuja, se acuchilla y se golpea
con frenesí rayano en la locura.

Oigo el choque terrible de las mazas
al caer sobre cascos y corazas,
los ayes de dolor de los heridos,
los golpes de los cuerpos en la tierra,
lanzadas, martillazos, estallidos,
en fin, todos los ruidos
de los grandes azares de la guerra.

Veo á mi campeón, sobre el overo,
batirse con alientos de gigante,
duro, terrible, fiero,
tinto en sangre el acero,

que no cesa en la brega ni un instante.
Y le veo volver con su mesnada
y dejar el botín de la victoria
á los pies de su amada,
suplicando tan sólo una mirada
que le parece un rayo de la gloria.

Se escapa la visión. Tomo la pluma
para fijar y describir aquello,
que es poético en sí, valiente y bello,
y la carga me abrumba.

Me veo tal cual soy, endeble y chico,
sin fuerzas ¡ay! para mover de prisa,
no digo ya un mandoble, ¡un abanico!
incapaz de matar á un renacuajo.

tan de raza inferior y tan abajo
qué me da mucha pena... y mucha risa.

¿Cómo puedo elevarme á esas regiones
de amor sublime, de gloriosa fama,
sí yo ofrezco á mi dama,
cuando más, un cartucho de bombones,
y creo merecer, sólo por eso,
un beso impuro... ¡y lo que traiga el beso!

23 Agosto 1890.

¡AL YUNQUE!

Ha días que andamos
con grandes esfuerzos
la fiebre á rendirme
y yo á que no quiero.
Traidora, me causa
continuo tormento,
me abrasa la sangre,
me oprime el cerebro,
rodea mis ojos
de círculos negros
y, en una palabra,
me deja en los huesos.
Y yo, cada día
más firme, más terco,
ni cejo ni triunfo,
ni caigo ni venzo.
Al ver las señales
que deja en mi cuerpo
la ruda tormenta
que aguanto por dentro,
de fijo se dicen
amigos y deudos:

—¡Caramba! Este mozo
no llega al invierno.
¿Que no? ¡Vive Cristo
que allá lo veremos!
La rabia en la lucha
rodoblo, si pienso
que al día siguiente
se borra el recuerdo...
¡Pensar que las mismas
mujeres que quiero
querrán á cualquiera
que ocupe mi puesto,
y alegres, dichosas,
sin penas ni duelos,
irán por doquiera
dejando mis besos!

¡Pensar que los pocos
amigos que tengo,
pasados los tristes
instantes primeros,
irán donde vamos,
harán lo que hacemos,
y en torno á la mesa
fumando y riendo.
tal vez no reparan
que hay uno de menos
y está allí, vacía,

la silla del muerto!...
¡Caramba! ¡Es muy fuerte!
No quiero... ¡y no quiero!

Volviendo al principio,
yo sé lo que es esto.
La guerra continua,
los días tremendos,
las coplas infames,
las noches de estrenos...
son cosas que ponen
tirantes los nervios,
los rompen un día
y en paz, y *laus Deo*.
Y sé, por lo tanto,
que acaso el sosiego,
la calma, la vida
tranquila del pueblo,
pudieran volverme
las fuerzas que pierdo.
Pero eso ¡*nequaquam*!
¡no paso por eso!
Si, al fin, me consume
la vida este fuego,
caeré en la trinchera
que alcé con mi esfuerzo,
que así es como deben
morir los guerreros...
¡Y Dios me perdone!
¡y niños al cielo!

30 Agosto 1890.

AMOROSA

¡Tú no me quieres ya, pimpollo mío.
Lo leo en tu mirada,
que revela el cansancio y el hastío
y en mí se fija sin decirme nada.
Si esas frases de amor con que procuras
tal vez salir del paso
vinieras á decirme las á oscuras
(que no caerá esa breva... por si acaso)
me engañarían, si pretendes eso,
y me sabrían ¡ay! á miel con queso.
Pero viéndote yo cómo me miras
indiferente, sin placer ni pena,
no puede ser, morena,
que tome por verdades las mentiras.
Porque pueden los labios
jurar amores, relatar agravios,
quejarse de amarguras,
decir palabras de entusiasmo loco
y hasta besar con fuego si me apuras...
(otra brevita que no cae tampoco)
todo puede ayudarte
á lograr que yo crea que me quieres,
que en tan difícil arte
todo sirve de ayuda á las mujeres...
¡Pero los ojos no! Muy poderosa
tendrás la voluntad, mas es niña
querer que brille amor en tu mirada
si piensas entretanto en otra cosa.

Y sinendo como son grandes y bellos
tus ojos, te han vendido, vida mía;
¡mandas en toda tú, menos en ellos!
y yo puedo leer en sus destellos
un poema de embustes cada día.
Pero eso no te importe ni te alarme,
y sigue en tu tarea de engañarme.
Si todas fuérais santas
y constantes y fieles... ¡vaya un paso!
¿Y qué puede ser ello en este caso?
¿Otra ilusión que cae? ¡Cayeron tantas!
Advertencia inocente:
Más vale que yo dude que me quieras,
porque probablemente
no te querría yo si me quisieras...
¡Así somos los hombres! ¡Mala gente!

6 Septiembre 1890.

UN CIUDADANO

Pepito es un zote,
como hay más de ciento,
que no tiene pizca
de conocimiento.
Se nota la falta
cuando abre la boca,
¡Y todos lo saben!
¡y á nadie le choca!
¡Así está en el mundo
la cosa arreglada!
Saber que Fulano
no entiende de nada,
que es tonto, que es soso,
que es zafio, que es huero,
que más que persona
parece un madero,
que sólo se espera
de tal botarate
que salga del paso
con un disparate,
y hacer caso omiso
del impertinente
tratándole en serio...
es cosa corriente.
Pues bien, el Pepito
que dice mi cuento
que no tiene pizca
de conocimiento,
salió no se sabe
de dónde ni cómo,
y ya llevo dicho
que es necio y es romo;
ni tiene carrera
ni pudo acabarla
y... no lo parece
según lo que charla.
Como es consiguiente,
en nada se ocupa;
si gasta, se ignora
de dónde lo chupa.
Pero es, por desgracia,
lo cierto del caso
que nadie se mueve

sin verle á su paso.

Recorre paseos,
frecuenta salones;
sin él, ya se sabe
que no hay cotillones;

á toda la gente
conoce sin duda,
con todos platica
y á todos saluda;

donde hay dos personas
allí se presenta,
y es cosa segura
que á entrambas revienta.

En toda su vida,
según he oído,
no ha dicho palabra
que tenga sentido,
y va paseando
de noche y de día
la carga terrible
de su antipatía.....

¿Cómo es que Pepito,
con tales defectos,
discute y alterna
con hombres correctos?

¿Cómo es que, premiando
la estúpida audacia,
le apremian las hembras
de la aristocracia,
figura de gorra
y vive del sable
y á ratos parece
persona notable?

Problema insoluble,
¡por nuestra manía
de no incomodarnos
con la tontería!

13 Septiembre 1890.

LA PATRIA

Tronaban los cañones,
vibraban las cornetas
formando y disolviendo batallones,
lucían las bruñidas bayonetas,
ondulaban las masas de soldados
por valles y collados,
y entre el sordo rodar de los arzones,
el raudal galopar de los bridones
y el confuso rumor de la batalla,
retemblaba la tierra,
recibiendo el castigo de la guerra:
charcos de sangre y lluvia de metralla.
Por un lado avanzaba un regimiento,
por otro un escuadrón retrocedía,
y allá una batería
buscaba á todo escape emplazamiento
para empezar la carga,
en medio de blasfemias y chasquidos,
y... se iba haciendo cada vez más larga
la fila de camillas con heridos.

Por uno de esos lances impensados
de los mil que ocurrieron aquel día,
se quedaron perdidos y olvidados
diez hombres de la cuarta compañía
de cierto batallón de infantería.
En mucho menos tiempo que lo digo
avanzó bruscamente el enemigo,
y se vieron los pobres de repente
rodeados de miles
de bocas de fusiles,
por detrás, por los flancos y de frente.
Cada cual, por instinto,
se acercó cuanto pudo al compañero,
y echando mano al cinto,
buscó la bayoneta lo primero...

—¡Rendíos!—les gritaban
los contrarios, dispuestos á arrojarlos,
y ya los infelices vacilaban
entre morir matando ó entregarse,
cuando un chiquilicuatro, un cornetilla
que no valía un pito,
dijo, soltando un terno de Castilla
y enarbolando el brazo:
—¿Los de la cuarta? ¡Ni pa Dios bendito!—
y envió la respuesta en un balazo.

Fué cosa de un instante.
Al seguir la columna hacia delante,
los arrasó como el ciclón arrasa
el florido vergel por donde pasa.
y al terminar, con el combate, el día,
quedaron en el valle diez soldados
que fueron de la cuarta compañía
confundidos, deshechos, mutilados...

Llegó la triste noche. Allá á lo lejos
brillaban los reflejos
del fuego intermitente,
se perdía en el monte, entre las peñas,
el eco del crujir de las cureñas
que se iban alejando lentamente,
y, muy de tarde en tarde, cuando el viento
dejaba de soplar en los confines
del bosque turbulento,
se dejaba escuchar, como un lamento,
el lejano clamor de los clarines
que llamaba á la lista al regimiento.
Cuando, poco después, no quedó nada
más que el leve susurro en la floresta,
sobre el montón de carne magullada
se cernía en el aire una bandada
de cuervos que acudían á la fiesta...

Y cantando esta hazafia ha dicho un vate:
"¡Daerman en paz los héroes del combate!
¡La patria guardará, para su gloria,
sus nombres en el libro de la historia!"
¡Y se equivoca usted, señor poeta!
Ni la patria se fija en un corneta,
ni tratará de honrar á aquellos hombres.

Por no saber, no sabe
cuáles eran sus nombres...
¡ni le importa un comino, que es lo grave!

20 Septiembre 1890.

EN EL ALBUM DE UNA BAILARINA

(QUE NO SABE LEER)

Dios te dió los ojos garzos,
los labios como cerezas,
el cutis de terciopelo
y los dientes como perlas.
Puso en tu cuerpo la gracia
que enloquece y embelesa,
la dulzura en tu sonrisa
y en tu rostro la belleza.
Quiso que un hombre te amara
con adoración inmensa
y en paz, tranquila y dichosa
fueses del hogar la reina.
Y acaso cuando, cumplida
tu misión sobre la tierra,
de la lista de los vivos
borrar tu nombre quisiera,
pensó llevarte á la gloria
y colocarte á su diestra,
más que en premio á tus virtudes,
por gozar de tu presencia.

Pero el diablo, que no duerme
y entre las sombras acecha,
dejó traidor en tus ojos
dos ascuas de sus calderas,
ansia de besos impuros
en esos labios de fresa
y ardor de locos placeres
en la sangre de tus venas.
Te puso medias rayadas,
calañes sobre las cejas,
chaquetilla de alamares
y falda con lentejuelas,
y colocándote airosa
en las tablas de la escena,
te dijo:—¡Baila!—Y bailaste...
¡y adiós á la gloria eterna!

Cuando los ojos entornas
y el lindo talle cimbreas
y entre los húmedos labios
los blancos dientes enseñas,
la multitud te devora
con miradas de impureza,
brincan, al vibrar, los nervios
y las gargantas se aprietan.
Y cuando alzando el vestido
la enagua bordada muestras,
palpitante el albo seno
y ondulantes las caderas
y á través de los encajes
luces las caladas medias,
al compás del taconeó
que hace temblar la madera,
la muchedumbre se agita,
se inflama, ruge y patea,

como el león enjaulado
á la vista de la hembra.
Te acompañan dignamente
juramentos y blasfemias,
aullidos de amor salvaje
y resoplidos de bestias.

¡Ay, pobre Paca! Tú corres
en brazos de la tormenta,
y en vez del hogar tranquilo
que merecias, te esperan
lágrimas, injurias, golpes,
celos, traiciones, ofensas
y... morir de un navajazo
al salir de una taberna.
Pero creo que hoy, al ver
el mismo Dios se recrea,
y aunque haya perdido un alma...
¡no le ha pesado perderla!

27 Septiembre 1890.

A FULANO DE TAL

(QUE FORMA PARTE DE UNA COMPANÍA... DE
LA LEGUA)

¡No puedo aguantar más! Aquí tenemos
una falsa modestia convenida,
que consiste en callar como unos memos
en ciertos accidentes de la vida;
pero el buen parecer no llega á tanto,
¡y vuelvo á repetir que no lo aguento!

Yo prefiero pasar por vanidoso
á que usted y otros cien de su calaña
me hagan hacer el oso
en el palenque escénico de España.

Yo escribí, supongamos, una pieza
que, con tener acaso poco bueno,
me costó mis dolores de cabeza
y el sofocón terrible del estreno.

Y usted, cómico infame
(y permítame usted que se lo llame),
me la va degollando por doquiera,
por la triste manía
de gozar con que un día y otro día
me llame bruto la nación entera.

La prensa de provincias me escarnece,
me insulta, me maltrata,
y aunque no lo parece,
no se ve el arañazo, pero escuece,
y esa serie de palos desbarata.

No quiere decir esto
que del fallo del público protesto,
¡libreme Dios! No admite controversia
y es imparcial y justo aquí y en Persia.
Pero si usted le engaña indignamente
con una ejecución escandalosa,
¿cómo demonios juzgará la gente
que ve lo que la dan, y no otra cosa?

Hago lo que hacen los autores malos:
endosar á los cómicos los palos;
pero yo no renuncio
á defender á gritos mi torpeza;

me dan con la badila en la cabeza
¿y me voy á callar? ¿Que calle el nuncio!

Debo advertir á usted ¡oh Fulanito!
que todos los autores de esta hornada
escribirían lo que llevo escrito,
y no lo han hecho ya por el prurito
de la falsa modestia antes citada.

¡Hay que romper la soga
del necio "¿qué dirán!" que nos ahoga!
¿Qué diablo! Mi carácter no se aviene
con esa hipocresía, caro amigo.
Los demás se lo callan; yo lo digo.
¡O se tiene franqueza, ó no se tiene!

4 Octubre 1890.

EL FURGON

Iban veintiocho muertos en el carro
del hospital, revueltos y desnudos,
carne medio podrida, que á la fosa
desde su lodazal mandaba el mundo.

Cruzando por los baches del camino
se agitaba la carga á cada tumbo
y, con los choques, el montón quedaba
cada vez más informe y más confuso.

De todo había allí: pobres ancianos
por quienes nadie vestirá de luto,
porque dieron sus hijos á la patria
y se quedaron ellos sin ninguno;

infelices mujeres que en la feria
vendieron el amor por un mendrugo
y hallaron, en la fuerza de la vida,
veneno en el placer, muerte en el gusto,

y obreros que cayeron en la lucha
con el aire letal de su tugurio,
y niños que murieron sin que nadie
acercara los labios á los suyos...

Paró en el cementerio el carricoche;
el capellán les dedicó un murmullo
y echó una bendición, de mala gana,
que serviría para todos juntos.

Los obreros que habían de enterrarles
se acercaron corriendo y en tumulto
y abrieron á la par las portezuelas
del armatoste fétido y obscuro.

Tuvo aquello que ver. Hubo blasfemias,
maldiciones y votos como puños.

—¿Qué les pasa? ¿Qué es eso? (dije al cura).
—¡Que les insultan porque vienen muchos!

11 Octubre 1890.

EL MAQUINISTA

Yo soy uno de tantos, Juan Fuláñez,
paso la vida con la cruz acuestas,
encontrando pequeños los placeres
y soñando grandísimas las penas.
No me conoce nadie, y no me importa;
yo no conozco á nadie, y no me pesa;
soy un grano de tierra en la montaña,
soy una gota de la mar inmensa.

El día que tropiece en el camino
la máquina en que voy, caeré con ella,
y nunca nadie me echará de menos
ni mi apellido se sabrá siquiera.
Pero siendo yo así, tan poca cosa,
¿un átomo de hierro en una rueda!
cuando subo á mi *ténder*, y oigo el toque
de la campana que me dice "¡arrea!"
no me cambio por nadie en este mundo,
aunque al hacer el cambio me pusieran
fajín de general en la cintura
ó mitra episcopal en la cabeza.
Porque crezco á mis ojos; me parece
que el hierro adquiere vida en mi presencia,
y la máquina y yo, fuertes, sublimes,
tomamos proporciones gigantescas.
Al resoplido del vapor que escapa
y entre el ruido de topes y cadenas,
salimos como el rayo, acompañados
por el rudo fragor de la tormenta.
Todo retiembla á nuestro paso, ¡todo!
y yo siento subirme á la cabeza
el fuego que en su cárcel se retuerce
y nos empuja en infernal carrera.
Allá se queda lejos, en las sombras,
la ciudad con sus vicios y miserias,
y el nimbo de la luz de los faroles
da vigor y relieve á la silueta.
Y yo corriendo voy, cruzo los ríos,
me escondo en las entrañas de la sierra
y me pierdo en la umbría de los bosques,
espantando á las aves y á las fieras.
Y cuando en triste noche del invierno
furioso el huracán silba en las peñas
y el torrente descendiende de las cumbres
y la lluvia en la máquina se estrella,
mientras el tren me sigue, y á la espalda
dormidas van quedando las aldeas,
y si el trueno en las nubes amenaza
ronco el rumor del monstruo le contesta,
entonces, con la mano sobre el freno,
yo, Juan Fuláñez, carne de taberna,
me acuerdo de los hombres, y me veo
tan grande como Dios sobre la tierra.

25 Octubre 1890.

1.º DE NOVIEMBRE

¡Noche de dolor y espanto!
Sonaron como un lamento
las campanadas, y el viento
llevó el eco al camposanto.
En seguida extrañas luces
brillaron sobre las fosas,
se levantaron las losas
y se movieron las cruces.
Quedaron los panteones
en un instante desiertos,
y se marcharon los muertos
en distintas direcciones.

Y hay que ver que, si da frío
y terror al más pintado

un cementerio ocupado...
 ¡da más pavora vacío!
 ¡Pardiez, que erizan el pelo
 las sepulturas abiertas,
 los sarcófagos sin puertas,
 las lápidas por el suelo,
 mientras en pueblos y villas
 se quejan los esquilonos,
 se elevan las oraciones,
 se encienden las lamparillas,
 y en torno á los campanarios
 revuelan, sin hacer ruido,
 las sombras de los que han sido
 envueltas en los sudarios!

Poco á poco la sombría
 noche desgarró su velo
 y se fué aclarando el cielo
 con los albores del día;
 cesaron las campanadas,
 las lámparas se apagaron
 y, ocupadas, se cerraron
 las tumbas abandonadas.
 Obedeció tarde y mal
 á la señal convenida
 un difunto, que fué en vida
 zapatero de portal,
 y no sabiendo ya dónde
 meterse, torpe y tardío,
 ocupó un nicho vacío
 en el panteón de un conde.
 Y, como allí no hay quien mande,
 llegó el conde retrasado
 también, vió el nicho ocupado
 y se marchó al hoyo grande.

Por trueque tan natural,
 durante el día primero
 tuvo el pobre zapatero
 que se murió en un portal
 visitas, luces, desmayos,
 coronas de siemprevivas
 y lágrimas expresivas
 de duquesas y lacayos,
 ¡mientras el grande de España,
 sin cirios, flores ni gente,
 dormía tranquilamente
 al pie de una cruz de caña!

Pero hay que advertir primero
 que cambio tan repentino
 no les importó un comino
 ni al conde ni al zapatero.

2 Noviembre 1890.

SANOS CONSEJOS

He de advertirte, Dolores,
 ya que estás hecha una moza
 y vas á entrar en el mundo
 con la suerte que entran pocas,
 que tengas mucho cuidado
 con los favores que otorgas,

y no te ablanden palabras
 ni te conmuevan lisonjas,
 porque se han puesto los hombres
 peores que la langosta,
 y es de la piel de los diablos
 el que parece una mosca.
 Tú, que has leído comedias
 de Tirso, Moreto y Rojas,
 te habrás formado tu tipo...
 ¡y no hay ese tipo ahora!
 Habrás soñado un amante
 como aquéllos... ¡una joya!
 pendenciero con los bravos,
 humilde con las hermosas,
 dispuesto á arrancar la lengua
 al que te tomara en boca
 y capaz, si tú quisieres,
 de entrar á saqueo en Roma.
 Encerrado en sus amores
 como una perla en su concha,
 no publicaría nunca
 su conquista á son de trompa,
 y si le fueses perjura
 (que acabáis por serlo todas),
 no vengaría desdenes
 relatando sus victorias.

Pero ¡ay! los tiempos son otros
 y de aquel carácter, Lola,
 no queda más que el recuerdo
 reflejado en las historias.
 Hoy, si al mirar á un muchacho
 los negros ojos entornas
 y en dulce sonrisa muestras
 agrado por su persona,
 en el café por la noche
 dirá que te ha vuelto loca
 y que serás *pan comido*
 en cuanto él se lo proponga.
 Y ¡ay de ti si, confiada
 en sus palabras melosas,
 te olvidas de tus deberes
 y caes como tantas otras!
 Su bandera de combate
 será un jirón de tu honra
 y sólo por darse tono
 lo escribirá en letras gordas,
 para que el pecado sepan
 rufianes y vengadoras,
 lo cual no es caballeresco,
 pero aumenta la *parroquia*.

Antes, cuando una doncella
 casquivana y vanidosa
 jugaba con dos galanes
 tomando el amor á broma,
 le decía el uno al otro:
 —Caballero, usted me estorba—
 y sin más explicaciones
 ni palabras enojosas,
 á los pies de un santo Cristo
 y á despecho de la ronda,
 se daban de cuchilladas
ad majorem Dei gloriam.

Hoy los rivales se entienden,
la emprenden contra la novia
y, al menos, si no la matan,
le dicen dos palabrotas.

Conque ya ves tú, Dolores,
si tengo razón de sobra
para decir que te fijas
en los favores que otorgas,
y no te ablandan halagos
ni te convencen lisonjas,
que aquí no hay más caballeros
que el del caballo... de copas.

22 Noviembre 1890.

LA COSTURERA

Yo me llamo Pilar, tengo veinte años,
me han dicho muchas veces que soy linda,
y vivo en sotabanco, á tal altura
que sólo queda el cielo más arriba.
Me paso alegremente la existencia
cosiendo calzoncillos y camisas...
monótona labor que me produce
de seis á siete reales cada día.
No como nunca carne, ¡está tan cara!
no tengo más que un traje de lanilla,
no quiero más amor que el del trabajo,
que el día que me falte me fastidia.
Cuando, muerta de frío, por la noche,
á la luz vacilante y mortecina
de la vela de sebo que me alumbrá,
puedo ver la tarea concluida
y me meto en la cama, comparable
á los chorros del oro por lo limpia,
tomo un vaso de leche adulterada,
que es todo mi regalo y mi delicia,
y durmiendo tranquila y satisfecha
disfruto un sueño igual al que tendrían
los ángeles que cantan en la gloria,
única vecindad que tengo encima.

Hace unas cuantas noches, cuando salgo
de entregar la labor, junto á la esquina
me asalta un caballero respetable
por su cabello blanco y sus patillas.
Me habla de muchas cosas, de pendientes
y chales y vestidos y sortijas,
y dice que es tan fácil adquirirlos
que los puedo tener cuando los pida.
¡Miserable canalla! ¡Quiere, en cambio
de esas joyas y galas que me brinda,
que abandone este ajuar, que representa
un capital de insomnios y fatigas,
y el sublime placer, el santo orgullo
que siento al concluir cada camisa,
y el sagrado recuerdo de mi madre,
que al verme honrada se murió tranquila!

29 Noviembre 1890.

¡GLORIA!

A la muerte de un rey hubo una guerra
(desdicha muy frecuente en esta tierra),
y con denuedo tal y tal coraje,
con furia tan salvaje
lucharon los partidos
por aquella cuestión, que no era nada,
que quedó la nación desbaratada
y pobres vencedores y vencidos.

Hubo choques sangrientos,
barricadas y tiros en las calles
y heroicos detalles
dignos de perpetuarse en monumentos.
¿Quién en el mundo ignora
la acción conmovedora
del escuadrón aquel que dió la vida
para salvar al ejército en la huida?
Perdida la batalla,
avanzaba furioso el enemigo
entre una espesa lluvia de metralla,
sediento de venganza y de castigo,
y había que pararle. Y allá fueron
los desdichados que escogió la suerte.
Uno por uno los segó la muerte,
pero el bárbaro empuje contuvieron.
Un mártir hace mil. Y no hay ahora
en toda la nación un ciudadano
que no sea capaz de hacer lo mismo.

.....
¡Naturaleza sabia y previsora!
Si no fuera sociable el ser humano,
¿cómo habría estos rasgos de heroísmo?

6 Diciembre 1890.

¡SANTO INOCENTE!

Hay gente que asegura que la inocencia
está hace muchos años en decadencia,
y que el que más parezca bueno y sencillo
tiene dentro del alma vetas de pillo.
Creo que se equivoca toda esa gente;
yo, con mis picardías, ¡soy inocente!
Yo creo en las desdichas y en los apuros
de los que piden duros y medios duros,
y creo en las sonrisas de las mujeres,
y que ganan lo justo los mercaderes,
que están hipnotizados los criminales
y que hay trajes completos por treinta reales.
Respeto á las criadas por pudorosas
y cuento á mis amigos todas mis cosas,
aunque después de algunas inconveniencias
me fastidien un poco las consecuencias.
Injusticias y ofensas, ¡todo lo olvido!
En fin, soy inocente reconocido.
En materia de amores ¡más todavía!
¡Soy la honradez con visos de tontería!
Si una chiquilla honrada me mira amante,
por mucho que me guste, digo al instante:
—Yo pudiera engañarte, pero no quiero,
que antes que enamorado soy caballero.

Y dispuesta la dejó de esa manera para que caiga en manos de otro cualquiera, ó se averigüe al cabo que no es honrada y no hice sacrificio, sino bobada. Pero Dios me conserve la tontería que me produce á solas santa alegría, y con esta inocencia firme y constante vivo alegre y dichoso, que es lo importante. Los que de mí se burlan con toda el alma no podrán de mi pecho robar la calma, porque tomar por dulce lo que es veneno será muy candoroso, ¡pero es tan bueno!

27 Diciembre 1890.

UNA MENOS

Era la Nochebuena. Por las calles, con tambores, zambombas y panderas, se hartaba de gozar á grito herido la espuma de tugurios y tabernas. Y en una habitación pequeña y triste del hospital, en torno de una mesa, los pobres practicantes pretendían olvidar otras noches como aquella bebiendo peleón, hablando recio, calientes con el vino las cabezas, cantando á media voz coplas alegres y jugando al tresillo unas pesetas. En las lúgubres salas no se oía ni un soplo, ni un murmullo, ni una queja... ¡La noche era solemne, y los enfermos pensaban en su gente y en su tierra, con el dolor á solas! Entretanto gritaba la gentuza en la plazuela:

— ¡Ande, ande, ande
la marimorena!
— ¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!

Se presentó de pronto, donde estaban los alumnos de guardia, una enfermera.

— ¿Qué es eso, Paca?

— Que se muere el siete.

— Que aguarde á que saquemos esta puesta.

— Le corre mucha prisa.

— Pues andando...

Y allá fueron con naipes y botellas. ¡Sí, se moría el siete! Casi casi se podía decir que estaba muerta una muchacha tísica, una rubia con los labios lo mismo que cerezas, y los ojos azules como el cielo, y los menudos dientes como perlas, que miraba á la muerte cara á cara como único remedio de sus penas, y acababa tranquila, dulcemente, abandonada y sola en la miseria. Con el ronco estertor de la agonía, reclinada en el brazo la cabeza, pensaría en su madre y en su novio, que acaso entonces se acordaban de ella. Se acercó el capellán, todos corrieron, con idas y vueltas y revueltas

se alborotó el cotarro... ¡Todo inútil, jarabes, oraciones, sanguijuelas!... ¡El siete se moría! Y allá abajo cantaba el populacho á boca llena:

— ¡Ande, ande, ande
la marimorena!
— ¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!

3 Enero 1891.

AVISO SALUDABLE

Dicen en la vecindad que entregas el corazón con mucha facilidad.

¿Es verdad?

¡Pues enmiéndate, Asunción! Mira que la doncellita que sale cascabelera suele quedarse soltera aunque sea más bonita que tú, que eres hechicera.

Y sabrás

que en los asuntos de amor aquello que cuesta más es lo que sabe mejor.

¿Qué sacas al conceder tus favores

á todos cuantos señores los vienen á pretender?

¿Es que ese juego amoroso te sirve de diversión?

¡Pues ten cuidado, Asunción, porque es algo peligroso, y á una niña que se precie de honesta y bien educada no la favorecen nada diversiones de esa especie!

¡Qué demonio!

Al fin y al cabo es muy seria la cuestión del matrimonio y hay que estudiar la materia

formalmente,

y pasarse de prudente para encontrar un partido.

Si tú, buscando marido, prodigas de esa manera

los encantos

de tu pasión volandera, por tanto querer á tantos no encontrarás quien te quiera.

¿Quién duda que es muy gracioso ver á un hombre hacer el oso, abusar del ventaneo, ser coqueta y casquivana y cambiar cada semana de cariño y de deseo?

Pero, hija mía, eso tiene una desventaja cierta, y es que gratis nadie viene á pasar frío á tu puerta. Y me atrevo á suponer

que si tú gozas, al ver
á los hombres acudir,
ellos algo han de pedir
a cambio de ese placer.
Y uno que se lleva un beso,
y otro que se lleva más...

¡Tú verás
en lo que acabas con eso!

10 Enero 1891.

EL GLOBO

De niño chiquito
compráronme un globo
muy lindo, muy grande,
teñido de rojo.
Recuerdo que al Prado
salía orgulloso
porque era el juguete
mayor que los otros,
y al cielo subía
más alto y más pronto.
Vefale alzarse
repleto y orondo,
creyéndose libre,
creyéndose solo,
y luego, obediente
del hilo al antojo,
tornar á mis manos
tan hueco y tan gordo.
¡Con cuánta alegría
mezclada de asombro
cruzar el espacio
mirábale absorto!

Un día, de un grupo
de niños ó mezos
salió el más infame
y el más revoltoso,
y haciendo una gracia
que no le perdono,
cortóme de un golpe
la cuerda, y el globo
se fué por los aires
henchido y orondo
y... yo no le he visto,
ni nadie tampoco.
¡Qué rabia tan grande!
¡Qué horrible trastorno!
Me dió calentura,
maldije al gracioso
y puse en mi casa
muy malos á todos.

Después, siendo un hombre
de pelo en el rostro,
cien veces á solas
me acuerdo del globo.
Que apenas, iluso,
mirando en mi torno
los muchos placeres
que anhelo y adoro,

desprecio el silencio
y al mundo me arrojo
sediento de goces
tranquilos ó locos,
doradas quimeras
y sueños me forjo,
y salgo... ¡como antes,
luciendo mi globo
sujeto á la cuerda,
salía orgulloso!
Pero ¡ay! que no faltan
granujas ó tontos
y sobran tijeras
que ofrece el demonio...
Por eso la dicha
se escapa más pronto
que el globo de marras
teñido de rojo
se pierde en las nubes
dejándonos solos,
y... yo no la he visto,
ni nadie tampoco.

17 Enero 1891.

EN EL ALBUM DE UNA ENTRETENIDA

¡Quién pensaría ¡oh, Tomasa!
que en un año subirías
tan alto, cuando servías
de cocinera en mi casa!

Un marquesito.

Hoy, que envidian las mujeres
tus joyas y tu hermosura,
no olvidarás que lo que eres
se lo debes á este cura.

El padre del marquesito

Usted será muy bonita,
pero es cosa que revienta
que siempre tenga visita
cuando uno lleva la cuenta.

El tapicero.

¡Tú eres el ángel puro
de los amores!
Para ti sola cantan
los ruiseñores!

Un poeta cursi.

¡Vate imprudente!
Nosotros no cantamos
para esa gente.

Un ruiseñor.

En esta casa está una
expuesta á cualquier descuido...
¡La gente que yo he metido
en el armario de luna!

La doncella de confianza.

¿Qué noche aquella, qué noche!
¿Te acuerdas de lo del broche?

Un pícaruelo.

¿Conque lo del broche?... ¡Calle!
¡Los dos el mismo detalle!

Otro pícaro.

Perdone usted mi osadía,
pero yo la pediría
por muchísimas razones,
que cerrara los balcones
á ciertas horas del día.

El vecino de enfrente.

Hija, tú te has comido
todos mis bienes.
¡Y estoy agradecido!...
¡Qué ingenio tienes!

Un clubman

Ese no tiene experiencia
ni Cristo que lo fundó.
porque... en punto á inteligencia,
estás lo mismo que yo.

Una mula del tranvía.

Señorita: usted es una
mujer tan encantadora
como no hay otra ninguna.
Ofrezco á usted desde ahora
mi cariño y mi fortuna.

Un tonto muy grande.

Aceta inmediatamente
que cuando ese va yo tengo
y hace unos días que tengo
un compromiso pendiente.

El chulo de tanda.

24 Enero 1891.

IDILIO CAMPESTRE

Una tórtola amante, pudorosa
como todas las tórtolas amantes
que no son otra cosa,
en busca de su amor corría ansiosa
saltando entre unas matas de guisantes.

El la esperaba lejos, allá abajo,
en la misma lindera de los trigos
que fueron ¡ay! testigos
de los dulces albores del noviazgo.
¡Y qué tranquilo estaba! ¡qué ignorante
de que en aquel instante
le llevaba su dueño
una noticia atroz, horripilante,
para quitarle el sueño!

Llegó la tortolita fatigada
y en el primer esbozo de caricia
le dijo:—¡Quietos el pico, no hagais nada!
y le soltó en el acto la noticia.
¡Se oponían sus padres! ¡Era cierto!
¡Maldita terquedad, ó lo que fuere!

(El tórtolo infeliz no quedó muerto
porque sólo de amor nadie se muere.)
Debían separarse, era lo justo,
para evitar á todos un disgusto;
y la ardiente pasión, y el juramento
de cariño constante,
los llevaría el viento
á otro sitio cualquiera muy distante.
¡Oh duelos, oh congojas!
¡Oh fiera y espantosa despedida!
¡Oh lances que producen en la vida
dolores fuertes y alegrías flojas!

—Pues nunca hemos de vernos, dijo el ma-
[cho,

y te unirán tal vez dentro de poco
con cualquier mamarracho,
calma por hoy mi afán, porque estoy loco.
—¡Nunca! dijo la hembra. Yo no puedo
perder mi dignidad.

—¿Me tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¡Dulce bien! Soy tan valiente
como cualquiera tórtola inocente.

—Pues ámame.

—Pues no.

—¡Siquiera un rato!...

Total: que se dió al cuerno
el mandato paterno
al compás de un arrullo suave y grato.

.....
Y vea usted ahora,
distinguida lectora,
lo que son estas cosas de animales:
estarán mal contadas, sí señora,
pero nunca resultan inmorales.
Y si le pongo á usted la misma escena
entre una parejita de cristianos,
ya se puede apostar á que se llena
de santa indignación, si usted es buena,
¡y se tapa usted el rostro con las manos!

31 Enero 1891.

EL CALVARIO

Juan, peón de albañil, tenía un chico
que, en opinión del padre, era una perla.
Por él, encaramado en el andamio,
se exponía á romperse la cabeza
y no echaba unas copas los domingos
ni se compraba nunca blusa nueva.
Al volver á su casa por la noche,
fatigado y rendido de la brega,
se acercaba á la cuna del muchacho
y se pasaba allí las horas muertas,
con la cara del ángel escondida
entre sus barbas sucias y revueltas,
cantando á media voz las dulces coplas
lentas y tristes de la *nana* eterna.

—
Un día el chico se murió. ¡Los niños
se mueren casi todos! La miseria,
tras de ayudar al mal ó prepararle,

no permite el socorro de la ciencia.
 Juan empuñó la capa pingajosa
 y compró un ataúd por seis pesetas.
 El mismo le cerró, se le echó al hombro,
 y una tarde de toros, tarde espléndida
 en que Madrid entero rebullía
 y se lanzaba ansioso á las afueras,
 fué á enterrar allá lejos aquel hijo
 que era el único imán de su existencia.
 Lloraba el infeliz, y sobre el yeso
 que le pintó en el rostro una careta
 resbalaban las lágrimas, grabando
 los surcos que el arado hace en la tierra.

Restallaban los látigos, crujían
 abrumados del peso ejes y ruedas,
 y entre el ruido de alegres cascabeles
 y el inmenso barullo de la fiesta,
 la carretera de Aragón arriba
 iba subiendo Juan, muerto de pena,
 sólo con sus dolores, ¡hala, hala!
 con la cajita de su niño acuestas.
 A fuerza de codazos y empujones
 pasó la Plaza y se acercó á las Ventas.
 Allí no pudo más. Los merenderos
 rebosaban de gente, las parejas
 bailaban en redor del organillo,
 de vino y goces y entusiasmo ebrios.
 Vibraban en el aire los rumores
 de risas, chicleos y blasfemias,
 y era el contraste tan brutal, tan duro,
 que perdió el desgraciado la cabeza
 y, sintiendo una angustia indefinible,
 dió con su cuerpo y con la carga en tierra.

Cesó por un instante el bailoteo,
 se quedaron vacías las tabernas,
 y aumentaron los grupos de curiosos
 á punto de obstruir la carretera.
 —¡Míá que caerse aquí! (dijo una chula
 muy guapota y muy *barbi* y muy flamenca,
 dejando de bailar un vals ceñido).
 Irá borracho. ¡Pa lo que eso pesa!—
 Y anudando el pañuelo á la cintura,
 volvió para agarrarse á la pareja.

7 Febrero 1891.

A PONCIO, PERIODISTA

Es lamentable desdicha
 que una costumbre perversa
 permita á cualquier mastuerzo,
 virgen de libros y escuelas,
 ir donde nadie le llame
 y hablar de lo que no entienda,
 y ponga, Poncio, en tus manos
 la palanca de la prensa.
 Tú de política sabes
 lo que yo de hacer calcetas,
 y en política te metes

y discutes los sistemas.
 Si quieres, á los ministros
 les poner cual digan dueñas
 y hasta escribes con frescura
 párrafos de esos que empiezan:
 "Nosotros aconsejamos
 á su Majestad la Reina..."
 ¡Y luego da risa, Poncio,
 ver lo que tú le aconsejas!
 Tú no entiendes palotada
 del arte de hacer comedias,
 y acudes á los estrenos,
 y bulles, y faroleas,
 y á cambio de bombos, pides
 favores á las empresas,
 cuando no sales diciendo
 lo de "triste decadencia"
 ó lo de "inmunda bazofia
 de los teatros por piezas..."
 ¡Ni sabes de eso palabra,
 ni hace falta que la sepas!
 Los consejos literarios
 ni se siguen ni aprovechan;
 el ejemplo es lo que cunde
 y el modelo es lo que enseña.
 Si te importa el arte, baja
 del pedestal á la escena
 y haz un juguete de esos
 que dices que hace cualquiera:
 verás, Poncio, cómo sudas
 y qué silbidos te llevas;
 que muchos Poncios bajaron
 y se oyó la grita en Cuenca.
 Tú en aritmética ignoras
 de las cuatro las tres reglas,
 y compones con guarismos
 desperfectos de la Hacienda.
 No siendo nadie ni nada,
 deprimes, ensalzas, pegas,
 y sin tí no hay en el mundo
 bailes, banquetes ni fiestas...
 Vergüenza da que entre cuatro
 deshonréis la clase entera
 y donde sobra el ingenio
 á entrar ¡oh Poncio! te atrevas;
 que la trompa de la fama
 suene alabando simplezas,
 ¡y que la toquéis vosotros
 que no valéis tres pesetas!

14 Febrero 1891.

BUCOLICA

Pajarillos parleros:
 ovejas que triscáis en los oteros;
 oloroso tomillo
 que gratis embalsamas el ambiente.
 burladero aromático y sencillo
 del gazapo inocente;
 corretona perdiz que te paseas
 á través de los surcos del barbecho;
 aguanieves gentil, de blanco pecho,

que al borde del arroyo picoteas;
 murmuradora fuente cristalina
 que no has copiado nunca más retrato
 que el del perro del hato
 que el agua al chapuzarse arremolina;
 palomitas torcaces,
 insectos fastidiosos y voraces,
 bosquecillos, praderas,
 colinas, matorrales y laderas,
 susurros del pinar, rumor del río,
 pardillos, cogujadas, ruiseñores,
 genios de la vagancia y del hastío...
 decíme: ¿no se aburren los pastores?

Porque yo, en esta villa coronada,
 donde abundan los goces y el dinero,
 y puedo conocer gente ilustrada
 y entrar en un café siempre que quiero
 á tomar chocolate con tostada;
 yo, que me agito y me distraigo y lucho
 bregando (*struggle fort*) por la existencia...
 me aburro mucho á veces, ¡pero mucho!
 y se me agota á ratos la paciencia;
 conque... ¿cómo serán las horas malas
 que pasen pastorcitos y zagalas!

21 Febrero 1891.

LOS DESPREOCUPADOS

I

(A SOLAS.)

¡Cómo me va interesando
 la Merceditas! ¡Si creo
 que sí, á la postre, resulta
 que no me quiere... me muero!
 Trato á veces de engañarme
 diciéndome que es un juego
 este amor que me devora
 y me está abrasando el pecho...
 y me desmienten las ansias
 que pensando en ella siento
 y las extrañas visiones
 que me perturban el sueño.
 Por una palabra dulce
 quisiera dar, á tenerlos,
 el poder de muchos reyes
 y las grandezas del genio.
 Y su desdén, cuando asoma
 cruel enojo fingiendo,
 me produce allá en el alma
 las torturas del infierno.
 Sus ojos negros me ponen
 alborotados los nervios...
 cuando mira indiferente,
 rabia, congojas, despecho;
 si me mira á mí... la gloria;
 si mira á los otros... celos,
 y á pesar de todo, ¡siempre
 bendigo sus ojos negros!
 Todo me parece en ella
 soberanamente bello
 y detrás de su hermosa
 se escapa mi pensamiento.

De mil pequeños detalles
 me emocionan los recuerdos
 y van, cuando los rechazo,
 metiéndose más adentro.
 Yo, que las doy con las hembras
 de atrevido y desenvuelto,
 y hay algunas que me adoran
 precisamente por eso,
 delante de Merceditas
 parezco un chico pequeño
 y se me atascan las frases
 por temor y por respeto.
 Si me saluda, ¡Dios mío!
 casi casi no me atrevo
 á rozar su blanca mano
 con las puntas de los dedos;
 y como ella no comprenda
 la elocuencia del silencio,
 nunca sabrá que la adoro
 con este amor tan intenso.
 Por ella vivo, sin ella
 no habría mundos ni cielo,
 porque, para mí, Mercedes
 representa el universo.
 ¡Si las pasiones de veras
 no son como la que siento,
 ni sé lo que son pasiones,
 ni sé qué diablos es esto!

II

(EN EL CAFÉ.)

¿Quién? ¿Mercedes? Poca cosa,
 cara agradable, buen cuerpo...
 Es cuestión de cuatro días.
 ¡Eh!... me voy entreteniendo...

28 Febrero 1891.

POLITICA Y ADMINISTRACION

Un orador fogoso, grandilocuente,
 con el cual el gobierno siempre está alerta,
 fué á pedir al ministro correspondiente
 la plaza de cartero de Villatuerta

para un chico pariente de un caballero
 que estaba en Villatuerta de boticario
 y jugaba al tresillo con un rentero
 del padre del ilustre peticionario.

Por otros compromisos de igual calibre
 le contestó el ministro que no podía,
 porque aquella prebenda no estaba libre
 y la había *amarrado* quien la tenía.

Al oír las excusas el diputado
 salió del ministerio como una fiera,
 y aquella misma tarde, rudo y airado,
 interpelló al gobierno de esta manera:

"¿Qué habéis hecho, señores, de nuestra
 gloria?
 ¿qué del honor sin mancha del pueblo ibero?
 ¡Ya nuestros enemigos cantan victoria!
 ¡Ya somos el ludibrio del extranjero!
 ¿Dónde están nuestros buques, nuestros sol-
 dados,

y eso que los pagamos á peso de oro?
¡Ahí tenéis de la ineptia los resultados!
La nación esquilmada, pobre el Tesoro...

Y entretanto partidas de bandoleros
se pasean impunes por los caminos,
los asilos se llenan de pordioseros
y escapan de la cárcel los asesinos.

Se asustan las sencillas gentes honradas
de la terrible crisis que se aproxima,
y alborotan las clases desheredadas,
y el conflicto sangriento se viene encima..."

Y así siguió nuestro hombre por largo rato
dirigiendo al gobierno frases muy duras,
y afilando al concurso con el relato
de catástrofes, penas y desventuras.

¡Nuestra bandera invicta llena de lodo!
¡la miseria creciente! ¡la patria muerta!
¡todo hundido y deshecho!... ¡caramba, y todo
por una cartería de Villatuerta!

7 Marzo 1891.

A UNA... CUALQUIER COSA

¿Me vas á contar tu historia?
Pues no te molestes, Pepa,
porque es fácil que la sepa
de memoria.

¡Tendría mucho que ver
que oyéndotela contar
yo, que buscaba el placer,
acabara por llorar
sin querer,

con las mismas amarguras,
con iguales desventuras
y con los mismos quebrantos,
justos castigos del cielo,
que me han referido tantos
querubines... de tu pelo!

¡Quita, quita!
Finge, si puedes, amores
y no llores los rigores
de tu desgracia infinita,
que á mí, por mucho que llores,
no me conmueves, Pepita.
Cuenta tus penas, si quieres,
á esos seres

que admiten vuestros descuidos
y á esta clase de mujeres
llaman ángeles caídos.
Porque yo, aunque te parezco
compasivo por las trazas,
hija, no me compadezco
de llantos ni calabazas.
¿Que es un rigor excesivo?
¿Que sería compasivo
si te oyera? ¡Que te calles!
¡Otro cuento! ¿Para qué?
¿Te apuestas algo á que sé
casi todos los detalles?
Mira, verás: un traidor
que mintiendo puro amor
te sacó de tu morada

y te dejó abandonada
al cabo, que es lo peor.
¿No es eso? Pues otra cosa:
tu madre, por el dinero,
hizo ver á un caballero
que eras joven y graciosa,
y el hombre, que no era sordo,
tú, que eras una bendita...
¿Tampoco es eso, Pepita?
¡Pues mira que eso ya es gordo!
Otra disculpa del mal:
tu padre en el hospital,
tú arrojada del taller,
sin asilo, sin comer,
sin un traje de percal,
la tentación permanente,
el hambre viva, el pan caro...
¿esa es tu novela? ¡Claro!
¡Como que es la más frecuente!
¿Y te has figurado, chica,
que queda justificada
la que por eso claudica?
Pues estás equivocada.
¡Eso no lo justifica
ni la miseria, ni nada!
¿Que tú has creído que sí?
Pues tienes que confesar
que, de perdonarte á ti,
habría que perdonar
al que roba y al que mata
luchando por la existencia
y al que vende la conciencia
por un puñado de plata.
¿Que cómo ibas á salir
victoriosa sin apoyo?
¡Pues dejándote morir
en la mitad del arroyo,
que no es la primera vez
que de ese modo se mueren
los honrados que no quieren
sacrificar su honradez!
¿No es lo mismo? ¡Sí es lo mismo!
Y para salir triunfante
de la atracción de ese abismo
no hace falta el heroísmo,
¡con la decencia es bastante!

14 Marzo 1891.

CONFITEOR

I

—Padre, yo tengo un amigo
que es un poco calavera.
Quiere llevarme consigo
de broma y de borrachera.

Y yo he pasado un mal año
dudando continuamente
entre acudir al engaño
ó seguir siendo inocente.

—Pero ¿has vencido?

—¡He vencido!

—Pues por sola esa victoria
tienes casi conseguido
el galardón de la gloria.
—Sí, ya lo sé, señor cura;
pero es que, habiendo triunfado
y todo, se me figura
no estar limpio de pecado.
—¿Cómo es eso!

—Verá usted.

A cada proposición
malévola, yo logré
resistir la tentación;
pero á solas luego en casa
se me escapa el pensamiento
y no sé lo que me pasa
porque no sé lo que siento.
El alma se me recrea,
sin querer, en muchas cosas
de que yo no tengo idea...
¡y me las pinta preciosas!

Veo, cerrando los ojos,
mucha luz, muchos brillantes,
mujeres de labios rojos,
atrevidas, incitantes,
que me llaman sonriendo
para ofrecirme caricias,
y como nada comprendo
de esa clase de delicias,
siento la sangre acudir
velozmente al corazón...
¡y no me deja dormir
la maldita tentación!

¡Si usted viera qué tormento!
¡Perdone usted si le digo,
señor cura, que hasta siento
cierta envidia de mi amigo!

—¡Esa es muy mala señal!
Si no consigues ser fuerte,
caes en pecado mortal
y el demonio va á vencerte.

¡Es tan astuto el demonio!
¡Piensa en tales ocasiones
que el bendito San Antonio
tuvo idénticas visiones!

—Ya lo pienso y ya lo sé.
—¡Y por celeste favor,
auxiliado por la fe,
salí siempre vencedor!

II

—Señor cura, arrepentido
vengo á confesarlo todo.
¡Soy un infame!

—¿Has caído?
—He caído, ¡y de qué modo!

—¿Tu amigo?...

—Seguí sus huellas:
¡me prometió tantas cosas!
—¿Y qué?

—Comimos con *ellas*...
¡Si viera usted qué graciosas!
Eran morenas las dos,

con unos ojos así...

—¿Y no has pensado que Dios
no tendrá piedad de ti?

¿No meditas en la gloria
de San Antonio bendito,
que supo obtener victoria
en tal caso?

—Sí, medito;

pero es que el santo sin duda
para el momento oportuno
fué preparando la ayuda
del cilicio y el ayuno.

—¡Por eso venció y fué santo!

—¡Sí, pero no vencería
si hubiera bebido tanto
como yo bebí aquel día!

28 Marzo 1891.

FUMEMOS

La vida es un cigarro. Ya se sabe.
Se ha dicho siempre y en distintos tonos.
Y se fuman los hombres sus hojitas
sin saber que se fuman á sí propios,
los unos con papel de buena clase,
con envoltura pésima los otros,
y algunos en vegueros imperiales
con su cubierta plateada y todo.
Este sabe chupar, y saca el jugo;
aquél no sabe, y se le acaba pronto;
quién, por fumar de prisa, le consume;
quién va apurando el goce poco á poco.
Unos encuentran fuerte su tabaco,
otros le juzgan demasiado flojo,
y después del placer de una chupada
les queda el amargor á casi todos.
A cada aspiración se va gastando
la ilusión de fumar, que es un tesoro,
y hay quien tira el cigarro antes de tiempo
por echarlas de listo y darse tono.
Cuando se va acabando la colilla
y quedan en los labios los despojos,
¡qué pena debe dar! ¡Será una cosa
de darse en cuerpo y alma á los demonios!
Cada lance de amor una chupada,
que hace daño y marea, y vuelve loco,
chupada la esperanza que se pierde,
chupadas los delirios del negocio,
heroísmo, amistad, cariño, gloria...
todo se escapa á bocanadas, ¡todo!
Y á fumar nos obligan; ¡pués fumemos!
Tabaco que no luce es un estorbo.
Si se deja el pitillo y no se chupa,
¡resulta luego que se apura solo!

4 Abril 1891.

¡ARRIBA!

No te sulfures, Blas. Eso no es nada.
¿A qué llamar á voces á la muerte
y maldecir la vida desdichada,

y rabiar y gritar contra la suerte?
¿Pena tienes, y el alma te envenena?
Pues no rompas por eso tu cadena,
que en la pena más honda
echa el tiempo la sonda
y se averigua entonces que no hay pena.

En las crisis así, cuando parece
que se traga veneno
y la grata ilusión se desvanece...
no hay medicina como un libro bueno.
Yo, apenas, con motivo ó sin motivo,
asoman el dolor ó la amargura,
me enfrasco en la lectura
y encuentro á las dos horas lenitivo,
y soy feliz, y vivo
en un mundo de paz y de ventura.

Que allá del arte en la región serena
el hálito del diablo no envenena
aquel placer intenso, indefinido,
que haciendo el alma buena
da todas las miserias al olvido.

Y aislándome y subiendo de ese modo
el arte lo hace todo
sin transición, ni esfuerzo, ni trabajo,
por el solo poder de sus primores,
quedando los dolores tan abajo
que hasta llevo á creer que no hay dolores.

Y embriagado en mis sueños
saboreo el mejor de los placeres.
Me parecen los hombres muy pequeños,
y las mujeres... nada. ¡No hay mujeres!
Conque ya sabes, Blas, en qué consiste
la panacea para no estar triste.
La tierra ya se sabe que es impura;
esa rabia impotente es corrosiva
y acaba en la locura...
¡El mundo te hace daño? ¡Pues arriba!
¡Y domínale tú desde la altura!

11 Abril 1891.

FILOSOFIA

En opinión de santo está don Bruno,
que castiga su carne pecadora
por medio del cilicio y el ayuno,
y, arrepentido de sus culpas, llora.
¡Valiente santidad! Porque primero
delinque hasta cansarse, y en seguida,
de su propia flaqueza juez severo,
se azota sin piedad y sin medida.
Y entre la penitencia y el pecado
se queda ¡claro está! desmejorado.
¿No sería mejor que no pecara,
venciendo la pasión en campo abierto,
que echárselas de mártir, con la cara
de asceta consumido en el desierto?

Cargado de estampitas y rosarios,
medallas de latón y escapularios,
convertido en acémila piadosa,
se la paga á su esposa
y el tiempo que no reza se lo pasa,

como cualquier cadete calavera,
persiguiendo á la pobre cocinera
por todos los rincones de la casa.

Y si el pobre señor se pone ciego
y exaltado á la vista de una falda,
la moral ¿qué adelanta conque luego
se pegue correazos en la espalda?

¡Mucho más oportuno
para salvar el alma de don Bruno,
sería prescindir de los abrazos,
aunque no se pegara correazos!

18 Abril 1891.

CON MAL FIN

Mira, Pepa, tú me gustas
como pocas me gustaron;
quisiera, si me dejaras,
quemarme en tus ojos garzos,
y adorarte de rodillas,
y beber gloria en tus labios
y, en fin, lo que quiere un hombre
decente, puesto en mi caso.
Pero con esos remilgos
y esos dengues y esos ascos
me estás poniendo nervioso
y estoy por mandarte al diablo.
Cuando pretendo abrazarte
tú me sujetas los brazos,
cuando con ansia te miro
tú me miras de soslayo,
y cuando te llamo cielo,
vidita, estrella y encanto
para ver si te consumes
en la hoguera en que me abraso,
tú, pudorosa, te ofendes,
y por la emoción temblando,
con una voz parecida
al arrullo de los pájaros:

—Habla á mi madre—me dices.
¿Que hable á tu madre? ¡Canastos!
¿Y qué quieres que le diga?
“¿Señora, yo soy casado,
pero su niña me gusta
y vengo á participárselo?”
Ella soltará un ¡demonstre!
si es que acostumbra á soltarlos,
y me dirá:—Pues entonces,
¿qué objeto gufa sus pasos?
Y me verá en el apuro
de no poder hablar claro;
porque yo seré atrevido,
sí, ¡pero no para tanto!

25 Abril 1891.

EN FAMILIA

—Papá, vas á perdonarme
mi confesión bochornosa.
Voy á decirte una cosa
que sentiré que te alarme,

—¿Qué es ello?

—Pues... la verdad, que he caído en el garlito como un tonto, y necesito una fuerte cantidad.

—¿Sí? Pues yo no te doy nada; ¡sal como puedas del paso!

—Pero, papá, si es el caso que es una deuda sagrada, ¡sacratísima! Y, mejor que acudir á un usurero que me desplume, prefiero pedirte á ti ese favor.

—¿Se trata del juego?

—¡Ca!

Se trata de una mujer.

—¡Hombre! y ¿por qué ha de saber esas cosas tu papá?

—Porque estoy arrepentido, y si salgo de este apuro, en mi vida, ¡te lo juro!

vuelvo á tener un descuido...

Me engañó su travesura

embriagadora, incitante...

El caso es que en un instante

de ceguedad y locura,

como la moza es muy linda

y al que coge le revienta,

juré pagar una cuenta

que le trajo la modista.

—¡Eso es una necesidad!

—Sí, pero en mi posición,

huír por escotillón

sería una indignidad.

—¡Hombre! ¿Que te hayas dejado

coger es lo que me irrita!

¿Y quién es ella?

—Lolita,

la de la casa de al lado.

—¿La rubia teñida?

—Sí.

—¿Usa botas imperiales?

—Sí.

—¿Te pidió dos mil reales?

—Eso fué.

—¿También á ti!

—¡Hola! ¿Conque esa mujer...?

—¿Sabes jugar al billar, hijo mío?

—Sé jugar.

—Bueno, pues has de saber

que lo que pretende Lola

es sacarme de ese modo

dos mil reales por recodo

y dos mil... ¡de bola á bola!

2 Mayo 1891.

FILIPICA

Llamé á la Musa ayer, Mohino y harto de coplitas ligeras, sin meollo, burbujas de jabón que se deshacen y no dejan ni rastro al primer soplo,

quise cantar al fin, romper el molde donde no entran lo grande ni lo hermoso y cambiar la bandurria del payaso por la trompa marcial ó el arpa de oro. Cedió á la invocación, pero ¡en qué estado se presentó la pobre ante mis ojos!

Con la túnica blanca hecha jirones, tristísimo el mirar, pálido el rostro...

—¿Qué quieres?

—Que me inspire.

—¡Qué te inspire, después de haberme puesto de este modo!

—¿He sido yo tal vez?

—Tú y otros cuantos,

pobres orugas del jardín de Apolo, que me pedís aliento á todas horas para arrastrarle luego con vosotros.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué cuerno! (aquí dos improperios muy sonoros).

¿Para qué me queréis? Soy una carga que no podéis llevar sobre los hombros. La inspiración que os doy, sublime á veces no os cabe en el cerebro hueco y fofo, y trocáis en melindres femeninos la viril energía que os otorgo.

Si os burláis del amor, si de las luchas de la pasión más noble hacéis jolgorio y tomáis los guijarros por montañas y achicáis entre risas lo grandioso; si vivís sin creencias, siempre haciendo chacota de la fe, burla de todo,

¿qué pretendéis cantar, que no resulte bajo, podrido y ruin como vosotros?

Yo necesito gente que me crea, hombres fuertes, ingenios vigorosos, no muchachuelos cínicos y audaces á quienes sirva el corazón de estorbo. Vosotros no sentís, no tenéis alma... ¡Morralla nada más! ¡morralla todos!

Y sin decirme más, entre las sombras se fué desvaneciendo poco á poco.

9 Mayo 1891.

¡LA OREJA!

(AMOROSA DEL GÉNERO PROHIBIDO)

Desdeñosa conmigo, y siempre ingrata puesto que nadie como yo te adora, avivas el dolor que me maltrata y enciendes la pasión que me devora.

En vano á ti me acerco á pintarte el amor en que me abraso desesperado y terco...

¡Tú siempre sigues sin hacerme caso! No consigo el menor de tus favores; ni una caricia de tus labios rojos, ni una mirada dulce de esos ojos negros y soñadores que aprisionan el alma con hechizos

¡ni besar un cabello
de los que ondulan en gracioso rizados
sobre el ebúrneo torneado cuello!

Hoy ya desisto de mi empeño loco,
y me contento, en pago, con muy poco...
¡Me basta, salvo el símil, con el premio
que obtienen los toreros en la plaza
por meter el estoque hasta la taza!

Concédeme esa oreja deliciosa
que parece el capullo de una rosa,
y en seguida mi suerte se decide...
¡Ya ves que me he fijado en una cosa
que casi no es favor, y nadie pide!
¿Me la concedes? ¿Sí? ¡Dios te bendiga,
y yo te venceré, dulce enemiga!
¡Sea dueño absoluto de esa entrada
pequeña y sonrosada,
y yo haré luego penetrar por ella,
llamándote mi bien, mi luz, mi estrella,
cálido soplo del amor ardiente
destinado á abrasarte lentamente!

Pondrás el alma entera en tus oídos
y tendrán mis amores
miradas de tus ojos soñadores,
caricias de tus labios encendidos
y cadenas de flores
en esos brazos nítidos y bellos
que Dios creó... para soñar entre ellos.

.....
Porque en amor se juega de ese modo:
¡quien no da casi nada, lo da todo!

16 Mayo 1891.

CONTRASTES

Alegre por fuera,
si triste por dentro,
y en bromas continuas
y en goce perpetuo,
la vida me gasto
feliz y contento.
Los años que pasan
no doman mis nervios,
y siempre la risa
retoza en mi cuerpo
queriendo escaparse,
brotando y saliendo
por actos y cosas
de poco momento.
Si tengo mis penas,
que sí que las tengo,
procuro guardarlas
con llave en el pecho,
y allí se consumen,
y allí me las dejo,
que á nadie le importan
los males ajenos.
Por eso, al mirarme
voluble y ligero,
cualquier pelagatos
me falta al respeto,
los hombres formales

me niegan su aprecio
y nadie me atiende
tomándome en serio.
Pero es imposible
poner el remedio,
porque esas son cosas
de Dios, que me ha hecho.
Y acaso, ¡qué diantre!
con todo y con eso,
no soy en amores
traidor ni embustero,
ni vendo al amigo,
ni rompo un secreto,
ni olvido mis deudas,
ni daño ni miento.
Tal vez los que toman
papeles de serios
y pasan de graves
y pecan de tiosos,
engañan mujeres,
inventan enredos
y arrojan en vano
palabras al viento...
La vida es alegre
y el mundo es un juego;
no hay nada importante
ni nada correcto.
Las grandes empresas,
los rudos empeños
los ganan y vencen
los hombres resueltos
que empujan y bullen,
audaces, traviesos,
con sangre en las venas
y fibras de hierro.
Los hombres sesudos,
los hombres de peso,
que tienen por lema
"¡quietud y silencio!"
ni pinchan, ni cortan,
ni sacan provecho,
se aburren de firme
y aburren al Verbo.

23 Mayo 1891.

FLORES DE MAYO

Encendidos los labios y las mejillas,
vestiditas de blanco, lindas y hermosas,
ante el altar, de hinojos, cuatro chiquillas
ofrecen á la Virgen ramos de rosas.

El órgano entretanto ríe y gorjea
cantando los celestes puros amores,
y la imagen parece que se recrea
con el suave perfume de aquellas flores.

Las cuatro criaturas de labios rojos,
contentas y orgullosas de su ventura,
sin quitar de la Virgen los claros ojos
van entonando un himno del señor cura.

Himno que no carece de poesía
y, poco más ó menos, dice en esencia:

"Madre del Dios del cielo, Virgen María, consérvame el tesoro de la inocencia."

La niña que á las otras daba el ejemplo, al templo, de reojo, pasó revista, y al llegar á un oscuro rincón del templo se rió... con el hijo del organista.

Y guardando la rosa más encarnada y más grande de todas las de los ramos, le dió á entender al chico con la mirada: —Para que me la pidas cuando salgamos.

Hacia el altar los ojos volvió en seguida, y al decir lo de "Madre, dame el tesoro..." se quedó tan pasmada, tan aturrida, que por poco allí mismo se acaba el coro, pues creyó que la Virgen estaba haciendo ligeros movimientos con la cabeza y miraba á la gente como diciendo: —¡Caramba con la niña, qué pronto empieza!

30 Mayo 1891.

LO DE SIEMPRE

"Querido amigo Ramón: Hace más de una semana que me tienes en la Habana... ¡huyendo de Encarnación!

Ya supongo que al saber que yo me había fugado, todos habréis sospechado que era por una mujer.

Pues sí, Ramón, ella ha sido la causa de mi destierro. Si no salgo del encierro, á esta fecha estoy perdido.

Y no porque Encarnación me acosaba y perseguía, sino porque me quería con verdadera pasión.

¡No te burles! era así; ella engañó á mucha gente, pero estaba locamente enamorada de mí.

Y yo, que soy un camuero y tengo el alma de un niño, la llegué á tomar cariño precisamente por eso.

¡Yo, que nunca pude amar, si no me fugo, me caso! Conque me dije:—A este paso, ¿dónde vamos á parar?

Decidido á hacer la hombrada, tuve un rasgo de energía para salvarme... y un día me marché sin decir nada.

¡Pobre! ¡Lo que habrá llorado por la ilusión que ha perdido!

Hoy estoy arrepentido

de lo mal que me he portado,

y aunque no pienso volver, quiero, en parte, remediar el daño, y te voy á dar un encargo que has de hacer.

Adjunta va una letrita de seiscientos pesos oro, y... perdóname, no ignoro que la comisión te irrita.

Dáselos á Encarnación, ¡ella tiene que vivir! Pero es capaz de venir en alas de su pasión,

y hay que obrar con disimulo. Sólo quiero que la des cincuenta duros al mes, ¿entiendes? Porque calculo

que podrá tardar un año en sustituirme, ¿estás?

Si se ofende, la dirás que en el tomar no hay engaño.

Para entonces volveré curado de mi locura, y esa pobre criatura me habrá olvidado.—José."

"Amigo José: Si quieres, puedes venir en seguida á España, pero no esperes que en cuestiones de mujeres te haga un encargo en mi vida.

No ha habido necesidad de entregar á Encarnación ninguna mensualidad, y toda la cantidad está á tu disposición.

Porque, según el portero, la infeliz al otro día trajo á su casa un banquero, y hay, gracias á Dios, dinero de largo.—Ramón García."

6 Junio 1891.

LA BORRASCA

(MONÓLOGO DE UN PESCADOR)

Corramos, barquilla mía, vuela, y á ver si podemos ganar á fuerza de remos la entrada de la bahía.

Ten valor en las bordadas, porque el huracán que zumba pretende abrirme una tumba entre las olas airadas,

y sólo espero de tí la ayuda para luchar mientras el cielo y el mar se levantan contra mí.

Bate al monstruo con la quilla y piensa, si te acobarda, que á tí y á mí nos aguarda premio de amor en la orilla.

Vuela, y si triunfo en mi empeño y al puerto arribas entera, ¡ya verás tú qué bandera te pone mi dulce dueño!

El mar se encrespa á mis pies y el cielo me olvida; ¡voy

contigo á probar que soy
el más grande de los tres!

Yo te infundiré mi aliento
viril, enérgico y rudo,
que te servirá de escudo
contra el abismo y el viento;

que puede la voluntad,
cuando es firme, y dura y fuerte,
empeñar un duelo á muerte
retando á la inmensidad.

Y si en la brega que emprendo
las olas te hacen pedazos,
aún me quedarán los brazos
para seguir combatiendo.

¡Digna del mar y de mí
la lucha ha de resultar,
para que le cause al mar
orgullo el vencerme así!

13 Junio 1891.

APRENDED, FLORES...

Borracha de ilusión, loca de amores,
en mis brazos cayó, desmelenada,
la pasión flameando en la mirada
y el placer en los labios tentadores.
¡Me entregaba su honor y su hermosura!

—¡Pobre niña, pensé, que en su locura
se rinde del amor á las cadenas
y cambia años de penas
por un instante breve de ventura!—

Y domando mis nervios bruscamente,
vencí la tentación... y fui decente.
No hay tormento que iguale
á tal combate desigual y loco,
porque el fuego del alma, que no sale,
devora la entrañas poco á poco...

.....
¡Esfuerzo de titán, no comprendido!
Porque la niña, desde entonces, suele
decir á sus amigas al oído:
—No le hagás caso, chica, ¡es un pelele!

20 Junio 1891.

EN EL CORREDOR

—¡Vaya un aire del demonio!
¡Señá Faustina!

—Me llamo.

—¿Son de usted esas enaguas
que se han caído en el patio?

—¿A ver?... ¡Quite usted, señora!

¡Yo no tengo esos pingajos!

—¡Ave María!

—¿Qué pasa?

—Que se me había olvidao
que gastaba usted la ropa
de batista fina.

—¡Claro!

Y la que no es de batista
la tengo siempre saltando
de limpia.

—Ni más ni mangas.

—Y ya saben más de cuatro
que con las medias que tiro
se puede colar un caldo.

—¡Jesús María!

—¿Qué?

—Nada,

que me da un poquillo de asco.

—¡Parece mentira eso!

—¿Qué?

—Que la repune tanto,
habiendo tenido encima
eso que está usted lavando.

—¿Cuál? ¿Esta camisa?

—Pero

¿es una camisa? ¡Vamos!

¡Miste lo que son las cosas!

¡Yo creía que era un trapo
de fregar los suelos!

—¡Hija!

ya sabe usted que no gasto
tantos lujos. Yo los friego
con los vestidos de raso
que usted desecha.

—¿Sí? ¡Puede!

—¡Como la cuesta el ganarlos
tan poco trabajo!... Digo,
sí que la cuesta trabajo,
porque eso de levantarse
á abrir la puerta del cuarto
á las tres de la mañana
pa que pueda entrar el gato
es una pega mu grande,
¿verdá usted?

—Si abro ó no abro,
¿á usted qué le importa?

—A mí...

¡puach!

—No escupa usted tan alto,
que la va caer á usted
la saliva.

—No me mancho,
porque ya sé dónde escupo.

—Y además, en todo caso
manchará usted á la saliva.

—¡Anda salero! ¡Adiós, ampo
de la nieve!

—Y sí, señora.

Recuerdos al parroquiano
que viene á las tres.

—¿De parte
de ese que viene á las cuatro
siempre que está tu marido
en la prevención borracho?

—¡Que no me tutees!

—¡Hija!

como no me has avisao
de que eras duquesa...

—¡Vaya!

Adiós, pingo.

—Adiós, guifiapo.

4 Julio 1891.

EN LA PLAYA

No es raro que el ansia febril me consuma y envidia me causen las olas del mar que, al verte, deshacen sus crestas de espuma y humildes se acercan tus pies á besar, porque eres, María, tan linda y tan guapa, que es claro que creo que debe de ser mayor el encanto que oculta la capa que el cacho de gloria que deja entrever.

El mar que, más lejos, se estrella en la roca parece que goza bañándote á tí, te ciñe amoroso, te besa en la boca... ¡y tiene eso lances, estando yo aquí!

No creas en esos halagos traidores, que el monstruo no ha visto belleza mayor y acaso pretenda gozar tus primores, y acaso te espera la muerte en su amor.

Después, cuando sales, la ropa mojada, ceñida á tu cuerpo gracioso y gentil, la turba de necios que no hace allí nada te clava los ojos inquieta y febril.

Y yo, que de rabia la sangre me enciendo, al fiero Oceano le pido por Dios que barra la playa de un golpe tremendo y solos y juntos nos deje á los dos.

Tus ojos de fuego, mi pecho de yesca... ¡podría el incendio surgir de una vez! Estás tan hermosa, tan linda, tan fresca, que al verte en el agua... ¡quisiera ser pez!

Ya ves qué distintos efectos, María, producen en ambos los baños de mar: tú ganas con ellos salud y energía, ¡y yo estoy enfermo de verte bañar!

11 Julio 1891.

EL OTRO MUNDO

Dominando los nervios, que hace días, en continua tensión la paz alejan y á fuerza de fatiga y de trabajo me están poniendo como digan dueñas, por un esfuerzo enorme del espíritu, casi agotando las escasas fuerzas, pude dormir al fin, con ese sueño ligero, inquieto y breve de la anemia. Un sueño trabajoso, en que la sangre no circula tranquila por las venas, y no borra las huellas del cansancio, sino que las ahonda y las aumenta.

Todo vibraba en torno Parecía que entre las sombras de la noche negra emprendían los átomos del aire desatinada y rápida carrera. Y... surgieron del caos, de repente, figurillas extrañas, tan pequeñas que podrían caber muchos millones en el sitio que ocupa una lenteja. Afectaban las formas más variadas

que ven los ojos y la mente sueña: gnomos, hadas, gusanos, mariposas, geniecillos, ondinas y sirenas...

¡Y hablaron á la vez! Y me dijeron con un dejo de orgullo y de firmeza:

— ¡No queremos que duermas esta noche, queremos que nos oigas y nos veas!

Te burlarás mañana de nosotros si nos crees, cuando pienses que despiertas, engendros de la fiebre, creaciones de tu imaginación calenturienta, ¡y harás mal en burlarte! Porque somos los dueños y señores de la tierra, los eternos motores de la vida, los gérmenes eternos de la idea. Vivimos en los hilos invisibles, tenemos por cuarteles las moléculas y en continua labor nos agitamos en el vibrar sin fin de la materia.

¿No has oído, despierto, muchas veces esos vagos rumores que se alejan, esos lamentos sordos de las sombras, esos hondos chasquidos de la tierra? Nosotros los hacemos. De ese modo inexplicable hasta vosotros llegan los ecos de las tumbas de los muertos y el ruido de las almas que revuelcan... Nuestros son esos cantos misteriosos que susurran las hojas en las selvas, los murmullos monótonos del río, los rugidos del mar en las galernas. Os traemos la luz con nuestros cuerpos, rodamos con la sangre en las arterias, y del cerebro en la intrincada urdimbre trabajamos ocultos en las celdas. Vuestro orgullo satánico os engaña; lo que creéis ser vuestro es obra nuestra, los chispazos del genio, las delicias del amor, el suplicio de las penas... ¡Vosotros, los gigantes, no sois nada! ¡Lo grande está en nosotros, en la esencia!

Cesó el discurso, y al rayar el día se escapó bruscamente la caterva.

Yo admiro desde entonces con respeto, como si fueran mundos, las moléculas que en polvillo sutil, tenues, brillantes, en los rayos de luz revolotean.

18 Julio 1891

A MI PRIMERA NOVIA

Tú ya no te acuerdas; yo sí que me acuerdo de cómo brotaron los amores nuestros, cuando éramos chicos, saltando y corriendo por eras y trochas, corrales y huertos. Apenas tu madre

te daba el asueto,
yo, ansioso de verte,
salía á tu encuentro
y alegres y solos,
cantando y riendo,
gozábamos ambos
placeres inmensos.
¡Amores de niños
tan puros, tan buenos,
que acaso remedan
los goces del cielo!
Un día, en los bruscos
vaivenes del juego,
rozaron mis labios
tu trenza de pelo,
y aunque antes te dier
millares de besos,
delicias extrañas
prodújome aquello,
sentí en los rincones
más hondos del pecho
no sé qué cosquillas
y escarabajos,
me puse encendido,
vibraron mis nervios
y extraña dulzura
sentí muy adentro.
Te vi de repente
de un modo tan nuevo
que hallé en tus pupilas
brillantes destellos,
pureza en tu frente,
belleza en tu cuerpo,
panal en tu boca
y almohada en tu seno.
Soñé desde entonces
caricias sin cuento;
decirte al oído
palabras de fuego,
ceñir con mis brazos
tu talle perfecto,
quejarme de enojos,
fingirte desprecios...
¡Y ya no volvimos
tranquilos á vernos,
y nunca en mi vida
te dije mis sueños!
Pasaron los años,
cambiaron los tiempos,
y allá, en lo más hondo
del alma, conservo
recuerdo profundo,
dulcísimo y tierno
de aquellos amores
tan puros, tan buenos.
Jamás, entre tantos
placeres intensos,
sentí el de besarte
la trenza del pelo.
.....
¿Verdad que si ahora,
jugando y corriendo
por eras y trochas,

corrales y huertos,
volvieramos ambos
á darnos un beso,
duraba el idilio
tan sólo un momento?
En cambio, en seguida
se iría el recuerdo,
deshecho el encanto
que forja el deseo;
que amor, según sea,
varía de término.
¡Se muere el impuro
y el ofro es eterno!

1.º Agosto 1891.

LOS LADRONES

I

Con gravísimo riesgo de su vida,
trémulo el paso, la mirada incierta,
temblorosa la mano encallecida
que ruda oprime la navaja abierta,
penetra en coto ajeno un miserable
como entra en el redil hambriento lobo,
por la fuerza indomable
del mal instinto que le empuja al robo.
Todo le da temor, todo le espanta,
el ruido de sus pasos le estremece,
y el aire que respira le parece
la presión de un dogal en la garganta.
Si el enemigo oculto está despierto,
si le esperan allí, si le han oído,
puede darse por muerto
sin lucha, sin escándalo, sin ruido...
y si logra vencer, y roba y mata,
le cogerán tal vez. Tendrá su pena,
y un puñado de plata
le costará la muerte ó la cadena.
Saliendo bien librado,
sello de infamia marcará su frente;
á su sola presencia huirá la gente
como de un apestado
y, mientras viva, llevará consigo
la memoria del crimen por castigo.

II

Preparando el delito lentamente,
saboreando el goce
de engañar á la víctima inocente
que el terrible peligro desconoce,
seduciendo con frases mentirosas
á la pobre doncella
que piensa que el amor es para ella
manjar de reinas y placer de diosas,
acecha la ocasión otro bandido
y, también por la sombra protegido,
roba la fruta del cercado ajeno
á mansalva, á traición, hallando bueno
todo el plan para el crimen concebido.
Cuando se sepa el robo al otro día,
contado... por el mismo delincuente,

no habrá quien no se ría
de la niña inocente
que perdió su ventura y su alegría.
Se tratará al ladrón con miramientos,
mil aventuras le saldrán al paso,
y los remordimientos
serán para la víctima... si acaso.

¡Buena está la justicia! ¡buena, buena!
¡Siempre burla las leyes el más tuno!
¿Merecen los ladrones la cadena?
¡Pues ponérsela á todos... ó á ninguno!

8 Agosto 1891.

GALANTERIA

I

—Hijo, empiezas á ser hombre.
Muy pronto, tal vez mañana,
tendrás que ocupar mi puesto
en el campo de batalla.
La vida es cosa difícil
y requiere mucha práctica,
que has de adquirir por tí mismo
entre placeres y lágrimas.
Mi experiencia no te sirve
aunque yo pudiera dártela,
porque á cada triqui-traque
varían las circunstancias.
Creo que has de ser honrado,
y con ser honrado basta,
porque el alma buena vale
por todas las enseñanzas.
Y si yo te doy consejos,
y tienes la sangre mala,
viene á resultar lo mismo
que escribirlos en el agua.
Sólo una cosa te encargo
que es un don de nuestra casta,
y es la humildad con los débiles
y la atención con las damas.
Dirás que esas son dos cosas
á juzgar por las palabras,
pero en el fondo son una
bien definida y bien clara.
La mujer, sólo por serlo,
vieja ó joven, alta ó baja,
merece ser por los hombres
defendida y respetada.
Sus caprichos serán leyes,
las ofensas que les hagan
las tomarás como tuyas
al objeto de vengarlas.
Por desdicha, en estos tiempos
ya no tenemos espadas,
pero el corazón las suple
cuando del honor se trata.
Y el honor de un caballero
va tan ligado á las faldas
que, siendo varón, le tienes
en las ajenas enaguas.
Sé, pues, cortés y galante

por donde quiera que vayas,
y mádate por servir las
y muere por obsequiarlas.
Falta á los hombres, si quieres,
que pegan á quien les falta,
pero á las mujeres, ¡nunca!
¡porque eso es ser un canalla!

II

—Pero, ¿qué es esto, hijo mío?
¡Las tres de la madrugada!
¿Te parece que son horas
éstas de venir á casa?
—Perdón; la culpa no es mía.
Una señora muy guapa
me dijo:—Fase usted, joven,
y yo, por no desairarla...

15 Agosto 1891.

HISTÓRICO

—¿Está el señor Gutiérrez?

—En la cama.

—Pus le va usted á decir que se despierte,
que hay aquí un cabayero que desea
decirle unas palabras.

—¿Son urgentes?

—¡Más urgentes que el verbo, vamos, hombre!
y le interesan al señor Gutiérrez.

—¿Cómo se llama usted?

—No me conoce,

pero dígame usted que está Vicente,
el hermano de Pepa la aguadora,
que es fácil que á la Pepa la recuerde.

—Síntese usted. ¿Qué ocurre?

—Cabayero,

en tocante al honor de las mujeres.
una mancha que cae es una mancha
que se corre lo mismo que el aceite,
y los hombres de agallas las debemos
de lavar con la sangre, si se puede.
—No entiendo una palabra.

—Mu sencillo:

que el hombre se acalora casi siempre,
y no sabe lo que hace, y luego ¡tablas!
ahí te quedas con eso, ¿usted comprende?
—Tampoco.

—Pues estoy hace dos horas
hablando como un libro, me parece.
Yo soy hermano de la Pepa, ¿estamos?
y usted la ha seducido malamente,
y la ha vuelto la espalda, de manera
que ha quedao usted mal, y usted dispense.
La familia es sagrada, usted lo sabe,
y el honor es sagrado. Tengo poderes
pa arreglar la cuestión, y yo la arreglo,
¡pus vaya si la arreglo! ¡y tres más, nueve!
—Pues bien, hablemos claro, señor mío;
niego la seducción rotundamente;
si ha habido un engañado, fué este cura
que se dejó pescar como un peale;

ella fué la que quiso conquistarme...

—También pué ser verdá.

—¡Vaya si puede!

—¿Me da usted su palabra?

—¡Ya lo creo!

—Pues hemos acabao, señor Gutiérrez;

¿qué quiere usted? mi hermana es tan panoli que no sabe lo que habla, ¿usted me entiende? ¡Y yo estoy más quemao! ¡Por causa de eya me ha pasao esto mismo quince veces!

22 Agosto 1891.

DE DEDUCCIÓN EN DEDUCCIÓN...

¡Oh, cómo pierden el tiempo todos los hombres formales que, mirando al cielo, quieren comprender lo inescrutable! Hipótesis atrevidas, estudios serios y graves... todo es ilusión. ¡No hay nada cimentado en firme base! La pluralidad de mundos, los conciertos siderales, las vibraciones del éter, las atmósferas variables, las leyes fijas y eternas de la materia radiante, soles, planetas... ¡valiente colección de vaciedades! ¡Qué mundos ni qué ocho cuartos! Átomos que forman parte de la urdimbre del tejido de un organismo gigante. Tal vez glóbulos que corren por un fluido impalpable dentro de vasos inmensos, llevando fuerzas vitales á los profundos rincones de unas células muy grandes. ¿No es posible? ¡Quién lo duda! Y si es posible, ¿quién sabe si el ser que vive con estos elementos colosales no habita á su vez un globo con muchos más de su clase? Globo que, si bien se mira, pudiera ser, por su parte, de otros líquidos ó células átomo insignificante... y así sucesivamente hasta que la escala acabe. ¿No es verosímil? ¡No es sólo verosímil, sino fácil!

Al menos, de esta manera me lo ha dicho un habitante en el hemisferio norte de un glóbulo de mi sangre, que apareció en una gota entre miles de millares, por haber yo cometido la torpeza de pincharme.

Pensándolo bien, resulta que nuestro planeta casi es un granito de arena en el fondo de los mares. ¡Menos aún!... ¿Y nosotros? ¡Nosotros no somos nadie! La pequeñez más... pequeña que es posible imaginarse.

Fues á pesar de todo esto hay hombres, pero bastantes, que en los villorrios más chicos ¡se pirran por ser alcaldes!

5 Septiembre 1891.

CARTEL DE DESAFÍO

A usted, señora mía, la más soberbia moza castellana que ha podido soñar la fantasía, con los labios de grana amasados con néctar y ambrosia, con el cuerpo de Venus Citerea y los ojos más negros que la mora, donde á ratos llamea la escondida pasión abrasadora; á usted que, siempre altiva, me mira con desdén y arruga el ceño con esa compasión despreciativa con que mira lo grande á lo pequeño, yo, mísero gusano, cansado ya de suplicar en vano, con la idea de hacer un disparate y á costa de un esfuerzo sobrehumano, reto y emplazo á singular combate. Y espero demostrar cumplidamente que no soy tan inútil y apocado como usted ha pensado, ni poco de cobarde ó de prudente. Que usted acudirá tengo por cierto, puesto que es orgullosa y altanera... El encuentro será donde usted quiera, en berlina cerrada, en campo abierto, y, hallando quien acepte el compromiso, ¡hasta con juez de campo, si es preciso! ¿Armas? Las que tenemos; usted lleve su sin igual coquetería innata y el profundo desdén con que me trata como agudo puñal traidor y alevé. Yo llevaré el deseo, la osadía, las palabras más dulces del idioma y la pasión bravía que lo que no le dan conquista y toma. Lucharemos de veras, frente á frente, según es uso y ley. ¿Usted consiente? Pues yo en el campo... del honor la espero, resuelto firmemente á quedar como queda un caballero.

12 Septiembre 1891.

SOLITO

Espérate un momento,
mariposilla blanca
que audaz revoloteas
en torno de la llama.
Aquí, encerrado, lejos
del mundo que descansa,
gozando de la noche
las horas tristes, largas,
sin ruidos que perturben
ni ideas que distraigan,
estoy mirando el tenue
polvillo de tus alas
que al desprenderse brilla
y entre la sombra acaba.
Me considero solo
contigo... y con el alma,
que se dejó á la puerta
sus penas y sus ansias
y me ha quedado libre
de su onerosa carga
de anhelos, ilusiones,
recuerdos y esperanzas.
Supongo que allá fuera
no hay luchas ni batallas,
ni existe ser viviente
ni ha habido nunca nada;
que el mundo eres tú sola,
que vuelas, subes, bajas,
con esa luz brillante
poniéndote borracha;
que Dios nos ha creado
por una extravagancia,
y en cuanto tú te quemes
y yo sin vida caiga,
se acaban en seguida
los mundos y las razas,
pues no ha querido el cielo,
por suerte ó por desgracia,
ni hacerme mariposo,
ni hacerte chica guapa.
Yo soy feliz ahora.
feliz como la barca
que allá en el mar inmenso
perdida y solitaria,
sin dueño que la guíe,
sin velas, sin amarras,
tranquila por su suerte
se mece sobre el agua.
¡Benditas estas horas
en que se aísla el alma,
sin sombras de pasiones
ni augurios de desgracias,
y vuela libremente
rasgando con sus alas
la inmensidad serena
que el pensamiento abarca!
Hay días ¡casi todos!
en que estas horas plácidas
los ecos de la vida
me turban y me amargan;
¡hoy no! porque tú has hecho,

jugando, que se vayan,
y me has traído en cambio
quietud, sosiego y calma...
Ya ves cuán dulcemente
mis párpados se bajan
y el sueño de los justos
cuán rápido me embarga.
La vela dejo ardiendo;
me duermo. Muchas gracias;
adiós, ¡y no te abrasas,
mariposilla blanca!

19 Septiembre 1891.

EL CRISOL

Yo conozco una muchacha
joven, airosa, morena,
que con su porte y su facha
va diciendo que no es buena.
Y en efecto, si es pecado
vender un amor mentido,
traficar en el mercado
con el placer prohibido,
destruir el sentimiento
y deshacer matrimonios...
á la chica de mi cuento
se la llevan los demonios.
Porque es la hermosa morena
desde que se ha puesto en boga,
engañadora sirena
que atrae, estruja y ahoga.
Hombre que cae á sus pies
con dinero é ilusiones,
se deja en un dos por tres
la ilusión y los millones.
Sedas, diamantes, orgías,
abonos, caballos, coches,
mil duros todos los días,
mil besos todas las noches,
el delirio, la locura,
el escándalo incesante,
¡y á fundir en su hermosura
cuanto coge por delante!
Ella, á quien guardan profundo
desprecio las buenas gentes,
vive alejada del mundo
de las personas decentes
y tiene muy merecida
la muerte en el hospital,
puesto que ha sido su vida
profundamente inmoral.
Pero vista la cuestión
desde otro punto, ¿quién sabe
si cumplirá una misión
importantísima y grave?
El dinero no es dinero
encerrado en una caja
ó en manos de un majadero
que ni piensa ni trabaja.
La pecadora lo airea,
lo saca á luz, lo derrocha,
lo desparrama, aunque sea

mientras se embriaga y trasnocha,
y, gracias á una perdida
que explota á unos caballeros,
ese dinero es la vida

de batallones de obreros.
El caudal que un tonto tiene
no hace ningún beneficio
y, por lo tanto, conviene
que, aunque sea por el vicio,
no se pudra en un armario
y salga á tomar el viento;
el fin, si es utilitario,
disculpa el procedimiento.

El interés general
no se para en barras tales:
¿qué importan al bien social
los pecadillos parciales?

¿Se condena la morena
por vivir en el pecado?

Bueno, pues si se condena,
¡que la quiten lo bailado!

¿A qué fijarnos en eso?

¡Yo admiro á la pecadora
que es palanca del progreso,
como la locomotora

que va arrastrando vagones
por montañas y pantanos,
para llevar provisiones
á los países lejanos!

26 Septiembre 1891.

R. I. P.

Es la noche sombría, en que da espanto
la triste soledad del camposanto.

Sólo turba la calma silenciosa
el viento helado que en los sauces zumba.

Se levanta la losa de una tumba
empujada por fuerza misteriosa,
y asoma una cabeza descarnada
que esparce por las bóvedas sombrías
la profunda mirada

de sus enormes órbitas vacías.

Ve después en la losa

esta breve inscripción casi borrada:

"A Fulano de Tal, su amante esposa",
sin lámparas, sin flores y sin nada.

Crujen los blancos huesos de amargura,
y... se vuelve á ocultar como ha salido,
murmurando al hundirse en la negrura:

—¡Ya me lo figuraba! ¡No ha venido!

3 Octubre 1891.

UNA MAS

En una habitación desmantelada,
tendida en un camastro, sola, enferma,
cansada de llorar tu desventura,
te ha rendido la fiebre, Magdalena.
Aquellos labios que pedían besos
están ajados como flores secas;
los ojos, en que el vicio flameaba,

sin brillo esparcen la mirada incierta.

Vendiste tu hermosura, y la gastaron
los infinitos dueños de tal prenda:

¿á que, viéndote así, ninguno quiere
calmar tus duelos ni escuchar tus quejas?

Amor alegre te cubrió de alhajas,
te dió champagne y te vistió de seda,
y tú fuiste el encanto en las orgías

rebajando el placer á la indecencia.
Como estrella brillaste, con tu orgullo
deseando eclipsar á las estrellas,
y hoy te mueres de frío en tu guardilla,
triste y abandonada, pobre y fea.

Y es que el caudal ganado en tal comercio
el diablo que lo trajo se lo lleva,
sugiriendo la idea del derroche
á todas las mujeres de tu cuerda.

Los que te dieron antes su fortuna,
la encontraron tal vez tras de la puerta,
porque, á haberla ganado con sus puños,
no la tirarían ellos ni la dieran.

¡Y has acudido á todos! ¡Inocente!

La joya que no luce, se desprecia.

¡Los que dan en diamantes dos millones,
nunca dan en garbanzos dos pesetas!

Resumen: Ahí te envío... lo que puedo.

Perdóname lo escaso de la ofrenda;

lo gané trabajando, y cada duro

vale más de un millón, por lo que cuesta.
Pero no me agradezcas el esfuerzo,

porque á cambio me das, sin que lo sepas,
el placer de hacer bien á un desdichado,

que es el placer más grande de la tierra;
mayor que el que compraron tus amantes

sembrando tu camino de oro y perlas...

porque el otro era tuyo y éste es mío;

tú te llevaste aquél, ¡pero éste queda!

10 Octubre 1891.

UNA INTERRUPCION

Tomelloso, antes de ayer,

dominó á la concurrencia

al dar una conferencia

sobre el tema "La mujer".

Un discurso furibundo

de escepticismo rabioso;

¡como que está Tomelloso

desengañado del mundo

y á esta sociedad podrida

ha declarado la guerra,

porque sabe que en la tierra

no hay más que gente perdida!

Así es que pasó dos horas

en completo desvarío

diciendo pestes. ¡Dios mío!

¡cómo puso á las señoras!

Embusteras, informales,

sacos de malicia llenos,

y todas, cual más, cual menos,

unas tales y unas cuales.

Tomelloso, cuando empieza,

no suele pecar de blando,
y decía así, pegando
puñetazos en la mesa:

"Yo creo que Satanás
ha inventado las mujeres
para alimentar placeres
materiales nada más.

Son volubles en amor
y nunca podrán tener
ni la noción del deber
ni la idea del honor.

Por eso comete el hombre
una sandez infinita
cuando en ellas deposita
el crédito de su nombre.

¿Quién halló, por su fortuna,
una excepción? ¿Qué cristiano
se atreve á poner la mano
en el fuego por ninguna?

¿Quién es capaz de jurar
que la virtud, puesta á prueba,
no es vicio oculto que lleva
el deshonor al hogar?

¡Se engañan los soñadores
que ensalzan á las mujeres!
¡Instrumentos de placeres,
y no otra cosa, señores!..."

Y así en tonos diferentes
segufa el buen Tomelloso
apostrofando furioso
y asombrando á los oyentes.

Iba á triunfar la opinión
de que aquel hombre era un pasmo,
y á trocarse el entusiasmo
en delirante ovación,

cuando logró contenerla
uno que gritó:—¡Compadre,
ha puesto usted á su madre
que no hay por dónde cogerla!

17 Octubre 1891.

NIEVE EN LA SIERRA

—¡Hola! ¿Conque te fastidia
el levantarte temprano
y dando diente con diente,
con los libros bajo el brazo,
ir á clase, pasar lista
y mirar al catedrático
mientras habla de unas cosas
que á ti te importan un rábano?

Pues, hijo, no hay más remedio
que vivir así diez años
y sufrir muchos exámenes
y pasar muy malos tragos
para recoger un fruto
pequeño, en plazo muy largo.
Ya sé yo que no hace gracia
lo de atracarse de farrago
metiéndose en la cabeza
términos enrevesados,

definiciones oscuras
y silogismos del diablo.

Pero... mira esa montaña,
verde, espléndida en verano,
y hoy con los copos de nieve
envuelta en blanco sudario.

Hace allí un frío horroroso,
frío que hiela los pájaros
y corta como un cuchillo
los pulmones más templados.

Sobre las rocas peladas
no vive un solo gusano;
los árboles sustituyen
las hojas con los carámbanos,
las fuentes están heladas,
los senderos solitarios
no alegran ya los oteros
los bulliciosos rebaños
ni se oye de los pastores
el melancólico canto.

Sufre la naturaleza
silenciosa, y entretanto
por rendijas y agujeros
se va la nieve filtrando,
para trocarse en la savia
que ha de dar, en breve plazo,
lozanía á la floresta
y al valle vida y encantos.
Sin esa prueba terrible
que, aunque da pena, es descanso,
no brotaría la hierba
en primavera en los prados,
ni en los árboles frondosos
harían nidos los pájaros.
En cambio, cuando el deshielo
inicia el rey de los astros,
empiezan á salir flores
entre peñas y guijarros,
vuelve á cantar el arroyo
los maizales regando.

y en decoración espléndida
se trueca el desierto páramo.

Vé, pues, como te conviene
levantarte muy temprano
y estudiar esos problemas
que te calientan los cascos,
porque sin el crudo invierno
en la senda del trabajo,
ya no tendrías en tu vida
primavera ni verano.—

Esto me decían siempre
que yo pedía llorando
una horita más de sueño,
ora en Diciembre, ora en Mayo.
Pero yo oía el discurso
como si lloviera á cántaros...
¡y por eso estoy en álgebra
lo que se dice hecho un pavo!

24 Octubre 1891.

SENTADO

Aguantando la lluvia y el relente
y sin pena ni gloria por delante,
Juan se pasó la vida en el pescante
sentado eternamente.

Por eso no es extraño que perdiera
la costumbre de andar de tal manera
que, si dejara el coche cualquier día,
acaso no podría

dar cuatro ó cinco pasos... sin niñera.

No era un varón igual á los varones;
era una masa inerte
abandonada al soplo de la suerte,
sin desdichas, ni vicios, ni pasiones.
Siempre adornando así la delantera,
nunca pudo decirse que estuviera
completamente vivo

como otro cualquier hijo de vecina;
era un detalle más de su berlina,
como la colchoneta ó el estribo.

Al fin se murió Juan; ¡esa es la suerte
del cochero de punto!

pero no como todos, que su muerte
se redujo á quedarse *más* difunto.

Apareció de Dios en la presencia,
y como fué un bendito

sin sombra ni reliquia de delito,
le salió en la sentencia

¡que siguiera sentado eternamente
á la diestra de Dios omnipotente!

31 Octubre 1891.

CASI-EPITALAMIO

Se casaban un joven y una chica,
buenos mozos los dos, ¡linda pareja!
y acechaba el demonio entre las sombras
detrás de una columna de la iglesia.

—¡Qué contentos están!—pensaba el ré-
[probo.—

Dichas, placeres y dulzuras sueñan

sin poder figurarse que yo espío
con la copita de la hiel dispuesta.

¡Pensad lo que queráis; regocijaos
con los ratos felices que os esperan,
que yo me interpondré cuando se apaguen
los últimos rumores de la fiesta!

Y siempre entre los dos, aprovechando
cuanto pueda servirme, haré que vengan
después de los halagos los reproches,
detrás de las caricias las tormentas.

Yo alerta velaré cuando, abrazados,
en los deliquios del amor se duerman,
y en sus cerebros nacerán los gérmenes
de caprichos, maldades ó impurezas.

Separaré las almas poco á poco
rompiendo del cariño las cadenas,
y haré que estalle en el hogar tranquilo
la guerra sorda, desigual, perpetua...—

Se concluyó la misa. Se cruzaron

frases de parabién y enhorabuenas,
soltaron cuatro chistes los testigos,
lloró de firme la flamante suegra,
y cuando dijo el novio en voz melosa:

—Has dicho que me quieres. ¿Es de veras?—
no contestó la novia, porque estaba
prendiéndose un brillante en la cabeza.

—¿Se fija en brillantitos á estas horas?
(se dijo Satanás, dando la vuelta).

Pues para desgraciar el matrimonio
estoy aquí de más... ¡Basta con *ella*!

7 Noviembre 1891.

FANTASIA SUBMARINA

Rodando sin cesar durante siglos
por el fondo del mar un esqueleto,

vino á chocar con otro que yacía
en red tupida de corales/preso.

—¡Alto! ¿Quién viene aquí? ¿Qué fué en el mundo?

—Un hombre.

—Yo también. ¿De dónde bueno?

—De las costas de Egipto.

—¡Camarada,

largo viaje se trae!

—Largo... y molesto.

¿Tú sabes dónde estamos?

—Me parece

que entre Africa y España, en el Estrecho,
porque aquí me caí de la galera.

—¿Eras esclavo?

—No, servía al remo

á mi rey y señor Carlos segundo
por dar una paliza á un cuadrillero.

¿Tú qué eras? ¿Mercader?

—No, yo soldado.

—¿De quién?

—De Marco Antonio.

—No recuerdo...

—Ni hace falta. Por causa de una reina
tuvimos en los mares un encuentro,

me dieron un hachazo y caí al agua.

¿Quieres ver la señal? Aquí la tengo.

—¿Y caíste muy joven?

—Casi un niño.

¿Tú eras joven también?

—¡Pues ya lo creo!

Cuando más me gustaba la existencia,
las encrespadas olas me envolvieron.

—¡Qué lástima me das!

—Lo mismo digo.

—¡El vivir es tan dulce!

—¡Y es tan bueno!

—¡Seríamos acaso tan dichosos!

—¡Os queréis callar ya!—gritó un cangrejo.

¿No sabéis, infelices, que ha pasado
desde vuestra desgracia mucho tiempo?

No estaríais aquí precisamente,
pero estaríais igualmente muertos,
y puesto que en el mundo no dejábais

más rastro ni reliquia que los huesos,
¿qué os importaba ahora haber vivido
algunos años más ó algunos menos?

21 Noviembre 1891.

ILUSIONES

—No es fácil, Juan, el encontrar esposa.
La virtud del pudor es la más bella
de todas las virtudes. La doncella
que es sencilla, inocente y pudorosa
será más codiciada
que siendo muy honrada y muy hermosa,
si no tiene pudor, aun siendo honrada.

Por desgracia patente,
el sentido moral está de modo
que puedes encontrar continuamente
niñas muy buenas... que lo saben todo.
Y los hombres queremos jovencitas
que no hayan aspirado en las novelas
el venenoso aliento
de ese amor que inficiona el pensamiento
y entra por el oído en las escuelas.

¿Quién duda que la flor más perfumada
y la joya más rica

es un ángel injerto en una chica
que ni ansa el placer... ni sepa nada?

¿Qué importa la hermosura
cuando el alma es impura?

Yo busco por doquiera
una mujer así, dulce, sencilla,
sin la fatal semilla
de hipocresía falsa y embustera;
que ignore de verdad los rudimentos
del amor, que se sueñan y adivinan
y surgen y germinan
mezclados con extraños pensamientos...

—¿Y para qué la buscas?

—Para amarla.

—¿Y que lo sepa en un instante todo,
destruyendo el encanto de ese modo?

¡Pues no vale la pena de buscarla!

28 Noviembre 1891.

MISTERIOS

Por el placer cansada, duerme tranquila,
reclinada en mis brazos, mi Petronila,
modista de sombreros, joven, graciosa,
con dos ojos que valen cualquiera cosa.
Ha venido á mi casa furtivamente,
lanzándose á una empresa tan imprudente
porque me quiere tanto, según me jura,
que está casi á dos dedos de la locura.
Los labios encendidos, libre el cabello
y la frente ardorosa junto á mi cuello,
duerme con una calma que me consuela,
porque el remordimiento no la desvela.
Yo la esperaba ha poco, casi convulso,
con el alma agitada, trémulo el pulso

y deseando á ratos que no viniera,
por si hacía el demonio que alguien la viera.
Al fin llegó temblando, de miedo loca,
pálidas las mejillas, seca la boca;
en cuanto vió que estaba la puerta abierta
ya quería volverse desde la puerta,
y cuando yo muy bajo, casi al oído,
la dije: "Pero entonces, ¿á qué has venido?"
tal impresión de espanto leí en su cara,
que estuve por decirle que se marchara.

.....
Mi Petronila ahora duerme sin miedo;
ya el universo todo la importa un bledo,
y cualquiera diría que no ha pecado
al ver su lindo rostro tan sosegado.
Yo, que con santa calma beso su frente,
me digo, acariciando tranquilamente
su blonda cabellera, sedosa y riza:
¿Qué tendrá este pecado que tranquiliza?

5 Diciembre 1891.

HOY POR TI...

Llegó la inundación como una tromba
arrasando los frutos de la tierra,
y en el cieno quedaron sepultadas
la mitad de las casas de la aldea.
Pocos días después, como vestigios
del paso asolador de la tormenta,
quedaban los despojos de los muertos
en la inmundicia de la charca infecta.
Allá entonaban cánticos las ranas
alabando la sabia Providencia,
que atendía benévola sus preces
y les daba una dicha como aquélla.

—¡Mal corazón tenéis!—les dijo un sapo.—

¡Gozáis con la desgracia y la miseria!

—Así es el mundo, amigo. ¡Verá usía,
en cuanto llegue el tiempo de la siega
y el sol abrasador seque la charca,
cómo cantan los hombres y se alegran
al recoger el trigo, aunque nos hallen
en el rastrojo á centenares muertas!

12 Diciembre 1891.

EL "ESTADIO" DE LA PRENSA

—¿Es usted el señor Fulánez?

—Servidor.

—Celebro mucho...

Pues verá usted, yo venía
porque soy primo segundo
de Mengáñez.

—¡Ah! Mengáñez.

(No le recuerdo.) ¡Buen punto!

—Y el otro día mi primo
ganó diez y siete duros
al treinta y cuarenta, y todos
dijimos: ¡Nuestro es el mundo!

—¿Por tan poca cosa? ¿Cómo?

—Verá usted, porque yo fundo un periódico.

—Bien hecho.

—Por supuesto, con dibujos.

—¡Claro!

—Dibujos... alegres y con letreritos sucios.

—Perfectamente. ¿Y el texto?

—¡Ah! Será cosa de gusto.

Para la sección política está allí un chico de Lugo que da cada zurriagazo que le enciende el pelo al nuncio. Para teatros tenemos á Ruiz.

—¿Quién es Ruiz?

—Pues... uno

que ha tenido relaciones con la cuñada de un músico, y á fuerza de ver ensayos entiende ya del barullo de bastidores bastante más que Dios.

—¡Me lo figuro!

—¡Ya verá usted qué palizas! Los cómicos unos burros, las piecitas sandeces que están corrompiendo al público, los autores majagranzas, los maestros mamelucos... No para hasta que consiga que le estrenen el *Infundio* en un acto y siete cuadros, titulado: *¡No más chulos!*
—¡Hola! ¿Tiene su juguete?
—¡Anda! De éxito seguro. Para los salones...

—¡Porra!

¿También crónicas de lujo?

—Ya lo creo, pero en guasa, burlándose del gran mudo.

¡Ya verá usted!

—Bueno, bueno.

—Se titulará *El Besugo*.

—¡Bonito título!

—¡Vaya!

A papá le gusta mucho, porque es hombre que delira por la pesca... y por los churros.

—Pues... usted dirá.

—¿Quisiéramos

que usted, para el primer número, nos hiciera una cosita cualquiera.

—¡Con mucho gusto!

2 Enero 1892.

RIPIOS CLASICOS

Sale la luna en *argentado coche* porque sale de noche;

si saliera de día,

¡vaya usted á saber dónde saldría!

Y tienen las mujeres *labios rojos* porque, además de labios, tienen ojos; los cuales ojos y los cuales labios, ora fingen *enajos*,

ora cuentan al cielo sus *agravios*.

Se educa al hijo con *afán prolijo*, se tiene el *alma* siempre en *santa calma* y la que muere en *calma* va con *palma*, y detrás del *colijo* va el *de fijo*.

¿No es *letal* el veneno?

¿No es *albo* cualquier seno,

aunque sea la huri que se retrate mulata de color de chocolate?

Quien tiene de *marfil* siquiera un diente tendrá un cuerpo *gentil* seguramente, y ni un vate se olvida del cabello cuando se acuerda del *ebúrneo* cuello.

Un *ósculo* en la boca

se debe desear con *ansia loca*; un hombre que no *asombre* por su nombre casi puede decirse que no es hombre.

Se adora con *amante desvario*, se gime con el alma *traspasada*, y ya se sabe que el sepulcro es *frío* y la tumba es *helada*.

Item más: las *huries* han de tener *diamantes* y *rubíes*...

Y así nos divertimos

versificando en broma,

¡y hasta creyendo á veces que escribimos con perfecto dominio del idioma!

9 Enero 1892.

ENSAYO GENERAL

Una tarde de lluvia, fría y triste, se ensayaba *con todo* una zarzuela en que había de haber soldados, monjas, pajecillos del rey, frailes y dueñas. Obscuro estaba todo, tan obscuro que, desde el sitio de la concha, apenas se divisaba la pared del foro, de mugre, tizne y desconchados llena. Después de un parlamento de la tiple, el autor del juguete... ó lo que fuera, quiso hallar un *efecto* en el contraste, que gusta á veces... si el maestro acierta. Y mientras los coristas, que debían representar la infame soldadesca, cantaban en la calle á grito herido que el vino y el amor son cosas buenas, se oía lejos la plegaria dulce del coro de las monjas en la iglesia, que apoyaban á ratos las violas arrancando lamentos á las cuerdas.

En oculto rincón del escenario
quince ó veinte muchachas, soñolientas,
casi á medio peinar, descoloridas
por la luz deslumbrante de la escena,
conservando en los rostros juveniles
del colorette y del *cold-cream* las huellas,
esperaban, contando los compases
y á la batuta del maestro atentas.
Llegó el preciso instante; todo el grupo,
bajando por instinto las cabezas,
rompió á cantar al fin, obedeciendo
caprichos del autor que hizo la letra:

"Santa Virgen pura,
dulce madre nuestra,
contra los pecados
danos fortaleza..."

Eran ellas; las mismas que de noche
desfilaban airoas y coquetas,
teñidas de carmín, luciendo el cuerpo
como incentivo á las pasiones puestas.
Las que hacían los guiños misteriosos
en pago de claveles ó camelias,
y á las que acaso acompañó al ensayo
galán de turno, ó protector en puerta.
Y allí, en aquel rincón, así agrupadas,
casi era hermoso el cuadro y grandes ellas
con su firme atención á la batuta,
que semejava devoción perfecta.
Defendían las pobres pecadoras
con impropio trabajo su existencia
cantando á media voz, con los oídos
esclavos de las notas de la orquesta:

"Santa Virgen madre,
de los cielos reina,
carifosa atiende
la plegaria nuestra..."

¿Agradece la Virgen esos rezos?
Puede que sí. ¡La Virgen es tan buena!
¡Y en cuestión de oraciones, nadie puede
saber á punto fijo las que llegan!

23 Enero 1892.

DIALOGO TRASCENDENTAL

Arrastrado por las olas,
que le azotan y le ciegan
y airadas rugen en torno
disputándose la presa,
un pescador desdichado
lucha, agotadas las fuerzas,
mezclando breves plegarias
con horrosas blasfemias.
El mar le arrancó de un golpe
de la endeble barquichuela,
y en vano á sus compañeros
pidió socorro y clemencia,
porque apagaron sus voces
los ruidos de la tormenta
y huyó la lancha hacia el puerto,

de blanca espuma cubierta,
hechos astillas los palos
y hechas jirones las velas.
Quedó el naufrago perdido,
y en vano se agita y brega
contra el mar que le detroza
y el cielo que estalla y truena.
Una bandada de peces
que huía de la galerna
le rodeó, con las bocas
extremadamente abiertas.
—Ya eres nuestro, le dijeron;
¡nos servirás de merienda!
—¡Tened piedad!

—No es posible;
¡son las leyes de la guerra!
—¿La guerra?

—¿Por qué saliste
á la mar?

—Salí de pesca.
—Pues te pescamos nosotros,
conque ríndete, y paciencia.
—Yo tengo cuatro pequeños
que se mueren de miseria,
y después de mis fatigas
con vosotros se alimentan.
—Sí, pero también nosotros
tenemos crías hambrientas,
y hoy comerán de tu carne,
porque la victoria es nuestra.
—Pero será un atropello.
—Para vivir se atropella.
—Es que á vosotros os hizo
la Divina Providencia
para que el hombre os pescara,
y os matara, y os comiera.
—¿Con qué derecho en los planes
del Sumo Hacedor penetras?
—Porque mi razón lo dice.
—Por adularte embustera.
Pero nosotros sabemos,
y tenemos muchas pruebas,
que Dios nos manda á los hombres
sobre las olas revueltas...
¡para que de vez en cuando
probemos la carne fresca!

13 Febrero 1892.

VA DE CUENTO

Hace veinticuatro siglos,
en un planeta distante
muchos millares de leguas
y que no conoce nadie,
pues va rodando perdido
por el espacio insondable
llevando á bordo centenas
de millones de habitantes,
descubrieron en la Tierra
no sé qué extrañas señales
que les parecieron rastros
de airadas divinidades.

Y como todos los seres chicos, medianos y grandes, si no los tienen, inventan ídolos para adorarles, levantaron á la Tierra templos, estatuas y altares, y por su culto hubo luchas en que se vertió la sangre. Todos en sus oraciones pedían, arrodillándose, que en la hora de la muerte á la Tierra los llevaran. Era la Tierra el gran premio, la meta de sus afanes, centro de eternas delicias, fin de todos los pesares, donde obtenían los justos recompensas celestiales en una paz sin trastornos y en un cielo sin celajes. Al fin un sabio, un prodigio en las ciencias naturales que estudiando el firmamento pasó una vida de mártir, descubrió una lente inmensa para un antejo gigante que acortando las distancias pudo poner á su alcance nuestro planeta, con todos sus pelos y sus señales. Nos vió de cerca, tan cerca que acabó por enterarse como si hubiera viajado de San Petersburgo á Cádiz. Al saberlo en el planeta que no ha conocido nadie, fueron á buscar al sabio gentes de todas las clases.

—¿Has visto al astro divino? (le preguntaron). ¿Qué sabes?

—Pues... ¡que somos unos bestias veinticuatro siglos hace!

20 Febrero 1892

FANTASIA

Rodaba el tren exprés, culebreando por los ásperos riscos de la sierra, y el jadear potente de la máquina vibraba entre los bosques y en las peñas. Ramilletes de chispas le formaban magnífica y brillante cabellera, que iba, al pasar, hundiéndose en los barrancos los mil fantasmas de la noche negra. Retumbaba en el monte silencioso el estruendo de topes y cadenas, que el hálito valiente del progreso á las ocultas soledades lleva. Por donde el monstruo pasa, se convierten en hermosas ciudades las aldeas; por doquier, á los lados del camino,

surgen el bienestar y las riquezas, los rudos campesinos se transforman, los cerebros dormidos se despiertan, y, recorriendo el mundo, alcanza á todos la bienhechora plácida influencia...

A quince ó veinte pasos de la vía, en lo más intrincado de la selva, se levanta una choza miserable de trozos de pizarra y ramas secas. Allí duerme un pastor, envuelto en mugre, cubierto por la clásica pelleja, con un trapo asqueroso por camisa y un pañuelo indecente por montera. Casi no sabe hablar. No hace otra cosa que guiar al ganado por la sierra, sin pensar ni sentir, como lo hacían sus abuelos del tiempo de los celtas. Al pasar el exprés, la pobre choza se ilumina al fulgor de la caldera, y un instante después queda de nuevo solitaria y perdida en las tinieblas. Todas las noches, el pastor salvaje, al brusco y breve trepidar, despierta, se incorpora, se dice: "el tren que pasa", y se vuelve á dormir á pierna suelta.

5 Marzo 1892.

CELOS RETROSPECTIVOS

—¡Qué empeño de que te cuente larga y detalladamente mis anteriores amores, por ver si los anteriores han sido como el presente!

¡Si no me acuerdo, mujer!

¿Y qué endiablado placer buscas en ese tormento?

¿Te querré más si te cuento

mis aventuras de ayer?

Suponte que te dijera

que has sido tú la primera,

sólo por no hacerte daño.

¿Qué creerías? Que te engaño;

¡lo mismo que si lo viera!

Y si confieso que amé

y me encendí y me abrasé

como me abraso por tí,

te vas á formar de mí

mala idea. ¡Ya lo sé!

¿Insistes? ¡Qué tontería!

Pues sí, palomita mía,

quise de varias maneras,

y aunque no fuese de veras,

á mí me lo parecía.

Luego, pasado el calor,

suave, dulce, bienhechor,

que en tales casos se siente,

lo he pensado seriamente

y he visto que no era amor.

El amor es lo que siento

besando á cada momento
esos tus labios de grana,
que brindan de buena gana
tras de una caricia ciento.

Los otros fueron ñoñeces,
tonterías, pequeñeces,
caprichos insustanciales
y rápidos, de los cuales
ni el recuerdo queda á veces.
¿Que si á las otras decía
lo que te digo? ¡Alma mía!
¿Por qué me preguntas eso?
¿Te empeñas? ¡Vaya! Confieso
que sí, que se lo decía.

¿Que si era mentira? ¡No!
¡Nunca mi audacia llegó
á fingir de esa manera!
Lo que sucedía, era
que me equivocaba yo.

¿Que también puedes creer
que ahora... ¡Calla, mujer,
eso sí que no lo paso!
Tu lógica en este caso
no tiene razón de ser.

¡Que mi traición está clara!
¡Que no te mire á la cara!
¡Caramba! ¿Te has ofendido?
¡Pues, hija, tú lo has querido
por empeñarte en que hablara!...

12 Marzo 1892.

CONFITEOR

—Me acuso de adorarla, señor cura,
pero con tal pasión, de tal manera
que me absorbe su amor el alma entera
y es á un tiempo placer y desventura.

Ora tengo mi dicha por segura,
ora llego á dudar de que me quiera,
y la esfinge tenaz me desespera
y más la quiero cuanto más me apura.

Loco tras mi ilusión, desorientado,
la espuela de mi afán llevo conmigo...
¡No imponga penitencia á un desgraciado
ni acreciente mi culpa lo que digo;
que si este amor terrible es un pecado,
en el mismo pecado está el castigo!

17 Marzo 1892.

VOLUBILIDAD

Este carácter
es un martirio.
Me gustan mucho
los pies chiquitos,
los ojos negros,
los blondos rizos,
los cuellos blancos,
los talles lindos,
¡cuanto en las hembras
tiene atractivos,

reales ó falsos,
grandes ó chicos!
Pero me gustan
todos lo mismo,
sin preferencias
y sin distingos.
Por eso nunca
me han consumido
pasiones grandes
ni amores fijos.
Aquí miradas,
allí suspiros,
acá un abrazo
y allá un pellizco,
todo en el aire,
ligero, vivo,
con mucho fuego,
sin gran cariño,
caricias breves,
piropos frívolos,
mucho amor, ¡mucho!...
muy repartido.
Aquí á la Pepa
"dulce bien mío",
y allí á la Juana
"pimpollo rico".
¡Deseos nunca
bien definidos!
¡Placer que acaba
por ser suplicio!
Tú, que eres bueno,
dame ¡oh Cupido!
loco entusiasmo,
pasión, delirio,
terribles ansias,
celos malditos,
¡algo que llegue
más á lo vivo!
Ya que tan pronto
me destornillo,
dame un empleo
constante y fijo,
y en vez de chispas
de escaso brillo,
venga un incendio
que dure un siglo.
Porque con este
trajín continuo
no hay sueño dulce...
¡ni hogar tranquilo!

26 Marzo 1892.

S. M. EL PUBLICO

(FÁBULA)

A juzgar una pieza de concierto
se reunieron cuatrocientos burros,
que al final dictarian
un fallo inapelable y absoluto.
Los animales, al sentirse jueces,
reventaban de orgullo,

y tal se envanecieron, que no quiso
su incompetencia declarar ninguno.

Dió el maestro dos golpes
con la batuta, y empezó el preludio;
un cántico de amor, dulce al principio,
después ardiente y al final impuro.
Violines y trompas simulaban
espasmos de placer, quejas y arrullos;
las notas se escapaban de las cuerdas,
llenando el aire y alegrando el mundo.
Magnífico era aquéllo. Parecía
mágica vibración del genio oculto;
pero, á pesar de todo,
los pobres asnos se aburrían mucho.
Como era de esperar, vino á la postre
la tempestad de coces y rebuznos,
se irritaron los jueces, y por poco
la emprenden á bocados con los músicos.
Rodaron los atriles por el suelo
y á sus establos se marchó el concurso,
renegando de aquella jerigonza
de leyes de armonía y contrapunto.
Y entretanto el maestro
se retiraba cabizbajo y mustio,
diciendo en su interior:—Me he equivocado:
¡el público no yerrá! El fallo es justo.

¿Se juzga el arte así? ¿Se forma un sabio
de cuatrocientos animales juntos?
Si eran borricos todos, ¿dejarían
de ser borricos porque fueran muchos?

2 Abril 1892.

DECLARACION DE GUERRA

¡Qué labios tienes, Luisilla!
¡qué labios tan ricos tienes!
¡Son dos pedazos de gloria
que están diciendo comedme!
Pero son tan embusteros
que dicen lo que no sienten
y van prendiendo las almas
para que el diablo las lleve.
Porque yo quise comerlos
á puros besos, se entiende,
y se fruncieron airados
defendiendo sus claveles.
Pero no canten victoria,
que yo he sido terco siempre,
y cuanto más se me oponen
más la sangre se me enciende.
Si para entrar en el cielo
me ayuda mucho la suerte,
por ser tan fácil la empresa,
es probable que la deje;
pero si el mal me persigue
luchando constantemente
por que para mí las puertas

del paraíso se cierren,
aunque Luzbel en persona
me combata frente á frente,
yo entraré, porque es sabido
que logra entrar el que vence.
Conque vete haciendo cargo
del cuidado en que me tienen
tus mohines desdénosos
y tus sonrisas crueles.
¡Paso por todo, Luisilla!
Mira á ver si te convences
de que yo he de desearte
más cuanto más me desprecies.
Por rico botín de guerra
tengo tus labios de mieles,
y juro que he de ganarlos
aunque la vida me caesten.
Puesto que has de ser vencida,
por tu desgracia ó tu suerte,
rendirte con tus bagajes
es lo que más te conviene.
Porque yo soy como todos,
y como tardes dos meses,
cuando tus labios me llamen
¡es fácil que los desdén!

3 Abril 1892.

CUENTO

Salió en Madrid un día
de la Semana Santa
un gnomo procedente
del centro de Alemania,
que vino de sus montes
por vías subterráneas
tras incesante lucha
del pico y de la pala.
Corrió, casi invisible,
las calles y las plazas
con inminente riesgo
de que alguien le aplastara.
Y vió con gran asombro
las vías solitarias,
parados los tranvías,
los jacos en las cuadras,
cerrados los comercios,
sin dónines las aulas,
sin gente los teatros
y sin vapor las máquinas.
¡La vida de un gran pueblo
dormida y estancada
para que bullan libres
devotos y beatas!
Y el gnomo se decía
rascándose las barbas:
¡Dios mío! ¡Adónde llega
la candidez humana!

16 Abril 1892.

LAS PEQUEÑAS CAUSAS

Montaña abajo rueda la peña desprendida,
cual átomo invisible juguete del ciclón;
bajo su peso tiembla la tierra estremecida,
sintiendo en sus entrañas tremenda como-

Como gigante fábrica que se desquicia y
[cruje,
el monte lanza al viento gemido colosal,
las rocas de granito se rompen al empuje
y emprenden hacia el valle carrera desigual.

Las aves espantadas escapan de los nidos,
los árboles se tronchan, quejándose al caer;
se escuchan por doquiera lamentos y chas-

[quidos
que allá en las altas cumbres se llegan á per-
[der.

Los ecos que en los ásperos rincones de la
[sierra

por riscos y jarales repercutiendo van,
parecen misteriosos rumores de la guerra
que en los profundos antros sostiene algún

[titán.

La inmensa mole rueda desenfrenada y loca
y, haciendo por instantes el ímpetu mayor,
destruye cuanto encuentra y aplasta cuanto

[toca,
sembrando en su camino la ruina y el terror.

¡Irá á caer del río sobre el tranquilo lecho!
las aguas desbordadas del cauce se saldrán
y en el ameno valle, por el turbión deshecho,
viñedos y panochas marchitos quedarán!

¿Qué causa misteriosa la empuja hacia el
[abismo?

¿Tal vez rompió su base la mina que estalló?

¿Volcán oculto acaso produjo el cataclismo
y en el picacho enhiesto la negra boca abrió?

.....
Pues no, que la catástrofe se explica en un
[momento.

La culpa tuvo un bicho pequeño é infeliz,
un topo miserable que socavó el cimiento,
con fines bien honrados: ¡buscando una raíz!

23 Abril 1892.

EN EL MONTE

"Para y oyeme, ¡oh conejo
que vas por los maforrales
incautamente gozando
de tu libertad salvaje!

No en mi presencia te asustes,
no de mis voces te espantes
y escucha de quien te quiere
los consejos saludables.

Ten cuidado cuando corras,
abre el ojo cuando marches,
que es probable que te acechen
y es posible que te cacen.

Mira que el conejo es cosa

nutritiva y saludable
y hay quien calores y lluvias
aguanta por atraparte.

Y si por el bosque luces
vivezas, garbo y donaire,
el hombre, que es egoísta
con los demás animales,
prefiere ver tus pedazos
en la cazuela humeante
con ruin acompañamiento
de patatas y tomates.

Tú habrás creído que Jove
vertió el arroyo en su cauce
por que en su espejo te mires
y con sus aguas te laves,

para que engordes, la hierba,
para que vivas, el aire,
para que duermas tranquilo,
fresco y mullido follaje,

praderas para que juegues,
peñascos para que saltes
y conejas distinguidas
para que loco las ames.

Pues has de saber, conejo
inocente é ignorante,

que el hombre, que es de los seres
el más listo y el más grande,

ha descubierto que todo
cuanto te ayuda y complace
no creó naturaleza

por el gusto de agradarte,
sino para hacer sabrosa

y delicada tu carne,
para que él con ella luego

se regodee y solace.

Por eso inventó los lazos
en que tus parientes caen,
las redes en que se atascan
al salir de sus hogares

y un aparato terrible
que envía bolas mortales

que agujerean las pieles
y los pulmones deshacen.

Anda, pues, con pies de plomo,
ya que por el monte sales,

no hagas caso de los perros
aunque te inciten y ladren;

y si notas que te apuntan,
echa á correr al instante,

ó caerás asesinado
por un traidor miserable.

¡que además se dará tono
por la gracia de matarte!"

Esto decía á un gazapo
un profector de animales

que no llevaba escopeta
y le veía escaparse,

pensando piadosamente
mientras soltaba el romance:

¡Ya que yo no te eche mano,
que no te eche mano nadie!

30 Abril 1892.

APUNTES

(QUE PUEDEN SERVIR PARA TODO EL MUNDO)

I

La soy indiferente
y ella me gusta mucho, pero tanto
que no rompo el encanto
que absorbe mi atención completamente.
Procuro en vano desear del pecho
este inmenso cariño santo y puro,
y cuanto más me afano y lo procuro,
ni se apaga el amor ni lo desecho.
¡Si llegara á quererme! ¡Si pudiera
vencer su resistencia decidida,
yo sería feliz toda la vida!...
¡Virgen santa, decídla que me quiera!

II

No hay como ser constante.
No me ha dicho "te adoro" todavía,
pero me mira á veces insinuante...
¡mucho más insinuante cada día!

III

Ya lo sé, me ha jurado que me adora,
pero lo dudo aún, porque es tan buena
que quiere acaso mitigar mi pena
y calmar este ardor que me devora.
Si es esa su intención, se ha equivocado;
yo la persigo cada vez más loco
y más profundamente enamorado
y, nunca ahito del placer logrado,
cuanto consigo me parece poco...

IV

Tengo celos. Me abraso, me consumo.
¡Qué tranquilo, qué bien me quedaría
si huyera como el humo
esta pasión brutal que me extravía!
Siempre ansioso y febril, siempre en acecho,
llegando en la tortura al paroxismo,
alimento yo mismo
el monstruo horrible que me roe el pecho.

V

Me quiere; estoy seguro. ¡Y de qué modo!
¡Ya voy á ser feliz! ¡Feliz del todo!

VI

Estoy más aburrido cada día
y pago su interés con el despego.
¿La quiero? Sí la quiero todavía,
pero sin ansia, sin vigor, sin fuego.
¡Cuánto daría yo por un instante
de celoso furor, de estar en vilo!...
Porque no hay quien aguante
la sosería del amor tranquilo.

SENSIBLERIA

Fumaba tranquilamente
sentado en un confidente...
de mi pasión volandera,
esperando á que volviera
la dulce inquilina ausente,

Era guapa, tentadora,
vivaracha y seductora
con esa gracia mentida
y estudiada, que en seguida
nos seduce y enamora.

Yo, que siempre fui celoso,
y no pude ser dichoso
con el amor repartido,
la había puesto aquel nido
para amarla con reposo.

Nido que era mi consuelo;
una parodia del cielo
hecha por Luzbel acaso,
con colgaduras de raso
y alfombra de terciopelo.

Suave calor me envolvía;
en la chimenea ardía
tranquila y plácida hoguera.
Llovía á cantaros fuera,
y... mi dueño no venía.

La imaginación en tanto
iba rompiendo el encanto
de toda aquella riqueza,
pensando en que su belleza
tal vez no valía tanto.

Y vinimos á parar
en que lucir y gastar
con semejante mujer
no era ni podía ser
decente ni regular.

¿No era un crimen, un horror
olvidarse del dolor
de tantos y tantos seres
para dorar los placeres
momentáneos del amor?...

Total, que de esta manera
huf de la madriguera
con el rubor en la cara,
decidido á que se hallara
solita cuando volviera.

Salí. La noche era fría
y el agua helada caía
con constancia abrumadora.
Una pobre vendedora
me ofreció su mercancía.

Tenía en brazos dormido
un niño recién nacido
á quien negó la fortuna
calor, alimento, cuna...
¡lo que sobraba en mi nido!

Sentí pena, desconsuelo...
De pronto pensé que el cielo
me la había puesto al paso.
La llevé al nido de raso
con muebles de terciopelo.

Y gozando grandemente
con el asombro creciente
de la mujer sorprendida,
que me miraba aturdida,
como se mira á un demente,
di un beso al chiquillo. Luego
puse un colchón junto al fuego
y dije á la vendedora:
—Acuéstele usted, señora,
que si ésa vuelve, la pego!

28 Mayo 1892.

EL SEXO DÉBIL

I

En alta mar, de noche
y entre el velo tupido de la niebla
chocaron dos vapores. Uno de ellos
salió del choque con la proa abierta.
Le asaltaron las olas y, anegado,
tras una lucha rápida y tremenda,
se lo tragó el abismo
con una fuerza de atracción inmensa.
Ni rastro quedó de él. Sólo una tabla
que el azar arrancó de una cuaderna
flotó en el espantoso remolino
como flota en el aire una pavesa.
Un brazo varonil la asió de pronto,
en la terrible convulsión suprema,
se agitaron las aguas
y surgió un hombre de la mar revuelta.
Traía una mujer, casi una niña,
desmayada, insensible, medio muerta,
que allá en el fondo se encontró sin duda
como él bregando con las olas negras.
Y luchó contra el mar sobre el madero,
duplicando las fuerzas,
aterido y hambriento muchas horas,
pidiendo á Dios que la mujer viviera.
Y Dios los arrojó, premiando acaso
el vigor demostrado en la pelea,
de un islote desierto
entre las altas y negruzcas peñas.

II

La isla inhabitada,
miserable y pequeña,
más que esperanza de alargar la vida
daba un respiro á la agonía lenta.
Si se hubiera salvado el hombre solo,
cobarde y consumido en la impotencia,
se echaba en los brazos de la muerte...
pero había una hembra
y él luchó bravamente muchos días,
más que por él, por ella.
Pronto, á costa de esfuerzos sobrehumanos,
se levantó una choza entre las peñas,
y raíces y peces y moluscos
sirvieron de alimento á la pareja.

¡Podían esperar! ¡Y la esperanza
les da á los desgraciados tanta fuerza!

¡Claro! vino el amor. Amor bravo
que la tranquila soledad engendra.
Sintió el hombre en el pecho llamaradas
que encendían la sangre de sus venas,
pidiendo á todas horas su tributo
despótica y brutal naturaleza.
—Esta pasión me mata (se decía),
adoro á esta mujer con ansia inmensa,
cada día la encuentro más hermosa
y el deseo me azuza y me espolea...
Casi tengo el derecho
de dar á mis pasiones rienda suelta
porque vive por mí, ¡y es cosa mía,
si no por voluntad, á viva fuerza!—
Y en seguida pensaba, refrenado
por la voz del honor y la conciencia:
—Pero no, que ante todo,
caballero he de ser tan digno de ella,
que del fuego traidor que me consume
no ha de notar el resplandor siquiera.
Corromper su virtud cuando no tiene
ni cerrojos, ni guarda, ni defensa,
y saciar, arrancándole la honra,
los instintos brutales de la fiera,
sería acción villana,
reprochable, indecente y canallesca.
Lucharé y venceré. Las tentaciones
ante la firme voluntad se alejan.—
Y siempre vencedor, fué casi santo
en una lucha desigual perpetua...

III

Un día apareció en el horizonte
un punto negro. ¡Un barco! Hicieron señas
y le vieron llegar con la alegría
con que verán la gloria los que llegan.
—Tú sola en él te salvarás (la dijo).
Si nos ven aquí juntos cuando vengan
quedarás deshonorada, porque nadie
creerá en mi sacrificio y tu pureza.
¡No servirá jurar! El mundo es malo
y llama tontería á la decencia.
Yo oculto esperaré. Cuando te alejes,
volveré á batallar con la miseria.
Me ayudan mi esperanza y tu recuerdo,
y ya me salvaré... cuando Dios quiera.—
Y el barco se marchó, llevando á bordo
la hermosa niña de sin par belleza,
y allá dejando en las peladas rocas
al pobre mártir de sublime idea,
que soñaba tener, en justo premio,
altar de dios en la memoria de ella.

IV

Era tan guapa la mujer, que el barco
se trocó en un infierno á su presencia.
Se disputaban todos sus favores
y por tácito acuerdo fué la reina.

El capitán triunfó, por más asiduo,
por extremar obsequios y finezas,
y porque las mujeres
prefieren siempre que el que manda venza.
Le amó en seguida, deslumbrada, loca,
y en sus brazos cayó, cual si quisiera
tomar gozando, al retornar al mundo,
pronto desquite á la forzada ausencia...
¡Y se quedaba el náufrago allá lejos
solo y perdido en miserable tierra,
más orgulloso con su honor que el héroe
que se muere abrazado á la bandera!

4 Junio 1892.

LA PETICIÓN DE MANO

—Pos miste, señor Charro, yo venía
porque hablé con Ramona el otro día
lo que venía al caso,
y Ramona me dijo que debía,
pa hacerlo todo bien, dar este paso.
No debe usted ignorar que nos queremos,
porque eso ya lo sabe mucha gente,
y como dambos semos
á cual más cabayero y más decente,
pues... vamos á casarnos mesmamente.
—Bien hecho y bien hablo. Pero tú sabes
que la manutención es lo primero
pa pensar en la boda, y que son graves
las cuestiones que afeztan al puchero.
Yo tengo un parador que... vamos, hombre,
se puede comparar con una fonda.
—Sí, señor.

—Y no hay otro con más nombre
en dos leguas ú tres á la redonda.
¿Tú qué tienes?

—¿Qué tengo? Mucha vista
y mucha inteligencia.

—No es bastante.
—Pues ¿qué se pué pedir á un socialista
que tiene toa la vida por delante?
Mire usted, señor Charro,
yo no he nacido pa tirar de un carro,
como otros infelices
que no ven más allá de sus narices.
Yo veo con los ojos de la cara
al capital con el trabajo en guerra,
y que andan toos los pueblos de la tierra
hítrigaos hasta ver en lo que para.
Por eso estoy así, como usted sabe,
cruzao de brazos... hasta que esto acabe.
¿Que trabaje? No quiero.
La dinidá del hombre es lo primero,
y yo no me rebajo

pa, que engorden después con mi trabajo
los burgueses que explotan al obrero.

—Y sí, es un suponer, vas y te casas,
¿con qué vas á comer? ¿cómo lo pasas?

—Hablando francamente,
sí yo llevo á casarme con Romana
y usted es una persona,
vamos á suponer, medio decente,

nos deja el parador.

—¡En eso estamos!

—Y mi mujer y yo semos los amos.

Yo dirijo la casa, miro, observo,
la ayudo á ella, y... vamos,
cobro la renta y que trabaje el verbo.

—No me sale la cuenta,

porque yo basto pa cobrar la renta.

—Es decir, que me niega usted la mano
después de yo pedirla formalmente.

—La niego.

—Pues adiós, y de veranó.

Coste que soy prudente

y me echa usted de aquí de toas maneras.

—Y que ya está de más too lo que hablemos.

—Corriente. Los dos semos...

—Lo que semos.

—Nos veremos las caras.

—Cuando quieras.

25 Junio 1892.

VISITA DE INSPECCION

Tales quejas llegaron á la gloria
de la torpe impiedad de nuestro globo,
que Dios mandó á un arcángel, el más listo,
que se enterara por sus propios ojos.

Descendió el emisario á toda prisa,
trayendo bajo el brazo el arpa de oro,
llegó á la Tierra, se quitó las alas,
el arpa celestial dejó en depósito

á un vate melenudo, que al instante
la echó á perder sin encontrar el tono,
y quedó convertido en un sujeto
ruin y vulgar de americana y hongo.

Recorrió todo el mundo. En todas partes
pudo estudiar la humanidad á fondo
y aprender de memoria en poco tiempo
usos, costumbres, caracteres... ¡todo!

Vió á los hombres en lucha encarnizada
por cosas sin substancia y sin meollo,
y á las pobres mujeres en terribles
discusiones de flecos y abalorios.

Vió trepar á la cumbre á los audaces
que tachaba la gente de ambiciosos
y sólo ambicionaban distinguirse
con trapos llamativos y estrambóticos.

Vió á los enamorados ¡siempre iguales!
creerse de verdad unos á otros
y gozar y sufrir con ilusiones
y hacer promesas y volverse locos.

Vió despreciar la paz y la alegría
por la guerra de estériles negocios,
y encontrándose cerca del sepulcro,
vivir de prisa por llegar más pronto.

Y las alas se puso, cogió el arpa
con las clavijas y el cordaje rotos,
y volvió á la presencia del Eterno
pidiendo audiencia sin quitarse el polvo.

—¿El mundo viste?

—Sí, señor.

—¿Qué opinas?

—Que se le debe desquiciar de un soplo:

¡esos hombres no tienen compostura!

—¿Qué! ¿Son tan malos?

—No, señor: ¡son tontos!

16 Julio 1892.

OTRA AVENTURA

El marqués del Remonte, propietario de casas en Madrid, tenía una que, según tasación del inventario, representaba sola una fortuna.

Allí, en el principal, tan guapamente habitaba el marqués, independiente, rico, feliz, soltero, gozando su salud y su dinero, y en el cuarto derecha

vivía, con su suerte satisfecha, una chica, una mártir del trabajo, que parecía hecha

con sal de Lavapiés de arriba abajo.

A fuerza de encontrarse en la escalera con la pobre muchacha costurera, vino á dar el casero en que era hermosa y acaso, si él quisiera, la podría obtener por cualquier cosa. Y quiso. Y de tal modo

puso á la plaza asedio, que al fin la niña se rindió del todo... porque casi no tuvo otro remedio.

El diablo en el amante afortunado borró las huellas del amor fingido, y el placer tanto tiempo ambicionado fué más pronto olvidado que sentido. Y como el hombre no creía en nada, no creyó en el dolor de aquella chica, que le oyó con el ansia de ser rica y acabó por quererle enamorada. Mientras ahito y harto buscaba otros placeres del momento, sufría la infeliz del piso cuarto soñando con su amor, que era un tormento.

La conciencia entretanto la oprimía con la idea cruel de no ser buena, y el dolor apretaba la cadena, más pesada y más dura cada día. Sin trabajo, sin pan, abandonada, viéndose deshonorada, lloraba sin cesar, lloraba tanto

que se le iba la vida con el llanto... Una mañana, en fin, medio dormido creyó oír el marqués extraño ruido. Se incorporó en la cama, mal despierto, y preguntó á un criado:

¿Qué ruido es ése, Pedro? ¿Qué ha pasado?

—La del cuarto derecha que se ha muerto.

—¿Qué demonio! (pensó). ¿Conque era cierto?...

Y se volvió á dormir del otro lado.

23 Julio 1892.

LA ETERNA DERROTA

La noche va picando la retaguardia al día y haciendo su sombría periódica invasión,

y fija silenciosa del valle á la montaña sus tiendas de campaña de lúgubre crespón.

Ejércitos de duendes que entre las sombras velan se agitan, saltan, vuelan, gruñendo de placer, y el eco, que repite los ásperos gruñidos, apenas extinguidos los vuelve á recoger.

Los trasgos diminutos que brotan de la tierra se extienden por la sierra zumbando sin cesar, chapúzanse en las fuentes y empolvan los caminos formando torbellinos en raudo revolver.

Y la mitad del mundo tranquila duerme en tanto cubierta por el manto del sueño bienhechor, y olvida sus combates, sin importarle cosa la turba misteriosa que zumba en derredor.

De pronto, la avanzada que mira hacia el Oriente anuncia el inminente peligro de morir,

y tiemblan los fantasmas mirando allá á lo lejos los pálidos reflejos de un cielo de zafir.

Semeja su zumbido que en el espacio estalla preludios de batalla y hervores de la mar, mientras allá, buscando la desigual pelea, lejana centellea la luz crepuscular,

que avanza luego rápida salvando el alto monte, inunda el horizonte de vida y de color,

y ejércitos de rayos con puntas de brillantes clavando van triunfantes sus haces en redor.

Desgarran de las sombras las tenues barricadas y rompen á lanzadas el apretado tul.

Fantasmas y vestiglos
escapan al instante
y surge el sol radiante
en el espacio azul.

Vencida así la noche
traspone la montaña,
sus tiendas de campaña
llevando á otra región,
y deja por despojos
en valles y colinas
jirones de neblinas
y rastros de crepón.

30 Julio 1892.

ELIAS

Al llegar á los póstrs. de una comida
delante de tres hembras como tres soles,
entre dos caballeros de la partida
surgió una pelotera de tres bemoles.

Federico, que tiene fama de tuno
con puntas y ribetes de escepticismo,
y que, habiendo bebido más que ninguno,
era capaz de armarla consigo mismo,
sostenía, gritando como una fiera,
que todas las mujeres son unas tales
y se debe tratarlas de tal manera
que nunca las envidien los animales;
que engañarlas es gracia más que otra cosa,
que quererlas de veras es desatino
y que siempre valdría la más hermosa
menos que una botella del peor vino.

Y Sinforoso, un joven fino y galante,
usando en la disputa frases prudentes,
guardando mil respetos al contrincante,
defendió á las muchachas allí presentes.

Enalteció los goces del amor santo,
dijo cosas muy buenas de las señoras,
y juró que servirías era un encanto
y un deber defenderlas á todas horas...

Pero de tal manera subió de punto
la cuestión suscitada delante de ellas,
que al cabo intervinieron en el asunto
los cuchillos, los platos y las botellas.

Y al final de la broma se arregló un duelo;
se salieron al campo de madrugada,
y el pobre Sinforoso quedó en el suelo
medianamente herido de una estocada.

.....
Al saber á otro día las tres testigos
el lance de que fueron causa inconsciente,
se fueron á las casas de los amigos
para hacer comentarios extensamente.

—Sinforoso (decían), ¡qué generoso!
¡qué atento! ¡qué galante! ¡qué guapo chico!
En fin, se hicieron lenguas de Sinforoso...
¡pero fueron amantes de Federico!

27 Agosto 1892.

EXTASIS

Enlazadas tus manos sobre mi espalda,
reclinada mi frente sobre tu falda

y alzando la cabeza de vez en cuando
para saber que siempre me estás mirando,
los años que me quedan me pasaría
sin otras ambiciones ni otra alegría.
Ya sé que así no somos ambos felices,
puesto que tú, aburrida, siempre me dices:
—¿Qué adelantas con eso?— ¡Que qué ade-
[lanto!

¡Si eso es una delicia! ¡si es un encanto!
¡si ese es de los placeres más verdaderos
y el único que dura siglos enteros!

Así fluye la dicha constantemente
y no puede agotarse nunca la fuente,
porque jamás se pierde la dulce calma
ni cae en el hastío rendida el alma.
El pensamiento aumenta tus perfecciones,
conserva siempre frescas las ilusiones
y el goce desprovisto de la impureza
redobra el atractivo de tu belleza.
Así mi amor patente vivo te entrego
sin que el placer logrado me apague el fuego,
y puedo, á puros besos, volverte loca
sin que á mí se me canse jamás la boca.
Cierto que allá en el fondo, cuando te veo,
con furiosos arranques late el deseo,
y al dominar la hoguera que va avanzando
saltan fuera las chispas de vez en cuando;
cierto que es sueño el goce tranquilo y suave,
pero así se consigue que no se acabe,
y en soñar dulcemente pongo mi empeño,
¡porque el otro, el más fuerte, también es
[sueño!

3 Septiembre 1892.

CANSANCIO

Vaya, es inútil. No puedo.
Se me ha gastado la máquina
y para salir del paso
con la voluntad no basta.
Se paró el carro. Parece
que el cigarro que fumaba
la fantasía era corto,
y se agotó en dos chupadas.
En vano luchó, buscando
la energía que me falta,
para caer á la postre
destrozado en la batalla.
Rebelde, indócil la pluma
por las cuartillas no avanza,
como si de algún gigante
los dedos la sujetaran.
Y en las misteriosas celdas
del cerebro, acurrucadas,
como miedosas, se ocultan
ideas embrionarias.

Quando el fatigoso esfuerzo
pretende desarrollarlas,
van á surgir de las sombras,
y entre las sombras se escapan,
sin que nunca el pensamiento

brote expresado en palabras
ni sobre el papel se grabe
que ante mí tendido aguarda.

Tras gestación laboriosa
muy de tarde en tarde saltan
esbozos ruines, borrosos,
perfiles y líneas vagas...
¡Así poco más ó menos,
según nos cuenta la fábula,
tras espantosos rugidos
parió un ratón la montaña!
¡Y qué situación, Dios padre!
Mil veces con honda rabia
me desesperé encerrado
como un león en la jaula,
queriendo romper los hierros
de mi ineptitud palmaria
que un espíritu malévolo
cierra, endurece y agranda.
¡Y cuántas otras, bregando
pasé, en mi porfía vana,
de la silenciosa noche
las horas tristes y largas,
hasta que entró suavemente
por los cristales el alba,
trayéndome un deconsuelo
que no es comparable á nada!
Y momentos hubo, cuando
el mundo allá fuera calla,
las impresiones se borran
y los recuerdos se marchan;
cuando en los rincones juegan
mil espantables fantasmas
y entre el humo del cigarro
suben, se agitan y danzan,
en que impotente y vencido
hailé la existencia amarga
y pensé que los espectros
me roñan las entrañas.
Y con la frente hecha un horno
y el corazón hecho un ascua,
sin un mal trazo de tinta
sobre la cuartilla blanca,
evoqué, loco de angustia,
perdidas las esperanzas,
al ángel de las tinieblas,
que su ayuda vende ó cambia,
para decirle:—Si tienes
el numen que me hace falta,
¡toma, gufame la mano
y llévate en cambio el alma!

10 Septiembre 1892.

"MADRID COMICO" Y YO

ARRANQUE DE VANIDAD QUE SE DEBE PASAR
POR ALTO.

Con la ayuda de propios y de extraños
que nos prestan valiosos elementos,
hemos llegado al número quinientos...

¡No lo pude soñar hace diez años,
cuando, naciente el bozo,
pasando el puente de chiquillo á mozo
y conservando aún en los pulmones
partículas del aire de la aldea
que enriquece la sangre y la caldea,
vine á buscar, haciéndome ilusiones,
la gloria que en el arte centellea!
Dura fué la labor, arduo el empeño.
El periódico, al fin, se hizo mi dueño,
me encerró en sus columnas tentadoras
y yo robé por él, horas tras horas,
¡todas las del placer, muchas del sueño!

Fijo constantemente en las cuartillas,
brujuleando siempre entre las cajas,
descansé del romance ó las quintillas
pegando sellos y escribiendo fajas...

Con la suerte en los puntos de la pluma
él alegre y feliz, yo independiente,
MADRID CÓMICO y yo rápidamente
crecimos á la par como la espuma.

Con su mérito escaso
la simpatía pública halló al paso,
más siempre la honradez fué su divisa,
no tuvo vanidad poca ni mucha
ni abandonó su plácida sonrisa
en los rudos azares de la lucha.

Nunca buscó favor blandiendo el palo
ni de la envidia le manchó el veneno,
porque no sé de fijo si él es malo,
pero yo estoy seguro de ser bueno.

¡Y no le he de querer si de mi vida
él se llevó la juventud florida!
¡si es mi constante amor, mi única idea,
la sola planta que en mi huerto brota
y tiene en cada página una gota
de la sangre que traje de la aldea!

Ya, si vencido no, desengañado
de mis afanes locos de la gloria,
sabiendo que del viaje terminado
no ha de quedar ni rastro ni memoria,
de mis sueños de artista hago la cuenta
que sueños son, y prescindiendo de ellos,
sigo, sucio de tinta de la imprenta,
doblado fajas y pegando sellos.

Y así ha de vivir él mientras yo viva,
y morirá tal vez cuando yo muera;
¡y quiera Dios que escriba
el tres mil un poquito más arriba
de la clásica humilde cabecera!

Porque si hay redención por el trabajo
y al penetrar en la eternal morada
—¿Qué has hecho?—me preguntan á la en-
[trada,

señalando agrupadas aquí abajo
miles de resmas de papel impreso,
podré decir á los guardianes:—¡Eso!

17 Septiembre 1892.

BALADA

(QUE PODÍA HABER SIDO ESCOCESA Y SE HA
QUEDADO EN CURSI)

Ya me he convencido
de que no me quieres,
adorable rubia
de los ojos verdes.

Y aunque de vosotras
dicen tantas pestes
los que están cansados
de tratar mujeres,
ha sido preciso
para convencerme
resistir desaires
y sufrir desdenes,
que pretextos busques
y que ofensas sueñes...
Y, aunque ya sabía
que el final es ese,
las angustias siento
de agonía y muerte,
¡con la sola idea
de que no me quieres,
adorable rubia
de los ojos verdes.

El ligero soplo
de la brisa tenue
arrancó las hojas
de su tallo endeble,
y á quejarse tristes
en mi torno vienen
cuando se abarquillan,
cuando se retuercen,
cuando en remolinos
por el aire ascienden.
En el campo yermo
las semillas duermen
y quedó el rastrojo
donde había mieses.
El gañán, cantando,
de su coto vuelve
y pesares hondos
sus cantares tienen,
y las densas nubes
en el Occidente
teñidas y envueltas
en sangre parecen...
¡Qué triste es otoño...
cuando no me quieres,
adorable rubia
de los ojos verdes!

Nunca más el árbol
delicado y débil
que mi amor cuidaba
con afán creciente
volverá á dar flores
como dió otras veces,

aunque haya en los prados
alfombras de césped
y en el huerto rosas
y en el campo mieses.
Nunca más tus brazos
me abrirá la suerte
ni en miradas dulces
hallaré el deleite,
pero aunque me ofendas
y aunque me desprecies...
¡no podrás privarme
de adorarte siempre,
mi embustera rubia
de los ojos verdes!

24 Septiembre 1892.

HOY POR TÍ...

Creció en la tumba de un prócer
una mata de tomates,
cuyos gérmenes sin duda
trajo en sus alas el aire.
Y de la dorada verja
por los hierros empinándose,
surgía el modesto fruto
entre los pulidos mármoles.
Por tamaño atrevimiento
que no corregía nadie
vino el alma del difunto
á dirigirla estas frases:

— ¡Cómo es esto! ¿Quién permite
que rastrera, vil é infame
oses manchar mi sepulcro
y mi memoria profanes?
¡Vivir una planta humilde
de mis jugos, de mi sangre,
con que sólo hermosas flores
debieran alimentarse!
¡Ira de Dios! Sólo siento
no tener en este instante
ni boca para escupirte,
ni manos para arrancarte.
— Cálmate, dijo la mata,
ni me escupas, ni me arranques,
porque, creciendo, recojo
la vida que tú dejaste;
y fijate en que, si vivo
sobre tus restos mortales,
¡también para que vivieras
murieron muchos tomates!

15 Octubre 1892.

EL CAZADOR FURTIVO

I

Triste y negra está la noche,
y en los barrancos desiertos
se oye el aullar de los lobos
que descienden de los cerros.
Cae la nieve en copos grandes
la agreste selva cubriendo,

y van quedando los pinos
 en blanco sudario envueltos.
 No hay asomos de veredas,
 ni vestigios de senderos,
 ni de las cabañas sombras
 ni de los hombres recuerdos.
 Cuando las hambrientas fieras
 callan y se pierde el eco,
 domina en el monte abrupto
 la majestad del silencio
 y parece el ancho valle
 parodia de un mundo muerto
 en que la nevada borra
 las huellas de los que fueron.
 No ha mucho, cuando el estío
 doraba la sierra á fuego
 y el sol mandaba sus rayos
 sobre los bosques inmensos,
 era la fértil campiña
 otro paraíso, lleno
 de dulzuras para el alma
 y delicias para el cuerpo.
 Con amigos y parientes
 visitáronla sus dueños,
 y en cacerías y fiestas
 ardió el bosque un mes entero.
 Corrió la flor de la corte
 por sendas y vericuetos
 con buen golpe de caballos
 y gran trailla de perros.
 ¡Y ahora, en la negra noche,
 sólo se escuchan los ecos
 del aullido de los lobos
 en los barrancos desiertos!

II

Con dos conejos al hombre,
 un hombre flaco, harapiento,
 corría sobre la nieve
 resbalándose en el hielo,
 bordeando precipicios
 y evitando vestisqueros,
 fija la vista en la tierra
 y el alma en los dos conejos.
 Los cogió con lazo, y huye,
 recatándose con ellos,
 sin temor á los peligros
 que van en torno creciendo,
 porque, hambrientos y desnudos,
 le esperan sus pequeñuelos
 en la miserable choza
 sin pan, sin luz y sin fuego,
 mientras los copos le ciegan
 y le entumescen los miembros
 y la tormentosa noche
 le envuelve en sombrío velo.
 —¡Alto!—le gritan de pronto
 y él, azorado de miedo,
 la carga arroja, por ese
 instinto de los rateros
 que del cuerpo del delito
 les hace apartar el cuerpo.

Brilla un fogonazo. El hombre
 lanza un ¡ay! y un juramento
 y saltando por las peñas
 se va á esconder allá lejos.

III

—¿Te han herido? —Sí; en el brazo.
 —¿Qué trafas? —Dos conejos.
 —¿Dónde están? —Yo no sé dónde.
 —¿Y qué van á comer éstos?
 —No sé.
 —¡Desgraciado!

—Mucho,
 pero no hay otro remedio.
 No eran míos, y los guardas
 estaban en su derecho.
 Los señores tienen caza
 abundante, ¡ya lo creo!
 ¡Y... quieren que se la guarden
 para cuando vuelvan ellos!

29 Octubre 1892.

MEMORIAS DE UN MUERTO

I

¿Qué es hoy? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo.
 Anoche, constantemente,
 y entre el rumor de la lluvia
 que azotaba los cipreses
 sonó la triste campana
 que invita á que me recuerden
 con su tañir lastimero,
 seco, monótono y breve.
 No hace un año todavía,
 robusto, joven y fuerte,
 ni me acordaba siquiera
 de la tierra que me envuelve,
 y derrochaba mi vida
 tranquilo, feliz y alegre,
 la áurea copa de los goces
 apurando hasta las heces.
 ¡Amé tanto! Fué mi lema
 querer mucho, ¡querer siempre!
 y repartir las caricias
 del alma entre las mujeres.
 La vida perdí por ellas
 y no maldigo mi suerte;
 ¡mil veces la perdería
 si me la dieran mil veces!
 La dicha bebí en sus labios
 y hallé en sus brazos deleite
 tan intenso, tan profundo,
 que aún me agita y me conmueve,
 y ni el frío de la tumba
 borrar sus vestigios puede.
 Seguro estoy de que anoche,
 mientras el ciego imprudente
 silbaba entre las rendijas
 de los nichos, al meterse,

allá, en los lechos de plumas
 donde mis amadas duermen,
 las despertó mi recuerdo
 besándolas en las frentes
 y humedeciendo sus ojos
 azules, negros ó verdes.
 Hoy vendrán. Yo las espero.
 Juraron solemnemente
 no olvidarme en las eternas
 soledades de la muerte
 y cubrir mi sepultura
 de rosas y de claveles...
 ¡flores alegres, hermosas,
 como fué mi amor perenne!
 Y han de cumplirlo; por ellas
 dejé amigos y parientes,
 y ni hogar ni lazos tuve
 que ante ellas me detuviesen...

II

Todo se acabó. Allá arriba
 cesó el rumor de las gentes,
 y sólo se oye la lluvia
 que cae sobre los cipreses.
 Todas me engañaron, ¡todas!
 Miento, que ha venido á verme
 mi madre... ¡Bendita sea
 entre todas las mujeres!

5 Noviembre 1892.

CORREO INTERIOR

I

"Por tus desdenes lloro
 como un muchacho
 buscando inútilmente
 paz en el lecho
 y estoy las horas muertas
 en el despacho
 sin trabajar y á solas
 con el despecho.
 Mi principal me ha dicho
 que, si esto sigue,
 no podrá en adelante
 darme su apoyo,
 y para que la pena
 se me mitigue
 me pondrá de patitas
 en el arroyo.
 ¡Mira si me hace daño
 lo ingrata que eres,
 que si sigo con esta
 melancolía,
 puedo por causa tuya,
 si no me quieres,
 perder hasta el cocido
 de cada día!
 Ablándate, Dolores,
 yo te lo ruego;
 ¡mira que me despiden
 del escritorio!
 Haz que el amor me salve

luego, muy luego,
 como hace pocos días
 salvó al Tenorio.
 Mira que me aturulla
 lo que me pasa
 y en lugar de bayetas
 mando percales,
 y por mi sola culpa
 ya está la casa
 perdiendo sus mejores
 corresponsales.
 En cuanto tú me digas
 que sí, que bueno,
 cesará esta manía
 que me atolondra,
 y como yo no trague
 tanto veneno,
 seré libre y alegre
 como una alondra."

II

"Mira, Salustianito,
 no te molestes
 en escribirme cartas
 empalagosas,
 porque estoy de los hombres
 echando pestes
 y á mí no se me engaña
 con esas cosas.
 Me decía lo mismo
 que tú me dices
 otro pájaro pinto
 que tal bailaba,
 y cumplió sus promesas
 ¡por las narices!
 ¡en cuanto hubo encontrado
 lo que buscaba!
 También estaba tonto
 toda la vida
 y en lugar de dos ceros
 hacía un siete,
 ¡y ahora soy yo tan sólo
 la entontecida
 y en lugar de la aguja
 cojo el carrito!
 Conque deja esa historia
 manoseada,
 que á mí no se me importa
 que no me quieras,
 pues soy en este asunto
 gata escaldada.
 ¡y sois los del comercio
 muy calaveras!"

12 Noviembre 1892.

EN LA CELDA

Fray Antonio se hizo fraile,
 es decir, se enterró vivo
 por la razón ó motivo
 de que una noche, en un baile,
 cierta Inés á quien quería

le dió á entender claramente
que aquel su deseo ardiente
en deseo quedaría.

Y el bueno de Fray Antonio,
presa de rudo tormento,
fué y se metió en el convento
renunciando al matrimonio.

Allí, reza que te reza
con fervor, á todas horas,
las ideas pecadoras
se quitó de la cabeza,

y fué curando uno á uno
sus ataques de neurosis
amatoria, con las dosis
de penitencia y ayuno.

Ya se dirigía á Dios
olvidando á la dóncella
sin que la memoria de ella
se pusiera entre los dos;

y gozando la ventura
de aquel celestial consuelo
elevaba el alma al cielo
limpia de la mancha impura,

cuando, creyendo vencido
el germen de las pasiones
en los ocultos rincones
de su cerebro dormido,

de aquella adorada Inés
surgió la imagen hermosa,
vaga al principio y borrosa,
clara y precisa después.

—¡Tentación de Satanás!—
se dijo, y luchó valiente
rezando constantemente
y ayunando mucho más.

Pero en vano, la visión
tomaba cuerpo, crecía,
y el buen fraile la sentía
metida en el corazón.

Por fin cayó acojonado
con el alma lacerada
ante la imagen sagrada
de Jesús crucificado.

—Me está matando el amor,
exclamó, vos lo sabéis...
¡Ya que no me perdonéis,
compadeceidme, Señor!

Porque en balde gimo y lloro,
para ahogar ansias de besos;
me estoy quedando en los huesos
¡y con los huesos la adoro!

Ni la oración ni el cilicio
pueden apagar la lumbre;
¡me abruma la pesadumbre
del inmenso sacrificio!

¡Dadme un instante, un momento
de pasión correspondida,
y os daré en cambio una vida
de penitencia y tormento!—

A este punto, la figura
milagrosa de Dios Hijo
abrió la boca y le dijo
con irónica amargura:

—Vienes á mí equivocado.
Esas cosas, Fray Antonio,
pideselas al demonio,
que son de su negociado.

19 Noviembre 1892.

LOS OJOS LANGUIDOS

Aún conservo el recuerdo
que me atormenta.

Aquella linda rubia,
sin darse cuenta,
me despertaba el ansia
de los sentidos

con sus ojos azules
medio dormidos,
Soñaba yo que había
luchas del alma

bajo aquella apariencia
de dulce calma,
y por ver el enigma
de lo soñado

la asedié, más curioso
que enamorado.
Pero mi amor fingido
no la hizo mella;

parecía tan pura
la rubia aquella
que la pobre inocente
no comprendía

la mitad de las cosas
que yo decía.

Mas como en estas cosas
dudar es bueno
y es tonto el que se fía
del mar sereno,

quise llegar cuanto antes
á lo más hondo
para ver qué misterios
guardaba el fondo.

Y al fin me quiso mucho
cándidamente,
sin mancha de impureza
ni afán ardiente,

contestando á mis locos
planes... fingidos
con sus hermosos ojos
medio dormidos.

Entonces vi del sueño
roto el encanto
con un amor de niña
tranquilo y santo,

porque no era un embuste
su dulce calma;
¡lo mismo que los ojos
tenía el alma!

Y yo, ¡necio! aburrido
de hallar dulzuras
donde busqué la fiebre
de las locuras,

quise tomar, matando
sus esperanzas,

tras de mentidos celos
ruines venganzas.
Cuando emprendí la fuga
muy satisfecho,
su corazón acaso
la hería el pecho,
y ella ahogaba el embate
de sus latidos
mirándome con ojos
medio dormidos...

26 Noviembre 1892.

FILOSOFIA DEL AMOR

Si en mí no confías, Juana,
para contarme tus penas
y el llanto ocultar procuras
que las mejillas te quema,
me pruebas que no me quieres
como quiero que me quieras
porque un amor con secretos
no es amor que al alma llega.
Para el placer de un instante
que muere entre dos ternezas
basta el cariño que á todos
la loca pasión nos presta,
más que emoción del espíritu
vibración de la materia,
que se extingue cuando el hálito
del febril deseo cesa.
Pero el otro, el verdadero,
el que da la dicha eterna,
requiere raíces hondas
y en otras bases se asienta.
No sólo en el goce deben
unirse las almas nuestras,
que si eso me contentara,
teniendo ancha la conciencia,
pude, en vez de tu cariño,
buscar el de otra cualquiera.
¡No! yo quiero que seamos
dos á penar si tú penas
y llorar cuando tú llores
compartiendo tu tristeza.
El amor no es sólo mimos
y suspiros y pamemas
y besos que, una vez dados,
no dejan rastro ni huella;
es también el suave aroma
de las dulces confidencias
y de los hondos pesares
sobrellevados á medias.
Eso es lo que mucho tiempo
grabado en el alma queda
y funde los caracteres
y los sentimientos mezcla.
Cuéntame, pues, lo que ansías,
lo que sufres, lo que piensas,
tus íntimas amarguras
y tus recónditas quejas:
¡nada de gemir á solas
y fingirte luego tierna,

porque así, en la superficie,
no quiero yo que me quieras!
¿Qué me importa que me jures
amor y constancia eternas
si lo que pido es el alma
y el alma no me la entregas?
Porque un beso, en el delirio
de la pasión, sabe á néctar,
pero si se da entre lágrimas...
¿no sabes lo que consuela!

3 Diciembre 1892.

EL TIRO POR LA CULATA

—En Madrid hay mil hombres
en la indigencia
(se dijo cierto día
la Providencia),
tropa profundamente
desventurada
que ni de nada goza
ni espera nada,
mal tapadas las carnes
con cuatro trapos
y que no saldrá nunca
de sus guñapos.
Gente que está que trina
con sus cadenas,
sin hallar lenitivo
para sus penas,
y que, harta del infierno
que sufre en vida,
por miedo solamente
no se suicida.
Morralla que carece
de pretensiones,
que vive, como un árbol,
sin ilusiones,
y que, falta de alientos,
pura materia,
va enseñando las llagas
de su miseria.
De modo que si un golpe
bien dirigido
corta ese repugnante
miembro podrido,
queda sólo en la corte
la parte buena,
más limpia y más brillante
que una patena.
Este procedimiento
no será blando,
pero, ¡qué diantre! todos
salen ganando...
Y en cuanto hubo medido
muy á conciencia
todas estas razones
la Providencia,
llamó, para enterarle
de su programa,
al ángel de los vientos
del Guadarrama.

El cual, en una cruda
noche de invierno,
hizo sobre las cumbres
sonar un cuerno,
y los picachos todos
recién nevados
mandaron hacia el valle
soplos helados.
Cuchillos invisibles
de filo doble
que podrían acaso
partir un roble,
cuanto más al mendigo
que hubiera al paso
sin cenar y sin ropa
durmiendo al raso.
El frío heló el estanque,
la fuente, el río...
y sintieron el golpe
mortal del frío...
todos los que salieron
sin precauciones
de teatros y bailes
y reuniones.
Tanto, que resultaron
al otro día
setecientos enfermos
de pulmonía.

Y pensaban en tanto
los desperdicios
que improvisaron camas
junto á los quicios;
—¡Ya se ve que la noche
no es de verano,
porque es fresquito el aire!...
¡Pero es tan sano!

17 Diciembre 1892.

RECUERDO

En tal día como hoy, diez años hace,
calado por la lluvia hasta la médula
y aterido de frío, la esperaba
con dulcísimo afán, junto á la reja.
Fué mi primera cita, y ya se sabe
que la cita mejor es la primera,
poque el placer en ella recibido
deja en el alma indestructible huella.
El rumor de panderos y zambombas
se perdía en lejanas callejuelas
y lentamente lo envolvía todo
la calma silenciosa de la aldea.
Oí de pronto tras el frío hierro
rechinar suavemente la madera
y... ¡no gozara tanto si se abriese
la puerta de oro de la gloria eterna!
Ella asomó un momento, recatada
y entre los pliegues de su chal envuelta,
temblando de emoción, como si aquello
la meta y colmo del delito fuera.

No pudimos hablar, fuerza invisible
con el deseo me anudó la lengua
y el pudor con su dedo misterioso
puso el espasmo en la garganta de ella.
Pero empujados por extraño impulso,
sin intención tal vez, sin darnos cuenta,
se juntaron los labios en un beso,
¡primer beso de amor! ¡raudal de néctar!
Se cerró bruscamente la ventana,
y extático quedé junto á la reja
temblando de placer, mientras corría
fuego del cielo por el alma entera.

¡Perdonad la herejía! Desde entonces
yo llamo á aquella noche Nochebuena,
más porque gozo al recordar el beso,
que porque el Hijo del Señor naciera.

24 Diciembre 1892.

EL TIMONEL

Todos duermen á bordo. Del serviola
veo allá arriba y lejos la silueta
y oigo abajo el tremendo resoplido
del vapor encerrado en la caldera.
¡Qué hermosa está la noche! De la luna
los rayos en las olas cabrillean
y manto inmenso de bruñida plata
la superficie de la mar semeja.
¡Qué pequeño es mi barco! ¡Qué pequeño,
solo y bogando en la llanura inquieta
que en son de guerra bajo el casco ruge
y allá en la proa con furor se quiebra!
Si el monstruo airado se levanta y barre
con ímpetu terrible la cubierta,
¿cómo luchar con él? ¿Quién al gigante
podrá vencer en desigual pelea?
Irán sorbida al insondable fondo
mi cáscara de nuez, y yo con ella,
sin ver más á mis hijos... ¡mis pequeños,
que allá en la costa por su padre rezan!...

¡No será, vive Dios! ¡Aunque en las bandas
las olas como mundos se rompiéran,
la mano en el timón y el alma en ellos,
caerían todas á mis pies deshechas!...
¿Yo pequeño ante el mar, y cariñosos
los brazos de mis ángeles me esperan?
¡Loco al pensarlo fui! ¡Somos iguales
y azotaré sus lomos si se encrespa!
Duerman en paz á bordo. Podrá el viento
desbaratar los palos y las vergas,
y el violento empuje de las aguas
doblar herrajes y astillar maderas,
pero, ¿eso qué me importa? De las manos
nunca podrá arrancarme la tormenta
la rueda del timón... ¡y doy palabra
de llegar á la costa con la rueda!

7 Enero 1893.

MALOS CONSEJOS

¿Qué te pasa, Ventura? ¿Que te olvida
tranquilamente la mujer querida?
Tú has tenido la culpa, no la ingrata
que falta á su promesa
de amor eterno, y al faltar te mata.
¡La femenina condición es esa!
¿No te amó alguna vez? ¿No hubo momento
en que, embriagada de pasión, cayera
vencida por el dulce desaliento
confesándose tuya toda entera?
Pues, ¿por qué no lo fué? ¿Porque el pecado
repugna al hombre honrado,
y creíste tal vez, pobre Ventura,
que vencido aquel rapto de locura
serías más querido y admirado?
¡Pues toma el pago ahora
en la inquietud mortal que te devora!
En esas luchas del amor ardiente,
cuando el deseo comprimido estalla,
nada más conveniente
que olvidar el honor, y ser canalla.
Porque acaso tu dueño pensaría
tomar la indignidad por travesura
y tal vez á estas fechas te querría
con mayor devoción y más ternura,
mientras que de este modo
nada consigues y lo pierdes todo.
En tanto que ella en tu dolor se goza,
esa pasión maldita
que te abruma, te enerva y te destruya,
hasta la eterna salvación te quita.
Y harto, á la postre, de tragar veneno
por todas partes hallarás el palo:
Dios el castigo te dará por malo,
y ella te priva de su amor por bueno.

14 Enero 1893.

SEGUIDILLAS

Como todos los hombres
somos amantes
de descifrar enigmas
interesantes.
¡me ha dado ahora...
por saber si me quiere
la planchadora!

En un periodiquito
dice simplezas
á cuatro desgraciados
que escriben piezas;
pero es lo grave
que le inspira la rabia
de que él no sabe.

Tú tienes quince abriles
y yo cuarenta
y lo que me propones
no me trae cuenta,
porque, ¡qué quieres!

has tratado más hombres
que yo mujeres.

Andan los más ilustres
economistas
escribiendo guarismos
y haciendo listas;
¡tarea triste,
porque hay muchos canarios
y poco alpiste!

Si todo el que se mata
por *aburrido*
supiera que, en efecto,
ningún nacido
se lo creía...
¡de seguro que nadie
se mataría!

Cada vez que me acuerdo
de aquel rey godo
que por una doncella
lo perdió todo,
pienso y me digo:
¡caramba! ¡quién pudiera
ser don Rodrigo!

Préndanme por celoso
de mi chiquilla
y enciérrenme en los pliegues
de su mantilla,
que, estando preso,
cada vez que se tape
la daré un beso.

¡Proclamo el amor libre!
pues me parece
que es un lindo sistema...
mientras no rece
con mi Tomasa.
¡Mucha anarquía! Pero
no por mi casa.

Con no darme la mano
si me despido,
¡qué pedazo de gloria
me has suprimido,
prenda adorada!
¡Y eso que parecía
que no era nada!

21 Enero 1893.

LA DENTICION

La naturaleza es sabia,
según informes auténticos,
y mucho más previsora
que cualquier ayuntamiento.
Echan los dientes los niños
tras fatigosos esfuerzos,

y cada diente les cuesta muchos días de tormentos.

Fiebras, catarros, berrinches, eternas noches sin sueño... y al fin y al cabo se mueren casi el sesenta por ciento.

Luego, á la postre, resulta que no servían aquéllos y hay que esperar á que broten en su lugar otros nuevos.

Y eso es lo que á mí *me puede*, como dicen en mi pueblo, porque de tales trastornos la necesidad no veo.

¿A qué vienen los segundos si los que había eran buenos? Y si los segundos quedan, ¿para qué echar los primeros?

28 Enero 1893.

EL CAMPO DE BATALLA

El sol se ha puesto ya, y en las colinas que el marco forman del extenso valle, cual fugaces relámpagos, fulguran los últimos chispazos del combate.

Se dispersa el ejército. Los grupos se pierden en las sombras del bosqueaje y en las lejanas bayonetas brillan los débiles reflejos de la tarde.

Solos quedan los muertos que aún conservan las huellas de la rabia en los semblantes, revueltos, hacinados, confundidos en el suelo teñido con su sangre.

Este muerde el fusil, cual si la muerte le sorprendiera en el dolor más grande, aquél aún amenaza al enemigo con los dedos crispados en el sable,

y el otro duerme con tranquila calma, cual si hubiera caído embelesándose con los rumores del cercano arroyo que corre indiferente á la catástrofe.

Tal vez á aquellas horas misteriosas, agrupadas en torno á los hogares, leen sus cartas, henchidas de ilusiones, las hermanas, las novias y las madres.

Y ellos están allí, rígidos, mudos, formando negra mancha del paisaje tal y como cayeron, defendiendo de la patria los santos estandartes

que allá se van perdiendo entre las sombras y dejan olvidados á sus mártires, para buscar la gloria en otros campos sobre nuevos montones de cadáveres.

18 Febrero 1893.

DIALOGO EDIFICANTE

—¡Ameme usted, por Dios!

—¡Si soy casada!

—¿Y eso qué importa? ¡Nada!

No merece respetos un marido

que la abandona á usted, y es un perdido. —¡Ah! ¿Conque es un perdido?

—¡Sí, señora!

¿se entera usted ahora?

Mientras usted se aburre y desespera siempre sola, sin goces ni placeres, él con otra mujer ¡y otras mujeres! se las da por ahí de calavera.

—¡Jesús!

—Y, claro está, cuando el demonio los lazos rompe así del matrimonio, el mismo Dios permite que se tome el desquite.

—¡Qué bromista es usted!

—¡Ay! No hablo en broma; debe usted desquitarse.

—¿Sí?

—Conmigo.

—Llega usted tarde, amigo.

¡El desquite es mi esposo quien lo toma!

4 Febrero 1893.

A LA SEÑORITA VALENTINA

¡Reniego del oficio

que con tales gabelas compromete!

Lo digo porque tengo su billete para ver la función de beneficio...

¡Y van en la semana diez y siete!

¡Tu *quoque*, Valentina!

(Y usted dispense la expresión latina.)

¿A usted también la empresa

le hace ese honor, con la intención aviesa de que saque el dinero en un instante á todo el que se ponga por delante?

Que la perdone Dios el buen deseo, pero tengo en la mano el papelito y casi no lo creo,

porque usted, como actriz, no vale un pito.

La verdad, señorita, es muy amarga, pero eso es abusar de la costumbre que el impuesto ordinario nos recarga y estamos ¡vive Dios! echando lumbre.

Yo ya me canso de comprar farroques, boquillas, *neceseres* y bastones,

porque todos los días

me gasto lo que gano en chucherías para aumentar la lista de regalos

de actores buenos y de actores malos.

Ya me cierro á la banda,

y le devuelvo á usted lo que me manda. Si el público la admira

(que bien pudiera resultar mentira), no será necesario ciertamente este sistema de arrastrar la gente.

Disponga, por lo tanto, de mi asiento y sepa que no veo el beneficio

porque yo, por mi parte, no consiento que la costumbre degenere en vicio.

18 Febrero 1893.

MUSICA PERDIDA

La roja luz del último tranvía
se perdió de la calle en la revuelta,
y cesaron los ruidos ante el sordo
monótono rumor de lluvia espesa,
turbado solamente por las notas
ásperas, estridentes, lastimeras
que de su violín sacaba un viejo
apoyado en el quicio de una puerta.
Nadie pasaba ya. Quedó el mendigo
tan empujado en la mazurka eterna
como si embelesada en sus arpeggios
la muchedumbre atónita le oyera.
¿Por quién tocaba, pues, si no tocaba
con la esperanza de limosna incierta,
ni había corazones que ablandasen
de su instrumento las sentidas quejas?
Al verse, acaso, con el cielo á solas
le pedía el alivio de sus penas
y al cielo dedicaba aquella triste
suplicante canción de la miseria.
Pero... ¡inútil rascar! Como los hombres
durmíendose, también la Providencia
pagaba indiferente su mazurka
llenándole de fango la bandeja.

8 Abril 1893.

¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Según dicen más de cuatro
que han descubierto el sistema,
es muy sencillo el problema
de acertar en el teatro:

Estudiar caricaturas
y presentarlas de modo
que hagan gracia; ¡sobre todo
mover mucho las figuras!

Una contorsión eterna
y una acción rápida, viva
y animada; en eso estriba
la dramaturgia moderna.

Nada de escenas *paradas*
ni de discreto *fino*,
que aburre al Verbo divino
con sus frases rebuscadas.

Una forma primorosa
¡qué le importa al auditorio,
que no sabe si el *Tenorio*
está escrito en verso ó prosa?

Vivimos ya tan de prisa
que necesita la gente
sentir inmediatamente
la tentación de la risa,
y al levantarse el telón
necesita conocer
el enredo que ha de ser
base de la animación.

Y si no hay dos situaciones
graciosas en un segundo,
ya tiene usted á todo el mundo
preparado los bastones.

¡No! y el público no es tonto;
pide acción interesante,
que le diviertan bastante
y que le diviertan pronto.

Y como está en su derecho
hay que darle lo que quiera;
yo ya encontré la manera
de ganar honra y provecho.

Nada de lucha valiente
para venir á estrellarse;
es más sencillo dejarse
arrastrar por la corriente.

El sainete que ahora escribo
tiene que ser cosa buena,
porque coloco en la escena
los caballos del *Tío Vivo*.

Y allí sin cesar se mueven
soldados, chicos, niñas,
chulos, criadas y horteras
que ríen, gritan y baten.

Hay chistes á borbotones
de esos que arrancan murmullos,
frases gordas, apabullos,
insolencias, pescozones...

Y ello no será un portento
ni pasará de la raya,
pero movimiento... ¡yaya
si va á tener movimiento!

15 Abril 1893.

POST NUBILA...

Retiembla la montaña hasta el cimiento,
los árboles añosos se descuajan
y saetas de luz hierden y rajan
el túpido crespón del firmamento.

A los golpes del aire turbulento
las ramas de los pinos se desgajan
y de las cumbres los aludes bajan
poncos quejidos arrancando al viento.

Pero al huir las nubes se presenta
radiante el sol, y el esplendor del día
con el contraste del estrago aumenta.

¡Así tiene el amor, paloma mía,
pasada de los celos la tormenta,
más dulzura, más luz, más alegría!

22 Abril 1893.

EN EL ARBOL

Ingrata jilguera
(decía un jilguero),
¡qué dura es la infame
traición que me has hecho!
¿Te busqué yo acaso?
Bien saben los cielos
que libre volaba
por bosques y huertos,
sin más enemigos
terribles y arteros
que el aguija arriba

y el hombre en el vuelo.
 ¿Por qué á esos peligros
 de que hayo y que temo
 se unió el de tus ojos
 brillantes y negros,
 que siempre acechando
 mostrábanme tiernos
 la extraña dulzura
 que tienes en ellos?
 ¿Por qué hasta mi nido
 venías, luciendo
 con giros graciosos
 y rápidos vuelos
 las plumas brillantes
 que cubren tu cuerpo,
 que amoroso besa
 con delicia el viento?
 ¿Por qué de tus cantos
 traíame el eco
 los más cariñosos
 y dulces gorjeos?
 En ganarme el alma
 pusiste tu empeño,
 para con desdenes
 herírmela luego.
 Cuando yo, engañado
 por tus embelezos,
 por amarte vivo
 y en amor me quemó,
 tú, impasible, pagas
 mis halagos tiernos
 con indiferencia
 rayana en desprecio.
 Que en la red me cojan
 ó al romper el vuelo
 me destruya un ala
 perdigón certero,
 por traición lo tomo,
 pero no me quejo,
 porque así nos matan
 y morir habemos.
 Pero que asesinen
 unos ojos negros
 que el amor alientan
 con un fia siniestro,
 eso ya es un crimen
 que castiga el cielo!
 ¡Jilguera, no sabes
 el mal que me has hecho!
 Bajo el ala el pico
 y esponjado y hueco,
 sólo ya la calma
 de la muerte espero.
 ¡Todas sois iguales!
 Bien visto lo tengo.
 ¡Pájaras por fuera!
 ¡Mujeres por dentro!

29 Abril 1893.

EN EL OLIMPO

Un día, ya hace siglos,
 los topos se juntaron

y á Jove se quejaron,
 cansados de cavar.
 —¡Protestamos (dijeron)
 de que haya tanta gente
 que goza libremente
 del aire, el sol y el mar!
 —¿Por qué?

—Porque nosotros,
 por una suerte perra,
 pasamos bajo tierra
 la edad de la ilusión,
 en tanto que allá arriba
 los más afortunados
 encargan á los hados
 de su manutención.
 —Y ¿qué queréis?

—Que nadie
 holgando coma y beba,
 que todo el mundo deba
 cavar para comer.
 —¡Caramba con los topos!
 ¡Con qué coplitas vienen!
 Lo malo está en que tienen
 razón al parecer.

Apolo, tú ¿qué opinas?
 —Señor, á fe de Apolo,
 yo creo que no es solo
 trabajo el de cavar,
 y que también trabaja
 buscando su sustento
 quien cruza raudo el viento,
 quien surca libre el mar.
 Sacar de topo al topo
 sería un poco grave:

¡ni vuela como el ave,
 ni nada como el pez!

—De modo que tú piensas...

—Que los comisionados
 están equivocados,
 señor, por esta vez.

—Pero hay una injusticia.

—Fues culparte á ti solo.

—¡Me estás faltando, Apolo!

—¡Pues no me vuelvo atrás!

Pudiste ahogar en germen
 el malestar profundo.

—¿Cómo?

—¡Poblando el mundo
 de topos nada más!

6 Mayo 1893

EL BESO

I

En un pueblo, no sé cuál,
 pero sin duda importante,
 un muchacho, practicante
 de yo no sé qué hospital,
 se enamoró locamente
 con una pasión bravía
 de una chica que cosía

er un obrador de enfrente,
y en la primera ocasión,
cayéndosele la baba,
la dijo que la adoraba
con todo su corazón.

Ella no vió buen marido
en él, y dijo que *nones*
con las más breves razones
que se le dan á un nacido.

Con lo cual el desgraciado,
por las calabazas ciego,
sintió más ansia y más fuego
desde que fué desdeñado.

(Porque todo el mundo sabe
que se pierde la cabeza
cuando en amor se tropieza
con un obstáculo grave.)

Empeñándose en vencer
á la pobre costurera,
siempre espera que te espera
á la puerta del taller,

hizo de tal modo el paso
durante días enteros,
que todos los compañeros
se enteraron del fracaso.

Al fin, irritado, loco
al mirarse escarnecido,
quiso tomar el partido
de contentarse con poco,
y la dijo:—¡Por favor!

Míra que vas á matarme,
y ya que no puedes darme
ni una esperanza de amor,

dame un beso, ¡sólo un beso
que recordar mientras viva!
Pero ella, honrada y altiva,
le respondió:—¡No, ni aun eso!

Ante aquel nuevo percalce
rompió el mancebo por todo,
buscando de cualquier modo
la venganza á todo trance.

Desde entonces no hizo nada
más que mostrarse engreído
como si hubiera obtenido
los favores de su amada,

y la calumnia grosera
que destruye cuanto toca,
corriendo de boca en boca,
llegó hasta la costurera.

¡Siempre es creído el error
que á un tercero perjudica!
Total, que á la pobre chica
la echaron del obrador.

II

Algunos meses después,
presa de terrible mal,
moría en el hospital
el número veintitrés;

una muchacha inocente,
muy joven, muy desdichada,
que había entrado atacada

de viruela confluyente.

¡Qué viruela, cielo santo!
¡Qué mucho que se asustara
todo el mundo, si la cara
de la enferma daba espanto?

Nadie se acercó á su lecho,
nadie más que un practicante
que al verla casi expirante
dijo en voz alta:—Esto es hecho.

El fallo oyó claramente
la infeliz que se moría,
pero al ver quién lo decía
se incorporó de repente.

Entre sus brazos huesosos
le estrechó como una loca,
y sellándole la boca
con sus labios asquerosos

le dijo:—¡Infame! ¿no es eso
lo que ansioso me pedías?
Pues ya lo tienes. ¿Querías
un beso? ¡Pues toma el beso!

13 Mayo 1893.

PEQUEÑO POEMA

I

Pepe vino á Madrid lleno de bríos
á luchar por la gloria, á hacerse célebre,
y trayendo por armas y bagajes
la audacia, la paleta y los pinceles,
se metió en lo más recio del combate
dispuesto á pelear como un valiente.
Dura fué la labor; ¡la muchedumbre
tenaz y silenciosa se defiende
y el soldado del arte necesita,
además de valor, paciencia y suerte!
En esa lucha previa, en esta etapa
de dudas, privaciones y reveses
en que los más sucumben, y los menos
temple de acero para el alma adquieren,
Pepe se enamoró... como cualquiera,
de una rubia preciosa: de Mercedes,
otra pobre como él, más desgraciada
porque siempre fué sola y pobre siempre.
El la quiso con ansia, con el fuego
que da la sangre que en las venas hierve;
ella á él con ternura, con el suave
carinho que impresiona dulcemente.
Fué su acicate vivo en la batalla,
salutífero bálsamo en la fiebre,
gufa en el arte y eficaz consuelo
que trocaba las penas en deleite...

II

Y él, al cabo, triunfó. Pudo su firma
alternar con las firmas de los jefes,
cyó el primer aplauso, y vió delante
el campo abierto donde el genio vence.
Los cambios de fortuna traen consigo
fatal alteración de caracteres

y el hombre que fué bueno en la desgracia cambia en la dicha, y en el cambio pierde. Pepe olvidó á Mercedes poco á poco, se dedicó á otro mundo, á otras mujeres, y contaba riendo á sus amigos aquel eterno amor... de cinco meses. Ella, la pobre, le quería tanto que el cariño aumentó con los desdenes, y como triste rosa abandonada se agostó con la pena de no verle. Y á fuerza de sufrir pidió á los cielos el eterno descanso de la muerte, ¡que hay niñas inocentes todavía que aman de veras, y de amor se mueren!

III

Iba un carruaje fúnebre, modesto, marchando al cementerio lentamente, y al llegar á las Ventas, de un cuartito, donde había sin duda gente alegre que llenaba de ruido el merendeeo con risotadas y canciones *verdes*, se abrió una ventanilla. Una muchacha ebria de vino y harta de placeres se asomó á ver el coche. Y en seguida se oyó en el interior la voz de Pepe que la decía:—Trini, ya lo has visto: un entierro que pasa. ¡Cierra y bebe!

20 Mayo 1893.

EPISTOLA INMORAL

Ya que te gustan, Fabio, las mujeres, cosa puesta en razón, pues de varones es el quererías como tú las quieres, consejos te daré si no te opones, que te sirvan de norma, ley y guía, que también tienen leyes las pasiones.

Nada hay más bello que el amor de un día, puesto que, á fuerza de beberla, acaba por saber á vinagre la ambrosia,

y si aburre lo que antes se buscaba, no hay más remedio que cambiar de vaso sin disgusto, ni obstáculo, ni traba...

¡Difícil pretensión! porque es el caso que, al tratar de escurrirse, halla cualquiera muro de piedra que le cierra el paso,

porque la dama que parece fiera, cuando ve que el amante se le escapa, se torna cariñosa y zalamera,

cosa desagradable cuando es guapa...

Un medio hay de evitarlo: ser discreto, tener reserva y trabajar de zapa.

Busca tus aventuras en secreto

y no digas jamás ante la gente:

"á tal cosa ó á cual me comprometo",

que el que es galante y fino y complaciente y hace el amor en público á una dama, da campanadas y después lo siente.

Desdénala tú la trompa de la fama, toma un aspecto triste y aburrido,

como imitando á quien de veras ama, y aunque á ofrecerte llegues por marido, cuando te canses ya, vuelve la espalda sin recordar ni en broma lo ofrecido, que una vez despegado de la falda, la cuenta que ajustaste en el misterio, en el misterio, sin gritar, se salda. Si tomas los amores por lo serio, una te atrapañá sin que lo impidas y te saldrá á la cara el gatuperio, mientras tomando á tiempo tus medidas gran partido tendrás con las doncellas. ¡No sabrá nadie tus pecados, y ellas quedarán además agradecidas!

27 Mayo 1893.

S. D. M.

Sobre sucios harapos va un mendigo del mundo á despedirse, sin parientes ni deudos que le atiendan ni amigos que le cuiden.

Sin otra compañía que un monago que de guía le sirve, mientras hace sonar la campanilla melancólica y triste, el Dios del cielo, á quien adoran reyes y cantan serafines, viene desde su altar, y entra en la cueva del pecador humilde.

Un viejo sacerdote, distraído masculla sus latines, procurando acabar las oraciones lo más pronto posible. En cuanto el pobre diablo que se muere al Salvador recibe sin saberlo quizá, sin que le importe la visita un ardite, vuelve á oírse lejano de la esquila el fatídico timbre, y la luz del farol, allá á lo lejos, en las sombras se extingue.

¡Misterio inescrutable! ¡Nadie puede saber en qué consiste que, aunque sean pequeños los actores, siempre es el acto grande y es sublime...

3 Junio 1893.

AL MONTON

Por la escalerilla llena de remiendos que al amplio escenario permite el acceso, va subiendo, á costa de grandes esfuerzos, una pobre vieja de setenta inviernos, turbia la mirada, blancos los cabellos, trémulos los labios,

vacilante el cuerpo
dentro de un vestido
destrozado y viejo.
Sírvela de apoyo
mientras va subiendo
una hermosa niña
con los ojos negros
(de mirar tan dulce,
tan humilde y tierno
que de un alma hermosa
son sin duda espejo)
y cuando se queja
la dice riendo:
—Animo, abuelita,
que ya falta menos.

—
Una vez arriba
y al mirar aquello,
los coros que ensayan
gritando y corriendo,
y los maquinistas,
y los carpinteros,
actores, comparsas,
bullicio y estruendo,
la muchacha tiembla
de vergüenza y miedo.
—¿Qué buscan ustedes?
les dice un portero
—Pues... al empresario;
mire usted, yo vengo
porque aquí me han dicho
que se gana un sueldo
cantando unas cosas
que manda el maestro.
Ambas somos solas,
mis hijos se han muerto,
y estamos tan pobres
que ni pan tenemos.
Con lo poco que ésta
ganaba cosiendo
vivíamos antes...
Fero ya hace tiempo
que el trabajo falta
y no hay más remedio
que cantar... Mi nieta
tiene gran despeje
y una voz más dulce
que un ángel del cielo...
Ella no se atreve,
porque tiene miedo,
pero con las otras
ya lo irá perdiendo,
porque todos dicen
que es tan fácil eso...
—¡Ah! vamos, ¿corista?
Que espere un momento.

—
Minutos de angustia
terribles, eternos,
pasó la muchacha
de los ojos negros,
con la incertidumbre

retratada en ellos,
en un rinconcito
de la gente lejos,
intranquila el alma,
tembloroso el cuerpo,
mientras el ensayo
proseguía, en medio
de música, voces,
carreras y estrépito...
Llegó el empresario
muy grave y muy serio,
se fijó en la niña,
la observó en silencio,
y alegre se dijo
para su colete:
—¡Guapa chica!... ¡Carne
de palco proscenio!

17 Junio 1893.

DON POLICARPO

El calienta el horno
y otro come el pan.
(LA Bruja)

Limpio, atildado, teñido,
caminando siempre erguido
por un esfuerzo constante,
y echándolas de estudiante
calaverilla y corrido;
estorbando en las aceras
y sonsacando porteras
le veréis á todas horas
detrás de las peinadoras,
modistas y costureras.

El se lanza al abordaje
con audacia y con coraje
y, por si hay un compromiso,
va dispuesto á poner piso
a *Sursum corda* que baje.

Si la fortaleza es alta,
corre, empuja, trepa, salta
y cuando ya está seguro
saca á relucir el duro

ó los duros que hagan falta.
¡Triste mendigo de amores
que va pidiendo favores
con necesidad creciente
para tocar solamente
las espinas de las flores!

Buscando alivio á sus penas
vierte el oro á manos llenas
en el desigual combate
para... servir de acicate
de las pasiones ajenas.

El alma ya carcomida
por las luchas de la vida
excita burla y sarcasmo,
cuando imita el entusiasmo
de la juventud perdida.

Y el sesentón calavera
que conserva toda entera
la afición á las mujeres

y va buscando placeres,
que no gozará aunque quiera,

hace siempre mal papel
quedándose á media miel
pues si sale vencedor,
todos su triunfo de amor
aprovechan... menos él.

Porque él aguanta el bochorno
del horno girando en torno
y nunca le faltan pillos
que comen los panecillos
que van saliendo del horno.

Y nadie le da consejos
porque visto desde lejos
eso acaso es conveniente,
¡porque vive tanta gente
de ilusiones... de los viejos.

24 Junio 1893.

HAZ BIEN...

Me dices, adorable Magdalena,
que, haciéndole un favor,
lanzaste una mirada compasiva
á un mendigo de amor,
y él, tomándolo en serio, te persigue
por doquiera que vas,
y te cansa, y te aburre y te fastidia...
¡Pues óyeme y verás!

A la taza de leche azucarada
que tomaba Asunción
llegó una mosca y se plantó en el borde
sin pizca de aprensión.
—Huele muy bien (se dijo); si está dulce,
¡bien debe de saber!—
Plegó las alas, alargó la trompa
y se puso á beber.
Pero el peligro en el placer se olvida.
En el primer desliz
se le fueron las patas, y en la leche
se cayó la infeliz.
Asunción, que es muy buena, vió el apuro
del insectillo audaz
que luchaba agitándose y bregando
con decisión tenaz;
metió la cucharilla, asió la mosca
el mango salvador
y venturosa y libre sobre el plato
dió gracias al Señor.
Se arrastró con trabajo largo trecho,
soltando, al avanzar,
el líquido pesado y pegajoso
que la impedía andar;
y después de limpirse las pañitas
con mucha precaución,
para meta escogió del primer salto...
la frente de Asunción.
Allí probó sus fuerzas; se vió en seco,
satisfecha y feliz,
dió un revuelo en el aire, y en seguida
se plantó en la nariz.

De allí se fué á la boca, de allí al cuello
picando sin cesar,
y la pobre Asunción, al fin y al cabo,
no lo pudo aguantar.
La persiguió con ira, con el ansia
de darla un achuchón,
arrepentida del primer impulso
de su buen corazón.
Y se dió de cachetes y puñadas
sin poderla coger;
porque en luchas así, sale perdiendo
quien tiene que perder.

Conque atiende, adorable Magdalena,
lo que te digo yo:
Haz bien á todo el mundo, si eres buena...
¡pero á las moscas no!

1.º Julio 1893.

¡VINO!

Escucha tú, Pichichí,
trae otras dos botellas,
que á néctar de los dioses
me sabe el Valdepeñas.

¡Bebed! ¡Tenía ganas
de hundir la inteligencia
en el caliginoso
vapor de la taberna,
que purpurino velo
sobre los ojos echa
y alegres y brillantes
las cosas nos presenta!
Al mágico conjuro
de incontrastable fuerza
del vino, que enardece
la sangre de las venas,
se excitan los cerebros,
desátanse las lenguas,
los nervios se alborotan,
los ojos centellean,
y vibran de las almas
en libertad las cuerdas,
sin trabas de mentiras
ni argollas de vergüenza.
Aquí en los corazones
la dulce calma reina,
mientras furiosas rugen
las tempestades fuera.
Aquí el remordimiento
no turba las conciencias
y los agravios hondos
se olvidan y desprecian,
ni el desengaño hiere,
ni á lo profundo llegan
traiciones de los hombres
y burlas de las hembras.
Al fondo de las copas
ahogadas van las penas...

¡Bebamos más! Pichichi,
destapa dos botellas.

.....
Aquí, cuando entre gritos,
insultos y blasfemias
las relucientes facas
dirimen las contiendas,
las manos que las blanden
no saben dónde pegar,
ni las heridas duelen,
ni los que luchan tiemblan.
Sinceras son y firmes
las amistades hechas,
y con placer se cambian
las dulces confidencias.
¿Verdad que aquí, vosotros,
calientes las cabezas,
daréis por mí la sangre
sin miedo de perderla,
y en cuanto os abandone
del vino la influencia
me venderéis acaso
por dos ó tres pesetas?
¿Que no? ¡De chascos de esos
está mi historia llena!
que siempre que del vino
disipanse las nieblas,
los hombres son traidores
lo mismo que las hembras.
¡La humanidad no puede
llegar á ser perfecta
si no se agita en torno
de la embriaguez eterna!...
¡Bebamos! ¡Tú, Pichichi,
trae otras dos botellas!...

.....
.....
.....
¡Rediós! ¡Qué bien se duerme
debajo de la mesa!

3 Julio 1893.

EL TREN GALLEGO

Se va formando el tren con gran estrépito
de topes, maderamen y cadenas,
entre suspiros del vapor que gime
y el eco sordo del vagón que rueda.
Engarza la serpiente sus anillos
en las enormes tuercas
para partir veloz al Noroeste,
de las montañas y los valles reina.
Mientras bullen y corren los viajeros
cargados de maletas
y se mezcla al rumor de las palabras
el abrir y cerrar de portezuelas,
allí arriba, hacinados en montones
como en aprisco estrecho las ovejas
más de quinientos hombres harapientos,
con las hoces acuestas,
rendidos, destrozados, asquerosos,
el punto y hora del embarque esperan.

Tan amplio es el andén, que en él podría
crigar un escuadrón á rienda suelta.
Pero para ellos no, que confundidos
se amontonan, se escrujan y se aprietan,
por la fila de guardias separados
de todo el mundo, como masa infecta.
Caen sobre ellos la burla y el insulto
sin arrancarles lágrimas ni quejas,
y esperan horas y horas, resignados,
con los ojos clavados en la tierra.
¿Como si todavía

demandaran perdón por su miseria!

Regaron con sudor en brega ruda,
las ardientes llanuras extremeñas
y vienen aspidados, mustios, secos,
lentos de mugre, con las caras negras,
sintiendo todavía en las espaldas,
cual látigo candente, el sol que quema.
Y allí están esperando que les pongan
unos cuantos vagones de tercera,
los viejos, los más sucios, los peores,
que han de formar del tren á la cabeza,
para que en caso de avería ó choque
se magullen, se aplasten y perezcan,
salvando á los demás, aquellas máquinas
que llenaron de trigo las paneras.
Y así pronto, metidos á empujones,
tratados como bestias,
instrumentos, personas y equipajes
irán en cada coche cuantos quepan.

En su largo camino
el pobre tren gallego, tren carreta,
tendrá que echarse á un lado muchas veces
al paso del exprés, que le desprecia,
y ocultará en la vía, avergonzado,
la podredumbre que en su vientre lleva,
para no exponzofiar con el aliento
las berlinas, salones y literas.

.....
Rechazad, si podéis, á los obreros
que demandan su puesto en vuestra mesa
y salen de talleres y de fábricas
para tomar coraje en las tabernas.
Truene airado el cañón y brille el sable
contrastando la fuerza con la fuerza,
que la podrida sociedad es justo
que, al ir á derrumbarse, se defienda.
¡Pero tened piedad, piedad tan sólo,
para esa muchedumbre humilde y buena
de los trabajadores de los campos
que no piden, ni luchan, ni protestan,
y mueren asfixiados y rendidos,
con su sonrisa de dulzura eterna,
por llevar un efímero consuelo
al miserable hogar que los espera!

22 Julio 1893

INSOMNIO

¿Cuándo querrá el diablo
que cese un momento
esta inaguantable

desgracia que tengo?
 En vano al trabajo
 con ansia me entrego
 por ver si consigo
 rendir el cerebro,
 cansar la materia,
 molerme los huesos
 y luego dormirme
 larguísimo tiempo.
 ¡Dormir! ¡Ah, qué cosa
 tan buena es el sueño!
 ¡Salirse del mundo
 traidor y embustero
 sin atormentarse
 con el pensamiento,
 y en dulce letargo
 y en grato sosiego,
 sin pena ni gloria
 vivir... no viviendo!
 ¡Y yo todavía
 no sé lo que es eso!
 A mí las ideas
 me siguen al pecho,
 y allí me atentan,
 me agitan los nervios,
 en vagas quimeras
 me engolfo y me pierdo,
 con las penas sufro,
 los placeres siento,
 y en el mundo sigo
 cuando de él me alejo,
 siempre en sus miserias
 y siempre despierto!
 porque me desvelan
 todos los recuerdos
 y todos los ruidos
 y todos los ecos...

.....
 Cuando yo me muera,
 que será de viejo
 (lo que no hace falta
 dura mucho tiempo),
 quiero que me entierren
 de prisa y corriendo,
 sin gritos de angustia
 ni sollozos tiernos,
 que no haya respuestas
 ni venga cortejo,
 ni me pongan losa
 con ningún letrero,
 pues quiero que quede
 perdido mi cuerpo
 gozando á sus anchas
 del reposo eterno,
 muy fuera del mundo,
 muy solo y muy lejos,
 ¡á ver si descanso,
 y á ver si me duermo!

29 Julio 1893.

LOS SUICIDAS

"Ella me ha despreciado. La adoraba,
 yo no puedo vivir con lo que sufro.
 Me echo una cuerda al cuello, y así pongo
 fin á mis penas al correrse el nudo."
 —¡Mal hecho, criatura! Esos aranguas
 de rabia, de soberbia ó de disgusto
 son casi siempre falsos. Todo pasa...
 ¡Quedan tantas mujeres en el mundo!

—
 "Aviso al que me extraiga del estanque
 que yo en mi sano juicio me zambullo.
 Hoy vence el pagaré. No tengo un cuarto.
 Ahogaré mi deshonra en el sepulcro."
 —¿Y quién te ha dicho á ti que eso es des-
 [honra?
 ¡Eso es sólo una forma del orgullo!
 Trabaja y pagarás; ó, hablando claro,
 di que prefieres escurrir el bulto.

—
 "Señor juez: me he cansado y me retiro:
 esta vida es monótona, y me aburro.
 A otro mortal cualquiera el sitio de-je,
 y que, si puede, se divierta mucho."
 —¡Infeliz! ¡Aburrirse, cuando quedan
 tantos pobres hambrientos y desnudos
 á quienes hacer bien, buscando un goce
 tan fatimo, tan dulce, tan profundo!...

—
 "La miseria me choga, me acoquina;
 no la puedo vencer por más que lucho.
 No tengo pan, ni abrigo, ni esperanza...
 Me arrojo al patio desde mi tugurio."
 —¿Con qué derecho? Si la vida sigue,
 seguir debe el combate recio y duro.
 ¿Que ya el último esfuerzo ha sido inútil?
 ¡Haz otro, y otro más, y nunca el último!

—
 "No creo en el amor, porque he gastado
 mi corazón en el placer impuro;
 marchita la ilusión y seca el alma,
 paz en la bala del revólver busco."
 —¿No crees en el amor, luz de la vida,
 soplo del Creador, sostén del mundo?...
 ¡Haces bien en matarte, desdichado!
 Dios te perdonará, yo te disculpo.

5 Agosto 1893.

FLOREOS

Cuando la dulce sonrisa
 despliega por ambos lados
 los claveles encarnados
 que tiene por labios Luisa,
 baja un arcángel del cielo,
 la toca el rostro, se aleja
 lleno de orgullo, y la deja
 en la mejilla un hoyuelo
 incitante, tentador

y provocativo... ¡tanto
que, al verlo, el santo más santo
se convierte en pecador!

Hoyuelo poco profundo,
por el cual rabian de celos
todos los demás hoyuelos
chicos y grandes del mundo.

Lindo adorno de la piel
que por no tener rival
no quiere que haya otro igual
¡ni en la misma cara que él!

Y haciéndola más hermosa
por estar solo, disfruta
soberanía absoluta
en su mejilla de rosa,

donde enardece, y convida
á dejar los labios presos
aquella tumba de besos
por el rubor encendida.

Como estamos convencidos
los amantes desdeñados
de que los besos soñados
son más dulces que sentidos,
¡cuántos ¡ay! la day así
que antes de ser descubiertos
mueren, y después de muertos
vuelan á enterrarse allí,

mientras, trémulo de amor,
yo los veo con placer,
pues sé que no han de poder
hallar sepulcro mejor!

Y quiera Dios que mi Luisa
no comprenda esta locura
y cierre la sepultura
suprimiendo la sonrisa
pues si me falta ese apoyo
de mi amante desvarío.

¿Qué va á ser de mí, Dios mío,
sin ver aquel hoyo? ¡Un hoyo

de cuya gracia especial
quedó satisfecho Dios

y ya no quiso hacer dos,
que era lo más natural,

porque residiendo en él
le suma ciencia, sabie

que el otro no le saldría
tan bonito como aquél.

29 Agosto 1893.

UNA SOLUCION

Todo el mundo se queja de los gastos
y es justa y es legítima la queja;
hace falta en seguida reducirlos
para evitar la quiebra.

Pero nadie tolera que le mermen
lo que directamente le interesa,
y de aquí los apuros y el tormento
del ministro de Hacienda.

Sólo al meter la mano en el enorme
presupuesto de Guerra,
todos los intereses lesionados

se han alzado en unánime protesta.

Por las capitanías generales
que se quitan, se cambian ó se dejan,
ha habido insurrecciones y amenazas
de motines y huelgas,
que, á juzgar por los signos evidentes,
todavía colean.

¡Ay que buscar á escape una salida
que el perdido sosiego nos devuelva
y aune y armonice en lo posible
las distintas tendencias.

No es razonable que en favor de pecos
se sacrifique la nación entera,
ni tampoco esquilmar á las ciudades
quitándoles las fuentes de riqueza.
Para que todos queden satisfechos
la solución es ésta:
¡Muchas capitanías! Todas, cuantas
las poblaciones quieran,
con muchos oficiales generales,
sueldos, emolumentos y prebendas,
gran lujo de oficinas bien montadas,
personal numeroso en todas ellas,
muchos cañones por doquier, y muchos
batallones, charangas y cornetas...
pero con una condición precisa:
¡que las paguen los pueblos que las tengan!

26 Agosto 1893.

EGLOGA

Por perros y zagales abandonadas,
libres de cortapisas y de cuidados
andaban las ovejas desperdigadas
triscando alegremente por los sembrados.

— ¡Caracoles! (me dije) ¿qué guarda es
[ésta?

¿Qué tendrá el pastorcillo que hacer ahora?
Eso es que en la cabaña duerme la siesta,
ó que está entretenido con la pastore!—

Pensar mal de las hembras es tan humano
que lo de la pastora lo di por hecho.

Me interné en el espeso monte cercano
y... acabé mis pesquisas al corto trecho.

¡Allí estaban sentados al pie de un chopo,
con las callosas manos entrelazadas,
si diciéndola á ella cada pirope

que encendía... juzgando por las miradas!

Pero ¡ay! que la zagala no era de aquellas
que en leyendas y cuentos pintan los vêts:
sencillas, inocentes, pulcras y bellas,
por las que se sofaban mil disparates.

No, que la pobre moza, muy desgreñada,
con el cutis tostado, sucia, asquerosa,

ni podría en romances ser alabada,
ni aun entre los papúes sería hermosa!

Mi presencia el coloquio cortó en seguida:
la pastora, al mirarme, saltó ligera
y escapó dando brinco, loca, aturdida,
cual perseguido corzo, por la pradera.

Quedó el pastor riendo como un bendito
con una descarada risa burlona

que indicaba que el lance le daba un pito y me decía:—¡Aprende! ¡Buena persona!

—¡Pues me gusta! (le dije).

—¿Quién? ¿la muchacha?

—¡Hombre! no la muchacha, precisamente; ¿cómo puede gustarme con esa facha que no se puede en calma mirar de frente?

—¿Le parece á usted fea? ¡Sí que lo creo! ¡Y á mí se me figura la pobrecita unos chorros del oro por el aseo y un ángel de la gloria por lo bonita!

—Pues dispensa, y Dios quiera que me equivoque, pero tienes mal gusto.

—No me incomodo ni me choca tampoco que á usted le choque, porque en el mundo tiene que haber de todo.

Para que no se pudran las pobrecitas, están así las cosas muy bien dispuestas; á usted ¡claro! le gustan las señoritas, y á mí, naturalmente, me gustan éstas.

Para mí las bravías, ¡yo no me asusto! para usted las prendidas con alfileres; ¡si fuviéramos todos el mismo gusto, quedarían en Babia muchas mujeres!

Y habría desazones á todas horas. ¿Ibamos á dejarlas que se murieran? ¡Pues estaría bueno! ¡Pobres pastoras si no hubiera pastores que las quisieran!

.....
¿Lo ve usted? Ya no aguardo que me res-
[ponda,

queda usted convencido y aturrullado...—

Y alzándose del suelo, sacó la honda y la emprendió á pedradas con el ganado.

2 Septiembre 1893.

NOCHE PERDIDA

Tronada volvió Luisa
de Buenos Aires,
sin otro aditamento
ni otro equipaje
que lo preciso para
cubrir las carnes,
un rollo de cartitas
de sus amantes
y una chiquilla rubia
como los ángeles.
¿De quién? ¡No lo sabía
su propia madre!
Otras que con ideas
fueron iguales,
volvieron deslumbrando
con sus brillantes
genados en batallas
de todas clases;
pero Luisa, la pobre,
cruzó los mares,
no encontró en la otra orilla
más que desastres
y trajo, en vez de sedas,

oro y encajes,
aquella niña rubia
como los ángeles.

—
¿Qué hacer en tal apuro?

Lo que otras hacen:

Lamar á los amigos
para salvarse.

Como yo de la lista
formaba parte,
me encontré sorprendido

por un mensaje
que decía á la letra,
salvo el enjuague
de zedas, bes y jotas.

¡Bes y haches!
“He venido. Te aguardo.
Tengo que hablarte.

Si quieres que cenemos,
dí que preparen
la cena, y que la traigan
de cualquier parte.

Ven á las nueve en punto,
no te retrases,
porque te armo la gorda
como me faltas.”

—
Visto estaba el cabazo,
pero ¡qué diantre!
tal vez viniera guapa
de Buenos Aires...

.....
Fuf. Cenamos, y mientras
mataba el hambre
me contó sus desgracias
con mil detalles,
extremando sus mimos
para ablandarme,
¡los mimos de las hembras
de su linaje!

La niña no cesaba
de contemplarme
clavados en los míos
sus ojos grandes,
y al fin dijo entre dientes:

—Mamá, ¿es mi padre?
Luisa exclamó riendo:
¡Toma! ¿quién sabe?—
¡Diría tantas veces
la misma frase,
para que contestaran:
—Pues mira, es fácil!

—
Entretanto un vinillo
como el vinagre
metía poco á poco
fuego en la sangre,
y Luisa, ya olvidada
de sus pesares,
encendidos los labios,
secas las fauces

y entornados los negros
ojos brillantes,
hábilmente fingía
desconcertarse
sintiendo por mis brazos
ceñido el talle.
Pero de pronto, como
si se acordase
de que á los niños dañan
ejemplos tales,
cogió á la niña rubia
con rabia casi
y diciéndole:—¡Toma,
si hay que acostarte!
tiró los cuatro trapos
en cualquier parte
y el débil cuerpecillo
dejó en el catre.
—¡A dormir en seguida,
que si no lo haces
te doy dos coscorrones
de los que sabes!
—¡Cántame la gitana!
—¡Qué! No hay cantares,
ni gitanas, ni cuernos;
duérmete y cállate.—
Tembló la pobre niña
como en los árboles
tiemblan las hojas lacias
que empuja el aire,
y apretando los párpados
cantó un instante,
creyendo que así el sueño
vendría á escape.
Pero luego, con ese
tonillo suave
de los niños que piden
mimo á sus madres,
repitió su estribillo
lento y constante:
—¡Mamita! ¡La gitana!
¡Ven á arrullarme!...—
y Luisa, haciendo un gesto
desagradable,
se acercó á la camita
de mal talante
y cantó, prescindiendo
de los compases,
como quien tiene gana
de que se acabe:
“Esta niña chiquita
no tiene madre,
la parió una gitana,
la echó á la calle...”
—Vamos, ¿te duermes?
—¡Otra!
—¡Llévete el diantre!
Ya he cantado. Con una
tienes bastante.—
Y se volvió á mi lado
sin inmutarse
y entonando los negros
ojos brillantes,

La niña, sollozando
ronca al quejarse,
segufa con su tema
dulce, insinuante:
—¡Cántame la gitana!
¡Cántala, madre!
—Vamos, Luisa (la dije),
quiere que cantes;
¿por qué no la concedes
favor tan fácil?
—¡No estoy yo para coplas,
que duerma y calle!
—Llora la pobrecilla.
—¡Pues que se aguante!

.....
Me dió mucha vergüenza,
rabia, ¡coraje!
y rompiendo los lazos
tenues y frágiles
que empezaban traidores
á sujetarme,
me acerqué al pobre lecho,
y allí, inclinándome
hasta juntar mis labios
con los del ángel,
y con el alma entera
puesta en las frases,
sintiendo en las entrañas
goce inefable,
canté bajo, bajito,
llorando casi:
“Esta niña chiquita
no tiene madre,
la parió una gitana,
la echó á la calle.”

.....
Y la chiquilla rubia
como los ángeles
se durmió entre mis brazos
acariciándome
con su mirada tierna,
tranquila y suave,
que decía:—Eres bueno...
¡Dios te lo pague!

9 Septiembre 1893.

MADRIGAL

(DIGO NO, TODO LO CONTRARIO)

Si una mujer, vencida
por la pasión que dices que te ciega,
aun antes de pecar arrepentida
te suplica y te ruega
que no hagas la desgracia de su vida,
no tengas compasión, ni del encanto
sustraerte procures al hechizo;
ríete de su angustia y de su llanto,
que no compensa la opinión de santo
la pena del placer que se deshizo.
En juegos de esta clase pierde el bueno.
Mejor cien veces que pecar de insulso,
es dejarse arrastrar por el impulso

del instinto brutal, loco y sin freno.

Porque si llega el día
en que la ames aún y no te ame,
será traidora, infame,
dura, cruel, imperturbable y fría,
y ha de gozar con el tormento horrible
del dolor que te hiera,
con la calma impasible
del que no quiere ya... porque no quiere.
¡Duro y á la cabeza!

¡No te pares en súplicas ni en nada,
que en amor miran toda la nobleza
como una estupidez exagerada!

16 Septiembre 1893.

JUICIO ORAL

—¿Tiene algo que decir el acusado?
—Sí, señor presidente.
Deseo que el Jurado
no atienda á mi delito solamente.
¡Le pido compasión! No por el miedo
que me infunda el castigo que me espera,
sino porque no puedo
morirme allá en la cárcel... aunque quiera.
Yo maté á mi mujer. Lo he confesado.
Y la maté á traición, loco, embriagado
por la rabia insensata
que produce en el hombre la caída
de la ilusión más pura y más querida,
y, en casos como el mío, es la que mata.
Ya lo ha dicho el fiscal. No tengo prueba,
pero en estos combates, ¿quién la tiene?
Viene la horrible duda... porque viene
y entra en el corazón y allí se ceba.
Mi esposa me era infiel. Yo lo sabía.
¿Por qué? No lo diré, pero es tan cierto
que si al verlo en sus ojos aquel día
no me atrevo á matar, me hubiera muerto.
Porque al darla mi amor y el alma entera
he sido fiel, trabajador, honrado...
y pérfido y perjura y embustera,
prefirió á mi cariño el de cualquiera
que entró como un ladrón en mi cercado.
Por eso la maté. Pero repito
que no busco disculpas al delito,
y si pido piedad humildemente
no es porque la cadena me intimida,
que en algunos azares de la vida
la víctima se trueca en delincuente.
Pero tengo dos hijos. ¡Dos! tan bellos
como ángeles sin mancha de pecado.
Tenían una madre y la he matado...
Si me encerráis á mí, ¿qué va á ser de ellos?

30 Septiembre 1893.

PEQUEÑEZ

¡Os acordáis de un niño
de rubia cabellera,
sin ropa, sin zapatos,
comido por la anemia,

que sin cesar corriendo
al lado de cualquiera
lloraba murmurando
la triste cantinela:
—Señor, un centimito,
si tiene el alma buena,
que está mi padre muerto;
que está mi madre enferma.—

¡Trotaba el pobrecillo
temblándole las piernas,
envuelto en sus guñapos,
sumido en su miseria,
durante aquellas noches
larguísimas, ¡eternas!
de invierno, en que se helaba
la sangre en las arterias!
Lloraba siempre; el viento
llevábase sus quejas,
que no atendía nunca
la sabia Providencia,
mientras la madre acaso
dormía á pierna suelta
y el padre echaba copas
metido en la taberna.

—
Pues bien. Ya, cuando el cierzo
silbando en las callejas
en hábitos de muerte
la gran ciudad envuelva,
no oiréis del pobre niño
la vocecilla tierna
pidiendo una limosna
trotando por la acera.
Se ha muerto. Le mataron
los golpes y las penas,
y el débil cuerpecillo
descansa bajo tierra.
Y en tanto que la madre
se duerme á pierna suelta
y el padre continúa
bebiendo en la taberna,
otro ángel, otro niño
de rubia cabellera
desnudo, hambriento, triste,
comido por la anemia,
repetirá llorando
la triste cantinela:
—Para mi madre viuda,
para mi madre enferma...

14 Octubre 1893.

NOCHE DE DIFUNTOS

Levantando la losa un esqueleto
salió de su sepulcro al dar las doce
y se encontró los bordes de la tumba
cujados de coronas y de flores.
Muchas dedicatorias adornaban
las cintas, alumbradas con blasones,
"A mi adorado Carlos, su María",

"Al modelo de esposos, su consorte",
y así por el estilo, en todas partes,
ya con letras de bronce,
ya en negros caracteres, se marcaban
las huellas de la pena de la cónyuge.
—Me amaba con locura, pensó el muerto,
con devoción me rezará esta noche,
y espera que mis besos invisibles
la vayan á pagar sus oraciones.
Y voló á su morada, aprovechando
el breve asueto que anunciaba el toque.

¿Qué encontró el muerto allí? Nadie lo sabe,
pero volvió á su tumba, y en los bordes
dejó rota la cruz y destrozadas
las coronas, las cintas y las flores.

28 Octubre 1893.

EL AMOR

(CUENTO INFANTIL)

¿Ves esos altos picos
de las montañas
donde, al pasar, las nubes
se deshilachan?
¡Pues allí están las brujas!
¡Brujas malvadas
que con sus sortilegios
al hombre matan!
¿Tú creerás que en sus mantos
arrebujadas,
buscando niños, entrar
por las ventanas,
de brazos de sus madres
los arrebatan
y en satánicas fiestas
los despedazan?
¡Pues no! Ya no hacen eso.
Ya son más cautas
y alargando el suplicio
su goce alargan.
Enviados por ellas,
de noche bajan
ejércitos de trasgos
de negras alas,
que invisibles recorren
casa por casa
provistos de menjurges
y de pomadas.
Al hombre, chico ó grande,
no le hacen nada,
que en eso estriba toda
su diplomacia.
Pero de las mujeres
buscan las almas
y allí, á su gusto, siembran
pasiones falsas.
Fuegó del diablo ponen
en las miradas,
en el cerebro el germen
de la inconstancia
y en los traidores labios

dulces palabras
de cuyos atractivos
nadie se escapa.
Los hombres, casi todos,
llegan, se abrasan
como las mariposas
entre las llamas
y al demonio se entregan
en cuerpo y alma,
sin saber que es el diablo
quien los engaña.
Pero antes, ¡cuántas penas,
dolores, ansias,
luchas, quejas, tormentos
y horas amargas!
Juramentos perdidos
que el viento arrastra,
sonrisas embusteras,
promesas vanas...
y luego horribles dudas,
ayes de rabia,
tempestades de celos,
ríos de lágrimas...
¡Todo por esas brujas!
¡Brujas malvadas
que viven en los picos
de las montañas,
y alargando el tormento
su goce alargan
al llenar de amarguras
la vida humana!
¿No es infinitamente
menor desgracia
que se lleven los niños
en cuanto nazcan?

4 Noviembre 1893.

FANTASÍA

Ardió la guerra en la gloria
durante siglos enteros,
primero sorda y oculta,
declarada y viva luego,
guerra de envidia y soberbia,
de ambición, de orgullo necio
que alimentan fácilmente
contra el grande los pequeños.
Hubo batalla, y los ángeles
con sus espadas de fuego
vencieron al mal espíritu
y lo arrojaron de entre ellos.
Luzbel, de todas las bajas
pasiones símbolo eterno,
por los siglos de los siglos
fué desterrado del cielo,
que ha tenido desde entonces
paz, bienandanza y sosiego,
sin el germen de motines
que llevó consigo el réprobo.
Perseguido en todas partes,
odiado en todos los tiempos,

cayó en el profundo abismo
del universal desprecio.
Pero es inmortal. Su fuerza
le acompaña en el destierro
y avasalladora crece
sin descanso combatiendo.
Poco á poco entre los hombres
cundió el audaz pensamiento
de arrogarse el absoluto
dominio del mundo entero:
y como antes en la gloria,
surgió en la tierra el empeño
de igualar otros poderes
al poder del Ser Supremo.
Se forzó la inteligencia
desentrañando misterios,
muchos secretos del mundo
dejaron de ser secretos
y, orgulloso en sus conquistas
el hombre, extendió su imperio
desde el fondo de las aguas
al éter del firmamento.
—Todo es mío, soy el amo
(pensó), conozco y comprendo
los enigmas de la vida,
las leyes del Universo
y cada vez más resortes
de la gran máquina tengo.
Me falta crear, ¿qué importa?
¡Ya crearé con el tiempo!
Y el diablo triunfa; el orgullo
satánico va creciendo,
porque cree perfecta el alma
y omnipotente el cerebro.
¡Ya aquel ángel derrotado
por las espadas de fuego,
más que el rey de las tinieblas,
parece el Dios de los cielos!

.....
¿Quién sabe? ¡Acaso él inicia
los avances del progreso,
y no viviría el mundo
sin su batallar perpetuo!

18 Noviembre 1893

EL BOMBARDEO

Llamado por la patria,
que está en peligro,
según las opiniones
de los ministros,
Juanillo, un reservista
de Valdeolivos,
á cargar con el chopo
vuelve al servicio.
Llora, al marchar, el pobre
como un chiquillo,
no por miedo á las balas
del enemigo,
sino porque abandona
su hogar bendito
y sin guarda ni amparo
deja dos niños

que á Juan se le figuran
dos angelitos
que Dios, por ser honrado,
le ha concedido.
El, labrando la tierra
con rudo ahínco,
llevaba alegremente
pan á sus hijos;
mas ahora que él parte
porque el destino
le exige por la patria
tal sacrificio,
¿qué hará la pobre madre
con sus chiquillos?
¿Qué va á ser de las prendas
de su cariño?
Por eso el reservista
de Valdeolivos
va á la guerra llorando
como un doctroño!

Todo calla en el campo;
no se oye un grito
ni un eco en los abruptos
montes vecinos.
Duermen sobre las armas
los enemigos;
las sombras apagaron
todos los ruidos
y, al parecer, la noche
trajo consigo,
si no la paz, la tregua
del exterminio.
Fero tras de los muros,
alerta y listos,
se agrupan los soldados,
mudos, sombríos,
cargando los cañones
con gran sigilo
cual si los prepararan
para un delito.
De pronto surge el foco
potente y vivo
que alumbra la campiña
como el sol mismo,
y allá en el monte deja
ver de improvviso
cual bando de palomas
los caseríos...

—
¡La señal! Truenan rancos
cien estampidos;
tempesta precursora
del cataclismo.
Todas las baterías
lanzan sus tiros,
arrasando los campos
antes tranquilos,
y Juan en la aspillera,
triste y sombrío,
contempla aquel terrible
cuadro magnífico.

Llega el teniente, apunta,
torna á su sitio,
y dice "¡fuego!" en tono
severo y vivo.
Pero Juan no se mueve,
sigue abstraído,
y en las casitas blancas
los ojos fijos.
—¿Qué piensas, alcornoque?
¡Dispara he dicho!
—Mi teniente, pensaba
que allá, escondidos
detrás de las paredes
del caserío,
hay niños inocentes
como angelitos
que en brazos de sus madres
duermen tranquilos.
—¿Qué pamplinas son esas?
¡Son enemigos!
—Sí, señor, mi teniente,
¡pero son niños!
¡Y yo á Dios pediría
cruel castigo
para el que echara bombas
sobre los míos!

2 Diciembre 1893.

¡VÆ VICTIS!

El ingenio es soberano,
déspota, duro, soberbio
que las muchedumbres doma
con sus invisibles frenos.
Cuando del público sabe
comprender los sentimientos
y el monstruo de mil cabezas
le reconoce por dueño,
loco entusiasmo le sigue
y le aclama con estruendo
la multitud que le ciega
con el humo del incienso.
Manda, avasalla, domina
como tirano del pueblo
que de laurel le corona
y en triunfo le lleva luego.
Pero la masa que aplaude
guarda los rencores dentro
y al confesarse vencida
protesta del vencimiento.
Porque el que triunfa, aunque sea
con las armas del ingenio,
tiene que excitar por grande
la envidia de los pequeños
y ha de despertar la rabia
que el amo produce al siervo,
que el odio á la tiranía,
sea cual fuere, es eterno.
Y ¡ay del día en que la nera
pueda arrebatárle el cetro
por un error ó un descuido
en el combate perpetuo!

Los esclavos, de repente
se convertirán en dueños,
los endeble eslabones
de sus cadenas rompiendo.
Se alzarán en son de guerra
las manos que le aplaudieron
y hará mayor su derrota
de sus triunfos el recuerdo.
La apiñada muchedumbre
que cuando tascaba el freno
con vivas atronadores
engrandecía su mérito,
gritará indignada:—¡Muera!
y ante su empuje tremendo
los anteriores laureles
caerán en polvo deshechos.
Tal como el mismo soldado
que hoy corre loco de miedo,
de imaginario enemigo
por los breñales huyendo,
mañana ataca un reducto
con el terrible desnudo
y el arrojo temerario
que presta el valor ajeno,
así el público, arrastrado
por la impresión del momento,
alza en el pavés, ó arrasa
cuanto le sale al encuentro.
¡Y ay del que el fallo no acate!
porque el vencedor, soberbio,
le contestará:—¡Væ victis!
como á los romanos Breno.

9 Diciembre 1893.

CIRCULO VICIOSO

—¡Guerra á muerte al tirano!
(deja á otros gusanos un gusano).
¡Muera el gorrión, estúpido y odioso,
que nos coge en invierno y en verano
y á quien servimos de manjar sabroso!
—¡Abajo el gavián! ¡Sufra el castigo
de ser nuestro enemigo!
(gritaban indignados los gorriones).
¡Cuando quiera comer, que coma trigo!
¡Basta ya de pechugas y de alones!
—¡Así reviente el cazador! (decía
el gavián, herido por el plomo),
que está al acecho, con tenaz porfia,
sin saber para qué, dónde ni cómo.
—¡Repugnantes gusanos!
(piensa el hombre), canalla maldecida,
que en los restos humanos
el alimento halláis que os da la vida,
¡yo os mataría á todos si pudiera,
pues ni mi tumba respetáis siquiera!
—Y así, continuamente,
todo bicho viviente,
desde el hombre al gusano,
se queja sin cesar de su tirano.
Y es porque á Dios le plugo
que no sepa jamás ningún nacido

ni á quién tenemos por primer verdugo,
ni quién resulta el último oprimido.

30 Diciembre 1893.

CUENTO OLIMPICO

Las pobres abejas
del monte Parnaso
llegaron á Jove
gimiendo y llorando.

—Señor, le dijeron,
¡de aquí no pasamos!
porque esto ya es cosa
que enciende los ánimos.
Ya sabes que hacemos
con mucho trabajo
sabrosos panales
que son nuestro encanto.

Pero ¡ay! que los dioses,
que son unos vagos,
encuentran sin duda
riquísimo el plato,
nos siguen, nos celan
y así que acabamos
la miel, nos la roban
metiendo las manos.

—Y ¿qué hemos de hacerle?

—Pues... ver de arreglarlo,
porque esto hemos dicho
que no lo aguantamos.
¡Queremos ser todos
iguales!

—¡Canastos!

¿Y cómo?

—¡Si es fácil!

Tú puedes graduarnos
de dioses. No niegues.

—Sí puedo.

—¡Pues hazlo!

y así comeremos
la miel del Parnaso
o mismo que Ceres,
Mercurio, Vulcano,
Cupido, las Musas
y tantos y tantos...

—Muy bien, hijas mías;
pero hay un obstáculo

—¿Cuál es?

—Si de vuestras
cadenas os salvo,
si borro las clases,
no quedan ¡es claro!
ni reina que guíe,
ni obreras, ni zánganos,
ni vagos que vivan
de ajenos trabajos.
Seremos felices,
¡verdad! pero, en cambio,
no hay miel para nadie...
¡y en paz y jugando!

20 Enero 1894.

LA ETERNA INJUSTICIA

Aduladora de la indocta masa,
dejándose arrastrar por la corriente
de ese vulgo inconsciente
que hace sus genios... para andar por casa,
la medianía audaz bulle y se endiosa,
se recrea en su orgullo satisfecho
y hasta logra sacar honra y provecho
del clarín de la fama mentirosa.

El genio de verdad, casi divino,
gastando su energía soberana,
se planta bravamente en el camino
á combatir la necesidad humana.
¡Inútil, vana y temeraria lucha,
porque él es uno solo y ella es mucha!

La multitud le arroja; cae vencido,
hallan en su dolor los vencedores
goce brutal, y muere en el olvido,
sin laureles ni honores.

Al cabo triunfa la justicia, es cierto.
Siglos después la humanidad se entera
de que era insigne el muerto,
y su nombre venera
esculpiéndole en mármoles y broncees...
¡pero tres pitos se le importa entonces!

27 Enero 1894.

EL DEDAL DE PLATA

Las mujeres, amigo, son el diablo,
¡no se puede con ellas!

Hace ya muchos años, y aún me dura
la impresión de amargura y de tristeza
que me produjo aquello. ¿Qué fué aquello?
Pues una niñería, una futesa,
como verás después. Cosía Juana...

¿Quién era Juana? Mi ilusión primera;
mi infierno al rechazarme desdefiosa,
mi gloria al acercárseme risueña.
Gloria é infierno que probé cien veces
cada minuto, ¡porque así era ella!
Cosía sin dedal.—¿Por qué haces eso?
pregunté.—Pues verás, desde pequeña
tengo el capricho de un dedal de plata,
y hasta que no lo tenga

prefiero hacerme sangre en este dedo
á usarlo de otra clase, ¡una simpleza!
—¡Pues lo vas á tener! ¡y, á ser posible,
como el que use la reina!

Dije y corrí á buscarlo. Nadie sabe
las fatigas, las vueltas y revueltas
que me costó el dedal. En fin, ¡un duro!
y has de tener en cuenta
que un duro era un millón para un muchacho
que andaba á puntapiés con la miseria.
Eso sí, era de plata, con su estuche
de terciopelo de color de fresa,
una joya, un prodigio, una monada
que daba gusto verla.

—¿De qué modo, pensaba, mi Juanilla
me pagará esta prueba
de amorosa atención? ¡Con un abrazo!
¡con un beso tal vez! ¡Como es tan buena!...
Y henchido el corazón con la esperanza,
trepe más que subí por la escalera
y, seguro del triunfo, en su regazo
deposité la cariñosa ofrenda.
¿Qué piensas que hizo Juana?
¡Ni abrió el estuche, ni lo vió siquiera!
Sin apartar de la labor la vista
me dijo "gracias" y siguió tan fresca.

Yo soñé aquella noche que tenía
metida en el dedal el alma entera,
y Juana se lo puso de tal modo,
que el alma me deshizo con la yema.

3 Febrero 1894.

PULVIS ES

(EN EL PALCO DEL REAL.)

Siéntate en mis rodillas; anda, Dolores,
que esta carga se lleva sin gran trabajo;
y recrea tus ojos encantadores
en el brillante cuadro, rico en colores,
de la alegre locura que hay allá abajo...

¡Y bésame á tus anchas! que ésta es la [hora
del impudor, que el freno rompe en la orgía.
¿Ves esa mascarada deslumbradora?
Pues es hervor, que arrastra, ciega y devora
de la pasión que surge fiera y bravía.

Todos en incesante revoloteo
se embriagan y enardecen... Van, de seguro,
lanzados á la culpa por el mareo,
con el alma roída por el deseo,
con la boca abrasada del beso impuro.

¿Ves cómo goza el mundo, cuál se divierte:
¡Pues tras esos placeres van los dolores!
¡Pulvis es! Pronto ó tarde llega la muerte,
y en deleznable polvo trueca y convierte
plumas, joyas y encajes, cintas y flores.

Así, siglos y siglos gozaron locas
muchas generaciones de mascaritas,
desvergonzadas muchas, cándidas pocas,
encendidos los ojos, secas las bocas,
dando y pidiendo amores, placeres, citas...

Y el tiempo inexorable borró sus huellas,
y el viento del sepulcro limpió el cotoar
de mujeres alegres, lindas y bellas;
¡ni siquiera vestigios quedaron de ellas!
¡Lo que del barro vino tornóse al barro!

¡No hay brillantes, ni sedas, ni maravillas
de luz! Anda, muchacha, dame más besos,
caléntame los labios y las mejillas,
porque siento temblores en las rodillas,
neblinas en los ojos, frío en los huesos...
y hasta creo que todo se desvanece
y esta capucha cubre tu calavera.

El cuerpo, á tu contacto, se me estremece...
¡El polvo vuelve al polvo! ¿Qué te parece?
¡Vive Dios que es llorosa la borrachera!

10 Febrero 1894.

QUERIDO AMIGO...

En el dolor inmenso
que juras que te aflige,
la inspiración buscando
te estrujas y te exprimes.
Tú quieres, pobre iluso,
que la áurea lira vibre
y en lastimeras notas
tus hondas penas pinte.
La pluma rompe, Fabio,
porque eso no es posible;
¡las llagas del espíritu
se sienten, no se escriben!
Dirás que muchos otros
lograron ser insignes
contando sus pesares
en verso *atado ó libre*,
y hay libros en que el genio
dejó huellas sublimes
rimando de sus penas
las impresiones tristes.
Verdad; mas de esos ayes
y de esas quejas, ríete,
lo mismo que en los dramas
cuando á una madre mires
que al ver al hijo muerto,
como el dolor la rinde,
prorrumpe, en redondillas
sonoras y difíciles,
á hablar entre sollozós
de perlas y rubíes.
de florecitas lacias
y análisis y síntesis...
Se pintan, ya lo creo,
las ansias que se fingen,
los celos que se inventan,
los lazos que no oprimen,
y á veces logra el numen,
con mágicos perfiles,
que al verdadero duelo
la falsedad imite;
pero no intentes, Fabio,
que puedan traducirse
las propias amarguras
en las cuartillas vírgenes.
¿Podrás, cuando las fibras
del corazón palpiten
y el alma te desgarran
puñales invisibles,
buscar palabras huecas
que el verso vigoricen,
cazar los consonantes
y acentuar las fes?
Podrás, si acaso, en calma,
pasada ya la crisis,
hallar amargos dejos

en tus recuerdos tristes;
 pero llorar de veras
 con el forzado timbre
 que han de imponer al llanto
 los puntos y las tildes,
 no lo pretendas nunca,
 porque es tan imposible
 como domar leones
 con un junquillo humilde.
 ¿Quién al compás ajusta
 la vida que se extingue,
 las penas que atenazan
 y el alma que se rinde?
 ¿Las lágrimas te ahogan?
 Pues en silencio gime,
 y á solas el embate
 de tu pesar resiste.
 Si escribes, ya no sientes;
 si sientes, ya no escribes;
 porque el dolor... no pasa
 por que lo versifiquen.

12 Febrero 1894.

LA METAMORFOSIS

Era la Encarnación una criada
 de una belleza que metía miedo;
 ¡la chula más salada
 que ha pisado la villa coronada
 de Chamberí á la ronda de Toledo!
 Con un aire atrevido y descocado
 se llevaba de calle al más pintado,
 y no hubo señorito á quien sirviera,
 ni viudo, ni soltero, ni casado,
 que no buscara ansioso la manera
 de rendir su virtud firme y entera.

Pero, ¡inútil empeño!
 porque más que garbosa y resalada
 la chulilla era honrada,
 y el alma conservó libre y sin dueño,
 ¡hasta en las tentaciones violentas
 de los Cuatro Caminos y las Ventas!

Y hete que un día un chico
 bien educado, y elegante y rico,
 por la constante resistencia loco,
 se enamoró de veras poco á poco.
 Y se casó con ella entusiasmado
 por aquella belleza soberana,
 y aquel aire resuelto y descocado
 de hembra de butén y mujer barbiana.

Desde aquel punto y hora
 cambió la Encarnación, porque el marido
 digna la quiso hacer de su apellido
 sacando de la chula una señora.

Y ¡oh cruel desencanto!
 la finura, adquirida de repente,
 la robó el descarado continente
 que su hermosura realizaba tanto.

Y él, que había soñado con la gloria
 de un amor como hay pocos en la historia,
 vió su pasión perdida en el reposo

de un cariño vulgar tranquilo y soso,
 quitando á su mujer la chulería,
 ¡que era lo más bonito que tenía!

24 Febrero 1894.

EN CAMPAÑA

El enemigo, de soberbia ciego
 por el triunfo obtenido en cien peleas,
 llevaba la invasión á sangre y fuego
 talando bosques y arrasando aldeas.

Y entre el ronco tronar de los cañones
 la nación, casi exhausta, en la agonía
 mandaba á combatir cuantos varones
 pudieran defenderla todavía.

Así, á escape, en las ansias de la muerte,
 se formó un batallón en el hospicio
 con lo que había allí: carne del vicio
 destinada á las burlas de la suerte.

Y allá fué, para colmo de desgracias,
 cargado con pesadas fornituras,
 el confuso montón de criaturas
 tristes, enfermas, harapientas, lacias.

Cuando todos sentían en los huesos
 el frío del pavor, un ayudante
 llegó y dijo al pasar:—¡Pronto! á ver, esos,
 ¡carga á la bayoneta y adelante!

Y añadió el coronel:—¡Pensad, soldados,
 de la patria en los vínculos sagrados;
 que vuestro triunfo esperarán ansiosas
 las madres, las hermanas, las esposas,
 las amantes doncellas
 que aquí os envían á morir por ellas!...

Temblaron los fusiles en las manos.
 Sonrió con irónica amargura
 el batallón entero de hospicianos...
 y se lanzó á buscar la sepultura.

10 Marzo 1894.

LEY NATURAL

Las siervas de María
 bajan del coro,
 donde han lucido todas
 sus picos de oro,
 y ante el altar repiten
 la letanía
 ensalzando á la santa
 Virgen María.
 Cumplido este devoto
 deber sencillo,
 se despiden del cura
 y el monaguillo
 y, una por una, luego
 van por la calle
 pisando menudito,
 luciendo el talle
 y ensayando sonrisas
 encantadoras

con los que las esperan
á tales horas...
¡Qué horror! ¡Las inocentes
castas doncellas
dejando que los hombres
sigan sus huellas,
y las echen requiebros
que las subleven
y hasta animando á algunos
que no se atreven!
¡De las pompas mundanas
haciendo caso,
y aspirando el delito
que surge al paso,
las siervas de la santa
Virgen María!
Si lo supiera el cura,
¿qué les diría?
Les diría, de fijo,
que en el infierno
les esperaba á todas
dolor eterno
como castigo justo
de sus traiciones
al cambiar en pipos
las oraciones.

Pues, ¿y las madres? Esas,
incomodadas
por ver que iban saliendo
tan descocadas,
á cada cual dirían:
—Tú no eres buena,
pues vas á buscar novios
á la novena.

.....
Pero, en cambio, la santa
Virgen María
perdona esa inocente
coquetería,
porque, si á sus devotas
siervas actuales
les prohíbe que tengan
novios formales,
si mueren sin mancilla,
puras y honestas...
no serán siervas tuyas
las hijas de éstas,
porque en cuanto se apague
de amor la lumbre,
¡se acabó, con el mundo,
la servidumbre!

31 Marzo 1894.

CUENTECITO

Tenía un pobre loco la manía
de ser Dios uno y trino,
y tomando por base el desatino
contemplaba este mundo y se decía:
—Lo debo confesar: ¡me he equivocado!
Esta desigualdad que hay en la tierra

es la perpetua causa de la guerra
entre el explotador y el explotado.
Igualamos á todos los mortales,
no en bienes materiales,
que del trabajo son la consecuencia,
sino en la inteligencia,
que es el motor eterno de la vida;
y no habiendo mejores ni peores,
se acaban en seguida
las luchas de oprimidos y opresores.
Puesto que está en mi mano,
la prueba voy á hacer... ¡Desde mañana
tiene un nivel la inteligencia humana
por virtud de mi impulso soberano!

—
¡Nunca lo hubiera hecho!
porque vió al mundo entero al otro día,
roto el límite estrecho,
correr desatentado á la anarquía.
Los hombres, por igual inteligentes,
borraron, ¡claro está! castas y clases,
y al asentar las bases
de estados y costumbres diferentes,
nadie aceptaba un puesto
inferior á los otros, y con esto
todo trabajo se paró en la tierra,
porque la humanidad no se entendía;
resultando una guerra
más temible y cruel que la que había...

—
Probado, pues, y aquilatado todo
en examen profundo,
dedujo el loco aquel... ¡que en este mundo
no se puede vivir de ningún modo!

7 Abril 1894.

¡OH, LA FAMA!

Seis años, día por día,
pasó el bueno de Vicente
haciendo una poesía
dedicada al sol poniente
que, como no se ha enterado
de que resultó muy bella,
podía haberse quedado
perfectamente sin ella.

No habrá que decir que el vate
concluyó su poesía
sin decir un disparate
de los de mayor cuantía,
pues dedicando á su objeto
tanto tiempo y tanta calma,
á él entregó por completo
las tres potencias del alma.

Había, naturalmente,
"nubes de grana y topacio,
disco que iba lentamente
hundíendose en el espacio,
y mar que en montes de espuma
el resplandor recogía

para perderle en la bruma,
que era el sudario del día"...

En fin, que en una tirada
de hermosos alejandrinos,
no dijo Vicente nada
que importara tres cominos,
pero que gustó de un modo
sorprendente, extraordinario,
entre sus amigos, todo
y especialmente el sudario.

Y lo leyó en el salón
de una dama principal,
una noche de sesión
literaria y musical,
ante un público paciente
que no protestó de nada,
y además hizo á Vicente
una ovación desusada.

Como eso no da dos reales,
no saca de sus casillas
á los críticos formales
que escriben las gacetillas,

y, ¡claro! al día siguiente
la prensa nos dijo, llena
de gozo, que el sol poniente
estaba de enhorabuena,

que Vicente merecía
una muestra de entusiasmo
porque aquella poesía
era un asombro y un pasmo,
y que el Estado debiera,
tomando en el acto parte,
premiar de alguna manera
aquel prodigio del arte.

En resumen: desde entonces
le entró á mucha gente gana
de que se esculpiera en bronce
lo del topacio y la grana,

y no hay un cristiano que hable
ó escriba algo de Vicente
sin añadir la envidiable
coletilla de "eminente".

El, por su parte, se cuida
de su fama de poeta;
y ya no ha vuelto en su vida
á escribir una cuarteta.

¿Hay velada en un teatro?
Pues manda como destellos
de su musa... tres ó cuatro
alejandrinos de aquéllos.

¿Le piden alguna prueba
de su ingenio y de su fama
para una revista nueva
que quiere dar su programa
con firmas de gran valía?
Ya se sabe que Vicente
remite su poesía
dedicada al sol poniente.

Y así propaga su gloria
con la pluma y con la lengua,
y así pasará á la historia
sin discusión y sin mengua...

Si fuera cierto este caso,
se deduciría de eso
que... no es el monte Parnaso
de tan difícil acceso.

14 Abril 1894.

EL ORDEN SOCIAL

Senti con las noticias de la prensa
la indignación inmensa
que causa la locura repetida
de los que cuentan que oprimidos gimen
y aseguran que luchan por la vida
con las armas satánicas del crimen.

La sociedad entera se esfremece,
la convulsión del pánico la agita
mientras abajo la marea crece
y la turba sin freno bulle y grita
detrás de este ó el otro corifeo
que predica la muerte y el saqueo.
Y ¡eso no puede ser! La rabia inmensa
que tiene á todo el mundo un visionario
debe caer sobre él. Es necesario
que el mundo se aperciba á la defensa,
porque el orden social es ante todo;
¡no se debe alterar de ningún modo!

Vengan las leyes; hágalas cualquiera
y aplíquense sin miedo y sin ambages;
¡no puede estar la humanidad entera
á merced de una turba de salvajes!

Leyes terribles, implacables, duras
que corten de raíz esas locuras,
y asegurado el orden de este modo
pueda cantar el universo todo:
¡Paz á los hombres, gloria en las alturas!

Y así indignado, fuerte, sostenido
por mi concepto claro del derecho,
di una vuelta en el lecho
caliente y blando... y me quedé dormido.

Como influye en el sueño grandemente
la idea fija que el cerebro asedia,
tuve una pesadilla. ¡De repente
me encontré transportado á la Edad Media!
Y era todo un señor de horca y cuchillo,
dedicado al placer de la rapiña
y amo de la campiña

que se alcanzaba á ver desde el castillo.
Tenía mi mesnada, mis caballos
y algunos centenares de vasallos
de quienes era yo dueño absoluto
y ante mí se humillaban con fe ciega
tras de pagarme á guisa de tributo,
los mejores productos de la vega.
Y temiendo mi enojo

la plebe estaba en paz, porque sabía
que era un ser superior, y disponía
de sus vidas y haciendas á mi antojo.

Pero hete que una vez la masa aquella
de villanos pecheros

se me quejó en mis barbas de su estrella,
y yo, para acallarla... ¡eché sobre ella
la avalancha brutal de mis guerreros!

Pero ¡ay! la indignación sorda, bravía
que en la canalla contra mí latía
sin cesar la impulsaba á hacerme daño,
y el terrible enemigo

talaba el monte, ó arrasaba el trigo,
ó diezmaba en las sombras el febaño...

Total, que contra aquellos criminales
salvajes ó beodos,

llamé en mi auxilio á todos
los señores feudales.

—¡Ved, les dije, á qué estado
por la condendencia hemos llegado!

Es preciso, señores, que acordemos
refrenar la locura y la osadía

y apelar, pues es tiempo todavía,
á recursos extremos.

Defendámonos, pues, de los bribones
inventando castigos especiales

tan tremendos y tales
que corten de raíz las rebeliones...

Para tranquilidad del mundo entero
no ha de alterarse el orden ni un segundo,

porque el orden social es lo primero
y si llega á faltar... ¡se acaba el mundo!

¿Y ustedes piensan que dormí tranquilo
con una decisión por el estilo?

Pues no, señor; lo chusco
es que de pronto desperté asustado

y, bien despierto ya, por ningún lado
puedo encontrar la solución que busco,

y me embrollo y me pierdo
en las dudas traidoras,

pensando que á estas horas
si se hubiera cumplido aquel acuerdo...

¡la sociedad entera viviría
en pleno feudalismo todavía!

21 Abril 1894.

LA LEY DEL EMBUDO

¿Tiene usted un carácter suave,
blando, dulce y expansivo
que nunca encuentra motivo
de abuso ni ofensa grave?

Pues abusará la gente
sin tregua ni miramiento
por ese convencimiento

de que es usted complaciente,
y usted aguantará, por gusto

de demostrar su paciencia,
el desdén, la impertinencia,

la envidia y el odio injusto.

¿Es usted, por el contrario,
dominante, pendenciero,

egoísta, rudo, fiero,
y altivo y atrabiliario?

Pues le tratará la gente
con un respeto profundo
y hará usted de todo el mundo

lo que crea conveniente,

encontrará su camino
siempre sembrado de flores

y todos los sinsabores
le importarán un pepino.

¿Es usted en los negocios
fiel, decente, confiado?

¡Pues será usted explotado
guapamente por sus socios!

¿Es usted un trapacero
sin decoro y con trastienda?

Pues en todo cuanto emprenda
obtendrá fama y dinero.

¿Es usted con las mujeres
falso, traidor y canalla?

¡Pues ganará en la batalla
rico botín de placeres!

¿Es usted en los amores
noble, generoso y bueno?

Pues cuida el jardín ajeno
y otro se lleva las flores.

Porque á las hembras embruja
su propio infernal encanto,

y entre un granuja y un santo
prefieren siempre al granuja.

Al que roba, explota ó miente
se le respeta y da tono,

y el hombre honrado es el mono
de todo bicho viviente.

El malo duerme tranquilo,
ningún pesar le sofoca,

y al bueno siempre le toca
tener el alma en un hilo.

Al uno ningún afán
le pone nunca en el potro,

mientras desvelan al otro
los disgustos que le dan.

A éste le ponen la cincha
y todo el mundo la aprieta;

á aquél ninguno le inquieta,
ni le ofende, ni le pincha.

Y, en fin, asombra y encanta
la distribución de penas,

porque tocan las cadenas
tan sólo el que las aguantá...

¡Dios prueba á sus criaturas
de ese modo! ya se sabe;

pero es lo triste y lo grave
que, á fuerza de probaturas,

los espíritus serenos
son los que llevan los palos...

¡y tienen siempre los malos
más fortuna que los buenos!

28 Abril 1894.

MADRIGAL

Trepando por el tronco de una acacia
donde en confuso pelotón vivía
una oruga infeliz, mientras subía,
lamentábase así de su desgracia:

—Pues, señor, ¿qué pecado he cometido

para ser el escarnio de la suerte?
Todos procuran destruir mi nido,
todos se juntan para darme muerte.

Inspiro á todos repugnancia y asco,
y no hay un transeunte que no quede
con ganas de pisarme; y si no puede,
me llena de improperios por el chasco.

Por milagro me libro del acecho,
y si subo á las rosas más hermosas,
las ensucio también... ¡Capaz me han hecho
de quitar la belleza hasta á las rosas!

En esto, mi morena interesante,
llena de garbo, de frescura y gracia,
hizo punto al monólogo al instante
pasando por debajo de la acacia;
y como hasta lo ruin ama lo bello,
la vió la oruga y se lanzó á su cuello.

Al rozar suavemente, de pasada,
aquella tersa piel, fresca y rosada,
exclamó el pobre bicho:

—Me arrepiento, Señor, de lo que he dicho;
¡que con este placer cualquiera olvida
todas las amarguras de la vida!

5 Mayo 1894.

TERRENO VEDADO

De poeta, de músico y de loco
dicen que tiene un poco todo el mundo.
¡Que vengan y me claven en la frente
lo que este servidor tenga de músico!

¡A no ser que las artes no requieran
tener algo de miga, algo profundo,
y en tal caso, también en poesía
Carulla será igual á Víctor Hugo!

A llevar el compás de una habanera
no hay que enseñar á nadie, no lo dudo,
y hasta á hacer, afeitándose, polkitas
propias de una zarzuela, de segura.
Pero... de ahí al arte hay muchas leguas
y no las andan muchos.

Porque la inspiración no es una cosa
que esté al alcance de cualquier besugo
como yo, por ejemplo, que no tuve
la dicha inmensa de salir del vulgo,
y he visto muchas veces
al respetable inteligente público
con lo que yo creí que era *tabarra*
relamerse de gusto.

Y, en cambio, hay ocasiones
en que, arrobado en éxtasis, escucho
cualquier composición que me parece
magnífica expresión del genio oculto;
se me mete en el alma, produciendo
las emociones del placer más puro,
gozo el arte divino
con ansia, con deleite, con orgullo,
y luego los maestros, los que entienden

las leyes de armonía y contrapunto,
me quitan la ilusión, y me demuestran
que aquello es muy vulgar y muy obscuro.

No vale señalar, pero conozco
cantos de orgía, que se aplauden mucho,
y en mi opinión, y sin variar, podrían
servir para un oficio de difuntos,
y marchas funerales, tan hermosas
que hasta pueden bailarse por lo chulo...

De modo que confieso humildemente
que estoy á oscuras en tan grave asunto,
y más me atasco cuanto más lo pienso
y más me embrollo cuanto más lo estudio...

¡A no ser que haya en esto
un embuste, aceptado por el mundo,
que pasa de los unos á los otros
y torna de los otros á los unos!

12 Mayo 1894.

UNA AVENTURA

Después de un año de constante asedio,
en que puse al servicio de mi idea
las trampas, los recursos, las mentiras
que amor sugiere y la pasión inventa,
se rindió mi Dolores. ¡La Dolores
más salada, más linda, más honesta
que ha echado Dios al mundo! Con un talle
que no he de comparar con la palmera
porque era más esbelto, y unos labios
apetitosos cual maduras fresas,
y unos ojos más negros que la noche,
y con unas pestañas, y unas cejas...
En fin, un buen bocado. No es posible
pintar ni describir sus excelencias,
sobre todo después de doce meses
de hacerlas grandes, al soñar con ellas.

Se rindió á discreción, muy convencida
de que era yo tan bueno, tan babieca
que al caer en mis brazos no arriesgaba
ni dos adarnes de su honor siquiera.
Y después de larguísima entrevista
con honores de asalto en toda regla,
me dijo: "Bueno, iré." ¡Santa palabra!
Es decir, santa no, pero muy buena.
¡Cuánto trabajó me costó! ¡Qué luchas
entre mi picardía y su inocencia,
que servía de espuela al amor propio,
prestando más relieve á su belleza!
"¡Iré!" ¿Conque era cierto? ¡La victoria
era mía por fin, grande y completa,
sin más dificultades ni distinguos
que los remordimientos de conciencia!

La esperé en un cuartito reservado
de un restaurant montado á la moderna,
donde suelen pagar á peso de oro
su vanidad los chicos calaveras.

Semanas se me hacían los minutos
aguardando á mi bien, con una mezcla

de temor y ansiedad, que lentamente me abrasaba la sangre de las venas.

¿Vendría? Tal vez no, que en ocasiones se defiende el pudor en sus trincheras y en el prólogo quedan las conquistas porque triunfa á la postre la vergüenza.

¿Sería yo capaz, si ella viniese, de llegar hasta el fin de la comedia y de burlar su amor para lanzarla del ruin pecado en la escabrosa senda?

Dolores, era hermosa ciertamente, pero un ángel de Dios de puro buena; y hacerla desgraciada por capricho sería acción infame y canallesca.

Llegó temblando de emoción, de miedo, toda encendida, acongojada, trémula, y hasta llegué á creer que se caía de puro susto al empujar la puerta.

Sentí tal compasión, piedad tan grande, que del deseo se apagó la hoguera y la dije azorado y confundido:

—Pasa, luz de mis ojos, y no temas, porque juro tratarte desde ahora como á la Virgen de los cielos reina.

Y es lo raro del caso que Dolores me miró con asombro, con sorpresa, como si un hombre nuevo de repente surgiese allí para burlarse de ella. Tiró en una butaca la mantilla y me dijo al oído:—Calla y cierra y no me jures tonterías. ¡Todos empezáis con la misma cantinela!

19 Mayo 1894.

SOLEDAD

La ciudad populosa se ve á lo lejos en silueta cortada mágicamente donde, arrancando á veces vivos reflejos, juguetea los rayos de un sol ardiente.

Las torres, las agujas, las chimeneas manchan del horizonte la lejanía como sombras extrañas, rasgos de ideas que brotan del letargo del mediodía.

Y el contorno aparece vago é incierto y la imagen borrosa surge lo mismo que ante las caravanas en el desierto caprichosas ficciones del espejismo.

Perdiéndose en el aire y entre las flores, como las olas mueren sobre la arena, suavemente se acaban esos rumores que imitan al zumbido de la colmena.

Y así como las torres y las agujas en el cielo esfumadas se desvanecen, los ecos de la vida, como burbujas lanzadas al espacio, desaparecen.

Allá la muchedumbre se agita inquieta y en la lucha perenne brega y se afana, y enardecida y loca gime y se aprieta de la ciudad haciendo cárcel malsana.

Aquí nada se mueve, y el campo ameno parece que del sueño tranquilo goza mientras calladamente palpita el seno de la naturaleza que se remoja.

Reina el triste silencio del camposanto, ni las hojas susurran, ni el ave pia; sobre la tierra fértil tiende su manto la calma bochornosa del mediodía.

Y hasta el viento su empuje refrena y para al mover suavemente las amapolas, como si el balanceo le recreara y fuera su visita para ellas solas.

En cambio sórdamente zumba allá abajo, cual volcán en el seno de las montañas, el rumor del constante rudo trabajo que corre de la tierra por las entrañas.

El trajín de los gnomos que martillean formando en los abismos piedras preciosas, átomos que se juntan, genios que crean savia de recios robles, néctar de rosas...

No está tan solo el campo, que en lo más [hondo, bajo el suelo que cubre la alfombra verde, hay un mundo que lucha, y allá en el fondo, mientras aquí en la bruma todo se pierde, despierta, se conmueve, se desespera el germen que dormido dejó el invierno, ¡y palpita la madre naturaleza con su vivificante bregar eterno!

26 Mayo 1894.

HARMONÍA

(Con hache.)

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

Pedro murió. ¡Todo muere!

Cubrió la tierra su cuerpo y comenzó su trabajo la podredumbre al momento.

Es ley eterna, invariable, principio fijo y eterno, que á los vivos alimenten los residuos de los muertos.

Nunca en la naturaleza se crea un átomo nuevo, pero, en cambio, evolucionan constantemente los viejos.

Murió Pedro, y en seguida se sorbió voraz el suelo la fibrina de sus músculos, el fósforo de sus huesos...

Y la química, ayudada por la acción lenta del tiempo, en combinaciones múltiples deshizo y cambió los restos.

Se esparcieron sus moléculas por el aire; se nutrieron los insectos de los jugos, las aves de los insectos, y al cabo de algunos siglos fué la substancia de Pedro

á formar parte integrante de cien millares de cuerpos.

Llegó el fin del mundo. El día terrible, el día tremendo en que las áureas trompetas de los ángeles del cielo llamaron á juicio á todos los hombres del universo. A las estridentes notas todas las tumbas se abrieron y la inmensa muchedumbre voló por el firmamento. A las puertas de la gloria arribó el alma de Pedro sin la carnal envoltura que marcaba el reglamento. —¿Dónde vas tú?

—Voy al juicio.

—¿Sola?

—Sola.

—Pues no puedo admitirte.

—¿Por qué causa?

—¿Has olvidado el precepto?

—¡Todos vendrán con los mismos cuerpos y almas que tuvieron! —¡Qué he de olvidar! pero el trance, y usted dispense, es muy serio. Mi cuerpo está repartido de un modo que mete miedo. —Pues reúne sus partículas y ven.

—Lo haré, si es empeño, pero si busco y recojo lo mío, aviso con tiempo que, si el mismo requisito se exige á todos los muertos... ¡van á faltar á la lista dos millones de sujetos!

16 Junio 1894.

COMO SE HACE EL AMOR

A los veinte años.

"Madrid quince de Abril. ¡Ay, señorita! yo no acierto á explicarla lo que siento. El pensar en usted es un tormento que hasta las ganas de comer me quita. Bórlese usted de mí, si así le place, pero míreme usted, que una mirada es para mí la dicha codiciada. ¡Con ser grande mi amor, se satisface con poco, ya ve usted, casi con nada!"

A los treinta años.

"Madrid quince de Agosto. Yo no puedo resistir este afán. Si tú me quieres, ven á mis brazos ya; no tengas miedo. ¡Que te importen un bledo las habillitas y cuentos de mujeres!

La idea del honor mal entendida puede hacer la desgracia de mi vida. ¡Déjame que te adore y que te quiera con todo el corazón y el alma entera!"

A los cincuenta años.

"Madrid Diciembre quince. Señorita: dígnese usted aceptar este presente, que la hará de seguro más bonita y... quiera el Dios del cielo que el siguiente lo pueda yo llevar personalmente.

Post-scriptum. No tenga usted cuidado, soy prudente, formal y reservado..."

23 Junio 1894.

LOS SUCESOS DE AYER

6 TODAVÍA HAY CLASES.

"Aniceto Valdespina, aprendiz de cerrajero, dió un escándalo en la esquina de la calle del Bastero.

Parece que, entre otros vicios, le arrastra el del aguardiente. y estaba, según indicios, borracho completamente.

Fué detenido en el acto de alborotar con sus vivas al socialismo, y al pacto y otras frases subversivas.

El susodicho Aniceto, según datos fehacientes, parece que es un sujeto de malos antecedentes."

—
"A. B., pariente cercano de un título de Castilla, quiso agredir á un anciano en la plaza de la Villa.

Sabemos por referencia que estaba el joven bastante trastornado, á consecuencia de una comida abundante.

Y sólo así se comprende que pegara en las costillas un palo al viejo que vende periódicos y cerillas.

Al fin los guardias llegaron, y para hacer el despejo de la calle, se llevaron á la prevención al viejo."

—
"Una joven conocida por Pepa la Desgarrada, atentó contra su vida en la calle de la Abada.

El hecho se ha atribuido á que algunas horas antes la Pepa había refido con uno de sus amantes."

"Una joven distinguida sobrina de un general, muy guapa y muy conocida por su carácter jovial, se arrojó por un balcón á la calle. Se asegura que la joven en cuestión sufre accesos de locura."

"Un drama horrible, brutal, se ha desarrollado ayer en la calle del Grajal, entre marido y mujer.

Parece que Celestino Pérez López (el esposo) es aficionado al vino, bestia, holgazán y celoso.

Y parece que Sotera López y Pérez (la esposa) lo que tiene de ligera no lo tiene de hacendosa.

Cuando anoche, algo embriagado, volvió á casa Celestino, vió á Sotera en animado coloquio con un vecino,

y sin que entre ellos mediara la más leve explicación, fué y la deshizo la cara y el pecho con un formón."

"De un desgraciado accidente ocurrido á una señora se habló reservadamente anoche á primera hora.

Decíase que R. T. tuvo confidencia ignota de que su esposa S. P. se entendía con C. J.,

y poniéndose en acecho, dispuesto á lo que ocurriese, no quedó muy satisfecho de la conducta de S.

La cual llegó conducida entre guardias al Juzgado, donde se formó en seguida el oportuno atestado.

Don C. J., con el susto, tuvo una sofocación... Haremos con mucho gusto cualquier rectificación."

30 Junio 1894.

EL ETERNO SOFISMA

—Perdonad, padre mío; ¡es tan pesado que... en fin, le di otro beso!

—Pero ¿por qué haces eso, si te he dicho cien veces que es pecado?

—¡Si ya lo sé que peca, señor cura, pero vienen las cosas de tal modo que, sabiéndolo y todo,

encuentro en el delito mi ventura!

—Y ¿cómo fué?

—Fues nada, que empezó por decirme que era hermosa, pidiendo por favor una mirada.

—¡Ah, traidor!

—Y como una es generosa... Después, sin yo querer, me dió un abrazo.

—¡Y te asustaste tú!

—Nadie se asusta ni se convence nadie de que es lazo, traición, embuste y farsa lo que gusta. Luego ¡somos tan tontas las mujeres!

Yo... digo la verdad, me volví loca cuando, casi rozándome la boca, vi aquellos labios que decían "¿quieres?"

—Y ¿qué hiciste?

—Negar; con tal firmeza que al ver mi negativa

se pintó en su semblante una tristeza tan grande que... como una es compasiva...

—¡Se le diste por fin!

—¡Ay, padre mío! es que empezó á jurar desesperado que podría llevarle mi desvío

á renegar de Dios que le ha criado y... ¡ya ve usted! ¡se necesita calma para dejar que se condene un alma!

Yo lo hice... por sacarle del apuro.

—Pero, en cambio, la tuya se condena.

—Bien; yo tengo el infierno por seguro, pero ¿qué se ha de hacer? Una es tan buena...

—Es que así tú has caído en el pecado y él no logra salvarse.

—Y nada hemos perdido ni ganado, pues yo también me hubiera condenado si á sabiendas le dejo condenarse.

Por eso, padre, desconfío y dudo y en busca de consejo á usted acudo.

¿Qué es lo que debo hacer si el mejor día vuelve diciéndome que ó le beso ó muere?

—Pues... ¡haz lo que tú quieras, hija mía!

¡Santo Dios! ¿Hase visto picardía?

¡Cómo argumenta el diablo cuando quiere!

7 Julio 1894.

EL RANCHO

He visto un niño ayer, sucio, andrajoso, débil, enteco, lacio, escrofuloso, aguantando el suplicio

de un sol abrasador, sentado en tierra cerca del edificio

donde está el Ministerio de la Guerra. Sin familia tal vez, ni hogar, ni lecho,

estaba la infeliz criaturilla del rancho de las guardias en acecho,

inmóvil y apretando contra el pecho su boté convertido en escudilla,

Y al centinela contemplaba en tanto paseando con marcha acompasada,

y había tal tristeza en su mirada

que daba ganas de romper en llanto.

Llegó el rancho por fin. Potaje ó sopa, menestra ó no sé qué... ¡Pero muy rico lo que le echaron en el bote al chico! Y hasta el día siguiente... ¡á vivir, tropa! ¡Oh sabia Providencia que apareces protegiendo á las aves y á los peces! ¡Nada se pierde en tierra de cristianos! El Estado se gasta lo que cobra en pitanza de tiros y troyanos, y después de pasar por tantas manos no falta quien recoge lo que sobra. Esto tiene importancia y la merece. Porque si el niño de mi cuento crece y triunfa la materia de esa lucha brutal con la miseria, ¿qué es lo que puede ser? ¡Será soldado! Y si la patria en un momento dado le envía á pelear, ¡tenga entendido que al morir en defensa del Estado no hace nada demás! ¡Le ha mantenido!

21 Julio 1894

SECCION DE NOTICIAS

(CON SUS COMENTARIOS CORRESPONDIENTES)

"En carta que nos escriben de Ficóbriga del Río nos dicen que, entre los muchos personajes distinguidos que están pasando unos días en tan delicioso sitio, se encuentra don Quico Pérez Calaguala del Castillo, hombre público importante y escritor notabilísimo que está ya más aliviado de su enfermedad del hígado." (¿Que está don Quico en Ficóbriga? ¿Que por correo lo han dicho? ¡Ya sé de quién es la carta! ¡Del propio señor don Quico!)

"Esta mañana, en la iglesia de San José, han contraído matrimonio la simpática joven doña Paz Colirio, sobrina del farmacéutico que lleva igual apellido, y el bizarro comandante don Sinforiano Requinto. Deseamos á los cónyuges un eterno y dulce idilio y que sean muy felices por los siglos de los siglos." (Más claro: no conocemos á la mujer ni al marido, y el suelto así redactado nos lo remite un amigo. Eso del idilio eterno

se dice por compromiso, porque aunque acabe mañana nos importa tres cominos.)

"Tirso.—En este teatracho inmoral, inmundo, indigno de la capital de España, se estrenó anoche un *pasillo*, ó cosa así, soso, absurdo, poco culto y nada limpio. La sílba fué merecida y á pesar de los borricos alabarderos, la pieza cayó entre voces y gritos. Así se retrae el público del citado establo lírico, que está desde hace unos meses completamente vacío. Pero ¿no es escandaloso el insolente cinismo de una empresa que apadrina semejantes desatinos? ¿No es cosa de que intervengan el alcalde y el obispo? ¡Porque hay que limpiar el arte de engendros por el estilo y hay que...!" (Vaya, no te apures, que ya estamos convencidos... ¡de que no te dan billetes en el teatro de Tirso!)

"Oímos decir anoche con insistencia en los círculos, que el consecuente demócrata don Buenaventura Pinto ocupará una vacante de senador vitalicio, para la que le proponen los notables del partido." (¡Hombre! ¿lo oyeron ustedes? ¿A quién? ¿A un señor bajito, gordo con patillas? ¡Era don Buenaventura mismo!)

28 Julio 1894.

PESADILLAS

Estás, pobre niño, convulso, asustado, porque hace unas noches que pasas mal rato con unas visiones y ensueños muy raros. Apenas apagan la luz de tu cuarto y das media vuelta y entornas los párpados, cien sombras horribles de bichos extraños en torno á tu lecho se agitan danzando:

demonios enormes
 con cuernos y rabos,
 serpientes con alas
 y picos de pájaros,
 dragones terribles,
 vestiglos y sapos
 que quieren llevarte
 gruñendo y chillando
 y afilan sus uñas
 lo mismo que garfios.
 Pues eso no es nada.
 Tú duermes entretanto
 sin dársete un bleño
 de monstruos y endriagos,
 verás cómo escapan
 no haciéndoles caso.
 ¡Dichoso tú ahora
 que sueñas con trasgos,
 y gnomos, y brujas,
 y duendes y diablos!
 ¡Verás cuando crezcas!
 ¡Verás cómo, en cuanto
 tendido en el lecho
 te rinda el cansancio,
 te asaltan y cercan
 fantasmas humanos
 de hermosas mujeres
 en haz apretado
 con ojos azules,
 ó negros, ó garzos,
 tal vez parecidas
 en líneas y rasgos
 á Trini y á Rosa
 y á Luisa y á Amparo...
 En vez de tormentos
 con pinchos y ganchos,
 vendrán á brindarte
 la miel de sus labios;
 y cuando despiertes
 verás, sin embargo,
 que aquellas visiones
 te han hecho más daño
 que brujas y grifos
 y duendes y diablos
 con todos sus cuernos
 y todos sus rabos.

11 Agosto 1894.

LA ORGIA

—Oyes (me dijo Perico,
 que es un andaluz de Cádiz
 dicharachero y alegre
 y guasonazo y tunante),
 si quisiera saber lo que es bueno,
 vente conmigo esta tarde
 á un reservao de... tal sitio
 á tomar un piscoalabá.
 Van dos amigos de buten
 y tres mujeres capaces
 de resucitar á un muerto
 con la broma y con el cante...

¡Te vas á morir de gusto
 con las cosas que se traen!
 Y fui. Me atrajo el abismo,
 porque como el hombre es frágil...
 Las mujeres, en efecto,
 me parecieron tres ángeles
 (porque tratándose de *ellas*
 adolezco de ese achaque)
 y pensé: "Vaya, aquí vamos
 á divertirnos en grande,
 á poquito que nosotros
 pongamos de nuestra parte."
 Y con este buen deseo,
 que no ha de chocar á nadie,
 vinieron las expansiones
 con los primeros enjuagues.
 Como al principio no había
 la confianza bastante,
 nos desahogamos un rato
 diciendo vulgaridades;
 pero en cuanto el vino tinto
 fué calentando las fauces,
 se desataron las lenguas
 y empezaron los desplantes.
 —¡Luisa, ya te estás marcando
 una de esas que tú sabes!
 —Anda con ella.

—¡Que tengo
 deseos de acompañarte!
 Y Luisa, una morenucha
 con mucha sal y donaire,
 puso los ojos en blanco,
 se compuso un poco el talle
 y se arrancó de este modo
 marcando mucho los ayes:
 "¡Ay, maresita del alma,
 tengo una pena tan grande
 que riego tu sepultura
 con lagrimitas de sangre!"
 —¡Ole ya!

—¡Viva la gracia!
 ¡Bendita sea tu madre!
 —¡Hay que quererla!

—¡Salero!
 ¡Vaya un modo de marcarse!
 Y entre palmadas y bravos
 de entusiasmo delirante,
 siguió en sus quejidos Luisa
 serena ó imperturbable:
 "Por dar unas puñaladas
 le metieron en la cárcel,
 y allí se murió mi niño
 ¡ay! sin poder consolarle."
 Y así sucesivamente
 cantares y más cantares
 contando muertes, dolores,
 incendios y fieros males
 que escuchábamos nosotros
 ceñudos, serios y graves,
 con los codos en la mesa
 y sin probar los manjares.
 Para rematar la suerte,
 en mi brazo reclinándose

Paz, la rubia, me decía
bajito y llorando casi:
—¡Ay! estas cosas, chiquillo,
no son para mi carácter,
porque yo, á pesar de todo,
soy muy desgraciada, ¿sabes?
Me escapé de chiquitilla
de casa, porque mi padre
me ponía todo el cuerpo
perdido de cardenales.
Vine aquí yo no sé cómo,
¡y aquí he pasado más hambre,
y aún la paso... ¡Si supieras
que á veces pienso en matarme!
Yo quería consolarla,
pero ella dale que dale
que si golpes, que si llantos,
que si vida inaguantable...
Total, que al cerrar la noche
nos marchamos á la calle
sacando, de puro tristes,
los ojos como tomates.
Y ayer me encontré á Perico
y me dijo, al saludarme:
—¡Muchacho, menuda juerga
corrimos aquella tarde!

18 Agosto 1894.

LA ESCALERA

Agallas tienes y empuje
para subir donde quieras,
porque osadía te sobra
y audacia tienes á espuestas.

¡Dios te ayude, Bartolillo,
para rematar tu empresa
de escalar los altos puestos
sin reparar en barreras!

La sociedad es cobarde,
y en cuanto uno grita y pega
se confunde y aturulla
y el paso libre le deja.

Por lo cual doy por seguro
que saltarás por la brecha
rompiendo la medianta
para ascender á eminencia.

Claro está que, como todos
los ambiciosos de veras,
sacarás de hombres y cosas
todo el partido que puedas,
y sin pararte en pelillos
ni escrúpulos de conciencia,
harás de tus relaciones
sólida y fuerte escalera.

La amistad es buen peldaño
si cae en manos expertas,
y el amor bien dirigido
poderosa ayuda presta.

Ya tú lo sabes, Bartolo,
porque la historia está llena
de ejemplos de caballeros
elevados por las hembras,

que á no haber sabido á tiempo
sentir pasiones intensas,
desconocidos y pobres
serían *per omnia secula*.

La educación es un arma
que no se rompe ni mella
y da grandes resultados
á todo el que la maneja...

Tú no eres lerdo, y de todo
lo que es útil te aprovechas,
aunque tropieces y caigas
en embustes y bajezas,
y si el hilo de tu vida
no corta la Providencia,
dentro de dos ó tres años
vas á llegar á la meta.

Para entonces, Bartolillo,
por si tu triunfo te ciega,
te voy á dar un consejo
de utilidad manifiesta.

A tu fama y á tu nombre
da todo el lustre que puedas,
¡pero no tires la escala
que te sirvió en la pelea!

Amoríos, amistades
y hasta adulación conserva,
que no es probable por eso
que te humilles ni te pierdas,
y á muchos que se dejaron
arrastrar por la soberbia
les supo mal la caída
por haber roto las cuerdas.

¡Siempre baja fácilmente
quien deja la escala puesta,
y los que de ella prescinden
caen de repente y se estrellan!

8 Septiembre 1894.

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

(BOCETO PARA UN CUADRO DE CUTANDA)

La luz del medio día entra á torrentes,
el polvillo sutil abriellando,
por la enorme montera de cristales
que en extenso salón convierte el patio.

De pie junto á las cajas, los obreros,
con largas blusas negras, alineados
en incorrecta formación, trabajan,
fijos los ojos y ágiles las manos,
en la ruda labor de unir las letras
grabadas del metal en los pedazos
para que en líneas apretadas luego
corra y se extienda el pensamiento humano.

El potente motor, pegado al muro,
ruge y resopla cual titán domado,
y con velocidad vertiginosa
gira el volante de bruñidos rayos.

Las máquinas se mueven con estrépito
de palancas, de ruedas y de garfios,
y á la breve presión de los cilindros
lo impreso surge en movimiento rápido.
¡Allá van las ideas condensadas

de hombres y pueblos á esperar el fallo
y en el gran edificio del progreso
á colocar el invisible grano!

.....
Viene de pronto un áspero chasquido
á interrumpir el himno del trabajo;
cesan los ruidos, los rodillos paran,
todo enmudece de estupor y pismo,
y un grito de dolor seco, estridente,
de agonía mortal llena el espacio.

Los hombres dejan su labor. La rueda
del motor ha cogido á un operario,
y tras combate horrible de un momento
le ha arrojado á un rincón, hecho pedazos,
para que allí los rastros de la sangre
se mezclen de la tinta con los rastros.

Y, mientras en el grupo que le cerca
por los tiznados rostros rueda el llanto,
sus ímpetus el émbolo recobra,
y el volante, vencido aquel obstáculo,
vuelve á mover correas y engranajes,
tornan los ruidos que apagó el espanto
y siguen los cilindros, impasibles,
dando vueltas, erujendo y rechinando,
para que al beso del papel y el plomo
corra y se extienda el pensamiento humano.

15 Septiembre 1894.

LA INFIDELIDAD

No cabrían en el mundo
si se unieran de repente
las diatribas y dictérios,
los anatemas y pestes
que desde Adán á la fecha
la sociedad lanzó siempre
contra las hembras perjuras
y los varones infieles.

¿Quién no se quejó en su vida
lo menos cincuenta veces
de que la mujer amada,
¡la perla de las mujeres!
que prometió amor eterno
con juramentos solemnes
por el calor animada
de las amorosas fiebres,
dejó apagar aquel fuego
pasados algunos meses
y á sus formales palabras
faltó descaradamente?

¿Cuál es, entre las señoras,
la que ha tenido la suerte
de hallar un varón que cumpla
lo que en amores promete?
Todos, rubios y morenos,
muchachos y viejos verdes,
juran por los Evangelios
adorar hasta la muerte,
y á las primeras de cambio,
en cuanto el hástío viene,
de las promesas se olvidan
y viven tan guapamente.

¿Es que miente todo el mundo
y es falso y traidor adrede?
¡No hay tal cosa! En los amores
toda el alma se conmueve,
y al jurar pasión eterna
se dice lo que se siente,
y no hay quien el santo fuego
trocar en cenizas piense.

Pero el deseo se acaba
y el amor se agosta y muere
cuando no cambia de objeto
que le avive y le alimente.
¿Quién tiene la culpa? Nadie,
pues que lo exigen las leyes
que rigen el universo
inmutables y perennes.

Maldecir á los amantes
que no cumplen lo que ofrecen,
pidiendo para su crimen
á Dios castigos crueles,
es lo mismo que enfadarse
con los arbolitos verdes
porque se quedan sin hojas
cuando se acaba Septiembre.

Pongámonos en lo justo,
que es lo que más nos conviene,
y no pidamos al hombre
lo que darnos no puidiere.

Jure amor el que lo sienta,
que si el amor se le tuerce,
cuando falte al juramento,
Dios de seguro le absuelva.

22 Septiembre 1894.

MIRA, CARMEN

No deben las muchachas
rendirse á sus amantes
ni demasiado pronto
ni demasiado tarde.

Las que su amor conceden
sin lucha ni combate,
las dulces esperanzas
verán evaporarse,

porque no hay hombre alguno
que goce y se entusiasme
con las conquistas rápidas
y las victorias fáciles.

Y las que se entretienen
con dares y tomares
se exponen á que el fuego
de la pasión se apague;
porque en el ansia eterna
se sueñan disparates,
despiertan esos sueños
deseos insaciables,

y luego, cuando ceden
los últimos baluartes,
delirios é ilusiones
la posesión deshace,
así como al que *in mente*
se forja las pirámides

de Egipto, luego, al verlas, no le parecen grandes.

Por tanto, en tus amores ¡oh encantadora Carmen! si no te precipitas, tampoco te retrases.

6 Octubre 1894.

DAÑOS Y PERJUICIOS

DE LA MUJER LEGÍTIMA

Mi amigo Valeriano se casó con Elena este verano, y ayer, en confianza, me decía: —Chico, no soy feliz, porque mi Elena, que es un ángel de amor, hermosa y buena... tiene un defecto garrafal: ¡que es mía!

Y esto, por ser verdad, es triste cosa, porque prueba que el vicio tendrá siempre ventajas, en perjuicio de la mujer honrada y virtuosa.

La posesión tranquila y sosegada, matando la ilusión, no sabe á nada, y el amor sin sosiego centuplica el placer y aviva el fuego.

De aquí que los casados lleven siempre sus cuitas, sus cuidados y sus malos humores á aquel nido de paz, de que las leyes sabias y justas les hicieron reyes, y al hogar clandestino amor y flores para adular serviles al tirano que se hace obedecer con dura mano.

La esposa, copartípe en las penas, ha de llevar del hombre las cadenas y aguantarle tal falta ó cual defecto, para evitar en cambio á la querida que vislumbre el aspecto fastidioso y prosaico de la vida.

A la primera, esclava cariñosa, mala cara y desdén por cualquier cosa, y á la segunda, reina despiadada, el mimo y la atención por si se enfada.

El lazo del demonio es suave y tierno porque puede romperse el mejor día, y el de Dios, porque es fuerte y es eterno, inaguantable al fin, cansa y hastía.

Y es porque el hombre, sin pensarlo, siente que es la felicidad únicamente la que puede escaparse por la puerta y hay que gozar con sustos y con tasa, y considera desventura cierta la que le brindan á la fuerza en casa.

¡Qué más! en caso de falsa grave, cuando el alma ni olvida ni perdona, ya todo el mundo sabe que á la querida infiel se la abandona, y á la esposa liviana que falta á su deber... se la asesina con el permiso de la ley humana y... estaba por decir de la divina.

Yo creo que la prueba es convincente, porque á la vista salta que para la mujer es conveniente prescindir del decoro... ¡y que hace falta mucha paciencia para ser decente!

13 Octubre 1894.

¡HAY CLASES!

Yo soy cerrajero, ¿estamos?

pero me permito el lujo de querer más á mis hijos que el señor duque á los suyos.

¿Que por qué? Porque él los cria, naturalmente, con rumbo y tiene su cuarto aparte, y los ve de Enero á Julio, y maldito si se ocupa de llevarles el condumio. puesto que se encargan otros de darles pavo y besugo.

Yo vivo sólo por ellos, trabajando más que un mulo, y ¡Dios sabe las fatigas que me cuestan sus mendrugos!

Si se desvelan, yo velo; si se duermen, les arrullo; sus juguetes yo los hago, su llanto yo se lo enjugo...

¿Que esto ha de tener sus contras? ¡Ya lo creo, y como puños! Por ejemplo, al señor duque se le muere el hijo único en brazos de las doncellas ó el ayo... y tiene un disgusto, que no podrá ser muy grande si no le trataba mucho.

Y, en cambio, á mí, cuando el cielo se empeña en quitarme alguno, no sólo hiriéndome el alma me deja vacío el mundo, sino que con él me roba, al hundirle en el sepulcro, muchos placeres... ¡y muchas horas de trabajo duro!

20 Octubre 1894.

AUTORES DRAMATICOS

I

Los que hacen carrera.

—Pues sí, señor; en los ratos de vagancia que me dejan los negocios, he cogido la pluma, y he hecho una pieza. No me ha costado trabajo. —¡Claro! ¡con la inteligencia que usted tiene!...

—Me ha salido magnífica.

—¿Sí?

—Muy buena.
De un corte nuevo, graciosa,
y muy fina y muy correcta.
—¿Cuándo la leemos?
—Eso
después; tenga usted paciencia.
Me faltan algunos toques,
variar algunas escenas...
—¿Tiene música?
—Pues claro.
—¿De quién?
—Pues de una eminencia;
de...

—¡Caracoles!
—Conozco
dos números... ¡de primera!
—Pues, si usted quiere, mañana
empiezo á mover la prensa.
—¡Ah, sí! desde luego.
—Y bueno
sería indicar la fecha...
—Diga usted que el mes que viene;
que aunque entonces no la tenga
corriente, las dilaciones
dan importancia, jalean
la cosa...

—Bien, convenido.
—¡Ah! pero... habrá que ponerla
decentemente; hacen falta
tres decoraciones nuevas.
—¡Por Dios! señor don Fulano,
no hablemos de esas miserias;
se harán.
—Y se necesitan
dos baritonos de fuerza,
según me ha dicho el maestro.
—Se traerá lo que usted quiera.
—Pues no hay más que hablar. Mis chicos
quieren ver esa zarzuela
que se estrenó antes de anoche.
—¿Y quiere usted una platea
ó un entresuelo?

—Entresuelo.
—¿Lo lleva usted ó se lo llevan
á casa?

—Que me lo lleven,
para que no se me pierda.
Conque adiós; cuando esté todo
daré por aquí una vuelta
con la piececita.

—¡Hombre,
por Dios! ¡Mandaré por ella!

II

Los que se quedan en la estacada.

—¿Está el señor empresario?
—Servidor.
—Traigo una pieza...
—¿Verso?
—Sí, señor, en verso.

—¡Hombre! la forma poética
en el teatro...

—Sí... ¡claro!...
en fin... ¿quiere usted leerla?
—Déjela usted y veremos.
—Es una cosa ligera,
sin pretensiones, sencilla...
¿Zarzuelita?

—Sí, zarzuela.
—Y ¿quién le pone la música?
—Pues un muchacho que empieza.
Dicen que la hace bonita,
pero no respondo de ella,
como usted comprende.

—¡Malo!
Y ¿tiene gasto?

—Una huerta
que hay que pintar; porque tiene
dos practicables que juegan.
—¡Hum!...

—Pero no es necesario;
con bastidores de selva
se puede arreglar. Y luego
con una tapia cualquiera...
—Bien; ¿y el reparto?

—¿El reparto?
—Porque bueno es que usted sepa
que las primeras figuras
que hay en la casa se quejan
del exceso de trabajo.
—Pues... con dos tiples modestas
y un par de coristas listos
que no se corten, se arregla.
—Bueno, hombre, pues la leeremos.
—¿Cuándo quiere usted que vuelva
á saber si está admitida?
—Pues... el caso es que á estas fechas
hay un trajín... ¿En qué estamos?
—En la segunda quincena
de Octubre.

—Pues... para Junio
puede usted darse una vuelta...

27 Octubre 1894.

CARNE DE TABLAS

El esposo tocaba
de higos á brevas
la flauta, en un teatro
de los de piezas,
cuando había un maestro
que le quisiera
(que no le había siempre
por suerte negra),
y por soltar sus notas
graves ó tiernas
le daban cada noche
cuatro pesetas.
Como el teatro tiene
bastantes quiebras,
no se hacen millonarios
los de la orquesta,

y el flauta de mi cuento,
 lleno de deudas,
 siempre estaba á los bordes
 de la miseria.
 Entre tanto la esposa,
 flacucha y seca,
 escasa de alimentos
 y harta de penas,
 le ayudaba cantando
 siempre en hilera
 con otras infelices
 pobres como ella.
 Como es un aliciente
 de las zarzuelas
 el de echar en los coros
 carne á la fiera
 y procurar que goce
 la concurrencia
 contemplando muchachas
 lindas y frescas,
 por puro compromiso
 salía á escena
 la corista del flauta,
 lacia y enteca.

Una noche, en su triste
 guardilla infecta,
 contraída la frente
 por la tristeza,
 el músico las horas
 pasaba en vela
 junto á una pobre cuna
 casi deshecha,
 donde dormía un niño
 como unas perlas
 el intranquilo sueño
 que da la anemia:
 la infeliz criatura,
 de frío yerta,
 en un montón de trapos
 temblaba envuelta,
 y el músico velaba
 con honda pena
 solo... hasta que volviese
 su compañera.

Llegó al fin la corista.
 Sobre una mesa
 dejó los cinco duros
 de la decena,
 y... envueltos en un trozo
 de colcha vieja,
 sus trajes de colores,
 dijes, cadenas,
 toneletes, corpiños,
 mallas y medias.

—¿Qué es eso? dijo el hombre.

—Nada, que me echan.

—¿De dónde?

—Del teatro.

—¿Por qué?

—¡Por fea!

Y llorando en silencio,
 sin más protestas,

desanudó la colcha,
 sacó sus prendas
 y echó en la cuna un peto
 con lentejuelas,
 para abrigar al ángel
 que había en ella.

3 Noviembre 1894.

CASA TRANQUILA

—Vengo á tratar del cuarto que se alquila
 —¿Quiere usted verle ahora?

—Ya lo he visto.

Vine ayer por la tarde; usted no estaba,
 me dió un hombre las llaves...

—Sí, mi Acisclo

—Bien, su Acisclo de usted. Y me conviene
 pero antes de cambiar de domicilio
 no estaría de más que usted me diera
 ciertos datos...

—¿De qué?

—De los vecinos.

Me gusta estar en autos
 de la gente que vive donde vivo.

—Y hace usted bien, señor; que muchas veces
 por no andarse con esos requisitos,
 se meten, sin saberlo, las personas
 á tratar sinvergüenzas y perdidos.
 ¡Hay tantas casas en Madrid, tantísimas,
 que son un puro escándalo continuo!

—¿Pero ésta no es así?

—¡Calle usted, hombre

El dueño de esta finca es hombre digno
 que no admite inquilinos sospechosos
 aunque le traigan cartas del obispo.
 Mire usted, en el bajo
 vive un señor de edad, soltero y rico,
 que tiene el piso puesto con un lujo,
 ¡ya verá usted que piso!
 Pues nunca se le siente. Sale poco,
 no trasnocha jamás, no tiene amigos...
 y sólo viene á verle una sobrina
 muy guapa, muy formal, que no abre el pico.
 En el cuarto entresuelo hay dos señoras
 que, por favor, mantienen á dos hijos
 de una prima carnal que murió en Cuba
 y les tratan las dos con un cariño...
 Pues ¿y en el principal? Un matrimonio
 que aunque está, al parecer, desavenido
 no regaña jamás. El no está en casa
 casi nunca, por cosas del oficio.
 —¿Qué es?

—Viajante; y es claro, como el pobre
 tiene siempre que andar por los caminos,
 pues... encarga el cuidado de su hacienda
 á un compañero de colegio, un chico
 que le hace compañía á la señora
 y la lleva al teatro los domingos.
 En el segundo vive una modista
 muy buena y muy amable. Hace vestidos
 á muchísimas señoras principales
 que la vienen á ver de tapadillo,

porque como es modesta, y ellas quieren decir que se los hacen los modistos... En el piso tercero...

—Bueno, basta, ya sé que el vecindario es muy tranquilo...

—¡No se oye ni una mosca!

—Bien, pues voy á tomar el cuarto piso, pero no con objeto de habitarle, ¿comprende usted?

—No entiendo.

—Muy sencillo: yo tengo una sobrina á quien protejo.

—¿Como el señor del bajo?

—Sí; lo mismo,

y de esto nada sabe la familia, porque estoy enfadado con mis primos.

—Entiendo, y quiere verla algunas veces sin que se enteren ellos.

—Caballito.

—¿Va usted á dejar señal?

—El otro día

se la dejé á su Acislo.

—¡Ah, sí! Le llamo así... por la costumbre; pero... no es mi marido.

10 Noviembre 1894.

¡BONITAS ESTAN LAS LEYES!

(COMO DIJO EL OTRO)

—Mi caso es el siguiente (dijo el viejo), que una injusticia sin ejemplo prueba: yo tenía en mi casa aquella noche guardadas en un trapo en la despensa dos pesetas, sobrantes del salario, destinadas á un pago en la taberna. Mi chica, que es muy guapa y espejo y nata y flor de las morenas, me dió un caldito, me acosté en seguida y me quedé dormido como un bestia. Allá, al amanecer, oí pisadas en el pasillo y rechinar de puertas y, como es natural, sobresaltado, salí del lecho y encendí una vela, pensando que algún pillo me venía á quitar las dos pesetas. Vi que en la sombra un hombre se escondía; agarré, por si acaso, la herramienta y me puse á gritar:—¡Ladrones! ¡Guardias! Subió gente, el sereno, la portera... Cogimos al ladrón, se lo llevaron y yo dije:—¡A presidio de esta hecha! Y á presidio sin falta hubiera ido el autor del delito, si no prueba que estaba en relaciones con mi chica y entró en la casa... para hablar con ella. Total, que le pusieron en la calle y yo quedé corrido de vergüenza porque, es lo que yo digo, y ni Cristo me saca de esta idea: ¿conque es decir que si el ladrón entrara

en mi casa á unas horas como aquellas á quitarme no más los ocho reales que guardaba en el trapo en la despensa, le ponen á la sombra por ocho años ó diez ó los que fueran, y yendo, como fué y está probado, á robarme el honor, van y le sueltan? ¡Pues si esta es la justicia, que venga el Padre Eterno y que lo vea! Por supuesto, hecho el daño, no me importa lo de la chica ya, ni la sentencia: siento... ¡que el tribunal dé por sentado que yo apreciaba más las dos pesetas!

17 Noviembre 1894.

EL SACRIFICIO

Su niño de seis meses se moría de bronquitis rayana en pulmonía, pero... Juan no tenía la peseta que era el precio asignado á la receta con que acaso el enfermo sanaría.

Y á buscarla se fué. Luego... es sabido que Juan corrió la población entera durante todo el día, mal vestido de rojo balandrán, sucio y raído y con un cucurucho por montera.

Llevaba un cartelón de mil colores con retratos de varios animales, que anunciaba con letras colosales la llegada de un clown de los mejores.

No hay para qué decir que daban risa cartel, y balandrán, y cucurucho, viendo á Juan ¡el pobre! de tal guisa chicos y grandes... le silbaron mucho.

—¡Sinvergüenza! —¡Indecente! —¡Mama- [rracho!]

—¡Vaya, que es rebajarse una persona!

—¡Por fuerza está borracho!

—¿Vas á dormir con balandrán la mona?

Esto es lo que oyó Juan durante el día y, aguantando las burlas de la gente, como él solo sabía la causa y la razón de lo que hacía, recorrió su calvario dignamente sin rubor en la cara, y embebido en su incógnita grandeza, ¡más orgulloso aún que si llevara el báculo en la mano, y la tiara del Vicario de Cristo en la cabeza!

24 Noviembre 1894.

POLIGAMIA

Constantemente soñamos todos, chicos y grandes, flacos y gordos, con diez mujeres ó diez y ocho, porque una sola

parece poco.
 ¡Locura necia!
 No de otro modo
 los que le toman
 cariño al mosto
 piensan que acaso
 fueran dichosos
 con tres barricas
 para tres sorbos,
 y caen rendidos,
 sin ver que sólo
 de esos placeres
 gozan los sobrios.
 Pues si la carga
 del matrimonio,
 tarde ó temprano,
 rinde los hombros
 y es necesario
 tener cien ojos
 y andarse siempre
 con pies de plomo
 para que marche
 bien el negocio
 y el dulce lazo
 no quede roto,
 ¿qué fuera, ¡oh cielos!
 si, con asombro,
 cualquier cristiano
 trocado en moro
 viera invadido
 su hogar, de pronto,
 por cien mujeres
 ó cien demonios
 y con iguales
 títulos propios?
 ¿Quién es el guapo
 tan buen piloto
 que el barco salva
 de tal escollo?
 ¿Quién está siempre
 con una loco,
 con otra altivo
 ceñudo y hosco,
 con las mimosas
 muy cariñoso
 y con las necias
 vulgar y fofito?
 Pues ¿y la honra?
 ¿Quién hace voto
 de conservarla
 limpia del todo?

.....
 Por eso algunos
 que yo conozco
 que del sistema
 ven por sus ojos
 las desventajas
 y los embrollos,
 aunque le juzgan
 bueno en el fondo,
 con una esposa

viven tan sólo
 y las restantes...
 viven con otros.

8 Diciembre 1894.

ANTE EL JUEZ

—Ello fué porque en la obra,
 Gregorio que es un boceras,
 me llamó *morral*... del todo;
 ¡morral!, así como suena.
 Póngase usía en mi caso:
 me quemó la palabreja,
 y le dije, digo: "Mira,
 ven á decirme eso fuera".
 Y él dijo, dice: "Pues vamos".
 Dejamos las herramientas,
 y fuimos con cuatro amigos,
 á cinco, á media docena,
 á darnos cuatro morradas
 para lavar las ofensas,
 como hacen los ciudadanos
 honraos que tienen vergüenza.
 Pero nos vieron los guardias,
 se maliciaron la gresca
 y, sin más, nos han traído
 poco menos que á la fuerza.
 Y esto es lo que á mí me puede,
 y me carga, y me revienta,
 con perdón, ¡que no se tire
 pa toos igual de la cuerda!
 Porque habrá usía leído
 como yo, y como cualquiera,
 que hace poco en el Congreso
 se armó una marimorena
 porque se quemó un menistro
 muy caballero y etcétera
 con un diputao, no menos
 caballero, por las señas,
 y le dijo: "¡Salga usía!"
 y el otro dijo: "¡Pues, ea!"
 Y entre dimes y diretes
 anduvieron de cabeza
 todos los demás ministros,
 los señores de la mesa,
 y la melicia, y el clero,
 y el pueblo, y la clase media.
 Y á todo esto, no fué un guardia
 con sus formas incorreztas
 á decirles:—"¡Alto el carro!
 que el Código tiene penas
 pa los que se desaffian
 aunque luego se arrepientan",
 ni trajo á toos los que andaban
 metidos en la raena
 para que usía en el azto
 les cantara las cuarenta.
 De modo que usía ahora
 podrá decir lo que quiera,
 pero yo le digo á usía
 que si toas las leyes esas

se han hecho pa que perdamos
un jornal de dos pesetas
un servidor y el Gorgonio...
son unas leyes... de pesca.

8 Diciembre 1894.

MANUAL DEL PERFECTO SABLISTA

Duermo cuando tú vigilas,
vigilo cuando reposas,
y gracias á estas dos cosas
pasas las noches tranquilas.

Por mi mágico poder
entras en tu habitación,
voy á por el comadrón
de parte de tu mujer.

Y si hay en la vecindad
muertes, robos, fieros males
detengo á los criminales
si da esa casualidad.

En fin, puesto que te arropas
cuando me muerdo de frío,
¿no te dice tu albedrío
que me des para unas copas?

Me afano por llevar á su destino
rasgos de la amistad, pruebas de amores,
y alguna que otra carta con valores
que no se haya extraviado en el camino.

Siempre pobre y errante peregrino
portador de alegrías y dolores,
otros hacen chanchullos superiores
y á mí me echa las culpas el vecino.

No descanso, ni vivo, ni sosiego,
porque este es un quehacer morrocotudo,
que obliga á estar alerta y siempre en ascuas:
entro en la casa, subo, llamo, entrego,
cobro, bajo, me agito, corro, sudo...
y además felicito á usted las pascuas.

Muy señor mío: Es el pan
del alma la ilustración.
Los que no comen, ¿qué harán?
¡Morirse por consunción!

Bueno, pues si al panadero
que te trae unas libretas,
cuando va á llegar Enero
le obsequias con dos pesetas,
dime en confianza, dime
con el que allí donde estás
te lleva el manjar sublime
del espíritu, ¿qué harás?

Me lo dice el corazón
saliéndose por la boca.
¡Viva la constitución!
¡Correligionario, choca!

22 Diciembre 1894.

LA HUELGA

Húndense los mineros
abriendo misteriosos agujeros,

y en desigual combate con la tierra,
que en su seno profundo
para ahogarlos traidora los encierra,
dan, tras constante y fatigosa guerra,
pan á sus hijos y la vida al mundo.

No tienen para ellos
ni el firmamento mágica belleza,
ni aroma el aire, ni la mar grandeza,
ni el valle flores ni la luz destellos.

¡Gusanos miserables
que suben y descenden por los cables
con su pala, su pico y su linterna,
y siempre en honda cárcel, siempre abajo,
sucumben en las luchas del trabajo
entre las sombras de la noche eterna.
La suerte los castiga año tras año,
y el encierro es tan hondo
que no se acuerda nadie del rebaño
que jrega sin cesar allá en el fondo.

Pero también el fuego
se oculta de la tierra en las entrañas
y altivas le aprisionan las montañas
con su gran pesadumbre, hasta que luego
ruge el volcán, que estalla de repente,
y abierto el cráter que descuaña el monte
con el humo ennegrece el horizonte,
con la lava candente
rompe, destroza, esteriliza, abrasa
la campiña feraz por donde pasa;
y al cubrir de crespón el firmamento
y al arrasar los bosques de la sierra,
se queda en un momento
dueño y señor del cielo y de la tierra.
Así, de pronto el hormiguero humano
que se pudre en las tristes galerías
surge amenazador, cuchillo en mano,
de sus cuevas sombrías;
y rugiendo, envidioso
del aire y de la luz que nunca goza,
saquea sin piedad, quema y destroza
para ensayar sus fuerzas de coloso.

Con estas convulsiones
se estremecen de espanto las naciones;
tiende poco después sus negras alas
el espectro fatídico del hambre
y, agotados sus bríos, el enjambre
torna á coger sus picos y sus palas
y á medir el fulgor de su linterna
con las negruras de la noche eterna.

Pero no de otro modo
la tierra, remozándose, palpita;
prueba al cambiarlo, al destruirlo todo,
su juventud espléndida infinita
y, acabados los rancos estertores,
tiene más vida, más vigor, más flores...

Si muchas veces la incendiaria tea
marca el camino á salvadora idea,
cuando la crisis convulsiva acabe,
¿progresará la humanidad? ¡Quién sabe!

5 Enero 1895.

ANGELITOS AL CIELO

I

Mezcla de risas, voces, gorgoritos,
 crujir de tablas y chocar de trastos,
 subía por pasillos y escaleras
 el confuso rumor del escenario.
 Se perdía en un cuarto triste y pobre
 en el segundo piso del teatro,
 con su mesita tocador mugrienta
 llena de ungüentos, botes y cintajos
 y sus perchas clavadas en los muros
 atestadas de trapos,
 arrullando á una pobre criatura
 que lentamente agonizaba, en brazos
 de una de esas mujeres que comercian
 en flores... y en cartitas de abonados.
 Se moría el chiquillo. Se moría
 sin caricias, sin besos, sin amparo,
 mirando tristemente
 la opaca bomba que alumbraba el cuarto,
 y entre tanto su madre ¡desdichada!
 cantaba entre las filas allá abajo,
 con el cuerpo abrasado por la fiebre
 y encendidos los ojos por el llanto
 que abría surcos rojos
 en la careta del menjurje blanco.

II

La náusica cesó; y el coro en masa
 trepó más que subió por los peldaños
 entre el alegre estrépito
 de panderas, de saúles y de cascós.
 Y allá fueron guerreras y aldeanas
 ahogando los sollozos en los labios
 á aquel chiribitil, donde la muerte
 tomaba sus trincheras palmo á palmo
 y ahogaba al pobre niño
 ciñendo sin piedad los secos brazos.
 De pronto entraron, cual brillante tromba
 de lentejuelas, percalina y raso,
 con uniformes de colores vivos,
 faldas rayadas, delantales blancos,
 zapatos de charol, medias de seda,
 collares de metal, cintas y lazos...
 guapas, coquetas, jóvenes, graciosas,
 ¡la salsa principal del espectáculo!
 Rodearon al ángel moribundo
 cabizbajas y tristes, y callaron
 como formando un marco de diamantes
 para el lúgubre cuadro.

III

En el rostro del niño
 la agonía cruel iba dejando
 los pómulos salientes, las mejillas
 lacias y sin color, secos los labios,
 y aumentaba el hervor dentro del pecho,
 y helaba el frío los caídos párpados

y con fúnebre son silbaba el aire
 al pasar por los bronquios inflamados.
 ¡No! ¡No había remedio! No quería
 salvarle el Dios clemente por milagro,
 y el alma rompería en plazo breve
 su mísera envoltura de guñapos.
 ¡Bien lo podían ver aquellas pobres
 muchachas disfrazadas de soldados,
 que apiñadas en torno de la vieja
 contemplaban la muerte con espanto
 y hacían por rezar, reconstruyendo
 la oración olvidada tantos años,
 silenciosas, sombrías,
 de sorda pena y de dolor temblando!

IV

Los timbres atronaron los pasillos
 llamando á escena al coro, y en el acto
 el grupo abigarrado de mujeres
 corrió en tropel por la escalera abajo.
 Y el niño quedó solo. Solo... y muerto
 como una flor tronchada por el tallo,
 mientras la orquesta acompañaba un bruidi
 brillante, cancanesco, alegre, báquico,
 y el coro de guerreros y aldeanas
 gritaba con las copas en las manos:
 ¡Reid, gozad!
 ¡brindad, bebed!...
 ¡Viva el amor!
 ¡Viva el placer!...

19 Enero 1895.

MENUDENCIA

Mi amigo don Juan Verdejo,
 que pasa de los sesenta,
 gran buscador de aventuras
 y admirador de las hembras,
 toca el cielo con las manos
 y se irrita y se lamenta
 porque le gustan las chicas
 más que cuando iba á la escuela,
 y siente que, como entonces,
 hierve la sangre, y se quema,
 y se le agitan los nervios
 y... como si no, morena.

El dice que es una lástima
 que cuando tiene experiencia
 le coloque insuperables
 obstáculos la materia.

Pero yo le digo siempre,
 para ver si se consuela,
 que hay que aguantar esas bromas
 de la sabia Providencia,
 que nos da la dentadura
 cuando nos bastan las berzas,
 y al apetecer la carne...
 nos va quitando las muelas.

26 Enero 1895.

EL BUEY SUELTO...

¡Otro año de placer, oh noble duque!
Y así piensas vivir los que pudieres,
hasta que, haciendo punto en tus placeres,
el golpe de la Parca te desnueque.

Tranquilo llevas por la mar tu buque
domando las borrascas como quieres,
entre el juego y el vino y las mujeres
y un doctor que te tifa y que te estuque.

Vives y comes sin quehacer ni oficio,
mientras á mí la prole me desvela
costándome á diario un sacrificio.

Pero ¿no te acongoja y desconsuela
que tu barco, bogando por el vicio,
no dejara tras sí rastro ni estela?

2 Febrero 1895.

MI PLAN

Me pongo un frac nuevecito
ceñido, elegante, airoso,
y una camisa flamante
con botonadura de oro,
el bigote áspero y fuerte
con las tenecillas domo,
me echo al colete dos copas
de ron, para que de pronto
me den la insolente audacia
de que ¡ay de mí! no dispongo,
y entro en el Real, hecho un hombre,
dispuesto á arrollarlo todo
con la sonrisa en los labios
y la alegría en los ojos
y cuatro ó cinco billetes
de Banco, de los más gordos.
Entre aquella muchedumbre
me abro paso con los codos
y examino los disfraces
y el terreno reconozco.
Me encuentro una mascarita
que, por las trazas, supongo
que es duquesa... descendiente
de los reyes visigodos,
no procedente de empeños
ni de agencia de negocios,
y me acerco, y la domino
con cuatro ó cinco piropos,
y la hago gracia y se rinde
asombrada de mi arrojo
y se relame de gusto
cuando la llamo *pimpollo*.
Cenamos bárbaramente
con vino *Champaña* y todo,
y á los postres... de las almas
nos enseñamos el fondo.
Después bailamos dos horas
con un entusiasmo loco,
y no hay en el Real dos seres
más felices que nosotros.
Quedamos citados; ella
se va con su mayordomo,
y yo, pensando en mañana,

casi reviendo de gozo...

Este es el plan detallado
que, desde que era un pipiolo,
vengo formando, dos meses
antes del domingo gordo.
Pero nunca se me logra,
y me desespero y lloro
porque en mi vida he tenido
(que yo recuerde) frac propio,
y el que puede darme Cilla
me causa espanto y asombro
cuando me miro al espejo
cada vez que me lo pongo.
¿Botonadura? Ni ganas.
¿Billetes? Ni por asomo.
Y... no creo en las duquesas
que asisten á esos jolgorios.
Por lo cual, casi es seguro
que este año, como los otros,
me acostaré tempranito
y no iré al baile tampoco.

16 Febrero 1895.

CONSEJOS "LITERARIOS"

Si surge un ripio de mayor cuantía
súeltale sin temor, á sangre fría,
y no te apures si lo ves impreso.
¡La inmensa mayoría
de los que han de leer no entiende de eso!

Lo primero que has de hacer
es pensar una cuarteta
sosica, pero discreta,
dedicada á una mujer,
y cumplirás en seguida
con todos los abanicos
grandes, medianos y chicos
que te manden en tu vida.

Ensalzarás lo que otros han escrito
aunque sean dislates declarados,
para que así, rendidos y obligados,
te digan que lo tuyo es muy bonito.
Este tacto de codos
no es muy leal, pero conviene á todos,
y con él y por él precisamente
suele admirar el vulgo á mucha gente.

Si asistes á algún estreno
musical ó literario,
dile al autor que es muy bueno
y á los demás lo contrario.

Así obtendrás el favor
de todo el gremio, y serás
muy simpático al autor
y... á los otros mucho más.

Cuando te pidan versos las mujeres,
sean guapas ó feas,
complácelas al punto, si pudieres,
mas no pongas ideas, si no quier
desperdiciar en balde las ideas.

Eres un atún, Perico,
mas no por eso te apures,
porque, como tú, colean
muchas docenas de atunes,
que entre las olas del arte
saltan, se agitan y bullen,
y hasta suben muchas veces
donde las personas suben.
Habla con voz campanuda
para que todos te escuchen,
dando á entender que desdénas
lo que los demás producen.
Busca por todos los medios
periódistas que te ayuden
llamándote en los diarios
insigne, eximio ó ilustre;
da banquetes los domingos
ó recepciones los lunes,
y aunque tú no escribas nada
haz que la prensa lo anuncie.
Que el público, un desgraciado
que lo que le dan engulle,
te tendrá por cosa grande
y ensalzará tus virtudes,
y admirará tu talento
aunque modesto lo ocultes,
¡y tendrás más importancia
de la que tú te figures!

23 Febrero 1895.

¡ORDEN SUPERIOR!

Llevó el pintor escenógrafo
los figurines de *El Mengue*,
una obrita de espectáculo
con ocho cuadros ó nueve,
y en el modelo de trajes
para el coro de mujeres
figuraban unas mallas
rojas, unos toneletes
azules, cintillos negros
y caperucitas verdes.
Cuando las interesadas
se enteraron hubo un trepe
regular. ¡Las caperuzas
con cintas y cascabeles
las disgustaron á todas!
¡á todas las diez y siete!
Porque en la masa se encuentran
las dificultades siempre,
y basta que uno se enfade
para que todos se quejen.
Una comisión, compuesta
de las más listas y alegres,
protestó ante el empresario

de una manera solemne.
El cual, con la indisciplina,
se irritó inmediatamente
y las dijo cuatro frases
ofensivas y crueles.

—¡Son ustedes... cualquier cosa!
¡Todo el mundo va á ponerse
caperuzas! ¡Y á la calle
se marcha la que proteste!
Con lo cual las pobrecitas
callaron modestamente
porque el instinto aconseja
cuidar de los intereses.
Mas como siempre se sale
con la suya el sexo débil,
por caminos extraviados
siguió el motín en sus trece.
Una... ó dos, á los autores
atacaron frente á frente,
y á fuerza de monerías
y de halagos, y de dengues,
consiguieron el permiso,
sin que nadie lo supiese,
para cambiar las dichas
caperuzas por birretes.
Otra al director de escena
¡hombre al fin! tendió sus redes
y la concedió en secreto
que hiciera lo que quisiera.
Esta acudió á un abonado
que la obsequia con claveles,
aquella habló á un conocido
revendedor de billetes
que es para los empresarios
Providencia algunas veces,
¡y hasta llevó la más guapa
cuatro ó cinco mequetrefes
que acuden á las plateas
con sendos impertinentes!
Total: que llegó la noche
en que se estrenaba *El Mengue*,
y sólo salió vestida
como mandaban *las leyes*
una muchacha flacucha,
lacia, raquítica, enclenque,
que no encontró protectores...
¡Y á la cual, precisamente,
le sentaba como un tiro
la caperucita verde!

20 Enero 1895.

CONFITEOR

—Absuélvame, por Dios.
—¿De qué pecado?
—Del de amar.
—Eso es bueno
—¡Señor cura!
es que es una pasión.
—¿Pasión impura?
Ten firme voluntad y estás curado.

—Ella es coqueta, padre.

—¡Desdichado!

¿Y sufres?...

—Me atormenta y me tortura.

—Te jura ser constante...

—Me lo jura.

—Y te engaña.

—¡Cien veces me ha engañado!

—¿Y lo sabes?

—Sí, padre.

—¿Y la deseas?

—¡Ay! con el ansia del amor más tierno.

¡La quiero más que á Dios!

—¡Malas ideas!

—Ya sé que me echarán al fuego eterno como justo castigo.

—No lo creas:

¿para qué, si ya estás en el infierno?

9 Marzo 1895.

LA PATRIA

Pasado el ancho mar, en una isla de atmósfera mortífera y malsana rápidamente se encendió la guerra separatista, sin cuartel y bárbara. Hombres curtidos duros en la lucha de sorpresas, degüellos y emboscadas, se alzaron con machetes y fusiles contra el dominio de la madre patria. Y agitada y convulsa la metrópoli con los fieros espasmos de la rabia, gritó por la boca del Gobierno:—¡Guerra! ¡Soldados, á las armas!

¡El país debe hacer un sacrificio de dinero y de sangre, si hace falta! Y allá van hacinados en los buques y conteniendo con valor las lágrimas niños de veinte abríles, arrancados al regazo de pobres aldeanas. Los esperan allí los guerrilleros hechos á la campaña, robustos, aguerridos, emboscados en las trochas, las peñas y las matas, y el clima traicionero, saturado de deletéreos miasmas

que consumen, destrozan y asesinan peleando y batiéndose á mansalva. Y entretanto los padres, los obreros, los que sudan, producen y trabajan, se dispondrán á sostener la guerra con gravamen mayor y nuevas cargas.

¡Oh, la nación es cosa

que no está definida ni explicada!

Cuando de las prebendas, los negocios y las espinas del poder se trata, la nación son los nobles, los obispos y la prensa y los dueños de las fábricas, y cuando es necesario

derramar sangre y oro en abundancia, cuando hay que dar los hijos y arruinarse... la nación se compone de morralla.

30 Marzo 1895.

LEY DE LA VIDA

Minero, cuando bajes á la mina ve con cuidado y tiento, que siempre es el abismo peligroso, terrible y traicionero. De pronto los peñascos se derrumban con horroroso estrépito, y aplastan, desmenuzan y deshacen las brigadas de obreros, ó el aire estalla de repente, y surge devastador incendio que castiga el descuido de un instante con horas de tormento. La vida es buena y defenderla es justo con previsión y empeño, que al que cae en las luchas del trabajo se le olvida muy presto.

Muchas veces verás que se estremece la humanidad de miedo

y llevan tras de sí las hecatombes discursos y lamentos.

—¡Eterna gloria á los oscuros héroes que bregando murieron

en los profundos antros de la mina, con su deber cumpliendo!

¡Ellos dieron su vida en holocausto del general progreso,

y en la memoria de los pueblos debe vivir siempre el recuerdo!—

Eso dicen, minero, pero nunca te fíes de los pueblos

ni creas en palabras deslumbrantes, ni en lágrimas, ni en rezos.

Lo esencial no es tu vida, que un camino le importa al universo:

lo esencial es el plomo que reclaman la industria y el comercio,

y el día en que la roca se desplome y aniquile tu cuerpo,

de tus crispadas manos ese pico recogerá otro obrero

que seguirá escarbando en la montaña para ganarse el sueldo.

De tu misma linterna á los fulgores apartará tus huesos

y buscará el metal con nuevos bríos en el filón abierto...

Baja, pues, á la mina con cuidado, porque dice el proverbio

que no se deja de cocer la olla por un garbanzo menos.

6 Abril 1895.

MANGA ANCHA

Si cuando á mí me atrape la Parca impía (molestándome mucho por mil razones) me encargaran del cielo la portería, relevando á San Pedro de sus funciones, yo aceptaría el cargo de buena gana; pero, si fueran amplias mis facultades, habría dentro alguna tracamundana

que asustara á los Tronos y Potestades,
y estoy casi seguro de que, causando
gravísimos trastornos el primer día,
á pesar de su dulce carácter blando,
mi antecesor ilustre se enfadaría.

Para mí no hay distingos en la hermosura;
me gustan las mujeres de tal manera
que, teniendo en su abono buena figura,
pasaría en el acto la que quisiera.

Porque yo, que soy bueno, leal y honrado
según el catecismo del Padre Astete,
creo que no es penable ningún pecado
cuando es mujer, y guapa, quien lo comete.

Y como, por desdicha, las virtuosas
(con perdón sea dicho) suelen ser feas
que, aunque tengan ideas pecaminosas,
tienen que conformarse con las ideas,

y como las bonitas generalmente
siempre están más expuestas á una caída
porque el diablo las pone como aliciente
de las malas pasiones que hay en la vida,
¡ya adivina cualquiera los resultados
que en la gloria daría mi puesto honroso,
haciendo caso omiso de los pecados
por fijarme en un talle jacarandoso!

¡En cuanto practicara mis teorías,
que son, en cierto modo, consoladoras,
dueño yo de las llaves... en cuatro días
iba á llenar el cielo de pecadoras!

20 Abril 1895.

LOS MOLDES

Es una manía
de la gente joven
la de alzar los puños
y romper los moldes
porque está el teatro
decadente y pobre
sólo por antiguas
preocupaciones
que hay que echar abajo
con impulso noble,
porque le destruyen
y le descomponen.
¡Nueva savia pide!
¡Vengan los autores
que las trabas rompan
y los nudos corten!
Yo... que me dispensen,
como soy tan torpe
tengo el sentimiento
de no estar conforme.
El troquel antiguo
de macizo bronce
donde se vaciaron
tantas producciones
de los inmortales
genios españoles,
se conserva intacto,
no requiere toques,
y aunque lo conozcan

los reformadores,
¡necesita agallas
el que lo reforme!
Con que resuciten
Calderón y Lope
y á los mercaderes
de su templo arrojen
y el viril ingenio
triunfe como entonces,
no nos hacen falta
nuevos horizontes.
¡Otros moldes! ¡Eso
ya es el *acabóse*!
¿Quién gastó los otros?
¡Cientos de millones
de autorcillos chirles
que ni los conocen!
¿Va algún pelagatos
á sacar del cofre
un sistema nuevo
de pintar pasiones
y crear personas
y mover resortes?
Pues si no hay más que uno,
¿para qué se rompe?
En lugar de quejas
y lamentaciones,
arrimad los hombros
al trabajo ¡oh, ¡óvenes!
y pensad que Ayala,
que del cielo goce,
sin romper troqueles
alcanzó renombre.
¡Hágase *Consuelo*
y hágala el demontre,
aunque no se salga
de los viejos moldes!

18 Mayo 1895.

CONVERSACION

El arte de hablar requiere
gran prudencia y mucho estudio,
y escoger tema es la cosa
más peligrosa del mundo.
¿De qué puedo hablar contigo
para que me oigas con gusto,
niña de los ojos garzos
y de los cabellos rubios?
De modas estoy *asperges*
y diría de seguro
en materia tan difícil
disparates como puños...
¿De literatura? ¡Guarda!
que es escabroso el asunto
y los gustos femeniles
marchan por distinto rumbo.
¿De religión? ¡Vade *retro*!
¡Nada menos oportuno
que sacar á cuento á Cristo
ó á Mahoma ó á Confucio
cuando, abrasada la sangre

y precipitado el pulso,
 alimentan poco á poco
 los pensamientos impuros
 sonrisas que son halagos,
 miradas que son arrullos...
 ¿De amor? Es lo razonable,
 y lo apropiado y lo justo,
 pero ¡Dios mío! es tan viejo
 y está tan gastado el punto,
 que no hay variedad posible
 y no sabe salir uno
 del "¡cuánto te quiero, reina!
 ¡si supieras cuánto sufro!
 ¡alma mía! ¡vida mía!
 ¡quiereme tú mucho, mucho!
 reina, cielo, sol, espejo
 de las mujeres de rumbo",
 y así sucesivamente,
 minutos y más minutos,
 hasta que se haga pesado
 y monótono el discurso.
 ¿De política? ¡Un demonio!
 que no hay nada más obscuro
 ni menos interesante
 ni que se vea más turbio...
 Sólo encuentro una manera
 para salir del apuro,
 que hablemos... de cualquier cosa,
 de bellas artes, de números,
 de química, de bicicletas,
 en chino, en inglés, en ruso...
 porque no hay conversaciones
 necias ni temas confusos
 si me permites seguirlos
 con un interés profundo,
 en voz baja... y con los labios
 pegaditos á los tuyos.

1.º Junio 1895.

LA FORMA POETICA

Los ojos grandes,
 los pies pequeños,
 los labios rojos
 y el talle esbelto
 son el impulso
 de los ingenios
 en cuanto rompen
 á hablar en verso.
 La fantasía
 remonta el vuelo
 buscando asuntos
 grandes y nuevos
 y siempre, al cabo,
 tropieza en eso:
 los pies chiquitos,
 los ojos negros,
 la trenza undosa,
 los labios frescos...
 Cuando nos vamos
 sintiendo viejos
 hacemos burla

de tales sueños,
 y hay escritores
 graves y serios
 que hasta sostienen
 que sin remedio
 caerán las coplas
 para *in eternum*,
 porque no tienen
 más fundamento
 que esos delirios
 cursis y memos.
 ¡Yo creo que otra
 les queda dentro!
 Porque aunque fuera
 crimen horrendo
 el de echar flores
 haciendo versos,
 sería un crimen
 humano, eterno...
 ¿No es gran delito
 matar por celos?
 Pues, sin embargo,
 tened por cierto
 que habrá quien mate
 rabioso y ciego
 del mismo modo,
 y en todo tiempo,
 y en todas partes
 del universo.
 ¿La poesía
 no es nada? Bueno.
 ¿Queréis quitarla
 pronto de enmedio
 porque os estorba
 para el progreso?
 Suprimid antes
 los ojos negros,
 la trenza undosa,
 los pies pequeños,
 los labios rojos
 y el talle esbelto...

Y aún habrá alguno
 que escriba cientos
 de líneas cortas
 hablando de ellos,
 ¡ay! para echarlos
 mucho de menos.
 ¿Que quién? Cualquiera;
 yo, por ejemplo.

8 Junio 1895.

PAX VOBIS

Por si un trozo de suelo es tuyo ó mío
 viven los hombres en constante guerra
 y se persiguen en la abrupta sierra
 y traga el mar navío tras navío.
 Odio salvaje, criminal, impío,
 en círculo de hierro nos encierra,
 y al disputarnos con tesón la tierra
 se queda el campo estéril y baldío.
 Patriotismo, valor, gloria, hidalguía,

todo el vocabulario *incandescente*
podrá ser falsedad y tontería
en cuanto salga de su error la gente...
¡pero anda, y que protesten cualquier día
los millones de muertos tontamente!

15 Junio 1895.

A CHORROS

Bajo un sol de mediodía
que achicharra, funde y tuesta,
los morrales á la espalda,
las hoces en bandolera,
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas
cuadrillas de segadores
que habrán de regar la tierra
con su sudor, obedientes
á la maldición eterna
que da pan al que trabaja
y gallinas al que huelga.
En procesión incesante
los grupos pasan, se alejan
y en las colinas peladas
se pierden en manchas negras.
Vienen del Norte, bajando
de las empinadas sierras
con sus sombreros de paja
y sus zuecos de madera,
y así cruzan por la corte
sirviendo de escarnio y befa,
silenciosos, tristes, lacios,
con sus guñapos acuestas.
De pronto invade el camino
la multitud vocinglera
que va acudiendo á la Plaza
en oleadas inmensas.
Fustas, pitos, cascabeles
restallan, silban y suenan;
los caballos se desbocan,
los carruajes se atropellan
y avanza la muchedumbre
de loco entusiasmo ebria,
con el ansia de los goces
que brinda una tarde espléndida.
Entre aquel torrente humano
perdida, confusa, envuelta
la cuadrilla, avanza siempre
desmenuzada y deshecha;
pero ya sus puntos tristes
al conjunto alegre mezcla
aumentando el contingente
de devotos de la gresca.
Luego, cuando el sol se oculta,
la multitud se dispersa
entre el incesante estrépito
de trallas, pitos y ruedas...
Y poco á poco, allá lejos,
por plazas y callejuelas
se va extinguendo en rumores
el estruendo de la fiesta.
La ancha avenida del circo

triste y solitaria queda,
y sólo como fantasmas
que surgen de las tinieblas
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas,
los morrales á la espalda,
las hoces en bandolera
los infelices obreros
que van á regar la tierra
con el sudor de sus frentes
marcadas por la miseria...

22 Junio 1895.

EL CENTINELA

En el servicio de avanzada, inmóvil,
trémulo el pulso, la mirada incierta,
se apoya en el fusil el pobre quinto
perdido en un repecho de la sierra.
La noche mil fantasmas caprichosos
finge y dibuja en las cercanas peñas;
las hojas de los árboles imitan
pisadas de enemigos que se acercan;
suben á veces del profundo valle
cien extraños rumores que amedrentan,
pero atento el oído, quieto y firme
cumple con su deber el centinela.
¿Dónde está? No lo sabe. Le apartaron
del calor de su madre y de su tierra,
le metieron con otros infelices
en un barco más grande que su aldea,
y quedó separado por algunos
centenares de leguas
de todos los amores de su vida,
que tal vez ni le nombran ni le rezan...
El sí se acuerda entonces de su patria,
que tan lejos le envía á defenderla,
y á su pobre casuca,
mientras vigila, el pensamiento lleva.
Tras la abrupta montañña
que en la negrura el horizonte cierra
se escuchan los rugidos poderosos
del Océano que le aparta de ella.
Las mismas olas que las rocas baten
y el resplando del titán semejan
vienen de allá, de las queridas costas,
y effluvios traen de las amadas selvas.
Acaso á aquellas horas, en su pueblo,
en derredor de la amplia chimenea
hacen los viejos, cerca de la lumbre,
augurios de la próxima cosecha,
duermen en los escaños los chiquillos,
las mozas hilan y los mozos juegan.
Nadie se acuerda de él... ¡Está tan lejos!
No se sabe siquiera
ni á qué obedece la sangrienta lucha,
ni dónde cae el sitio en que se encuentra.

Y empieza á clarear. Y poco á poco
el día que alborea
recorta en el azul del horizonte
los empinados picos de la sierra.

Dibújase en el valle el caserío,
se destaca el verdor de la arboleda
y allá en la lejanía el monte virgen
surge de pronto como mancha negra.
Por extraño capricho del ensueño
ve el soldado su aldea
que á los primeros besos de la aurora
sacudiendo el sopor se despereza.
Oye los esquilonos del ganado
que en los callejos tortuosos sueñan,
ve las garridas mozas que á la fuente
se van con la ferrada á la cabeza,
y escucha las canciones
quejumbrosas y tiernas
de los otros gañanes sus amigos
que las yuntas disponen y aparejan...

Se le olvidan al quinto,
con la ilusión, sus ansias y sus penas
y se cree transportado á las campiñas
que con sudor los labradores riegan
en la tranquila paz, y se le antojan
morral de la merienda
la cartuchera llena de cartuchos
y la culata del fusil esteva...
Pero brilla de pronto un fogonazo
del monte en la ladera;
sale esplendente el sol, silban las balas,
los últimos jirones de la niebla
se llevan las doradas ilusiones...
y da principio la función de guerra.

29 Junio 1895.

ENTENDAMONOS

Durante siglos
corrió la sangre
por la conquista
de libertades
y de derechos
hollados antes,
y la justicia
ya no es tan fácil.

Hoy, por ejemplo,
son los culpables
de los delitos
los que los hacen,
y ya no pesan
y ya no caen
sobre los hijos
los de los padres.

Libre y sin trabas
el hombre nace,
de ajenas culpas
no es responsable,
y no le mandan
que purgue y pague
más que las propias
barbaridades.

Pero el Estado
sigue guiándose
de aquellas leyes
semisalvajes,

y si un gobierno
de botarates
(que así se forman
de tarde en tarde)
derrocha y tira
por todas partes,
asigna sueldos
exorbitantes,
provoca guerras
que son desastres
y agota el oro
para unos planes
que son tejidos
de disparates...
adquiere deudas
por sumas grandes,
¡para que queden
como gravamen
sobre los hombres
de otras edades
que no tuvieron
arte ni parte!

Y ante la idea
de que es probable
que nuestros hijos
rompan y rajen
y no respeten,
aunque los maten,
deudas ni censos
ni viudedades,
decimos todos:
—¡Qué disparate!

6 Julio 1895.

EL NOTICIERISMO

Juan asesina á Ramón
(es una suposición).
Llega en seguida el juzgado,
ve el delito claro y cierto,
prende al vivo, entierra al muerto
y se forma el *atestado*.

Y ¿sabe usted lo que pasa?
Que si es usted inquilino

de la casa
donde habita el asesino,
le llaman á usted á prestar
diez y seis declaraciones
y tiene usted que dejar
todas sus ocupaciones.

¡Y no es esto lo peor,
no señor!

Lo peor es que en seguida
se averigua en el juzgado
que, á pesar de ser casado,
tiene usted una querida
con la cual
derrocha su capital...

Y lo cuenta un escribiente
al redactor de un diario,
el cual inmediatamente
publica un extraordinario,
diciéndole al mundo entero

que es justo que se convenza
de que es usted un caballero
que tiene poca vergüenza.

Luego se va averiguando,
sin saber cómo ni cuándo,
que usted juega en el casino,
y pierde usted, por más señas,
y que le gustan el vino

Valdepeñas,
el cognac y el marrasquino.

Usted rectifica, ¿y qué?
Esos recursos son buenos
para todo el mundo... menos
para su esposa de usted.
Bueno, pues de la querida
no hay que decirle a usted nada.
¿Ha visto usted en su vida
mujer más comprometida,
sobre todo si es casada?

.....
¡Para que al fin el jurado
sepa que usted no ha tratado
ni al muerto ni al delincuente
y, además, no se ha enterado
de nada absolutamente!

3 Agosto 1895.

VENTAJAS DEL CLIMA

Juan Gómez, albañil y madrileño,
habitante en la calle del Calvario,
cayó enfermo; la ciencia fué impotente:
se murió, y le enterraron.

Pasó todo el verano como un héroe
ganando su jornal sobre el andamio
y aguantando del sol del mediodía
los besos incendiarios,
y durmiendo de noche en su tugurio,
que era *talmente* un horno estrecho y bajo
donde las salamandras solamente
podrían ir tirando.

Tenía sobre el alma en el instante
de la muerte una carga de pecados:
dos ó tres peloterías de la tasca,
diez juramentos falsos

y cuatro ó seis docenas de amores
de esos que sin querer salen al paso...
No pudo confesarse, y tué al infierno
con mil pares de diablos.

El encargado de filiarle dijo,
dándole un golpecito con el rabo:
—Juan Gómez, albañil, ¡a la caldera
número treinta y tantos!

Un demonio de cuernos retorcidos
cogió por el pescuezo al condenado,
llevóle a rastras, y en la pez hirviendo
le zambulló en el acto.

.....
Juan Gómez al caer abrió los ojos,
se acordó de su casa, del andamio,
y pensó: —¡Si está fresco! ¡Esta es la gloria!
¿Se habrán equivocado?

24 Agosto 1895

FANTASIA TAUROMACA

Querida mía: Cuentan las crónicas
de la afición
que cuando en Francia se respetaba
la ley Grammont
iban espadas de los mejores
á torear,
y en Dax y en Nîmes lo hacían todo...
menos matar.
Se permitía marcar las suertes
al matador,
pero, ¿hacer sangre? ¿clavar la espada?
¡Jesús, qué horror!
Como era fácil, y la cuadrillas
ganaban más,
le preguntaban al gran Frascuelo:
—¿Por qué no vas?
Y él, escuchando la tentadora
proposición,
siempre decía tranquilamente:
—¡Yo no hago el clown!
Pues bien, morena, perdona el modo
de señalar;
también protesto de tal sistema
de torear,
y aunque me gustas, y aunque te llamo
"mi dulce bien",
te doy excusas cuando me escribes
diciendo: "Ven".
¡Qué quieres, hija! Yo sé que nunca
te rendirás,
porque te gusta marcar las suertes
y... nada más.
Ojos de fuego, labios de grana,
cuerpo gentil,
mimos, halagos... y el toro vivo
vuelve al toril.
¿Qué vaya dices? Mucho me agrada
la invitación,
pero te digo lo que Frascuelo:
—¡Yo no hago el clown!

31 Agosto 1895.

DRAMA CHIQUITO

I

Blas era de la murga.
Cuentan las crónicas
que pasaba los días
sopla que sopla
en un trombón enorme
de media arroba
que causaba el espanto
de la parroquia.
Cumpleaños, bautizos,
bailes y bodas
perturbaban sus tristes
y ásperas notas...
pero todas las noches
ó casi todas

se llevaba un puñado
de perras gordas,
á veces suficiente
para la compra,
que importaba, ¡está claro!
muy poca cosa.

II

Bueno, pues una noche
fría y lluviosa,
Blas llegó á su guardilla
como una sopa,
después de haber pasado
cuatro ó seis horas
acompañando schotis,
vales y polkas,
y junto á su retrato
sobre una cómoda
que heredó de su padre
deshecha y rota.
tropezó con la carta
de que doy copia
para mayor vergüenza
de la traidora:
"Blas: Me marchó y te dejó;
no soy tan tonta
que prefiera contigo
pan y cebolla
á la vida de reinas
que llevan otras,
que no son, de seguro,
tan buenas mozas.
Perdóname, si quieres.

Bernarda.—NOTA:

Lleva la chica al torno,
si es que te estorba."
Blas sintió en el instante
la rabia sorda
que da el conocimiento
de la deshonra,
y lloró... como siempre
los hombres lloran
cuando las ilusiones
se les desploman.
Despacio y de puntillas
entró en la alcoba;
dió á la niña un ardiente
beso en la boca
y murmuró:—Esa madre
que te abandona,
para no hacerte mala
te deja sola...
Nunca llores por ella
como yo ahora,
que á mí me da el infierno
y á tí... ¡la gloria!

III

Y siguió por las calles
sopla que sopla
en santos y bautizos,
bailes y bodas,

por ganar un puñado
de perras gordas
y llevarle á su chica
pan y cebolla...

28 Septiembre 1895.

CUENTAN QUE...

Entró en el limbo un día,
causando asombro,
el alma de un sujeto
viejo, achacoso...
Los niños se asustaron
y huyeron todos
gritando:—¡Que nos come!
¡Favor! ¡Socorro!
—Aquí hay error por fuerza.
y error muy gordo
(pensó el guardián del limbo),
porque supongo
que éste se iba al infierno
ó al purgatorio
y ha tomado un camino
por tomar otro.
Y en seguida á San Pedro
le envió un propio
pidiendo explicaciones
de aquel embrollo.
La respuesta al instante
mandó el apóstol
diciendo:—No hay tal cambio.
Dios poderoso
con las criaturitas
manda á ese prójimo
porque empleó su tiempo,
que no fué corto,
en mandar logogrifos
á los periódicos
y en juntar en un álbum
cajas de fósforos.

12 Octubre 1895.

LA IMAGINACION

Yo no podré vivir con alegría
si me falta algún día
una boquita de mujer hermosa,
zalamera y mimosa
que me llame *tucero* y *atma mia*.
Y como ya se escapa
la juventud, ¡la alegre primavera!
no encuentro fácilmente chica guapa
que por mis propios méritos me quiera.
Fuesto que se aproxima
la edad en que se apagan las pasiones,
antes que la vejez se me eche encima
pienso tomar algunas precauciones.
Por ejemplo, aunque pase mil apuros,
he de ahorrar un billete de diez duros,
y cuando, enclenque, escuálido y vejete,

me diga alguna joven que me adora,
¡yo me haré la ilusión halagadora
de que no es al billete!

9 Noviembre 1895.

LA SUPERSTICION

Un pueblo que se llama
Valdelasierra
es el más desgraciado
que hay en la tierra,
porque en sus pintorescos
alrededores
casi todos los días
pasan horrores.
Chirría la veleta
del campanario
de un modo espeluznante
y extraordinario
que da pavor al alma
del más valiente
y tiene en vilo á todo
bicho viviente.
Del solitario monte
por las veredas,
cuando susurran tristes
las alamedas,
lúgubre canto entonan
voces extrañas,
allá en los altos picos
de las montañas.
Dícese que se juntan
en los barrancos
duendes y brujas negros,
fantasmas blancos
y bicharracos sucios
verdes y rojos
que dan á las mujeres
sustos no flojos.
A la pobre Maruja,
la de Vicente,
cuando volvía sola
desde la fuente,
salió un enorme sapo
de su escondrijo
y la rompió las muelas
con el botijo.
A Pepa la zagala,
que es atrevida,
pudo el atrevimiento
costar la vida,
porque sola en el monte
la halló una bruja
y también la hizo daño
como á Maruja.
Y á la ahijada del sastre
de Valdesierra,
que es la moza más guapa
de aquella tierra,
unos duendes armados
con tenacillas
la hincharon á pellizcos

las pantorrillas...
En fin, aunque son todos
buenos cristianos,
tanto sufren los pobres
valdeserranos,
que van creyendo vanas
sus oraciones
y tienen encogidos
los corazones...

.....
Pero aquí entra lo chusco.
No hay quien no sepa
que aquello de Maruja,
la sastra y Pepa
fué cosa de algún novio
que se pretende
hacer pasar por bruja,
fantasma ó duende.
Pero agrada á las chicas
más candorosas
tener una disculpa
para sus cosas,
y aunque toda la aldea
sabe el enredo,
sigue diciendo á voces
que tiene miedo.
Y siguen las patrañas
y los rumores
de que en Valdelasierra
pasan horrores,
porque eso del demonio
que viene y tienta
al que más y al que menos
le tiene cuenta ..

16 Noviembre 1895.

DESDICHAS HUMANAS

Hay hombre que en la cuna
recibe por herencia una fortuna,
tiene cuanto le place,
no hay azotaina que le quite el sueño.
Todos respetan sus caprichos, y hace
su santa voluntad desde pequeño.

Luego gasta el dinero, lo derrocha
en vicios y en placeres;
se emborracha, trasnocha
y se enfanga en el juego y las mujeres.

¿Trabajar? ¡Eso no! que un caballero
de la alta y linajuda aristocracia
ignora la importancia del dinero,
que en eso justamente está la gracia.

Cuanto le brinda espléndida la suerte
lo sorbe, lo deshace, lo liquida
y espera la llegada de la muerte...
pasando la gran vida,
y dando tropezones
en millones y deudas de millones.

Al fin y de repente
el crédito, la fuerza que le anima,
todo se acaba simultáneamente
y el mundo entero se le viene encima.

Y cuando, ya podrido hasta los huesos,
se levanta la tapa de los sesos,
todos exclaman:—¡Pobre criatura!
¡No pudo resistir su desventura!

23 Noviembre 1895.

LA ORGIA

I

Tiene Amparito los ojos grandes,
los labios rojos,
los pies pequeños, las manos finas
y el talle airoso.
Cuando Amparito va por la calle
tiembla de asombro
la egregia villa de los chanchullos
y del madroño,
porque no hay viuda más resalada
de polo á polo,
ni tiene nadie más partidarios
ni más devotos.
Yo... ¡lo confieso! de amor por ella
me volví loco
y en mi existencia tranquila y dulce
tuve trastornos.
¡Cuántos obsequios! ¡Qué tonterías!
¡Cuántos piropos!
Más de dos años duró el asedio
y, ebrio de gozo,
por fin un día, de aquella boca
que anhelo ansioso,
brotaron frases... que me reservo
para mí solo.
Temblé al oírlas, como si oyera
las arpas de oro
que arriba tocan los querubines
al pie del trono.

.....
Hablando en plata, que convinimos
cenar en Fornos,
libres, alegres, sin hacer caso
del pobre mozo.

II

Junto á la puerta de mi viudita
llegué á las ocho.
como á las rejas de sus amadas
don Juan Tenorio,
la frente erguida, bajo el sombrero
y alto el embozo,
para que nadie mis emociones
viera en mi rostro.
Paseo arriba, paseo abajo,
fijos los ojos
en la escalera, por donde un ángel
vendría pronto,
pasé en la espera quince minutos
febril y ansioso,
que se me hicieron eternidades
con ser tan cortos.

Soñé entre tanto con que apuraba
la dicha á sorbos
y con placeres que no serían
como los otros.
Veía á Amparo, las manos puestas
sobre mis hombros,
llamarme rico, lucero, amante,
vida y pimpollo,
mientras miraban sus ojos grandes
fijos y ansiosos,
y me enviaba con el aliento
cálidos soplos.

III

De pronto un niño, como una espiga
rubio y hermoso,
por la escalera bajando á saltos
salió al arroyo
y al verme quieto, llegó y me dijo
con dulce tono:
—Mamá me ha dicho que pronto viene,
que espere un poco.
Miré yo al ángel, besé su frente,
quedéme absorto
y me produjo la criatura
pesar tan hondo
tal amargura, pena tan grande,
tanto bochorno,
que tuve rabia, terror, vergüenza...

IV

.....
Cené yo solo.

14 Diciembre 1895.

RECETA

Con este enorme consumo
de versos insustanciales
que por los hados fatales
se disipan como el humo,
sin dejar nada que sea
sólido y de fundamento,
ni el rastro de un pensamiento
ni el asomo de una idea,
estamos comprometidos
los que *pulsamos la lira*,
y... hasta parece mentira
la abundancia de pedidos.
El público, candoroso
de suyo, de fijo piensa
que este trajín de la prensa
causa un trabajo espantoso,
y se figura á los vates
de á cuatro reales la vara
echando los bofes para
enjaretar disparates.
¡Quién es el que no ha creído
que el escritor que derrocha
su ingenio, vela y trasnocha,

pálido, descolorido,
encerrado en su guardilla,
mesándose el pelo cuando
se desespera buscando
el final de una quintilla?

Y, sin embargo, es la cosa
más sencilla de este mundo
echárselas de fecundo
y alcanzar fama gloriosa,
porque la pura verdad
es que si no perjudica,
la idea, se versifica
con mucha facilidad.

¿A quién no sale bordada
una quintilla muy bella
cuando no se dice en ella
absolutamente nada?

¡A ver si hay un inocente
que crea que es grave el caso
cuando se sale del paso
de la manera siguiente!:

"En el cuarenta, tercero,
de la calle de la Bola,
vive una muchacha sola,
viuda de un carabinero.

Y en la calle de la Ruda,
número quince, segundo,
habita un bajo profundo
que se muere por la viuda.

El ha llegado á pensar
que la viuda le conviene,
y aunque la cosa no tiene
nada de particular,

anda gastando parola,
para salir de la duda,
de la calle de la Ruda
á la calle de la Bola."

Y así sucesivamente...
puede un hombre estar tranquilo
de que han de alabar su estilo
por flúido y por corriente,
no sofocarse en su vida,
evitarse desazones
y servir composiciones
cortadas á la medida.

¿Piden odas ó romances?
Pues se hilvanan de repente,
contando con que la gente
tiene muy pocos alcances.

Y habrá quien diga:—¡Este tío
hace las coplas de un modo!...
Sin fijarse en que está todo
completamente vacío.

21 Diciembre 1895.

MINIATURAS

I

El mundo es una casa de pupilos
donde no están los huéspedes tranquilos.
Todos hallan escasa su chuleta
y se come los postres el más tuno;

se anuncia con gran pompa el desayuno
y nos traen chocolate de á peseta.

II

Hay niños de costumbres tan livianas
que compran ¡imprudentes!
las cajas de cerillas italianas
porque tienen figuras indecentes.

III

Fué á confesarse un día,
temblorosa de miedo, Rosalia...
Era tan inocente, que tomaba
por un grave pecado
el hecho natural de haber llorado
cada vez que su madre la pegaba.

El confesor no puso
atención en la pobre penitente,
y empezó con tonillo indiferente
el interrogatorio que está en uso.
¡Y qué impresión extraña sentía
la niña candorosa y asustada,
que con las pocas frases que entendía
acabó por ponerse colorada!

Mucho tiempo después, yo no sé cuánto,
cubriendo con un manto
el rostro, deslumbrante de hermosura,
empezó á confesarse Rosalia,
¡y qué cosas diría
que se ponía colorado el cura!

IV

Soy inmortal, señores,
lo sé de cierto:
¡se me han muerto mis hijos
y no me he muerto!...

V

Algo en ello debe haber.
Las hembras dieran por ser
varones el alma entera,
y no hay hombre que quisiera
haber nacido mujer.

VI

Entre Juan, que es decente y es honrado
y no falta al respeto á las señoras,
y Gil, que es un pelele atolondrado
que cambia de pasión á todas horas,
á Gil prefiere Lola, y le prefiere
porque es una cabeza trastornada
que ni ha de respetarla, ni la quiere,
ni tiene ingenio, ni valor, ni nada.

Juan será muy sensato,
pero no ha sido nunca calavera,
y Lola ansía divertirse un rato
mejor que ser feliz la vida entera.

Gil entiende de moños y alfileres,
es fútil, vano, charlatán, idiota...
Los que toman en serio á las mujeres
son unos animales de bellota.

VII

Hay críticos que le enseñan
al más pintado gramática,
y en cuanto hacen algo *suyo*,
resulta que dicen *haiga*.

VIII

Tengo el convencimiento
de que allá, por el año dos mil ciento,
pasarán por sujetos eminentes
de la más linajuda aristocracia
todos los descendientes
de los que hoy *salen* condes, por la gracia
de saber activar los expedientes.

IX

El muerto era mi amigo,
casi mi hermano;
pero ¿quién va al entierro,
si es tan temprano?

X

En tu mejilla de carmín y nieve
posáronse unos labios atrevidos
dejando un beso pálido y aieve,
y huyeron luego, tras su hazaña breve,
cobardes, y tal vez arrepentidos.
La llama del pudor subió del pecho
á enrojecer tu cutis sonrosado...
¡y lloras desde entonces, bien amado!
Si ellos fueron traidores, ¿tú qué has hecho?
¿por qué sientes vergüenza del pecado?
¡No llores, alma mía!
que el placer que se roba en la emboscada
que le tiende al candor la picardía
no aprovecha al ladrón ni á la robada.
Y un beso por asalto y de repente
nunca deja la huella de su paso
en la mejilla en que cayó imprudente:
¡manchará en todo caso
la boca que lo dió traidoramente!

XI

¡Para qué habrán nacido
los que me hacen visitas de cumplido!

XII

Acabo de encontrarme á la Pepilla
en mitad de la calle de Sevilla.
La Pepilla en cuestión es peinadora,
muy graciosa y muy guapa...
parece una señora
con puntas y ribetes de chulapa.
—¡Vaya con Dios la gracia!

—¡Oh, Fulanito!

—¿Adónde va á estas horas
el cuerpo más bonito
de todo el pelotón de peinadoras?
—A casa de las niñas de Sarmiento.
—Es inútil el viaje;
las he visto pasar hace un momento

hacia la Castellana en un carruaje.

—¿Y la mamá también?

—Precisamente.

—Pues no importa; me voy.

—¡Qué tontería!

¡si sabes que no hay gente!

¿Vas á estar esperando todo el día?

—Eres tonto, hijo mío.

—No lo creo.

—Por algo te lo llamo.

Las señoras se marchan de paseo...

¡pero se queda el amo!

XIII

Si Dios, el sumo bien, la suma ciencia,
toma nota de cosas tan sencillas,
¿vivirán con su anuencia
los que ven deslizarse la existencia
coleccionando cajas de cerillas?

XIV

—¡Oh, Venancia! ¡mi vida y mi consuelo!
¿sabes lo que te digo?

Que cubras desde ahora con un velo
esa cara de cielo
cuando salgas de noche á hablar conmigo.
Porque con esa luz que centellea
en tus ojos ¡oh cándida paloma!
se alborotan los gallos de la aldea,
¡creyendo que es el sol el que se asoma!

Esto, en otras palabras, le decía
un zagalote con la manta al hombro
á una moza gentil, pero bravía,
que escuchaba sus frases con asombro.

Y en el otro hemisferio, á gran distancia,
pensaba triste el sol:—¿Qué habré yo hecho
para que un zampafortas sin provecho
se atreva á compararme con Venancia?

XV

Para los tiempos malos
quiero el carácter,
que de los tiempos buenos
cualquiera sale.

XVI

Enamorado Juan inútilmente
de una chica muy guapa y muy devota
que revelaba en la mirada ardiente
dulces misterios de pasión ignota,
tenaz la perseguía
refrenando el deseo con paciencia
y viendo deslizarse la existencia
de sermón en novena y letanía.

Y nada, ¡siempre nada!
nunca pudo saberse de seguro
si el misticismo aquél, constante y puro,
era disfraz de un alma apasionada.

Sólo quedaba á Juan como consuelo
vaga esperanza de ganar el cielo.

—Pues señor, se decía, es muy hermosa,

pero es impenetrable como bella...
 ¡No me falta que hacer más que una cosa!
 ¡Hacerme cura y confesarla á ella!

Y ha empezado á estudiar el inocente
 sin vocación ni cosa parecida,
 y el chasco será atroz. La penitente
 ha de ser como todas, ¡y en seguida
 le va á contar al cura lo que siente!

XVII

¡Tal vez mi morena me quiere por eso!
 Por ser tan ardiente mi sangre africana
 que á veces abraso, dejándola un beso,
 sus labios de grana

Y amor, que á sus plantas se arrastra ino-
 cente

ciñéndose al cuello doradas cadenas,
 se yergue de pronto, sintiendo un torrente
 de fuego en las venas.

Mis ojos entonces la miran airados,
 los celos terribles llaman en ellos
 y piden venganza de horrores soñados
 con duros destellos.

Tal vez se acrecienta su amor anhelante
 sabiendo que acaso su vida peligro
 y uniendo al arrullo de tórtola amante
 zarpadas de tigre.

También yo por eso constante la adoro:
 porque es un arcángel con garras de tiera
 que de este cariño defiende el tesoro
 tenaz y altanera.

Y sé que si alguna mujer más hermosa
 mi amor pretendiera robarle algún día,
 en esta garganta que besa amorosa
 su daga hundiría.

Así somos ambos; pareja salvaje
 que amante se mima y ansiosa se acecha,
 que no se tolera ni sombra de ultraje
 ni vaga sospecha.

A ser dos obreros, por mala fortuna,
 seríamos de esos de clase ordinaria
 que, amándose mucho, lo prueban con una
 paliza diaria.

XVIII

Los amigos que creas más seguros,
 los que más confianza te conceden,
 te probarán, si llegan los apuros,
 que hay amistades firmes que no pueden
 resistir una prueba de dos duros.

XIX

En el fondo del mar duerme un besugo
 soñando con caricias de sus hembras.
 Se ve conquistador, temido, fuerte,
 terror de cachalotes y ballenas,
 cruzar el ancho piélago, adulado
 por cuantos seres el abismo pueblan
 y amado por millares de besugas
 de claros ojos y de carnes frescas.
 Despiértase, por fin, mirando en torno:

sacude suavemente las aletas,
 corre á buscar la gloria de sus sueños
 y el amplio lecho de corales deja.
 Nada arriba veloz, mientras se juzga
 dueño absoluto de la mar inmensa,
 y de pronto ¡infeliz! se ve cogido
 en traidora prisión de malla recia.
 Quiere romper la red, ¡esfuerzo inútil!
 el sol en sus escamas centellea
 y muere entre un montón de compañeros
 allá en el fondo de la barca infecta.
 Aprende ¡oh, Fabio amigo! en tal ejemplo
 y fíjate, además, en lo que sueñas,
 ¡que también á morir en desengaños
 caen en la red las ilusiones nuestras!

XX

Ni aun el necio merece
 nuestro desprecio,
 porque ¿á usted quién le dice
 que usted no es necio?

XXI

El mundo está muy mal, ¿qué duda cabe?
 faltan raciones para mucha gente
 y el conflicto pendiente
 se va poniendo cada vez más grave

Tal vez tienen razón los que se quejan,
 de que roen los huesos que otros dejan,
 y si ellos seriamene se deciden
 á lograr lo que piden,
 el día de la lucha, de seguro,
 se ve la sociedad en un apuro.

¡Porque es probable que á la voz de mando
 sean los panaderos los primeros
 en buscar la ocasión, el cómo, el cuándo,
 y dar el golpe gordo, proclamando
 la huelga universal de tahoneros.

Pero ¿y si con el acto de energía
 perjudican sus propios intereses?
 Porque quitan el pan á los burgueses,
 pero ¿y qué comen ellos aquel día?

XXII

Rodearon la mesa los alumnos
 de una sección de práctica anatómica
 con las blusas de vivos amarillos,
 las pinzas, los cuchillos y las sondas.
 El mozo de la sala quitó el lienzo
 que cubría el cadáver, y en la losa
 quedó el de una mujer cuya hermosura
 vino á aumentar la nitidez marmórea
 porque la muerte, compasiva acaso,
 respetó las bellezas de la forma.
 Mudos de admiración los estudiantes
 pensaron á la vez:—¡Cielos! ¡qué hermosa!
 y uno añadió en voz alta:—Fuera un crimen
 profanar con las manos pecadoras
 tan prodigiosa criatura. ¡Amigos,
 vuelvan los escálpelos á la bolsa,
 y el Supremo Hacedor reciba intacta
 la más perfecta acaso de sus obras!

—¡Alto! dijo otro alumno. Yo protesto.
La ciencia no distingue ni perdona.
Si este cuerpo sirvió cuando vivía
para incentivo de pasiones locas,
ya que se va á pudrir, que sirva al menos
para estudiar las ramas de la aorta...
¡y perdone por Dios la madre tierra
cuando deshecha la armazón recoja!

XXIII

Soy anarquista, ¡abajo lo existente!
menos un servidor, naturalmente.

XXIV

Ten presente, si marchas á la guerra,
que al que no se ha batido y vuelve ileso,
se le obsequia y halaga con exceso,
y al que muere en la lucha... se le entierra.

XXV

¿Quién habla de morir? ¡Qué tontería!
Considero el error de los errores
buscar como remedio á los dolores
el último estertor de la agonía.

Verdad que no es completa la alegría
y abundan las espinas en las flores
y no hay cariño, ni amistad, ni amores
sin traición, ni perjurio, ni falsía.

Pero eso ¿qué más da? Cuando se sabe
que el mundo peca de malvado ó necio
se compadece la maldad ajena.

Sobre la herida que os parezca grave
poned la cataplasma del desprecio.
Sabiendo despreciar la vida es buena.

XXVI

Gil mató á Sebastián en campo abierto
por no sé qué motivo.
El muerto perdió más; pero es lo cierto
que desde el día aquél el pobre vivo
no piensa en otra cosa que en el muerto.

XXVII

Se hartaba de gritar la pobre vieja
junto al clásico humilde tenderete,
pregonando castañas calentitas
una tarde horrorosa de Diciembre.

Tiritaba á su lado un rapazuelo,
de un raído mantón entre los pliegues,
mirando ansiosamente en el hornillo
los resplandores de la llama tenue.

Y pasaba la gente apresurada
y al miserable grupo indiferente
sin pensar en castañas, sólo huyendo
de las continuas ráfagas de nieve.

En soberbio carruaje, que guiaba
un cochero lustroso, envuelto en pieles,
avanzó una mujer joven y hermosa
sentada en el cojín, lánguidamente.

Era un ángel... caído. Una muchacha
presa del vicio en las doradas redes,

con la mirada impúdica en los ojos
y el cutis con las huellas del afeite.

Tiró del cordoncito, paró el coche,
llamó á la vieja y saludó riéndose,
mientras el chico sucio y harapiento
miraba con asombro los arneses.

Se levantó la castañera, y dijo:

—Vamos á hablarla, puesto que ella quiere.
—¿Esa es mi hermana, madre?

—¿La conoces?

—Sí que es tu hermana... ¡pero no la beses!

XXVIII

Bien puede decir cualquiera:
—¡Qué zapatos tan mal hechos!
pues siempre será decirlo
mucho más fácil que hacerlos.

XXIX

La medida del tiempo nos depara
penas, ansias, disgustos, desengaños...
en fin, nos sale cara.

¡Bien nos ha fastidiado el que inventara
la tontería de contar los años!

Porque, sin ella, nadie viviría
en perpetua agonía:

ni los más viejos se crearían viejos,
pues cómo en la memoria
se borran los albores de la historia,
siempre la muerte se vería lejos.

Yo, que me empeño en rechazar airado
la idea de llegar á los cuarenta,
sólo tendría en cuenta,
para saber mi edad, lo que he gozado;
¡y acaso pensaría
que no había nacido todavía!

XXX

A la aldea, que cubre sudario blanco,
se acerca lentamente por el barranco
el rumor apagado, confuso y leve
de la tropa que marcha sobre la nieve.

Van los pobres soldados entumecidos,
fatigados, hambrientos, medio dormidos,
subiendo por la abrupta sierra escarpada
y esperando el momento de la emboscada,
puesto que el enemigo pretende acaso
del convoy que custodian cortar el paso.

Entretanto en la aldea, ya más cercana,
se van oyendo el toque de la campana
y el ruido de zambombas y de rabeles
que á la misa del gallo llevan los fieles.

De pronto un fogonazo brilla en el monte
rompiendo la negrura del horizonte
y de algunas descargas sigue el estruendo;
preludio de un combate rudo y tremendo.

Y celebrando alegres la Nochebuena
tomando un *piscolabis* tras de la cena,
gritan, tocan y cantan los aldeanos;
y las campanas dicen á los cristianos:
"¡Hossanna, gloria y laudes en las alturas!
¡Nace Dios! ¡Paz á todas las criaturas!"

La montaña iluminan vivos reflejos,
y al callar la descarga se oye á lo lejos
el rumor apagado, confuso y leve
de la tropa que marcha sobre la nieve...

XXXI

Entre mi pelo negro esta mañana
me he encontrado una cana.
Sé que á ti no te gustan y la arranco;
¡así estuviera en mi poder, morena,
el arrancar la pena
de que es representante el pelo blanco!

XXXII

Tocando el violín junto á una esquina,
con la bandeja al pie, que nieve ó llueva,
se gana un pobre ciego lo preciso
para alargar la mísera existencia.

En estos días de aflicción y luto
en que la cristiandad ora y pasea,
valse y polkas le prohíbe al ciego
la santa madre Iglesia,
y el violín desclavijado calla
y hasta Pascuas se oculta la bandeja,
que en momentos tan tristes, tan solemnes,
no están bien las sonatas callejeras.
¡Ese ciego es el único
que ha cumplido la dura penitencia
y ha ayunado de veras, en recuerdo
del drama sacro que salvó á la tierra!
Pero el hijo de Dios no lo agradece...
¡porque ha sido á la fuerza!

XXXIII

Yace aquí Juan Fernández, muerto en riña,
de un navajazo, por cuestión de celos.
El y su matador eran amigos,
camaradas de bromas y bureos,
y hombres de armas tomar, valientes ambos,
temibles en las tascas y en el juego.

Se enamoraron ambos de una moza
de labios encarnados y ojos negros
que hizo cara á los dos, de puro buena,
por el temor de hacerles un desprecio,
y en aquel punto y hora, de repente,
los lazos amistosos se rompieron
como se rompe y salta hecha pedazos
la roca á los impulsos del barro.

Fué minando las almas el salvaje
rencor, acumulándose en los pechos,
y al estallar incontrastable un día
puso en las manos el terrible acero.

Solos los dos, de noche, en un barranco,
por el amor brutal locos y ciegos,
el querer se jugaron de la moza
en bárbaro combate cuerpo á cuerpo.

Juan Fernández cayó. Quedó olvidado
con la navaja abierta entre los dedos,
y la justicia le enterró de balde
después de emborronar algunos pliegos.

Yace aquí. Cuando pases por su tumba
pide ¡oh cristiano! su perdón al cielo:

¡murió por la mujer, única muerte
que no es. un disparate manifiesto!

XXXIV

Tras las buenas acciones se encuentra el ^[palo]
y siempre obtienen premio las picardías.
Vaya, créanme ustedes que algunos días
¡tengo unas tentaciones de hacerme malo!

XXXV

Dios no ejerce la justicia
distributiva conmigo:
él se queda con sus ángeles
y á mí me quita los míos.

XXXVI

¡Siempre que veo un loco me da envidia,
porque el que no está loco se fastidia!

XXXVII

Al ver á un albañil junto á la acera
comiendo con deleite
tomates aliñados con aceite
para postre de escuálida puchera,
todo burgués de ardiente fantasía
jura que cambiaría
un cubierto de á duro.
preparado por hábil cocinero,
por aquellos manjares, que al obrero
le están sabiendo á gloria, de seguro.

Pero no entra en las mientes del poeta
que si el otro infeliz come con gana
se porque se ha pasado la mañana
con el cubo, la llana ó la piqueta...
¡Y eso, que es lo que aviva el apetito,
ya no es tan agradable y tan bonito!

XXXVIII

Todos los que bien me quieren
piensan ¡como si lo viera!
que el día en que yo me muera
de sentimiento se mueren.
¡Ay! pero á mí no me embroman;
sé adónde llega el quebranto:
un par de horitas de llanto...
¡y malos cocos te coman!

XXXIX

Pensando sólo en él, con la mirada
viva y centelleante
descansa Patrocinio, reclinada
dulcemente en el hombro del amante.
Y atenta á su pasión, con el anhelo
del que ve del placer llena la copa,
ni la importa el desorden de la ropa,
ni mira si se chafa el terciopelo.

Dejando el pensamiento distraído
con cualquier nimiedad, con cualquier cosa,
Patrocinio reposa

reclinada en el hombro del marido.
Ni el ansia vibra en la mirada ardiente
ni le cae el cabello por la espalda,
y cuida especialmente
de arreglar las arrugas de la falda...

XL

No sé en qué diablos consiste
que al noventa y seis por ciento
de los que beben dos copas
les da por cantar flamenco.

XLII

El desafío al uso importa un bledo
y es forma honrosa de ocultar el miedo.
¿Que me equivoco, eh? ¡Pues es extraño
que se elijan el sable ó la pistola,
que si una vez, de cien, hicieron daño,
fué por casualidad ó carambola!

Diréis que un caballero se rebaja
encargando que escoja su testigo
la navaja que pincha, rompe ó raja...
Y... ¿por qué es arma innoble la navaja,
cuando tiene otra igual el enemigo?

XLIII

El rápido vivir nos amilana
cortando el tallo á la ilusión temprana.
Yo debo confesar que á veces siento
un malestar de síntomas extraños,
falta de fe, cansancio, desaliento...
¡Es la vejez que llega... á los treinta años!

XLIII

El hombre corre ansioso
detrás del goce,
y cuando está gozando
no lo conoce.

XLIV

Los escritores, lacras del oficio,
que en libros y folletos se recrean
pudriendo el alma y excitando al vicio...
¡merecen tener hijas que los lean!

XLV

Creyendo que era fácil la conquista,
un atrevido remitió á Dolores
una carta de amor... con la florista,
y ésta puso el veneno entre las flores.

Pero el marido, el amo,
la sorprendió al entrar, la quitó el ramo
y al leer con la rabia de una fiera
la epístola traidora,
cogió á la portadora,
abrió el balcón y la estrelló en la acera.

El tribunal, probado el homicidio,
le condenó á diez años de presidio.

Y hay que pensar en ello. Si el esposo,
en vez de haber matado á la imprudente
que iba á turbar su dicha y su reposo

robándole el honor traidoramente,
hubiera dado muerte á algún ratero...
le absolvieran los jueces en la *vista*.
¡Luego se tasa en menos que el dinero
lo que quiso quitarle la florista!

XLVI

No niego que es posible que consigas
conocer á tu Dios más que de nombre...
el día en que se formen las hormigas
concepto claro de lo que es el hombre.

XLVII

Pasaron ¡ay! los vates moscardones
víctimas de un amor que no existía,
que hablaban de sepulcros y blandones
y de sauces llorones
y del reposo de la tumba *fría*.

Ya nadie escribe versos ni se mata
llorando los desdenes de una ingrata,
ni saca á relucir el hado *impío*
que al blando corazón hiere y maltrata
destruyendo el *amante desvario*.

Pero... no hay que entregarse á la alegría
con entusiasmo loco é imprudente,
porque esa poesía
volverá á estar de moda cualquier día...
¡La necesidad retoña eternamente!

XLVIII

Dios me tomó á su servicio
y me dijo:—Lucha y vive,
que el galardón de la gloria
reservo á los que resisten.
Y á sus órdenes combato
resuelto, enérgico y firme,
despreciando lo que brinda
Lucifer á quien le sirve.
Pero es el caso que á veces
el combate se hace horrible
y asustan los enemigos
por la furia con que embisten.
Y tales dudas me asaltan
y tales penas me afligen,
que estoy por faltar al amo
para ver si me despiende.

XLIX

“¡Dichoso el que no tiene pan ni abrigo
y, libre de quehaceres y cuidados,
los tronchos saborea con delicia
y duerme á pierna suelta en cualquier banco!

¡Y en tanto, los mimados por la suerte,
faltos de sueño y de apetito faltos,
no aprecian los manjares y padecen
en colchones de pluma insomnios largos!”

Tal es la idea más vulgar. Con ella
se han lucido en el mundo muchos sabios,
se han escrito novelas importantes
y se han hecho poemas en tres cantos.

Pero no lo creáis. Esas son voces
que hacen correr los hartos,



para que no les pidan los hambrientos
su parte de colchón y de guisado.

L

En el fondo del mar, un pez hambriento
que buscaba afanoso, en las rendijas
de un banco de coral, las sabandijas
que solían servirle de alimento,
tropezó con el cable
que va desde Lisboa á Puerto Rico
y mordió en la cubierta impermeable,
y ¡oh cosa singular, que no me explico,
el pez halló el manjar muy agradable!

Enterados del caso muchos peces
picaron tantas veces
que, al fin, un día en que apretaba el hambre
descubierto dejaron el alambre.
¡Fatal coincidencia!

Precisamente entonces, un cubano
quiso dar á un pariente muy cercano
la agradable noticia de una herencia
que años hacía se esperaba en vano.

Se estableció en seguida la corriente
y el flúido surgió tan de repente
que los peces murieron á docenas
víctimas de su gula ó su capricho...
¡Ay! ¡por algo se ha dicho
que á veces matan las noticias buenas!

1889 á 1894.

COMPRIMAMONOS

Pon á las ilusiones
un correctivo
para que el pensamiento
no vuele *ad libitum*,
porque muy fácilmente
viene el delirio
que los placeres mata
sin conseguirlos.
Es preciso que sepas
que hay muchos niños
de mente soñadora,
de genio vivo,
que el amor desconocen
porque no han visto
más que las estampitas
de algunos libros
y, sin embargo, en alas
de su extravío
se forjan unos goces
que nunca ha habido.
Vienen á acariciarlos
con sus hechizos
mujeres ideales,
seres divinos,
seductoras huries
del paraíso
como nadie en el mundo
las ha tenido.
Con una fantasía
que haga prodigios

¡claro! nada más fácil
ni más sencillo
que buscar para el alma
placeres vivos,
sensaciones muy hondas,
goces distintos...
Pero este don, en cambio,
tiene un peligro,
y es que luego en el mundo
real y efectivo
los amores resultan
tan anodinos
que se queda la vida
sin atractivos.
Se pierde la batalla
sin tirar tiros,
y toda su energía
gasta el instinto.
El carácter se *impregna*
de escepticismo,
que queriendo ser grande
queda ridículo.
Y, en fin, cuando se agitan
en el vacío
todos esos ensueños
intempestivos,
no queda nada noble
ni nada digno,
y sin probar los goces...
¡viene el hastío!

11 Enero 1896.

FAVOR POR FAVOR

Sobre una ruín borriquilla
flaca, matalona y fea,
por los campos de Castilla
volvía yo hacia mi aldea
aguantando el cierzo aleva
que atravesaba la ropa,
trayendo polvo de nieve,
desde los Picos de Europa.
Bajo una capa de hielo
yacía el campo dormido
y brillaba el duro suelo
como el acero bruñido:
se hundía el sol lentamente
y el cielo gris parecía
que saturaba el ambiente
de negra melancolía.

Pero, en fin, vamos al hecho,
que casi casi no es nada.
Ella fué que en un repecho
alcancé á una desgraciada
lavandera, que volvía
de sus faenas del río
con su saco. La seguí
un rapaz muerto de frío.
Llorando á más no poder
con tan intensa amargura
que daba lástima ver
á la pobre criatura.

Llevaba los pies desnudos,
la ropita hecha jirones
y con un cordel de nudos
sujetos los pantalones...

No me pude contener,
quise darle algún consuelo
y dije:—Buena mujer,
alárgueme usted al chiclelo.

Le senté sobre la albarda,
donde se me hizo un ovillo
envuelto en mi capa parda
de las recias de Astudillo,

y le di un beso en la frente
y cesó el llanto al instante...

.....
Seguimos tan ricamente
por el camino adelante,
y suponiendo el pequeño
que era mi brazo una almohada,
llegó lo mismo que un leño
al final de la jornada.

Allí, con pena sincera,
devolví á la madre el hijo,
y la pobre lavandera

—Dios se lo premie, me dijo.

—Gracias; en este momento
me está premiando, señora.
—¿Sí?

—Con el placer que siento
al ver que el niño no llora.

18 Enero 1896.

CONTRASTE

I

Va á amanecer. El cielo todavía
viste su manto negro con brillantes,
pero una línea cárdena á lo lejos
indica los albores matinales.

Reposa la ciudad. El cierzo helado
cruza silbando las desiertas calles,
y duermen en los quicios de las puertas
los nocturnos guardianes.

Don... Fulano de Tal, robusto, fuerte,
en la flor de la edad, rico de sangre,
forrado el cuerpo con gabán de pieles
y las nervudas manos con los guantes,
en busca de su coche, que le espera,
del regio templo de sus vicios sale.

.....
Se aburría en el teatro, donde estuvo
con otros caballeros respetables,
cuidando de enseñar de vez en cuando
unos dedos enajados de diamantes;
después, en un salón, entre perfumes
habló de diversiones y de trajes
y fué á acabar la noche en una especie
de embriaguez distinguida y elegante.

Le escanciaron el vino hermosas hembras
que con él compartieron los manjares

suculentos, sabrosos, exquisitos,
servidos en raciones abundantes,
y... total: que con uno ó dos billetes
de los que á espuestas le dejó su padre
se ha pagado una orgía... ¡la que goza
sin disgustos ni quebradas años hace!

Jamás de otra manera se emplearon
las fibras de su carne,

ni sirvieron sus brazos de otra cosa
que de sostén á las mujeres fáciles,
ni de su inteligencia, si la hubiere,
se gasta la substancia ni un adarme,
porque al tirar el oro á manos llenas
no se pone á pensar de dónde sale.

Y hete que va á dormir en blando lecho,
con propósito firme é invariable
de volver á empezar cuando despierte
ó le despierten al caer la tarde.

II

Al arrancar la cómoda berlina,
allí á dos pasos, en la misma calle,
vería don Fulano, si no fuese
por la escarcha que empaña los cristales,
que en mitad del arroyo una trapería,
tiritando de frío, muerta de hambre,
revuelve con su gancho la inmundicia
en busca de guñapos miserables.

Lleva tras sí un chiquillo
más lacio, más hambriento que su madre,
que, hundiéndose en el montón sus manecitas,
busca también... ¿Qué busca? ¡Ni lo sabe!

Débiles son los dos, flacos, entecos,
no tienen fuerzas ni vigor, ni sangre,
y husmean en la tierra ansiosamente
lo que no quiere nadie.

.....
Conque... estudien los sabios estadistas,
una manera de que el mundo cambie,
porque hacerlo mejor será difícil,
pero que así está mal... ¿qué duda cabe?

25 Enero 1896.

¡HULE!

Vestido con guñapos de colores,
sudoroso y febril, el pobre espada,
llando la muleta, va hacia el toro,
que muge de dolor, espanto y rabia.

Al hombre empujan al brutal combate
el aliciente de mezquina paga
y aquel rumor del oleaje inquieto
que en gradas y tendidos se levanta.

Llega el bruto por fin. La roja tela
mueve, agita y ondea desplegada
para excitar el bárbaro coraje
de la res, que con ímpetu se arranca.

Y otra vez, y otra más. Y tantas veces
que al público molesta la tardanza
y, entre insultos groseros, se impacienta
por ver cuál de los dos es el que mata.

Pide á la honrilla el pobre novillero

valor forzado, se perfila, avanza
y aprovechando el momentáneo arrojo,
los ojos cierra y el estoque clava.

Revuélvese la fiera; un alarido
de profundo terror llena la plaza,
y cae en tierra el hombre y huye el toro,
que tinto el cuerno del encuentro saca.

Poco después, tendido en la tarima,
pálido el rostro, turbia la mirada,
mientras cubren su herida con vendajes,
oyé el torero retumbar lejana

la tempestad de aplausos y silbidos
que al acabarse cada suerte estalla
para animar los lances de la lucha
que sigue, entre el estruendo de las masas...

Y al fin, cuando las sombras de la noche
á duras penas á romper alcanzan
los recién encendidos farolillos
de tranvías, simones y tartanas,
avanza lentamente una camilla
entre la multitud que ríe y canta
y el monótono estruendo de las ruedas
y el áspero chasquido de las trallas.

Al paso de la triste comitiva
callan los grupos, y á escuchar se paran
los roncós estertores del herido,
que lucha de la muerte con las ansias;
mientras del circo, que á la espalda queda,
brillando surgen y los aires rasgan
cohetes de melenas luminosas,
lluvia de fuego que al caer se apaga,

Y cuando, para alivio á la fatiga,
de la camilla el hule se levanta,
se ve una cara lívida allá dentro
al brillante fulgor de las bengalas.

1.º Febrero 1896.

LOS CALAVERAS

—La Paca y yo nos pirramos
por el jaleo y la zambra;
así es que nunca faltamos
á los bailes de la Alhambra,

donde por una peseta
que nos cuesta el guardarropa
se pasa á gusto completa
la noche y ¡á vivir, tropa!

—¿Os divertís?

—Toma ¡y tanto!
sin decaer ni un segundo.
¡Si aquello tiene un encanto
como no lo hay en el mundo!

¡Chico! los que estáis en casa
metidos el año entero
no sabéis cómo se pasa
bien, y por poco dinero.

¿Qué hace uno con acostarse
y dormir tranquilamente?

¡Aburrirse y fastidiarse
y no fratar con la gente!

En el baile el más pacato
se despierta, y bulle, y goza,

y se despotrica un rato.

y otro rato se retoza.

—Bueno, pero yo tendría
mi miedo.

—¿Por qué?

—Por nada;

porque en uno el mejor día
te dan una bofetada.

—¡Quíá!

—Pues yo tengo entendido
que el cristiano más prudente
se encuentra comprometido
con cualquier chulo indecente
por cuestión de la pareja
que piden á lo mejor,
y es malo si no se deja,
y si se deja es peor.

—¡Pero eso va en caracteres!
porque hay quien no sabe el modo
de tratar con las mujeres
y ¡claro! lo pierde todo.

—Tú dirás de qué manera
te arreglas.

—Pues... muy sencillo:
llevo á la Paca á mi vera
hasta entrar en el pasillo
y allí, ¡pies para qué os quiero!
ella se marcha al salón
con cualquiera, y yo la espero
sentadito en un sillón.

Después nos vamos en coche
al llegar la madrugada,
y así pasamos la noche
sin compromisos ni nada.

—¡Pues dí tú que te diviertes
como hay Dios! Pero ¡y si un día
con las emociones fuertes
va la Paca y se extravía?

—¡Bah! siempre que hay algún ganso
que se pone porra y boío,
la digo "Chica, me canso..."
y me voy á casa solo.

22 Febrero 1896.

EL NUMEN ETERNO

La vecina que toca el piano
y el vecino que toca el trombón,
y el casero insolente y tirano
que llevando el recibo en la mano
siempre llega en muy mala ocasión;

el papá de la niña inocente
que al novio se opone cruel
y las citas de amor no consiente
porque suele salir de repente
para darle un porrazo al doncel,
y la suegra antipática y fea
que es del yerno constante obsesión,
y el primito que lleva su idea
y además es preciso que sea
militar de cualquier graduación,
todos estos y más elementos

de que ya no me quiero acordar,
sirven ¡ay! desde mil ochocientos
para hacer epigramas y cuentos
y coplitas con gracia vulgar.

¡Y aún dirán que en el género estriba
el creciente procaz impudor
que el social edificio derriba,
cuando no hay en la musa festiva
otro asunto más nuevo y mejor!

Muchos siglos, si el Dios justiciero
no nos echa por otro carril,
seguiremos igual derrotero,
fustigando á la suegra, al casero,
y al primo, y al padre cerril.

¡Oh, qué tiempos aquéllos, Dios mío,
en que haciendo quintillas *al mar*
y llamándole *fiero y bravo*
ya era un hombre *poeta* de brío
y eminente, y talento sin par!

Porque entonces, con cuatro bobadas
que cualquiera podía escribir,
se rompía el oído á pedradas
y decían las gentes pasmadas:
—Qué manera de hacernos reir!

Pero ahora, cualquier desgraciado
que en los trotes se quiere meter,
y se encuentra el camino trillado
y al lector mucho más avisado,
¿qué demonios le queda que hacer?

Pues... agarra la pluma, se siente
dominado por la inspiración,
¡y critica á la suegra insolente
y al primo segundo teniente
y al vecino que toca el trombón!

7 Marzo 1896

PATOLOGIA MORAL

Se moría Julián. La pulmonía
iba á ganar al fin el empeñado
combate desigual. El desgraciado
no tenía remedio, se moría.

Un niño como un sol, ¡ángel del cielo!
reclinado en la almohada pingajosa,
contemplaba asombrado aquel anhelo
de la respiración lenta y penosa,
y apartándose á veces de la almohada
dirigía á su padre una mirada
que quería decir: "Lucha, sé fuerte,
que aunque viniera el ángel de la muerte,
mientras esté yo aquí, no te hará nada".

Y el pobre moribundo,
que sabía de fijo
que quedaba aquel hijo
débil y abandonado en este mundo,
traía á la memoria
su vida accidentada, triste, oscura,
dedicada á la pobre criatura,
que era todo su amor, toda su gloria.
Años enteros de trabajo rudo,
largos días sin pan, noches sin sueño,
para que su pequeño

nunca estuviera hambriento ni desnudo.
¿Y para qué? Para caer vencido
en la cruel y despiadada guerra,
dejando al ser querido
solo, sin fuerzas, sin sostén, ¡perdido
en el páramo inmenso de la tierra!

Poco á poco marcaba la agonía
en las facciones de Julián su sello.
Iba á triunfar al fin la pulmonía...
mas ¿quién podrá saber si se moría
de pulmonía, ó de pensar en ello?

14 Marzo 1896.

¿DEGENERACION?

Será tontuna, pero juro á Cristo
que tengo el alma inquieta
desde que ayer he visto
un torero montado en bicicleta.

Los devotos del suave pedaleo
me habrán de perdonar, pero yo creo
que su afición, honesta y extendida,
debe de estar refida
con el arte sublime del toreo.

El hombre que resiste
el intrépido empuje
de la fiera que embiste
y con coraje y con soberbia muge,
no hace buena figura
en tal cabalgadura.

Está bien en un potro noble y fiero,
suelta la crin, fogoso, jadeante,
no en la máquina fina y elegante
de varilla de acero.

Hay algo en ese chisme delicado
de la época presente,
demasiado *afinada*, y demasiado
comodona, anodina y decadente.

Y hay mucho en la manera
de matar á la fiera
de aquella edad pasada,
menos civilizada,
pero algo más viril y más entera.
¡Y vuelvo á repetir que no deseo
que se llegue á ofender por un instante
la sociedad brillante.
devota del *record* y el pedaleo!

Pero á mí me parecen *más soldados*
los que hacían la guerra
corriendo sobre potros mal domados
á devastar la tierra,
comían carne cruda solamente
y se daban hachazos frente á frente
que los que llevan ¡ay! en la mochila
bicarbonato de magnesia y tila.

Este es el fundamento
de querer que la gente de coleta
tenga el convencimiento
de que no la está bien la bicicleta.

28 Marzo 1896.

BLASFEMIA

Dejó escrita la receta
por pura fórmula el médico,
convencido plenamente
de que era inútil aquello,
y mirando al enfermito
dejó la alcoba en silencio.
—¿Qué? le preguntó la madre,
y él contestó:—No hay remedio.

—¡Ese médico es un bruto!
No acertará; Dios es bueno
y no querrá castigarme
llevándose a mi pequeño,
pensó la infeliz, besando
la cabeza del enfermo,
que recobró nuevas fuerzas
con el calor de los besos.

—¿Verdad que no, vida mía?
Tú no estás malo, ¿no es cierto?
Y la pobre criatura
desplegó sus labios secos
y sonrió tristemente
con tan hondo desaliento
que aquella amarga sonrisa
quería decir:—¡Me muero!

Y se murió. Figúraos
el dolor profundo, intenso,
de una madre, que de pronto,
contempla a su niño muerto
y grita, y nadie la escucha,
y ruega, y se pierde el ruego;
y siente que entre sus brazos
se va enfriando aquel cuerpo
que fué suyo y que tenía
parte de su sangre dentro...

Llorando al pie de la cuna,
mesándose los cabellos,
reza... sin saber que reza,
largas horas mucho tiempo,
pidiendo a Dios un milagro,
bien poca cosa, un esfuerzo
débil, insignificante
para su poder inmenso:
¡que despierte a su chiquillo!
¡que le saque de aquel sueño
mortal, para que la mire
con sus grandes ojos negros!
Después... buscando a su pena
nueva forma de consuelo,
golpea la cuna, grita,
maldice del universo,
reniega de Dios, blasfema,
llama a la muerte, al infierno,
y rasga sus vestiduras
entre los crispados dedos...

De repente un ángel rubio
se aparece al pie del lecho,
y con la voz argentina,

con el dulcísimo acento
con que entona en las alturas
alabanzas al Eterno,
le dice:—Mujer, no llores.
Yo desde la gloria vengo
sólo a decirte que el niño
goza el estado perfecto
de las almas. Es un ángel
como yo. Dios justiciero
me envía para que calme
tu dolor y tu despecho,
pues que ha alcanzado la gloria
divina y el bien supremo.
Y la pobre loca dijo:
—¡No! ¡Yo sé que mi pequeño
estaría entre mis brazos
mucho mejor que en el cielo!

18 Abril 1896.

EN LA GLORIA

Sin pulso, sin color, desencajado,
llegó al trono de Dios omnipotente,
temblando de emoción, el delegado
de una nación católica y creyente.
—Oye, Señor, al pueblo que me envía,
dijo puesto de hinojos;
si de él apartas tus clementes ojos,
perecerá.

—¿Por qué?

—¡Por la sequía!

En la sedienta tierra nada brota
y se consumen secas las raíces.
¡Sobre nuestras narices
no cae hace seis meses ni una gota!
Y sin agua, Señor, no hay pan, ni vino,
ni carne, ni legumbres, ni tocino...
Por eso vengo a verte
y a pedir que nos libres de la muerte.
—De modo que queréis...

—¡Agua del cielo

que fecundice el abrasado suelo.

—¡Agua necesitáis! dijo asombrado
el Todopoderoso.

¿No os queda ningún río caudaloso,
ni fuentes, ni lagunas? ¿Se ha secado
aquel mar tan profundo
que ocupaba algo más de medio mundo?
—No, Señor; mas no hay modo de que llegue
a regar nuestras tierras y plantíos.
—¿Y queréis que yo vaya y os los riegue?
¡Pues sois muy exigentes, hijos míos!
Os di una inteligencia poderosa
capaz de remediar los propios daños.
¿Qué habéis hecho con ella? ¡Poca cosa,
en tantos cientos de docenas de años!
¡Porque sois pedregueños y holgazanes
y preferís haceros rogativas
a empujar y gastar siglos de afanes
en obras productivas!
¿No tenéis, por ventura, el mar a mano?
Tomad del mar el agua si no llueve.

—Imposible, Señor.

—¡Calla, cristiano!

Imposible, ¿por qué? ¡Dí que es más breve convertirme en manguero y hortelano!

2 Mayo 1896.

LA LEY ETERNA

El era un estudiante, ella modista; y saltaba á la vista

que aquella su primera escapatoria, solos y unidos, les sabía á gloria.

Venían con las manos enlazadas, entrambos ruborosos, encendidos,

y avanzaban despacio, embebecidos en el suave fulgor de sus miradas.

Al llegar junto á mí, que los veía con esa simpatía

que inspiran siempre á quien conoce el caso los jóvenes que dan el primer paso,

la modista, más roja que la grana, soltó de mala gana

la mano del galán, y el estudiante me miró, saludó, pasó adelante

y se acercó á la chica murmurando:

—¡Vaya una envidia que le estamos dando!

¿Envidia? Pudo ser, que la modista no era mala conquista;

pero al verlos perderse en el camino huyendo de la gente,

sonreí tristemente

pensando en los vaivenes del destino.

Aquel amor naciente, puro y tierno ¿cuando y de qué manera acabaría?

Porque es sabido que el amor eterno concluye de repente cualquier día.

Y una de dos, ó la modista hermosa lloraría el desprecio de su amante,

ó se daría al diablo el estudiante

por creerla coqueta y mentirosa,

y sin dejar los dos de ser muy buenos, más se reiría el que quisiera menos.

¿Envidia? ¡No sería un desatino!

Pero si ellos su fin adivinaban,

acaso me envidiaran

por encontrarme solo en el camino,

tranquilo y contemplando indiferente

los resplandores de su amor naciente.

6 Junio 1896.

ESPERANDO

I

¿Pan? Bueno; no lloréis, tened paciencia; padre salió á buscarlo

como todos los días, y esta noche

de seguro lo trae. ¿Que tarda? ¡Claro!

porque el pan no se encuentra fácilmente, ¡cuanta mucho trabajo!

y andará el pobrecito por las calles

pidiéndolo y buscándolo.

Pero no lloréis más, porque si luego

sabe que habéis llorado,

os va á mandar que os acostéis sin cena, como ayer y anteayer... ¡como hace un año!

¿Veis cómo yo no lloro? ¿Que sí lloro?

No es verdad eso; lo que veis no es llanto, es que...

mientras dormís tranquilamente

velo, y los ojos se me ponen malos.

Pero hoy me curaré, porque esta noche

tendremos mucha sopa, mucho caldo

y dormiremos, cuando padre venga,

muy juntitos los cuatro.

Y... si habéis de llorar, no gritéis mucho,

porque se enfadan los del piso bajo

y si después se quejan al casero

nos van á echar del cuarto,

¡y eso sí que sería una desgracia!

¿No habéis visto esos niños desdichados

que duermen en los quicios de las puertas

sin ropa y sin zapatos?

¡Pues tampoco han comido en muchos días!

y además os envidian el camastro,

porque como el arcángel de la guarda,

de pelo rubio y de vestido blanco,

no tiene dónde estar, los deja solos,

¡y así es más fácil que los tiente el diablo!...

Así, llorad así; bajo, bajito

para que no se entere el vecindario,

pues todo el mundo tiene

su derecho al descanso,

y no le importa á nadie que nosotros

no hallemos qué comer, y no comamos.

Mientras viene tu padre con la sopa,

¿queréis dormir un rato?

Yo os cantaré unas coplas muy bonitas

y os contaré unos cuentos muy extraños...

II

¡Cuánto tarda, Dios mío, cuánto tarda!

Lo que salió á buscar no lo ha encontrado...

¡Cómo lo ha de encontrar, si ya no tiene

vigor ni fuerza en los cansados brazos,

y tendrán que decirle en todas partes:

"No puedes trabajar, estás muy malo!"

Pero ¿por qué no vuelve con nosotros

á morir de miseria, de cansancio,

ó á llorar todos juntos,

pidiéndole al buen Dios que haga un milagro?

¡Ah! porque es muy cobarde, ¡como todos!

no tienen corazón, no tienen ánimos,

y el hambre de sus hijos les asusta,

y escapan á sus ruegos y á su llanto...

Nosotras, por fortuna, somos fuertes,

mientras nos queda sangre se la damos,

y presta á sus dolores y amargas

suave calor el maternal regazo...

¡La muerte! ¡Nada importa! Confíemos

en que Dios, que es muy justo y es muy santo,

si no ha inventado el cielo todavía,

tendrá, para nosotros, que inventarlo.

13 Junio 1896.

GATO ESCALDADO

Una hermosa morena
que me atraía
con sus rasgados ojos,
como el abismo,
tenía en la cabeza
tal poesía
de cierto exagerado
romanticismo,
que juzgaba imposible
querer con calma,
como quiere en el mundo
toda la gente,
y en todos los detalles
ponía el alma...
En fin, que estaba loca
completamente.
¿Ella hablar con el novio
por los balcones
ó á través de la reja
del ventanillo?
¡Eso no revelaba
grandes pasiones,
sino un amor muy débil,
soso y sencillo!
Para acercarse á ella
se requería
afrontar cien peligros
falsos ó reales,
y asaltar hecha en mano
la portería,
matando un par de guardias
municipales...

¿Que cómo terminaron
las relaciones?
Pues... perdiendo la idea
del matrimonio,
porque un día me puso
cuatro renglones
que en extracto decían:
"¡Róbame, Antonio!
porque ya está probado
que no consigo
resistir de mi madre
la tiranía.
¡Quiero huir al desierto
sola contigo
á que comamos dátiles
de Berbería!"
Y yo, inmediatamente,
con juicio sano,
desechando el recuerdo
de su belleza,
contesté: "Queda libre
tu blanca mano:
yo te dejo con mucha
delicadeza,
porque ya no me acuerdo
dónde he leído
este axioma, que tiene
miga bastante;

"La que á su madre deja
por un marido,
luego deja al esposo
por un amante."

20 Junio 1896.

TIEMPO PERDIDO

Un artista ateniense, de veinte años,
hastiado, según él, de los placeres,
porque siempre le dieron las mujeres
al fin de sus pasiones, desengaños,
piensa pedir, para encontrar el goce
que no ha podido hallar en otra parte,
el auxilio del arte
cuyos secretos mágicos conoce.

Y enamorado pronto de su idea
se dedica febril á la tarea
de tallar una estatua tan hermosa
como la misma Venus Cíterea,
para excitar la envidia de la diosa.
Y aunque el afán de verla concluida
le sirve en el trabajo de acicate,
pasa la juventud, ¡pasa la vida
sin dar á su ilusión cima y remate!
Porque buscando en ella
la perfección completa, subrehumana,
lo que hoy encuentra bien rompe mañana
¡y no la ve jamás bastante bella!

Cincuenta años después, por fin, un día,
contemplando la estatua satisfecho,
piensa:—Perfecta eres; esto es hecho:
sí tú fueras de carne, te amaría.
A Júpiter, que admira la hermosura
del sacro fuego pídele la mecha,
y, en el instante mismo, la escultura
se convierte en mujer hecha y derecha.
Al verla el escultor tan seductora
se mira en un espejo,
se halla cansado, y abatido, y viejo,
y dice suspirando:—¡A buena hora!

27 Junio 1896.

CARAMBOLA

Sánchez publicó un libro
que obtuvo un éxito grande,
vendiéndose en pocos días
muchos miles de ejemplares.

El se había dicho: "¡Porra!
paso la vida afanándome
por ganar en noble lucha
los garbanzos miserables,
y aunque, á mi entender, escribo
novelas interesantes
y la prensa las encomia
y los críticos me aplauden,
el caso es que no se venden
y voy á morir de hambre,
lo cual será meritorio,
pero tiene pocos lances..."

Y ¡zas! en cuatro semanas
zurció con un par de hilvanes
una novelita de esas
propias de los lupanares;
con escenas asquerosas
y episodios repugnantes
de los que la gente *alegre*
saborea encanallándose.

No hay que decir que, pensando
que no lo sabría nadie,
se excedió en el *condimento*,
se detuvo en los detalles,
y con atrevidos párrafos
y descripciones picantes
el librito destilaba
ponzoña por todas partes.

Con esto las ediciones
se evaporaban, y Sánchez
creyó haber ya descubierto
un filón inagotable.

¡Aquello era lo seguro!
¡Al diantre la fama! ¡Al diantre
la dignidad literaria,
los estudios importantes
y el querer dar por el gusto
á las personas formales!
El vulgo pedía aquello,
¡y aquello había que darle!

Quedó decidido el cambio
de rumbo; pero una tarde,
al entrar en su despacho,
halló leyendo, *empapándose*,
con el interés y el ansia
pintados en el semblante,
á su hija Clara, una niña
inocente como un ángel.
—¿Qué lees? (la dijo). Y la joven,
sin pensar en disculparse,
le contestó sonriendo:
—¡Tu última novela, padre!

4 Julio 1896.

LA FORMA POETICA LLAMADA A DES- APARECER

Si de la altiva torre
las puertas te han cerrado
porque era intempestivo
tu cántico de amor,
de tu laúd las cuerdas
no rompas despechado;
no pierdas la esperanza,
no llores, trovador.

No llores si las notas
que lanzas al castillo
las piedras de sus muros
no logran traspasar,
que no está el mundo todo
detrás de ese rastrillo,
y habrá quien halle gozos
oyéndote cantar.

Jamás la poesía

se ha conservado pura
cuando al oído llega
del harto de placer,
porque los versos pierden
su gracia y su ternura
al convertirse en siervos
del oro y del poder.

En cambio canta ¡oh bardo!
á los que abajo gimen,
á los que en vano buscan
consuelo á su dolor,
á los que siempre sufren
y nunca se redimen,
¡verás cómo comprenden
tus cánticos de amor!

¡Malhaya, amén, el numen
que adula potentados
por la esperanza sola
del premio que le den!

¡Bendito el que es apoyo
de los desheredados
y fieramente vibra
luchando por el bien!...

No subas al palacio
señor de las montañas,
que allí tal vez se burlen
del pobre soñador.

Desciende á las aldeas,
visita las cabañas,
defiende á los humildes...
¡y canta, trovador!

25 Julio 1896.

A DON FULANO DE TAL

Muy señor mío y amigo:
De su carta me he enterado,
y ¿sabe usted lo que le digo?
¡Que está usted equivocado!

¡No se le ocurre al demonio
pedirme *cualquier cosita*
cantando su matrimonio
con no sé cuál señorita!

¡Epitalamios á mí!
¿Por quién me ha tomado usted?
Le haré una silva, eso sí,
pero una silva con b.

¿Conque estábamos los chicos
de la prensa echando lumbres
por los álbums y abanicos,
que dan tantas pesadumbres,
y viene usted todavía
expresando su deseo
de que haga una poesía
dedicada al himeneo?

La idea es encantadora
¡y á todos los del oficio
nos vendría bien que ahora
resucitara ese vicio!

¿Por ventura no es bastante
que en tan crítico momento
salga un diario importante

anunciando el casamiento.
diciendo el cómo y el cuándo
y haciéndose lenguas de él
para acabar deseando
la eterna luna de miel?

¿Es preciso ¡voto á tal!
que salgan á relucir
los palacios de cristal
y los cielos de zafir
y aquello de "A MIS AMIGOS
MENEGANITA Y PERENCEJO,
casados en Cabañigos
el seis de Marzo. OVILLEJO?"

Pues yo le puedo jurar
que, si eso ha de suceder,
es cosa de renegar
del siglo que está al caer,
y no puede ni un momento
descender hasta esa broma
¡él, que nos deja el invento
de los bicicletas con goma!

Si usted se ofende y se altera
por esta respuesta, yo
le haré otra cosa cualquiera;
un epitalamio, no.

¡Epitalamios, jamás!
Cátese usted en buena hora,
si es que no se vuelve atrás
la que va á ser su señora,
y que entre usted con buen pie
y que sepa lo que se hace;
pero á nadie pida usted
que haga coplas al enlace,
porque buscar poesía
de encargo para el amor
¡es una majadería
de las de marca mayor!

8 Agosto 1896.

A TODO HAY QUIEN GANE

... y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba corriendo
las hierbas que él arrojó.

CALDERÓN.

Entre las cuatro paredes
de una alcoba semirregia,
y en blando lecho de plumas
descansando á pierna suelta,
un mimado por la suerte
que oye zumbas allá fuera
los medrosos y terribles
rumores de la tormenta,
instintivamente goza
del contraste, pero piensa
en el infeliz vecino
de la guardilla trastera.
— ¡Mal estarán allá arriba
(se dice) oyendo tan cerca
los truenos, y el duro azote
del chaparrón en las tejas!

El agua y el viento, libres
entrarán... por donde quieran
y crujirán las ventanas
y rechinarán las puertas
como si todos los diablos,
con sus tridentes, vinieran
á llevarse á los que duermen
entre unas sábanas viejas.—

Y asustado y encogido
con tan lúgubres ideas
se arregla el embozo, apaga
la luz y da media vuelta.

Allá arriba, acurrucado
sobre un catre de tijera,
mal envuelto en una manta
que más que abrigar orea,
procura atrapar el sueño
que ha de reparar sus fuerzas
el desdichado inquilino
de tan mezquina vivienda.
— ¡Bonita noche, recontra!
(dice para su chaqueta,
que tiene, haciendo el oficio
de edredón, sobre las piernas).
Aquí se está ricamente;
pero ¡anda, que los que tengan
que dormir en el arroyo
no la pasarán muy buena!

Un muchachuelo, tapado
con una blusa mugrienta,
y harto de gritar en balde
Heraldoooo... Correspondenciaaaa...
se va quedando dormido
junto al quicio de una puerta,
donde le brindan los hados
húmedo colchón de piedra.
— ¡Mecachis! ¡eche usted ruido!
¡Cómo llueve y cómo truena!
(dice á media voz el *golfo*).
¡En el cielo están de juerga!
¡Mia tú que el que anda á estas horas
perdido por esas breñas
de Dios, y guardando vacas,
¡las estará viendo negras!

Y un pastorcillo en el monte,
mientras el viento en la selva
descunja robles, dormita
guarecido entre unas peñas
mirando al mar, que allá lejos
alborotado se enresaca,
y piensa: — ¡Redíos! ¡qué noche
para los bareos de pesca!...

15 Agosto 1896.

EL DESQUITE

I

Juan engañó á Isidora, como engañan
los hombres á las niñas candorosas:

con mimos y caricias
y... la esperanza de coyunda próxima.
Isidora cayó de puro buena,
como caerían en su caso todas,
pensando que en los brazos de su amante
se le abrían las puertas de la gloria.

Pero Juan se cansó, ¡todos se cansan!
é indiferente al llanto y las congojas
de la pobre infeliz, huyó una noche
y la dejó con sus pesares sola.

Ella rodó después por la pendiente
del vicio, que á sus víctimas devora,
y unas veces con hambre y con guiñapos
y otras veces con trenes y con joyas,
no la quedó ni rastro de vergüenza,
como á tantas mujeres de su estofa.

II

Y hete que Juan la vió, guapa, elegante,
gozando del botín de la victoria,
reina de corazones y de haciendas
por azar de la suerte caprichosa,
y volvió á desearla con más fuego
y, al encontrarla altiva, fiera, indómita,
se cegó como todos los varones
cuando alguna mujer se les antoja.

Lo que dejó cuando era todavía
honrada, pero fácil, Isidora,
al verla sin honor, pero difícil,
lo volvió á apetecer con ansia loca...
y á tal extremo le arrastró el delirio
y tales artes desplegó la moza,
que sólo por tenerla como suya
la dió su nombre honrado y fué su esposa.

III

¿No es verdad que consuela
pensar, con el ejemplo de esta historia,
que una débil mujer puede vengarse
devolviendo deshonra por deshonra?

5 Septiembre 1896.

EL MISTERIO ETERNO

Desde que existe el hombre, y ya hace días,
odia, desca y ama.
sin que siglos y siglos de experiencia
le sirvan para nada.
Siendo el amor la base de la vida,
según pruebas palmarias,
no se ha dicho á estas horas ni siquiera
la primera palabra.
Las sensaciones físicas se entienden,
se explican en las cátedras,
y todos saben ya cómo los músculos
los nervios y las glándulas
se conmueven, y vibran y funcionan
del placer en las ansias,
y por qué en la materia repercuten
los pesares del alma.
Pero ya nada más. De los afectos,
de su razón y causa,

no se ha dicho una frase todavía
con algo de substancia.

Tenfa dos criadas mi patrona
muy lindas, muy serranas,
igualmente robustas y expresivas
y animales y zafias.
Los huéspedes andábamos, es claro,
detrás de las criadas,
porque eso es inherente á los estudios
desde tiempos de Wamba.
Y... aquí entran ya las dudas *psicológicas*
que me embrollan y embargan:
¿por qué, si eran las dos bravas, cerriles
y jóvenes y guapas,
y las dos me pegaban puñetazos
en cuanto me acercaba,
no deseaba yo de igual manera
los encantos de entrambas?
¿Qué fláido especial y misterioso
me impelia á la Paca,
y me hacia á la Pepa repulsiva
como un tratado de álgebra?
¿Qué fuerza es la que mueve en esos casos
la voluntad, y manda
querer ó despreciar, sin un motivo
ni cosa que lo valga?

¡Ah! bien decía Vega en un sainete:
las ciencias adelantan.
Pero en cuestiones amorosas, todos
estamos siempre en Babia.

12 Septiembre 1896.

EL ORGULLO

(SEGÚN QUIEN LO TIENE)

No hay en el mundo quien pueda
separarme del destino,
porque mi mujer consigne
lo que quiere del ministro.

Un empleado.

La pieza me salió de rechupete.
Fué un efecto atroz lo del paleta
que se queda encerrado en el retrete...
¡Diez llamadas á escena y un banquete!
¡Qué Calderón, ni Lope, ni Moreto!

Un autor dramático.

Yo entro en las habitaciones
y sin que nadie se entere
me llevo hasta los colchones.
¡Estos se llaman rifiones
y vista, porque Dios quiere!

El rata sexagésimo.

Diez años llevo andando despacito
por el distrito, y ¡nada!
¡no he visto ni una simple puñalada
de las que suelen darse en el distrito!

Un guardia.

¿Yo hacer un papel así
que no hace el último mono?
Pues ¿qué diría el abono,
que está chalado por mí?

Una primera actriz.

¡Lo que es hasta el tercero
ó el cuarto día,
no se me ha muerto nadie
de pulmonía!

Un médico.

Un torero, un rentista, un abogado...
¡tres en una semana!
¡Que se muera de envidia la Susana,
que lleva más de un mes con su cuñado!

Una de la cáscara amarga.

Ya está gritando el del tres.
¡Pues te tienes que esperar!
porque eso es mucho mandar
por una peseta al mes.

Un sereno.

¿Yo aceptar el chanchullo
que me propones?
No me *pringo* por menos
de dos millones.

Uno de conciencia estrecha

Lo que es á hacer el lazo en la corbata
ni Dios me echa la pata.

Un elegante.

19 Septiembre 1896.

DELENDIA EST CARTAGO

Siempre son semejantes los augurios
cuando una sociedad se tambalea:
vicio, abusos y escándalos arriba
y abajo estupidez é indiferencia.

El agio entronizado, por la fiebre
de lograr distinciones y riquezas,
el cínico impudor en los negocios,
el arrojo sin freno en las empresas,
loco derroche de los fondos públicos,
camarillas, arreglos, componendas...

y el pueblo presenciando el espectáculo
sin asombro, sin rabia y sin vergüenza.

Perdido el sentimiento de la patria,
lánzase todos á medrar por ella,
y el dolor de las víctimas se ahoga
con el alegre estruendo de las fiestas.

Al paso del más fuerte
la multitud humilde se prosterna,
se encumbran los audaces, los perversos,
y de la pequeñez se hace grandeza.

Inclinan el soborno y la amenaza
la balanza de Astrea,

y con plumas y bandas y cintajos
se le tapa la boca al que protesta...

Al fin, cuando parece que, enervada,
va á perecer la humanidad entera,
sopla la tempestad, borra y destruye
cuanto á su paso encuentra,

y de los troncos carcomidos brotan
ramas robustas, vigorosas, frescas
que en el infecto polvo de los siglos
vuelven á retoñar con savia nueva.

¡Todo va á derrumbarse! Del progreso
se tiene que cumplir la ley eterna,
y el mundo entero va á cambiar... ganando.
¡Dichoso el que lo vea!

26 Septiembre 1896.

EN EL BAILE

Mascarita, no te fíes
de las frases de ese pillo
que, atusándose el bigote
y endilgándote suspiros,
va buscando tus pupilas
para amortiguar su brillo
con los rayos de sus ojos,
que él se figura mortíferos.

Tú eres ¡á la vista salta!
nueva en estos laberintos,
y no sabes que á los bailes
no vienen más que los pícaros;
y ése, en cuyo brazo apoyas
el tuyo, te ha conocido
la cortedad en el habla
y el pudor en el estilo.

¿No ves, pobre mascarita,
que denuncian tus principios
ese disfraz tan modesto
y ese gusto tan sencillo,
que están diciendo muy alto
que á este lugar te ha traído
la curiosidad maldita
de ver lo que nunca has visto?

Fueras tú de rompe y rasga
y, en vez del aire encogido,
que te ha de costar muy caro
si no escapas del peligro,
el carácter desenvuelto
demostraras dando brinco,
y á las palabritas dulces
contestaras con pellizcos,
para acabar presentando
tu factura de atractivos,
que ha de pagarse con ostras,
jamón, pavo y langostinos.

Vieras entonces al hombre
que te agasaja rendido
y á cada vuelta te ofrece
más ventura y más cariño,
ir cediendo en su locura,
volverse formal y digno,
echar agua en ese fuego
que le está abrasando vivo
y, pretextando deberes
que cumplir con los amigos,
entregarte á tu mamita,
que duerme en un rinconcito.

Pero ¡ay, mascarita! temo
que llegue tarde el aviso,

y embriagada con la atmósfera
que traidor perfuma el vicio,
creas tus dulces ensueños
en realidad convertidos,
para probar amarguras,
desengaños y suplicios.

Porque has de saber, paloma
sin hiel, fuzada del nido,
que los amores eternos
no brotan del torbellino,
y corre riesgo tu fama
de quedar en entredicho;
porque entre esos calaveras
que se las dan, de corridos,
¡hay quien no peca y lo dice,
y hay quien peca por decirlo!

3 Octubre 1896.

¡OH, LAS VISITAS!

¡Que la sabia Providencia
me libre de estar enfermo
y me dé siempre la misma
salud que á ustedes deseo!
Primero, porque es tesoro
que se echa mucho de menos;
segundo, porque me carga
estar clavado en el lecho,
quietud que da más fatiga
al espíritu que al cuerpo;
tercero, porque molestan
mucho los medicamentos,
y cuarto... ¡por las visitas!
¡A las visitas las temo
mucho más que á la dolencia
y á la botica y al médico!

Está usted dado á los diablos
y aguantándose en silencio
sus dolores, si los tiene,
ó sus malos pensamientos,
que si los tendrá, de njo,
que el caso es para tenerlos,
y entran los que van á verle,
señoras ó caballeros,
tristes los rostros, hablando
bajito y pisando quedo,
y en la habitación cercana
se sientan, graves y serios.

Al principio no se ocupan
más que del padecimiento
que le aqueja á usted, sus síntomas,
de cuándo y cómo fué aquéllo;
citan casos parecidos
que curaron en un verbo
con tal ó cual cataplasma,
con este ó el otro ungüento,
y, poquito á poco, rueda
la conversación muy lejos
y salen á luz historias
de conocidos y deudos
que estaban también muy malos
y están hoy sanos y buenos.

Sube el diálogo de tono,
sin notarlo y sin quererlo,
y de unas cosas en otras
va á parar á los sucesos
interesantes del día,
chismes, historias, *enredos*...
y si *enredado* saliere
por casualidad un cuento,
le contarán con detalles,
y otro después, y otro luego,
y se armará una tertulia
con risas y otros excesos.

Y usted seguirá en su cama
solito, fuera del tiesto,
y oyendo las carcajadas
con la paciencia de un muerto...

Todo el que haya estado malo
alguna vez, que alce el dedo
y diga sinceramente
si no ha sentido deseos
de tirarse de la cama
y echar mano á los pescuezos
de las visitas que acuden...
¡á ver cómo está el enfermo!

17 Octubre 1896.

SUEÑO EXTRAVAGANTE

I

Harto ya de panderos y zambombas,
tambores y almireces,

anoche me acosté á las dos y media,
cansado del trabajo, como siempre.
No sé á qué atribuirlo, pero á causa
tal vez del espectáculo perenne
del festín continuado de estos días,
en que pagan el pato aves y peces,
el caso es que soñé que era besugo
y que estaba en el mar tranquilamente
persiguiendo á otros peces más pequeños
para ir tirando de la vida breve.

Tenía libertad, y era dichoso,
pero ¡ay! que los besugos nunca pueden
suponer que es eterna la ventura
mientras existan hombres y haya redes.

Yo salt coleando en una de ellas,
y el sol, á mi desgracia indiferente,
arrancó á mis escamas mil reflejos
brillantes... ¡Qué momento tan solemne!

A las veinticuatro horas
ya estaba en mi banasta, en los Mostenses,
vivito todavía

y echando rayos por mi mala suerte.

Un hombre se acercó. ¡maldito sea!
me *estudió* las agallas lentamente,
y echándose después en la balanza,
dijo con tono imperativo:—Este.

II

Estaba en un rincón de la cocina
con un pavo, un cordero y una liebre,

dos cajas de turrón y cuatro kilos de castañas y nueces. oyendo en el fogón, á cuatro pasos, los chirridos fatales del aceite. y temblé ¡vive Dios!... como no quiero que mis mayores enemigos tiemblen.

Hete que entonces se acercó á la cesta, mirándome graciosa y sonriente, la más encantadora maritornes que imaginarse puede.

Alta, morena, con los ojos grandes, los labios rojos como dos claveles y... los brazos al aire, ¡un par de brazos robustos y más blancos que la nieve!

Todo se me olvidó: mi suerte ingrata, la lumbre, los peroles, las sartenes, y al ver que me cogía por la cola, con la sana intención de abrirme el vientre, pensé y me dije para mis aletas:

—¡Rediós! ¡Esto se llama tener suerte! ¿Qué más puedo pedir, que tú me frías con los encantos y la sal que tienes?

Lo cual sería un sueño, pero prueba mi eterna adoración á las mujeres, y... que le pido á Dios que ellas me maten para dárseme un bledo de la muerte.

26 Diciembre 1896.

LA DISTANCIA

I

¿Qué atractivo especial tenía Amparo? No lo puedo decir... ¡ya no me acuerdo! porque los años borran implacables hasta las sombras del amor eterno. Pero sé que la quise con locura cuatro meses lo menos, y á mí se me antojaba una morena más guapa que los ángeles del cielo. Sé que entrambos lanzábamos al aire quejas amargas contra el *hado adverso* que nos tenía separados siempre, sin hablarnos, sin vernos, perdiendo en el suplicio de la ausencia la paz del alma y la salud del cuerpo, y haciéndonos quedar poquito á poco lacios y enclenques, pálidos y entecos. Y sin embargo, yo, con la potente prodigiosa atracción del pensamiento, echaba á todas horas párrafos largos con mi dulce dueño; sentía las caricias de sus ojos posándose en los míos largo tiempo, y el timbre de su voz arrulladora y el mágico perfume de su aliento...

Así, con la ilusión, con la esperanza no lograda jamás, crecía el fuego, y mi morena y yo, casi dichosos, siempre estábamos juntos... desde lejos.

II

Luisa fué mi pasión, cuando de Amparo la linda imagen se me fué del pecho;

una pasión frenética, indomable, que me absorbió tres días por completo. Y al cuarto día... ¡horror! me da vergüenza confesárselo á nadie, y lo confieso por si puede servirme de castigo y á los demás de ejemplo:

¡no dejaba ni rastro la locura!

¡no quedaba ni chispa del incendio!

Y viví desde entonces amarrado á mi amor, como al potro del tormento, siempre cerca de Luisa, siempre unidos, mirándola en silencio,

sin ver las rosas de sus frescos labios, sin ver el brillo de sus ojos negros, y haciendo la comedia del cariño con el alma á cien leguas del objeto...

III

De este modo aprendí por experiencia ¡el único tesoro de los viejos! que en el amor humano, la distancia no es de espacio... ¡es de tiempo!

9 Enero 1897.

EL IMPUESTO PROGRESIVO

Rosario es socialista sin saberlo. Casquivana, y alegre, y pizpireta, á nadie da su amor, pero con todos hace admirablemente la comedia.

Un estudiante pobre, guapo chico, que se muere por ella, lo que sisa en los libros y en la ropa se lo gasta en almuerzos y en meriendas.

Un modesto empleado de los de doce mil... sin manos puercas, pasa «las de Caín» para llevarla billetes para Apolo y la Zarzuela, y un señor respetable, contratista que fué de carreteras, corre con todo el gasto de la casa para verla no más de higos á brevas.

Por último, un banquero millonario es la causa secreta

de que tenga Rosario á todas horas coche de dos caballos á la puerta y ricos aderezos de brillantes y collares de perlas, y tire, en sus ridículos caprichos, los billetes de Banco á manes llenas.

¡Y el cariño es el mismo para todos! Diversión y pamema que no obedecen más que á este principio: "¡Pagarás el placer... según la renta!"

16 Enero 1897.

EN VELA

I

Un día de Carnaval me escribió esta carta Rosa

(una muchacha preciosa que era entonces mi ideal):

"Está mi amiga Tomasa enferma de pulmonía.

No vengas hoy, alma mía. Paso la noche en su casa."

Yo la quería bastante, pero no lo suficiente para dar por convincente disculpa tan... alarmante: y desconfiando de ella, fui á su casa más que á paso.

Allí me enteró del caso en seguida la doncella.

—La señorita se ha ido al baile.

—Lo suponía.
¿Con quién?

—Pues... en compañía de un joven bien parecido...

.....
¡Lo que yo en aquel instante sufrí no es para contado! Todo el que se haya encontrado con un chasco semejante no dejará de saber que uno queda medio muerto y que no sabe de cierto qué barbaridad hacer.

Yo opté por quedarme allí y esperar á que tornara, sólo por ver con qué cara se presentaba ante mí.

II

Guardé, pues, dentro del pecho la rabia que me encendía y, afectando sangre fría,

entré en la alcoba. En el lecho

dormía un niño inocente, tan gracioso, tan bonito que... me acerqué despacito y le dí un beso en la frente.

¡Así, á lo mejor, se calma la tempestad más bravia, y cualquiera niñería

sirve de bálsamo al alma!

Aquel niño era de Rosa. ¿Y de quién más? No se sabe.

¿Entre tal gente, lo grave es la parte misteriosa!

Aquel día justamente le había devuelto el ama, y allí se estaba en la cama durmiendo tranquilamente, mientras Rosa había ido á darme á mí aquel bromazo desesperante, del brazo del joven bien parecido.

.....
El caso es que la locura de celos se me pasó

y que, al yo besarle, abrió los ojos la criatura.

y que él me miró asustado, y que por quitarle el susto vine á pasar, tan á gusto, toda la noche á su lado.

III

Poco á poco empezó el niño, según me perdía el miedo, á contar quedo, muy quedo, sus deseos de cariño, las penas del abandono... todo con su trapajosa media lengua, tan graciosa que, en fin, estaba muy mono.

Me relató, á su manera, que mamá no le hizo caso, se puso un traje de raso y se fué... donde se fuera:

la impresión desconocida que le había producido mi beso, que había sido el primero de su vida, y su continuo tormento, y sus ansias de placer como el que yo, sin querer, le daba en aquel momento...

Total, y esto es lo importante, con su charla encantadora, cuando volvió la traidora ya estaba yo como un guante.

IV

Pero al ver que aparecía tan insolente y tan... bella, quise lanzarme hacia ella: y cuando me disponía

á romper de un silletazo las cadenas del cariño, sentí la mano del niño

que me sujetaba el brazo; y él me miraba ¡tan mono! como diciendo: "¡Perdona, que á mí también me abandona y ya ves cómo perdono!"

.....
De esta manera el asunto arregló aquel inocente. Me atrajo á sí dulcemente, y sin separar un punto su mirada de la mía, con indecible embeleso, fué el chiquillo ¡y me dió un beso! ¡Qué beso, Virgen María!

Se me fueron los enojos con el roce de sus labios, y borraron los agravios las lágrimas de mis ojos.

Unas lágrimas fugaces... Pero la madre, entretanto, adivinó en aquel llanto

ocasión de hacer las paces,
y fué, fingiéndose loca
de ternura y de placer.
¡nada menos que á poner
su boca junto á mi boca!

Pero yo, fuerte y curado
de aquel amor, de repente,
la dije groseramente,
rechazándola indignado:

—¡Ea! No me da la gana,
¿sabes? ¡No paso por eso!
¡Como me robes su beso,
te tiro por la ventana!

20 Febrero 1897.

AHORA QUE HA PASADO...

Dire á ustedes, en secreto,
que me da mucha vergüenza
ver andar por esas calles,
con motivo de las fiestas,
hombres como castillos
con faldas á media pierna
y rizos, cintas y lazos
y encajes y bomboneras.

Pase lo de los disfraces,
porque de alguna manera
se han de divertir las gentes
al llegar Carnestolendas;
pero que á un mozo de rumbo
se le meta en la cabeza
ponerse encima unas sayas
y andar luciendo unas medias
y fingir coqueterías
como niña desenvuelta,
falsificando atractivos
propios de las hijas de Eva.

es sospechoso, es... ¡caramba!
¿cómo expresaré la idea?
demasiado... *decadente*
y contrario á la decencia.

Se comprende que, si un hombre
comete la ligereza
de querer dar unas bromas
poniéndose una careta,

se encaje una estera sucia,
se plante una colcha vieja,
y aun se vista de payaso
con cucurucho de á terciá,

con tal que bajo la colcha,
ó á través de las esteras,
se conozca ó se adivine
la virilidad, la fuerza...

pero el que por las enaguas
los pantalones desdén,
y aunque de mentirijillas
se confunde con las hembras

y, burla burlando, quiere
lucir las formas, demuestra
que cambiaría de sexo
como en su mano estuviera.

Que se le ocurra á un mancebo

ponerse unas barbas negras,
mandoble, cota de malla,
casco, y escudo, y espuelas,

ó sombrero de catite
y calzón corto, y chaqueta
con vistosos alamares,
pañuelo y faja de seda.

atavíos de guerrero,
de bandido de la sierra,
de petimetre, de chulo,
y aun de fraile... ¡enhorabuena!

Pero ¡ay! es muy lastimoso
que *nuestros* jóvenes tengan
tendencia á lo femenino,
porque es muy mala tendencia,
y mientras salgan los mozos
con ligas, corsé y pulseras,
dormirán aquellos tercios
que ensangrentaron la tierra.

6 Marzo 1897.

FUENTES DE LA HISTORIA

Los caballeros que escriban
la historia de la actual década,
además del impensado
relevo de Polavieja,

que no importará un camino
cuando las islas se pierdan,
tendrán que estudiar sucesos,
tipos, costumbres, etcétera,
y acudirán de seguro
al terreno de las letras,
porque es donde más exactos
y más claros se reflejan.
Tendrán para sus estudios
un arsenal de comedias,
porque es un género ese
que, á Dios gracias, no escasea,
¡y habrá que leer entonces
las cómicas consecuencias
que el historiador deduzca
de los datos que le prestan!

Al relatar, por ejemplo,
las costumbres lugareñas,
dirá que los campesinos
eran pedazos de acémilas,
que no trabajaban nunca,
que estaban siempre de fiesta,
curiosos, entrometidos,
y sin gracia, y sin vergüenza.
Que, en vez de salir temprano
al campo á labrar la tierra,
pasaban el santo día
por calles y por plazuelas
en continuo chismorreo
sin cuidar de sus haciendas,
y atentos únicamente
á fisgar casas ajenas,
haciendo muchas preguntas
al alcalde, á la alcaldesa,
al hijo del boticario

y al sacristán y al albéitar.
 ¿Qué en qué han de basarse? ¡Digo!
 Pues en todas las zarzuelas
 chicas, medianas y grandes,
 bufas, graciosas y serias.
 Ahí, de día y de noche,
 en Carnaval y en Cuaresma,
 en los días de la poda
 como en los meses de siega,
 se ve que nadie hace nada,
 que en cuanto uno grita: "¡Vengan,
 vecinos!" salen doscientos
 que estaban tras de la puerta.
 Y preguntan, y alborotan,
 y corren, y curiosan
 con el "¿qué ocurre, qué pasa?"
 ó el "¿que toquen habaneras!"
 Y á lo mejor se despiden
 á eso de las doce y media
 de la noche, con objeto
 de dormir á pierna suelta,
 y por que canta un mancebo
 ó se asusta una doncella,
 ó se oye un trueno, ó se escucha
 muy lejos una corneta,
 aparecen de repente
 con estacas ó linternas
 los hombres muy arreglados,
 las chicas muy peripuestas...
 ¡Y va á quedar nuestro pueblo
 lucido, de esa manera!

13 Marzo 1897.

ANTES DEL ESTRENO

(MONÓLOGO)

¡Cristo con el teatro! ¡Está imponente!
 Diría que da miedo
 si no supiera yo que necesito
 fingir que no lo tengo.
 ¡Ahí está ya la masa, que á juzgarme
 viene, con el derecho
 que yo mismo la doy, pues libremente
 al fallo me someto!
 ¡Y buena gente está! La alegre turba
 de chicos sin empleo,
 que vienen del café, de hablar de niñas
 y arreglar ministerios;
 las mujeres que gustan de emociones
 y no traen ni el deseo
 de entender la comedia, ni de oír,la,
 ni de guardar silencio;
 los que escriben también, los del oficio,
 que escucharán atentos,
 con la sana intención de ver las faltas
 y quitarme el pellejo;
 y los representantes de la prensa,
 rígidos, graves, serios,
 enseñando la punta del cuchillo
 que sirve de escabelo...
 Tribunal numeroso, abigarrado,
 confuso, heterogéneo.

con gustos diferentes, con distinto
 nivel de entendimiento:
 colección de animales y de sabios,
 de tontos y discretos,
 que verán unos negro lo que es blanco
 y otros blanco lo negro...
 ¡Y esos son, según dicen, los que pueden
 hundir en un momento
 el modesto edificio levantado
 con tan grandes esfuerzos!
 Yo soy solo, ellos muchos; en la lucha
 la peor parte llevo.
 Si triunfan, ¿qué adelantan? Pero, en cambio,
 ¡qué gloria si les venzo!
 Ya bajan de sus cuartos las coristas
 con barullo y estrépito,
 los actores deshacen los corrillos
 para ocupar sus puestos;
 ya se despeja el escenario, empuña
 la batuta el maestro.
 ¡Luz en la batería! ¡Suena el timbre!...
 ¡Ya no tiene remedio!
 Las olas han cogido mi barquilla,
 juguete de los vientos,
 y sobre el lomo azul la zarandean
 á la entrada del puerto.
 Lo mismo que estrellarme en los peñascos
 puedo salvar el riesgo;
 diré como el Andrés de *Sotileza*:
 —¡Orza! ¡Jesús... y adentro!

27 Marzo 1897.

¡VIA LIBRE!

Aquí, donde vive
 de prisa la gente
 y hay que andar á escape
 necesariamente,
 las autoridades
 tienen la manía
 de estorbar el paso
 cada tercer día.

Cuando las parroquias
 sacan los pendones,
 ó forman en fila
 cuatro batallones,
 ó se hace cualquiera
 manifestación,
 ¡queda interrumpida
 la circulación!

Basta que el gobierno
 nos ordene y mande
 que gocemos todos
 de una fiesta grande,
 para que en seguida
 se despuable el orbe
 para celebrarla...
 donde más estorbe.

¿Tocan dos murguistas?
 ¡Salen tres monagos?
 Pues á verlos corren
 millares de vagos,

y ocupando el centro
de la población...
queda interrumpida
la circulación.

Por lo visto, somos
gente adinerada
y ningún vecino
tiene que hacer nada,
pues si algún iluso
quiere ser activo,
le detiene el pueblo
con cualquier motivo.

Ya porque se mueren
nuestros personajes
y en el duelo forman
cientos de carruajes,
ya porque hay *Minerva*,
baile ó formación...
¡queda interrumpida
la circulación!

¿No es verdad, señores,
que no viene á cuento
este afán creciente
de *amontonamiento*?
Porque no es prudente
colocar tapones
en las grandes venas
de las poblaciones.

Viene á ser lo mismo
que si, por pereza,
nos dijese un día
la Naturaleza:
—¡Quietos los pulmones!
¡Pare el corazón!
¡Queda interrumpida
la circulación!

17 Abril 1897.

A UN AUTOR DRAMATICO

Nicanor, haces mal. La muchedumbre
tiene tendencias á estragarse el gusto,
y más que con el arte verdadero
disfruta revolcándose en lo inmundo.

A los tranquilos goces del espíritu
prefiere la algazara y el barullo
contorsiones de clown descoyuntado,
que es más gracioso cuanto más estúpido.

Halagarla es un crimen. Permitirla
que en lugar de seguirle marque el rumbo,
es concederla autoridad y fuerza
que no debe tener, que nunca tuvo.

Convertir las personas en muñecos,
desquiciarla á sabiendas los asuntos
es demandar aplauso y carcajadas
con vanidad pueril; rendirse al lucro.

El que impone su gusto es el que triunfa;
¿cómo podrá satisfacer el triunfo
que logres sometiéndote á las masas,
que con razón te probarán que es suyo?

El autor, en la escena,
debe ser el señor, dueño absoluto

que sale á dominar con el ingenio,
no á demostrar su adulación al vulgo.

Cuando éste se extravía, cuando toma
camino tortuosos é inseguros,
hay que intentar salvarle, aunque el intento
se pierda entre silbidos y murmullos.

Ponte en la brecha, Nicanor. Batalla
siempre con bríos, sin cejar un punto,
y pinta caracteres y pasiones;
lo cómico, ó lo triste... ó todo junto.

Y si nada consigues, si te arroja
la omnipotente necesidad del público,
vuelve firme á la carga y no te apures,
que otro vendrá detrás, y luego muchos...

8 Mayo 1897.

LEY ETERNA

Murmuráis del marqués de Fuente Chica,
descendiente de muchos potentados,
persona alegre, gastadora y rica,
que, libre de quehaceres y cuidados,
de disgustos y penas,

va derrochando el oro á manos llenas.

Para vuestro rencor halláis motivo
en esa holganza del marqués, que viene
á ser insulto vivo
al que nada disfruta y nada tiene.

Y decís que es un crimen
la existencia de tales caballeros
que el jugo dulce de la vida exprimen,
mientras miles de obreros
jamás por el trabajo se redimen.

El, es verdad, reposa
en colchones de plumas
y tira en las orgías grandes sumas
con una esplendidez escandalosa;
y en tanto, centenares de infelices,
con mala ropa y alimento escaso,
no tienen más alfombras y tapices
que el quicio de un portón y el cielo raso.

Pero el noble marqués de Fuente Chica,
jugador, holgazán y... majadero,
á cuyas manos afluyó el dinero
que juntó mucha gente avara y rica,
tiene que ser así, loco, aturdido,
manirrotto, sin freno y sin prudencia,
porque está, sin saberlo, poseído
del papel que le dió la Providencia.

Es preciso que en todos los momentos,
en juegos, en caprichos y en orgías,
lance á los cuatro vientos
los ahorros de un siglo en cuatro días,
que derroche sin tino ni cuidado,
y el oro á tanta costa amontonado,
que en sus manos se funde
por medio del crisol de los placeres,
vuelva al fondo social, para que inunde
fábricas, obradores y talleres.

¡Hay que hacerse la cuenta
de que fuera peor si lo aumentara
y, ordenado burgués, se contentara

con vivir guapamente de la renta!
 Porque de ese otro modo
 que os parece pecado imperdonable,
 cuando él se muera pobre y miserable...
 ¡la sociedad lo recupera todo!

15 Mayo 1897.

SIN RECURSOS

¡Malhaya amén! ¡Malhaya
 la inquieta vida,
 siempre agitada, siempre
 comprometida,
 que agosta los afectos
 y las pasiones
 y mata á desengaños
 las ilusiones!
 ¡Malhaya el que batalla
 constantemente
 y ante el destino nunca
 dobla la frente!
 ¡Porque, aunque al fin y al cabo
 venza el destino,
 se habrá dejado el alma
 por el camino!
 Puede ver sus desdichas
 indiferente:
 puede fingir, si sabe,
 que no las siente;
 puede tomar un baño
 de escepticismo,
 siempre sereno y firme,
 siempre lo mismo...
 Pero si se presentan
 las ocasiones
 en que hacen tanta falta
 las oraciones,
 cuando se necesita
 pedir paciencia,
 ¡la que sólo concede
 la Providencia!
 la plegaria en los labios
 tiene un tropiezo:
 que á la ingrata memoria
 no acude el rezo.
 Y en el terrible trance
 de la agonía
 sólo se dice: ¡Ay, Virgen!
 ¡Virgen María!

—
 Velando á mi pequeño,
 que está en la cama,
 con fiebre abrasadora
 como la llama,
 mirándome en sus ojos
 adormecidos,
 partiéndoseme el alma
 con sus quejidos...
 ¡toda mi fortaleza
 se viene abajo
 aunque costó adquirirla
 tanto trabajo!

Pienso que tal suplicio
 se trocaría
 en resignada y tierna
 melancolía
 si yo rezara mucho,
 ¡mucho y de veras!
 encontrando esas frases
 dulces, sinceras,
 que arriba repercuten
 en lontananza,
 trayendo el lenitivo
 de la esperanza...
 Pero ¡ay! que en la pelea
 no interrumpida
 se pierden los recuerdos,
 todo se olvida,
 y aunque á Dios pido auxilio
 como cristiano,
 como no rezo... creo
 que pido en vano.
 Quiero junto al pequeño
 pasar las horas
 murmurando plegarias
 conmovedoras,
 y repito con terca
 monotonía:
 "¡Salva á mi niño, Virgen!
 ¡Virgen María!"

19 Junio 1897.

CHASCO

Moreno pintan á Cristo,
 morena á la Magdalena,
 moreno es el bien que adoro...
 ¡Viva la gente morena!

Cantar popular

Si la amé con pasión abrasadora
 no fué por su abundante cabellera
 negra como el carbón, ni su hechicera
 boquita de piñón encantadora...

Fué porque adiviné la sangre mora
 bajo la obscura tez de carbonera;
 la sangre hirviendo, requemada, fiera,
 que duplica el placer y lo avalora.

¡Me equivoqué del todo! Mi Dolores
 con aquella belleza soberana
 devolvía ternezas y favores

Sin fuego y sin pasión, de mala gana.
 ¡Porque la puso el dios de los amores
 alma de rubia en cuerpo de africana!

26 Junio 1897.

¿SOFISMA?

—¿Cómo queréis hallar, decía un loco,
 la justicia en la tierra,
 si allá arriba, en el cielo, ¡con ser cielo!
 tampoco puede haberla?
 Oigo que me interrumpen vuestras voces
 de "¡maldición! ¡escándalo! ¡anatema!..."

Calmaos y dejadme que os presente
un botón para muestra:
Antolín, envidioso de su hermano,
ríe con él, le mata, huye á la sierra,
y allí el remordimiento le corroe,
le consume, le abrasa y le atormenta.
Su crimen le persigue á todas partes,
en las verdes praderas,
entre la umbría del espeso bosque
y en el hondo escondrijo de la cueva.
Se muere como un perro, el alma sube;
oye el malvado la fatal sentencia
y á la caldera de Caín le envían,
ya de traidores fraticidas llena.
—¿Qué has hecho? le pregunta
el matador de Abel. Y él le contesta:
—Maté á mi hermano.

—¿Por envidia?

—Justo.

—Como yo.

—Como tú. De la conciencia
no pude resistir los agujones,
y he buscado la muerte... de vergüenza.
—Nuestro caso es el mismo.

—Sí; por eso
nos condenaron á la misma pena.

—No á la misma, Antolín, porque la tuya
es menor. ¡Es más corta!

—¡Si es eterna!
—Pues por eso. Porque ambos sufiremos
tormento igual aquí *per omnia secula*
y... nadie evitará que yo haya estado
sesenta siglos más en la caldera.

3 Julio 1897.

PEQUEÑECES

¡A aquel que dice en la prensa
que la justicia se vende,
va la justicia... ¡y le prende
en legítima defensa!

—
El mundo no sabe nada.
¡Todavía necesita
aprender por qué no quita
la sed el agua templada!

—
Al luchar contra el tirano,
¿buscaban nuestros abuelos
libertad para nosotros,
ó destinos para ellos?

—
¿A qué viene ese furor
contra las moscas, señor?
Su inutilidad no es tanta...
¡Mientras uno las espanta
no hace otra cosa peor!

—
¡Qué imbéciles son los buenos!
Desde mucho tiempo atrás
dominan, como sabrás,

los malos, que son los menos,
á los buenos, que son más.

—
Si pides pan y trabajo
te contestarán á tiros:
¡pide pensiones y dietas
con ayuda de padrino!

Lo segundo á nadie asusta;
lo primero es subversivo...
Conque hay que pedir pan solo,
que es más práctico... ¡y más digno!

7 Agosto 1897.

LA ESPERA

Ya se ha pasado la hora
de la cita, ¡Cuánto tarda!
¿A que después de tenerme
de plátón, como una estatua,
surge algún inconveniente
de los gordos, y no baja?
Siglos se me están haciendo
los minutos, con el ansia
de tenerla aquí á mi lado,
ruborosa, avergonzada,
temiendo miedo de todo,
diciéndomelo en voz baja,
temblando por el misterio,
gozando con la esperanza,
y agarrándose á mi brazo
como el naufrago á la tabla
Después... el largo paseo
por las calles solitarias,
ella medrosa al principio,
mirando á todo el que pasa,
creyendo que el mundo entero
va á conocerla en la cara
que se ha lanzado al peligro
por una acción voluntaria,
después alegre, tranquila
como cualquier colegiala
que en la huerta del convento
entra por la puerta falsa,
y al ver que nadie la mira
pierde el miedo, corre, salta,
corta flores y... se llena
los bolsillos de manzanas.
Yo, arrullado por el dulce
murmullo de sus palabras,
enardecida la sangre
por el roce de su falda,
por el calor de su aliento
y el fulgor de sus miradas,
desechando los escrúpulos,
dejando entrar en el alma
pecaminosas ideas
que entonces parecen santas...
¡Qué hermosos preliminares
los de la primera falta!
Un beso dado á hurtadillas,
las manos entrelazadas,
suspiros entrecortados,

los ojos echando llamas;
 en fin, detalles menudos,
 monerías sin substancia,
 pero que saben á gloria
 y apenas cuando se acaban...

.....
 Ya aparece en el rellano
 de la escalera. ¡Ya baja!
 ¡Que se arrepienta, Dios mío!
 ¡Que no venga, que no salga!
 que por muy dulces que sean
 los placeres que me aguardan,
 ¡siempre habrán sido mejores
 los que he soñado esperándola!

14 Agosto 1897.

EN UN ABANICO

(PARA QUE NADIE DIGA "DE ESTE AGUA NO BEBERE")

Si una *princesa activa* me pidiera
 que en el país de su abanico hiciera
 cuatro versos no más... ¡la daba mico!
 ¡Se podía meter el abanico
 por donde la cupiera!

Porque esa es la mayor cursilería
 que ha inventado la humana tontería
 y además (y perdóname, si quieres)
 porque se echa á perder la poesía
 cuando se pone en manos de mujeres.

Pero entre estas varillas *misteriosas*
 sí escribiría á gusto muchas cosas.
 Porque estoy dispensado de echar flores
 y de llamarte bella entre las bellas,
 y... porque acaso no cabría entre ellas
 la lista *nominal* de tus amores.

Sí; tú eres como yo; de alma de fuego,
 voluble, bulliciosa y... africana:
 pasiones y ansias se te pasan luego,
 adoras hoy para olvidar mañana,
 y así no dejan ni vestigio leve
 las grandes amargas de la vida...
 La tuya, hermosa mía, será breve,
 ¡muy breve acaso!... ¡Pero no aburrida!

Porque el amor variado es un remedio
 para ahuyentar el tedio.
 y sin cesar cambiando de esta suerte
 por el sistema tuyo... y por el mío,
 traerá tal vez la muerte, no el hastío,
 ¡y es peor el hastío que la muerte!

Y por eso te aplaudo; y es por eso
 por lo que en tu abanico dejaría,
 si pudiera, de la alta poesía
 la quinta esencia... ¡la que sabe á beso!

.....
 Pero no, no lo haría aunque supiera,
 porque el fin que á estos versos les espera
 es que cualquier galán, de celos loco
 ó enemigo de coplas de abanicos,
 eche mano al presente y lo haga añicos.
 ¡Pchs!... ¡Varillas y coplas valen poco!

9 Octubre 1897.

PALENCIA

Entre ruinas de castillos
 que en las cumbres de las cuestras
 hacen revivir las luchas
 constantes de la Edad Media,
 en una tierra *rugosa*,
monótona, amarillenta,
 y en sus casitas de adobes
 grises, pobres, tristes, viejas,
 viven mis buenas paisanas;
 las descendientes de aquellas
 que aguardaban intranquilas
 entre el rosario y la rueca
 de los rudos mesnaderos
 el retorno de la guerra.
 Nadie cantó su hermosura,
 su gracia y su gentileza,
 porque ni brillan ni lucen
 en romerías y fiestas
 ni sus virtudes pregonan
 con tambores y trompetas
 ni en los romances se pintan
 ni en las canciones se cuentan...
 y ellas son el prototipo
 de nuestras clásicas hembras,
 de las hembras castellanas
 graves, fuertes, duras, serias,
 que al enviar á sus hijos
 á defender su bandera
 les dicen:—Vuelve si triunfas;
 si te vencieren, ¡no vuelvas!
 Son las que ven á sus hombres
 marchar á morir por ellas
 y las lágrimas reprimen
 por no amenguar su entereza.
 Por ellas triunfó Castilla
 siempre, y en luchas sangrientas
 domó á las otras regiones
 y las impuso su lengua
 y llevó sus estandartes
 cubiertos por mar y tierra,
 y aún es grande y poderosa
 entre horrores y miserias.
 Porque son, y siempre han sido,
 para los amores tiernas,
 para las desdichas fuertes,
 para los trabajos recias,
 y, con las almas fundidas
 en fuego santo, atraviesan
 por el placer sin espasmos,
 por los dolores sin quejas.
 Poco importará á la patria
 que sople la suerte adversa
 y las tempestades rujan
 en los mares que la cercan:
 incólumes sus cimientos
 conservará, mientras sea
 España como Castilla,
 Castilla como Palencia...

10 Febrero 1898.

¡SIEMPRE LO MISMO!

Cuando quise no quisiste,
y ahora que quieres no quiero.
Cantar popular.

En mis tiempos de estudiante,
hace algunos años de esto,
cuando nunca hallaba juntos
la alegría y el dinero
iba á los bailes de máscaras
(siempre con un frac ajeno)
tras los placeres que dicen
que se disfrutaban en ellos.

Si fuera á contar los planes
que yo forjaba en mis sueños
de aventuras misteriosas
y amorosos escarceos,
no encontraría palabras
para salir del aprieto,
porque hay cosas que se piensan
pero no se dicen luego.

Elo es, que entraba radiante
de felicidad, dispuesto
á gozar del espectáculo
y á sacar mucho provecho,
que daba vueltas y vueltas
aburrido y somnoliento
queriendo, en vano, en la bulla
tomar parte, haciendo esfuerzos
para alegrarme de veras,
contribuir al jaleo
y alzar, en fin, como todos
mi voz en el desconcierto.
Y al amanecer, mohíno,
con hambre, con sed, con sueño,
con el pesar en el alma
y la fatiga en el cuerpo,
de humilde casa de huéspedes
volvía al menguado lecho
marchitas las ilusiones
y tristes los pensamientos...

Al fin, tras innumerables
tentativas de ese género,
convine conmigo mismo
en que me ocurría aquello
no por falta de carácter
sino por falta de medios...
Y, convencido, me dije:
"¡Qué demonio! Ya no vuelvo
al baile, mientras no pueda
traer cien duros lo menos,
cenar opíparamente,
comprar un palco proscenio,
muchas botellas de vino,
jamón en dulce... y frac nuevo."

Todo cambia, tuve suerte,
¡más de la que yo merezco!
Ya puedo tomar un palco
aun pagando sobreprecio,
llevar viandas de Fornos

y beber Champaña; pero...
como voy sin ilusiones
y además voy... para viejo,
hoy que puedo divertirme
no tengo ganas de hacerlo,
y al amanecer, mohíno
también á mi casa vuelvo
con el pesar en el alma
y la fatiga en el cuerpo...

19 Febrero 1898.

A TODO EVENTO

(Publicada en el Programa oficial de la corrida de toros patriótica que se dió por cuenta de la Diputación provincial el 12 de Mayo de 1898.)

La España que se atiene á la prudencia
y, harta de bofetones, todavía
llamando diplomacia y conveniencia
á lo que antes llamaba cobardía,
no lleva á sangre y fuego la campaña,
¡no puede ser la verdadera España!

¡Liémonos la manta á la cabeza
y hagamos que despierte
la legendaria indómita fiera
que lleva á la victoria ó á la muerte!

¡Nuestra debilidad á los ladrones
incita á que consumen el despojo?
Pues suplan la bravura y el arrojo
la falta de dinero y de cañones,
y á la desesperada,

con la rabia feroz del moribundo,
llevemos la bandera ensangrentada
á turbar de una vez la paz del mundo.

Corso en el mar, bandidos en la tierra,
guerra salvaje sin cuartel... ¡la guerra
del dolor, de la furia y del despecho!
y que sienta su bárbaro estallido
la torpe humanidad que no ha querido
defender la justicia y el derecho.

Y si hay un español, sea quien fuere,
que un arreglo buscare ó admitiere
y de él la paz ignominiosa aguarde,
si alguno deja la compacta fila
vendiendo nuestro honor... ¡se le fusila
por traidor á la patria y por cobarde!

¡PIDO EL PODER!

(Publicada pocos días después de la destrucción de la escuadra de Montojo en la bahía de Manila.)

Lo pido, sí, para la gente nueva,
virgen y vigorosa, que se atreva
á arrostrar el peligro frente á frente,
hasta vencer ó sucumbir con gloria
antes que presenciar indiferente
la iniquidad más grande de la historia.

Allá fuera la audacia, los cañones
en poder de bandidos sin decoro

y, cruzadas de brazos, las naciones
esperando á que triunfen los ladrones
para pedir su parte en el tesoro.

Y aquí dentro la idea depresiva
de que el pueblo merece las cadenas;
falta de fe, de plan, de iniciativa,
¡frío senil que viene de allá arriba
y á la Nación la corre por las venas!

¿Quién fué el traidor, cobarde y embustero
que habló de humillación? ¿Quién fué el pri-

[mero

que encontró decoroso y conveniente
dejarnos despojar humildemente?

¡Maldito sea! Y antes que nos roben
pido el poder para la gente joven
que venga de la calle, del arroyo,
con tal que cumpla su deber, y muera
con valor, abrazada á la bandera
y pura y limpia se la lleve al hoyo.

Pido el poder para el que osado rompa
de la podrida red la vieja urdimbre
y haga brillar, con la guerrera troupa,
el más preclaro timbre

de nuestro escudo: ¡el de morir con pompa!

Si está de Dios que la Nación sucumba
sin dejar tras de sí rastro ni huella,
caiga al abismo y húndase en la tumba
con unos funerales dignos de ella.
Resistencia brutal, salvaje, loca,
con los pies, con los puños, con la boca...
¡ríos de sangre, rojas llamaradas!
defendiendo en el valle y en la sierra
cada palmo de tierra,
cuando no haya un fusil, á puñaladas.

Puesto que el mundo entero ruin, grosero,
no comprende que deba ni que pueda
pelear la razón contra el dinero,
usemos del derecho que nos queda
de escupir á la cara al mundo entero
y, al combatir, saquemos á la plaza
la altivez indomable de la raza.

Y si el cielo inclemente no quisiera
dar el triunfo á las armas españolas,
¡sea la imagen de la patria entera
ese barco que, izada la bandera,
se pierde, haciendo fuego, entre las olas!

A BANDERAS DESPLEGADAS

¿Es que no hay una mano vigorosa
que, enarbolando energética la fusta,
se atreve á despertar á latigazos
á ese pueblo que duerme en las zahurdas?
Pues de él ha de venir, si al cabo viene,
el huracán que barra y que destruya
los ponzoñosos gérmenes del miedo
que los pulmones de la patria inundan.
Que España siempre con su sangre misma
de su trono el dosel tiñó de púrpura,
y zurció y remendó su regio manto
con recortes de harapos de las turbas.
¿No dejaron simiente los manolos

de alma de hierro, de fiera ruda,
que ante el corso invencible se atrevieron
á improvisar trincheras en las tumbas,
y cortaron el paso á los dragones,
y les hicieron, en tremenda lucha,
pedazos las espadas con los dientes,
añicos las corazas con las uñas?

Pues ¡ay de la nación! Llenan el aire
rumores vagos de humillantes súplicas
y hay quien pide la paz, á que las voces
de un mundo corrompido nos empujan.
¡La paz sin combatir! ¡La paz que exige
un pueblo de aluvión, cloaca inmunda
en que han ido á verter sus desperdicios
cárceles negras y tabernas sucias!

Y en nombre del progreso nos despojan,
y hasta la cruz de la bandera insultan,
mientras triunfantes, á la faz del mundo,
conquistán tierras las legiones turcas.

¡Y nuestros hombres públicos revuelven
el cieno de polémicas menudas,
y por estos empleos se pelean
y aquellas comisiones se disputan!
¡Y, hambrienta del botín, hace la Europa
mofa del débil, del cobarde burla,
proclamando el derecho del más fuerte
cuando el audaz bandolerismo triunfa!

Aquí hace falta un hombre; uno que vea
que viene la hecatombe, porque es justa,
que los antiguos muros se desploman,
que los viejos castillos se derrumban,
que la podrida sociedad requiere
savia nueva, más fuerte, más fecunda...
y haga, prendiendo intrépido la mecha,
que el fuego estalle, y que las llamas surjan.

Obliguen á chocar á los colosos
nuestras tropas hambrientas y desnudas,
y vomiten metralla los cañones
de esos esclavos de la fuerza bruta.

¡La guerra universal! ¡Justo castigo
á tal depravación! Vibren y rujan
los roncós alaridos del combate,
no el femenil quejido de la angustia;
y así, con las ciudades arrasadas,
regado el campo con la sangre impura,
venga entonces la paz; paz duradera
y asentada en firmísimas columnas.

Y si hay que dar la vida en holocausto
démosla, pues, y la nación sucumba...
¡Que eso es honrar las armas de Castilla!
¡Y eso es morir con dignidad augusta!

6 Junio 1898.

EL VAGON FUNEBRE

Una noche de Enero
en que azotaba el rostro el aguacero,
viajaba yo, convulso y aterido,
por un rincón de España,
cuando quedé mi jaco detenido
en un paso á nivel de la montaña.

Firme y callado, al pie de la cadena

que acababa de echar el guardavía,
con su capucha parda, parecía
fantasma endemoniado ó alma en pena.

Surgiendo entre las peñas de repente
avanzó hacia nosotros la serpiente
resoplando cual fiera fatigada,
y tiñendo de rojo la enramada
con el disco encarnado de su frente.
Llegó rápido el tren; pasó rompiendo
la calma silenciosa del paraje
con bocanadas de vapor, estruendo
de topes y chirridos del herraje,
y vi junta á la cola, con las puertas
de par en par abiertas,
un vagón... como todos los vagones,
con una caja negra entre blandones.

Descubrí mi cabeza con espanto
y recé no sé cómo y no sé cuánto.
¡Recé por aquel muerto
que entre los cirios fúnebres, cubierto
por un anillo de la audaz serpiente,
corría por los riscos de la sierra
para buscar un hoyo allá en su tierra
y dormir en su seno eternamente!

Ya se habían perdido
entre las peñas los faroles rojos
y ya apagaban del convoy el ruido
los ruidos misteriosos de la noche,
y aún tenía en mis ojos
la visión temerosa de aquel coche
que, rodando, se hundía en la negrura
para dar á un cadáver sepultura.

Y de todos mis viajes por España
la más honda impresión, la que no olvido,
es la de aquel instante transcurrido
junto al paso á nivel de la montaña.

16 Julio 1898.

ALBORADA GALLEGA

Viniendo de Santiago
por empinadas cuestas,
siguiendo del camino
las vueltas y revueltas,
camino que parece
serpiente que se enreda
de los floridos prados
en la maciza hierba.
¡da gozo ver las sombras
huyendo á la arboleda
con todos los fantasmas
y duendes que la pueblan,
temblando ante los débiles
fulgores que clarean
entre los altos picos
de las lejanas crestas!

Abajo, de los valles,
en las profundas cuencas,
semeja la planicie
de la azulada niebla

que la campiña cubre
con una gasa espesa.
tranquilo mar que busca
su abrigo entre las peñas.

En todos los repechos,
y entre árboles, humean
en cárdenos penachos
los pueblos que despiertan,
y por las corredoiras
descienden las carretas
lanzando sus tristísimos
lamentos de alma en pena.

Inundan los obreros
las blancas carreteras
al brazo el pucherete
y al hombro la herramienta,
y avanzan las mujeres
por las abruptas sendas,
robustas y garridas,
garbosas y resueltas.

Anímanse los montes,
los sotos, las aldeas,
de los lejanos mares
las brumas se dispersan,
y el sol radiante asoma
fingiendo que se queda
extático ante el cuadro
de sin igual belleza.

Murmura: "¡Buenos días!"
el eco en la alameda...
¡Sí! ¡Dios te los dé buenos,
maravillosa tierra!

28 Julio 1898.

LA CADENA

Fué ministro Manolo. Aquel Manolo
que tronó en las tertulias y en la prensa
contra el Poder ingrato y egoísta
que olvida al pobre pueblo en su miseria,
y atento sólo al desigual reparto
de empleos, dignidades y probendas,
abandona á los niños infelices
que duermen en los quicios de las puertas...
Carne para el presidio, triste fruto
de un árbol de ignominia y de vergüenza
que pudieran salvarse... suprimiendo
la mitad del derroche de la Hacienda.

Con lo que gasta el yerno de un ministro
en Nueva York, en Londres ó en Bruselas
cuando va en comisión, con el pretexto
de estudiar la cuestión de subsistencias,
tendrían pan y oficio centenares
de *golfos* consumidos por la anemia
que llegarán á ser, si no se mueren,
deshonra nacional, canalla abyecta...

Fué ministro Manolo. Y en seguida
quiso poner en práctica su idea
colgando á un señorito, que viajaba
por cuenta del Estado en Inglaterra.

Pero ¡oh, dolor! el joven, que era un necio,
era, además, pariente de la suegra
de un orador que armaba en el Senado
por la cuestión más fútil una gresca,
y tras el orador harían luego
al flamante ministro cruda guerra
veintitrés senadores del partido,
veintiséis diputados de la izquierda,
ocho ó diez generales de brigada,
doce ó trece pastores de la Iglesia
y una nube de alcaldes y caciques,
dueños de caseríos y de aldeas.

¡Media España, indignada, se alzaría
en son de ruda, de viril protesta,
contra aquel atropello intolerable,
contra el escarnio de tamaña ofensa...

Y continuó el ilustre majadero
dándose tono en Londres con sus dietas,
y siguieron los *golfos* condenados
á dormir en los quicios de las puertas.

7 Agosto 1898.

LA INVASION

«... la inundación de bellezas
modistas y peluqueros,
que han arrasado el bigote
de la patria á sangre y fuego.»

DON RAMÓN DE LA CRUZ.

¡Dios salve al país! Le acosan
partidas de bandoleros
con formidables escuadras
y poderosos ejércitos
que, proclamando la fuerza
como fuente del derecho,
roban, saquean, reparten
de su grandeza los restos.

Y olvidado de su ruda
fortaleza de otros tiempos,
con pasividad suicida
sufre el robo y el desprecio
sin un arranque de audacia,
sin un desplante soberbio,
como si el dolor le hubiera
sumido en sopor eterno.

La juventud, que se ocupa
del afeite y del cosmético
más que de buscar al alma
viriles esparcimientos,
se ha metido á *modernista*,
queriendo decir con eso
que sólo es lo afeminado
lo mejor de lo moderno.

Se empolvan en los estantes
los buenos libros, aquellos
que, mientras al mundo todo
atronaban con su estruendo
nuestras armas, con los frutos
asombraban del ingenio,
y de nuestro hermoso idioma
imponían el imperio.

Y en cambio corren y triunfan
ñoñeces, atrevimientos,
rarezas y extravagancias
de los tontos extranjeros.

Si en francés piensan, tomando
sólo al francés los defectos,
y por colosos reputan
á los que allí llaman necios,
¿por qué esos *decadentistas*
no se van con viento fresco
á esgrimir sus lascias péñolas
allende los Pirineos?

Y venga acá el modernismo
de Lope, Tirso y Moreto,
de Calderón y Cervantes,
de Rojas y de Quevedo,
que si él vuelve, todavía
con un arranque supremo
como Lázaro, la patria
saldrá del sepulcro; pero
si las musas españolas
no saben sacar del plectro
tonos de altivez soberbia,
grandes, sublimes, enérgicos...
¡lleguen, lleguen con sus palas
mercaderes y tenderos,
y echen tierra en nuestras tumbas,
porque es que estamos bien muertos!

15 Agosto 1898.

LA FRESA

(CANTABLE PARA UNA REVISTA LÍRICO-BAILABLE)

La FRESA y coro de cestillas. — Trajes caprichosos.
CORO. (Saliendo de á cuatro, como la tropa.)

Atadas con cordeles
lo mismo que ladrones,
dispuestas en montones
sin trampa ni doblez

(Fuerte en la orquesta, para que no se note el ripio.)

venimos, cuando el alba
las nubes arrebola,
en el furgón de cola
del mixto de Aranjuez.

(Evolucionan militarmente, aunque no tenga nada que
ver una cosa con otra, y por último forman en semicírculo,
como de costumbre.)

La mano del frutero
que espera en el mercado,
desata con cuidado
lo que otra mano ató
y, súbita, aparece
la fruta más hermosa,
más suave y más graciosa
de cuantas Dios crió.

FRESA. (Saliendo.)

— ¡Esa soy yo!

Yo, que en fino gusto y exquisito aroma,
á ningún *producto* tengo que envidiar,
y un sabor tan rico dejo al que me toma
que creará que tiene, todo el que me coma,
gloria en pedacitos en el paladar.

Con leche y azúcar
soy una delicia;
con naranja y vino
cosa superior;
curo la jaqueca,
curo la ictericia
¡y hasta de las penas
quito el amargor!

CORO.—Ella es la preciada deliciosa fresa,
reina de los postres, de las frutas prez,

(Golpe de bombo en la prez, que para eso está puesta
precisamente.)

¡a la cual adoran todos en la mesa
cuando madurita llega de Aranjuez.

Viene con nosotras
¡ay! todos los días,
pero nos quedamos
¡ay! con el olor.
Porque al poco tiempo
nos dejan vacías
¡ay! los compradores,
¡ay! el vendedor.

(Estos ayes deben ser prolongados, todo lo prolongados
que se pueda, y precedidos, acompañados y seguidos de
miradas lánguidas a los espectadores. Si el músico acier-
ta con una habanera, el coro debe balancearse como si se
arrullara, aunque no venga a pelo.)

—¿Y cuál es el piropo ó requiebro
que más agradece
cualquiera mujer?

(Con mucha monería.)

¡Cuál ha de ser!

Pues que un hombre compare conmigo
sus labios y luego
los quiera comer.
—¡Viva el placer!

(Bailan un poquito, porque eso nunca está de más. Al
terminar el baile vuelven á formar de á cuatro y vanse
por la izquierda, repitiendo:)

Atadas con cordeles
lo mismo que ladrones, etc., etc.

(Ustedes dirán que este cantable es una tontería. Pues
¿saben ustedes lo que les contesto? Que si la tiple sabe
hacer cosas y el músico está de buenas, pudiera haber pu-
ñaladas por oírlo. Se han dado casos.)

5 Septiembre 1898.

ENERO

¡Otro principio de año como todos!

Nieve en la sierra, nieblas en los valles,
los labriegos sin pan, los desdichados
que duermen en los quicios muertos de hambre...

Y éste es más triste aún. Llora la patria
infortunios sin fin, hondos pesares,
el oprobio que cubre sus banderas,
la ingratitud de la que fué su sangre.

¡Ah! no es éste el Enero que hace falta,
frío, sin esperanzas ni ideales,
el que inaugura un año que es la tumba
de una nación vencida sin combates.

Es otro Enero, ¡es otro! Es el que empiece
una vida distinta, exuberante,

en que sirvan los árboles podridos
de fecundante abono á los que nacen.

Un Enero en que maten las heladas
los gérmenes que viven en el aire
y los pulmones sanos emponzoñan
y el organismo roen como un cáncer;
gérmenes de traición y desvergüenza,
miasmas de corrupción y de barbarie
que han trocado en suspiros de mujeres
los alientos de un pueblo de gigantes.

Duerma la tierra en paz bajo los copos
salpicados de lágrimas y sangre,
pero cobre sus fuerzas con el sueño
para adquirir vigor al despertarse.

y cuando el sol deshaga en primavera
los blancos muros de su helada cárcel,
muéstrese tal cual es, fértil y hermosa,
más fuerte, más enérgica y más grande...

Perezca por el hierro y por el fuego
el viejo virus que al letargo escape,
y el aire purifiquen flores nuevas
brotando entre las ruinas humeantes.

Sólo á ese Enero, que tal vez no llegue,
se deben entonar himnos y salves;
pero éste es como todos, frío y triste...
¡Maldito sea! ¡El diablo que lo cante!

1.º Enero 1899.

¿Y LOS POETAS?

¿Dónde están? ¿Qué se han hecho? ¿Desde cuándo
hay sangrientos combates en el mundo
sin que una Musa varonil y fuerte
llore derrotas y proclame triunfos?

Aquí buscan elogios de la prensa
que traigan luego devoción del vulgo,
centenares de ingenios soberanos
indiscutibles, mágicos, profundos...

¡Y la patria, perdida, se desangra
rota la espada en el crispado puño,
y ni un grito de angustia y de coraje,
ni una dura protesta del insulto
arrancan á las líras españolas
los soldados hambrientos y desnudos,
ni el cinismo brutal del atropello
ni la nación que se hunde en el sepulcro!

¡Ah, nuestros vates! Los que en frases huecas
cantan lo insustancial y lo menudo,
amores mentirosos, celos falsos,
mejillas frescas y cabellos rubios,
no hallaron en la guerra los acentos
brancos, viriles, estridentes, rudos,
ni han sabido encontrar en los desastres
el llanto amargo del dolor augusto...

.....
Cuando oigáis que los genios se disputan
con sus estrofas el aplauso público
y hay quien los llama grandes y sublimes,
refos. Es mentira. No hay ninguno.

1.º Enero 1899.

EL DERECHO DEL PATALEO

Adversus hostem eterna auctoritas esto.
De las Doce tablas.

¿A qué discursos, juntas y asambleas,
programas y promesas de reformas?
Esto está visto ya; ¡ni á latigazos
sacude el pueblo su letal modorra!

Rotos ve sus gloriosos estandartes, „
rendidas sin luchar mira sus tropas
y huido y quieto en su sopor imbécil
es del mundo irrisión, escarnio y mofa.

Ni un insulto al cobarde que ha vencido
buscando la ocasión entre las sombras,
ni un grito de protesta contra el lobo
que acomete á traición, y mata y roba...

¿Y esta es la raza altiva y testaruda
que nunca á nadie se humilló sin gloria,
y al igual del acero toledano
podrá romperse, pero no se dobla?

Más parece manada de borregos
tumbada cara al sol, á la bartola,
y aguantando impertérrita los golpes
del cayado y las piedras de la honda.

Se debe perdonar al enemigo
cuando sobre él se obtiene la victoria,
pero es humano odiarle eternamente
cuando en pelea desigual derrota.

Por temor á las burlas de los necios
que en la vergüenza nacional se gozan
nadie habla del desquite... ¡Oh! ¡el desquite!
¡quimera cursi! ¡fantasía tonta!

Y sin embargo, ¡sí! Venga ó no venga
¡predomine esa idea sobre todas!
que fué la ofensa tan brutal, tan grande,
que olvidarla envilece y abochorna.

Guardemos el rencor dentro del pecho,
siempre implacable, y encendido corra
á través de los hombres y los siglos
de unas generaciones á las otras.

¡Regenerar la patria! Santo y bueno,
pero no como dicen los idiotas,
para enviar naranjas á Inglaterra
y paños de Tarrasa á Patagonia,

sino para afilar calladamente
de las espadas las brillantes hojas
y vengar el ultraje á la bandera
que pide sangre, destrozada y rota.

Cultivemos á un tiempo, si se puede,
viñedos y fusiles, trigo y bombas,
para alzarnos un día poderosos
con abundante provisión de pólvora,
y decir á esa raza de ladrones
que ha manchado de tizne nuestra historia:
—Inerte, y pobre, y débil, me venciste;
ya soy igual á ti. ¡Venceme ahora!

¿Que esto es rabia infantil? Enhorabuena;
la prefiero á esa calma vergonzosa.
¿Será baladronada? ¡Quién lo duda!
Pero es de nuestra sangre. Es española.

9 Enero 1899.

COLON

¡Tierra!, gritó el vigía. La palabra
rompió el silencio en la planicie inmensa
que jamás hasta entonces
hendieron quillas ni surcaron velas.
Palabra castellana, dura y breve,
sonora y clara, varonil y enérgica
que abrió á la vida un mundo, y de los mares
vino á turbar la soledad eterna.

A su mágico acento
brotaron hombres nuevos, savia nueva,
la cruz divina redimió las almas,
corrió el progreso humano entre las selvas.
Y todo, ¿para qué? Para que triunfen
los salvajes instintos de la bestia
y un pueblo de traidores ambiciosos
sin honor, sin historia y sin vergüenza,
profanando el sepulcro del gigante
con los pies de la imbécil soldadesca
sus cenizas arroje, y de ellas haga
mofa estúpida y ruin, burla sangrienta...

Fero, ¿qué importa ya? Goce tranquila
su ingratitud la humanidad entera;
quede olvidada la vacía tumba;

destrúyase y perezca
la nación infeliz, potente un día,
que el sueño eterno del coloso vela;
bórrese de la mente de los hombres
hasta el recuerdo de la ruda lengua
en que anunció el vigía que, de pronto,
surgía un mundo entre las olas negras...
¡Ahogando el resoplido de los barcos,
el estrépito horrible de las guerras,
el poderoso aliento de las fábricas,
el magnífico estruendo de las fiestas,
sobre el rumor constante de los pueblos
que se agitan, buscando las riquezas,
y entre el perpetuo palpitir del mundo
mientras Dios á la nada no le vuelva,
resonará, vibrante como un eco
de la justicia universal y eterna,
la voz ruda, sonora... ¡CASTELLANA!
del marino español que grita: ¡¡Tierra!!

1.º Febrero 1899.

LA LEY DEL EMBUDO

El esposo la mató
y el público dijo: ¡Bien!
CAMPOAMOR.

Era la esposa de Vicente hermosa,
joven y buena y elegante y rica...
en fin, la viva imagen de la chica
que todo el mundo sueña para esposa.

Sin embargo, Vicente
la hacía, según dicen, poco caso
por el afán que siente
todo bicho viviente
de cambiar de ideal á cada paso,
y se gastaba á espuestas el dinero
y adoraba á escondidas

á una pérdida de esas tan perdidas
que cubren de ignominia á un caballero.

Ocurrió lo que ocurre con frecuencia cuando el hombre se mete en aventuras sin tino, ni decoro, ni prudencia: perdió la mujer propia la paciencia y se lanzó también á hacer locuras. Y un día en que Vicente gozaba de su amor tranquilamente entre palmas y olés y manzanilla, ebrio por la pasión pecaminosa recibió la noticia bochornosa de la infidelidad de su costilla. Nube de sangre le cegó. La pena fué tan horrible, la desdicha tanta, que sintió la presión de una cadena enroscada de pronto en la garganta. Y la rabia feroz hirvió en su pecho arrastrando consigo la idea del castigo... ¡de un castigo para el cual se creía con derecho!

El infausto mensaje no mentía. Olvidó su pasión, dejó la orgía y sorprendió á la infiel. La misma mano que acarició la undosa cabellera de la fácil y alegre aventurera, empuñando el acero toledano implacable se alzó sobre la esposa que pudo ser honrada y virtuosa.

Brotó la sangre, salpicando el lecho; quedó el honor del hombre satisfecho; volvió, tranquilo, desde aquel instante á caer en los brazos de la amante... y todo el mundo dijo:—"Está bien hecho."

30 Mayo 1899.

LOS PRESUPUESTOS

El ministro de Hacienda alzó la mano que entre sus papelotes tuvo oculta, y al sentir que vibraban en el aire los primeros chasquidos de la fusta, protestaron con quejas y amenazas, desatándose en llanto ó en injurias los mismos que pedían el remedio para el pobre país que se derrumba.

Un arranque brutal, rápido y duro se exigía al Poder. Y triste y mustia la nación, comprendía que ese arranque podría ser su ruina ó su ventura.

Pero llega el momento de que todos afronten el castigo de las culpas, y encontrando muy grande el sacrificio, de sus mismos propósitos se asustan.

Y el capital rechaza los impuestos, y hay marejada en las inquietas turbas, y ven todos la empresa inaguantable y su intención de rechazarla anuncian.

¡Se pensaba tal vez que del conflicto saldríamos sin lágrimas ni luchas, y que se iba á pagar la enorme deuda por arte de los diablos ó las brujas!

Estos hallan las cargas del vecino menores y más suaves que las suyas; aquéllos exageran sus desgracias, y todos ven la proporción injusta.

Se levanta un inmenso clamoreo pidiendo amparo, protección y ayuda para apartar de los exangües labios ese cáliz fatal de la amargura...

Pues, ¿qué creáis, necios? ¿Que el desastre que nos hizo perder Manila y Cuba iba á tocar no más á la bandera, que del palo cayó deshecha y sucia?

Pues á todos alcanza, y es inútil querer al deshonor buscar disculpa, porque en casos como éste no se encuentra, y aumenta su vergüenza el que la busca.

Cobardes fuimos por guardar el oro, por miedo imbécil y prudencia estúpida, y es preciso pagar la cobardía con oro y sangre, con dolor y angustia.

¡Sáquennos, pues, las tiras del pellejo; róbennos los ahorros con ganancias! ¡Siempre serán el hambre y la miseria castigos blandos de tan grandes culpas!

20 Junio 1899.

AMAPOLAS

Te envío ese ramito de amapolas emblema de un amor que ya no siento. Cuando recibas tu abrasado aliento caerán mustias y lacias sus corolas.

Tal vez con ellas pensarás á solas en aquella pasión que fué tormento y en que ahora son, al amainar el viento, lago tranquilo las inquietas olas.

Ponte ese ramo en la sedosa trenza. Es imagen del fuego que palpita y al extinguirse cuando á arder comienza causa vivo dolor, pena infinita...

¡y es símbolo, además, de la vergüenza que al más ligero soplo se marchita!

27 Agosto 1899.

PAX HOMINIBUS

¡Fin brillante el del siglo diez y nueve que al abismo sin fondo se despeña!

Los vivos resplandores del progreso rompen las sombras, rasgan las tinieblas; la humanidad, dormida en el sepulcro de la ignorancia, animase y despierta y surgen, con la vida, vigorosos...

los salvajes instintos de la bestia. Saludan la alborada de otro siglo los roncós ecos del cañón que truena, los músculos de acero son los reyes, ¡resucita el imperio de la fuerza!

Donde hay tesoros que explotar, acuden monstruos enormes de corazas férreas, tiranos de la mar, que arrojan fuego por las terribles bocas siempre abiertas, y las campiñas fértiles arrasan y las tranquilas poblaciones queman y esclavizan los pueblos indefensos tras breve lucha bárbara y sangrienta. Se hundió la libertad. De triunfo en triunfo el brutal apetito de riquezas convierte al mundo en mostrador inmenso donde se vende la justicia muerta. ¡Jesús! hijo de Dios, que en el suplicio diste á los hombres igualdad eterna, tu ley se olvida ante el becerro de oro, padece el justo, el virtuoso tiembla... ¡Venga el castigo al poderoso! ¡Vibre potente el rayo en la divina diestra, que los pobres, los débiles, los buenos, sólo de ti la salvación esperan!

3 Octubre 1899.

LA IRRUPCIÓN DE LOS BARBAROS

Bravíos, hoscós, rudos, desgrefiados, cabalgando en indómitos corceles, descendían del norte los guerreros buscando luz del sol y aire caliente.

Como el turbión que arrasa las campiñas corría aullando la salvaje hueste talando bosques, incendiando pueblos, rompiendo muros y tronchando mieses. Temblaban á su paso, y se rendían viejos y mozos, niños y mujeres, ¡todo lo avasallaba la impetuosa devastadora marcha del torrente!...

Pero era la invasión como el injerto de savia nueva en el arbusto débil, aliento que una raza vigorosa, virgen y recia, varonil y fuerte, daba á otra rara ruín, afeminada, corrompida, y anémica, y enclenque, prestándola otra sangre, otras ideas, vida á los cuerpos y á las almas temple.

¡Ley de la humanidad! Cuando una parte gastada por el vicio y los placeres se atrofia, se encanalla, se desvía de su camino y la energía pierde, otra parte más sana de las brumas de las montañas y los mares viene, y aplicando á las úlceras el hierro infiltra al mundo juventud perenne.

Hoy se repite la invasión. Se hundían los pueblos viejos en sopor de muerte, podridos, decadentes, estragados, sin fe y sin ideal, sin Dios ni leyes. Y allá, de entre las nieblas, hombres nuevos con formidable estrépito descienden y avanzan con sus máquinas de guerra que el rayo copian y á las olas vencen. El venerando polvo de los siglos

aventan al pasar, y dioses, héroes y añejas tradiciones se derrumban entre los muros que á su empuje ceden.

Mas no traen estos bárbaros la savia que ha de salvar al árbol que se muere, porque al domar la tierra, del salvaje á los nobles impulsos no obedecen. Llegan también sin ideal; hastiados por el refinamiento del deleite, y no se arriesgan al sangriento choque por el afán de gloria y de laureles. Ni á recibir las luces del progreso por un designio misterioso vienen como venían antes, que esas luces ellos son los que, ha tiempo, las encienden. El ansia del despojo les empuja, la insaciable codicia les impele y hacer desean de la tierra toda mercado inmenso donde el oro reine.

Los inefables goces del espíritu que aún algo valen en las razas débiles, rotos caerán como los viejos robles al rodar el alud por la vertiente. Porque el amor, la religión, la idea de la patria, el honor y los deberes dan á la humanidad menos producto que una saca de especias que va y vuelve... ¡Vágame Dios! Los bárbaros modernos cumplirán su misión, puesto que vencen; y, según los filósofos, el mundo busca la perfección y avanza siempre...

27 Diciembre 1899.

COMUNICACIONES

I

DE SAN ISIDRO A VILLAVERDE

Feliz mortal que tienes en tus manos el porvenir de vinos y cereales:

de ti se quejan los demás mortales que cosechan las uvas y los granos,

pues aunque todos, nobles y villanos, convencidos están de lo que vales me envían lastimeros memoriales con el temor de que resulten vanos.

Pídenme el valimiento que contigo pueda tener, y dicenme gimiendo que los tributos son abrumadores.

Rebájalos, por Dios; protege al trigo y hazte ¡oh, Raimundo! célebre, teniendo compasión de los tristes labradores.

II

DE VILLAVERDE A SAN ISIDRO

Santo patrón: tu súplica sabía que había de llegar. Constantemente los que pagan matrícula ó patente me mandan cien iguales cada día.

Y es que ha dado la gente en la manía

de arreglar nuestra hacienda de repente,
y el llanto del país contribuyente
el barco va á anegar de mi energía.

Hay que pagar. Yo espero un elegido
del Señor, que me diga de qué modo
tantas deudas sagradas satisfago.

Contesta, pues, al gremio protegido
que estoy dispuesto á rebajarlo todo
¡en cuanto tú me digas con qué pago!

15 Mayo 1900.

PROLOGO

(PARA EL LIBRO "ARENILLAS", DE JOSE RODAO)

¡Pobre Rodao! ¡Desventurado amigo!
¡Hace un libro de versos, y lo imprime
cuando la patria acongojada gime
y se ha tornado imbécil, por castigo!

Entre un soneto y un costal de trigo
no hay sujeto de gusto que se estime
que no pida el costal, que le redime
y el alma de los tiempos trae consigo.

Nadie leerá tal vez estos primores
que á un vate de verdad la Musa inspira.
¡Triunfó el sentido práctico, señores.

La poesía se murió. Mentira
fué el reino de la luz y de las flores.
La vara de medir rompió la lira.

28 Diciembre 1899.

EL 1.º DE MAYO

Ganarás el pan con el sudor de tu frente.

La aurora de otra vida lejana centellea
rasgando de las sombras el apretado tul,
y avanzan los intrépidos soldados de la idea
como la luz avanza: por el espacio azul.

No anuncian su llegada tronando los cañones
ni excitan á la lucha redobles de tambor,
y tiemblan, sin embargo, los viejos torreones
y vibran en el aire quejidos de dolor.

Porque el podrido mundo convertirán en ruinas
los ecos de la fábrica, los ruidos del telar,
los sordos y profundos rumores de las minas,
los picos en la tierra, los remos en el mar.

Rompieron los humildes las férreas ligaduras
que les ciñó la humana brutal insensatez,
y enérgicos demandan justicia á las alturas
y piden que sus penas acaben de una vez.

¡Justicia, sí! la tierra nos brinda cuanto encierra;
el sol reparte á todos la vida con la luz.
¡Gocen al fin los hombres unidos en la tierra
con las doctrinas santas del que murió en la cruz.

En vano es que á los ímpetus se oponga del torrente
mortífera metralla del bárbaro cañón...

¡No hay nada que avasalle la fuerza omnipotente
del miserable esclavo que pide redención!

La aurora centellea; deslumbra ya los ojos
el resplandor del día que pronto va á nacer;

la humanidad entera recibirá de hinojos
el beso de los rayos del nuevo amanecer.

Que bajen los de arriba, que suban los de abajo,
y unidos todos juntos en apretado haz,
formemos las honradas legiones del trabajo,
¡y vibre en las alturas el himno de la paz!

28 Abril 1900.

HIMNO AL TRABAJO

Hipógrifo invencible,
sus anchas fauces truenan,
lanzan rayos sus ojos.
Cogeos á sus crines
para cruzar la tierra,
ó pasará arrollándonos á todos.

E. MARQUINA.

Tienes razón, poeta,
los tiempos son de lucha;
la humanidad se agita y se revuelve
y en ciudades y aldeas
se llaman y se juntan
las nuevas tropas que al combate vienen.

Arrancará de cuajo
el huracán que sopla
las podridas cenizas seculares.
¡Todo! todo á su paso
lo arrollará la tromba
como el ciclón que las campiñas barre.

Por todas partes alza
rumores de protesta
la inmensa muchedumbre de oprimidos
que lentamente avanza
limando sus cadenas
rojizas por la herrumbre de los siglos.

Se acerca el rudo choque,
vendrá con la justicia
la paz universal, firme y eterna.
Su idea es grande y noble,
su triunfo necesita
que los hombres de bien unan sus fuerzas

Los que asustados tiemblen,
los que cobardes huyan
no son hijos de Dios; no son cristianos.
¡Por redimir al débil
que gime con angustia
debe darse la vida en holocausto!

¡Cantad los trovadores
al frente de las turas!
¡las huestes del trabajo van en triunfo!
Caigan las viejas torres
y de las ruinas surjan
viril la humanidad, joven el mundo!

1.º Mayo 1900.

LOS DOS PLACERES

Me esperaba á las tres, y era la una.
 ¡Dos horas aguardando la fortuna
 de recrearme en su cariño á solas
 oyendo de su pecho los latidos
 y admirando sus labios encendidos
 como fresco manojo de amapolas!

Era mucho esperar. Laya candente
 corría, en vez de sangre, por mis venas,
 y estallaba furiosa de repente
 la pasión, que rompía sus cadenas.

Tantos años de anhelos punzadores
 me arrastraban á un mundo de placeres,
 cautivo de los ojos soñadores
 de aquella nata y flor de las mujeres
 lindas, angelicales, seductoras...

¡pero tenía que esperar dos horas!

Para hacer menos árida la espera,
 refrenando el instinto soberano
 que me hacía sufrir de tal manera,
 cogí un libro cualquiera,
 el que tuve más cerca de la mano.

Y fué *El sabor de la tierruca*, hermosa
 creación de Pereda, honra de España,
 el que calmó mi excitación nerviosa
 trayéndome una ráfaga aromosa
 del aire bienhechor de la montaña.

No sé qué me pasó. Por la lectura
 se me olvidó la cita, y poco á poco
 aquel deseo loco
 se fué trocando en la emoción más pura.
 Con el goce dulcísimo del arte,
 al pasarse la hora,
 se ahogó en el pecho el ansia pecadora
 de correr á buscarla en otra parte,
 y al cabo quedé mal. Se ofendería
 de seguro la flor de las mujeres...
 ¡pero el azar me deparáo aquel día
 el más intenso de los dos placeres!

22 Julio 1900.

¡VENGANZA!

Europa presenció nuestro despojo
 con la calma brutal del bandolero,
 y por eso ha alcanzado al mundo entero
 la ignominia del trapo gualdo y rojo.

Llegó hasta las alturas el enojo
 que produce al triunfar el desafiadero,
 y al mundo aplica el hado justiciero
 la pena del Talió: ¡ojo por ojo!

Desde entonces la espada vengadora
 de sangre empapa la maldita tierra
 y en vano pide el criminal ahora
 librase del azote de la guerra...
 porque el odio del cielo no aminora,
 ¡porque el templo de Jano no se cierra!

27 Julio 1900.

LA PASION ETERNA

Dieron las doce. Resonó la trompa
 en las hondas regiones del silencio
 y las macizas losas de sus tumbas
 levantaron los muertos.

Al toque funeral vibró en los aires
 música horrenda de crujir de huesos,
 y empezó entre las sombras de la noche
 la pavorosa danza de esqueletos.

Surgió de las entrañas de la tierra
 cuanto hundió en ellas la segur del tiempo,
 y rápidos volaron los que han sido
 en la galop fantástica revueltos.

Los que se amaron con febril locura,
 los que con saña ruin se aborrecieron,
 corren unidos en estrecho abrazo
 con los sudarios fúnebres cubiertos.

Todo se borra en la terrible fiesta:
 orgullo y ambición, rabia y despecho;
 que las mundanas luchas se concluyen
 en la profunda paz del cementerio.

Quando alboréa en los lejanos picos
 cárdeno el día, cállanse los ecos
 y huyendo de la luz y de la vida
 las sombras vuelven al obscuro encierro.

Sólo una queda. En las vacías órbitas
 brilla la roja lumbre del infierno,
 como retando á singular combate
 del sol que nace al resplandor intenso.
 En la cerrada tumba de Desdémona
 con ansias de Satán se yergue Otelo
 todavía dudando, todavía
 de su pasión brutal en el tormento.
 ¡Que cuando todo acabe, cuando el mundo
 se hunda en la eternidad, roto y deshecho,
 sordo y terrible vibrará en el caos
 el aullido salvaje de los celos!

3 Noviembre 1900.

¡HOSANNA!

La primavera viene. Los átomos se inflaman
 en luz esplendorosa bañados sin cesar,
 y montes y llanuras se olean y embalsaman
 y rugen con estrépito las olas de la mar.

En el crisol inmenso donde la vida brota,
 de donde surge el soplo fecundo del amor,
 en invisibles gérmenes se agita, salta y flota
 el misterioso espíritu potente y creador.

En prados y jardines, claveles y amapolas
 la brisa tenue y suave perfuma al nacer,
 y embriéganse los silfos bebiendo en sus corolas
 el néctar de los dioses, la esencia del placer.

Hirviendo por las venas del universo mundo
 la sangre corre á impulsos del hálito inmortal,
 y un estremecimiento que llega á lo profundo
 conmueve en sus entrañas la mole colosal.

¡La primavera viene! Remózase la tierra;
 las flores dan al valle su aroma embriagador,

y entre el espeso bosque de la empinada sierra
de arroyos y torrentes escuchase el rumor.

Doncellas coronadas de rosas y de nardos,
¡el símbolo magnífico de eterna juventud!

mancebos vigorosos, apuestos y gallardos,
radiantes de alegría, de fuerza y de salud,

saltando en el follaje de la floresta umbría
elevan á los cielos el himno del amor

y entonan dulces cantos de excelsa poesía
al Dios de las alturas, al genio creador...

¡Todo palpita, todo brillante centellea
repleto y saturado de savia juvenil;

la tierra se estremece y el cielo se caldea!...
¡Oh magia de los días espléndidos de Abril!

20 Abril 1901.

ACTORES ESPAÑOLES

Himno con música de D. Ruperto Chapí, cantado el día 10 de Enero de 1902, en el teatro Apolo, por todas las tipleas de Madrid, para solemnizar el primer aniversario de la fundación de la Asociación de Artistas dramáticos.

¡Salud! ¡Salud al arte que avanza por la escena
las flores del ingenio sembrando en derredor!

¡Salud! Que ya nos une fortísima cadena
formada por los vínculos eternos del amor.

Cubriendo los profundos rumores de las minas,
domando los terribles hervores de la mar,
entre la voz del viento que troncha las encinas
el himno del trabajo no cesa de vibrar.

También los valerosos soldados de las artes
estréchanse en las filas, se agrupan por doquier,
y llevarán en triunfo la idea á todas partes
si pelear les manda la voz de la mujer.

Unamos nuestras notas energicas, seguras,
al estallido inmenso del grito universal,
y el canto vigoroso, tronando en las alturas,
dará á nuestros ejércitos empuje colosal.

Los pobres comediantes, que fueron en el mundo
de grandes y pequeños la bafa y la irrisión,
de las obscuras tumbas oirán en lo profundo
los ecos de los cánticos de nuestra redención.

Cantemos, y el alegre rumor de la victoria
llegando á las ignotas regiones del no ser,
resuene en los sepulcros, honrando la memoria
de los que sucumbieron en aras del deber.

¡Salud! ¡Salud al arte que avanza por la escena
las flores del ingenio sembrando en derredor!
¡Salud! Que ya nos une fortísima cadena
formada por los vínculos eternos del amor.

LA LIRA Y LA ESPADA

¡Y si luego resulta que no hay o'elo!
BARTIRIA.

—¡Mis soldados aquí!—grita el caudillo,
frunciendo el ceño y la mirada torva,
blandiendo airado la desnuda espada
que aprieta el puño en convulsión nerviosa.—
¡Aquí conmigo, en torno á la bandera
de que quieren hacer escarnio y mofa
los que á la luz del día la bendicen
y cobardes la injurian en las sombras!

La Patria sois vosotros; los que intactos
guardáis sus lauros y encarnáis sus glorias
y si alguno pretende, infame ó loco,
renegar de los unos y las otras,
vuestra mano ha de ser, y no otra alguna,
la que aplique el castigo, dura y pronta,
que la Patria en vosotros puso el alma
y á nadie más encomendó su honra.

Contéstale el rodar de las cateñas
y el rumor de los hierros que entorchocan
y pisan los corceles aspirando
el olor excitante de la pólvora...

—¡Teneos!—dijo un bardo miserable
que audaz se acerca á la brillante tropa
alzando en alto, en ademán soberbio,
la vieja lira con las cuerdas rotas.—
¡Yo también soy la Patria!

—¡Tú! ¿quién eres!

—Quien recoge en sus cántigas y trovas
las penas de los míseros hogares
y la sana alegría de las chozas;

el que mece en sus cunas á los niños
y á los hombres anima en sus congojas;
el que acompaña á quien los mares cruza
la tierra labra y las espadas forja.

Si al campo sales y vencido vuelves,
contigo sufro y mía es tu derrota,
que tu sangre es mi sangre, y siempre ha sido
de los dos la bandera que anarbolas.
Tú eres, guerrero, el brazo de la Patria,
mas la Patria soy yo. Si la abochornan,
insultan ó escarnecen, tú castigas...

pero yo he de juzgar, que á mí me toca.
Cállase el bardo, mírale el caudillo,
y en la aparente calma silenciosa
sobre las frentes de los dos hermanos

vientos de tempestad rugen y soplan...
Cuando pasen los siglos y despierte
la humanidad de su letal modorra,
y con lazos de amor unidos vivan
los hombres todos en la tierra toda;
cuando rompan los pueblos sus fronteras,
semillero perenne de discordias,

y libre ya y feliz el mundo entero
pequeño juzgue lo que grande ahora,
¿quién pagará la sangre que se vierte,
los odios que germinan y se forman
al calor de esa idea de la Patria
que tal vez nos engaña y nos trastorna?

Entone el bardo, pues, de sus leyendas
las valientes magnificas estrofas;
guarde el soldado, en la bandera envuelto,
timbres honrosos de pasadas glorias,
y á ambos la misma ley gobierne y rija
blanda, suave, de paz y de concordia,
mientras aguardan, juntos y abrazados,
los resplandores de la nueva aurora...

Poco habrán de esperar. La lejanía
tenues rayos aclaran y coloran
y va á salir el sol... ¡Un sol que nunca
se volverá á ocultar tras de las lomas!

4 Febrero 1906.

NO HAY POETAS

No; no los hay. El ridículo
rompió las guzlas de plata
y al pie de las celosías
los trovadores no cantan.
Lacios y tristes mancebos
refunfuñan en voz baja,
de tarde en tarde, una coplas
enclenques y desmayadas,
sin vigor y sin enjundia,
triviales, tontas y sandías.
Pintan con colores grises
cosas confusas y vagas,
añoranzas, somnolencias,
finos matices del alma,
que se pierden y se esfuman
en tenues fondos de gasa...
Esas líneas vigorosas
de la pasión que avasalla
mientras los nervios vibrantes
palpitan, crujen y saltan
se perdieron en las sombras,
porque se perdió en la raza
aquel amor que rendía
ferviente amor á las damas.

Poesía que no inspire
la mujer, es huera y falsa,
porque ni sale de dentro
ni caldea las palabras.
Los versos deben hacerse
pensando en la dulce maga
que las puertas de la gloria
nos abre con sus miradas,
y hoy los vates ya no piensan
en ella, ó si piensan, callan
para evitar que las gentes
se les rían en las barbas:
que el amor teme á las burlas
como el pajarillo al águila,
y la grosería ambiente
le persigue, acosa y mata.
—¡Mientes, necio!—dirán todos
al desdichado que salga
cantando en la obscura noche
por las calles solitarias
la pureza del carifio,
que ardiente en el pecho guarda
ó la delicia inefable
de un amor sin esperanzas;
—¡mientes!, la vida no es eso;
la vida es anhelo, es ansia
de goce desenfrenado
que el audaz y el fuerte alcanzan.
¿Qué vienes aquí diciendo
de pasiones que te arrastran,
miradas que te fascinan
y suspiros que te embriagan?
Las hembras son instrumentos
de placer. Idealizarlas
es majadería insigne
que ni agradecen ni pagan...

Por eso ya no hay poetas,
porque no hay trovas ni cántigas
sin galas, notas ni flores;
y flores, notas y galas,
son adornos femeniles
y á la mujer hay que darlas.
¿Y cómo, si en el imperio
de la prosa vil y baja
nadie á las mujeres sirve
y son de todos esclavas?
¿Que se las desea? Bueno:
se las busca, y se las caza.
Se las mima cuando gustan,
se las deja cuando cansan,
se las mata cuando encelan...
¡pero nunca se las canta!

11 Febrero 1906.

EPÍSTOLA

Señor don Armando Palacio Valdés:
Perdóneme Vega si copio ó imito
la rima y el metro que usó en un escrito
tratando un asunto de mucho interés.

De fijo la broma nos gusta á los tres,
porque este recuerdo del metro y la rima
un cuarto de siglo nos quita de encima,
señor don Armando Palacio Valdés.

Y basta de exordio. Leí de un tirón
el último libro que ha dado á la prensa.
Me dió una alegría profunda é intensa,
causóme en el alma muy grande emoción.

Acepte esta prueba de mi admiración
que aunque es, de seguro, por ser cosa mía,
de poca importancia, de escasa valía,
tal vez se las preste la buena intención.

No es sólo ese libro, no es sólo el *Tristán*
el que esta alabanza sincera merece,
por más que es novela que á mí me parece
modelo de estilo, de tesis y plan.

Es su prodigiosa labor de titán,
¡son todas sus obras, señor don Armando,
que el mundo recorren triunfantes llevando
las patrias banderas allí donde van!

Cualquier majagranzas que vierte el francés
y audaz y arrogante se lanza al prosenio,
se atraca de aplausos y pasa por genio,
que aquí el patriotismo se entiende al revés.

De usted nadie sabe siquiera quién es,
la fama á diario no ensalza su nombre,
y usted es patriota, y usted es un hombre,
señor don Armando Palacio Valdés.

El bombo y el ruido le infunden terror,
y mientras los otros se agitan, pululan,
demandan reclamos, se humillan y adulan
á todo el que puede cantar en su honor,
usted de esa lucha rehuye el fragor,
modesto y humilde, prudente y discreto
y, aislado del mundo, trabaja en secreto,
constante en su hermosa fecunda labor.

Con brío ó con miedo, conforme y según

nos sobran ó faltan vigor y energías,
en necias disputas pasamos los días
por culpa de algunos pedazos de atún.

El ansia de todos, la idea común
es ¡claro! que España recobre su gloria,
y los que se lucen en tal oratoria
se dan mutuamente jabón y betún.

Mas quietas las manos y atados los pies
soltamos las lenguas y nadie hace nada,
y España entretanto prosigue estancada,
y no se averigua si es grande ó no es.

Usted sólo en ello demuestra interés.
Que así, trabajando sin bulla y sin ruido,
se va haciendo patria... ¡y usted lo ha enten-

[dido,

señor don Armando Pafacio Valdés!

19 Febrero 1906.

SERMON PERDIDO

La experiencia es cosa rica...
para amargar la existencia,
porque nada perjudica
tanto como la existencia.

Cuando la barba incipiente
asoma en el cutis terso
y se hacen cándidamente
declaraciones en verso,
el alma se tiene llena
de una dulzura inefable,
la vida parece buena
y el mundo es muy agradable.

Se tiene valor, audacia,
fe, nobleza é hidalguía,
y se vence á la desgracia
porque en todo se confía.

Por una ilusión cualquiera
se da el corazón entero,
se cree en la amistad sincera
y en el amor verdadero,
y, no dudando de nada,
la dicha es grande y segura,
la amistad es miel rosada
y el amor es gloria pura.

¿Por qué ha de llegar un día
en que se cambie la suerte?
¿Qué trabajo costaría
seguir así hasta la muerte?

Pero ante el primer engaño
que llega, temprano ó tarde,
el hombre se torna huraño,
y receloso, y cobarde;

deja ya de ser sincero
y, dándolas de prudente,
se empeña en que el mundo entero
le engaña, traiciona y miente.

No ve nada bueno y justo
á través de su egoísmo
y hasta halla gusto en el gusto
de atormentarse á sí mismo.

¿Que una mujer fué embustera?

Su traición fué una enseñanza
y en la que después le quiera
tomará cruel venganza.

¿Que le abandonó un amigo?
Por lección toma el engaño
y otro sufrirá el castigo...

Mal por mal; daño por daño.
Siempre enconada la herida,
nos arreglamos de modo
que nos pasamos la vida
desconfiando de todo,

y al que es crédulo y sencillo
le tratamos con desprecio
por ignorante ó por pillo,
por hipócrita ó por necio.

Por la experiencia maldita
en el fuero interno existe
y en nuestras almas palpita
el convencimiento triste

tan arraigado y tan hondo
que no hay razón que lo tuerza,
de que todo hombre en el fondo
ha de ser malo por fuerza.

Los padres más avisados
siembran en sus pequeñuelos
no calma, sino cuidados,
no amores, sino celos.

y así, en constante amargura,
vivimos sin esperanza,
y nace la desventura
al morir la confianza...

Resumen: que la experiencia
nos incita á no ser buenos,
porque nos da la evidencia
de los embustes ajenos:

que el mal tiene sus raíces
en la tontería humana,
y que no somos felices
porque no nos da la gana.

20 Marzo 1896.

A PUNTA DE NAVAJA

"Me has vuelto loco, morena,
me muero por tus pedazos
porque eres de veras guapa,
tienes gracia y tienes garbo.

"Por lo cual he decidido
que te dejes de arrumacos
y me quieras con el alma
y hagas lo que viene al caso.

"¿Que no te gusto? No importa:
ya te irás acostumbrando
si puedes, porque te advierto
que, si te niegas te mato.

"¿Que eso es una salvajada?
¡no tanto, mujer, no tanto!
Eso es lo que hacen los hombres
en los tiempos que alcanzamos,

"y el que no toma por fuerza
lo que no le dan de grado,

no tiene enjundia, ni agallas,
ni dignidad, ni redaños.

"Buena tontuna es andarse
con obsequios y regalos,
y finezas, y suspiros
que siempre van para largo!

"Mucho más breve, más fácil
y más sencillo y más práctico
es el sistema moderno,
en boga hace algunos años,

"de sacar una navaja
de palmo y medio ó dos palmos
y decir á una señora:

"Me da usted el sí ó se la clavo".

"¿Que la mujer se incomoda
con uno, ó no le hace caso
y en uso de su derecho
le manda á freir espárragos?

"Pues se cumple la amenaza
con un valor temerario
y se la rebana el cuello,
á ser posible de un tajo,

"gritando: "¡Mía ó de nadie!"

Y ese grito está probado
que asegura al asesino
las simpatías del barrio.

"¿Que la mujer se amedrenta
y accede? Pues hecho el trato.
¿Que luego se causa el hombre?
se va sin decir "me marchó";

"y si ella no se conforma
y le persigue con llantos
y súplicas, se la quita
de en medio de un golletazo.

"Los crímenes pasionales
resultan siempre simpáticos;
la gente dice: "¡Ese pobre
mató por enamorado!"

"Y después de unas visitas
de jueces y de escribanos,
el héroe sale á la calle
con una fama de guapo

"que le asegura los triunfos
sin molestarse en buscarlos.
Porque las hembras, chiquilla,
y dispensa si te faltó,

"tomáis, á veces, por pruebas
de amor los papirotazos
y creéis que no es un hombre
muy hombre si no es muy bárbaro.

"Por todo lo cual repito
que no quiero hacer el ganso,
y, ó me esperas esta noche
entre diez y diez y cuarto,

"ó desdoble el cortaplumas
de siete muelles, me empalmo
y te suelto una caricia
que no te alcanza el viático."

y yo, al copiar la misiva,
el delgado papel rasgo...

25 Marzo 1906.

CONFITEOR

Y yo le digo: «Padre,
¡si usted la viera!»
EUSEBIO BLASCO.

—Señor cura, pequé; y es lo más grave
que no traigo propósito de enmienda,
por lo cual ya sé yo, como usted sabe,
que no podrá absolverme cuando acabe,
aunque sea tan bueno que me atienda.

—¿Cómo es eso? ¿Comprendes tu delito
y no vienes contrito

á que te aparte de él? ¡Desventurado!
Pues ¿en qué ha consistido tu pecado?

—En amar locamente á una morena,
entregándola el alma de tal modo,
que, sabiendo como es, paso por todo.

—Pero ¿no es buena?

—¡No! ¡Qué ha de ser buena!

¡Si he debido coserla á navajazos
por traidora, por vil, por repugnante!

¡Si ha huido muchas veces de mis brazos
para caer en brazos de otro amante!

—¿Qué dices? ¿Has llegado á tal bajeza?

Si te hirió la traición de esa perdida
¿cómo no fué su cínica impureza
hierro candente que curó tu herida?

—¡Ay! usted es un ángel, padre cura,
y no sabe tal vez, ni se figura

que el amor hace locos de remate,
y la infamia, el engaño y la impostura
sirven á los deseos de acicate.

Si; yo sé que es infame mi morena,
que se burla, que goza con mi pena,
pero encuentro incentivo en sus traiciones
y más quiero apretar los eslabones
cuanto más vergonzosa es la cadena.

Lucho por olvidarla, y no la olvido
y pienso en ella hasta volverme loco...

¿Qué más? ¡Si hasta dormido
la veo en sueños, y acaricio y toco
aquel cuerpo de diosa
amasado con pétalos de rosa!

¡Qué cuerpo, señor cura!

Pues ¡y los ojos, que mirando besan
y, entornados, arroban y embelesan!

¿Y la incitante boca
que enciende y quema cuantos labios toca?

¿Y el alto seno, en fin...? ¡Cómo! ¿Qué es eso,
Padre? ¿se marcha usted y así me deja?

—Si; no me siento bien. Ya no confieso.

—¿Y nada dice y nada me aconseja?

—¡Ah, sí! que cuando vuelvas resignado
á relatar tus culpas como ahora,
te concretes á hablar de tu pecado...
sin decir qué tal es la pecadora.

Esto á una linda muchacha
escribe un pobre muchacho,

9 Abril 1906.

TITIRIMUNDI

Adelante, caballeros
¡entrad! que dentro de poco
va á estar la corte de España
europeizada del todo.
Ya hay títeres en el Circo,
su sitio adecuado y propio,
títeres en la Zarzuela
y títeres en Apolo.
Sólo falta que Chicote
se decida á hacer negocio
tocando con las narices
la flauta y el clavicordio;
que el Frontón se abra de nuevo
y que refuercen los osos
y focas amaestradas
la compañía del Cómico,
y ya seremos felices,
¡ya no tendremos nosotros
que envidiar á las naciones
civilizadas del globo!
Así, cuando se celebre
la boda del Rey Alfonso,
los extranjeros que vengan
dirán en sus lenguas:—¡Concho!
¡pues no son los españoles
tan refractarios al soplo
fecundante del progreso,
como dicen los periódicos!
Es verdad que todavía
dan sus corridas de toros;
pero, en cambio, en sus teatros,
más elegantes, más cómodos
que los nuestros, tienen *números*
magníficos, asombrosos:
clowns, *divettes*, danzarinas,
perros, cotorras y monos...
¡lo que es signo de cultura
refinada y de buen tono
en París, Londres, Viena,
Berlín, Chicago y Oporto!—
Esto dirán, y debemos
por ello estar orgullosos.
Nuestro teatro, ¿qué importa?
¡si aquí los autores somos
anodinos, chabacanos,
insubstanciales y floños!
¡Si nuestras tipples graciosas
y nuestros actores cómicos
son fúnebres como sauces
y tristes como piporros
comparados con la bella
Pichichi y el clown Bartolo
que á las empresas que pierden
las dan el oro y el moro!
¿Que no? Los inteligentes
lo juran, y ¡qué demonio!
habrá que pensar que es cierto
puesto que lo dicen todos.
Conque ¡adelante, señores!
que hasta los ciegos y sordos
en las salas de espectáculos

pueden recrear los ojos
y los oídos. ¡De postre
funciona el cinematógrafo!
¡Aquí está la mujer guapa
que se desnuda de pronto!
¡Aquí está el chino gigante
que echa lumbre por los ojos!
¡Pasen y oigan los bonitos
couplets del conejo loco,
que hacen furor en Marsella!
¡Pasen y vean el colmo
de la gracia: el hombre-guarro,
el músico prodigioso,
el que toca la corneta
delante del auditorio
con lo que Angulo el de Vigo!...
¡Pasen y vean de cómo!...

17 Abril 1906.

MINISTROS DE ALFORJAS

Los hados, siempre adversos para España,
la otorgan consejeros responsables
¡que ni escogidos! Almas infantiles
que nada han visto ni tratado á nadie.
Los que audaces emprenden la tarea
de gobernar á los demás, no saben
lo que traen entre manos. Sólo suben,
más que por entendidos, por audaces.
En las cuestiones claras y sencillas
todos están al cabo de la calle,
y ellos ¡los grandes hombres! cuando llegan
á ministros, empiezan á enterarse.
Cualquier pelafustán medio instruído
que sólo sea bachiller en artes,
teniendo los resortes en sus manos
y en provincias legiones de auxiliares,
resuelve en su despacho los asuntos
según su idiosincrasia y sus alcances,
como el cerebro rige al organismo
sin recorrer el cuerpo con la sangre.

¿Hay un conflicto en Cuenca, por ejemplo,
porque algunos obreros tienen hambre?
Pues allá va el ministro en tren de lujo
á almorzar y á comer con el alcalde.
¿Piden tales reformas ó las otras
los de Ubeda ó Jaén, Córdoba ó Cádiz?
Pues sale á averiguar sobre el terreno
si son las peticiones razonables.
¿Se inunda un pueblecito de Castilla
porque un arroyo se salió de madre?
Pues marcha con docenas de ingenieros
á averiguar las causas del desastre...
El caso es que por fútiles motivos
siempre algún ministerio está de viaje,
gastando un dineral en excursiones
ó haciendo que los pueblos se los gasten.
—¡Hay que estar en contacto—dicen todos—
con el país, oírle y estudiarle!
á lo cual yo contesto:—Pero ustedes
¿por qué no hicieron los estudios antes?

Porque así, recorriendo las provincias con todos los honores oficiales, oyendo comisiones, que pudieron remitir por correo sus mensajes, arrullados por músicas y bandas, pronunciando discursos rimbombantes ni se trabaja en serio, ni se puede conocer la verdad, que es lo más grave.

Se comen, eso sí, bollos y pastas, se toman *tente en pies* y *piscolabis*, se brinda por lo humano y lo divino, se banquetea por mañana y tarde, y cuando, arrebatados por la crisis, los concienzudos consejeros salen, sólo han sacado en limpio de su estudio... ¡que se come muy bien en todas partes!

30 Abr.' 1906.

ALMA ANDALUZA

En un rincón está preparado el gazpacho de la noche. En mediano barriño, cubierto por rota y sucia estera, hay menudos trozos de pan áspero y negro. Cuando los obreros vuelvan de su faena, el *gaspachero* recitará aquello con una panilla de aceite y otra de vinagre por cada diez individuos, y con esta pitanza de bestias y un trago de agua, se acostarán vestidos sobre las héticas esteras los hombres que estuvieron todo el día trabajando por 50 céntimos de salario.

JUAN JOSÉ MORATO.

(Heraldo de Madrid.)

¡Los obreros eran fuertes!,
¡los obreros eran ágiles!

En sus brazos musculosos sostenían por milagro de los campos andaluces la riqueza incalculable. En las fértiles llanuras en que bordan las chumberas caprichosos arabescos deslindando propiedades, se extendían desplegadas las guerrillas del trabajo mascullando cigarrillos y entonando *soleares*. Al avance de los hombres de los rostros atezados abastíanse las mieses cimbreadas por el aire, entregábanles las vides los racimos opulentos y cedíanles sus frutos los espesos olivares. ¡Y los músculos triunfaban, y brindábanle la tierra con los dones de su eterna juventud exuberante!

¡Los obreros eran fuertes!,
¡los obreros eran ágiles!

Cuando el sol allá, á lo lejos, recostándose ocultaba sus guedejas diamantinas en el fondo de los mares mascullando cigarrillos y cantando malagueñas, retirábase al cortijo la cuadrilla de gañanes. En la clásica cazuela de los ásperos mendrugos se vertían las panillas del aceite y el vinagre; añadiendo algunas veces, por regalo apetitoso, cuatro trozos de pimiento y otros cuatro de tomate. El olor de aquel banquete, Caracalla y Heliogábalo atormentaban envidiosos en sus antros sepulcrales,

mientras hartos ya los hombres, vencedores de la tierra, se dormían como santos sobre esteras miserables. Al romperse el nuevo día, por los campos andaluces, la guerrilla del trabajo volvería á desplegarse...

¡los obreros eran fuertes!,
¡los obreros eran ágiles!

Entretanto, no muy lejos, otros hombres discutían con las frentes y los pechos encendidos de coraje, si debían ser las puyas de los bravos picadores, ó más largas ó más cortas, ó más chicas ó más grandes. De algaradas y motines era germen la disputa, de conflictos y peleas manantial inagotable, y al calor de la oratoria, chispeante y agresiva, se encrespaban las pasiones de plebeyos y magnates. Cuando, ¡al fin! llegó el acuerdo, se deshizo la tormenta, respiraron los ministros, descansaron las ciudades, y cayó la fausta nueva como bálsamo del alma en los ásperos mendrugos y en los míseros petates...

¡los obreros eran fuertes!,
¡los obreros eran ágiles!

21 Mayo 1906.

LA MUGRE

Cruzando atraillados la ancha vía, iluminada por potentes focos, en triste procesión de la miseria marchaban entre guardias treinta *golfos*, mal cubiertas las carnes con guñapos, infectos, destrozados, asquerosos, restos de muladar, duro castigo del olfato y tormento de los ojos.

Iban adolescentes, niños, viejos, hijos de nadie, espuma del arroyo, sin hogar, sin familia, sin amparo y olvidados de Dios, faltos de todo.

La escoba gigantesca los barría para encerrarlos en inmundos sótanos en confuso montón... ¡Era preciso quitar de en medio el repugnante estorbo!

La corte disponíase á la fiesta; por todas partes en brillantes chorros correrían la luz y la alegría, fuentes de dicha y de entusiasmo locos.

Flores y sedas, cientos y millares de blancas plumas y galones de oro iba á ver en magníficos desfiles la inmensa multitud ebria de gozo y la turba de pobres, que son nuestros hermanos en Jesús, sucios y rotos, descalzos, harapientos, con las huellas del hambre y de los vicios en los rostros, debía ser raída como costra que mancha el cuerpo sano y vigoroso; ¡la ciudad, preparando luminarias, limpiaba el suelo y sacudía el polvo!

Al avanzar los hombres en silencio, y entre los sables al castigo prontos, mirando en el semblante de las gentes algo de compasión, mucho de asombro,

tal vez alguno de ellos pensaría:
 "Para que gocen á sus anchas otros
 me prenden sin razón y sin derecho...
 ¡La humanidad es egoísta, concho!"

28 Mayo 1906.

EL "YO" SATANICO

Nada; que es invencible el egoísmo.
 ¿Conocéis, por ventura, algún sujeto
 tan sabio, tan prudente, tan discreto,
 que no esté hablando siempre de sí mismo?

Yo ¿véis? ya está aquí el "yo"... ¡Más oportuno!)
 no conozco ninguno.

Cuando un amigo ó conocido viene
 hacia mí, me saluda y me detiene
 con las usuales frases cariñosas,
 digo para mí sayo:

"Este quiere enterarme de sus cosas."

Y si no acierto que me parta un rayo.

Y en efecto: "¿Qué tal? ¿Bien? Yo aburrido,
 he ido á casa de aquella,

pero habia salido, y la doncella
 no ha sabido decirme dónde ha ido."

O bien: "¡Gracias á Dios! ¿Qué es de tu vida?

Yo he salido de casa más temprano
 porque no tengo ropa de verano
 y voy á que me tomen la medida."

O bien: "¿Qué haces ahora? ¿Ya no escribes?

¡haces bien!, está todo en decadencia...

Y, á propósito, ¿tienes influencia
 con Jiménez y Vives?

¿Sí? Pues mira, me alegro. He concluido

mi zarzuela, por fin, y necesita
 música de ellos, porque me ha salido

de un corte parecido á *La Gatita*."

Y así por este estilo, no hay más puntos
 que tratar con la gente

que aquellos que interesan solamente
 al que inicia y propone los asuntos.

Hasta los que parece que plantean

algún problema complicado y hondo,
 sus intenciones sin querer falsean...

Fijaos y veréis cómo en el fondo

de toda discusión de ciencia ó arte,

política ó social, palpita vivo

el interés pequeño y exclusivo

de todos los que en ella toman parte.

Hay quien de puro cándido no puede

disimular con la menor mentira

el valor que á sí mismo se concede

y cree que en torno suyo el mundo gira;

por lo cual pone á prueba la paciencia

de todos, en las casas y en las calles

contando los más mínimos detalles

de su interesantísima existencia.

En prueba de que es cierto lo que digo,

de fijo conocéis á más de cuatro

de los que paran con él "¡Hola, amigo!

¿estuvo usted anoche en el teatro?..."

Y siguen: "Yo no fui, me dió pereza.

Me levanté muy cerca de las ocho,
 tomé café con leche y un bizcocho,
 que me despeja mucho la cabeza,
 y me fui despacio á la oficina.
 Me leí *El Imparcial* tranquilamente,
 despaché hasta las dos un expediente,
 compré al salir un frasco de bencina
 para quitarle al pantalón la grasa,
 y á las tres menos veinte estaba en casa.
 Comí con la familia... ¡hombre! y por cierto
 que hubo la acostumbrada pelotera,
 porque á mi hija menor, á la soltera,
 se la antojó comer con mi cubierto;
 eché mi sueñecito en la butaca,
 y me fui á visitar á mi tocayo.
 Poco antes de llegar al Dos de Mayo
 me encontré sin tabaco en la petaca.
 Lo compré en Juan de Mena,
 y en cuanto hice al tocayo la visita
 tomé el cangrejo y me volví á casita
 en busca de la cena.

Tuvimos nuestro mero en escabeche,
 de ese que traen en latas,
 nuestra buena ternera con patatas
 y para postre nuestro arroz con leche;
 jugamos unas manos á la brisca
 con Ibáñez, usted ya le conoce,
 hasta que, al dar las doce, mi Francisca
 dijo: "¡á la cama!" y me acosté á las doce."
 Y acaba su historietita, larga ó corta,
 con un: "¿Qué le parece? ¡esta es mi vida!"

A lo cual la respuesta es conocida:
 "¿Qué me ha de parecer? ¡Que no me importa!"

28 Junio 1906.

FANTASIA MORISCA

Nos daña, ante las cultas
 naciones europeas,
 la sangre de los árabes
 que corre en nuestras venas.
 Por ella nos insultan,
 llamándonos por ella
 fanáticos salvajes
 sin cura y sin enmienda;
 y muchos españoles
 se ofenden y avergüenzan
 y su prosapia ocultan
 y su abolengo niegan.
 Mal hacen. Es preciso
 rendirse á la evidencia
 de que en los Pirineos
 el África comienza.
 Por eso son hermosas
 y ardientes nuestras hembras,
 que excitan y producen
 pasiones violentas;
 por eso aquí los ánimos
 se encienden y caldean
 con pólvora y con sangre,
 con luces y con fiestas,
 y el pueblo, que por nada

se agita y se subleva,
resiste enormidades
pasada la tormenta...
¡Sí! Musulmanes somos.
La raza mora es nuestra,
y no hay que maldecirla
porque se pudre abyecta.
¿Quién sabe su destino?
¿Quién sabe las sorpresas
que en el correr del tiempo
los hados nos reservan?
La historia es un conjunto
de incomprensibles vueltas;
que es ley del Universo
la evolución eterna.
Naciones poderosas
se pierden, se disgregan;
recobran fuerza y bríos,
de pronto, las pequeñas,
y pueblos florecientes,
emporio de riquezas,
cayendo en la ignorancia
perecen de miseria.
Los que durante siglos
llevaron por la tierra
sus armas triunfadoras,
sus artes y su ciencia,
se agotan y se acaban
y sufren las cadenas
que los que fueron míseros
y débiles les echan.
¡Tal vez en esos hombres
de piel curtida y recia,
que pisan del desierto
las cálidas arenas
y con brutal delicia,
tras la feroz pelea,
cabezas de enemigos
en las murallas cuelgan,
latiendo están los gérmenes
de las naciones
de un poderío enorme,
de una cultura inmensa!
¿Van a ser siempre feudos
de los que encienden guerras,
sin otros ideales
que el de ensanchar fronteras
para buscar mercados
donde vender cohservas,
las civilizaciones
que sigan a la nuestra?
Acaso no. ¡Es posible
que un día nos convenga
que crucen el Estrecho
las hordas agarenas,
y que, como un torrente
devastador, se extiendan
los blancos albornoces,
las bandas de oro y sedas
y los alfanjes corvos
de Tánger a Siberia!
No han de regir el mundo

con tiranía eterna
las razas frías, graves,
calculadoras, serias.
¡Y es fácil que se hastie
la humanidad entera,
de pesas y medidas,
de compras y de ventas,
y pida que la preste
su savia siempre fresca
la poesía virgen
de bárbara rudeza,
y cítaras y guzlas,
laúdes y vihuelas
en zambras y torneos
ensalcen la belleza!

2 Julio 1906.

CANTO A LA BANDERA (1)

¡Salve, bandera de mi Patria, salve!
y en alto siempre desafia al viento,
tal como en triunfo por la tierra toda
te llevaron indómitos guerreros.
Tú eres España, en las desdichas grande,
y en tí palpita con latido eterno
el aliento inmortal de los soldados
que a tu sombra, adorándote, murieron.
Cubres el templo en que mi madre reza,
las chozas de los míseros labriegos,
las cunas donde duermen mis hermanos,
la tierra en que descansan mis abuelos.
Por eso eres sagrada. En torno tuyo,
a través del espacio y de los tiempos,
el eco de las glorias españolas
vibra, y retumba con marcial estruendo.
¡Salve, bandera de mi Patria, salve!
y en alto siempre desafia al viento,
manchada con el polvo de las tumbas,
teñida con la sangre de los muertos...

3 Junio 1906.

EL ATESTADO

—Vamos a ver, ¿qué ha pasado?
—Nada; que a las cuatro y media
fuimos a ver la corrida
tranquilamente yo y ésta
y su madre, que pa el caso
pué decirse que es mi suegra
dende que...

—Vamos al hecho.

—Dispense usted que me extienda,
señor delegao; pero uno
tié que contar lo que sepa
ce por be, pa que se aclaren
las cosas en toda regla.

—Adelante.

—Nos sentamos.

(1) Premiado en el Concurso abierto por el Ministerio de la Guerra.

en nuestras contrabarreras,
por cierto que los asientos
quemaban como centellas
porque eran de sol y... ¡amigo!
la tarde estaba de pesca.

—Ya lo sé. Estuve en la plaza.

—¿Sí? Pues sea enhorabuena.

Ya habrá usted visto que aquello
no tié remedio. No quedan
ni toros, ni autoridades,
ni aficionados, ni vergüenza.
¡Recristo, qué abuso!

—Al grano.

—¡Señor, si usted no me deja!

El grano fué que ésta vino
á sentarse al lao de un palma
de esos que en cuanto se ponen
junto á una mujer, se piensan
que es pan comido, y la dicen
dos ó tres palabras feas
por lo bajo, y poco á poco
van arrimando la pierna,
y rozando así, al desgaire,
con el codo el brazo de ella...
Esta, como es tan prudente,
callaba como una muerta

y le iba dejando al otro
que hiciera lo que quisiera
para no comprometerme;
pero el otro se hizo cuenta
de qué era que la gustaban
los codazos y las señas,
y ¡claro! á cada minuto
se iba poniendo más bestia.
Total; que llegué á enterarme,
pero me dije:—Prudencia,
Paco, tú atiende á la lidia
que es lo que aquí te interesa,
y en cuanto se acabe, coges
á ese granuja y le arras
dos palos en cualquier parte
y le rompes lo que puedas.

—Y lo hizo usted, porque tiene
cuatro costillas deshechas.

—Natural. Pues voy al caso:
cuando yo estaba con estas
reflexiones, se iba al bicho
el Cocherito de Utrera,
que es un niño que yo creo
que trae gana de pelea
y va á quitar muchos moños.
¿Se fijó usted en la faena
del segundo?

—Ya lo creo

Siga usted.

—Bueno; se acerca,
desfilá, da cuatro pases
de pecho, tres con la izquierda
y uno en redondo...

—Dos.

—¡Uno!

Se le cuadra el toro, y entra

á volapié como manda
nuestra Santa Madre Iglesia,
recetando una estocada
unas miajas delantera.

—Caída.

—¿Cómo?

—Caída

he dicho.

—¡Usted se chunga!

¿No ha visto usted que faltaba
lo menos pulgada y media
para el sitio de la muerte?

—Sí; pero por la derecha.

—Por delante.

—¡Vamos, hombre,

que usted no sabe una letra
de toros!

—¡Pum! y usted tiene
menos vista que una almeja.

—¡Que aquí soy el delegado!

—¿Y á mí qué? ¡Como si fuera
el Ministro de Fomento
ó el obispo de Orihuela!

¡Míá que decir que caída!

—Quien dice que es delantera
es un morral.

—Y quien dice

que es caída es una acémila.

—¿Yo acémila? ¿A que te estampo
el tintero en la cabeza?

—¿A mí? ¡No hay quíes!

—¿Que no? ¡Toma!

¡Guardias! ¡Aquí! ¡Que se pegan!...

8 Julio 1906.

EL RENACIMIENTO

Lean ustedes las listas
que publican los papeles,
y á ver si no les producen
satisfacción y deleite.

La patria surge á la vida
joven, vigorosa y fuerte
cuando la daban por muerta
los espíritus enclenques;
rasga con sus resplandores
la aurora del siglo veinte
las sombras que obscurecieron
el final del diez y nueve,
y España ¡la triste España!
desangrada, pobre, inerme
sale de la dura prueba
victoriosa como siempre.
Según noticias exactas
que podrá ver quien lo niegue,
se marchan todos los días
á pasar un par de meses
en las playas de Vasconia
ó en Biarritz ó en Ostende
tres generales invictos,

cuatro publicistas célebres,
cinco estadistas insignes
y seis duques ó marqueses.
Van, de personas ilustres,
abarrotaos los trenes
y al juntarse, cuando vuelvan
á mediados de Septiembre,
con las que aquí se quedaron
por cuestiones de intereses,
pero que también se chupan
su bombo correspondiente,
resultará que tenemos
tal y tan lucida hueste
de hombres grandes, que en el mundo
no hay otra que la supere.
Lean, lean estos días
los periódicos, y prueben
con ellos, que no hubo nunca
tiempo mejor que el presente.
Hay más de ochenta políticos
de altura... y de hoja perenne,
que ni en el poder se gastan
ni en los fracasos se pierden;
catorce actores geniales
para crear caracteres,
diez músicos inspirados,
treinta oradores solemnes
que esculpen con la palabra
las imágenes que quieren,
y veinte autores dramáticos
coronados de laureles.
Y de poetas no hablemos,
hay más de ciento, que vienen
pegando, con unos bríos
y una audacia que estremecen.
Comparado con el nuestro,
según datos fehacientes,
el siglo de oro es un siglo
casi de plata Meneses.
Críticos de primer orden
disfrutamos doce ó trece;
de hacendistas concienzudos
puede decirse que hay peste;
los novelistas de punta
son lo menos ocho ó nueve
y los cronistas *brillantes*
veintiséis ó veintisiete...
¡Conque, dígame en conciencia
si no son unos peleles
y unos tontos los que dudan
de un porvenir floreciente,
y si no es casi imposible
que muera un pueblo como éste
que tiene más de seiscientos
ciudadanos eminentes!

28 Julio 1906.

LAS IMPERIOSAS VACACIONES

Juro y torno á jurar por mis penates
que el veraneo de Madrid me encanta,
porque el bello ideal de la anarquía

se lleva sin tropiezos á la práctica.
Aquí no hay clases ya. Sólo quedamos
el *detritus*, la plebe, la morralla;
los que no hacemos más en nuestra vida
que obedecer decretos y pragmáticas.
El Poder está lejos. Los ministros
no administran, ni ejercen, ni despachan;
todos los jefes de algo veranean,
mudas están las Cortes soberanas
y no hay más que una sombra vaga y tenue
de autoridad: los infelices guardias
que, de pie dormitando en las esquinas,
ni se meten con nadie ni hacen nada.
Desperdigados andan por los montes
todos los que dirigen, los que mandan,
las células que forman el cerebro
de esta organización tan complicada...
Las clases directoras, sin las cuales
no es posible vivir, en paz descansan,
sus codiciados puestos abandonan,
¡y, sin embargo, el organismo marcha!
Hay almas candorosas todavía
que creen, porque lo oyeron en las aulas,
que el día en que no queden en el mundo
rastros de autoridad, esto se acaba.
¡No! ¡Qué se ha de acabar! Si todo el año
fuera esto, y entero lo pasaran
sesteando tranquilas en los bosques
ó cogiendo conchitas en las playas
todas esas personas importantes,
que se creen á sí mismas necesarias,
¿vendría la catástrofe en seguida?
¿Pararía el volante de la máquina?
¡Qué había de parar! Probablemente
los demás viviríamos en Jauja
y sin echar de menos á los amos,
que, como estamos viendo, no hacen falta.

11 Agosto 1906.

PROTESTA.

Somos unas aves buenas y tranquilas,
sin instintos fieros ni costumbres malas,
suaves los arrullos, tiernas las pupilas,
débiles los picos, débiles las alas...

No tenemos odio contra el ser humano;
nunca le ofendimos ni con la intención...
¿A qué viene, entonces, ese cotidiano
tiro de pichón?

¿Cómo se reputa diversión honesta
preparar la carga de los perdigones,
reunirse en grupos, y por una apuesta
destronar patitas y romper alones?
¿Cómo aquella hueste, siempre vencedora
de agueridos nobles que cazaban fieras,
descendió hasta el punto de creer ahora
que matar palomas es cazar de veras?
¿Cómo las mujeres, ángeles del cielo
y almas amorosas, gozan viendo cómo
cae súbitamente deteniendo el vuelo
cándida avecilla muerta por el plomo?

¡Siempre en los diarios que á los palomares,
hechos cucuruchos, llegan con el trigo,
vemos que en el mundo llueven los pesares
que de sus infamias son tal vez castigo!
Crímenes horrendos, hondas convulsiones,
forman larga lista de calamidades;
odio entre las razas, guerra en las naciones,
hambre en los cortijos, fuego en las ciudades...

Y entre las noticias de las luchas sordas
de lo que se llama civilización
mézclase este anuncio ¡siempre en letras
[gordas!:

¡Tiro de pichón!

Ya que no alza nadie la viril protesta
contra los que tienen almas de bandidos
y por juego toman la salvaje fiesta
de regar con llanto los humildes nidos...
¡protestad vosotros, tiernos trovadores,
que cantando amores
avanzáis en pos
de ideales puros, los que amáis las aves,
los que amáis las flores, los que amáis á Dios!

30 Septiembre 1906.

EUROPEICEMONOS

Merodean enjambres de mendigos
por calles, callejones y callejas:
ancianas quejumbrosas y dolientes
que repiten su triste cantinela,
párvulos alquilados por sus padres,
zagalones que exigen y no ruegan,
y lisiados de un remo ó de dos remos
que piden... apostando á Valdepeñas.

Triunfa la golfería en todas partes
escandalosa, audaz y sin vergüenza;
conviértese la corte á ciertas horas
en feudo de rufianes y ramerías,
y llegan sin cesar al cementerio
despojos de garitos y tabernas,
donde arreglan con sangre las navajas
los negocios que emprenden las botellas.

La vecindad se estruja y se amontona
muriendo envenenada en las viviendas
sin aire, agua ni luz, sucias pocilgas
que hallarían incómodas las bestias;
y para alimentarse con bazofia,
de alubias, de patatas y de berzas,
que se venden en medio del arroyo
almacenadas en inmundas cestas,
es preciso gozar crecidos sueldos
ó saneadas y copiosas rentas;
¡tal valor alcanzó la mercancía
sin que nadie en el alza la detenga!

—¿Qué hace la autoridad?—dirán ustedes.—
¿No podría barrer las mujerzuelas,
las cestas sucias y las casas viejas?
los golfos, los matones, los mendigos,

Si que podría; pero ¿cuándo y cómo?
Desde el gobernador con excelencia
hasta el último agente intitulado,
de policía pública ó secreta,
todos trabajan siempre, noche y día,
en incesante y fatigosa brega,
vigilando las salas de espectáculos,
midiendo las ventanas y las puertas,
contando las colillas que se arrojan,
probandos llaves de la luz eléctrica,
poniendo multas, redactando oficios,
viendo, reloj en mano, cuándo empiezan
y cuándo se concluyen las funciones,
y atisbando si se hace la reventa
dentro del radio, ó fuera de la zona
y á qué precios están las delanteras...
porque esto es lo que importa á los vecinos,
á juzgar por sus ayes y sus quejas,
y de ahí las campañas persistentes
y las órdenes rápidas y enérgicas!

¿Y aún hay quien dice que Madrid no es
[culto?

¡Más que todos los pueblos de la tierra!
puesto que habita en miseras zahurdas,
come y bebe muy mal, y no protesta;
pero sale de ver *La Machaquito*
algo más tarde de las doce y media,
y le dice furioso al delegado
que aquello ¡vive Dios! no lo tolera.
¡Oh, público ideal, que por los goces
del espíritu olvida la menestra,
y con tal que le cuiden los teatros
no le importan la roña y la miseria!

30 Septiembre 1906.

LA ULTIMA MODA

Pues señor, se deduce claramente
de las actuales luchas y contiendas,
que hay librepensadores que no logran
saber de cierto lo que libre piensan.

Ahora han dado en decir que es su delicia
matar frailucos, arrasar iglesias,
freír monjitas y guisar monagos...
porque es *le dernier cri*, lo que se lleva!
sin ver que, con los hechos, contradicen
la hermosa teoría que sustentan:
declaran libre las ideas propias,
pero ponen un dique á las ajenas.

Un arzobispo, cuyo anillo beso,
dijo que, en su opinión, todo el que sea
católico, apostólico, romano
y no haga abjuración de sus creencias,
si contrae matrimonio solamente
ante el juez, no se casa, se amanceba...
¡y se alzaron las masas liberales
pretendiendo arrastrar á Su Eminencia!

De modo, que quedamos en que, ahora,
cuando han roto las almas sus cadenas,
todo español, excepto los obispos,
puede opinar en todo como quiera.

¡Pues hemos hecho un pan como unas hostias después de tanta bulla y tanta gresca! Si esa es la libertad del pensamiento que baje el Ser Supremo y que lo vea.

Verdad es que, en el fondo, ese conflicto ni es conflicto, ni importa, ni interesa. Se es *avanzado* porque *viste mucho*, como el reloj atado á la muñeca; pero hay hombre que chillá y se enardece renegando de estolas y patenas y, en cuanto tiene chicos, determina que les enseñen las primeras letras los frailes Agustinos ó Escolapios ó las monjas Clarisas ó Teresas, y en cuanto hay procesión ó rogativa se da el gustazo de llevar la vela...

Cierto será que en las naciones cultas ya no existen prejuicios ni pamemas; pero á Máximo Gorki allá en Chicago, Washington, Nueva York y Filadelfia, le negaron posada en los hoteles y la entrada en salones y academias, porque iba acompañado de una dama que tenía el aspecto de manceba.

16 Octubre 1906.

SALUDO

al propietario director de *La Prensa*, de Buenos Aires, don Ezequiel C. Paz, en la velada celebrada en su honor en la casa de *Blanco y Negro*.

! *BU y Blanco y Negro* me destinan el alto honor de comenzar la fiesta, saludando á la *Prensa bonaerense* por encargo y en nombre de la nuestra.

No tengo que decir que no merezco tal representación. Todos lo piensan; pues jamás delegado más humilde tuvo misión de tanta trascendencia.

Pero hagámonos cuenta de que, á veces, por un favor de la fortuna ciega, un soldado bisoño, oscuro y torpe la enseña santa de la patria lleva,

y á su paso los príncipes se inclinan, vibra el clarín y los cañones truenan, ¡que el último soldado es el primero cuando tiene en el puño la bandera!

Por eso acepto y el encargo cumplo: porque la suerte caprichosa ordena que, en tal solemnidad, se alce en mis manos el glorioso estandarte de la *Prensa*.

Salud, ilustre compañero. Vienes hasta nosotros de remotas tierras donde, en su juventud, la madre España sembró guijarros y nacieron perlas. Se bien venido, y que contigo lles cordial abrazo de amistad sincera

para nuestros hermanos periodistas que hablan y escriben nuestra propia lengua.

Diles de nuestra parte, cuando cruces las olas encrespadas y revueltas de ese mar, que las naves españolas azotaron audaces las primeras,

que en el viejo solar, que han de vastado turbiones y pedriscos, aún alientan la hidalguía y la fe que florecieron del vetusto castillo entre las piedras,

y que en el pecho de la madre vive, á pesar de las luchas y las guerras, el amor de los hijos que se fueron fundido en el amor de los que quedan.

Di también á la América española que aquí esperamos que de allá nos vengan aires de juventud y de alegría

que el vigor de la raza nos devuelvan,

porque el añoso roble carcomido en la llanura gris se agota y seca, y es eso lo que España necesita, que la prestéis vosotros ¡savia nueva!

Ve, pues, en paz, ilustre compañero; yo inclino en honor tuyo la bandera, y saludo á la *Prensa bonaerense* por encargo y en nombre de la nuestra.

5 Noviembre 1906.

NUESTRO JARDIN

Triunfan los bandoleros andaluces en las llanuras fértiles de Estepa, y corren en romances sus hazañas, gallardías, desplantes y proezas.

Son dos héroes *Pernates* y el *Vivillo*, de empuje, de bravía, de fachenda, que "escapan á la acción de la justicia" y, á espaldas de la ley, se burlan de ella porque el mismo infeliz á quien maltratan les ama, les admira, les venera, y han logrado que miles de personas les ayuden, encubran y protejan.

Gritan los diputados en las Cortes, claman los periodistas en la *Prensa*, pidiendo el exterminio de esa plaga que á la nación sonroja de vergüenza, y en "el piélago inmenso del vacío" se pierden el clamor y las protestas, mientras los hombres graves aseguran que somos la irrisión de Europa entera...

¡No hay que tomarlo á pecho! Es probable que si esos bandoleros no existieran, y no fueran verdad, por consiguiente, su generosidad y su guapeza,

nos conviniera á todos inventarlos; tal como aquella Suiza pintoresca que creyó Tartarín tramoya pura para atraer la gente forastera.

Tienen de España las demás naciones la visión de un país de pandereta,

donde llevan madroños en las faldas
y navaja en la liga las duquesas,
y van los picadores por las calles
vestidos con el traje de faena,
y hay bandidos que matan á los hombres
y convidan á dulces á las hembras.

Los extranjeros ricos nos visitan
en busca de aventuras novelescas,
viendo en cada español con quien se topan
un torero, un matón ó un niño de Ecija.

¿No es ésta la verdad? Pues cultivemos
nuestro jardín, y siga la leyenda.
¿Cuando aquí no haya toros ni bandidos,
ni las ratas trasponen las fronteras!

En toda Europa culta cuecen habas;
en Alemania, en Francia, en Inglaterra
no faltan los ladrones en cuadrilla
que sorprenden, asaltan y saquean:

pero éstos de sombrero de catite,
manta al hombro y retaco en bandolera
que por esos caminos de herradura
van amparando viudas y doncellas
los célebres bandidos generosos
que se gastan con rumbo en francachelas
lo que roban en pueblos y cortijos...
son frutas del país, ¡son cosa nuestra!

Por ellos somos alguien en el mundo
y á vernos vienen de lejanas tierras,
y llueven sin cesar libras y francos
que nos van sanando las pesetas.

¡No hagáis caso, Gobiernos previsores,
de las lamentaciones de la Prensa!
¡No cojáis al Vivillo y á Pernalles!
¡No agotéis esas fuentes de riqueza!

14 Noviembre 1906.

LA LOGICA INFLEXIBLE

Artistas, literatos, las almas superiores
que admiran nuestras glorias, del arte enamoradas,
elevan á diario protestas, que se borran
como las suaves brisas se pierden en las Pampas.

A todos enfurece la bárbara codicia
de ruines mercaderes, logreros sin entrañas,
que van dilapidando riquísimos tesoros,
recuerdo de grandezas orgullo de la raza.

Parroquias, cofradías, cabildos y concejos,
al arte de otros siglos han vuelto las espaldas,
y cambian cuando pueden por libras esterlinas
iglesias y castillos, sus joyas legendarias.

Sepulcros y tapices, diademas y casullas,
maravillosos cuadros, magníficas estatuas,
un día y otro día traspasan las fronteras
probando de sus dueños la estúpida ignorancia.

Y en vano se lamentan del cínico despojo
los que aman todavía las cosas venerandas,
¡los francos y las libras, los marcos y los dollars,
se llevan la leyenda deshecha y desgarrada!

Pero es inevitable. Poetas y oradores
predican á los pueblos la salvación de España

si mata á Don Quijote, si entierra á Don Rodrigo,
si los vestigios borra de añejas memorias...

¿No es eso? Pues huyamos de ensueños y quimeras;
¿á qué adornar la historia con epopeyas falsas?
Romparamos los sepulcros de reyes y guerreros,
la espada de Lepanto, la enseña de las Navas...

—¿Para avanzar—se dicen concejos y cabildos—
la herrumbre de los tiempos estorba y embaraza?
Pues siga la almoneda. La vida no requiere
ni cuadros, ni banderas, ni mármoles, ni estampas.

Y excitan al ojeo por criptas y retablos,
que van dejando limpios logreros sin entrañas,
que cambian lentamente por libras esterlinas
la púrpura y el oro del manto de la patria.

29 Noviembre 1906.

ULTIMA RATIO

Si la humanidad progresa
se nota poco: sin duda
por designio de los cielos
y en castigo de sus culpas.
Los hombres de las cavernas
se disputaban las frutas,
y las cuevas, y las pieles
con los dientes y las uñas;
y después de tantos siglos
de ciencias, artes é industrias,
cuando la razón parece
que venció, al fin, en la lucha,
y triunfaron los cerebros
sobre las musculaturas,
sigue, bajo la levita,
la americana ó la blusa
viviendo el mismo salvaje
dominado por la furia,
que apela al palo y las piedras
para acabar las disputas.

Ved, si no, lo que sucede
cuando los hombres se juntan
para defender ideas
ora claras, ora turbias.
Sus discursos son ataques,
sus argumentos injurias,
y los más suaves predicán
la violencia á las turbas.
Ahora mismo se discute
con inaudita iracundia
si nos faltan ó nos sobran
frailes, obispos y curas,
y como los que peroran
más que razonar, insultan,
se acaban las conferencias
con alboroto y con bulla,
y hay entre ¡muera! y ¡viva!

sus intermedios de tunda
con guijarros por el aire
y estacas en las alturas...
Si hoy los librepensadores
contra los conventos bufan
y al que piense lo contrario

le amenazan con la tumba,
 mañana los clericales,
 encalabrados, juran
 que van á empezar á tiros
 si en la discusión no triunfan.
 Estos dicen á los suyos
 que siempre que se reúnan
 lleven un par de pistolas
 de dos cañones ocultas,
 y aquéllos, públicamente
 á los obreros anuncian
 que, si salen las señoras
 más ó menos linajudas
 á enseñar no sé qué pliegos
 á la soberana augusta,
 deben salir dando gritos
 también á la vía pública
 y chafarlas los sombreros
 y estropéarlas las plumas...
 y en iguales circunstancias
 se arman las mismas trifulcas,
 por si éstos piensan que verdes
 y los otros que maduras,
 en Francia y en Inglaterra
 y en Alemania y en Rusia,
 en los pueblos atrasados
 y en las naciones más cultas.
 Y es que no hay que darle vueltas,
 la humanidad disimula
 su barbarie, y el progreso
 no la extirpa, la atende;
 pero si se rasca un poco
 surge el hombre de las grutas
 con sus hachas de granito
 y sus lanzones con púas,
 y en asuntos baladés
 y en discusiones profundas,
 como postrer silogismo
 se emplea la fuerza bruta!

28 Diciembre 1906.

ENERO

Mes en que el sol centellea
 en los campos de esmeralda
 que una espléndida guirnalda
 ciñe, adorna y festonea,
 y en que guarda el bosque umbrío
 bajo un dosel de verdura
 la bienhechora frescura
 del fecundante rocío:
 mes en que el limpio horizonte
 que limita la alta cumbre
 parece bañado en lumbré
 que abrasa el valle y el monte,
 y los gérmenes de vida
 que con el viento batallan
 crecen, se esponjan y estallan
 en la atmósfera encendida...
 ¡Dios bendiga tus hermosas

noches claras y serenas,
 oh mes de las azucenas,
 los claveles y las rosas,
 en que nos brindan amores
 plácidos, dulces y suaves,
 con sus arrullos las aves,
 con sus aromas las flores...

En forma tan peregrina,
 si están los versos de moda,
 cantarán á Enero... en toda
 la República Argentina.

1.º Enero 1907.

LOS REYES MAGOS

—Es, hijo, la poética leyenda
 perenne manantial de ideas nobles.
 A adorar á aquel niño,
 á quien brindaban con sencillos dones
 pastores y zagales
 y rústicos y humildes labradores,
 vinieron de las tierras del Oriente,
 ¡las más ricas y fértiles del orbe!,
 tres reyes poderosos, que traían
 el séquito brillante de su corte.
 La regia caravana,
 como serpiente enorme
 de púrpura y de piedras deslumbrantes,
 cruzó los valles y salvó los montes,
 por llegar ante el hijo de María
 y ofrecerle en magníficos tibores
 olorosos perfumes de la Arabia
 y perlas finas en dorados cofres.
 —Porque era Dios el que nacía y ¡claro!
 ¡como es emperador de emperadores!...
 —Fero venía al mundo en el pesebre
 de un establo de adobes
 y daban á entender, al humillarse,
 obedeciendo las divinas órdenes,
 que el mundo iba á cambiar; que, destruidas
 del oro y del poder las altas torres,
 iban á ser, al adorarle juntos,
 tolos iguales, reyes y pastores.
 —¿Todos iguales dices?
 —¡Todos hijos de Dios y todos hombres!
 Borradas en la paz castas y clases,
 fundidos en su amor los corazones...
 —¿Eso los reyes magos significan?
 Pues han cambiado mucho desde entonces.
 —¿Por qué lo dices, hijo?
 —Porque ahora
 recorren todo el mundo en una noche
 y, al hacer el reparto de juguetes
 en puertas y ventanas y balcones,
 suelen dejar vacíos
 los zapatitos de los niños pobres.

6 Enero 1907.

LA FALDA DE BARROS

Se han quejado cronistas muy distinguidos de que en los carnavales ya fallecidos con un placer insano muchos varones han colgado en la percha los pantalones, y se han echado encima telas *plisadas*, se han puesto tentadoras medias caladas, se han arreglado el busto con almohadillas y se han rizado el pelo con tenacillas. ¡Soltad vuestras injurias, lenguas mordaces! ¡Ya no son varoniles ni los disfraces y no quieren vestirse los caballeros de gitanos, de moros ni de guerreros! Apenas queda un mozo que no quisiera, en vez de ser soldado, ser costurero para que le siguieran los estudiantes diciéndole piropos interesantes.

El hombre que se pone corsé de raso y anda por esas calles, menudo el paso, lánguida la mirada, tiernos los ojos y plegando con mimo los labios rojos, aunque, por disimulo, diga que es broma es ¡ay! un... decadente como una loma que aprovecha esa clase de diversiones para que se conozcan sus aficiones. ¿Y las han demostrado, según la cuenta, de cien enmascarados más de noventa que, por lo visto, sueñan con ricos trajes, pañuelos de Manila, sedas y encajes? ¡Pues basta! Sea el casco de nuestro escudo un sombrero de niña morrocotudo, con un sigueme-pollo como cimera... ¡y una falda de barro nuestra bandera!

14 Febrero 1907.

CATILINARIA

¡Desdichado país en que se ciernen las nieblas del atraso y la ignorancia, y el sol vivificante del progreso no puede con sus rayos disiparlas! ¡Aún palpita en las almas de sus hijos el espíritu ruin de Torquemada, despótico, cruel y sanguinario... ponzoña que corroe su entraña! Condenado a morir está ese pueblo, fiero torrente convertido en charca, y si no rompe en impetuoso avance le arrollará la humanidad en marcha... ¡No! no es posible tolerar que ahora, llenas de herrumbre las antiguas armas, hundidos los castillos señoriales y destruidas las leyendas falsas, haya sobre la tierra un pueblo solo, vivo recuerdo de épocas infaustas, baldón del mundo, que en la ley distinga castas y clases en la especie humana. ¡Todos los hombres son iguales, todos! la razón y el derecho los igualan,

y no han de separarlos diferencias de ideas, de colores y de razas...

Esto diría á gritos toda Europa pidiendo á Dios la destrucción de España que, en pleno siglo veinte, detenia la civilización, con leyes bárbaras, si hubiera puesto un muro en sus fronteras y cerrado las puertas de sus aulas para que algunos hombres, por el crimen de haber nacido en el Japón, no entraran.

Pero no ha sido España, el pueblo torpe de los torreadores y las majas, el que vió en la vigésima centuria que hay en la humanidad clases y castas. Para España no hay negros ni amarillos, ni á los hombres distingue por su patria, que á todos reconoce sus derechos sin fijarse en el tinte de sus caras. Los que inventaron esas clases fueron los Estados Unidos, salvaguardia de toda libertad, recio baluarte de las instituciones democráticas que el progreso á los pueblos atrasados imponen por la fuerza de las armas... ¡y luego dictan leyes que no rigen ni en las incultas tribus africanas!

21 Febrero 1907.

EL RESPETABLE PUBLICO

Por si Pepita Sevilla (¡lo bueno y olé su madre!) á quien conozco tan sólo por las tarjetas postales, hizo una noche ó no hizo simbólicos ademanes que para pechos hidalgos envuelven ofensa grave, se armó una marimorena tan estruendosa y tan grande, que hasta tuvieron los guardias que desenvainar los sables.

Después, una numerosa procesión de protestantes discurrió á las altas horas por las vías principales, con el propósito firme de que sus quejas llegasen á las humildes cabañas y á los dorados alcázares... ¡Manifestación nutrida que no ha presenciado nadie cuando se hundió nuestra escuadra destruida por los yanquis! Sentíase cada quisque con ganas de merendarse por lo menos una pierna de bailarina en vinagre, y para calmar su enojo, todas las autoridades

prometieron dos docenas
de castigos formidables,
y, aplicando fuertes multas
á empresarios y danzantes,
los echaron en las garras
de jueces y de fiscales.

Todo ello fué porque Pepa,
en los espasmos de un baile,
no ponía aquella noche
toda la salsa picante,
y muchos hombres con barbas,
serios, sesudos, formales,
que habían ido al teatro
con el fin de solazarse,
querían más molinetes
de canallesco donaire,
y mucho "¡Vaya mi niña!",
y mucho "¡Zurra, que es tarde!",
y como no se lo daban
aullaron como salvajes
dirigiendo á las artistas
epítetos mal sonantes.
Una se amoscó, ¡qué diablos!,
las mujeres no son ángeles,
y les hizo aquella seña
con un candor inefable,
por lo cual, airada Themis,
alzó su espada al instante
y... ahí está la bailarina
á las puertas de la cárcel.
—¡Bien hecho!—la dicen todos—
¡para que otra vez no faltes
al respeto que merece
público tan respetable!

28 Febrero 1907.

¡VIVA LA LIBERTAD!

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
locuaz declamador, á verme vino
en punto de las diez... ¡No! no era eso
lo que yo iba á decir. Era otra cosa.
Era que, como el vate enamorado,
rumor de besos y batir de alas,
oigo el sordo murmullo de la hueste
que avanza á derribar los viejos moldes,
y el corazón me late de alegría.
¡Van á morir los versos rutinarios!
¡La añeja poesía encasillada
como los diputados provinciales
está mandada retirar! ¡Bien hecho!
¡Rompeamos de una vez esas cadenas
que atan la inspiración y la comprimen
para que los maestros del idioma
no digan á su gusto lo que quieren!
No hay que contar las sílabas, oh jóvenes,
con la imaginación ni con los dedos;
no hay que aconsonantar... ¡Viva la prosa
rítmica, pero libre! Si Tibulo
levantara de pronto la cabeza,

¡con qué placer vería destruídas
las trabas de pirrquios y espondeos!
Y ¡qué bien va á sentarles la reforma,
si se llega á implantar, á los que tienen
que ganar el sustento con la pluma!
Aun hoy se pasa un padre de familia,
devoto de las viejas tradiciones,
agitado y febril, las horas muertas
buscando un consonante que le falta
para ganar un duro honradamente...
Pero si triunfa al fin (y así los dioses
compasivos y amables lo permitan)
el ideal que perseguimos todos,
¡ya no habrá quebraderos de cabeza!
se versificará como quien lava
y uno podrá decir lo que quiere
sin tropezones y sin miedo al ripio.
¿No será esto mejor? ¿Hay quien lo dude?
¿No es noble empeño el de romper las mallas
que aprisionaron al fecundo Lope
y atosigaron al divino Herrera?
Pues aunque no lo sea ¡qué demóngano!
¡siempre será tarea meritória
la de quitar obstáculos á un hombre
para que pueda estar haciendo versos,
aunque no diga nada entre dos platos,
hasta el día del juicio por la tarde!

7 Marzo 1907.

CONFITEOR

—Me acuso humildemente, señor cura,
de estar enamorado
como jamás lo estuvo criatura...
¡No! ya sé que el amor no es un pecado
si es, como el mío, noble, tierno y puro
y, sin embargo, padre, estoy seguro
de que con ser tan puro, noble y uerno
me va á costar las penas del infierno.
—Y eso ¿por qué lo sabes?
—Porque, aunque esta pasión es santa y buena,
lleva detrás de sí larga cadena
de grandes culpas y delitos graves.
La mujer á quien amo está tan alta
que no podrá saber cuánto la adoro
si no subo hasta ella, y me hace falta
una escalera con peldaños de oro...
Odio por eso á quien lo tiene; creo
que soy capaz de la mayor vileza
por lograr este afán de la riqueza
que sirve de acicate á mi deseo,
y sólo el miedo al terrenal castigo,
que pudiera alcanzarme de algún modo,
detiene al criminal capaz de todo
que, á causa de mi amor, llevo conmigo.
Yo, padre, soy cristiano
católico, apostólico romano;
y siempre he respetado la memoria
de la que me dió el ser, que está en la gloria...
pues bien; me acuso ahora de que ciego
por la rabia brutal que me tortura,

atribuyo á los dos mi desventura
¡y de mi madre y de mi Dios reniego!
Ya ve, pues, que este fuego que me abrasa
las esperanzas del perdón me quita,
porque deja tras sí, por donde pasa,
una estela maldita...

.....
¿Se calla, padre?

—Sí; te estoy oyendo

y nada digo porque no te entiendo.
Amas á una mujer, y eres un hombre:
no pone lo imposible una muralla
que te impide avanzar en la batalla
por la fortuna, y el amor y el nombre;
no se alzan ante ti sagrados votos,
no es Dios ¡el mismo Dios! el que te oprime,
ni el alma agarrotada llora y gime
con los resortes de la vida rotos,
¡y vienes á contarme el sufrimiento
que te causa una culpa imaginada!
¡Infeliz! no conoces el tormento.
Yo te absuelvo. Ve en paz. Eso no es nada.

21 Marzo 1907.

DE ESPECTACULOS

Vaya mi enhorabuena un poco retrasada
para el autor ilustre de *La copa encantada*,
ese "cuento zumbón de magia y burlería
de cuando un arte amable á todos sonreía",
que algunos han tomado por reto ó desafío
y castigarle quieren haciéndole el vacío...

Ya puede, sin embargo, reírse de la gente
malévola el ingenio sutil de Benavente
que corre, agudo y fino, por todas las escenas
como caliente corre la sangre por las venas.
¡Ay! de milagro el cuento se salvó de la grito.
Aquel acre perfume de fragancia exquisita
ni llega á todas partes, ni está para el olfato
de los que ven comedias para pasar el rato.
El varón concienzudo recapacita y piensa
que en el cuento de Ariosto se le hace grave ofensa
¡y hasta hay espectadores que dudán un momento
si reprimir al punto tan grande atrevimiento
sería conveniente, para bien de Talía,
que rechaza esos cuentos de magia y burlería!

El caso es que en los siglos en que las almas rudas
el honor defendían con espadas desnudas
y el culto de las damas ardiente y fervoroso
profesaban los hombres con celo religioso,
á todos encantaba y á nadie daba miedo
burlesca y retozona la musa de Quevedo,
que con frases punzantes, sin pararse en vocablos,
trataba á las doncellas lo mismo que á los diablos.
¡Y ahora, cuando ahitos de goces y placeres
los hombres ya no guardan respeto á las mujeres,
y dudando que existan demonios ni doncellas
ni luchan contra ellos ni se matan por ellas,
es cuando anda la gente, mohína y amoscada,
diciendo perrerías de *La copa encantada*!
¡Y, en cambio, el auditorio se recrea y aulla

en el teatro nuevo de escándalo y de bulla
en que, al triunfar, empuercan el templo de Talía
sandez y desvergüenza, barbarie y grosería!
Desgraciado es el pueblo que sólo se divierte
si en el manjar le ponen un condimento fuerte,
y á quien autores hueros dominan con la audacia
vendiéndole por chiste la obscenidad sin gracia.

.....
Confo en que el ingenio sutil y picaresco
que hoy lucha con el tango soez y canallesco,
logrando que se imponga la magia de su encanto
dominará la escena triunfador. Entretanto
vaya mi enhorabuena, un poco retrasada,
para el autor ilustre de *La copa encantada*.

11 Abril 1907.

EL DOS DE MAYO

Y van roncas las mujeres
empujando los cañones.

LÓPEZ GARCÍA.

Gran cosa fué el heroísmo
que, entre estampidos y voces,
llevó á morir á las majas
y á los manolos de entonces,
que ¡ilusos! por una idea
al parecer santa y noble,
hicieron aquel esfuerzo
colosal, inmenso, enorme,
para detener el paso,
ante unas tapias de adobes
á soldados aguerridos
y en cien lides vencedores.

Horroroso fué el combate,
brutal y sangriento el choque;
pelearon como fieras
las mujeres y los hombres
y, al fin, los vencidos fueron,
en revueltos pelotones,
prisioneros por el día,
fusilados por la noche...

Fué de la homérica hazaña
grabado el relato en bronce
que no podrán ser eternos
porque el tiempo los carcome,
y á los vates que lanzaron
sus patrióticos apóstrofes
tachan de cursis y hueros
las otras generaciones.
Borraron, al fin, los años
las huellas de la hecatombe:
impetuosos huracanes
derribaron altas torres,
y no faltan, más bien sobran,
espíritus superiores
que piden que se supriman
revistas y procesiones.
¡Es eso tan... europeo!
¡Se lleva tanto en Osborne
y en Chicago y en Ginebra

y en Stokolmo y en Londres
sonreirse de las glorias
de los héroes españoles,
que aquí es casi de mal tono
hablar de Bailén y Mostoles!
De modo que es conveniente
convenir, mientras no soplen
otros vientos, si es que soplan,
en que fueron unos zotes
las majas y los manolos
que acuchillaron dragones,
puesto que es, todo el que muere
por la patria, un alcornoque.
Ya se sabe que el que quiera
ser, en los tiempos que corren,
europeo y avanzado,
tiene que acatar las órdenes
y enarbolar la bandera
triunfadora en todo el orbe
con el lema consabido:
"¡Sólo de pan vive el hombre!"

2 Mayo 1907.

ENTREMÉS LÍRICO

ESCENA ÚNICA

Decoración de mar helado. A lo lejos se ven algunos témpanos sueltos que no cantan, aunque tratándose de una revista no tendría nada de particular, y el público se traga el canto tan gustosamente. Luz de aurora boreal, pero cúllese de avisarlo en los carteles, no sea que el Gobernador, como el de marras, a que se trata de un incendio y cierre el teatro. Al lizarse el telón empieza la música y salen por la derecha, andando pausadamente y con precaución, como si temieran que se resquebrajara el hielo, el Oso 1.º y Coro de Osos.

CORO. A lucir nuestro mérito,
que es único y es solo,
sobre témpanos frígidos
venimos desde el Polo.

Oso 1.º ¿Y vamos á Apolo?
No seas pistolo.
¡No sabemos si al Circo,
la Zarzuela ó Apolo!

(Evolucionan marcando el paso y lanzando gruñidos hasta quedar en filas, con el Oso 1.º al frente, según uso y costumbre.)

Oso 1.º Seguidme, pues,
sin vacilar (1)
y os diré dónde vamos
á debutar.

CORO. Puedes empezar.

(Mientras el Oso 1.º canta lo siguiente, el coro se contonea con cierto garbo, moviendo á un lado y á otras cabecitas, como no pueda menos de suceder cuando se trata de cosas marítimas ó fluviales.)

Oso 1.º Ansioso de gloria,
sediento de fama,
mi cueva de hielo
sin pena dejé.

CORO. Ohé, ohé...

Oso 1.º Un público culto
me pide y me llama
porque en los autores
no tiene gran fe.

CORO. Ohé, ohé...

Oso 1.º Y las empresas se disputan,
¡viva el placer! ¡viva el amor! (1)
nuestro gallardo continente,
nuestro gruñido seductor.

CORO. ¡Viva el placer!
¡viva el amor!
Voy á tener
mucho calor.

Oso 1.º Con zarzuelitas y entremeses
no se resuelve la cuestión,
y si no alterna con las fieras
no da el ingenio ni un botón.

CORO. ¿No da un botón?

Oso 1.º No da un botón.

CORO. ¡Qué lamentable situación!

Oso 1.º Por eso en otra temporada,
según me ha dicho un marsupial,
después de *Carmen* y *Lohengrin*
habrá elefantes en el Real.

CORO. No está eso mal.

Oso 1.º ¡Qué ha de estar mal!

TODOS. ¡Eso sería el ideal!

(Otra evolución y tornan á quedar en fila.)

Oso 1.º A fuerza de empeños
que Dios sabe solo,
triunfó la Zarzuela
del Circo y de Apolo.
Pero no os asustéis
y cese vuestro afán,
que donde no nos tengan
nos falsificarán.

CORO. Que patatín,
que patatán.

Oso 1.º Y ahora saludemos
al genio vencedor
con una apoteosis,
que va á ser lo mejor.

(Campana chinesca. Desaparecen las pieles como por encanto y los osos polares quedan convertidos en mujeres desnudas. Resulta que el Oso 1.º es la tiple y los demás el coro de señoras.)

CORO. Daba la piel
mucho calor.
¡Viva el placer!
¡Viva el amor! (2)

(Otro golpe de campana. Sobre los démanos del fondo aparecen más mujeres, tan desnudas como las primeras, y unas y otras forman artísticos grupos en la forma que más rabia le dé al domador, ó sea al director de escena. Es de suponer que el auditorio se destronque de gusto y que el empresario se relama al ver que ha logrado unir, en productivo consorcio, los animalitos y la sicalipsis. Cae el telón muy lentamente para que los espectadores gocen á sus anchas del arte supremo.)

9 Mayo 1907.

(1) Esto de «sin vacilar» es de precisión en todo cantable que se estime en algo.

(1) Esto parece que no viene á cuento; pero al final tiene una explicación satisfactoria.

(2) ¡Ven ustedes cómo todo se justifica en el mundo!

DE LA PRADERA

Al salir del bosque umbrío
(dos chopos y tres acacias)
que las ondas cristalinas
del Manzanares retratan,
después de aspirar un rato
la atmósfera embalsamada
y en la fuente milagrosa
llenar un botijo de agua,
torno á Madrid cabizbajo,
con la sensación amarga
que una magnífica fiesta
deja siempre cuando acaba.
Pero traigo, á más del polvo
de la Pradera y las bascas
del vino y los resquemores
del aceite en la garganta,
la idea de que el beato
San Isidro, que Dios haya,
debe ser patrón, no sólo
de Madrid, sino de España.
¡Aquel labrador humilde,
de conciencia pura y sana
que, orando á Dios, ofrecía
todo el amor de su alma
mientras proseguía un ángel
la labor que él descuidaba,
es, en su candor sublime,
el símbolo de la patria!

El espíritu del santo,
batiendo invisibles alas,
sin cesar recorre nuestros
valles y nuestras montañas.
Por eso los labradores,
cuando necesitan agua,
para pedirle la lluvia
de su sepulcro le sacan,
y esperan que de las nubes
venga á sus tierras el agua
porque, rezando, se ahorran
el trabajo de regarlas.

Siguen siendo las conciencias
puras, y limpias y sanas
y rectas las intenciones
y candorosas las almas,
y oran los hombres de hinojos
con las mismas esperanzas,
abandonando el arado,
la podadera y la azada.
Pero el milagro no viene,
que en la estepa catalana
la simiente no germina
si no hay quien los surcos abra,
y sólo espinas y abrojos
brotan de la tierra ingrata,
porque han cambiado los tiempos
y los ángeles no aran.

16 Mayo 1907.

SE DAN CONTRAJUDIAS

Son un modelo de nación moderna
los Estados Unidos,
á los que deben gratitud eterna
y admiración profunda los vencidos,
y es, en cambio, esta España decadente,
según en ella misma se declara,
un país atrasado, que consiente
que le rijan el látigo y la vara.
Régimen de convento,
de oraciones, ayunos y cilicios
en que la libertad del pensamiento
se castiga con bárbaros suplicios...
A causa de esta fama de salvajes
que nos hace sufrir tantos ultrajes
si el dueño de un hotel de Barcelona
Sevilla ó Santander, Cuenca ó Gerona,
no quisiera admitir á dos viajeras
creyentes en Mahoma ó en Lutero,
¡cómo nos batirían el panderero
en todas las naciones extranjeras!
"¡Montjuich! ¡la inquisición! ¡Raza de moros
fanática y cruel, cuyo destino
es perecer ahogada en sangre y vino,
pensando en la navaja y en los toros!"

Esto y más, sin asombro de las gentes,
nos dirían, en lenguas diferentes
los mismos que han leído
ó han podido leer hace unos días
que un posadero yanqui ha despedido
á dos señoras... ¡porque son judías!
y, si me apuran, han tomado el caso
por signo de progreso, y no de atraso.

Tengamos el consuelo
de que tal injusticia clama al cielo.
Un día es Gorki, que á probar fortuna
llega á New-York, y porque creen que lleva
consigo á su manceba,
no encuentra alojamiento en parte alguna:
otro son los alumnos japoneses
echados de los centros de enseñanza,
y entra el Mikado en danza
y dura la cuestión un par de meses,
y otro dos damas, muy señoras mías,
que tienen que largarse pian piano
por el grave delito
de creer que Jesús no es el Mesías.

Aunque en España, y en buen hora sea,
no ocurre ha muchos años nada de eso,
la opinión europea
nos declara incapaces de progreso,
y mientras crece la leyenda odiosa
de nuestra intolerancia religiosa
que nos lleva á la muerte, corrompidos
por la ponzoña de la llaga interna,
los Estados Unidos
son un modelo de nación moderna.

23 Mayo 1907.

PLAYERAS

I

Las gaviotas vienen,
 las gaviotas pasan
 como los placeres, como los pesares,
 y las ilusiones, y las esperanzas.
 Vedlas cómo vuelan,
 veloces y raudas,
 y en el fino encaje
 de la espuma blanca,
 bajando de pronto, se rozan la punta,
 la punta, la punta,
 la punta del ala!
 Así de su cárcel rompiendo los muros
 entre los ensueños y las añoranzas
 sin saber qué quieren, sin saber qué buscan,
 por el infinito
 corren nuestras almas.
 A veces se pierden en nubes plumizas;
 se borran, se quiebran, se parten, se atascan,
 y solas y tristes
 y mustias y lacías,
 lanzan a la noche perpetua del caos
 sus quejas, sus quejas,
 sus quejas, sus ansias,
 y á veces encuentran en cielos rosados
 las almas hermanas,
 y en ellas se funden,
 con ellas se abrazan
 y el germen fecundo de amores eternos
 entregan al viento, la tierra y el agua.
 Las gaviotas vienen,
 las gaviotas pasan...

II

Las gaviotas vienen,
 las gaviotas pasan,
 y son el encanto de la playa extensa
 en las horas grises
 y en las horas glaucas,
 cuando en el espíritu
 se agitan y saltan
 los recuerdos plácidos,
 las ideas vagas
 de mundos sin forma, de dioses sin trono,
 de seres sin cuerpos, de monstruos sin patas...
 Tal vez allá lejos
 la nave que avanza
 rompiendo las olas
 que rugen airadas,
 henchida contempla de júbilo inmenso
 las aves que anuncian las costas cercanas,
 así como el hombre que cruza la vida
 marchando entre escollos por cauces de lá-
 grimas,
 ve que, revolando,
 le atraen y le llaman
 ingravidas sombras,
 extraños fantasmas

que un mundo ignorado de paz y de ensueño
 en las horas grises nos envía y manda.

Las gaviotas vienen,
 las gaviotas pasan...
 ¡Y esto es poesía,
 lo demás es agua!

15 Agosto 1907.

BARBARIE

Ha muerto otro torero.
 Soñó con los honores,
 el oro, los aplausos
 los ¡vivas! y los ¡oles!
 y le borró los sueños
 como á otros muchos pobres,
 la sangre de sus venas
 saliendo á borbotones.
 La fama veleidosa
 no esculpirá su nombre
 para ensalzar proezas
 en mármoles y bronce,
 y á que el recuerdo triste
 se esfume, pierda y borre,
 ayudarán hazañas
 de nuevos campeones,
 que lucirán airosos
 sus trajes de colores,
 haciendo ante las fieras
 galleos y recortes,
 cuando en la arena ardiente
 donde la sangre corre,
 valientes y gallardos
 peleen otros jóvenes
 que buscan las riquezas
 blandiendo los estoque,
 la multitud, ansiosa
 de los cuentos goces,
 aplaudirá rugiendo,
 sin acordarse entonces
 de los toreros muertos
 en los brutales choques.
 Verdad que no es extraño
 que el pueblo se alborote,
 que de emoción palpiten
 al par los corazones...
 porque la lucha es grande,
 porque ante el riesgo enorme
 del miedo, las cadenas
 el entusiasmo rompe,
 y entre el bullicio loco
 se olvidan los horrores
 y agítanse las almas
 tornándose feroces,
 mientras el coso atruena
 silbidos, maldiciones,
 estruendo de palmadas
 y estrépito de golpes.
 Lo extraño es que, perdidas
 las fuertes sensaciones
 y llena ya de sangre
 la copa hasta los bordes,

no surja una protesta
de horror ante ese joven
que yace en un camastro
como una masa informe.
¡Y aún sigan esas fiestas
muy típicas, muy nobles,
pero en las cuales pierden
la vida tantos hombres!

22 Agosto 1907.

LA ENTENTE CORDIALE

Hemos perdido la memoria todos,
lo cual, si bien se mira, es una lástima.
Pronto va á hacer diez años, allá lejos,
pasado el Océano que surcaran
las naves de Colón, ante las cuales
otro mundo surgió de entre las aguas,
alentada por hijos de españoles
triunfó la rebelión contra la patria.
Pero no triunfó sola. De repente,
casi á traición, sin razonar la causa,
se lanzó á intervenir en la contienda,
con el poder del oro y de las armas,
con ejército y flota formidables,
la más grande nación americana.
Agotada la nuestra en largos años
de lucha desigual, cruel y bárbara,
la victoria era fácil, si es victoria
el robo sin protesta ni batalla
y se pueden poner en las banderas
coronas de laurel que no se ganan.
España se quejó. Su voz entonces
se alzó vibrante de dolor y rabia
pidiendo amparo, con la mano exangüe
crispándose en el puño de la espada.
Y un instante, uno sólo, vacilaron
los pueblos conmovidos. ¡Sub!vaban
la conciencia del mundo, honrada siempre,
tal injusticia y tan soberbia audacia!
Pero Inglaterra, no. Para Inglaterra
pudo más el instinto de la raza
y consintió, con implacable veto,
que el despojo brutal se consumara.

.....
Hey... leed los discursos de los lores;
"Probado—dicen—nuestro amor á España
una á las dos naciones lazo estrecho
y vivan juntas y felices ambas."
Y aquí, estallando de infantil orgullo,
saborean con gozo esas palabras
los que aún lloran la muerte de sus hijos,
los que aún las deudas de la guerra pagan.
Lo dicho, dicho está. Por esta tierra
ni las desdichas ni los siglos pasan.
Hemos perdido todos la memoria;
cosa más triste que perder la memoria.

7 Noviembre 1907.

FILOSOFICAS

Dos hombres sobre una tabla
quedaron en un combate,
y en vez de gritar: "¡Socorro!"
gritaron: "¡Al abordaje!"

—
El niño espolea al tiempo
porque le crezca la barba,
y el hombre se desespera
cuando se le pone blanca.

—
Llamamos aquí atrasados
á los moros y á los turcos,
¡y tienen trece ó catorce
mujercitas cada uno!

—
Desean que las conozcan
buscando novio las chicas,
y ya no encuentran ninguno
cuando son muy conocidas.

—
No escribas nunca comedias
si quieres vivir dichoso,
porque se gana dinero,
pero se envejece pronto.

—
La señora que ha escogido
una cocinera fina,
se expone á que su marido
no salga de la cocina.

—
Fui diez años estudiante
y cuando volví á mi casa
sabía... hacer carambolas
de retruque por tres tablas.

—
¡Cuánta gente distinguida
se abona, por darse tono,
para anunciar en seguida
que se cede medio abono!

14 Noviembre 1907.

SURSUM CORDA (1)

¡Ay! del estreno
de la comedia de Benavente
¡cómo salieron!
¡cómo salimos
cuantos escriben para el teatro,
cuantos queremos
hacer pinitos!
Sin ilusiones, sin esperanzas,
todos confusos,
todos vencidos
por el talento del hombre ilustre
que obtuvo el triunfo
definitivo.

(1) Con motivo del estreno de *Los intereses creados*.

Quién más, quién menos, midió sus fuerzas,
y hablando á solas
consigo mismo,
se dijo: "¡Tate! que á esas alturas
aunque te empees
no llegas, hijo".
¡No! no se llega. Y el noble esfuerzo
para lograrlo
será baldío.
que el más valiente, cuando consulta
con su conciencia,
se encuentra chico.

Pero ¡qué diantres! allá, en el fondo,
no es mala gente
la del oficio.

y el entusiasmo, sincero y grande,
prendió en los pechos
enardecidos.

y ante el pujante poder del genio,
todos humildes,
todos sumisos,
arrebatados por la corriente
batieron palmas
los enemigos.

¡Era la patria que resurgía
viril y fuerte
borrando siglos,

y de sus tumbas se levantaban
Cervantes, Lope,
Quevedo y Tirso!

Con la victoria de Benavente
todos triunfamos,
todos vencimos,

que á los soldados también alcanza
parte de gloria
de los caudillos.

Día de fiesta fué para España,
que entra en la lucha
con nuevos bríos.

y acaso pronto decir podremos
los espafíoles
grandes y chicos:

"De los poetas, los humoristas,
los dramaturgos
y los satíricos",

no hay en Europa quien valga tanto
como los nuestros,
¡como los míos!

12 Diciembre 1907.

EN HONOR DE BENAVENTE (1)

Del pueblo que algún día, cruzando las fronteras,
llevó por todo el mundo triunfantes sus banderas,
cuando agotado y débil y á punto de acabar,
pose en el áureo plectro la descarnada mano
y arranque vibraciones de un arte soberano

(1) Leída en un banquete celebrado en la casa de Blanco y Negro, también con motivo del estreno de *Los intereses creados*.

decid, aunque esté muerto, que va á resucitar.

Jamás ha sido signo la excelsa poesía
de ruina y de amargura, de duelo y de agonía,
sino palpable prueba de fuerza y de vigor,
y tras de los egregios caudillos de las artes
va la guerrera hueste, que lleva á todas partes
el hálito sublime del genio creador.

Las armas y las letras marcharon siempre juntas,
que las espadas godas llevaban en las puntas
alegres cascabeles del misero juglar,
y los guerreros moros de nuestra Andalucía,
enarbolando á un tiempo la guzla y la gúmba,
sobre ágiles corceles lanzábanse á luchar.

Abramos, pues, tranquilos, el pecho á la esperanza,
que allá, en la lejanía, la juventud avanza
cantando en frases rítmicas la vida y el amor,
y el brío de la raza despierta con sus cantos
y surgirán tras ella los héroes y los santos
que van, por ley eterna, siguiendo al trovador.

¿No oís? Ya llegan. Vienen en filas apretadas
poetas y soldados con cítaras y espadas
y traen para la patria coronas de laurel.

Ya la brillante tropa tiene un caudillo al frente...

¡Viva España! Y no quiero nombrar á Benavente
porque, al decir caudillo, ya estoy hablando de él.

19 Diciembre 1907.

CONDICION HUMANA

"La navaja y la taberna
son la deshonra de España,
la causa de nuestro atraso
y el veneno de la raza."

Yo no soy quien lo asegure,
que de ello no sé palabra,
y afirmación tan concreta
merece ser meditada.
Lo he leído muchas veces.
¡Se han hecho tantas campañas
por insignes escritores
de todas clases y castas
contra el uso tolerado
de las copas y las facas,
que ya se enteran los niños
casi desde la lactancia
de que serán despreciables
si se meten en las tascas
y llevan en los bolsillos
el acero que degrada!

En la sociedad es miembro
podrido todo el que gasta
las clásicas herramientas
de gran puño y hoja larga
que, ó sirven para hacer Jaño,
ó no sirven para nada,
porque, al llevarlas, revela
fiero instinto y mala entraña.
Y el que al coqueo continuo
descontentado se lanza,
y con palabras soeces
y groserías de cuadra

goza faltando al respeto
creyendo que hace una gracia,
merece, según los cánones,
si no el presidio, una albarda.
Esto, y más, se ha escrito siempre
por plumas autorizadas,
atacando á los gobiernos
que, impasibles, toleraban
tales evidentes pruebas
de barbarie y de ignorancia,
y pidiendo algún remedio
que pusiera coto á entrambas.

Pero hete que llega un día
en que se ponen en práctica
algunas disposiciones
que, sin llegar á anularla,
la salvaje Independencia
de los borrachos coarta,
y en que declarando ilícito
el comercio de las armas,
se persigue y se castiga
á quien las lleve y las haga,
defendiendo así el derecho
de quien no rife ni mata.
Y entonces ¡ay! se nos mete
la compasión en el alma,
pensando que, si las órdenes
se cumple á raja-tabla,
acaso los taberneros
no puedan tener ganancias,
y se arruinarán los pobres
fabricantes de navajas.

2 Enero 1908.

TEATRALERIAS

I

Igual que á los toreros
les pasa á los actores:
se marchan á provincias
y no los hay mejores.
¿*Debutan* en tal parte
ó estrenan cualquier cosa?
La, dama ¡qué talento!
la tiple ¡qué graciosa!
Parece que á su paso
los pueblos se recrean,
los bombos se suceden,
los sueltos menudean
y el éxito es enorme,
tremendo, colosal...
Yo no he leído nunca:
"Fulano estuvo mal".

II

Público inocente:
siempre que te opones
ó con los silbidos
ó con los bastones
á que de matute

pase una gansada,
sabe que con eso
no consigues nada.
Porque los autores
todos se rebelan
y en su fuero interno
siempre se consuelan
demostrando, como
cinco y dos son siete,
que hay reventadores
ó eres un zoquete.

III

No hay grandes dramaturgos
en activo servicio
para los que pretenden
seguir el mismo oficio.
¿Que son hermosas obras
las que hace Benavente?
¡Jabón de los amigos
y embustes de la gente!,
en opinión de un pinche
que ha escrito en la cocina
un drama describiendo
la muerte de Agripina.
¿Que son buenos autores
los Alvarez Quintero?
¡Mentira *pajolera*!,
según un cordelero
que tiene un sainetillo
que pasa en Algodor,
y que es un acabado
cuadrito de color.

IV.

Si al hacer comedias
buscas el dinero
puede que lo encuentres
abundante; pero
cuando llegue el día
de acabar la historia,
te será difícil
encontrar la gloria.
Y es, en cambio, fácil
relativamente,
sí con fe trabajas,
no para la gente,
sino porque el arte
sabe á gloria pura,
que halles el dinero
por añadidura.

9 Enero 1908.

¡BOMBO VA!

Es opinión de los hombres,
en cuanto les salen canas,
que "siempre el tiempo pasado
fué mejor." Por mi desgracia
brillan ya en mi cabellera

bastantes hebras de plata
y, con perdón de Manrique,
tengo la opinión contraria.
Sí; para el que al espinoso
campo del arte se lanza,
la época actual es cien veces
preferible á la pasada,
porque no hace muchos años
adquirir una mediana
reputación ¡qué fatigas
y qué sudores costaba!
Y ahora, sin gran esfuerzo,
con un apunte, una mancha,
un soneto, un cuentecillo
ó un diálogo sin substancia,
los periódicos benévolo,
que admiten cuanto les mandan,
le declaran á cualquiera
gloria nacional ¡y á casa!

En mis tiempos, el neófito
que venía de la Alcarria,
pongo por caso, tenía
que probar tesón, audacia,
una paciencia sin límites
al correr tras de la fama
y, por de contado, méritos
bastantes para alcanzarla.
Y antes de encontrar la senda
libre y desinteresada,
¡sabe Dios las ilusiones
que perdía entre las zarzas!
Hoy llega un pollito imberbe
de Toledo ó de las Pampas;
publica en cualquier periódico
donde no le ponen trabas,
unas elucubraciones
sobre el estado del alma,
ó un libro de tonterías
en prosa amezacotada,
ó estrena una pieza insulsa,
ó dibuja en una tabla
dos árboles y un borrego...
¡y hay volteo de campanas,
y banquetes, y retratos,
tamboriles y dulzainas!
¿Que el cuadro es un esperpento?
¿Que la pieza es simple y sandía?
¿Que la *poesía* es hueca
y los versos que la *esmaltan*
ó son cojos, ó son largos
y no quieren decir nada,
martillean los oídos
y destrozan la gramática?
No importa, Vargas elogia
á Sánchez, Sánchez á Vargas,
y unos con otros se mezclan
en un coro de alabanzas,
se adjetivan y se adulan
se *bombean* y se ensalzan.
¡Todos son grandes é ilustres!
¡Todos honran á la patria!
Los críticos no protestan,

el público los aguanta,
y aunque el bombo los fastidia
los unos y el otro callan.
¡Aquí no se *pega* á nadie
por muy zoquete que salga!
¡Y todavía se queja
la juventud!... ¡Si esto es Jauja!

23 Enero 1908.

LOS MOLDES NUEVOS

Las jóvenes almas de los poetas muchachos
hemos convenido en que son unos mamarrachos
los antiguos, y en que es excelente cosa
escribir los versos en prosa.
Yo estoy encantado con el sistema. Creo
que el ritmo es luz, esquema, volcán, deseo
lujurante. Yo amo. Tengo el ánima niña,
y aunque me la arropa con su negra basquiña
la noche del dolor, yo sigo mi camino
cantando mi canción, que parece un desatino.
De América ha venido un barco cargado de
vates, llenos de entusiasmo y de fe,
que nos han enseñado en un periquete
á prescindir de la cadencia y del sonsonete;
y agradecidos los de la vieja Europa
en su honor alzamos nuestra copa,
porque el nuevo molde de fina delicadeza
nos quita muchos quebraderos de cabeza.
Así no me cuesta ni cuatro maravédises
pintar de mi espíritu las sensaciones grises
producida por las miradas hondas
de una rubia grácil de crenchas blondas.
Porque estas vaguedades son como el tul. Yo amo,
y de la escala del placer el tramo (1)
luminoso en que estoy, me parece hueco
como neblina de un atardecer seco.
Y ¿quién lo describe, esfuma y sublima
con las cadenas ferruginosas de la rima?
Porque ese amor es tenue, ingrátido, Flota.
La poesía robusta de mandoble y cota
de maciza y uniforme estructura,
se hunde en su plácida blandura
de ensueño violáceo, y mientras le quita
la fragancia enardecente y exquisita
rasga sus neblinas opalosas
y aventa su perfume de rosas.
Por eso he visto el cielo abierto
con la flamante fórmula. El amor incierto,
vago y neblínico, es lógico que pida
canciones sin ritmo, substancia ni medida,
y lo podrá ensalzar, en noches de luna,
sin laúd gótico ni guzla moruna,
cualquier flamante sereno fashionable
de los que van á tener lanzón y sable...

27 Febrero 1908.

(1) Me ha salido un endecasílabo sin querer. Ustedes perdonen.

IGUALDAD. FRATERNIDAD

El voto de las mujeres ha vuelto á ser discutido con motivo de una enmienda de tal ley, en tal artículo. Tema es este que en el mundo tratan ya grandes y chicos: quién en puro *pitorreo*, quién en discursos magníficos y quién con ciertos reparos, salvedades y distingos, que lentamente se exponen en conferencias y libros. Y el discutible problema no debe ser, á mi juicio, tal problema discutirle en el vigésimo siglo. Los hombres somos muy chuscos. Sin más ni más, dividimos la humanidad en dos clases y nos quedamos tranquilos. Una clase: nuestro sexo, el inteligente, el listo, el fuerte, el amo, el que manda y usa del libre albedrío, y tiene derechos, y hace las leyes que han de regirnos y libremente dispone las cosas á su capricho. Otra clase: la segunda, la del sexo femenino, el débil, el siervo, el torpe, sin otro fin conocido que obedecer sin protestas y aguantar el sambenito comiendo lo que le demos y criando á nuestros hijos. Modestamente acordamos escritores y ministros, magistrados y filósofos y generales y obispos, que las manos varoniles pueden, sin grave peligro, llevar del mundo las riendas en su viaje al infinito, y los dedos sonrosados de las mujeres, son dignos únicamente del huso y el encaje de bolillos. Nuestros cerebros son gloria y orgullo de quien los hizo, los de nuestras madres, hijas y esposas, son desperdicios... y firmes en este acuerdo, legislamos, prohibimos, y esposas, hijas y madres no pueden decir ni pío;

¡y pronto hará dos mil años que predicó Jesucristo, que todos somos iguales ante Dios único y trino!

19 Marzo 1908.

CONFITEOR

Me acuso, padre cura, de ser, por vocación, trasnochadora, lo cual va á ocasionar mi desventura. ¡De ordinario cometo la locura de no acostarme hasta rayar la aurora! —Pues, hija, haces muy mal. No te conviene faltar á los preceptos de la higiene; pero eso no es pecado y, en conciencia, yo no puedo imponerte penitencia porque no hay mandamiento que señale el momento en que se ha de acostar todo cristiano, católico, apostólico romano. —Ya comprendo de sobra que no es grave pasar la noche en claro, señor cura. —Pues entonces...

—Espérese que acabe, y cuando sepa, al fin, lo que no sabe mudará de opinión. Estoy segura. —Sigue, pues.

—Es el caso que, aunque yo pongo decidido empeño en cambiar de costumbres, como paso las horas muertas sin rendirme al sueño, me encuentro débil y, si tengo gana, ceno opíparamente á las dos ó las tres de la mañana, ¡y mi naturaleza se resiente! —¡No se ha de resentir! Sigue, hija mía, porque hasta ahora no hay pecado.

—Pero...

es que suelo cenar en compañía de un hombre, que es quien paga al camarero. —¿Qué dices?

—La verdad.

—Pues te condenas sobre acortar tu vida, si de raíz no cortas en seguida ese maldito vicio de las cenas. Huye á la tentación si has de salvarte y detente en el borde del abismo. Avisa á ese hombre hoy mismo que vaya á cenar solo en otra parte. —Sí que lo haré, pero ¡ay! se me figura que no adelanto nada, señor cura, porque mi situación es tan extraña que... en fin...

—¿Es que no quieres?

—Es que el que me acompaña suele ser diferente cada día... ¡somos tan veleidosas las mujeres! —¡Acabáramos ya! Pero, hija mía, ¿por qué no empiezas por decir lo que eres?

16 Abril 1908.



Con vuelo audaz cruzó la cordillera
el águila imperial. De sus victorias,
traía por troteo entre las garras,
sangrando aún, el corazón de Europa.
Pero volvió arrastrándose vencida,
rotas las alas, humillada y hosca,
porque España era... España, y en el mundo
Don Quijote y el Cid hacían sombra.
Hoy que los doctos para el pueblo cierran
las tumbas de los héroes, si torna
el águila á cruzar los lirineos
tal vez no vuelva con las alas rotas,
que son los hechos legendarios fuente
de donde mana el ansia de la gloria
y ¡ay de la patria si cobarde gime,
de sí reniega y la leyenda borra!

2 Mayo 1908.

2 DE MAYO DE 1908

Hace un siglo y fué ayer. Sombras augustas
cruzan por los angostos callejones,
cuyas casas vetustas
temblaron en tremendas convulsiones
al ronco trepidar de los cañones,
y aun vibran los chillidos estridentes
de las turbas de majas
que avanzaron terribles, imponentes,
suelto el pelo y abiertas las navajas,
á cortar al tirano de la tierra
las áureas bridas del corcel de guerra.
Todavía se advierte
la huella que dejó junto á la fosa
el reguero de sangre generosa
de aquella raza varonil y fuerte,
y entre quejidos débiles é inciertos
allá lejos se escucha
el rumor de los pasos de los muertos
que recorren el campo de la lucha...
Fantasmas del pasado, en todas partes
surgen entre las ruinas enterradas,
y en las manos crispadas
levantan los gloriosos estandartes,
lanzando por las órbitas vacías
brillante llama de encendida tea,
que de la patria el corazón caldea
con el loco entusiasmo de otros días.
¡Abrasáos en ella! Himnos guerreros
vigoricen las almas españolas,
porque no han de morir pueblos enteros
donde todos los hombres son chisperos
y todas las mujeres son manolas,
y, cara al porvenir, hagamos votos
de restañar la sangre de la herida,
pongamos hierro á los lanzones rotos
y á cobrar el honor, que es nuestra vida.
¡Despierta, España, y cuando arriba llegues
torna á probar qué castas de varones
se cobijan aún entre los pliegues
de tu púrpuro manto, hecho jirones!

2 Mayo 1908.

LOS HABLADORES

El arte de la oratoria
es un arte refinado
que dicen que nos ha dado
bastantes días de gloria,
y yo creo que estaría
la nación de otra manera
si el tal arte no se hubiera
inventado todavía:
porque como aquí no medra
nadie más que los audaces,
que son, al hablar, capaces
de conmover á una piedra,
todos tiran á lograr
que aplauda la turba multa
de páparos, y resulta
¡que no se hace más que hablar!
Cuénense las reuniones,
asambleas importantes
y Juntas interesantes
que tenemos en funciones,
y comprenderá cualquiera
que es necesario y urgente
poner un dique al torrente
de palabrería hueca.
Los discursos ampulosos,
propios de los sacamuelas
que venden en las plazuelas
elixires prodigiosos,
nos perjudican, nos roban
tiempo para otros cuidados
y deben ser castigados
por el pueblo á quien emboban.
El día en que el auditorio
de algún orador brillante,
al ver el menor despalnte
lírico declamatorio,
suba furioso al tablado
y le aplaste las narices...
seremos todos felices
y España se habrá salvado.
Pero ¡ay! lo que es por ahora
y aunque á todos interesa,
no se ven indicios de esa
revolución redentora,
y hará fracasar los planes
la fuerza de la costumbre
que arrastra á la muchedumbre
detrás de los charlatanes.
Estamos en las Batuecas.
En cuanto un caballerete
lanza al aire seis ó siete
frases rotundas y huecas,
ensartando desdichos
en imágenes baratas,
le siguen mil papamatas
como borregos merluos.
Lamentan su suerte luego...
¡pero no hay poder humano
que redima á un ciudadano
que se empeña en ser borrego!

28 Mayo 1908.

PROLOGO

PARA SER RECITADO EN UNA FUNCIÓN TEATRAL
BENEFICA

He aquí las Musas. Del sagrado bosque raudas descienden y á nosotros llegan con sus coronas de laurel y mirto y en impalpables túnicas envueltas. Brindanse generosas á mostrarse con toda su magnífica belleza si sus perfumes exquisitos pueden calmar dolores y borrar las penas. Que el arte es siempre espléndido. A su paso surgen tesoros, brotan las riquezas y luego á manos llenas se reparten entre los desdichados de la tierra.

La excelsa poesía, que en rubíes del pobre histrión los abalorios trueca y con varita mágica convierte los cascabeles del bufón en perlas, pródiga ofrece en las humildes chozas lo que tal vez en los palacios niega, y cantando el amor entre los hombres hace olvidar al mundo sus miserias.

Tal como antaño el viejo peregrino, relatando romances y leyendas limosna en los castillos demandaba para darla después en las aldeas, hoy el arte, fingiéndose mendigo, llama también en las doradas puertas y el pan y abrigo que á los hartos sobran á los hambrientos y desnudos lleva. ¡A eso vienen las Musas! Elevemos los corazones al gozar con ellas, ya que á ejercer la caridad bendita desde las cumbres del olimpo llegan.

29 Mayo 1908.

EL DESENCANTO

Maltrecho llega el trovador. La lluvia, cual si trajera un dardo en cada gota, le pincha el rostro; el huracán azota la ensortijada cabellera rubia, y de las cuerdas del laúd mojadas no arrancarán los dedos ateridos notas dulces, alegres, inspiradas, sino estridentes y ásperos chirridos... ¿Cómo empezar la serenata? Ruge brava la tempestad; cuando en el seno de la plumiza nube estalla el trueno, tiembla la selva y el castillo cruje, y cuando el viento zumba y entera la montaña se estremece con estertores de volcán, parece que todo se desploma y se derrumba.

Pero ella estará allí: tras la ventana, que fugaz el relámpago ilumina, se oculta su belleza soberana, y el pobre enamorado la adivina desvelada y atenta,

curiosa y anhelante de oír, entre el fulgor de la tormenta, suspiros tiernos del cantor errante... Y canta, al fin, el trovador. El brío de la pasión que estalla lucha contra el turbión y contra el frío y á entrambos vence en desigual batalla. Vibran los ecos del amor ardiente como notas de un himno de combate sobre la voz potente del huracán, que el robledal abate, y el mancebo aterido espera á cada instante oír el ruido que produce, al abrirse, la poterna, donde acaso la hermosa castellana, con sus labios de grana, le ofrece el premio de su trova tierna.

.....
Cuando, al fin, la tormenta se deshace ante el vivo fulgor del sol que nace, queda diáfano y limpio el horizonte, ve el trovador con ojos espantados tranquilo el viento y silencioso el monte, que su canto de amor, el que atrevido triunfó del huracán y de los hados..., se ha estrellado ante el muro derruido de un castillo desierto, guarida de asquerosas alimañas que duerme el sueño eterno entre montañas, como gigante centinela muerto. Y al contemplar estéril y baldía la dulce poesía que redime princesas encantadas, cae rendido y reniega de su canto, vertiendo amargo llanto sobre las cuerdas del laúd mojadas...

25 Junio 1908.

LO TIPICO

Cuatro plazas, cuatro anillos, cuatro ruedos, cuatro cosos para lidiar reses bravas tiene Madrid en su torno. Los que temen que se pierdan, arrastrados por lo exótico, las costumbres y los rasgos de nuestro carácter propio, pueden descansar tranquilos, que ni el boxeo ni el polo rendirán la fortaleza de este castillo famoso. La sangre de los caballos seguirá formando arroyos que rieguen y fertilicen las alamedas y sotos, y el torero que se luzca por su suerte ó por su arrojo prendidos los corazones llevará en sus abalorios. No importa que el poderío

disminuya poco á poco
y que á la nación la roben
pedazos del territorio;
lo típico se conserva
incólume y vigoroso,
como á través de los siglos
lo han conservado los moros.
Mientras haya picadores
con castoreño redondo,
frailes con sayales pardos,
partidas sueltas de *golfos*
pobres que pidan limosna
con ademán orgulloso,
chulos que corten la cara
como quien suelta un piropo
y en la sierra y los cortijos
algún bandolero que otro,
pueden venir sobre el mundo
catástrofes y trastornos.
¡Siempre la patria del Tato,
Lagartijo y el Potoco
será más digna de estudio
que California y el Congo,
y aunque nos vengzan *aaños*,
sajones ó visigodos,
seguiremos siendo alegres,
bravucones y devotos!
Madrid surgirá flamante
de entre sus mismos escombros
si no mienten los profetas
que están al tanto de todo,
y, para empezar, le ciñen,
como espléndidos adornos,
un cinturón de conventos
y otro de plazas de toros...
¡Así, al renacer la villa
limpia de mugre y de polvo,
entre esos dos cinturones
estará como en un trono!

16 Julio 1908.

VERANIEGAS

Mi amigo don... (aquí el nombre,
pongamos don Hilarión)
es lo que se llama un hombre
de regular posición,
que habita un piso tercero
de la calle de Serrano,
abrigadito en Enero,
bastante fresco en verano
y con el espacio justo
y la amplitud suficiente
para que vivan á gusto
el inquilino y su gente.
Claro que don Hilarión,
defendido por su renta,
no tiene la precisión
de salir, si el sol calienta,
á la oficina ó la obra

donde necesitan ir
los que no tienen de sobra
dinero para vivir.
El, si se le antoja, pasa
las horas de gran calor
tranquilamente en su casa
cerca de un ventilador,
y en cuanto llega la noche
pasea en la Castellana
ó se da una vuelta en coche
por donde le da la gana.

Bueno, pues don Hilarión,
en cuanto llega el estío,
toma una sofocación
de padre y muy señor mfo,
si no habla mal de la vida
malsana de las ciudades
y no abandona en seguida
todas sus comodidades
marchándose en cualquier tren
á parar á cualquier fonda
á comer lo que le den,
¡tal vez en mesa redonda!
y á dormir en un pasillo
ó en un cuarto muy pequeño
entre un baúl, un hatillo,
dos maletas y un barreño.
Comprenderá lo que cuestan
los cambios en las costumbres,
que las pulgas le molestan
y que la playa echa lumbres;
pasará el día aburrido
dando vueltas por la calle
buscando algún conocido,
y espetará á cuantos halle,
mientras se limpia el sudor,
las frases consoladoras
de: "¡Compadtre! ¡qué calor...
hará en Madrid á estas horas!
Aquí tenemos la suerte
de que por la tarde hay brisa.
¡Yo llevo una almilla fuerte
debajo de la camisa!"
Pero no dirá que pasa
mucho peor el verano
que si estuviera en su casa
de la calle de Serrano.

.....
.....
Esto hace don Hilarión
solamente por tener
la pueril satisfacción
de darse tono al volver,
creyendo que me hace daño
cuando me dice engreído:
—¿Usted no ha salido este año?
Nosotros sí hemos salido...

13 Agosto 1908.

LA CONQUISTA DEL AIRE

La humanidad avanza en el camino de perfección, cayendo y tropezando, gracias á los desvelos de unas cuantas docenas de inventores y de sabios. Lo grande y lo pequeño, los mundos que recorren el espacio y las múltiples fibras invisibles de los glóbulos blancos, van por igual mostrando sus secretos, que pronto dejarán de ser arcanos, á los ojos del hombre, que escudriñan sin cesar, sin fatigas ni desmayos. Ya la costra terrestre es patrimonio de las locomotoras y los autos que, rápidos, la cruzan y ruedan por montañas y barrancos; ya el indómito mar no es indomable, sino que gime del vapor esclavo y sin piedad le azotan las hélices potentes de los barcos, y ya, en fin, triunfador de la materia el espíritu humano las distancias borró. Dueño del éter las ondas aprisiona y doma el rayo. Sólo falta volar, y este problema que costó tan terribles desengaños, á punto está de resolverse. Pronto no tendremos envidia de los pájaros. Pero ¡qué triste condición humana! Funcionan los primeros aparatos y en todos los países se hacen pruebas con fe, con decisión, con entusiasmo para alcanzar el triunfo decisivo... no por el bien incalculable, magno que ha de venir tras él, sino porque esa prodigiosa invención será artefacto formidable de guerra, arma terrible que arrasará los pueblos y los campos. ¡Ay! no se busca el medio de comunicación, fácil y rápido, que va á llevar la vida á todas partes, y á implantar por la fuerza el libre cambio borrando las fronteras que separan á los hijos de Dios, á los hermanos, destruyendo los gérmenes de lucha y fundiendo á la par razas y Estados. Se busca el instrumento de dominio, la fuerza bruta y el impulso bárbaro que pueda destruir impunemente fuertes y buques, muros y soldados. Y es que el hombre es así. Tiene en la sangre el virus corruptor del ángel malo y camina hacia el bien, pero queriendo mandar, dictar las leyes... ¡hacer daño!

20 Agosto 1908.

FIN DE ESTACION

A las personas vulgares, vanidosas, presumidas, los meses del veraneo ¡qué satisfacciones brindan! Duerme la literatura, se estrema la política, no hay estrenos, no hay sesiones curiosas y entretenidas y para hacer un diario sudan pez los periodistas que carecen de materia de discusión y de crítica. Y esta es la ocasión que tienen aprovechable y propicia para echar el cuerpo fuera dando señales de vida, señoras y caballeros que por hacerlo se pirran surgiendo de entre las sombras de una existencia anodina.

Hay espacio disponible, quedan columnas vacías para que los noticieros á sus amistades sirvan, y abruman á los lectores las parrafadas macizas conteniendo las siguientes interesantes noticias: "Han salido: para Vigo, las de Ruiz y las de Bringas; para su quinta de Muros, que es una preciosa quinta, nuestro amigo el señor Pérez y su apreciable familia; para Biarritz, el conde de la Vega de Canillas, que en el mes de Octubre piensa dar una vuelta por Suiza, y la viuda de Morales con sus hermosas sobrinas Ernestina, Luz, Amparo, Presentación y Pepita..." Y así sucesivamente se va estirando la lista, sin que el suscriptor comprenda la importancia grande ó chica que de pronto adquieren tantas personas desconocidas, que en cuanto asoma el invierno se oscurecen y no brillan, como si el frío acabara con su bambolla ridícula. Como el comercio, en Septiembre, por fin de estación, liquidan los periódicos los últimos retales de tontería. "Los señores de González

y sus adorables hijas,
se trasladan á Cestona
desde Urberuaga de Ubilla;
han regresado á Toledo
los marqueses de Aguas Tibias
y ha comprado un automóvil
el señor Sánchez Malpica."

Y después... nada. El silencio
que envuelve á las medianías
cubre hasta el próximo estío
con mantos de percalina,
á marqueses, condes, duques,
las de Ruiz y las de Bringas
que nos dieron tales datos
de su interesante vida...

3 Septiembre 1908.

TENTACION

Pensando en un señor de aspecto grave
que al salir por la noche de la tienda
la declaró su amor, entre miradas
y suspiros preñados de promesas,
se durmió Soledad, la modistilla
más guapa del taller, la que revueltas
tiene siempre legiones de estudiantes
y al retortero ejércitos de horteras.
A poco, entre las sombras, surgió el diablo.
Pero no el Satanás de la leyenda,
negro, rabudo y de afiladas uñas,
sino un demonio de gentil presencia
que, amable y sonriente, ante sus ojos
extendiendo un collar de limpias perlas,
la dijo:—Soledad, eres hermosa.

—Ya lo sé.

—Vengo aquí para que sepas
que las mujeres como tú, que tienen
el soberano don de la belleza,
son el único adorno que los cielos
se han dignado poner sobre la tierra.
—También lo sé. ¿Qué más?

—Que es un delito

que nadie puede perdonar en ellas,
ocultar en la sombra sus encantos
y sumir su hermosura en las tinieblas.
Tú no mandas en ti. Te exige el mundo
que por el sacrificios tu modestia
y la gracia divina de tus ojos
brinde placeres y destruya penas.
¡Busca el sol, delicada florecilla
cuyo perfume embriaga y embelesa,
y brillen, al besarte con sus rayos,
tus pétalos finísimos de seda!

—¿Dónde vas á parar con el discurso?

—A que debes triunfar como una reina
en lugar de servir como una esclava
á quien la imbécil multitud desprecia.
Sabe que á nuestro alcance la fortuna
una vez en la vida se presenta
y no suele volver. Siempre más tarde

hora su insensatez quien la desdén.

—¿Y quien ha sospechado? ¿quien ha dicho
que la fortuna que yo espero es esa?

—Es que no hay otra, niña. Ser dichosa
fundir el oro, amontonar riquezas,
dominar el orgullo de los hombres
y ocasionar la envidia de las hembras.
Cuando ciñas tu cuello con brillantes,
cuando cubran tu cuerpo ricas telas
serás buena y hermosa... ¡Nunca ha habido
belleza ni virtud en la miseria!

Dijo y se fué, dejando la ponzoña
de su discurso en la gentil doncella
que, al huir la visión, siguió soñando
con anillos, collares y diademas
de esmeraldas, diamantes y rubíes
que arrojaba á sus pies á manos llenas
el caballero que la habló de amores
al salir por la noche de la tienda.

Camino del taller, al otro día,
la detuvo, plantándose en la acera,
una joven astrosa, demacrada,
con un chiquillo macilento á cuestas.
—¿No me conoces, Soledad?—la dijo.
—¿Quién eres?

—Asunción, la costurera.
—¿Cómo! ¿tú así? ¿Por qué?

—Por casi nada.
Por ver en sueños un collar de perlas.

4 Septiembre 1908.

TEATRALES

En la ficción del teatro
los años no entran en cuenta.
La dama tiene cincuenta
y el galán sesenta y cuatro...

Opera española,
buen camino llevas,
¡pero buen dinero
se pierde en las pruebas!

Yo no sé si, cuando silba,
el público acierta siempre;
lo que sé es que, cuando aplaude,
se equivoca muchas veces.

¡Libranos, Dios de Israel,
de que un actor ó una actriz
acierte á dar á un papel
interpretación feliz,
porque es fácil que se engría
en el mismo punto y hora
y forme una compañía
para actuar en Zamora!

Ante las payasadas
generalmente
no hay público severo
que se resista,
porque debemos todos
tener presente
que tiene el escenario
mucho de pista.

Juzgan con cierto rigor
los que van á los estrenos
á burlarse del autor,
porque el que más y el que menos
piensa que lo hace mejor.

Hay pollo que sueña
con la Petronila,
que hace medio siglo
que canta en la fila.

Para demostrar la parte
que suele tomar Cupido
en las batallas del arte,
siempre habrá un desconocido
que, metiéndose á empresario,
se gaste una millonada
por el afán temerario
de hacer tiple á una criada.

¿Se estrena una zarzuela?
Pues yo no faltó;
pero, por si hay romanza,
llevo el *Heraldo*.

Hay autor acreditado
de atrevido y de valiente,
porque, teniendo el cuidado
de marchar con la corriente,
halaga á la galería
que enaltece á quien la halaga,
¡y nunca fué valentía
la adulación al que paga!

17 Septiembre 1908.

DE RE LITERARIA

Que en un periódico serio
de circulación muy grande,
cualquier crítico eminente
de autoridad indudable
te ponga sobre las nubes
en noble y sincero arranque,
y en letras como garbanzos
te elogie, aplaúda y ensalce
comparándote con Tirso,
Calderón, Lope ó Cervantes...
y tú gozarás, si quieres,
del *bombo* en tus soledades,
dado caso que lo compres,
lo recortes y lo guardes;
porque si piensas que el mundo

se entera de lo que vales
para que tus obras *queden*
y los envidiosos rabien,
¡ya estás fresco!; aquellas líneas
se publicaron en balde,
pues aunque el diario tiene
lectores de todas clases,
por casualidad en ellas
no puso los ojos nadie.
Pero que una gacetilla
de *El Grito de los Cesantes*,
que se imprime en Valderrábanos
y tira cien ejemplares,
trate en letra microscópica
de ofenderte y denigrarte,
diciéndote, por ejemplo,
que eres tonto de remate,
que escribes majaderías
sin prosodia ni sintaxis,
y que tu labor es una
colección de disparates...
y verás que, por milagro,
se enteran los habitantes
de las humildes cabañas
y los dorados alcázares,
y procuran que tú sepas
que hay en el mundo un infame
plenamente convencido
de que eres un badulaque.
Cien almas caritativas
te remitirán á escape
los cien recortes del suelto
pegados con goma ó lacre,
y cuatro mil conocidos
te detendrán en la calle
para exclamar indignados:
—¡Caramba! ¡Tengo un coraje!
¡Supongo que ya habrás visto
la sarta de injurias graves
que te dice en letras gordas
El Grito de los Cesantes!

24 Septiembre 1908.

DE MODAS

La capa española, graciosa, ondulante,
garbosa y ligera,
que en giros, revuelos,
regates y vueltas
llevaba en sus pliegues la gracia del mundo,
la sal de la tierra...
se marcha, se pierde,
la olvidan, la dejan.
Los tiesos gabanes, tan graves, tan serios,
las clases nivelan,
y condes y duques,
y dueños de tiendas,
y orondos burgueses,
y obreros y horteras,
se envuelven en tubos que cubren el cuerpo
de pies á cabeza,

y van por las calles
sin pizca de estética,
luciendo sin garbo
las amplias libreas.

La capa ondulante que, en tiempos pasados,
al pie de las rejas
gallarda y altiva
cantaba ternezas,
hoy, ya derrotada, se oculta, se esconde,
no luce ni ondea...
¡cualquiera diría
que tiene vergüenza!

La airosa esclavina, los limpios embozos,
los forros de seda,
los mil alamares,
cordones y trenzas
que fueron no ha mucho la gala y encanto
de rumbo y majeza,
son cursis, son feos,
¡ya nadie los lleva!

¡Oh capa! ¡la capa de nuestros mayores!
la típica prenda
de apuestos galanes
terror de doncellas,
de bravos manolos y chulos bizarros
con sal y pimienta...
te vas por la posta,
te rompen, te cuelgan.

¡Oh, tiempos! las capas corrieron el mundo
triunfantes, soberbias,
y ahora se esconden tan tristes, tan mustias,
las pocas que quedan...

12 Noviembre 1908.

DE BAILE

Hoy estoy afortunado.
Aquella gentil *Mascota*
me suelta una chirigota
siempre que pasa á mi lado
y quiere, por las señales,
que me atreva y me decida
á intervenir en su vida...
¡Qué distinción de modales!
¡Qué elegancia en las posturas!
A mí no me la da esa;
¡debe ser una duquesa
que anda buscando aventuras!

Un estudiante candoroso.

Hija, me tienen los hombres
más harta de desengaños...
Yo cambio todos los años
de disfraces y de nombres;
vengo unas veces morena
y otras rubia como el trigo,
y nunca llevo conmigo
nada que valga la pena.

Una pájara pinta.

¡En mis tiempos sí que había
máscaras interesantes,
y muchachas elegantes
y animación y alegría!

Todo el mundo daba bromas
y, teniendo buena mano,
no se marchaba un milano
sin cuatro ó cinco palomas.

Pero ahora no se saca
entrefenimiento alguno,
y á las tres se queda uno
dormido en una butaca.

Un sesentón teñido.

Estoy agobiada, loca,
consumida... ¡No es extraño,
con este trozo de paño
que se me mete en la boca!
Decía esta desgraciada
que el baile es muy divertido,
pero ella no ha conseguido
que nos conviden á nada
y ahí está y aquí me tiene...
¡Ah! pero yo la aseguro
que ni dando encima un duro
me trae al año que viene.

Una mamá postiza.

Arza, cuélgate del brazo.
Vas á bailar como un trompo
con este cura, ó te rompo
las muelas de un puñetazo.

Un animal de bellota.

¡Chica! ¡la mar de jaleo!
nos bebimos diez botellas
y Gil me soltó un boleo
que me hizo ver las estrellas.

María la Gorda.

Yo estoy reventado,
yo estoy medio muerto.
No conozco á nadie.
¡Cómo me divierto!

Juanito Beságués.

18 Febrero 1909.

CONFITEOR

—Señor cura, soy torpe, soy inepto
para vencer al diablo frente á frente
y vengo á confesarme solamente
por cumplir el precepto
y pasar por cristiano ante la gente.

Para que usted me entienda
confieso, ruboroso y humillado,
que comprendo de sobra mi pecado...
y no traigo propósito de enmienda.
Con lo cual dicho está que me condeno
porque usted, aunque es bueno,
jamás podrá absolverme. Por lo tanto,
nunca el Señor me llevará consigo
y con justicia me impondrá un castigo
de perpetuo dolor y eterno llanto.
Quiero que sepa usted que la pelea
rinde mi voluntad; quiero que vea
que al tridente del diablo tengo miedo.
aunque sé que es simbólico el tridente
y en él estoy clavado eternamente
porque quiero escapar... ¡pero no puedo!
¿Que acabe de una vez? Tardaré poco
porque es breve la historia:
Estoy enamorado como un loco
y esta locura, padre, sabe á gloria.
¿Que no se peca si el amor es puro?
Pues el mío lo es, y yo, sí peco,
y la constancia que á mi amada juro
retumba en las calderas como un eco.
¿Por qué? Porque me impele
á faltar al decálogo divino
y aunque la culpa de verdad me duele
á la culpa me arrastra mi destino.
Cristiano soy de limpia ejecutoria
y sé los mandamientos de memoria
como cualquier devoto penitente;
pero ¡ay! que amar á Dios manda el primero
sobre todas las cosas, y aunque quiero
cumplirlo exactamente
lo quiero en vano y de impotencia lloro.
Porque Luisa es tan bella
tan gentil, tan graciosa... ¡que no adoro
sobre todas las cosas más que á ella!

S Abril 1909.

AMOROSAS

I

Fuf de los que creían
que piaban de amor los ruisñores.
Hoy pasé de la edad de los amores
¡y no sé lo que dicen cuando pian!

II

El marido de Bruna
no es celoso ni fiero, por fortuna,
porque tendría que romper los dientes
á todos sus amigos y parientes.

III

¿Hoy no le pegas y te besa ese?
Pues mañana le pides que te bese.

IV

Blas ha dicho que mata á Beatriz
como llegue á cogerla en un desliz;

y ayer, cuando llamaron á la puerta,
la pobre Beatriz se dió por muerta.

V

Ayer de celos y de rabia ciego
á su nido de amores pegó fuego.
Hoy está fabricando el pobrecito
otro nido de amores más bonito.

VI

¿Que te han visto con Plácido en el huerto?
¡Pues que revienta Plácido si es cierto!

VII

En lugar de matar á Violante,
harto el marido se la dió al amante;
y el que, ajena, la amó con desvarío,
cuando suya la vió, murió de hastío.

VIII

Un beso por sorpresa
es una tontería del que besa.

IX

Ya sé que fuiste con Roque
á merendar al Vivero,
y luego la peinadora
te encontró hierba en el pelo.

X

Este fuego que el alma me enardece
no es, como en otros, pasajera llama
que el ansia enciende y el deseo inflama
y en el goce se apaga ó languidece.

Pasión que nace en mí jamás perece;
constante, si no fiel, soy á mi dama.
Es amor que en amores se derrama,
surgen los nuevos y el antiguo crece.

Ejemplo: si una rubia es mi tesoro
y dos morenas me parecen buenas,
yo no olvido á la rubia, pero adoro
con igual entusiasmo á las morenas...
¡Y es que me ha dado Dios alma de moro
donde caben las niñas á docenas!

XI

Dispensa, Julia mía,
si pinto mi pasión tan á deshora.
La música de amor arrulladora
es lo mismo que el pito del tranvía,
que se oye más de noche que de día.

XII

Sueña la hermosa Juana
que se casa con Pepe una mañana,
y queda, al despertar, la pobrecita,
una viuda ilusoria muy bonita.

XIII

A creer á unos cuantos calaveras,
no hay honor en casadas ni solteras...
¿Quién será el burlador? ¿Porque no han sido
los que yo he conocido!...

XIV

Sé que has visto á tu novio, picarilla,
porque tienes tabaco en la mejilla.

XV

Hoy que cumples diez años, niña Clara,
sabe que es muy difícil y engorroso
establecer la línea que separa
el beso del amigo cariñoso
del halago brutal, libidinoso,
que suele dejar huellas en la cara.

XVI

Quien lucha con un hombre, brazo á brazo,
no puede pelear con las mujeres,
porque matan mejor que un navajazo
cuatrocientas punzadas de alfileres.

XVII

Si echas algún piropo á la criada
te faltará el aceite en la ensalada.

XVIII

Tal me quiso Estefanía
vue por sus ruegos vencido
á con pesar al olvido
á otra mujer que quería.

Mas tal la quiso Vicente,
lo dijo con tal acento,
que me suplantó al momento...
y así sucesivamente.

XIX

Pegadito á las barras de tu reja
he visto á mi rival aborrecido.
Si rompe á hablar el hierro, y le aconseja,
apuesto á que te quedas sin marido.

XX

Por embustera, en tus labios
pondré un candado de acero,
que quitaré solamente
cuando se me antoje un beso.

XXI

Tomasa se ha escapado de su casa.
¡Caiga la maldición sobre Tomasa!
Se la llevó Facundo. Todo el mundo
murmura con envidia:—¡Ese Facundo!

XXII

—¡Es el diantre Manolo!

—¡Digo, digo!

¿Sabe usted lo que ha hecho? ¡Es más gracioso!

Seducir á la viuda de su amigo
al borde de la tumba del esposo.

XXIII

¡Para mí solo quieres estar hermosa!
¡Tú! que eres incitante y apetitosa
como hay en este mundo pocas mujeres
y tienes una cara como una rosa
y una sonrisa dulce, suave y graciosa
como eterno incentivo de los placeres.

Para mí quieres

aparecer más rica, más elegante;
como si á tus deseos fuera bastante
una pasión prendida con alfileres.
¡Dios te lo pague, reina de mis amores
si á mí sólo dedicas los esplendores
de tu belleza.

si para mí te adornan cintas y flores
y aroma de exquisita delicadeza...
Pero ¿es que de tu fuerza no estás segura?
¿Piensas hacer argolla de tu hermosura?
¿Por qué lo piensas, niña? ¿No eres mi dueño?
¿Tu amor no me adormece como el beleño
y aunque escapar quisiera volar no puede
porque ante tus hechizos se humilla y cede!
¿No me tienen sujeto tus labios rojos
que me dan alegrías hondas, intensas?
Pues entonces, bien mío, luz de mis ojos,
¿por qué lo piensas?

¡Ay! porque tú ya sabes que no me quieres
y dudas, por instinto, de que te quiera
y ¡misterios del alma de las mujeres!
aspiras á hacer firme de esa manera
una pasión prendida con alfileres.
Dios te lo pague, reina; pero te engañas.
Ese alarde de inútil coquetería
jamás enciende el fuego de las entrañas...
tú quíereme de veras no más que un día
con un amor profundo, grande y sincero,
de modo que se filtre tu alma en la mía,
y ya verás entonces cuánto te quiero
y cómo no hacen falta cintas ni flores
para hacer mi cariño tan duradero
que resista á la duda y á los dolores.

Que yo te sienta dentro, como se siente
fundida en el cerebro bullir la idea,
y tendrás mis amores eternamente,
aunque á la gente

llegues á dar espanto de puro fea.

Que mejor que con besos y con abrazos
y con el incentivo de la hermosura,
se atan los corazones con esos lazos
de solidez más grande, porque es más pura.
Pero si todo es falso, si no me quieres,
aunque para mí solo te compusieres
con todos los perfumes de Andalucía,
siempre, luz de mis ojos, será la mía
una pasión prendida con alfileres.

XXIV

Fué con palma al sepulcro Sinforosa
para ser, hasta muerta, mentirosa.

XXV

Borra tu deshonra puñal en mano
 porque eso del divorcio es tontería.
 En tanto que no cortes por lo sano
 no dejará de ser *la de Fulano*
 la que cambia de amantes cada día.

XXVI

En la cuestión de amores callejeros
 no se sabe de cierto quién empieza,
 si el que sigue á unos ojos retrecheros
 ó la chica que vuelve la cabeza.

XXVII

Doña Juana es un saco
 de picardías,
 puesto que se confiesa
 todos los días.

XXVIII

A fuerza de tenerle en la cartera
 se ha ajado un pensamiento
 que era prenda de amor... Yo sólo siento
 no poder acordarme de quién era.

XXIX

¿Cómo dudar de que me amaba Rosa
 si he leído en sus ojos anhelantes
 mil promesas de goces delirantes
 que delataba la pasión ansiosa?

Y hoy, sin embargo, dudo. ¡Es fuerte cosa
 que el recelo persiga á los amantes!
 y en sus miradas límpidas, brillantes
 veo una calma fría y desdénfosa.

No alcanzo la razón de su desvío.
 Sin salir de mi plácido embeleso
 tranquilo y casto amor fué siempre el mío.

No profané sus labios con un beso
 y en las horas de loco desvarío
 la respeté. ¿Me olvidará por eso?

XXX

¿Tú coche en la Castellana?
 ¿Tú brillantes en el pelo?
 ¡Pues no digas más, Juliana!
 ¡Te he conocido ciruelo!

XXXI

La pasión ha matado á mucha gente,
 pero el siglo es burlón, amiga Rosa,
 y á los que caen en tierra indiferente.
 Viene luego una ciencia incompetente
 y dice que se han muerto de otra cosa.

XXXII

Me causa á veces un dolor profundo
 no ser niño otra vez... ¡Ay, quién lo fuera
 para tener niñera!
 ¡Las hay tan superiores en el mundo!

XXXIII

Luciendo mallas y cantando en fila
 y envuelta en percalinas de colores,
 ofreces el panel de tus amores
 con la dulce franqueza que se estila.

La moral se subleva y se horripila
 porque sabes cambiar de adoradores,
 y se venga después diciendo horrores
 de ese corazoncito que se alquila.

¿A qué vendrá ese empeño de imponerte
 la dura obligación de ser constante?
 Cambia, hija mía, cambia, esa es tu suerte;
 que el hombre más formal es un bergante,
 y cuando te enamores de un amante
 te dejará, cansado de quererte.

XXXIV

Si tus labios, vida mía,
 destilaran aguardiente,
 medio Madrid estaría
 borracho completamente.

XXXV

¿Di un abrazo á Ramona y me perdona?
 ¡Pues ya empiezo á cansarme de Ramona!

XXXVI

Hoy hace mes y medio que, imprudente,
 jurabas adorarme eternamente
 sentada en mis rodillas.

y ya á mi lado te consume el tedio.
 ¡Sois el mismo demonio las chiquillas!
 ¡Llamáis eternidad á mes y medio!

XXXVII

Si dejas á tu novio
 que se propase,
 te lo ha de echar en cara
 cuando se case.

XXXVIII

He soñado, Matilde, que volvían
 las falanges aquellas
 de siervos del Korán, que nos vencían,
 y que á ti te escogían
 para el tributo de las cien doncellas.
 ¡Y yo, que era soldado visigodo,
 me hartaba de reir, dormido y todo!

XXXIX

Hombres encontrarás á todas horas
 capaces de morir en desafío
 por beber esas gotas de rocío
 que brotan de tus ojos cuando lloras.
 No lo creas, ¡por Dios! no es verdad eso.
 Lo que quieren, Dolores,
 es dejarte en los párpados un beso,
 sin dárseles un bledo de que llores.

XL

¿No es el amor ventura,
bienandanza y placer, dicha y dulzura?
Pues entonces, ¡Señor! ¿en qué consiste
que el que ama de verdad se pone triste?

XLI

Me ciega la pasión de tal manera
á solas encontrándome contigo
que, si en mí consistiera,
volvería á perder á España entera
por la misma razón que don Rodrigo.

XLII

Si merece el fuego eterno
quererte más de lo justo,
vas á llenar el infierno
de personas de buen gusto.

XLIII

El amor material es un pecado,
pero nadie por él se ha condenado,
pues queda el pecador arrepentido
en seguida de haberle cometido.

XLIV

¡Qué guerra te daría
si me volviera pulga cualquier día!

XLV

Siempre diciendo:—¡Imprudente!
¡Me da vergüenza! ¡No puedo!...—
Vaya, hablemos francamente:
tú llamas pudor... al miedo
de que lo sepa la gente.

XLVI

Es un cigarro la pasión, chiquilla.
¡Con qué delicia se le prende fuego!
Se acaba de fumar, se escupe, y luego...
se deja en cualquier parte la colilla.

XLVII

¡Yo de la muerte envidiaré la suerte
cuando duermas en brazos de la muerte!

XLVIII

Tú quíereme un cuarto de hora
no más, de mentirijillas;
que, como yo le aproveche,
no has de olvidarme en tu vida.

IL

Tengo el carrillo hinchado á bofetadas.
¿Por qué serán tan brutas las criadas?

L

Estoy resuelto, Brígida, á robarte.
Nos escapamos en el tren, ¿te enteras?

y vamos á parar... á cualquier parte.
Luego te dejaré donde tú quieras,
¡porque es claro que tengo que dejarte!

LI

¡Grano más inmoral! ¡Dónde ha saído!
¿Sabes que si se pega, estoy lucido?

LII

Si tus ojos, cual dicen,
vertiesen perlas...
te faltaría tiempo
para venderlas.

LIII

Defectos me parecen tus encantos
desde que sé que los conocen tantos.

LIV

Tú no serás saferosa;
pero me has jurado, Rosa,
que soy tu amante primero,
¡y tiene mucho salero
jurar semejante cosa!

LV

Soy constante en amores, ¡muy constante!
Me nacen en el pecho los que quieren...
y los que voy teniendo no se mueren...
¡Y á todos soy traidor de puro amante!

LVI

Un coche con Teresa
tomé una noche.
Si algún desocupado
se asoma al coche...
¡Dios verdadero!
¡qué vergüenza tan grande...
para el cochero!

LVII

¿Te empiezas á cansar de tu marido
y á pensar en los bailes y en las modas?
pues anda con cuidado, que es sabido
que así empezaron todas
las vengadoras que en el mundo han sido.

LVIII

Juré quererte hasta morir, ¿no es cierto?
¡pues vete haciendo cuenta que me he muerto!

LIX

El pecar nos embelesa,
y Dios castiga el pecado.
¡Nos ha sentado á la mesa
con la condición expresa
de no probar un bocado!

LX

Está probado: lo mejor del mundo
después del primer beso es... el segundo.

LXI

No, pues si de aquella cita
se ha enterado el Juez eterno,
no nos salva del infierno
ni la caridad bendita.

LXII

Los amores del alma son consejas
que no se pueden escuchar con calma,
porque también las viejas tienen alma
y nadie se enamora de las viejas.

LXIII

Que el demonio la tiente
me dijo Amparo;
y yo la dije: Niña
¡quién fuera el diablo!

LXIV

Quisiera yo saber las tonterías
que sueña Encarnación todos los días,
porque hay seres sencillos
que, al soñar, no se paran en pelillos.

LXV

Por un beso me diste una guantada.
Eres atroz, Inés, ¡pegas por nada!

LXVI

La constancia en amor es la celada
que arregló con engrudo Don Quijote;
si se la pone á prueba con la espada
del tiempo ó el desdén..... ¡se ve el pelote!

LXVII

Recuerdo que siendo chico
me dió un beso Nicanora:
¿á que me lo niega ahora
que me sabría tan rico?

LXVIII

Bien quisiera la niña por quien muero
poder gozar con los recuerdos santos
de su primer amor, puro y sincero;
pero ha tenido tantos
que no puede saber cuál fué el primero.

LXIX

Tú, que eres bueno, sabrás
que en amor pierden los buenos,
porque las mujeres, Blas,
siempre quieren mucho más
á quien lo merece menos.

LXX

Con cebo de brillantes
los hombres ricos te pescaban antes.
¡Hoy buscas y no encuentras, de seguro,
quien ponga en el anzuelo medio duro!

LXXI

Mi morena es cosa buena,
eso á nadie se le oculta;
pero ¡qué diantre! resulta
siempre la misma morena...

LXXII

Es un poco aburrido
vivir eternamente encadenado
entre el ansia del goce no probado
y la amargura del placer perdido.

LXXIII

En las peleas del amor salvaje
vencer es ultrajar, y las vencidas
protestan del ultraje...
pero suelen quedar agradecidas.

LXXIV

¿Me quiere ó no me quiere? ¡No la entiendo!
Me voy cansando ya de hacer la corte
y no salgo de dudas... ¡Estoy viendo
que me lo dice cuando no me importe!

LXXV

Has de saber, Lucía.
que un novio tiene siempre picardía.
Pide pruebas de amor, por pedir algo,
y en cuanto se las das... ¡échale un galgo!

LXXVI

—¡Buscad á las muchachas!
dice el instinto;
y la razón nos grita:
—¡Temedlas, hijos!
Consejo en balde,
porque también los hombres
son animales.

LXXVII

Viendo á una palomita zalamera
que le hacía carocas á un palomo
para darnos dentera,
y al fin se le escapó sin saber cómo,
lo mismo que una loca te refas
mientras yo te adoraba como un loco
y ensayabas en mí tus monerías
quemándome la sangre poco á poco...
Ahora va resultando que era broma:
¡buenas pájaras sois tú y la paloma!

LXXVIII

Por mucho que le den vueltas
algunos sabios varones,
para vencer las pasiones
no hay como dejarlas sueltas,
pues se achican de ese modo
y la libertad las mata;
en cambio, si se las ata
crecen, y saltan por todo.

LXXIX

Con mujeres y moros siempre ha habido
 peligro de caer en la emboscada.
 El avance resulta muy lucido:
 ¡lo grave suele ser la retirada!

LXXX

¿Que ella te olvida? Quizás.
 Pero no tengas cuidado
 de que te deje plantado
 por otro que valga más,
 que en el mercado de amor
 suele siempre la mujer
 regatear, escoger...
 y cargar con lo peor.

LXXXI

¡Qué prudente y qué buena es la medalla
 que de la cinta de tu cuello pende!
 Ve nuestro amor y calla;
 la doy para ti un beso y no se ofende.

LXXXII

No llores por el traidor
 que su libertad recobra,
 porque ya saben de sobra
 las pescadoras de amor
 que el hombre es el pez más lelo
 y más tonto de los peces,
 porque va quinientas veces
 á morder el mismo anzuelo.

LXXXIII

Los labios de mi niña me embelesan
 y, si en mí consistiera, sus pecados
 serían perdonados,
 porque juran en falso, ¡pero besan!

LXXXIV

Ya me voy haciendo viejo.
 ¿Sabes en qué lo conozco?
 ¡En que me gustan las niñas
 con los vestiditos cortos!

LXXXV

Como son tan hermosas las mujeres
 y tienen tal encanto los placeres,
 gastan los hombres juventud y savia
 por la manía de jugar con fuego,
 y les da mucha rabia
 dejar la vez á los que vienen luego.

LXXXVI

Una mirada entre amantes
 no saca por sí de quicio,
 sino porque es el indicio
 de cosas más importantes.

LXXXVII

Porque oyendo cualquiera picardía
 te pones colorada, todavía
 te critica la gente mal pensada.
 ¡Cuánto peor sería
 que ya no te pusieses colorada!

LXXXVIII

No lo des vueltas, Andrés.
 La agradable sensación
 que dan las caricias, es
 cuestión de imaginación.
 Si, creyendo firmemente
 que te da un beso una chica
 te besa un guardia en la frente,
 dirás:—¡Qué cosa tan rica!

LXXXIX

Es tal el atractivo soberano
 que tiene el paraíso de Mahoma,
 que hasta el mejor cristiano
 católico, apostólico, romano,
 siente la pena de tomarlo á broma.

XC

Al hombre sesudo y grave,
 cuando se enamora un poco,
 le da por hacer mayores
 tonterías que los otros.

XCI

—Si te quieres salvar (me dijo el cura),
 desecha esa mujer de la memoria,
 que la pasión impura
 te cerrará las puertas de la gloria;
 y escoger es preciso
 entre tu amor fatal y el paraíso.

Dura es la condición. Yo soy cristiano
 temeroso de Dios... y del infierno,
 y capaz de un esfuerzo sobrehumano
 para librarme del castigo eterno.

Pero ella es mi ventura,
 remedio y lenitivo de mis penas,
 da el alivio á mis horas de amargura
 y premio justo á las acciones buenas.

Con ella pierdo el cielo prometido,
 sin ella ya no hay gloria ni consuelo...
 ¡Pues no lo pienso más! Cielo por cielo,
 me quedo con lo malo conocido...

XCII

Si tus labios quemaran,
 monona mía,
 ¡con qué placer en ellos
 me abrasaría!

XCIII

Tonto llaman las gentes al que de pronto
 derrocha su fortuna con las doncellas...
 ¡Ojalá fuera rico para ser tonto,
 porque nada en el mundo vale lo que ellas!

XCIV

En el libro del amor
el prólogo es lo mejor
y hay que leerlo con calma,
porque de ese modo el alma
encuentra el placer mayor.

Y, sin embargo, sucede
que el buen propósito cede
ante la pasión que abrasa,
y siempre el lector lo pasa
lo más de prisa que puede.

XCV

Dame un abrazo en vez de un juramento,
que es más práctico el goce de un momento
que cien palabras de las hijas de Eva,
pues las promesas se las lleva el viento
y el abrazo soy yo quien se lo lleva.

XCVI

Sabe mi morena
que mi amor es puro,
que mi amor es santo;
pero ya la cansa,
pero ya la pesa
que lo sea tanto.

XCVII

El hombre nunca sabe lo que quiere.
Por la inocencia á lo mejor se muere,
y busca una mujer tan recatada
que de lances de amor no sepa nada
y á fuerza de candor le desespere;
para echarse la cuenta al otro día
de que es mucho mejor la picardía.

XCVIII

Ama Isabel á Manuel,
y su buena amiga Estrella
procura intimar con él,
más que por quererle ella
por quitársele á Isabel.

IC

Has salido tan ruin, tan embustera,
tan infame, tan falsa, tan traidora,
que con esa belleza tentadora
darás cruel tormento á quien te quiera...
¡y es lo peor, que quien te ve te adora!

Aunque á estas fechas tienes
merecido de sobra el fuego eterno,
cuando tú te condenes
no te querrá Luzbel en el infierno.

Porque abrasas, consumes, desesperas,
vas sembrando á tu paso odio profundo...
¡y le haces mucha falta en este mundo
para llenar de gente las calderas!

C

De que te quise mucho
no te des tono,

puesto que me abandonas
y, te perdono.

CI

¿Que tú me llorarás cuando me muera?
¡Tal vez resucitara si lo viera!

CII

Dios te libre, alma mía,
de ser celosa,
que esa es una manía
muy fastidiosa,
que no conviene
ni al que debe aguantarla
ni al que la tiene.

CIII

Tú eres pecadora, Luisa;
fueron tus deslices tantos
que la carga de tus culpas
te pesa hace muchos años.
Pero tales son las gracias
de tu cuerpo de alabastro,
la hermosura de tus ojos
y la atracción de tus labios,
que Dios no podrá, aunque quiera,
dar castigo á tus pecados,
porque si vas al infierno...
¡la gloria estará allá abajo!

CIV

Huyamos de las niñas candorosas,
que preguntan á veces unas cosas...

CV

Será, si se decreta el amor libre,
una de tantas leyes del embudo,
pues aunque quiere el hombre ser de muchas,
desprecia siempre a las que son de muchos.

CVI

¡Las once! Ya no viene.
¡De seguro algún hombre la detiene!
Porque, á no ser por eso, ella no tarda
sabiendo que es un hombre el que la aguarda.

CVII

Que espere aún me dice tu sonrisa
cada vez que te dejas.
¡Esperar! ¡No por Dios! ¡Vamos de prisa!
¡Si supieras, Felisa,
cuán soso es el amor que se hace viejo!

CVIII

Creerán en las huiries de Mahoma,
los árabes que mueren en la guerra;
mas por si acaso es broma,
cada *quisque* se toma
su anticipo de harem sobre la tierra.

CIX

Cuando te pongas tierno
no jures en tu vida amor eterno;
porque el recuerdo del perjurio amarga,
la pasión es propensa á veleidades
y resulta, á la larga,
que no puede un cristiano con la carga
de quince ó diez y seis eternidades.

CX

Te respeté. Fui necio,
porque así me he ganado tu desprecio.

CXI

Gastar dinero con las hijas de Eva
dicen que es tontería. Yo lo creo...
si algún sabio me prueba
que se le puede dar mejor empleo.

CXII

Eras pobre, y hoy deslumbras
con las alhajas que llevas.
Tú no has podido comprarlas;
luego te compraron ellas.

CXIII

Cuando un hombre á amarte empiece
niégale lo que apetece,
que en el momento oportuno,
más que un favor, se agradece
el no conseguir ninguno.

CXIV

Ella, que no me tutea,
"¡márchate!" me dijo altiva.
¡Palabra casi ofensiva
que me supo á miel hiblea!

CXV

Cuando tú me das la mano,
sin alma, niña, me quedo,
porque se me marcha toda
por las puntas de los dedos.

CXVI

No conozco martirio
como amar locamente con delirio,
y que imposible la mujer amada
ni crea en la pasión, ni crea en nada.
Viene á ser algo así como si á un santo
al entrar en el cielo apetecido
le dijera San Pedro:—¿A qué has venido?
Tú no puedes pasar; no es para tanto.

CXVII

Yo beso con devoción
los pétalos de una rosa
que me dió un día Asunción...
¡Está visto que no hay cosa
más cursi que el corazón!

CXVIII

Estoy arrepentido
del dinero y el tiempo que he perdido
comprándote castañas y altramuces...
¡No lo vuelvo á hacer más! ¡Por estas cruces!

CXIX

Ya se sabe que te adoro
y que tú me quieres; pero
nunca me dices "te quiero",
por más que suplico y lloro.
Y lo que es lo prohibido!
no me halagan tus caricias
y sueño sólo delicias
en la frase que te pido.

CXX

Si es el sueño la imagen de la muerte,
no tendré gran pesar cuando sucumba,
porque así como en sueños puedo verte,
también te podré ver desde la tumba.

CXXI

Tú me dominas, Mercedes,
aunque yo diga que no;
me dominas porque puedes
y porque me dejas yo.

Y estos signos no son buenos,
porque, entre amantes, sabrás
que siempre el que quiere menos
es el que domina más.

CXXII

No conozco mujer más festejada.
Los asnos que te ven te piropean
comparándote á un saco de cebada,
que es lo que ellos adoran y desean.
¿Qué he de decirte después de eso? ¡Nada!

CXXIII

La desventaja que llevo
al empezarte á querer,
es que ya no he de poder
enseñarte nada nuevo.

CXXIV

El hombre sus promesas
olvida pronto,
y el que no las olvida
pasa por tonto.

CXXV

Aproximarse á Dios el mundo entero
desea siempre, progresando así.
Yo tengo más modestia. ¡Sólo quiero
aproximarme á ti!

CXXVI

Me has hecho un daño muy grande
al estudiarme, fingiendo

ora desvío y desdenes,
 ora pasión, ora celos...
 En fin, te has entretenido
 como los niños pequeños
 que destrozan los juguetes
 por ver lo que tienen dentro.

CXXXVII

Si quieres que te quiera, niña hermosa,
 no me debes mirar provocativa,
 pues más conseguirás estando altiva,
 cruel, indiferente ó desdefiosa.

Porque el hombre es así: persigue, acosa
 guiado por su propia iniciativa;
 mas si le quitan su papel, esquivo
 cualquier coquetería fastidiosa.

Le gusta el néctar... escogiendo el vaso.
 en que lo ha de beber. Yo te lo aviso.
 A ti te basta con salirme al paso;
 que yo te sacaré del compromiso
 y ya me atreveré, si llega el caso,
 ¡y aun pasaré la raya, si es preciso!

CXXXVIII

"Si no me quieres me muero",
 me decía ayer la ingrata;
 y hoy ya... ni siquiera trata
 de averiguar si la quiero.

CXXXIX

El baile y el amor, vistos de lejos,
 son dos cosas ridículas y estúpidas,
 que de cerca parecen agradables
 ¡cuando se oye la música!

CXXX

Tuyo será hasta la muerte.
 No porque me dé tan fuerte,
 sino porque te enamoras
 de todos, y á todas horas
 estoy temiendo perderte.

CXXXI

¡Verdad que tiene la razón perdida
 el que pretende hacer una comida
 con un bollo sin miga ni corteza?
 ¡Pues hay quien se suicida
 por un amor sin sombra de impureza,
 creyendo que está bien de la cabeza!

CXXXII

Impreso está el pensamiento
 en los ojos de las damas,
 y el que lo lee de corrido
 tiene en el amor ventaja.

Pero ¡ay! que las andaluzas,
 por privilegio de raza,
 lo llevan escrito en árabe...
 ¡y no se entiende palabra!

CXXXIII

A punto de rendirte, de repente
 me rechazas diciéndome: "¡Otro día!"
 ¡Sigue por Dios así, cauta y prudente
 que el placer más intenso, vida mía,
 consiste... en desearte eternamente!

CXXXIV

Este amor me produce
 pena y quebranto
 más que goce... ¡Por eso
 me dura tanto!

CXXXV

Me dió un pedazo de su blonda trenza
 como recuerdo de su amor Aurora,
 y es singular lo que me ocurre ahora:
 ¡que no sé si es de Aurora ó de Lorenza!

CXXXVI

Yo no sé, morena mía,
 qué tienen los juramentos,
 que los pedimos de hinojos
 para no creer en ellos.

CXXXVII

Los Tenorios que cuentan aventuras,
 y raptos, y conquistas, todos son
 como yo, que también hago diabluras...
 con la imaginación.

CXXXVIII

Si en tan dulce platonismo
 vamos á llegar á viejos,
 cuando queramos pasar
 á mayores... ¡no podremos!

CXXXIX

Debes tener la idea
 de que en la vida terrenal, Manolo,
 todo lo que no sea
 ir con muchas mujeres es ir solo.

CXL

Si la ocasión se presenta,
 niña de los ojos grandes,
 prefiero que digas: ¡loco!
 á que me creas cobarde.

CXLI

La mujer, cuando falta á su marido
 y el marido es tan ruin que lo consiente,
 goza precisamente
 con que á fuerza de escándalo y de ruido
 se entere del delito mucha gente.

CXLII

A las olas del mar es parecida
 el ansia del amor, potente y loca,

que estalla embravecida
caundo encuentra un obstáculo de roca,
y en el lecho de arena
muere tranquila, plácida y serena.

CXLIII

¿Qué tendrán los chiquillos
y las mujeres
que cuanto más desvelan
más se los quiere?

CXLIV

La virtud, Filomena, trae perjuicios,
porque el mundo es esclavo de los vicios,
y la mujer honrada
no se divierte nada, ó casi nada.

CXLV

Quisiera ser trino y uno
como el Dios que está en los cielos,
para amar sin ofenderlas
á tres mujeres á un tiempo.

CXLVI

Hay ocasiones en que estarse quieto
viene á ser una falta de respeto.

CXLVII

El preso que suspira tras la reja
que le aparta del mundo eternamente,
no sufre las torturas del que siente
joven el corazón, la carne vieja...

CXLVIII

La ausencia no permite
pasión ardiente,
porque el fuego se apaga
lánguidamente.
Y es eterno el recuerdo
del enemigo...
¡Por eso al separarnos
reñí contigo!

CXLIX

Según dice Bartolo,
cansado de la orgía y los placeres,
lo santo es el amor único y solo...
repartido entre cientos de mujeres.

CL

Puesto que vas á engañarme,
porque esa es la ley eterna,
más vale que me lo digas,
¡y puede que no te crea!

CLI

Antaño, vida mía,
me parecían buenos para amarte
la calleja, el arroyo, cualquier parte,
y tenían encanto y poesía

la espera larga, la entrevista breve,
con frío ó con calor, con lluvia ó nieve.

Hoy... nuestras entrevistas amorosas
requieren muchas cosas:

gabinete coqueto y reservado,
cuadros, alfombras, lámparas, espejos
y ambiente perfumado.

Prueba palpable... ¡de que somos viejos!

CLII

Sin resistir, ni en broma,
me diste el beso,
y ya no tuvo aroma
sólo por eso.

CLIII

Cuando la oigo subir por la escalera
me apresuro á salir al descansillo,
tiro nerviosamente el cigarrillo
que me ayudaba á entretener la espera,
y con ansia febril, ardiente y loca,
la saludo besándola en la boca.

Después, cuando se aparta de mi lado
llamándome chiquillo atolondrado,
la despido besándola en la frente
y me pongo á fumar tranquilamente.

CLIV

Tengo la creencia
de que no eres frágil.
¡Hazme tú el obsequio
de desengañarme!

CLV

Coquetea con todos. No conmigo,
porque tengo el sistema
de no volver la espalda al enemigo
cuando la sangre la pasión me quema.
Y si de veras me enamoro, y arde
la llama que me avivas allá dentro,
el día en que me salgas al encuentro
queriendo detenerme, será tarde.

Cesen, pues, tus caricias zalameras,
porque cuando con ellas me sugieras
la idea de vencer y rompa el fuego...
¡llegaré hasta las últimas trincheras!
Y puede, niña, que nos pese luego.

CLVI

Oigo muy cerca del descansillo
crujir la seda,

pasos menudos, suspiros breves;
llaman. ¡Es ella!

Me quiere mucho; viene á mi casa
por vez primera,

pero es honrada... ¡Yo debería
no abrir la puerta!

Entre futuros remordimientos
de la conciencia
y el odio eterno que va á tenerme
si vuelve ileca,

vacilo y dudo... ¡Dios me perdone!
Me haré la cuenta
de que, pues viene, ¡ya se figura
lo que la espera!

CLVII

¿Que nunca me querrás? ¡pronto lo has
[dicho]

Eso no es voluntario. ¿Tú qué sabes
si en el desdén se templarán las armas
que tengo que emplear para domarte?
No quisiera pecar de vanidoso,
pero es lo más probable
que halle en la resistencia,
que sirve á los deseos de acicate,
misteriosos acentos de ternura,
tristes gemidos de pasión que estallen
y el alma te conmuevan, y te enseñen
los secretos de un mundo más brillante,
placeres para ti desconocidos,
remedo de la gloria de los ángeles...
¿Que estás harta de amor? Será del otro,
del que arrolla con ímpetu salvaje
y pasa como el rayo por la nube
donde se forja, brilla y se deshace.
Pero del que en el alma
penetra lentamente, y crece, y arde,
bañando de dulzuras infinitas
los labios que se besan sin tocarse,
del que causa emociones
más puras, más intensas, ¿tú qué sabes?

¡Voto va á Dios! Estaba por decirte
que has empezado, sin querer, á amarme.
¿Que no? Pues ya me escuchas más atenta
que has escuchado á nadie,
y hallas en mis palabras, que no entiendes,
música deliciosa, notas suaves
que adentro, en lo más hondo, te producen
cierto gozo inefable
que no sabías que existiera. ¡Un goce
que no es precisamente el de la carne!
Tus ojos garzos que, atrevidos siempre,
provocaban audaces,
se humedecen, se entornan, ¡ya no miran
como miraban antes!
En tus mejillas la emoción delatan
oleadas de sangre...
Sientes placeres nuevos, ¿verdad, hija?
Pues eso es el amor. El bueno, ¡el grande!

CLVIII

No hay tormento tan grande como el mío.
Cuando, seguro de triunfar, confío
en que me es fácil alcanzarlo todo,
con la idea me basta; y de ese modo,
sin gustar el placer, me da el hastío.

CLIX

Despertar á una mujer
del sueño de la inocencia,

es un cargo de conciencia
que no quisiera tener.

CLX

El amor verdadero es la delicia
que llega alguna vez al paroxismo.
Pero... ya va cundiendo la noticia
de que, bien imitado, da lo mismo.

CLXI

No tengas celillos de nadie, morena,
que más que por guapa te quiero por buena,
y amor que en tan firme cimientó se basa
tendrá sus eclipses, mas nunca se pasa...
Es cierto que á ratos atrae la hermosura,
que excita pasiones fugaces, ligeras,
brindando placeres; pero eso... ¡si vieras
lo poco que dura!

El seno turgente, la tez de alabastro,
los ojos que lanzan miradas de fuego,
fascinan, marean, distraen... pero luego,
calmadas las ansias, no dejan ni rastro.
Y en cambio, las grandes bellezas del alma
se adoran por siempre, se gozan con calma...
¡No dudes! no flores, no pienses con pena
que habré de olvidarte... ¡Te quiero por buena!

CLXII

¿Que el amor conduce al crimen
á muchos hombres? Quizás.
Pero los que se redimen
por él son bastantes más.

CLXIII

Tus últimos recursos exageras
y vencida serás el mejor día,
pues sé por experiencia, vida mía,
que en el amor las últimas trincheras
se defienden con menos energía.

CLXIV

Muchos van tras un tesoro
de doradas ilusiones,
y encuentran, en vez del oro,
cartuchos de perdigones.

CLXV

Me quiso de tal modo Estefanía
que me guardó fidelidad un día.

CLXVI

El ansia nunca mitigada, el goce
no logrado jamás, siempre soñado,
son en amor deleite continuado
y la dicha mayor que se conoce.
La espuela del deseo
tiene á los nervios en tensión constante
y en los ojos ansiosos del amante
brilla el alma en continuo centelleo.
El desdén, los desaires, el desvío,

todo aumenta la llama, siempre nueva,
y en tanto que apetece, nadie prueba
las hondas amarguras, del hastío.

La dicha es ilusión; hay que buscarla
con verdadero afán, con ansia loca,
pero nadie la toque al alcanzarla,
porque se aleja más si se la toca.

Es manantial eterno de dulzura
el placer que se espera.
Vale más la pasión luchando fiera
que apagada y vencida por la hartura.
¡Desdichado el que alcanza,
porque pierde el deseo y la esperanza!

.....
Estar siempre al principio de la historia
con la curiosidad, que sabe á gloria,
buscar una mirada, ansiar un beso,
esperar... y esperar... ¡amor es eso!

CLXVII

Fué siempre fea la infeliz Dolores.
Ha pasado treinta años
cultivando el rosal de sus amores,
¡y una por una se le caen las flores
sin luchas, sin placer, sin desengaños!...

CLXVIII

Comprendo, señor cura,
que esta pasión impura
que siento por la hermosa Rosalía
no es digna de perdón... porque es pecado;
mas, como la persigo y no he triunfado,
no puedo arrepentirme todavía.

CLXIX

El uno la da millones,
trajes y piedras preciosas;
el otro gasta esas cosas
y la trata á pescozones.

Y ella, entre los dos amantes
de ideas tan encontradas,
adora al de las guantadas
y engaña al de los brillantes.

CLXX

Muchos hombres y todas las mujeres
vivirían tal vez como Dios manda
si no hiciera sabrosos los placeres
esa prohibición que los agranda.

CLXXI

Cuando el amor es firme y es sincero,
todos los besos saben al primero.

CLXXII

El hombre es tan egoísta
que lo que desea siempre
es que le quieran las damas
doble de lo que él las quiere,
y cambiar cuando se canse,

y olvidar cuando le pete,
y que las víctimas sigan
amándole eternamente.

CLXXIII

Harto ya de María, Juan se empeña
en que ha de sorprenderla en el momento
de una infidelidad grande ó pequeña
que sirva de motivo al rompimiento.

No sabe el infeliz que, si algún día
logra prueba evidente
de alguna falta grave de María,
la ha de impedir que huya
y ha de adorarla con pasión ardiente...
ante la idea de que ya no es suya.

CLXXIV

Ante tu reja, llena de flores,
canté, morena,
mis esperanzas y mis amores,
honda ternura, profunda pena...
¡cuánto sacamos los trovadores
de nuestra guzla que gime y suena
como lamentos desgarradores!

¡Quién lo diría!
de aquella boca que sonreía
cuando vibraba mi dulce canto,
mezcla de queja, placer y llanto,
el suave aliento ya no perfuma
la triste reja,
y su silencio, que el alma abrumba,
cruel me hiere, bárbaro deja

que me consuma
como en la arena la blanca espuma,
como en el bosque la encina vieja.
Tus ojos negros, centelleantes,
que en sus miradas
apasionadas
eran verdugos ó eran amantes,
según fingían en sus cambiantes
plácidos sueños interesantes,
ó se encendían en llamaradas
aterradoras por lo brillantes,

ya no caldean
las mustias rosas que festonean
esa ventana llena de aromas
donde por verme ya no te asomas.
Las hojas verdes, que te desean,
tristes y lacias amarillean,
gime la hortensia, suspira el nardo,
dudas crueles

sufren las dalias y los claveles...
¡todos te aguardan, y yo te aguardo!
¿Por qué no sales, serrana mía?
¿Por qué desprecias de mis canciones
la siempre tierna dulce armonía
que arrulla y mece las ilusiones,
eternas fuentes de poesía
que surge de ellas á borbotones?
¿Por qué te alejas
cuando yo llego junto á tus rejas?

¡Ay! fué sin duda
que en la batalla constante y ruda
del amor puro contra el deseo,
púseme al lado de la pureza
para realce de esa belleza...
que no destinás á tal empleo.
Porque en el alma de las mujeres
late escondida
la levadura de los placeres,
y es el recato la débil brida
siempre en peligro, siempre prendida
con alfileres.

Mi trova dulce, tranquila y suave
mató el incendio, trajo el hastío,
y á tus cancelas echas la llave
con un desprecio solemne y frío.

¡Serrana mía!

Si por tus venas
el fuego corre de Andalucía
mi guzla en vano canta sus penas,
porque tú viertes á manos llenas
pasión ardiente, brutal, bravía...
y esos amores
tienen su encanto, su poesía,
¡pero sin guzlas ni trovadores!

CLXXV

Si los celos te ofuscan, y á tu amada
la infundada sospecha injuria ó hiere,
te otorgará el perdón enamorada.
Si se ofende de veras, no te quiere.

CLXXVI

¿Tu novia un beso te dió?
Pues no preguntes: "¿Soy yo
el primero á quien lo das?"
¡Ninguna novia jamás
ha contestado que no!

CLXXVII

Amar es lo que importa,
mucho y de prisa, que la vida es corta.

CLXXVIII

Tú crees que la dominas,
y muchas veces
te figuras que mandas
y es que obedeces

CLXXIX

El pazguato que va y se suicida
porque encuentra la vida aburrida
y el placer del amor le da tedio,
no merece el amor ni la vida
y hace bien en quitarse de en medio.

CLXXX

Castigamos la falsía
de amor con dureza y saña,
¡y el hombre perdonaría
á la mujer que le engaña,

si la mujer no tuviere
la opinión, errónea y necia,
de que el que castiga quiere
y el que perdona desprecia!

CLXXXI

Tengo á veces ensueños de harem moruno.
¿Sabes en lo que estriban mis ilusiones?
En tener en el pecho diez corazones
¡y amar á diez mujeres con cada uno!

CLXXXII

Si él se cansa y la abandona
resulta un hombre cabal.
Si ella se hastía y le deja,
es una tal y una cual.

CLXXXIII

En cinco líneas una historia entera.
Tras la gloria iba yo. Salióme al paso
una chica muy guapa. La hice caso.
La chica guapa resultó embustera.
Me quedé sin la chica y sin la gloria.
Y aquí se acaba la presente historia.

CLXXXIV

Tiene el amor sincero y pudoroso
su atractivo especial, pero es muy soso.
Por eso algunas almas escogidas
gozan más con el ímpetu furioso
de las pasiones locas... bien fingidas.

CLXXXV

Soy tan celoso, que siento
ciertos resquemores cuando
me contemplas extasiada;
porque con el pensamiento
creo que me estás jugando
alguna mala pasada.

CLXXXVI

¿Me dirá la verdad? ¿Soy yo el primero?
¿La quiso alguno como yo la quiero?
¡Feliz quien se enamora de una viuda
por ahorrarse el tormento de la duda!

CLXXXVII

Te arruinaron las mujeres,
te gastaron los placeres
en una perpetua orgía,
¿y te quejas todavía?
¡Pues pide más si más quieres!

CLXXXVIII

Le he visto entrar por el balcón. Insisto
en que eres una tal, y no lo aguanto...
¡No hables, por Dios! como te quiero tanto
me vas á hacer creer que no le he visto.

CLXXXIX

El novio de Clarita
 lleva en un dedo
 un brillante tan gordo
 que mete miedo.
 Por eso Clara
 mira al novio á la mano
 más que á la cara.

CXC

De mis amores siempre encendida
 la inmensa hoguera verás si quieres
 en mis pupilas... ¡Qué feliz eres!
 ¡Esa es la gloria y esa es la vida!
 Yo de tus ojos en lo profundo
 veo señales de hastío y tedio...
 ¡Tú ya te cansas! Y ¿qué remedio,
 si esa es la vida y ese es el mundo?

CXCI

¿Te acuerdas? Hace dos años
 me querías con delirio;
 encontré un hombre en tu casa
 y me dijiste:—Es mi primo.
 Mañana voy; por si llega
 el que me ha sustituido,
 avísame el parentesco
 que piensas tener conmigo.

CXCH

Los hombres son ingratos.
 A la vejez se vuelven mojigatos
 y llaman inmorales y livianas
 á las hembras que, en épocas lejanas,
 les hacían pasar tan buenos ratos.

CXCHH

No tiene complicaciones
 el amor de una soltera,
 puesto que cuando se quiera
 se rompen las relaciones;
 pero con una casada
 el lance es comprometido
 si la ha tocado un marido
 que se entera y no se enfada.
 Porque lo enreda el demonio
 y, cuando el cariño cede,
 resulta que no se puede
 romper con el matrimonio.

CXCIV

En papel ordinario me escribía
 frases apasionadas
 con el mismo sabor de la ambrosía
 llamándome su nena y su lucero.
 Ahora las cartas vienen perfumadas...
 ¡pero siempre pidiéndome dinero!

CXCX

Muere el amor de soso
 si no es desconfiado,
 y á no existir los celos
 habría que inventarlos.
 Por eso los amantes,
 para apretar los lazos,
 si no hay agravios ciertos
 pelean por los falsos.

CXCXI

El hombre es siempre el mismo. No perdona
 que le vea marchar indiferente
 la doncella inocente
 á quien traidor engaña y abandona,
 y quiere que, entretanto
 él busca otros amores, la ofendida
 siga bañada en llanto
 y acordándose de él toda la vida.

CXCXII

No temo, niña, al infierno
 si tú también te condenas.
 Lo que temo es que nos fríen
 en diferentes calderas.

CXCXIII

La he jurado á Dolores
 que la idolatro.
 Si me acepta por novio...
 ya tiene cuatro.

CXCI

Me quitó la ilusión Estefanía
 rindiéndose á mis ruegos de repente,
 porque yo la adoraba justamente
 por creer que jamás se rendiría.

CC

Hay majaderos que emplean
 brillantes como reclamo,
 para que diga "te amo"
 la mujer á quien desean;
 y, si resultan triunfantes,
 se quedan muy convencidos
 de que los correspondidos
 son ellos, no los brillantes.

CCI

Porque sé que tu amor no es verdadero
 pídele á Dios que al mío dé la muerte,
 pero lo hago con miedo de perderte
 y, cuanto más lo pido, más te quiero.

CCII

Aunque á su consorte impida
 el más ligero descuido,
 ¿cómo evitará el marido
 que, alguna vez en la vida,

la mujer más respetable,
la más honrada del mundo,
sea infiel, en lo profundo
del pensamiento insondable?

CCIII

Dinero y flores mandan á Dolores
sus dos adoradores,
y aunque parece el resultado el mismo
entre una ofrenda y otra hay un abismo,
pues ambas son valiosas
y ambas halagan á Dolores; pero...
el viejo da el dinero con las rosas
y el joven da las rosas con dinero.

CCIV

Te voy á dar un consejo,
fruto de experiencia triste,
que te ha de servir de mucho
si en tus amores le sigues:

Para que tu amante sea
constante, seguro y firme,
¡hazle creer que estás siempre
dispuesta á sustituirle!

CCV

¡Qué bien maneja el llanto Petronila!
Me engaña, lo averiguo, la abandono,
me busca, no sé huir, llora, perdono...
y me sigue engañando tan tranquila.

CCVI

¡Malditas sean las canas!
Hace quince años ó veinte
decía de mí Remedios:
"Ese chico que me quiere."
Y hoy, que he vuelto á enamorarme
como un loco de Mercedes,
me llama la pobrecita:
"El señor que me pretende."

PARTE SEGUNDA

PROSA

CARTAS PARTICULARES

Primera.

EXCMO. SR. D. ALBERTO AGUILERA.

(Ministro de la Gobernación.)

No vaya V. E. á creer que aprovecho el *ameno vagar* de las vacaciones parlamentarias para atreverme á dirigirle estas "mal pergeñadas líneas", con la esperanza de que atiendan y despache mi solicitud, ahora que no tiene V. E. otra cosa que hacer que las elecciones de diputados provinciales.

Aunque estuviera ardiendo la Península por los cuatro costados, y merodearan por su territorio millares de forajidos, y la más tremenda revolución política ó social que hayan presenciado los siglos amenazara dar al traste con el actual "orden de cosas", lo mismo elevaría á V. E. mi voz humilde en demanda de justicia eficaz y pronta, por tratarse de asunto que no cede en importancia á los más hondos trastornos políticos ni á las catástrofes más tremendas.

Elo es ¡oh insigne D. Alberto!, que acabó de leer lo que sigue en algunos de los periódicos de mayor circulación de esta corte:

"El Gobernador civil ha pasado una comunicación á los diferentes empresarios de los teatros de Madrid prohibiéndoles que en las obras que se ejecuten salgan á escena personajes con el uniforme militar."

Así, en seco.

Y ahora yo, el último y más insignificante de sus administrados, espero de la reconocida amabilidad y el bondadoso corazón de V. E. que, de buena manera y sin ofender al señor Duque de Tamames, le haga entender que en todas partes se puede meter la autoridad gubernativa... menos en los charcos.

De paso puede V. E. averiguar, con la cachaza y la paciencia que estas arduas cuestiones requieren, en qué ley, cédula, reglamento, Real orden, bando ó rescripto del príncipe se ha apoyado el Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia para adquirir la sospecha de que sus atribuciones le permiten intervenir en los asuntos, caracteres, plan, escenas y tipos de las obras dramáticas, cuando su misión se reduce simplemente á cuidar del orden de los espectáculos.

Porque bueno será advertir á V. E., aunque no es de suponer que lo ignore, que con ese volante ó comunicación del Gobernador civil, que parece que no importa tres cominos, se ha venido á tierra, de golpe y porrazo, la mayor y más lucida parte del teatro español contemporáneo, y es verdaderamente una lástima que por la sola voluntad del señor Duque de Tamames se desquicie, descomponga y desencuaderné la literatura dramática, relegando al olvido obras de maestros ilustres, que no cito porque de memoria sabrá sus nombres V. E.

Piense V. E. que, sentado ese precedente, mañana ó otro día puede sustituir al señor Duque de Tamames otro Gobernador que prohíba, por sí y ante sí, con la misma justicia y razón, sacar á escena médicos, abogados, caseros, patronas, curas, ingenieros, periodistas etcétera, etc., y dé al traste indirectamente con el trabajo acumulado por una porción de generaciones.

Piense V. E. que si, como es de temer, la orden prohibitiva se extiende á las restantes manifestaciones del arte, el campo de la escultura y de la pintura va á reducirse extraordinariamente y quedará cerrado al fin, por el sistema expuesto en el párrafo anterior.

Y piense por último V. E. que, á haber regido en tiempo de Calderón de la Barca (¡en plena monarquía absoluta!) semejante orden

absurda y tiránica, á estas horas no existiría en el mundo, entre mil y mil joyas literarias, una maravilla intitulada *El alcalde de Zalamea*, que ha dado á la nación más gloria que todos los Gobernadores civiles de todas las provincias, pasados, presentes y futuros.

*
* *

Yo no sé lo que harán ahora los autores dramáticos, entre los cuales se cuentan, dicho sea de paso, ex ministros, diputados, médicos, ingenieros, militares de alta graduación y de distintas armas, abogados, periodistas notables y, en fin, representantes de todas las fuerzas vivas de la nación.

Pero supongo que no harán nada, porque conozco el paño.

Y me induce, además, á creerlo así el hecho de que los periódicos, de cuyas redacciones forman parte autores de nota, se hayan limitado á dar la noticia sin comentarios, como si importara un rábano la cosa, ó se tratara de la salida á baños de un Fernández con su familia.

De todos modos, V. E. debe parar mientes en cuanto llevo dicho, y procurar convencer al Excmo. Sr. Gobernador de la provincia para que deje sin efecto esa comunicación inmediatamente.

Y por si acaso V. E. no lo intenta, ó si, intentado, no lo logra, conste al menos, para que no alcancen á todos las burlas y la chacota de las generaciones venideras, que ha habido un modestísimo periódico semanal que ha protestado con todas sus fuerzas de semejante absurdo.

Y aprovechamos la ocasión para participar á V. E. que creemos que sobre los Gobernadores civiles, cuya autoridad convencional y efímera no se extiende más allá de cuatro casuchas; sobre los Gobiernos, que levanta y derriba el más ligero sople de tormenta; sobre la nación, en fin, que desmoronan y desfiguran las batallas y los siglos, está el arte (el verdadero arte, por de contado), eterno, universal y divino, con sus fueros inviolables, sobre los cuales no puede ni debe caer nunca ningún bastón con borlas.

25 Agosto 1894.

Segunda.

EXCMO. SR. DUQUE DE TAMAMES.

(Gobernador civil de esta provincia.)

Como oro en paño guardaré la atentísima carta que por encargo y en nombre de V. E. se ha servido dirigirme el señor jefe del negociado de espectáculos, D. José I. Ayuso.

Y digo que la conservaré cuidadosamente entre mis papeles escogidos, por varias y muy

atendibles razones. En primer lugar, por la honra que me ha dispensado V. E. al contestarme, pues no es cosa corriente que las peticiones y quejas de los humildes sean atendidas y tenidas en cuenta por los poderosos, y menos con tan exquisita cortesía y amabilidad; y en segundo lugar, porque esa carta es garantía valedera y firme del espíritu de justicia y rectitud que anima á V. E. en estas difíciles cuestiones entre los artistas y el público.

Dieron los periódicos la noticia de la comunicación de V. E. á las empresas teatrales en tan escueta forma que no se desprendía de ella otra cosa sino que V. E. había prohibido en absoluto la presentación en escena de personajes con el uniforme militar. Como en el Gobierno civil no se dió sin duda al asunto la importancia que realmente tiene, quedó sin la oportuna rectificación la noticia, sembrando justificado alarma entre los interesados.

Por fortuna, y según las pruebas que V. E. ha tenido la bondad de enviarme en la copia de la circular, no se trataba de semejante cosa, ni la medida ha sido ilegal y arbitraria, de lo cual debemos todos felicitarnos.

La comunicación dice así textualmente:

"De conformidad con lo preceptuado en el artículo 22 del reglamento de policía de espectáculos, prevengo á usted que en ningún caso podrá consentirse se ponga en caricatura en la escena, en cualquier forma que sea, á jefes y oficiales del ejército, y cuando figure algún personaje en las obras que se representen que deba llevar uniforme militar. Lo efectuarán los actores introduciendo alguna alteración en las insignias y en el traje, de manera que no aparezcan iguales á las reglamentarias, para evitar así las quejas y legítimas reclamaciones que en distintas ocasiones se han formulado por esta causa."

Como se ve, de esto á la noticia publicada en los periódicos hay muy notable diferencia.

Sin embargo, abusando de la amabilidad de V. E., claramente demostrada conmigo, voy á permitirle algunas observaciones.

El artículo 22 del reglamento es en este punto de interpretación difícil. El prestigio militar es cosa que por igual interesa á todos los ciudadanos, y no sólo debemos respetarle y acrecentarle en la medida de nuestras fuerzas, sino que es cuestión de decoro nacional castigar cuantos desafueros contra él se cometen en la escena y en todas partes.

Pero ¿se atenta al prestigio militar poniendo en caricatura, en cualquier forma que sea, á los jefes y oficiales del ejército? Esta es la cuestión. Claro está que á la honra de los militares, como á la de todo el mundo, está y debe estar prohibido tocar en cualquier forma, pero es lícito satirizar, sin ofender personalmente, los defectos y vicios de todas las clases sociales.

Nunca habrá visto V. E. que un autor dramático haya hecho intervenir á un personaje vestido con uniforme militar en escena de cobardía y miedo, y si alguno se atreviera á tanto, en el pecado llevaría la penitencia, porque el público, con el buen sentido que le caracteriza, rechazaría inmediatamente la obra por inverosímil.

Pero si un coronel celoso, pongo por caso, está en ridículo alguna vez á causa de sus celos, ¿qué razón habrá para que lo tomen á mal todos los coroneles, ni qué tiene eso que ver con el prestigio del ejército?

En la misma obra de Calderón citada en mi anterior artículo, *El alcalde de Zalamea*, se ahorca á un capitán de los tercios por canalla, y á nadie se le ha ocurrido, ahora ni nunca, suponer que semejante ejecución menoscaba poco ni mucho la gloria inmarcesible de aquellos ejércitos que conquistaron medio mundo.

Respecto á las reclamaciones y quejas formuladas en distintas ocasiones, debo decir á V. E. lo siguiente:

Las colectividades armadas son, por regla general, exageradamente susceptibles, cosa que se explica porque siendo depositarias, muy especialmente, del honor de la patria, están en el deber de no tolerar en él la menor sombra.

La autoridad debe contener esta susceptibilidad en sus justos límites, impidiendo lamentables exageraciones y dando á cada cual lo suyo.

Los autores se han prestado y se prestarán siempre gustosos á atender cuantas indicaciones se les hagan para conservar incólume el decoro de los institutos armados, que es indirectamente el suyo, y muchos casos pudiera citar á V. E. en que, por exigencias de un espíritu de clase mal entendido, se han lesionado muy respetables intereses.

Claro está que mientras ocupe ese alto puesto V. E., cuyo sano juicio, recto criterio y amabilidad sin límites me ha demostrado en esta ocasión palpablemente, no habrá temor de que ocurra el más ligero rozamiento, y todos podremos confiar en sus resoluciones, que se han de inspirar en el más claro espíritu de justicia.

Sea así, y Dios guarde á V. E. muchos años.

1.º Septiembre 1894.

UN MILLON DE MUERTOS

Si no lo digo reviento, ea.

Me fastidia soberanamente que se haya arreglado eso de Fashoda.

No es que pierda las esperanzas de que el conflicto asome el día menos pensado por otra parte (¡ay! si las perdiera sería desgraciado), pero, vamos, hubiera sido conveniente que

hubiera estallado ahora mismo y que se hubieran enzarzado en él todas las naciones de Europa y las más florecientes de América.

Necesito como el comer que truenen los cañones, y choquen los ejércitos, y se derrumben las ciudades, y se empape en sangre la tierra, en justo desagravio de la ofensa que el mundo entero hace á la moral y á la justicia presenciando impasible cómo se nos humilla y se nos roba porque somos pocos y porque somos débiles.

¡Y me saldré con la mía, vive Dios!

Tarde ó temprano ha de intervenir la Providencia haciendo sentir á la humanidad un castigo enorme, duro, cruel, proporcionado al crimen.

*
*
*

Y lo necesito más ahora, porque los sabios, los estadistas, los pensadores, que son en resumidas cuentas los que han tenido la culpa del desastre, han dado en la flor de escarnecer y vilipendiar al suelo que los vio nacer, y en los círculos, en la prensa, en todas partes, tratan de convencer al pueblo (que ya lo va creyendo á pie juntillas), de que esta es y ha sido una nación de holgazanes sin vergüenza y de fanfarrones indecentes.

Ni tenemos historia, ni hemos ganado nunca batallas, ni hemos llevado jamás un grano de arena á la obra de la civilización... Aquí no ha habido, ni hay, ni habrá políticos, ni guerreros, ni artistas, ni sabios, ni trabajadores, ni nada.

Y eso es una pura mentira; pero aunque no lo fuera, es indigno de un hombre de corazón decir esas cosas... ¡Ninguna madre como la mía, ninguna patria como la nuestra! Y el que no lo crea así, aunque á sabiendas se equivoque; el que piense que en su país todos los políticos son ladrones, y todos los soldados cobardes, y todos los escritores imbéciles, y todos los obreros vagos, coja sus bártulos y váyase á otra parte á buscar una atmósfera más pura y otro sol que no alumbre más que virtud, progreso, prosperidad y bienandanza.

*
*
*

Otras de las gracias en boga consisten en alabar á los Estados Unidos porque "son una nación fuerte, poderosa, civilizada y floreciente" y en burlarse muy donosamente de los infelices dibujantes que para retratar un *yanqui* pintaban un cerdo.

Pues sí, señores, sí; yo soy de los que mandaban hacer así las caricaturas, y... sostengo lo dicho.

Como cerdos que son se portaron los americanos antes de la guerra, como guarros han hecho la guerra y de cochinos se están acreditando después de la guerra...

Cerdos cubiertos de oro, pero cerdos. La victoria no perfuma las pocilgas.

Traidoramente fomentaron las insurrecciones de Cuba y Filipinas; fingiendo amistad nos desangraron y empobrecieron; cuando se lanzaron a dar un golpe no escogieron una nación grande y rica como la suya, sino la más pequeña y la más miserable de Europa; aun así no guerrearon cara a cara, sino que echaron por delante las pandillas de desaharrapados que ahora van a purgar su felonía; no atacaron jamás con fuerzas iguales y a pecho descubierto, sino desde lejos y sobre seguro, y cuando el enemigo se declara incapaz para semejante lucha canallésca y vil, le pisotean sin piedad, le humillan sin gloria, le saquean y le destruyen sin escrúpulos.

Estas parecen exageraciones, pero son habas contadas.

Y ese modo de proceder no será precisamente de cerdos, pero tampoco es de pueblos nobles, leales y caballerescos, ni siquiera de personas decentes, aunque me lo juren frailes descalzos, cuanto más esos señores listos y civilizados que nos han salido á última hora.

Dicese que nos han zurrado de lo lindo por no ser hombres prácticos y por vivir de ilusiones...

¿Sí? ¿Eso es lo práctico? Pues el triunfo del positivismo, del negocio, de los apetitos groseros y de la fuerza bruta es absolutamente imposible.

Si Don Quijote desaparece del mundo apaleado por yángües, mantenido por arrieros y magullado por gorrinos, la vida es inútil. Más vale un ideal que un costal de trigo... y para esto del ideal ningún pueblo como el español, que todavía conserva la religión de Dios, de la honra y del respeto á las damas...

Los soldados de todas partes saben matar; sólo los soldados de España saben morir de hambre sin disparar un tiro, y sin la menor protesta. Y bien á la mano está el ejemplo...

Cuando pasen estas circunstancias y se examinen los acontecimientos con serenidad de juicio, la guerra de Cuba, que ahora se considera desastrosa, será tal vez una de las epopeyas de este pueblo, siempre mal regido y pésimamente administrado, que revelarán su maravillosa resistencia, su grandeza inimitable, su tranquilidad para el sacrificio, su profundo desprecio del dinero y de la sangre, su soberana indiferencia ante la derrota...

Y vuelvo á mi tema.

Por fortuna, el mundo pagará muy cara su complicidad en este despojo incaico... ¡Necesito un millón de hombres sacrificados en holo-

causto á la moral universal gravemente ofendida!

No sé dónde se encenderá la mecha, ni me importa. Préndase en Marruecos, en Egipto, en China, en las Visayas... el caso es que se prenda; que se hundan centenares de barcos, que se arruinen millares de fábricas, que se agosten los campos regados por la sangre y que el soplo divino de Jehová barra y aniquile á los adoradores del becerro de oro.

¡Sí! ¡Un millón de muertos!

Ni con uno menos me conformo. Y espero empezar á contarlos antes de que termine el siglo.

7 Noviembre 98.

¡LADRONEES...!

Si nuestros gobernantes no hubiesen tenido la precaución de perder el sentido común antes que las colonias, ni nosotros nos hubiéramos quedado sin colonias ni la dignidad nacional tan por los suelos.

Porque aun suponiendo que sea verdad eso de que los pueblos, en cuanto son mayores de edad, deben emanciparse (regla que no rige por lo visto más que para los que están bajo la tutela de España), Cuba, Puerto Rico y Filipinas hubiesen llegado á declararse independientes, pero sin hacernos pasar por estas humillaciones vergonzosas.

Pongo por ejemplo:

¿A qué han ido á París los comisionados del Gobierno español? ¿A discutir lo indiscutible? ¿A salvar á toda costa los últimos pedazos de la bandera? ¡Pues ya se ha visto cómo han cumplido el encargo!

Y todo por falta de meollo de quien los ha enviado allá sin instrucciones concretas, precisas, terminantes...

Han debido llevar una orden, una sola, breve y concisa: la de celebrar una sola sesión y firmar en blanco.

En vez de pasar un par de meses en dimes y diretes completamente inútiles, cobrando dietas, que es lo más lastimoso, han debido tener un arranque de varonil orgullo digno de la raza, para que el mundo se enterase de la diferencia que va de un pueblo siempre leal y noble á otro formado de aluvión, sin aboleño y sin vergüenza.

Hermoso espectáculo hubiera sido aquél si el presidente de la Comisión española, en su primera y única entrevista con los norteamericanos, se hubiera levantado con gravedad solemne y hubiese dicho dirigiéndose á nuestros enemigos:

—Señores: habéis puesto vuestros zapatos llenos de barro sobre la túnica de mi patria; representáis la fuerza, la sinrazón, el abuso y la violencia; nosotros el derecho pisoteado y

la debilidad escarnecida... ¡no queremos hablar con vosotros! Redactad á vuestro gusto las condiciones de la paz; dispuestos estamos á aceptarlas sin leerlas.

Y no se hubiera conseguido más ni menos que lo que se ha conseguido ahora, pero con la ventaja por nuestra parte de que hubieran resultado la codicia brutal de la gran República y la leyendaria altivez de esta desventurada tierra.

Porque ¿quieren ustedes decirme qué se ha adelantado con tantas discusiones, consultas, mensajes y *ultimatums*?

Que se dé un carácter de tratado formal á lo que no puede serlo; que se legalice hasta cierto punto el despojo, y que parezca que quedamos convencidos además de vencidos.

Pongamos que un hombre, por buenas ó malas artes, derriba en tierra á otro, le pone una rodilla sobre el pecho, le aprieta la garganta con una mano y alza la otra armada de un puñal dispuesto á descargar el golpe en cuanto la víctima chiste.

¿No sería ridículo que en semejante situación el de arriba dijera al de abajo:

—Vaya, ahora vamos á tratar tranquilamente de lo que me vas á dar *motu proprio* como premio de mi victoria?

Pues esa es exactamente nuestra posición ante la canalla norteamericana.

Con la firma en blanco, única solución digna que nos quedaba, nos hubiéramos evitado los insolentes y cínicos alardes de los periódicos ingleses que cantan á voz en cuello la alianza amenazando á todo el mundo, y la burlesca conmiseración del resto de la prensa europea que disimula su miedo al coloso hablando de naciones decadentes que deben borrarse del mapa, del reparto pacífico de nuestras islas de Oriente y de lo conveniente que es permitir que el pez grande se trague al chico para no comprometer la paz universal.

Porque esa es otra. Colección más numerosa de ladrones que la que se ha juntado en este maravilloso fin de siglo, no se ha visto otra sobre la faz de la tierra en época alguna de la historia.

Para comprender toda la magnitud de la barbarie que los actuales acontecimientos representan, hay que considerarlos tales como son, sin adornos, distingos, disculpas ni garbainas.

Y lo que ocurre es lo siguiente:

Un sujeto marcha tranquilo y confiado por

un lugar muy concurrido, no teme atentado alguno contra su persona ó sus bienes porque, aparte de que la presencia de la gente lo hace muy difícil, sabe que velan por su seguridad los agentes de Orden público, la Guardia civil, todos los encargados, en fin, de hacer respetar, en nombre de la sociedad, la moral y el derecho.

Pero hete que de pronto le sale al paso media docena de granujas, armados hasta los dientes, y le detienen con el pretexto de suplicarle que administre mejor sus haciendas, cosa que importa hasta el punto de quitar el sueño á los *preopinantes*...

Promete el detenido eso y más para que le dejen seguir su camino, pero los bandidos, viendo que con las provocaciones indirectas nada consiguen, se arrojan violentamente sobre el infeliz, le tumban, le amenazan con las navajas y con los trabucos y le invitan groseramente á que les entregue todo cuanto tenga.

Se resiste el otro, como es natural, y empieza á gritar "¡Socorro! ¡Ladrones!" en la seguridad de ser auxiliado rápidamente.

Pero aquí entra lo chusco.

Los transeúntes hacen corro para reírse del caído y para presenciar el robo como si se tratara de una fiesta, y los representantes de la autoridad, organizados para repeler la injusticia, no sólo se ponen de parte de los ladrones, sino que dejan á un lado las armas, y, con el pretexto de que la víctima es un desgraciado que no entiende palabra de negocios, ayudan á quitarle quebraderos de cabeza, y le dejan materialmente en pelota.

Parece mentira, pero esto es lo que está pasando.

¿Y ustedes creen que puede quedar así? Yo soy más optimista. Yo no lo creo. Porque por ese boquete abierto en el derecho internacional puede venir el desquiciamiento del edificio...

Y perdida la confianza en los hombres, debemos ponerla en Dios, que es, como saben hasta los niños de la escuela, un Señor infinitamente grande, bueno, justo, principio y fin de todas las cosas.

14 Noviembre 98.

HAGAMOS EL VACIO

El que no haya hablado todavía de la regeneración del país que levante el dedo.

Los políticos eminentes, los que aspiran á serlo, los escritores notables más ó menos fraudulentos del francés, los periodistas de fuste y los gacetilleros de tres al cuarto, todos han clamado como un solo hombre contra el hado adverso y han propuesto el remedio que han creído más eficaz para aliviar en lo posible nuestras desventuras.

Durante dos meses, largos de talle, los periódicos de poca y mucha circulación han abarrotado sus columnas de substanciosos párrafos tronando contra la política menuda, contra la administración inmoral, contra el caciquismo absorbente y contra todos los vicios chicos y grandes de la sociedad española.

De modo que la buena intención de todo el mundo es manifiesta, suponiendo buenamente que no haya trampa ni cartón en estas manifestaciones.

Lo cual no puede negarse que ensancha el ánimo.

*
* *

Claro está que, dada la diversidad de caracteres y criterios de los *preopinantes*, la variedad en los remedios propuestos es infinita.

Desde el patriota exaltado que se siente capaz de volver á gritar "¡Vivan las caenas!" porque piensa que sólo puede venir la salvación de un Gobierno absoluto, hasta el majadero sinvergüenza que se empeña en demostrar que este es un pueblo de salvajes (en cuyo número se incluye, naturalmente) y reniega en broma ó de veras de España y de los españoles, no hay medida radical que no se proponga ni recurso á que no se apele.

Pero entretanto, lo verdadero y positivo es que las cosas siguen como estaban, que todo el entusiasmo se nos va por la boca, y que nuestros gobernantes continúan con toda tranquilidad haciendo mangas y capirotos de la patria sin tropezar en ningún obstáculo.

Estamos haciendo la paz, y perdiendo todo lo que nos quedaba que perder, como si estuviéramos haciendo unas elecciones... con el censo falsificado.

Y en cuanto se concluya el pastel, un pastel que nos inutiliza como nación, el Sr. Sagasta, ó el Sr. Silvela, ó el Sr. Polavieja, ó el Sr. Weyler, ó cualquier señor, en fin, de los que á estas horas debieran haberse retirado de la vida pública, se encargará de probarnos que estamos en el mejor de los mundos posibles y que aquí no ha pasado nada.

¡Y guay del que lo dude!

*
* *

La prueba de que no se van á descubrir horizontes nuevos está en que la prensa, eco de la opinión según dicen, y por consiguiente principal encargada de descubrirlos, llena los huecos que deja la censura barajando nombres y más nombres de personajes para las futuras combinaciones.

Que si el Sr. Sánchez se ha ido con Polavieja; que si el Sr. Polavieja no se aproxima á Silvela por ahora; que si Martínez Campos anda sonsacando al Sr. Pérez; que si Weyler

se acerca á Sagasta; que si López se acerca á Weyler... y todo se vuelve dar cuenta de conferencias, cabileos, murmuraciones y cambios de postura.

¡Bonita manera de empezar la regeneración decantada!

¿Qué diablos nos importan ya Polavieja, Silvela, Azcárraga, Pérez, Sánchez, López y todos los generales y particulares conocidos?

Es decir, no deben importarnos un pito, porque si nos importan es señal de que no hemos adelantado un paso.

*
* *

Hay que prescindir de toda esa gente.

Porque pensar que esos distinguidos caballeros que no han sabido gobernar, ni administrar, ni hacer leyes, ni defender las colonias, van de pronto y por el solo hecho de habernos proporcionado una catástrofe, á cambiar de modo de ser y á adquirir de repente, por inspiración divina, prudencia, discreción, moralidad y dotes de gobierno, es pensar que los pájaros maman, como diría López Silva.

Y me parece además un candor rayano en la imbecilidad, suponer que eso que llaman descomposiciones de partidos, evoluciones patrióticas y otras zarandajas, son otra cosa que ambición de mangoneo y deseos de arrimarse al sol que más caliente.

¿Es que hay alguna inocente paloma que crea que conservadores, fusionistas, gamacistas, romero robledistas, polaviejistas, weyerlistas, carlistas, republicanos, etc., etc., vistos del derecho, del revés y de canto, hagan lo que hagan y adopten la postura y la denominación que quieran, van á prescindir de la noche á la mañana de sus costumbres políticas, de sus compadrazgos, de sus pucherazos en las elecciones, de su derroche de empleos y de su legendaria ignorancia de las verdaderas necesidades del país?

¡Pues cuajo se necesita!, como volvería á decir el López Silva susodicho.

*
* *

Aquí el remedio, el único remedio, está en la prensa.

¿Se rien ustedes? Pues sí, señores, en la prensa, que es la primera que debe empezar á regenerarse, no trayendo y llevando todos los días los nombres de varios respetables zascandiles que por ella medran y bullen metiéndose por las narices del pueblo soberano.

Sí; hay que hacer el vacío para que dentro de la campaña de la máquina neumática perrezcan por falta de aire todos esos bicharracos perjudiciales á la salud pública.

Nada de barajar nombres, ni de hablar de formación de partidos, ni de disidencias, ni de

los propósitos de éste, ni de los planes de aquél; nada de chismorreos de pórtico de iglesia; que á nadie se le da un ardite de lo que haya dicho Castelar, ni de lo que piense Gamazo, ni de lo que opine Pidal, ni de lo que vaya á hacer el Presbítero Juan de las Indias... norteamericanas.

Hay que echar al rincón de los trastos inútiles los nombres ya conocidos y desacreditados y buscar gente nueva, savia nueva entre los que trabajan y saben administrar sin haber pretendido demostrarlo, entre los que no han querido ni quieren ser ministros, ni senadores, ni diputados provinciales, ni siquiera alcaldes pedáneos.

Y para lograrlo hay que apelar al gran recurso del silencio, no dando oídos á la amistad, ni á la recomendación, ni al interés particular de nadie.

Hay que hacer el vacío en torno de los que lo merecen.

¿Cuesta algún trabajo probar?

21 Noviembre 98.

CARTA PARTICULAR

Amigo López Silva:

¿Ha leído usted *El Imparcial* de hoy lunes 28 de Noviembre de 1898?

¿No? ¡Pues léalo usted despacio porque es seguro que encontrará usted algo interesante para nosotros!

Publica en primer lugar las conclusiones aceptadas por la Asamblea de Zaragoza, conclusiones que, si se llevaran honradamente á la práctica, pudieran salvarnos, pronto ó tarde, de los apuros económicos y políticos en que estamos.

Y además de esto, que no puede ser más importante, encontrará usted allá en la tercera plana un telegrama del corresponsal del periódico en Bilbao, que va á dejarle á usted pegado á la misma pared en que yo me encuentro desde que concluí la lectura.

Dice así:

"ALBOROTO EN UN TEATRO".

Confieso á usted que á mí, cuando tropiezo con un tituló concebido en semejantes términos, empiezan á temblarme las carnes.

Porque en cuanto el público se alborota me da el corazón que ha de ser en contra mía.

¡La dolorosa experiencia!

Lo malo es que esta vez le he arrastrado á usted en mi desgracia, ¡á usted, que es el niño mimado de la escena, de algunos años á esta parte!

Eso es lo que tiene juntarse con malas compañías.

Siga usted leyendo.

"Bilbao, 28, 12,50 m."

Fíjese usted en el detalle de las doce cincuenta.

Porque prueba que el corresponsal se ha apresurado á telegrafiar en cuanto terminó la función, cosa que no hubiera hecho si el escándalo no hubiera sido monumental efectivamente.

"Representándose esta noche en el teatro de Arriaga la obra de Sinesio Delgado y López Silva *Los inocentes*, al llegar la escena en que aparece un obrero borracho..."

¡Alto ahí! Esto me ha sumergido en un mar de cavilaciones. Porque yo no recuerdo bien *Los inocentes* ni tengo un ejemplar á mano, pero me atrevería á jurar sobre los Santos Evangelios que en la susodicha revista extravagante no sale un solo obrero borracho, como acontece en otras cincuenta mil revistas, juguillos y entremeses del mismo fuste.

Y no me atrevo á suponer que los actores, para dar mayor amenidad á la obra, hayan intercalado esa escena, porque la broma sería un poco pesada.

Pero aunque así hubiera ocurrido, no creo que los obreros bilbaínos hayan ido á enfadarse por semejante pequeñez.

¡A no ser que, empeñados en la regeneración de la patria, traten ahora de demostrar, desde el paraíso del teatro Arriaga, que no hay obreros borrachos en el mundo!

Adelante, á ver si damos con la clave del misterio... "Al llegar la escena del obrero borracho (¡que no la hay, porra!) promovióse un gran escándalo, dándose mueras á los autores desde el paraíso, que estaba completamente lleno."

¡Concho! ¿Mueras á los autores y todo? ¡Eso es verdaderamente grave!

Es decir, que si los espectadores de las alturas nos llegan á coger trasconejados en un pasillo, ¿nos hacen tajaditas pequeñas?

Pues, señor, ¿qué diría aquel obrero para soliviantar de ese modo á las masas?

Algo muy gordo tuvo que ser, puesto que el noble pueblo bilbaíno, que ha presenciado los desastres de la guerra, las torpezas de los gobernantes y la pérdida de todas las colonias sin pedir la muerte de nadie y sin la protesta más leve, no iba á enfurruñarse de esa manera y á pretender ahorcarnos ó descuartizarnos por asunto de menor monta que la susodicha pérdida de nuestras posesiones de Ultramar...

Ahora caigo en lo que ha pasado.

El corresponsal ha sufrido una equivocación

y ha tomado por escena de *obrero borracho* aquella otra del *meeting* que, publicada por usted en libros y revistas antes de llevarla al teatro, ha contribuido poderosamente a afianzar su fama, porque pinta de un modo maravilloso y con frases gráficas esas sesiones tumultuosas en que las clases desheredadas piden cañas de burgués sin pararse en barras.

Pero ¡caramba! yo conozco á fondo á los socialistas de Bilbao, me honro con la amistad de muchos de ellos, hasta soy de la cuerda si á mano viene, y no los creo tan faltos de meollo que hayan ido á tomar el rábano por las hojas.

De modo que los que armaron la gresca no fueron tampoco los socialistas, ó fueron unos socialistas de percalina barata.

¿Quién sería, Dios mío?

* *

Sigue el telegrama:

"No bastó para calmar al público que los actores ofrecieran suspender la escena del *borracho*..."

¿Eh? ¿Cómo? ¿Y quiénes son los actores para tomarse esas libertades?

Lo que escribimos usted y yo lo escribimos para que se diga tal como lo hemos escrito, y el que no lo quiera así que lo deje.

El público tiene derecho á protestar, á hundir las obras, hasta á pedir nuestras cabezas si se le ocurre, pero no á obligarnos á transacciones ridículas. ¡Pues no faltaría otra cosa, hombre!

Eso ha sido faltar, y ya lo saben los apreciables actores de Arriaga para lo sucesivo.

Final:

"...pues se les obligó á cambiar la función sustituyéndola por *Los cocineros*."

Bueno; eso ya es harina de otro costal.

Pero conste una cosa.

Que el corresponsal ha padecido gravísimo error al dar la noticia. Porque la función no cambió del todo, puesto que *Los inocentes* no se retiraron del teatro.

Desaparecieron de la escena, obligados por la fuerza bruta, pero quedaron vociferando y pataleando en el paraíso de Arriaga.

Que desde ahora, y por esta razón, llamaremos limbo, si usted quiere.

28 Noviembre 98.

¡TOMA CANELA!

¿Se acuerdan ustedes de aquellos simpáticos comerciantes, industriales y empleados altos y bajos de Ponce, que se apresuraron á saludar con *hurra*, y *bravos*, y *olé*, la *salvadora* bandera norteamericana?

¿Se acuerdan ustedes del entusiasmo loco

con que fué recibido el ejército libertador, valiente y arrojado, que ponía los pies en la fidelísima y leal isla sin disparar un tiro?

Huvo cohetes, iluminaciones, charangas... el pueblo ébrio de placer estrechaba entre sus brazos á los voluntarios de Nueva York y de San Francisco.

Los hijos de los españoles, hartos de la insupportable tiranía de sus padres, rompieron á hablar en inglés como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida; vieron de pronto el porvenir de color de rosa, su riqueza duplicada, su comercio extendido por todo el mundo, sus *pesos papel* convertidos en *dollars* cantantes y sonantes.

Y el júbilo no les cabía en los hidalgos pechos.

* *

Pues bien, ahora deben estar bañándose en agua de rosas materialmente.

Porque en un santiamén han conseguido todo lo que pedían y más.

Los yanquis, con un profundo espíritu de justicia de que ellos mismos no se dan cuenta, conocen instintivamente lo que pueden esperar de semejante morralla, y no se hartan de dar puntapiés á diestro y siniestro.

El corazón les dice

"que quien hizo aquel venablo fará, si le pagan, ciento"

y tratan á los traidores con un desprecio y una barbarie que levantarían en alto si las víctimas no se los tuviera muy merecidos.

¡Lean, lean ustedes lo que respective al caso dicen todos los días los periódicos de todas partes!

Quejas de ciudadanos pacíficos que son atropellados por la soldadesca; quejas de comerciantes que son saqueados impunemente; quejas de cafeteros y tenderos que se ven obligados á obsequiar á sus nuevos amos; lamentaciones de las señoras á quienes la brillante oficialidad norteamericana no trata con mucho respeto que digamos, y así sucesivamente.

Y lo más gracioso es que todas estas protestas se pierden en el vacío; que los generales hacen oídos de mercader; que la prensa de todo el mundo no pone á estas noticias el más ligero comentario por no disgustar al comandante del *Towa*, y que aquí nos enteramos todos, y yo particularmente, con verdadero regocijo.

De modo que los que saludaron con entusiasmo al general Miles, renegando de su patria y de sus antepasados, las están pagando todas juntas.

¡Anda y que los frían!

* *

De quien me acuerdo con predilección es del alcalde de Megea.

De este alcalde sí que nadie ha hecho mención, siendo así que debiera tener una estatua. ¡Una estatua de barro de Alcorcón matizado con todo género de inmundicias!

Tan dignísima autoridad (y bueno es refrescar á ustedes la memoria por si lo hubiesen olvidado) es la que en cuanto los yaquis pusieron las pezuñas en Puerto Rico, publicó un bando que debiera ser célebre en los fastos de la cochinería humana.

El bando tenía á la cabeza un membrete que decía así:

"PUERTO RICO UNITED STATES".

¿Sí, eh? ¡Ya te darán á ti *States* y *united*, morral!

Y empezaba de la manera siguiente:

"Habitantes: Es necesario conmemorar el glorioso acto de la anexión de nuestra isla á los Estados Unidos."

Me da el corazón que á estas horas ya no llaman glorioso acto á nada de este mundo el insignie alcalde de Megea.

Porque supongo que habrá sentido también en las posaderas las caricias de los zapatos de sus flamantes compatriotas.

*
* *

No vayan ustedes á creer que exhumo estos interesantísimos documentos á humo de pajas.

Los saco á relucir porque he leído en no sé cuál periódico un artículo muy bien escrito en que palpita la legendaria generosidad española, con la cual hemos echado tan buen pelo.

Decía el anónimo escritor, después de relatar las penalidades morales y físicas que están sufriendo los traidores desde que nuestras tropas abandonaron la isla, que la patria tendrá siempre los brazos abiertos para recibir á sus hijos ingratos, concediéndoles amplio y completo perdón de sus errores...

¡Y esa sí que sería demasiada majadería, carástolis!

La patria lo que debe hacer es abrir los ojos y no volver á dejarse engañar por semejantes pájaros.

Porque entonces merecería que la mordiesen ratas y la pisotearan acémilas.

Los que renegaron de sus padres adulando al vencedor y burlándose del vencido; los que destrozaron la bandera inmaculada que representaba su historia y llamaron gloriosos á los sucios estandartes de los advenedizos, no tienen derecho al perdón ahora ni nunca.

Por propia voluntad y con inmensa alegría se pasaron al enemigo; si éste los trata como esclavos indignos de consideración y respeto,

que apelen á Poncio Pilato y que aguanten la mecha.

Aquí se les debe negar la sal y el agua.

*
* *

Aprendamos de esa nación fuerte y nueva que prescinde de sensiblerías ridículas y no recibe en cambio más que elogios de todo el mundo, que se apresura á darle el primer puesto entre los países civilizados y poderosa y decisiva intervención en el concierto europeo.

Como defensores de la humanidad se presentaron en el palenque en que nosotros nos batíamos con la canalla en nombre del progreso, y por atrasados y salvajes, destruyeron á mansalva nuestros buques y nos arrebataron nuestras colonias; y ahora que han logrado su objeto se ríen en las barbas de la humanidad cuyos derechos pretendían representar, y se muestran cien veces más déspotas y más salvajes que nosotros.

A patadas tratan á los habitantes de los territorios conquistados, fusilan sin piedad, saquean sin rubor, asesinan y apalean sin remordimiento, y en cuanto se les antoje exterminarán las razas de traidores sin compasión ni debilidad de ningún género.

¡Ese es el único modo de sostener colonias, y no con blanduras de corazón y concesiones ridículas!

¡Y ahora vamos á salir nosotros llorando las desdichas de los que nos vendieron y desangraron la patria?

¡Así se los trague el mar á todos mañana á las ocho y cuarenta y cinco!

5 Diciembre 1898.

LOS PRISIONEROS

Ya se ha firmado el tratado de paz, á Dios gracias.

Y doy gracias á Dios, no porque hayamos salido bien librados precisamente, puesto que hemos perdido hasta la ropa de punto, sino porque con esto terminan *por ahora* las humillaciones y el rubor mal encendido de nuestros dignísimos representantes, y podemos dedicarnos, desembarazados de una vez y para siempre de la pesada carga de las colonias, á la gran obra de la regeneración de la patria.

Regeneración que va á consistir, como si lo estuviera viendo, en la reorganización del Ministerio Sagasta ó en la subida al poder de un Ministerio Silvela, que tiene la receta para que todos los españoles echen gallina en el puchero.

No hay otro remedio. Porque, como dice un personaje del *Juan José*, tenemos donde escoger.

O cenar con madre ó no cenar.

Dejando aparte las primeras y más importantes cláusulas del Tratado, vamos á fijarnos en una que tampoco deja de ser interesante, la que se refiere á los prisioneros de guerra.

Trátase en ella del modo de verificar el canje, y tenemos que agradecer á los Estados Unidos la galantería de traer en sus barcos y á su costa los soldados que se rindieron en Manila.

Digo que tenemos que agradecerlo, porque nosotros no podemos enviar á Cuba y Filipinas más que una abundante colección de fiánigos, asesinos, incendiarios y ladrones, que supongo que no se harán personas decentes de pronto y seguirán dando que hacer á nuestros buenos amigos (según Moret) y cariñosos bienhechores (según otros varios apreciables estadistas).

De modo que por las tropas capituladas no hay que temer. Llegarán sanas y salvas, hasta cierto punto, á las costas de la Península, bajo los protectores pliegues de la bandera norteamericana.

Pero... Este pero párrafo aparte merece.

Pero hay una especie de coletilla en la susodicha cláusula, que no parece nada á primera vista, y viene á ser algo así como el último borrón echado por los flamantes defensores de la humanidad en el gran libro inútil del derecho de gentes.

Los Estados Unidos se comprometen, además, haciéndonos un favor muy grande, á gestionar la libertad de los catorce mil españoles que gimen y sufren bajo el poder de Poncio Aguinaldo.

¡Gestionar!

Es decir, que los señores comisionados no responden del éxito.

Hay que fijarse bien en eso para comprender toda la brutalidad que encierra semejante frase lanzada así, con la mayor naturalidad del mundo, al rostro de esa Europa que se llamaba civilizada hace pocos meses, y en el mismísimo corazón de París, por añadidura.

Porque vamos á cuentas:

El Archipiélago filipino, al cual renuncia España por ese mismo Tratado de paz y amistad, queda *ipso facto* á la disposición de los Estados Unidos, que harán de todas aquellas islas, territorios y habitantes, lo que tuvieren por conveniente. Son botín de guerra, y ojalá se les vuelva veneno.

Bien, pues desde ese mismo momento los Estados Unidos son los únicos responsables de las vidas y haciendas de aquellos infelices, y á ellos corresponde exclusivamente, si se em-

peñan en que se los tenga por nación civilizada, libertarlos del cautiverio en que los flenan algunas hordas de salvajes.

No se diga que son prisioneros de guerra de Aguinaldo y que con Aguinaldo hay que tratar del rescate, porque si Aguinaldo ejerce dominio sobre alguna porción de tierra, no se comprende que de la cesión de esa tierra se haya tratado con España, sino con el propio Aguinaldo, que es el único dueño.

Porque resultará que los vencidos dan al vencedor lo que no les pertenece.

Por lo tanto, ó se deja á España que castigue por su cuenta al cabecilla y pueda, por lo tanto, volver á apoderarse de esa tierra, en cuyo caso la pertenecería de nuevo y habría que hacer otro tratado para cederla, ó son los Estados Unidos los que deben, no gestionar, sino exigir la devolución de los prisioneros.

Esto no tiene vuelta de hoja.

Pero vamos á suponer el absurdo de que efectivamente es Aguinaldo el vencedor y conserva con legítimo derecho en su poder esos prisioneros.

Puesto que la guerra ha terminado y España se retira de sus antiguos dominios, ¿qué razón hay para que todas esas personas continúen un minuto más en poder de los tagalos, condenadas á esclavitud perpetua?

¿Es que el mundo va á consentir, en las postrimerías del siglo XIX, semejante acto de piratería?

No ya sólo los Estados Unidos, todas las demás naciones tienen el deber de procurar la libertad inmediata de aquellos millares de sacerdotes, empleados, comerciantes, niños y mujeres, que no han sido apresados en función de guerra y tratados con las consideraciones debidas, sino en una serie de *razzias* brutales de las que ya no se usan afortunadamente más que en los incultos países del centro del África.

No; esas cosas no se *gestionan*, se resuelven de plano y por la fuerza si fuese preciso.

Y de no hacerlo así hay que concedernos un derecho que seguramente nos negarían los defensores de la humanidad.

Todavía tenemos algunos barcos y algunos hombres.

Permítase que vayan esos hombres en aquellos barcos á rescatar á sus compatriotas y á castigar cumplidamente á sus verdugos; que si éstos, con ser muy numerosos, no obtienen eficaz ayuda de los que saben sacar con mano ajena las castañas del fuego, aún podrían pagar cara su osadía esos cuadrumanos defensores de repúblicas.

¿A que no se nos concede eso?

Con lo cual se añade una iniquidad á las muchas que en estos desdichados tiempos han

cometido los hombres, dejados de la mano de Dios indudablemente.

12 Diciembre 1898.

MI PLAN DE HACIENDA

(Carta particular al Ministro del ramo.)

Muy señor y amo mío y de todos los españoles: Me parece que en una sección titulada *tiempo perdido* ha de encajar que ni de molde una epístola dirigida á V. E., porque por sabido se calla que V. E. y todos los subalternos á sus órdenes han de hacer de ella el mismo caso que de las coplas de otros tiempos.

No hay más que ver que el ilustre senador y no menos ilustre banquero Sr. Girona parece que presentó al Gobierno en tiempo oportuno un plan completo y detallado de la reorganización de la Hacienda pública, y cansado de que no le hiciera caso nadie y las cuartillas durmieran el sueño de los justos, se ha decidido á imprimirlas y andan por ahí en un folleto que desgraciadamente no ha llegado á mis manos.

¡Conque si á una persona tan respetable y tan acreditada en los negocios se la trata como á cualquier arbitrista de café de los que no saben dónde tienen la mano derecha, no hay para qué decir lo que hará V. E. conmigo!

Y, sin embargo, sería muy conveniente que V. E. se dignara fijar su atención en estas cortas líneas.

Porque donde menos se piensa salta la liebre y á lo mejor aparece el huevo de Colón á la vuelta de la esquina.

En estas cuestiones complicadísimas, al parecer, del Tesoro nacional, se enredan y atorolan con lastimosa frecuencia los hombres de talento y acostumbran, por consiguiente, y como V. E. sabe, á no dar pie con bola.

Y yo tengo para mí, aunque soy un bolo, que en la mayoría de los casos con las cuatro reglas y un poco de sentido común se saldría del paso perfectamente.

¿Me permite V. E. que aplique á la apuradísima situación en que nos encontramos el sentido común y las cuatro reglas?

Pues bien; en los cincuenta y cuatro mil y tantos proyectos salvadores que estos días ruedan por los periódicos, sin olvidar el acordado en la Asamblea de Zaragoza (de la cual tampoco ha hecho mucho caso el Gobierno mayormente), habrá notado V. E. que cada

uno de los preopinantes arrima el ascua á su sardina: los agricultores pretendiendo echar el muerto á las clases pasivas, los empleados á los agricultores, los militares á los rentistas, los rentistas á los militares y así sucesivamente.

La consigna parece ser esta:

"La nación está en peligro. Todos deben arrimar el hombro para salvarla... menos la clase á que pertenece dignamente."

Y eso sí, el que más y el que menos se apoya, al llegar á la capitalísima cuestión de la Deuda, que es donde está el apuro gordo, en el principio de que debe unificarse... haciéndose perpetua.

Aquí es donde yo veo clara la barbaridad, y permítame V. E. la frase.

Santo y bueno, y lógico y justo que las generaciones venideras carguen con los intereses de lo que nosotros hemos pedido prestado, siempre y cuando que las cantidades adquiridas de mala manera se hayan empleado en cosas que redunden en su beneficio, como obras públicas, mejoras de poblaciones, carreteras, ferrocarriles, canales, etc., porque los que vengan después han de disfrutar de las comodidades que tales adelantos han de traer consigo; pero ¿con qué razón podremos obligar á nuestros hijos y nietos á pagar *per secula* nuestros derroches?

Y derroches son: la guerra mal hecha, en que se han perdido las posesiones y el crédito nacional; el oro tirado á manos llenas para enriquecer agiotistas y premiar compadrazgos, y tantas y tantas prodigalidades como las que nos han traído á la ruina.

La generación actual es la única responsable de su corrupción y de sus locuras, y ella sola debe pagarlas.

Quedamos, pues, por este lado, en que se debe tirar, no á eternizar la deuda pública, sino á extinguirla lo más pronto posible.

Y para eso hay varios medios.

Uno, el más sencillo y más breve, consiste en no pagarla; y á esto apelaría yo, si no fuera porque es casi seguro que no habrían de aceptarlo los acreedores, y que podría servir de pretexto para que las demás naciones, que están de dignidad á la cuarta pregunta, según se ha visto, se repartiesen bonitamente la nuestra.

Otro, y este el que yo me atrevo á proponer á V. E., es el de suspender el pago de los intereses, y destinar las cantidades que habrían de invertirse en la recogida de cu-

pones, á la amortización del capital *por todo su valor nominal*.

Ejese V. E. en lo subrayado, porque ahí está el *intrínquis*.

Claro está que los tenedores sufrirían algún perjuicio, pero no será menor el que les amenaza si les imponen un recargo de 25 por 100, que sí se lo impondrán, de seguro; porque toda la deuda quedaría pagada en veinticinco ó treinta años, y lo que habrían perdido de intereses lo cobrarían de un golpe al ser amortizados sus títulos.

Yo no sé si me habrá comprendido V. E.

Creo que sí, porque lo cosa es más clara que el agua.

Y entre unificar la deuda al tres por ciento para que no se acabe nunca, y quitar al Estado esa peiguera en un plazo relativamente corto, matando de paso la Bolsa, que es nuestra perdición, y encauzando el dinero hacia la industria y hacia los negocios, la elección no es dudosa.

Claro está que en esto tienen que ayudar á V. E. sus compañeros de Gabinete, reduciendo á la mitad sus respectivos presupuestos.

¿Que no se puede? ¡Pues no se ha de poder! Examinando los expedientes de clases pasivas, de cruces, de recompensas, de pensiones, de créditos reconocidos, y cortando de raíz todos los abusos presentes y pasados.

Dejando un ejército y una marina bien pagados, bien atendidos, pero con los elementos de personal y material estrictamente necesarios, que en las actuales circunstancias son la cuarta parte de los existentes.

Acabando con las subvenciones, comiciones, dietas, etc. etc.

Simplificando la administración de justicia.

Y advirtiendo á los señores empleados que todo el que desee seguir sirviendo á la nación ha de renunciar generosamente á los derechos pasivos que por clasificación le correspondan.

Ya ve V. E. si es fácil.

Pero no; no hay que esperar arreglo de ninguna manera.

Nos han suprimido por fuerza el Ministerio de Ultramar, y lo primero que hemos pensado, con el pretexto de regenerarnos, es crear, para sustituirlo, otro de Industria y Comercio, que sin remedio ha de costar infinitamente más caro y que no hace maldita la falta. Porque antes de crear el Ministerio correspondiente hay que crear el comercio y la industria.

Y así no se va á ninguna parte.

2 Enero 1899.

OTRO PROGRAMA

Digo no; no es otro. Es el mismo de siempre.

Es aquel célebre de "Más industriales y menos doctores, ó menos política y más administración, ó... Vámonos á la Venta del Grajo", que se resumía en pocas palabras, pero que costó millones de discursos y trillones de artículos doctrinales, concienzudos é inútiles.

Esta vez se ña apoderado de él el bueno de Silvela, que en sus ansias de ser Presidente del Consejo de Ministros se hubiera agarrado á un clavo ardiendo, cuanto más al programa de Polavieja que era ése: Más administración, menos política y... mucha devoción al Santo Rosario."

Y el pobre señor, inocente de puro listo, se ha llegado á figurar que nos ha engañado, y que todos estamos deseando que Sagasta se decida á marcharse para ponernos de todo corazón á sus órdenes (á las de Silvela) y bendecirle, á alabarle á todas horas, exceptuando las necesarias para cumplir los preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Los periódicos conservadores, entre los cuales tengo el gusto de presentar á ustedes á *El Imparcial*, para que se asombren ustedes, han encontrado el discurso del jefe que ni hecho de encargo: claro, conciso y de una precisión y de un alcance que me río yo del tóxico Daza.

Pero, en cambio, los periódicos de oposición, como era de esperar, no se hartan de decir que jamás han visto cosa más vaga, más insubstantial, más huera y más falta de sinceridad que el dichoso discurso.

Pues, señor, ¿qué *quedrán*?, como decía el torero.

¿*Quedrán* que el aspirante á salvador de la patria sea verdaderamente sincero y diga lo que piense? ¡Medrados estaríamos, y medrado estaría él sobre todo!

Porque tendría que haber dicho lo siguiente: "Señores: Me considero una medianía ridícula, sin dotes de gobierno ni talento suficiente para acometer la ardua empresa que requiere en las actuales circunstancias.

Pero me ha costado mucho trabajo conseguir que mi grupito prevalezca sobre las demás manadas y rebaños en que se subdividió el partido conservador á la muerte de Cánovas (el cual, dicho sea de paso, no me podía ver por enredador, zascandil y sin substancia) y no es cosa de andarse con remilgos á la hora precisa de empuñar las riendas del poder.

Vamos allá á salga lo que saliere.

Lo primero que haremos será quitar los destinos á los liberales y repartirlos entre nosotros, sin olvidar una sola plaza de escribiente, porque aquí se trata de comer, señores, y de cobrar y de hacer negocios y lo demás es música.

Lo segundo será preparar unas elecciones, ayudado por nuestros caciques de provincias, con objeto de tener asegurada una gran mayoría que nos permita hacer mangas y capirotes de los asuntos públicos. Si el país quisiera intervenir, que no querrá porque de sobra sabe que no había de adelantar nada, forzaremos la máquina apelando á los pucheros, á las cárceles y á las cargas de caballería si fuese preciso.

Y una vez dueños del timón llevaremos la nave á nuestro gusto sin preocuparnos del qué dirán. Daremos más cruces, más encomiendas y más pensiones á los generales que nos ayudan, á sus hijos, á sus sobrinos y á sus yernos; colocaremos á nuestros paniaguados en los destinos mejores para que ni siquiera se molesten en ir á la oficina; señalaremos abundantes dietas y sobresueldos á la gente de casa, y... estaremos así cinco ó seis años mientras el partido liberal se reorganiza en la oposición bajo la jefatura de Gamazo, que es otro peine como el que tiene el honor de dirigirse la palabra.

Y así volverá á establecerse el turno pacífico y seguiremos viviendo á costa de los imbeciles.

He dicho."

Este discurso, que hubiera sido sincero completamente, hubiera obtenido tantos aplausos de la concurrencia como el otro, pero tal vez hubiera hecho mal efecto en la opinión.

Y aunque eso no importa, porque peor efecto hizo la campaña de Bosch en la alcaldía de Madrid y luego fué Ministro, bueno es cubrir las formas.

Y para eso nada mejor que juntarse con Polavieja, que tiene su pija como Weyler y además no dice pecados y se cría en el santo temor de Dios, y entre los dos hilvanan un programa recogiendo todo lo que se dice acerca de la regeneración de la patria en círculos y periódicos.

Muchas economías en el papel, mucha moralidad de boquilla y mucho zurrar á las clases pasivas y á los tenedores de la Deuda, que son los únicos culpables convictos y casi confesos de los desastres de la guerra.

Con esto y con el servicio militar obligatorio, que quiero yo ver cómo se implanta sin dos pesetas, ya se queda contento el proletariado; y si además se añade que se acatarán las decisiones del Sumo Pontífice, que se fundarán conventos, que se respetará el Concor-

dato y que se exigirá á cada español la cédula de comunión y la bula de la Santa Cruzada, ya están bailando de gusto todas las beatas del país, que son ciento y la madre, y todos los obispos, curas, frailes, monjas y hermanitas de los pobres de la cristiandad.

¿Y qué más se puede pedir?

Confieso que, á consecuencia de su unión con Silveira, unión de que abominaba solemnemente hace quince días, hasta Polavieja se me ha hecho antipático.

Porque pensar que cuando todo el mundo marcha hacia adelante nosotros vamos á regenerarnos marchando hacia atrás y encomendando nuestra salvación á los integristas y á los conservadores, es pensar en lo excusado.

Y me choca que haya habido un solo período importante que haya caído en el garlito.

¡A no ser que haya caído á sabiendas!

9 Enero 1899.

LA WALKIRIA

I

Yo no he tenido en mi vida frac, ni *smoking*, ni cosa que lo valga.

Cuando me he visto en un compromiso gordo de comida de etiqueta ó de recepción oficial, me he valido de los amigos y me he presentado hecho una facha. Pero estas pequeñas contrariedades son preferibles á gastar una porción de dinero inútil en unas prendas que, además, me sientan como un tiro.

No he ido, pues, nunca al teatro Real más que á un baile de máscaras que dió hace años el Círculo de Bellas Artes, y en punto á óperas estaba hasta el jueves de la semana pasada virgen como una selva de América.

Con lo dicho basta para comprender el horrible apuro en que me puso mi buen amigo el pintor escenógrafo Amalio Fernández regalándome una butaca, ¡nada menos que una butaca de las que costaban seis duros en el despacho! para el estreno de *La Walkiria*, de Wagner.

Pero no podía faltar. Mi amigo había pintado en unión de Bussato unas decoraciones en que había puesto los cinco sentidos; la solemnidad artística iba á ser de las que se celebran pocas veces, y hubiera sido majadería insigne dejar pasar semejante ocasión de co-dearse con lo más florido de la nación, aunque fuera con ropa de prestado.

Por otra parte, yo tengo una fama muy sólida, muy justa y ganada á pulso, de poseer la más lamentable organización musical que la naturaleza ha concedido á alma viviente. En veinte años de lección continua no soy capaz de comprender el valor de una nota.

En semejantes condiciones era un caso dig-

no de estudio el de desayunarme con una ópera de Wagner, cuya importancia, alcance y significación no han podido *pescar* todavía los hombres más eminentes del arte al cabo de cincuenta años de luchas, polémicas enconadas, sátiras sangrientas y hasta puñetazos en las narices.

Era preciso ir, y fui efectivamente.

Después de una larguísima discusión sobre si debía llevar corbata y chaleco blancos ó negros, frac ó *smoking*, un actor de Apolo, más delgadito que yo desgraciadamente, me vistió de *smoking*, corbata negra y chaleco blanco, que es lo que se convino en reputar por lo más *pehut*, *chic*, *snob*, etc., etc.

El pantalón quería estallar por la cintura, el chaleco se me quedaba dos dedos más arriba de donde debía quedarse, y sólo el *smoking* hubiera podido parecer mío con un poco de buena voluntad.

En tal guisa me presenté en el imponente coliseo á formar parte de aquel terrible público que se llama asimismo el más inteligente de Europa. Allí estaban, en butacas y palcos, las mujeres más hermosas, más ricas y más elegantes de Madrid y los hombres más importantes de la aristocracia, del periodismo, de las artes... y allá arriba se adivinaba entre las sombras, en apretado y macizo montón, la *fiera* del paraíso, dispuesta á protestar enérgicamente del primer do que se rozara para demostrar que no hay quien la ponga el pie delante en los *tiquis miquis* de la música.

Todos iban á hacer un estudio comparativo de Wagner. Yo sólo iba á juzgarle aisladamente, puesto que aquella era la primera ópera que oía... sin entender jota del género. ¿Se habrá visto un hombre alguna vez en situación semejante?

Todos mis amigos y conocidos, que son muchos, y en buena hora lo diga, esperaban como el santo advenimiento los sabrosos comentarios que yo había de hacer, basados en mis impresiones; como esperarían, pongo por ejemplo, la opinión de un paleta de Valderrábanos en los complicadísimos problemas de la electricidad ó en el enrevesado asunto de la regeneración de la patria.

¿Cómo habían ellos de figurarse que dos horas después había yo de poner cátedra de música en el mismísimo *foyer* del Teatro Real nada menos, ante lo más selecto y empingorotado de la crítica matritense, y atraerme al concurso sin flores retóricas ni técnicas disquisiciones, por la sola fuerza del convencimiento sinceramente expresado?

Pues sí; la puse, y atendiendo más que á la ilación del discurso á disimular las estrecheces del pantalón y la tiranía del chaleco que, arrugado y tirante, se empeñaba en apretujarme el estómago.

Yo llevaba una idea infernal de Wagner; la idea vulgarizada por los epigramas y caricaturas de todo el mundo; ausencia completa de poesía, algarabía indecifrabable y trompetazo limpio. Todo lo endemoniado, alborotador, estrepitoso y confuso se llam... wagneriano; no se comprende al compositor alemán sin los cabellos erizados, el lazo de la corbata deshecho, con aspecto de loco furioso, martilleando incansable en los oídos de la humanidad hasta aturdirla con un estruendo ensordecedor y antiartístico.

Y ¡mire usted lo que son las cosas! me encontré un Wagner... ¡oh, qué Wagner!, genio colosal creador de mundos, cien codos más alto que los hombres más grandes de este siglo; tan alto y tan grande que la humanidad necesitará cien años para comprenderle.

Me explico las silbas con que la muchedumbre le ha recibido en todas partes; las brutales injurias con que fué acogido su talento; los obstáculos con que tuvo que luchar según dicen, y la gracial indiferencia con que el público de Madrid oyó *La Walkiria*, no atreviéndose á rechazarla escandalosamente por miedo á *tirarse una plancha*... Me explico todo eso, porque un reformador de tales alientos y con tanta enjundia no puede triunfar sin acabar con la rutina y sin imponer por la fuerza su gusto.

Lo que no puedo comprender es que los que estudiaron música, aunque no fuese más que la necesaria para tocar el violín, no cayeran desde el primer momento deslumbrados por la refulgente claridad del arte sublime, é hincaran la rodilla ante aquellos resplandores de la gloria.

Yo no sé cómo eran y son las famosas óperas que cantaron Tamberlick, Stagno, Gayarre, la Patti, la Sanz, la Fossa y la Fuoco; pero desde luego puedo asegurar que si no se parecían algo á *La Walkiria* eran infinitamente peores, ó mejor dicho, no eran tales óperas, sino zarzuelitas disimuladas.

Pero la explicación de este aserto, infundado como *proveniente* de quien entiende tanto del pentágrama como del sánscrito, capítulo aparte merece.

23 Enero 1899.

II

Con el soplo arrollador y vivificante del verdadero genio, Wagner derribó los muñequillos de cartón y los sustituyó por héroes, rompió los moldes, como se dice ahora, y arrojó los pedazos lejos, tan lejos, que no habrá quien se imponga la difícilísima tarea de juntarlos.

Empeñóse en sujetar á la multitud insubstancial y casquivana con argollas de hierro, y la obligó á oír. ¡Ya es algo! ¡Pero todavía es temprano para que le entienda!

Aquellas señoritas, espléndidamente ataviadas, que desde tiempo inmemorial tienen su palco como punto de tertulia; aquella colección de gomosos (de frac, corbata blanca y chaleco negro la mayoría, para que yo me pasara avergonzado toda la noche) que salen del casino para oír una romanza de tiple ó los gorgoritos de un tenor, charlar un rato de cosas baladíes y volverse al casino; aquellos *inteligentes* de las alturas, muy listos en efecto para percatarse de que la trompa ha dado un *fa* en vez de un *re* ó el bajo se ha subido medio tono, pero incapaces de apreciar la belleza ó los defectos de un poema musical juzgado en conjunto... harto hicieron con escuchar religiosamente sin dar ostensibles señales de aburrimiento por el desarrollo de una idea novísima y excepcional que no les cabía en la cabeza.

**

En *La Walkiria*, y supongo que en las restantes óperas de Wagner, ocurrirá lo mismo; el personaje principal es el único que debe serlo: la orquesta.

Ella canta el poema, hermoso y grande, con toda la majestad y toda la pompa que el asunto requiere. Todo lo demás, cantantes, decoraciones, vestuario, atrezzo, luces, juegos de maquinaria, nubes que desfilan, caballos que vuelan y llamaradas que surgen... no son más que accesorios, ó á lo sumo, otros instrumentos que vienen á dar fuerza al conjunto.

Y así debe ser, y no de otra manera. Para que los personajes lleven una acción más ó menos viva con acompañamiento de un *chin chin* más ó menos adecuado, bien estamos con nuestras zarzuelas chicas y grandes. Pero si la ópera es un poema musical, lo importante ha de ser la música, y en ella ha de estar la descripción de caracteres, el choque de las pasiones, hasta la pintura de paisajes si viene á mano. Todo lo que no sea eso es andarse por las ramas y desvirtuar el verdadero concepto del arte.

**

¡Y de qué hermosa manera cumple Wagner su misión en *La Walkiria*!

La orquesta inventa los personajes del gran-

dioso poema semi-divino en que se contrarrestan y luchan las fuerzas de la naturaleza, los mueve y los dirige, sufre por ellos y con ellos se apasiona.

Truena y relampaguea como el cielo en los comienzos de la ópera; se queja, suspira y estalla con Sigmundo en cantos de amor ideal y eterno; ama, se rinde y llora con la desventurada Siglinda; recela y odia con Hunding; maldice airada con el implacable Wotan; suplica con la infeliz Brunilda; canta, corre y atruena las agrestes montañas con los salvajes gritos de las Walkirias guerreras; arde con los resplandores del incendio que el dios invoca; arrulla y sacude con espasmos de voluptuosidad sobrenatural é infinita con el canto de la primavera... aquel maravilloso canto de que, según Rodrigo Soriano, ha dicho Saint Saens: "Mil críticos, escribiendo mil líneas diarias durante mil años, echarían abajo esta sublime página de música del mismo modo que si por la sola fuerza de un soplo quisiera un niño derribar la más alta pirámide de Egipto."

Y ¿cómo se hace todo eso?

¡Ah! lo ignoro. Ya he dicho, y puedo jurar sobre los santos Evangelios, que no entiendo el más pequeño resorte de la mecánica musical. Sólo sé que la orquesta del Real no me pareció aquella noche un conjunto de ciento veinticuatro instrumentos, sino un monstruo dotado de portentosa potencia creadora, que daba vida mágicamente á la salvaje leyenda, expresando con su prodigiosa garganta todas las pasiones del mundo.

A ratos parecía que no tocaba nadie, sino que desde el fondo mismo de las montañas pintadas por Bussato y Amalio subían ecos de celestial ternura, quejidos de dolor, gritos de placer sobrehumano... A ratos, en cambio, parecía que todos, violines, trompas, arpas, tambores, flautas, oboes y clarines, en el delirio de la locura, rascaban ó soplaban sin orden ni concierto... Y sin embargo, ¡qué concierto y qué orden en aquella algarabía al parecer disparatada y confusa!

Confieso que salí asombrado.

Ese es el poder del genio: subyuga y domina á los ignorantes haciéndoles gozar la emoción estética contra su voluntad y contra su gusto.

**

Pero hablemos claro. Entiendo que es difícil que un público meridional acabe de comprender lo que Wagner vale y lo que su música significa.

Su ligereza y versatilidad no le permiten prescindir de hablar y mirarse durante la representación de una ópera larguísima, ni parar su atención en el lento desarrollo de una acción lánguida, sin la animación y alegría

que prestan las masas corales y... las bailarinas vestidas de tarlatana. Le fatigan aquellos actos eternos que se componen de tres ó cuatro escenas y en que no intervienen más que cuatro ó cinco personajes, y no le llegan del todo al alma aquellas pasiones hondas que no surgen rápidas y se deshacen entre estampidos como los cohetes...

Yo no quité los ojos del palco del *Veloz*, entre otras razones por ver si se presentaba algún socio con *smoking*, chaleco blanco y corbata negra, para dar la razón á los actores de Apolo, que de tal manera me habían vestido.

Pues bien; durante los dos primeros actos no hubo en él más que dos personas procurando en vano distinguir algo con los gemelos en las plateas de enfrente. Al empezar el tercer acto, allá cerca de la una de la madrugada, el palco se llenó hasta el punto de que no cabía un alfiler. ¿Saben ustedes por qué? Porque los periódicos habían anunciado que había en el escenario un incendio que parecía de verdad y que las Walkirias se marchaban galopando por el aire.

A eso fué el distinguido público aquella noche: á ver los caballitos y el fuego, es decir, el *tirrimundi*.

Para terminar, copiaré un párrafo de un monólogo del gran Sellés, que cuando se publiquen estas líneas acabará de estrenarse en Lara:

"La música de Wagner, aunque no venza, mata. Cuando se oye no gusta, pero después de oída no gusta tampoco otra música."

Estamos conformes.

30 Enero 1899.

ESPAÑOLERIAS... Y ARMAS AL HOMBRO

Mentiría como un bellaco si dijera que la satisfacción no me inunda.

A la hora presente, diez de la mañana del lunes 6 de Febrero de 1899, ha corrido por toda España la grata nueva de que los filipinos han roto las hostilidades contra sus buenos amigos y activos auxiliares los norteamericanos, atacando furiosamente á Manila y causándoles cincuenta bajas, confesadas por el general Ríos por el cable intervenido por Otis, lo que hace creer que se habrá quedado corto.

¡Cincuenta bajas! Unidas á las que han producido á estas fechas la disenteria y la viruela, no son todavía muchas real y verdaderamente, como diría mi amigo Manolo Rodríguez, pero pueden pasar... como aperitivo.

Los platos fuertes vendrán luego.

Aquí lo positivo es que Aguinaldo (que fué traidor para los nuestros y no había motivo para suponer que no lo fuera para los otros) no se ha dejado engañar por las embusteras promesas de los que fueron sus aliados y ha roto

el fuego contra ellos sin esperar á que el senado de Washington ratifique el tratado de paz... ¡Divertida paz se les prepara!

* *

¿Recuerdan ustedes que en las columnas de este mismo periódico me permití hacer ciertas profecías, añadiendo que pedía á Dios en mis cortas oraciones un millón de muertos como castigo á la injusticia que el mundo había cometido con nosotros?

Pues por las frazas voy á empezar á contarlos antes de lo que me figuraba.

La cuestión es que no se interrumpa la cuenta hasta que yo me canse.

¡Y juro por la espada de López Domínguez que hay para rato!

* *

Noten ustedes, porque es muy de notar, que la Providencia no nos abandona, como habían propalado por ahí cuatro descreídos.

Al cabo de los siglos vuelve á repetirse el caso maravilloso de Covadonga; lo que prueba que puede ser un hecho la regeneración de la patria. En tiempos de Pelayo no nos había quedado, por junto, más que el pico de una montaña; en tiempos de D. Práxedes Mateo Sagasta nos queda algo más, aunque poco... de modo que hay mejor base para la reconstitución.

Por de pronto, á la vista salta que la divinidad está de nuestra parte, puesto que repite el milagro.

In illo tempore las flechas de los sarracenos se volvían contra los mismos que las lanzaban; ahora las balas de los yanquis, puestas cochinamente en manos de los insurrectos filipinos para que acribillaran á nuestros infelices soldados, se vuelven contra los que las fundieron por arte de *birlibirloque* y ya les han producido cincuenta bajas.

¿Podrá negarse que hay en el cielo un ángel dedicado exclusivamente á pedir á Dios el castigo de los granujas, y que Dios le atiende con plausible frecuencia?

* *

Nosotros, entretanto, estamos en la gloria.

Si los yanquis se empeñan en sostener el honor de sus armas tendrán que lanzar sobre los tagalos cincuenta, sesenta, cien mil hombres; gastar ríos de oro, aguantar la lucha de guerrillas en las montañas durante años y años, sufrir hambre y sed, morirse como chinches de disenteria y de calentura... y en ese caso mal para los tagalos y para los yanquis.

Venza quienquiera, los dos bandos quedarán hechos una lástima y los unos nos vengarán de los otros.

Si se deciden por declarar que están verdes y entran en arreglos y componendas para di-

simular el fracaso no lo lograrán ni á tres tirones; perderán en pocos días la preponderancia adquirida indebidamente, más que por su propio poderío por la ineptitud manifiesta de nuestros gobernantes, y se volverán pian piano á sus casas, con el rabo entre piernas, á que los besen las muy... sinvergüenzas de sus compatriotas, que ya han puesto como una breva al zángano de Hobson ó como se llame el teniente aquel del *Merrinac*, que ha ascendido á héroe por hacer lo que hubiera hecho el último de nuestros grumetes, sin darle importancia.

De todos modos, creo que se acerca el momento de que se cumplan mis vaticinios.

Lo que hace falta es que Máximo Gómez en Cuba imite á Aguinaldo lo más pronto posible. Aunque no sea más que porque sepan esos ambiciosos lo que cuesta meter la mano en las Aduanas de las posesiones que fueron españolas.

Y para que se vayan enterando, los que lucharon por salir de nuestra *tiranía*, de que, con mala administración y todo, hay poca gente tan leal y tan noble y tan á la buena de Dios como los españoles.

* *

¡Pues no digo á ustedes nada si, á consecuencia de esto esa paz universal de que con tanto carino cuidan las grandes potencias, se turba el día menos pensado!

¡Ah! ¡entonces sí que será cosa de que vayamos todos, cogidos de las manos, y nos encerramos en los templos durante tres días y tres noches á dar gracias al Dios de las alturas!

6 Febrero 1899.

EL ROMANTICISMO

Por fuerza estamos dejados de la mano de Dios.

Es decir, lo están los señores periodistas de tres al cuarto, que vienen á ser las tres cuartas partes de los periodistas.

Porque bastó que nos vencieran los Estados Unidos, si se llama vencer á eso, para que saliera la prensa de todos los matices diciendo que nos estaba bien empleado, por románticos y por quijotes, y por no atender á la realidad y no constituir un país práctico como las circunstancias y los tiempos requieren.

Y ha bastado ahora que se haya estrenado en Madrid el *Cyrano de Bergerac* y que Marcos Zapata haya vuelto de Buenos Aires para que se hayan olvidado de los sanos consejos de quince días antes y hayan saludado llenos de alborozo, y sin saber lo que se pescan por añadidura, lo que ellos creen nueva aurora del romanticismo renaciente...

* *

“¡Ved!, exclaman los señores críticos, como si en efecto les saliera de dentro la idea, ¡ved cómo se entusiasma la muchedumbre con los desplantes del héroe que se bate haciendo versos y hace huir á cien malandrines con su tajante tizona! ¡Oh! nuestro pueblo será siempre romántico y aborrecerá las comedias de tesis, y se relamerá de gusto con las coplitas sonoras y retumbantes aunque estén plagadas de ripios. ¡Ese es el arte verdaderamente español que resurge, anunciando nuevos días de gloria!”

Y así sucesivamente, asegurando que el *Cyrano de Bergerac* “es cosa nuestra” y que nunca hemos debido salir de esos enredos, aventuras, lances, estocadas y cintarazos...

Es decir que lo que hace un mes, según los preopinantes, nos ha hecho perder las colonias, es ahora el signo de nuestra redención literaria... y hasta económica y política.

* *

Verdad es que, aunque á primera vista no lo parezca, todo tiene íntima relación, y aquí, donde un partido político que aspira, según dice, á la regeneración de la patria, empieza por prometer en su programa que acatará en todo y para todo las órdenes del Vaticano, es lógico y natural que se busque la regeneración de las letras resucitando en el teatro las quimeras de la fantasía sin mezcla de realidad alguna y en la lírica las odas al sol y al mar, y la palabrería altisonante, hueira y sin substancia.

¡El colmo de la inocencia!

Cuando el mundo entero marcha hacia delante, las ciencias, las artes, todo marcha hacia adelante también y es majadería insigne pretender correr hacia atrás.

No hay que confundir el romanticismo con la poesía; el romanticismo ha pasado y ha muerto porque cumplió su misión y debía pasar y morir... La poesía, que es inmortal, tiene que buscar otro ambiente, tiene que dejarse de fantasmas, duendes y personajes de relumbrón para cantar placeres y dolores reales y humanos.

Los muñecos de talco, en el teatro y en la novela, tienen que dejar su sitio á las personas de carne y hueso. No podemos volver á Pérez Escrich y Ortega y Frias; tenemos que seguir con Pérez Galdós y Pereda y avanzar más si es posible.

* *

El triunfo de *Cyrano de Bergerac* es el triunfo personal de un autor dramático que maneja habilísimamente todos los resortes de la escena, que sabe sacar efectos y que deslumbra con los resplandores de su ingenio y de su fantasía.

Pero esto no quiere decir que debamos ir todos por el mismo camino.

Al contrario, la acción, los caracteres, las situaciones deben ser ante todo humanos... Dentro de la humanidad cabe también la poesía, una poesía más grande y de mejor ley que la que relumbra con los efectismos y los colorines.

Porque en el teatro todos los géneros son buenos ó malos, según quien los trata. Una pluma hábil, conocedora del público y azeada á la mecánica sacará siempre gran partido de las aventuras extraordinarias, de los medallones misteriosos y de los héroes de guardarropa, y una mano inexperta dará al traste con los caracteres mejor pensados y con las pasiones más hondas y más verdaderas.

Claro es que el vulgo se inclinará siempre á lo excepcional, á lo maravilloso, á lo divertido, porque los hombres no dejan de ser niños nunca y les entusiasman las leyendas de valientes, los cuentos de brujas, los trajes vistosos, las empresas arriesgadas, y... las paparruchas de todas clases.

Pero del vulgo no debe hacerse caso, y no es él quien ha de marcar los rumbos del arte.

No hace muchos años, en una exposición universal de pinturas celebrada en París, obtuvo primera medalla un compatriota nuestro por un cuadro que representaba el momento en que un profesor de un hospital reconocía á una enferma en presencia de los alumnos.

Quedaron entonces postergados nuestros otros grandes pintores, que habían llevado cuadros de historia, cuajados de guerreros y de reinas, de chambegos y de cotas de malla.

Los mejores críticos franceses alabaron la decisión del jurado, que prescindía de las cosas pasadas por poco importantes y premiaba al artista que atendía á la vida moderna con sus grandezas y sus dolores...

¡Y ahora salimos con que el *Cyrano de Bergerac* trae una ráfaga de aire fresco!

¡Nosotros sí que estamos frescos!

13 Febrero 1899.

LA DICTADURA

Según todos los indicios de tempestad que en el horizonte se barrantan, cuando estas líneas se publiquen habrá habido en las Cámaras un soberbio tute de generales, y por consiguiente todo cuanto yo me atreva á decir va á resultar pálido.

Pero, afortunadamente ó desgraciadamente, el tema será siempre de actualidad, y no es-

tará de más que echemos sobre él nuestro cuarto á espadas.

El caso fué que al director de un periódico, (no sé cual, porque yo lo he leído de *segunda mano*) se le ocurrió la idea de preguntar á los generales más ilustres los medios que ellos propondrían para la salvación de la patria.

Y los diligentes *reporters* fueron de casa en casa, hicieron sonar timbres, aburrieron lacayos y recorrieron casinos y salones hasta obtener una información casi completa.

¡Fásmense ustedes! ¡Lo que opinan, por regla general, las más acreditadas lumbreras del ejército, es que aquí se impone una dictadura militar si queremos salir del atolladero!

Antes de pasar adelante, tengo que suplicar á los que esto lean que no vayan á tomar el rábano por las hojas y á suponer que yo trato, en lo que voy á decir, de atentar al prestigio de ningún instituto armado, ni mucho menos á empañar la honra del uniforme.

Al contrario, he creído siempre, antes y después de la guerra, que el ejército español es y ha sido digno de sostener los estandartes sagrados de la patria y hay que echar toda, absolutamente toda la responsabilidad del desastre á quien le mandó no sostenerlos.

Parece inútil esta advertencia, pero es sin embargo conveniente porque, de algún tiempo á esta parte, los altos, los de arriba, no permiten la menor discusión sobre su dirección desdichadísima, con el pretexto de que es preciso robustecer el susodicho prestigio.

Y precisamente para robustecerle y afianzarle es absolutamente preciso poner los puntos sobre las íes y segar la mala hierba.

Y vamos al grano.

Como decía de mi cuento, los periódicos han dado la noticia de la proyectada dictadura con la tranquilidad del mundo, como si se tratase de un empréstito municipal ó de la elección de un diputado cunero.

Y ¡vive Dios! que debemos protestar de semejante absurdo todos los hombres de buena voluntad y oponernos con todas nuestras fuerzas á tan estupendo disparate.

¡Una dictadura militar! ¿Por qué? ¿A qué santo?

El pueblo está dando en tan difíciles momentos pruebas patentes de una docilidad rayana en el heroísmo; sus gobernantes, sin consultarle para nada, ahogando su voz y esterilizando su energía, han despilfarrado el tesoro nacional, han hecho verter á torrentes la sangre y por medio de tratos vengonzosos han hundido para siempre á España. Y nadie se ha movido. Prepáranse ahora á continuar

tranquilamente el festín, estrujando los bolsillos de los contribuyentes, repartiendo los beneficios y las prebendas entre sus paniaguados y echando, además, la culpa del tremendo fracaso á los que no han hecho más que obedecer en silencio... Y nadie se mueve tampoco.

¿De qué nacen, pues, los temores de disturbios y el miedo á la anarquía?

¿Qué síntomas justifican la formación de un gabinete de generales, cuya ineptitud para toda clase de mando ha quedado suficientemente demostrada?

¿Estaría gracioso que los mismos que nos condujeron á la ruina, los que no supieron aprovechar el valor y la resistencia de oficiales y soldados, los que borraron de un golpe nuestra historia, se presentaran ahora á sacarnos del profundo barranco haciendo alarde de su inteligencia y de su fuerza; fuerza é inteligencia que debieron reservar para combatir al enemigo de la patria!

Justamente si están limpios de culpa deberían pedir lo contrario: un gobierno liberal, expansivo, justo, y verdaderamente enérgico que forme con amplio espíritu de justicia el proceso de la campaña, para que se viera la luz en todos los hechos borrosos é inexplicables y queden plenamente justificados los ascensos y las cruces...

Sí; eso es lo que deben hacer los príncipes de la milicia en vez de empuñar fieramente el sable para impedir que se hable de cosas pasadas; y sólo con eso brillará puro y sin mancha el prestigio del ejército, que nos importa á todos, y que nadie ha pensado en atacar más que los obligados por su elevada categoría á ilustrarle y enaltecerle.

Y eso es lo que deben pedir también los capitanes y coroneles y subalternos que se han batido bizarramente en la manigua, que han sufrido privaciones y dolores sin cuento en Filipinas y en Cuba y que se han visto obligados á volver sin gloria y sin haber visto la cara al verdadero enemigo.

Pero aparte de todo, aunque la nación se agitate en espantosas convulsiones, cosa que no tendría nada de particular después del sinapismo que acaban de aplicarla, la prensa, los políticos, los industriales, los agricultores deben unirse y apretarse contra la dictadura.

¡No! la dictadura jamás. El retroceso de ninguna manera. Cuando hemos sido los últimos combatientes que han peleado por la razón y por el derecho, no podemos tolerar el imperio absurdo de la violencia y de la fuerza... ¡ni siquiera para salvarnos!

Muera la nación, si es preciso, pero muera mirando hacia adelante.

20 Febrero 1899.

PASO ATRAS

Ha triunfado la reacción en toda la línea.

Na ha tenido ella la culpa precisamente, sino el distinguido hombre público don Fulano Silvela, que lleva muchos años empleado en trabajos de zapa para ser jefe de partido y presidente del Consejo, y con tal de conseguir sus propósitos, no sólo á la cola, como lo ha hecho, sino al mismísimo moro Muza, se hubiera arrimado.

Y ahí tienen ustedes á España, acabadita de salir del horno, donde la han cocido viva, que cuando toda la humanidad hace lo posible para avanzar política, administrativa, militar y sociológicamente, da un pasito atrás con la frescura y la gallardía del mundo.

El gran Zola dijo en cierta ocasión que Daudet era más peligroso que él porque *usaba* un realismo suave, insinuante, untado de *cold cream* que se introducía dulcemente en el seno de las familias burguesas y hacía más estragos que el del insigne autor de *La Tierra*, descarado, atrevido y sin careta.

Eso mismo puede decirse ahora.

No hubiera asustado á nadie, y hasta puede que hubiera resultado conveniente si me apuran ustedes un poco, la reacción franca, descarada, brutal, saltando de pronto al palenque de la política para dar la batalla á la libertad y al progreso.

Y digo que tal vez hubiera sido conveniente, porque del choque saldría... lo que tenía que salir.

Pero este retroceso disfrazado de adelanto es verdaderamente temible, porque las almas cándidas, que son casi todas las almas españolas, van á dejarse engañar por los espejuelos de la regeneración, el orden, y la moralidad, y sabe Dios cuántos siglos va á costar después remediar el daño.

Por de pronto, el nuevo Gobierno, para demostrar que quiere cumplir uno por lo menos de los varios y distintos programas anunciados desde la oposición, ha empezado por repartir destinos y prebendas entre sus paniaguados, cosa que no habían hecho jamás los Gobiernos anteriores. Como moscas han acudido á la miel resellados y prófugos de todos los partidos, y éste ha cargado con tal Dirección, aquél con cuál Embajada y esoiro con tal ó cual insula ó cacicato.

Es decir, que todo se monta sobre ruedas nuevas y la máquina va á empezar á funcionar con las posibles garantías de buen éxito.

Las elecciones se harán con una sinceridad asombrosa: el pueblo votará libremente á quien

quiera y se va á demostrar como dos y tres son cinco que la nación entera, que hace dos años ni siquiera habia parado mientes en el silvelismo, es ahora silvelista y polaviejista hasta las cachas.

Y la prueba de que lo primero que se va á matar es el caciquismo, especie de lepra maligna que corroe el organismo nacional, está en el nombramiento del señor marqués de Pidal para dirigir el ministerio de Fomento.

El marqués de Pidal, que no tiene la menor idea de lo que es un cacique, aunque hace lustros que él y su respetable familia disfrutaban en feudo el principado de Asturias, donde ponen y quitan jueces, alzan y tiran alcaldes y hacen y deshacen cuanto hay de hacadero y de deleznable en este pícaro mundo...

**

Y ahora que me acuerdo, tampoco ha sido mala idea la de nombrar ministro de Fomento precisamente á tan conspicuo personaje.

Porque estando, como estamos, todos conformes en que las recientes desdichas han tenido por causa principal el lamentabilísimo atraso intelectual en que vivimos, nada más natural que encargar del remedio á un doctrinario apegado á la rutina, que en vez de abrir horizontes nuevos á la enseñanza, pondrá sus cinco sentidos en encerrar á la juventud en el círculo de hierro del obscurantismo disimulado, guardando con siete llaves la libertad del pensamiento y poniendo fuertes candados y gruesos burletes en las escuelas, los Institutos y las Universidades, para que ni por el más pesquero resquicio pueda penetrar una sola ráfaga del aire que parece puro y lleva en sí los maléficos gérmenes de la ciencia moderna.

Es decir, que cuando todo el mundo va á entrar en el siglo xx, nosotros retrocedemos al siglo xv y nos quedamos tan frescos.

¡Única manera de que se cicatricen pronto las heridas de la patria!

**

Tampoco se quedará atrás en tan dulce tarea el señor gobernador civil de Madrid, reaccionario acérrimo toda su vida.

Poquito á poco y sin que se enteren ni las moscas volveremos á la ronda de pan y huevo, á acostarnos al toque de ánimas y... á hacer aguas menores en los portales de las casas.

Por supuesto, nada de teatros, ni de ateneos, ni de cines, ni de luz eléctrica. Todos esos son focos de inmoralidad y de corrupción de las costumbres.

**

Y á todo esto, lo de las responsabilidades por los desastres de la guerra, de que tanto se hablaba cuando los directores del cotarro co-

metían un disparate gordo, se quedó *per saecula saeculorum* en agua de cerrajas.

El señor Silvela tapó las bocas de Sol y Ortega y del conde de las Almenas con el decreto de suspensión de las sesiones; á la información parlamentaria se la llevó el demonio, puesto que ahora hay que elegir nuevos diputados, y aquí no ha pasado nada.

Cierto que se han perdido las colonias y que se han redondeado varios caballeros muy apreciables, pero nadie ha tenido la culpa.

Todo se debe al inmenso, al incontrastable poderío de los yanquis..., que todavía no han podido dominar á Aguinaldo.

Y vamos viviendo... y comulgando por Pascua florida.

6 Marzo 1899.

RESPUESTA A UN COMICO

I

Por conducto del Sr. D. Antonio L. Ruiz, cuya mano derecha beso porque maneja la pluma admirablemente, dirige un modestísimo actor—tan modesto que no se atreve á firmar—una porción de terribles y abrumadores cargos á la Asociación lírico-dramática de que soy secretario, aunque indigno.

Y de veras celebro que se me haya presentado ocasión de echar mi cuarto á espadas en este asunto, que tiene grandísima importancia y que no puede tratarse á tontas y á locas.

**

La dichosa circular, firmada por la Junta directiva de la Asociación y que lleva la fecha de 1.º de Febrero último, ha levantado una marejada de todos los demonios, produciendo grandísima indignación entre los actores y ocasionando comunicados, protestas, discusiones, peloterías y disgustos...

Verdaderamente, la cosa no es para menos. A primera vista, la resolución *ab irato* de los que para el teatro escriben y *musicacan* es absurda, abusiva y hasta atentatoria á los derechos individuales. Eso de hacer pagar á los que representan comedias culpas que no tienen, haciéndolos responsables de las trampas de los empresarios que en las Repúblicas americanas hacen pingües negocios, y llegando hasta privarles de la manutención cotidiana, es cosa que subleva y enciende.

Pero... hasta ahora no han hablado los autores para explicar los motivos de su conducta, y bueno es suspender el fallo hasta oír á las partes.

**

Sébase, en primer lugar, que desde tiempo inmemorial existe un antagonismo inexplicable entre actores y autores, cuyos intereses están siempre íntimamente ligados y cuyas relacio-

nes debieran ser de protección mutua. Este antagonismo se revela diariamente en infinitos detalles que saldrán á relucir en el segundo artículo y que no hay para qué explicar ahora, y se demuestra patente y claro en los países donde la carencia de tratado de propiedad literaria permite á empresas y compañías hacer mangas y capirotos de las obras que sirven de base á los negocios.

Aquello ha sido hasta la fecha merienda de negros.

Se han mutilado escandalosamente los libretos, perjudicando el buen nombre de los que los firman; se ha alterado ó suplantado la música; los empresarios han realizado grandes ganancias; los cómicos han cobrado escandalosos sueldos, y ni unos ni otros se han acordado para nada del verdadero dueño, del que con su trabajo les proporcionaba gangas semejantes, sintió para burlarse de él y reírse en sus propias barbas.

No creo necesario citar ejemplos, porque todo el mundo los conoce á docenas.

Pues bien, cuando gracias á los esfuerzos de la Asociación se consigue que algunas empresas acreditadas de Buenos Aires se avengan á pagar un modesto tanto por ciento ¿saben ustedes lo que pasa?

Que no faltan actores y directores de compañías que se pongan resueltamente del lado de los explotadores y les ayuden á faltar á los contratos. Sobornando apuntadores y copistas, robando los ejemplares de las obras en ensayo, firmando como propias las producciones ajenas y apelando, en fin, á una porción de trampas, chanchullos y malas artes, logran á veces esterilizar los esfuerzos de la Asociación en defensa de sus intereses justos y legítimos.

¿Qué recurso se puede emplear contra semejantes pájaros? El que se ha empleado, y no otro, porque la ley no alcanza desgraciadamente al campo de las estafas.

El argumento más fuerte que se emplea contra la determinación de la Junta es el que indica el cómico que no se atreve á firmar, valiéndose de la bien tajada péñola de D. Antonio L. Ruiz.

—¿Con qué derecho me nombran ustedes su administrador? Si yo accedo á la invitación de ustedes, y exijo al empresario que pague los derechos, y él lo promete y no lo cumple, supongo que me pagarán ustedes el sueldo y el viaje de vuelta. Porque no es justo que por empeñarme en cobrar las cuentas de ustedes, que no me importan, me quede sin cocido.

Esto no tiene más que una contestación, pero es categórica y contundente.

—Amigo, usted va á vivir del producto de

mis obras, usted va á contribuir á sabiendas á que otros nos exploten haciéndose cómplice de la estafa, y yo tengo el derecho de defender mi pan, sin acordarme del de usted para nada y por cuantos medios estén á mi alcance.

Esta es una de las fases de la lucha eterna entre el capital y el trabajo. Usted, por comer, se pone del lado de los explotadores, y yo, por comer también, le privo á usted de la pitanza.

Cuando se declaró en huelga general los obreros de las minas de carbón, ayunan forzosamente los trabajadores de los barcos, de las fábricas, de los muelles, de los ferrocarriles... casi todos los trabajadores del mundo que no tienen la culpa de la avaricia de unos accionistas determinados.

Y sin embargo, á ninguno se le ocurrirá jamás decir al sindicato de la huelga:—¡Eh! amigos; trabajen ustedes gratis, que si ustedes no trabajan mi familia no come.

¿Comprenden ustedes?

Aparte de todo lo dicho, que no es más que un ligero desahogo, la Asociación no perjudicará nunca más que á los que realmente merezcan el castigo.

Vayan tranquilos á Buenos Aires los que de buena fe y sin otro fin que el de ganar el sustento encuentran contrata, que si los empresarios los engañan y nos engañan, con los empresarios nos entenderemos; pero tiénense la ropa los excesivamente despabilados que estimulados por la ganancia no vacilen en apelar á recursos de mal género para burlarse del que con sus obras le sostiene, porque contra él usaremos de todas nuestras armas.

Y aquí hago punto, porque esto se va haciendo largo.

En el número próximo trataremos de los *archivos*, de las *exclusivas* y de otra porción de cosas importantes en la vida del teatro, para satisfacer al cómico que no sabe firmar y al Sr. D. Antonio L. Ruiz, que le ha servido de amable é inteligentísimo intermediario.

20 Marzo 1899.

II

En lo que sí tiene razón el preopinante, y todos los dietarios, diatribas, insultos y maldiciones que nos diría estarán muy en su punto, es en lo referente á la *cuestión archivos*, como diría mi amigo Aruej.

Mentira parece que la colectividad de autores y maestros compositores que lógicamente pensando debe componerse de gente despierta y avisada, puesto que de los frutos de su ingenio vive, no sólo haya caído en la red, sino que al cabo de los años no haya encontrado, ni intentado buscar siquiera, el modo de romper sus burdas mallas y permanezca atada de pies y manos á la voluntad de uno ó varios editores que explotan á las empresas y exprimen á los desventurados cómicos, medrando y triunfando tan guapamente con los productos del trabajo ajeno.

Farece mentira que en una época en que imponen su voluntad las verduleras y los cocheros de punto con sólo unirse para defender sus derechos contra el enemigo común, los autores dramáticos, que han sido ó son ministros, directores generales, diputados, jueces, militares, periodistas, etc., etc., sean menos enérgicos y decididos que los cocheros de punto y las verduleras.

* *

Por su apatía inconcebible, por su ridículo miedo á un coco invisible, consintieron la firma de unos contratos absurdos que no pueden obligar a ningún cristiano, y toleran en la actualidad que un par de caballeros particulares, que no son autores, ni propietarios ni nada, dispongan á su antojo de las obras líricas, pongan y quiten trabas á las representaciones teatrales y manden como dueños absolutos en los empresarios y en los actores que no pueden emprender el más pequeño negocio sin pasar por las horcas caudinas aceptando condiciones onerosas y deprimentes.

El cómico que no se atreve á firmar lo sabrá mejor que yo seguramente.

Una compañía para empezar a funcionar necesita depositar mil pesetas como fianza y pagar después religiosamente SEIS DUROS diarios por el alquiler de los materiales de orquesta, con más los gastos de remisión de *pronto envío* y mil y mil gabelas del mismo jaez.

Esto sin contar con que no hay quien se atreva á dar cinco funciones en ninguna parte, porque el susodicho alquiler ha de hacerse por un mes á lo menos, y con que hay que responder de los deterioros, y con que no se sirven las obras pedidas á su debido tiempo, y con que en su lugar se remiten obras de la propiedad de los archiveros que las compraron por un pedazo de pan á autores necesitados...

De modo que pueden salir adelante, y esto con mucho trabajo, las empresas fuertes que actúan en las capitales de importancia.

Las compañías menudas, que sólo tratan de defender el cocido yendo de pueblo en pueblo, han tenido que renunciar á sus locas ilusiones,

para evitar que el producto de su trabajo y de sus penalidades se lo chupen íntegro y muy descansadamente los señores archiveros.

Esto parece una exageración, pero es el evangelio de la misa.

* *

Sin el material de orquesta, no se puede representar una obra lírica, de modo que el que disfrute el monopolio de copia de estos materiales puede privar como y cuando quiera de los derechos de representación á los autores de la obra.

Pase que esto ocurriera á los músicos que firmaron los contratos sin saber lo que hacían, pero no se comprende que lo hayan sufrido un solo instante los autores de los libretos, á quienes el colaborador priva, sin su anuencia, de un derecho legítimo, que son tan dueños de su obra como los músicos y que resultan enormemente perjudicados con ese alquiler de una *cosa* necesaria para la representación.

Cuatro años hace, si no estoy equivocado en la cuenta, que gasto tinta, papel y saliva en excitar inútilmente á mis compañeros para que me ayuden á romper estas ridículas trabas; todos comprenden la razón que me asiste; todos se quejan del dichoso monopolio que pesa como una losa de plomo sobre los autores de escaso trimestre y sobre los desventurados cómicos de poco fuste; pero nadie lleva su grano de arena á la obra de redención de los débiles.

A éste le ñgan compromisos de agradecimiento ó de amistad con los compositores; el otro está cogido en la argolla de un préstamo que no se atreve á romper; el de más allá teme que si alza la voz pidiendo justicia, los archiveros con su omnímoda influencia dificulten ó impidan la representación de sus obras... y unos por otros la casa por barrer.

Tampoco los actores, que se despepitan poniendo el grito en el cielo, hacen nada por su parte para remediar el daño.

Pida usted pruebas de los abusos que todo el mundo conoce y describe, y nadie se las dará claras y concretas; pida usted un poco de energía para acudir á los Tribunales si fuese preciso contra las exacciones exorbitantes de los explotadores, y se quedará usted sin ella.

Sin perjuicio de seguir vociferando en los cafés, en los escenarios y en los saloncillos, que así no podemos seguir y que esto tiene que dar un estallido de un momento á otro.

* *

Tal es también mi opinión, pero no porque lo espere de la casualidad, sino porque no comeré pan á manteles hasta dar con el modo

más práctico y más fácil de prender la mecha, luchando con la ruda oposición de unos cuantos y con la desesperante indiferencia de los más. Tengo la convicción, que ya he expresado otras veces, de que se debe hacer el bien al prójimo, aun contra su voluntad si fuese preciso.

Y conste que en todo lo dicho no habla el secretario de la Asociación lírico-dramática, sino un ciudadano particular que cree estar en el pleno uso de sus facultades intelectuales y de sus derechos civiles, y que hasta la fecha se ha salido siempre con la suya en empresas de mayor empeño.

**

De la *cuestión exclusivas* hablaremos en el capítulo siguiente, que supongo será el último de la presente carta.

27 Marzo 1899.

III

El tantas veces mencionado actor que no se atreve á firmar, no hace á nadie cargos concretos en eso de las *exclusivas*, en lo cual obra como un sabio, pero mentando el asunto como de pasada, da á entender que es uno de los que ahondan las diferencias entre los autores dramáticos y los encargados de interpretar sus *creaciones* sobre las tablas.

Esto último es verdad, y las concesiones del derecho exclusivo de representación son semilleros de disgustos y producen algunos trastornos á las empresas teatrales. Pero es difícil saber quiénes son los responsables, si los autores que empezaron á dadas, ó los actores que empezaron á pedir las.

Ya se sabe; en cuanto se forma una compañía para provincias, ya está el representante dando vueltas por todo Madrid, empleando el inocente soborno del banquete y ofreciendo montes y morenas para que los autores se comprometan con él y sólo con él, á esto, á lo otro y á lo de más allá.

No creo que nunca nadie haya concedido *exclusivas* que no le hayan pedido, entre otras razones porque sería ridículo y absurdo poner precio y condiciones á una mercancía que nadie demanda.

Ainda mais con muy escasas excepciones, los autores suelen ignorar el movimiento de compañías, y la mayoría de ellos y en la mayor parte de los casos no saben cómo, cuándo ni por quién se estrenan sus obras.

Sólo cuando un éxito excepcional en Madrid augura éxitos iguales en provincias, aparece la lucha de las empresas que procuran, como es natural, defender sus respectivos negocios, y viene esa puja de que luego protes-

tan los mismos que la sostienen, y en la cual el autor se inclina, como no puede menos de uceder, del lado de quien le ofrece mayor ganancia ó más grandes probabilidades de acierto.

Es la ley eterna del mercado.

**

Yo de mí sé decir, y no necesitarán ustedes que lo jure, que nadie me ha ofrecido jamás representaciones adelantadas, ni primas de estreno, ni pintura de decoraciones, ni contratos de tiples, ni viajes pagados, ni ninguna de esas gangas que dicen que disfrutaban algunos bienaventurados.

¿Saben ustedes por qué?

Porque mis obras teatrales, sobre *pasar* con dificultad, no *dan dinero* nunca. Y no hay cómico ni empresario que me diga "buenos ojos tienes".

En cambio, cuando una empresa espera obtener de las representaciones de una obra pingües beneficios, se apresura á ofrecer cuantas garantías tiene á mano. ¿Es justo culpar á los autores que en estos casos aceptan esas garantías?

Algunos hay que abusan, eso sería una tontería negarlo, pero no abusan menos las tiples cuando el género escasea, y á ningún nacido se le ha ocurrido criticarlas por eso. Sobre que no está bien hecho de ningún modo achacar á la colectividad la más ó menos justificada soberbia de unos pocos...

**

Además, no se vaya á creer que todo el monte es orégano.

Cómicos hay, y no de los que menos chillan, que por asegurar una buena entrada no vacilan en sacrificar la obra del Verbo divino, y la estrenan sin ensayos, con el decorado menos á propósito que encuentran, arrancando de raíz escenas enteras, suprimiendo números de música, si de zarzuelas se trata, y cambiando y desfigurándolo todo de tal manera, que el público llama bárbaro al autor y rechaza indignado una obra que no conoce.

Esto lo sabe demasiado el preopinante, y no me negará, por lo tanto, que es lógico que el escritor tome cuantas precauciones pueda para evitar tan escandalosas profanaciones, que además de perjudicarle en sus intereses, son atentatorias á su buen nombre y á su crédito literario.

Y como es absolutamente imposible la inspección personal, claro es que hay que apelar al pago de representaciones adelantadas, á la exigencia de decoraciones nuevas, á los viajes pagados y á la contrata de tiples.

**

Antes de terminar voy á hacerme cargo de uno nuevo que otro actor que tampoco se atreve á firmar (¡qué cortos de genio son estos actores, caramba!) dirige á la Asociación Lírico-dramática en carta que, por lo visto, ha recibido el director de este periódico y que le sirve para endosarnos unas cuantas cuchifletas.

El hombre, después de la denuncia de unos cuantos abusos que nos supone dispuestos á cometer, la toma con el acuerdo que, según él dice, consiste en "obligar á la Empresa del teatro Español, siempre que represente obras del teatro clásico, á satisfacer los derechos de autor, derechos que irían á engrosar los fondos de la Asociación, destinados á la creación de no sé qué montepío ó sociedad de socorros para los escritores."

Contestaré que no tengo noticia de determinación semejante; pero, contra la opinión de mi dignísimo director que nos toma el pelo con ese motivo, me parecería de perlas.

Porque más justo, más lógico y más racional es que el producto de las obras de Alarcón, Rojas, Moreto, Lope y Calderón sirva para "remediar cuitas y necesidades" de los autores modernos, aunque sean éstos insignificantes, que para que se lucren con él determinadas empresas.

Porque las obras llamadas del dominio público, no producen al público, su dueño, el más pequeño beneficio, puesto que por saborearlas paga como si no fueran suyas, sino que las usufructúan y explotan los empresarios embolsándose guapamente el tanto por ciento que se ahorran, perjudicando evidentemente á los que trabajan.

Los *lunes clásicos* del Español dan cuantiosos rendimientos á la empresa; los muertos, con todos los esplendores de su gloria, hacen á los vivos una competencia insostenible no más que porque la propiedad literaria no es una propiedad como las otras, y no creo que la voluntad de Calderón, al escribir *La vida es sueño*, fuera privar de los medios de subsistencia á Calixto Navarro y á Quinito Valverde, por el gusto de enriquecer á la Guerrero y á Díaz de Mendoza.

Por otra parte, eso que tanto asombra al segundo cómico de los que no se atreven á firmar, y que ha dado ocasión á tan chispeantes comentarios de mi querido director, es cosa juzgada en países más adelantados que el nuestro.

En Francia hace muchos años que devengando derechos las obras clásicas, derechos cuyos productos ingresan en las cajas de la Sociedad de Autores, no por el lucro precisamente,

sino para evitar que Corneille y Racine perjudiquen á Sardou y á Rostand, que también tienen derecho á la vida.

Es, pues, necesario que esos derechos de propiedad se paguen; ó al Estado, que es el verdadero dueño de la obra del dominio público, ó á los autores dramáticos que son, á falta de otros mejores, los herederos naturales de los antiguos. Todo menos permitir que la producción gratuita y... obligatoria merme los legítimos intereses de los obreros de la inteligencia, chicos ó grandes.

Y á todo esto ¿qué le importa al actor que tampoco firma que se tome ó no se tome ese acuerdo? ¿Es cosa que le atañe á él ni directa ni indirectamente? ¿Son como esa todas las *arbitrariedades* que señala? Sospecho que sí, y bueno fuera saberlo.

Para acabar diré que me encantan estas polémicas. Hora es ya de que dejemos de murmurar en balde donde nadie puede oírnos y de que traigamos á la prensa nuestras disputas y la discusión de nuestros asuntos.

Así podremos ver unos y otros nuestros errores y poner los medios para terminarlos.

3 Abril 1899.

LOS VIDRIOS ROTOS

Vamos á ver, ¿quién los paga?

Porque es indudable que se han roto los vidrios y que es preciso sufragar los gastos consiguientes; pero, ¿por quién?

That is the question, como dicen los periodistas que dominan el inglés... cuando suena como el castellano.

Parece natural y lógico que las consecuencias de la guerra desastrosa que quedamos en sostener y no hemos sostenido, las paguen los responsables del desastre única y exclusivamente.

Pero como, por lo visto, es punto menos que imposible depurar las responsabilidades y nos vamos á morir sin saber quién tiene la culpa de que se rindieran Santiago de Cuba, Manila y San Juan de Puerto Rico, habrá que cargar con el mochuelo y arrimar el hombro á lo que viniere.

Es decir, no hay que quebrarse la cabeza.

Ya se han reunido los agricultores, los industriales y los representantes del comercio, y

han dicho en voz alta quién tiene la culpa de la catástrofe económica que nos ha cogido de medio á medio, y quién es, por consiguiente, el que tiene que sufrir la pena.

En esto no ha habido, por fortuna, disconformidad de pareceres.

Los pícaros canallas han sido los tenedores de papel del Estado, y todo castigo nos debe parecer pequeño hasta lograr la completa extinción de semejante plaga.

Entre otras razones porque, como dicen en una comedia estrenada recientemente, si no tenemos qué comer ¿para qué queremos tenedores?

* *

Fíjense ustedes en los planes del ministro de Hacienda que han echado á volar los periódicos, y verán cómo todas las cargas van á caer sobre los atrevidos que cometieron la imprudencia de prestar dinero al Tesoro público cuando le hacía falta.

El ministro de la Guerra presenta sus presupuestos con un aumento considerable, porque como hemos gastado tantos cartuchos hay que reponerlos, y se conoce que ahora que no tenemos casi nada que defender es cuando urge amontonar medios de defensa, sostener un ejército numeroso y brillante y demostrar nuestro poderío militar.

El de Marina también necesita más dinero que otras veces, porque como nos hemos quedado de pronto sin barcos y una nación fuerte como la nuestra *requiere* una escuadra *mon tada* con todos los adelantos modernos, de aquí que no se pueda economizar un duro, sino al contrario, hay que hacer grandes esfuerzos para meter el resuello en el cuerpo á Inglaterra.

El de Fomento pide, y con mucha razón, que se protejan la industria, la agricultura y el comercio, que son la base de nuestra regeneración. Sobre estas cosas no pueden recaer nuevos impuestos puesto que tanto agobiadas están las pobrecitas.

Y así sucesivamente los demás Ministerios.

De modo que no queda otra salvación que mermar los cupones, imponiendo á la renta una contribución de veinte ó veinticinco por ciento. Y el que no esté conforme que lo deje.

* *

Con esto se resuelve la cuestión de golpe y porrazo y la guerra, lejos de ser una calamidad, habrá resultado altamente beneficiosa para todo el mundo. ¡No, no se burlen ustedes! ¡Altamente beneficiosa! Porque no me vendrán á decir los señores comerciantes que no han hecho y siguen haciendo un negocio de padre y muy señor mío.

En primer lugar, aprovecharon el alza escandalosa de los francos para subir desproporcionadamente el precio de los artículos, subida que continúa en todas partes y continuará eternamente si Dios no lo remedia, á pesar de que los cambios han descendido hasta el *nivel* de las épocas normales, sin contar con que para el caso del aumento se consideraron y consideran géneros extranjeros hasta los espárragos de Aranjuez.

Y en segundo lugar, los millones derrochados por el Estado han ido á parar á los particulares y ahora corre el dinero más que nunca, lo cual facilita grandemente las transacciones.

* *

Tampoco veo el perjuicio ocasionado á los fabricantes y á los agricultores.

Sus mercados siguen abiertos, y el consumo ha aumentado prodigiosamente por la segunda razón antedicha. La prueba es que ellos, que son tan quejumbrosos y chillones, no han dicho esta boca es mía si no es para pedir que no les aumenten la contribución para pagar los vidrios rotos citados anteriormente.

De modo que si lo consiguen, y sí lo conseguirán de seguro, y continúan con los impuestos establecidos sin recargo de ninguna especie, habrán hecho un pan como unas hostias.

* *

Quedamos, pues, en que la derrota no ha importado á nadie más que á los que habían entregado su dinero al Estado para que fuera saliendo de apuros. Porque ahora, con el pretexto de esos apuros, precisamente, no les pagará lo prometido, apelando á un patriotismo forzoso que, por lo que se ve, nadie está obligado á tener más que ellos.

Verdad es que esto tiene una contra.

Y es que ya se anuncia la emisión de un nuevo empréstito... y ahí las va á pagar el país tramposo todas juntas. Porque le va á suceder lo que á los menores de edad, á quienes los usureros hacen firmar como recibida cuádruple cantidad de la que reciben.

Y á la postre resultará que... que no salimos del círculo vicioso.

¡Ah! ¡Tenemos aquí unos hacendistas que da gusto verlos!

10 Abril 1899.

CABOS SUELTOS

En un periquete, y casi sin notarlo, ha empezado la regeneración de la patria.

Ya tenemos representantes nuevos. Nuevos en el sentido de que acaban de salir de las urnas, porque se parecen como un huevo á

otro á los antiguos, y han nacido, además, por el mismo procedimiento del pucherazo... que era lo primero que iba á suprimir el excelentísimo é ilustrísimo embaucador Sr. Silvela.

Aquellas asambleas de agricultores y de industriales que se iban á comer los niños crudos, y que si hubieran querido de veras habrían cambiado en un momento la faz de las cosas, han preferido quedarse en casa y nombrar comisiones de su seno para que pidan á los Poderes públicos montes y morenas.

¡Pedir, siempre pedir! ¡Eternamente la influencia, el compadrazgo y la recomendación!

¿No hubiera sido más sencillo y más práctico intervenir valientemente en las elecciones y enviar al Congreso una mayoría abrumadora de diputados?

El que llama la atención por su ductilidad, versatilidad y... magnanimidad, es el cuerpo electoral de Madrid.

Veinticuatro mil ciudadanos son los que adjudican el triunfo á esta ó la otra candidatura.

Pues bien; los veinticuatro mil votan infaliblemente al Gobierno, sea el que sea.

¿Manda Sagasta? Pues los veinticuatro mil hacen como un solo borrego lo que quiere Sagasta.

¿Sube Silvela? Los veinticuatro mil siguen á Silvela.

Y así nos quitamos de luchas y de quebraderos de cap.

Blasco, el representante de los pobres, se ha quedado á la cola. Y es porque el insigne escritor, en esta nueva postura, se ha equivocado lamentablemente. Aquí no hay pobres, y los pocos que hay prefieren vender el voto.

En cambio la grandeza va á tener una brillantísima representación en las Cortes. Al cuerpo electoral, como al gobernador de Cádiz, le ha dado por la finura. Vean ustedes las listas de elegidos y se encontrarán, por casualidad, un nombre y un apellido mondos y lirondos. La mayor parte lleva un título retumbante que da gusto leerlo.

En Madrid no nos hemos contentado con menos de tres marqueses para abrir boca, y hemos sacado, por fin, al de la Candelaria de Yaraabo, que da ganas de ponerle música y huele además á cosita de la Pampanga.

Y por esas provincias de Dios y de su representante el señor Polavieja, no han querido ser menos. Nos envían una hornada de condes, duques y barones que... no parece sino que acabamos de conquistar la Tierra Santa.

Es verdad que el ejemplo viene de arriba. Como ahora ya no tenemos que pensar en las colonias, que tantos disgustos nos daban antes, el Gobierno ha tenido la feliz idea de demostrar que constituimos una nación floreciente y poderosa y ha dispuesto que se cubran en Palacio unas cuantas docenas de caballeros, y que tomen la almohada unas cuantas señoras.... Así España será más chica cada vez, pero no la faltarán grandes, y todos quedaremos cubiertos.

¡Cristo padre! ¡y cómo se deben de reir de nosotros por ahí fuera!

Da gusto leer ahora los periódicos:

Relación detallada de los señores que se han puesto el sombrero solemnemente en demostración de la limpieza de su alcurnia.

Otra relación no menos minuciosa de los alcaldes presos, los ciudadanos heridos y las urnas deshechas con motivo de las elecciones.

Profundas disquisiciones acerca de la estocada del Guerra y de la pica del Beao.

La lista de la lotería.

Y una abundante y amena sección de cultos. Decididamente es más interesante el texto de *La República Filipina*.

Allí, siquiera, se habla de otras cosas.

Por hoy dejo sin contestación la amenísima y sustanciosa carta que me dirige el cómico que continúa sin atreverse á firmar. Aunque estuviéramos quince años discutiendo el asunto de la prohibición de América no nos pondríamos de acuerdo, y además supongo que esto no será más que el principio y que intervendrán en la cuestión otros cómicos y otros autores. Eso sería muy conveniente porque... puede que de la polémica saliera la luz, ó por lo menos alguna solución que estrechara los lazos que entre unos y otros deben existir. De todos modos, tiempo hay de volver á la carga, y ocasión ha de llegar de hacer un resumen.

A quien sí quiero decir algo es al autor de los *Postres* del número anterior. Porque indudablemente no me he explicado bien en lo referente al pago de derechos de las obras de dominio público, y esta falta de claridad mía ha dado lugar á que mi querido contrincante lo interprete de mala manera.

Yo no quiero que lo que produzcan las obras de Calderón vaya á parar directamente á manos de López Marín, pongo por ejemplo, sino que no quede á beneficio de las empresas. Porque mientras así sea, éstas preferirían explotar las obras de dominio público con perjuicio evidente de los autores vivos, y

el Estado, legítimo dueño de tales obras, no obtendrá de ellas ningún producto.

Pase, pues, ese dinero al fondo social, ó por lo menos á la colectividad de autores, no para que se lo repartan como pan bendito, sino para actos de beneficencia pública ó privada. La cuestión es evitar la competencia insostenible y que uno solo se lucre con lo que á todos pertenece.

No sirve, por lo tanto, el argumento citado del banquero Girona, ni decir que en Francia está el asunto organizado de otra manera. A eso debemos tirar, á que también aquí se organice del mejor modo posible.

En fin, de todo esto hablaremos más extensamente cuando sea ocasión oportuna. Ahora... tienen la palabra otros señores.

17 Abril 1899.

¡VIVA ESPAÑA!

No me negarán ustedes ¡oh dolor! que éste resulta ahora, al parecer, un viva soberanamente ridículo.

Es más simpático y más propio de las circunstancias el de "Viva Cuba libre", que antes era un delito por el cual llevaban á la gente á la cárcel.

Y sin embargo doy palabra de honor de que me ha salido de adentro.

Porque la España legendaria, tradicional, heroica, la que no ha existido nunca más que en nuestra imaginación, según las agoreras cornejas que procuran congraciarse con los anglosajones, vive y... colea todavía.

No en estos politiquillos de tres al cuarto que han consentido y seguirán consintiendo todo género de humillaciones y vergüenzas con tal de seguir chupando lo que se pueda buenamente y adjudicándose á sí mismos cruces, encomiendas, honores y cintajos; no en esa ridícula aristocracia que, divirtiéndose con los cotillones ó jugando en el casino ha presenciado indiferente la pérdida de nuestro poderío colonial y, una vez consumado el despojo, aprovecha la ocasión para discursar en Palacio recordando las glorias de sus bisabuelos; no en esa prensa anodina ó insustancial que se pone al sol que más calienta y se bate á alfilerazos y demanda empleos y distritos; no en ese pueblo adormecido y ruin que atento á su egoísmo del momento lo olvida todo y calla por todo con tal que no le saquen de su sopor imbecil; no, no está ahí la España verdadera. Está en los cincuenta soldados de Baler que no arrian el sagrado estandarte aunque se lo pidan frailes descalzos.

Y vean ustedes lo que son las cosas. Todo el mundo disculpa á los generales que se rindieron en Manila, en la Habana y en Santiago de Cuba diciendo que la disciplina exigía su obediencia al Gobierno, y todo el mundo elogia y ensalza ahora á ese puñado de valientes que no acatan las órdenes superiores y realizan el brillante acto de indisciplina que antes debieron poner en práctica Jáudenes, Toral, Blanco y toda la numerosa pléyade de jetes á quienes la patria encomendó su defensa.

Los ministros mismos, la prensa misma que debiera decretar y pedir el fusilamiento inmediato de los *seditiosos*, declaran que todos ellos son acreedores á la cruz laureada de San Fernando...

¡Y sí lo son, voto va! Si hubiera aquí verdadero espíritu de justicia, todas las placas, bandos, cruces y sueldos que disfrutaban y disfrutarán en adelante los que acataron la orden de rendición y nos pusieron en ridículo ante el mundo, deben pasar ahora á esos cincuenta hombres que han entendido su obligación como debe entenderse.

Un año hace que aquellos soldados sostienen el asedio tenaz de muchos millares de enemigos; un año de sufrimientos, de privaciones, de desdichas mil veces mayores que las que no pudieron resistir en las plazas fuertes guarniciones numerosas y en los campos un ejército de doscientos mil hombres; y la paz se firma y no aceptan la paz, y los tagalos ofrecen los honores de la guerra y no quieren honores, y el general Ríos les intima la rendición y no obedecen al general Ríos, y los yanquis acuden en su socorro y hacen fuego sobre los yanquis... ¡desafían á un tiempo, amparados por la enseña gloriosa de sus padres, la tenacidad del país entero que los cerca; el poder incontrastable de una nación fuerte que ha vencido á la suya; las iras de sus propios jefes que les amenazan con el rigor de la ordenanza, y continúan firmes, impávidos, detrás de cuatro paredones viejos, conservando durante meses y más meses el fuego sagrado de la patria...!

¡La cruz laureada de San Fernando! Poca cosa es eso. Todos los tesoros de la nación, todo el laurel de nuestras tierras no bastan para pagar tan alto heroísmo que viene á borrar de repente la inmensa mancha arrojada en la historia por la ineptitud y la cobardía.

Sí, ellos son los únicos que en medio del desquiciamiento general han comprendido su deber.

Así debió entenderlo Weyler negándose á admitir el relevo, en vez de venir a la Península

tranquilamente á hacer el coco y á corretear de Madrid á Palma y de Palma á Madrid; así debió entenderlo Blanco, dando á todo su ejército la orden de resistencia constante en vez de acatar el mandato superior y embarcarse antes de tiempo para no presenciar la entrega, y así debió entenderlo Toral atacando á los sitiadores de Santiago y prendiendo fuego á la plaza en último extremo, desentendiéndose de los despachos de Sagasta que le ordenaba la ignominia.

La disciplina es buena cosa, pero la patria es mejor cosa todavía...

**

España no es el territorio comprendido entre el Atlántico, Portugal, el Mediterráneo y los Pirineos; no, eso es un pedazo de tierra sembrado de tabernas, de conventos y de plazas de toros. España es un pueblecillo que se llama Baler.

¡Viva España!

24 Abril 1899.

MENUDENCIAS

¡Luego nos quejamos de que no tenemos una policía bien organizada!

Cierto que portamonedas ó reloj que birlan en la vía pública no vuelve á poder de su dueño jamás de los jamases, y que habitación que los ladrones *desamueblan* en ausencia de los inquilinos *desamueblada* se queda *per secula seculorum*. Pero en cuanto salta por ahí un regicida desalmado, con la mirada torva, la barba espesa y los bolsillos llenos de instrumentos cortantes y punzantes, ya le están echando la zarpa.

Ahí está, para probarlo, el bueno de Chamón, que supongo que seguirá en la cárcel á estas horas.

Los agentes, que no ven un atraco, ven la afilada punta de un cuchillo de monte que cautelosamente asoma por una hendidura de la americana. Y por aquella punta sacan inmediatamente una porción de consecuencias; se reúne, azorado y tembloroso, el Consejo de Ministros, el Estado gasta un dineral de los tesoros que le sobran en extensos telegramas á los gobernadores y al Cuerpo Diplomático para que se sosieguen las provincias y no tiemblen las naciones extranjeras, y la primera autoridad civil de Madrid, tímida como una gacela ante los oros, copas, espadas y bastos de la baraja, se crece ante el peligro, desafia las iras del anarquismo y asusta á los chicos de la prensa con terroríficos relatos.

A la postre resulta que no ha pasado nada; pero de hoy en adelante, ¿quién será capaz de

negar que la policía vela ojo avizor por la tranquilidad pública?

**

Otro tanto puede decirse del Excmo. Sr. Gobernador civil de Barcelona.

Cuando parecía que dormía arrullado por las tranquilas ondas del Mediterráneo, dejando que se extendieran las hondas raíces de la revolución retrógrada, cae sobre Sardaña como un tigre y se apodera de una porción de lantacas, catapultas y fusiles de chispa, amontonados en confusión anacrónica y destinados á tenerse las tiesas, aunque parezca mentira, con los cañones de tiro rápido y con los Mauser de la tropa leal al Gobierno.

Los periódicos liberales, cuya lectura debiera prohibirse, según los fervientes católicos salmantinos, se burlan guapamente de la autoridad barcelonesa y quitan importancia al descubrimiento. ¡Ingratos! Tal vez sin ese audaz golpe de mano estaríamos á estas horas sin la imprenta, el jurado y sufragio universal, que tanta falta nos hacen.

**

Tampoco es rana el Sancho de Albacete, acabadito de nombrar por el Gobierno regenerador.

Este se ha dicho: ¿Qué es un Gobernador? El representante genuino de la autoridad. Y ¿qué es la autoridad? El derecho que asiste á una persona para imponer su voluntad á las restantes y hacer lo que le dé la gana.

Y ha ido y la ha tomado con la compañía que actúa en el teatro, como podía haberlo hecho un obispo cualquiera.

Por lo visto, al respetable Panza de Albacete le gustan extraordinariamente las funciones dramáticas, y en este concepto debieran darle un voto de gracias los autores; pero le molesta mucho ver una obra dos veces, porque opina y con razón, que en cuanto el espectador conoce el argumento pierde la representación todo interés.

Pero cree, de paso, que el público es él, y que obraita que á él le haste, debe también causar tedio y cansancio al público.

Los actores *hicieron El señor Joaquín*. El Gobernador asistió al espectáculo y le pareció de perlas. La zarzuelita tuvo buen éxito y la empresa acordó volver á ponerla en escena. Pero aquí entra la autoridad en funciones. — ¡Cómo! dijo su excelencia, ¿otra vez *El señor Joaquín*? ¡Eso es ya un abuso! — y mandó un recadito de atención á la contaduría para que cambiaran la función anunciada, porque él sabía ya en lo que paraban aquellos amores, y no podía consentir que en su insula los actores repitieran las cosas.

En vano supongo yo que replicaría el representante que á la gente le había gustado, porque el buen Sancho añadiría que allí la gente era él, y que no le vinieran con músicas, porque para eso el Reglamento le autorizaba para baldar á multas con cualquier pretexto á los desobedientes.

Y no hubo más remedio que poner nuevos carteles en las esquinas, cambiando aquel título por otro.

Un Gobernador de ese fuste nos está haciendo mucha falta en la corte para que hubiera un poco de movimiento en las *escalas*. A buen seguro que no se aburriría el público, porque no podría darse más que una representación de cada obra, y con el estreno tendríamos bastante.

No saldría yo muy perjudicado ciertamente.

* *

Hay en el Estado muchos organismos inútiles; ó al menos, eso es lo que se está averiguando ahora.

Pero esto de la inutilidad no reza con la Junta de Clases pasivas. Han ido á buscar para formarla los hombres más activos de la nación y éstos no se dan paz á la mano ni descuidan un solo instante el cumplimiento de su misión sagrada.

Cada quince días, con una puntualidad de cronómetro, se reúnen esos apreciables señores y hacen sus correspondientes declaraciones de reconocimiento de derechos. ¡Antes faltaría el sol que la lista quincenal en la *Gaceta* anunciando que debemos pagar tales y cuales pensiones á una docenita de sujetos!

Asombra el número de empleados que se jubilan con el haber que por clasificación les corresponde.

Dormirán años y años los expedientes de obras públicas, se pudrirán las licencias de apertura de fábricas, se perderán las solicitudes de pruebas de inventos, etc., etc., pero ni un solo instante se retrasan estas amenas resoluciones que cada dos semanas recargan el presupuesto en unos cuantos miles de pesetas.

¡Y la bromita no tiene trazas de acabarse!

1.º Mayo 1899.

LAS PEQUEÑAS CAUSAS

Andan los sabios calentándose las venerables cabezas en averiguación de los motivos de lo que se ha dado en llamar nuestra decadencia, manifiesta y clara según dicen, de nuestra falta de cultura y de nuestro afán de marchar siempre arrimados á la cola, y por casualidad los trae todos, especificados y detallados, como si los hubieran juntado adrede,

el número de *El Imparcial* que acabo de recibir hoy, lunes 15 de Mayo, día de San Isidro, bendito patrón de Madrid y abogado de los eternamente infelices y quejumbrosos labradores.

Allá va la lista de materias que se tratan en el susodicho número:

Conflicto en Valladolid.

Mitin en Barcelona, pidiendo la revisión de la causa de la calle de Cambios.

Resultado de las elecciones de concejales.

Revista de la corrida de toros con la cogida del *Bombita*.

El crimen de anoche a la puerta de la taberna.

Preparativos en la pradera para la fiesta de hoy.

Y... no faltaba más que la lista de la lotería, para que saliera la cuenta redonda.

* *

Yo creo que basta ese índice para que, leído fuera de España, se comprenda nuestro lamentable atraso.

Y si no fijense ustedes.

El motín de Valladolid, terminado con toda felicidad, gracias á Dios, aunque no es más que una reproducción del que se ha repetido muchas veces, ha revestido ahora un carácter de mayor gravedad por las circunstancias que atraviesa el ejército... en sus relaciones con el paisanaje. Y no quiero insistir sobre este punto porque probablemente se me irían los de la pluma y tendríamos luego trapos que lavar.

Otro tanto digo de los sucesos de Monjuich, que siguen y seguirán durante mucho tiempo haciendo *gemir á las prensas*. La duda solamente de que aquí hayamos podido resucitar los procedimientos inquisitoriales nos ha hecho mucho daño en el concepto del resto del mundo, y la tenacidad demostrada por todos los Gobiernos en que el asunto quede sumido en la oscuridad, acaba de arreglarnos.

Tampoco puedo hablar mucho de esto, porque no está el horno para bollos.

* *

Sigamos con la lista.

Elecciones de concejales verificadas ayer en toda la nación con la tranquilidad y con los chanchullos de costumbre.

Meses y meses se ha pasado la *masa neutra* chillando en los cafés, en las plazas y en los círculos con la escandalosa rutina que falsea el sufragio y abogando por la necesidad de intervenir directamente en los nombramientos de representantes. A todos consta que de la buena constitución de los Municipios dependerá en primer lugar la regeneración decantada. Llega el momento, y ¿qué hace la *masa neu-*

tra? Quedarse en casa á esperar que se lo den todo blanco y migado.

Y el Gobierno, como es natural, á pesar de sus buenos deseos (!) ha tenido que tomarse de nuevo la molestia de interpretar *ad libitum* la voluntad de los ciudadanos, sacando triunfantes de las urnas los candidatos que le han parecido idóneos y convenientes.

¿Qué quieren ustedes que les diga? Un país atrasado que no quiere avanzar cuando le dan los medios merece quedarse en la estacada.

Y la autoridad hará perfectamente en meter en la cárcel al que en lo sucesivo hable mal de los concejales y se atreva á poner en tela de juicio su moralidad, su buena fe y hasta su belleza física si me apuran un poco.

Lo otro... lo otro es un hombre muerto después de apurar unas copas y de jugar un rato al tute. La historia de siempre.

El gobernador de Madrid, que se parece á sus antecesores en lo de demostrar energía contra los periódicos y contra los espectáculos públicos, no se ha atrevido ni se atreverá á acabar con las tabernas, donde el pueblo se hace soez, y matón, y jugador, y vicioso, y todo lo que hay que ser en el mundo.

Todos los días los periódicos dan la misma noticia. Una partida de brisca, unas cuantas rondas de *mollate*, una colección de palabras ofensivas, un par de facas en el aire y un infeliz revolcándose en el arroyo.

Y á pesar de esta repetición lamentable, á pesar de la dolorosa experiencia que debíamos tener todos, á pesar de que á todos consta que el coqueo y la baraja son las causas eficientes del encanallamiento y la brutalidad de la clase baja, á nadie se le ocurre poner el remedio. Y siguen las cartas y el vino libres en el Estado libre.

De la pradera de San Isidro más vale no hablar.

Un pueblo que se divierte de esa manera y un Ayuntamiento que se lo permite son incapaces de sacramentos. Pensar que todos los años se anuncian pomposamente las fiestas del patrón de Madrid y se ponen trenes baratos, y se prometen montes y morenas, y luego... ¡ay! luego todo se reduce á enviar á los pobres paletos á una colina polvorienta y erial, sin un árbol, sin una casa, sin el menor atractivo, á que se revuelquen en la tierra y bailen al son de cuatro organillos desvencijados y se atraquen de escabeche manido y de vino compuesto y se peguen los unos con los otros...

¿Es esta una fiesta propia de la capital de un pueblo culto?

Pues en los regocijos públicos se conoce el estado de embrutecimiento de la gente.

Y como por la mano venimos á parar á las corridas de toros y á la cogida del *Bombita* y á la muerte del *Mazzantinito*.

Pero de esto hablaremos con más extensión, Dios mediante, en el número próximo.

15 Mayo 1899.

EL ENTIERRO DE CASTELAR

Ya creo haber dicho en las columnas de este mismo periódico que yo no tengo frac, ni *smoking* ni cosa que se le parezca. Pero tengo levita y sombrero de copa.

Lo que hay es que como los compré hace muchos años para no sé qué compromiso, y no he vuelto á ponérmelos desde entonces, están un tantico atrasados de moda, y aunque no lo estuvieran, como yo no tengo costumbre de usarlos, me sientan como un tiro, dicho sea sin ofenderme.

Pues bien, sabiendo eso; sabiendo que voy á llamar la atención por la calle (porque este Madrid para esas cosas de la indumentaria es un pueblo chiquito) y sabiendo que los amigos y conocidos me van á freir á cuchufletas, acabo de encajarme ambas prendas con el objeto de probármelas antes de escribir el presente artículo.

Me están mal, muy mal; parezco con ellas un zapatero de viejo que quiere echárselas de señorito... y sin embargo, voy á salir á exponerme á la vergüenza pública.

¿Por qué? Van ustedes á saberlo.

Hace bastantes años, no sé cuántos, porque tengo una memoria infame para esto de las fechas, soplaban como ahora, no sé qué airecillos reaccionarios sobre la villa y corte, ó se trataba de dar una batalla de moralidad, de las muchas que se han dado inútilmente en el Ayuntamiento, ó el Gobierno, engreído como siempre en el dominio de los resortes electorales, había cometido algún acto de soberbia... en fin, no recuerdo el hecho concreto; lo que recuerdo es que flotaba en la atmósfera algo que no flota todos los días: un tenue polvillo de oposición á los que mandaban y un deseo de demostrar el vigor y la energía de los administrados.

Ello fué que yo, que jamás me he metido en cosas de política, ni he sabido con seguridad qué día se verifican las elecciones ni siquiera dónde está establecido el colegio electoral, me levanté un día temprano, hice las averiguaciones correspondientes, busqué una

papeleta y la deposité solemnemente en la urna de mi barrio.

Cuando aquella noche se hizo el escrutinio, á pesar de que el elemento oficial apretó las clavijas y apeló á todo género de enormidades... resultó que había triunfado entera la candidatura republicana por muchos millares de votos.

* *

Ese mismo aire de protesta universal y muda sopla hoy, y como me obligó entonces á dejar la cama y á abandonar mis ocupaciones, me empuja á salir á la vía pública hecho un mamarracho.

No sé todavía lo que va á ser el entierro; pero el hecho de que yo me ponga la levita indica que va á formar en imponente manifestación Madrid entero, que en este caso representa á la nación en masa.

Y es que al morir Castelar, en estas circunstancias precisamente, todos, amigos y enemigos, fanáticos é indiferentes, hemos comprendido por instinto, por ese instinto que gufa á la multitud en los trances graves, que con él ha desaparecido una de las más formidables trincheras en que se defendía la libertad, y allá vamos todos, chicos y grandes, escritores, soldados, comerciantes y obreros, empujados por una fuerza misteriosa.

* *

Si; el acto va á ser imponente. La figura del gran orador, moralmente derrotado hace poco en Murcia, ha adquirido con la muerte toda su tremenda importancia.

Nadie ha organizado nada; el Gobierno se ha reservado el derecho de mero espectador, renunciando á toda iniciativa; las masas no se han puesto de acuerdo, y sin embargo, llueven á centenares las coronas de todas las partes del mundo; los ciudadanos planchan y limpian lo mejor del cofre; vibra en la atmósfera la poderosa corriente del entusiasmo, y academias, sociedades, círculos, casas de banca, institutos armados, universidades y talleres quedarán desiertos. Todos los hombres que puedan andar acompañarán al cadáver; todas las mujeres formarán en la carrera á falta de las tropas de la guarnición, retenidas por el Ministerio en sus cuarteles.

El mundo que nos desprecia ó nos compadece por retrógrados, se asombrará de que el país, movido como un solo hombre, haga por su propia voluntad suntuosas y magníficas exequias á un republicano...

* *

Todo porque hay algo que nos avisa que la patria y la libertad están en peligro.

Veán ustedes si tiene importancia, aunque no lo parece, que yo me eche encima los ridículos trapos de las grandes solemnidades.

Porque eso demuestra que á la misma hora y con el mismo motivo se los están poniendo también todos los ciudadanos independientes y libres que no los usan á diario, y quiere decir, para el que sepa leer lo que no está escrito, que los que se ponen levita en semejantes lances, se pondrían la canana si llegara el caso.

Prueba palpable de que Castelar ha muerto, pero la libertad que él ayudó á conquistar en infatigable brega de muchos años no morirá nunca.

29 Mayo 1899.

MALAS COSTUMBRES

Cuando la Sociedad de Autores Españoles tenga la cohesión, el vigor y la fuerza necesarios para hacer respetar sus acuerdos, y bien sabe Dios que á eso se tira, he de proponer á mis compañeros algunas reformas para acabar con la rutina, y entre ellas dos que me parecen importantes.

Y son á saber: prohibición absoluta de repetir los números de música, aunque el público lo pida de hinojos, y abolición de la costumbre de salir el autor á escena, no siendo en ocasiones excepcionales.

[Para lo primero tengo poderosas razones, que supongo que no serán discutidas siquiera.

Vamos á examinarlas.

* *

En dos casos se repiten los números: cuando lo exige la *claque* y cuando lo demanda el auditorio.

En el primero, que es el más frecuente, los espectadores se molestan aunque no se opongan; en el segundo, el público falta al contrato celebrado, al comprar su entrada, con la empresa, el actor y los autores, obligándoles á servirle dos ó más veces el mismo plato, con el pretexto de que le gusta mucho, y en ambos se perjudica notablemente el interés de la obra, suspendiendo la acción y desviándola de su natural derrotero.

De ese modo la gente se acostumbra á juzgar las producciones teatrales en detalle y no en conjunto, que es como el autor tiene derecho á que le juzguen, y no necesito hacer notar los graves inconvenientes que esto tiene en el terreno de la lucha.

Y de tal manera se ha llegado al abuso, que ya no se considera bueno el éxito de una zarzuela si la mayoría de los números no se repite. Consideración que obliga á los alabareros á forzar la máquina, batallando como

fieras para conseguir el resultado, y esta batalla ha dado al traste en muchas ocasiones con obras dignas de mejor suerte.

¿Les gusta á ustedes una pieza musical? Pues aplándanla ustedes todo lo que quieran, pero no se empeñen en que la toquen y la canten de nuevo, porque eso es atentatorio á los derechos de autores y empresarios. El que quiera oír la otra ú otras veces, vuelva á dejar su dinero en la taquilla.

Esto es lo equitativo.

Además, el público que suele asistir á los teatros de zarzuelitas por horas no se distingue generalmente por su cultura y buenas formas, y se da el caso frecuente de que, por si han de repetirse ó no un dúo ó un terceto, se arma en la sala una marimorena de mil diablos, en la mayor parte de las ocasiones provocada adrede, y el teatro se convierte en una plaza de toros; la representación se interrumpe, todos aúllan, patean, chillan, aplauden y... se divierten con el escándalo á costa de la educación y del buen sentido.

Muchas veces he pensado, al ver al senado ilustre gozar con el alboroto y el desorden, á los actores indecisos y á los señoritos maleantes, que nunca faltan, aumentar á sabiendas la confusión y el estrépito:

—¡Dios mío! si hubiera un extranjero en la sala ¿qué pensaría de nosotros?

Pues todo eso se evitará cuando los autores acuerden no acceder á las pretensiones del público ó de la alabarda. En cuanto se dé la orden enérgica y formal de continuar la representación contra viento y marea, y los espectadores de buena fé se enteren de que la comedia se va á acabar sin que se percaten, ellos mismos se encargarán de imponer silencio por la cuenta que les tiene.

Al principio habrá choques violentos y escándalos gordos, pero no tardará la gente en acostumbrarse á la reforma, que es conveniente para todos. El autor debe educar al público y no dejarse arrastrar por él; porque la multitud es de suyo levantisca y un tantico salvaje, pero obedece cuando se la lleva por buen camino.

Respecto á las salidas del autor á escena á recibir el beso de la gloria, poco tengo que hablar.

De mil casos, en novecientos noventa y nueve el acto resulta soberanamente ridículo.

Eso de que se hayan reunido cuatro ó cinco personas para escribir una pieccecita en un acto, y de que al más pequeño esfuerzo de los aplau-

didores de oficio se presenten en las tablas cogidos de la mano á hacer cortesías y aspavientos, es cosa que mueve á risa, aunque la tal pieza sea una maravilla efectivamente.

Pero como hemos dado en la flor de creer que la obra no *pasa* cuando el autor no sale... se sale siempre para defender las representaciones sucesivas, unas veces á escuchar palmas y otras á oír silbidos.

En este punto el que más y el que menos ha perdido la vergüenza.

Y ocurre con esto lo que con las cruces, condecoraciones y bandas; en cuanto se prodigan ya no tienen mérito.

¿Qué honor se hace al autor de una obra verdaderamente importante llamándole al prosencio, si todos los días se está llamando también á los últimos pelones?

¿Qué satisfacción de amor propio puede uno encontrar en aparecer rodeado de los intérpretes de su obra ante un público indiferente al que tiene sin cuidado el aspecto físico del *preopinante*, sabiendo además, como sabemos todos á estas fechas, que aquellas palmas y aquellos vivas proceden de la gente de la casa, que se ha colocado en las alturas para eso?

Pónganse los nombres de los autores en los carteles, para que el auditorio sepa quién es el responsable de los desatinos ó el creador de las bellezas, aplauda el público si la obra le gusta ó proteste si le desagrada y dejémonos de laurel falsificado y de palacios de cartulina.

Hay que dar seriedad al teatro... aunque se cultive el género cómico.

Y vengan las llamadas á escena cuando deban venir; cuando la obra produzca verdadero entusiasmo y merezca esos honores por su trascendencia ó importancia.

De lo contrario, acabaremos por desprestigiar el oficio.

Que ya falta poco.

6 Junio 1899.

LOS PRESUPUESTOS

I

Como yo no soy Cámara de Comercio, ni Sociedad vinícola, ni fabricante de nada, sino contribuyente puro y simple por diversas maneras y estilos, no ha habido periódico de poca ó mucha circulación, ni jefe de grupo, ni orador de calleja que me pregunte qué tal me parecen los presupuestos.

Y sin embargo voy á hablar largo y tendido de tan interesante asunto, tan interesante en los actuales momentos, que de él depende tal vez la vida de la patria, puesto que puede dar ocasión á la intervención extranjera con que

sueñan los espíritus pusilánimes que nos han dejado como herencia los desastres de Filipinas y de Cuba.

Todos, pues, altos y bajos, ignorantes y sabios, profanos y entendidos debemos echar nuestro cuarto á espadas, en serio ó en broma; porque callar es un crimen.

La apatía que siempre hemos demostrado para las cuestiones económicas es la que nos ha perdido, y bueno es que vayamos saliendo de ella, aunque sea para chillar sin fruto.

* *

Empiezo por manifestar, á propósito de chillidos, que la nación entera está dando en los actuales momentos un espectáculo lamentable que acabará de desacreditarnos ante el mundo.

Este clamoreo universal contra el recargo en los tributos revela, y parece que no, un apego á la bolsa, un egoísmo brutal impropio de un país que quiere salvarse y que, cercano á la agonía, debe apelar á remedios enérgicos, tirando la casa por la ventana y sacrificando una generación si es preciso.

El triunfo de los intereses individuales sobre los de la colectividad sería en este caso la muerte. Y todo el mundo lo sabe, y todo el mundo prefiere la desmembración de la patria al más pequeño desperfecto en la lucha.

¡Ese síntoma sí que indica una decadencia lastimosa! Y de él dan constante muestra los periódicos que acogen con fruición las protestas y las reclamaciones de los sacerdotes del negocio.

* *

Porque... fijese el lector imparcial en los sitios de donde salen las voces.

Allá abajo, en Andalucía, los fabricantes de azúcar que realizaban pingües ganancias, dicen, sin probarlo con cifras, que el nuevo impuesto es la ruina segura y se lo cuentan al oído á los obreros, los eternos explotados, para que éstos, creyéndolo de buena fe, griten y alboroten para salvar, no su jornal mísero, sino los crecidos intereses del capitalista.

En el centro y en el Norte, los accionistas de minas y los dueños de fábricas que se reparten todos los años enormes dividendos, no se cuidan de demostrar que, con recargos y todo, todavía van á dejarles sus industrias un producto mayor de lo que los demás se figuran, sino que echan también por la calle de en medio y amenazan con suspender la explotación y con parar las máquinas para que los infelices jornaleros se encarguen de sacar del fuego las castañas.

Los almaceneros y comerciantes que con motivo de la guerra han hecho y siguen haciendo su agosto, subiendo los precios de los artículos

en una medida desproporcionada, amenazan también con el cierre de tiendas y con las protestas colectivas.

Empleados y militares ponen el grito en el cielo por la posible merma en sus haberes.

Y así sucesivamente, todas las fuerzas vivas del país. Y nadie presenta soluciones salvadoras y cada cual se concreta á pedir que á él le rebajen la contribución, ó cuando más que se la aumenten al vecino... Esto sin contar los que reclaman protección decidida y exigen que el Estado les haga canales de riego y ferrocarriles ó que les dé subvención porque han perdido las cosechas...

¡Digo á ustedes que el espectáculo es vergonzoso!

* *

Y si yo formara parte del Gobierno, que bien sabe Dios que no me pesaría, y no por el sueldo *adjunto* ciertamente, no toleraría de ningún modo esos motines de gente engañada, ni esas asambleas ridículas, ni esos discursos tardíos y embusteros.

Las leyes vigentes y la Constitución, ó la Constitución y las leyes vigentes, si á ustedes les parece más propio, conceden á cada ciudadano su parte de soberanía. El que no quiere ó no sabe ejercerla que se aguante.

Porque es muy cómodo tumbarse á la bartola y esperar los acontecimientos, para desgañarse luego criticándolos.

Hace poco tiempo se celebraron las elecciones para senadores y diputados. Esas Cámaras de Comercio y esas poderosas Sociedades que surgen ahora por todas partes para enviar telegramas al Sr. Paraíso, ¿por qué no lucharon en los comicios como era su deber? ¿Por qué los que ahora gritan como energúmenos no acudieron en masas compactas á nombrar los representantes, á quienes de sobra se sabía que estaba encomendada la difícil tarea de regularizar la situación económica?

No se me diga que la presión oficial puede ahogar las manifestaciones del país entero. Cuando una nación quiere una cosa, aquella cosa se hace.

Lo que hay es que aquí nadie sabe lo que quiere. Es decir, el que más y el que menos sabe que no quiere pagar y que le echen gallina en el puchero.

* *

El proyecto de presupuesto del Sr. Villaverde, que ha levantado tamafía polvareda, es una obra digna de estudio. Sin embargo, pocos son los que se han enterado de él á estas fechas.

¿No sería mejor que andar vociferando en los casinos y en las plazuelas, señalar los principales defectos de la nueva organización rentística y ayudar directa ó indirectamente

al Ministro en su tarea impropia de reconstitución del crédito nacional, que todos consideramos amenazado seriamente?

A eso, que creo un deber de todo ciudadano amante de su patria, voy á dedicarme en los artículos sucesivos, con la venia de ustedes y la ayuda del Espíritu Santo.

3 Julio 1899.

II

La principal equivocación de los presupuestos no la padeció quien los hizo, sino el señor D. Francisco Silvela, que en un momento de vanidad, que nos va á costar caro, se creyó con fuerzas para dirigir un partido y para ser jefe de un Gobierno encargado de salvar la patria.

Hombre hábil para todas las triquiñuelas de la política menuda, ducho en todo género de travesuras y añagazas para descomponer al enemigo y apoderarse del mando, supuso que le había de ser tan fácil como enredar los sutiles hilos de unas elecciones, manejar el férreo rendaje del carro nacional, atascado en un barranco sin salida.

É incapaz de sentir una ambición verdaderamente grande, no ha sabido aprovechar la ocasión que se le presentaba para dar relieve á su figura, y ha preferido el insano goce de anular á Azcárraga, al Duque de Tetuán y á Romero Robledo, á dominar al pueblo con un arranque de virilidad y entereza, sobreponiéndose á las luchas de campanario y arrojando al agua el lastre de las preocupaciones ridículas y de la rutina funesta y escandalosa.

Sí; no hay que cargar en cuenta al Sr. Villaverde esa debilidad infantil con que tiembla y se asusta ante el sable de cartón de Polavieja y ante los cañoncitos de papel del Ministro de Marina; hay que achacársela exclusivamente al jefe del partido y Presidente del Consejo que, por miedo á perder la poltrona, no vacila en perturbar y destruir el país, cuya salvación le estaba encomendada.

Ese pobre señor es un monigote de palo, sin carácter ni energía, traído y llevado por la corriente de las circunstancias, muy apropiado para halagar cuiciques y engañar aldeanos de villorrio, pero absolutamente inepto para la empresa magna en que se ha metido.

Porque el que dirige debe dirigir, no contemporizar. Debe tener un plan y llevarle á la práctica, no achicarse ante las dificultades fingidas, ni atender todos los consejos ni dejarse arrastrar por todas las pasioncillas y to-

dos los caprichos de los de abajo y los de arriba.

Los presupuestos de gastos de Guerra y Marina son dos enormidades. Cuando acabamos de ver que los sacrificios hechos durante muchos años han sido inútiles; que una nube de generales cubiertos de cruces y de bandos no han sabido hacer otra cosa que arriar las banderas en todas partes; que los fusiles comprados á peso de oro han sido entregados al enemigo con la cartuchería intacta; que de los costosos arsenales no ha salido un barco que se conserve á flote; que las corazas eran de cartulina, y que los cañones no hacían blanco, hay quien se atreve á pedir con una frescura espantosa que los impuestos se recarguen para aumentar un ejército que no tiene que defender nada, y para premiar los servicios de esos generales ineptos, y para comprar más municiones de las que no se usan, y para conservar esos arsenales donde no se trabaja, y para construir más buques de los que no navegan.

Deber del Presidente del Consejo era oponerse rudamente á esas pretensiones absurdas y en cuanto llegara la ocasión cortar por lo sano.

Si Polavieja, con toda su aureola de Pacificador de Filipinas y su bagaje de estampitas de santos no cedía de sus propósitos, lo primero que hubiera hecho cualquiera persona de sentido común hubiera sido pedir la dimisión á Polavieja, afrontando las consecuencias valerosamente; y si el Sr. Gómez Imaz insistía en soñar con escuadras poderosas ha debido suprimirse de una plumada el Ministerio de Marina, que, sin colonias que conservar ni comercio que proteger, es un organismo perfectamente inútil y horriblemente caro.

¿En qué cabeza, que no sea de un estadista español de los de último cuño, cabe que vamos á contener de pronto la avaricia de las grandes naciones improvisando medios de defensa á fuerza de sacrificios que el Estado no puede realizar?

Más ha de ampararnos la propia insignificancia que esos alardes de poderío de teatro Guignol á que quieren lanzarnos los que se empeñan en que no escarmentemos. La obra de la reconstitución ha de ser lenta para que dé frutos. Desarrollemos la riqueza primeramente y tiempo habrá luego para disponernos á nuevas luchas.

Redúzcase el número de soldados á lo estrictamente preciso para mantener el orden interior, queden en activo servicio los barcos para vigilar, no para defender las costas, y hágase pronto un examen de las recompensas concedidas á granel estos últimos años. Porque resulta soberanamente ridículo que haya quien

disfrute ascensos y pensiones como premio a las campañas de Cuba y Filipinas que no han podido ser más desastrosas. El honor del mismo ejército lo exige.

Y hecha la selección y reducidos á la cuarta parte los gastos de ambos Ministerios, el Gobierno tendrá derecho á exigir á los contribuyentes que paguen todo lo demás.

Porque yo, particularmente, declaro que daré con gusto cuanto me pidan para que se sostenga nuestro crédito, para que la industria y el comercio se desarrollen rápidamente y para que no se queden sin comer los que han defendido la bandera; pero me fastidiará grandemente que mis ahorros vuelvan á emplearse en sueldos de generales, ministros, directores y consejeros que han demostrado su inutilidad absoluta, y en fortalezas que se rinden y en cañones que no disparan..

Ahí es donde está el toque más importante de los presupuestos que tal algarada levantaron.

10 Julio 1899.

INVASION EXTRANJERA

Sr. D. Vicente Casanova.

Querido amigo: Alabo su intención al suscitar la discusión sobre asunto tan importante, aunque sospecho que no vamos á sacar nada en limpio.

La patria viene rodando hacia la necedad hace mucho tiempo y de poco sirve que los esfuerzos de unos pocos tiendan á vigorizarla y enaltecerla, si la idea, equivocada á mi juicio, de la propia impotencia y del inevitable decaimiento, domina en todas partes.

¡Qué se le va á hacer! Hemos dado en la flor de predicar que nuestros políticos son unos canallas, y nuestros soldados unos cobardes, y nuestra Administración una rémora, y nuestros labradores unos rutinarios, y nuestros artistas unos infelices ignorantes sin inspiración y sin enjundia, y de ese burro no hay quien nos apee.

Del erróneo concepto que hemos llegado á tener de nosotros mismos nace la admiración á todo lo extranjero: que se prefieran los vinos franceses, teniéndolos mejores en casa; que se admire el *esprit* de los vecinos, cuando aquí se puede vender el ingenio por arrobas; que la multitud acuda al teatro á aplaudir obras que no entiende, y que todo el que piense dedicarse á escritor público desprecie nuestros clásicos, prescinda de sus propias fuerzas y se lance á la tarea cómoda de rebusar en el campo francés, no sólo espigas, sino abrojos.

Creo que todos estamos conformes en que es conveniente que las joyas de la literatura extranjera se hagan conocer al público español, si puede ser, traducidas ó arregladas por literatos de verdad; pero hemos llegado á un ex-

tremo que da vergüenza, y todos los medios me parecerían buenos para evitar semejante escándalo.

Con un diccionario y un poco de influencia, cualquier zarramplín sin pizca de gusto artístico ni cosa que lo valga, puede darse tono de autor dramático y obtener el aplauso de un público imbécil que no sabe lo que ve ni lo que oye. Zanguango de éstos ha habido á quien, después del éxito de una comedia mala traducida con los pies, han dado un banquete por la gracia, y la prensa le ha llamado genio.

¿Que las empresas prefieren estos enjuagues y se gastan el dinero en ellos tan guapamente? No; no es que los prefieran; es que no tienen otra cosa. Como es más fácil que hacer escobas robarlas hechas, una porción de ciudadanos con talento, que podrían trabajar con fruto por el lustre del teatro nacional, renuncian generosamente á las espinas de la profesión y se arrojan sobre las migajas de la inspiración ajena, con lo cual se ahorran trabajo y disgustos.

Esta gravísima enfermedad, por consiguiente, no tiene más que un tratamiento: la cultura del público y el verdadero amor á la patria en los que escriben. ¡Pero vaya usted á buscar de pronto ese par de remedios en la botica!

Hay otra solución más práctica; pero la mayor parte de mis compañeros va á juzgarla abusiva: que las traducciones, arreglos, imitaciones, etc., etc., no *devenquen* derechos.

¿Se escribe en Francia, en Alemania, en Inglaterra ó en Rusia una comedia que es una maravilla? Justo y conveniente es que el público español la conozca. Pero el que la trasplanta á nuestro jardín debe hacerlo por puro amor al arte.

Los productos para el autor, que es á quien legítimamente pertenecen; el arreglador ó traductor que se contente con la gloria, si la hubiere. Porque eso de medrar y vivir con lo que han trabajado los demás, es cosa prohibida por la moral, y debiera serlo por las leyes.

De otro modo la competencia es imposible, y los teatros no se verán libres de sandeces y majaderías, que pretenden hacer pasar por oro de ley cuatro escritorzuelos de percalina.

Y para no molestar á nadie, que entre en las excepciones el que quiera.

Suyo afectísimo amigo y servidor, q. l. b. l. m.

8 Enero 1900.

MONTERO Y MONTESINOS

(CAUSA CRIMINAL)

I

Ea, basta de farsas inocentes, de ocultaciones candorosas y de añagazas insubstanciales.

Vale más hacer confesión general y abordar el asunto franca y noblemente, antes que lleguen al público noticias falsas ó exageradas y tome parte en la lucha de autores y editores (de obreros y patronos, como si dijéramos) con absoluto desconocimiento de sus causas y móviles, y pague los vidrios rotos quien no deba.

Hagan los demás lo que quisieren: yo voy á descargar el saco de mis culpas. Voy á contar la verdad monda y lironda, y á quien Dios se la dé, San Padro se la bendiga. No creo que conviene callar más tiempo.

Confieso, pues, en primer lugar, que tengo la debilidad de leer con verdadero deleite *Los misterios de la torre puntiaguda*, que publica *La Correspondencia de España*; y añado que esa debilidad es la que me arrastra á comprar el periódico todas las noches.

No puedo negar que también suelen ser interesantes y amenas las crónicas de teatro de mi amigo *Caramanchel* y sus apreciables banderilleros; pero ¡ay! sólo en segundo término, sólo cuando, por exceso de original, *no ha cabido* la novelita de M. Gorón, cuajada de incidentes que ponen los pelos de punta. En este último caso es cuando tengo que apechugar con lo que *traiga* el popular diario, para no perder del todo los cinco céntimos; pero me duermo, diciendo, como el Emperador romano: "He perdido el día".

Bien, pues en uno de estos días perdidos, en que no había torre puntiaguda ni señora Jozel para un remedio, tropecé con la siguiente noticia que *La Correspondencia* tomaba espontáneamente de *El País*, según confesión propia:

"En el Juzgado del Centro de esta corte, Escribanía del Sr. Fadrique, ha sido presentada una querrela criminal por estafa contra los maestros compositores Sres. Lleó, Calleja, Vives, López Torregosa y Valverde.

La querrela, presentada por el procurador D. Francisco Egea, está bajo la dirección del letrado D. Germán Gamazo, y en representación de D. Florencio Fiscowich."

Si á mí, que estoy en el secreto, me sentó el sueltécito como un escopetazo; ¿qué les pasaría, gran Dios, á los demás pacíficos lectores, por muy curados de espanto que les tenga la torre puntiaguda? ¡Cinco autores acusados de estafa por un editor, apoyado y dirigido por el Sr. Gamazo nada menos! ¡La miel de D. Germán sobre las hojuelas de Fiscowich! Es una emoción demasiado fuerte.

He aquí por qué yo, que confieso estar algo enterado del supuesto delito, me apresuro á hablar pronta y claramente, aunque ponga en un compromiso á algunos de mis compañeros, puesto que uno de los primeros deberes del ciudadano es ayudar á la justicia. Tanto más cuanto que en este caso se trata de una superchería, efectivamente; pero no tan grave

como el público pudiera llegar á creer, si no se encuentra en disposición de sacar substancia al suelto copiado más arriba y á otros por el estilo que irán cayendo por esos periódicos de Dios lenta, pero seguramente.

Y vamos con el cuento.

El Sr. D. Florencio Fiscowich, inteligente administrador de obras teatrales y propietario además de un repertorio inmenso, tuvo hace bastantes años la feliz idea de fundar un gran archivo musical para el servicio de las compañías de ópera y zarzuela. Pero en su deseo de evitar competencias fastidiosas, empleó toda su habilidad en hacer ver á los maestros compositores la conveniencia de que le vendieran el derecho *exclusivo* para reproducir y copiar los materiales de orquesta necesarios para la ejecución y representación de sus obras, derecho que la ley les concede y del que ellos no sacaban provecho alguno.

Los músicos, que son unos angelitos de Dios y que en cuanto tienen ocasión lo demuestran, portándose como unas tórtolas, se dejaron convencer poquito á poco, y un día uno, otro día dos y al siguiente media docena, fueron firmando, como en un barbecho, los correspondientes contratos, por los cuales traspasaban, cedían y vendían á perpetuidad al Sr. Fiscowich el citado derecho, y sólo dicho editor podía copiar, reproducir y proporcionar á las Empresas los materiales de orquesta necesarios para representar cuantas obras tenían escritas y cuantas escribieran hasta dar con el fétetro.

Comprometidos todos, excepto Chueca, que, por instinto, huye de los notarios como del fuego, y Chapí, que prefirió alquilar los papeles de música por su cuenta y riesgo, el negocio empezó á marchar sobre ruedas, y los compositores, libres para siempre de quebraderos de cabeza, se retiraron á trabajar para el editor y á comerse los cuatro cuartos que les había producido la calaverada.

Como los maestros que fueran *saliendo* se verían obligados á entregar sus partituras en la copistería única, si querían que se estrenasen sus obras, y Chueca y Chapí no tendrían más remedio que morirse tarde ó temprano, vean ustedes por dónde, siendo el Sr. Fiscowich el único autorizado para *proporcionar* á las Empresas los materiales de música, vendría este señor, en premio á su actividad y á su inteligencia, á tener en su manos las riendas del teatro en toda España é islas adyacentes, pudiendo imponer á todos, autores, cómicos y danzantes, las condiciones que quisiera.

Y que si tal era el plan del editor, que lo ignoro, no había escape posible para nadie. En vano intentarían los trabajadores de la escena, presentes y futuros, romper las cadenas que les habían echado encima los dichos contratos. ¡No pueden alterarse las bases funda-

mentales del derecho, y para robustecerlas y afianzarlas precisamente ha tendido el Estado su red de jueces, procuradores, guardias civiles, carabineros y tropa de línea! Seguirían, pues, los escritores haciendo los libretos, los músicos sacando del calete romanzas, dúos y concertantes, y el público aplaudiendo ó silbando las obras; pero el producto de éstas, si se le antojaba al inventor del monopolio, iría á parar, neto, saneado y limpio, á manos del Sr. Fiscowich, sus herederos ó derechohabientes.

Tal es la cuestión, planteada con toda la claridad y toda la brevedad posibles.

Y así avanzaba rápida y majestuosamente el tren del archivo musical, abarrotado de corcheas, cuando vino á tropezar la máquina con dos guijarros insignificantes, colocados adrede en la vía, que hicieron salir las ruedas de los carriles.

Y estos dos guijarros son el *Montero* y el *Montesinos* que el curioso lector habrá visto con mucha frecuencia en los carteles de los teatros, y que son hijos ambos de la inocente superchería arriba mencionada.

En ella me cabe una pequeña parte que para tranquilidad de mi conciencia explicaré detenidamente en otro artículo, si el señor director del *Heraldo de Madrid* me permite que abuse de su bondad reconocida.

II

En todo el mundo civilizado suena el clarín de guerra. Los obreros de todas clases van rompiendo que el trabajo es y debe ser la única fuente de riqueza, y atacan al capital, despota del mundo, como Dios les da á entender y con todos sus bríos. Aquí estalla una bomba; allá arde una fábrica; acullá surge un motín; más lejos se cruzan de brazos millares de hombres y desnivelan los mercados, amenazan á los Gobiernos y paralizan el comercio y la industria. Todos y en todas partes se disponen y aperiben para la gran batalla, tremenda y decisiva.

Los autores dramáticos españoles más explotados y más castigados que nadie, no podían quedarse atrás en este movimiento universal de avance hacia el supremo ideal de que nadie coma si no es á costa del sudor de su frente, y en un soberbio arranque de independencia, de un salto se plantaron en la vanguardia. Claro es que no hay incendios, ni bombas, ni algaradas, ni voces subversivas; pero la lucha contra los opresores es tenaz y enérgica y la procesión anda por dentro.

Nos reunimos, pues, unos cuantos ciudadanos libres y de buena voluntad, y en un abrir y cerrar de ojos se organizó una administración nueva, independiente de las casas editoriales, dirigida y servida por nosotros mismos,

arrancando de raíz abusos seculares, cortando vicios que parecían incorregibles y poniendo los medios para que, con la supresión de intermediarios, desaparecieran para siempre la usura, que consumía y agarrataba la clase, y la pernicioso manía de varios distinguidos sujetos, mal acostumbrados á comprar por 20 duros obras que producían 25.000. Me parece que el fin no podía ser más noble.

Hacia él marchaba nuestra locomotora, también serena y majestuosamente como la del archivo musical, cuando encontré en mitad del camino, obstruyéndole por completo, no dos piedrecitas como las de marra, sino un peñasco enorme, en que todo el convoy podía hacerse astillas. Este peñasco artificial, construido por el Sr. Fiscowich con *paciencia y saliva*, estaba formado por los contratos de que tuve el honor de hablar en el artículo anterior, contratos absurdos en mi opinión humilísima; pero celebrados ante notario, en el papel sellado correspondiente, amparados y protegidos, al parecer, por todas las leyes divinas y humanas.

Tratábase, sin embargo, de la redención del *gremio*, de la libertad absoluta y completa de las futuras generaciones de artistas, que, mientras el peñasco existiera, no podrían disponer de su propiedad ni mandar en sus obras, y á la vista saltaba que era preciso suprimir el obstáculo, aunque fuese haciéndolo volar con dinamita.

Apelamos primero, para el arreglo de la importantísima y complicada cuestión, á infinidad de componendas, convenios y transacciones; pero ¡ay!, todo en vano. Docenas de hombres eminentes, en distintas épocas han pretendido abrir las ostras por la persuasión, y ni por casualidad se ha abierto una.

No tardamos en caer en la cuenta de que los libretistas, perjudicados evidentemente en los contratos sin comerlo ni beberlo, tenían en sus manos la resolución sencilla, pacífica, fácil y definitiva del problema.

Puesto que los señores músicos, con una candidez infantil, reveladora de la pureza de sus almas, habían cometido la torpeza de entregarnos atados de pies y manos, ellos debían sufrir la pena... con harto dolor de nuestros corazones. Con el Sr. Fiscowich no había por qué meterse. Había realizado un buen negocio, en uso de su perfectísimo derecho, y en su explotación ponía su prodigiosa inteligencia y sus maravillosas dotes administrativas. Bien puesto estaba, pues, el peñasco; pero... había que hacerlo volar. ¿Cómo? No quedaba más que un medio: sacrificar á los músicos.

Y quedó decretado el sacrificio de los intereses particulares en aras del interés colectivo.

Con no entregar ningún libreto de zarzuela, grande ni chica, á los maestros compositores que, en mal hora, habían vendido el derecho

de copia y reproducción de materiales de orquesta, estábamos al cabo de la calle. Costó Dios y ayuda encontrar músicos libres que, en unión de Chueca y Chapí, nos ayudaran á formar nuestro archivo, porque hasta los jovencuelos que no habían hecho ó pensado hacer más que un *schotis* para piano, habían tenido la endiablada ocurrencia de comprometerse *per sæcula sæculorum*; pero al fin y al cabo, esta dificultad quedó vencida... aunque surgió en seguida otra más importante.

El nombre y fama del músico son garantías de mucho peso en el ánimo de los empresarios, de los críticos y del mismo público. El libretista mediano (porque de los eminentes no hay que hablar) que se atreve á presentar una zarzuelita adornada con *folias* de un desconocido, sin historia ni respetabilidad artísticas, corre grave riesgo de que las Empresas no la admitan, de que la crítica la sacuda ó de que el respetable senado la machaque. Por de pronto, ya se puede asegurar que no hay quien gaste dos pesetas en trajes y decoraciones, ni en ponerla como es debido. Modo de obviar el inconveniente: colaborar con músicos nuevos y libres y firmar las partituras con seudónimo. El seudónimo es una careta que lo mismo puede ocultar el rostro de Wagner, padre, que el del último rapsodista.

Y aquí entra la candorosa farsa que estamos representando de un año á esta parte, y ¡Dios nos la perdone en gracia al nobilísimo y santo fin que nos guía!

¡Sí! Hemos engañado, mejor dicho, hemos dejado que se engañen empresarios, actores, coristas, abonados, profesores de orquesta y autores de los que no están en el secreto. Dejando correr rumores absurdos que atribúan á Fulano y Mengano la paternidad de obras que, no conocían por el forro, y contestando con reticencias á las preguntas capciosas, hemos conseguido que toda ó la mayor parte de la gente de teatro caiga en la trampa y haya llegado á creer de buena fe que *Montero* y *Montesinos* son compositores conocidos y reputados... Lo serán, Dios mediante, porque á eso tira el que empieza la profesión espionosa de las Artes; pero hasta ahora no hubieran logrado salir de la obscuridad si el Sr. Fiscowisch, engañado también por las hablillas y chismorreos de saloncillo, no hubiera presentado la querrela criminal, anunciada por *La Correspondencia*, contra cinco infelices músicos que no han cometido más delito que el de haber sido puestos por nosotros involuntariamente en berlina.

Tal es la inocentísima, la sencillísima superchería de que me acuso, por la parte muy importante que en ella me corresponde, puesto que ha llegado el momento de descubrir el pastel para no perjudicar á nadie. Siento haber tenido que hablar claro antes de tiempo,

porque es casi seguro que, desde ahora, los empresarios no darán importancia á las obras del infeliz *Montero* y del desventurado *Montesinos*, puesto que saben de cierto que no encubren la personalidad de ningún músico célebre, sino las de unos muchachos que hacen sus primeras armas.

Sólo me consolaría del disgusto si el señor Fiscowisch se convenciera, á consecuencia de estas francas explicaciones, de su equivocación lamentable y de que no le tenemos animadversión de ninguna especie, puesto que respetamos su legítimo deseo de afianzar y extender un negocio colosal, y nosotros no luchamos contra las personas, sino en pro de la idea de emancipación, ni más ni menos que los demás obreros del mundo.

Y este consuelo ascendería á satisfacción vivísima si todos los interesados en el asunto comprendieran dos cosas: que nuestra locomotora avanza hacia la libertad, y que los centenares de resmas de papel almacenadas en los archivos que no sean de los autores, á pesar de la elocuencia envidiable del Sr. Gamazo, del *acaparamiento de los teatros* de zarzuela y de las amenazas de la prisión correccional, en su grado mínimo, no van á servir, más tarde ó más temprano, más que para una cosa:

Para hacer pajaritas.

Junio 1900.

CARTA ABIERTA

Señor director del *Heraldo de Madrid*. Mi distinguido amigo:

La circular que acabo de recibir me da á entender que anda usted atrasado de noticias porque yo he dejado de ser autor dramático. ¿No sabía usted nada? Pues sí, señor; en vista de que siempre me rechazaba el público, batiéndose en agua de rosas, y sólo en las funciones de día de Inocentes me dejaba pasar de matute, y, por añadidura, la Prensa me ponía como chupa de dómine con la sal del mundo, he resuelto volver á mis aficiones primitivas de juzgar á los demás, que es tarea mucho más fácil y menos ocasionada á quebras.

Total, que he cogido y me he hecho crítico. ¡Ay! En eso venimos á parar irremisiblemente todos los que no podemos dar pie con bola en ningún género de literatura.

Lo cual no *empece*, como decía mi ilustre colega D. Manuel Cañete (que en paz descansa), que tenga algún trabajo preparado, con el fin de proporcionarme un mediano pasar sin grandes quebraderos de cabeza. El que no puede ser autor, puede muy bien ser arreglador, refundidor, traductor ó copista simple... Yo, en esto, no hago más que imitar á varios de mis queridos compañeros de profe-

sión... y de silbas. Y ¡vive Dios! que la temporada teatral no me coge desprevenido ni mucho menos, antes bien tengo repletas las alforjas. Sepa usted, puesto que en esta clase de informaciones no se debe callar nada, que he metido mano á las obras de Comella, de las que nadie se ha acordado, á Dios gracias, y con las cuales creo yo que la gente se va á chupar los dedos de gusto. Un corte por aquí, un remiendo por allá, un poco de habilidad para que no se vea el zurcido, y cátese usted, mejor dicho, que cuento con una obrita en cuatro actos para el Español, dos en tres para Tirso Escudero, tres en dos para Yáñez y unos cuantos monólogos y entremeses para beneficios y funciones de gala. Esto sin contar con las que me estrenará en Yecla y Cocentaina el distinguido actor Sr. Hompanera, que para eso ha fundado un teatro independiente que va á tener el mérito por arrobas.

Se llama independiente porque en él tendremos el campo abierto los que no podemos meter la cabeza en ninguna parte por culpa del dichoso *trust*... ¡Qué! ¿Se ríe usted de eso? ¿Cree usted que no hay *trust trust*, como decía Cavia? ¡Pues sí, señor, lo hay! Y basta que yo lo diga.

Examine usted las respuestas que le han dado hasta ahora, y se convencerá de que don José Echegaray *acapara* á Díaz de Mendoza, como si fuera suyo; Benavente, los Quintero (¡los aborrecibles hermanos Quintero!), Arniches y Miguel Echegaray *arramblan* con el cartel de la Comedia, y estos mismos señores con Ramos Carrión, Vital Aza, Jackson, López Silva, Perrín, y Palacios, unidos á Caballero, Chapí, Jiménez, Vives y ¡Quinito!, inundan los teatros por horas, sin dejar un miserable hueco para Ibsen y Rostand, ¡los colores del arte que no admite fronteras!

¿Y es esto tolerable? ¿No debemos unirnos en apretado haz para acabar con ese monopolio irritante, con esa presión de los autorzueltos chirlas, que se imponen á las Empresas, gallean ante los cómicos y luego vienen á mendigar humildemente bombos y reclamos? ¡Sí, señor, que debemos! Y no seré yo el que se quede atrás en el noble empeño de pulverizar ídolos de barro, si Dios me da salud y billis. ¡Eso de que me hayan silbado *Las caramellas*, que eran cosa rica, me lo tiene que pagar alguien! O tengo ó no tengo á mi disposición la poderosa palanca de la Prensa, que zarandea al mundo. ¿La tengo? ¡Pues zurra, que es tarde!

Añada usted que todas las compañías harán mis refundiciones de Comella, á cambio de algunas líneas encomiásticas, y no las dejarán de hacer por miedo al rapapolvo: que mis compañeros dirán que soy un Lope de Vega en cuanto estrene lo de Cocentaina, y

que en el caso improbable de un fracaso, con echar el muerto á Comella estoy al cabo de la calle, y dígame usted si todos los que tenemos la pesadilla del *trust*, que somos bastantes, no vamos á estar en la gloria.

Sólo siento que, para empezar, hemos cometido una pifia. ¡Hemos nombrado una ponencia! Y usted, que es político, sabe demasiado que con eso de las ponencias no se va á ninguna parte. Viendo estoy que se van á salir con la suya Chapí, Echegaray, Jackson y los Quintero; y eso... ¿por qué no se han de decir las cosas claras?, eso me costaría una enfermedad ó, por lo menos, un berrínche.

En fin, esperemos á ver lo que deciden los ponentes, si se deciden por decidir algo; y entretanto, ¡que para rato hay!, mande usted como guste á su antiguo compañero y siempre verdadero amigo.

4 Octubre 1902.

EL HUEVO DE COLON

(Fantasía financiera.)

I

Los arbitristas de café son personas de suyo ridículas y de las cuales nos burlamos muy lindamente; pero todos somos arbitristas de café cuando llega el caso.

A cada cambio de Gobierno; á cada apuro del Erario público; cuando los Ayuntamientos se renuevan y cuando los empréstitos se anuncian, es decir, cada tercer día, no hay español que no se sienta inspirado y crea tener en su mano la salvación de la patria.

—Si me dejaran á mí...—decimos el que más y el que menos, en voz alta ó aparte—haría esto, lo otro y lo de más allá y todo se arreglara en un periquete.

Y en el fondo del pensamiento se hacen revoluciones hondas, se cambia la faz del universo y se transforma á los hombres, convirtiéndolos en honrados, satisfechos y felices.

El que no se haya sentido con fuerza para salvar á la humanidad siquiera un par de veces, que levante el dedo.

Sentado este axioma, y dispuesto á aguantar cristianamente todas las pullas, bromas y cantaletas de que yo haría víctima al prójimo, si el prójimo se pusiera en mi caso, he aquí que me decido, hoy día de la fecha, á pensar alto en cuestiones económicas, y lanzo á los vientos de la publicidad un plan maravilloso, que acaba de ocurrírseme sin preparación alguna y de golpe y porrazo, como suele decirse vulgarmente.

No tengo datos de ninguna clase; hasta la lógica inflexible del sentido común en que creo apoyarme puede no ser inflexible ni lógica;

pero esto de hacer cálculos y números a ojo de buen cubero con el santo fin de revolver el mundo, es una de las cinco mil maneras de perder el tiempo sin hacer daño á nadie.

Y una vez terminado el preámbulo, indispensable en todas las leyes y decretos aunque se redacten en la mesa de una cervecería, vamos á entrar en materia.

La conmoción profunda que sufren actualmente todas las naciones civilizadas; el hondo malestar que mina sus cimientos, amenazando dar al traste con las fortalezas de papel levantadas á costa de seculares esfuerzos, obedecen á un desorden administrativo universal.

A consecuencia de él las tres cuartas partes de la humanidad arrastran su vida entre dolor y miseria; los frutos de la tierra pródiga se reparten tan mal, que gozan de ellos hasta la hartura los desocupados, y bajan al sepulcro sin haber conseguido saciar el hambre los que con más fe y constancia riegan el suelo con el sudor de sus frentes.

Claro es que injusticia tan enorme y mal tan intenso no se remedia en veinticuatro horas, y que el plan que someto á la aprobación de los inteligentes no pasa de ser un paliativo insignificante; pero mientras se logra el supremo ideal de que todos trabajemos en la medida de nuestras fuerzas y disfrutemos por igual de los beneficios de una civilización inmejorable, bueno es que cada uno pulverice un pedazo de cascote de las antiguas murallas y lleve su grano de arena al edificio nuevo.

Sin querer me ha salido un segundo preámbulo. Vamos á ver si quiere Dios que de una vez abordemos el asunto.

Creo, sin atreverme á jurarlo, porque me declaro absolutamente lego en materias económicas, que en varias ocasiones y en distintos países se ha estudiado ó intentado establecer el impuesto único. Mal debe de haber cuajado la idea, puesto que nadie habla ya de semejante cosa.

Y sin embargo, sobre ese tema hay que insistir hasta dejarlo resuelto si es posible, porque del reparto lógico y equitativo de los tributos depende que las fuerzas de una nación no se agoten tontamente.

La balumba de contribuciones y gabelas que abruman á los ciudadanos, el defectuoso sistema de investigación y recaudación y la falta de criterio para señalar la medida en que cada uno ha de contribuir á levantar las cargas del Estado, sirven, por inexplicable contrasentido, para que queden presos en la complicadísima red administrativa los peces chicos y se escapen impunemente los gordos.

Aquí pagamos contribución territorial, industrial, patentes, pólizas, consumos, cédulas, timbres, licencias, papel sellado, correo, aduanas... ¡por todo y para todo! y los centena-

res de impuestos de distintas clases y condiciones vienen á gravitar sobre el que á duras penas puede sostener su vida trabajando sin tregua, constituyendo en cambio pequeñísima carga para el que disfruta de ella tranquila y sosegadamente.

Tan notoria injusticia nace de un error fundamental de nuestros hacendistas. Cada ciudadano debe pagar los servicios que el Estado le proporciona en la medida que de él los exige. Para el que posee grandes porciones de tierra, explota minas, canales ó ferrocarriles, habita en palacios, corta cupones ó goza el producto de talleres y fábricas, la nación entera paga ejército que defienda sus intereses, jueces que amparen su derecho y empleados que le sirvan. El que á su trabajo personal se atiene, ¿para qué necesita salvaguardias?

El mejor de nuestros ministros de Hacienda contemporáneos, D. Raimundo Fernández Villaverde, cuya energía nos salvó de una catástrofe económica que parecía inevitable á raíz del desastre militar, se equivocó, sin embargo, en lo fundamental de su plan rentístico.

Dividió los impuestos en tres clases:

Sobre utilidades del capital.

Sobre utilidades del trabajo.

Y sobre utilidades del trabajo y el capital unidos.

¿Desde cuándo deben considerarse como utilidades contributivas los salarios, chicos ó grandes? Pues de ahí arranca el impuesto sobre sueldos, que es la mayor injusticia que puede ocurrírsele á una nación.

Al empleado, civil ó militar, á quien se le descuenta un tanto por ciento de su haber, no se le impone una contribución; lo que se hace es mermarle la paga, que con estos tiquis miquis puede no ser verdaderamente remuneratoria y, por consiguiente, injusta.

Y si este sistema tributario es bueno, ¿por qué no se practica con igualdad absoluta? ¿Por qué deja algo de su sueldo el servidor del Estado que gana mil quinientas pesetas, y no el obrero manual que gana dos mil? ¿Porque se ha tenido miedo de que la injusticia fuese más notoria si se hacía extensiva á mucha gente!

Hay que ir, pues, resueltamente al impuesto único, apoyado en base firme, acabando con todos los indirectos, que dificultan y entorpecen el desarrollo de la riqueza nacional empobreciendo al individuo, y hay que prescindir de la rutina y de los prejuicios, aunque sea preciso dar una batalla á las malas costumbres y á los llamados intereses creados.

¿Que la empresa es absolutamente imposible?

Puede que no sea difícil siquiera.

También parecía una locura sostener *de pie* un huevo y luego resultó que no había más que romperle la punta.

De cómo se rompe la punta de este huevo hablaremos en capítulo aparte.

Dejo adrede este hueco para que se desfoguen en burlas los que á bien lo tuvieren.

5 Febrero 1903.

II

El Estado, tal y como ahora están constituidos los Estados, es el capital, suyos son la tierra, el mar, los ríos, el vapor, el fluido eléctrico, los productos de la inteligencia, los frutos del trabajo, todas las manifestaciones de la actividad humana y toda la materia que constituye el globo terráqueo. El mundo es una sociedad por acciones, cuyos dividendos se reparten los accionistas.

El capital es, pues, el que debe sostenerse á sí mismo y sufragar todos los gastos que la explotación le cuesta. Sobre el capital ha de cargarse, por consiguiente, el impuesto único. Ya se encargarán los capitalistas de distribuirle equitativamente entre cuantos á sostenerse les ayudan; pero la administración se simplificará extraordinariamente y, sin perjuicio para ninguno, la vida será más fácil para todos.

Los tenedores de papel del Estado entregan al Erario público, sin chistar, la quinta parte de su renta. Por escasa renta que disfrute un hombre se le ha de hacer más llevadero prescindir de una parte de ella que renunciar á algo de lo que gana trabajando.

Al rentista que, cruzado de brazos, recibe el interés que su dinero le produce sin quebraderos de cabeza, apenas se le hace perjuicio con una merma insignificante, puesto que le queda el tiempo libre para aumentar, trabajando, sus ingresos. Al que de su trabajo manual ó intelectual vive le fastidian soberanamente con la menor rebaja en el salario.

¿Por qué, pues, no se hace extensivo á toda clase de rentas el impuesto que hoy pesa, sin que se queje nadie, sobre los acreedores del Estado exclusivamente?

¿No resulta ilógico é injusto que el tenedor de papel del Estado deje el veinte por ciento para el Tesoro público, y los propietarios de fincas rústicas y urbanas no lleguen á esa cifra, y los poseedores de acciones ó obligaciones de otras industrias ó empresas no paguen más que el tres ó el cinco?

Sean todos iguales, lo cual no es pedir la luna, y la patria se ha salvado.

¿Cómo? De la manera siguiente:

¿Cuánto vale la nación? Sus tierras de labor, montes, prados, minas, fábricas, comer-

cios, ferrocarriles, Bancos, edificios de todas clases, buques, etc., etc., ¿se podrán tasar en cien mil millones de pesetas? ¿Medrados estaríamos si no valieran doble!

Pues hay que suponer que ese capital, repartido en pocas manos por añadidura, produce anualmente una renta de cinco mil millones, de la cual debe el Estado, equiparando á todos los capitalistas con los tenedores de su deuda, apartar para sí el veinte por ciento.

El presupuesto de ingresos, simplificado de esa manera, produciría al Tesoro público la suma anual de mil millones, cantidad sobrada para atender debidamente al de gastos, y quedarían suprimidas de una vez y para siempre todas, absolutamente todas las demás contribuciones, lo cual no deja de ser una ganga.

Los empleados cobrando su sueldo íntegro, los servicios atendidos debidamente, gratuita la administración de justicia, abolidos los consumos, suprimidas las cédulas personales, relegado al olvido el timbre... ¡Jauja enteramente!

Y como no se podría prescindir de los derechos de aduanas por el trastorno que su supresión ocasionaría á la producción nacional, ni de los ingresos por correo y telégrafo para evitar abusos, ni del arriendo de las minas y otras propiedades del Estado... quedaría siempre un remanente enorme para amortizar Deuda pública.

Estoy oyendo una pregunta que brota de todos los labios:

—¿Y cómo se descubre y evalúa la riqueza?

—¡Bah! en un trimestre se hace un catastro verdadero. Un mes para que todos los ciudadanos presenten relaciones juradas del capital que poseen y renta que disfrutan, á sus alcaldes respectivos; otro mes para que éstos la remitan á las oficinas de las capitales de provincia y allí se ordenen y estudien, y otro mes para que el Ministerio de Hacienda haga la distribución correspondiente. ¡Que me aspen si se necesita más tiempo!

Con repetir todos los años la operación para las altas y bajas, estamos al cabo de la calle.

—¿Y la mala fe? ¿Y la ocultación?

—No habría nada de eso, seguramente, por dos razones: primera, porque siendo el tanto por ciento que se había de imponer sobre la renta variable según las necesidades del presupuesto y la cuantía de la riqueza declarada, todo el mundo tendría decidido interés por que el vecino dijese la verdad, y cada ciudadano sería un poderoso auxiliar gratuito de la Administración pública; y segundo, porque la ley autorizaría al Estado para incautarse de la propiedad que no estuviese declarada, dando una propina al que la descubriese, y para comprarlo todo cuando se le

antojare en la cantidad en que lo hubiese tasado su dueño.

De ese modo todos los propietarios se apresurarían á declarar sus propiedades, puesto que serían *res nullius* las no declaradas, y á tasarlas en lo que valían realmente, ó en algo más si me apuran un poco.

Todo este castillo de naipes se viene abajo si resulta que el capital de la nación no asciende á cien mil millones... Pero para tranquilidad nuestra basta tener en cuenta que solo los títulos de la Deuda del Estado valen diez mil millones, y calcular lo que valdrán todas las fincas urbanas de Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao, Málaga, Valencia y Valladolid, sin ir más lejos. Y queda uno convenido en seguida.

En cuanto á los capitalistas, tampoco deben asustarse. Cualquiera de mis lectores que tenga algo que perder, eche rápidamente la cuenta de lo que vale su capital, considere que ha de entregar anualmente al Estado el uno por ciento de su importe, y verá más claro que la luz que asciende á mucho más lo que ahora paga por consumos, cédulas, timbres, pólizas, papel sellado, transmisiones de dominio y las cien mil chinchorrieras con que le fastidian constantemente.

Y punto final. Estudie la cuestión el que quiera y disponga de datos positivos, y hágame, si gusta, las observaciones que estime oportunas. No hago el proyecto cuestión de Gabinete.

¡A ver si entre todos señalamos un punto de partida sólido y firme al señor ministro de Hacienda!

12 Febrero 1893.

CONVERSACION

¡Dichosos nosotros, que podemos contemplar esta espléndida alborada del siglo *xx*, nuncio de un sol brillante de paz, de amor y de justicia!

La humanidad está á dos pasos de la meta de la civilización y no la falta ni el canto de un duro para realizar el hermoso ideal que la ha guiado á través de los tiempos.

Repasen ustedes los periódicos de los últimos días, y se elevarán las almas, y se ensancharán los corazones, y palparán todas sus fibras de satisfacción y regocijo.

Señales deben ser de la alegría universal las salvas de los cañones franceses en Figuig (los mismos que enmudecieron prudentemente en Fashoda), las charangas que recorren las calles de Belgrado, y las dulces canciones de las mozas cornuesas que obsequian con ramos

de flores á Mamed por haber roto otra vez los grillos.

¡Ay! esos grillos son simbólicos. Representan las ligaduras de la moral universal que nos impiden volver al estado salvaje.

* *

La "sencilla operación de policía" realizada con épico arrojo por las tropas de Argelia, revela que, gracias á Dios, la fuerza se ha puesto al servicio del derecho, y que las naciones poderosas están dispuestas á castigar con mano firme el más pequeño asomo de barbarie.

En los oasis cercanos á la frontera había, por lo visto, unas cuantas docenas de moros maleantes que se entretenían en robar y en faltar al respeto á los transeúntes.

¿Podría Francia, la cultísima Francia, la patria de Estherazy y de Cleo de Merode, tolerar semejantes desmanes en sitio donde la era dable imponer inmediato correctivo? ¡No en sus días!

Y con la rapidez del rayo los bravos artilleros descendientes de aquellos que triunfaron en las Pirámides, emplazaron en lugar conveniente las piezas de noventa y cinco, lanzaron sobre los adueros indefensos seiscientos granadas, despanzurraron algunos centenares de indígenas y... se retiraron á almorzar, como los americanos en Cavite.

Llevó el telégrafo la noticia de la victoria á todos los rincones del mundo; el general en jefe dió el parte encomiando el heroísmo de las tropas con un laconismo verdaderamente espartano, y todas las cancillerías europeas se relamieron de gusto ante aquella hazaña civilizadora, que les pareció de perlas.

* *

Pocos días después, unos cuantos oficiales de la *joven Servia* (¡Cristo con la juventud!) emborrachan á los soldados, se ponen de acuerdo con la guardia real, entran como una tromba, sin peligro alguno, en la cámara donde duermen los regios esposos, cosen á bayonetazos algunas pobres mujeres, cazan por galerías y pasillos á la servidumbre espantada, profanan los cadáveres, y terminada la "sencilla operación de policía", salen orgullosos y triunfadores á recibir aplausos y vítores de la muchedumbre frenética.

Hay que remontarse á los tiempos de la Roma decadente para encontrar una salvajada semejante.

El pueblo se entusiasma con lo hecho por los encargados de velar por el orden, adorna los balcones con percalina, ilumina las fachadas, escupe é insulta á los muertos, y baila

como una turba de energúmenos al son de las músicas de los regimientos de asesinos.

Con el precedente de Fignig, las almas candorosas esperábamos un despacho concebido en estos términos:

"Veinte baterías rusas y austriacas se colocaron en tal parte al amanecer del día tantos y rompieron el fuego sobre Belgrado sin previo aviso. La población quedó destruída en treinta minutos. Todos su habitantes yacen enterrados entre los escombros."

Pero lo que llegó fué la fausta nueva de que á la diplomacia, que no podía tolerar los desmanes de cuatro merodeadores marroquines, le importan un rábano las atrocidades de un pueblo que mata por matar y que se baña loco de placer en la sangre de las víctimas. ¿Saben ustedes lo que han dicho los señores del margen? Que los disturbios de Servia son de orden interior y que no hay por qué meterse en camisa de once varas.

Las mismas varas tenían las camisas de Filipinas y de Cua, y de orden interior eran los trastornos del Transvaal, y se creyeron obligados á intervenir en nombre de la humanidad los Estados Unidos é Inglaterra.

Se conoce que la moral universal tiene varios aspectos, y que para ese viaje... bien se estaba el hombre en las cavernas comiendo carne cruda y raseándose la lepra con pedruscos.

Yo no sé una palabra de francés, según consta en autos, y por lo tanto, no he asistido á ninguna de las representaciones del teatro libre (¡del verdadero teatro libre visto ordenar!) que ha tenido la bondad de ofrecer al ignaro público de Madrid el propio Antoine.

Pero tengo algunos amigos que balbucean áquel idioma tñabajosamente y que acudieron como tórtolas al reclamo hecho á golpe de bombó por algunos de nuestros venerables críticos, de los que se amamantan artísticamente en las revistas extranjeras y, por consiguiente, desprecian á Sevilla y al Guadalquivir, como el personaje de *Los Galeotes*, por no estar europeizados.

Bueno, pues hay que oír ahora á los susodichos amigos hablar de Antoine y de las obras demoledoras que abren horizontes nuevos.

Y hay que ver la gracia con que los reviseros han recogido velas á consecuencia de las poquísimas palabras que han podido cazar al vuelo en *L'Enquete*.

Resulta ahora que sí, que la compañía es asombrosa y que el repertorio es una mara-

villa, pero que aquí no ha podido lucirse todo eso porque como Antoine va de paso para América...

De manera que ya sabemos la disculpa que hemos de poner por acá los autores y los actores indígenas, enteramente torpes y absolutamente incultos:

—Perdonen ustedes la vulgaridad y la ramplonería. Vamos de paso para las Pampas.

16 Junio 1903.

II

En la República del Ecuador, una de las cien repúblicas americanas de cuyo atraso artístico nos burlamos muy donosamente, se ha creado un impuesto sobre el tabaco para edificar, sostener y subvencionar un teatro.

Hay dos razones, una pública y otra reservada, para que los ecuatorienses, ecuatorienses ó ecuatoriales hayan adoptado esa determinación trascendental. La primera, es que ellos creen que la escena es un elemento de cultura popular; la segunda, que todavía no odian al teatro los ciudadanos de la república porque aún no tiene cada *quisque* su pieza inédita en el bolsillo.

Aquí las gastamos de otro modo. Tiramos al degüello á todo lo que con las comedias se relaciona, y estamos á dos dedos de volver á los tiempos en que se negaba sepultura sagrada á cómicos y danzantes.

No se le oculta á nadie que al público le saben á mieles los pateos escandalosos, que la prensa goza poniendo por las nubes á cómicos y autores extranjeros y tratando con profundísimo desprecio á la producción nacional, y que las autoridades, los municipios y los hacendistas hacen cuanto pueden para impedir el desarrollo del arte.

En cuanto un gobernador quiere hacerse simpático no tiene más que anunciar que va á castigar con fuertes multas á las empresas por esto ó por lo otro; en cuanto un Ministro de Hacienda pretende reforzar los ingresos, lo primero que se le ocurre es imponer algún gravamen á los espectáculos.

Dios padre me perdone, pero no parece sino que, á pesar de los pesares, todavía riga aquel aforismo español de pura capa, que dice:

"La ignorancia no perjudica á la salud. Mi padre no sabía leer y se murió de viejo."

Esto viene á que el otro día se trató en el Senado de recoger y educar á los niños perdidos, empresa loable que no se llevará á

cabo, precisamente porque es buena. A algún señor senador le pareció el proyecto deficiente y pidió que se ampliara hasta suprimir la mendicidad y la vagancia, que de tiempo inmemorial encuentran asiento y amparo en todas las calles, plazas y plazuelas de la villa y corte.

El plan no puede ser mejor, pero como para desarrollarle hace falta dinero, surgió de pronto en el mismo templo angusto de las leyes una idea luminosa para sacarlo. ¿Cuál? Crear una nueva contribución sobre los espectáculos públicos.

¡Otra! Porque es de advertir que ahora cada empresa paga su cuota industrial correspondiente, su tanto por ciento sobre los sueldos de los actores, sus timbres, sus carteles, su 8 por 100 de la entrada, sus recargos municipales, que no son moco de pavo, y otras mil y pico de gabelas y chinchorrerías.

Puede decirse que no hay industria ni profesión alguna en el mundo que satisfaga tantos y tan crecidos impuestos por tantos conceptos y clases.

El Estado, en vez de incitar á la gente á que acuda al teatro á solazarse ó á instruirse, tiene decidido empeño en arrastrarla á las tabernas y á los garitos, y hasta parece que la castiga por oír música ó ver dramas.

—¡Ah, pilló! ¿Quieres llevar á tu familia á ver *La verbena de la Paloma*?—le dicen á cada ciudadano.—Pues tienes que pagar al Erario público una multa equivalente al 8 por 100 de lo que el empresario cobre, multa que no pagarías si te metieras á tomar unas copas con los amigos, ó á poner cinco duros á la sota de espadas.

Y no vayamos á echar también la culpa de esto al clericalismo y á los jesuitas.

Republicano y bien republicano es el Ayuntamiento de Valencia, y no se ha parado en barras para crear un nuevo impuesto sobre las entradas de los teatros, ni más ni menos que si le autorizara para ello una ley votada en Cortes. Y no crean ustedes que se trata de una pequeñez; se trata del 5 por 100 del ingreso total, que viene á ser lo mismo que pedir á cada empresa diez duros diarios. ¿Ustedes saben de algún contribuyente por territorial ó industrial, entidad bancaria ó sociedad explotadora que tenga que entregar al Ayuntamiento 50 pesetas todos los días?

Pues eso es lo que se les ha ocurrido á los cultos ediles valencianos para desengrasar. Ellos se habrán dicho: ¿No cobra el Estado el ocho? Pues nosotros el cinco. Sólo falta que á

la Diputación provincial se le antoje cobrar el seis y medio, para ponerse en un término razonable... y ya pueden escritores, músicos y artistas prepararse para ingresar en el asilo monumental que piensa erigir un señor senador con su propia sangre. La de los artistas, no la del senador, naturalmente.

Con estas y las otras, dentro de poco no va á tener cuenta escribir comedias ni representarlás.

Es muchísimo mejor, más fácil y menos expuesto á quiebras, matar á la novia ó ayudar en la operación á algún amigo. Porque se hace uno simpático á la multitud y célebre en pocos días, publican los periódicos el retrato en distintas posturas, se enaltece y dignifica la pasión que le incitó al descalabro, y luego va el Jurado y le absuelve á uno ó poco menos, obediente al instinto caballeresco y pundonoroso de la raza.

Día llegará en que una muchacha le diga sinceramente á su cortejo:

—Mira, Arturín, desde que te me dejado el bigote ya no me gustas.

Y Arturín la pegue un balazo entre ceja y ceja por desleal y por liviana, sabiendo que luego el Tribunal popular ha de regalarle un puñal de honor con mango de nácar y hoja de Toledo adornada con inscripciones alusivas.

¡Nada de ir al teatro á pagar una multa por prestar concurso á la corrupción de costumbres! Lo práctico es poner piso á una joven ligerita de cascos para pasar las veladas, y romperla la columna vertebral en cuanto no le llame á uno *monín* con la dulzura que la palabra requiere.

¡Y viva España con honra!

23 Junio 1903.

III

Aperreado oficio es el de periodista, porque entre otros trabajos tiene el de enemistarse con medio mundo y el de templar las gaitas de otro medio.

Pero de todas las cosas malas de que pueden encargarle á uno en un periódico, la peor es la de la información teatral, sección nueva, flamante, que puede decirse que acaba de salir del horno.

Como aquí todo se ha achicado, á causa de la pérdida de las colonias, la crítica de espectáculos, que ya había degenerado en revista de teatros pura y simple, ha acabado por convertirse en una especie de chismorreo

de puerta de iglesia que, si bien no requiere saber geografía ni las cuatro reglas, pone á un hombre en una serie inacabable de compromisos.

El reporter teatral, para cumplir su misión honradamente, tiene que ir á beber en las mejores fuentes que encuentra, y ¡buenas fuentes te dé Dios! Entre un empresario que le inventa planes fantásticos para darse tono de persona, un actor que le acompaña á tomar café y le dice pestes de sus compañeros, y un autor que le especifica las razones por las cuales los viles encantadores que le persiguen no le dejan estrenar cuatro ó cinco maravillas inéditas, acaba el infeliz por volverse loco y por saltar en el periódico una porción de embustes y de profecías absurdas que no le ponen en ridículo porque, gracias á Dios, nadie hace caso de esas cosas.

Digo esto porque yo conozco mucho á Ontiveros, y le trato desde que era de alto como la Mesa (doña Julia), y hasta puede decirse que fui yo quien le cortó el pelo al rape para que hiciera el "Melindres" de *El Cabo primero*, y, sin embargo, de tal modo me le han traído y llevado estos días en la sección correspondiente, entre Blasco Ibáñez y la reina Draga, que ya no sé quién es Ontiveros, ni de qué persona se trata á punto fijo.

Porque de un estudio minucioso y detenido de la prensa, resulta que Ontiveros ha hecho lo siguiente en el breve espacio de tres días:

Ser base y sostén de la temporada de Apolo.

Comprometerse con Reyes para dirigir la futura compañía de la Zarzuela, á medias con el Sr. Lacasa.

Ir de merienda á los Viveros y chuparse los dedos de gusto con un arroz con almejas.

Ser base y sostén de la temporada del Lírico.

Y marcharse á un pueblo de la provincia de Salamanca á reponer su quebrantada salud en el sosiego de los campos y las abrasadoras faenas de la trilla.

La verdad, yo aprecio muchísimo á Ontiveros, pero jamás se me había pasado por la imaginación que tuviera tanta importancia.

Pero ¿qué más? ¡si en la mayor parte de los periódicos se ha analizado, discutido y puntualizado la trascendencia de un banquete celebrado con motivo de haberle nacido un nuevo vástago al actor Sr. Lamas!

Revolviendo papeles y compulsando datos auténticos, el público puede haberse enterado de lo siguiente:

De que á la jira asistieron las señoritas Pino, Calvo, López Martínez, Brú y Gardeta y la nata y flor (palabras textuales) de los autores cómicos.

De que Antonio Paso aconsejó á Ontiveros que no asistiera al ensayo de *El pelotón de los torpes*, porque si se incomodaba la empresa, él estaba dispuesto á retirar su obra.

Y de que el Sr. Lamas ha tenido un chico.

Todo de grandísimo interés y todo cierto, salvo que no estuvieron la Gardeta, la Brú ni la López Martínez; que Antonio Paso no es autor, en todo ni en parte, de *El pelotón de los torpes*, y que lo que ha tenido el señor Lamas no ha sido un chico. Ha sido una chica.

Que se llama, digo, que se llama Carmen Ramona, por cierto. Y este detalle de información tan interesante ó más que los otros, si que no me lo ha pescado nadie.

Como prueba de lo embrollados que andan estos asuntos, á consecuencia del desmedido afán de información menuda y de las dificultades anejas al cargo, si adivinan ustedes lo que va á pasar en la Zarzuela el año que viene... les doy un racimo.

Empresa probable, según los periódicos:

D. Manuel Reyes solo.

D. Manuel Reyes con Montilla.

D. Manuel Reyes con Berritúa.

La Sociedad de autores sola.

La Sociedad de autores con gotas de *Trust...*

Compañía que se prepara:

La Lázaro, la Fretel, la Arana, la Taberner, las hermanas Domingo, la Gardeta, Carreras, cuando vuelva de Bilbao; Cerbón, Ontiveros, Lacasa, Orejón, Emilio Mesejo... todos directores. ¡Ah! Y Allens-Perkins, á quien yo he aconsejado que se dedique franca y decididamente al género lírico.

Me figuro el asombro del Sr. Allens-Perkins, que no me ha visto en su vida y á quien no tengo el gusto de conocer, cuando haya leído que yo me tomo la libertad de aconsejarle cosas.

Y el de la señorita Gardeta al enterarse de que piensan llevarla, con ó sin coche, á Jovellanos, á Apolo, á Eslava y á todas partes sin que los empresarios la digan á ella una palabra.

Ya sé lo que van á decirme. Que sería conveniente que nos comprimiéramos un poco pa-

ra que la gente no se percate de que no acertamos más que por casualidad; pero ¡caramba! ¡si es el público mismo el que tiene la culpa! ¡Se empeña en que todos los días le digan algo!

30 Junio 1903.

IV

España es el país de los errores gordos, no sé si porque se la ha considerado siempre cuna, vivero y estufa del oscurantismo, ó porque nuestra imaginación meridional, y por consiguiente calenturienta, se presta maravillosamente á la invención y propaganda de las patrañas más absurdas.

Y una de las fábulas más corrientes y que conviene descuajar lo más pronto posible, si hemos de europeizarnos, es la de que todas nuestras corporaciones legislativas y administrativas no sirven absolutamente para nada.

El español más taciturno y silencioso está harto de hablar pestes de diputados á Cortes, diputados provinciales y concejales del Ayuntamiento. Cuando no se les acusa de cosas buenas, se les tacha de perezosos, abandonados, débiles y aficionados á perder el tiempo.

Recientes y palpables están las pruebas de todo lo contrario.

Precisamente en estos días esas tres importantísimas colectividades han dado un solemne mentís á los calumniadores, y creo que los más recalcitrantes no habrán tenido más remedio que bajar la cabeza.

Vean ustedes:

Centenares de artículos de fondo, macizos y pesados, como es uso y costumbre, han caído en un mes como poderosas mazas sobre el Senado y el Congreso, llenando de improprios a los representantes de la Nación, porque después de muchos discursos largos y floridos no han hecho nada práctico.

—¿Es así como cumplís nuestro mandato?—preguntan airados los articulistas.—¿Es así como procuráis el bien de la nación que os ha honrado con tan alta investidura? Habéis dejado sin resolver la cuestión religiosa, el conflicto de las huelgas que no se acaba nunca, el proyecto de escuadra poderosa y terrible, la reforma de la ley municipal, el servicio militar obligatorio y tantas y tantas cosas esenciales para la vida del país, y os marcháis tranquilamente á las frescas playas á dormir una siesta pernicioso para los intereses generales.

—ues bien, no se puede cometer una injusticia más grande. Con rapidez vertiginosa, á

los cinco minutos de quedar constituido el Congreso, empezó á funcionar la comisión encargada de entenderse con las empresas de ferrocarriles, y con tal habilidad y perspicacia llevó á cabo su cometido, que precisamente coincidió el acuerdo de conceder cuatro mil kilómetros de recorrido á cada diputado, por cuenta de los fondos públicos, con la catástrofe del Najerilla.

Y ahora que levante la voz quien se atreva á decir que los Cuerpos Colegisladores se van á veranear sin haber hecho nada importante.

Otro tanto, ó poco menos, ha ocurrido con la Diputación provincial.

Que si las amas de cría no cobran, que si los niños no lo pasan muy bien que digamos en el Hospicio, que si en los hospitales no se atiende debidamente á los enfermos... ¡calumnias, calumnias y calumnias!

Tan sosegada y ordenadamente marcha la administración de los intereses de la provincia, tan impecable es la organización actual, que los señores diputados, en sus reuniones obligatorias, no tienen asuntos de qué tratar porque todo está como la seda, y se ven obligados á poner en prensa las imaginaciones para hablar de algo y justificar la importancia del cargo que el voto de sus conciudadanos les ha conferido.

En un apuro de éstos, y como quien no quiere la cosa, han tomado un acuerdo cuya trascendencia no se puede ocultar al más romo.

¿Cuál? Que de los fondos provinciales se costeen unos fajines preciosos para que los señores diputados puedan lucirlos como y cuando se les antoje.

Así, á primera vista, parece que la determinación es una tontería. Pero no es si no un acto de diplomacia y alta travesura que revela las dotes de mando de quienes lo ejecutan.

Porque de ahora en adelante no podrá darse el caso de que la duda nos abruma, y podremos conocer á los diputados provinciales por la vitola, sin tener que preguntarnos á nosotros mismos:

—Ese empaque parece de persona de fuste. ¿Será diputado provincial este caballero?

Conque... tampoco puede decirse con fundamento que en la Diputación no se ha hecho nada este año.

Y de los concejales no hay que hablar. Todas las injurias del idioma, todos los dictarios procedentes del arroyo parecen pocos á

la gente para mortificar á los celosos defensores del Municipio.

Y ahí los tienen ustedes con el presupuesto en *superávit*, después de atendidos todos los servicios y cubiertas con exceso todas las atenciones.

¿Que no? Pues ¿cómo puede explicarse que los ediles gasten una sesión entera discutiendo acaloradamente si el Erario municipal debe contribuir con 35.000 ó con 45.000 pesetas para la erección de un monumento que perpetúe la memoria de Sagasta?

¿Es creíble que si no sobrara el dinero á las arcas habrían de refirir unas cuantas personas sensatas por si han de ser 7.000 ó 9.000 duros los que se empleen en una estatua?

¿No es creíble, verdad? Luego sobra.

Por cierto que antes, cuando los hombres eran unos tronchos, no se erigían estatuas hasta que había pasado un siglo de la muerte del agraciado, entendiendo que la generación coetánea no podía apreciar debidamente su mérito; pero ahora, como somos más listos, comprendemos que el fallo de la posteridad ha de ser forzosamente igual al nuestro, y nos apresuramos á hacer justicia.

Claro está que todo esto que digo, no lo digo precisamente por el caso que se discute.

10 Julio 1903.

V

Durante el estío son de rigor en los periódicos las cartas procedentes de provincias en que se da cuenta del trasiego de personajes de un balneario á otro; de las declaraciones de los conspicuos de la política, no menos vacías y huecas que las del invierno, y de otra porción de bagatelas y fruslerías del mismo jaez. La cuestión es pasar el tiempo y disimular la falta de asuntos de verdadera importancia.

Bien puedo, pues, abusando de la confianza que tengo con el que me escribe, publicar una epístola que acaba de llegar á mis manos, y que, por no interesar á nadie, ni siquiera interesa al destinatario, servidor de ustedes.

Dice así, de la cruz á la fecha:

"Támará, 6 de Julio de 1903.—Mi estimado amigo: Como desde que te fuiste á los Madriles, hace más de veinte años, maldito si habrás vuelto á pensar en nosotros, es posible que no te acuerdes del santo de mi nombre. Lo cual no quita para que hayamos ido juntos á la escuela, y más que á la escuela, á coger fruta en las guindaleras del camino de Santoyo. Como compañero en ambas cosas, me atrevo á dirigirte la presente para

darte la más cordial enhorabuena, que te sabrá á gloria, de seguro, porque, á juzgar por lo que dicen de ti los papeles cuando pones alguna obra en el teatro, no recibirás muchas.

La mía de ahora tiene su explicación, y es la siguiente: D. Felipe, el de la casona, tiene en esa un sobrino estudiando Farmacia; este sobrino compra todos los días *La Correspondencia*, la lee y se la manda en seguida á D. Felipe; D. Felipe la lee en voz alta, con buena entonación y mucha parsimonia, á todos los de la tertulia, y luego me la envía á mí para que me entere de lo que buenamente pueca entre las arrugas y manchones inevitables con semejante ajetreo. De esta manera nos ilustramos unos cuantos padres de familia sin grandes desembolsos.

Bueno; pues ayer vi una noticia que me produjo una satisfacción muy grande, porque revela que has llegado á tener en la corte una importancia que no podíamos sospechar nuestros condiscípulos. Ya sabía yo que, mal que bien, íbas saliendo adelante y que andabas en letras de molde de vez en cuando; pero, la verdad, nunca te creí capaz de llegar tan arriba.

Decía el periódico, en substancia, que los concejales de ese Ayuntamiento no querían quitar la cláusula duodécima de no sé qué contrato relativo al teatro Español, á pesar de ser un disparate, y que no la quitaban apoyándose en la opinión de la Sociedad de Autores, que eras tú solo; con lo cual haces un líaco servicio á la cultura pública, puesto que con tu amenaza de retirar el repertorio, cosa que no sé con qué se come, ya no dejas entrar á Shakespeare en el templo del arte. ¡Y cuenta que ese señor Shakespeare debe de ser sujeto de muchas campanillas, puesto que el mismo diario asegura que está muy por encima de todos los alcaldes y de todos los Síndicos!

¡Anda con Dios, y cómo has subido en veinte años! Mal hecho está lo que haces, pero indica que tienes en la corte una influencia mucho mayor que el diputado por Astudillo, puesto que eres una Sociedad entera, y basta que tú te empeñes para que el Ayuntamiento de Madrid haga un desatino cerrando las puertas del teatro Español á uno que está más alto que todos los alcaldes y, por consiguiente, tiene que ser Ministro de la Gobernación, por lo menos.

Tan entusiasmados estamos aquí con lo que vales, que se ha pensado seriamente en poner tu nombre á la calle de la Salud, donde no sé si recordarás que naciste; pero yo te aconsejo, á pesar de todo, que si puede ser, transi-

jas en lo de la cláusula doce, porque eso de coartar la libertad ajena suele traer antipatías y disgustos. Y con esto no canso más; sabes que te quiere tu amigo de la infancia, *Fidel Mediavilla*."

Aunque yo peco de perezoso y olvidadizo para despachar la correspondencia, no he tenido más remedio que tomar la pluma para desvanecer errores que pueden traer cola, y contestar á vuelta de correo lo que copio á renglón seguido:

"Amigo Fidel: Efectivamente, como el colegial de *Pepa la frescachona* no me acuerdo de cuándo me quitaron el pecho; pero ¡por Dios y por los santos mártires! no hagáis la gansada de cambiar el nombre á ninguna calle, porque eso que has leído en *La Correspondencia* es pura broma. Ni yo soy solo la Sociedad de Autores, ni tengo influencia en el Ayuntamiento, ni en la Diputación provincial, ni siquiera en el Comité del partido liberal de mi distrito.

Lo que hay es que el redactor que trata de los asuntos teatrales en ese periódico es *Caramanchel*, grande amigo mío, que me trae y me lleva para sacarme de la obscuridad en que merecidamente yazgo. Para que te convenzas de que todo lo que has soñado no tiene fundamento, basta decirte que *Caramanchel* es también autor dramático y puede, por consiguiente, adquirir en las oficinas de la Sociedad cuantos datos necesite, consultando y examinando actas, circulares y órdenes para convencerse de que sus compañeros jamás han prohibido ni amenazado prohibir á nadie el repertorio ni por ese ni por ningún motivo. Lo único que suele hacer el Gerente es retirar la autorización para representar obras á los empresarios que no pagan á los autores el importe de sus derechos, porque para eso nos hemos unido precisamente: para que nadie explote de balde nuestro trabajo, cosa justa y lógica, como tú comprenderás y te dirá el mismo *Caramanchel* si le preguntas.

Lo de la base duodécima es harina de otro costal, pero también fácilmente digerible.

El Ayuntamiento de Madrid, propietario del teatro Español, le cede gratuitamente (con el objeto de prestar apoyo al arte nacional que dicen que anda siempre de capa caída) al empresario que mayores garantías ofrece. Y lo cede previo contrato, cuyas bases se sacan á concurso público después de aprobadas por una Comisión de concejales, autores y críticos en que por cierto no ha tenido hasta ahora arte ni parte la Sociedad de autores españoles.

En el contrato vigente existe la dicha

cláusula duodécima, que prohíbe ejecutar obras de autores extranjeros durante cierto tiempo, de tal á tal fecha. Cuando esa cláusula no ha existido, se han representado arreglos de Shakespeare y nadie ha dicho una palabra. Pero, como comprenderás, mientras el contrato actual rija, Shakespeare no podrá entrar en el teatro Español, no porque yo lo diga, sino porque lo dicen la razón y el derecho. *Ainda mais*, como el arriendo se hizo por concurso público, ninguna de las bases puede ser alterada aunque quieran las partes contratantes, porque lo contrario sería ilegal, ilógico y absurdo.

En este sentido informé nuestra Sociedad cuando á ello fué requerida, y como la cuestión no es de filosofía honda, sino simplemente de sentido común, lo mismo que dijimos nosotros hubiéramos dicho, en caso semejante, cualquier guarda de viñas de Amusco.

Con esta explicación creo que quedan las cosas en su lugar, apagado tu entusiasmo; y en el modestísimo sitio que le corresponde tu antiguo y verdadero amigo: Aquí mi firma.

14 Julio 1903.

VI

La oratoria es una de las bellas artes que importan á muy poca gente en este siglo del comercio á todo trapo, en el cual se hace más caso de un mercado que se abre que de cien bocas que hagan lo mismo para lanzar á los cuatro vientos párrafos brillantes y conceptos nobles y elevados.

Y de todas las clases de oratoria, la parlamentaria es la que con menor cuidado tiene á todos los nacidos, por lo cual dudo yo que, á consecuencia del discurso de tres horas y pico pronunciado por el Sr. Salmerón hace unos días estén temblando á estas fechas las instituciones, como creen algunos ciudadanos libres que se disponen á sacrificarse por el país metiéndose á concejales en cuanto vengan los suyos.

¡Ay, no! Ya no se tambalea nada con los apóstrofes fogosos ni con las catilinarias tremendas. Pero si no sólo se tambaleara el Estado constituido, sino que se viniera abajo de la noche á la mañana, el compromiso en que se iba á ver D. Nicolás iba á ser de los gordos.

Porque no es creíble que en quince días el Gobierno de la República enseñara á leer á todos los españoles á quienes estorba lo negro, ni acabara con los caciques, ni destruyera los conventos, ni diera pan y descanso (porque trabajo, lo que se llama trabajo, no lo pide casi nadie) á todos los obre-

ros que lo necesitan. Y no haciendo todo eso en dos semanas, el país entero se llamaría a engaño y sería capaz de poner á mi amigo Picón cual digan dueñas.

Aquí somos así; rápidos como centellas. Lo que nos prometen han de de cumplirlo en veinticuatro horas. ¿No lo hacen? Pues las promesas eran falsas y los Ministros unos traidores. Y habían ustedes de ver cosa buena. Los catalanes pidiendo sus Cortes y su Presidente particular para andar por casa; los trabajadores de todas partes demandando jornal seguro y ropa limpia; los librepensadores exigiendo la inmediata degollina de monjas y frailes, la separación de la Iglesia y del Estado y la subvención de las escuelas laicas; los militares el aumento de cuadros en activo y el servicio obligatorio y todas las *fuerzas vivas*, en fin, arrimando el ascua á sus sardinas correspondientes.

Y así no gobierna ni el Preste de las Indias.

No; no es tan fácil como parece convencer á la gente de que no es el Estado el que tiene la obligación de echar una gallina en el puchero de cada hijo de vecino, sino que es el mismo vecino el que debe buscar la gallina.

Se reúnen los agricultores castellanos y dicen que primero les aspan que sacarles un cuarto para hacer torpederos, y se reúnen las autoridades de San Fernando para anunciar una tremolina si los torpederos no se hacen o, por lo menos, no se pagan. Se juntan los contribuyentes y juran resistirse como gatos panza arriba si les piden algo para armamentos y maniobras, tropas y fortificaciones, y vuelven á juntarse á los ocho días para amenazar al Gobierno con un motín diario si quitan la guarnición de tal ó cual parte, suprime esta ó la otra Capitanía general ó intenta amortizar el obispado más insignificante...

Esta semana se anuncian alborotos pidiendo economías, y á la siguiente se recrudece la excitación y se pronostican graves trastornos si las economías se llevan á la práctica...

El bello ideal de la nación es que se supriman los impuestos ó, por lo menos, que se rebajen extraordinariamente y que se concedan primas á la navegación, se establezca una Audiencia territorial en cada pueblo, una Capitanía general con diez batallones de guarnición en cada cabeza de partido, y un puerto en cada remanso de la costa, y que se suban los aranceles de Aduanas para los tri-

gos extranjeros y sin embargo, se ponga aquí el pan al alcance de todas las fortunas.

Fresquitos y recientes están dos ejemplos: el del Ayuntamiento de la Granja que piensa dimitir porque no tiene fondos para cubrir sus atenciones, y que no dimitirá si el Ministro de la Guerra envía allá de guarnición unos cuantos soldados; es decir, que si el Estado le manda dinero, el no tiene inconveniente en pagar al Estado; y el de la Prensa, que se ha pasado la vida protestando de que se sostengan los arsenales de la nación, donde se tira el dinero y no se hace nada, y ahora pone el grito en el cielo porque no se consigna la cantidad suficiente para el sostenimiento de esos arsenales.

Todos sabemos cómo se deben distribuir los fondos públicos para que nadie chille, pero á todos se nos olvida decir de dónde han de salir los fondos.

El Estado ha de arreglarse de modo que el comercio sea protegido; que la industria florezca; que la cultura nacional esté á la altura que la civilización requiere; que el país pueda defenderse por mar y tierra de enemigos poderosos, y que todo el mundo viva bien trabajando lo menos posible. Pero ¡cuidado con pedir el más pequeño sacrificio, porque las clases castigadas se levantarán como un solo hombre indignado contra el despilfarro y el desbarajuste!

En resumen, señores diputadas; *entienda* yo que es absolutamente necesario predicar otras cosas, y que mientras todos no arrimemos el hombro para *hacer* costumbres políticas, es inútil que el ilustre Jefe de la Unión republicana se levante airado á poner como chupa de dómine á Fernando VII...

24 Julio 1903.

VII

Oficialmente no hay corazones más sensibles que los de la gente de teatro.

A nadie duelen las calamidades públicas, á nadie afectan las desgracias de todas clases como á los que viven de su trabajo sobre la escena. Los demás mortales podrán disgustarse más ó menos porque un pueblo se inunde, porque un barrio se queme ó porque deje de existir un personaje de importancia, pero no por eso abandonan sus ocupaciones, ni dejan de cobrar sus emolumentos, ni prescinden de la comida cotidiana. Los cómicos, los músicos, los comparsas, los carpinteros, cuantos intervienen directa ó indirectamente

en los espectáculos públicos, se entristecen y apenas de tal modo por orden gubernativa, que dejan de trabajar inmediatamente, lo cual supone, para los que disfrutan un sueldo de cuatro pesetas para abajo, que son los más, uno ó varios días de vigilia forzosa.

que mandan les dicen:

—¡Hola! ¿Vuestra misión consiste en divertir ó entretener á los demás? ¡Pues cuando los demás se afligen hay que quitaros la ración, para que lloréis con más ganas!

Se desborda un río y se lleva por delante unas cuantas casas, dejando á sus habitantes en la miseria. En seguida se despiertan los sentimientos caritativos de la nación y se conviene en la necesidad de remitir socorros á los inundados y de reedificar las casas hundidas. Pónense en movimiento los aficionados á bullir en esas cosas, que son ciento y la madre, se excita la conmiseración de las buenas almas y se nombran las comisiones correspondientes. Comisiones que tienen en el acto la misma luminosa idea: dar funciones teatrales y corridas de toros. Y allá van los autores dramáticos perdonando el importe de los derechos, los músicos de las orquestas tocando por amor al arte, los actores cediendo sus sueldos, los coristas, maquinistas, apuntadores y empleados de todas clases renunciando al pedazo de pan que debiera tocarles aquel día; los toreros exponiendo gratis la pelleja, y... Regino Velasco no cobrando nada por el billete y los carteles.

Es la copia eterna.

De ese modo se reúnen en un momento los recursos necesarios, y algunas veces más de los necesarios, los comisionados redactan y publican numerosas Memorias, queda demostrada la caridad inagotable del país, y resulta que los verdaderos inundados son los cómicos y danzantes...

Hace poco ha muerto Su Santidad el Papa León XIII. Su muerte ha sido una gran desgracia, no sólo para la cristiandad, sino para la humanidad entera, y á todos los habitantes del mundo, creyentes y ateos, la pérdida del varón sabio y justo que dirigía la Iglesia católica ha causado impresión dolorosa y profunda.

Pero, con el alma embargada por el pesar, los empleados civiles, militares y eclesiásticos, desde los Reyes á los porteros, desde los capitanes generales á los soldados rasos, desde los arzobispos á los sacristanes, han percibido sin la menor interrupción sus asignaciones respec-

tivas; los industriales y comerciantes han continuado sus negocios como si tal cosa, y los obreros de todos los oficios han cobrado sus jornales...

Pero los teatros de toda España se han cerrado uno ó varios días por *súplica* ó mandato de la autoridad, y los artistas ó juglares, católicos ó herejes que se acercaron á las Contadurías en busca de las dos pesetas necesarias para su alimentación y la de los suyos, se encontraron con que el gobernador estaba muy triste y les había suprimido las dos pesetas.

De modo que cuando la autoridad siente deseos de llorar, los cómicos son los encargados de derramar las lágrimas, y cuando los gobernadores fuman, las compañías más ó menos cómico-líricas, escupen.

Habrán tenido que oír los ayes y lamentaciones de todos los infelices, sucesores y herederos de los del carro de la muerte, que andan por esos pueblos de Dios interpretando á Echegaray en paneras y zaguanes, cuando se enteraran por el alguacil de que el Papa había muerto y no era cosa de distraer á la muchedumbre con *El gran Galeoto*.

A la honda pena que habrán sentido como buenos católicos no habrán tenido más remedio que añadir el dolor material que ocasiona el alejamiento de las patatas y el bacalao con que se había soñado en un momento de locura.

Y no digamos nada de los que hayan tenido la mala suerte de caer en una de esas provincias en que el gobernador no se ha conformado con menos de tres días de aflicción profunda.

¡Esos sí que se habrán mesado los cabellos y habrán rasgado sus vestiduras en señal de duelo!

Mientras el luto oficial se reduzca á manifestaciones externas que no afecten para nada el bolsillo ni al estómago de los afligidos de real orden, no creo que nadie tenga autoridad suficiente para privar al prójimo de su salario.

Otra cosa sería si esas órdenes ó súplicas se redactaran de la manera siguiente:

"Muy señores míos: Con motivo de la desgracia que aflige á nuestra patria, y como prueba de la sincera pesadumbre que abruma á los ciudadanos, todos los empleados públicos ceden tantos días de haber á favor de los Asilos y Hospitales. Dejen ustedes de cobrar los suyos, asociándose de ese modo á nuestra pena."

Y no habría motivo alguno de protestas ni lamentaciones.

28 Julio 1903.

VIII

No creo que sea posible entablar la menor discusión con alma nacida sobre si son ó no son útiles las mangas que se usan en Madrid para las bombas de incendios.

Durante el invierno, cuando los fuegos son insignificantes y se apagan solos, puede haber algún espíritu candoroso que lo dude, pero en cuanto aprieta un poco el calor y los materiales de los edificios aumentan en combustibilidad y las llamas surgen con facilidad aterradora, entonces la duda no es posible.

Se demuestra indefectiblemente, á todas horas y en todos los casos, que las mangas no funcionan y que, por consiguiente, fué tirado á la calle el dinero que dieron por ellas.

Y entretanto, los alcaldes cambian; unas veces predomina en el Concejo el elemento reaccionario y otras el progresista; pero dirija el Ayuntamiento quienquiera, y sea el color negro, el rojo ó el Hla el que predomine en las Casas Consistoriales, no se da el caso de que una vez trémula pida que se estudie el modo de que las mangas no se rompan.

Los simples ciudadanos tampoco apretamos mucho en este sentido, convencidos de que sería buscar cotufas en el golfo, porque como el Erario municipal está siempre dando las boqueadas...



Sin embargo, yo creo que debiera preguntarse á los vecinos de Madrid:

¿Qué prefieren ustedes? ¿Honrar la memoria de los políticos eminentes, ó perecer por cremación prematura?

La mayoría tal vez elegiría lo segundo, porque sobre que la vida es corta y la muerte inevitable, lo mismo da fallecer unos días antes que unos días después de lo calculado, y puesto que Dios nos ha de llevar á todos, poco importa que la envoltura carnal se rompa por una tisis pulmonar, por achicharramiento entre unos tablonés ó por una puñalada trancera al volver de una esquina. Y en cambio las estatuas y mausoleos que se erijan con el dinero que se ahorra de las mangas, han de ser testimonios perpetuos de que aquí se siente una admiración profunda por los hombres ilustres, signo evidente de cultura y adelanto.

Pero, por si acaso, bueno sería que lo dijese la mayoría y no se dejase la resolución de tan interesante problema á la voluntad de un par de concejales.

Porque el más lerdo habrá podido observar que, de algún tiempo á esta parte, se ha establecido en la Casa de la Villa un verdadero puzilato entre los ediles de los distintos partidos sobre la manera de estrujar el bolsillo ajeno para honrar dignamente á los jefes difuntos.

Y no es que se vayan á quejar de eso los contribuyentes, que ya está visto que tienen agallas para mayores sacrificios; pero no estaría de más conocer la opinión de los que han de pagar los recuerdos funerarios.

No hace muchos días, un señor concejal propuso que se destinaran treinta mil pesetas, no suyas, naturalmente, sino mías y de otros cuantos infelices, á la suscripción abierta para construir un monumento en memoria de Sagasta.

Otro concejal dijo que no; que de ninguna manera; que si para Cánovas se habían gastado cuarenta y cinco mil, el que fué jefe del partido liberal no era menos que el otro. Y la Corporación, convencida por tan profundas razones, acordó sacar de la caja los nueve mil duros.

Como no podía menos de suceder, á las dos semanas escasas, otro dignísimo representante del vecindario ha pedido que se consigne otra cantidad igual para Pl. y en seguida la proposición, que me parece muy justa, ha pasado á informe de la Comisión correspondiente, que dictaminará de conformidad absoluta, como si lo estuviera libre.

Nadie está libre de ser jefe de partido, y á todos nos gusta que nos levanten un túmulo de mármol de Carrara.



Por fortuna, no hay ahora ningún carlista en el Ayuntamiento. Gracias á esa circunstancia nos hemos ahorrado las cuarenta y cinco mil pesetas que por clasificación correspondían á Zumalacárregui, que santa gloria haya.

De todos modos, el gasto de diez y ocho mil duros no hay quien nos lo quite de encima.

Y las treinta y seis mangas de á diez mil reales (que podían ser unas señoras mangas), que se queden en los almacenes. Y si las que hay estallan en cuanto pasa el agua por ellas... con hacer un par de artículos de fondo en los periódicos de todos los matices, poniendo de hoja de perejil al servicio de incendios, estamos al cabo de la calle.

Y al que pierda el ajuar y tenga que salir á la plaza pública en mangas de camiseta, ó se deje un par de individuos de su familia entre los escombros, siempre le quedará el consuelo de orar ante la tumba del jefe de la comunión política á que pertenece.

4 Agosto 1903.

CUATRO MINISTROS EN DANZA O LA DISOLUCION DE LA SOCIEDAD DE AUTORES

Como casi todos mis compañeros veranean por esas playas de Dios, y puede decirse que soy el único que se ha quedado por estos au-

durriales, y como *El Imparcial* se lee en todas partes y uno de sus artículos de ayer habrá llevado la alarma á los espíritus y la intranquilidad á los corazones, tengo el deber de hacer algunas observaciones ligeras, abusando de la amabilidad del director de este periódico, que con su amistad me honra, para ver si logro que continúen bafiándose sosegadamente algunos sujetos apreciables que pudieran creerse á dos dedos de la prisión en su grado máximo.

El citado artículo alarmante es el siguiente:

"Nuestro colega *La Correspondencia de España* dice que en los centros oficiales se aseguraba ayer que el Ministro de Hacienda (y va uno) había ordenado se gire una visita de inspección á la Sociedad de Autores con objeto de ver si está al corriente en el pago de los impuestos fiscales."

Como de costumbre, en los centros oficiales no andan bien de noticias. Porque el señor Ministro de Hacienda tiene mucho que hacer ahora con eso de los francos, y de todo se acordará el hombre menos de ordenar inspecciones inútiles. Con pedir informes al negociado correspondiente acaba más pronto, y allí le dirán que la Sociedad de Autores para cuanto debe pagar, y tal vez un poquito más de lo que debiera. Contribución por librería, contribución por edición de música, tanto por mil del capital, tanto por ciento de los cupones, tanto por diez de amortización... ¡pues estamos buenos de pólizas, timbres, escrituras, inscripciones y contratos!

Pero, en fin, si el Ministro deja que suban los cambios un par de semanas más por el gusto de emplearlas en ver si somos unos viles defraudadores, ¿qué se le ha de hacer? Recibiremos con grandes muestras de cariño al inspector, le demostraremos lo que él debe saber de sobra, y hasta le daremos té con pastas. Y mientras lo toma podrá convencerse de que la Sociedad de Autores españoles es una Sociedad civil administrativa como la Asociación de la Prensa, como el Círculo de Bellas Artes, como la Asociación de Escritores y Artistas y como el Centro Recreativo del Obrero que no tienen por qué enseñar sus cuentas á ningún delegado ni á ningún Ministro, como yo no tengo obligación, mientras las Cortes y el Rey no manden otra cosa, de presentar á ningún nacido las facturas del sastre.

Sigue el artículo:

"También asegura el colega que el Ministro de Instrucción pública (y van dos) está decidido á impedir por todos los medios legales que no sea abusivamente conculcada la ley de propiedad intelectual."

¡Hombre! de eso me alegro mucho. Porque quienes conculcan la ley de propiedad intelectual son unos cuantos empresarios trampo-

sos que nos hacen pasar las maduras, resistiéndose á pagar los derechos de representación y medrando tan guapamente con el trabajo ajeno. ¡A no ser que el señor Ministro no haya podido enterarse de que la ley autoriza al autor para disponer libremente de las obras de su propiedad, cobrando por ellas lo que se le antoje, si quieren dárselo, y poniendo para su representación las condiciones que le dé la gana. ¿Que no es así, y el Gobierno tiene a bien declarar que la propiedad es un robo? Como la declaración no ha de alcanzar solamente á la intelectual, sino que todos los géneros de propiedad estarán comprendidos en ella, nos alegraremos muchísimo Ramos Carrión, González Llana y el secretario que firma, los tres anarquistas platónicos de la clase.

Continuemos:

"Al efecto, se pondrá de acuerdo con su compañero de Gracia y Justicia (y van tres) con objeto de excitar el celo del fiscal si hubiese delito."

¡Ta, ta, ta! muchos trámites son esos. Me parece que podemos dormir con la tranquilidad del Justo. Mientras el Ministro de Instrucción pública estudia los medios legales, etcétera, etc., y se pone de acuerdo con el de Gracia y Justicia (cosa que en estos Ministerios de aluvión no es tan fácil como parece) y el de Gracia y Justicia excita el celo del fiscal, que por lo visto no cumple con su deber, puesto que no tiene celo más que cuando se le excitan, va á pasar mucho tiempo. Cuando se acabe toda esa tracamundana ¡sabe Dios dónde estaremos nosotros! Probablemente en la América del Sur, devorando el fruto de nuestras rapiñas y excitando el celo del Ministro de Estado para ver si consigue que los empresarios de allá no exploten gratis nuestras obras con la sal del mundo!

Párrafo final:

"Háblase igualmente de medidas que se tomarán contra dicha Sociedad (estas medidas supongo que correrán de cuenta del Ministro de la Gobernación, y van cuatro Ministros). Á causa de quejas formuladas por empresarios á quienes se han cobrado derechos de propiedad indebidamente, por ser libre la representación de óperas según la ley."

Esto ya me resisto á creerlo aunque lo aseguren en los centros oficiales. Porque aunque hay algunos empresarios que son unos embusterillos de siete suelas, es difícil que ninguno se atreva á sostener una afirmación tan grave y evidentemente falsa. Pero si por una absurda casualidad cuajara la denuncia tenemos á presenciar un espectáculo edificante. Porque como la Sociedad no es un hombre solo, y cuanto se cobra por todos conceptos va á parar inmediatamente á manos de los autores, habría que averiguar quiénes fueron los que

cobraron indebidamente, y mientras los Tribunales decidían si había ó no delito, saldrían para la cárcel, en lucida cuerda de presos, ex ministros, diputados, senadores, actores eminentes y periodistas insignes. La flor y nata de las fuerzas intelectuales del país, que entonces sí que se podría considerar enteramente podrido y completamente desquiciado.

Pero no sé por qué me da el corazón que todo se va á quedar en dicho. ¿Que se nos va á echar encima medio Gabinete? Bueno, y ¿qué? Encima tiene la nación al Ministerio entero, y no pasa nada.

13 Agosto 1903.

IX

Los que hayan tenido la suerte de nacer en España pueden darse con un canto en los pechos, porque han nacido en el país más rico del mundo.

Porque no es más rico quien más dinero tiene, sino el que menos lo necesita, y en punto á no necesitar dinero nadie *raya á más altura* que los españoles.

Leerán ustedes constantemente en la Prensa de oposición, siempre quejumbrosa, lastimeros estudios comparativos entre nuestro país y los demás de Europa, para sacar la consecuencia dolorosa de que aquí estamos á dos dedos de la miseria. ¡Nada más lejos de la verdad, afortunadamente! Y la prueba salta á la vista.

¿Qué hacen los pueblos más adelantados, Inglaterra, Alemania y Francia, por ejemplo? Enviar á todas partes agentes comerciales con muestras de sus productos para rogar á católicos y herejes que los vendan por amor de Dios, exponiéndose á todas horas al desaire de que los den con la puerta en las narices.

De ahí á pedir una limosna, no hay más que un paso. A nadie se le ha ocurrido, que yo sepa, considerar *casa fuerte* al modesto quinquillero que anda por villas y aldeas ofreciendo su mercancía.

Nosotros, á Dios gracias, no necesitamos apelar á esos recursos. Lo que producimos aquí lo tenemos; el que quiera venir por ello que venga, y el que no que lo deje. ¡A ver si eso no quiere decir que nadamos en la abundancia!

También se dice, con evidente falta de razón, que los obreros españoles son los peor retribuidos y más necesitados del mundo. Ya se habrán podido convencer de lo contrario las naciones extranjeras al oír la autorizada voz de uno de los diputados que mejor conocen el país, porque ha regido sus destinos muchas veces, acusándole valientemente de de-

rrrochar sus ahorros en la crápula y en la orgía...

No iré yo tan lejos, porque no tengo suficientes datos para una afirmación tan rotunda; pero de que la industria y el comercio de España florecen que es una bendición de Dios, sí que estoy convencido.

Hagan ustedes un encargo cualquiera á un taller ó á una fábrica. Se lo entregarán á usted con quince días de retraso por lo menos, á causa de los muchos pedidos que en esta época (fuese la que fuese) pesan sobre el establecimiento.

El sastre le hace á usted ir á probarse una americana tres días antes del en que verdaderamente está disponible para la prueba y en coser un botón se emplean dos semanas; el zapatero jamás tiene hechas las botas en la fecha que ha fijado el mismo, tomándose tiempo de sobra en el cálculo; si envía usted á limpiar un reloj, el relojero tarda un mes en quitarle el polvo, y ¡claro! usted se asombra de que por tan improbo trabajo y tan pesada operación no le lleven á usted más que dos pesetas; el poner contera á un bastón requiere siempre una labor de veinticuatro horas; y mandar á la encuadernación un par de libros, es enviarlos á la eternidad.

Al vidriero, al plomero, al hojalatero, á todos los *eros* citados por el personaje de Ricardo de la Vega en *La verbena de la Paloma*, hay que avisarles cincuenta veces, y algunos, después de muchas engañadoras promesas, acaban por no ir á hacer la compostura.

No digamos nada del comercio menudo; á lo mejor ve usted un hombre ó una mujer con una cesta al brazo pregonando á voz en cuello su mercancía. Le llama usted, y en seguida pone mal gesto, como si le hubieran dado un disgusto. Se acerca á regañadientes, deja la cesta con malos modos, y se le queda á usted mirando agresivamente, como diciendo:

—¡También es gana de fastidiarle á uno!

Y en cuanto le ofrezca usted cinco céntimos menos de lo que pide, dará una rabotada y se marchará echando lumbre, poniéndole á usted cual digan dueñas y renegando de la perra suerte.

Entra usted en un café y da unas palmas. El mozo del turno está en la mesa de al lado hablando de sus cosas con un compañero. Le mira á usted de reojo para enterarse del pelaje, y exclama secamente:

—Va en seguida.

Pero no va en seguida. No va hasta que no acaba la conversación con todos los detalles y comentarios que requiere el asunto. ¡Y eso que sabe de sobra que lo que va usted á tomar le produce al dueño una regular ganancia y á él diez céntimos de propina!

Todos estos ejemplos ¿qué prueban? Que

aquí manejamos todos el dinero á espuestas y que la altivez de la raza no nos permite bajarnos ni violentar nuestro gusto por peseta más ó menos.

En fin, yo tengo un amigo solterón que estos días se ve obligado á hacer por sí mismo la limpieza del cuarto porque la señorita Anastasia, la asistente, que gana dos reales, le envió la semana pasada á una sobrinita suya con el siguiente recado:

—Que de parte de mi tía que no la espere usted, porque se ha ido á veranear á Alicante en el tren botijo.

18 Agosto 1903.

X

Pasaron ¡ay! los luctuosos días...

¡No!, no sigo por ese camino. Me ha salido un endecasílabo sin querer, y podría salir una oda cursi en cuanto me descuidara un poco.

Lo que quería decir era que ya se acabaron, afortunadamente, aquellos tiempos de pronunciamientos, barricadas y sublevaciones en que los hombres se hacían aficos por si había de ser presidente del Consejo de Ministros Fulano ó Mengano.

Y pasaron, porque aquí la política no le importa á nadie nada absolutamente, y á duras penas sostienen el fuego sagrado, entre la Prosperidad y la Guindalera, mis queridos amigos Perrín, Palacios y López Silva, empeñándose en discurrir si los canalejistas están más ó menos abocados al Poder que los republicanos.

Pero el clima no consiente tranquilidad en los espíritus; los miasmas del jaleo y de la revuelta están en la atmósfera, y ya que no tenemos artículos de la Constitución que poner en tela de juicio, tenemos la cuestión social, que tanto hace gemir y suspirar á las prensas de todos los países. Y aquí, naturalmente, no la tomamos como cosa seria y formal, sino como motivo de gresca y de jarana. A la mejor se levantan de mal humor el presidente y el secretario de una Junta de trabajadores, y se dicen el uno al otro:

—¿Vamos á declararnos en huelga?

—Hombre, no estaría mal; pero yo creo que ahora no hay motivo.

—¿Cómo que no? ¿Están trabajando todos los obreros de España?

—No, señor; están en huelga los revocadores de fachadas de Polentinos.

—Pues hay que secundar esa huelga, para que se vea la solidaridad del proletariado.

Y allá van á tontas y á locas unos cuantos hombres á vocar contra el Gobierno, exponiéndose á que los metan en la cárcel. Y es inútil que las personas sensatas del partido aconsejen calma y prudencia para no perder

con la sinrazón las ventajas adquiridas; al menor chispazo brota el incendio, y se aprovecha el pretexto más nimio para no ir á la escuela.

Todo lo dicho anteriormente no va con los maquinistas y fogoneros de no sé cuál línea importante que, cumpliendo lo preceptuado en no sé qué ley, han participado á la superioridad su propósito de abandonar sus puestos.

Puede que tengan más razón que unos santos, y que la huelga esté plenamente justificada. No se trata de eso ahora; de lo que se trata es de que la Compañía, consultada por el Ministro del ramo, ha dicho, poco más ó menos, lo siguiente:

“La huelga no llegará á estallar, porque los obreros no saben lo que dicen. Fundan sus quejas en que se creen perjudicados por el nuevo sistema de distribución de ciertos beneficios; pero cuando ésta se lleve á efecto, han de ver que el nuevo sistema les favorece extraordinariamente y se apresurarán á dar las más expresivas gracias á la Compañía, que se desvela por el bienestar y la prosperidad de sus súbditos.”

Del texto anterior se desprende una consecuencia lógica:

Si los operarios salen ganando con el nuevo sistema será porque la Compañía se perjudique. Lo que maquinistas y fogoneros cobren de más, los señores accionistas lo cobrarán de menos. Y me parece una torpeza insigne del Consejo de Administración provocar un conflicto, que puede adquirir gravedad extrema, por el gusto de sostener una resolución que no favorece los intereses que le están encomendados.

Con el sistema antiguo, ¿estaban contentos los fogoneros y los maquinistas?

Sí; puesto que han protestado de que se varíe.

Con el sistema nuevo, ¿sale perjudicada la Compañía?

Indudablemente: puesto que la cuesta más caro que el otro. Pues la manera rápida y eficaz de conjurar la huelga no es pedir un plazo para que los descontentos se convenzan.

El Consejo ha podido y debido decir al señor Ministro:

“La huelga no llegará á estallar porque la Compañía renuncia á sacrificarse, como tenía pensado, y los obreros seguirán como estaban, puesto que está visto que no les gusta obtener ventajas mayores.”

De ese modo todos hubieran salido ganando. El Ministro, porque se quitaba una preocupación de encima: los accionistas del ferrocarril porque repartirían mayores dividendos; el país, porque no temblaría ante una conmoción que pudiera lastimar su comercio y su industria, y los obreros disgustados, porque se saldrían con la suya.

Y el camino de hierro, que pudo estar orlado de espinas, quedaría orlado de flores.

25 Agosto 1903.

XI

Como he tenido el honor de decir en otra ocasión, siempre ha sido y será cosa milagrosa y estupenda que tome posesión de su cargo un gobernador nuevo y no invente alguna chinchorria para fastidiar á los teatros.

Son éstos materia abonada para demostrar energía y dotes de gobierno, sin temor á algaradas, manifestaciones, protestas ni disturbios. Y este señor que tenemos ahora, que por cierto no sé cómo se llama, porque siempre confundo los gobernadores con los alcaldes y viceversa, se ha portado como un hombre al cumplir la regla general.

Raro es el día en que no hace saber, por medio de cuantas trompetas tiene disponibles, que no permitirá la apertura de ninguna sala de espectáculos que no reúna las condiciones necesarias para garantizar la seguridad de los espectadores. Y como esta seguridad no hay modo divino ni humano de garantirla, hete que volveremos á los autos sacramentales en la Plaza Mayor, y que la comedia de costumbres contemporáneas y en prosa que ha de surgir del concurso abierto por *El Liberal*, se va á quedar inédita por falta de escenario en que representarla.

Porque no hay que darle vueltas: si Roma no tiene condiciones, el Español tampoco las tiene, y si se tira de la manta para todos aquí no va á quedar disponible más que el Real con sus cuatro fachadas, su telón metálico, sus bocas de riego y sus *Trovadores* y *Lucías* para solaz y recreo de los melómanos de la centuria décimooctava, únicos que estaban en lo firme, según las últimas averiguaciones.

Santo y bueno que se mire por la salud pública exigiendo á los propietarios de los teatros cuantas mejoras sean compatibles con la situación y circunstancias de sus fincas; pero no apretando de manera que tengan que cerrarse los antiguos cuando las mil y pico trabas de los flamantes reglamentos y leyes impiden casi en absoluto la construcción de otro nuevo. Porque por ese camino las diversiones públicas quedarían reducidas á las tabernas y á las plazas de toros, donde no se pasa mal el rato, efectivamente, pero tienen la contra de que no á todos los españoles les gustan con delirio el vino y la sangre.

Lo raro del caso, es que aquí, donde los gobernantes al dar sus órdenes á rajatabla prueban en extensos y luminosos preámbulos que nuestro atraso en punto á precauciones es

vergonzoso y lamentable; aquí, donde una circular del Sr. Moret, relativa á no sé cuáles historias de los telones metálicos, estuvo á punto de ocasionar el cierre de todos los teatros de España... ¡no ha muerto jamás una sola persona entre las llamas de los coliseos!

Y en los países de extraordinaria cultura, á lo cuales se empeñan en imitar los gobernadores, han sido frecuentes las catástrofes, y por millares se cuentan las víctimas.

No digo yo que no hubiéramos tenido algún percance que lamentar si llegan á continuar abiertos durante el verano el *Molino rojo* y el *Salón de proyecciones animadas*, en cuya clausura decretó de golpe y porrazo, rápidamente, enérgicamente, violentamente, la dignísima primera autoridad civil de la provincia.

Pero el mismo riesgo existía pocos días antes del cierre, cuando el Ayuntamiento y el gobernador concedieron las oportunas licencias de apertura, la Hacienda cobró la contribución correspondiente y los respectivos empresarios satisficieron todos los impuestos y gabelas que pesan sobre esta clase de negocios: contrataron artistas, ensayaron obras y se prepararon, en fin, para su modesta campaña, amparados, al parecer, por todas las leyes, reglamentos, decretos y reales órdenes vigentes en la materia.

El señor gobernador se asustó con las imponentes llamas de Eldorado y creyó aceptar una inmensa responsabilidad si permitía que siguieran funcionando los otros teatros de madera. Hizo, pues, muy bien al quitarse ese peso de encima, pero... no se puede despojar á otro de su legítima propiedad sin indemnizarle cumplidamente.

Cuando una casa estorba para el trazado de una calle que se considera necesaria, la casa se tira, pero hay que pagársela al dueño y resarcir á los inquilinos de los gastos que les ocasione el traslado forzoso; cuando la construcción de un teatro es defectuosa, si ha sido debidamente autorizada, puede impedirse en él la entrada al público, pero no sin abonar al propietario el precio de su finca, al empresario el importe de los gastos hechos y de las ganancias probables, y á los artistas los sueldos que dejan de percibir por disposición gubernativa.

Esto es de clavo pasado.

Pero aquí lo entendemos de otra manera. Un ciudadano se presenta á la autoridad, y dice:

—¿Me permite usted edificar un barracón de tablas, con el escenario colocado así ó así, y los asientos así ó así?

Contestación inmediata:

—Sí, señor; no hay inconveniente. Pague usted tanto por la licencia, tanto por contri-

bución industrial, tanto por recargos y tanto por timbres y sellos.

Y á los pocos días:

—¿Ha pagado usted ya? Bueno, pues ahora no me da á mí la gana de que el teatrillo ese funcione.

—¿Por qué?

—Porque se ha quemado otro igual en Villanueva de la Serena.

Y no se podrá negar que el razonamiento es de los que tiran de espaldas.

1.º Septiembre 1903.

XII

El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, que mil años viva, se ha decidido por fin á llevar á la práctica un vasto plan de reformas sociales.

Buena falta están haciendo, porque así no se puede vivir, según la parte de prensa que trata y entiende de esas cosas.

Pero mucho me temo que una vez desarrollado el plan, no se pueda vivir tampoco. Por de pronto, las ideas expuestas en un boceto de proyecto que ha rodado estos días por *nuestras columnas*, son punto menos que irrealizables, puesto que no conducen á echar gallina en el puchero de cada ciudadano, bello ideal de todas las reformas.

Oído á la caja:

"Por el proyecto se prohíben las huelgas que suspenden la vida económica general, las que ocasionen interrupción de los servicios públicos ó entorpezcan el funcionamiento industrial de una región, las que impongan la admisión ó el despido de un obrero, las que pongan en peligro la vida ó causen pérdida de cosecha ó cargamento, y las que produzcan otro daño irreparable."

Más claro: se prohíben todas las huelgas.

Muy bien hecho, porque han acabado por ser fastidiosas de suyo; pero ¿cómo se prohíben?

Porque eso de discutir con toda formalidad si debe reconocerse ó no el derecho á la huelga, es gana de perder lastimosamente el tiempo.

Pongamos que todas las naciones acuerdan por unanimidad que no; que nadie tiene derecho á holgar cuando se le antoje, y que para sostener y hacer cumplir el acuerdo disponen de numerosos ejércitos y de escuadras poderosas.

¿Qué se hace cuando todos los albañiles de una población se cruzan de brazos y dicen que no quieren batir la cal ni acarrear ladrillos?

Me parece estar oyendo el diálogo siguiente:

—Nemesio.

—¿Qué hay?

—Que te levantes, hombre.

—No me da la gana. ¿No te dije anoche que

hoy no iba á la obra, y que no me despertaras hasta las once y media?

—Si no es eso; si es que están á la puerta dos soldados y un cabo.

—¡Rediez! ¿Y qué quiere la fuerza armada?

—Que vayas en seguida al trabajo, porque está prohibido que huelgues.

—¡Anda, Dios!, pero si yo no estoy en huelga. ¡Si lo que he hecho ha sido dejar el oficio! Dile al cabo que no me conviene seguir de peón, y que desde hoy me dedico á vender cristales *ahumados* para los eclipses.

Y el ejército entero tendría que volverse á los cuarteles con los fusiles á la funerala y quedaría *ipso facto* proclamado el derecho á la huelga, aunque todas las leyes divinas y humanas preceptuasen lo contrario.

Es muy fácil decir desde el Ministerio: "¡Se prohíben las huelgas!" Y es absolutamente imposible hacer trabajar al que no quiere. Del mismo modo que Sancho, siendo gobernador de la ínsula Barataria, no hubiera logrado hacer dormir en la cárcel á quien se empeñaba en estar despierto.

Me parece que una huelga de empleados de ferrocarriles es de las que caen de lleno en las condiciones del proyecto; suspende la vida económica general, ocasiona interrupción en los servicios públicos, entorpece el funcionamiento industrial de las regiones, etc., etc. Bueno; pues ustedes dirán cómo se impide.

En un día determinado todos los jefes de estación, factores, telegrafistas, conductores, maquinistas, fogoneros y mozos se quedan en sus respectivos domicilios. ¿Qué hace la autoridad? ¿Meterlos en la cárcel? Peor. Ese es el medio más seguro de que no circulen los trenes. ¿Sacarlos de las camas á culatazos y hacerlos acudir á sus puestos? Mucha gente se necesita para eso, y no se consigue nada tampoco.

Porque hay que dar muchos culatazos para que los fogoneros carguen las hornillas, los mozos arrastren las vagonetas, los maquinistas manipulen, los expedidores despachen y los conductores revisen. Y con todos los artículos de la ley más claros que la luz, los carriles se cubrían de herrumbre y el tráfico quedaría interrumpido en todas partes irremisiblemente.

Es, pues, inútil la prohibición de las huelgas, mientras por el derecho natural todos los hombres puedan contratar libremente su trabajo.

En esto del contrato del trabajo está la única solución posible del asunto. Y para esto no hay que hacer nada, puesto que está hecho todo. Con que obreros y patronos se acostumbren á poner en vigor las disposiciones que rigen para toda clase de contratos, estamos al cabo de la calle.

"El dueño de la fábrica tal o la empresa cual, y los obreros tales y cuales, convienen

lo siguiente: Los obreros se obligan á trabajar durante tantos ó cuantos años, tantas horas al día por tal precio y en tal forma, y el patrono se obliga á abonar durante ese tiempo tal salario á cada uno y á cumplir, además, estas ó las otras condiciones."

¿Aceptan ambas partes? ¿Firman el contrato con todas las de la ley? Pues entonces es cuando la autoridad podrá intervenir para que lo estipulado se cumpla, imponiendo el correspondiente castigo á los contraventores.

Y no hay más que hablar.

18 Septiembre 1903.

XIII

Pues, señor, estamos aviados; ¡la juventud se nos ha puesto triste!

De cien muchachos de los que llegan de las provincias ó de los barrios extremos con zarzuelitas en un acto y tres cuadros para Oregón, Chicote, Riquelme ó Ontiveros, noventa y nueve y nueve décimas traen su nota sentida para encoger los corazones.

Hasta el cesante clásico y el vagabundo hambriento que solían intervenir en la acción para arreglar noviajos difíciles y matrimonios mal avenidos, sueltan á lo mejor sus lamentaciones quejumbrosas sobre la diferencia de clases, sobre las injusticias humanas y sobre las satisfacciones que los Gobiernos deben dar inmediatamente á la honrada blusa.

Hace mucho tiempo que las tiples y los baritonos de mayor ó menor cuantía no hacen reír á nadie ni lo intentan siquiera. En cuanto el director de orquesta da los golpecitos que indican que va á empezar un número, se le pone á uno carne de gallina. Si la tiple está sola es de temer una romanza, larga como día sin pan, cuajada de ayes, quejidos y maldiciones á la pícara suerte. Si la acompañan el elegido de su corazón ó el amante desdeñado, la cosa se pone más fea todavía. Todo se vuelve recriminaciones, insultos, lágrimas ó acentos de ira reconcentrada, precursora de la puñalada trágica con que ha de terminar aquello irremisiblemente.

El asendereado y aborrecible género chico va á morir por lo que menos se figuran sus destructores: por empacho de cursilería rabiosa.

A los autores que tienen ingenio se les ha metido en la cabeza que no se pueden escribir obras importantes si no se resuelven problemas, y se empeñan en hacerse célebres estudiando pasiones hondas, y difíciles y enrevesados casos de conciencia.

A lo mejor lleva usted la familia á Esclava ó al Cómic para que los niños esparzan el ánimo, y se encuentra usted con que Paso y Garza Alvarez, que tienen la gracia por arrobas, someten á su buen juicio la resolución de la siguiente tesis:

Una vendedora de churros que ha recogido una niña abandonada en el arroyo, ¿tiene derecho para violentar el corazón de la chica y apelar á todo género de recursos para impedir su matrimonio con el hijo mayor de un agente de la secreta?

Claro está que al final, la cuestión se resuelve favorablemente para el amor, con la derrota vergonzosa del egoísmo de la madre postiza, que tascas el freno junto á la primera caja; pero cuando cae el telón acompañado por los estridentes chirridos de los cornetines imitando las ansias salvajes de los deseos contrariados, usted se encuentra con la bilis revuelta y con los niños dormidos y muy expuestos á soñar con bandidos generosos y con entrañas palpitantes.

Todo eso estará muy bien en los teatros dedicados á ese género y representado por actores acostumbrados á matarse por un quitame allá esas pajas; pero es una castaña que se le da al público inocente que acude á los coliseos por horas á distraerse un rato y tiene que asistir á varios disgustos de familia especificados, en cuanto uno se descuida, en unas cuantas relaciones en quintillas acabadas en punta, plagadas de *afanes prolijos* y de pechos que se *taladran*.

Poquito á poco se van desterrando de la escena el buen humor y la gracia, que no parece sino que están refidos con el arte y el buen gusto.

¿Quiere usted escribir una obra que tenga resonancia, que merezca la aprobación de la muchedumbre y las alabanzas incondicionales de la crítica?

Pues póngase usted serio como un colchón y acabe usted por asesinar á la característica con un puñal envenenado, ó sacrifique usted á una vendedora de periódicos en aras de las conveniencias sociales... Pero ¡por los clavos de Cristo! huya usted de los chistes.

El chiste es cosa repugnante y de baja estofa, indigno de los intelectuales que tienen la obligación de haber leído á todos los filósofos alemanes y polacos.

El mozo crío, ¿tiene algo de la grandeza de Tolstoi? ¿No? Pues ¡valiente producción literaria estará *El mozo crío*!

Con este sistema de juzgar, adonde vamos á parar sin pensarlo es á la tumba helada rodeada de sauces. Y bastantes penas tiene uno de día para que las aumente D. José Mesejo por la noche.

Basta, si puede ser, de caras ceñudas y de gargantas afundadas por el terror, y digamos con los estudiantes de Salamanca, descritos por el clásico:

—¡Alegrémonos, alegrémonos, porque es justo que nos alegremos!

22 Septiembre 1903.

LA OLA VERDE

En muchas ocasiones he sentido con toda mi alma no ser autor dramático de los que cultivan con fortuna el género chico; pero ahora lo siento más que nunca.

Porque si lo fuera, si tuviera influencia decisiva sobre los empresarios y, además, una fecundidad maravillosa, á estas fechas habría empezado ya solo la batalla en todos los teatros de zarzuela, pequeños y grandes. Una batalla en toda regla, á sangre y fuego, sin piedad ni cuartel, hasta vencer gloriosamente ó caer arrollado para no levantarme nunca.

Porque corre prisa, es una necesidad urgente detener al público en esa carrera desenfrenada y loca que ha emprendido de pronto por los amenos campos del arte *sicalítico* sembrados de guindillas, y hay que contener á toda costa el impetuoso avance de esa pornografía descarada y procaz, que va tomando por asalto los escenarios entre resoplidos de burdel y gritos de taberna.

Ciego ha de ser el que no vea que la laguna cenagosa se ha salido del lecho pestilente, y una ola de cieno, con empuje avasallador, ha roto los débiles diques que la contenían y amenaza envenenar al ingenio español, degradándole y envileciéndole.

No es esto una diatriba contra el género ínfimo. Bien se estaban donde estaban la *pulga*, los tangos y las coplas con estribillo indecente, acompañados de guitarrero volapluoso, de taconazos de las bailarinas y de alaridos de los espectadores... Bien estaban también, y en su sitio, las piecitas alegres, con música retazona y ligera, con chistes entreverados, pero ingeniosas, satíricas, cultas. No ha de pasarse la vida la humanidad entera bañándose en agua del Jordán y rezando por las necesidades de la Iglesia. Se puede, pues, tratar de todo, se puede decirlo todo... menos groserías.

Los viejos verdes, los jovenzuelos viciosos y canijos y los hombres hechos y derechos ansiosos de excitantes, refinanse enhorabuena en los tugurios á atracarse de mostaza, y ¡desgracia de ellos que la necesitan!; pero esa literatura de "¡Méndate más! ¡olé tu madre! y ¡para pa arriba!" debe encerrarse en sus covachas y encontrar, cuando pretenda salir á la luz, una barrera infranqueable.

Esa barrera la constituía antes el género chico, tropa menuda del arte cuyas avanzadas se mezclaban con las enemigas; pero ahora, adornadas por el bello de los melodramas comprimidos con romanza triste y dúo de pasión reconcentrada, se han visto sorprendidas de pronto, han quedado desconcertadas y mal heridas, y el ejército entero huye á la desbandada.

El público, harto de sufrir con las penalida-

des de las tipes y la desesperación de los baritonos, ha dado de repente un salto hacia adelante y, pasando la raya, no se contenta ya con menos que con la orgía estúpida de badegón y merendero. Dentro de poco todo le parecerá soso, deslavazado y desabrido; habrá que servirle la sal en terrones y la pimienta en grano; habrá que decirle las obscenidades secamente, bárbaramente, sin los adornos de la gracia y sin los cendales del ingenio. Lentamente irán desapareciendo las zarzuelitas rascocijadas y entretenidas, cada libreto no será más que un pretexto para intercalar *números* de *variétés* con caídas de ojos, suspiros entrecortados, *patatas* y revuelo de faldas, y el público, electrizado y frenético, auilará con alegría salvaje, olvidará el respeto que se debe á sí mismo y acabará por convertir el templo de Talía en vestíbulo de lupanar ó salón de tasca.

¡Sí, sí; es indudable! La ola verde, la ola de la inmoralidad y de la desvergüenza ha rebosado por los bordes de su vaso, inunda ya los teatros pequeños y salpica de vez en cuando las tablas de los grandes. Hay que detenerla, aguantando su envite antes de que lo arrolle todo y los espectadores pidan "¡tanga!" en un drama de Galdós ó en una comedia de Benavente...

Porque el teatro bueno, el artístico, el grande, tal vez no influya poco ni mucho en las costumbres; pero ése, el malo, el de la prosería audaz y provocadora, se refleja inmediatamente en el vulgo y le envilece y le encanalla. Los que dicen indecencias á voz en grito en las salas de espectáculos, las dicen después más gordas en la calle, faltan al respeto á las mujeres y acaban por creer que el mundo se ha hecho para que campen libremente su imbecilidad y su insolencia.

¡Triste herencia la de la derrota! Los pueblos humillados y vencidos se han hecho siempre la ilusión de que no han perdido la virilidad y la fuerza dando esas pruebas de abyección y de rebajamiento moral, como el hombre gastado, anémico, herido de muerte, se figura que es todavía robusto y vigoroso hartándose de ajeno, inventando refinamientos en un placer que no puede gozar y ahufeteando á las hembras.

¡Hay que detener la ola! Y no lo hará el público mismo porque, con el gusto más estragado cada vez, acabará por digerir las viandas más picantes; y no lo harán los empresarios, porque la ganancia les pondrá una venda en los ojos. Tienen que hacerlo y pueden hacerlo únicamente los autores; los que valgan algo, los que tengan autoridad, los que se sientan con valor para cambiar y para dignificar el género.

Prescindan y renieguen de la tentadora uti-

lidad fácilmente obtenida con los hombros desnudos y las caderas dislocadas; piensen que es vergonzoso medrar con el impudor ajeno, y den rienda suelta á su legítimo orgullo de hombres superiores no dejándose arrastrar humildemente por el público, sino dirigiéndole, guiándole, imponiéndose á él con voluntad de hierro.

Porque combatir en pro del buen gusto es algo más que buscar una satisfacción de amor propio; es bastante más que granjearse los aplausos y la simpatía de las personas cultas, es trabajar para la reconstitución de la patria... ¡y es honrar á nuestra madre!

1.º Enero 1906.

LA PREVIA CENSURA

Me da el corazón que cuando lea lo que voy á escribir el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, le va á coger de nuevas.

Porque no pienso tratar la cuestión de los *couplets* políticos ó alusivos á personas determinadas, que se suscita todos los años invariablemente y que se resuelve casi siempre de mala manera. El señor gobernador se la ha quitado de encima, cuando le ha tocado en suerte, con un criterio no muy liberal ni muy democrático que digamos, pero hasta cierto punto legal y casi razonable. No voy, pues, á hablar de eso.

Y si hablo, porque ahora caigo en que si tengo que hablar, es porque ella (la cuestión), me ha de servir de prólogo para abordar otra más grave, la que va á coger desprevénido á su excelencia.

Vamos á entrar en materia á paso de carga.

¿Se acuerdan ustedes de *El mozo crío*? Sí; seguramente se acuerdan ustedes. Fué, y es, puesto que supongo que en alguna parte se representará todavía, una zarzuela que alcanzó los honores de la popularidad y produjo á algunos empresarios pingües rendimientos, porque se cantaban en ella unas coplas mordaces y satíricas contra Nozaleña, contra Maura, contra todos los frailes y contra todos los conservadores. El conde de San Luis quiso impedir que aquello siguiera adelante, y por poco tiene que presentar la dimisión y morirse de rabia. La Prensa liberal le puso como chupa de dómine, los autores dramáticos amenazaron con provocar un conflicto, los actores rifaron unos con otros, Gonzalito fué el héroe popular por haber pasado una noche sentado en una butaca en el Gobierno civil, y D. José Mesejo, que se metió á contemporizar, se ganó cuatro ó cinco berrinches y dos ó tres silbas. ¡Por poco se viene el mundo abajo! Y, sin embargo, el conde de San Luis tenía razón, ó no la tiene ahora el Sr. Ruiz Jiménez.

Es chusco que los liberales promuevan una

campaña violenta, enérgica y tenaz contra una autoridad conservadora que no interpreta la ley con un criterio amplio, y cuando suben al Poder y un gobernador de los suyos la interpreta del mismo modo, le alaben el gusto ó se callen como muertos. ¡No, caramba! ¡O se tira de la manta para todos ó no se tira para ninguno!

El conde de San Luis excitando las iras de los "elementos avanzados", y el Sr. Ruiz Jiménez con el beneplácito y aquiescencia de los mismos elementos, creen que en la escena no se puede ni se debe cantar ni decir nada que no esté escrito en el libro y autorizado con la firma del autor, á ser posible.

¡Sí, señores, sí! se puede decir y cantar lo que se quiera, esté ó no en el libro, porque no hay ni puede haber en el siglo *xx* ninguna autoridad militar, civil ni eclesiástica que, no estando suspendidas las garantías constitucionales, tenga atribuciones para establecer el sistema preventivo ni en el teatro ni en ninguna parte.

Lo que hay es que...

"Artículo 35 del Reglamento de Policía de espectáculos: Cuando el delito ó falta no consistiere en lo que en el ejemplar se hallase escrito, sino en palabras añadidas por los actores ó en acciones de éstos, será sometido el culpable á los Tribunales ó multado por la autoridad gubernativa, según la gravedad de la falta, sin que dicha autoridad pueda adoptar providencia alguna respecto de la obra que se *represente*."

Más claro, agua. La autoridad podrá castigar al delincuente después de cometida la falta de cantar coplas que no están en el libro, pero no impedirle que la cometa.

Y de ningún modo cerrar el teatro, como el señor gobernador ha anunciado que iba á hacer con el Circo de Frice. Cuando podría suspender las representaciones de la obra pecaminosa sería... Pero saltamos un poco atrás en el Reglamento:

"Artículo 32. Cuando á juicio de la autoridad gubernativa se cometiera en la representación de una obra dramática alguno de los delitos comprendidos en el Código penal, lo pondrá en el acto en conocimiento del Juzgado correspondiente, acompañando á la comunicación uno de los ejemplares depositados en el Gobierno civil."

Éjense ustedes bien: uno de los ejemplares depositados, etc. Adelante.

"Artículo 33. La autoridad gubernativa dará traslado al representante de la empresa de la comunicación dirigida al juez, pudiendo suspender las sucesivas representaciones de la obra hasta que recaiga el fallo de los Tribunales."

Ea, decir, *ad calendas graecas*. Muy bien.

Quedamos en que se puede suspender las representaciones cuando el delito lo cometa el autor, y no se puede cuando no sea el autor el que lo cometa. ¿Y cómo se averigua y prueba si ha sido ó no ha sido? De una manera muy sencilla. Vamos un poco más atrás con otro par de artículos:

"Artículo 30. Los representantes de las empresas de teatros tendrán obligación de remitir, por medio de oficio, al gobernador civil ó al alcalde en las poblaciones que no sean capitales de provincia, dos ejemplares de cada una de las obras que hayan de estrenarse."

"Artículo 31. Estos ejemplares irán firmados por el autor, y si éste no se conociera, por el representante de la empresa, y llevarán el sello de ésta en su primera página, debiendo quedar en poder de la autoridad EN EL MISMO DÍA Y HORA en que se verifique la primera representación."

Tan clara está aquí la idea del legislador como la luz bendita. Los ejemplares deben estar en el Gobierno civil para saber si, en caso de delito, alcanza al autor la responsabilidad ó no le alcanza, puesto que la pena varía mucho si es él ó no es el delincuente, y para eso, con depositarlo en el momento mismo del estreno basta y sobra.

Así se ha entendido esto desde que se publicó el Reglamento vigente, y lo inaudito, lo asombroso, lo extraordinario es que bajo el mando del partido liberal y de la fracción más avanzada del partido liberal por añadidura, haya empezado á entenderse de otra manera.

Ahora se ha dado en la flor de exigir á las empresas que los ejemplares se lleven al Gobierno civil veinticuatro horas antes del estreno, con la amenaza de no autorizar el cartel del día siguiente si no se obedece la exigencia. Y si no es para leer uno de ellos y enterarse bien de lo que es la obra, en la creencia (¡oh doradas ilusiones reaccionarias!) de que se puede impedir su representación de alguna manera, ¿para qué es? ¿Es que puede importarle á ningún empleado del Gobierno civil lo que el autor haya escrito? Le importará después, cuando el autor delinca; pero antes, ¿á santo de qué?

Bueno; pues el caso es que así, sin escándalo, sin ruido, sin *ukases* rusos, á la chita callando, se ha establecido la previa censura. Y no es esto lo peor, con ser muy malo faltar al Reglamento, sino que se ha falseado el propósito del legislador, y ahora es cuando el autor puede aparecer responsable de faltas que no comete, ó cometerlas y no aparecer responsable.

¿Por qué? Porque el señor gobernador, que tal vez no esté enterado del abuso que tengo el honor de denunciar, ignora de fijo que precisamente en el ensayo general, el día mismo

del estreno, es cuando se hacen en las obras cortes, añadidos, cambios y variaciones, trascendentales muchas veces, por el afán de corregir defectos que no se ven hasta entonces y asegurar el buen éxito en lo posible. De modo que, á lo mejor, el ejemplar de que el apuntador se sirve se parece como un huevo á una castaña á los dos que están depositados en el Gobierno civil desde el día antes. ¿Y quién tiene la culpa? El autor no, seguramente.

Por eso celebraría de verdad que el Sr. Ruiz Jiménez, abogado de merecida fama y liberal á marchamartillo, cayera en la cuenta de que tengo razón y diera las órdenes oportunas á sus subordinados para que se atuvieran estrictamente al Reglamento y no se metieran en gallos pintos.

Porque, la verdad, en estos tiempos, con lo que se dice por ahí de Ministerio de fuerza y régimen autocrático, con la revolución en Rusia y mandando Moret... eso de la previa censura es una gaita.

8 Enero 1906.

ADVERTENCIA RESPETUOSA

(Al Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia.)

Excelentísimo señor: He leído, con asombro, en el número de *El Imparcial* correspondiente al día 2 de Septiembre de 1904, el siguiente sueldo:

"Con motivo de comenzarse hoy la temporada en el teatro de la Zarzuela, el gobernador civil ha pasado una comunicación á la empresa de este coliseo, recordándole las recientes disposiciones relativas al funcionamiento de los teatros y previniéndole que, estando dispuesto á que se cumplan con todo rigor sus artículos, la última función debe empezar á las once y cuarto, y de no verificarlo á esta hora será suprimida y se devolverá el importe de las localidades vendidas."

Si la noticia es cierta, y lo será, puesto que *El Imparcial* lo dice, celebro con toda mi alma no ser yo este año el empresario de la Zarzuela, porque si yo lo fuese, crea V. E. como que nos hemos de morir los dos, que íbamos á tener un disgusto.

Porque yo, señor gobernador, y dicho sea con el debido respeto á la persona y al cargo, no haría caso alguno de lo que V. E. llama disposiciones recientes, y me reiría del propósito de que se cumplieran con rigor sus artículos. ¿Sabe V. E. por qué? Porque como ciudadano libre que soy, en el pleno uso de mis derechos civiles y políticos, no concedo á vuecencia atribuciones para legislar, facultad que, en uso de mi soberanía, alcanzada á costa de la sangre de mis antepasados, he otorgado únicamente á las Cortes y al Rey. Y por lo tanto,

consideraría sus comunicaciones como papeles mojados, dicho sea también con el respeto debido al cargo y la persona, y si vucencia se obstinaba en hacérmelas cumplir, acudiría inmediatamente á los Tribunales en demanda de la correspondiente indemnización de daños y perjuicios y del castigo á que hubiere lugar.

Acokinados y afeminadillos están, en su mayor parte, los españoles de la presente década, y corriente es la idea de que la autoridad tiene siempre medios para imponerse á un individuo cualquiera, aunque tenga más razón que un santo, pero yo tengo el honor de no participar de esa creencia, que juzgo errónea. Yo creo que los Tribunales de justicia en España son independientes, y disponen del Cuerpo de Seguridad, de la Guardia civil y del Ejército, si llega el caso, lo mismo para obligarme á mí á obedecer las leyes, que para defenderme contra las órdenes caprichosas, arbitrarias y absurdas que coarten mi libertad y mermen mi derecho.

Y se verá V. E. muy apurado para demostrarme que no son absurdas, arbitrarias y caprichosas las recientes disposiciones á que aludo. Porque no podrá V. E. citarme un solo artículo de ninguna ley, reglamento ni Real orden que autorice á los gobernadores civiles para fijar á su antojo la hora en que han de empezar los espectáculos públicos.

El artículo 17 del vigente Reglamento de Policía de espectáculos dice que las empresas están obligadas á dar comienzo á las funciones á la hora anunciada y á terminarla antes de las doce y media. Ni más, ni menos.

Es decir, que yo empresario de la Zarzuela, puedo terminar la función á las doce, veintinueve minutos, cincuenta y nueve segundos y nueve décimas y media de segundo, pero puedo empezarla cuando se me antoje, porque el Reglamento no me lo impide. Y vucencia es muy dueño de ordenarme que principie la última sección á las once y cuarto, pero yo soy muy dueño de anunciarla y comenzarla á las doce y diez, si el espectáculo que ofrezco al público no dura más que diez y nueve minutos y medio. Porque V. E. no ocupa ese puesto para legislar, sino para hacer cumplir la ley.

Y no hago hincapié en esto por dar importancia al asunto, que en sí no la tiene, sino porque el precedente podría ser funesto.

Piense V. E. que no va á ser gobernador toda su vida, aunque yo lo vería con gusto, y que puede sucederle en el cargo el actual empresario de la Zarzuela, que, ansioso de tomar el desquite, se apresuraría á enviar á vucencia la comunicación siguiente:

Sr. D... (ignoro su nombre de pila): Desde mañana vivirá usted en la calle de los Tres Peces, 5, tercero; se levantará á las ocho en

punto, almorzará patatas guisadas á las once, pasará por la Castellana hasta las siete, cenará á las nueve bacalao frito y se acostará en la alcoba que hay en el pasillo á mano derecha. De no hacerlo así, será usted inmediatamente destinado á nuestras posesiones del Río Muni."

Y sería en vano que V. E. protestara preguntándole con qué derecho hacía tal cosa. Porque le contestaría á V. E. en seguida:

—Amigo, con el mismo derecho con que usted me hacía levantar el telón precisamente á las once y cuarto.

Como V. E. comprende, para llegar á semejante estado de esclavitud y de *abulia*, no valía la pena de que nuestros vecinos hubieran cortado la cabeza á Luis XVI.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de Septiembre de 1904.

AL PRIMER TAPON...

Se subió el precio de la cerveza.

El hecho en sí no es importante, puesto que la cerveza no gusta á todo el mundo, y los que se pirran por ella verán si les conviene ó no pagarla más cara. Pero el síntoma es malo, y más si se une á otros síntomas no menos graves que se han presentado anteriormente.

Los señores fabricantes, según parece, acordaron declararse en huelga porque el arrendatario de Consumos, que ha de pagar este año unos cuantos millones más por el arrendamiento, quiso hacer no sé qué revisiones ó aforos; negáronse los otros enérgicamente, hubo dimes y diretes entre ambas partes, tuvo que meterse el gobernador en la danza y, por fin, se ajustó la paz. ¿Cómo? Acordando elevar el precio del artículo para que el público pagase la demasía y los fabricantes no dejasen de ganar lo que se habían propuesto.

Fíjense ustedes bien en que todas estas luchas económicas se resuelven siempre de la misma manera, y en cuanto ustedes se hayan fijado, caerán en la cuenta de que corre peligro de no sacar nada en limpio la numerosísima, activa é inteligente Comisión encargada de informar al Gobierno sobre la supresión ó transformación del odioso impuesto de Consumos.

No se puede negar que la idea es simpática y que la campaña está bien hecha. Juan, el albañil; Pedro, el carpintero, y Pablo, el herrero, han llegado á creer sinceramente que en cuanto los Consumos se supriman van á comer carne y á beber vino todos los días, y en el taller, en la obra y en la taberna la alegría inunda los corazones. Lo que no saben Juan, Pedro y Pablo, pero ya se irán enterando, si Dios quiere, es que los verdaderos inte-

resados en el feliz resultado de la campaña con los intermediarios, los que peleaban, engordan y se enriquecen, tranquilamente sentados entre el productor y el consumidor, y obtienen una regular ganancia sin hacer nada ni servir para nada.

¡Milagro será que Pablo, Pedro y Juan, que con el sistema actual viven con vilipendio, en cuanto se supriman los Consumos puedan vivir de alguna manera!

¿Que no? ¡Ay!, ojalá me equivoque. Pero tengo, y tienen ustedes, desgraciadamente, muchos datos que permiten albergar la duda.

Allá van unos cuantos.

Tengo entendido que el Ayuntamiento ha rebajado los derechos sobre la leche en una proporción respetable. Bueno, pues en cuanto se divulgó la grata nueva, el gremio de lecheros hizo saber que patatín y que patatán, y que esto y que lo otro... en fin, que ellos no rebajaban nada. Y efectivamente, ¿les cuesta á ustedes más barata la leche? ¿A que no?

Se ha sabido, por casualidad, que á los abastecedores de hortalizas les habían devuelto una cantidad importante por no sé qué concepto, y que el impuesto aquel que pagaban indebidamente ha quedado abolido. ¿Compran ustedes á menos precio que antes los pimientos y las lechugas? ¡Quíá!

Del pan no hablemos. En cuanto se pasa un mes sin llover, se reúnen los panaderos y acuerdan subir el precio del artículo... por si acaso fuera mala la cosecha del año siguiente; llueve á mares durante dos años seguidos, y el pan ya no baja, ¡qué ha de bajar! Subido se queda hasta que un pedrisco arrase las mieses en Castropol de la Sierra. Entonces, con tan fútil pretexto, se le da otro empujón hacia arriba, y ¡vamos viviendo! Público y notorio es que la ley de Osma privó al Estado de doce millones de pesetas y á los Municipios de muchísimos más, y que todos esos millones se los guardaron guapamente los acaparadores de trigos, ó los fabricantes de harinas, ó los tahoneros, ó quien fuese. A los consumidores les recargaron otras contribuciones para compensar la baja, y siguieron pagando el pan tan caro como antes.

El año pasado, por la carencia de pastos, se redujo extraordinariamente el precio de vacas, terneras y corderos, y á mayor abundamiento llegaron de Buenos Aires algunos buques cargados de bueyes bien cebados que se vendían mucho más baratos que los de la tierra; los señores intermediarios se aprovecharon de la ocasión, naturalmente; ¿á ustedes les hicieron algún descuento? ¿Pudieron probar carne Juan, Pedro y Pablo? ¡Como no, morena!

El conde de Romanones trabajó de firme para abaratar los transportes por ferrocarril.

les. ¡Dios le pague la buena intención, si por fin lo logra; pero yo estoy bien seguro de que á mí no ha de llegar ninguna ventaja! ¿Que por qué estoy seguro? ¡Caray!, porque hace ocho años los francos estaban á 180 ó 190 por 100, y todos los artículos, incluso los de producción nacional (¡hasta el queso de Villalón!), sufrieron un alza proporcional al quebranto de la moneda, y hoy, que han bajado á 124 y pico, no he visto que nadie haya rebajado nada. ¿Ustedes creen, cándidas palomas, que cuando los francos se coticen á la par van ustedes á pagar un céntimo menos de lo que pagan por un artículo de París, de Londres... ó de Tarrasa? ¡No, señores, no lo sueñen ustedes!

De modo que, como el gato escaldado del agua fría huye, lo que yo creo que va á pasar es lo siguiente:

Los señores de la Comisión trabajarán como negros durante tres meses, y al fin, arañando aquí, recargando allá, puede que descubran la manera de sustituir el impuesto de Consumos sin que los presupuestos del Estado ni de los Municipios se resientan mayormente. Pero como á consecuencia de la combinación habrá que pagar un poquito más por cédulas, propiedad territorial, beneficios industriales, etc., etc., Juan, Pedro y Pablo tendrán que aguantar la broma de que el casero les suba los alquileres, y el zapatero el precio de las botas, y el sastre el de los vestidos, y como todos estos apreciables sujetos no se contentarán con sacarle al inquilino y al parroquiano el recargo que á ellos les hace la Hacienda, sino un poquito más, por si acaso, resultará que al albañil, al carpintero y al herrero no les molestarán los del pincho, pero no encontrarán por este lado economía de ninguna clase.

Y como además el panadero, el carnicero, el vinatero y el patatero le seguirán cobrando por el pan, la carne, el vino y las patatas lo mismo que antes... ¿Que no? Poco tardarán los pobrecitos en demostrar que la rebaja que á ellos les hacen en una arroba no puede alcanzar á las fracciones de cuarto de kilo... ¡porque no hay moneda divisionaria! Y si no, al tiempo.

Ya sé yo que todo lo que llevo dicho es antipopular y antipático, y que la opinión de todos los españoles está en contra. ¡Nos han repetido tantas veces lo del impuesto odioso, como si todos los impuestos no lo fueran, y la palabreja solivianta de tal modo á la muchedumbre!...

Pero la verdad es antipática y antipopular muchas veces, y sin embargo es bueno decirlo.

LA PATRIA HUERFANA

A veces no deja de ser interesante la política de los que no somos políticos, es decir, de la inmensa mayoría de los españoles, á la cual no importa un rábano el teje-maneje incessante de los señores que se dedican á dirigir y administrar los intereses de la nación, ni sabe, por ende, como se llaman los Ministros.

Tan interesante suele ser que, si los políticos de profesión la siguieran, puede que otro gallo nos cantara.

Y vamos con el asunto de hoy, que es chiquito, pero substancioso.

Se ha verificado con toda la tranquilidad la elección de presidente del Congreso de los Diputados y, después de una elección brillante, D. José Canalejas ha sustituido al señor Marqués de la Vega de Armijo.

Está bien. Lo que estuvo mal fué que el día antes de la votación susodicha se publicara un suelto oficioso que á la letra decía así:

"La elección de nuevo presidente de la Cámara popular ha sido aplazada para mañana, en atención á que el Gobierno quiere que tome parte en la votación el mayor número de diputados ministeriales, y son muchos los que se encuentran ausentes de Madrid y se les ha teleografiado para que vengan."

¿Lo oyen ustedes, señores industriales, comerciantes y agricultores? Hay muchos representantes de la nación ausentes de Madrid y que, por consiguiente, no asisten á las sesiones del Congreso. Y no asisten ¡ahora! cuando se está discutiendo una reforma de aranceles, de la cual, según he leído en casi todos los periódicos, depende la prosperidad ó la ruina del país. Si esta reforma no es atinada y puede que no lo sea; si de ella resulta que se nos cierran mercados, que se lesionan grandes intereses, que la miseria cunde y que se perjudican comarcas enteras, ¿á quién vamos á echar la culpa? ¿Á la docena y media de caballeros que dormitan en los escaños rojos oyendo largos discursos atestados de cifras? ¡Es muy cómodo eso! En momentos tan solemnes deben estar en el salón de sesiones, estudiando y discutiendo el proyecto de reforma línea por línea y punto por punto, todos, absolutamente todos los padres de la Patria, puesto que se trata del porvenir de su querida hija.

¿Qué diablos tiene que hacer en su pueblo el dignísimo diputado por Villapáparos del Monte? Para estar allí dándose tono de personaje en el casino ó en el pórtico de la iglesia, ¿es para lo que hizo tantos viajes á San Sebastián este verano á molestar al señor Montero Ríos, y formó en la cola del Ministerio de la Gobernación esperando el

instante de agarrarse á los faldones de la levita del Sr. García Prieto?

A mayor abundamiento, ha caído sobre el tapete, y ha de resolverse en estos días, otra cuestión tan grave ó más que la de los aranceles, porque con ella corre gravísimo riesgo de perderse una parte muy importante de la libertad conquistada. El Gobierno ha presentado un proyecto de ley absurda, draconiana, redactada en términos tan vagos y confusos, que con uno de sus artículos cualquier déspota del porvenir podrá hacer inútiles las garantías que la Constitución concede á todos los ciudadanos. Y que el asunto reviste extraordinaria gravedad, lo prueba el hecho de que los prohombres que habían hecho declaraciones concretas en sentido determinado, han empezado después á recoger velas para preparar una evolución inexplicable, y el de que la Prensa, á quien han de amordazar á la postre por lo civil, por lo militar ó por lo eclesiástico, procura eludir la discusión para no encontrar las pasiones, y habla de "sacrificios patrióticos" y de "espíritu de concordia"... cuando sabe de sobra que una de las partes no está dispuesta á transigir de ninguna manera.

Muchos años hace que la nación no ha atravesado una crisis tan honda. Sólo aunando los esfuerzos de todos, discutiendo el caso sereno y fríamente, podrá abrirse con dificultad un boquete en este callejón sin salida. La precipitación, el miedo ó el egoísmo pueden acarrear grandes males; el retroceso hacia un absolutismo más ó menos disimulado; las trabas para corregir la funesta manía de pensar, de hablar y de escribir; la imposición de penas durísimas para castigar faltas leves; el antagonismo entre el pueblo y el Ejército... ¡qué sé yo cuántas cosas á cual peor!

Y en estos momentos de verdadera angustia, cuando todas las clases sociales altas y bajas, armadas é inermes, esperan con ansiedad el resultado de las deliberaciones de las Cámaras para que vuelva la calma á los espíritus, muchos diputados ¡fíjense ustedes bien!, ¡muchos! están ausentes de Madrid y tiene que llamarlos el Gobierno para que elijan presidente.

¿Qué idea tendrán de sus obligaciones y qué creerán que significa la representación que ostentan?

Por supuesto, que la culpa no la tienen ellos, sino nosotros.

Cuando salgamos, si salimos, del atolladero presente, habrá que pensar algunas reformas de las costumbres públicas.

Y la primera que es preciso implantar es la de hacer entender á cuantos señoritos mem-

diguen un acta, que tienen el deber de ocupar todos los días su sitio en el Senado ó en el Congreso para velar por la Patria, aunque estén enfermos de pulmonía infecciosa.

Y contra los que no lo cumplen deben reunirse todos los hombres útiles del distrito, si es que en algún distrito quedan hombres útiles, y gastarles, por lo menos, alguna broma pesada de las que se usan por esos pueblos de Dios para espantar á los recaudadores de contribuciones.

¿No estamos de acuerdo?

22 Enero 1906.

GRACIAS ANTICIPADAS

La Prensa, la pobrecita Prensa á quien van á poner dentro de poco entre la espada del artículo 4.º de la ley que se está cocinando á fuego lento en el Senado, se cae de be-ué-vo-la y es candorosa como un ángel.

En cuanto un hombre público anuncia que ha tenido una idea que se juzga beneficiosa ó que se propone hacer algo que parece bueno y conveniente, los periódicos de todos los matices echan las campanas á vuelo y cuentan y no acaban de las altas dotes de don Fulano, de su carácter entero, de su saludable energía...

Y luego, cuando resulta que D. Fulano no ha tenido más que la idea ó el propósito y no sabe llevarlos á la práctica, á los periodistas se les olvida siempre trocar los elogios en censuras, y el *bombeado*... bombeado se queda.

No recuerdo cómo se llamaba el gobernador que se sintió farruco frente á las empresas de tranvías porque los coches solían atropellar á la gente, y ordenó á rajatabla una porción de cosas, entre ellas, que la marcha por las calles fuese lenta y que el regulador no pasase del 4. Con motivo de esta disposición hubo una verdadera danza orgiástica de letras de molde en honor de la primera autoridad civil de la provincia y por poco nos volvemos todos locos de gusto. Pero á los pocos días fuimos cayendo en la cuenta de que para no andar de prisa no valía la pena de haber inventado el tranvía eléctrico y de que hacíamos un papel ridículo á nuestros propios ojos subiéndola la cuesta de Atocha en carretas de bueyes... y ocurrió lo que tenía que ocurrir: que los conductores pusieron el regulador al 9 cuando les hizo falta.

El bando quedó derogado por las necesidades públicas, como lo sería una ley que ordenase á los maquinistas del ferrocarril marchar á cinco kilómetros por hora para alejar la posibilidad de un descarrilamiento; pero los elogios que se colgaron al gobernador

de marras no ha habido quien se los descuelgue.

Como no habrá quien les quite jamás á los Sres. Ruiz Jiménez y Vincenti las desmesuradas alabanzas que llovieron sobre ellos en artículos de fondo, sueltos y gacetillas cuando se pusieron de acuerdo para acabar de golpe y porrazo con la mendicidad y con la golfería andante, aunque no han tardado mucho tiempo en demostrar que no les llamaba Dios por ese camino.

“¡Ahora sí que va de veras!—decían los papeles públicos llenos de entusiasmo.—Se van á pegar carteles en todas las entradas de la Corte anunciando que está prohibido pedir limosna; los desdichados que duermen en los quicios de las puertas, van á tener cama y hogar, se van á convertir en hombres útiles... ¡Ya se han recogido algunas docenas! ¡Ya les han lavado! ¡Ya les han cortado el pelo! ¡Ya parecen otros! El castillo de Villaviciosa les espera. La escuela va á regenerarlos... ¡Saltemos de alegría, señores! ¡Nuestra europeización empieza!”

¡Qué había de empezar! Así, á tontas y á locas, no se europeiza nadie, y la plancha estaba prevista. Los propósitos eran buenos, la idea magnífica; pero, ¿con qué medios contaban el gobernador y el alcalde para salirse con la suya? Con ninguno. Lo de la “caridad inagotable del pueblo de Madrid” y “el concurso de las Asociaciones benéficas” son respectivamente música celestial y coplas de Calainos. A los pocos meses, y á pesar de tómbolas, rifas, beneficios y donativos de todas clases, ni los golfos tenían camisa que ponerse, ni había modo de darles de comer, ni era posible evitar que implorase la caridad pública todo el que le diese la gana... ¡Lo que tenía que suceder, señor!

Antes, mucho antes de pegar los carteles prohibiendo la mendicidad y de recoger á los vagabundos, era preciso saber de cierto lo que se iba á hacer con ellos. Era necesario: edificar asilos, preparar talleres, nombrar maestros y asegurar la ropa necesaria y el pan cotidiano á los que hambrientos y desnudos van tirando de la vida de mala manera. Con ideas grandes y bombos periodísticos no se viste ni se mantiene á nadie.

Y la prueba está á la vista.

Yo, la verdad, no dudé nunca de las nobilísimas intenciones del alcalde y el gobernador, que seguramente creyeron de buena fe en su realización inmediata; pero en cuanto ví que el plan era vago, confuso, sin base ni fundamento, me senté á la puerta de mi tienda, seguro de que no tardaría en ver pasar las dimisiones de las dos simpáticas autoridades, abrumadas por el fracaso.

Las dimisiones no han pasado todavía, y

me alegro de la equivocación ¡qué diantre!, pero el fracaso... ¡ay, sí!; el fracaso ha venido tal y como yo lo esperaba.

Más confianza hubiera tenido si en vez de aquella interminable serie de elogios incondicionales y de noticias estupendas, hubiese leído unas cuantas líneas que dijese, sobre poco más ó menos:

"El Sr. Gobernador civil, deseoso de raer de la Villa y Corte la costra de miseria, ha pedido al Ayuntamiento, y éste lo ha concedido por unanimidad en la sesión de hoy, que destine al sostenimiento y educación de golfos y mendigos los dos millones de pesetas que anualmente le entrega el Estado en concepto de reintegro por las cantidades que le adeuda. Como este ingreso no figuraba en los presupuestos anteriores, el Municipio cuidará de no aumentar el de gastos para dedicar íntegra aquella suma al expresado fin benéfico y patriótico."

Así, sí; así hubiera creído yo, y hubiéramos creído todos factible y viable el plan del Sr. Gobernador, porque con dos millones se puede alimentar y vestir á mil y tantas personas; pero hablar de castillos en Villaviciosa, de cocidos abundantes y de ropa limpia sin contar con otros recursos que con el mañana que caiga de las nubes... es gana de perder el tiempo.

Como lo era también, y lo sabíamos todos, aquel charlar sin tino enalteciendo la actividad y las dotes diplomáticas de D. Mengano y D. Perencejo, á quienes se debería ¡por fin! la construcción de la Gran Vía. El público, que suele tener un olfato muy fino para estas cosas, olió que todo aquello de subastas, contratos y escrituras era pura comedia, y no se apeaba de su burro ni aun viendo retratados al ingeniero Tal y al representante de la Casa Cual, que de un momento á otro iban á empezar las obras, haciendo felices á millares de obreros.

Bueno, pues acertó el público; la Gran Vía no se hace ahora tampoco, pero los señores activos y hábiles siguen pasando por hábiles y activos después de dejarse engañar como tórtolas; los de los retratos, retratados están para que los pongamos en un marco si queremos, y aquí no ha pasado nada.

Digo, sí; ha pasado que los caseros de Madrid, hombres previsores y enamorados del ideal, se apresuraron á subir extraordinariamente los alquileres por si la Gran Vía quedaba concluida dentro de diez años. Ya no hay tal vía ni tales carneros; pero, ¿quieren ustedes apostar algo á que no los bajan?

¡Qué han de bajar! Aquí se sube todo con cualquier pretexto, pero no se rebaja el precio de nada ni á tiros. ¡Y todavía hay almas can-

didadas que creen que cuando se supriman los consumos les va á salir la alimentación por una friolera!

29 Enero 1906.

LA CRITICA FACIL

La última obra de Benavente, *Más fuerte que el amor*, no es, ni mucho menos, el pan nuestro de cada día, que se digiere por costumbre. Es la más compleja, la más moderna, tal vez el más difícil estudio de la vida de cuantos ha llevado á la escena el insigne autor dramático.

Juzgarla, analizarla, procurar entender lo que en ella parece extraño, profundizar su estructura y llegar á la medula, en fin, es cosa dura de pelar y no puede hacerse sin gran atención, calma y reposo.

Así se oían, en la noche del estreno, las más radicales y encontradas opiniones.

—¡Esto es malo de remate!—decían en un corro.

—¿Ha visto usted qué obra más hermosa?—preguntaban un poco más allá.

Había entusiasmo loco en este grupo, desdén olímpico en el otro, discusiones acaloradas en todas partes. La mayoría del escogido público que presenció la primera representación se marchó á la cama sin atreverse á formar juicio definitivo. ¿Aquello era muy malo? ¿Era muy bueno? ¡Vaya usted á saber!

El que más y el que menos pensó orientarse y salir de dudas al día siguiente, al conocer las opiniones de los críticos.

Uno de los espectadores que, al final, no sabía á qué carta quedarse, me preguntó á la salida:

—¿Qué cree usted que harán mañana los periódicos?

Y yo contesté convencido profundamente:

—Contar el argumento.

Efectivamente; al otro día, salva alguna que otra excepción, los señores críticos nos dijeron lo que ya sabíamos: que el padre de Carmen se había pegado un tiro en la sien; que el marqués de Ondárroa había comunicado á la huerfana la triste noticia; que Carlos padecía de neurastenia; que Guillermo era el hombre amado por Carmen; que ésta, cansada de aguantar las impertinencias de su marido, estuvo á dos dedos de escaparse con el otro; que Medrano salía de frac encarnado, y que al final del tercer acto sonaban dentro unas trompas de caza. Todo lo que no hubieran debido contar precisamente para no quitar la ilusión á los espectadores de las representaciones sucesivas.

Pero que esto había de ocurrir por fuerza me lo sabía yo de memoria en cuanto vi la comedia de Benavente. ¿Por qué? Por la dolorosa experiencia adquirida en casos parecidos.

Cuando una obra se presenta sencilla y clara y el público la acepta ó la rechaza unánimemente; cuando en los pasillos mismos del teatro la multitud ha aquilatado los defectos ó las bellezas, la crítica se puede hacer al correr de la pluma, porque con exponer el juicio general se está al cabo de la calle.

Pero cuando la comedia tiene su intrínquis y no se ajusta del todo á los cánones; cuando el ilustre Senado no sabe lo que decidir porque el talento del autor sobresale demasiado del nivel común y nadie se atreve á fiarse del todo de su primera impresión por no cometer una majadería, entonces... ya es harina de otro costal. El crítico, por muy avisado que sea, se encuentra entre la espada de juzgar con acierto y la pared de entregar las cuartillas una hora después de terminado el estreno, cuando aún le zumba en los oídos el rumor de la polémica y el martilleo de cincuenta opiniones distintas.

Y como tiene que salir del paso forzosamente, va y ¿qué hace? Cuenta el argumento y á casa.

De ese modo cumple su misión y queda como un hombre. ¿Tiene él la culpa acaso? No; la tienen las empresas periodísticas que se empeñan en no considerar más importante la aparición de una obra literaria que la rifa de dos lavanderas. El estreno no pasa de ser una noticia. Y con darla, sea como fuere, se figuran que están al cabo de la calle.

Yo creo que de este error hay que salir lo más pronto que se pueda, separando lo que se considera suceso de actualidad, ó sea el estreno de la obra, de lo que es labor más ardua y más interesante; educar artísticamente al pueblo enseñándole á distinguir lo bueno de lo malo, serena y tranquilamente, para depurar el gusto y guiarle por la mejor senda. Y ambas cosas no se pueden hacer á un tiempo.

Santo y bueno que con toda la rapidez posible se entere á los lectores de cada periódico de lo que ocurrió en tal ó cual teatro al estrenarse esta ó aquella obra; si gustó ó no gustó; si estas escenas resultaron pesadas ó el diálogo era ameno y chispeante; si los intérpretes estuvieron ó no acertados; si chillaba demasiado el apuntador; si el decorado y la indumentaria estuvieron en su punto...; en fin, que se haga una reseña del acontecimiento teatral como se hace de un banquete ó de un entierro. Para lo cual un revistero ligero de lápiz basta y sobra. Con tal de que no relate el argumento, porque eso no se debe hacer nunca, habrá cumplido bravamente.

Pero dos, tres ó cuatro días después debe entrar en funciones el crítico, el verdadero crítico (cuando la obra lo merezca, naturalmente, porque los esperpentos sin pies ni cabeza con un par de latigazos de refilón están despacha-

dos) y este crítico debe analizar, estudiar detenidamente el producto del ingenio ajeno, alabarle si lo merece, señalar los lunares si los tuviera, y razonar, en fin, su juicio con la calma y la parsimonia necesarias, sin apremios de tiempo ni ahogos del regente.

Pero ¿qué le vamos á hacer? Las empresas de los diarios de gran circulación creen sin duda que, pasada la oportunidad del momento, estas cosas no importan á nadie, y con nuestras revistas ligeras nos quedaremos.

Y el que quiera aprender que vaya á Salamanca.

7 Marzo 1906.

EL CORTEJO LUMINOSO

El más topo habrá podido notar que en un momento, con sólo fijar oficialmente la fecha de la boda del Rey, el aspecto de la nación ha cambiado. Antes se cernían sobre nosotros los más pavorosos problemas: el separatismo catalán, el hambre en Andalucía, la falta de trabajo en Madrid, la crisis de la industria, de la agricultura y del comercio en toda España... Ahora ya no se ciernen nada de eso. Hemos entrado, como por arte de magia, en una era de paz, de alegría y de bienandanza que mil años nos dure. Nadie se acuerda ya de que los Ministros no dan chispas, ni de que las Cortes no se abren ni con ganzá, ni de que la Diputación debe dinero á todo el mundo, ni de que los servicios municipales están como Dios quiere... ¡Ya no se trata más que de los festejos, ni se habla de otra cosa que de gastar el dinero á espuestas! El Gobierno, la Diputación provincial y el Ayuntamiento trabajan á una, con actividad febril, con celo inusitado, organizando diversiones y distribuyendo fondos. En cuanto hay dinero que repartir y facturas que pagar, las Comisiones de todas clases corren que vuelan.

Y el heroico pueblo español ¡hay que confesarlo! aplaude la energía desplegada en estos momentos por las clases directoras y, olvidando todas sus preocupaciones, se recrea pensando que va á pagar espléndidamente una porción de cosas y que se va á divertir de firme...

¡Se han salido con la suya aquellas señoras ministras que se empeñaron en que no se habla de hablar de crisis, ni de presupuestos ni de cuestión social hasta que ellas lucieran y relucieran en las fiestas reales los trajes que se habían encargado á París!

No hay, pues, modo de tratar de nada más que de los festejos, uno de los cuales, por cierto, me tiene intranquilo y nervioso desde que se publicó el programa. A la *fiaccolata*, ó cortejo luminoso, me refiero. La idea de repetir esta procesión nocturna puede haber sido de

una persona sola, del señor Alcalde mayor, por ejemplo; pero en el desarrollo completo del plan, en el estudio de todos los detalles tienen que haber intervenido muchas inteligencias, las del Ayuntamiento entero tal vez, porque aquello ha resultado demasiado grande, complicado y trascendental para ser producto de un solo cerebro. Asombra, asusta, espanta aquella maravillosa y abundante colección de letras, faroles, prospectos, pirámides, galerías, cartelones y candelabros, todo monumental y todo carísimo, como se demostraría si se llegaran a publicar las cuentas, que no se publicarán nunca, naturalmente.

Tan importante ha resultado la broma, que los mismos concejales que la proyectaron se han sentido incapaces de llevarla a la práctica y han encargado tan alta misión al capitán general nada menos. De ese modo se puede estrenar la ley de Jurisdicciones, echando todo el peso del artículo 7.º del Código militar sobre el que murmure de la *fiaccolata*. ¡La combinación es diabólica!

Pero a pesar de ella, y aunque no se me oculta el riesgo que corro, yo no puedo menos de hacer algunas observaciones a la Comisión que ha redactado y ordenado las exclamaciones, ¡vivas! y ¡glorias! que han de figurar en los carteles y letreros luminosos. Muchos de ellos ¡ay! acusan y revelan, no ya un monarquismo ferviente, sino un servilismo exagerado, con el cual no podemos estar conformes todos... ¡qué diablo! Habrá quien no tenga a gala descender de los que desengancharon las mulas y tiraron de la carroza de Fernando VII.

Además, va a palpitár en todos los regueros de luz una adulación a Inglaterra que pasa de castaño obscuro. Y los señores concejales son muy dueños de entusiasmarse por que nos acogote, absorba y domine la raza sajona; pero no tienen el derecho de suponer que todos sus compatriotas se relamen también de gusto. Yo, por lo menos, puedo jurar que no me relamo.

Por si ustedes se figuran que exagero un poco, allá va parte de la nota oficiosa que se ha publicado en la Prensa:

"Los aparatos llevarán las inscripciones siguientes:

"¡Viva la Reina Victoria Eugenia! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina Cristina! ¡Viva la Infanta María Teresa! ¡Viva el Infante D. Fernando! ¡Vivan los Reyes de España!..." Ya se había dicho antes que vivieran particularmente, pero a los concejales les supo a poco y han soltado otro ¡viva! colectivo. Adelante.

"¡Viva la Infanta Isabel! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Marina española! (¿Qué creían ustedes? ¿Que no teníamos Marina? Pues sí, la tenemos.) ¡Viva el pueblo español! ¡Vivan los Reyes de Inglaterra! (¿Qué pito tocarán

aquí los Reyes de Inglaterra?) ¡Viva el comercio español! (Con haber dicho ¡Viva España! se ahorran ustedes algunos aparatos. Porque en uno sólo entraban el comercio, el Ejército, la Marina, el pueblo... y las islas adyacentes.) ¡Honra al pueblo de Inglaterra! ¡Gloria a la Marina inglesa! (¿Cuál, la de Trafalgar? ¡No! Yo no me adhiero.) ¡Paz y trabajo! ¡Viva la industria! (Sí, y ¡vivan los Aranceles!) ¡Sin orden no hay libertad! (Este axioma parece inspirado por los accionistas del Banco, que son los que se preocupan por eso del orden.) ¡Recuerdo a Wellington! ¡Vivan las Artes! ¡Viva el progreso! ¡Dios salve al Rey! (En inglés, para que nos vayamos acostumbrando a la penetración pacífica.) ¡Trabajo es virtud!" (Alto ahí; según y conforme. Porque trabajan de firme los que hacen escalos para robar tiendas y no puede decirse que sean virtuosos...)

"¡Viva Alfonso XIII! (Bueno, ya lo han dicho ustedes tres veces con esta. ¡Estos concejales no se hartan nunca!) ¡Viva la Princesa Beatriz! ¡Eterna felicidad! ¡Gloria a lord Byron! ¡Shakespeare! ¡Recuerdo a Stephenson! ¡Llor a Gladstone! ¡Adam Smith! ¡Al gran Newton! (Estos cartelitos con nombres ingleses van a costar muchos quebraderos de cabeza a los paletos que vengan en los trenes baratos... porque no van a saber con qué se comen.) ¡A Eduardo VII! ¡Junio de 1906! ¡A la ciudad de Londres! ¡Madrid y Londres! (Así, entre admiraciones y como diciendo: ¡Vaya un par de capitales! ¿eh?) ¡Viva el Infante D. Carlos! ¡Viva la Infanta Eulalia! ¡Viva la Infanta Paz! (Y a estos tres Infantes ¿por qué los colocan ustedes los últimos en la lista? ¿Es que no se acordaban ustedes de ellos?)

Y siguen las firmas: "Cataluña, Galicia, Andalucía, Aragón, Navarra, Vascongadas, Castilla, Asturias, Baleares y Canarias, Valencia."

Estos son los prospectos, como dice el programa. ¿No es verdad que recuerdan aquella escena de *Via libre*, en que se trata de honrar al alcalde de un pueblo y uno de los devotos propone que se ponga en la calle principal este rótulo: "Calle de D. Aquilino Callejón y su apreciable familia?"

Y ¿no es verdad que, puesta a hacer concienzudamente una lista de personas reales, parece mentira que se le haya olvidado a la Comisión dar un ¡viva! luminoso al Príncipe de Asturias, que es el heredero de la Corona nada menos?

Una advertencia para concluir.

El cartelón que dice "Baleares y Canarias" debe ir el último en la procesión... por si acaso se nos queda enredado en los zarzales. ¿Qué quieren ustedes que les diga! Yo, a pesar de aquello de "¡Honra al pueblo de Inglaterra!

¡Gloria á la Marina inglesa! y ¡Recuerdos á Wellington y á Stephenson!"... no las tengo todas conmigo.

7 Mayo 1906.

PALIQUE

Ha pasado de moda, y es una verdadera lástima, la amplia y lata discusión en Ateneos, Academias, Centros y Sociedades, de temas interesantes por este estilo: "Los habitantes de los Alpes ¿proceden de la raza aria?" "Influencia de la mujer en las decisiones de los conclave". "¿Habló Túbal en eúskaro?", etcétera, etc....

Y digo que es una lástima, porque ahora se les presentaba magnífica ocasión á los aficionados á consumir turnos para poner á la orden del día el asunto siguiente:

"Los españoles ¿son ó no son buenos fisiónomas?"

¿Ustedes qué creen: que lo son ó que no lo son?

Yo estoy sumido en el piélago inmenso de la duda desde hace un par de días, y sería conveniente que me sacaran de él á fuerza de discursos, consideraciones, réplicas y dúplicas, las inteligencias privilegiadas que de un solo dato del tamaño de un cañamón deducen una consecuencia como una torre.

Y esta duda, que no puede decirse que me corroe, porque no es para tanto, tiene su correspondiente base ó fundamento que quiero que conozcan ustedes.

Todo el mundo ha podido ver las fotografías de Mateo Morral, vivo y muerto, puesto que las han publicado los periódicos, y todo el mundo ha podido comprobar que se parecen como un huevo á una castaña ó un poco menos. Sólo con un poderoso esfuerzo de imaginación puede encontrarse entre una y otra un ligero parecido, tan ligero que se escapa á la observación más penetrante. De mil personas que vean ambos retratos, novecientas noventa y nueve y media no serían capaces de jurar sobre los Santos Evangelios que representan al mismo individuo.

Pues bien, aquí entra lo asombroso. Dejando aparte á los que conocían y trataban á Morral personalmente y que han podido identificar el cadáver, quedan otros muchos testigos que han hecho sus deposiciones (que con perdón, así se llaman) ante el juez ó ante los noticieros de los periódicos y que han demostrado una facultad extraordinaria de retener en la memoria los rasgos fisiognómicos.

Para no cansar, bastará citar unos cuantos. ¿Qué me dicen ustedes de aquellos empleados en el despacho de equipajes de la estación de Barcelona, que, en cuanto vieron la fotografía del suicida, dijeron sin vacilar: "¡Ca-

lle! ¡Si este es un señorito que hace un año justo facturó para París una caja con bombas!"

¡Conocer es! Eso prueba que acude usted á la estación de Barcelona á facturar un baúl tal día como hoy, entre los millares de personas que van á parecidos menesteres, le llega la vez, entrega el billete, le pesan el bulto, le entregan el talón y se marcha usted tranquilamente, creyendo haber pasado inadvertido. ¡Sí, sí! ¡Qué ilusiones! Aunque pasen los años y se afeite usted y se vista de mecánico y se ponga unas gafas azules, ya no se le despinta usted á los que le despacharon el equipaje. Ni usted ni ninguno de los millones de sujetos que han hecho lo mismo desde que se inauguró la línea férrea.

Pues ¿y el camarero del café que conoce y recuerda uno por uno á los millares de parroquianos que han ido á tomar cosas durante las fiestas de las bodas reales? Y no sólo los recuerda y conoce, sino que en la fotografía de un obrero muerto, sin bigote, con las facciones alteradas por la agonía ve á un caballero elegante, con bigote, que come y cena con tres ó cuatro amigos durante tres ó cuatro días, y hasta puede precisar quién de ellos paga el gasto y lo que consume cada uno. ¿Hay otro prodigio de retentiva semejante? ¡Cualquiera va á ese café á tomar un *piscolabis* de tapadillo, exponiéndose á tener un disgusto con la familia!

Como estos dos botones de muestra, hasta una docena podrían sacarse, si hiciera falta, de las informaciones periodísticas recientes. Pero no hace falta. Con ellos quedaría demostrado, al parecer, si se pusiera á discusión el tema, que los españoles, como *fisionomistas*, pueden dar quince para veinte á los demás habitantes del globo. Y sólo faltaría averiguar si don tan maravilloso nos viene de los celtas, de los fenicios, de los romanos, de los godos... ó de los milicianos nacionales.

Pero como en estas conferencias, certámenes ó concursos, no falta nunca un espíritu de contradicción que pida la palabra para decir que lo blanco es negro, acaso se atrevería alguno á sostener la tesis diametralmente opuesta.

Y lo gracioso es que tampoco le faltarían razones.

¿Cuáles? Allá va una.

Me parece que no habrá un solo español, ni siquiera en las Hurdes, que no se sepa de memoria el retrato del Rey. Lo están publicando hace cuatro años todos los periódicos ilustrados á todas horas y en todas las posturas: de frente, de perfil, á pie, á caballo, en tren, en coche... en fin, de todas maneras. Además, la fisonomía de nuestro joven y simpático Monarca es tan característica, que habiéndola visto una sola vez, aunque sea en un sello de Correos, no es

posible confundirla jamás con la de ninguna otra persona.

Bueno, pues aquí entra lo gordo.

Hace muy pocos días Don Alfonso salió á dar un paseo como un caballero particular cualquiera, por las calles de la Granja, fíjense ustedes bien, ¡de la Granja!, donde deben conocerle personalmente hasta los gatos. Su Majestad habló con unos obreros que ni siquiera sospecharon quién era; pretendió entrar en una finca suya, y sus propios servidores le negaron la entrada, porque les era absolutamente desconocido, y anduvo de incógnito por unas calles y plazas, donde casi no hay transeúntes y donde por fuerza ha de llamar la atención una mosca que vuele, sin que nadie se percatara ni cayese en la cuenta de que aquel joven, acompañado por una dama hermosísima, cuyos retratos se han repartido profusamente, era el jefe del Estado.

¡Y pensar que si se hubiese disfrazado de albañil y se hubiera puesto barba postiza le habría reconocido en seguida todo el mundo!

Urge, pues, como he dicho al principio, la discusión del tema "Los españoles, ¿son ó no son buenos fisonomistas?"

Porque parece que no y tiene tanta importancia como los canales de riego.

21 Junio 1906.

LOS GOBERNANTES GOBERNADOS

Los Ministros, ¡pobres Ministros!, sean del partido que fueren, inspiran verdadera lástima.

Llevando dentro, como lleva cada español por juro de heredad, un Rey absoluto, soberbio, altivo, orgulloso y dominante, en cuanto se encasquetan el sombrero apuntado y se embuten en la casaca galoneada, se convierten en humildísimos esclavos de todo el mundo. El apetecido uniforme no es más que una librea.

Toda la autoridad de los infelices consejeros de la Corona, se reduce á colocar, á la chita callando, unos cuantos paniaguados y parientes, y eso no con entera libertad, sino forzados por los "ineludibles compromisos".

En cuanto á mandar, dirigir, llevar á la práctica iniciativas y planes propios... ¡Ni soñarlo siquiera! La más insignificante reforma requiere, no sólo la voluntad del Gobierno para implantarla el convencimiento profundo de su utilidad en el Ministro que la estudia, sino la aquiescencia y el visto bueno de todos los interesados en ella, chicos y grandes.

Las leyes votadas en Cortes, los acuerdos del Consejo, los decretos refrendados por el Monarca..., todo eso es letra muerta si á media docena de ciudadanos levantiscos se les me-

te en la cabeza que no se debe cumplir. Y no se cumple, ni á balazos.

Por eso nos sonreímos todos irónicamente cuando el Ministro tal dice que va á hacer y á acontecer, y cuando leemos que el partido cuál tiene éste ó el otro programa... Ya sabemos, por experiencia, que los que mandamos somos nosotros y que los que, al parecer, gobiernan son unos malaventurados testaferros, á quienes pagamos el coche, y cuya misión se reduce á rodar por ahí, metidos en el *break* de Obras públicas, llevando á la firma decretos insubstanciales, á presidir banquetes y á asistir á las solemnes ceremonias de colocar primeras piedras para una porción de escuelas, asilos y pantanos, que no se han de acabar jamás de los jamases...

¿A qué venía todo este preámbulo? ¡Ah, sí! ya me acuerdo.

Venía á que no hace muchos días se anunció oficialmente que, por acuerdo unánime del Gobierno y en cumplimiento de una de las cláusulas del Convenio de Algeciras, los penados residentes en los presidios de Africa serían trasladados al castillo de Figueras, que reunía excelentes condiciones, etc., etc.

Si las reuniría; pero al Ministro que redactó la noticia para entregarla á la publicidad, se le olvidó añadir: "Si quieren los catalanes"; y este olvido, indisculpable en quien debe conocer el terreno que pisa, ha sido causa de que el Ministerio en pleno haya venido á caer, de golpe y porrazo, en los abismos insondables del ridículo.

Porque efectivamente, en seguida se celebró el mitin de Badalona; hubo palabras gruesas, amenazas al Poder central, afirmaciones categóricas de que Cataluña no toleraría el bofetón de establecer un presidio en su sagrado é inviolable territorio... y todos nos dijimos para nuestro capote:

"Vaya, ya no van los presos á Figueras, aunque lo pidan fríales descalzos."

Claro es que se abrió una información minuciosa, de la cual resultó que no había pasado nada, y que todos, centralistas, regionalistas, catalanistas, separatistas y... arancelistas, éramos unos ángeles y nos queríamos como hermanos. Pero los presos no van á Figueras... por si acaso. Ni ahora ni nunca.

Y el acuerdo unánime del Consejo que se lo tragué como buenamente pueda el Consejo mismo. Que sí podrá. ¡No ha de poder! Para todo hay remedio en el mundo, con tal de seguir danzando en el *break* de Obras públicas.

Léase el siguiente suelto oficioso:

"Aún no está completamente resuelto dónde hayan de ser instalados los penados de las plazas de Africa."

¡Anda con Dios! ¡Ahora salimos con esas! ¡De modo que los del mitin de Badalona se

precipitaron? No se puede encontrar una salida de pie de banco más chusca. Adelante.

"...pero se cree lo más probable que se les traslade al penal de Santoña."

Lo más probable ¿eh? Ya no nos atrevemos a afirmar nada categóricamente hasta ver qué tal cae la idea. Pues no es lo más probable, porque los de Santoña tampoco quieren, y ustedes verán lo que hacemos.

"Parece que una de las razones en que se funda el Ministro de Gracia y Justicia para esta determinación..."

Que no es determinación ni es nada. Porque lo que no es más que probable no se ha determinado todavía.

"...para esta determinación (atención, que ahora viene el golpe), es que no cree conveniente la instalación de un penal cerca de la frontera, por lo que favorecería las evasiones."

¿Han oído ustedes en su vida algo más gracioso? El Gobierno acuerda que es conveniente trasladar a Figueras los presidiarios de África; pero se reúnen los catalanistas, juran que no aguantarán el bofetón, y que patatín y que patatán, y en seguida el Ministro de Gracia y Justicia, ¡pobre señor!, cae en la cuenta de la posibilidad de las evasiones, y asegura con toda formalidad que no es conveniente el traslado.

Algo de eso les pasó a Zapirón y Micifuz que, como ustedes saben:

"Trataron en conferencia de comerse el asador.

¿Le comieron? ¡No, señor; era cargo de conciencia!"

1.º Agosto 1906.

MENTIRAS CONVENCIONALES

¡Lo que tiene no entender la política!

Más de un mes me ha tenido preocupado eso de la Real orden sobre el matrimonio civil, traída y llevada incesantemente por los periódicos de todos los matices. Considerábase el dichoso documento como una especie de globo explorador destinado a averiguar de qué lado soplaban el viento en las alturas, y de su suerte dependía, al parecer, la de la nación entera, que había de tomar el rumbo de la libertad ó el de la reacción, según que las cuartillas del Excmo Sr. Conde de Romanones se imprimiesen ó no se imprimiesen en la *Gaceta*.

Porque á un Ministro, no sé á cuál, se le escapó decir que aquéllo no se podría publicar hasta que el Rey lo conociera, toda la masa democrática tembló como si fuera de gelatina. ¡Aquéllo no se podía decir! Aquéllo no se podía pensar siquiera! Si las Reales órdenes había que consultarlas con el Rey estábamos per-

didos. El acto resultaría antiliberal, anticonstitucional, anti... en fin, imposible.

Y por eso yo, y conmigo otros infelices ton-tainas, que no estamos en el secreto, nos preguntábamos en medio de nuestras cavilaciones profundas:

—Pues, señor, ¿qué será una Real orden?

A primera vista parece que ello mismo lo dice: una Real orden es una orden del Rey, claro que refrendada por un Ministro responsable ante las Cortes, puesto que en eso consiste la sombra de soberanía nacional que disfrutamos y que ha costado tanta sangre.

Pero como los que lo entienden decían y juraban que era anticonstitucional lo que á nosotros nos parecía natural y lógico, no hemos tenido más remedio que esperar á que la Real orden se publicara para salir de dudas. Y, efectivamente, se ha publicado hace unos días, y ni hemos salido ni habrá ya quien nos saque.

Vamos á ver si podemos exponer el asunto con toda claridad para que nos ilustre quien pueda.

La parte dispositiva de la Real orden publicada el día 28 de Agosto de 1906 en *El Imparcial*, y al día siguiente en la *Gaceta*, dice así textualmente:

"En atención á las razones y fundamentos legales expuestos, S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido resolver que no se exija á los que pretendan contraer matrimonio civil, conforme á los artículos 86, 89 y siguientes del Código civil, declaración alguna relativa á la religión que profesen, ni más requisitos que los que la ley taxativamente establece.

"De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y efectos que correspondan, debiendo de comunicar en la forma más conveniente á los jueces municipales, encargados de los Registros civiles.—Madrid 27 de Agosto de 1906.—Romanones."

No hace falta que se fijen ustedes mucho porque está más claro que el agua: "S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido resolver, etc., etc."

El Rey es el que ha resuelto. Lo dice el Ministro con su firma.

Y por si había duda acaba de este modo:

"De Real orden lo digo á V. I. ..."

Es decir, que no sólo es el Rey quien ordena que para contraer matrimonio civil no se exija á nadie ninguna declaración religiosa, sino que además es quien manda al Ministro de Gracia y Justicia que se lo haga saber al director general de los Registros. Encargo que el Sr. Conde de Romanones cumple con mucho gusto, añadiendo por su cuenta:

"...debiendo de comunicarlo en la forma más conveniente á los jueces municipales..."

Y ese *debiendo de* le costaría al consejero de la Corona, en un examen de Gramática cas-

tellana, quedar para Septiembre. Porque el debe de se emplea en sentido dubitativo, pero ¿en el imperativo? ¡Jamás!

¿Enterados? Pues á otra cosa.

El mismo día, en el mismo periódico y en la misma plana, se dan á luz unas declaraciones del Ministro, que tienen todo el carácter de auténticas.

Y habla así el señor Conde.

"La Real orden que publicará mañana la *Gaceta* no ha sido consultada con el Rey, ni la conocerá S. M. hasta que aparezca en el diario oficial. Es exclusiva de mi responsabilidad; ni siquiera ha sido objeto de deliberación y aprobación del Consejo de Ministros. Proceder de otra suerte, sería anticonstitucional!..."

¡*Súper!*, como dicen los chulos. Se desprenden del texto dos cosas: primera, que el Rey da una orden, pero no se entera de que la da hasta después de haberla dado, porque si se entera un poquito antes se falta á la Constitución descaradamente; y segunda, que lo perfectamente constitucional y democrático es que un Ministro les diga á los demás españoles: "El Rey me ha dicho que hagáis ó dejéis de hacer esto ó lo de más allá", y luego resulte que el Rey no le había dicho una palabra.

Resumiendo: el de Gracia y Justicia nos ha engañado muy lindamente, de una de dos maneras: ó diciéndonos que la Real orden no había sido consultada con el Rey ni S. M. la conocería hasta que se publicara en la *Gaceta*, ó asegurándonos que S. M. el Rey se había dignado resolver, etc., etc.

Porque ni Dios con ser Dios, puede resolver y no resolver un asunto al mismo tiempo.

¡Cielos! ¡qué sospecha! ¡Si todo eso de la Constitución, las fórmulas y las declaraciones oficiales serán cuentos tártaros?

31 Agosto 1906.

EPISTOLARIO INUTIL

I

EL ODIOSO IMPUESTO

Mi dulcísimo amigo Juan Pérez Zúñiga: Hace bastantes días preguntabas en verso en el periódico *A B C*: "¿Qué opinará Sinesio de la supresión del impuesto de Consumos?"

Y al cabo de los años mil, cuando ni siquiera podías suponer que yo iba á contestarte, salgo con la respuesta siguiente:

Fues opino... que los diputados tienen mal corazón.

Al parecer, esta salida de pie de banco guarda analogía con los célebres temas de los manuales de lengua francesa.

"—¿Habéis visto mi sombrero de copa?

—No; pero tengo un sobrino segundo en Madagascar."

Pero en cuanto leas todo lo que tengo que decirte, y Dios te dé paciencia, no te parecerá la contestación tan incongruente.

Verás:

He tomado la acerada peñola, para cumplir contigo el citado deber de cortesía, á las tres y pico de la madrugada, después de haberme echado al colete la Prensa de la noche anterior, abarrotada de discursos, declaraciones de personajes, nombramiento de altos empleados, choques y escaramuzas de unas pandillas políticas con otras, himnos á la libertad y coplas de Calainos. Zumba entre tanto el viento helado del Guadarrama con ímpetu de huracán, y á través del cristal empañado de mi ventana veo la calle solitaria y triste, mal alumbrada por el parpadeo del gas de los faroles y materialmente barrida por el cierzo. Y... ello será un poco cursi, los espíritus superiores puede que lo tachén de sensiblería ridícula; pero en tales momentos las almas vulgares experimentamos siempre dos sensaciones distintas: un placer intenso producido por la atmósfera templada y suave que nos envuelve, contrastando con el frío horroroso que adivinamos fuera, y una amargura honda causada por el recuerdo de los millares de infelices que á aquella misma hora, y á poca distancia de nosotros, tiritan envueltos en harapos, amontonados en guardillas destaraladas, ateridos y muertos de hambre.

Una idea sigue á la otra como la sombra al cuerpo.

Pues bien; todos los periódicos que acabo de leer coinciden en el siguiente párrafo:

"Terminado el debate político se entró en la discusión de presupuestos. Empezó la desbandada, y el salón de sesiones quedó casi vacío." Es lo que está pasando desde que el mundo es mundo.

En vano la Prensa un día y otro procura mover la opinión para que se interese en las cuestiones económicas; en vano fustiga y zahiere á los padres y á los abuelos de la Patria que se ponen los abrigos, encienden los cigarros y se van á *Novelty* á tomar te con pastas en cuanto se empieza á hablar de contribuciones y de ingresos... ¡no hay fuerzas divinas ni humanas que remedien lo irremediable!

Los representantes del país, los encargados de procurar la prosperidad de la nación y el bienestar de sus conciudadanos, que para eso los eligieron, peroran y discuten, se enardecen y se entusiasman cuando se trata de defender los intereses de su partido ó bandería. Y no por el partido precisamente, sino porque con el triunfo de lo que ellos llaman sus *ideales* vienen el reparto de empleos, las prebendas y los honores; la influencia para favorecer á los amigos y el derecho de escupir por el colmillo y de

mirar por encima del hombro á los simples mortales. Pero se trata de contener la voracidad burocrática, de repartir las cargas equitativamente, de hacer más llevadera la vida á los desheredados de la fortuna... y se acabaron inmediatamente el entusiasmo y los discursos.

Es decir, hablando en plata, que los señores políticos se cuidan, y mucho, de que no les falten mullida alfombra en el despacho, troncos en la chimenea y mantas de Palencia en el lecho; pero cuando, gracias á todas esas cosas, gozan la dicha inefable de reirse del aire helado que penetra por las rendijas como un cuchillo, no tienen un recuerdo compasivo para los millares de infelices que tiemblan de hambre y de frío en las guardillas destartalladas.

Los diputados tienen mal corazón, amigo Zúñiga.

Ahora mismo están sobre el tapete dos temas importantes: el proyecto de ley de Asociaciones, que parece un arco de iglesia y no va á ninguna parte, como te probaré si te empeñas, y los nuevos planes de Hacienda que tienen más miga de la que parece. El primero por un extraño fenómeno propio de nuestra amada Patria, mueve las masas, apasiona los ánimos, enciende el odio y hace derramar ríos de tinta, á pesar de saber, como saben de sobra los combatientes, que no será ley nunca; y que si lo es, por un milagro, no se cumplirá; y que si se cumple, por otro milagro, no le importará un comino á nadie. Los segundos, en cambio, no dan á ningún alma nacida frío ni calor, ¡y, sin embargo, entrañan una transformación radical y profunda en el organismo nacional, y un trastorno grave y de irreparables consecuencias en la vida de los ciudadanos!

El Parlamento, que se caldea y anima como palestra de combate con esa monserga del Vaticano y el poder civil, los ataques de Salmorón, las vacilaciones de Moret y la insignificancia del Gobierno, y que se dispone á discutir días y meses si un juez puede ó no puede entrar en un convento cuando le dé la gana, dejará pasar como una seda si llega el caso, que ojalá no llegue, los presupuestos que han de empezar á regir en 1.º de Enero. ¡Y en ellos van incluidos los monopolios de la sal y del azúcar, la supresión de los consumos y otra porción de cosas que parecen inventadas por el diablo para impedir que las clases proletarias tengan pan que llevarse á la boca y techo donde cobijarse.

Pero lo chusco no es eso.

Lo chusco es que idea tan absurda no tiene oposición. Les es indiferente á los conservadores; la apoyan con entusiasmo los republicanos; la tienen los demócratas como una de las bases de honor de su programa, y la admiten en silencio los socialistas. Todos están conformes en abo-

minar del impuesto llamado odioso por antonomasia, y de todas las bocas salen apóstrofes violentos contra sus partidarios, que no existen.

Y ¿sabes por qué es eso? Pues porque la clase media, á la cual pertenecemos tú y yo, mal que nos pese, muerta de miedo ante el turbión que se la viene encima, ha tomado como estandarte del progreso y bandera de las reformas, la blusa del obrero.

Y, naturalmente, le ha dejado sin blusa, que era el único abrigo que le quedaba.

¿Lo dudas? Pues vamos á hablar de esto.

Pero no ahora, porque va á salir el sol y no es cosa de saludarle con cálculos y cifras.

Tuyo siempre.

11 Diciembre 1906.

II

EL SEGUNDO CAÑONAZO

Amigo Zúñiga: En Enero de este año (ayer fué la víspera) decía yo, á propósito de la formación de una numerosa y distinguida Comisión extraparlamentaria para estudiar los medios de abolir ó transformar el impuesto de Consumos:

“Los señores de la Comisión trabajarán como negros durante tres meses y, al fin, arañando aquí, recargando allá, pueden que descubran la manera de sustituir el impuesto sin que los presupuestos del Estado ni de los Municipios se resientan mayormente. Pero como á consecuencia de la combinación habrá que pagar un poquito más por cédulas, propiedad territorial, beneficios industriales, etcétera, etc.; Juan, Pedro y Pablo tendrán que aguantar la broma de que el casero les suba los alquileres, y el zapatero el precio de las botas, y el sastre el de los vestidos; y como todos estos apreciables sujetos no se contentarán con sacarle al inquilino y al parroquiano el recargo que á ellos les hace la Hacienda, sino un poquito más, por si acaso, resultará que al albañil, al carpintero y al herrero no les molestarán los del pincho, pero no encontrarán por este lado economía de ninguna clase.

Y como además el panadero, el carnicero, el vinatero y el patatero les seguirán cobrando por el pan, la carne, el vino y las patatas lo mismo que antes... ¿Que no? Poco tardarán los pobrecitos en demostrar que la rebaja que á ellos les hacen en una arroba no puede alcanzar á las fracciones de cuarto de kilo... porque no hay moneda divisionaria. Y si no, al tiempo.”

Un poco largos son los párrafos, pero los copio enteros para que veas que no parece sino que me lo habían dicho al oído.

Efectivamente, la Comisión trabajó de firme, reunió datos, examinó documentos, hizo consultas, y dió, por fin, un dictamen extenso y luminoso. Planeó el Ministro, se quemó las cejas estudiando el problema días y noches, y... ahí está la ansiada solución vivita y coleando como base fundamental de los presupuestos generales del Estado, y con la solución lo que yo temía: el camino enrevesado y tortuoso y la vida más cara al término del viaje. Para el cual no necesitábamos alforjas.

Pero ¿qué se le ha de hacer, amigo Pérez?

¡La abolición de los consumos está escrita en la bandera del partido liberal, y... cartuchera en el cañón! ¡Guapo ha de ser el que conwenza de que la dicha abolición, tal como está pensada, es un disparate, á los jornaleros y empleados de mediana categoría, que creen que, en cuanto les quiten de en medio á los del resguardo, se van á encontrar las alubias tiradas!

Y, sin embargo, lo probable es que, como fruto del ímprobo trabajo de tantos hombres eminentes, les cuesten más caras las alubias y paguen, además, otra porción de contribuciones nuevas con que ni siquiera habfan soñado.

Porque para encontrar fundamento á tan lamentable profecía, no hace falta estudiar sánscrito ni saber matemáticas: basta contar por los dedos. El impuesto de Consumos produce al Estado y á los Municipios ciento sesenta millones de pesetas en números redondos. Los Municipios y el Estado no prescinden de esa cantidad, sino que la sacan de otra parte, y como los artículos de comer, beber y arder no han de bajar de precio (eso lo puedes tener por seguro), resultará que el compromiso de honor del partido liberal se reduce á recargar los impuestos en 160 millones. Y si se tiene en cuenta que todo el mundo se queja, y con razón, de que los tributos son excesivos, que aquí no come casi nadie, y los pocos que comen algo visten medianamente y habitan en zaquizamfes inmundos... ¡ayúdame á sentir!

¿No tiene una fuerza cómica casi trágica eso de que los prohombres de todos los partidos, los señores insignes, periodistas flustres, inteligencias claras y cerebros sabios, productores y consumidores, industriales y obreros, la nación entera, en fin, ebría de entusiasmo, demuestre su alegría en reuniones, discursos, artículos y conferencias, porque el Gobierno la va á sacar á contrapelo 160 millones de pesetas más que el año anterior?

Pues es el Evangelio.

Y sería cosa de reirse mucho si no fuera

porque la broma va á acabar de mala manera. ¿Que por qué? Por lo siguiente:

Vamos á poner por ejemplo Madrid, que es donde vivimos ambos y donde podrás convenerte más pronto de la certeza de mis tristes augurios porque, como capital de provincia que es, empieza á disfrutar todas las ventajas de la nueva ley desde 1.º de Enero próximo.

En Madrid el Estado recargará, naturalmente, los arbitrios en la proporción necesaria para compensar la parte que le corresponde en el impuesto suprimido, y el Ayuntamiento, para obtener los millones de pesetas que necesita para nivelar su presupuesto, podrá hacer, y hará sin duda alguna, todas estas cosas:

Cobrar lo mismo que ahora por alcantarillas, coches, carros, enterramientos, mataderos, mercados, carteles, anuncios, multas, licencias, etc., etc.

Gravar en un 5 por 100 los alquileres de las casas, ó hacer un reparto general entre los vecinos en proporción de sus haberes, á elegir.

Crear un impuesto especial sobre automóviles, bicicletas, criados con librea, aumento de valor de las edificaciones y terrenos edificables.

Extender á los vendedores al por mayor el arbitrio de puestos públicos.

Sacar á los Casinos y Círculos de recreo (¡ffjate bien!) el 10 por 100 de los ingresos que por todos conceptos obtengan.

Cobrar á los cafés, establecimientos para la venta de bebidas, fondas, posadas, casas de huéspedes y tiendas de comestibles el 30 ó el 40 por 100, según los casos, del valor de los alquileres de los locales que ocupen.

Recargar hasta el 15 por 100 los billetes de los espectáculos públicos, y... otra porción de monerías que harían la lista interminable. ¡Ah! y si todo esto no basta, que no bastará seguramente, inventará arbitrios nuevos, con sólo pedir permiso al Gobierno, que se lo dará con mil amores.

Ahora tú figúrate á los concejales madrileños facultados por la ley para extraer el rédito á sus convecinos por todos esos conceptos, y tendrás el alma de piedra berroqueña si no te mueres de gusto.

—Pero todo ese chaparrón—me dirás—tiene la ventaja de no caer sobre la gente de poco pelo.

¿Que no? Pues, ¿sobre quién va á caer, infeliz? ¿Crees tú que el casero, el comerciante y el industrial van á rascarse el bolsillo por complacer al Ministro de Hacienda, debidamente asesorado? ¡No, hijo, no! Los recargos irán, como una pelota, del casero al inquilino, del tendero al consumidor, y vendrán á

estrellarse, como es lógico, en quien menos pueda resistir el golpe. El que siente de verdad el tirón es el último eslabón de la cadena. Tú verás cómo los primeros que ponen el grito en el cielo son los albañiles.

—Pero, hombre—exclamarás al llegar á este punto—¡eso es ponerse en lo peor! Cierito que tendremos que pagar algo más por esas razones, pero el aumento será compensado con la baja de precio en los artículos de primera necesidad, y váyase lo uno por lo otro.

—¿Que bajarán? ¿De veras crees tú que bajarán? ¡Pues eres una codorniz sencilla! Tú fíjate en lo que está pasando ahora mismo: los agricultores se quejan de que el precio del trigo no es remunerador y piden al Gobierno una subida protectora de aranceles... ¿Comes tú el pan más barato? ¡*Nequaquam!*

Además, ya habrás leído alguna que otra vez que los beneficios de la nueva ley no se tocarán inmediatamente. ¿Y no te escama el aviso? Si el día 31 de Diciembre, á las doce de la noche, se recargaran los consumos, á la una de la madrugada del 1.º de Enero todos los artículos subirían en una proporción mayor que la correspondiente al recargo. Se suprime el impuesto y la rebaja no se podrá notar hasta el año siguiente. ¿Por qué? Se conoce que eso de la competencia es una ilusión engañosa.

Pero, además, hay una razón poderosa en apoyo de mi tesis.

El precio de los artículos de primera necesidad no se rebajará ¡porque no se puede! ¿Te asombras? Tengo á la vista un tarifa de consumos y voy á copiar unas cuantas líneas para recreo y solaz de la gente menuda escasa de recursos:

Fagan en las puertas: una gallina ó una perdiz, 20 céntimos; un conejo, 15; un pichón, 10... ¿Crees tú que, en cuanto cuesten diez céntimos menos, los peones de mano van á comer pichones? ¿Y crees tú que los que los venden van á rebajar esa bicoca?

Por otro estilo: no hay manjares más al alcance de todas las fortunas que las judías y las patatas. Constituyen el alimento ordinario de quien no puede comprar otra cosa. Pues el quintal métrico de cada una de esas especies paga 30 céntimos. ¿Te has enterado bien, Juanito? ¡Treinta céntimos el quintal! Haz el favor de echar la cuenta para averiguar la rebaja que corresponde al medio kilo, que es todo lo más que compran de una vez las lavanderas. Y en cuanto lo sepas díselo al vendedor para que la lleve á cabo.

¡Y luego dicen los ilusos Cafizares que en cuanto se supriman los Consumos van á enterarse los proletarios de lo que son las delicias de Capua! Quisiera yo verlo.

Lo probable es que el que vende patatas y judías, imposibilitado de dividir los treinta céntimos entre los kilos de un quintal, y obligado á pagar algo más por la casa, y la patente, y la tienda, y los toros, y el café y la ropa... suba un poquitín el importe de las judías y las patatas.

Y aquí no van á poder vivir ni las moscas.

En resumidas cuentas: que á todos nos va á costar un ojo de la cara la habitación, el vestido, el teatro, la respiración, el andar á pie, y cuanto se les antoje á los ediles puestos á inventar diabluras, y en cambio... es casi seguro que se subirán los comestibles.

¡Pero habremos acabado con esa vergüenza nacional que se llama el odioso impuesto de Consumos!

Y que á mí también me parece odioso, pero... me repugna engañar á la gente.

Quedas contestado según mi leal saber y entender. Hasta otra.

16 Diciembre 1906.

¡EH! ¡A LAS FIESTAS!

Ahora es cuando me pesa, señor, de todo corazón, haber salido de mi pueblo con rumbo á Madrid hace veintisiete años.

Porque, naturalmente, al cabo de tanto tiempo de lucha enervante en una atmósfera deletérea se le seca á uno el corazón y se le enfría el alma, se hastía de todo y no goza ni á tres tirones. En tal situación de mi espíritu, que más está para la oración y el recogimiento que para el bullicio y la zambra, mucho me temo que los festejos con que vamos á celebrar el Centenario de la Independencia no me den frío ni calor, á pesar de mi acendrado patriotismo, mientras que si yo vegetara á estas fechas en las amarillentas llanuras del antiguo reino de León, ¡qué ocasión se me presentaba para echar una cana al aire, abrasándome como una mariposa en los brillantes esplendores cortesanos y tomando parte en el estruendoso júbilo de un pueblo viril que recuerda sus glorias!

Dios, que me ve por dentro, me perdonará seguramente esta envidia que siento por las almas vírgenes que no han abandonado el terruño y pueden meterse de hoz y de coz en las pompas y vanidades mundanas...

Porque ¡vaya unos siete días que van á pasar, por poco dinero, los sencillos aldeanos que vengán á Madrid á ver cómo solemnizan la epopeya de 1808 los descendientes de las manolas y los chisperos que se ganaron la inmortalidad á punta de navaja!

El programa de las fiestas está ultimado ya, después de un parto laborioso, y es de los que hacen al labriego más tacaño regis-

trar el fondo del arca y tomar el tren en seguida:

Vean, vean ustedes:

"Día 1.º de Mayo. A las doce de la mañana, festival militar en la plaza de la Armería." Como quien dice: "diana por todas las bandas de la guarnición"; pero un poco más tarde de lo que se acostumbra en semejantes casos, para que los forasteros puedan descansar del viaje. "En este mismo día, y á la hora que S. M. designe, el Comité ejecutivo entregará á Don Alfonso un ejemplar de la obra del académico de la Historia señor Pérez de Guzmán, titulada *El 2 de Mayo de 1808*."

Y ya no hay más cosas el día 1.º, pero bastan y sobran. No conviene recargar el ánimo de sensaciones fuertes, y este festejo monumental de la entrega de un libro al Rey es de los que amilanán. Los que tengan la inefable dicha de presenciarlo, no lo olvidarán en su vida, y cuando, andando el tiempo, blancas las cabezas y arrugados los rostros, reúnan á sus nietecitos bajo la campana de la chimenea, les dirán, bábucientes de emoción:

—Aquí donde me véis, hijos míos, yo estaba en Madrid cuando una Comisión entregó al Monarca un libro de un señor académico. Yo no lo pude ver porque no me dejaron entrar; pero *me cogió* la ceremonia allí, á dos pasos, en un mesón de la Cava Baja... ¡Y desde entonces yo no quepo en mí de orgullo!

"Día 2. Por la mañana, á las ocho y media, fiesta religiosa en la plaza del Dos de Mayo; á las diez, exequias por las víctimas en San Francisco el Grande y procesión cívico-religiosa. Por la tarde, fiesta religiosa en la iglesia de la Buena-Dicha. Por la noche, iluminación de los edificios públicos y fiesta popular en la plaza del Dos de Mayo, organizada por el Cuerpo de Artillería."

Este es el día grande, el del aniversario, y por eso hay diversiones para todos los gustos. Los buenos cristianos pueden presenciar la misa al aire libre á las ocho y media; otra misa con sermón, en local cerrado, á las diez; una procesión á las doce, y unas vísperas por la tarde. Los escépticos y descreídos pueden ver el desfile de carrozas y señores enlevitados por la mañana, bailar en una plaza por la noche y asombrarse todo lo que quieran con la iluminación de los edificios públicos, que ya se sabe que es *descacharrante*, como dirían los herederos de Malasaña. Y por si esto fuera poco hay que ver la coletilla del programa: "El alcalde rogará al vecindario que este día coloque colgaduras en los balcones". Con lo cual queda redondeado el festejo, porque todos, absolutamente todos, habíamos soñado con las colgaduras.

Y ahora desde el día 3, empieza lo bueno.

"Día 3. Desfile de los niños de las escuelas por el arco de Monteleón, con regalo de cartillas históricas. Adjudicación de 20 cartillas del Monte de Piedad por el Círculo de Bellas Artes. Sesión solemne de las Reales Academias en el palacio de la Bolsa, y responso ante el monumento de los mártires."

¡Esto es ya plétora de diversiones! No va á saber uno donde acudir, si al desfile, al reparto de las 20 cartillas, á la sesión de las Academias, ó al responso. Yo, puesto á elegir, me quedaría con la sesión de las Academias; ¡Se entretiene uno tanto!

En los días 4, 5, 6 y 7 para quitar el amargor de la boca hay todo lo siguiente, que dividiremos en dos partes, para mayor claridad:

Primera parte. *Útil*.

"Descubrimiento del monumento al pueblo del Dos de Mayo y de las tres lápidas conmemorativas que regala el Círculo de Bellas Artes, é inauguración de la Exposición histórica."

Ya se sabe que con la apertura de Exposiciones y los descubrimientos de lápidas y monumentos se goza lo indecible.

"Excursión á Mostoles para descubrir el monumento dedicado á D. Andrés Torrejón, y excursión á Segovia para colocar la primera piedra en el monumento á Daoiz y Velarde."

Estos dos festejos, para los paletos que vengan de fuera, supongo yo que se reducirán á bajar á las estaciones á despedir á las Comisiones respectivas, y el que no se divierta con eso será porque no estará de humor. Menos mal que se sabe que eso de la primera piedra de Segovia (que ojalá no sea también la última) se hace cumpliendo un acuerdo de las Cortes de Cádiz con un siglo de retraso, lo cual siempre entusiasma un poco.

Segunda parte. *Dulci*.

"Fuegos artificiales en los paseos de Rosales y de Atocha, becerrada benéfica en Vista Alegre y función de convite en el teatro de Apolo, para que asistan los señores de siempre con las bandas, cruces y entorchados de siempre, previa la oportuna rebatifa de localidades."

No se me negará que, por lo menos,

los fuegos artificiales
del paseo de Rosales

y la becerrada benéfica son dos números enteramente nuevos y completamente *sugestivos*, como se dice ahora.

¡Mecachís! ¡Cómo se van á poner el cuerpo los que vengan!

Lo que me choca es que las Compañías de ferrocarriles hayan anunciado trenes especiales con billetes económicos de ida y vuelta.

Deben ser de ida nada más, porque después

de presenciar los festejos, ¿quién es el tonto que se vuelve á su casa? ¡Aquí, y nada más que aquí será donde quiera todo el mundo pasar el resto de sus días!

30 Abril 1908.

LIRICOS, ¡AL TREN!

Estoy resuelto á ir á Valencia en el tren de color de rosa pálida que va á fletar el Ateneo. Claro es que entre el propósito y la ejecución puede haber un abismo, pero mientras el Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes no disponga otra cosa la resolución es firme.

Porque ¿de qué se trata?

¿De enviar una bandada de poetas jóvenes á que picoteen en los floridos vergeles levantinos?

Pues me considero con derecho á picotear por varias razones.

Primera: porque he empezado á peinarme hacia abajo.

Segunda: porque soy tan poeta lirico como el primero y más joven que los que dicen que tienen el alma niña para justificar el pasarse la vida empezando la carrera.

Tercera: porque he remitido á *El Liberal* mi retrato y mi autobiografía diciendo que soy hijo de las Hespérides y que amo las verdes llanuras del Paraguay; y si no se han publicado todavía habrá sido por falta de espacio.

Y cuarta: porque no ignoro que en Valencia:

“la jota sale
de la conciencia”

porque me lo han dicho con música mis buenos amigos Perrín y Palacios, que lo saben de cierto por la tradición... y por el consiguiente.

Juzgó, pues, estas razones bastante poderosas para formar parte de la expedición aunque nadie me llame, ¡y demasiado hago con no quejarme de la preterición injusta de que he sido objeto!

Pero, además, tengo otras muchas.

¡Cualquiera se priva del placer de viajar, arrastrado por una locomotora adornada con nenúfares, en un coche de tercera saturado de perfumes de Smirna!

Añadan ustedes que los mozos de las estaciones tocarán la siringa dulce en vez de la bocina estridente, que los postes del telégrafo rematarán en tirso con cintas de colores y que en los alambres se posarán sinsontes en lugar de golondrinas, y ¡á ver si es cosa de perder esas gangas por un alarde de modestia!

Además, y esto es lo más gordo, la Comisión de festejos ha anunciado ya que alfom-

brará con flores un kilómetro de carretera, y ¿no es de temer que al triscar y saltar, libres y sin freno, tantos vates cerdeos por semejante pradera artificial digna del olimpo, rompan á cantar como locos, inventando ritmos nuevos y destrozando sus propios moldes?

Pues por eso hago yo allí falta.

Porque yo soy grave y prudente, á pesar de la profunda y sincera admiración que siento por los Helenos y por las Elenas, y mi presencia bastará para contener los ímpetus de mis compañeros y para que la inspiración quede encerrada en los justos límites.

Sentir las palpitaciones de la naturaleza fecunda, santo y bueno; leerse luego las cuartillas los unos á los otros y *lamearse* mutuamente hasta que atardezca y después de que atardezca... corriente; pero publicar las impresiones con atrios, pórticos y peristilos para fastidiar á los amigos periodistas y acabar de desacreditar los puestos de libros de la feria de Septiembre, ¡eso no se lo consentiré á ningún expedicionario aunque se ponga de rodillas!

Aparte de esta sagrada misión que acepto voluntariamente y que me propongo cumplir á rajatabla, no pienso hacer mal papel ni deslucir la comitiva.

Porque puedo echarme á reñir con el más pintado en lo de tener escasos lectores y en lo de que no me admire nadie absolutamente, y sé y puedo, cuando llegue el caso, hablar de las barbas del padre río, de las uñas del hermano zorro, de la colita del primo conejo y de la coleta del compadre Conejito chico, con lo cual se me figura que podré pasar por superlirico en las “fértiles orillas del Turia” y en todas partes.

Ya sé que este torrente de poesía que va á caer sobre el Micalet tiene una contra, y es que la Comisión de festejos, ya que nos tiene allí, no nos dejará escapar sin un par de veladas. Pero ¿qué se le ha de hacer? Váyase el cosecórren por el bollo. Aguantaré con paciencia todos los alejandrinos que me suelten, aunque sean más que las arenitas del Grao, y por si me viera precisado á improvisar alguna cosa para justificar el viaje, ya tengo pensada la manera de salir airoso del compromiso.

Recitaré como míos aquellos magníficos versos del apóstol Rubén:

“Qué impúberes canéforas te ofrenden el
[acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame llanto,
sino rocío, vino, miel...”

Y no es de suponer que se descubra la inocente superchería, porque lo probable es que no sepan los valencianos con qué se comen las canéforas.

Por último, y esto que se quede entre nosotros porque si se descubre el secreto no hacemos nada, quiero que de la expedición resulte algo práctico y llevo embotellado un discurso.

No asustarse; son cuatro palabras.

— ¡Señores!— diré en cuanto me dejen— resucitemos una simpática proposición injustamente abandonada. Ya que estamos aquí... ¡coronemos á Rueda! ¡Miren ustedes que, si desperdiciamos esta ocasión, nos van á ganar por la mano los literatos de Guantánamo y de Sagua la Grande que ya le están poniendo los puntos, y luego nos va á dar muchísima rabia!

23 Marzo 1909.

LA CAPA DEL ESTUDIANTE

Si el bueno de *Figaro* resucitara, lo cual no nos vendría mal para leer de vez en cuando alguna cosita de provecho, vería que, á pesar de dedicarle lápidas, veladas y banquetes, las malas costumbres que se empeñó en corregir siguen como si tal cosa.

¿Recuerdan ustedes el saladísimo artículo titulado "El beneficio del señor López"?

Pues se podría calcar ahora, cada lunes y cada martes, con motivo de las *seratas d'onore*, que dedican las mil y pico de empresas de la Villa y Corte á sus distinguidos comediantes de ambos sexos para demostrar que por nosotros no pasan años.

El señor López de mil ochocientos treinta y tantos dejó descendencia, y si volviera á entrar por Atocha ó San Vicente otro paleta como el de marras, deseoso de ver una comedia regularmente representada ó una zarzuela de gusto, correría el mismo peligro de no entender jota de lo que pasaba en el escenario, aunque tuviera más hijos que Vega y Cavestany juntos.

Porque las beneficiadas y beneficiados, típiles y barítonos, damas y galanes, barbas y características, siguen arreglando sus carteles como la célebre capa del estudiante,

"con veinticinco remiendos
de veinticinco colores",

y el desdichado que de buena fe se sienta en una butaca ó en una delantera de paraíso para atender al argumento con unas migajas de interés y no levantarse hasta ver en qué para aquello, sale sin remedio del teatro con la cabeza como un bombo y renegando de haber nacido.

Véase un modelo de programa de verso:

"Beneficio de la señorita Bermúdez ó el señor Pacómiez:

"Primer acto de la comedia titulada *La di-cha que se pierde*.

"El entremés titulado *¡Camaratta, vaya una noche que jase!*, de costumbres andaluzas naturalmente."

"Monólogo del acto tercero de *Amar fulastre*.

"Escena quinta del acto segundo del drama *Corazón, hígados y sangre*, en la cual, y en obsequio al beneficiado, tomará parte el notable primer actor Sr. Cascorro, que estrenó la obra en el cinematógrafo de las Peñuelas.

"Cuadro tercero del acto quinto de la comedia *El joyero de Alina*, de Mrs. Brisson y Lebaudy, admirablemente traducida por el eminente periodista Sr. Medinilla.

"Segunda mitad del juguete cómico *¡Tómala en brazos!*, en que el Sr. Pacómiez ó la señorita Bermúdez hacen las delicias del auditorio."

Y así sucesivamente.

Digase si el espectador que ha pretendido divertirse, con la honestidad y el decoro que requieren los tiempos, podrá sacar algo en limpio de actos primeros, escenas segundas, cuadros terceros, monólogos, entremeses y mitades en que se queda á media miel, sin saber cómo terminan los conflictos y cómo empiezan las situaciones cómicas.

Y en el género lírico no digamos.

Allá va un ejemplo:

"1.º Sinfonía de *Pan y toros*.

"2.º Acto tercero de *Rigoletto* (ópera).

"3.º Coro de *El diablo en el poder*.

"4.º Romanza de *La tempestad*.

"5.º *Chateaux Margaux*, por la señorita Arana, como es de suponer.

"6.º Acto segundo de *El sargento Federico*.

"7.º Quintillas de *Curro Vargas*.

"8.º Jotas clásicas, tocadas en la guitarra por el beneficiado y bailadas por la pareja de niños de Utebo.

"9.º Escenas tercera, cuarta y quinta de *El puñao de rosas*.

"10. No codiciar los bienes ajenos."

Desarrollado el programita en esta forma, ¿quién es el guapo que saca intactas las facultades intelectuales de semejante olla de grillos?

Ni una sola escena tiene relación con la siguiente, ni un solo número de música viene á cuento, ni aquello tiene pies, ni cabeza.

A pesar de lo cual nunca faltan páparos que acudan á las funciones de beneficio, ni admiradores fervientes que envían cestas de flores, sombrillas, abanicos y artículos de fantasía si el beneficiado es hembra, y cajas de puros, bastones, tinteros y cortes de pantalón si se trata de un macho.

Todo porque el preopinante ó preopinanta, después de muchos desvelos, cálculos y vacilaciones, se ha figurado que con aquel ba-

tiburillo queda el cartelito como las propias rosas y se va á despoblar Madrid por ir á verlo.

—Yo me luzco mucho—piensa la dama—en la escena del acto cuarto en que me vuelvo loca... ¡Pues voy á hacer la escena del acto cuarto!

—A mí me aplaude la *claque* desafortadamente—se dice el tenor cómico—cuando *balo* como un corderito en los cuplés del cuadro primero... ¡Con un par de balidos basta!

Y así, poquito á poco, de retales y pizcas, se va arreglando una función que vuelve locas á las muchedumbres, no tanto por el entusiasmo como por no haber podido averiguar en toda la noche qué pasa en escena.

Y el que más y el que menos sale del teatro queriendo asesinar á su señor padre, como la primera dama, ó balando en demanda de la fresca hierba, como el tenor cómico.

¡Y menos mal si entre col y col no le han soltado la lechuga de alguna pieza "escrita expresamente!"

Porque entonces ¡mejor están en Mesina!

4 Abril 1909.

LA RACHA DE AHORA

Años atrás—ya ha llovido un poco desde entonces, ¡oh, apreciables *coccos* Loma y Laserna!—á la gente hastiada de sí misma le dió por estrellarse en la calle de Segovia.

Quiere decirse que estuvo de moda el Viaducto, y en cuanto una doncella se veía abandonada por el ángel de sus amores, ó un sujeto se encontraba falto de recursos, saltaban la barandilla y se lanzaban al espacio en busca de la losa fría.

Sucesivamente, y en distintas épocas, estuvieron en boga las colecciones de fototipias, los pensamientos de álbums y álbums de pensamientos, las apuestas en los frontones, las bicicletas y los asesinatos de mujeres.

Esta última afición sigue como en sus mejores tiempos para que nadie pueda sospechar que se está acabando la galantería de la raza, y además han entrado en las costumbres otros dos no menos importantes: la de entretenerse pegando puntapiés á una pelota y la de hacer homenajes á los genios.

No hay que decir que por ambas debemos felicitarnos cordialmente los unos á los otros, puesto que indican que están despertando las energías de la Patria, que creían agotadas definitivamente el solitario de Graus y algunos socios del Ateneo. Con las patadas, encontremos y topetazos de los juegos ingleses, la juventud se vigoriza atrozmente, y acabará por tirar de una carreta, y con las lápidas, mausoleos, banquetes en la fuente del Berro y coronaciones públicas, el nivel moral del pueblo

crece que es una bendición de Dios, y á la vuelta de ocho ó diez años no habrá familia hispano-americana que no tenga un par de grandes hombres.

¡Qué demonio! Puestos á exagerar, más vale que nos dé por admirar al vecino del piso segundo, sólo por ser vecino, que no por negar la sal y el agua á todos los compatriotas, empuñándonos en que aquí no tiene nadie sentido común ni vale dos pesetas.

Entre pasarnos la vida dando veladas y conferencias para probar que Calderón era un beugo y Cervantes una castaña, que fué lo que constituyó la manía de los decadentes fin de siglo... pasado, y la nube de eminencias vivas y muertas que está descargando ahora sobre las fachadas de las casas, escenarios de los teatros y Juntas directivas de los Círculos... preferimos la nube.

Aunque no sea más que por la esperanza de no morirnos sin nuestra buena cruz de Alfonso XII.

El homenaje, que es lo que ha sustituido dignamente á las colecciones de sellos y al suicidio por parejas, reviste diferentes formas, según los méritos y la buena ó mala pata del agraciado, y puede dividirse en once clases, como las cédulas.

Primera clase. Estatua por suscripción pública, para la cual concede el Estado unos cuantos cañones inservibles. Reservada para políticos y generales. Suele dedicarse en la colocación de la primera piedra y en la desaparición lenta, pero segura, de los fondos recaudados en los momentos de fiebre patriótica.

Segunda clase. Desfile de Sociedades y gremios con estandartes y banderas. Para ésta son requisitos indispensables la adquisición previa del premio Nobel... y que se encargue de la organización la Asociación de la Prensa.

Tercera clase. Coronación simbólica. Exclusiva para poetas líricos destinados á pasar á la posteridad. Hasta ahora no han podido atrapar esta ganga más que Quintana, en Madrid; Zorrilla, en Granada, y Salvador Rueda, en Albacete.

Cuarta clase. Lápida conmemorativa en la casa donde murió el interesado. Se coloca siempre ó casi siempre á petición del maestro Cavia, que goza lo indecible con eso. El descubrimiento se verifica con toda solemnidad, en presencia del alcalde de tanda, de media docena de señores de levita y de unos cuantos mozalbetes que no tienen nada que hacer más que plantarse delante del objetivo para salir en los periódicos. Por supuesto, Cavia, retenido en el lecho del dolor por un pertinaz catarro, no asiste nunca.

Quinta clase. Función teatral de honor. Propia para dramaturgos que han tenido la

suerte de acertar en buenas condiciones. Concurren á ella tres ó cuatro compañías además de la de Alabarderos que hace salir á escena al laureado en el momento crítico, y acaba con una décima escrita expresamente por un amigo pidiendo una salva de aplausos, el derecho á la inmortalidad y un jamón con chorreras. Las compañías que han tomado parte en el espectáculo salen echando las muelas por el trajín en que las meten con parecidos motivos cada lunes y cada martes.

Sexta clase. Banquete de lujo. Propio para solemnizar triunfos artísticos, discursos trascendentales, ingreso en Academias y otras pompas mundanas por el estilo. Se asiste de frac, se pronuncian dos ó tres discursos que no se oyen con el ruido de las eucharillas, y se leen en secreto muchas cartas de adhesión. Entre ellas una de Pérez Galdós, retenido por sus ocupaciones políticas y otra de Cavia, que sigue en cama con el dichoso catarro.

Séptima clase. Velada necrológica, pensada para que todos huyamos como del fuego de la hora de las alabanzas. Las cuarenta ó cincuenta personas que asisten á ella por puro compromiso, salen con los corazones en los puños y hartas de saber lo que valía el cadáver.

Octava clase. Banquete popular en los Veranos ó en el Frontón Central. Propio para concejales con iniciativas, toreros que salen para Veracruz y autores de piezas en un acto "que recorrerán en triunfo todos los escenarios de España". Al final se retratan al *magnésio* todos los señores de la mesa presidencial, con los sombreros *echaos pa atrás* y los puros en la boca.

Novena clase. Beneficio simple. Destinado á los autores de obras que alcanzan la centésima representación á trancas y barrancas. Consiste en poner en el cartel un 100 muy grande con cifras rojas, y repartir entre los beneficiados las 67 pesetas 50 céntimos á que suele ascender el importe de la entrada bruta.

Décima clase. Placa de plata sobre tabla de roble. Propia para Ministros que hacen reformas subiendo los sueldos. Lleva las firmas de los que la costean y se coloca durante un mes en el escaparate de una camisería para que el público sepa á qué atenerse; y

Undécima clase. Serenata. Esta forma de homenaje es la más sencilla y común y se aplica á los oradores políticos que andan de la Ceca á la Meca y á los industriales que tienen la humorada de abrir un establecimiento. En el primer caso, la pagan los "elementos a fines de la localidad", y en el segundo, el propio interesado. En ambos se baila el *agarrao* por el coro de ambos sexos.

Ahora escojan ustedes la que más les con-

venga, porque la racha sigue, gracias á Dios, y ¡valiente pedazo de atún tiene que ser el que se quede sin homenaje!

11 Abril 1909.

SINDIQUEMONOS

Sí, sindiquémonos.

No sólo porque es lo que *se lleva*, sino porque ha llegado el momento de escoger entre ser mazo ó ser yunque, y los sindicatos acabarán por ser el mazo y apretar de firme.

Desde que empezamos á entonar himnos á la honrada blusa y á escribir piecécitas para los teatros, demostrando que el que no se viste de pingajos y le da cuatro verdascazos diarios á la parienta no tiene chispa de vergüenza ni es persona decente, las cosas han adelantado mucho.

¿Hay nada más despreciable que un señorito que no hace más que escribir en la oficina ó un menestral que monta una fábrica ó establece una industria para ver de sacar cuatro cuartos?

¿Hay, en cambio, nada más digno, más noble y más admirable que un obrero?

Así como el hombre prevenido vale por dos, el hombre sindicado vale por cincuenta mil y lleva trazas de ser el amo del mundo. Porque en eso, en ser los amos, estamos todos conformes, blancos y negros, absolutistas y ácratas, tueritos y derechos...

La solidaridad va tomando un aspecto que tumba de espaldas.

A lo mejor se le ocurre á un peón de albañil fumar un cigarrillo y echarle el humo en las narices al patrono. Pues si el patrono se enfurruña y le dice al peón, con buenas formas, que le parece que aquello está mal hecho, el peón se lo cuenta á la Junta del Sindicato y éste acuerda inmediatamente la huelga general en todos los países hasta que el patrono declare que le gusta que le echen el humo.

Lo cual es una manera de entender la libertad y la glorificación del trabajo como otra cualquiera.

París, que es la *ville lumière* y el centro de los grandes ideales, como sabemos todos, gracias á los que traducen folletines á peseta el pliego, tiene la obsesión de la tiranía, y en cuanto sale de una se mete en otra irremisiblemente.

Ahora está á las órdenes de un señor Pataud, que viene á ser el Napoleón de las corrientes eléctricas y que se divierte á costa de los vecinos pacíficos cuando le da la gana. Y lo malo no es eso. Lo malo es que dispone asimismo de un señor Riel, secretario de la Confederación General del Trabajo, que

pretende extender su *esfera de acción* á los demás países.

Uno de los primeros ¡y cómo no!, que van á caer bajo la férula del nuevo señor de horca y cuchillo, es la España de nuestros mayores, el pueblo pintoresco de las majas, los bandoleros, los contrabandistas y la Inquisición á todo trapo.

El citado señor Niel nos va á redimir de un momento á otro, de grado ó por fuerza, y ha empezado por dirigir al Gobierno español una atenta comunicación que pone los pelos de punta.

Véase la clase:

“Presidente del Consejo de Ministros.—Madrid.—La Confederación General del Trabajo de Francia, que ha tomado ya por su cuenta la defensa del asunto de las víctimas de Alcalá del Valle, se asocia con mayor empeño que nunca á cuantos se interesan por la suerte de esas víctimas.”

Fíjense ustedes bien. La Confederación General del Trabajo de Francia lo ha tomado ya por su cuenta (¡ábrete, tierra y tráganos!) y negocio que tome por su cuenta la Confederación General, como no sea el rescate de la Alsacia-Lorena, negocio concluído.

Pero, vamos á ver, ¿quiénes se figuran ustedes que son las víctimas de Alcalá del Valle? ¿Los que murieron asesinados en la revuelta? ¡No, señores! ¡Los asesinos!

Y sigue la comunicación.

“La libertad que reclamamos para nuestros camaradas (claro que robaron, incendiaron y mataron ¡pero son camaradas!) es un acto de justicia y de solidaridad, por el cual estamos resueltos á intentarlo todo, y esperamos que sea tomada en consideración la petición de los trabajadores franceses.”

Y firma: “el secretario, Niel.”

El cual Niel, en nombre y representación de la Confederación General del Trabajo, no se ha indignado ante las fotografías de unos cuantos obreros muertos de hambre, vendiéndose como esclavos en los Estados Unidos, y ha perdido una magnífica ocasión de hacer una hombrada. Pero se ha indignado muchísimo ante la noticia de que todavía gimen en presidio seis obreros españoles que asesinaron lindamente á unos cuantos compatriotas.

¡Pícaras casualidad! Los yanquis tienen unos barquitos muy monos con sus cañones que hacen ¡pum, pum! y nosotros, hoy por hoy, no contamos más que con el amigo Macías del Real y cuatro ó cinco planos sobre la mesa del Congreso, y la solidaridad obrera se conoce que se manifiesta muchísimo mejor ante los planos que ante los cañones.

Porque la comunicación del compañero Niel, que ha publicado nuestra Prensa con verda-

dera fruición y en un arranque de patriotismo tiene una coletilla.

Dice lo siguiente:

“Si no se consigue así la libertad de los presos se recurrirá á la acción directa, dando á los Sindicatos de los *docks* y de los puertos la consigna de aplicar el *boycottage* á las mercaderías españolas.”

De modo que ya sabe Maura lo que tiene que hacer de ahora en adelante. Obedecer al señor Niel, que es el que verdaderamente manda en España y sus escasas posesiones, y soltar á los presos de Alcalá del Valle para que sigan matando á quien les dé la gana.

De lo contrario, ya sabe á lo que se expone: á que no pueda nadie desembarcar en Marsella una caja de pasas de Málaga ni un litro de vino del Priorato.

Comprendo que la humillación le costará un berrinche al Presidente del Consejo; pero, en cambio, el Ministro de Hacienda se chupará los dedos de gusto.

El presupuesto de gastos de la nación podrá *aligerarse* extraordinariamente... ¿Cómo? Suprimiendo de una plumada alguaciles, jueces, magistrados, Guardia civil y Policía, que no nos han de servir de nada.

La Confederación de obreros franceses se encarga de llevarnos por el buen camino, y de aplicar ó no aplicar las leyes según la clase social del que las conculque.

¿Un patrono despide á un obrero? ¡A la horca inmediatamente!

¿Un obrero mata á un patrono? Sopitas, buen vino y una navaja cabritería regalada por suscripción pública.

¿Qué hay quien se niegue? ¡El *boycottage*!

Y de esa manera se hará la reforma social en un abrir y cerrar de ojos, y el señor Niel dirá á cada nación la forma de gobierno que la conviene para evitar al mundo quebraderos de cabeza.

Lo cual no será el bello ideal de la humanidad; pero es el del amigo Niel, como si lo estuviera viendo.

18 Abril 1909.

MEDITEMOS

Diz que con este mismo titulito que, efectivamente, *se los trae*, hizo un artículo un insigne periodista contemporáneo de nuestro querido amigo y profesor D. Antonio Sánchez Pérez, que otros mil años viva.

El cual artículo tumbó un Gobierno ó, por lo menos, le hizo tambalearse.

No pretendemos nosotros tanto, porque antes de que nos lo dijera Juan de Aragón estábamos convencidos de que los artículos no derriban á nadie, por muy largos y muy contundentes y muy demoleedores que sean.

Lo que sí pretendemos es impedir que se firme el contrato de adjudicación de la escuadra... ¡y ojalá lleguemos á tiempo!

Y es más, esperamos conseguirlo como quien lava, para que rabie Sol y Ortega que se ha desgañitado estos días pidiendo el expediente... ¡No! No se sonrían con incredulidad nuestros escasísimos lectores, porque luego, cuando vean que el contrato no se firma y que la escuadra no se hace, gracias á nuestras indicaciones, les va á pesar la sonrisita.

Gedeón, que no se entusiasmó con el resultado de la sesión memorable, que es francamente impopular y que no pertenece al *trust*, tiene, por eso mismo, una autoridad indiscutible en el asunto, y además unas razones aplastantes, conmovedoras y convincentes.

Maura es persona razonable, Ferrándiz es razonable, los mismos accionistas de la Sociedad Española de Construcciones Marítimas deben ser razonables y no podrán por menos de atendernos en cuanto lancemos á la publicidad los argumentos que traemos embotellados.

Helos:

Inglaterra y Alemania son las dos naciones europeas que se deben tomar por modelos, según los más autorizados informes, y, sin embargo, ¡lo que son las cosas!, están ahora en pleno reino de la fantasía y del disparate. Tan fuera de la realidad, tan faltos de sentido común y tan dejados de la mano de Dios andan sus gobernantes, que, si no rectifican y caen en la cuenta, los dos poderosos Estados van derechos á la catástrofe y á la ruina y á la vuelta de un par de quinquenios no quedan ni los rabos.

A millón y medio de marcos asciende *diariamente* el déficit de los presupuestos alemanes, y el canciller y el Kaiser, ó el Kaiser y el Canciller, como ustedes quieran, se están volviendo locos para arbitrar recursos, arañando los bolsillos de los súbditos, mientras el Parlamento inglés se desvive para conjurar la enorme crisis comercial y económica que amenaza dar al traste con la legendaria fortaleza del Reino Unido.

¿Y saben ustedes por qué? Por la manía de los acorazados, precisamente.

Cada barco de esos cuesta un dineral, y su sostenimiento sobre el agua dineral y medio, y todos los años se aumentan las toneladas, y las unidades, y los cañones, y la marinería. ¡A ese paso la vida es un soplo!

Si los planes de los respectivos Almirantazgos se realizan, allá para mediados de 1920 no se podrá salir á dar un paseo por el mar sin tropezar con una mole de hierro, inglesa ó alemana, que camina sobre las olas tragando millones.

Para entonces, naturalmente, el poderío na-

val de ambas naciones será formidable y no se moverá una sardina sin su permiso; pero los habitantes de la orgullosa Albión y de la invicta Germania habrán tenido que emigrar, de puro poderosos, por no tener sobre qué caerse muertos.

Bueno, pues el *busilis* de la tragicomedia no es ése.

El *busilis* es que en 1920, ó un poquito antes, cuando las escuadras estén concluidas y los Estados que las han construido deban hasta el modo de andar, los monstruos marítimos serán unos armatostes inútiles que habrá que vender por hierro viejo.

Esta afirmación rotunda y relativamente desconsoladora no podemos hacerla nosotros solos; puede hacerla también, y con el mismo fundamento, todo el que tenga dos dedos de frente.

Porque, fíjense ustedes, hermanos míos:

Muy despacio tiene que andar el reciente descubrimiento de la navegación aérea, y muy torpes han de ser los que á su perfeccionamiento se dedican, para que de aquí á diez años no exista un aparato aviador ó globo dirigible que pueda cruzar los mares llevando á bordo unos cuantos cartuchos de dinamita.

Y llegado este caso, que es más que probable, seguro, ¡adiós los cañones monstruosos y las corazas de un metro de espesor y las torres blindadas!

Un pajarraco insignificante podrá destruir la escuadra más poderosa en quince minutos cascando barcos con absoluta impunidad, como quien cascá nueces.

Y los pueblos que se arruinaron por la ilusión del poderío naval, y las potencias grandes y chicas que se lanzaron por tan desastroso camino, habrán hecho un pan como unas hostias.

¿Está esto claro?

Pues si está claro, que nos diga el que lo sepa qué pito van á tocar los Estados confederados de Euskeria, Bética, Catalunya, Bilibis, Castilla y Cantabria, que para entonces habrán sustituido á la España actual bajo la presidencia de Cambó, con las cuatro ó cinco chalupas en que se gastaron 400 millones.

Si las ballenas están llamadas á desaparecer, ¿qué porvenir espera á los simples besugos?

Neptuno va á ceder el cetro á Eolo. Preparémonos á volar y dejémonos de balandros.

Y perdonen ustedes este pequeño alarde de erudición; pero es que, como el protagonista de *La república del amor*, la tenemos mitológica.

¿Qué se diría del sujeto que, cuando empezaron á rodar por los carriles las primeras locomotoras, empleara su fortuna en la construc-

ción de galeras aceleradas? Que era un botarate.

Pues aplíquense el cuento los que tienen la sartén por el mango, piensen con calma, mediten con sosiego y... suspendan hasta 1920, por lo menos, la firma del contrato para la construcción de la escuadra.

Porque á la vista salta, dicho sea con el debido respeto, que van á hacer una tontería. Y que se escriban estas palabras.

6 Junio 1909.

EL CRIMEN DE ANOCHE

O de anteanoche, ó de ayer por la mañana. El caso es que hasta mediados de Octubre, fecha en que se abrirán de nuevo las Cortes para nuestro regocijo y esparcimiento, no se pasará una semana sin que tengamos un crimen fresco, acabadito de cometer y chorreando sangre en las columnas de los diarios.

No diremos que hay una Providencia especial para los periodistas, porque eso sería acabar de atraer sobre nosotros la envidia y el odio de las clases neutras; pero indudablemente la que cuida de los pajaritos del aire y de los pececillos de la mar no olvida á las pobres criaturas que tienen que llenar los periódicos durante el verano.

Sin ella, cuando los políticos descansan y los negocios más ó menos claros se paralizan, la vida de los cronistas y noticieros que tienen que quedarse al pie del cañón para amenizar la existencia de los demás mortales, ávidos de sensaciones, sería un continuado suplicio.

Porque los estudios sobre el comercio de exportación, la repoblación forestal, la utilidad del guano y las literaturas extranjeras con que nuestros antepasados iban saliendo adelante en los meses de calma chicha, ya no distraen, ni entretienen, ni *dan la castaña* absolutamente á nadie, y aquella hermosísima y socorridísima serpiente de mar que se pasaba guapamente el estío tragándose verdaderas montañas de letras de molde, se ha desacreditado ante los lectores más candorosos, y ya no podrá colear en muchos años.

Por eso surgen con lamentable regularidad, en cuanto las Cámaras alta y baja suspenden sus tareas, los crímenes misteriosos y los delitos horrendos, ricos en incidentes y peripecias espeluznantes...

Los cuales crímenes no son, por desgracia, producto de la acalorada imaginación, sino reales y efectivos, y perpetrados por designio de la susodicha Providencia para que los rotativos tengan cositas interesantes de qué tratar y la gente no se aburra en los balnearios.

Durante el invierno, los asesinos, ladrones,

estafadores y demás delincuentes *pasionales* despachan su misión sobre la tierra con toda claridad y concisión.

El relato de cada suceso no requiere más de una docena de líneas, y si se *infla* indebidamente es por gana de molar al curioso lector, que suele estar interesadísimo en las declaraciones de Maura, en la actitud de Canalejas y en las chinchorrerías de los solidarios catalanes.

Pero en cuanto llegan las imperiosas vacaciones ya no se realiza un hecho punible sin su correspondiente cortejo de circunstancias misteriosas y novelescas que están pidiendo á voces cuatro ó cinco columnas de información amena y variada.

Parece, y es, efectivamente, que todo el que tiene el proyecto endiablado de escapechar al prójimo, ó descerrajar una caja de caudales, ó castigar las infidelidades de la mujer amada y quiere añadir al acto detalles *extranaturales* y *extraordinarios*, lo guarda para la época en que en las Cortes, los Ministerios y los Círculos políticos no hay asuntos de qué tratar...

¿Tendrá alguna relación el refinamiento criminal con la temperatura?

Algunos sabios así lo dicen, y habrá que creerlos, puesto que los hechos vienen todos los años á apoyar la tesis.

Supongamos que á un guapo se le mete en la cabeza que una moza *baril* le mantenga á cuerpo de rey, achaque muy frecuente en los guapos; que la moza *baril* se cansa de ser bestia de carga para que se luzca su hombre, y que el hombre, furioso de que se le escape la breva, decide cortar la yugular á la rebelde, para que se vea que le sobran redaños.

Bueno, pues en Enero ó Febrero el hecho *tendrá lugar* con una sencillez encantadora.

—Que te vengas conmigo.

—Que no me da la gana.

—Que sí.

—Que no.

—¡Piri, que te señalo!

—¡Tú que has de señalar!

Y de repente, ¡zas!, una puñalada trapea en el cuello, una moza que cae para no volver á levantarse y un guapo que se presenta gallardamente en la Comisaría á decir que ha vengado su honra.

Los periódicos cuentan el lance en letra menuda en la sección de sucesos, se prueba en el juicio que la mujer era una cualquier cosa y que el crimen *pasional* se cometió en un rapto de locura de celos y el Jurado planta en la calle al héroe con un cartel arrebatador para las chulas.

Pero en Julio ó Agosto el asunto tiene otro aspecto y la novela trágica se divide en infinidad de capítulos, que se relatan con la

extensión debida... cuando no hay lista de Lotería ó revista de toros.

Primera parte. Antecedentes de la víctima. Su niñez. Sus relaciones con el *Bizco de Getafe*. Sus amistades con Sinforosa la *Desgachá*. ¿Qué se hizo del niño?

Segunda parte. Declaraciones de la portera del 27. Esta mujer ¿sabe algo ó no sabe nada? Sospechas fundadas del trapero. Sorpresas de la autopsia. ¿Nombramiento de juez especial?

Tercera parte. Conjeturas del repórter. ¿El asesino es un sacerdote? ¿De quién era el sombrero de teja que se encontró en el arroyo Abroñigal en Abril del año pasado? La navaja que pareció en el sitio de la ocurrencia, ¿era de las mandadas recoger?

Cuarta parte. Abatimiento y reserva del presunto criminal. ¿Es un degenerado? ¿Es un neurasténico? ¿Es un inocente que se presentó á la justicia para salvar á un amigo? Vacilaciones del juez. Sombras del sumario. Conversación interesante ofda por un tabernero cuyo nombre se ignora.

Y así sucesivamente durante un par de semanas, hasta que viene á quitar actualidad al suceso anterior el asalto de un hotel de las afueras por una partida de *golfos*.

Que se supone, naturalmente, que no son tales *golfos*, sino chicos de la *high-life*, enamorados de la cocinera, que no se proponían robar gallinas, sino darla un susto relativamente agradable...

Este verano, si la guerra con el infiel marroquí se nos malogra y las minas del Rif no dan chispas, ya nos podemos preparar para una plaga de sucesos sensacionales.

Porque ya está visto que el afán de notoriedad hace incompatibles á los políticos y á los criminales ingeniosos.

Y alternan en sus labores para que las medianías pasemos el rato.

13 Junio 1909.

EL COMITE DE LECTURA

Gedeón no ha cesado de temblar como la hoja en el sauce desde que se ha convencido de que la creación del "organismo intitulado teatro Nacional" es un hecho.

No por nada, sino porque teme verse en un compromiso, y los compromisos de esta clase, en los que se corre el riesgo de malversar el dinero de los contribuyentes, son de los que atosigan y amilanan á una persona bien nacida.

Gedeón es autor ó es actor, una de las dos cosas, porque desde que se han establecido diez teatros en cada calle y se estrenan diez piececitas cada noche, los madrileños están divididos en dos bandos ó cuadrillas: el de

los que escriben comedias como quien se enjuaga y luego escupe, y el de los que las ejecutan... tras un juicio verbal sumárisimo.

Por eso tiene miedo.

Miedo de que, considerado como actor ó como autor ó como las dos cosas, sus compañeros se acuerden de él, y de la noche á la mañana se encuentre con que es uno de los cuatro miembros del Comité de lectura.

El cual Comité, como ustedes saben, va á ser el encargado de admitir las obras nuevas que hayan, de someterse al fallo del público en el precitado "organismo", y de leer y estudiar, por lo tanto, cuantas se presenten.

Calculando por lo bajo, en cuanto el Comité se constituya, y antes de transcurrir cuarenta y ocho horas, van á ser sometidas á su consideración y examen unas ochocientas treinta y seis obras de fondo, en tres ó más actos, y mil seiscientos setenta y cuatro juguetes cómicos, follas, tonadillas y entre-meses.

Lo cual, salvo mejor parecer, es mucha tela para cuatro miembros.

Y el que se figure que el cálculo es exagerado piense y medite que los *cines* están abarrotados de mercancías artísticas á las que no pueden dar salida á pesar de los esfuerzos loables de los empresarios; considere que á estas horas están preparando á toda prisa dramas psicológicos y altas comedias cuantos españoles sienten pujos de literatura teatral, es decir, todo el censo, y advierta, por último, que el que más y el que menos se considera con derecho á estrenar sus producciones en el teatro subvencionado por el Estado con la contribución que le saca.

¿Y á ver si el conflicto no es de órdago!

Porque el Comité, sobre tener que abandonar todas sus ocupaciones para pasarse las veinticuatro horas del día leyendo, leyendo, ha de aguantar después una nube de comunicados, protestas, injurias, amenazas y acusaciones de ineptitud y de injusticia.

¿En seguida se van á tragar el fallo pacientemente los desahuciados de la gloria!

Y con ser esto malo, hay algo peor todavía.

¿Gedeón es de suyo bonachón y benévolo!, amante de la juventud que empieza y partidario de romper moldes.

¿Con qué cara le va á decir á un chico de primer año de latín que se vaya á freir espárragos?

¿Y si luego resulta que el chico de primer año ha hecho una maravilla y se la admite Tirso Escudero y se relamen de gusto la crítica y el senado ilustre?

Porque las obras dramáticas hasta que no se calan no se sabe si son pepinos.

Para evitarse este bochorno, y llevado,

además, de su natural benevolencia, Gedeón admitiría la mayor parte de las obras presentadas... por lo mismo que no suspendería á nadie si fuera catedrático de Metafísica, que Dios no lo quiera.

Con lo cual, y dando á cada aspirante el correspondiente número por turno, según va á marcar el reglamento, sólo con la primera tanda quedaría abastecido el teatro Nacional para veinte ó treinta años, y el que viniera detrás que arreará.

¿Se comprende bien la enorme responsabilidad del cargo?

Si se aprietan un poco las clavijas, vapuleo general al Comité por estrecho de miras, por corto de criterio, por reaccionario, por rendirse al compadrazgo, á la recomendación y á la influencia, y por cerrar sistemáticamente las puertas á los genios desconocidos.

Si se abre la mano, quejas, diatribas y denuestos de los que se pasan la flor de la vida esperando turno mientras sus creaciones se pasan de moda, roídas de ratones, en el cajón de la dirección artística...

¡Pues aún no es esto lo peor!

Lo peor es que puede darse el siguiente caso:

Un teatro nacional sin Benavente, pongo por ejemplo, ni es teatro, ni nacional, ni cosa que lo valga.

Comprendiéndolo así el ilustre autor de *La princesa Bebe*, es de creer que haga algo para dar lustre al organismo; pero no es de creer que se precipite mucho, solicitado como está por todas las empresas de Madrid y de provincias, y aun cuando su obra, ¡claro!, le gusta mucho al Comité de que Gedeón forma parte, se encontrará con que tiene que sentarse, como en las peluquerías, hasta que le canten el número de la chapa.

Y este número por mucho que madrugue, habrá de ser el 217, por lo menos.

Con lo cual se corre el peligro de que el público aplauda la comedia como obra póstuma y el autor tenga que oír las ovaciones á la diestra de Dios Padre, donde las glorias terrenales deben importar menos de un camino.

Habrà que oír y que leer entretanto lo que se diga y escriba del desdichado Comité convertido en cabeza de turco.

Si falta por el reglamento y estrena la comedia de Benavente en cuanto la reciba, chillería atronadora de los postergados que opinan, casi con razón, que en un teatro subvencionado por la nación no debe haber preferencia de ninguna clase; si la guarda para sacarla á la luz pública cuando la toque, griterío ensordecedor de los intelectuales que piensan, casi con razón también, que Benavente

no puede estar detenido por una legión de majagranzas que aburren al respetable público con sus tonterías insubsanciales y le obligan á dar un rodeo para no pasar por la plaza de Santa Ana.

Y de todas maneras... aguaderas.

Por estas razones y otras no menos pesadas que se quedan en el tintero, Gedeón tiene la honra de presentar la dimisión de un cargo para el cual nadie le ha nombrado todavía.

¡No sería Gedeón si no lo hiciera!

Y quiere conservar su libertad de acción para burlarse honestamente del reglamento, del Comité, de los autores, de los cómicos y de todo lo que se le ponga por delante.

Que es, en resumidas cuentas, para lo que ha venido á este pícaro mundo.

20 Junio 1909.

HIPOLOGIA

Palabra griega compuesta de dos: *hipos*, caballo, y *logos*, discurso.

Y el que tenga más erudición que la saque.

Hipología es, pues, el tratado del caballo, ó el discurso sobre el caballo... que es el que suelen echar los generales para arengar á las tropas.

Pero aquí no se trata de eso precisamente, sino de una especie de conferencia completa y exclusivamente gedeónica que por no alternar con los poetas americanos no leemos en el Ateneo.

Vamos á ver: ¿para qué creen ustedes que se inventaron las carreras de caballos?

¡Para el fomento de la cría caballar!

Por lo visto la raza iba decayendo lastimosamente, y la humanidad corría gravísimo peligro de quedarse á pie ó de montarse en galápagos, y de pronto se construyeron hipódromos á fuerza de millones, se constituyeron Sociedades más ó menos anónimas y se fundaron cuantiosos premios en metálico para estimular á los dueños de cuadras.

Estarán ustedes cansados de leer listas de beneficios que iban á obtenerse para la agricultura, la industria y el comercio, en cuanto á fuerza de cruces y encastes los caballos corrieran como gamos y salvaran los obstáculos más difíciles sin romperse las patas.

Claro es que los cerrados de mollera, que somos los más, no acabábamos de comprender esos misterios del *steple chase*, y no se nos alcanzaba que para tirar de una noria, arrastrar un carro ó abrir un surco fuera preciso adiestrarse en el galope tendido, tanto más cuanto que esos humildes y necesarios menesteres se llenaban con santa y loable resignación por las mulas y los burros.

cuyas razas no había pretendido mejorar jamás ninguna Asociación protectora.

Sin duda por eso, por no ver claras las ventajas del deporte, la masa neutra se abstuvo de votar en favor ni en contra, y tanto se le daba de las carreras de caballos como de las estrellas errantes. En vano los periódicos de importancia, entre los cuales nunca estuvo *Gedeón*, naturalmente, intercalaban entre la política y la administración amenísimas y largas reseñas con los nombres de los animalitos, el peso de los *jockeys*, los incidentes de la lucha y la brillantez del desfile...

La gente se empeñaba en no leer aquello, y los que se pasaban la tarde gritando *¡hip, hip!, ¡up, up!*, y enjugándose la boca con palabras inglesas, se volvían á casa sin haber conseguido interesar á nadie.

Pero he aquí que de repente, y como si el perfume de las cuadras nos hubiera vigorizado á todos los pulmones, empezamos á prestar la debida atención á tan importantes asuntos, y no hay feria de campanillas ni fiesta de guardar sin su correspondiente concurso hípico.

Los saltos de vallas han venido á sustituir á los fuegos artificiales, y, al paso que vamos, esas bromas del *stand* acabarán por competir con el *foot-ball* en las aficiones de portivas de la golfería ambulante.

Esto en España. De Francia y de Inglaterra no hablemos. Uno de los conflictos más graves que se le han presentado á Clemenceau es el de los mozos de cuadra. Si eso no se llega á solucionar satisfactoriamente, y hay que suprimir alguna vez las carreras de Auteuil y de Longchamps, París deja de ser el cerebro del mundo, y los franceses no podrán soñar en la *revancha*.

De modo que si el objeto de estas fiestas en que tanto dinero se gasta es, efectivamente, el fomento de la cría caballar, y si la cría caballar no se fomenta ahora, es que no hay fuerzas humanas que la fomenten.

Y lo gracioso del caso es que cuando, á fuerza de sacrificios, tumbos y descalabraduras, estamos á pique de poseer una abundante colección de jaquitas finas de remos, es cuando las jaquitas no van á servir para nada absolutamente.

O no hay lógica en este mundo ó dentro de algunos años, más bien menos que más, el esqueleto del caballo será una cosa curiosa, como el del megaterio prehistórico, que se conservará en los Museos de Historia Natural para que se entretengan los muchachos.

Porque el automóvil primero y el aeroplano después han de acabar con la tracción animal ó poco han de poder, y en la calle de

Hortaleza y adyacentes, el día de San Antón, no se oirán relinchos sino bocinas de *Panhard* y *voiturettes* que van á bendecir la gasolina.

De suponer es, por lo tanto, que dentro de un par de quinquenios, cuando sea Ministro de la Gobernación el Sr. Conde de Romanones y diputado por Madrid nuestro amigo el Sr. Macías, no queden de la raza que ahora intentamos fomentar más que unos cuantos ejemplares, conservados á peso de oro, para que no se extinga la suerte de varas y resulte la fiesta nacional más sosa y aburrida de lo que resulta.

Todas estas ligeras consideraciones que se nos han ido ocurriendo al correr de la péñola, se les habrán ocurrido también á todos los distinguidos miembros de las Sociedades hípicas, á las entidades que las conceden subvenciones y hasta á esos enérgicos mozos de las calallerizas encargados de arreglar y peinar las crines de los jacos, que se han declarado bravamente en huelga, como si su misión en el globo terráqueo fuera poco menos que sagrada.

Por lo cual, al acabar de estamparlas nos han asaltado ciertas sospechas no exentas de malicia.

Eso del fomento de la cría caballar, ¿habrá sido una broma pesada que han querido dar á las almas candorosas los que estaban en el secreto?

¿Se parecerá este noble *sport* al otro *sport* noble del juego de pelota, que también iba á vigorizar la raza de un momento á otro, y acabó con la frase sacramental de "veinte á cinco por los azules"?

¿Los hipódromos habrán sido ruletas?

Esa indignación de la muchedumbre francesa, que ante la probable suspensión de unas carreras de caballos chilla y vocifera más que después de la derrota de Sedán, ¿será la protesta de los puntos á quienes priva del placer de jugarse unos luses con equidad y aseo?

¡Ay!, estas dudas corrosivas nos están amargando la última parte de la conferencia.

¡Pero ahora lo comprendemos todo!

27 Junio 1909.

CORNIVELETERIAS

El dialecto castellano—llámásmosle dialecto siquiera una vez para halagar al señor Prat de la Riva—es de una riqueza extraordinaria.

En este punto no admitimos el más ligero asomo de controversia los descendientes de Padilla, Bravo y Maldonado.

La bravura de los hombres, la sandunga de

las mujeres, la diafanidad del cielo y la riqueza del idioma, son las cuatro buenas cualidades de España que reconocen, proclaman y defienden todos los españoles, sin distinción de castas ni matices políticos.

Que nos llamen analfabetos, atrasados, incultos, obscurantistas, tarugos, pobres de... solemnidad é incapaces de sacramentos, nos importa un rábano. Y nosotros mismos lo confesamos espontáneamente, declarando, á voz en cuello y en letras como puños, que pertenecemos á una raza inferior á las de los demás pobladores de Europa. ¡Hasta ponemos en ello una especie de puntillito de honor... que no debía cabernos en la cabeza!

Pero que nos diga cualquiera que aquí los varones no son valientes, ni las hembras salerosas, ni el firmamento azul, ni la lengua rica... y ya nos tienen ustedes echando espumarajos por la boca y lumbré por los ojos.

Quedamos, pues en que nuestro léxico es el más abundante del mundo, y así como en los restantes países disponen de una palabra para cuatro cosas, aquí tenemos para cada cosa cuatro ó cinco palabras, á pesar de lo cual todavía somos tan ambiciosos que hacemos verdaderas monerías con el lenguaje para que los extranjeros que pretendan aprenderlo se queden en ayunas.

Sin ir más lejos tenemos aquello de "¡anda la órdiga!", "¡anda la vértiga!", "¡anda la osa...!" Tres frases distintas para una sola idea que no podríamos explicar en un tomo de 500 páginas.

Este ligero exordio se nos ha ocurrido en un momento de fiebre filológica, porque pensábamos empezar esta tontería de artículo con la siguiente frase:

"La afición está de enhorabuena."

Y hemos caído en la cuenta de que esto, que al parecer no tiene sentido común, lo ha entendido el curioso lector inmediatamente.

Porque aunque los hombres pueden tener, y tienen en efecto, afición á muchísimas cosas, cuando no se especifica claramente el objeto, ya se sabe á cuál se refiere uno. La afición á la caza, la afición á las faldas de barros, la afición á coleccionar sellos, la afición á tocar la bandurria necesitan las coletillas correspondientes; pero si se dice "la afición" á secas, ya no duda nadie de que se trata de la afición á las corridas de toros.

De la misma manera y por la misma razón, que no es razón ni cosa que lo valga, decir "los aficionados", y no añadir nada más, es referirse irremisiblemente á los aficionados á representar comedias... á los cuales debemos perdonar para que Dios nos perdona.

Y terminado con toda felicidad el prólo-

go, que no tiene más fin que el de perder lastimosamente el tiempo, así como la creación del teatro Nacional no tiene más fin que el de dar un sueldo á nuestro amigo Cavestany, tornemos al principio, es decir, á lo que debía haber sido el principio.

Sí, señores, sí; la afición está de enhorabuena.

El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación—y fíjese que no le tratamos despectivamente como otros colegas que fingen mirarle por encima del hombro,—fuertemente impresionado por la matanza general de toreros que se ha iniciado en todos los redondeles taurinos de la Península, ha decidido poner mano en el asunto para evitar, ó por lo menos disminuir, el derrame de sangre humana, quitando á la plaza de Carabanchel su principal encanto.

Decomisadas las navajas, recogidos los golfos, cerradas á piedra y lodo las tabernas, ahuyentadas de los sitios céntricos las palomas torcazes y suprimida en absoluto la mendicidad callejera, como consta positivamente á los transeúntes diurnos y nocturnos, ya no se encuentran ni con un candil de cuatro mecheros malas costumbres que reformar ni broza que barrer, y hay que dar á la fiesta nacional un aspecto artístico, de sábado blanco, para que al amparo de la bandera roja y gualda no quede rastro de barbarie.

Su Excelencia lo ha dicho con una concisión digna de las doce tablas.

"Hay que arreglar eso."

Fijémonos en que ha dicho *arreglar* y no *suprimir*; porque si hubiera dicho suprimir ¡adiós mi dinero!, es decir, ¡adiós el dinero de Machaco, de Lagartijo Chico y de Pacomio Peribáñez! Arreglar, en este caso significa reglamentar, ordenar, dictar las disposiciones gubernativas necesarias para que la diversión favorita de los españoles de ambos sexos y de los franceses *du Midi* tenga las debidas garantías de formalidad y aseo y adquiera el esplendor que merece.

Y como no es de suponer que todo se reduzca á decretar: "Se prohíbe á los toros que metan los cuernos á los hombres", porque eso, que sería lo más breve, no es fácil hacerlo cumplir de buenas á primeras, lo probable es que S. E., convenientemente asesorado, someta á la aprobación del Consejo de Ministros, y tal vez á la de las Cortes, un plan completo de reorganización de las corridas, fijando las condiciones que han de tener las reses de lidia, cualidades que han de demostrar previamente los toreros, dimensiones de banderillas y puyas, frases que se han de dirigir á los picadores y á las mamás de los picadores, programas para exámenes de

neófitos, etc., etc., todo aquello, en fin, que tienda á asegurar la tranquilidad de los espectadores y á evitar la *pupa*.

De ahí á la creación de otro organismo oficial intitulado "Escuela nacional de tauromaquia", no hay más que un paso. Mejor dicho, no hay ninguno, porque creado queda indirectamente desde el momento en que el Gobierno legisle sobre la materia y exija con toda formalidad conocimientos y práctica á cuantos se propongan vestir el traje de luces.

De modo que si la noticia se confirma, y si se confirmará porque el Ministro ha acabado de nombrar alcaldes y no tiene otra cosa que hacer en todo el verano, los que tenían cierto temor de que los conservadores arremetieran contra las barreras para destruirlas en un santiamén, pueden dormir tranquilos. Al contrario, piensa darlas la necesaria solidez para que resistan otro par de centurias.

Repitamos, pues, que la afición está de enhorabuena.

¡Y se van á reir poco en Hyde Park, la Avenida de los Tilos y el bulevar Males Herbes!

¡Me valga Dios!, como decía Peña y Goñi.

4 Julio 1909.

NUESTRA HEGEMONIA

Nuestra hegemonia, sí...

No borramos el título, aunque algunos escépticos del Ateneo lo tomen á chunga.

España *hegemoniza* en estos momentos y puede reírse de los acorazados del último tipo y de los aeroplanos del penúltimo.

Y ciego ha de ser el que no lo vea y sordo el que no lo oiga.

Antaño eso de la preponderancia ó predominio espiritual de una nación sobre las otras dependía casi exclusivamente de la suerte de las armas. La que pegaba ó podía pegar más y más pronto tenía la seguridad de imponer á casi todo el mundo sus leyes, sus costumbres, sus modas y su literatura.

Porque la humanidad ha tenido siempre tendencias al rebafío, y perdonénnos ustedes este ligero pinito filosófico, y balando, balando, ha caminado hacia adelante ó hacia atrás, obediente á la honda con hache.

Pero los tiempos han cambiado mucho.

Ahora importa poco ganar batallas, conquistar territorios y demostrar que se tienen rifones para comerse los niños crudos. La gente no se fija en eso, considerando, sin duda, que el reinado de los fuertes, de los ricos y de los poderosos está dando las boqueadas.

Para lograr la hegemonía, sin buscarla, por supuesto, no es preciso disponer de ejércitos y escuadras, ni extender el comercio,

ni sobresalir en las artes ó en las ciencias. Lo que importa es tener *ángel*.

Y *ángel* es lo que tenemos nosotros, á Dios sean dadas.

Hubo un momento, al terminar la guerra entre japoneses y rusos, en que todos, fiados en la experiencia engañosa, creímos que nos iban á *absorber* los nipones. Pero... ya lo vieron ustedes. Aparte de unas cuantas señoritas que se hicieron *kimonos*, de unos cuantos caballeretes que se pasearon por Recoletos y por la playa de San Sebastián con unas gorras muy ridículas, y de unas cuantas compañías que representaron *La geisha*, no ocurrió cosa alguna de importancia que indicara el predominio del Imperio del Sol naciente.

Ni se inventó ningún menjurje para dar á la tez un tinte amarillento, ni dieron los Ministros y altos dignatarios en la flor de abrirse el vientre á la menos contrariedad, ni aquí hay más *geishas* que las que han tenido la fortuna de conocer y tratar cuatro generaciones de estudiantes.

En cambio, los españoles, que no han vencido á nadie hace mucho tiempo, ni falta que les hace, se van metiendo en todas partes á la chita callando, y sin industria, sin comercio, sin cañones y sin dos pesetas acabarían por ser los verdaderos amos del orbe.

Ya es buena señal que el Sr. Prat de la Riva, presidente de la Diputación de Barcelona y gran cruz de Isabel la Católica, como ustedes saben, haya dicho que los diputados á Cortes por Cataluña *tienen el honor* de representar á su país en el Parlamento de España.

Cuando el Sr. Prat de la Riva que, por lo visto, se considera extranjero, y no caerá esa breva, dice que eso es un honor, no lo dirá por gastar saliva en balde.

Esta prueba de nuestra hegemonía, dada espontáneamente por persona que tanto interés tiene en no reconocerla, es de las concluyentes y aplastantes.

Pero, por si acaso, tenemos otra.

De América no hablemos. América es ahora más nuestra que cuando teníamos allá nuestros correspondientes virreyes.

Sorolla por aquí, Blasco Ibáñez por allá y la señorita Sobejano por acullá, extienden y extenderán incesantemente el predominio de la antigua Metrópoli mucho mejor y con más eficacia que los cruceros protegidos y los globos dirigibles que empezaremos á construir lentamente cuando ya no se usen.

En Europa, en la cultísima y civilizadísima Europa empiezan á caer en la cuenta de lo mucho que valen los españoles, precisamente cuando ellos se empeñan en sostener que no valen nada.

A Berlín, á París, á Viena y á Londres

salen un día sí y otro no *tocaes y cantaes* á impresionar discos de gramófonos; la machicha ha dado la vuelta al mundo; la paraguayana hace furor en Inglaterra y Francia; *Muchaquito* tiene que salir precipitadamente á juguetear con el trapo rojo en la fértil Argelia, y hasta los japoneses, los vencedores y admiradísimos japoneses, nos copian con todos sus pelos y señales el monopolio del azúcar...

Es incalculable el número de bellas Pepitas, Juanitas y Manolitas, que andan taconeoando por esos escenarios católicos, protestantes y cismáticos griegos y llevándose de calle los corazones de príncipes y vasallos, y en *otro orden de cosas*, muy pelafustán tiene que ser el novelista ó autor dramático que no haya recibido cartas de Italia y Alemania pidiéndole permiso para traducir sus obras...

Claro que no se llegan á traducir nunca, pero la simple petición de la licencia implica el reconocimiento de nuestra superioridad intelectual, del avance rápido de nuestra literatura.

¡La raza triunfa! ¡El mundo va á ser nuestro antes de que se apruebe la ley de Administración local, ó la lógica es un cuento tártaro!

Y por si algo faltaba, hasta nuestras tradiciones religiosas van á sacudir el polvo de los siglos, aunque se empeñen en hundirlas el Sr. Sol y Ortega y los concejales republicanos.

Una muchedumbre de peregrinos ingleses, presidida por el arzobispo de Westminster nada menos, se dispone en estos momentos para visitar el sepulcro del apóstol Santiago.

La peregrinación se está organizando á toda prisa en Londres, y en la monumental ciudad de Compostela se la prepara un recibimiento solemne.

Habrán veladas, cohetes y músicas, y es de esperar que los expedicionarios queden satisfechos de nuestra proverbial hidalguía.

Pero no es esto lo mejor, con ser un signo evidente de la importancia que vamos adquiriendo á ojos vistos.

Lo mejor es que, según los informes de nuestro amable colega *La Correspondencia*, que es quien nos ha dado la fausta noticia, "los peregrinos harán el viaje por mar..."

Y esto es, indudablemente, porque el venerable arzobispo de Westminster, al organizar la expedición y madurar el plan, se ha convencido de que desde Londres á Vigo no lo podían hacer de otra manera.

LA ANDANTE POBRETERIA

Torna y vuelve á estar sobre el tapete el tema de la mendicidad, y vuelven y tornan á estar sobre el vecindario las acreditadas y eternamente victoriosas legiones de mendigos.

Es el cuento de la buena pipa que se repite con isócrona regularidad á través de los tiempos, y que oirán nuestros nietos, es decir, los nietos de los que los tengan, tal como le oímos nosotros y le oyeron nuestros antepasados ilustres.

Autoridades enérgicas, Comisiones numerosas, Asociaciones bien pertrechadas que "se proponen acabar de una vez con el lamentable espectáculo", etc., etc...; artículos encomiásticos de la Prensa de todos los partidos, dando á entender que "ahora sí que va de veras", y á los pocos días, plancha monumental y formidable de las Asociaciones, las Comisiones y las autoridades enérgicas, que se han gastado tanta é inútilmente unos cuantos miles de duros.

Dios nos libre de escarnecer, vilipendiar y maldecir á los que se lanzan valientemente á la vía pública arrastrando tres ó cuatro niños ajenos, con el propósito decidido de obtener, de grado ó por fuerza, el óbolo de las personas amedrentadas ó caritativas.

En primer lugar, no se sabe á qué recursos tendrá uno que apelar para ir tirando el día de mañana, y en segundo lugar, el hombre, aunque se haya educado con los jesuitas, es un esclavo de las pasiones, y llega hasta donde se puede llegar cuando siente la necesidad imperiosa de tomarse unos chatos.

Además, eso de las teorías colectivistas que parecían triunfantes, no pasa de ser algo así como el sueño de una noche de verano; la libertad individual está y debe estar sobre todas las cosas, sin trabas ni limitaciones de ninguna especie, y bien claro se ha visto con la circular policíaca, vulgarmente llamada "del piropeo", que ha caído en desuso á los cinco minutos escasos de ser publicada.

Hoy como ayer, y mañana como hoy, todo el que tenga un bonito repertorio de palabrotas, sandeces, groserías, burradas y barbaridades puede soltárselo á cuantas mujeres encuentre por la calle, grandes ó chicas, gordas ó flacas, sin temor á que nadie le cohiba en su derecho, porque intentarlo siquiera sería faltar á la Constitución, que autoriza la libre emisión del pensamiento de palabra ó por escrito.

Por lo tanto, cualquier ciudadano español, más ó menos pacífico, puede pedir, en la forma que estime conveniente, á cualquiera de sus vecinos que le socorra con una perra chica, y luego emplear la perra en el comestible ó bebestible que fuere de su mayor estimación y aprecio.

Puede asimismo ejercer la profesión completamente solo, diciendo que es un obrero sin trabajo ó un cesante del 78 que no ha comido desde aquella fecha, y puede utilizar una dulce compañera con los correspondientes pingajos, ó los chiquillos del primer vecino que se los preste con un interés módico. Y si la mujer se le emborracha, ó los niños se le mueren por sobra de golpes y falta de alimento, la Naturaleza pródiga le brinda incesantemente un ciento de mujeres y millones de criaturas.

¡Lo primero es el derecho á la vida!

Aparte de esto, los cascarrabias que se quejan de todo deben tener en cuenta que las ligerísimas molestias que pueden ocasionar á los transeúntes los *golfos* que triscan y coretean por calles y plazas en estado salvaje y los pobres de solemnidad que siguen y acompañan, escoltan y persiguen á todo bicho viviente, son tortas y pan pintado comparados con la animación, el bullicio y la alegría que prestan á la *urbe* á todas las horas del día y de la noche.

¡Lucidos estaríamos si Madrid perdiera alguna vez ese aspecto pintoresco y típico que debe figurar siempre como número uno en el programa para atracción de forasteros!

De modo que no es por ahí por donde hay que sacarle punta al asunto.

La punta, y aun las puntas y ribetes de humorismo genuinamente español están en el funcionamiento constante y solemne de la Asociación Matritense de Caridad, fundada en un momento de locura altruísta, y que no declara su absoluta inutilidad ni á tres tirones.

Cualquiera que lea las reseñas de las juntas, acuerdos, inversión de fondos, dimisiones y nombramientos de presidentes, secretarios y vocales se figurará, si vive en Castrojeriz ó Villanueva del Fresno, que aquí está resuelto el problema y que el madrileño que no echa un cuarto de gallina en el cocido, es porque no le gustan las aves.

Pero ¡guay de ellos!—como dicen que dijo el amigo Concas,—guay de los vecinos de Villanueva ó Castrojeriz que se decidan á venir á comprar cualquier cosa aprovechando la primera ocasión de trenes baratos!

Si no se les cae el alma á los pies creerán que los periodistas somos unos guasones de primera fuerza que no sólo les decimos por pura broma que son verdaderas maravillas las piecitas que se estrenan en los cinematógrafos, sino que les damos cuenta detallada de los trabajos de una Corporación que no existe.

Porque en cuanto salgan á dar un paseo á la caída de la tarde, ó en las primeras y segundas horas de la noche, se encontrarán con

que no pueden dar un paso sin tropezar con una familia entera que se cae de inanición y que les pide por Dios y por su Santa Madre que la libren del aniquilamiento.

—Pero ¿qué demonches es esto?—pensará el que acaba de llegar de fuera, creyendo que aquí se atan los perros con longanizas, gracias á los excelentes resultados de una suscripción mensual nutrida y brillante;—pues ¿no habíamos quedado en que los *golfos* estaban dignificados y limpios como patenas y en que las familias necesitadas gozaban de la paz de los asilos?

Y lo probable es que se vuelva al pueblo si salir de su asombro... y poniéndonos cual digan dueñas.

Pero ¿ustedes creen que nos enmendaremos? ¡Antes, admiradores de Puig y Cada-falch!

En cuanto cambie la situación política y estrenemos gobernador y alcalde, ambas autoridades anunciarán que tienen planes para retirar de la circulación mendigos y *golfos*, y nosotros volveremos á felicitarles por la idea y á darles bombos monumentales!

¡Somos tan candorosos y tan buenas personas!

18 Julio 1909.

DIAMANTES AMERICANOS

Los comediantes, que, á primera vista, parece que se pasan de listos, son, por regla general, crédulos, candorosos y confiados como sencillas codornices.

Desde que Berges cantaba en *La Tempestad* aquello de:

“Diamantes brasileños
tan claros como el sol
te ofrezco, niña hermosa,
en cariñoso don”,

dieron en creer que el tenor no era el personaje que representaba, sino el propio Berges, que había hecho una campaña artística en América y traía unos brillantes como puños para regalárselos á la primera tiple que se le ponía delante.

Para remachar el clavo, esas fructíferas excursiones de la compañía Guerrero-Mendoza pasando y repasando los Andes como quien lava, entre aplausos, coronas y vítores y enviando cada quince días bombos formidables y millón y pico de pesetas, han acabado de calentar las cabezas y de enardecer los ánimos.

Así como los políticos han decidido á última hora, de una vez para siempre, que nuestro porvenir está en Marruecos—y la decisión nos va á costar un ojo de la cara,—

los cómicos han resuelto que el porvenir del teatro está en las pampas desoladas y en las selvas vírgenes.

Todos los sacerdotes y sacerdotisas de Talía (sin hache para no embrollar), ora interpreten difíciles estados de ánimo en los escenarios de campanillas, ora estremen cinco ó seis maravillas semanales en los barracones de madera, sueñan con llegar, ver, vencer, llenarse los bolsillos de pesos y volver á los seis meses con un titi y una cotorra.

La leyenda de que los presidentes de las Repúblicas se enamoran de las tiples en cuanto éstas desembarcan y de que los graciosos que aquí dan ganas de llorar allí hacen desternillar de risa á los guardacantones, ha hecho mucho daño.

En vano dijo Lope:

"No mires el ejemplo
de las que van y tornan,
que á muchas ha perdido
la dicha de las otras."

Nadie se acuerda de las que no tornan... porque no pueden reunir en toda su vida el dinero para el pasaje.

Basta que un barítono de menor cuantía se presente una tarde en el *Lyon Doré* ó en la *Maison Doré*, diciendo que procede de Santiago de Chile y enseñando una cadena de cuarto de kilo, para que los compañeros de profesión que tengan el honor de estrechar su mano se figuren que en Santiago se atan los perros con cadenas como aquella y en cuanto oyen un chiste en el escenario se las quitan á los perros y se las echan á los cómicos.

A consecuencia de estas ilusiones doradas, todos los años por esta fecha, en cuanto se cierran los coliseos de Madrid, ó á punto de cerrarse, empiezan á correr los mismos rumores alarmantes:

Fulano se marcha en Octubre; á Mengano le han hecho proposiciones brillantísimas; á Perencejo le ofrecen 5.000 pesetas oro al mes, viajes para él y su señora, ó lo que sea, en primera preferente, un beneficio libre y un alfiler de corbata con una esmeralda como un garbanzo, y de Barcelona va á salir de un momento á otro un barco cargado de... coristas de ambos sexos con unos sueldos emocionantes.

Simultáneamente empiezan á decirse que andan por aquí dos ó tres empresarios con millones de pesos—¡ejem, ejem! (1)—resueltos á hacer la felicidad de primeras y segundas partes y á endosar al que abrigue la

menor duda un cheque contra el Banco del Río de la Plata de los que ablandan los corazones.

¿Quién no se anima?

A los que amamos el arte nacional con ó sin subvención del Municipio y del Estado, se nos abren las carnes, porque tenemos que se despueblan los *camerinos* y no podemos oír un triste monólogo ni una leve romanza.

Por fortuna, no todos los peces muerden el cebo, y se quedan aquí los suficientes, y aun sobrados, para hacernos sentir dulcísimas emociones... y que no se hayan ido.

De los que se marchan, la mitad no vuelven por las razones antedichas, y los restantes traen la consabida cadena, que empeñan inmediatamente, porque aquí no se usan tan gordas, y se contratan para Linares en seis pesetas diarias y viaje en segunda. No porque les haga falta, sino porque les parece una tontuna cambiar las libras esterlinas ahora que el oro no tiene casi premio...

Y unos y otros se hacen lenguas de su buena suerte, y guardan como oro en paño un montón de recortes de periódicos y aseguran que aquél es un público muy inteligente, puesto que á ellos los ha dejado sordos en fuerza de ovaciones.

Lo que se callan, y el secreto les acompañará á la tumba, es que, cuando menos se lo podían figurar, el empresario les llamó y les dijo:

—Mire, mi amigo, aquello de las pesetas oro de que hablamos en España era una pura fórmula. Yo le doy, desde ahora, el mismo sueldo en *pesos papel*, y si no quiere, váyase.

¿Y cómo se ha de ir el hombre, para que luego digan en la calle de Sevilla y adyacentes que no ha gustado poco ni mucho?

Apenas con los pesos, haciéndose el distraído para no caer en la cuenta de que cada duro se le ha convertido en medio de repente, y sigue haciendo las delicias del público y aceptando de vez en cuando alguna rebajita más... si no quiebra la empresa, que todo puede suceder, y le pone de patitas en el pórtico.

Siquiera los braceros que van á Panamá empiezan á quejarse al cónsul en cuanto llegan y confiesan que no es oro todo lo que reluce; pero á nuestros artistas dramáticos y líricos primero los aspan que declarar que la expedición ha sido un fracaso y que no han hecho una fortuna precisamente.

Los que se quedan escriben diciendo que de un momento á otro remitirán fondos para que se vaya toda la familia, porque aquel país les encanta, y porque aquí no tenemos la más ligera idea

(1) Estos ¡ejem, ejem! pretenden indicar una toseca la seca.

"de los árboles gigantes
que parecen, arrogantes,
las nubes desafiar."

Y los que vuelven se hartan de decir:

—Esto es una porquería y una miseria, ¿sabe?, ¡aquí no hay plata ni afición al teatro! El día de mi beneficio en Iquique, ¿sabe? tuve yo 10.000 pesos fuertes de entrada y me tiraron al escenario 56 estuches con piedras preciosas... ¡Y puede usted ir á Iquique á preguntarlo si le da la gana!

Lo cual no obsta para que á los dos ó tres días aparezca un suelto concebido en los términos siguientes:

"El distinguido primer actor Sr. Sanfurcies, que acaba de llegar de América, donde durante dos años ha hecho una campaña brillante y productiva, ha entrado á reforzar la notable compañía que actúa en el salón La Guirnalda, de la calle de Cabestreros, y hará su presentación el sábado próximo con la zarzuela *Dos truchas en seco*, su caballo de batalla. Felicitamos á la empresa por tan valiosa adquisición y al público de Madrid que tendrá ocasión de aplaudir á su actor favorito."

Y se queda tan satisfecho el hombre, como si lo de las piedras preciosas de Iquique fuera el Evangelio de la misa...

25 Julio 1909.

SE ALQUILA

Uno de los más arduos problemas que se le presentan al desventurado habitante de esta Villa y Corte—tal vez el más arduo de todos, ¡oh, lector apacible!,—es el de vivir.

Hasta en ese pequeño detalle le llevan dos tantos de ventaja los vecinos de la culta y floreciente ciudad de Barcelona, que ya saben de cierto que allí no se puede vivir de ninguna manera. En Madrid subsiste todavía la duda, que es cien veces más corrosiva y más letal que la realidad espantosa.

Porque aquí, á trancas y barrancas y de mala manera, con alimentos caros, escasos, adulterados y manidos, hay quien se lanza á la impropia tarea de ir tirando.

Es decir que se puede vivir, pero... ¿dónde?

Los apreciables caballeros que han tenido á bien emplear sus ahorros en la construcción de viviendas para familias ó individuos sueltos, se han propuesto ponerlas en las mejores condiciones posibles... para que no las habite nadie. Y un metro cúbico de aire irrespirable y un par de rayitos de luz velada cuestan más caros que una ración de lomo bajo, y eso que el lomo bajo suele estar por las nubes.

—No se queje usted—le dice á uno la por-

tera,—porque en cuanto usted se vaya ese cuarto se va á subir dos duros.

¡Todos los cuartos se suben irremediablemente dos duros á cada mudanza de inquilino, y un 50 por 100 de su precio total á cada cambio de propietario!

Así, poquito á poco y en diez años justos, los alquileres de las habitaciones se han duplicado tan guapamente. Y los vecinos de Madrid, excepto los que poseen hotel en la Castellana y automóvil propio ó han tenido la suerte de ser concejales durante los años de reglamento, se han visto obligados á ir suprimiendo primero el postre, luego el principio y después la comida entera, para entregar al casero el producto íntegro de sus afanes.

Y aun así no saben dónde meter á la familia para que pueda resguardarse de la intemperie y dormir con las piernas extendidas. Porque en cuanto tiene uno cuatro criaturas ya no le caben en ningún piso.

Las razones de la carestía creciente son de las que parecen de puro pitorreo, y ustedes dispensen lo ruin de la expresión.

¿Se dice que se va á hacer la Gran Vía? Un empujoncillo hacia arriba, porque ¡ya ve usted! ¡como van á tirar tantas casas...!

¿Se asegura que ya no se hace? Otro empujón por los perjuicios que puede haber ocasionado á la propiedad la falsedad de la noticia.

¿Ponen asfalto en la calle? ¡Ya ve usted, como esta barriada ha ganado tanto...!

¿Echan un ramal del tranvía cangrejo que pasa por la puerta? Tenga usted presente que el ramal favorece extraordinariamente á la finca.

Y luego hágase usted cargo de que se ha revocado la fachada, y con esto de las huelgas cada revoco cuesta un sentido.

O de que el Ayuntamiento ha obligado á colocar sifones de saneamiento, y eso de vivir en una casa con sifón no se paga con nada.

O de que se rompan demasiadas bombillas en la escalera y no es justo que el maravilloso invento de la luz eléctrica, que proporciona tantas comodidades al inquilino, redunde en perjuicio de los sagrados intereses del propietario...

Y además, con esto de Melilla...

Y con aquello de Barcelona...

Y con la muerte de D. Carlos de Borbón, que sabe Dios la cola que traerá...

Total: que sean los sucesos adversos ó prósperos, adelante ó atrás la higiene, se implante ó no el servicio militar obligatorio y hágase ó déjese de hacer la canalización del Manzanares, los respetables caseros han de empeñarse en sacarle más jugo al capital cada año que pase.

Y ni el Santo Cristo del Gran Poder les apea del burro.

—¡Pero, señor—le dicen á usted los más de ellos, compungidos y llorosos como Magdalenas,—si la riqueza urbana no es riqueza ni cosa parecida! ¡Si el interés que produce no llega al 3 por 100! ¡Si entre las chinchorrías de los inquilinos, los gastos de sostenimiento y las socaliñas del fisco no se sacan más que disgustos!

Y lo que ve cualquiera que tenga ojos en la cara, es qué todo el que tiene una casa edifica otra en cuanto puede, ó compra las que salen, lo cual no será en todos los casos por grandeza de alma y monomanía del sacrificio.

Véanse, además, los anuncios correspondientes:

“Se vende una casa de vecindad en tal ó cual sitio. Precio, tanto. Renta anual, cuanto. No se admiten corredores.”

Y echa uno las cuentas, con mucho trabajo, naturalmente—porque en eso de cuentas, quitando á nuestros buenos amigos Navarro Reverter y Romanones, los demás españoles no sabemos una palabra,—y resulta que la finca que se vende produce, muy á gusto, el 8 por 100, limpio de polvo y paja.

A mayor abundamiento, esto de la propiedad urbana es una cosa con la cual no rigen las eternas leyes de la oferta y la demanda, una excepción fastidiosa y triste de los principios inmutables del mercado.

Si están ustedes desocupados, que sí lo estarán, y no saben en qué entretenerse en estas bochornosas tardes de estío, que de fijo no lo sabrán mientras la Banda Municipal no vuelva de Valencia, tómense la molestia de recorrer las calles, ora céntricas, ora del Extrarradio.

Se convencerán de esta verdad inconcusa: ¡Medio Madrid se alquila! La mitad de los cuartos, más ó menos habitables, están desocupados. No parece sino que una epidemia ha arrasado la población y no hemos quedado para contarle más que los vecinos fuertes y robustos, capaces de resistir los virus y las leches adulteradas.

Bueno, pues los precios de los alquileres siguen aumentando, lenta, pero seguramente, como si una gran parte del vecindario tuviera que dormir en las plazas públicas por escasez de viviendas.

Cuando la cosecha de lentejas es abundante, las lentejas son más baratas; cuando hasta los honrados menestrales se sienten autores dramáticos, las comedias se pagan á 15 reales, una con otra, y cuando sobra el vino, cuesta menos que el agua.

Todos los comerciantes del mundo, antes de que los géneros se les pudran en el alma-

cén, prefieren darlos al precio de coste; únicamente los caseros consienten en arruinarse antes que rendirse ante la competencia.

Hombre hay, que de cuatro pisos tiene desalquilados tres durante meses y meses, y no da el brazo á torcer aunque le zurzan.

¡Se necesita tener mal corazón y muchísimas ganas de fastidiar al prójimo!

Por supuesto, que esta crisis honda ya sabemos cómo se resuelve.

Abriéndose cada cual una cuevecita en el cerro de los Angeles, y volviendo á disfrutar las ventajas del hombre primitivo.

Y los que viven administrando fincas... ¡que se dediquen á otra cosa!

1.º Agosto 1909.

ESTEMOS TRANQUILOS

En primer lugar, porque nos lo manda el gran preboste.

Y en segundo, porque si no lo estamos será porque no nos dé la gana.

La calma y el sosiego reinan en todos los ámbitos de la Península. Si á estas horas los españoles no disfrutamos las delicias del paraíso de Mahoma, no será porque nuestros agradables vecinos los rifeños, emboscados detrás de las chumberas correspondientes, no pongan á toda hora cuantos medios están á su alcance para enviarnos con las hurfes del profeta.

De tal manera nos han aplacado la excitación nerviosa, ó como decía D. Ramón de la Cruz, nos han afeitado el bigote de la Patria, que de aquí á quince días, si el Sr. Ministro de la Gobernación sigue teniendo todos los hilos, resultará que no ha ocurrido nada de particular y que hemos estado viendo visiones.

Ya empezó á quitar hierro el ex gobernador (¡por fin!) de Barcelona, apresurándose á hacer interesantísimas manifestaciones en cuanto desembarcó en Valencia.

Nuestro entrañable amigo mostróse reseñado con las otras autoridades porque se habían precipitado á declarar el estado de sitio; resolución, á su juicio, prematura y contraproducente, puesto que él respondía del orden... Y si le hubieran apurado un poco, no hubiera vacilado en declarar terminantemente que, si había salido de su ínsula embarrado, no había sido por estar cortadas todas las líneas férreas, sino por el gusto de dar un paseo por mar, que en este tiempo es cosa apetecible.

Desde luego quedó demostrado hasta la saciedad, que había una grande y lamentable exageración en las noticias... que no se habían publicado en ninguna parte.

Por otro lado, el simpático Sr. La Cierva,

que habia tenido el cuidado de ordenar un prudente silencio, para que al conocer los hechos en *caliente* no nos enfadáramos demasiado con los catalanes, se felicitaba y nos felicitaba á todos, tan satisfecho y tan campechano, de que las algaradas hubieran concluido en el brevísimo plazo de ocho días y de que la paz fuera un hecho.

Y efectivamente, no quedando puentes que volar, conventos que incendiar ni ancianos y niños á quienes poner en medio del arroyo, los obreros se presentaron en las fábricas á cobrar los jornales que se habían ganado á pulso, y la culta ciudad condal recobró su animación y su alegría.

Sólo falta que á los heridos en las barricadas ó al quemar las bibliotecas se les concedan inmediatamente las pensiones á que tienen derecho por la ley de accidentes del trabajo y que en la primera ocasión se dé una subidita regular á los aranceles con el objeto de calmar las pasiones, y aquello de la represión rápida y enérgica que se le escapó al Sr. Ministro en un momento de locura se quedará en agua de borrajas, que es en lo que debe quedar para que la ley de Administración local se implante en buenas condiciones y la nación no se desmembre.

Una vez conseguida la pacificación de los espíritus á fuerza de prudencia y de castración de telegramas, no le será difícil á la comunidad gobernante convencernos de que el malestar de Cataluña, que unas veces se traduce en pitos y otras en flautas, es obra de cuatro degenerados que no merecen que se les tenga en cuenta. Cuatro ilusos, cuatro desequilibrados, cuatro modernistas... ¡cuatro gats! en una palabra.

Claro es que no faltará quien se resista á comprender cómo los cuatro gatos del cuento pueden, en el brevísimo plazo de seis horas, destruir los tranvías, detener los trenes, cortar todas las comunicaciones, dominar en una provincia, dejar á obscuras una ciudad, quemar cuarenta y tantos edificios de mam-postería y aventar cenizas de monjas sin que nadie les vaya á la mano; y habrá quien crea sinceramente que para tan ardua y ruda labor se necesitan, no cuatro, sino cuarenta mil gatos por lo menos, apoyados por otros cuarenta mil que callan y otorgan.

Fero hay que tener en cuenta que los cerebros de las mesetas centrales son bastante defectuosos y sólo á fuerza de paciencia, saliva y discursos agresivos de los diputados solidarios, acabarán por entenderlo.

[Por de pronto, aquella indignación terrible que llevó á algunas candorosas Cámaras de Comercio á pedir el *boycotage* para los géneros de Sabadell y de Tarrasa, se ha ido deshaciendo como un azucarillo en la agua

chirle de la indiferencia gubernamental; y aquella ira, al parecer fundada, contra los desalmados que provocan discordias intestinas mientras la nación pelea en el Rif, tiene trazas de acabar en un par de *couplets* francamente cómicos en la primera revista política que se estrene.

Y gracias á este saludable efecto sedante, hemos podido leer "con ánimo sereno", como luchan los marineros de *La gran vía*, la noticia de que en una de las sesiones últimamente celebradas por el Ayuntamiento barcelonés se presentó una proposición de protesta contra las salvajadas, y hubo diez y seis señores concejales que votaron en contra.

Hay, pues, cuando todavía humean los escombros de los edificios incendiados y la tierra no se ha tragado la sangre de las víctimas, diez y seis caballeros con el suficiente valor cívico para declarar que los hechos no son dignos de reprobación, y diez y ocho millones y pico de españoles que oyen la declaración como quien oye llover, sin que les pongan los nervios de punta.

¡Más pronto no se ha podido conseguir la tranquilidad moral que recomiendan con mansedumbre evangélica las autoridades!

Y por si nos quedaba dentro la espina de la guerra, ahí está el Sr. Ministro de Hacienda, especie de doctor Pangloss del Gabinete, asegurando todos los días á las ocho y treinta y cinco, con regularidad cronométrica, que el conflicto de Melilla se va á resolver satisfactoriamente de un momento á otro.

Para mediados de Agosto, á todo tirar, estarán en sus casas los reservistas, el Sultán nos habrá dado una indemnización cuantiosa y no tendremos que tocar para nada el remanente de sesenta millones de pesetas que teníamos de sobra mientras pasábamos por pobres de solemnidad en un laudable alarde de modestia.

De modo que el que duerma inquieto y desasosegado, creyendo que estamos atravesando circunstancias difíciles, es un desgraciado neurasténico.

Que debe tomar inmediatamente una taza de te de Zeluán con gotas de anís del mono de Badalona.

4 Agosto 1909.

CONSEJOS HIGIENICOS

No hay periódico de grande ni chica circulación que se estime en algo que no tenga dos cosas.

Primera: Un corresponsal especial en el punto de la tierra en que ocurre algo interesante.

Segunda: Un médico de casa y boca, encan-

gado gratuitamente y por el aquel de la firma las más de las veces, de guiar pacientemente á los lectores por el camino de la salud y larga vida.

Con estos dos elementos importantísimos ya se puede intervenir con alguna autoridad en la cosa pública y gallear de Prensa europea.

Pero es el caso ¡ay!—ó ¡guay!, para que sea más moruna y de mayor oportunidad la exclamación;—es el caso que el corresponsal especial suele estar representado por unas tijeras muy grandes, que no son, naturalmente, capaces de contar nada nuevo, y el simpático doctor, con la mejor fe del mundo, suele no decir á los lectores cosa alguna que ellos no sepan desde chiquirritines.

Si alguno de ustedes hubiese leído por casualidad, en la sección de consejos higiénicos de cualquier diario de los que la usan, algún aviso, recomendación ó advertencia de que no tuviese noticia anterior por confianza de un amigo ó por conducto de la criada, sírvase participarlo á esta Redacción lo más pronto posible, y le será entregado como premio un ejemplar de la poesía que resulte gallardonada con la flor natural en los próximos Juegos florales de Salamanca.

Pero no; no hay cuidado de que tengamos que imponernos ni imponer á ninguno de ustedes sacrificio semejante. ¡Nadie ha leído jamás, en este delicado asunto de la higiene privada y doméstica, nada que no tuviese olvidado de puro sabido!

Y en prueba de esta afirmación rotunda y categórica, y como débil muestra del género, podemos dar de memoria, y sin cobrar un céntimo por la consulta, algunas reglas para conservar incólume el organismo y librarse de la parca fiera en este terrible mes de Agosto.

Véanlas, júzguenlas y síganlas.

En primer lugar, es conveniente aligerarse de ropa. Las camisetas de franela, gabanes de pieles, chalecos de Bayona, fajas y bufandas, que tan excelentes servicios prestan en otras épocas del año, son en la presente, no sólo innecesarias, sino un tantico molestas y peligrosas. Dificultan la transpiración y entorpecen los movimientos que deben ser sueltos y libres cuando el termómetro marca de 37 para arriba.

Debe huirse, así en el vestido como en el tocado, de los colores negros ó demasiado oscuros, porque sabido es que éstos absorben mayor cantidad de rayos solares, y por consiguiente, aumentan el calorico. Un traje blanco de drill, franela ó lienzo fino, un sombrero ligero de paja y una camisa de batista con cuello bajo y pechera floja, son las prendas más indicadas en este tiempo.

Las bebidas han de ser frescas, y á ser po-

sible un poco aciduladas, no sólo porque calman mejor la sed, sino porque el paladar las encuentra más agradables.

Los sorbetes y helados á la terminación de las comidas, y cuando la digestión ya está hecha, suelen saber muy ricos. Una botella de Burdeos acabadita de sacar de la bodega y una copa de *champagne frappé* de buena marca, tampoco son cosas despreciables y se recomiendan por sí solas.

No es preciso exagerar demasiado el ejercicio corporal, ni conviene dedicarse á ninguna clase de trabajo que produzca desasosiego ó fatiga. Un paseo bajo los árboles en las primeras horas de la mañana y algún espectáculo agradable, al aire libre, durante la noche, bastan para conservar la necesaria elasticidad en los miembros y la ligera conmoción del espíritu. En el centro del día no se debe salir de casa, porque el tránsito por esas calles de Dios, que suelen estar echando bombas, puede producir sudores copiosos, extremada laxitud en los músculos y fenómenos congestivos en el cerebro que no conducen á nada.

Los albañiles que revocan fachadas ó acarrean pesados cubos al mediodía, cometen en este tiempo, y en todos, una lamentable imprudencia.

Lo mejor y más saludable es abandonar los quehaceres habituales y alquilar un hotelito con vistas al mar. Las emanaciones salitrosas del Océano entonan los pulmones, vigorizan el sistema nervioso y enriquecen la sangre. Los paseos por la playa y el alegre triscar á la sombra de los castaños y de los pinos son infinitamente más beneficiosos para la salud que la quietud bochornosa del andamio.

Estas son las advertencias que tenemos que hacer á nuestros lectores para el mes de Agosto, advertencias hijas de un estudio largo y profundo de los mejores tratadistas de higiene y producto de nuestra personal experiencia.

Con lo cual y con rogar á nuestros compañeros profesionales que perdonen esta inocente broma, creemos que para muestra con este botón basta.

No sin añadir que de los sabios doctores que aprovechan las rotativas para inculcar nos tan sanos principios, los más inofensivos son los que se limitan á recomendar eficazmente el abrigo en el invierno, el fresco en el verano y el caldo de gallina en todo tiempo.

Los hay que ven microbios y vírgulas en todas partes y le meten á uno el corazón en un puño, por lo menos una vez por semana. El agua es un excelente vehículo de gérmenes patógenos. No se debe beber una gota sin analizarla previamente, lo cual es una tela.

Los pescados abundan en fosfatos de todas clases, causa ocasional de la arterio-esclerosis.

En la patata existen los principales motivos de la tisis laríngea.

De la leche y los huevos salen una porción de cosas malas, entre ellas la apendicitis.

Las carnes de cerdo llevan en sí la triquinosis; las de vaca, la solitaria; las de cordero, ¡vaya usted á saber!

No debe uno rascarse donde le pique sin mojar el dedo en sublimado corrosivo al 1 por 1.000; no se puede dar un beso á la mujer amada sin exponerse á endosarla un par de millones de las bacterias mortíferas que se crían en el bigote sedoso como en un bosque virgen; no es conveniente limpiarse el sudor sin examinar antes el pañuelo con el microscopio...

Total: que le dan á uno ganas de morirse de una vez para no afrontar á todas horas tamaños peligros... y que gracias á la difusión de la ciencia va, uno estando de higiene hasta la coronilla.

8 Agosto 1909.

TARASCONADAS

No lo podemos remediar, somos meridionales.

Meridionales con respecto á Noruega, y septentrionales con respecto á Marruecos, naturalmente.

El famoso Tartarín, cazador de leones en Africa y alpinista empedernido, tiene infinidad de parientes agnude el Pirineo, corregidos y aumentados por el "brillante sol de Andalucía", que cantan los poetas.

Y en punto á exageraciones, desplantes y bravatas, vemos la paja en el ojo de Portugal, y no vemos la viga de lagar en el nuestro. Lo cual es una lástima, porque saliendo, como íbamos á salir, de estas circunstancias graves y difíciles rápidamente, serenamente, tranquilamente..., hubiéramos quedado como las propias rosas dando una prueba de energía, riqueza y poderío á las naciones fuertes que nos creen deshechos y mandados retirar del mapa.

Pero verán ustedes cómo lo echamos todo á perder por charlatanes y fantasiosos.

España está demostrando en estos momentos, y en buena hora se diga, una vitalidad y un vigor que ha asombrado á los mismos españoles, y no nos falta más, para ser perfectos, que no confundir el patriotismo con la patriotería.

Tras este breve exordio, y en apoyo de la tesis, vamos á permitirnos el lujo de hacer unas cuantas preguntas, que el pío lector tendrá la bondad de contestarse á solas con su conciencia y poniéndose la mano sobre el co-

razón para mayor garantía de seguridad y de aplomo.

Vamos con ellas.

¿Hacia de veras mucha falta aceptar el gallardo ofrecimiento de los milicianos nacionales para practicar algunos servicios de guarnición en la Villa y Corte?

¿No será esto dar pábulo á la falsa especie de que todo el Ejército activo lo hemos enviado á Melilla y aquí no nos quedan ya soldados disponibles para una contingencia? ¿Por qué cuando la nación tenía 50.000 hombres armados en Filipinas y 200.000 en Cuba no necesitó apelar á semejantes recursos? ¿Es que en doce años hemos venido tan á menos?

Bien está que la iniciativa particular organice y sostenga hospitales de sangre; pero ¿no sería conveniente prohibir que los estudiantos y los chicos del comercio pidan limosna por las calles para los heridos y las familias de los reservistas, como si el Tesoro estuviera exhausto y le fuera imposible atender á menesteres tan sagrados?

¿No sería bueno prescindir, por la misma razón, de funciones de beneficio, *kermesses*, corridas de toros, etc., etc., que entre todas producen cuatro cuartos y no sirven más que para que se *bombean* y pongan en los cuernos de la luna los organizadores de profesión que se pirran por farolear con cualquier motivo?

¿No convendría mucho que los periódicos se abstuvieran de publicar listas de ofrecimientos, en que consta que doña Fulana regala una chambre en buen uso, doña Mengana seis escapularios, don Zutano los derechos de representación de un monólogo estrenado en Villafañila y don Perencejo una partida de lapiceros, borradores y guardapuntas, sin otro fin que el de ver sus apellidos en letras de molde bajo el epígrafe de "Rasgo patriótico", "Iniciativa plausible", "Generosidad rayana en la locura" y otras armas al hombro por el estilo?

¿Por qué no se devuelven los pendientes y las sortijas á las señoras que los enviaron para contribuir con su producto en venta á los gastos de la campaña? Santo y bueno que Isabel la Católica entregara sus joyas para que Colón emprendiera el viaje á las Indias; ¿pero es que ha llegado el caso de que las damas castellanas sigan su ejemplo? Ni aquí se trata de descubrir mundos, ni la empresa en que estamos metidos es de importancia, ni la miseria de la nación es tan grande que necesitemos empeñar cosas.

¿Ha hecho bien el Gobierno al proponer y reglamentar el alistamiento de voluntarios, después de asegurar casi oficialmente que el término de la guerra del Rif es cuestión de días? ¿No parece esto una contradicción pal-

maria, puesto que los voluntarios han de tardar por lo menos dos meses en organizarse y adquirir la instrucción necesaria para prestar servicio?

¿Es de absoluta precisión cantar un día sí y otro también un himno á la navaja? ¿No sería mejor hacer entender á los soldados que eso de batirse á puñaladas es una leyenda de los tiempos prehistóricos, y que son mucho más útiles y eficaces los fusiles Maüser y los cañones de tiro rápido, por aquello de que más come un buey que cien golondrinas? Esos batallones armados con facas en los albores del siglo vigésimo son algo así como los contrabandistas de las cajas de pasas y las majas de pandereta; pueden inventarlos los franceses, que creen que aquí celebramos un auto de fe cada quince días; pero no debemos *jalearlos* nosotros para que no se figure nadie que no nos hemos enterado todavía de cómo se anda por el mundo.

Y lo mismo hay que decir de los trajes de fantasía de los nobles que sientan plaza, porque esas invenciones, sobre ser inverosímiles y absurdas, tienen menos gracia de la que parece.

Y por ahora basta de preguntas. Claro es que se nos quedan unas cuantas en el tintero; pero como están suspendidas las garantías constitucionales y á lo mejor se toma el rábano por las hojas...

Los hechos ciertos, indubitables y dignos de loa, son: que la revolución antipatriótica de Cataluña se ahogó al nacer y en un abrir y cerrar de ojos se plantaron allí 12.000 hombres disciplinados y dispuestos á evitar que los bochornosos sucesos se repitan; que con orden perfecto y precisión admirable se han trasladado á Melilla 30.000 soldados que se baten con la bravura característica del Ejército español, y que á la vista salta que la nación tiene confianza en sí misma.

Sólo falta que los susodichos parientes de Tartarín de Tarascón se compriman un poco en las listas de héroes, en los relatos de aventuras terribles y en el anuncio de socorros y donativos que no hacen, ó no deben hacer, maldita la falta, y quedaremos á la altura que nos corresponde.

¡Formalidad y seriedad, ilustres compatriotas!

Más vale quitar importancia á lo que realmente la tenga que dársela á lo que no la tiene, y más daño que las burlas de las otras naciones—que en nuestro caso no habrían hecho la mitad de lo que hemos hecho nosotros—nos hace este afán de notoriedad, hinchazón y bravuconería barata que se les ha metido en el alma á unos cuantos sujetos.

Si para luchar con unas hordas de salvajes, sin cañones, sin organización y sin dis-

ciplina, necesitamos desprendernos de las alhajas y poner en pie de guerra á los veteranos con reuma, ¿qué diablos haríamos si amenazara caer sobre la frontera un ejército de cien mil alemanes?

¡Asusta el pensarlo!

15 Agosto 1909.

OBSERVACIONES MENUDAS

Con esto de la guerra, ni el espíritu público ni el privado están para nada.

Todas las minucias artísticas, políticas, administrativas y puramente recreativas que en épocas normales solicitan la atención, dan que hablar y hasta apasionan los ánimos, ahora no le importan á nadie un comino porque decaen y palidecen ante el interés supremo de la patria, nuestra misión civilizadora en el Rif, el cuidado con que nos observan las demás naciones y todas esas cosas que ha puesto sobre el tapete la actualidad sangrienta...

Sin embargo, para nosotros, tan pequeños filósofos como el más pintado, no puede haber nada insubstancial y de poca monta y puede decirse que no pasa una mosca por el aire sin que la contemos las facetas de los ojos.

Por consiguiente, los caballeros y señoras que estos días aprovechan las ocasiones para "echar el pecho fuera" y distinguirse ante el estrecho círculo de sus amistades, contando con que la gran masa del público anda distraída por acontecimientos de mayor cuantía, se equivocan de medio á medio.

Porque hay quien lo ve todo, lo escudriña todo y lo apunta todo.

Sin ir más lejos, nuestro distinguido amigo y general D. Valeriano Weyler se habrá figurado que nadie iba á parar mientes en sus trascendentales declaraciones y que sus numerosos admiradores iban á quedarse patidifusos á muy poca costa.

Pero no ha contado con la huésped. y es que está aquí Gedeón para tomar notas.

Gracias á las cuales D. Valeriano, en cuanto se abran las Cortes, no va á tener más remedio que decir, con voz sonora y potente, esas cuatro verdades que tiene que cantarle al Gobierno y que, según él, impiden ahora que éste le ponga al frente del Ejército de Melilla. Tendrá que exponer asimismo las razones que tiene para suponer fácil su acceso á la Presidencia del Consejo de Ministros y para asegurar que todo Gobierno que conservara más de ocho días una ciudad en estado de sitio está divorciado de la opinión.

Esta última aseveración, especialmente, no se puede quedar en el aire. Porque hasta los niños chiquitines recuerdan que sólo pa-

acallar los insignificantes disturbios que produjo la boda de la Princesa, nos tuvo don Valeriano un par de meses con el alma en un hilo. ¡Conque échense ustedes á pensar lo que el general hubiera hecho con nosotros si en su tiempo se llegan á chamuscar unas cuantas iglesias!

Tampoco puede pasar inadvertido, aunque á primera vista parezca insignificante, el rasgo genial del acreditado fondista de una estación de ferrocarril, que ha tenido la humorada de cobrar 55 céntimos de peseta por cada panecillo á los soldados que iban á Melilla.

El hombre siente el patriotismo á su modo. Se ha enterado sin duda de que los moros desvalijan á cuantos *rumies* echan mano, y ha creído conveniente que los *rumies* entren en batalla sin dinero para privar del aliciente del botín al enemigo.

Otra de las figuras interesantes de la presente hégira que no ha adquirido el merecido relieve porque las peripecias del avance guerrero la han sumido en la penumbra, es la de nuestra bellísima y saladísima compatriota Candelaria Medina (¡olé su madre!).

Este ángel de la caridad ha organizado en la Ciudad Lineal una fiesta, relativamente artística, á beneficio de los heridos, anunciando de paso que irá ella misma al teatro de la guerra á repartir el producto y á cuidarlos personalmente.

Y mucho antes de saber si el resultado de la función corresponderá á sus buenos propósitos ni si el general en jefe del Ejército de operaciones estará para esas bromas, se ha apresurado á retratarse en distintas posturas, con un uniforme muy mono de *miembra* de la Cruz Roja y á enviar la fotografía á los periódicos ilustrados.

Claro es que no sabemos si cuajará la idea, aunque es de esperar que no cuaje; pero si el ejemplo cundiese y se decidieran á acompañar á la iniciadora en su benéfica y arriesgada excursión, la bella Chelito, Pepita Sevilla, Pilarcita Monterde y demás *étoiles* del género, es de suponer que, por lo menos los moros, pasarían muy buenos ratos.

En otras circunstancias el hecho hubiera hecho gemir á las prensas, desencadenarse al huracán de la chirigota y babear tiernamente á los tenorios de sesenta para arriba, y ahora... ya lo ven ustedes, los sueltos de contaduría y gracias.

Y á propósito de sueltos de contaduría.

Aprovechando el que la preocupación de los lectores no les permite pararse á considerar si les dan ó no gato por liebre, los partidarios y secaces de autobombo se están despachando á su gusto.

El torero que no ha recibido de América proposiciones tan brillantes como *Bombita* y

Fuentes puede decirse que es un mirlo blanco, y autor de *cines* que no haya dejado á Galdós en mantillas en punto á calificativos rimbombantes... es la modestia personificada.

Todos ustedes habrán podido leer, si tienen ojos en la cara, que en el teatro de Alicante una compañía de género chico á dado una función á beneficio de los reservistas, naturalmente.

Hace dos meses, cuando podía medirse con tranquilidad el valor de las palabras, los corresponsales se hubieran contentado con decir que se habían distinguido notablemente el señor Tal y la señorita Cual. Ahora la coetilla ha sido más breve, pero más substanciosa.

Los telegramas, con rara unanimidad, han dicho:

"La ejecución fué perfecta."

¿Eh? ¿Qué tal? Todos estábamos sumidos en el craso error de que la perfección no era cosa de este mundo, y resulta que la ha conseguido, en un dos por tres, la compañía de Alicante.

¡Qué suerte tienen los del tren botijo!

22 Agosto 1909.

¡CHIST...! ¡CHIST!

"Alma del silencio, que yo reverencio..."

"El que calla otorga."

"Al buen callar llaman Sancho."

"En boca cerrada no entran moscas."

"La callada por respuesta."

"Silencio en las filas."

"Punto en boca."

"¡Chitón!"

Y así sucesivamente.

Estas son las frases, apotegmas, refranes y recomendaciones que privan entre los cristianos de aqueude y allende el Estrecho, gracias á las censuras de ambas clases y á los lápices de todos colores, desde que la libertad se ha hecho conservadora.

Aquí no se puede hablar de nada, ni escribir de nada, ni pensar en nada, porque resulta que el honor nacional es como un espejo que se empañia con la más leve noticia.

Sólo podemos ser indiscretos, sin temor á que la Patria peligre, en lo tocante á las listas de Lotería, las corridas de toros y las regatas de balandros. Todo lo demás es expuestísimo, y ocasionado á producir complicaciones internacionales.

Seamos prudentes y callemos ahora—dicen al unísono rojos y negros, encarnados y amarillos,—que día llegará en que se hable alto y se pidan cuentas y se exijan con todo rigor las debidas responsabilidades."

De lo cual nos sonreímos ligeramente las

personas sensatas. Porque sabemos por experiencia cómo acaban las misas.

Cuando llegue la ocasión, encarnados y amarillos, rojos y negros tornarán á decir también al unísono:

“Seamos patriotas ante todo. Corramos una cortina piadosa sobre lo pasado y, olvidando añejos errores, aprovechemos la lección para que la nación se regenere y resurja.

¡Es el cuento de la buena pipa!

Pero nosotros no queremos hacernos solidarios (eso no, ¡ni en broma!) de esta misteriosa y prolongada conjuración del silencio, y vamos á hablar clarito y sin rodeos, lanzando valientemente á la publicidad la noticia grave que tenemos embotellada.

Señores, ¿saben ustedes por qué no hay modo de averiguar nada concreto y todos tenemos un candado en la boca y estamos tan á gusto? ¡Porque los moros nos han vencido!

No por la fuerza de las armas (Allá no lo permita en los siglos de los siglos), sino por medio de la penetración pacífica que recomiendan los estadistas más insignes.

Y ya se sabe que este género de vencimiento es el más duradero y peligroso, porque cuanto más tiempo pasa más dificultades encuentra el vencido para sacudirse las moscas.

Tan pacíficamente penetrados estamos por nuestros enemigos, que en un dos por tres hemos adoptado su sistema y sus costumbres y Madrid se parece á Pez como un huevo á otro. Teníamos, aunque á regañadientes—dicho sea en honor de la verdad,—ferrocarriles, teléfono, telégrafo, automóviles y letra de imprenta, y poquito á poco y sin la protesta más leve, hemos ido prescindiendo de todas esas ventajas de la civilización—hasta encontrarlos como si no tuviéramos ninguna.

Barcelona y Melilla están al alcance de la mano, como quien dice; y sin embargo, no hay Prensa, gasolina, ni fluido eléctrico capaces de ponernos en comunicación con ambas poblaciones. Con más rapidez y probablemente con mayor exactitud, llegaban las noticias de Flandes á la Corte de Felipe II.

Por lo cual en los dos países beligerantes toda la información se reduce á tal cual referencia vaga y confusa de este ó el otro peatón que dice que ha pasado por el teatro de la guerra, y á las murmuraciones de los zocos desarrolladas con una fantasía verdaderamente morisca.

El mismo día en que por allá se cuenta que los españoles han tenido que reembarcarse precipitadamente, por acá se asegura que nuestros soldados están tomando te con pastas en el picacho más alto del Gurugú.

Y se comprende la exageración allí, donde no hay más hilos telegráficos que las lenguas de los santones; pero no se comprende aquí,

donde podemos disponer... ¡hasta de la telegrafía sin hilos!

No podían soñar los rifeños una victoria más fácil y más completa. Según parece, nos hemos metido en estas andanzas por encargo de Europa, que se empeña en civilizar á los apreciables bereberes haciéndoles entender á viva fuerza que las comunicaciones rápidas favorecen extraordinariamente el comercio y son, por consiguiente, base de engrandecimiento y de la prosperidad de las naciones.

Y véase por dónde á las primeras de cambio, son los bereberes los que nos han convencido á nosotros de que eso de las conquistas de la civilización es una pura monserga.

Tan encantados han quedado nuestros caides y bajeas del procedimiento, que hay que ver el garbo con que nos le aplican:

“No sabemos nada.”

“Ya veremos.”

“Eso depende de las circunstancias.”

“No hay que ser impacientes.”

“En su día se sabrá todo.”

“Vuelva usted mañana.”

Total: que el telégrafo es una cosa muy útil, pero no debemos usarle más que para saber cómo quedó *Bombita* en Bilbao, y la Prensa es una palanca poderosa; pero como á lo mejor publica noticias que causan depresión en el espíritu público, lo mejor es no emplearla más que para relatar cuentos tártaros. Y si fuera posible suprimir las locomotoras hasta ver en qué paraba esto, mejor que mejor.

El bello ideal sería que no nos ocupáramos de los conventos quemados, ni de la Restinga, ni de las dragas de Huelva, y nos concretáramos á decirnos los unos á los otros: “Morir habemos; ya lo sabemos”, como los frailes de la Trapa.

Y á eso iremos á parar, si Dios quiere.

Entretanto ya se nos ha pegado del infiel marroquí la manía de las dilaciones, prórrogas y plazos, que se empalman unos con otros, y el afán de vivir en un mar de vaguedades y de confusiones.

Por allá no logran saber á ciencia cierta lo que pasa en el Imperio. Por aquí estamos á oscuras de lo que ocurre en la península y costas adyacentes.

De modo que al que nos diga en qué se distinguen en este punto moros y cristianos... le damos un racimo.

29 Agosto 1909.

VOZ DE ALARMA

Dicenta y Répide.

Arniches y García Alvarez.

Perrín y Palacios.

Paso y Abatl.

Gereda y Soler.

Los hermanos Alvarez Quintero.
 Los hermanos Cuevas.
 Los hermanos Melantuche...
 Etcétera, etcétera, etcétera.

El servicio de la literatura dramática se iba organizando por parejas, como el de la Guardia civil, para mayor comodidad y aseo, cuando he aquí que surge una complicación, con la cual no contábamos.

Con un éxito feliz, que ojalá sea el primero de una larga serie, han estrenado recientemente en el teatro de Novedades un drama comprimido las hermanas señoritas Jiménez, ó Rodríguez, ó Sánchez, que del apellido no estamos seguros á estas fechas.

Y este resultado brillante, estas salvas de aplausos, estos besos de la gloria que han acariciado las albas frentes de las dos hermanas que, por cierto, según autorizadas referencias, son como unos soles, van á traer fatales consecuencias... ó á nosotros se nos ha trastornado el raciocinio con la suspensión de las garantías constitucionales.

Si la creciente prosperidad de los Quinteros—en plural, para que no se enfade *el chico del Instituto*—ha ocasionado tantas y tan graves perturbaciones en una porción de hogares, antes tranquilos, ¡calcúlese lo que ocurrirá en el seno de las familias numerosas en cuanto corra por ahí la noticia de que las hermanas Rodríguez—supongamos que definitivamente se apellidan Rodríguez—han triunfado en Novedades y van á cobrar los derechos correspondientes!

Porque hay que tener en cuenta que los hombres, al fin y al cabo son hombres, como decía el otro, y, por consiguiente, tienen el porvenir abierto, mientras las mujeres, si no logran una plaza de telefonistas, tienen que dedicarse á coser para fuera y desojarse materialmente para ganar seis reales.

De modo que en cuanto se descubra que Talía está dispuesta á abrir á las señoras las puertas de los sesenta templos y templetos de la villa y corte, tonta será la que entre zurcir comedias ó calecines, no elija lo primero.

Joven arrojado hay, de los que emparejados ó sueltos andan rompiendo moldes y metiendo los corazones en un puño por esos *cines* de nuestros pecados, que no es capaz de aprender á hacer encaje de bolillos en todos los días de su vida, y se saca veinticinco duros al mes como quien lava, amén de los bombos correspondientes, que no son de despreciar tampoco.

Y siendo las mujeres, como consta desde tiempo inmemorial, mucho más mañosas y dispuestas para inventar enredos, preparar situaciones y salir de apuros, no vemos por qué no han de ocupar un sitio á la diestra del divino Apolo ó del semidivino Eslava.

Nada de pasarse la adolescencia y parte de

la juventud aporreando las teclas del piano ó haciendo gorgoritos con la esperanza de llegar á ganarse la vida dando lecciones ó cantando la *Giocconda*. Los primeros premios de Piano ya está visto que no van á ninguna parte, porque hay más maestras que discípulas, y en cuanto á los *debuts* en el Real, ó simplemente en Price ó la Zarzuela, cuestan disgustos y fatigas sin cuento, se quedan en *debuts* y... hay que poner dinero encima.

Las piezas en un acto, sencillitas é interesantes, están en cambio al alcance de todas las inteligencias de ambos sexos, y pueden producir un pasar decoroso, sin contar con el alto asiento de la inmortalidad, que suele darse por añadidura.

¿Quién duda? ¿Quién vacila? ¿Quién no tiene en la parentela una muchacha despejada con una hermanita que la eche una mano para los chistes?

A los empleados modestos con numerosa prole, á los retirados, pasivos y cesantes cargados de chicos, se les presenta un horizonte de color de rosa.

Con un par de horas que dediquen diariamente las niñas á la labor literaria después de peinarse, unas cuantas observaciones de los hermanos mayores que hayan empezado á asomarse al mundo, y algunos sanos consejos del padre y la madre que, por razón natural, han de tener experiencia y conocimiento de la vida, no es difícil enjaretar una obrita representable y aplaudible en un par de semanas.

Sitio donde ejecutarla con todas las de la ley no ha de faltar, gracias á Dios, y veinte representaciones no se le niegan á ningún nacido, sobre todo desde que los conspicuos del arte no se dan por convencidos con cincuenta noches de pateo.

De manera que, sin desatender los quehaceres de la casa ni abandonar la oficina, se puede ir procurando honradamente las subsistencias hasta que penetremos pacíficamente en el Rif y nos den una mina á cada uno.

Preparémonos, pues, para leer un día sí y otro no los siguientes sueltos de contaduría: "Se ensaya, para ponerse en escena á la mayor brevedad, con decorado nuevo, el boceto dramático en un acto y tres cuadros titulado *Remordimientos de conciencia*, original de la aplaudida familia Peribañez. La empresa abraza fundadas esperanzas."

"Anoche se estrenó en este favorecido coliseo la comedia *Madre de mi corazón*!, de que se venía hablando en los círculos literarios hace bastantes días, y quedó demostrado hasta la saciedad que no eran exagerados los elogios que la prodigaban *a priori* los que habían tenido la suerte de conocerla en los ensayos. Desde las primeras escenas *entró* el público de lleno en la obra, y fueron aplaudidas con deli-

rio casi todas sus emocionantes escenas. Don Antolín del Río y doña Josefina del Arroyo, sus hijos Evelinda, Clotilde, Emerenciana, Ramón y Secundino y su sobrino Teodoro, autores de la obra, recibieron constantes ovaciones en todo el transcurso de la representación, y especialmente al final de los cuadros segundo, cuarto y quinto. Todos se presentaron ante el público infinidad de veces, exceptuando la señora Arroyo del Río, que precisamente ayer se vió molestada por un fuerte ataque de reuma. Hay obra para rato."

¡Todo, como consecuencia del éxito brillante y merecido de las señoritas Rodríguez, cuyos cuatro pies besamos amorosamente!

5 Septiembre 1909.

ANDE EL BARATO

Las tres cuartas partes de los españoles mayores de edad se dedican ahora con verdadero ahínco a marcar con banderitas sobre el plano del Rif el avance lento, pero continuo, como el cañoneo de maras.

Y esta sencilla operación, agradable é inculcuenta, que permite dar rienda suelta al patriotismo sin menoscabo de la salud ni de los intereses, tiene dos ventajas indudables: que vigoriza y fortalece el espíritu público, á pesar de la prudente reserva que lo envuelve todo, y que aparta á los desocupados, que son ciento y la madre, de la nociva ocupación de acertar charadas y descifrar copas numéricas.

Pero tiene, en cambio, una contra.

Y es que hace pasar inadvertidos hechos aislados, detalles importantes, más ó menos relacionados con la campaña, y que en otra ocasión serían objeto de observaciones detenidas y profundo estudio.

Por fortuna, estamos aquí nosotros, pacientes cazadores de minucias, resueltos á que no se escape una rata y á limpiar, fijar y dar esplendor á estos rasgos interesantes que podrían ser oscurecidos por los sucesos culminantes y gloriosos, siendo dignos de esculpirse en mármoles y pasar á la posteridad, como dijo el clásico.

Por ejemplo: el otro día dieron algunos periódicos una noticia garrafal en que nadie ha parado mientes por coincidir con la brillante operación de Lehedara, y es tan buena, sin embargo, como la de la victoria obtenida.

Trátase de que un señor ha escrito una obra, próxima, según el autor, á estrenarse en un cine con todo el aparato que su argumento requiere. Del éxito enorme de su magnífica producción está seguro el preopinante, así como de que ha de repercutir en todas las provincias, traduciéndose esta repercusión en tem-

pestades de aplausos y en torrentes de oro fundido.

Por de pronto, el afortunado padre de la criatura se ha decidido á hacer una copiosa tirada de ejemplares antes de que empiecen los ensayos, por aquello de que al que madruga Dios le ayuda...

Y aquí entra lo asombroso, lo fenomenal, lo estupendo...

Todos los productos, absolutamente todos, de las representaciones y de la venta se destinan, con una generosidad sin límites, al socorro y alivio de las víctimas de la guerra, para dar en la cabeza á Candelaria Medina, de la cual, y de las pesetas adyacentes, no se ha vuelto á saber una palabra.

Tiene, pues, razón el ministro de Hacienda al asegurar un día y otro que no hay motivo para alarmarse aunque la guerra dure media docena de años, que no le faltarán quince minutos al paso que lleva. Con lo que produzca la obra de ese señor, y la de algún otro que también tenga el pensamiento de estrenar el día menos pensado, se podrán echar muy buenos remiendos á los gastos de la campaña.

Y como siempre ¡oh, dolor! quedarán poco menos que olvidados estos héroes anónimos del altruismo y la filantropía.

Casi al mismo tiempo que la noticia anterior vió la luz otra no menos interesante, de indudable origen oficial y de cuya exactitud se puede responder, no sólo por eso, sino por haberse publicado en un periódico que goza de justísimo crédito.

Es la siguiente, que copiamos al pie de la letra para que no se ría el diablo de la mentira:

"Los 11.000 *salakofs* comprados para el Ejército de operaciones, importan libras esterlinas 11.000, que al cambio de 27,44, ascienden á 301.840 pesetas."

Esto no lo ha leído nadie, y si alguien lo ha leído no se ha fijado en ello, preocupado con la Restinga y el zoco del Arba. Porque si se hubiera enterado la gente, ¿cómo es posible que no se hubiera celebrado una manifestación de alegría y agradecimiento?

Antes de que se pusiera sobre el tapete la utilidad de los *chalacofs*, *salacofs* ó *salacotes*, que de las tres maneras lo sabemos decir, á Dios gracias, el que más y el que menos no tenía del caso inglés otras noticias que las de haberle visto en el teatro sobre las cabezas de los cómicos que hablaban de la "corasonamienta" y se figuraría que cada chirimbo de aquellos vendría á costar quince ó veinte duros, puesto que ya se sabe de clavo pasado que las manufacturas británicas son una cosa superior, salvo ligeras excepciones.

Así es que los que no transigimos con que se tire el dinero á tontas y á locas con el pre-

texto de guerras, incendios, inundaciones y otras calamidades públicas, nos echamos á temblar en cuanto empezó á correr la voz de que los *salacotes* eran indispensables para aminorar los efectos del sol de Melilla.

Pero ya podemos tranquilizarnos. El Ejército tendrá efectivamente *salacotes*, si bien con algún retraso, puesto que habrá empezado la estación del frío y de las lluvias cuando lleguen á su destino, y le prestarán grandes servicios el verano que viene si, como es de esperar, continúa el avance.

Y los tendrá, que es lo maravilloso, en condiciones de economía verdaderamente increíbles, porque el encargado de la compra, cuyo nombre y apellido permanecen modestamente en el misterio, ha tenido la suerte de encontrar una ganga.

¡Ahí es nada! ¡Un *chalachoff*, nada menos que un *chalachoff* auténtico y legítimo por cinco duros y medio!

¡Lo que habrá revuelto el hombre! Porque no se encuentra á la vuelta de cada esquina un fabricante loco, empeñado en arruinarse por no echar bien las cuentas.

¡Qué demonio! Esto no puede quedar así.

Santo y bueno que prestemos la debida atención á nuestra misión civilizadora, puesto que ya no hay más remedio que confesar que nuestro porvenir está en Marruecos, y nos entusiasmemos con el resultado de las batallas y glorifiquemos á los héroes. Pero los oscuros colaboradores de la victoria deben tener su premio correspondiente para que no se diga que no hay justicia en la tierra.

No; esa noticia de la compra de los *salacotes* no debe quedar así, escueta, abandonada á la grandeza del laconismo. Es preciso, es conveniente que se publique otra nota oficiosa especificando quién ó quiénes han intervenido en tan ventajosa y admirable operación, cuánto le cuestan esos cascos al ejército inglés y cuánto llevarían por hacerlos, sin ganar nada, los fabricantes españoles.

No vayamos á encerrarnos también en esas cuestiones de dinero en una prudente reserva, porque, si es verdad que al público no hay por qué enterarle de los planes de la guerra, también lo es que hay que convencerle de que hay muchos hombres de buena voluntad que sirven á la patria.

Unos, muriendo por ella en los combates, y otros, sacrificándola sus intereses y arruinándose en silencio...

12 Septiembre 1909.

MINUCIAS INTERESANTES

Durante los meses de verano, aunque "el honor patrio esté en peligro" y aunque nos hallemos "bajo la escrutadora mirada de la cul-

ta Europa", no podemos prescindir de cuatro importantes detalles de la vida pública, que son á saber:

Las corridas de toros.

Las regatas de balandros.

El "han salido para tal parte los señores de Cual".

Y los Congresos de esto ó de lo otro.

No podrá negar ningún nacido que el estío que acaba de terminar ha sido de prueba.

Parece que entre la guerra de Marruecos y los sucesos de Cataluña los españoles no habían de tener humor para nada, ¿verdad?

Pues ha habido muchos que lo han tenido, no sólo para liar los equipajes y salir á esparcir los ánimos por esos montes, playas y balnearios de Dios, sino para conseguir que lo dijeran los periódicos entre una larga lista de presos en Barcelona y otra lista, también muy larga, de heridos en Melilla.

Lo cual quiere decir que para esos distinguidos sujetos, tan importante ó más que la crisis por que atraviesa la nación, es el hecho de que ellos dispongan del dinero suficiente para pasar una temporada en San Sebastián... ó friendo espárragos.

Son distintas formas de la vanidad humana.

Unos tienen á mucha honra que se citen sus nombres entre los que tomaron una trinchera, y otros se hispen y ahuecan figurando entre los que asistieron á un banquete en el monte Ulía para festejar á un campeón de *lawn-tennis*.

Y á todos hay que respetarlos mientras no se sepa de cierto quién está en lo firme.

Como hay que respetar á los aficionados á la fiesta nacional, que entre el Gurugú y la plaza de Valdeporras se quedan con la plaza.

Por servir y atender á tan respetable clase, los "grandes diarios" se han visto y se ven precisados á restar espacio á las informaciones de la campaña para dar cuenta de que el primero era ensabanao, fino de agujas y correatoncillo, que entró cinco veces á los de aupa, que llegó codicioso y noble á la suerte suprema y que á consecuencia de todo ello el *Lagartijillo VI* tiene otras dos orejas para lo que ustedes gusten mandarle.

Lo que es los lunes particularmente ya pueden llegar despachos y más despachos relativos á los procesos de Barcelona y á las operaciones del Cabo de Tres Forcas. No hay cuidado de que se inflen. Porque si no se detallan como es debido todas las corridas y becerradas del día anterior, especificando el nombre y señas de los bichos, las varas que tomaron y las vueltas que dieron al redondel... los suscriptores se llaman á engaño y son capaces de darse de baja.

Cosa que, por lo visto, harían también los devotos de la cría caballar y de la prosperidad

de los barcos de vela, devotos que, sin duda, forman legiones numerosas, aunque el vulgo ignaro crea que no hay ninguno.

Por eso á los lectores de buena fe, que nos bebemos con ansia los artículos de fondo, las declaraciones optimistas de Besada y los partes de la guerra, nos cortan á lo mejor la digestión con extensas relaciones de caballos inscriptos, de saltos mortales y de premios en pesetas ó de viradas rápidas, rotura de timones y reparto de copas.

Pensar que se han de celebrar en secreto las carreras y las regatas, aunque se hunda el mundo, es pensar en las coplas de otros tiempos. Y el caso es que, mirándolas bien y sin "prejuicios de escuela", éstas que parecen frustrerías confortan el ánimo.

Porque después de una noticia por este estilo: "La caballería dió una carga brillante arrollándolo todo y los soldados regresaron al campamento victoriosos, aunque con sensibles bajas", no sienta mal leer esta otra: "El balandro *Tupinamba* III, propiedad del opulento capitalista Sr. Ibáñez, reveló sus excelentes condiciones marinerías, y su afortunado dueño recibió numerosas felicitaciones del distinguido público que presencié las pruebas..."

Pero lo más curioso de la estación son los Congresos, entre otras razones, porque, según datos fehacientes y opiniones autorizadísimas, de ellos ha de salir la regeneración de la patria en cuanto Alá nos saque del atolladero presente.

Estos Congresos, que suelen ser internacionales para mayor gloria, se verifican aquí y allá con una pauta invariable y tienen todos el mismo fin: pedir al Estado dinero ó cosa que lo valga para los congresistas y sus representantes.

Y el programa es el siguiente:

Se anuncian las sesiones con un par de meses de anticipación á trompetazo limpio; se obtiene de las Compañías de ferrocarriles la correspondiente rebaja de precios, y el día señalado se reúnen en la población escogida dos ó tres docenas de señores con sombreros de copa que, por primera providencia, se dedican á visitar los monumentos, aunque no los haya.

En seguida se inaugura el Congreso con elocuentes discursos de salutación y bienvenida, se da cuenta de las proposiciones presentadas y se lanzan á la publicidad los nombres del presidente, el vicepresidente y los secretarios con los elogios que cada cual merezca, porque no sólo de pan vive el hombre.

En los días siguientes se discuten acaloradamente los temas, consumiendo, por el bien parecer, tres turnos en pro y tres en contra. Y decimos por el bien parecer, porque los turnos en contra suelen ser como la oposición de los liberales: ganas de gastar el tiempo.

Supongamos que los congresistas pertenecen á la respetable clase de constructores de cristales ahumados para los eclipses.

Bueno, pues los puntos objeto de las deliberaciones serán como si lo estuviéramos viendo, los siguientes:

Primero. ¿Conviene que haya eclipses con más frecuencia?

Segundo. El Estado, ¿debe subvencionar decorosamente la fabricación de cristales ahumados para salvarla de la honda crisis que atraviesa?

Tercero. Aparte de esa subvención y sin perjuicio de las otras ventajas que el Congreso pueda recabar en reuniones sucesivas, ¿conviene que el Estado garantice á los fabricantes una ganancia mínima?

Cuarto. Los susodichos fabricantes, ¿deben tener derechos pasivos?

Quinto. La adquisición de cristales ahumados, ¿debe ser obligatoria para todos los ciudadanos mayores de edad, con objeto de inculcar en las masas la afición á las observaciones astronómicas, base fundamental de la cultura de las naciones?

La Asamblea acuerda ¿y cómo no? contestar á todas las preguntas del formulario con afirmaciones rotundas, después de luminosos dictámenes; las conclusiones aprobadas se envían á los respectivos Gobiernos; los congresistas se reúnen en fraternal banquete para celebrar el feliz término de las sesiones y... ¡hasta verte, Jesús mío!

Es decir, hasta la próxima reunión en tal otro sitio para ampliar los mismos temas y visitar los monumentos.

La cuestión es pasar el verano.

26 Septiembre 1909.

EL GENERAL GIMOTEO

Asesinado villana y cobardemente el general "No importa" en una encerrona canallesca preparada por los Estados Unidos con la complicidad de las demás naciones que se dicen civilizadas, se quedó España sin aquel guía prodigioso que la llevaba al triunfo y la sostenía en los desastres.

Inmediatamente, empujado y aclamado por dos docenas de intelectuales y pensadores forrados de majadería, ocupó su puesto el general "Me ensucio", que por el bien parecer, y por lo fuerte de la expresión, cambió por el de "Gimoteo" su nombre de guerra.

Pusiéronse de moda, y lo están desde entonces, las poesías elegíacas sin ritmo ni medida, los discursos injuriosos para las glorias nacionales y las brillantes crónicas en que los es-

pañoles se ponfan á sí mismos cual digan dueñas.

Quedó sentado, sin que nadie se atreviera á protestar para no ser objeto de burlas; que éste era y había sido siempre un país de eunuocos y mujerzuelas, sin vigor y sin pulso, incivilizado, salvaje, cruel, inquisitorial, analfabeto y muerto de hambre.

Se acordó echar siete llaves al sepulcro del Cid, mofarse de la leyenda dorada y declarar humildemente que aquí no había soldados, ni marinos, ni poetas, ni pintores, ni escultores, ni autores dramáticos...

Y ese acuerdo sigue siendo firme.

A consecuencia de lo cual, desde que empezó la campaña de Melilla, el general Gimoteo ha echado á la calle sus numerosas huestes de mamarrachos, cobardes y sinvergüenzas.

¡Y hay que verlos: chillar y manotear rojos de indignación en cuanto llega una noticia que permite suponer un triunfo de sus compatriotas y frotarse las manos con satisfacción en cuanto huelen un fracaso!

—¿Ha leído usted los partes de hoy? ¡Je je! ¡Nos han metido una buena paliza!

—Hombre, tanto como paliza... Hemos tenido treinta bajas.

—¿Treinta, eh? ¡Añada usted un cero! ¡Ya verá usted cómo dentro de un par de meses aparecen más de trescientos cadáveres!

Al otro día:

—Ya habrá usted visto que hemos tomado una posición más avanzada.

—Porque los moros no tenían interés en defenderla.

—¿Cómo que no? ¡Si han quedado quinientos fuera de combate!

—¿Quinientos? ¡Je je! quite usted un par de cerros. ¡Cinco, todo la más! ¡Ríase usted de los partes oficiales, que no dicen más que mentiras!

Y siempre con la misma monserga depresiva y humillante.

¿Se sabe que la columna Tovar ha avanzado por los terrenos de Benisicar castigando á la cabila duramente? ¡Vaya una gracia! Los de Benisicar eran adictos. ¡Mientras no avanzemos por Nador y Zeluán...!

¿Entramos en Nador y Zeluán? Cuatro casuchas sin importancia donde no había moros. ¡Con el Gurugú, que es el verdadero hueso, no nos atreveremos nunca!

¿Suben nuestras tropas al Gurugú? ¡Valiente hazaña! ¡sin disparar un tiro! Eso prueba que se ha hecho un pastel á fuerza de dinero.

¿Caen don batallones en una emboscada y muere Díez Vicario? ¡Toma! ¡para que pongá colgaduras!

Por otra parte, para que el espíritu público no se anime, todos los días, al ponerse el

sol, corre por ahí un notición estupendo, siempre desfavorable, que no se sabe de dónde brota:

“El general Marina ha sido copado con todo el Estado Mayor.”

“El general Arizón se ha pegado un tiro en vista del mal cariz que iba tomando la campaña.”

“El Sultán se lanza resueltamente á la guerra... y en cuanto el Sultán se lance á la guerra, ya se sabe que nos come crudos ó nos mete en jaulas para recreo y solaz de las señoras del harén.”

“El general Linares se empeña en dimitir porque comprende que vamos á la ruina, y que de un momento á otro va á empezar el reparto de la península entre Portugal y la República de Andorra.”

“Francia ha dicho que no consiente que demos un paso más, y Francia es terrible. En cuanto nos eche la zarpa nos destroza, porque ya se ha averiguado que aquello de Bailén fué un embuste, y que el que quedó prisionero fué el general Castaños...”

¡Con qué hondo placer se dicen los ciudadanos al oído, los unos á los otros, que lo de Barcelona va á traer cola larga, que cada día estallan un par de bombas, que los obreros de todos los países la van á tomar con nosotros y que se impone la intervención inglesa!

¡Con qué mal disimulado regocijo se abultan y comentan los juicios adversos de la Prensa extranjera, donde escriben unos botarates que no saben ni geografía, y se pasan por alto los elogios de los técnicos ingleses y franceses que presencian la campaña!

¡Con qué satisfacción se hacen resaltar las contradicciones grandes ó chicas entre los informes oficiales y los telegramas de la Prensa y se extienden los rumores contra la aptitud de los militares, la honradez de los políticos y la veracidad de los periodistas!

A tal punto de degradación ha llegado esta broza nacional, que si un día el Ejército español tuviera que encerrarse en Melilla, no faltaría quien pagara el café á los amigos.

Si quieren ustedes convencerse del deplorable estado en que han puesto á la masa neutra los emisarios del general Gimoteo, hagan ustedes una prueba. Cuando entren en un sitio público cualquiera, en un teatro, en un café, en el Casino, en el comedor de la fondita... acérquense á un grupo de sujetos y díganles con aire misterioso:

—¡Señores! ¡traigo una noticia espeluznante, espantosa, el fin de España, como si dijéramos!

—A ver, á ver—gritarán todos los del grupo preparándose á tomar un baño de agua de rosas.

—Fues... ¡chist! todavía es secreto, porque

el Gobierno tiene grandísimo empeño en que la nueva fatal no caiga sobre la opinión sin que esté preparada.

—¿Qué es ello? ¿qué es ello?

—Que un ejército de 20.000 moros ha desembarcado cerca del Peñón de Gíbraltar y avanza hacia Madrid, arrasándolo todo...

—¡Claro!—exclamarán todos á una,—¡si ya lo decía yo! ¡si nuestras victorias eran mentira! ¡si aquí ya no hay hombres! Pero, ¿está usted seguro de la autenticidad de la noticia?

—¡No he de estarlo! Como que la he leído en letras de molde y firmada por personas de grandísima autoridad y respeto.

—¡Caramba!, pero ¿cómo y cuándo ha sido eso...?

—Pues ha sido... hace mil doscientos y pico de años. Pero tranquilícense ustedes, que aunque hemos tardado ocho siglos, ya los hemos echado á patadas.

Y verán ustedes á todos los de la reunión cabizbajos y mustios volver á sus puestos con unas jetas de media vara, como si se les hubieran caído los palos del sombrero.

15 Octubre 1909.

ERAMOS POCOS...

El Sr. Vargas (D. Enrique), compañero nuestro y de Calderón de la Barca desde hace ocho días, ha venido á demostrar muy oportunamente que la raza no decae y que aquí manejamos con igual donaire y brío, "ora la pluma, ora la espada, ora las banderillas cortas".

Parece que no, y el triunfo clamoroso é indiscutible obtenido por el simpático *Minuto*, al hilo de las tablas... del escenario de Novedades, tiene una trascendencia enorme. Por de pronto, ya tenemos otro artículo más para la exportación: el autor dramático con traje de luces.

No tardarán mucho, si Dios quiere, nuestros egregios pintores, residentes en el extranjero porque aquí no se les comprendía, en añadir esta *nota de color* á la España de pandereta de que obtienen tan pingües rendimientos, desacreditando de paso á los compatriotas mediocres que no hemos podido pasar la frontera.

Milagro será que en el primer salón de París no figuren, con una firma ilustre al pie, un par de cuadros arrancados del natural en que se vea al espada atracándose de toro por la tarde en el sangriento coso y hartándose de laurel por la noche en el escenario sin quitarse la taleguilla.

¡Y para qué quieren más reclamo los partidarios del turismo en España!

Ya el insigne *Memento*, antes de dedicarse

á la dulce tarea de las declaraciones sensacionales, había demostrado cumplidamente en el elegante coliseo de la calle de Santa Brígida que la misma mano de hierro capaz de poner una vara en su sitio puede trazar una escena de exquisita ternura y hacer exclamar: "¡Que salga el autor!" desde las butacas á los mismos espectadores que gritaban: "¡Muérase usted, so morral!" desde los asientos del tendido.

Pero aquello no pasó de ser un ensayo "de mucha broma" que ni el respetable senado ni el no menos respetable sacerdocio de la crítica tomaron en serio.

Esto ya es harina de otro costal.

La obra de nuestro afortunado compañero Vargas ha sido juzgada con toda formalidad por el público y por los periódicos y, por consiguiente, el hecho se presta á un montón de pequeñas filosofías, todas favorables para la cultura nacional que algunos desgraciados se empeñan en poner en entredicho.

Un país que produce ciudadanos capaces de colear en un quite peligroso y de preparar al mismo tiempo una salida oportuna de la característica, no es un país muerto ni siquiera delicado de salud, digan lo que quieran el solitario de Graus y sus secuaces.

Es más, la savia nueva que le entra á la literatura dramática con tan fausto motivo, es probable que sirva para resucitar el siglo de oro, porque ¿quién sabe adónde nos conducirá este feliz consorcio del arte de *Cúchares* con el de *Talía*?

Más fácil es que tengan las agallas suficientes para romper moldes el que está acostumbrado á dar pases de pecho á dos dedos de las astas que el covachuelista pusilánime que no ha salido en su vida del escritorio y es incapaz de matar una mosca.

Entre entendiérselas con un problema social de resolución difícil y aguantar de frente la embestida de un Veragua con su par de cuernos correspondientes, la elección no es dudosa. El problema, por agudo que sea, no se le mete á uno en la región abdominal, y los cuernos sí.

Por otra parte—y bueno es advertírselo á *Minuto* para que en su nueva profesión lo tenga presente,—un lance de capa que no se remate como es debido puede costar un agujero en la piel que haga ver las estrellas y, en cambio, andan por ahí unas cuantas parejas que se pasan la vida toreando al alimón á la gramática castellana y se escapan sin un rasguño.

De modo que si con eso no se anima...

Lo que hace falta, y ahora más que nunca, son autores con redaños que se atrevan á dar la batalla para ver si cambia un poco el gusto del público, y nadie mejor para intentar la

reforma de la escena y salirse de la rutina que los que se perfilan serenamente ante las res para dejar una estocada en las mismas péndolas sin amilanarse ni alterarse por bronca de más ó aplauso de menos.

Digan lo que quieran los autores pateados, el teatro no ha llegado á ser todavía una plaza de toros, aunque todo se andará si Dios quiere, y si bien se oyen de vez en cuando toses, bastoneo y algún silbido que otro, no le tiran á nadie naranjas ni botellas, ni le mientan á uno la madre en cuanto se le vuelve el santo de espaldas.

De manera que con la mitad del valor que se necesita para entrar á volapié neto y vaciar con arreglo á los cánones se puede abordar una escena de pasión de las que ahora se estilan y dar un golletazo á la tiple, volviendo la cara en cuanto se vea uno perdido.

¡Vengan, vengan a unir sus esfuerzos a los de Galdós y Benavente! el *Poteco Chico* y el *Niño de la Cachucha*, que sitio hay para todos a Dios gracias! Y no hagan caso de los apreciables sujetos que acuden al autor de *El marido de la Téllez* quejándose de que no les dejes meter la cabeza en los *cines*, cuando es público y notorio que no queda un tendero de ultramarinos que no haya saltado todos los melodramas comprimidos que traía embotellados desde la tierna infancia.

Justamente el público aficionado al teatro tiene una voracidad insaciable, busca a diario emociones nuevas y no hay modo de darle abasto aunque se pongan á escribir follos y sinetes todas las cuadrillas en activo ejercicio.

Las cuales tienen sobre los autores mondos y lirondos una ventaja que ha tenido ocasión de apreciar *Minuto* en su estreno de Novedades. Y es que la gente de coleta no está maleada todavía en asuntos literarios ni la corroen las rencillas y malquerencias que *obstaculizan* el camino de la gloria y nunca falta en las butacas y en la cazuela un picador amigo que le suelte un par de mamporros al primer espectador que se atreva á protestar de una escena lánguida.

Con lo cual se consiguen dos cosas: que la representación vaya como una seda y que la crítica ponga al día siguiente al más modesto puntillero a la diestra de Tirso de Molina.

¡Quién sabe! Acaso los extranjeros, que se empeñan en despreciarnos sistemáticamente, empiecen á conceder á nuestra literatura la importancia que de derecho le corresponde cuando menudeen en la Prensa los sueltos por este estilo:

"El valiente matador de novillos *Tortero II* ha quedado á la altura de su reputación en la feria de Hinojosa del Duque. Trae seis

orejas y tres actos para la compañía Guerrero-Mendoza."

Y por este otro:

"Durante la lidia del tercer toro ha ingresado en la enfermería el banderillero Manuel Barba (a) *Morenito de Jdraque*, con un puntazo en la región infraescapular derecha y conmoción cerebral. Lesiones que le impiden continuar la lidia y dirigir el ensayo general de su obra cómica *La tonta del higo*, cuyo estreno estaba anunciado para mañana lunes en el coliseo del Portillo de Gilimón."

¡Oh! el mundo avanza y se puede asegurar que España no se queda á la cola.

22 Octubre 1909.

EL MAYOR DOLOR

Como españoles que somos, á Dios gracias y á mucha honra—digan lo que quieran esos estudiantes rusos que ven la paja en el Montjuich y no ven la viga en la Siberia,—tenemos los corazones en pura congoja y á punto de colapso.

Porque es cosa que nos hace verter lágrimas de sangre eso de que los belgas, los concienzudos, sesudos y pacienzudos belgas, se hayan incomodado con nosotros hasta el punto de celebrar manifestaciones tumultuosas contra nuestra legislación y nuestras costumbres—que desconocen casi tanto como los ilustres profesores de la Sorbona—y de amenazar-nos nada menos que con el *boycottage*...

¡Ellos, los pobrecitos, que ahorcan, despanzuran y queman á los indígenas del Congo para sacarles unas cuantas arrobas de caucho, cuyo importe se gasta alegremente el rey Leopoldo con las bailarinas de París, mientras los cronistas espirituales le ríen la gracia!

Nos encoge asimismo el ánimo el hecho de que los bravos guerreros que enseñaron á las tropas del Negus el reverse del vientre y no han parado de correr todavía, se permitan el lujo de tratar como débil y agonizante á una nación que ha hecho en Africa en tres meses lo que ellos no hubieran podido hacer en cincuenta años.

Nos apena profunda y verdaderamente esa fotografía de una procesión de automóviles que pasea por las calles de la capital de Francia con grandes carteles en que se lee la siguiente falsedad: "ON FUSILLE TOUJOURS A MONTJUICH".

Y nos apena por dos razones: Primera, porque sabemos que al mismo tiempo se reunían 200 vencedores de Austerlitz para apalearse a un transeute, lo cual puede que sea el colmo de la civilización, pero no lo parece, y segunda, porque cuando los jóvenes turcos se dedicaron á sacudirse el polvo reaccionario, no

hubo en París cartelones diciendo: "Se ahorca todos los días en Constantinopla", á pesar de ser una verdad como un templo. Y es ¡ay! sin duda porque los jóvenes turcos son más turcos que jóvenes, capaces, por lo tanto, de rebanar la nuez al que les moleste con advertencias intempestivas, y ya se sabe que al que pega de firme y es bárbaro de veras no le van las muchedumbres cultas con algaradas ni manifestaciones."

Nos contrista igualmente y nos aplana el espíritu eso de que rueden un día y otro por los periódicos españoles, inflados y repetidos hasta la saciedad, los telegramas en que se cuenta que nuestra bandera ha sido arrastrada y pisoteada en una porción de poblaciones, sin añadir una sola palabra de indignación y de protesta, como si con semejantes canalladas el ofendido fuera Maura solo.

Nos molesta un poco asimismo que se copien casi con fruición los desahogos de los periodistas extranjeros que nos ponen como chupa de dómine, sin soltarles inmediatamente cuatro frescas, devolviéndoles por cada injuria veinte denuestos y por cada calumnia sesenta verdades...

Pero lo que nos duele más, lo que nos llega á lo vivo, lo que nos ha llenado el saco de guijas, como se dice vulgarmente, ha sido la siguiente noticia que, si no se rectifica pronto, va á ser causa de que pasemos una vida de perros y de que muramos en un estado tal de desesperación que la salvación eterna sea imposible.

¡Leed y estremecéos!

"El profesor de la Escuela Politécnica de París, M. C. A. Laisant, ha escrito á la Academia de Ciencias de Madrid que se borre su nombre de la lista de académicos correspondientes á consecuencia de la ejecución de Ferrer."

¿Habrás visto desgracia como la nuestra?

No sólo tenemos guerra en Melilla, disturbios interiores, peloterías en el Congreso y *boy-cottage* en Bruselas, sino que el ilustre, el insigne, el celeberrimo M. C. A. Laisant nos abandona como académico correspondiente. ¿Qué va á ser ahora de nosotros? ¿Qué objeto tiene ya nuestra Academia de Ciencias? ¿Para qué hemos nacido...? Y conste que le llamamos célebre con toda formalidad... aunque no le conocemos.

Puesto el demonio á inventar un tormento más espantoso que los suyos, un suplicio nuevo de refinada crueldad, el dolor más grande de todos los dolores, no se le habría ocurrido sugerir á M. Laisant esa terrible determinación que arroja en un abismo sin fondo á una desdichada nación digna de mejor suerte.

Hora es ya, ¡oh desventurados compatriotas!, de mesar nuestros cabellos y de rasgar nuestras

vestiduras. M. C. A. renuncia á ser académico de la de Ciencias de Madrid, y eso es lo mismo que darnos la puntilla.

Y á todo esto, ¿quién será M. C. A.?

¿Será un club de regatas?

¿Será un equipo de *foot-ball*?

¿Será una línea férrea? ¿Madrid-Caragoza-Alicante?

¿Qué será, Dios mío? Cuánto sentimos no ser hombres de ciencia para conocerle.

Por de pronto, y mientras no se demuestre lo contrario, es un profesor... de energía.

Porque conocida y probada la afición de los franceses á ser miembros de cualquier cosa y á ostentar cintajos, cruces y botones de cualquier parte, ¿qué horrible lucha habrá sostenido ese hombre con su conciencia antes de decidirse á darnos el golpe de gracia con ese desprecio?

Tanto más cuanto que sabe Dios los sudores y fatigas que le habrá costado conseguir que le nombraran académico correspondiente.

Porque nuestros científicos son unos sabios, pero por mucho que sepan y muy profundos y variados conocimientos que atesoren no es de creer que el más listo de todos hubiera oído hablar en su vida de M. C. A. ni como profesor de la Politécnica ni como camino de hierro.

Por lo cual casi se puede jurar que sería él quien lo pretendió á su debido tiempo de una manera directa ó indirecta y acaso con su cartita de recomendación correspondiente.

Porque persona de mérito sí es, puesto que conoce al dedillo la verdad de lo que ha pasado en Barcelona, y nosotros, que estamos al pie de la cabra como quien dice, y además hemos oído las explicaciones de La Cierva, no hemos podido saberlo á punto fijo todavía. Pero su fama no se había extendido hasta el extremo de que nuestra Academia de Ciencias cayera en la cuenta de que no podía vivir si no le acogía en su seno en seguida y se apresurara á enviarle espontáneamente el nombramiento.

Y gracias á que el cargo de "correspondiente" es honorario y gratuito, porque este pequeño detalle quita belleza al *gesto* con que el inmortal profesor está asombrando al mundo; pero si ello estuviera retribuido aunque no fuera más que con 1.000 pesetas anuales y el bueno de M. C. A., al exigir que le borrarán de las listas, avisara de paso que no nos molestáramos en enviarle los 200 duros, porque su dignidad le impediría tocar dinero manchado con sangre... ¡oh! entonces tal vez en Italia le erigieran una estatua al lado de la de Giordano Bruno y en Bruselas pusieran su nombre á la calle más ancha.

Con lo cual los españoles, para quedar bien, no tendríamos más remedio que apelar al suicidio colectivo.

A no ser que ocurra una de estas tres cosas:

O que en el caso de cobrar algo M. C. A. lo hubiera pensado mejor transigiendo con la adquisición española.

O que no exista tal M. C. A. en la Política de París.

O que, si existe, lo de la renuncia sea uno de esos cuentos tártaros que tanto gusto dan á los aficionados.

Que todo pudiera ser, tal como se están poniendo las cosas.

24 Octubre 1909.

EL OZONO MUNICIPAL

El Ayuntamiento de Madrid, con la Junta de asociados por añadidura, ha tomado ¡por fin! un acuerdo que nos interesa grandemente.

No todo ha de ser política en la Casa de la Villa. También hay de vez en cuando algo de Administración, y de la mejor clase, de la que puede servir de ejemplo en altas y bajas esferas para admiración de propios y extraños y desesperación de maldicientes.

Claro es, y no se puede negar, que los ediles han perdido muchas veces el tiempo en dimes y diretes discutiendo las cuestiones de personal, expropiaciones y otras gangas por el estilo con una extensión fatigosa; pero hay que confesar, en cambio, que cuando topan con una idea beneficiosa para el vecindario, la estudian y llevan á la práctica en un abrir y cerrar de ojos, arrollando todos los obstáculos y salvando todas las dificultades.

Este acuerdo de ahora, que ha pasado casi inadvertido por la magnitud y trascendencia de los sucesos políticos que al mismo tiempo se desarrollaban, es de los que merecen lápidas conmemorativas y el eterno agradecimiento de los administrados.

Porque, vamos á ver, ¿se podía vivir un día más sin purificar las aguas de los antiguos viajes de la Castellana y alto Abroñigal por medio del ozono?

¿Se podía pasar un momento sin encarzar tan delicada misión á una casa francesa entregándole 47.690 pesetas sin las ridículas formalidades del concurso?

¡No! ni se podía pasar ni se podía vivir.

Los siglos durante los cuales ha bebido la gente el agua de los viajes antiguos sin ozono, han sido siglos muertos, siglos de barbarie y atraso que, por decoro nacional, deben borrarse de la historia.

Comprendemos que los ingleses, según el amigo Maeztu, nos hayan amenazado con la intervención armada, porque un país que no bebe el agua purificada por una casa francesa, sin previo concurso, merece que le pinchen las avispa y le pinchen tábanos.

Pero afortunadamente, y gracias á la actitud enérgica de unos cuantos concejales que han defendido ardorosamente el dictamen de la Comisión, fundándose, según la nota oficiosa, "en lo urgente que es sanear las aguas", ese peligro de la intervención, con todas sus terribles consecuencias, se ha alejado indefinidamente.

Podemos, pues, dormir tranquilos. Y más tranquila que nosotros dormirá la casa francesa en cuanto pille las 47.690 del ala, á cambio de unos aparatitos ozonizantes, que tal vez no hubiera podido colocar en los pueblos cultos. No por nada, sino porque ya se sabe que los pueblos cultos usan el ozono á todo pasto para purificar el agua y no necesitan á estas horas apelar á los aparatitos de las casas francesas.

Lo malo será que los vecinos, devotos del agua de los antiguos viajes y enemigos acérrimos del Lozoya, den ahora en decir que no les gusta con ozono y empiecen á escamarse de la urgencia del saneamiento.

Y esa sí que sería una injusticia.

Porque en muchos asuntos se demuestra diariamente el celo de los concejales que abandonan sus ocupaciones y negocios en aras del interés general; pero como en éste, en ninguno.

Téngase presente que en el Ayuntamiento no habrá más de tres personas que sepan qué es el ozono ni con qué se come, puesto que nosotros, que no nos tenemos por badulaques, habremos oído hablar de él cuatro ó cinco veces en nuestra larga vida, y se comprenderá la dosis de altruismo que se requiere para votar la adquisición inmediata de una cosa que se ignora en qué consiste.

Pero en cuanto una casa francesa indicó que ella tenía una máquina ozonizadora muy mona y relativamente barata, ante la cual los vibriones, bacterias, vírgulas y microbios homicidas caen para no levantarse más como heridos por el rayo, se apresuraron á salvar al vecindario, sacrificando nueve mil quinientos y pico de duros que, en resumidas cuentas, son una bicoca comparados con la salud.

Como los españoles, y los habitantes de Madrid especialmente, somos por naturaleza ingratos y olvidadizos, nadie se cuidará, dentro de cuatro ó cinco años, de averiguar qué ha sido del ozono, ni de la máquina, ni de las 47.690 pesetas, y esa beneficiosa reforma, que en otro pueblo más adelantado tal vez mereciera un monumento, en éste correrá la suerte de tantas otras que "yacen en el panteón del olvido involuntario" porque nadie se ocupa de ellas.

Según parece, los concejales socialistas que, por lo visto, no comprenden los verdaderos intereses del proletariado, se opusieron tenaz-

mente á la rápida aprobación del dictamen, fundándose en una porción de fruslerías, entre ellas que la concesión es ilegal por no haberse sacado á concurso y que estaba prejuzgada, puesto que la Comisión aceptó desde luego la oferta de la casa favorecida antes de que ésta presentase los planos que después se habían exigido á la otra.

¡Miren la salida de pie de banco!

¡Venirse con que si la ley manda esto ó lo otro y con que si hacían ó no hacían falta planos en un asunto de tan urgente necesidad como la purificación de las aguas por medio del ozono!

El ozono es sagrado, el ozono es inviolable, el ozono debe saltar por todas las leyes humanas y divinas... ¡porque para eso es el ozono!

Y si á esos empedernidos socialistas les queda la esperanza de que el gobernador civil suspenda el acuerdo, ¡que la pierdan inmediatamente!

Por fortuna, el gobernador actual es listo como un lince y comprenderá que sería un disparate entorpecer la acción microbida de la casa francesa con el fútil pretexto de que la concesión es ilegal.

La ley es buena cosa, pero á lo mejor no sabe lo que prohíbe.

Y en cuanto á los vecinos de Madrid, que son los que se van rascar el bolsillo para que funcione la máquina, ¿qué saben lo que les conviene? ¿Habían oído hablar ellos del ozono? Pues entonces...

Cállense ahora y ocúpense, si quieren, de las últimas declaraciones de Maura, de la combinación de gobernadores, del pacífico reparto de cargos públicos entre las 127 fracciones del partido liberal, y no se metan en las cuestiones del Concejo, de las cuales no entienden jota.

¡Ya! ya verán que las aguas del alto Abroñigal les saben á gloria sin que ellos sepan á qué atribuirlo.

Ya verán cómo desaparecen de golpe y porrazo todas las enfermedades infecciosas que ya no se usan en los países civilizados.

Ya verán que la nebulosa y potente Albión desiste de la intervención armada gracias al ozono...

Las que no volverán á ver, y esto puede jurarse sobre los Santos Evangelios, son las 47.690 pesetas.

¡Eso no! ni siquiera el pico.

31 Octubre 1909.

EL PARTIDO NUEVO

Gedeón se ha desposado con la verdad, siguiendo el consejo de Silvela, y á consecuencia de estos desposorios no puede menos de hacer inmediatamente una confesión dolorosa.

Y es que en cuanto tropieza en un periódico con unas titulares como puños que dicen, sobre poco más ó menos: "Habla Sánchez de Toca", "Declaraciones del Sr. Sánchez de Toca...", se echa á temblar como la gelatina en el plato.

¡No ha sido posible que Gedeón entienda jamás lo que ha dicho ó querido decir el señor Sánchez de Toca!

Aquellas ideas vagas, confusas y borrosas, diluidas en un mar de palabras que, al parecer, no tienen sentido; aquellos párrafos amezacotados, oscuros, enrevesados, interminables... que han dado fama de profundo al insigne estadista, son para Gedeón el enigma de la esfinge. Si por no adivinarlos cortaran la cabeza, descabezado vería la luz pública hace mucho tiempo.

Así es que cuando, hace pocos días, leyó en bastantes diarios de distintos matices que "el Sr. Sánchez de Toca había hablado fuerte y claro"; que la división del partido conservador era un hecho; que Maura no tendría más remedio que complacer á Pablo Iglesias, retirándose á la vida privada; que la bandera de Cánovas había pasado á las manos del insigne alcalde de Madrid, defensor de los taberneros, y que la casa del Sr. Sánchez de Toca era muy visitada por las más altas personalidades de la política, la alegría de Gedeón no reconoció valla ni límite.

¡Por fin el eterno amargao había expuesto su pensamiento sin rodeos ni eufemismos! ¡Por fin iban á entenderle sus compatriotas! ¡Por fin surgía el verdadero, el auténtico, el genuino partido conservador con un programa definido y terminante, apropiado á las modernas corrientes, y este programa, que satisfacía á los demócratas radicales, lo formulaba por una broma del destino un señor arrimadísimo á la cola... de la extrema derecha!

Pintar el deseo con que buscamos las declaraciones de nuestro insondable amigo y futuro jefe sería obra de romanos.

Y cuando las leímos y reímos de la cruz á la fecha—¡no os riáis, incrédulos burlesones! Gedeón y el corrector de pruebas son las únicas personas que se las han echado íntegras al colete,—cuando las estudiamos concienzuda y detenidamente, nuestro gozo subió de punto.

¡Sí! Tenía razón la Prensa al jalear al antiguo comisario del Canal que por poco nos hace pagar los contadores; ¡aquello era hablar claro y lo demás es música! La nación está cansada de manifestos del año de la nanita y quiere afirmaciones concretas, programas de Gobierno concisos y substanciosos, hechos y no palabras...

Con unos cuantos parrafitos, elegidos al azar en las cuatro columnas de *La Correspondencia*

que ocupan las declaraciones del Sr. Sánchez, quedarán ustedes convencidos de que la vieja política se derrumba y de que vamos a entrar en una nueva era.

Lean y juzguen:

"No necesitamos discurrir nuevos programas políticos para emprender esta gran obra de Estado, impuesta por la situación de nuestra patria en el mundo. Ello quedó bien definido desde 1902 al constituirse, precisamente para eso, aquella fortísima coalición gobernante del último Gabinete que presidió D. Francisco Silvela. Aquel programa tan previsor de las contingencias que ahora nos envuelven se sintetizaba en atender ante todo a vigorizar al Estado en su misión de potencia nacional."

¿Está esto claro?, como dijo el otro. Con vigorizar al Estado en su misión de potencia nacional, conforme al programa de Silvela de 1902, estamos al cabo de la calle. El que no sepa cómo se vigoriza al Estado en su misión de potencia nacional y no se acuerde del programa de 1902, que vaya a estudiar a Salamanca.

O que se fije en este otro párrafo que le limpiará las telarañas del cerebro:

"...constituiría en los gobernantes crimen de lesa patria (fuertecito es esto, ¿eh?) el anteponer cualquier otro programa al que tan proféticamente nos dejó como testamento político el último de nuestros estadistas al retirarse a la vida privada en aquella sesión memorable del Congreso de 24 de Octubre de 1904."

Esto recuerda a los señores graves que suelen decir cuando se preparan unas elecciones: "Estamos donde estábamos y pensamos como pensábamos en 1889". Va uno a ver dónde estaba y cómo pensaba el preopinante en 1889 y se encuentra con que en aquella fecha dijo lo siguiente: "Opino y soy en estos momentos lo mismo que opinaba y era en 1881". Con lo cual no hay alma nacida que sepa a qué atenerse por muy desarrolladas que tengan las circunvoluciones de la memoria.

¿Cuál sería el programa de 1902? ¿Qué diría Silvela en la sesión memorable de 1904? ¿No sería mejor que el Sr. Sánchez de Toca lo hubiera repetido en estos momentos solemnes para ahorrarnos el trabajo de buscar documentos?

Pero todo puede perdonársele en gracia a la concisión y exactitud que campean ó campan en estas otras declaraciones:

Dice el Sr. de Toca:

"Presumo que está en la mente de todos la altísima conveniencia de Estado en el presente período crítico de nuestro régimen y de las transformaciones de nuestros partidos, de que se procure la estabilidad de los Parlamentos con preferencia a la estabilidad, siempre recomendable, de los Gabinetes, aunque para

ello fuera menester tomar por base concentraciones de fuerzas políticas con tal de que agrupen, siquiera transitoriamente, mayorías capaces de mantener situaciones de Gobierno que responda a la inmediata satisfacción de aquellas primordiales necesidades de vida nacional que impone con tanto apremio nuestra reconstitución patria."

¿Eh? ¿Y ahora? ¿Tienen ó no tienen razón los periódicos que dicen que el Sr. Sánchez de Toca ha hablado muy claro?

Pues verán ustedes:

"Para acometer las trascendentales renovaciones, indispensables a la adaptación de nuestra soberanía nacional, a las necesidades de potencia en la vida moderna, es preciso un espíritu gubernamental de suprema prudencia, con alto sentido organizador, constructivo (¡!) y previsor, que sepa descubrir dónde se encuentran los elementos primarios para la reconstitución."

Más claro, agua.

En cuanto encontremos un espíritu gubernamental, prudente, constructivo, etc., etc., Maura puede irse a freír buñuelos y ¡que nos entren moscas!

Bueno, pues ese espíritu existe. Es el propio Sr. Sánchez de Toca que viste y calza.

Tan convencido está Gedeón de esta verdad palmaria, que está resuelto desde hoy a sacrificar su independencia salvaje, en vista de que los conservadores, disgustados, no se atreven a dar sus nombres a la Prensa y el señor Sánchez de Toca, a pesar de los bombos con que le animan los radicales, sigue tan solo como estaba desde aquella otra sesión memorable del Senado, en 1909, cuando Maura tuvo la comodidad de expulsarle rotunda y categóricamente.

¡Sí, señores, el verdadero, el legítimo partido conservador surge de sus cenizas y está dispuesto a aceptar el Poder cuando los liberales "ahuequen las alas", cosa que ocurrirá, a todo tirar, a mediados del año que viene.

Queda desde ahora constituido de este modo: Jefe innegable é insustituible, D. Joaquín Sánchez de Toca.

Partido entero, unido y compacto, Gedeón. Si hubiese alguna disidencia, que todo podría suceder, no sería por parte de Gedeón seguramente. ¡Porque Gedeón no rectifica su programa de 1905, que es una copia del de 1889, calcado en el de 1877, en el que se amplían las ideas expuestas en 1861.

¡Y que nos parta un rayo!

7 Noviembre 1909.

OBRAS, OBRAS, OBRAS

No lanzamos este grito como ligera advertencia a los autores noveles que no asan y ya

pringan dedicándose á la dulce tarea de dividirse en grupos y grupitos y fastidiando á Benavente hasta más arriba de la marca.

Lo lanzamos como programa conciso, claro y terminante, con el objeto de atraer á nuestro seno á la masa neutra.

El partido conservador genuino, el que ha recogido y enarbolado la bandera de Cánovas, con quien no estuvimos de acuerdo jamás, se compone hasta la fecha, y probablemente hasta todas las fechas, como tuvimos el honor de decir *urbi et orbe* hace dos semanas, de nuestro ilustre jefe D. Joaquín Sánchez de Toca y de Gedeón como soldado de fila disciplinado y único.

Nuestro conglomerado ha venido á llenar, en el estadio de la política, un vacío que no se dejaba sentir... en las columnas de los periódicos dedicados á hacer rabiár á La Cierva. Y, ó poco hemos de poder, ó también nosotros continuaremos la historia de España.

Por de pronto ya tenemos eso: el grito de guerra.

¡Obras, obras, obras!

A primera vista parece una legítima aspiración de peones de albañil para resolver la eterna crisis del proletariado; pero á segunda vista ya se comprende lo que quiere decir.

Que nos dejemos de mítines, manifestaciones y propagandas, desacreditados en fuerza de usarse, y que lo que pensamos es obrar, dicho sea con el respeto debido á los presentes.

Lo cual no significa que el jefe se abstenga en lo sucesivo de publicar tal cual folleto maquiavélico y *descacharrante*, ni que deje de hacer de vez en cuando en la Prensa diaria que "nos es afecta" largas é interesantísimas declaraciones sobre esto, lo otro y lo de más allá, porque en esas disquisiciones vagas y amenas ha cimentado precisamente su fama y necesita conservar la personalidad á toda costa.

Pero semejantes niñerías que, bien consideradas, no tienen otro objeto que el de impedir que se enmohezca la acerada pluma, tajante en manos de D. Joaquín como una espada, no alteran la esencia de nuestros propósitos ni contradicen nuestro lema.

Entre otras razones, porque el partido entero, constituido por Gedeón solo como queda dicho, está plenamente convencido de que no hay modo de que se trasluzca el pensamiento en los párrafos de tres millas y media, y de que ya está aviado el infeliz que pretenda adivinar nuestro plan de gobierno.

entre la red tupida

del estilo diabólico del jefe

que no pudo entender alma nacida...

El seguirá escribiendo y hablando con los noticieros lo que le dé la gana, pero nosotros continuaremos laborando en silencio hasta conseguir la completa anulación de los advenedi-

zos y el triunfo de nuestras ideas, que no sabemos cuáles son, ni falta que nos hace.

Hasta el día, nuestra labor ha sido demole-dora, porque era preciso desbrozar el camino, inutilizando á Maura y sus secuaces que habían acabado por adular la doctrina pura y sin mezcla del partido conservador, que tampoco sabemos en qué consiste; pero desde hoy nos dedicamos á edificar sólidamente, sin decir estas bocas son nuestras.

Preferimos que hablen los hechos, como suelen decir los candidatos á concejales que piensan entenderse con los contratistas y los periódicos que mueren á las tres semanas llevándose á la tumba el producto de las suscripciones.

Y los hechos ya hablarán para que se pudran de envidia los que andan diciendo por ahí que el insigne inventor de "la última copa" y de "la prestación personal" es el eterno disidente que ni hace nada de provecho ni va á ninguna parte.

¡Que no hace nada! ¿Habrás visto calumnia semejante? ¿Pues no ha hecho pocas cosas útiles desde que levantó la bandera de Cánovas!

En primer lugar, ha lanzado la especie de que el gran González Besada, el heredero de la política financiera de Villaverde, está á su lado en espíritu y se ha marchado de Madrid por no formar parte de la Comisión de propaganda organizada por el ogro de Mallorca.

En segundo lugar, ha dado á entender que lo más granado y selecto del partido conservador ha ido á visitarle ó á dejarle tarjeta en señal de arrepentimiento por haber aplaudido á Maura su discurso del Senado, y en prueba de que está conforme con nuestro jefe en que debe continuar vigente el sistema de arreglos, componendas y chanchullos entre los partidos contrarios.

En tercer lugar, ha hecho correr la voz de que dispone ya de las adhesiones firmes y resueltas de veinte senadores y cuarenta diputados, cuyos nombres se reserva tenazmente, porque se puede ser muy conspicuo y, sin embargo, no decidirse á dar la cara hasta ver en qué paran las misas.

Y en cuarto lugar... ¡ah!, este cuarto lugar es el que tiene un poco molesto á Gedeón, aunque no exterioriza su disgusto por no provocar una escisión violenta en el partido nuevo, dejando desamparados al país y á las instituciones.

Porque lo que ha hecho el Sr. Sánchez de Toca en cuarto lugar ha sido... prescindir de dar publicidad á nuestra adhesión entusiasta y no darse por entendido de que cuenta con un secuaz, un verdadero secuaz decidido á todo.

La verdad, aunque el jefe continúa siendo partidario de la política vieja que, con motivo del reparto de empleos, está poniendo á don Segismundo á dos dedos de la locura, nosotros opinamos como Maura: que las cosas deben hacerse con luz y con taquígrafos.

Y con taquígrafos y con luz declaramos houradamente que nuestro propósito al unirnos incondicionalmente al Sr. Sánchez de Toca, no era otro que el de obtener, *en su día*, tres carteras y la fiscalía del Supremo.

¡Para eso trabajamos ahora callada y obstinadamente en pro de los ideales comunes, sin taparnos con el anónimo, mientras los sesenta próceres de marras aplauden á D. Antonio en público y visitan á D. Joaquín en privado, haciéndole alimentar ilusiones engañosas y... encargándole que no publique la lista!

¡Sí, sí, que se publique esa lista inmediatamente!

Porque ya está visto que Moret va á caer de un momento á otro comido por sus propios aliados y por los parientes de Montero Ríos, y como Maura ha quedado inhabilitado para gobernar á petición de Pablo Iglesias, el Poder moderador no va á tener más remedio que llamarnos á nosotros. Y no tendría gracia que los eminentes políticos que ahora están al caldo y á las tajadas esperaran ese momento para quitarse las caretas y empuñar las riendas del mando, mientras Gedeón, que ha luchado al lado de D. Joaquín á pecho descubierto, se quedara sin un estanguillo miserable.

Menos visiteo, menos tarjetas, menos noticias vagas y vengan los nombres.

¡Obras, obras, obras!

21 Noviembre 1909.

EL PRIMER DISGUSTO

Se nos dirá que nos ponemos un poquito pesados con el Sr. Sánchez de Toca, pero más pesado se pone nuestro dignísimo jefe con nosotros y con todo el mundo.

Ahora ha publicado en *El Imparcial* otras declaraciones, largas como noche de invierno, en que brilla su estilo peculiar como pocas veces, que nos han ocasionado un profundo desaliento y casi una rabietta.

Porque de ellas se desprende, aunque con muchísimo trabajo, que aquello de la bandera del partido conservador genuino era una pura broma, y que el insigne D. Joaquín no se ha propuesto otra cosa que meter un poco de ruido y pasar el rato.

De modo que nosotros, que nos habíamos puesto á su lado incondicionalmente con el santo fin de demostrar al país que las huestes

de Maura se disgregaban por momentos, hemos hecho un lucido papel puesto que de la noche á la mañana nos quedamos sin caudillo.

Dicho sea en honor de la verdad, no nos ha cogido muy de sorpresa. Porque esperábamos un chasco de esos desde el momento en que no se atendía nuestra indicación de publicar la lista de adhesiones.

El jefe decía: "Muchas personas importantes me han dicho..." "Han desfilado por mi casa valiosos elementos..." "Cuento con una porción de políticos eminentes que están en tales y cuales puntos de acuerdo conmigo..." Pero los nombres y apellidos de los políticos eminentes, de los valiosos elementos y de las personas importantes que nos acompañaban en la disidencia resueltos á dar la campanada, no salían de la obscuridad ni á tiros, ¡cuando su sola enunciación hubiera hecho en la opinión pública más efecto que sesenta declaraciones enrevesadas y confusas!

Y con silencio tan pertinaz y misterio tan sospechoso había para escamarse.

Efectivamente, después de quince días de recogimiento, cuando la gente creía que íbamos á lanzar á la publicidad la organización completa del nuevo partido y hasta esperaba que presentáramos en las elecciones municipales candidatos propios, salimos con que no hay nada de lo dicho, y con que si Gedeón quiere que haya escisión entre los conservadores tendrá que escindirle él solo.

Pero lo gracioso ha sido el pretexto para dar por terminada la disidencia, dejando con un palmo de narices á los periódicos que la habían tomado en serio.

Verán ustedes.

Nuestro jefe—¡ay!, todavía le llamamos así esperando que tome al buen camino—había fundado su jefatura precisamente en el disgusto que, según él, habían causado en lo más florido del partido conservador las declaraciones de Maura anatematizando á todo el que tuviera el más ligero trato político con los liberales.

Esto de no pactar con los enemigos para repartirse amigablemente las actas le parecía al Sr. Sánchez de Toca ¡hasta peligroso para las instituciones! Y con el objeto de salvarlas lanzó la idea de que tan grave determinación no podía tomarse por el solo capricho de D. Antonio, sino que era preciso consultar la opinión, uno por uno, á los prohombres y hombres sencillos, que es lo que hace Moret á cada paso, y así le luce el pelo.

A estas consultas las llamaba D. Joaquín *referendum*, por llamarlas de algún modo que no estuviera al alcance del indocto vulgo, y suponía, ¡que ya es suponer!, que del *referendum* dichoso le encargaba á él, á D. Joaquín, el partido conservador en masa.

Pues bien, ahora resulta que á las consultas han respondido valiosos elementos, personajes importantes y políticos eminentes, cuyos nombres, naturalmente, siguen quedándose en el tintero, y que de la mayoría de las respuestas se desprende que... ¡que todo está arreglado y que no hay el menor motivo de escisión, ni de separación, ni de conspiración, ni siquiera de dimisión!

¡Con lo cual se ha divertido Gedeón!

Sí, señores, sí; nos hemos divertido, porque ahora no sabemos qué hacer con la bandera de Cánovas que, por esta inexplicable conducta del jefe, ha venido á quedar en nuestras manos.

Véase el proceso de esta resolución lamentable.

Dice D. Joaquín en sus últimas declaraciones:

"Así, de no quedar sin efecto las consignas de la implacable hostilidad contra los ministros del Rey, á todos se imponía como única solución compatible con la dignificación individual y colectiva de nuestra vida política el que cada cual procediera manifestando lealmente su personal sentir y obrando en consecuencia, por manera que de ningún modo resaltara para nadie, individuo ó colectividad, sorpresa alguna de contradicción entre lo que se es y lo que representa."

Hasta aquí está claro (para los que hayan estudiado latín y filosofía y para nadie más) el motivo de la disidencia. Adelante:

"A tales requerimientos (¿de quién?) respondió el propósito del *referendum*. Me presté á ser quien lo planteara, en el caso de que ninguno lo quisiera hacer..."

El se suplicó á sí mismo que planteara el *referendum* y accedió á la súplica. Se lo guiso y se lo comió... y en seguida se felicitó del resultado, dando por hecho que había sido excelente. Como se demuestra con el siguiente párrafo:

"Esta idea del *referendum*, con sólo enunciarse su propósito, ha tenido virtualidad suficiente para llevar á los ánimos mayor tranquilidad."

¿Eh? ¡qué grande hombre! Con sólo enunciar el propósito de una idea, lleva la tranquilidad á los ánimos. ¡Ese es un verdadero jefe de partido! ¡Lástima que, por excesiva modestia, se empeñe en no serlo!

Sigue:

"A esta hora parece quedar bien poco de las ferezas de la implacable hostilidad."

Y con este convencimiento, que bien pudiera ser una *figuración suya*, se da el hombre por satisfecho, celebra haber contribuido á la unión completa y compacta del partido conservador que amenazaba disgregarse, y al cual se empeña en pertenecer aunque Maura no quiera, y no vacila en dejar á su partido, que consistía úni-

camente en Gedeón, como ustedes saben, colgado de una escarpiá.

Porque para remate de fiesta dice, contestando al redactor de *El Imparcial* que le interroga:

"Efectivamente, no debe haber disidencia. De haberse mantenido en su tensión inicial la consigna de la implacable hostilidad contra los gobernantes, quizá habría resultado al fin inevitable que en el campo conservador se exteriorizaran disonancias de conducta sobre este caso concreto. Pero eliminado ese *casus belli*, es de esperar, ó por lo menos de desear que, para lo sucesivo, toda la diferenciación (¡!) entre los elementos de este campo quede reducida á que los unos se limiten á obedecer á la voz de mando sin discutir, sin hablar ni opinar, y á que los otros apoyen con más decisión y entusiasmo que nadie aquellos proyectos y asuntos de Gobierno que les parezcan bien, pero que se abstengan de votar ó voten en contra sobre aquello que les parezca contrario á sus ideas."

Más claro, D. Joaquín; que usted ha debido concretarse en sus declaraciones á decir como el otro:

"Puesto que doña Leonor no me quiere, renuncio generosamente á su mano."

Y todos le hubiéramos entendido en seguida y se hubiera excusado Gedeón de hacer una plancha.

28 Noviembre 1909.

PODEROSO CABALLERO...

De vez en cuando es bueno echar un día á yanquis.

La política interior duerme y descansa, y hasta el Sr. Moret, en sus discursos semanales ante el Poder moderador, no tiene más remedio que hablar, por hablar de algo, de la situación de Finlandia y de la crisis parlamentaria de Inglaterra.

Aquí no pasa nada de particular... hasta que mañana si Dios quiere estalle la bomba de las elecciones municipales que hoy se coloca en todos los distritos y haya que pensar en cumplir los compromisos contraídos con el bloque.

Es, pues, el momento oportuno para dedicar al mensaje presidencial de mister Taft una porción de consideraciones vagas, amenas, insustanciales, anodinas y confusas. ¡Sancheztoquistas en una palabra!

Pero antes habrá que explicar los antecedentes para que los españoles que tengan el buen gusto de no leer otros periódicos que Gedeón estén al cabo de la calle.

Es el caso que en Nicaragua ha habido una revolución sangrienta, cosa que no puede chocar á nadie porque en las Repúblicas de allende los mares ese es el pan de cada día, y el presidente

Zelaya, al acudir á la represión, ha tenido la comodidad de fusilar á dos súbditos norteamericanos que se habían metido en el fregado porque les había dado la gana.

Los extranjeros que toman parte en las luchas intestinas de un país cualquiera, culto ó inculto, ya saben á lo que se exponen: á que les peguen cuatro tiros si les cogen con las armas en la mano. Es práctica saludable que se sigue desde tiempo inmemorial sin protesta de ningún nacido.

Pero como los vencedores (!) de Santiago de Cuba tienen la donosa teoría de que todos los pretextos son buenos para apoderarse de lo que no es suyo, éste del fusilamiento de los dos aventureros yanquis les ha parecido de perlas.

¡Milagro será que por haber tenido nosotros en la cárcel de Algeciras á mister Perin no nos claven la bandera en Ronda!

Pero no divaguemos.

Inmediatamente se presentó en el Congreso norteamericano un proyecto de comunicación "invitando al presidente de la República á utilizar las fuerzas navales y terrestres de los Estados de la Unión para establecer la paz en Nicaragua y castigar á Zelaya por la muerte de dos súbditos norteamericanos".

Esto de establecer la paz ya sabemos por experiencia lo que significa.

Claro que el presidente Zelaya ha podido contestar, y ha contestado efectivamente, que la paz ya la ha establecido él á su manera y que si los súbditos norteamericanos no se hubieran metido en camisa de once varas interviniendo en la política de una nación que no es la suya, estarían vivos y sanos á estas fechas; pero los yanquis insisten é insistirán en que la única paz duradera es la que establecen ellos... y utilizarán las fuerzas navales y terrestres para demostrarlo.

Y aquí viene lo del mensaje presidencial como anillo al dedo.

Copiamos el párrafo referente al asunto:

"Ocupándose de Nicaragua, censura las crueldades del presidente Zelaya recordando el fusilamiento de dos súbditos americanos (¡acordaos del Maine!) que servían como oficiales regulares en el ejército revolucionario, y asegurando que el Gobierno de los Estados Unidos ha dado órdenes á sus representantes para que depuren los hechos."

Aquí no se sabe qué admirar más: si la frescura que se necesita para llamar á unas partidas de insurrectos "ejército revolucionario" y á unos aventureros cualesquiera "oficiales regulares", ó la tranquilidad con que se asegura que "se han dado órdenes á los representantes para que depuren los hechos..." que ya se dan en el propio mensaje por depurados y sabidos.

Total, y dicho en latín para mayor claridad: ¡Delenda est Nicaragua!

No por nada, sino porque Nicaragua es un país de tres al cuarto que los Estados de la Unión pueden merendarse en un santiamén y donde puede ejercerse la baratería sin peligro.

Porque lo chusco es que, á renglón seguido, en el extracto del mensaje, se lee lo siguiente:

"Por lo que se refiere al Japón, hace constar que las relaciones con esta nación son cordialísimas."

Todos sabemos que las susodichas relaciones no sólo no son cordialísimas, sino que ni siquiera son cordiales á secas.

Pero el Japón tiene unos acorazados que quitan el hipo y un ejército poderoso que acaba de zurrar la badana á Rusia con el garbo del mundo y, por consiguiente, es podenco.

Y Nicaragua, dicho sea sin ofender á Rubén Darío, su digno representante "entre nosotros", es un gozquecillo insignificante que ni para ladrar al tío Sam puede tener dientes.

Si en Tokio ó en Yokohama hubiera estallado un motín y el emperador hubiese tenido la ocurrencia de pasar por las armas no á dos, sino á veinte yanquis comprometidos en la revuelta, el honorable Mr. Taft no se hubiera creído obligado á restablecer la paz en el Imperio y, después de una ligerísima conversación de Puerta de Tierra para cubrir el expediente, las relaciones entre ambos países seguirían siendo cordialísimas.

Porque lo que hay que tener, para que no le molesten á uno con reclamaciones y advertencias, es dinero ó cosa que lo valga, y hoy por hoy no hay nada que represente el tener como los cañones y los barcos.

Si nosotros dispusiéramos en la actualidad de entrambos ingredientes, aunque no supiéramos leer ni escribir nadie nos lo echaría en cara, y por no tenerlos nos ponen como chupa de dómine tirios y troyanos.

Porque, sin ir más lejos, se ha descubierto ahora que en los Estados Unidos, nata y flor del libre pensamiento, no se permite desembarcar á una pareja de jóvenes de distinto sexo si no presenta la correspondiente partida de matrimonio... para que no se corrompan las costumbres.

Y quisiéramos saber lo que se hablaría de nosotros si aquí se hubiera hecho alguna vez algo parecido. Lo menos que dirían los grandes órganos de la civilización europea sería que España era el país de la Inquisición y del salvajismo por arrobos.

Lo cual que no faltarían por acá patriotas de los de nuevo cuño que pedirían á voz en grito la intervención extranjera... para ponerlos al nivel de los Estados Unidos.

Resumiendo, como dijo el otro:

Aquí, como en Persia y como en Nicaragua, lo que hace falta para que le respeten á uno y no le vengan con crueldades y otras armas al hombro, son los tres elementos necesarios para la guerra... y para la paz.

Dinero, dinero y dinero.

Que es lo que nos va á pedir de un momento á otro el Sr. Alvarado, aunque sin entender del asunto mayormente.

3 Diciembre 1909.

EL PODER DE LA INOCENCIA

A pesar del gramófono, de la telegrafía sin hilos y de los aeroplanos, todavía anda por ahí muchísima gente candorosa que podía y debía vestirse con hojas de parra, comer la fruta que buenamente se cayera de los árboles y beber el agua de los arroyuelos.

Entre estas agradables y simpáticas personas, dignas del limbo de los niños, figuran en primer lugar los electores que se pegan de puñetazos con sus convecinos porque sea concejal á toda costa D. Mengano y no lo sea de ninguna manera D. Perencejo.

Fara ellas, para esas personas mayores de edad y con voto, las opiniones políticas son cosa especial entre los que quieren meter la cabeza en la administración de los bienes municipales, y á pesar de la experiencia dolorosa y de los desengaños sufridos todavía no han caído en la cuenta de que D. Perencejo, más anarquista que Ravachol, y D. Mengano, más reaccionario que Calomarde, se parecen como un huevo á otro en el ferviente deseo de vivir del común, dicho sea con el debido respeto.

Todavía eso de ser diputado ó senador viste un poco, da cierto tono y alguna importancia, y, aunque con trabajo, se comprende que cualquier señor medianamente acomodado y que no tenga muchas ocupaciones se describiera durante un par de meses y hasta se gaste los ahorros por obtener el acta. Pero el cargo de concejal, que no lleva en sí respetabilidad de ninguna clase, sino que, por el contrario, es el más abonado para ponerse en berlina y para que le hagan á uno chistes, chascarrillos y charadas, ¿qué alicientes puede tener ni qué miel hiblea brinda á ningún ciudadano blanco ó rojo, tuerto ó derecho?

Sin embargo de lo cual, en cuanto se anuncia que tienen que dejar el puesto, contra su voluntad naturalmente, varios caballeros de los que lo ocupan, se echan á la plaza pública, resueltos á llamar la atención y á tirar unas cuantas pesetas con el propósito de sustituirlos, varios apreciables y distinguidos sujetos que, salvaz escasísimas y honrosísimas excepciones, no se sabe de qué viven.

Y es de notar que, por regla general, todo el que ha pasado una vez por "aquella casa", la toma tal afición y tan acendrado cariño que ya no piensa en otra cosa más que en volver en cuanto le sea posible.

Parece que con esta ligerísimas consideraciones había de bastar y sobrar para que se escamara cualquiera en cuanto le pidieran el voto de palabra ó por escrito y, sin embargo, hay quien no sólo no se escama, sino que cree á ojos cerrados que aquel caballero tan fino que le envía una circular impresa va á acabar con todas las corruptelas administrativas y á poner en el puchero de cada vecino medio kilo de lomo bajo.

Que viene á ser lo mismo que creer que los pájaros maman.

También sientan plaza de palomitas sin hiel, por pasarse de listos, los ciudadanos que no saben qué hacer para demostrar que ellos tienen en su casa un balcón con vistas á Europa, y como ahora se ha puesto de moda hasta en el Congo decir que España es un país retrógrado y salvaje, donde hay curas hasta en el cocido, no vacilan en unir sus vocécitas al coro general poniendo á sus compatriotas como chupa de dómine... aunque se resienta la familia.

Todos ustedes habrán podido enterarse, con el natural regocijo, de las enérgicas rectificaciones á que han dado lugar las protestas contra las injurias dirigidas á España en el extranjero.

—¿Cómo se entiende?—sale diciendo á lo mejor un señor indignado.—¡Ahí han inventado mi firma ó han interpretado torcidamente mis intenciones! ¡Yo no he protestado jamás de que ofendan á España en ninguna parte! ¡No faltaba más! ¿Por quién se me ha tomado á mí, que soy tan europeo?

Y si esto no revela un candor francamente paradisiaco, que venga el Arcángel Gabriel y que lo diga.

Porque se necesita tener un *alma niña*, como dicen los poetas de la siringa y el sinsonte, para suponer que los mamarrachos que describen en periódicos y conferencias los autos de fe y las manolas con la navaja en la liga van á hacer una excepción al renegar de los españoles, diciendo:

—Pero de nuestras diatribas se libra desde luego D. Fulanito de Tal, á quien le gusta mucho que denigren á su patria porque admira á Rostand y no asiste á los autos.

Y no digamos nada de los radicales furibundos, con capilla particular en casa y confesor privado, que andan por ahí estos días como chiquillos con zapatos nuevos propalando de buena fe la grata noticia de que Moret va á reformar el Concordato de un momento á otro, dando el golpe de gracia á las Ordenes religiosas.

Estos pobres señores fundan su optimismo en las recientes declaraciones del ministro de Estado, que se ha servido manifestar, en la capital del orbe católico nada menos, que el par-

tido liberal se apresurará á cumplir los compromisos contraídos en la oposición, empezando con la preparación debida las correspondientes negociaciones con Roma.

Porque, ¡eso sí!, ¡nada de violencia!; ¡nada de herir los sentimientos religiosos de la nación!; ¡nada de molestar al Sumo Pontífice! Todo se hará despacito, con buena letra y amistosamente.

Más claro, que los sucesos se *desarrollarán* del siguiente modo.

Ahora no se le puede pedir al Gobierno que haga nada de particular en el asunto, porque necesita preparar los presupuestos y... las elecciones generales para que las Cortes se reunan en Mayo.

Luego hay que discurrir el mensaje, la crisis, los sucesos de Barcelona y la guerra de Melilla, y tampoco se le puede pedir á D. Segismundo que acabe con los frailes.

Como en la primera etapa habrá en el Congreso toros y cañas, se anticiparán las imperiosas vacaciones para evitar quebraderos de cabeza, y las Cortes no volverán á abrirse hasta fin de Octubre. Y entonces sería una crueldad exigir al Gobierno que se meta en dibujos con la Curia romana, que ya se sabe que es pesada de suyo, puesto que habrá que legalizar á escape la situación económica y no se habrán acabado de discutir los sucesos de Barcelona y la guerra de Melilla.

Llegará Enero y vendrá el segundo interregno parlamentario para preparar las reformas democráticas que la opinión pide... Entonces habrá llegado la ocasión de hablar del Concordato.

Pero como en Marzo, si Dios quiere, ya se habrá reorganizado el partido conservador bajo la férrea mano de nuestro ilustre jefe el Sr. Sánchez de Toca, y la mayoría estará dividida en catorce grupos... el partido liberal volverá á la oposición, á celebrar mítines y manifestaciones pidiendo con toda urgencia que se dé la batalla á los conventos.

Y las codornices sencillas que ahora pían de gusto creyendo que se va á abordar definitivamente la cuestión religiosa, volverán á meter el pico bajo el ala.

Ustedes lo han de ver si no se mueren antes.

7 Diciembre 1909.

CRISIS TOTAL

No se asusten ustedes.

O asístense ustedes si les da la gana, pero no hay motivo.

Porque eso de la CRISIS TOTAL es un título que teníamos prevenido en previsión de los acontecimientos que, á nuestro juicio, debían ve-

nir y que, naturalmente, no han venido, cosa que pasa muchas veces con los acontecimientos.

Y no han venido porque no siempre es la lógica la que rige la vida de las naciones, como diría cualquier admirador de D. Santiago Alba dándolas de filósofo.

Si rigiera la lógica era seguro, inevitable, ciertísimo que á la hora de publicarse estas cortas líneas habrían salido á la calle los extraordinarios de unos periódicos que no existen "con la caída del Ministerio".

Pero ya verán ustedes cómo falla el augurio, y nuestro buen amigo el Sr. Gasset puede seguir durante una temporada, ¡corta, eso sí!, dando órdenes y contraórdenes á los ingenieros y soñando con centenares de pantanos y millares de esclusas.

¡No, no habrá crisis total por ahora!

Antes es necesario dar satisfacción á los infinitos partidarios de la democracia que necesitan adquirir la categoría de gobernador por el aquel de los derechos pasivos "en su día" y crear unos cuantos empleos nuevos, completamente inútiles, para asegurar el porvenir de otros tantos liberales acérrimos que han perdido las ganas de trabajar.

Repetimos que no hay motivo para que ustedes se asusten, pero esto no quiere decir que no haya muchos para que D. Segismundo vuelva á la oposición á reorganizar el partido.

Basta con hojear á la ligera las colecciones de unos cuantos meses de los periódicos afechos á la democracia—y no los llamamos ministeriales porque se enfadan mucho—para comprender que el Gobierno entero no puede continuar un minuto más, y no continuarla si los españoles no estuvieran ahora muy preocupados.

Para muestra de que tenemos razón podemos presentar á ustedes tres botones, uno de ellos de ancla.

D. Segis ha dicho, y en letras de molde consta, que era absolutamente preciso reunir las Cortes, aunque en ellas se corrieran graves peligros, porque sólo las Cortes, según la Constitución, pueden dar validez legal á unos presupuestos, y sin presupuestos nuevos es de todo punto imposible la vida de la nación durante el año que va á empezar dentro de unos cuantos días, si Pablo Iglesias no se opone.

Sin que lo dijera D. Segis estábamos todos convencidos de ello.

Con los presupuestos actuales eso del ejército de ocupación de los territorios conquistados en Marruecos es un cuento tártaro, y como el ejército de ocupación es preciso y como legalmente no puede existir... resulta que con los presupuestos actuales no se puede gobernar el año que viene. Tanto lo habían entendido así los señores ministros que, además de la declaración clara y terminante del presidente

del Consejo, todos se estaban dando prisa para arreglar las cuentas de sus departamentos respectivos para que se aprobaran de prisa y corriendo.

Bueno; pues ahora salimos con que no hay que hablar de semejante cosa y con que en lugar de presentar la dimisión inmediatamente, los señores consejeros de la Corona dan rienda suelta á la fantasía, y el uno habla de dedicar cien millones á las aguas y el otro dice que empleará doscientos millones á mejorar la instrucción pública que está abandonadísima y el de más allá asegura muy serio que en Melilla quedarán 30.000 hombres en pie de guerra.

¡Treinta mil hombres más de los que había! ¿Con qué dinero? ¡Cien millones en pantanos! ¿Quién los paga? ¡Doscientos millones para escuelas! ¿De dónde salen?

No pueden salir de ninguna parte mientras las Cortes no lo digan, y las Cortes no se reúnen. Conque... si nuestro amigo el Sr. Moret no se va á su casa será porque ha perdido la memoria ó porque cree que la hemos perdido nosotros.

Este es el primer botón.

El segundo sería cosa de risa si no nos costara el dinero.

El partido liberal se ha indignado mucho; los periódicos de todos los matices han hecho campañas tremendas y el país ha amenazado con levantarse en masa siempre que se ha tratado de proveer las dichas capitánías generales.

—¡Eso es absurdo! ¡Eso es abusivo! ¡Eso es una burla! ¡Eso sería llenarnos el saco de guijas!—han dicho á una blancos y negros, tirios y troyanos.

Y el actual ministro de la Guerra ha ido más lejos. Ha dicho que antes se cortaría la mano derecha que presentar á la firma semejantes decretos...

Pues bien, ha bastado que los señores Weyler y Polavieja hayan insistido durante cuatro años en la manía de que ellos tenían que ser capitanes generales, y en que les habían de pagar los haberes correspondientes aunque los contribuyentes tuvieran que rascarse pelo arriba, para que los periódicos se concretan á dar la noticia de la provisión en cuatro líneas sin comentarios y para que la gente se quede tan fresca.

A Moret, el político hábil de la indemnización Mora, tenía que tocarle la china.

Y él imitará á Maura en lo de salir al campo los domingos, pero no le imita en lo de dimitir por no dar un gustazo á Polavieja.

Y vamos con el tercer botón, que es el de ancla.

¿Se acuerdan ustedes de la polvareda que se armó por aquello de la subvención á la Transatlántica?

¡Las cosas que se escribieron y se dijeron contra la plutocracia, contra Comillas y contra las gangas que repartía el Estado!

Pues bien; ahora, á la chita callando, sin alborotos ni discusiones de ninguna especie, se ha celebrado un concursito para otorgar otra subvención por otra monserga de comunicaciones marítimas, y la Transatlántica se ha presentado sola y se ha llevado la subvención entre las alabanzas de la Prensa y el júbilo de los pueblos.

Los ciudadanos, entusiasmados, según los partes, han roto á gritar: "¡Viva Comillas!"

Y es de suponer que, al impulso de la velocidad adquirida, no tardaremos en decir todos á voz en cuello: "¡Viva la plutocracia!"

Con lo cual el fantasma de la crisis total se aleja indefinidamente...

Lo que sí habrá, es decir, lo que sí habrá habido cuando Gedeón salga á la calle á celebrar la Pascua, será crisis parcial, y el presidente del Gobierno y su ninfa Egeria, el señor conde de Romanones, andarán locos por ahí buscando un ministro de la Guerra.

Porque el general Luque, por lo menos, sí que habrá dimitido.

¡No faltaba más!

11 Diciembre 1909.

FORMIO XXVI

CUENTO EXTRAVAGANTE

CAPÍTULO I

En que de buenas á primeras se presenta el protagonista.

SR. D. EPIFANIO M.^a REVUELTA.—Farmacéutico.—*Sevilla*.—Mi querido Epifanio: Una satisfacción y un disgusto acabo de recibir al mismo tiempo que tu carta. La satisfacción de ver que aún quedan amigos de veras que le buscan á uno aunque se oculte bajo siete estados de tierra, y el disgusto de que hayan resultado fallidos mis propósitos de alejarme del mundo. ¿Cómo diablos has podido saber que yo estaba en Villapomar, á cien leguas de Sevilla, perdido en estas llanuras silenciosas de Campos y habitando, con nombre supuesto, en una casuca de adobes?

No es que vaya por ello á reprimirte, pues supongo que te habrá guiado en tus pesquisas el interés que mi suerte te inspira, y no la curiosidad de ver cómo y de qué talante he tomado mi desgracia. Pero cuando tú lo sabes no serás solo, que esa sería para mí demasiada ganga, y ya me figuro que á estas horas me estarán poniendo en la calle de las Serpentes como no hay para qué decir.

Al cabo, si me creyeran muerto, que era lo que yo iba buscando con mi desaparición repentina, las burlas se hubieran estrellado ante la idea de que no podían hacerme daño; pero averiguado que estoy vivo, se verán y se desearán para prescindir de desollarme, según santa costumbre.

En fin, puesto que no hay otro remedio, y me pides dafos y explicaciones, allá van unos y otras; que, si hemos de hablar con franqueza, ya me estaba á mí repudiando la sangre el olvido de mi personalidad, el silencio que me rodea y el forzoso secreto de mis cuitas y planes.

Salí de Sevilla por lo que sabes. Mi mujer, Dios la perdona, era una jovencita guapa como la que más, y formal como la que menos.

Yo me di demasiado á los libros, ella se dio demasiado al patio y á la reja, y una noche se me escapó de casa no sé con quién, ni me importa, pero de seguro fué con uno que valía menos que yo, porque eso es lo que pasa, para mayor ignominia.

Yo la tenía cariño, ¿á qué negarlo? pero créf que no por eso debía prescindir de mis estudios, de mi carrera y de mis ilusiones científicas. Me equivoqué, amigo Epifanio; me equivoqué de medio á medio, y como castigo de la equivocación, fué la indecente y me puso en berlina.

No es que yo me creyera deshonorado con jargarreta semejante, ni que sintiera odio hacia el picarónazo que se divertía con una mujer casada, por el gusto de contarle en la tienda de montañés. Al contrario; seguro estoy de que ahora se está dando á los mengues por la calaverada. Pero yo era demasiado conocido ahí para que no me diera vergüenza salir á la calle á que hicieran retruSCANILLAS á mi costa, y empaqueté mis libros, tomé el portante y no paré hasta Villapomar.

El cual pueblecito, donde á pesar del nombre, no hay una manzana ni un árbol para un remedio, viene á mis deseos que ni pintado. Sobre setenta casas tiene, y no se sabe cuál es la peor. El campo es árido, polvoriento, casi amarillo y sin una gota de agua. En fin, una delicia. Pero á mí ¿qué me importa? Si me dedicara á escribir coplas á la madre naturaleza, necesitaría florestas umbrías, pajaritos parleros y arroyuelos murmuradores. Pero enfascado en gravísimos problemas fisiológicos y químicos, de cuya resolución depende mi fama (no la que se llevó aquella bribonaza, sino la otra), ¿para qué necesito otra cosa que el páramo desierto?

Porque has de saber, amigo Revuelta, que aquí, en estas soledades, estoy preparando una revolución de la cual, si salgo triunfante, se deduce la inmediata destrucción de los principios médicos y farmacológicos que tenéis por

cosa probada, y has de verte obligado á estudiar de nuevo si quieres seguir usufructuando esa plaza que tan pingües resultados te produce.

Como eres incapaz de adelantarte á mi éxito, no tengo inconveniente en revelarte los fundamentos de mi proyecto, que de seguro te dejará asombrado.

Porque, digan lo que quieran los que hablan incesantemente del progreso moderno, de las grandes conquistas de la civilización, de los adelantos de la ciencia, de las mil y una maravillas que nos han elevado cien codos sobre el nivel intelectual de las generaciones anteriores, el movimiento científico está en pañales... ¡ni más ni menos que en pañales!

Depende esto seguramente de que hemos creído descubrir el verdadero rumbo sin pararnos á mirar detenidamente si nos habremos equivocado.

Siglos enteros han pasado los filósofos fijando el concepto del *ser*, y á estas horas estamos peor que el primer día, puesto que después de aceptar ó desechar centenares de sistemas, una indiferencia dulcísima adormece las almas, y los hombres han decidido tener cada uno su filosofía particular, sin importarle poco ni mucho la de los demás... ni la suya propia. Y así estamos casi todos. Sólo unos cuantos infelices se entretienen todavía en inventar palabras raras, gongorinas á machamartillo, para darse el gustazo de no poder comunicar las ideas á sus semejantes.

En ciencias físicas ¡eso sí! se ha adelantado mucho.

Se conocen al dedillo una porción de fenómenos del calor, de la luz, de la electricidad... y después de convenir buenamente en que todo se vuelve vibraciones, ó como diríamos en castellano, en que todo es música, nos hemos aplicado valientemente á sacar de tan profundos conocimientos todo el partido posible.

Ahí tenemos el telégrafo, el teléfono y las lámparas de arco voltaico que da gusto verlas. ¿Y qué es todo eso? La electricidad. ¿Y qué es la electricidad? Un fluido, vibraciones... ¡vaya usted á saber!

La esencia anda en una obscuridad misteriosa que nos la hace doblemente apetecible. Es decir, despreciamos por las utilidades del momento las ciertas y duraderas que nos reportaría el conocimiento exacto de las causas.

Y si al fin y al cabo este abandono se concretara á las artes y ciencias que contribuyen más ó menos al bienestar social, ¡anda con Dios! Pero lo malo es que la medicina, de cuyos errores ó aciertos depende nada menos que la vida, es la más atrasada, la más empírica de todas las ciencias. Tal cosa que hoy es un específico, mañana es una barbaridad... y que chillen los muertos.

Con la simplificación de medicamentos, la aplicación de la higiene, de la hidroterapia, ¡hasta del hipnotismo! para la curación de las enfermedades, y el descubrimiento del microscopio y de los reactivos para el estudio de la fisiología, ya parece que se ha hecho todo. ¿Y qué se ha hecho?

Averiguar que el organismo se compone de células, que la nutrición se verifica por medio de glóbulos y que las sensaciones se transmiten por el fluido nervioso. ¡Valiente puñado son tres moscas! ¿Qué son las células, los nervios y los glóbulos?... Siempre vendremos á parar, sin poner la mano en el fuego, en que constan de oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe. Y eso ¿qué es? De ahí no pasamos. ¿Lo ves, Epifanio? Estamos completamente en el limbo.

Para no caminar á ciegas en asunto tan importante, lo lógico hubiera sido empezar por el principio. Los antiguos, y permíteme su ausencia, eran unos grandísimos majaderos. Y los modernos cometen una imprudencia temeraria al no separarse de la rutina.

En vez de fijarse en los síntomas, en los efectos, en lo que salta á la vista, han debido estudiar detenidamente y de veras la anatomía y la fisiología, conocer el *quid* de la formación de tejidos y las estructura del sistema nervioso. Lo demás es gana de perder el tiempo. ¡Tendría que ver, por ejemplo, que la tuberculosis pulmonar tuviese su verdadera génesis en una alteración de las puntas de los dedos y consistiera el remedio más eficaz en cortarse á tiempo las uñas! ¿Qué responsabilidad tan grande para los doctores de todos los tiempos!

Yo, libre de mi mujer, gracias á Dios y á ese granuja desconocido, he podido dedicarme con toda libertad á pruebas, experimentos, cálculos, y creo haber encontrado algo positivo. Por modestia no te digo que lo sé todo.

En otra carta, porque ésta va resultando inaguantable, te haré algunas indicaciones para que comprendas la magnitud de la empresa en que voy á meterme.

Para terminar, te advierto que con unas cosas y otras puedo jurarte por estas cruces que se me ha olvidado cómo se llamaba mi mujer. De donde se deduce que me importa un rábano todo lo que podáis murmurar en la rebotica.

Tuyo,

BASILIO.

CAPÍTULO II

De cómo se le vuelven á uno los sesos agua.

Mi querido Revuelta: No es sólo por satisfacer tu curiosidad por lo que voy á descubrirte mi secreto, sino también porque la experiencia que voy á hacer es arriesgada, y el

menor descuido, la más pequeña equivocación en mis cálculos pudiera costarme la vida, y sería una lástima que la humanidad perdiera el fruto de mis trabajos. Tal vez ellos sean la base de grandísimas é importantes transformaciones.

No sé cómo explicarme para no ser pesado y que me entiendas. Prescindiré de los detalles menudos, que aumentarían la aridez de mi relación, y voy á despachar pronto y de mala manera, porque todo está preparado para la prueba decisiva y los minutos se me hacen siglos.

Quedábamos en que la medicina, que ha sido mi única pasión, está atrasada y equivocada tal vez en todos sus pretendidos axiomas por haber ahondado poco. Yo he empezado el estudio de la fisiología humana por el principio, por el óvulo; y no lo he tomado desde más atrás, porque más atrás no creo que haya nada. Si logro comprender, me dije, el complicado mecanismo de la generación, la misteriosa elaboración de los tejidos, la ley que preside á la continua aglomeración de células y á los distintos fenómenos físicos y químicos que intervienen en el desarrollo del ser, habré descubierto, allá en las oscuras profundidades del seno materno, la fundición maravillosa de la máquina humana. ¿Qué trabajo puede costarme luego arreglar y componer los desperfectos que, en el constante ejercicio de la vida, puedan sufrir todos sus tornillos y engranajes?

Supongamos, que, de pronto, se para el reloj de la rebotica. Es inútil que tú, mísero farmacéutico que no sabe lo que es un reloj y sólo tiene de su mecanismo una vaga idea, procures arreglarlo. Golpazo por aquí, soplo por allá, sólo conseguirás echarlo á perder por completo. ¡Casualidad grande sería que atinaras con el remedio! Pero avisa al relojero, al más torpe de todos: á la primera ojeada verá que esta ruedecilla está oxidada, ó que aquella tuerca está floja, y en un santiamén te lo dejará compuesto. ¿Por qué? Porque ha visto cómo se hacen los relojes, en qué sitio se coloca cada rueda dentada y cada tornillo al parecer insignificante, y sabe con seguridad lo que hay que hacer para que el chirimbolo vuelva á ejercer sin tropiezo su oficio de contar las horas. ¿Me has comprendido?

Pues si queremos hacer una proporción matemática y llamamos *a* al relojero, *b* á ti, *c* á mí y *x* á los demás médicos, resultará lo siguiente:

$$a : b :: c : x$$

¡Ahora me parece que está todo más claro que el agua!

No hay para qué enumerar las vigiliias, los disgustos, los experimentos de distintas clases

en que he gastado toda la energía de mi espíritu y todas las fuerzas de mi juventud hasta poder fijar con exactitud matemática las reglas á que se sujeta la superposición y mezcla de las substancias que van imprimiendo sucesivas modificaciones en el organismo animal.

¿Qué es el protoplasma? Nadie lo sabe. Yo sí.

Como todos los problemas que han costado siglos de trabajo, éste no puede ser de más sencilla resolución.

¡El protoplasma no es más que una colección de células de fibrina! ¡De fibrina pura! Esta fibrina se forma en las vesículas del ovario con los elementos que á ellas conduce el líquido sanguíneo. Cuando una vesícula, ya repleta, se rompe, la célula protoplasmática queda en el ovario. Eso es el óvulo. Allí primero y en sitio más desahogado después, esta primera materia va recibiendo con admirable precisión y en determinados períodos de tiempo, cantidades fijas de oxígeno, carbono, gelatina, hierro, carbonatos de cal y de sosa, sulfatos de sosa y de cal, nitrógeno, hidrógeno, bromuro, cloruros y yoduros...

Entiende bien que estas proporciones y mezclas obedecen á reglas fijas, invariables, exactas en la medida de lugar y tiempo, iguales para todo lo creado.

La naturaleza tiende á la sencillez, se ha dicho. Ya lo creo que tiende, ¡como que no hay más que una ley, una sola, á la cual obedecen y obedecerán eternamente todas las partículas de la materia, lo mismo las que constituyen mundos que las que forman el último parásito vegetal microscópico! No cabe más simplificación. Las que varían hasta el infinito son las circunstancias en que se agrupan esas moléculas para formar cada cuerpo.

Así una célula plasmática, desarrollándose en el ovario de una mujer, puede producir un magistrado, y evolucionando sola y libre en el fondo del mar, no produce más que una sardina. Son habas contadas y pura química elemental. ¿En qué se diferencia el carbono que se desprende de una rosa del que expulsa mos de los pulmones y del que, limpio y puro, brilla tallado en facetas en las diademas imperiales? En que ha evolucionado bajo distintas influencias.

Concretémonos, pues, al hombre, que es lo que nos importa.

De la misma manera que se verifica la asimilación de substancias para el desarrollo del feto, se verifica también en el niño y después en el hombre hecho y derecho, hasta que, interrumpida la labor por una circunstancia cualquiera ó por el desgaste de aquellos órganos trabajosamente formados para que funcionen sin cesar, varían de pronto las condiciones en que iba y venía la materia,

y todos aquellos átomos que formaban el cuerpo humano se disgregan súbitamente. Estos van á formar parte de la savia que alimenta una acacia, aquellos se suman á los de un pedrusco cualquiera, los de más allá se engranan y aprietan entre los que constituyen la pezuña de una cabra... Esto lo saben hasta los niños malabares, como decía el P. Feijóo.

De lo que no están enterados los niños malabares es de que ese trabajo constante de aglomeración regular puede suspenderse, cambiarse y hasta deshacerse de un modo artificial. Sin embargo, nada más sencillo: ¿Es acaso obra de romanos extraer del agua el oxígeno y dejar el hidrógeno en libertad? Si se quiere, ¿no se puede también hacer desaparecer el hidrógeno y transformar, por consiguiente, el agua en otros cuerpos completamente distintos?

Fues tampoco lo es extraer, separar del cuerpo humano las substancias asimiladas á él durante un determinado período de tiempo, y dejarle tal y como estaba al empezar ese período. Si yo he podido calcular matemáticamente (y sí he podido) las cantidades de carbonato de cal que se han adherido á un fémur, por ejemplo, en el espacio de dos años, no me será muy difícil aplicar los reactivos convenientes para que la cal y el ácido carbónico se vayan cada uno por su lado y quede el susodicho fémur con dos años menos de los que tiene.

Más claro todavía, aunque parezca más complicado á primera vista:

Si yo, que tengo actualmente cincuenta y seis años, día más, día menos, me he asimilado al año ochocientos gramos de albúmina y he gastado en la combustión orgánica setecientos noventa y ocho, me he quedado con dos gramos anuales y tengo ahora ciento doce gramos, que son los que han producido mi gradual desarrollo. Si por medio de un ácido disuelvo ciento cuatro gramos de los ciento doce, resultará que me quedo con la albúmina que tenía á los cuatro años. Y si hago la misma operación con todas las substancias que se han reunido paulatinamente para formar mi cuerpo, todo yo, entero y verdadero, me transformaré de pronto, quitándome, con la sola ayuda de los reactivos, cincuenta y dos años de encina.

¡Ese es el fruto de mis prolongados estudios, de mis múltiples experimentos y de la resolución laboriosa de millares de problemas matemáticos! ¡La inmortalidad! ¡Pero no esa inmortalidad soñada por las almas pequeñas, no el cuerpo avellanado y enjuto, la inteligencia obscura, la vida perezosa! No. ¡La mía representa la juventud eterna, aprovechando todos sus grados, el cerebro más despejado cada vez

y almacenada en él la experiencia de infinitas generaciones!

Ayer cogí el gato de mi ama de llaves, animalito de respetable ancianidad, que no hacía más que dormir sobre la caja del brasero; le zambullí en un baño preparado *ad hoc* con los ingredientes necesarios, y cuando le saqué á las dos horas, ágil y esbello, empezó á jugar alegremente con los cordones de mi bata. ¡Tenía mes y medio!

He mezclado, pues, en una gran artesa todos los reactivos que han de disolver las distintas substancias que sobre mí ha aglomerado el tiempo, y voy á bañarme con todo el entusiasmo de un hombre que cree en la omnipotencia de la química y en la infalibilidad de las matemáticas.

Entro hecho un señor mayor de edad, y saldré convertido en un chiquillo de cuatro años, sonrosado y fresco...

Fienso ahora que acaso no pueda escribirte, porque á esa edad todavía no sabía yo coger la pluma.

Pero ¡sí! sí te escribiré. La escritura es cosa de la inteligencia, y la inteligencia no se disuelve en el ácido nítrico.

Adiós. Empiezo á desnudarme.

BASILIO.

CAPITULO III

A lo que puede conducir la más pequeña equivocación en las operaciones algebraicas.

Me pasó lo siguiente:

Arrojé á un rincón del cuarto aquellas vestiduras que iba á sustituir por la blusilla y el calzón corto, eché una rápida ojeada al espejo de cuerpo entero para despedirme de mi piel vieja y curtida, y me metí en la artesa, teniendo cuidado de que el líquido, con tantas fatigas preparado, me cubriera completamente.

Al poco rato empecé á sentir una inexplicable laxitud, un sopor invencible que atribuyo á las partículas del alcohol que formaban casi la mitad de la mezcla, y que se iban introduciendo á escape por los poros.

Acabé por quedarme dormido.

.....
Cuando desperté, debía de haber pasado mucho tiempo; años sin duda, puesto que el líquido se había evaporado, y quedábamos en el fondo de la artesa montones de substancias orgánicas, enormes trozos de sales... y yo. Lo primero que me llamó la atención fué el desmesurado tamaño de aquellos *detritus*, y luego la grandísima altura de las paredes del baño. El cuarto había aumentado también en proporciones, de tal manera que apenas alcanzaba á ver el techo. ¿Qué había ocurrido allí, Dios mío?

Empecé á trepar con gran trabajo, agarrándome á los poros de la madera, antes casi invisibles y ahora grandes y profundos, y después de inauditos esfuerzos logré llegar al borde. Al estirar el brazo derecho para dar el último avance, me le vi negro como el carbón y con una porción de articulaciones nuevas y extrañas. El corazón empezó á latirme con violencia. Tendí la vista en derredor, y lo primero que encontré fueron mis zapatos. ¡Pero qué zapatos! Habían crecido de tal modo que en aquel momento no serían menores que los buques trasatlánticos... Miré ansiosamente al espejo. ¡Nada! No me veía en ninguna parte. Allí estaba la artesa, la enorme artesa de donde acababa de salir, pero mi imagen no se reproducía.

Procuré calmarme y examinar atentamente el borde en que estaba. Limpio de polvo y paja completamente. No había en él más que una hormiga agitando las antenas...

Una idea terrible cruzó por mi imaginación entonces. ¿Sería yo aquella hormiga? Para comprobarlo di algunos pasos hacia la derecha, luego hacia la izquierda, levanté un brazo, después el otro; la hormiga del espejo hacía lo que á mí me daba la gana. No había duda, ¡la Providencia había castigado mi orgullo, como Júpiter castigaba á los mortales que le faltaban al respeto!

Afortunadamente, la inteligencia, que no había podido desaparecer puesto que el alma no se había separado del cuerpo durante la transformación, se conservaba condensada bajo aquel cráneo diminuto y endeble. Pude, pues, conjeturar lo ocurrido.

Recordé entonces que un día la visita del veterinario de Villapomar me había impedido rectificar uno de los cálculos más importantes que después, distraído, reputé por bueno y concluído.

¡Sí! La x , aquella x que representaba el ácido clorhídrico, me había sido infiel, y como aquella cantidad debía servir de base para las operaciones sucesivas, resultó que hice entrar á formar la mezcla dos gramos más de cada ingrediente.

Por lo cual, en vez de concluir la desasimilación cuando era preciso, se retrasó un momento más y retrocedí, no á los cuatro años de edad, como era mi deseo, sino al estado de óvulo.

Este óvulo ¡claro está! no podía desarrollarse en las condiciones necesarias, y permaneció á flote hasta que los líquidos se evaporaron por la acción del tiempo. Entonces quedó aislado y libre en el fondo de la artesa, y la evolución se verificó naturalmente; pero como las circunstancias exteriores eran las mismas de un hormiguero, de aquel huevo tenía que salir forzosamente una hormiga.

Y allí estaba la hormiga.

Confieso que estas reflexiones me consolaron grandemente. El veterinario sería un importuno, yo era un atolondrado, y caro lo pagaba... ¡pero la ciencia seguía siendo infalible!

De repente un moscardón enorme, de esos que auguran desgracias á las cocineras pusilánimes, vino zumbando á posarse tranquilamente á poca distancia. A la vista de aquel bicho, que en otra ocasión me hubiera dado asco y entonces me parecía manjar de los dioses, sentí un hambre devoradora. Cegóme la imperiosa voz del instinto, y acercándome cautelosamente al que había escogido para víctima, me agarré súbitamente á una de sus patas.

Herido el insecto, lanzó un quejido y echó á volar como un loco. Cuando me vi suspendido en el aire, á tan gran altura, olvidé mi apetito para no pensar más que en no caerme. ¡Inocente! ¡La experiencia no me había enseñado aún que la resistencia que el aire opondría á mi ligerísimo cuerpo había de evitar el choque brusco y podía llegar á la tierra sin hacerme daño!

El caso es que yo seguí apretando, no ya para mortificar al moscardón, sino por huir del peligro.

Así, el refunfuñando y yo asido á la pata cada vez con más fuerza, salimos de la habitación, nos remontamos sobre las casas de Villapomar y volamos vertiginosamente hacia el campo.

Yo veía cruzar por allá abajo animales gigantes, inmensos bosques, rocas grandísimas... Por fin, después de pasar por encima de un río inmenso, el bicharraco descendió á la tierra. Frotó desesperadamente la pata contra los pedruscos, yo no tuve más remedio que soltar atontado por los golpes, y él continuó volando y se perdió de vista.

Calculando el terreno recorrido, pude darme cuenta exacta del sitio en que yacía abandonado. Era una tierra de labor, propiedad del alcalde, que la destinaba al cultivo del trigo, y que aquel año la había dejado de barbecho. Rodeábala por todas partes una gran acequia, de más de dos metros de anchura, que no hubiera podido vadear.... Y ¿cómo, si en mi nueva encarnación no alcanzaba á ver la otra orilla?

Asaltáronme los más negros pensamientos, y cuando me disponía á tomar un derrotero cualquiera en busca de la alimentación necesaria, vi que se dirigían hacia mí multitud de hormigas que, sin duda, habían presencia-do desde lejos la aventura del moscardón.

Me entraron ganas de huir; pero me venció la curiosidad y esperé á patas quietas. Mis

nuevos hermanos me rodearon en seguida, y uno de ellos me preguntó con amabilidad:

—¿De dónde eres?

Renunció á pintar mi asombro. ¿Cómo había yo de sospechar que hablaban las hormigas? Y, sin embargo, nada más cierto. Lo que hay es que, naturalmente, el sonido que emiten guarda relación con su tamaño, y no hace vibrar la membrana timpánica de los animales mayores. ¿Oírán á los hombres, por mucho que gritasen, un ser cien mil veces más grande que ellos?

Esta consideración me satisfizo. Pero ¿cómo yo entendía su idioma? No he podido explicármelo todavía. Aunque sospecho que sería por la misma razón que me permitía comprender lo que querían decir los millares de españoles que no hablaban ni escribían en castellano.

El caso es que contesté á mi interlocutor:

—¿Que de dónde soy? De Navalmoral de la Mata.

Los del corro se miraron sorprendidos. El que llevaba la voz cantante continuó:

—Sentiría que te burlases, porque tendríamos que matarte á picotazos.

—No me burlo, ¡caramba! Soy de Navalmoral de la Mata. He sido médico en Sevilla, y ahora, aunque me veis así, no soy una hormiga como vosotros.

Aquí algunos no pudieron contenerse y soltaron la carcajada.

—Parece que no me entendéis—añadió—, acaso porque no tenéis la menor idea de lo que pasa en el mundo; pero puesto que un descuido algebraico me ha traído á esta situación, yo os sacaré de esas tinieblas en que os encontráis, y Dios mediante...

No continué, porque no me hacían caso.

Empezaron á mirarme con marcada desconfianza, á murmurar palabras ininteligibles, y, lo que es peor, á estrechar el círculo que me rodeaba.

Indudablemente me tomaban por un granuja. Tal vez por un falso apóstol... ¡qué sé yo!

Al cabo de estos preámbulos poco tranquilizadores, y á pesar de mis protestas, los más vigorosos me sujetaron entre sus tentáculos de hierro y me arrastraron durante mucho tiempo.

Íntiles fueron los ruegos, las amenazas, todo lo que se me escapaba por la boca. Llegamos á la entrada de un hormiguero. Todos los habitantes se agruparon en torno de los que me conducían, abrumándolos á preguntas. Penetrados en aquel antro, me encerraron en la covacha destinada á cementerio, dejaron á mi alcance el cadáver de un mosquito, tapiaron la puerta y me abandonaron en paz.

Renunció á pintar mis sufrimientos morales durante las largas horas de cautiverio. Baste decir que, si lo hiciera, las lamentaciones de Silvio Pellico se quedarían en mantillas.

Al día siguiente me sacaron del calabozo con gran lujo de precauciones, y me condujeron á una amplia cueva, donde había, cómodamente colocadas, centenares de hormigas. Frente á ellas, cinco sujetos reposados y graves, me aguardaban para interrogarme.

Iba á celebrarse la vista de mi causa, á juzgar por los preparativos.

El que presidía el tribunal me ordenó que explicara mi presencia allí, las palabras oscuras que motivaron mi prisión, etc., etc.

Yo, que siempre he sido honrado y veraz, relaté mi historia con todos sus pelos y señales, sin omitir nada, ni siquiera la fuga de mi esposa, que otro en mi lugar hubiera pasado por alto.

El público me interrumpió muchas veces con sordos murmullos y con estrepitosas carcajadas; el tribunal continuaba impassible.

Animado con aquel mutismo de los jueces y comprendiendo qué de la buena ó mala impresión que en ellos hiciera dependía el éxito de mi causa, no me paré en barras, y tomando el hilo de mi discurso desde la creación nada menos, les expliqué el origen del mundo, el predominio absoluto del hombre sobre todas las cosas, el papel insignificante que las hormigas representábamos en el concierto de la naturaleza, el don supremo de la inteligencia otorgado por Dios á la raza humana, la situación exacta de la tierra de pan llevar en que radicaba el hormiguero, y ¡hasta el dinero que le había costado al alcalde!

Al llegar aquí me impidió continuar el estrépito producido por la muchedumbre... Se refan, me amenazaban, me insultaban...

—¡En verdad—grité—que soy un estúpido! ¡Me empeño en haceros entender estas cosas, sin fijarme en que tenéis las cabezas demasiado pequeñas para ideas tan grandes!

Por fin se restableció la calma y empezó el desfile de los testigos. Cada uno dijo lo que le dió la gana; pero yo no quise ocuparme en desmentirlos. Habló luego con mucha prosopopeya uno de los individuos del tribunal, y vino á decir, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

—El reo no es criminal; por lo menos no ha cometido un crimen; eso salta á la vista. Acaba de decir una porción de extravagancias que revelan clarísimamente una honda perturbación en sus facultades mentales. Luego está loco. El infeliz ha soñado con otros mundos imposibles... pero á nadie hace daño con eso. Propongo, pues, á mis compañeros que se le tenga por loco pacífico, y por consiguiente, que se le deje en libertad. Mientras averiguamos su procedencia, procuraremos volverle á la razón por medio del trabajo. Porque indudablemente la holganza ha sido la causa ocasional de que, dejando volar la imaginación, ha

ya llegado al tristísimo extremo de perder la memoria y la noción de su verdadero estado...

Vamos, que todavía tenía yo que quedar agradecido.

Cuchichearon un rato los jueces, y á poco alzó la voz el secretario del tribunal y dijo á la multitud:

—Fallamos que este infeliz está loco, que su locura no es dañina y que debe quedar en libertad desde este momento.

CAPITULO IV

Los misterios de Formio XXVI.

La hormiga que presidía el tribunal se adelantó con un grano de arena y lo dejó caer solemnemente sobre mi cabeza, en señal, según luego supe, de que se levantaba la sesión.

En seguida el auditorio abandonó sus puestos y me rodeó con curiosidad. Nadie, sin embargo, me dirigía la palabra, y yo estaba á la sazón más corrido que si, en mi anterior encarnación, me hubiera presentado en el paseo de las Delicias al día siguiente de la desaparición de mi mujer. Al principio sólo escuchaba en torno mío el confuso cuchicheo de las murmuraciones; pero poco á poco los ánimos fueron encrespándose y llegaron á mí, clara y distintamente, las frases más interesantes de cada grupo.

—¡Parece mentira que esto se tolere!—exclamaba en un corro, iracundo y con ademanes descompuestos, un individuo de cabezota brillante.—¡Parece mentira que en el pueblo de los Formios, que ha conservado puras sus creencias religiosas hasta en las desgracias más tremendas, haya un solo juez que no mande matar á picotazos á quien se atreve á sostener la existencia de otros animales superiores á la hormiga, de otro dios que no es el de las hormigas y de otro mundo más allá de la inmensidad de agua que nos rodea! El pueblo debe protestar de ese fallo injusto y ahogar con ese estúpido el germen de males sin cuento.

Por aquel lado la cosa iba tomando un cariz detestable. Sólo una hormiga vieja, que no tenía los remos completos, se atrevió á decir:

—¡Pobrecillo, y tiene un cuerpo muy elegante!

—Oiga usted, compasiva anciana—le pregunté animado por aquella exclamación cariñosa,—pero ¿es que aquí no se respetan las decisiones de los tribunales?

—Casi siempre, pero no parecen bien casi nunca.

—Entonces, ¿por qué quiere matarme ese bárbaro?

—¡Chist! No es bárbaro, es sacerdote.

—A quien se guardará usted muy bien de faltar al respeto—interrumpió con cierto retintín burlón un tercer personaje que asomó los tentáculos al lado de la vieja, y en el cual reconoció al secretario del tribunal que me había juzgado.—Representa nada menos que al Gran Hormigón (alzando la pata), y una frase injuriosa dirigida á él trae irremisiblemente para él que la pronuncia los castigos más horribles. Nuestro muy amado monarca Formio XXVI ha encarecido á sus súbditos la devoción á las personas sagradas, y ¡guay del insolente que contrarie su real voluntad!

—No ha sido mi ánimo ofender al Gran Hormigón (también yo alcé la pata) ni desobedecer las órdenes de nuestro amado Formio, de quien hasta ahora no he tenido la más ligera noticia, pero...

—¿No conoce á Formio!—exclamó el secretario mirando á la vieja y dando un golpe en tierra con el tentáculo derecho, movimiento que equivale entre las hormigas á la risa sardónica.—¿No conoce á Formio! Venga, venga el desdichado á dar un paseo conmigo por los alrededores, y será iniciado en nuestra historia, que toda hormiga decente debe tener siémpre en la imaginación.

Y echó á andar por los pasillos y galerías hacia la boca de la cueva.

Salimos á campo libre, y cuando nos habíamos alejado un buen trecho, se paró de pronto, me examinó detenidamente, y luego, satisfecho si duda de la inspección, siguió andando y me dijo:

—Mire usted, joven, ahora mismo nos vamos á entender con pocas palabras. Yo soy una hormiga escéptica. Ni creo lo que usted nos ha dicho, ni creo lo que decimos nosotros. A mí de todo eso del hombre, del mundo más grande que éste y de las cien maravillas que usted nos ha contado se me da lo mismo que del Gran Hormigón. Todo ello me importa un ala de mosca. Lo único cierto y positivo es que vivimos y que tenemos que comer.

—Señor secretario...

—No me diga usted nada. La mayor majadería que puede cometer una hormiga sensata es discutir lo que no le importa. Corriente. Pues como usted ha demostrado que no sabe dónde ha caído y eso le perjudicará en lo porvenir, se lo voy á explicar brevemente para no malgastar el tiempo. El mundo se ha hecho expreso para que le habiten y gocen las hormigas. Le forma esa inmensa extensión de terreno que puede usted abarcar con la vista. Le rodea el agua por todas partes, y más allá no hay nada absolutamente.

—Estoy seguro de lo contrario.

—Pues no debe usted estarlo de ahora en adelante. Continúe: no tenemos datos para saber á ciencia cierta lo que pasó en los prime-

ros tiempos, pero se sospecha que fué lo mismo que está pasando ahora. Sólo se ha averiguado que un rey, Formio I, que debió de tener un carácter enérgico y emprendedor, organizó los diez y siete hormigueros que constituyen el mundo, eligió por capital este en que estamos, y acordó consigo mismo que el mando quedase á perpetuidad vinculado en sus descendientes. En esto obró como un sabio que era. Así se han sucedido veintiséis Formios, contando con el actual, que el Gran Hormigón nos conserve. (Vuelta á alzar la pata.) Todos le debemos obediencia ciega, y en realidad no hay motivo para otra cosa. (Golpe con el tentáculo en señal de risa sardónica.) Ha habido, claro está, algunas guerras entre los distintos hormigueros, porque no faltan nunca hormigas necias que busquen el modo de morir antes de tiempo y pícaros que las enzarcen para tocar á más ración, pero ninguna ha tenido verdadera importancia ni se ha alterado la esencia de las cosas. De los pequeños detalles de nuestra administración, organización de trabajos, etc., ya se irá usted enterando poquito á poco.

—Pero, además del rey, tendrán ustedes leyes que fijen los deberes y los derechos de cada uno.

—¡Nada de eso! Aquí no hay más ley que la de la necesidad, á la que no puede faltar nadie. El mundo es nuestro. Hay campo sobrado para buscar el alimento. El que no lo busca no come, y...

—Dígame usted, y perdone que le interrumpa, ¿puede un humilde vasallo como yo ver al rey para decirle que ya tiene un servidor más?...

—Sin inconveniente, y ahora mismo se va usted á salir con la suya.

Volvimos atrás y penetramos de nuevo en el hormiguero.

Allí, en la pared lateral izquierda del salón, está la puerta de la cámara real, obstruida con un chinarro blanco, junto al cual se pasean cuatro hormigas de cabeza grande, con tentáculos como tenazas.

El aparato de la guardia, lo excepcional de mi estado, la importancia del acto solemne que iba á realizar... todo esto me dió escalofríos. No deja de ser grave para un pelagatos cualquiera presentarse ante el rey, y á mí me temblaban las seis patas á un tiempo. De buena gana hubiera dejado la entrevista para otro día. ¿Qué me diría Formio XXVI? ¿Qué opinión formaría de su nuevo súbdito? ¿Sería clemente ó sanguinario?...

En esto mi acompañante habló con un soldado de aquellos (supongo que serían soldados), y los cuatro de la guardia separaron la china blanca y la puerta quedó libre. ¡Qué

momento aquel! ¡Allí hubiera yo querido ver á más de cuatro guapos de la calle de las Serpes! Entramos.

A mí, en mi azoramiento, no se me ocurrió otra forma de demostrar sumisión que poner la cabeza en tierra y levantar cuanto podía la primera pata de la derecha. La postura era de lo más incómodo que puede imaginarse, y como, á todo esto, el otro no hablaba de presentación y el acto de cortesía palaciega llevaba trazas de destrozarle el cuerpo, levanté la cabeza.

Allí estaba el muy guasón del secretario golpeando á todo golpear el suelo con el tentáculo. Es decir, que se refa á taco tendido. Aquel acto irrespetuoso, en tal sitio y en aquella ocasión, acabó de desconcertarme. Y más todavía cuando, después de una rápida ojeada, me convencí de que estábamos solos. ¡De eso se refa el grandísimo pillo!

—¿Qué es esto?—le dije.—¿Estamos en la antecámara?

—No.

—¿Es esta la habitación de S. M.?

—Sí.

—¿Dónde está el rey?

—Aquí.

—No le veo.

—Yo tampoco, y esa es la gracia. Mire usted, ya basta de broma. Formio XXVI no está más que en la imaginación de sus súbditos.

—¡Re-Gran-Hormigón!—exclamé—y usted dispense; pues entonces, ¿á qué viene esto?

—En seguida lo comprenderá usted todo. A la muerte del invicto Formio XVII, que fué el último rey efectivo, pretendió el trono, á falta de sucesión directa del muerto, una hormiga influyente, jefe de una numerosa familia. El resto del mundo se opuso á la pretensión pidiendo que el soberano se eligiera por mayoría, y con tal motivo se encendió una guerra que duró más de sesenta horas. Perecieron en distintos combates las mejores hormigas, se suspendió, como era natural, el acarreo de comestibles, nos amenazó el hambre y, en fin, si aquello dura dos horas más, á estas fechas no lo estaría yo contando. Entonces una hormiga sensata pidió reunión del consejo general, y allí, después de una discusión luminosa, caímos todos en la cuenta de que el jefe no dirigía nada y que para los efectos de la ostentación y de la disciplina bastaba con suponer que le teníamos. Antiguamente el jefe del Estado distraía de sus ocupaciones una porción de hormigas que tenían que dedicarse exclusivamente á la custodia de su persona, y otra porción encargada de cazar dos moscas diarias que servían á S. M. de alimento. Esta operación era difícilísima y constituía una penosa obligación para todos los hormigueros

del mundo, porque, en primer lugar, no siempre hay moscas, y en segundo, aunque las haya, cuesta mucho trabajo pillarlas. Así, pues, se acordó la proclamación del trono puramente ideal, y le ocupó inmediatamente el gran Formio XVIII, que fué el primer rey de la clase de imaginarios.

—Y que sería eterno.

—No tal, porque cuando se calculó que había vivido bastante, para mayor verosimilitud, se le dió por muerto y ocupó su lugar Formio XIX, y así sucesivamente, sin más trabajo que el de correr la numeración, hemos llegado al actual, cuya vida conserve el Gran Hormigón muchos años.

—Los que ustedes quieran.

—Es una fórmula.

—Pero, oiga usted, á consecuencia de eso habrá habido grandes alteraciones en la administración, en las costumbres...

—Nada de eso. Por lo menos nosotros no hemos notado nada; seguimos exactamente lo mismo y... nos ahorramos las dos moscas.

CAPÍTULO V

Las hormigas de la cáscara amarga.

Terminó la visita, y no he de negar, porque no quiero negar nada, que me causó una impresión dolorosa. Al trasponer los umbrales y saludar á aquellos guardias que cumplían su obligación tan á conciencia, llevaba yo metida allá dentro la punzante espina del esceptismo.

Si tal aprecio hacían aquellos miserables insectos de las más venerables instituciones, ¿qué sociedad era aquella? ¿Dónde iban á parar? Es decir, ¿dónde íbamos á parar? Siguiendo este orden de ideas en progresión ascendente, me entró una comezón justificada de conocer el fondo de la leyenda del Hormigón Blanco, cuyo solo nombre hacía alzar la pata á todos los creyentes, y que, según se iban poniendo las cosas, podía muy bien resultar otro esfuerzo de imaginación como Formio XXVI, que mil años viva, como decía irónicamente el maleante secretario.

De ser así, resuelto estaba á suicidarme con el primer pedazo de tierra que pesara lo suficiente; porque, ¿qué es una hormiga sin creencias y sin ideales? Nada; un átomo insignificante, un montoncito de materia vil y asquerosa.

Por temor á abusar de la amabilidad de mi acompañante no le pedí en aquel momento que me presentase al sacerdote que con tal energía había pedido mi muerte pocas horas antes; pero resolví hacerlo en la primera ocasión. No sólo de cebada vive la hormiga; necesita tam-

bién alimentar su fe de vez en cuando, y para esto procuraría yo que me iniciaran en aquellos misterios, que me pusieran en antecedentes y, en fin, que no dejaran mi espíritu en las tinieblas en que se encontraba.

Tales eran mis pensamientos cuando, al llegar á una encrucijada, el secretario me indicó el agujero donde vivía con los demás representantes de la justicia, y me dió las señas del que me había sido destinado. Nos saludamos, pues, atentamente rozando las antenas, ofreciéndole aprovechar sus enseñanzas y emprendí la marcha hacia mi cueva.

Aquello era un verdadero laberinto. Las galerías se ramificaban infinitamente, á cada paso había encrucijadas, sinuosidades, boquetes... en fin, que se perdía uno.

Detúveme perplejo en un punto del que arrancaban tres caminos exactamente iguales. Y entre si el secretario me ha dicho que el de la derecha ó me ha dicho que el de la izquierda, acabé por sumergirme en un mar de confusiones.

En el estaba cuando sentí un ligero golpecito en el dorso. Volví la cabeza y me encontré con una hormiga tétrica y misteriosa que me miraba fijamente.

—¿Qué se le ofrece á usted?—pregunté al cabo de un buen rato, más muerto que vivo, y en vista de que mi nuevo compañero no abría la boca.

—¿Es usted el que ha llegado esta mañana no se sabe de dónde?

—Servidor de usted: pero sí se sabe de dónde.

Volvió á mirarme con más fijeza todavía, me dió otro golpecito, y se apartó rápidamente. Recorrió toda la galería, se asomó á todos los agujeros, escudriñó todos los rincones y volvió á mi lado, diciéndome sigilosamente:

—Tenemos que hablar.

—Hablemos.

—No, aquí no: puede pasar cualquiera y sorprender nuestra conversación. Sígame usted.

—Si es grave lo que tiene usted que decirme...

—Gravísimo.

—Entonces, no tengo inconveniente. Si pudiera usted indicarme antes algo... No es por desconfianza, ¿sabe usted? pero...

—¡Chist! Aquí al lado nos reunimos unos cuantos amigos, y se trata de saber si usted puede y quiere ser de los nuestros...

Se me cayó el alma á las patas. ¡Unos cuantos amigos! Se trataba de una casa de juego indudablemente... Pero ¿qué y cómo jugaban aquellos bichos? Empezó á espolearme la curiosidad, y le contesté resueltamente:

—Vamos donde usted quiera.

Dijimos la vuelta á la esquina y penetramos,

no sin precauciones, en una habitación pequeña, como de tres cuerpos de hormiga en cuadro. La recorrió con la vista. No había nadie.

—Pues señor—pensé,—aquí hasta los vicios son imaginarios.

La hormiga misteriosa me adivinó el pensamiento.

—Se extraña usted de no ver á los amigos, ¿verdad?—me dijo.

—Efectivamente.

—No están aquí; están en el cuartito de al lado, cuya puerta no ve usted ahora porque está herméticamente tapada con un canto. En este país de tiranía todas las precauciones son pocas. Ahora le presentaré á usted; pero antes necesito hacerle dos preguntas.

—Vengan.

—¿Usted está contento con su suerte?

—¡No!

—¿Está usted resuelto á todo, hasta al sacrificio si preciso fuere, para asegurar la tranquilidad de sus compañeros y la suya propia?

—¡A todo!

—Pues va usted á tener la honra de entrar en nuestra compañía. Aquí no preguntamos quién es el nuevo adepto ni de dónde viene; nos basta con que parezca hormiga enérgica y de valor. Yo le he visto á usted esta mañana ante el tribunal, y me han pasmado su sangre fría y su prodigiosa facilidad para inventar historias. Usted nos hace falta. Le advierto que será usted sometido á algunas pruebas un poco duras, pero usted debe sufrirlas estoicamente y callar á todo. Si no abre usted la boca, será usted considerado digno de formar parte de nuestra sociedad. Prepárese usted.

Y dicho esto dió tres golpecitos con la pata en el canto. En seguida se oyeron por la parte interior otros tres golpecitos. Mi compañero esperó un rato y dió dos y repique. De adentro contestaron con un repique solo. ¡Aquello era solemne!

Desapareció el tapón sin que se supiera quién le había quitado, que en eso estaba la gracia precisamente, y quedó el boquete libre. Cuando entramos había hasta una docena de hormigas, todas lúgubres y silenciosas. Mi introductor fué rozando con una antena la cabeza de lo congregados. No se movió nadie. De pronto los trece dieron una vuelta de las que los hombres llaman carneras y quedaron con las patas hacia arriba. Así permanecieron un buen rato. Por fin la primera se levantó trabajosamente, me cogió en andas y volandas por la mitad del cuerpo y me dejó caer de golpe sobre las extremidades del primer individuo de la derecha. Éste me lanzó bruscamente sobre las del segundo, y así sucesivamente. Se conoce que la pri-

mera prueba consistía en tomarle á uno por pelota.

Acabadas las volteretas sin dar un chillido ni pronunciar una palabra, me hicieron colocar en el centro de la habitación, se adelantaron ocho hormigas, me agarraron con los tentáculos por las patas y las antenas, y á una señal apretaron todas de firme. Por obra y gracia del Gran Hormigón no se lo llevó todo la trampa, porque por poco suelto un taco redondo y no hubiéramos pasado adelante. Pero como se me había advertido que había que callar, callé y no creo que puse ninguna pica en Flandes.

Por fin me soltaron aquellas tenazas y formaron un círculo á mi alrededor. La hormiga que me había llevado allí avanzó con majestad y dejó un hermosísimo grano de trigo al alcance de mi boca.

Comprendí afortunadamente en seguida que se trataba de probar si yo sería capaz de resistir el soborno, y me guardé bien de tocar el grano. Aquello ya era lo último. Los trece ciudadanos levantaron á una las primeras patas de la izquierda, y gritaron á compás, lentamente y marcando mucho las sílabas:

—¡Bien venido! ¡Bien venido!

Ya era hora, porque yo estaba hasta los ojos de zarandeo y fórmulas misteriosas. Era, pues, uno de tantos. Pero ¿qué era? Porque ya se me había borrado de la imaginación la idea de la casa de juego. Allí se trataba de otra cosa. ¿Qué cosa era ésta?

No pudiendo aguantar más el ansia de saberlo, me acerqué al que me había llamado en la galería, y le dije al oído:

—Supongo que aquí nos reunimos para algo.

—Claro que sí.

—¿Y se puede saber para qué nos reunimos?

Me cogió con los tentáculos por una antena y me llevó lentamente, y contando los pasos, á un rincón de la estancia, y allí me contestó poniendo las dos patas delanteras junto á la boca como para recoger la voz:

—Aquí se trata de derribar á Formio XXVI.

Por poco se me saltan los ojales de asombro. ¡Derribar á Formio XXVI! Miré uno por uno á los doce conjurados, que seguían tan silenciosos como al principio, y por último, á mi interlocutor. Todos aguantaron la mirada con perfecta tranquilidad.

Entonces me tocó á mí hacer el movimiento característico de la risa sardónica. Cogí al jefe de los conspiradores como él me había cogido á mí antes, y con mucha gravedad, y también contando los pasos, le llevé á otro rinconcito.

—Debo hacer á usted—le dije, recogiendo la

voz de la misma manera—una revelación importante.

—¿Cuál?

—¡Que el rey Formio XXVI no existe ni ha existido nunca!

Tornó á echarme encima los tentáculos, me volvió con mucha suavidad patas arriba, aplicó la boca á mi oído y murmuró sigilosamente con cierto dejillo de sorna:

—Ya lo sabemos.

CAPÍTULO VI

El canto pelado.

Mentiría como un pícaro si dijera que había dormido con tranquilidad aquella noche. Porque hay que advertir que cada hormiga descansa cuando bien le parece, pasadas las horas de trabajo; pero á mí me arrastraba todavía la costumbre de la envoltura humana, y me retiré de aquella reunión de conspiradores *sui generis* á la hora justa en que me hubiera retirado de una tertulia.

Me recibieron mis compañeros de cuarto con cierta desconfianza mezclada de temor, cosa que comprendí en seguida, puesto que yo estaba oficialmente declarado loco, y nadie vive con un loco tranquilamente.

Como iba diciendo pasé una noche bastante agitada, y el caso no era para menos. La transformación súbita, el arribo al hormiguero, la prisión, aquel rey ideal, aquellos conjurados misteriosos empeñados en derribar un trono que no había... ¡buen batiburrillo de ideas se me armó en el cerebro!

La conspiración en que había entrado sin querer era lo que menos entendía. Sólo tiene una explicación: el afán instintivo de todas las criaturas á oponerse á todo lo que huele á autoridad. Pero aquello era el colmo. ¡Conspirar imaginariamente contra un poder imaginario! Verdad que en eso estaba el toque de la gracia, porque si el tal Formio fuera una hormiga viva y tangible, la cosa no tendría nada de particular.

Cuando desperté, sin darme cuenta perfecta de mi estado, alargué una patita como para coger el cordón de la campanilla y grité al mismo tiempo:

—¡Ramona, el chocolate! (Ramona era mi ama de llaves en Villapomar.)

Abrió los ojos y entonces caí en la equivocación. Me rodeaban unas cuantas hormigas que al oír mi voz se separaron más que de prisa murmurando:

—¡Loco perdido!

.....
¡Loco! En verdad que aquello de la locura

iba á ser causa de que yo fuera desgraciado el resto de mi vida. Necesitaba, pues, borrar por completo el recuerdo de mi pasado, identificarme con mi nueva *personalidad* (y perdonen ustedes, la palabra tratándose de una miserable hormiga) y vivir en paz con mis semejantes.

—Dispensad—dije cariñosamente á mis compañeros,—este ha sido el último destello de la razón tratornada. Ya no estoy loco, pero comprendo que lo estuve. Haced el favor de indicarme el sitio en que podré encontrar ahora al respetable sacerdote que ayer quería hacerme pedazos, para humillarme respetuosamente ante él y pedirle el bálsamo de la gracia...

—¿Qué es eso de la gracia?—interrumpió el más atrevido.

—¡Ah! Es verdad que aquí no se llamará así eso. Quería decir que desco ardientemente... ¡vamos! hablar con alguien que me restituya á la religión de nuestros mayores, digo, de mis mayores, de la cual no me ha quedado rastro en la memoria.

Todos se miraron unos á otros con aire de desconfianza. Por fin, el que había hablado antes se decidió á hacer la calaverada de aventurarse conmigo por el laberinto de las galerías y exclamó:

—¡Sígueme!

Salimos al campo. El día estaba espléndido, y los obreros, en apretadas filas, trabajaban con verdadero entusiasmo. No lejos de la boca grande de la cueva, muellemente reclinado sobre un pedrusco, estaba el sacerdote en cuestión. La enorme cabeza brillaba como un carbón encendido, reflejando en la tersa superficie los rayos del sol que salía.

El guía me dijo:

—Allí le tienes. Si él no te cura la ceguera moral, ya puedes decir que no te la cura nadie. Y se unió á los obreros.

Yo avancé resueltamente hasta ponerme delante de la hormiga de quien esperaba la salvación. El sacerdote no se movió siquiera; estaba en éxtasis, mirando con profunda atención hacia un enorme canto rodado que rompía allá lejos la monotonía de la llanura. No tenía otra cosa de particular, ni había motivo para observarle con tal detenimiento. Sin embargo, el sacerdote no le quitaba ojo. En vista de lo cual me atreví á llamarle la atención dándole un golpecito. Se estremeció todo su cuerpo como si hubiera tenido necesidad de hacer un gran esfuerzo para contener la cólera y siguió mirando al canto.

—Vamos—pensé,—está dedicado á sus oraciones y habré cometido alguna inconveniencia al llamarle la atención irreverentemente. ¡A ver si me cortan la cabeza por esto!

Y decidí esperar. Pasó mucho tiempo, no sé

cuánto, hasta que con paso grave y mesurado se acercó á nosotros otro sacerdote (esto es una suposición mía), dijo unas palabras al del éxtasis y se puso también á mirar hacia el canto. Entonces, el que primero ocupaba el pedrusco sagrado se dignó acercarse á mí con chispas de rabia en los ojos y decirme destempladamente atenuándose una pata:

—¡Miserable! ¿Qué has hecho?

—Aburrirme.

—Pero además, ¿no sabes que has cometido un sacrilegio al tocar mi sagrado cuerpo mientras yo cumplía el más alto, el más difícil de los deberes de mi ministerio?

—(¡Anda salero!—volví á pensar.—Ya está aquí lo de la decapitación.) Perdonadme—añadí en voz alta;—para evitar en lo sucesivo esas y otras faltas es por lo que he venido.

Y le expliqué mis deseos detalladamente. Tal maña me di que acabé por creer todas mis mentiras. Le dije que, efectivamente, había estado loco; que como consecuencia de mi enfermedad había perdido completamente la memoria, y que no sabía una palabra de lo que pasaba en el mundo. Díjele, además, que como buena hormiga que era, todo mi afán se reducía, al volver á la razón, á enterarme primeramente de los asuntos religiosos, sin los cuales, á mi entender, no podría dar un paso, y que le había escogido á él, noticioso de su sabiduría, para que tuviera á bien sacarme del atolladero.

Esta preferencia debió de halagarle no poco, porque puso una cara más agradable y me dijo, casi afectuosamente:

—Celebro tu elección, porque entre mis compañeros hay muchos torpes y no pocos maliciosos que te echarían á perder ó no podrían explicarte con brevedad punto tan delicado. Yo, sin que esto sea alabarme, soy el único que conserva pura la tradición y puedo enseñarte mucho en poco tiempo.

—Si á usted le es lo mismo, iré haciendo las preguntas que se me ocurran, y así acabaremos más pronto.

—Corriente, y de paso podemos ir acercándonos al granero, donde tengo que recoger el fruto de mi trabajo del día.

—¿Qué trabajo?

—Ese que acabas de ver.

—¿El de mirar al canto pelado?

—Justamente.

—¿Qué representa ese canto?

—No representa nada. Es realmente el sitio donde reside y residirá eternamente el *Gran Hormigón*.

—¿Quién es el Gran Hormigón?

—El que ha hecho el mundo.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Se sabe por datos irrefutables

que un día, ya hace mucho tiempo, el Gran Hormigón no tenía nada que hacer y creó el reino de Formio, le rodeó de agua, y después nos puso en él á nosotros.

—¿Por qué?

—Pues... por el gusto de ponernos. En sus designios no podemos penetrar ni siquiera las hormigas ilustradas.

—Pero ¿y no hizo nada más que esto? ¿Está usted persuadido de que no hay más cosas del lado allá del agua?

—Completamente. ¿Para qué las había de haber? Todo lo existente ha sido creado para prestar alguna utilidad á las hormigas, que son, como salta á la vista, los seres privilegiados de la creación. Es así que lo que pudiera existir más allá no nos serviría para nada; luego más allá no hay nada.

—Convencido. ¿Y de dónde han sacado ustedes que el Gran Hormigón reside en el canto pelado?

—De la tradición. Además, la cumbre de ese canto es inaccesible para todas las criaturas, lo que prueba que el Hacedor ha querido aislarse. Se han hecho muchas tentativas por algunos herejes incrédulos, pero está la superficie tan lisa que no hay quien se sostenga.

—¿Y por qué miraba usted hacia él?

—Porque ésa es la misión de mi casta. Desde tiempo inmemorial un sacerdote de cada hormiguero vigila incesantemente la cumbre de ese canto, por cuya razón nos relevamos cada cuarto de hora, y no podemos mirar á otra parte, suceda lo que quiera.

—¿Con qué objeto?

—En primer lugar, por si se le ofrece algo, y en segundo, porque la aparición de él en la cima indicará que se aproxima el fin del mundo.

—¡Eso ya es otra cosa!

—Mientras él no aparezca, no ha llegado nuestra última hora; en cuanto él asome sus grandes antenas blancas, el mundo desaparecerá para siempre.

En esto habíamos llegado al agujero y empezábamos á caminar á oscuras. Yo sentía grandes deseos de decir la verdad y desengañar á aquel miserable insecto que tomaba por sublime grandeza su pequeñez insignificante; pero, por fortuna, me contuve y no eché á perder lo que llevaba adelantado.

—Por último—le dije,—si nadie ha visto nunca al Gran Hormigón, ¿cómo se ha logrado saber que es blanco?

—Porque tiempos atrás andaban divididas las opiniones de los sacerdotes. Unos decían que era blanco, otros que era negro... Cada cual defendía sus teorías, se enardecieron los ánimos y brotó la chispa de la guerra. Una guerra puramente religiosa, en que se sacrifi-

caron millares de hormigas. Al fin triunfaron los blancos y quedó probado que ése era, y no otro, el color del ser á quien debemos la existencia.

Hubo una pausa. Yo estaba casi loco de verdad.

—Vamos á ver—me atreví á objetar á mi interlocutor cuando llegamos á la puerta del granero,—¿y si hubieran triunfado los que decían que era negro?

—Adoraríamos al Hormigón Negro.

—¿De modo que usted cree que el color del Gran Hormigón depende de la fuerza de las hormigas?

Quedóse el sabio pensativo, como aplastado por el peso de mi razonamiento; pero á poco se irguió con altivez, me miró con desprecio y exclamó como si estuviera plenamente convencido de lo que decía:

—Sin duda el Criador es blanco, porque si fuera negro no hubiera permitido, en su alta sabiduría, que triunfaran los que estaban en el error.

Me pegó á la pared. Y agitando con orgullo sus tentáculos, se metió en el granero lenta y majestuosamente.

CAPITULO VII

En que se demuestra que las hormigas tienen un corazón compasivo y practican la caridad como las personas mayores.

Acababa de llegar un correo; uno de los más hermosos ejemplares de la clase. Era una hormiga delgada de cuerpo, larga de patas, esbelta y airosa como la que más y que parecía creada expresamente por el Hormigón Blanco para las grandes caminatas. Para ella los granos de arena, que venían á ser como rocas de regular tamaño, eran obstáculos insignificantes. Más que correr, volaba por los terrenos pedregosos.

Cuando yo era hombre había visto algunas veces cruzar entre las hormigas vulgares, Perezosas y cachazudas, estos correos que van y vienen por los surcos con velocidad maravillosa, y así me había fijado en ellas como ahora lueven saltamontes.

Pero entonces, la llegada de aquel emisario forastero en el hormiguero central, tenía para mí, como para todos los demás, grandísima importancia. Venía jadeante, lleno de polvo y con el terror pintado en el semblante. A dos pasos se conocía que las noticias de que era portador no podían ser buenas.

Se suspendieron los trabajos, salieron precipitadamente los que estaban en las covachas,

y una multitud ansiosa rodeó al mensajero, que apenas podía respirar de emoción y fatiga.

—¿De dónde vienes?—le preguntó la vieja de marra, que, por lo visto, estaba en todas partes.

—De la costa Sur.

—¡Tentáculo! (1). ¡De la costa Sur! ¡Como quien dice del fin del mundo! ¡Algo grave pasa!

—¡Y tan grave!

—¿Qué es?

—Dejadme que me tranquilice un poco.

El maldito peatón aquél quería consumirnos la paciencia, dándose tono con las noticias que traía.

Por fin un alma caritativa le regaló una hojita verde para que chupara el jugo, y llamado con este refrigerio, exclamó con entonación trágica:

—¡Hay inundación!

—¡Tentáculo otra vez! ¿Dónde?

—En los hormigueros 11 y 14, que son los que están situados en la parte baja.

—¿Ha habido desgracias?

—Muchas. Todavía no se puede fijar el número con seguridad, pero se calcula que la cuarta parte de la población ha ido a rendir cuentas á la cumbre del canto pelado.

Silencio sepulcral. La noticia de una catástrofe, así de sopetón, aplana á cualquiera.

—Castigo del Gran Hormigón. Se habría entibiado en ellos la fe religiosa...—dijo aprovechando el estupor el sacerdote á quien yo debía mis escasos conocimientos en la materia.

—¡Protesto!—le interrumpió el correo briosamente.—Del 11 no sé nada, porque no soy de allí, pero por el 14 pongo la antena derecha contra dos cabezas de mosquito. Precisamente diez horas antes de la desgracia habíamos regalado á nuestros sacerdotes veintitrés granos de cebada y un abejorro que daba gusto verle.

—Es que pudiera suceder que la cólera del Gran Hormigón fuera tal que no se aplacara con menos de dos abejorros.

—Déjese usted de cuentos—dijo a esta sazón el secretario escéptico.—La causa del accidente la ha explicado ya este distinguido correo, y no ha sido otra que el haber cometido la imprudencia de abrir los agujeros en la parte baja de la costa. Conque denos usted detalles.

—Pues nada. El agua se echó encima tan de improviso que cuando quisieron recordar había llegado hasta el granero, arrastrando a todos los que encontró en las galerías. Se hicieron esfuerzos para salvar algo, pero fueron inútiles, porque en esta ocasión no ha

sucedido lo que otras veces. No ha sido una inundación pasajera, que se acaba en cuanto el agua se empapa en la tierra, y todo se reduce a una mojadura sin consecuencias lamentables. Ahora el nivel se conserva a la misma altura, los hormigueros han desaparecido entre las olas para siempre y allí han quedado las crías, los viejos y los que no han podido ganar tierra firme.

—¡Oh, desolación!

—Pero no es esto todavía lo más horroroso.

—¿Viene avanzando el agua?—aulló la muchedumbre con verdadero espanto.

—No.

—¡Ah! (Este ¡ah! se escapó de todas las bocas con satisfacción egoísta.)

—Lo más horroroso es que hay más de setecientas hormigas que se mueren de hambre. Ya se han comido toda la hierba de los alrededores, que sabe á demonios, se han agotado las limosnas de los hormigueros más próximos y... ya no se puede más. Los correos hemos salido á dar el aviso á todas partes y á pedir socorros con urgencia... ¡Compañeros! Aquí os sobran provisiones, allí desfallecen... ¿Qué haréis?

—¿Qué haremos?—gritó con ardiente entusiasmo una hormiga joven, apoyando las patas delanteras en el secretario.—¡Lo que harán seguramente todos los hormigueros del mundo! ¡Apartar ahora mismo todas las provisiones sobrantes, cargar con ellas y llevarlas á nuestros hermanos!

El orador, al apearse, fué aclamado unánimemente. Los más fogosos iban ya á asaltar el granero, cuando una voz grave, que salía de un hormigón reposado y sesudo, á quien respetábamos todos sin saber por qué, los detuvo diciendo:

—¡Calma! ¡Prudencia! ¡No hay que atolondrarse! En estos casos el barullo perjudica extraordinariamente y hace estériles los mejores propósitos. Claro está que debemos socorrer á las víctimas, pero con orden, con método, sin aturdimiento ni embrollos. Sepamos primero cuántos y quiénes son los perjudicados y en qué grado lo es cada cual; reunamos en un fondo común todos los donativos, calculemos la cantidad que puede y debe repartirse, y conocido, pesado y medido todo esto concienzudamente, tendremos probabilidades de hacer la distribución de socorros con arreglo á la más estricta justicia.

Rumores de aprobación.

Quajó la idea y allí mismo se nombró la comisión que había de correr con todo. Se componía de cuarenta hormigas que eligieron, como es natural, presidente al individuo grave y concienzudo que acababa de dirigirnos la arenga.

La junta se constituyó en seguida en el sa-

(1) Expresión muy usual, equivalente á ¡genorral!

lón de consejos, con el carácter de permanente, porque la cosa urgía.

—Compañeros—dijo entonces el concienzudo.—la tarea que nos ha sido encomendada no puede ser más difícil. Es preciso dedicar á ella toda nuestra actividad, toda nuestra energía, todos nuestros esfuerzos. Necesitamos examinar detenidamente los hechos, pensar las consecuencias del accidente y aplicar el remedio con absoluta imparcialidad. (Al llegar aquí dió un mordisco á un grano de avena que acababa de llevar una hormiga sensible.) Se hace, pues, necesario, se hace imprescindible que desatendamos, que olvidemos, que abandonemos nuestras ocupaciones. El socorro de los infelices que no comen exige de nosotros todo género de sacrificios. Pero ¡ah! queridos compañeros (otro mordisco), la hormiga es vil materia también y nosotros somos hormigas. Quiero decir que, si bien podemos prescindir de nuestros trabajos habituales, no podemos prescindir de comer.

—Ya lo hemos visto—murmuró un guasón, aludiendo indudablemente á lo del grano de avena.

—Pues bien, siendo ésta una necesidad ineludible, debemos tener en cuenta que la vida es relativamente corta, y que si nosotros muriéramos por falta de alimento sin haber dado cima á nuestra delicada misión, centenares de infelices se quedarían sin el auxilio que reclaman. Propongo, pues, que nos asignemos la cantidad necesaria para no sucumbir de debilidad. ¿Se aprueba la proposición?

Fué aprobada por unanimidad, y los comisionados quedaron en repartirse dos granos diarios por cabeza.

En seguida empezaron los trabajos preparatorios.

¡Y poquito intríngulis que traía la cosa! Hubo que despachar correos á los hormigueros restantes, á dar cuenta del acuerdo y nombrar comisionados de confianza; hubo que oír á los perjudicados y estudiar las pruebas en que apoyaban las respectivas reclamaciones; hubo que esperar la llegada de los donativos, que vinieron lentamente y bastante mermados, porque algo se pierde siempre en los transportes; hubo... en fin, al cabo de quince días de faena incesante, idas y venidas, consultas y averiguaciones, la junta central dió por terminado su cometido, y el concienzudo anunció á la muchedumbre el resultado, que no podía ser más satisfactorio.

Las cuentas, sometidas á la aprobación del concurso, estaban tan claras que podría entenderlas sin dificultad una hormiga acabada de salir del huevo. Hela aquí:

Donativos recibidos de los quince hormigueros no inundados..... Granos 1.201
Alimentación de los cuarenta comisio-

nados durante quince días de trabajos, á razón de dos granos por comisionado y por día..... Granos 1.200

Quedaban, pues, en el almacén á favor de las víctimas..... Granos 1

Y considerando que la cantidad era exigua con relación al número de necesitados, se acordó que fuese ofrecida en holocausto al Gran Hormigón, por lo cual tomó posesión de ella, con toda solemnidad, el sacerdote de la cabeza reluciente.

CAPITULO VIII

El arte de la guerra.

Nadie sabía nada en concreto, pero saturaban el aire los malignos effluvios de la rabia precursores del combate. Hay algo, en esos momentos, flotando sobre las cabezas de la multitud, que brota de lo desconocido, que arrastra todas las voluntades, que enciende los ánimos, que ofusca las inteligencias, que infunde ansia de pelear é instintos de matanza. ¿Qué varita mágica lo hace surgir en los períodos de tranquilidad? ¡Vaya usted á saberlo!

Pues sí, tenía razón el que me dió la noticia. Habíamos declarado la guerra. El hormiguero gozaba con su entusiasmo y no se oían más que vivas. Los más cobardes estaban dispuestos á todo con tal de salvar la honra y el trono, dos cosas que, por lo visto, nos importaban grandemente.

Yo, sin embargo, que por circunstancias especiales no estaba empapado en amor patrio hasta el punto de sacrificarme en sus aras, me atreví á decir al ciudadano más próximo:

—Dígame usted: en esta campaña que vamos á emprender, según parece, ¿se trata únicamente de defender al rey?

—De eso se trata.

—¿Pero usted está en el secreto?

—¿En cuál?

—En el de que el rey no existe.

—¡Pues no he de estar!

—Entonces, puesto que nos ha entrado este coraje repentino y tenemos que desahogarnos de alguna manera, ¿no sería la mejor para evitar desgracias, suponer que Formio XXVI había sido vencido y muerto en la primera batalla y sustituirle con Formio XXVII, sin más requilorios?

¡Cielos divinos! ¡Qué cara puso mi interlocutor entonces! Pero se contentó con decirme de mala manera:..

—¡Es usted un miserable que no tiene idea del honor nacional!

Comprendí, pues, que mi vida corría peligro si me oponía a la corriente, y empecé a entusiasmarme y a dar vivas...

He aquí los antecedentes de la cuestión:

Dos escarabajos peloteros, con perdón sea dicho, gente asquerosa y poco aseada de por sí, habían tenido por conveniente establecerse, en uso de su perfecto derecho, entre los hormigueros 7 y 8, distantes del canto pelado cuatro y cinco vuelos de mosca respectivamente.

El hecho de la ocupación no envolvía un ataque a la integridad de nuestro territorio ni un insulto a nuestras banderas; pero ¡ay! la carne de escarabajo es un manjar apetitoso, y no faltó en los hormigueros cercanos quien pretendiera hincarle el diente.

Se formó un expediente con una porción de capítulos de cargo. Tal hormiga se quejó de que uno de los bichos le había dirigido al pasar una mirada de desprecio; tal otra de que los invasores la habían atropellado a posta con la bola inmundicia que conducían al agujero...; en fin, que todo aquello ofendía a la colectividad de un modo inaguantable.

Entabláronse, *pro fórmula*, las negociaciones diplomáticas. Los enemigos dieron todo género de explicaciones, pero no se trataba de eso. Nosotros queríamos comernos un escarabajo pacíficamente, a guisa de indemnización, y no nos contentábamos con menos.

Tanto apretaron nuestros emisarios y se pusieron tan insolentes, que los infelices peloteros acabaron por echarlos con cajas destempladas, diciendo que, puesto que se les imponía la muerte en desagravio... ¡matando morirían! Esta respuesta heroica, que debía grabarse en granos de arena, era la causa de la rápida movilización militar á que yo tenía que obedecer.

Y aquí empezaba el compromiso.

Hecho el recuento, resultó que había mil doscientas cincuenta y seis hormigas en disposición de tomar las armas. De este número había que descontar, como es de suponer, un general en jefe, siete generales más por si se desgraciaba el primero, treinta y cuatro individuos de estado mayor, escolta y órdenes, setenta y nueve jefes y doscientos veinticinco oficiales subalternos. Quedaban, pues, novecientos diez soldados mondos y liorados, contingente muy respetable para la insignificancia del enemigo.

Pero no se puede pelear sin comer; era preciso distraer del cuerpo de tropas los individuos necesarios para el acarreo de víveres, y claro está que el número de bagajeros

había de guardar proporción con la distancia que hubiera que recorrer y con la duración de la guerra.

El concienzudo, aquel de los socorros á los inundados, que era jefe de estado mayor, se encargó de tan peliaguda cuestión matemática. Calculó exactamente la extensión del terreno, el alimento necesario para cada hormiga, la probable resistencia del enemigo, las contingencias todas que pudieran sobrevenir, y declaró solemnemente que no quedaban disponibles para la lucha más que cuatro soldados.

Dejóse á la suerte el cuidado de designar los cuatro sujetos destinados á vengar el honor nacional, y lo fuimos, ¡oh, hados! el secretario escéptico, el jefe de la conspiración misteriosa, un tuerto y yo.

* *

¡Solemne fué el momento de abandonar el hormiguero central para buscar al enemigo!

Los rayos del sol parecían recrearse en la arena aquel día memorable; se apiñaba la multitud junto al sendero para presenciar el desfile, y atronaban el espacio los gritos de venganza, las voces de mando y los angustiosos ayes de las enamoradas. ¡Tal vez salíamos para no volver!

Rompíamos la marcha los cuatro combatientes, altas las cabezas, enhiestos los tentáculos, contoneándonos marcialmente y mirando con protectora altivez a las hormigas jóvenes que nos victoreaban al paso, como diciéndoles:

—Nos habéis confiado vuestra honra... ¡La lavaremos!

Venía detrás la primera fila de bagajeros que traía los granos para nosotros, luego la segunda fila con los granos de la primera, en seguida la tercera con los de la segunda y así sucesivamente... ¡Tal era el plan prudente y complicado del concienzudo! Cerraba la marcha el brillantísimo y numeroso estado mayor, con el general en jefe a la cabeza... y era de ver el espectáculo de la interminable procesión de hormigas alineadas correctamente, avanzando con terrible serenidad por las veredas tortuosas, bajo un sol que arrancaba chispas de los bruidos coseletes y hacía resaltar junto á las cabezotas negras los dorados reflejos de los granos de trigo.

¡Con esto y con que nos batieramos bien, podían echarse á temblar los escarabajos!...

.....
Allí estaban, parapetados tras una trinchera de inmundicia, mirándonos con rabia y

dispuestos a vender caros sus caparazones. Hizo alto el ejército; llegaron dos ayudantes, de orden del general, á participarnos que debíamos atacar los flancos; por la derecha el conspirador y el secretario, por la izquierda yo y el tuerto.

Quedóse atrás la impedimenta, más atrás todavía el estado mayor, se retiraron á prudente distancia los trescientos cuatro jefes que debían presenciar de cerca las operaciones, y avanzamos los de la primera fila hacia el montón de estiércol.

¡Y cómo maldije entonces de mi exagerado amor á la ciencia! ¡Pensar que en otros tiempos hubiera yo podido aplastar de un pisotón aquellos asquerosos insectos, y entonces se me ponían enfrente gigantescos, enormes, dispuestos á aniquilarme entre sus patas!

Empezamos, cada pareja por un lado, á trepar trabajosamente. Los de arriba nos tiraban pedacitos de barro y nos llamaban perrierías al mismo tiempo. Llegamos por fin. Iba á empezar la lucha, la terrible lucha cuerpo á cuerpo. El escarabajo alzó una pata para empujarme ó aplastarme si tal pudiera; rápido como el pensamiento recibí el golpe á pie firme entre los dos tentáculos y apreté de pronto. El enemigo agitó la pata convulsivamente, pero me arrastró consigo detrás de la trinchera. Aprovechando el golpe el tuerto, que era perspicaz como él solo, se agarró á otra pata, atenaceando sin piedad. Esa era nuestra táctica; el pelotero empezó la suya. Se revolcó, se llenó de tierra, frotó las extremidades contra el suelo, le golpeó con ellas... Parábase de pronto, como declarándose vencido, para que nosotros, engañados con su actitud, hiciéramos ceder la presión al avanzar sobre su cuerpo, y sacudirse entonces violentamente y arrojarnos á gran distancia.

Entonces gracias á que yo conservaba la inteligencia humana se me ocurrió un golpe de astucia, que pensé poner en práctica inmediatamente.

Entretanto en el ala derecha las cosas se habían puesto de otro modo. Apenas el secretario y el conspirador se lanzaron sobre el pelotero, éste, haciendo un violento esfuerzo, abandonó la trinchera y huyó. Levándose un enemigo en cada pata. Más robusto, sin duda, que el que nos había tocado en suerte, cayendo, revolando, arrastrándose con un vigor extraordinario, se perdió en lontananza. Llegó á la acequia, se chapuzó en el agua, dejó allí á los dos infelices y... no se ha vuelto á saber más de ellos.

¡Mártires de la independencia! ¡Formio XXVI no os pagará nunca vuestro heroico sacrificio!

En el ala izquierda seguía forcejeando el tuerto sin adelantar ni perder un ápice, mientras, dejando á mi compañero el cuidado de entretener al escarabajo, subí hasta su cuerpo pausadamente, busqué las junturas del coselete, y dedicando un recuerdo á Sevilla, otro á mi mujer y otro á mis libros... ¡zás! me zambullí en la masa pulposa de la cabeza, y apreté de firme. El enemigo quedó muerto instantáneamente. ¡Habíamos vencido!

En seguida se aproximó el resto del ejército, el estado mayor rodeó el cadáver, y todos los oficiales se apresuraron á felicitar al general en jefe. Este repartió los despojos entre sus ayudantes, que los devoraron allí mismo, y se dió la orden de retorno.

Entramos en el hormiguero central entonando himnos de victoria, entre las aclamaciones de la muchedumbre, pero hambrientos y desmadejados. Los dos muertos allá quedaron, flotando sobre las aguas de la acequia y sin que nadie los echara de menos.

Al día siguiente hubo que trabajar con doble ahínco. Porque en aquellas horas de campaña se habían consumido mil doscientos cincuenta y seis granos de trigo, y no había ni una hilacha comestible en los dominios del victorioso Formio XXVI.

CAPITULO IX

La catástrofe.

Pocos días después de la conclusión de la campaña, empezó á circular una noticia verdaderamente estupenda.

Había aparecido por la costa Oeste un ser extraño, grandísimo, que se movía con rapidez extraordinaria, y que en breves instantes había recorrido el mundo, lanzando por la desmesurada boca extraños sonidos que atronaban el espacio y aplastándolo todo bajo sus horribles patas.

Según los que le habían visto cruzar, el monstruo tenía un cuerpo de incommensurable tamaño, sostenido por cuatro extremidades enormes y rematado en la parte posterior por un apéndice que agitaba con extraordinaria ligereza, y por el cual podían pasearse holgadamente millones de hormigas.

Aseguraban unos que el animal, o lo que fuere, se había zambullido en el piégo sin fin de las aguas que rodeaban el mundo, y que de ellas había vuelto á salir á poco rato, agitando su cuerpo con tal fuerza que produjo una abundante lluvia. Otros juraban que esta lluvia había brotado del cuerpo mismo del monstruo...

Reunieron apresuradamente los sacerdotes, y dieron su opinión autorizadísima.

Aquella aparición sobrenatural no podía significar más que una cosa: la cólera del Gran Hormigón, presagio seguro de nuevas y terribles calamidades. ¿Cómo se podría aplacarla? Sólo de una manera sumamente sencilla. Absteniéndose de comer durante dos días y entregando el producto del trabajo á los sacerdotes.

Claro está que yo no podía conformarme con semejante decisión, y quise ver por mis propios ojos la causa de la alarma. Salí del hormiguero y subí á una cima cercana.

El monstruo brincaba alegremente allá á lo lejos, importándole un ardite de la sensación que su presencia producía.

Y no era tal monstruo. Era el perro del alcalde.

Le conocía perfectamente de que me había tomado tirria, y en cuanto me encontraba en las calles de Villapomar se ponía á ladrar desaforadamente.

A fuerza de cavilaciones vine á deducir que el perro no podía venir solo, y sin saber por qué, se me metió en la cabeza que tenían razón los sabios y que nos amenazaba una gran desgracia.

No tardaron en verse confirmadas mis sospechas.

Detrás del perro surgieron tres espantables figuras, mucho más grandes y de proporciones distintas. Eran dos mulas y un hombre. Si venían á arar, nuestra salvación era imposible. Y que venían á arar lo demostraba claramente el hecho de que el mozo se apeó, descolgó su atillo, quitóse la chaqueta, varió de posición el arado y empezó á dar martillazos para sujetar la reja con las cuñas correspondientes.

Aquellos martillazos acabaron de asustar á las hormigas, que corrían en todas direcciones, mirando espantadas al gigantesco grupo y sin acertar á explicarse lo que significaba aquello.

Sin embargo, la idea de que se aproximaba la gran catástrofe fué corriendo rápidamente y... volvieron á reunirse los sacerdotes.

Por un favor especial, y creyendo acaso que bien pudiera yo no estar tan loco como parecía, se me propuso tomar parte en las deliberaciones.

Entretanto la yunta había empezado su tarea, y al trazar los primeros surcos, el cataclismo había alcanzado á los hormigueros 1, 3, 6, 9 y 15, que se habían desmoronado casi á la vez, aplastando con sus escombros á los desdichados habitantes. Las hormigas sorprendidas al aire libre por la maldita apa-

rición habían muerto envueltas entre verdaderas montañas de tierra que surgían como por encanto.

Expuse en la junta mi opinión. Dije á mis compañeros lo que aquello significaba, y les excité á buscar prontamente un medio de atravesar á nado la inmensidad de las aguas, en la seguridad de que al otro lado encontraríamos tierra firme, alimentos abundantes y mundos de hormigas iguales á nosotros.

Esta idea lo echó á perder. Volvió á salir el tema de mi locura y, por último, el sacerdote, mi amigo, dió por terminado el debate con este silogismo:

—Lo que este desdichado predice es el fin del mundo. El mundo no puede acabarse, según la tradición, mientras el Hormigón Blanco no lo anuncie apareciendo en lo alto del canto pelado; es así que no ha aparecido todavía, luego el mundo no se concluye. Podemos, pues, aguardar con tranquilidad los acontecimientos.

Y así se acordó efectivamente.

Decidí, por lo tanto, prescindir de mis tarados compañeros y buscar por mi cuenta el modo de salvarme.

Iba á jugar, el todo por el todo. O moría pisoteado, ó volvía á Villapomar á correr nuevas aventuras... Cuando el labrador se acercaba cantando, todo mi cuerpo se estremeció de miedo.... Procuré serenarme; calculé con exactitud el lugar en que pondría el pie que le quedaba libre, y me coloqué lo más cerca que pude.

¡Instante de suprema inquietud!

Llegó el gañán con una mano en la esteva y otra en la maroma de las riendas, el pie derecho sobre el estribo de la reja y el izquierdo en el aire... Apenas apoyó éste fuertemente en tierra, salté sobre él haciendo un esfuerzo, trepé por el inmenso zapato y me escondí temblando de emoción detrás de una hebilla de los zajones.

¡Estaba salvado!

Todo se acabó. Al trazar el último surco se derrumbaron las últimas galerías subterráneas y murieron enterradas las hormigas, creyendo como cosa segura que con su vida terminaba también la vida del universo y que desde aquel instante ya no palparía nada, ni sucedería nada, ni habría nada más que la insondable eternidad del vacío.

Entretanto, el sol descendía majestuosamente sobre la línea del horizonte, piaban los gorriones en los escuetos árboles, retozaban las mozas junto á la fuente de la aldea, y el criado del alcalde volvía conmigo á Villapomar, silbando la jota, sentado á mujeriegas sobre una de las mulas, sin sospechar si-

quiera que no sólo había destruido un mundo sino una colección abundante de inocentes majaderías.

EPILOGO

Algunos puntos oscuros quedan en esta verídica historia.

Por ejemplo: las diferentes substancias que entraron en la composición del baño donde se zambulló el protagonista. ¿cómo no se combinaron unas con otras neutralizando sus efectos?

¿Cómo ha podido saber el boticario de Sevilla lo que pasó á su amigo desde el momento en que se convirtió en hormiga? ¿Ha escrito y publicado sus memorias siendo tal hormiga? Y si no, ¿cómo ha tornado á su ser primitivo?

Confieso que no puedo dar explicación satisfactoria de estos hechos. Pero ¡hay tantos hechos que no tienen explicación satisfactoria!

Y algo hay que dejar en el aire para que sirva de tema de discusión á las Academias del porvenir, que seguramente han de ocuparse en cosas de menor importancia.

14 Mayo 1890.

PAJARITOLOGIA

MANUAL DEL PERFECTO DESOCUPADO.

LECCION I

Definición.—Etimología.—Objeto.—Utilidad.—Importancia.

—¿Qué es pajaritología?

—El arte de hacer pajaritas.

—¿De dónde viene la palabra?

—Del griego. *Pajaritos, pajaritói, la pajarita; y logos*, tratado o discurso.

—¿Por qué lo decís con tanta frescura?

—Porque cuando se ignora una etimología, se achaca al griego, y como lo sabe poca gente...

—Muy bien. ¿Es muy importante este tratado?

—Mucho; porque tocante á las pajaritas, puede parodiarse lo que decía el clásico de las castañuelas: Ya que se ponga uno á hacerlas, debe hacerlas bien.

—¿Qué beneficios puede reportar á la humanidad el hacer bien las pajaritas?

—Varios, á saber: primero, el de impedir la ociosidad, madre de los vicios, sin desgastar las fuerzas físicas y morales del sujeto; segundo, el de apartar la imaginación de cosas per-

judiciales; tercero, el de impedir la realización de trabajos y estudios llamados importantes y de los cuales no se saca nada en limpio, y cuarto, el de evitar que se haga otra cosa peor.

—¿Qué entendéis por cosas peores?

—Jugar al tute, escribir cartas amorosas, asistir á las veladas literarias y tocar un instrumento cualquiera.

—¿Tiene aplicación universal el arte?

—Inmediata no, señor.

—¿Por qué?

—Porque la sociedad actual está desquiciada, y atraviesa un período de lucha entre opresores y oprimidos.

—¿Creéis que acabará esa lucha?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Como siempre, por el triunfo de los más sobre los menos.

—Y ¿quiénes son los más?

—Los que no quieren trabajar de ninguna manera.

—¿Qué sucederá entonces?

—Que no habrá Estados, ni familia, ni organización de ninguna clase, porque destruido todo principio de autoridad, cada cual tirará por su lado, y una vez establecido el nivel intelectual, que es á lo que se aspira, todos los adelantos del progreso resultarán inútiles.

—Y ¿qué es lo que hará la humanidad entonces?

—Pajaritas.

—Muy bien. Y hasta que llegue ese momento, ¿debe desecharse esta clase de estudios?

—De ninguna manera, porque siempre producen honesto recreo, satisfacción interior y dulzura de carácter.

—¿Por qué la dulzura?

—Porque los entretenimientos sedentarios tranquilizan la conciencia, espesan la sangre y calman los nervios, y después de pasar un par de horas haciendo pajaritas, con la atención y el cuidado que el asunto requiere, queda uno imposibilitado de matar á una mosca y de calumniar á un amigo.

LECCION II

Requisitos indispensables para el ejercicio del arte.—Idoneidad del artista.—Tranquilidad de espíritu.—Modos de adquirirla.

—¿Cuántas cosas se necesitan para hacer pajaritas?

—Dos: papel y tiempo.

—¿Sirven todas las clases de papel para el objeto que el pajaritólogo se propone?

—Todas; pero deben preferirse las satina-

das y glaseadas, porque favorecen en gran manera la ejecución de los dobleces, y al placer espiritual del noble ejercicio se une el material que proporciona al tacto la suavidad del ingrediente.

—¿Cuál es, pues, el papel que preferiríais?

—El de los libros que compra el ministerio de Fomento.

—¿Por qué?

—Por varias y atendibles razones: primera, porque no sirven para otra cosa; segunda, porque suelen ser colecciones de poesías de genios no comprendidos que se desahogan en odas *al sol*, *a la luna*, a los cabellos de ella ó á la tumba de sus antepasados, cuando no son memorias sobre la cría de las cucarachas ó el cultivo del rábano; tercera, porque esas obras tienen papel superior generalmente, por aquello de "a mal Cristo mucha sangre", y cuarta, porque de ese modo vuelven á la circulación las primeras materias, únicas aprovechables del conjunto.

—¿Y no hay otro papel útil para el objeto?

—Sí, señor; el de las obras dramáticas silbadas, que sus autores se empeñan en imprimir en son de protesta, para someterlas al fallo de la posteridad.

—¿Y qué conseguiríais?

—Que no se molestaran mucho en esperar el fallo.

—¿Cuál es el otro requisito indispensable para hacer perfectamente las pajaritas?

—El tiempo.

—¿Cómo se puede disponer de tiempo?

—No teniendo otra cosa más importante que hacer.

—¿Qué entendéis por cosas más importantes?

—La preparación del cocido diario y la educación de la familia.

—¿Cómo se consigue evitar esos quebraderos de cabeza?

—Con dinero en abundancia.

—¿Cómo se adquiere el dinero?

—De dos maneras: trabajando y sin trabajar.

—¿Cuál es preferible?

—La última.

—¿Es fácil?

—Sí, señor; con audacia, ductilidad de carácter y poca aprensión.

—Mostrad cómo.

—Hay varios sistemas. Primero, meter la cabeza en la dirección y administración de los asuntos nacionales ó municipales.

—¿Cómo se mete la cabeza?

—A fuerza de vociferar y de manotear, encareciendo la propia suficiencia, porque la gen-

te cree siempre á los charlatanes bajo su palabra.

—Y una vez ocupado el puesto, ¿qué se hace?

—La vista gorda cuando llegue el caso, y todos los favores de buena ó mala índole que le pidan á uno.

—Segundo sistema.

—La administración del dinero ajeno.

—¿Cómo?

—Fundando Bancos, Sociedades, Juntas, Montepíos, etc., etc., y ofreciendo á los accionistas el oro y el moro.

—¿Y después?

—Declarándose en quiebra oportunamente.

—Tercer sistema.

—Las contratas con el Tesoro público.

—¿Para qué?

—Para la construcción de carreteras, suministros para las tropas y toda clase de servicios del Estado.

—¿Por qué es conveniente?

—Porque al Estado se le considera niño pequeño que no entiende de nada, y al que se pueden dar cartuchos de perdigones.

—¿Y si se cae en poder de la curia?

—¡Cá! No, señor; no se cae nunca en semejantes casos.

LECCION III

*Más papeles.—Agentes exteriores.—Sitio.
Ocasión.—Detalles importantes.*

—Una vez adquirido el dinero, base de la tranquilidad, ¿se puede empezar á hacer las pajaritas?

—Se puede, pero sería expuesto.

—¿Por qué?

—Porque si por una serie de circunstancias lamentables, se agotaran los fondos, habría que volver á renunciar al placer de la pajaritología.

—¿Y cómo se puede impedir que el dinero se acabe?

—Empleándolo para que produzca una renta.

—¿Por medio del comercio?

—No, señor; porque el comercio tiene peligros y quiebras.

—¿Dedicándolo á una industria?

—Menos, porque una industria requiere trabajo personal, y además el fisco se lleva los productos inventando siempre contribuciones y gabelas.

—¿De qué manera entonces?

—Comprando papel del Estado, para chupar tranquilamente el producto de la actividad de los demás ciudadanos.

—¿Qué clase de papel preferiríais?

—El de la deuda perpetua exterior.

—¿Por qué?

—Porque defienden el pago del cupón las bayonetas extranjeras, y porque no sólo está libre de impuestos, sino que tiene la ganga del premio por los cambios; ganga que acabará por duplicar la renta, al paso que lleva la burra.

—Perfectamente. Y teniendo la renta asegurada, ¿qué se hace?

—Proporcionarse todo género de comodidades, porque las obras de arte, y las pajaritas de papel sobre todo, requieren *mens sana in corpore sano*.

—¿Por qué lo decís en latín?

—Porque estas frases hechas sientan bien y revelan erudición, aunque uno las haya aprendido de los gacetilleros de los periódicos, que tampoco saben otra cosa.

—Y ¿qué comodidades especiales requiere el ejercicio de la pajaritología?

—Un despacho elegante con estufa, alfombra de terciopelo, tapices, cuadros, mesa minístra...

—¿Para qué es la mesa?

—Para apoyar los codos y cubrirla de papeles artísticas, escribanías monumentales, pisapapeles caprichosos, etc., etc. En fin, para todo menos para escribir en ella, que es lo que pasa con la mitad de las mesas minístras de este mundo.

—¿Qué más ha de tener el despacho?

—Una biblioteca muy nutrida de tomos perfectamente empastados, que traten de historia, filosofía, ciencias, literatura...

—¿Para leer a ratos perdidos?

—No, señor; por si se acaba el papel destinado a hacer las pajaritas.

—Y ¿por qué no para aprender algo?

—Porque, aunque se quemé uno las cejas, se ha de morir de viejo antes de empezar a enterarse.

LECCION IV

Parte mecánica del arte, pesada y fastidiosa. Importancia de la mano de obra.—Fin del objeto.—Objeto del fin.—Consideraciones generales.

—Colocado el individuo en condiciones de ejercer el noble arte, ¿cómo se hacen las pajaritas?

—Del modo siguiente: Se toma un pedazo de papel en forma de cuadrilátero, y se hacen en él catorce dobleces, por el orden que á continuación se expresa. Uno por la mitad, igualando los bordes. Otro transversal al primero, de modo que entre los dos dividan el papel en cuatro partes iguales. Cuatro hacia

afuera, en la parte media de los picos que resultan, formando otros tantos triángulos. Otros cuatro en las mitades de estos triángulos, obteniendo otros tantos reducidos á la mitad. Uno hacia adentro para formar el pico de la pájara. Y tres inversos en las puntas restantes, que han de constituir las alas y la cola. Se hace luego una ligera presión en el centro del cuadrilátero, y marcándose de pronto los primeros dobleces, queda concluida la operación y la pajarita en disposición de ser utilizada en lo que se quiera.

—La explicación es algo oscura.

—Así resultan irremediabilmente todos los relatos de las más sencillas operaciones de mecánica.

—Corriente. Y una vez terminada la pajarita, ¿qué se hace con ella?

—Tírala.

—¿Qué lástima de tiempo!

—Sí que es lástima; pero lo mismo se ha hecho y se hará con una multitud de sistemas religiosos, filosóficos, políticos y morales que han costado muchos siglos de fatigas y luchas.

—¿Qué reserva Dios en la otra vida á los que cultiven en ésta la pajaritología con fe y perseverancia?

—Lo mismo que á los que coleccionan sellos, cacharros antiguos, cromos, bastones, cartas de mujeres, boquillas, novelas de folletín y discursos de la academia de Ciencias Morales y Políticas.

—Y ¿qué es?

—El limbo, sin pena ni gloria. Es decir, el término medio, que es á lo que debe aspirar el hombre.

13 Enero 1894.

JUICIO ORAL Y PUBLICO

I

—Otro testigo.

—¿Cómo se llama usted?

—Hilaria.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? ¡ah, ya! Usta pregunta por el apellido. Pues... Sánchez.

—¿Estado?

—Soltera, para servir á Dios y á la Sala.

—¿Edad?

—Veintidós años voy á cumplir para Agosto.

—¿Profesión?

—Eso... á la vista salta, criada de servicio.

—¿Estaba usted de cocinera en casa del

procesado el día 12 de abril del año pasado?

—No, señor.

—¿Fijese la testigo en lo que dice!

—Digo que no estaba de cocinera, que estaba para todo.

—¿Se acuerda de lo que pasó aquella noche?

—¡Vaya! ¡pues no me he de acordar! como si lo estuviera viendo. A eso de las seis de la tarde la señorita, que en paz descanse, dijo que se sentía mala, y me mandó llamar al médico. Yo fui á escape, porque como la señorita estaba para salir de su cuidao de un momento á otro, y esas cosas, como usía sabe, se echan encima á lo mejor... Bueno, pues no encontré al médico en casa, dejé el recaó y me volví corriendo por si hacía falta para algo. Cuando llegué ya encontré allí al señorito que acababa de venir de la oficina y estaba dándole ánimos á la señora. Entre él y yo preparamos el cesto con la envuelta, la antihistérica por si acaso, la jofaina con el agua y todos los demás aminfeulos que, como sabe usía, se necesitan para esos lances...

—¿Y usted notó entonces en el amo alguna preocupación, algún disgusto?

—Pues... á mí me pareció que no, señor, que estaba como siempre; porque yo llevaba en la casa cuatro meses nada más, y siempre le había visto lo mismo.

—¿Cómo?

—Pues... así como de mal humor; sin hablar casi nada con la señora ni conmigo. Venía, comía, se marchaba y... na más... ¡Parecía un huésped! Se conoce que era así su carácter.

—Bien. Siga contando lo que vió aquella noche.

—Pues nada, que la señorita se quejaba cada vez más, y que por fin vino el médico, y dijo que aquello iba muy de prisa, y lo demás ya usía lo sabe, porque ha salido en los periódicos.

—Dígallo, sin embargo.

—Bueno, lo diré; aunque crea usía que me revienta, porque se me ponen los pelos de punta. El señor se quedó en el gabinete sentado en una silla baja, con la cabeza entre las manos y sin hablar palabra como de costumbre. Allí dentro en la alcoba se oía quejarse á la señorita que daba compasión, hasta que por último me llamó el médico y me dijo: "¡Hilaria, ahí tiene usted eso; es un niño muy hermoso, vaya usted lavándole con cuidado con una esponja, que allá voy yo en seguida." Yo cogí la criatura, que berreaba como un becerro, y me lo llevé al gabinete para enseñárselo á su padre. El señorito levantó la cabeza, dió un beso al angelito de Dios como se lo podía haber dao á la paré,

y se volvió á quedar como estaba. Al poco rato entró el médico y le dijo al amo: "Con toda felicidad", y se puso á buscar el ombligo en la cesta; no lo había encontrado todavía cuando sonó un tiro en la alcoba. Nos quedamos helaos. Yo, con la prisa de echar á correr, por poco dejo caer al chico. Cuando entramos, el señorito estaba al lao de la cama más blanco que el papel, con un revólver en la mano, y la señorita había muerto de un balazo en la sien, sin dar siquiera un grito. Y esto es todo lo que pasó, sin quitar una letra.

—¡Otro testigo!

II

Pablo González Rojo, de cincuenta y seis años, casado, licenciado en medicina y vecino de Madrid.

—Diga lo que sepa del hecho de autos.

—El día 12 de abril del año pasado fui llamado para asistir á la señora de uno de mis clientes. Llegué á la casa con tal oportunidad que á los quince ó veinte minutos mi misión estaba terminada. Cuando había prestado á la madre los primeros auxilios, y me disponía á fajar á la criatura oí en la alcoba una detonación de arma de fuego. Entré inmediatamente y encontré al procesado cerca del lecho empuñando un revólver y á su esposa con el rostro lleno de sangre. En cumplimiento de mi deber me apresuré á reconocer la herida para emplear los recursos de la ciencia, y vi que, desgraciadamente, eran inútiles. El proyectil, disparado á boca de jarro indudablemente, había penetrado en la masa cerebral, destrozando el temporal derecho. La muerte fué instantánea. Por lo cual me concreté á dejar el cadáver en la posición que tenía y á mandar aviso al Juzgado de guardia.

—¿Usted conocía al procesado antes de esa fecha?

—Sí, señor; le había asistido en una enfermedad algunos meses antes.

—¿Qué concepto le merecía á usted entonces?

—Siempre me pareció una excelente persona.

—La enfermedad de que usted acaba de hacer mención, ¿pudo influir en su carácter?

—No, señor; puesto que ya completamente restablecido de ella, siguió siendo alegre, decidior y campechano. Fué algún tiempo después cuando se volvió taciturno, huraño y distraído, como si le persiguiera una preocupación honda.

—¿Y usted no sabe á qué atribuir ese cambio?

—No, señor; no sé nada.
—Puede retirarse.

III

—¿Tiene algo que decir el acusado?

—Poco, señor Presidente, porque supongo que el Jurado habrá comprendido el móvil de mi crimen por las declaraciones que acababan de prestar los testigos. Yo adoraba á mi esposa, y pedía á Dios que nos concediera un fruto de bendición que viniera á santificar nuestros amores. A los dos años de matrimonio empecé a notar en ella cierto desvío, una marcada indiferencia que esperaba vencer con mi cariño, siempre crecienté, y á fuerza de atenciones y de cuidados; pero jamás me pasó por la imaginación la idea de la infidelidad más pequeña por su parte. En esto tuve, ó mejor, tuvimos los dos la desgracia de que yo cayera enfermo, de tanta gravedad, que no pude abandonar el lecho en tres meses. Paralizado mi trabajo, única fuente de ingresos en mi hogar, hubo que echar mano de los ahorros, que se agotaron en seguida... y llegamos á pasar verdaderos apuros. Pero ¿qué me importaba esto, si sentía renacer el amor de mi mujer, que me atendía con una solicitud rayana en abnegación, consolándome en mis dolores y animándome en mi tristeza? Más que á los medicamentos debí la salud á esta idea bienhechora, que me inundaba de placer el espíritu y prestaba lentamente energía y vigor al cuerpo. Curado ya, volvía al despacho de la casa de banca durante todo el día, y me permití el lujo de escribir pliegos y más pliegos para las Salesas, durante la noche, robando horas al sueño para quitarme de encima los atrasos. Ella era otra. Me miraba como nunca, y me quería como en la luna de miel. Pero al poco tiempo, y los señores Jurados comprenderán la vergüenza que me cuesta confesar esto, al poco tiempo el estado de mi esposa, imposible de ocultar... ¿cómo lo diré? ¡vino á arrancarme la venda de los ojos para mostrarme el cruel, el horroroso engaño de que era víctima! ¡No cabía duda! Contando por los dedos, haciendo todo género de suposiciones y cálculos, ¡siempre veníamos á caer en aquellos tres desdichados meses de enfermedad! ¡Comprende ahora la Sala? Además, yo leía continuamente en los ojos de la infame la imposibilidad del engaño, el sordo batallar de la conciencia y el temor, cada día más acentuado, á un castigo que había de llegar por fuerza, terrible y violento. Renuncié á pintar el espantoso tormento de aquella vida desesperada y de constante lucha, aquellas ansias de venganza siempre contenidas, aquel llo-

rar lágrimas de sangre y aquel tremendo combate de miradas que descubrían los negros pensamientos. Por fin... llegó el instante; besé á la pobre criatura y me lancé como una fiera hacia el lecho. Miré á mi mujer... ¿Cómo la miraría que, muerta de espanto, no hizo el menor movimiento de protesta? Aquello fué un relámpago. ¡Saqué el arma de la mesa de noche y disparé apretando el cañón sobre la cabeza!...

—Pero... si el acusado quiso vengar su honor, que creía pisoteado, ¿cómo explica esa calma de tantos meses? ¿Por qué no recurrió á ese extremo violento en el instante mismo de convencerse de su deshonor? ¿No comprende que de ese modo nada disculpa el arrebató de la pasión, del amor propio hostigado por los celos, del ansia de castigar una ofensa?

—Bien, pero ¿y el niño, señor Presidente? ¿Qué culpa tenía el niño?

12 enero 1895.

EL FIN DE UNA LEYENDA

(CUENTO)

I

¡Mecachis en las nueve Musas! Está visto que no se puede uno meter en estos compromisos sin tener á la mano un buen diccionario de consonantes. Si yo lo hubiera comprado ayer, como me aconsejaba Felipe el de la tienda, no estaría ahora, á las cuatro de la mañana, con una calentura de cuarenta grados, mordiéndome el mango de la pluma y pasándome la mano por el pelo á ver si me brota... ¡Como no me brote una erupción del cuero cabelludo, maldita sea mi suerte! Y todo esto me pasa por vanidoso, por soberbio, por querer imitar á los poetas de verdad que, según dicen, se dejan llevar en las alas de la inspiración y se chinchán en los diccionarios... ¿Chincharse en los diccionarios? No hay cosa más fácil cuando sólo se trata de decir que se tiene el alma triste y que las stringas van y que los nenúfares vienen; pero, ¡ya quisiera yo ver á los príncipes de la lírica metidos en la brega de felicitar á una tía carnal por parte de padre que, para mayor complicación, se llama Patrocínio! ¡Cristo con el nombre! No aconsejante con ninguna cosa conocida. Así estoy yo, que llevo cinco horas sin poder arrancar con el primer verso, y voy á perder la cabeza...

Y el caso es que los tres últimos de la

primera redondilla los despaché en un decir Jesús, y me han salido fáciles:

"...con un cariño acendrado
que expreso aquí sin cuidado,
á mi querida tía Patrocínio."

Pero el primero no me sale. ¡Ni buscándolas con candil encuentro otras palabras que triclínio, Plinio y latrocínio! Lo de triclínio no sé con qué se come; Plinio me suena á nombre de personaje histórico que no tiene nada que ver con mi tía, y el latrocínio es una barbaridad que no pega en una felicitación de cumpleaños á una señora respetable... ¡Ah! ¡Qué rayo de luz! ¿Y lenocínio? ¿No encajaría bien lenocínio? A ver si se puede:

"Sin pizca de lenocínio
es el cariño acendrado
que expreso aquí..."

No; eso no va bien. Empezando porque tampoco sé de cierto lo que es lenocínio, y al decir "sin pizca de..." parece que parto del principio de que se trata de una cosa mala. ¿Y si es una cualidad superior y salgo yo con la gaita de que no quiero tenerla, al felicitar á una hermana de mi padre? Nada; fuera también el lenocínio por si acaso... Pero, señor, ¡si va á salir el sol y no voy á encontrar árbol de que ahorcarme! Inio... inio... ¡Ah! ¡Otro rayo de luz! Aluminio. ¿Servirá el aluminio? Esto sí sé lo que es, porque de aluminio hay unas cucharillas de café y que pesan menos y se venden más baratas que las de plata Meneses, prueba inequívoca y terminante de que son peores... ¡Lo que tiene conocer la significación exacta de los vocablos! Ahora ya voy á marchar como sobre ruedas, gracias á un pequeño esfuerzo del radiocínio... ¡Atiça! ¡Otro! ¡Radiocínio! ¿A que me van á salir á espuestas cuando no me hacen falta? Eea, ya he roto:

"De plata y no de aluminio
es el cariño acendrado
que expreso aquí sin cuidado,
á mi querida tía Patrocínio."

¡Como las propias rosas! Una chispita larga me parece el último. ¿A ver?

"...á mi querida tía Patrocínio."

¡Como que le sobran tres sílabas, moño! ¿Tres? Sí; tres justas. Ya sé yo cómo quedaría bien de veras. Diciendo nada más:

"A mi tía Patrocínio."

Pero entonces tengo que suprimir lo de "querida", que es lo que necesito hacer constar precisamente. Porque si no digo á mi tía

que la quiero mucho se va á figurar que es una tía á quien miro con cierta indiferencia. Y eso no, ¡primero moro! No quito lo de querida aunque me aspen. Bien mirado, ¿qué son tres sílabas comparadas con la eternidad? Nada entre dos platos.

Adelante con los faroles. Ahora no hay más que decir en otros cuatro versos que pase como es debido el día de su santo en compañía de las personas de su mayor aprecio, y en seguida ¡á la cama! ¡Ay! Cada párpado me pesa una arroba. Vamos allá.

"Santo, santo..." Eso tiene muchos consonantes: manto, encanto, cuanto, tanto, me planto... Por ahí vamos bien. Pero, ¿no será un poquito cursi lo de

"en el día de su santo?"

¿No sonaría mucho mejor "en su fiesta onomástica"? ¡Ya lo creo que es más bonito! Pero á lo mejor mi tía no lee los *Ecos de sociedad*, que es donde yo he aprendido la frase, y no sabe lo que quiero decirle.

"Y la desea un sin fin
de venturas sin quebranto,
en el día de su santo
su sobrinillo: FERMIN."

¡Ajaja! Me ha salido al correr de la pluma. ¡Y es que como ya tengo caliente la cabeza!... Lo de que yo me llame á mí mismo *sobrinillo* parece una tontuna, pero el caso es que si me llamo sobrino queda el verso cojo. Y si en ocho renglones meto uno largo y otro corto... van á creer que no sé versificar y que soy un zoquete. ¡Qué demonio! Así queda. Al fin y al cabo ella siempre dice: "mi sobrinillo", y la gustará no perder la costumbre.

Mentira me parece que haya salido de mi cuidado con toda felicidad. Ahora... vamos á escoger una tarjeta postal bonita y á ponerlo en limpio. Aquí tengo diez que me han costado una peseta... ¡Hombre! Esta modernista no está mal. Una palomita posándose en el hombro de una señora romana sentada en un sillón muy raro... (¿será esto el triclínio?) y con los brazos desnudos, redonditos y apetitosos. Con un poco de buena voluntad la señora romana puede representar á mi tía, y la palomita blanca soy yo que vengo á decirle:

"De plata y no de aluminio
es el cariño acendrado...
etcétera, etc., etc."

II

Todo lo anteriormente escrito es un monólogo como habrá podido comprender sin gran

esfuerzo el lector más cerrado de mollera. Pero este monólogo no lo dijo Fermín en voz alta como los personajes de comedia que pregonan el estado de su alma á grito pelado, con el auxilio del apuntador y pegaditos á la concha, sino que lo fué pensando y mascullando entre gruñidos suaves y chupetones de cigarrillo, reveladores de una imponente excitación nerviosa.

¡No! No hay nada más terrible — y el que no lo sepa por dolorosa experiencia que levante el dedo —, que estos combates entre el hombre y la poesía de pan llevar desarrollada en versos de encargo. Todos los muchachos despejados y despiertos, que van para vates como quien va para el patíbulo, han pasado y pasarán por estos amargos trances de las felicitaciones, epitalamios y elegías de puro compromiso, capaces de quitar la afición al más pintado.

El asunto, espantable por su vulgaridad, se presenta agotado, estrujado, manoseado en todos sus aspectos; el léxico reducido, los consonantes difíciles, las imágenes gastadas... y, con unas cosas y otras, el infeliz puesto en el potro no encuentra manera hábil y decorosa de decir nada nuevo.

Y se pasan horas y más horas con la acarada péñola entre los dedos y la cuartilla delante, tachando, borrando, corrigiendo y dándole vueltas y revueltas á las frases y á los giros; y la atmósfera de la habitación se llena de humo, y el porvenir se presenta negro, y se pierde la noción del ritmo y de la medida, que es lo más lastimoso.

De esta pelea resulta lo que tiene que resultar: que se pierde el tiempo tontamente, que el chupar el mango de la pluma y el rasarse la cabeza no conduce á nada práctico, y que la rima se resiste furiosamente porque el cerebro está ocupado en otra cosa.

¡Ay!, sí; en otra cosa pensaba Fermín al pretender endilgar á su tía Patrocinio un par de redondillas cariñosas y retumbantes. Y esa cosa no salía en el monólogo, porque á su propio pensamiento quería el pobre muchacho ocultarla; ¡tanto miedo tenía de que, si la dejaba enseñorearse, ya no le fuera posible dar pié con bola ni salir del atolladero de latrocinios y lenocinios, santos y quebrantos, en que por mal de sus pecados se encontraba metido á tales horas de la madrugada!

De qué cosa sería ésta no hay para qué hablar, porque no podía ser más que una.

Téngase en cuenta que el *sobrinillo* de doña Patro tenía diez y ocho años, y que dos de los diez y ocho se los había gastado en prepararse para el ingreso en la Academia de Artillería de Segovia. Y hagamos

hincapié en este dato, porque todo militar español, aun en germen, ha de ser por fuerza galante y caballeroso, y si no... no es tal militar digno de servir á la patria.

Sí; dos años llevaba Fermín bregando con el álgebra, y tal se habían puesto las cosas, que ya se veía el pobre estancado de por vida en el preparatorio, porque la misma idea fija, la misma obsesión constante y tenaz se le atravesaban siempre y de igual modo entre las matemáticas que entre las redondillas.

Ya lo dijo el insigne poeta de las *Doloras*:

“¡Ay del que va en el mundo á alguna
[parte
y se encuentra una rubia en el camino!”

No era una rubia precisamente, sino morena y muy morena, la mujer que se había encontrado Fermín, pero para el caso es lo mismo. El color del cutis no disminuye el obstáculo. Y con tal obstáculo delante le iba á costar mucho trabajo llegar á la Academia, si Dios misericordioso no hacía un milagro de los suyos.

¡Qué diantre! Ha llegado el momento de decirlo. A esa morena, á la impalpable sombra de esa morena que iba y venía entre las ondulaciones del humo del cigarro, y sin dibujarse concretamente en ninguna parte lo llenaba todo, es á quien hay que achacar el aluminio y el quebranto, los rípios y la sobra de sílabas que deslucían la desdichada composición poética dada á luz con tantos dolores.

Ponga la mano sobre su corazón el que se creyere más dueño de sí mismo, y júreme que jamás se ha visto cohibido en el trabajo, detenido bruscamente en sus aspiraciones, chicas ó grandes, ó invadido de pronto de mortal desaliento en sus empresas por culpa de unas faldas, cuyo crujido, suave y halagador, se mete en los oídos, zumba en el silencio de la noche, aísla de la multitud, distrae de todos los demás rumores... y acaba por poner telarañas en la inteligencia.

En esas condiciones no se puede escribir nada, ni hacer nada que no sean madrigales cursis y sonetos “A ella...”, ¡y maldito lo que la humanidad adelanta con fruslerías semejantes!

Los hombres enamorados de verdad no pueden dedicarse á cosa alguna que no sea el culto de su amor, para gozar ó sufrir con él, que de todo hay en la vida del Señor, y es someterles á una tortura cruel obligarles á abandonar su idea fija para que se empapen bien en la trascendencia del pinomio de Newton ó cuenten las sílabas para que ten-

gan la medida reglamentaria unos versos dedicados á una señora que les importa un rábano.

Por eso estaba pasando el pobre Fermín una noche de perros. Porque estaba enamorado verdaderamente. ¿De quién? Vamos á decirlo en letras de molde, pero con la mayor reserva, porque si este secreto, guardado por el cuidadosamente, llegara á divulgarse, las consecuencias podrían ser terribles...

III

Como que aquello era un delito.

¿Se asustan ustedes? Pues no retiro la palabra. Un delito. Ya se verá por qué cuando llegue el caso.

Una mañana, cuando Fermín iba á emprender el camino de la Academia, se detuvo un momento en el dintel de la puerta de la calle para encender un cigarro. Sin este pequeño detalle (¡oh, de los detalles nimios arrancan siempre los grandes acontecimientos), no se habría enterado de que acababa de detenerse un carro de mudanzas junto á la casa frente á la suya.

—¡Hombre (pensó), ya se ha alquilado el piso tercero. Algo tendrá cuando llevaba más de medio año con papelitos en los balcones. ¿Quién se habrá atrevido á...?

En esto prendió fuego, tiró la cerilla, dió un par de chupadas y fuése.

Aquella misma tarde lo supo todo. Es decir, no todo, ¡ojalá!, sino lo que al enemigo malo le convenía que supiese.

Instigado por una curiosidad casi infantil, que le impelía enterarse lo más pronto posible de una cosa que le tenía absolutamente sin cuidado, dejó que reposaran en paz los libros, ¡ahí estuvo su primera falta!, y se plantó en el balcón, decidido á no quitar ojo de los de enfrente.

Abiertos estaban de par en par, y á través de sus huecos se veía perfectamente cómo iban y venían de un lado para otro, cargadas con sillas, colgaduras, espejos y armarios, dos sirvientes del sexo femenino, frescotas y robustas, con los pañolitos atados á las cabezas al estilo de las Provincias Vascongadas. La cocinera y la doncella, seguramente. Por aquel lado estábamos al cabo de la calle.

Pero de vez en cuando, saliendo de una habitación para entrar en otra, por allá, por el fondo obscuro de los gabinetes y salas desmantelados se veía cruzar rápidamente, y detenerse á dar una orden con ademanes que á veinte leguas denotaban el señorío, otra hembra de las que antaño se llamaban reales y ahora se siguen llamando reales... y efectivas.

Sin afeites ni adornos, con el cabello recogido de cualquier manera, sofocada y encendida por el ajeteo de la mudanza, tan hermosa le pareció á Fermín, aunque en las idas y venidas no podía nunca contemplarla despacio y á su gusto, que desde luego la reputó como el ideal hecho carne, y sintió el latigazo de los nervios, la turbación del alma, el calor de la sangre con que desde tiempo inmemorial hace su aparición el amor verdadero, el que después ha de influir poderosamente en todos los actos de la vida.

Aquella figura le atraía, le subyugaba, le clavaba los brazos en el antepecho y se le llevaba el espíritu. Ya no era la mujer la que dirigía la complicada operación de colocar cuadros, limpiar sillones y ordenar chirimboles: era Fermín, el pensamiento del propio Fermín, el que movía los brazos de las vascongadas.

Pero todo tiene fin en el mundo, según las averiguaciones de los filósofos, y aquel arrobamiento se acabó de repente. Hecho el arreglo de las habitaciones exteriores, las muchachas frescotas y robustas bajaron las persianas, cerraron las vidrieras, y colocaron sin saberlo, sobre las ilusiones de Fermín, la losa de la tumba.

Le pareció que todo aquello se cerraba y corría para siempre, que ya no volvería a gozar jamás de los delicados goces del éxtasis divino, y que tendría que contentarse por toda la eternidad con el recuerdo de aquellas pasadas por el foro.

Ni pensó en estudiar aquella tarde, ni se distrajo en el café aquella noche. Todavía, al acostarse, hizo un esfuerzo para rechazar aquella deliciosa imagen que se le ponía ante los ojos, y muy tarde, mucho más tarde que de costumbre, se durmió al fin, pensando:

—¡Mecachis! ¡Qué mujer tan hermosa es la que se ha mudado al tercero de enfrente!

IV

Se había mudado, sin duda; pero no habría quien se atreviera á jurarlo sobre los santos Evangelios.

Porque Fermín, en cuanto volvía de la Academia, donde no adelantaba un paso, almorzaba mal y de prisa y corría al balcón á pasarse las horas muertas, como si aquello fuera una obligación precisa é ineludible... Pero á los del piso recién alquilado no se asemeja alma viviente. Ya había contado el pobre los ladrillos de la fachada y las maderitas de las persianas, cerradas siempre; ya sabía de memoria, en fuerza de observarlo todo atentamente, las costumbres públicas y privadas de todos los vecinos,

y la que le interesaba seguía sin aparecer por ninguna parte.

¡Ni por casualidad había tenido una vez sola el deseo de saber cómo era la calle en que vivía! ¿Fué este misterio incomprensible el que avivó la llama en el pecho de Fermín? Probablemente, porque á falta de hechos reales, que tal vez hubieran ahogado con su implacable prosa la pasión naciente, el infeliz, en sus plantones eternos se forjó una novela.

¡Y qué novela!

Veía á la casi desconocida señora de sus pensamientos encerrada, y tal vez martirizada por un padre cruel y duro, acaso coronel retirado, con un genio de todos los demonios, de esos que los autores dramáticos sacan siempre á la escena diciendo: "¡voto á mil bombas!", avaro de la hermosura de su retoño y capaz de consentir que se le pudriera por falta de aire antes que exponerla á las miradas ansiosas de los transeúntes.

Y soñaba que él había concluido la carrera, y que había conquistado medio mundo, y que en premio á sus hazañas, los españoles le habían hecho dictador, orgullosos y satisfechos de haber encontrado un hombre que les había sacado de la postración en que yacían. Dueño absoluto de vidas y haciendas, sin tener que dar á nadie explicaciones de sus actos, lo primero que había hecho, para corresponder dignamente al honor que le otorgaban sus conciudadanos, era colocar dos baterías en debida forma y ¡pum, pum!, echar abajo en un santiamén aquella fachada que ocultaba á los ojos del mundo los sufrimientos de una mártir.

Claro que iban á pasar un mal rato los demás habitantes de la casa, que no tenían la culpa; pero ¿qué acción meritoria y noble se ha llevado á cabo sin el sacrificio de víctimas inocentes?

Y en seguida él, Fermín, con todos sus galones, plumas y cruces, avanzaba solo entre los escómbros humeantes, y cargando con la gentil prisionera que se había desmayado, naturalmente, la colocaba con mucho mimo sobre un armón y ¡hala, hala!, allá iban los dos más que á escape, entre las filas de la apiñada multitud que batía palmas, á gozar de un amor sin límites en una casita blanca, edificada á dos pasos de un torrente espumoso, en lo más alto de un monte donde no llegaban los rumores de la tierra...

Por fin una tarde, al cabo de seis días, cuando tan engolfado estaba en esta fantasía silvestre que casi percibía el olor de los pinos, se recorrió una de las persianas y apareció la arrogante figura de la protagonista á destruir el encanto.

La impresión fué tan brusca, que á Fermín le faltó poco para caer de espaldas.

Y lo primero que pensó, en cuanto recobró á medias el sentido, fué que de aquella aventura de los cañonazos, caso de que se realizara alguna vez, habría que rebajar bastante. Por de pronto, lo de echarse al hombro á aquella señora, para conducirla al armón, había que suprimirlo. Era demasiada mujer para las fuerzas de un hombre solo, aunque este hombre hubiera concluido la carrera y hubiera vencido en cien batallas. En cuanto la vió tuvo Fermín la dolorosa convicción de que no podría con ella.

Alta, bien formada, robusta, maciza, hecha y derecha, en fin, ni en sueños se podía suponer que iba á revolotear por el bosque como un hada ingrátida y grácil; y, por consiguiente, si en adelante quería el aspirante á artillero llevarla y traerla, tendría que dedicarla con la imaginación á cosas muy distintas.

No fué eso sólo lo que aprendió aquella tarde.

Se convenció también de que la vecina no le hacía caso. Recorrió con la vista toda la calle, examinó los edificios sin fijarse mucho y posó la mirada en él, como podía haberla posado en una maceta.

¡Quién había de decir á aquella morena apetitosa que el mufeco que la contemplaba con arrobador embeleso iba á jugar en su vida un papel tan importante y tan terrible!

Y sin embargo... ¡lo que son las cosas!

V

No hay que decir, que desde aquel punto y ahora el amor de Fermín tomó otro rumbo más práctico, más terrenal, más... pecaminoso, por decirlo francamente; pero siguió siendo amor y dominándole y absorbiéndole sin que él se percatara.

Ya no se trataba de asaltos, ni de fugas caballerescas, ni de casitas en la montaña escarpada y abrupta, sino del soborno de la cocinera vascongada, de la cartita con su declaración en verso, de los mil recursos para burlar la vigilancia del coronel (el coronel seguía existiendo con sus mil bombas y todo), y por último, la boda contra la voluntad paterna, para irse á vivir aparte y llenarse de hijos.

Por desgracia, también esta otra novela, vulgar y corriente, sin más gotas de romanticismo que las precisas para ir tirando, se vino abajo como un castillo de naipes.

La vecina seguía haciendo salidas intermitentes al balcón, todas con idéntico resulta-

do para Fermín, en quien no paraba mientes. A la calle no salía jamás, ni á compras, ni á misa, ni á nada. No había, pues, modo de hacerse presente para justificar los versos incendiarios, y el idilio tenía trazas de no empezar á desarrollarse nunca.

Un día, después de dos de eclipse, apareció el astro que iluminaba la existencia de Fermín con gravísimo daño de las matemáticas superiores. Y en el momento mismo en que el galán hacía exageradas contorsiones en su atalaya y ensayaba una tosecilla seca y persistente para atraer sobre sí la atención de la hermosa esfinge, apareció tras ella una figura que vino á descomponer el cuadro y á acabar con los violentos ademanes y con la incipiente carraspera.

¿La figura odiosa del coronel de arrugadas mejillas y perilla blanca como la nieve?

¡Ay! No. Nada de canas ni de arrugas. Lo que surgió de entre las sombras del gabinete fué un hombre de cuarenta años, buen mozo, elegante, bien plantado, de facciones enérgicas y varoniles y de noble postura, digna pareja de aquella mujer guapa que, por lo visto, ya no estaba sola en el mundo. A Fermín se le heló la sangre y sintió vértigos. Hubiera dado con su cuerpo en la calle si no hubiera tenido delante la barandilla.

Se encontró ridículo, insignificante, pequeño... comprendiendo en lo pensar en la dictadura y en el "¡pim, pum!" de las dos baterías había pensado un disparate.

Pero estos estados de ánimo tristes y deprimentes no pueden durar mucho. La reacción saludable es inmediata. Y Fermín la tuvo, por fortuna suya, agarrándose á esta idea como á un clavo ardiendo:

—Este señor no debe vivir ahí, puesto que no le he visto hasta ahora. Es una persona de confianza, tal vez de la familia que ha venido á verla... ¿Será su hermano?

El recién llegado se encargó de sacarle de dudas inmediatamente. Porque sin importársele un bledo el respetable público, rodeó con un brazo el talle de la dama con la negligente tranquilidad del que tiene costumbre y derecho, y empezó á hablarla al parecer, de cosas indiferentes, pero con la confianza íntima de quien está harto y ahito de conversaciones interesantes y de frases apasionadas...

En una palabra: aquel hombre era el marido, y lo era indudablemente, hacía mucho tiempo.

El amor de Fermín tomaba desde aquel mismo instante, si se obstinaba en seguir, un tinte criminal, antipático y aborrecible, castigado con las calderas de Pedro Botero

por las leyes divinas, y reprobado unánimemente por las conciencias puras.

El estudiante se retiró rápidamente del balcón para no continuar haciendo, ni un minuto más, papel tan desairado; cerró de golpe las vidrieras y corrió á tumbarse en el lecho.

¡Desdichada y funestísima pasión aquella! ¿Por qué no se había presentado aquel hombre el primer día? De haberlo hecho, la impresión producida por la belleza espléndida de su mujer en el vecino adolescente hubiera sido muy distinta de seguro, y no hubiera pasado de una tentación pasajera y deleznable, ahogada en el acto. Pero entonces ya era tarde. El amor puede morir al nacer si una circunstancia cualquiera le corta las alas; pero en cuanto adquiere robustez y bríos, en cuanto la posibilidad del logro le presta la fortaleza necesaria, resiste todos los temporales y crece y domina más cuanto mayores son los obstáculos.

De aquí el tormento de Fermín, que sufrió desde aquel día lo que no se puede expresar con palabras usuales. Dióle primero por desahogarse en endecasílabos verdaderamente espantosos; le entró después una dulce y suave melancolía, una tranquila resignación, como si de pronto se hubiera convencido de que no había más remedio que bajar la cabeza ante las absurdas leyes sociales que impedían amar descaradamente á la mujer del prójimo, y hasta llegó á gozar con la idea de aquella imposibilidad moral y material

"que servía á sus ansias de acicate".

De todo lo cual vinieron á resultar, como no podía menos de ocurrir, dos ó tres docenas de sonetos, odas y pequeños poemas parodiando aquellos versos de Bécquer:

"—Yo soy un sueño, un imposible;
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte.—¡Oh, ven, ven tú!"

Harto sabía Fermín que la fruta apetecida era demasiado corpórea y demasiado tangible... para el otro; pero para él, ¡como si fuera vano fantasma de niebla, efectivamente!

Y no fué eso lo malo. Sino que, á fuerza de calentarse los cascos buscando consonantes á niebla y á fantasma, que no los tienen de sobra, acabó por caer en la cuenta de que todo aquello pudiera ser exageración y no estar las uvas tan verdes como parecían.

¿Quién podría asegurar que era feliz aquel matrimonio? El marido gallardo y vigoroso, ¿no podía representar en su casa el

papel de coronel tirano? Casos parecidos se daban en el mundo á todas horas

VI

No le costó trabajo encontrar los datos que buscaba

El afortunado mortal, causa inconsciente de su desdicha, era demasiado conocido en todas partes, y de las primeras y únicas averiguaciones resultó lo siguiente:

Llamábase D. Ernesto Alvarez Semprún (Ernesto! ¡y él se llamaba Fermín! Hasta en el nombre tenía desventaja); estaba casado con una mujer muy guapa, muy modesta y muy hacendosa, efectivamente, y era profesor de Religión y Moral en un colegio de muchas campanillas agregado al Instituto de San Isidro.

Excusado es decir que cada noticia fué una puñalada traspera para el pobre muchacho. La mujer, hacendosa y honrada; el marido, catedrático de Religión y Moral (¡de Moral, Dios mío!), y él, el amante presunto, un chiquilicuatre atascado en el preparatorio por los siglos de los siglos... ¡No había lucha posible! Aquel amor tenía que consumirse lánguidamente en el vacío, ó asesinar al insolente que de tal manera y con tal fe le había alimentado.

Por si esto era poco, al Sr. Alvarez Semprún le presentaba todo el mundo como prototipo de los caballeros discretos y prudentes: enamorado de su mujer, devoto de su hogar, cuidadoso de su hacienda; nadie le había conocido el más insignificante trapicheo ni en los tiempos de la primera juventud, y sus discípulos de Moral podían mirarse en aquel espejo.

Fermín renunció á seguir preguntando. No había salvación. Su delito, si hubiera llegado á cometerle, no tenía disculpa.

Un día, en la Moncloa, cuando sentado al pie de un árbol deploraba ignorar el nombre de la mujer que le quitaba el sueño para grabarlo en la corteza, sintió a su espalda el alegre rumor de risas infantiles.

Volvió la cabeza y vió venir hacia él una niña preciosa, de cuatro ó cinco años, con una carita sonrosada y fresca, encuadrada en un marco de cabellos ensortijados y rubios, y un niño monísimo, de poca más edad que su pareja. Corrían ambos y saltaban entre la arboleda, cuando de pronto la niña dió un tropezón y vino al suelo.

El niño, mientras forcejeaba para levantarse, gritó con una vocecita chillona y estridente:

—¡Papá, papá! Ven, corre, ¡que Matildita se ha caído!

Y en seguida llegó, apresurando el paso, un caballero joven, de porte distinguido y arrogante presencia, que no era otro que don Ernesto Alvarez Semprún, profesor de Religión y Moral, y padre indudable y cierto de aquellas encantadoras criaturas.

¡Esto más, Dios mío!

Fermín se alegró entonces de no haber podido grabar nada en el árbol, y vió el cuadro tal cual era. La mujer recatada, guardando su hermosura para su legítimo dueño; el hombre, satisfecho de haber cumplido su deber de ganar el pan cotidiano, lanzando al campo, al aire, á la vida, á los tiernos retoños que formaban el lazo más fuerte de aquella unión santa, y él, la serpiente astuta, pretendiendo entrar á rastras en el hogar bendito para verter en él la ponzoña de un amor infame.

Atontado por el golpe, vió como en sueños que Matildita se levantaba, que los niños continuaban su camino riendo y jugando, y que el venturoso padre los seguía gravemente, pausadamente, hasta perderse en la lejanía como una sombra augusta.

Aquella noche, precisamente aquella noche, porque el plazo no admitía prórroga, tenía el pobre muchacho que hacer los versos de felicitación á su tía Patrocinio.

¿Se comprende ahora lo del aluminio y las venturas sin quebranto?

VII

A las once de la mañana, con los ojos fatigados por el insomnio y con la tarjeta postal de la palomita dentro de un sobre, guardada en el bolsillo, iba el bueno de Fermín en el tranvía de las Ventas.

Diez años de vida daría de buen grado porque apartaran de sus labios aquel cáliz. El banquete familiar que le aguardaba, y en el cual había que tener buen humor por fuerza, era superior á las suyas.

Poco antes de llegar á los merenderos se arrojó del coche á toda marcha, sin fijarse en que iba cuesta abajo... ¿Qué le importaba á él romperse la crisma? Pero no se la rompió, por lo mismo que no le importaba, precisamente, y saliendo de la carretera de Aragón, por la derecha echó á andar por un camino solitario bordeado de acacias.

A la mitad de este camino tomó un sendero, y á la mitad de este sendero se detuvo ante la verja de un hotelito muy mono. Había llegado al término del viaje. Allí vivía su

tía Patrocinio, á quien iba á demostrar un cariño *acendrado*...

Tiró de la campanilla (el hotel era de los de campanilla). Y, mientras esperaba que abrieran, tendió la vista por las márgenes del arroyo Abroñigal, que son capaces de cortar los vuelos poéticos al mayor devoto de las Musas.

Abrióse la puerta de la verja, no por arte de encantamiento, sino por los buenos oficios de un criado sesentón que se presentó renqueando á ejercer su ministerio, y Fermín entró en el jardinillo.

Un minuto después abrazaba á su tía, que le esperaba en el recibimiento encorsetada, empolvada y de tiros largos.

Esta doña Patrocinio, cuya descripción minuciosa no es preciso hacer, porque va á representar un papel secundario en la presente historia, cumplía cincuenta y cuatro años aquel día, aunque al estrechar cariñosamente á su sobrino dijera con profunda emoción:

—¡Sobrinillo, estás hecho un hombre! Pero aprieta, hijo, aprieta si quieres, que yo soy ya una vieja. ¡Hoy caen los cuarenta y ocho!

Y, en ley de Dios, no representaba más la buena señora. Tal vez por no haber tenido descendencia, se conservaba fresca como una manzana y ágil como una corza; tenía los ojos vivarachos y alegres, el talle relativamente esbelto y las carnes apretadas y duras. También le hubiera costado bastante trabajo á Fermín llevarla en brazos desde los escombros humeantes al armón de marras.

Terminado el abrazo, pensó el joven si aquella no sería una ocasión excelente para desvenar la matrona romana con el ave adjunta; pero recapacitó en seguida que el acto requería mayor solemnidad y lo dejó para los postres.

Vinieron luego los inevitables saludos y apretones de manos al tío Federico, esposo de doña Patro, un señor avellanado y seco que llevaba quince años á su cónyuge y no se quitaba ninguno porque no tenía interés en agradar á nadie; á la primita Luz, que tenía veinte primaveras y ninguna otra cosa de particular; á los tíos doña Carmen y D. Olegario, un matrimonio gordo que había acudido á la fiesta *onomástica* más por el banquete que por el cariño, y sobre todo por las grasas que, pensando con lógica, habían de abundar en el banquete; á los sobrinos Angelín y Antoñito, mal educados, revoltosos y dispuestos siempre á tirarse bolitas de pan y á romper cacharros, y á otra porción de pa-

rientes, amigos y conocidos, habitantes en los hoteles próximos, que habían recibido las oportunas invitaciones para rendir aquel tributo de simpatía á la dueña de la casa y para comer arroz con leche.

El concurso era, pues, como el público de los cuartetos en *re bemol*: poco numeroso, pero muy distinguido.

A las doce y media en punto empezó la comida, porque D. Federico en eso de las horas era intransigente y no alteraba sus costumbres aunque se hundiera el mundo.

No hay que decir que don Olegario y doña Carmen cargaron con bravura sobre el cordero con guisantes, pringando sendos panecillos en la salsa; que Antoñito y Angelín se atracaron de dulces; que don Federico gruñó veinte veces porque no le servían vino á tiempo, y que su mujer hizo los honores con una distinción y una finura que para sí quisieran las damas linajudas que se dedican al delicado *sport* del *five ó cloke tea*...

Lo que sí hay que decir es que á la primita Luz la colocaron al lado de Fermín (¿planes de la familia acaso? ¡Vaya usted á saber!), y que la muchacha, por seguir inspiraciones ajenas ó por propio impulso, estuvo con el futuro teniente un sí es no es mimosa y expresiva.

Pero, ¡bonito estaba el galán para que le fueran con indirectas de esa clase! ¡Ni siquiera se le ocurrió ofrecer á su prima una aceituna, que es el A B C de la galantería!

Tan distraído y alhelado le tenían sus pensamientos que apenas probó bocado, y ni protestó cuando Antonio le encajó un troncho de lechuga en el vaso del vino, ni se le ocurrió para amenizar la conversación un *retruecanillo* gracioso de los que quince días antes le brotaban en la Academia á borbotones.

Aquel amodorramiento, que en día tal y en circunstancias semejantes no tenía razón de ser, acabó por llamar la atención de la concurrencia, y la tía no pudo menos de decirle:

—Pero ¿qué es eso, sobrinillo?, ¿estás tonto? Ni comes, ni bebes, ni hablas... ¡tú no eres el mismo! ¿Es que tienes novia?

Luz, antes de que viniera la contestación, se quedó como el mármol, y Fermín, encendido como la grana, balbució á duras penas:

—¿Novia? ¡No, tía, no tengo nada! Es que... me siento un poco mal porque... no he dormido esta noche.

—Haciendo alguna sandez en verso, como si lo viera—refunfuñó el tío Federico.

—Tampoco, no, señor: ha sido porque me han puesto una lección muy difícil para ma-

ñana, y como hoy en todo el día no puedo abrir un libro...

De buena gana hubiera dicho la verdad: que á aquellos versos les daba él la misma importancia que á un grano de mijo, porque el santo de su tía no le preocupaba poco ni mucho, y que si le habían salido medianos tampoco habría alma nacida que los hiciera mejores si se sentía arrojada de la diestra de Dios padre por haber intentado el rapto de una mujer casada...

VIII

Llegó, por fin, el momento terrible.

Se descorcharon unas cuantas botellas de Rioja blanco espumoso (regalo del propietario del hotel más grande de las cercanías), y que, bien paladeado, puede pasar por champagne superior en casos semejantes, y todas las miradas se fijaron en Fermín, muy ocupado, al parecer, en que no se le vertiera una gota.

—Vamos, hombre—exclamó doña Patrocinio—, ¿este año no traes nada?

—Sí, sí, señora; ¡no faltaba más! Traigo una tarjeta postal con cuatro sandeces, como dice mi tío, pero no me atrevo á leerlas. Se las daré á usted sola luego.

Protestaron los convidados como un solo hombre; los chiquillos armaron una algarrabía espantosa; Luz le lanzó una mirada que quería decir: "hazlo por mí, Fermín", y no tuvo más remedio que ponerse en pie, sacar el sobre y arrancarse; haciendo de tripas corazón, con aquello de

"De plata y no de aluminio
es el cariño acendrado..."

—¡Pum! Maldita sea mi suerte, ¿te quieres estar quieto?—gritó don Olegario dando un papirotazo á Angelín, que se había resbalado sobre la silla por atrapar una pera en dulce—. ¡Sigue, hombre, sigue!

Y siguió Fermín y acabó entre fatigas y sudores de muerte, leyendo los ocho versos con un tonillo monótono y desesperante, como de chico de la escuela, sin señalar los incisos, ni marcar las comas, ni dar valor alguno á las frases, á pesar de lo cual estalló al final una salva de aplausos, y doña Patrocinio tornó á abrazarle, diciendo verdaderamente emocionada:

—¡Muy bien, muy bien! Te lo agradezco mucho. ¡Este muchacho es la honra de la familia!

Mientras murmuraba don Federico sorbiendo el moka:

—Si ya me lo figuraba yo. Sandez y media. Menos mal que ha sido corto...

Corrió de mano en mano la tarjeta. Fermín explicó como pudo lo que á su entender podían significar la matrona y la palomita, y á todos les pareció de perlas el símil... ¡El Rioja espumoso había arrancado de todos los pechos la mala hierba de la envidia, y el que más y el que menos estaba dispuesto á confesar que aquel muchacho era ó podía ser con el tiempo la honra de la familia, efectivamente!

Alzados los manteles y deshecha la reunión, todos los convidados salieron al jardín á hacer la digestión en santa paz y á gozar de una tarde de otoño verdaderamente espléndida. Se improvisaron columpios, se jugó á las prendas y á la gallina ciega, los señores mayores se metieron en un cenador á bregar con los naipes, y las señoras se dedicaron á analizar y descoser todos los trapos de las amigas altas y bajas... Lo que sucede siempre en fiestas de esta clase.

Al caer la tarde, cuando al sol no le faltaban siquiera quince minutos para ocultarse definitivamente, doña Patrocinio recorrió los grupos, acabó con las disputas del tresillo, reunió á las muchachas dispersas por todos los ámbitos del jardín, é hizo levantar el campo á las demás señoras, haciéndolas dejar para luego sus discusiones sobre muselinas y percales.

Había llegado, á su juicio, el momento justo y preciso de la leche merengada, una leche merengada hecha por sus propias manos á la vista de los consumidores. Aquel refresco era tradicional en las fiestas de su cumpleaños, y nada agradecía la buena señora como las felicitaciones, también tradicionales, de los convidados, que la abrumaban á elogios por una habilidad no superada jamás ni en ningún país por hembra alguna.

Hubo, ¡y cómo no!, la disputa, que tampoco faltaba ningún año, sobre la oportunidad ó inoportunidad de la bebida. ¿Habían hecho todos la digestión? ¿No la habrían hecho?

Resuelta la cuestión en sentido afirmativo y convencidos los más cuidadosos de su salud de que no corrían peligro alguno, se prepararon los cachivaches, se dispusieron vasos y cucharillas y, pasado el tiempo reglamentario, doña Patrocinio dió remate á la operación sin el menor tropiezo.

Entonces al empezar á distribuir el producto, fué cuando se cayó en la cuenta de que faltaba alguien. Y ¿quién había de ser? los chicos. Faltaban los chicos, que habían abierto la puerta de la verja, Dios sabía cuán-

do, se habían lanzado al campo con la misma alegría que si en lugar de encontrarse con unos vericuetos pelados y grises, se hubieran hallado en una floresta aromática y deleitosa.

Por allá abajo se los veía, junto al arroyo, corriendo, brincando y librando á pedradas un encarnizado combate con un enemigo invisible.

—¡Angeel...! ¡Antonioooo...!—gritó a pleno pulmón don Olegario—: ¡venid, que hay leche merengadaaaa!...

Oír lo de la leche y echar á correr ambos como gamos cuesta arriba, fué todo uno. El más pequeño, que por lo visto era el que tenía más prisa, emprendió una carrera tan desenfrenada, que por no medir bien la anchura de una pequeña zanja que le obstruía el paso dió un tropezón y cayó de cabeza. Chilló asustado el otro, y por pronto que quiso acudir don Olegario en su auxilio vió que era inútil, porque un caballero bien portado, que se había acercado al niño apresuradamente, le alzaba del suelo, le limpiaba con mucho cuidado la ropa, y llevándole de la mano, se dirigía hacia la verja.

—¡Ah, caballero, tantas gracias! ¡Estos diablos de chicos!

—No tiene usted nada que agradecerme. El servicio no vale la pena... Por fortuna el golpe no ha sido cosa mayor, y como usted ve, el niño no tiene más que una ligera erosión en la mejilla. Los míos se han asustado un poco.

—¿Es de usted esta parejita? Tiene usted dos ángeles. Pero pasen, pasen ustedes. Nos acompañarán á tomar un refresco.

—No, no; muchas gracias. De ninguna manera. Acabamos de merendar, y...

—¡Ah! ¿Acaban ustedes de merendar? ¡Mejor que mejor! Entonces no les puede hacer daño la leche merengada... ¿Queréis leche merengada, hermosos?

En resumidas cuentas; que entraron en el jardín el caballero decentemente vestido y sus dos retoños, y que al acercarse al grupo grande, Fermín, que estaba alargando á su prima Luz una cucharilla, se quedó como quien ve visiones, y por poco se muere del susto.

¡Tenía ante sus ojos, sonriente y afable, al señor don Ernesto Alvarez Semprún, en cuerpo y alma, y para desventura mayor le acompañaban aquellas dos criaturas, que eran su pesadilla desde el encuentro de la Moncloa!

IX

El fino, el correcto, el bienaventurado profesor de Religión y Moral, á quien Dios había concedido tantos tesoros como premio á su virtud universalmente reconocida, se presentó á sí mismo.

Don Federico, después de darle las gracias por haber levantado del suelo y sacudido la ropa á un miembro menudo de la familia, fué presentando á su vez á todos los circunstantes, que lógicamente pensando, al señor Semprún le importaban muy poco, y doña Patrocinio, previendo y saboreando con anticipación las halagüeñas frases que había de dedicar á su refresco una persona extraña, ratificó el ofrecimiento de don Olegario con tales instancias y tan terca insistencia, que el recién llegado no tuvo más remedio que aceptar, so pena de incurrir en el pecado de grosería.

A Manolín y Matildita se le iban los ojos tras de los vasos, y esta consideración acabó de vencer la resistencia del padre.

La leche merengada era cosa rica, efectivamente, y entre chupetones y sorbos la conversación se fué animando y acabaron por tratarse todos los convidados de doña Patrocinio y el respetable señor don Ernesto, como si fuesen amigos y compañeros desde la tierna infancia.

Nuevo motivo de sufrimiento para Fermín, á quien la leche merengada se le estaba volviendo veneno. Oyendo hablar al vecino no había modo de encontrarle odioso, porque revelaba en la conversación un envidiable trato de gentes, una cultura extensa, una educación exquisita y un modo de pensar tan levantado y noble, que explicaban y justificaban sobradamente el ambiente de respeto y simpatía que por fuerza tenía que rodear á aquel hombre.

La concurrencia le oía extasiada, y chicos y grandes bendecían el accidente de Angellín, que les daba ocasión de conocer y tratar á un caballero tan correcto, cumplido y amable.

Pero de pronto, cuando más engolfado estaba analizando y detallando, con la autoridad y el énfasis propios de un catedrático de Moral, las innumerables ventajas de una vida morigerada y discreta, de las buenas costumbres públicas y privadas, del culto del hogar y del amor á la familia, se le vió ponerse densamente pálido, llevarse las manos á la frente y quedar desvanecido en el sillón de mimbres...

La leche merengada después de la merienda le había sentado como un tiro.

Rompieron á llorar las criaturas, se asus-

taron don Olegario y doña Carmen, gruñó estruendosamente don Federico, chilló doña Patro, se levantaron rápidamente los demás y acudieron todos a socorrer al enfermo...

—¡Un médico! ¡Llamar a un médico!

—¡Avisar a la casa de socorro inmediatamente!

—¡Aire! ¡Aire! ¡Un abanico!

Y todos se agitaban, todos corrían de un lado para otro, todos daban voces y nadie hacía nada.

Los niños seguían llorando desesperadamente, comprendiendo por instinto el grave riesgo en que estaba el autor de sus días; don Olegario y doña Patrocinio renegaban y maldaban de la hora en que se les había ocurrido invitarle a tomar nada, y el señor Alvarez Semprún, más pálido cada vez, ni recordaba el conocimiento, ni abría los ojos, ni movía pie ni mano.

Entre tanto Fermín... ¡ah, qué horribles negruras iba descubriendo allá, en los más profundos repliegues de su alma! Pasado el primer movimiento de compasión que inspira siempre la desgracia del prójimo, se aterró ante la idea criminal y execrable que surgía contra su voluntad en las anfractuosidades del cerebro.

Aquel hombre se moría. El no tenía la culpa, seguramente, ni se le había ocurrido pedirselo a Dios en sus cortas oraciones; pero estaba visto que se moría. Y allí mismo, al borde de su tumba, surgía otra novela distinta de la de los cañonazos y de la del coronel retirado, que se empeñaba en no dar a nadie la mano de su hija. Una novela que daba más miedo que las anteriores, porque escribía el primer capítulo la terrorífica segur de la muerte. Pero él, Fermín, no tenía más remedio que continuarla hasta el final y ofrecer la ayuda de sus brazos a aquella pobre mujer hacendosa y honrada, que seguramente estaría hermosísima con el vestido negro, y guiar por el áspero sendero de la vida a aquellos angelitos, llevándolos de paseo a la Moncloa...

X

La noche se había echado encima cuando, por fin, toda aquella gente aterrada y temerosa se decidió a hacer algo.

Por de pronto, el Sr. Semprún fué colocado cuidadosamente en un lecho y cubierto de mantas para ver si se le quitaba aquel sudor frío, que era el síntoma más alarmante; y como el mareo, vahído, colapso, síncope o lo que fuera iba durando mucho, se acordó por unanimidad reclamar inmediatamente los au-

xilios de la ciencia, no sólo por caridad cristiana, sino por egoísmo.

Aquel señor, a quien no conocía nadie, podía morir de un momento a otro, y mientras se averiguaba y ponía en claro la causa del fallecimiento, lo natural era que todos fueran a parar a la cárcel. ¡María Santísima, qué trastorno! Las habitaciones selladas, declaraciones ante el juez, pesquisas de la policía, molestias y disgustos...

Pero las márgenes del Arroyo Abroñigal no están acondicionadas para salir pronto del paso en lances semejantes. La casa de socorro más cercana está a dos leguas; un médico... ¡cualquiera encuentra un médico por aquellos andurriales!, y para mandar un aviso urgente al centro de la población hay que emplear dos horas, porque el primer punto de coches está allá abajo, junto a la estatua de Espartero.

Don Federico, que a pesar de su carácter serio y grave era el más apurado de todos, porque presentaba que no podría cenar a gusto ni acostarse a la hora reglamentaria aquella noche, resolvió poner fin a aquella serie inacabable de vacilaciones y de dudas.

—Usted—dijo al vecino con quien tenía más confianza—me va a hacer el favor de ir ahora mismo a ver si encuentra un facultativo en la barriada de las Ventas y lo trae aunque sea de los cabezones, y yo voy a escribir ahora mismo una carta al juez de guardia, que llevará cualquiera de los que viven en Madrid...

—¡Hombre, no!, al juez todavía no—saltó don Olegario—: eso es ir demasiado deprisa y nos vas a meter en un lío.

—Bueno, pues entonces... al Gobierno civil.

—¿Para qué?

—Para que la policía, con los datos que pueda dar del nombre y profesión de este caballero, averigüe su domicilio y avise a la familia. ¡Esto me parece de necesidad absoluta, entre otras cosas, porque no vamos a saber qué hacer con los niños!

—¡Ah!, espera—dijo entonces a su marido la señora de la fiesta onomástica—: ese recadito a la policía que maldita la gracia que me hace, te lo puedes ahorrar. Los niños ya son mayorcitos y sabrán decirnos dónde vive...

Fermín, al oír esto, salió repentinamente de su modorra, y añadió en el acto:

—Y yo también.

—¿Qué?

—Que yo también sé dónde vive este señor.

—¿Y te lo tenías tan callado, animal?

—Es que... como no lo preguntaba nadie...

—Vamos, anda, corre, ve á la habitación donde están los pequeños; diles que su papá está mejor, pero que se va á venir á la Ciudad Lineal con nosotros esta noche y que te encarga á ti que los lleves á casa para que los acuesten en seguida. Cualquier cosa, con tal de que los saques de aquí por si pasa algo malo, y cuenta allá abajo lo que ha ocurrido para que tomen la determinación que quieran. ¡Ya estás picando, hombre!

Fermín, á quien no se había ocurrido semejante recurso, comprendió que se le habían de par en par las puertas del cielo... ¡Sí, sí! Aquello era lo mejor, y haría en un instante lo que se le mandaba. ¡Había sido un zoquete no diciendo lo que sabía en cuanto al señor Semprún le dió el soponcio!

¡Qué rayo de felicidad había traído para él su seno aquella nube de desgracias! Don Ernesto se moriría o se salvaría (lo mejor sería que se salvara, naturalmente), pero de todos modos, él iba á disfrutar un placer inmenso, inesperado, increíble: el de presentarse á aquella mujer, verla de cerca, hablarla, consolarla acaso mientras se posaban en él, ¡por fin!, sus ojos negros y acariciadores, empañados por las lágrimas, envolviéndole en una mirada de agradecimiento.

¡Iba á oír su voz, á respirar el aire que la rodeaba y á rozar tal vez la piel sedosa y fina de sus manos!

No era aquello lo de la casita situada al borde del torrente; pero del lobo un pelo.

Mientras el señor del hotel iba á regañadientes hacia la carretera de Aragón en busca de un doctor á quien llevar á rastras, cumpliendo el encargo de don Federico, y los restantes convidados rumiaban pretextos más ó menos verosímiles para ir desfilando prudentemente, Fermín contaba á los niños del profesor una enrevesadísima historia para convencerles de que el papá estaba tan bueno que le faltaba poco para ponerse á bailar seguidillas, pero que ellos tenían que salir á paseo con él por estas y las otras razones.

Manolito y Matildita se resistían á creer el cuento, y argumentando con esa lógica infantil que destruye los silogismos mejor hilvanados en cuanto hay una premisa que se bambolea un poco, pusieron á su presunto segundo padre en un millón de apuros.

Pero de todos fué saliendo Fermín á fuerza de paciencia y de mimo, y á eso de las nueve de la noche echaba á andar por el sendero que ponía el hotel de su tía en comunicación con el resto de Europa, y con un niño á cada lado avanzaba entre la obscuridad en

demanda de aquel tranvía que le había traído á las afueras cariacontecido y triste, y que le iba á devolver al centro animado por un rayo de esperanza que no podía venir del cielo precisamente.

Entre tanto volvía el color poquito á poco á las mejillas del enfermo y, aunque continuaban el frío de la piel y la inmovilidad absoluta, podía comprender el más lego que la naturaleza iba á vencer, que el trabajo de la digestión interrumpido bruscamente seguiría en cuanto la reacción se acentuase y que la crisis había pasado.

Don Federico y doña Patro respiraron fuerte. Claro estaba que la noche iba á ser toledana, porque había que atender, no sólo á un huésped, sino á dos, puesto que la mujer vendría á velar al marido en cuanto la diesen la noticia; pero en la intervención del juez que era lo más grave, no había que pensar siquiera.

De todos modos, ¡caray con la fiestecita del cumpleaños! ¡Habían traído la mala sombra las coplas de Fermín?

XI

El cual Fermín, encantado con su sagrada misión de padre interino de familia, acababa de decir al cobrador con un orgullo que no le cabía en el pecho:

—Tres de veinte. Estos dos niños y yo.

Y hubiera dado cualquier cosa por infundirle la sospecha de que los niños eran suyos aunque el empleado no pudiera comprender fácilmente cómo había podido tener el primero á los doce años.

Matildita y Manolo, cuyo convencimiento estaba prendido con alfileres, habían recapacitado sin duda durante la caminata entre las sombras, y al entrar en el coche ya no las tenían todas consigo. En cuanto se sentaron en un rincón, acojonados y medrosos, empezaron á mirar á su acompañante con desconfianza; y tal era su actitud y tan patente su contrariedad que, afortunadamente para Fermín, ni el cobrador ni los demás pasajeros paraban mientes en el grupo.

De haberlo hecho, mal podían haberle tomado por padre, ni por tío segundo siquiera, porque á la vista saltaba que los pequeños iban á disgusto y á remolque de una persona extraña á quien no habían visto en su vida. Muy juntitos y cogidos de las manos, como si quisieran darse valor mutuamente, le miraban de reojo con expresión indudable de miedo y hacían grandes esfuerzos para contener las lágrimas.

Se comprendía que no cesaban de preguntarse:

—¿Por qué nos habrá dejado papá? ¿Dónde nos lleva este hombre desconocido que tiene cara de bandolero?

Y no tenía semejante cara el pobre Fermín. Al contrario, adivinando el terrible combate que se estaba librando en aquellas almas infantiles, ensayaba sin cesar gestos y **más gestos** á cual más cariñoso y amable; la dulce sonrisa no se apartaba de sus labios, y procuraba á toda costa que los angelitos leyeran ó por lo menos deletrearán en sus ojos

"el cariño acendrado
de plata y no de aluminio"

que había demostrado á su tía en la tarjeta postal, causa inconsciente de todos aquellos desguisados.

Al mismo tiempo, y para que la idea del secuestro no acabara de afianzarse en sus cabecitas y le dieran un escándalo y le pusieran en un compromiso, no cesaba de hablarles, dando á sus palabras una entonación suave y meliflua y describiendo con todo lujo de detalles los alrededores de la Plaza de Toros, como si se tratara de un delicioso paisaje de Suiza o del principado de Asturias.

—Mirad, mirad aquí á la derecha. ¿Veis qué bonito? Aquella casa grande es un convento de monjas. ¿Os gusta? Es precioso. Más allá hay una arboleda. ¿La veis? Es Rusia. Allí había antes un teatro de verano muy mono que se ha venido abajo, y junto al teatro una cascada magnífica que cae sobre un lago, que se llamaba el lago Ladoga, donde había barquichuelos y todo. ¿No os ha traído nunca vuestro papá á ver el lago Ladoga? ¡Ay! Es verdad que entonces no habíais nacido todavía... Mirad ahora allá lejos. ¿Veis aquello que parece un pueblecillo? Pues es la Guindalera. Yo me figuro que se debe llamar así porque en este sitio, antes de hacer las casas, debía de haber muchos árboles que daban guindas. ¿Os gustan á vosotros las guindas?

No hubo manera de saberlo á ciencia cierta, porque los chiquillos, más asustados cada vez, callaban como muertos. Y desde luego podía jurarse que las guindas les gustarían ó no, pero que quien no les gustaba poco ni mucho era Fermín, seguramente.

Sin embargo de lo cual este volvió á la carga:

—Volved la vista á la izquierda. Todo lo que se ve por aquí, es casi tan bonito como lo de la derecha. Aquel edificio tan grande que parece que está tan lejos, ¿sabéis lo que

es? El hospital de San Juan de Dios; y ese otro más cercano, todo de ladrillo, es lo que llaman las cocheras del Duque de Sexto. ¿Eh? ¡Ya caben ahí coches de firme! ¿Verdad? dicen que el señor Duque los tiene preciosos... ¡Ea! Ya vamos llegando; mirad, mirad, la Plaza de Toros. Ahí viene todos los domingos mucha gente y hay mucha bulla. Salen los toreros muy elegantes con unos trajes que parecen de seda, con muchos bordados de oro y plata, y corren mucho y hacen cosas muy difíciles con los capotes y las banderillas. Los picadores, forrados de cuero y con unos sombreros muy anchos, se dan unos porrazos contra la barrera... Y luego salen las mulillas con muchísimos cascabeles y las arreean dando unos chasquidos con los látigos... ¿No os ha traído vuestro papá á los toros? ¿Os gustan los toros?

Fermín vió claramente que la actitud hostil de los niños no cesaba, y que aquello se iba poniendo feo de veras. ¡Grande era el placer que le esperaba al término del viaje, pero carito le estaba costando! Calló, pues, como si le hubieran cortado la respiración y se concretó á pedir fervorosamente á la divina Providencia que el coche volara.

XII

Pero no sólo no volaba el coche, sino que como ocurre generalmente cuando uno tiene prisa, todo se le volvían obstáculos en la marcha.

Cuando, después de una parada regular en Pardiñas para dar lugar á la bajada y subida de pasajeros, el cobrador había hecho sonar el timbre, se vió aparecer allá lejos, reaqueando trabajosamente, á un cojo demasiado cojo que hacía señas de que le esperasen. Cuando el infeliz logró poner el pie en el estribo con muchos sudores y fatigas se habían pasado tontamente cinco minutos, y cuando al fin, tropezando aquí y allá, se dejó caer en el asiento y sonó de nuevo el timbre para reanudar la marcha, se había perdido un minuto más. Total, seis, equivalentes á la eternidad.

Un poco más abajo, en la calle del Príncipe de Vergara, otra parada en seco. Del parador de Muñoz saltan siete paletos: dos hombres, tres mujeres y dos chiquillos que, al ver cruzar rápidamente el coche, rompieron á gritar á una:

—¡Eh, eh! ¡El tranvía!

Subieron todos, con abundante impedimenta de alforjas sacos y cestillos, y ¡hala! adelante. Fermín empezó á quemarse por

dentro y á odiar á medio mundo. El cobrador, al llegar frente á las escuelas de Aguirre, avanzó hacia los nuevos viajeros preparando los tacos de billetes.

—¿Adónde?—preguntó.

—¿Va este tranvía á la estación del Norte?

—No señor; muere en la Puerta del Sol.

—¡Ah! ¿muere? Pues ¡que pare!, ¡que pare!

—Pero si es igual.

—¡Que pare, que pare!

Y no hubo otro remedio que parar, porque al lugareño, que no atendía á razones, se le metió en la cabeza apearse y esperar hasta que pasara un tranvía que fuera á la estación del Norte todo derecho.

Otro retraso de cuatro minutos entre la disputa y el desfile de hombres, mujeres, chicos y artículos de viaje. El conductor, para ganar el tiempo perdido, soltó el freno del coche y le dejó rodar vertiginosamente, cuesta abajo. Fermín le agradeció el peligroso arranque con toda su alma...

Pero un momento antes de llegar á la plaza de la Independencia, ¡zas!., otro atasco. Un automóvil de gasolina, que salía á toda velocidad de la calle de Claudio Coello, se quedó de repente plantado en mitad de la vía, resoplando y rugiendo como un monstruo á quien un venablo bien dirigido hubiera atravesado los pulmones.

¿Qué le había pasado? ¡Vaya usted á saber! Uno de esos percances misteriosos que ocurren con lamentable frecuencia á los automóviles de las mejores marcas.

Se apóyó el *chauffeur*, examinó las ruedas, registró el motor, levantó tapas, apretó tuercas y abrió grifos... ¡como si no, morena! El armatoste no tenía intenciones de salir de allí mientras no le arrastraran. Los pasajeros de las plataformas echaron pie á tierra para curiosear un poco; los del interior se asomaron á las ventanillas, dispuestos á pasar el rato, y el conductor golpeaba furiosamente la campana como si con aquello pudiera ayudar al otro vehículo á salir del atolladero. Por fin después de un cuarto de hora de vueltas, reconocimientos y discusiones, cuando ya Fermín no sabía á qué santo encomendarse, el automóvil tornó á resoplar de nuevo, sin que nadie le tocara, y rompió á correr el solito con gran asombro del mecánico, que tuvo que dar un salto para empuñar el volante. La maquinaria moderna gasta esas bromas.

¡Gracias á Dios! Ya se podía seguir.

Pero se pudo durante poco tiempo. Porque al tomar la curva de la Cibeles, como el coche llevaba demasiada velocidad, se le salió el

trole. Al encontrarse sumidos repentinamente en la obscuridad, los niños ya no pudieron contenerse. Manolín empezó á gimotear y Matildita dió rienda suelta al llanto. Se veían entre las garras del ogro y á cuatro pasos de la olla.

Fermín, acoquinado y confuso, no sabía qué hacer. No se echó á llorar también por la consideración de que más tarde ó más temprano, había de vestir el honroso uniforme; pero consideró que todo aquello iba revistiendo los caracteres de un aviso providencial para que renunciase á la visita.

¡Como si le fuera posible retroceder, cuando, dejando aparte la idea más ó menos pecaminosa que pudiera guiarse, tenía que cumplir el imperioso deber humanitario de consolar á una mujer que tal vez se estaba quedando sin esposo, mientras el cobrador daba golpecitos en el alambre para encajarle en la ranura!

Vencida al fin la dificultad (¿cuál será la que resista á la constancia?), el tranvía subió á escape la cuesta de la calle de Alcalá y llegó á la esquina de la de Cedaceros, donde Fermín, arramblando con los niños sin consideración y de mala manera, mandó parar y se apeó del coche.

Manolín, al verse tratado de aquel modo, dió en chillar, diciendo:

—¡No, no! ¡No quiero! ¡Por ahí no!

Y la niña, con una amargura que partía el alma, repetía como un eco:

—¡No; por ahí no! ¡Papá, papá!

Fermín se daba á todos los demonios. Estaba viendo que si los gritos y el forcejeo continuaban un poquito más, se iba á arremolinar en su torno la gente, y no faltaría en el remolino quien creyera que allí había un drama incipiente y avisara á los guardias.

Cambió, pues, de sistema y apeló de nuevo á la convicción y al mimo:

—Mira, monín, no tengas miedo... ¡si vamos á buscar á papá ahora mismo! Ha venido á Madrid delante de nosotros y nos está esperando. ¿sabes?

—¡No, no, que papá se ha quedado allí, que está muy malito! ¡Que yo quiero ir con papá!...

—Bueno, bueno; no llores. Ahora mismo volvemos. Pero antes tenemos que ir á dar un recado para que vayan á curarle...

Y así con pretextos fútiles, con discusiones y explicaciones inverosímiles, fueron los tres avanzando lentamente y llegaron á la casa del señor Semprún. Al entrar en el portal, cuando Fermín se disponía á cantar victoria, fué cuando tropezó con la dificultad más gra-

res. Los niños estaban dispuestos á dejarse descuartizar antes que subir la escalera, y diciéndole á una:

—¡No, que no; que no subo! ¡Papá, papá! rompieron á llorar ambos á un tiempo, inaugurando lo que en lenguaje casero y familiar se llama una *perra*.

Fermín, al principio, llegó á los últimos límites del asombro, porque no podía explicarse que aquellas criaturas, que tan evidente y grande ojeriza le habían tomado, no se alegraran mucho de encontrarse en su casa y al amparo de su madre. Pero luego cayó en la cuenta de que tal vez tenían una reprimenda y algo más, por venir en aquella forma con una persona extraña y sin poder dar razón del paradero del papá con quien habían salido. ¡Los niños son tan susceptibles!

Y hecha esta consideración, y resuelto á terminar de una vez aquella escena lastimosa, cargó con un angelito en cada brazo, y resistiendo bravamente las puñadas y la patoleta, echó escaleras arriba sin contestar al portero, que se empeñaba en enterarse...

Llegó al piso tercero, dejó en el suelo la impedimenta que no cesaba de chillar, y apretó el botón del timbre. El corazón quería saltarse del pecho en aquel instante; la emoción le ahogaba, y entre la emoción y el cansancio producido por la subida rápida con una carga superior á sus fuerzas, estaba á punto de perder el conocimiento cuando se abrió la puerta y aparecieron las dos vascongadas frescotas y robustas, que salían alarmadas por los gritos.

—Vive aquí don Ernesto Alvarez Semprún, ¿verdad?—dijo fatigado y jadeante.

—Sí, señor; pero no está en casa.

—Ya lo sé. Precisamente traigo yo de su parte un recado urgente para la señora.

—¿Qué! ¿le pasa algo al señor?

—Sí, algo; pero no es cosa grave. ¿Quiéren ustedes avisar?

—En seguida, en seguida; pase usted.

—Hagan el favor de llevar los niños á una habitación retirada, para que con sus gritos no la asusten... No conviene que hasta que yo la vea...

—Sí, sí; venid acá, ricos, monines.

Y mientras una de las muchachas se llevaba allá dentro á Matildita y á Manolín, que seguían berreando como si estuvieran en el potrero, la otra guió á Fermín á un gabinete, ¡al mismo gabinete donde se le había aparecido por primera vez el ángel de sus ensueños no hacía muchos días!

XIII

Un siglo vivió el sobrinito de doña Patro en aquel minuto de espera. Miedo, ansiedad, goces intensos y torturas infinitas, todo revuelto y mezclado sacudió su alma... ¡Por fin se acercaba el momento solemne, el decisivo de su vida! ¿Podría soportarle? La vista de aquella codiciada mujer, ¿no haría en el desesperanzado amante el mismo efecto que el vaso de leche merengada en el legítimo esposo?

La morena del balcón, de negros ojos, apretadas carnes y turgente seno; la que con sólo aparecer enigmática y misteriosa había evitado tal vez la destrucción de unos cuantos barcos y el bombardeo de algunas ciudades, torciendo primero y cortando al fin la decidida vocación de un artillero insigne, estaba allí, á dos pasos, arreglando sin duda los sedosos cabellos y componiendo el traje para presentarse ante su ferviente adorador en la plenitud de su belleza.

Se oía como un rumor en la habitación próxima, el eco de su voz acariciadora y dulce, pidiendo á la doncella datos y antecedentes de aquella visita intempestiva, inquirendo seguramente si aquel llanto que creía haber oído en el recibimiento y en el descansillo de la escalera era de los hijos de sus entrañas...

Y se presentó por fin.

A Fermín se le antojó que Venus surgía de las olas en su concha de nácar festoneada de oro...

La mujer de Alvarez Semprún era más bella, más sabrosa, más incitante de cerca que de lejos. Al pobre muchacho le pasó una nube por delante de los ojos, se le puso en la garganta el nudo característico de las emociones fuertes y le entró la sospecha de que, si no se le pasaba el mareo por divino milagro, no iba á poder hablar aunque se lo pidieran frailes capuchinos.

La señora avanzó hacia él rápidamente, y sin saludarle siquiera le soltó, como otros tantos escopetazos, las siguientes preguntas:

—¿Qué pasa, caballero? ¿Es cierto que viene usted de parte de mi marido? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Dónde está?

—No, no ha sido nada; cálmese usted, señora; es que... yo soy un vecino.

—¿Vecino nuestro?

—Sí, sí, señora; vivo ahí, en la casa de enfrente.

—¡Ah! ¿en la casa de enfrente? Bueno, pues hable usted, ¡hable usted, por Dios!

Estaba visto: aquella mujer no se había percatado jamás de que tal Fermín andaba por el mundo; ¡y para eso se había pasado él

tantos días haciendo señas y comiéndosela con los ojos!

Arrancó á duras penas, alargando y estirando el relato todo lo posible, tanto para retrasar el duro golpe de la infausta noticia, cuanto para recrearse más y mejor en aquel conjunto de perfecciones que le atraía y embelesaba.

Sí; don Ernesto había salido á paseo aquel día por las orillas del Abroñigal, como otras veces iba á la Moncloa; llevado de sus generosos sentimientos había acudido en auxilio de una criatura que sufrió un accidente sin importancia, y en prueba de agradecimiento por aquel socorro había sido invitado á refrescar en el hotelito de una tía carnal del declarante, donde, por desgracia, le había hecho muchísimo daño un vaso de leche...

Y Fermín, más tranquilo, enumeraba pausadamente todos los detalles del acontecimiento, describía con minuciosidad desesperante el carácter y condiciones de cada una de las personas que en el hotel estaban, y en un tris estuvo que no recitara de cabo á rabo la felicitación de la tarjeta postal, todo por no llegar al fin y no tener que separarse de aquella señora, en quien la ansiedad daba realce á la hermosura.

—Todo ello ha sido un ligero mareo, ¿sabe usted?, pero como alarman tanto esas cosas... El señor Semprún está debidamente cuidado y atendido; puede usted estar segura: á estas horas habrá ido el médico ya y el peligro habrá desaparecido por completo.

—¡No, no!, usted me engaña—interrumpió nerviosa y agitada por terribles presentimientos la hermosa hembra—; mi marido está muy grave, se ha muerto quizá ó agoniza en estos momentos... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Vamos, lléveme usted al instante!

Y dejando correr las lágrimas, apretó el botón del timbre.

Al oír lo de "lléveme usted allá", ¡la misma frase que había escuchado en sueños cuando tenía el armón dispuesto en la calle!, se le olvidó á Fermín el sitio en que estaba y fulguraban en sus ojos las llamaradas de la pasión y palpitaban en sus labios millares de besos cuando, volviendo hacia él repentinamente la dama, y sujetándole ambas manos con las suyas, le dijo suplicante:

—¡Por la Virgen Santísima!, dígame usted la verdad, caballero, ¿me estoy volviendo loco!

—Señora, la juro á usted que he dicho la verdad. Su esposo de usted ha perdido el conocimiento por haber refrescado contra su voluntad en plena digestión; pero cuando yo he salido de la casa ya lo iba recobrando y á estas fechas está bueno y sano segura-

mente. Esas indisposiciones no tienen nunca más graves consecuencias. Lo que hay es que, como no convenía que el enfermo viniera en tal estado y á tales horas desde tan lejos por si el desvanecimiento le repetía en el camino, he venido yo, por encargo de mi tía, á tranquilizarla á usted... y á traerla los niños.

Con gran pena de Fermín, que estaba gozando lo indecible con el roce de aquella piel suave como la seda, sintió que cesaba de pronto la presión de las manos de jazmín y rosa, vió que la señora daba instintivamente un paso atrás y oyó que le preguntaba con voz ronca y ahogada:

—¿Qué niños?

—¿Cuáles han de ser? Los de usted. Los de ustedes, señora.

—¿Los nuestros? ¿Nuestros niños? ¿Y dice usted que viene de parte de mi esposo?

Fermín vaciló un momento. Pero comprendiendo que no tenía más remedio que contestar, dijo acongojado y balbuciente:

—Sí; sí, señora. De don Ernesto Alvarez Semprún, profesor de Religión y Moral, que vive en esta casa...

La señora le miró entonces de arriba abajo, y serenándose de pronto se dirigía á llamar de nuevo al timbre, cuando se presentó la doncella.

—Carmen — la dijo —, traiga usted acá esos niños que han venido con este caballero.

"¡Los niños que han venido con...!" Es decir, que aquellas criaturas... y aquel don Ernesto... y aquella señora tan guapa... ¡Santísima Virgen de la Paloma, qué conflicto!

Sintió Fermín que le corría por las sienes un sudor frío y viscoso, que se le interrumpía la circulación en una porción de sitios, que se le aflojaban las dos piernas á un tiempo... y que no tenía más remedio que dejarse caer en la butaca más próxima sin pedir permiso á nadie.

XIV

Entraron Matildita y Manolín, todavía hiposos y sollozantes, pero ya más calmados, sin duda por algún obsequio de la cocinera, y empujados suavemente por la doncella que los había traído se acercaron á la dama, que se había sentado con una tranquilidad terrible.

Fermín, que hubiera dado las estrellas de coronel, cuando las tuviera, por hallarse en aquel momento en la Australia, entendió claramente que aquellos niños no habían visto á semejante señora en todos los días de su vida.

Ella, con una calma aterradora que pre-

sagiaba temporal deshecho, los atrajo hacia sí con una solicitud casi maternal, pasó la mano por sus cabellos, les besó cariñosamente en las mejillas, y en un instante les inspiró la confianza que Fermín no había podido infundirles en una hora de discursos.

—Vamos á ver, pequeño: ¿tú eres el mayor, verdad?

—Sí.

—¿Tienes más hermanos?

—No; ésta nada más.

—¿Cómo te llamas?

—Manolo.

—Y... ¿cuántos años tienes?

—Seis.

—¡Seis años!—murmuró la señora, no tan quedo que Fermín no pudiera oírlo—. De modo que hace siete por lo menos que... ¡Ah, canalla!

Y luego siguió en voz alta y cambiando de tono:

—Y tu papá, ¿se llama Ernesto?

—Sí; Ernesto.

—¿Y os quiere mucho?

—Mucho. Nos hace muchos regalos y nos lleva á paseo todos los días por allá, por el campo...

—Y tu mamá, ¿cómo se llama?

—Luís.

—¿Se parece á mí?

—No, no se parece; pero es tan guapa como tú, no creas.

—Y tú, ¿sabes dónde está tu casa, en qué calle vives?

—Ya lo creo; en la calle de...

—Bueno, no lo digas ahora. Este caballero no necesita enterarse. Ya me lo dirás á mí luego. ¿Y queráis que os lleve yo con vuestra mamá, que os estará esperando?

—Sí, tú sí. Contigo sí vamos. Con ese no, porque nos engaña.

—Bueno, pues mirad; voy á vestirme y os llevo en seguida.

—Eso, eso; en seguida, porque papá se ha puesto malo, y la pobre mamá estará sola llorando mucho...

Durante este diálogo, que á Fermín se le figuraba satánico y feroz, adquirió la convicción profunda de que aquella mujer había tomado una determinación trascendental y gravísima, y que estaba resuelta á llevarla á cabo inmediatamente. Comprendió también que no perdonaría jamás al esposo infiel, embustero y traidor que había fundado á la chita callando un hogar ilegítimo, burlándose donosamente de sus alumnos de Religión y Moral, y que una buena parte del odio justísimo de la esposa ultrajada alcanzaba al zascandil que había traído la noticia, destrozándola el corazón y trastornando su existencia.

Irguióse con majestuosa altivez la arrogante morena de los ojos grandes, y dijo á Fermín señalando la puerta:

—Caballere, muchas gracias por el aviso y por las molestias que le hemos ocasionado todos. Vuelva usted á casa de su tía y diga de mi parte al señor Semprún que puede morirse tranquilo, porque los niños estarán pronto en el regazo de su madre, puesto que ahora voy á llevarlos yo misma. ¡Ah!, y añada usted que si se pone bueno, de lo cual me alegraría mucho, no se presente en esta casa, que ya no es la suya...

Y cogiendo de la mano á Matildita y Manolín, se fué por donde había venido.

Fermín se levantó de la butaca trabajosamente, siguió por el pasillo andando como un autómatas tras la doncella vascogada, y se lanzó escaleras abajo como si se despeñase. Cruzó la calle atropellando á los transeúntes, entró en su domicilio, se metió en la cama vestido y todo, y rompió á llorar como un chiquillo, derramando sobre la almohada lagrimones como garbanzos.

XV

Entretanto, allá, en el hotel de doña Patrocinio, la mejoría del señor Alvarez Semprún avanzaba rápidamente, y con ella volvía la calma y la tranquilidad á los afligidos pechos.

Cuando llegó el médico no tuvo que hacer nada. Aquello no tenía ya importancia alguna. El caballero había cometido una imprudencia tomando la leche; pero, por lo visto, la merienda no había sido muy abundante, y los trastornos del organismo no eran tan graves como con razón se temió en los primeros momentos. La ligerísima indisposición que quedaba, con una tacita de té desaparecería como por encanto.

De todos modos era conveniente que el enfermo no se moviera de allí aquella noche.

Efectivamente, en cuanto el señor Semprún tomó la bebida caliente se sintió del todo restablecido, y se apresuró á dar las gracias á los dueños de la casa por sus atenciones y á Dios por haberle sacado con bien del arrechucho.

—¿Quieren ustedes decirme qué hora es?—preguntó en seguida.

—Van á dar las once.

—¿Cómo! ¿Las once?

Y sin decir una palabra más ni añadir un solo comentario, apartó con vigoroso impulso las mantas y pretendió saltar del lecho.

—¡No! ¡De ninguna manera! ¡Eso sí que no!—dijo don Federico, sujetándole—. Usted no se mueve de ahí hasta mañana. Lo ha mandado el médico,

—Aunque lo mande, no puede ser. Yo tengo que marcharme; yo necesito irme...

—¡Vaya, no diga usted locuras! ¿Tan á disgusto se encuentra usted en esta casa?

—Al contrario; no, señor. Nunca pagaré como debo la hospitalidad cariñosa y los cuidados de todos ustedes; pero ya comprendo que yo tengo familia, y que á estas horas estará intranquila, impaciente, acongojada, sin saber dónde estoy ni cómo buscarme, ni qué es lo que me ha pasado...

—Vaya, vaya, tranquilícese usted, señor de Semprún, y abríguese de nuevo. Su familia ya está avisada.

—¿Sí? ¿Avisada? ¿Que está avisada? ¿Y cómo y por quién?—preguntó don Ernesto abriendo desmesuradamente los ojos.

—Por mi sobrino Fermín, que sabe donde usted vive, y salió hace dos horas con el encargo.

—¿Que sabe donde vivo?—tornó á preguntar el paciente, incorporándose en el lecho como si le hubieran puesto un resorte.

—¿No oye usted que sí? Y no hay que asombrarse de eso, ¡hombre de Dios! Por lo visto Fermín, que es estudiante, le conocía á usted hace mucho tiempo.

Hubo una pausa, durante la cual el señor Semprún pareció recapacitar y convencerse de que, efectivamente, no tenía nada de particular que le conociese el sobrino de aquella buena señora. A pesar de lo cual insistió, sin variar de postura:

—Bien, sí; pero de todos modos, la molestia que estoy ocasionando á ustedes...

—No hay que pensar en eso.

—Y sobre todo, las que por fuerza les han de ocasionar los niños...

—Ninguna; no, señor...

—Son ustedes demasiado amables; pero...

—Los niños no pueden molestarnos, porque no están aquí.

—¿Que no?

—No, señor; desde que usted perdió el conocimiento. Mi sobrino se los llevó con él para que no pasaran un mal rato. ¡Estaban tan apuradas las pobres criaturas!

—¿Que se los llevó? Pero... ¿dónde?

—¿Dónde había de ser? A su casita. A la casa de usted, naturalmente.

—¿A mi casa? ¿Mis niños? ¿A mi...? Pero ¿qué dicen ustedes? ¿Qué han hecho ustedes?

Y la mirada de don Ernesto Alvarez Semprún, errante de don Federico á doña Patro y de doña Patro á don Federico, se oscureció de pronto; mortal palidez tornó á cubrir su semblante, y el infeliz volvió á caer desplomado sobre las almohadas...

XVI

Dos días después, en el colegio de campanillas, agregado al Instituto de San Isidro, corría de boca en boca la estupenda noticia de que al profesor de Religión y Moral no había querido admitirle en casa su mujer, por calavera deshecho, y que él se había ido á vivir con una rubia monísima, de la cual tenía dos retoños como dos soles.

Y en la Academia preparatoria para el ingreso en artillería, se aseguraba que Fermín no podría asistir á clase en mucho tiempo y le sería difícil, por lo tanto, presentarse á examen en la primera convocatoria.

¿Por qué?

Porque la noche anterior se la había pasado con una fiebre de treinta y nueve grados y pico y había asustado á la familia con un delirio alarmante, en que mezclaba logaritmos y ecuaciones, números primos y raíces cuadradas, y repetía sin cesar aquella composición de Becquer, que termina:

—“Soy incorpórea, soy intangible,

no puedo amarte...—¡Oh, ven, ven tú!”

24 Mayo 1907.

ESPIRITU PURO

(CUENTO)

Un buen señor, cuyo nombre no hace falta estampar aquí ni en ninguna parte, dormía plácidamente el sueño de los justos con la boca entreabierta, tendidos los brazos sobre los de un amplio sillón de rojo terciopelo y la cabeza apoyada en el respaldo. Conservaba entre los dedos de la mano izquierda una colilla de puro, apagada, y en los de la derecha una pluma de argentino mango, con muchos adornos y garambainas, que á cien leguas olía á segundo premio de juegos florales.

Ambas cosas se sostenían donde estaban por milagro de Dios, pero á la vista saltaba que no podían tardar mucho en caerse.

En la beatitud del semblante, en la laxitud de los miembros y en la respiración sosegada y rítmica, se conocía que el buen señor gozaba, sin darse cuenta de ello, naturalmente, el intenso placer de haberse dormido en el preciso momento en que no debía dormirse.

Sobre la mesa de despacho, repleta de chimboles, libracos y papeles, una artística lámpara eléctrica esparcía resplandores brillantes, haciendo resaltar la inmaculada blancura de un montón de cuartillas, á las cuales el sueño del propietario había salvado la virginidad aquella noche.

La virginidad relativa, porque en la primera figuraba ya una línea de letras grandes y claras, indicando el título de la composición que había de escribirse debajo cuando Dios quisiera, y que, á la cuenta, debía de ser un discurso. Memoria ó disquisición propia de Ateneo, Sociedad educativa ó Academia infantil.

Porque la línea era la siguiente:

EVOLUCIONES DE LA MATERIA CÓSMICA

Y no se necesita ser un lince para adivinar que á continuación tenía que venir aquello de: —“Entiendo yo, señores...”

Por no saber á punto fijo lo que entendía él, era por lo que el autor futuro se había quedado como un tronco.

Al otro día, es decir, aquel día mismo, puesto que serían las tres de la madrugada, minuto más ó menos, tenía que desarrollar el tema en una velada solemne, para la cual se habían repartido invitaciones á la flor y nata de la corte en punto á sabiduría; nata y flor que acudiría, seguramente, ávida de estudiar, analizar y discutir las ideas del *preopinante*, si por una casualidad acertara á poner ideas en el discurso.

¿Y la Prensa? ¿No llevaba la Prensa más de un mes anunciando con bombo y platillos la Conferencia del hombre ilustre (el buen señor dormido era un hombre ilustre), de la cual esperaba todo el mundo rayos de luz que iluminaran el vasto campo de la geología, de la astronomía, de la cosmografía... y hasta de la religión de nuestros mayores?

¿Qué chasco tan grande, qué lamentable fracaso si salíamos del apuro con cuatro lugares comunes, cinco frases hechas y media docena de verdades como puños, olvidadas de puro sabidas!

Por eso el compromiso era de los que ponen los pelos de punta.

¿Qué vendría detrás del “entiendo yo, señores...”

¿Sería conveniente ceñirse, para empezar, al texto del *Génesis*, con lo cual se tenía la seguridad de no disgustar á los obispos, ó convendría más arrancar de las primitivas nebulosas, hijas del caos, para explicar, detallada y concienzudamente, las sucesivas aglomeraciones y disgregaciones de átomos y moléculas?

En esta duda se había pasado nuestro hombre más de dos horas, buscando en los estantes libros de consulta, y arreglando y ordenando cuidadosamente sobre la mesa carpetas, tinteros, salvaderas, limpiaplumas y pisapapeles, con el objeto, al parecer, de tenerlo á mano y despachar el trabajo de una sen-

tada; en realidad, para ganar tiempo y engañarse piadosamente.

Pero, á todo esto, la imaginación corría que volaba, indecisa y variable, viendo unas veces cruzar el espacio sin fin millares de bolas enormes pobladas de seres fantásticos, y otras agitarse millones de corpúsculos vivientes en una gota de vinagre.

De estas diferentes visiones de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, vino á resultar una amalgama monstruosa, que acabó por convertir la cavidad craneana en una olla de grillos. Y tanto y de tal modo se congestionaron las celdillas cerebrales, batallando furiosamente unas con otras por la manera de empezar el discurso, y á tal punto llegó la excitación de los nervios, batidos y agitados por el flúido creador, que, si la situación se prolonga un momento más, la broma hubiera concluido por estallar todo aquello como una bomba.

Pero recobró oportunamente su imperio la materia, cuyas evoluciones eran causa del desaguisado. Y, cuando células y filamentos habían llegado al grado de tensión de que no podían pasar sin romperse, vino la reacción saludable: cerráronse de pronto las puertas de los sentidos, se calmó el torrente de la sangre como si hubiera entrado en un remanso, cesó la actividad nerviosa, y el organismo entero cayó en un sueño reparador y profundo.

Tan profundo, que serían las diez de la mañana cuando el buen señor abrió los ojos y se dió cuenta de su persona. La luz del sol entraba por las rendijas del balcón, luchando victoriosamente con la de la lámpara; yacían en tierra, una á cada lado del sillón, la pluma y la colilla, y enfrente de él, entre los papelotes y cachivaches alineados en orden de batalla, seguía recibiendo los vivos resplandores eléctricos el rimero de cuartillas, testigo mudo del mal paso en que se había metido.

El despertar no podía ser más desagradable.

Una noche perdida, todo el trabajo de preparación inútil y el discurso sin empezar... ¿Y cualquiera ponía ya manos á la obra con los huesos molidos por la mala postura, y se metía á discurrir sobre la formación de los mundos con la cabeza como un bombo!

Decididamente, la velada tenía que suspenderse con el pretexto de una dolencia súbita del conferenciante, y los hombres de ciencia, que la esperaban como lluvia de Mayo, se iban á quedar con las ganas de conocer la opinión del hombre ilustre sobre las evoluciones de la materia. Pero aquella suspensión inesperada, ¿no se interpretaría como huida vergonzosa ante la magnitud del tema? La

malicia de los infinitos envidiosos de su mérito. ¿no aprovecharía aquella ocasión para afirmar el agotamiento intelectual de su enemigo, de que ya decía tener barruntos?

La primera impresión, pues, fué de abatimiento, de dejadez, de abandono ante la crueldad del destino, y ni alientos tuvo el buen señor para moverse en un buen rato.

Fero como no era cosa de pasarse en éxtasis un par de años, como los fakires de la India, entre otras razones porque, lamentándose, interiormente no se adelantaba nada, hizo ademán de levantarse para alcanzar la pluma y... ¿por qué no decirlo todo? ¡y la colilla! que todavía estaba diciendo: "chupadme."

Entonces, sólo entonces, se fijó detenidamente en las cuartillas, y...

¿Qué gesto de asombro pondría el lector si una noche al acostarse hubiera pensado, no más que pensar, en dedicarse á la zapatería, del cual oficio no tenía la noción más leve, y al despertar se encontrara sobre la mesita de servicio un par de botas hechas?

Pues ese fué el gesto de nuestro hombre al ver la primera hoja de papel escrita de arriba abajo, y con su misma letra menudita y clara.

Lo primero que se le ocurrió fué que estaba soñando que veía.

Y lo segundo, cuando se convenció de que no soñaba tal, fué que, sin duda durante aquella excitación nerviosa, rayana en la locura, no sólo había escrito el título, como él se figuraba, sino que, además, había comenzado el discurso...

Pero, ¡ay!, tampoco podía ser aquello.

Porque el discurso, ó lo que fuera, estaba algo más que empezado: estaba concluido. Aterrado y confuso, como quien se encuentra en presencia de un fenómeno extraordinario, sobrenatural y milagroso, apartó y contó lentamente las cuartillas escritas. Eran cincuenta y ocho, justas y ébales.

¡En ocho horas escasas había escrito él, el hombre ilustre, cincuenta y ocho cuartillas de letra apretada! es decir, que no sólo había concebido con rapidez pasmosa, sino que había dado á luz con una velocidad increíble. Y todo ello sin darse cuenta, que era lo más chusco.

Le entró de pronto, como le hubiera entrado á cualquiera, la curiosidad de conocer el fruto de su pesadilla... Y empezó á leer ávidamente. La letra era suya, sin género de duda; el estilo no era, precisamente, el brillante y florido que usaba para las veladas científicas, pero no estaba mal del todo; y el preámbulo, aunque al parecer no tenía relación alguna con el asunto, podía ir á parar á él sin gran esfuerzo, y hasta podía ser un recurso del au-

tor, que revelaba cierta habilidad no exenta de gracia.

Apenas había leído veinte líneas cuando la curiosidad volvió á picarle, pero esta vez de otra manera.

—Pues, señor, ¿cómo habré acabado yo esto? —pensó el hombre.

Y se fué derecho al fin, como una lectora de folletines á quien interesan demasiado los amores de la protagonista.

Pero allí le esperaba otra sorpresa. Había firmado el discurso, contra su costumbre y sin necesidad, puesto que si lo iba á leer públicamente, ¿para qué firmarlo? Y, además, y esto era lo increíble de puro absurdo, no había puesto su nombre, aquel nombre destinado seguramente á la inmortalidad, sino que la firma que había estampado era esta:

El conde de Santiago del Val.

—¡Canastos! — se dijo el buen señor empezando á asustarse—. ¡El conde de Santiago del Val! ¡El célebre filántropo á quien acaban de erigir una estatua en su pueblo porque sembró de escuelas, asilos y hospitales toda la provincia! ¿Por qué se me habrá ocurrido usar como seudónimo el título de aquel caballero a quien no vi jamás y de quien no he hablado tres veces en mi vida?

Y, ansioso de desentrañar el misterio, arremetió con su propio manuscrito y se leyó de un tirón todo lo siguiente.

II

"¿Quién inventó la teoría? ¿Fué Pitágoras, Aristóteles, Platón, Séneca, ó el moro Muza?

No lo sé, ni me importa. Pero fuera el filósofo que fuera, griego, romano ó musulmán, estaba en lo firme ó, por lo menos, se aproximaba mucho á la verdad, aunque sin alcanzarla en toda su grandeza.

Sí; la fuerza inmaterial y desconocida que mueve millones de miríadas de mundos en una extensión sin límites, palpita en el fuego de los soles, vivifica los organismos y vibra en los tentáculos invisibles de los animalillos microscópicos; es siempre la misma, ¡siempre una sola! llámase flúido, alma, espíritu, dios ó como se quiera."

Ese misterioso agente increado, impalpable y eternamente incógnito, es el que rige la formación y marcha de los astros, lleva las rápidas vibraciones por las ondas hertzianas y los alambres del telégrafo, produce el pensamiento en los cerebros, transmite las sensaciones por la red nerviosa, deja una chispa de inteligencia y de voluntad en la masa pulposa de los calamares y de los cangrejos, y hace subir la nutritiva savia por los vasos capilares de los alcornoques y de las lechugas.

Es la naturaleza, es la divinidad, es el soplo de la vida y del movimiento universales, incomprensible en su asombrosa magnitud para los seres imperfectos, habiten en el mundo que quieran, que no pueden poseer, por razón natural, sino insignificantes partículas del gran todo.

El es único y está á la vez en todas partes; pero sus manifestaciones visibles tienen una variedad infinita, según las combinaciones de la materia que le sirve de vehículo. Así, en las células cerebrales del ser humano piensa; quiere, discurre, ama, inventa máquinas de coser y escribe comedias en tres actos y versos endecasílabos; en los animales irracionales desea, recuerda, procura saciar los apetitos de la carne mortal que le envuelve; en las plantas agita los filamentos para extraer del aire y de la tierra las substancias que para subsistir necesitan, y late entre los átomos que forman los pedruscos y en las moléculas de los gases, ocasionando incesantemente aleaciones y mezclas que producen la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo... ¡todos los fenómenos descubiertos y por descubrir, que la orgullosa humanidad no podrá explicarse nunca!

La fuerza es una sola, repito, y es torpeza insigne hacer distinciones entre los dioses creadores, el alma humana, la atracción de los astros, el instinto de los animales, el fluido desarrollado por la botella de Leyden y el poderoso imán de los polos que mueve la brújula. La ley que rige el universo es de una simplicidad que encanta, pero no será yo quien descubra el secreto. ¡La humanidad sería desgraciada si la quitaran el placer de hacerse ilusiones!

Lo que sí puedo decir, y precisameste estoy aquí para decirlo, es... que tenía razón el filósofo de marras. Del todo homogéneo, espiritual o fluido, como se os antoje llamarle, recoge cada organismo que se forma la parte que requiere según su naturaleza y destino, y cuando el cuerpo, sea el que sea, se transforma por disgregación de la materia, y, por consiguiente, la máquina se descompone, el fluido que le animaba, libre de su cárcel material, se funde en el gran todo. Llega hasta Brahma, que dicen los indios; se une á Dios, que dicen los cristianos; entra en el Paraíso, que dicen los árabes... porque en este punto coinciden, por rara casualidad, todas las religiones del Norte y del Sur, de Oriente y de Occidente.

Se funde, sí, pero para evolucionar incesantemente por los siglos de los siglos, dando movimiento y vida á las nuevas combinaciones de la materia... No es precisamente la metempsicosis, porque no se trata de una contradanza de almas que buscan acomodo y gi-

men si no lo encuentran, sino de la fusión constante y continua de las partes con el todo y del todo con las partes.

El espíritu de un ser superior puede albergarse después en una porción de seres inferiores que no le necesitan entero, y sobrar algo para vibrar en una placa telefónica y aun algo para procurar la conservación de la especie moviendo los estambres y los pistilos de un clavel reventón. Y viceversa: las partes del fluido que animaron á un elefante, á una hormiga, á una langosta y á un besugo, pueden juntarse por azar para constituir el alma privilegiada de un profesor de la Sorbona...

Y una vez expuestos estos antecedentes, absolutamente necesarios para entender lo que viene luego, paso á decir que á mí, en mi última encarnación humana, me llamaban don Juan Manuel Monteleón y Aguilar del Monte, y como premio á mis acciones benéficas, que fueron muchas efectivamente, me hicieron conde de Santiago del Val y me dieron la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos.

El amor á mis semejantes, que fué mi cualidad más saliente, continuó en mi espíritu al deshacerse la complicadísima armazón en que se encerraba, y le acompañó, después de la muerte de Monteleón y Aguilar, el deseo de hacer un favor más á los hombres recorriendo los velos de ultratumba y quitándoles con eso, si podía ser, muchos quebraderos de cabeza.

Pero ninguno de los organismos en que, hasta ahora, han ido á alojarse las partículas de lo que fué mi alma, podía servirme de vehículo para transmitir ideas, como se verá luego, y de ahí que la porción que ha quedado libre, es decir, la que vibra fundida en la fuerza común sobre la corteza terrestre, se haya pasado mucho tiempo buscando la manera de enterar á los hombres de un asunto que tanto les importa.

Por fortuna, he topado esta noche con este majadero forrado de lo mismo, que todo lo más que sabe es que no sabe nada, y que, sin embargo, pensaba ensartar mañana cuatro vaciedades ante un concurso de zoquetes.

Y aprovechando la ocasión de hallarle dormido, con la pluma en la mano y los nervios en tensión por la lucha sostenida con su propia ignorancia, le utilizo como amanuense y le obligo á escribir, durante unas cuantas horas, hasta volcar sobre el papel todo el saco de mis noticias.

De las faltas de ortografía no respondo.

III

Y empieza la historia.

El corazón, "el gran corazón de don Juan Manuel Monteón y Aguilar del Monte", como decían los periodistas de la localidad cada vez que una desgracia del pueblo requería el concurso de mi fortuna, y siempre que se colocaba la primera piedra de un edificio destinado a recoger y amparar desdichados, era efectivamente grande, porque había crecido desmesuradamente.

Por lo menos, todos los médicos que se tomaron el trabajo de alargar mi vida a fuerza de potingues, habían convenido en que el órgano padecía una hipertrofia, es decir, un aumento de substancia, y, por consiguiente, de volumen.

Y esto, que me honraba sobremanera por las causas puramente morales a que obedecía y por los elogios que había merecido, tenía sus inconvenientes graves. Y el más grave de todos era que, no moviéndose con holgura en la cavidad disponible, la función se verificaba cada vez más trabajosamente y se acercaba el momento final, irremediable y seguro.

La bomba aspirante impelente, encargada de regular la circulación de la sangre, no podía desarrollar su fuerza, y, a consecuencia de la lentitud del riego, se me atascaban con demasiada frecuencia el cerebro y los pulmones, produciéndome un amodorramiento casi continuo y terribles accesos de fatiga.

Demasiado conocía yo, por mi desgracia, que aquello se iba por la posta. Y si para esta convicción no hubieran bastado los padecimientos físicos, que se acentuaban cada día, ella hubiera arraigado sola ante la extremada solicitud y las exageradas atenciones de que me rodeaban constantemente los representantes de cofradías, gremios, congregaciones y establecimientos benéficos, civiles y eclesiásticos.

El olorillo de los próximos legados y mandas que, conocidas mi historia y mis ideas altruistas, habían de ser cuantiosos, los atraía a bandadas al sillón en que me tenían clavado mis ahogos y achaques, y no sólo no podían alejarlos de él las órdenes terminantes de los facultativos, sino que no hubiera podido barrerlos una ametralladora.

Declaro que semejante asedio, aparte las molestias a él inherentes, no dejaba de halagarme más de un tanto y contribuía no poco a hacer más llevaderos mis sufrimientos.

Porque tras él adivinaba, con la clarividencia de los supremos instantes, que se iba a realizar el sueño de toda mi vida, aunque yo no pudiera gozarle personalmente, por la maldita costumbre de no otorgar los honores de

la celebridad hasta que el interesado no pudiese recibirlos.

Sí; no cabía duda. Don Juan Manuel Monteón y Aguilar tendría su estatua. Una estatua de bronce (para la cual el Estado cedería generosamente algunos cañones viejos) sobre alto pedestal de piedra berroqueña, con la inscripción siguiente:

"Al ilustre filántropo don Fulano de Tal, los pobres agradecidos", ó mejor: "La humanidad agradecida".

Y todo ello rodeado de un jardinillo coquetón, cercado por una verja, en el centro de la plazuela más alegre de la población.

Ni por un momento, en el apretado trance de las más atroces congojas, se me fué de la imaginación aquella confortante idea, de la gloria póstuma, que había sido el acicate, oculto de todas mis empresas.

Y más vale así, porque al haberme faltado semejante apoyo, hubiera sufrido horriblemente al ver que se cernía sobre mi cabeza la guadaña simbólica. No es que yo creyera (corto de alcances, pero no tanto), que la leyenda del pedestal era el Evangelio y que, efectivamente, la gratitud de los menesterosos a quienes mi desprendimiento había proporcionado abrigo, pan ó alivio en sus dolencias, no había de parar hasta encontrar el modo de perpetuar mi memoria. No, porque sabía a qué atenerme respecto a los puntos que calzan los pobres y los que no lo son, en achaques de agradecimiento.

Pero suponía fundadamente, y los hechos vinieron después a probar que no andaba descaminado, que todos aquellos consejos, comisiones y juntas que se habían organizado y funcionaban al amparo de mis donativos, no habían de desperdiciar la ocasión que con mi muerte se les presentaba para bullir y zascandilear otro poco.

En esta confianza, que no me abandonó jamás, como llevo dicho, estuvo mi fuerza para resistir valientemente aquellas tremendas horas de angustia que precedieron al derrumbamiento definitivo. Conocía yo, en los rostros de los clérigos y seglares que andaban a la husma del testamento, el asombro que les producía mi tranquilidad ante el peligro inminente, y la dulce placidez con que aguardaba, sin quejas ni lamentos, el cercano tránsito de mi alma.

Creo que, a haber alcanzado tiempos mejores, la anhelada estatua no hubiera figurado en una plazuela, sino en el altar de una capilla. Porque en todos mis acompañantes iba arraigando la creencia de que yo, después de una vida ejemplar, moría como un santo.

Por fin se acabó todo. Una hermosa mañana de Abril, cuando la suave y perfumada bri-

sa primavera convidaba á la vida, entraron en mi habitación unos hombres con balones de oxígeno, y con ellos la completa seguridad de que yo no llegaría á la noche.

Y no llegó, en efecto. La dificultad en la respiración se me hizo invencible; se me fué oscureciendo la vista hasta el punto de no poder distinguir claramente la forma y color de los objetos; comprendía á duras penas que los nervios se hacían cada vez más perezosos para transmitir las sensaciones; un velo espeso cubría lentamente mi inteligencia, y para finiquito y remate sentí un chasquido interior, un desgarramiento inexplicable de todo mi ser y la impresión de que la complicada maquinaria se había parado de pronto.

Era que el espíritu, sin aparato en que funcionar, se había separado del montón de materia que durante cincuenta y siete años le había servido de envoltura, y el señor Monteleón y Aguilar del Monte, conde de Santiago del Val, gran cruz de Isabel la Católica, etcétera, etc., etc., había dejado de existir.

Pero en el mismo instante, sin el menor lapso de tiempo, el clara y distintamente una voz femenil que decía con cierto dejo de satisfacción que no podía ocultarse:

—¡Tres! ¡Y este es el más bonito!

IV

Inmediatamente sentí que me acariciaban la piel toda entera continuos lametones, acompañados de un gruñido suave y amoroso, mientras una voz hombruna contestaba á la de mujer que había sonado poco antes:

—¡Y ya no trae más!

—¡Quién sabe!—repuso la otra—. Esperemos todavía. La de la señorita Encarnación, que es de la misma casta, tuvo cinco la última vez.

—La de la señorita Encarnación tendría todos los que quisiera, pero yo te digo que ésta no trae más. Y entiendo de estas cosas.

—¿Tú? ¿A santo de qué? Entenderás de echar el pienso á los caballos y de cepillar las guarniciones, pero de esto... ¿Eres veterinario acaso?

—Casi, casi; porque al fin y al cabo, entre animales se pasa una la vida, y algo más se me ha de alcanzar, que á ti, que no sales de picar ajos y mondar patatas...

Y por ahí siguió el diálogo hasta degenerar en disputa.

En cuanto á los interlocutores... las señas eran mortales: se trataba de un lacayo y una cocinera, indudablemente. Y en cuanto á mí... el lector que, por poco despabilado que sea, ha de tener un cerebro de calidad y cantidad superiores á las del que entonces me había to-

cado en suerte, habrá comprendido en seguida la situación en que me encontraba.

En el momento mismo en que el espíritu del ilustre filántropo se fundía en el centro común, una gran parte de él vibraba acaso en el espacio llevando y trayendo palabras entre Inglaterra y el Canadá, de un aparato á otro de Marconi, y otra parte más pequeña, la justamente precisa, reinaba ya como dueña y señora en el nuevo ser que venía al mundo.

Lo que del excelentísimo señor conde de Santiago del Val quedaba á ras de tierra, era un perro recién nacido.

Por cierto que estaba demasiado próxima mi encarnación humana, para que en mi inteligencia rudimentaria no quedara un resquicio de vanidad ridícula.

¿De qué casta sería yo? ¿Galgo, *foxterrier*, *pachón*, *mastín* ó *podenco*? Me fastidiaría soberanamente ser vulgar y basto, de esos que andan por las calles buscando huesos y hallando pedradas, y me gustaría mucho, ¡qué diantre!, ser galguito inglés finito y menudo, de los que gastan mantitas bordadas y van siempre en coche.

Pero por entonces era absolutamente imposible salir de la duda, porque pretender abrir los ojos era un disparate, y por los gruñidos casi imperceptibles y el pataleo de mis hermanos, que me disputaban á ciegas el condumio, no había modo de conocer la raza. Si la cocinera hubiera concretado algo más respecto á la perra de la señorita Encarnación, por el hilo se hubiera sacado el ovillo; pero como se había contentado con decir que era lo mismo que mi madre... era preciso tener paciencia.

Los primeros días de mi vida transcurríeron, como podrá figurarse el lector, aunque no haya sido perro nunca, sin salir del canasto (porque nuestra habitación era un canasto, según supe luego), dando tumbos y volteretas tontamente, chupando lo que se podía y durmiendo como un lirón horas y más horas.

Solamente una vez, unas manos pequeñas me alzaron en volandas y tuve un susto mayúsculo. ¿Me tirarían á algún barranco, como se suele hacer bárbaramente con las crías que sobran? No; no me tiraron á ninguna parte, por fortuna. Antes bien me depositaron cuidadosamente sobre una cosa blanda, que debía de ser almohada ó cojín de plumas, y oí una voz infantil que decía:

—¡Ves, mamá? Nos debemos quedar con éste, que es el más bonito.

La criatura, en este punto, estaba conforme con la cocinera, y excuso decir que el pipero me supo á gloria. Porque con él, con lo del cojín y con el mimo con que me trataban, la esperanza de ser galgito inglés fué tomando cuerpo, y cuando me encontré de

nuevo en el canasto y acabé de tomar un *piscolabis*, estuve á punto de reventar de gozo.

Que cayó en un pozo, según el dicho vulgar, cuando abrí los ojos, con mucho trabajo, á los nueve días justos de mi natalicio feliz. ¡No veía nada! No podía formarme idea de nada, porque toda luz me parecía excesiva y, acostumbrado á las proporciones corrientes en mi encarnación anterior, el canasto que me albergaba me parecía inmenso; los bultos informes, que apenas distinguía borrosos y confusos, me ocultaban su naturaleza y condiciones, y no había modo de averiguar á qué clase pertenecían los otros peñoritos que, como yo, se agitaban incesantemente sobre los trapos.

Pero á todo se parecían aquellas bolas de carne menos á galgos ingleses.

Comprendí al cabo, con el tenue destello de inteligencia de que podía disponer, que todo juicio definitivo era prematuro, puesto que yo no era más que una bolita como las otras, y mal podría hacerme cargo de lo que me rodeaba, mientras el desarrollo de los órganos no me lo permitiera.

Pocos días después, cuando la monotonía de la existencia empezaba á desaparecer, y yo había descubierto la distracción de girar rápidamente sobre mí mismo para mordirme el rabo, gozando lo indecible cuando caía rodando como una pelota sin conseguirlo, la madre debió pensar que ya era cosa de pasar á mayores y, cogiéndonos suavemente por el pescuezo uno á uno, nos sacó del cesto.

¡Lo que yo corrí, mejor dicho, lo que yo quise correr aquí día!

En una de mis carreras locas, midiendo entre tropezones y tumbos toda la extensión del cuarto en que, por lo visto, íbamos á campar hasta la mayor edad por nuestros respetos, temí haber ido demasiado lejos y volví la cabeza buscando el amparo de mi madre.

La vi tranquila y satisfecha, apoyada en los cuartos traseros y contemplando con indudable agrado los escarceos de sus crías. Su figura me recordó inmediatamente un cuadro que figuraba en sitio preferente en el despacho de mi padre; no de mi padre perro, de quien no tenía la noticia más leve, sino de mi padre hombre, que había sido magistrado de una capital de provincia.

El cuadro, aquél, que todavía me parece estar viendo, estaba bordado en sedas de colores por mi hermana la menor y tenía, á guisa de greca, la siguiente dedicatoria en letras como garbanzos: "A mi querido papá, en el día de su santo, Etelvina Monteleón, de trece años de edad".

Y entre la greca, como si Etelvinita la hubiera adivinado medio siglo antes, la pro-

pia efigie de aquella segunda madre que me contemplaba amorosamente apoyada sobre los cuartos traseros.

Ya no podía caberme la menor duda. Éramos de lanas. Del mal, el menos, porque entre los perros de lanas los hay desdichados, que andan de la ceca á la meca desdichados y sucios, y los hay con suerte, á quienes afeitan de medio cuerpo para atrás, dejando al aire la piel sonrosada y una borlita preciosa en el rabo, y lavan, rizan y hasta perfuman la parte delantera para que las vedijas parezcan copitos de nieve.

Así estaba el del cuadro de mi hermana, así estaba la perra que me había echado otra vez al mundo, y ese era el porvenir que me esperaba seguramente, puesto que la familia en cuyo hogar había venido á caer parecía atenta y cariñosa con los animales.

No tendría, pues, manta bordada con bolsillo para el pañuelo, pero no me faltarian mi viejo edredón donde pasar tan guapamente las noches de invierno y mi buen collar con cascabelito de bronce. La señora no me llevaría en coche al Retiro (suponiendo que estuviéramos en Madrid, que era lo que yo me figuraba), pero probablemente acompañaría á los niños al colegio y al amo á dar una vuelta... Hasta puede que me enseñaran á llevar la cesta de la compra y á saltar por un aro, ocupaciones ambas indignas de un espíritu que había fundado hospitales, pero muy laudables en un ser que tenía que apoyarse en cuatro patas, aunque las tuviese adornadas con una borla de pelo cada una...

V

En cuanto nos pudimos bandear solitos, y empezamos á comer en cazuela, me quedé solo con mi madre. El lacayo aquel que se empeñaba en entender tanto de obstetricia perruna, se puso un día de tiros largos, y, aprovechando un momento en que la coautora de nuestros días había salido á la calle no sé á qué menesteres, atrapó á mis hermanos, los metió en una cesta pequeña con tapadera y todo, y salió picando sabe Dios para dónde.

Aunque ya lo tenía previsto, puesto que sabía que, de los tres, era yo el elegido para quedarse en casa, y aunque no era de temer que les ocurriera nada malo, porque á la vista estaba que el lacayo iba á entregarlos á las familias que *los tenían pedidos*, el hecho me produjo honda pena. Ya no los volvería á ver más, y, si alguna vez me los encontrara casualmente por el mundo, no los conocería... Sin embargo, ¡cuánto he pensado en ellos después!

En nuestros juegos infantiles, cuando caía-

mos hechos un ovillo fingiendo peleas furiosas, se encontraban nuestras miradas algunas veces y... nos quedábamos largo rato inmóviles, extáticos, como si quisiéramos comunicarnos con los ojos el insondable misterio de nuestras vidas anteriores.

—¿Quiénes sois? ¿Quiénes habéis sido?— eran las preguntas que yo quería que entendieran—. ¿Habré tenido el honor de encontrarme con un coronel ruso y un minero de la California en el vientre de una perra de aguas?

Pero siempre me quedé sin respuesta, naturalmente, y el minero supuesto y el coronel fantástico se separaron de mí para correr sus aventuras. Acaso, andando los siglos, nos encontremos vibrando juntos en un alambre telegráfico para llevar á un periódico de gran circulación la importante noticia de que á un torero le han dado tres orejas. ¡Y, faltos de medios de expresión, tampoco entonces podremos entendernos!

Por fortuna, las impresiones malas ó buenas son poco duraderas en mi raza; las tristezas más profundas desaparecen con cuatro cabriolas al aire libre, y los más agudos dolores morales se borran con un pedacito de pan duro mojado en leche. El egoísmo triunfó del cariño fraternal en seguida, y acabé por encontrarme muy á gusto campando sólo en toda la casa, gozando sin protestas los lametones amorosos de mi madre, y siendo el único que recibía de las personas mimos y atenciones. Porque la verdad es que toda la familia me trataba á cuerpo de rey, y, salvo algún escobazo de la cocinera cuando veía en peligro los filetes, y tal cual puntapié del bestia del lacayo, que no sabía demostrarme su simpatía más que á coces, todo lo demás era gloria pura. Comía al mismo tiempo que los amos, que me regalaban con las más suculentas espinas de pescados y los más tiernos huesos de aves, sin olvidar las ricas cortezas de queso para postre; dormía en sitio abrigado, sobre mullidos refajos de esteras; salía á la calle un par de veces al día, con amplias facultades para perseguir y ladrar á todo bicho viviente, y en cuanto pasaron algunos meses y me hice un buen mozo, me raparon medio cuerpo y me lavaron y peinaron cuidadosamente el otro medio, como para indicarme que se me daba la alternativa.

La primera vez que, arreglado y limpio, me vi en el espejo del armario ropero de la señora, no pude menos de decirme:

—Pues señor, si Etelvinita hubiera tenido el don de leer en el porvenir, habría escrito la dedicatoria de su labor de esta manera: "A mi querido papá, en el día de su santo, dedico este retrato de su hijo mayor", etcétera, etc.

Porque, ¡ni que me hubiera estado viendo!

Satisfecho, pues, de mi suerte, seguro de mi porvenir y orgulloso de mi figura, sólo me apesadumbraba la idea de que aquello, por ley natural, tenía que durar poco.

A todo tirar, y contando con que no me diera el moquillo ni me atropellara un automóvil (¡oh, qué odiosos son los automóviles y qué apesadumbrada es la gasolina!), la felicidad tendría que acabarse á los doce ó catorce años, y eso cayéndome de viejo.

¡Quién había de decirme, cuando me lamentaba de que la vida es breve, que una maldita casualidad había de hacer más corto en la mía el plazo señalado por la naturaleza!

Contaré cómo, por qué y cuándo ocurrió la desgracia:

A mí, cuando me llamaban y era don Juan Manuel, me eran muy antipáticos los perros de caza. ¿Razón? Ninguna; que no los podía ver ni pintados. El amor y el odio surgen espontáneamente en el corazón, y casi nunca pueden explicarse.

Y véase cómo, por designios misteriosos é inescrutables, el único ser del sexo contrario á quien amé de veras, cuando el instinto me avisó que era preciso procurar la conservación de la especie, fué precisamente una perra de esa casta.

¿Era que el espíritu del insigne filántropo, por un prodigio de adivinación maravillosa, sabía en lo que vendría á parar un poco más tarde y se rebelaba contra el cruel destino aborreciendo de todas veras, sin causa ni motivo aparentes, lo que se veía obligado á desear con los cinco sentidos? Casi podría jurarlo.

Porque ello fué que el primer día que entró en casa la *Cusca* (¡ay!, así se llamaba la causa inconsciente de mis futuros tormentos), comprendí que había de ejercer poderosa y decisiva influencia en el resto de mi vida.

Se me borraron como por encanto todas las pasiones callejeras, y empecé á aullar quejumbrosamente por la noche y á ladrar de día sin venir á cuento.

Lo malo es que todos los de la casa, incluso el niño, se percataron en seguida de lo que me pasaba, y comprendí yo que se reían grandemente de mis aullidos tristes y de mis lamentos extemporáneos. La *Cusca*, por su parte, como si quisiera con su actitud dar pábulo á la insostenible chacota, no perdonaba ocasión de demostrarme que, antes de hacerme cara, preferiría rendir sus encantos al más asqueroso ratonero.

En cuanto me acercaba á oler donde no debía, me saludaba con un gruñido sordo, que de todo podía ser menos de agradecimiento, y si yo insistía en mis manifestaciones moviendo nerviosamente la borla del rabo, ella campañaba las orejas, aquellas grandes orejas que

casi la arrastraban y que constituían el principal de sus atractivos, se revolvía rápidamente, me soltaba un mordisco donde buenamente podía y salía como alma que lleva el diablo.

¡No cabía duda de que á don Juan Manuel le pagaba con creces la casta el injustificado desprecio en que la había tenido!

Este desvío, cada vez más patente, lejos de amortiguar mis ímpetus, los exacerbó de un modo irresistible y ya no volví á pensar en los huesos de ave ni en las esteras blandas. Mi única idea, mi única ocupación fueron desde entonces perseguir y acorralar á la *Cusca*.

Por fortuna su amo, que era un gallardo mozo, siempre bien trajeado y bien puesto, no tenía, por lo visto, nada absolutamente que hacer y se pasaba la vida en nuestra casa. A tal punto llegó su asiduidad, que acabamos por comer juntos mis dueños, su niño, el dueño de la *Cusca*, la propia *Cusca*, mi madre y yo, un día sí y otro también.

Es más; como mi amo no era muy casero, y en buen hora se diga, los más de los días se marchaba al Casino para no volver hasta las tantas, y el amigo se quedaba de sobremesa haciéndole compañía á la señora.

Ocasiones no me faltaban, por consiguiente, para seguir adelante con mi empeño, y al tiempo y la terquedad fiaba yo mi triunfo, porque la perra no tendría más remedio que capitular, tarde ó temprano, aunque no fuera más que por librarse de aquella asiduidad pesada, cargante y fastidiosa. Algunas conquistas había hecho en mi envoltura humana por el mismo procedimiento, y de algo le había de servir á uno la experiencia.

Pero el plan fracasó por completo cuando ni siquiera había podido conseguir una mirada lánguida.

La señora dió en la manía de mandar á paseo al niño, con el pretexto de que le convenía hacer la digestión bajo los árboles en cuanto el esposo tomaba las de Villadiego, y con el niño y el lacayo había de salir yo, por cariñoso capricho de la criatura, que no me hacía maldita la gracia.

Todos los días se repetía la historia; apenas terminaba el almuerzo, el señor encendía un puro, se encasquetaba el hongo y se lanzaba á la calle, como si tuviera miedo de que la casa se le cayera encima; la señora daba sus órdenes, aviaban al chico, me ataban un cordón al collar y... allí se quedaban, como soberanos de un hogar que no era el suyo, la *Cusca* y el señorito de la *Cusca*.

Cuando volvíamos, al anochecer, ya no quedaba ni rastro de la perra.

Con lo cual puede que se fortaleciera mucho el niño; pero yo saltaba y brincaba por calles y paseos con un humor de todos los

diablos, como si acabaran de darme la morcilla.

VI

Ya se sabe de clavó pasado que el amor "con la ausencia crece más",

aunque no tenga chispa de platonismo, como le pasaba al que me consumía las entrañas, porque entre los perros, gracias á Dios, eso no se conoce.

Yo, con la broma de las saliditas diarias en el momento preciso, estaba que echaba lumbres, porque, si persiguiendo constantemente al objeto de mis ansias tal vez hubiera acabado por cansarme, aquel alejamiento forzoso me ponía los nervios de punta. Efectivamente, el deseo crecía con la ausencia.

¡Pero cómo crecía! Llegaron á hacérseme profundamente odiosos el lacayo que me ponía el cordón, el niño que lanzaba la pelota y me azuzaba para que se la trajera á escape, y, ante todo y sobre todo, y más que todo, el caballereito peripuesto que se quedaba de sobremesa.

Instintivamente comprendía yo que aquel antipático figurín era la causa de que yo tuviera que interrumpir todas las tardes el asedio de mi bien amado, que, libre de mi persecución durante muchas horas, podría resistirla, no meses, sino siglos.

Con estas y las otras fui criando mal genio, tan malo, que ni mi propia madre podía resistirle, y tenía que gruñirme muchas veces con toda su autoridad para evitar que hiciera un disparate.

Yo también procuraba refrenarme, distraerme, volver á los buenos tiempos en que era la alegría de la casa; pero todo fué en vano. Cada vez me sentía por dentro más áspero y desabrido, y ninguna monada me salía á derechas.

Llegó, por fin, lo que tenía que llegar: el choque violento, el estallido del odio mortal y de la pasión avasalladora. Todo el drama se desarrolló en menos tiempo que se emplea en contarlo, y fué como sigue:

Un día, convencido de que la situación era insostenible, y de que yo no podría aguantar más el empuje de mis deseos, decidí jugarle el todo por el todo, y hacerme dueño y señor de la *Cusca*, por buenas ó por malas. La narración del hecho es peliaguda y escabrosa de suyo, y seguramente no se atrevería á hacerla el infeliz cuya mano aprovecho, ante el pudibundo auditorio que espera una velada que no ha de celebrarse; pero yo procuraré salvar el escollo con la mayor delicadeza, porque el relato es necesario absolutamente. Sin él no podríamos pasar adelante.

Ello fué que aquel día nefasto ocurrió lo

que todos: llegó la hora de la comida, sentáronse los comensales y empezaron á ramonear en torno á la mesa mi madre y la *Cusca*. Yo aproveché aquellos momentos para meterme en el gabinete de la señora y ocultarme, con fines siniestros, detrás de una otomana.

Sucedió lo que yo había pensado: nadie me echó de menos, y si alguien cayó en la cuenta de mi falta, la atribuiría á alguna nueva rareza de mi carácter, que me tenía por aquel tiempo sobreexcitado y sin ganas de meter el hocico en la escudilla.

Pero se acabó el almuerzo, tomó el amo el portante, vistieron al pequeño y se presentó el lacayo con el cordón de marras. Desde mi escondite oía yo la voz del angelito que decía:

—¡No, no y no! ¡Yo no voy sin *Machaco*! ¡Que busquen á *Machaco*!

Y se veía claramente que estaba dispuesto á coger una perra, no de las mías, sino de las suyas.

La señora, que indudablemente quería mucho á su hijo, y no podía permitir que le faltara el paseo higiénico á aquellas horas, ordenó que se me buscara inmediatamente... Confieso que, ante aquella prueba de cariño, estuve á punto de abandonar mi plan y presentarme; pero me hice fuerte por la cuenta que me tenía y seguí escondido y callado como un muerto.

La servidumbre se puso en movimiento, y hasta mi rincón llegaban claramente los distintos ruidos de pasos precipitados, abrir y cerrar de puertas, silbidos de llamada y voces cariñosas.

—¡*Machaco*, toma! ¡Toma, *Machaco*! ¡Uif... uif... uif...!

Como si cantaran. *Machaco* se había perdido definitivamente. La doncella entró en el gabinete; pero yo me acurruqué cuanto pude entre la otomana y la pared, sin mover pata ni oreja, y se volvió á marchar sin verme.

Sin duda convencieron al niño de que yo estaba en la calle, y que era lo mejor salir en mi busca, porque de pronto cesaron los gritos y todo quedó en calma. Había llegado la mía.

Porque al cabo de un rato, como yo tenía previsto, entraron en el aposento la *Cusca*, mi señora y el chisgarabís amigo del amo. Sentóse la mujer indolentemente en la otomana, acercó el otro una silla y ambos se dispusieron á reanudar la conversación sobre aquel asunto importante que requería tantas entrevistas.

La perra me olió inmediatamente, y recelando alguna emboscada, empezó á dar vueltas en torno al asiento con todo género de precauciones. Pero la curiosidad pudo en ella más que el miedo al peligro, y se acercó más de

lo debido al rincón en que yo fingía dormir con la tranquilidad del justo.

Entonces fué cuando tuve el arranque que venía rumiando con verdadera delicia hacía tanto tiempo. Pero la *Cusca*, que, á la cuenta, no era la primera ni la segunda vez que se veía en tales andanzas, en cuanto me vió desenroscarme rápidamente y lanzarme á ella como un tigre, me soltó una dentellada que me hizo ver las estrellas, y dando unos alidos estridentes, salió corriendo por la habitación como una loca.

Seguía resueltamente, dispuesto á no pararme en barras; y en nuestros asaltos, regates y zancadillas, tumbamos un veladorcito lleno de chirimbolos de porcelana. Se levantó el caballere, sorprendido por el estrépito, en lo más interesante del discurso, y á este quiero á este no quiero, la emprendió á puntapiés con nosotros y nos acoquinó, tras distintos muebles, jadeantes y mohinos.

El odio que yo le profesaba anteriormente subió más de tres puntos; pero logré dominarle por el pronto, decidido á darle rienda suelta en cuanto mi enemigo se descuidara un poco.

Por desgracia suya y mía, la ocasión, ¡una ocasión magnífica!, se me presentó inmediatamente.

Volvió el hombre á su sitio, y, sin dada para tranquilizar á mi ama, que se había puesto con el incidente del velador un poco nerviosa, la sentó sobre sus rodillas, la hizo reclinar la cabeza sobre su hombro y la estampó en los labios un beso tan fuerte, que sonó como un chasquido.

Ante semejante desvergüenza se me puso delante de los ojos una nube de sangre, comprendí qué había llegado el momento de vengar á un tiempo mi ofensa y la honra de mi amo, me acerqué al grupo rastreando como un reptil, y, de pronto, apoyándome fuertemente en las patas traseras, di un salto salvaje y caí sobre el granuja con tal ímpetu, que debió de pensar que se le venía encima una montaña. Se apartó la mujer chillando y manoteando como un energúmeno; se defendió él á puñetazos, jurando como un carretero; pero yo apretaba con tal coraje hociéndole, mordiéndole y arañándole tan á mi sabor, que cuando llegó la gente, atraída por los gritos de la mujer y los alaridos de la *Cusca*, se encontró á mi víctima con una oreja colgante, un labio partido, la nariz aplastada, las mejillas surcadas por líneas rojas y la elegante vestimenta hecha un puro pingajo.

Ante el importante refuerzo abandoné la palestra cargado de laureles, gruñendo en son de amenaza y avisando con la mirada á los recién venidos que estaba dispuesto á repetir la hazaña si llegaba el caso.

Todos los de la casa, incluso el canalla que

procuraba restañar con el pañuelo la sangre de la oreja, no disimulaban el asombro que les había producido aquel ataque brutal, impropio de un humilde perro de lanas, pacífico y orondo, y en aquellos instantes debió de germinar en todas las cabezas la sospecha de que me ocurría algo extraordinario. ¡Sospecha terrible que no debía tardar en dar sus frutos!

Cercáronme todos, armados de bastones, paragnas y palos de escoba, y, aunque yo veía que no las tenían todas consigo, pensé que sería lo mejor afectar sumisión hasta que se pasara el chubasco, y me dejé acorralar y empujar hasta quedar encerrado bajo llave en el cuarto ropero.

Allí me estuve, á obscuras, sin probar bocado y sin que se me acercara alma nacida hasta muy entrada la mañana siguiente, al principio presa de un furor sordo que no me dejaba descansar; después, agobiado por tristísimos presentimientos. ¿Qué significaba aquel abandono? ¿Pensarían dejarme morir de hambre en castigo á mi felonía?

Por fin salí de dudas. Debía de haber llegado mi amo, que habría pasado la noche de parranda, según costumbre, y los criados se habrían apresurado á relatarle el suceso de la víspera, porque sentí pasos en el pasillo y el ruido de la llave al entrar en la cerradura. Al mismo tiempo el señor gritaba:

—¡No, no!, el niño no. ¡Que no se acerque por si acaso!

Y entreabriéndose la puerta lentamente se me presentó escudriñando el ropero con la vista, y tras él aparecieron los demás habitantes de la casa, excepto el pequeño, asustados, vacilantes y medrosos.

Yo fijé en ellos una mirada triste, de insomnio y pesadumbre, y procuré alzar me del rincón en que yacía para ofrecer á todos mis excusas meneando el rabo.

Pero apenas inicié el movimiento la puerta volvió á cerrarse violentamente, y de nuevo oí la voz del amo que decía:

—¡Sí, sí! no hay más que verle. Está rabioso, y bien rabioso. ¡Pobre Machaco! Hay que tomar una determinación en seguida.

Y se alejaron todos. Yo temblé de terror, y sin querer se me escaparon unos ladridos roncós, de ira reconcentrada, y después unos aullidos lastimeros que partían los corazones... detalles ambos que servirían á cuantos los oyeran para afirmarse en la idea de la hidrofobia.

Y sí que estaba rabioso de veras; pero no de la enfermedad mortal, azote de mi raza, sino por la injusticia enorme que iba á cometer conmigo aquel hombre castigando con la muerte á quien le había defendido el honor con dientes y uñas... ¿Comprenderá alguien lo terrible, lo espantoso de aquellos momentos de angustia inenarrable?

Por suerte, fueron cortos. No habían transcurrido dos minutos cuando sentí que se acercaban de nuevo á la puerta arrastrando un objeto que debía de ser una escalera de mano, y en seguida apareció mi amo en el montante, apuntándome fría y serenamente con una pistola de dos cañones.

Loco de furor intenté un salto loco, para despedazar á aquel ingrato; pero en el instante mismo en que me disponía á tomar carrera, brilló un fogonazo y caí como una pelota.

Tan certera fué la puntería, que ni siquiera oí el estampido.

La injusticia enorme estaba hecha. El desventurado perro de aguas no era más que un montoncito de materia vil y deleznable destinado al carro de la basura, y el antipático caballero podría seguir impunemente la interrumpida plática en cuanto le pegaran la oreja y le cosieran el labio roto.

¡Cosas de este pícaro mundo!

VII

Coincidiendo con el ruido del pistoletazo, ó, para decirlo con mayor propiedad, como un eco tenue, percibí un leve chasquido en mi propia cara y sentí el cuerpo bañado en un líquido viscoso y tibio.

Atribuí lo primero á la rotura del hueso por la bala, y lo segundo á la sangre que debía de salirme por la herida á borbotones; pero ninguna de las dos suposiciones era cierta. El plomo canicida, al penetrar en el cerebro, había destruido los resortes de la vida instantáneamente, y era distinto, sin duda, el organismo, en que mi espíritu recibía las nuevas sensaciones.

¿Cuál sería éste? Me era imposible precisarlo.

Una masa blanda y suave, como una especie de inmenso edredón, me cubría por completo, y, al agitar mis extremidades en el espeso líquido que las envolvía, topaba por todos lados con una pared resistente y dura. Algo estaba viniendo al mundo, y el alma del conde de Santiago del Val seguía ocupada dignamente; pero, ¿qué manera de nacer era aquella?

La masa cerebral, escasa y no acabada de formar aún, no me servía para maldita de Dios la cosa, y tuve que esperar bastante tiempo, sumido en plácida modorra, antes de darme cuenta exacta y cabal de lo que me pasaba.

Un día, ¡al fin!, me sacó del sopor una sensación de frío intenso. Temblaba mi piel al recibir las primeras caricias del aire puro y los rayos de luz vibraban, cegándome en la

atmósfera libre. El edredón que me tapaba había desaparecido, el líquido en que me debatía se había evaporado y las paredes del vaso se habían roto.

Pasada la primera impresión, desagradable como ella sola, producida por el brusco cambio de temperatura, abrí los ojos, miré y vi en mi torno infinidad de pajas y plumas sólidamente entrelazadas, encima las ramas de un árbol, y, allá más arriba, por entre las hojas, el cielo azul esplendoroso y brillante.

Estaba en un nido.

Es decir, estábamos, porque éramos cinco criaturas las que acabábamos de romper el cascarón y de vernos libres del dulcísimo peso de nuestra madre. La clase de pájara que sería ésta era lo que faltaba averiguar, y supongo yo que la misma curiosidad, aunque no podían demostrarla, tendrían los otros cuatro pequeños monstruos de cabeza gorda, cuello largo y cuerpo pelado y ridículo que recibían conmigo, por primera vez, el vivificante soplo de la brisa primaveral sobre las plumas y las pajas.

Breve rato estuvimos solos. En seguida apareció, balanceándose en una débil rama, y, examinando los alrededores con la desconfianza característica de la especie, un gorrión esbelto y gentil, de limpia pechuga y amplio corbatín negro, que traía una cosa en el pico.

¡Siquiera en esta encarnación tenía el gusto de conocer á mi señor padre!

Verle y abrirse las cinco bocas festoneadas de amarillo, fué todo uno. El que más y el que menos, sabía que era un primor, y el nido parecía una grillera. Y la causa no era otra, que el sabroso insecto, apetitoso grano de trigo ó jengosa miga de pan que se adivinaba en el pico del pardal gentil y esbelto.

Para abreviar, porque si me entretengo en detalles nimios no voy á acabar nunca, el macho y la hembra, en ir y venir incesante durante muchos días, en constante sacrificio por la prole, fueron alimentándonos como Dios les daba á entender, mientras á nosotros se nos endurecía el pico y nos brotaban los cañones. Entonces, cuando el asunto me tocaba de cerca, el más pequeño retraso del uno, de la otra ó de los dos me ponía el plumón de punta por el temor de que les hubiera ocurrido algo desagradable, es cuando comprendí la barbarie humana.

Los hombres no han pensado jamás en estos tremendos, en estos espantosos dramas de los nidos. Persiguen rabiosamente á los pobres pájaros, que ningún daño les hacen, y que ni siquiera pueden servirles de alimento, á no ser como capricho ó golosina, y en contra suya han inventado redes, cepos y trampas. Los cazan porque sí, por diversión y entretenimiento; los enjaulan por recrearse en

su prisión y en su martirio; les cortan las alas para gozar mientras pretenden huir rastreando; les matan por el gusto de herir, de exterminar á unos pobres animales inofensivos.

Y, á consecuencia de estas cacerías salvajes, de esta inicua guerra sin cuartel que perdura á través de los siglos, todos los días mueren en los aleros de los tejados, en las grietas de los muros, en las copas de los árboles y en las oquedades de las peñas, millones de seres débiles é indefensos que, en interminable agonía, pían de hambre y de frío, llamando en vano á los que les dieron el ser, que salieron del nido á buscar un granito de avena y que no volverán nunca.

Nuestros padres, por fortuna mía, tuvieron suerte y escaparon sanos y salvos de todas las asechanzas, por lo cual los cinco gorriones íbamos creciendo y engordando que era una bendición y adquiriendo la suficiente fortaleza para salir del hogar paterno, donde cabíamos á duras penas.

No se me olvidará tan pronto el día que hice los primeros pinitos.

Fué al romper una mañana de verano, perfumada y apacible, cuando la madre, saltando del nido, no voló lejos, como tenía por costumbre, en busca de nuestro desayuno, sino que se quedó en el árbol, dando brinquito de rama en rama, piando amorosamente y moviendo las alas sin extenderlas. Quiera decirnos, sin duda:

—¿Queréis comer? Pues ¡ea!, animaos y seguidme. Voy á enseñaros cómo y dónde se encuentra la comida.

Ninguno de los cinco vaciló un momento, y, con una alegría que los seres superiores no podrán comprender jamás, nos apresuramos á obedecer la orden.

Los bordes del nido se cubrieron de patitas, agitóronse las alas y las colas; el aire vibró con la estruendosa cháchara de los manutidos, y, en un raptó de energía y de arrojo, todos nos lanzamos fuera del árbol, ansiosos de buscar nuevos horizontes, dueños y señores de la atmósfera.

Pero aquel primer revuelo á tontas y á locas terminó en seguida, porque no estábamos aún en disposición de hacer grandes calaveradas, y, al poco rato, después de unos cuantos esfuerzos inútiles para no perder el equilibrio, mis alones, débiles y entumecidos todavía, se negaron á sostener el cuerpo y vine á caer blandamente sobre una berza.

Allí me quedé, acurrucado y quieto, esperando que se me pasara la fatiga, y desde allí pude ver á mis padres que, animando á éste y sosteniendo á aquél, procuraban reunir á toda la banda, que andaba aleteando, desesperdigada y despavorida, entre coles y lechugas.

VIII

Porque estábamos en una huerta limitada por tapias altísimas, en la cual abundaban los árboles de todas clases, cuajados en aquella época de apetitosos y variados frutos, y en uno de cuyos extremos se alzaba un edificio enorme con cuatro esbeltas torrecillas é innumerables celosías y ventanas.

En sitio mejor de la tierra no podía haber venido al mundo.

A mi alcance tenía, pendiente de las ramas, alimento abundante y sano, que podría adquirir sin grandes trabajos ni peligros; aequias y regatos me brindaban por todas partes agua límpida y pura; entre las hortalizas pululaban sabrosos gusanillos para mi fegalo; en el inmenso caserón abundarían los rincones, donde buscar abrigo, y las altas tapias protegerían mi aislamiento de la especie humana, mi enemigo natural y odioso.

Con estudiar y conocer á fondo el carácter y condiciones de los hortelanos y tomarles las vueltas, estábamos al cabo de la calle.

Haciéndome todas estas consideraciones no dejaba de chillar, sin embargo, para que los gorriones grandes supieran dónde estaba y pudieran venir en mi socorro. La autonomía me parecía prematura.

En esto una leve ráfaga de viento volvió del revés una hoja de la berza en que me apoyaba y la vi llena de pulgón. En poco estuvo que me diera un mareo de alegría.

—He aquí mi primer banquete, pensé, la primera prueba de que, de ahora en adelante, podré atender á mi subsistencia sin el cuidado ajeno.

Y, satisfecho y orgulloso de ganarme honradamente la vida, haciendo, de paso, un grandísimo favor á la agricultura, arremetí á picotazos contra la muchedumbre negra, y en un santiamén, haciendo grandes claros en la mancha viviente, me llené á toda satisfacción el buche.

Fortalecido con el refrigerio, alcé la cabeza y abrí el pico, no ya para pedir amparo, sino para lanzar al aire un canto de alegría, un himno de ferviente gratitud á la naturaleza, que pone sabiamente el pulgón al alcance de los pajaritos recién salidos del huevo.

Pero el himno se me atascó en la garganta. Porque de pronto vi muy cerca, avanzando entre el plantío de coles con ondulaciones de serpiente, un gatazo negro como el azabache que, al andar, barría la tierra con el rabo, y en cuyos ojos, fijos en mí, brillaban rayos de codicia.

Y como no podía dudar de sus intenciones, comprendí que debía refrenar mis ímpetus y abstenerme de expresar con trinos mi agradecimiento, puesto que estaba visto que quien

criaba el pulgón para que se lo comieran los gorriones, criaba también los gorriones para que se los almorzaran los gatos.

Calléme, pues, y en cuanto le vi arquear el lomo con el firme propósito de dar un salto, hice á mi vez un esfuerzo y volé hacia arriba para posarme en la primera eminencia que topara, que resultó ser la copa de un peral enano. Allí pude respirar á gusto, á salvo de la brutal acometida, mientras el infame clavaba las uñas en la col, furioso por la inutilidad del ataque.

En este momento se abrió el portón del edificio de las torrecillas y apareció en el dintel una figura humana que avanzó lenta y majestuosamente hacia el peral que me había servido de refugio.

Traía esta figura un largo sayal de color de chocolate, sin otro adorno que un cordón que rodeaba la cintura, y cuya capucha, cayendo sobre la espalda, dejaba al descubierto la venerable cabeza.

El que había salido á la huerta era, pues, un fraile, y convento de frailes el caserón en cuyo alero tenía yo que buscar un agujerito para vivienda.

Seguí por lo visto, amparándome la fortuna. Vida tranquila y regalada tuve mientras fui don Juan Manuel; regalo y paz disfruté el buen Machaco hasta el percance final á que le arrastraron sus pasiones, y no era de creer que los buenos monjes la emprendieran con el pobre gorrión, puesto que á la fuerza tendrían que ser caritativos y benéficos. Era cosa de entonar el himno.

Pero apenas salieron de mi garganta los primeros arpegios, el gato, atraído por la música, tornó á la carga y se acercó cautelosamente al árbol, resuelto á trepar y sorprenderme protegido por la espesura. Callé de nuevo, disponiéndome á volar con el himno á otra parte; pero no fué necesario, porque el fraile vino á sentarse en un banco de piedra cercano á mi atalaya, y el cazador, que sin duda me perseguía más por diversión que por verdadero apetito, tuvo la caridad de olvidarse de mí para frotarse, rezongando mimosamente, enarcado el cuerpo y alta la cola, en el sayal de color de chocolate.

Cuyo dueño sacó un libro, y después de persignarse lentamente, se enfrascó en la lectura y los rezos matutinos sin hacerle maldito el caso. Libre yo de la preocupación del peligro inminente, me dediqué durante un buen rato á dar saltitos de rama en rama, probando mis fuerzas de nuevo y gozando á mis anchas del aire puro y el calor vivificante de aquella mañana espléndida.

—¿Qué habrá sido de mi familia?—pensé entonces—; y resuelto á buscarla, examinando desde un punto más alto mayor extensión

de terreno, abandoné el peral enano y me lancé otra vez al aire. Allí, en uno de los extremos de la huerta, se alzaba un álamo gigante y frondoso y en el álamo rendí mi viaje, satisfecho y orondo por mi vigor y valentía.

Numerosa bandada de pájaros, fruto viviente de aquel árbol que no tenía otro, me saludó con estrepitosa y alegre algarabía, animándome con sus idas y venidas, subidas y bajadas, cánticos y revuelos... Los gorriones de la huerta eran indudablemente felices.

Animado por el ejemplo, tomé parte activa en el movimiento y la bulla, procurando averiguar, de paso, si entre aquella tropa había alguno de los míos; pero de pronto tuve que interrumpir mis pesquisas. Cesaron, como si a todos mis compañeros se les hubieran roto a un tiempo los resortes, los píos y revuelos, y el álamo se quedó quieto y mudo como si no hubiera un solo ser vivo entre sus hojas.

Me impusieron la quietud y el silencio y me detuve y callé como los otros, procurando deducir de la actitud de los que tenía más cerca la causa de aquella parada en seco. Todos habían entornado las cabecitas en una contorsión violenta y miraban al cielo, por los intersticios de las ramas, con un ojo fijo y brillante en que se retrataban el terror y la ansiedad mal reprimidos.

Imitéles yo y vi allá arriba, muy arriba, un pájaro grande, sostenido por largas alas, que al parecer no se movían y que, describiendo amplia espiral, descendía lentamente, con la clara intención de venir á parar al álamo, donde el instinto le aseguraba abundante presa. Era el milano.

Pasados los primeros instantes de estupor, hicimos un esfuerzo para escapar á aquella fascinación casi telepática que nos dominaba y rendía, y toda la bandada huyó en distintas direcciones. Yo caí en la tapia, y aprovechando el hueco que dejaban dos pedruscos mal unidos, me acurruqué, reduciéndome cuanto pude, muerto de miedo y de fatiga, sin perder de vista al ave rapaz, que seguía corniéndose sobre la huerta trayendo la muerte en las garras.

Horas pasaron antes de que me atreviera á salir del agujero salvador, y sólo cuando, después de recorrer con la mirada el horizonte, me convencí de que ni sombra de milano aparecía por ninguna parte, me planté sobre la tapia á desentumecirme y espolvorearme, recibiendo como una bendición de Dios la plena luz del mediodía.

Y viendo muy cerca, precisamente en el ángulo, una hermosa higuera cuyas brevas estaban diciéndo "comedme", allá me fui pián piánito, saltando por el lomo del bardal, para no gastar la fuerza de las alas inútilmente.

Aquella parte de la tapia daba á una calleja estrecha y solitaria, cuya acera de enfrente estaba formada por casuchas de adobes... El convento que iba á albergarme radicaba indudablemente en un poblachón de Castilla.

Cuando me faltaba poco para llegar, y al dar la vuelta á la esquina precisamente... ¡trás!, un chinarro como un garbanzo vino á caer delante de mí con un ruido seco, levantando un poco de tierra. Me detuve instintivamente y miré hacia la calle. En la ventana de una casa de adobes, un mozalbete desbarrapado cargaba un tirador de gomas con el propósito de repetir la suerte; pero yo no quise esperar á ver el resultado: volé á la higuera, y para quitarme de encima el susto me puse á picotear furiosamente en la breva que me pareció más madura.

Y así me pasó todo el santo día, huyendo, desconfiado y medroso, de este ó el otro enemigo, picando aquí y allá de lo que buenamente podía, bebiendo en los charcos y buscando en vano por todos los árboles el nido de mis mayores. Al fin, al ocultarse el sol, y después de muchas pesquisas y reconocimientos, vine á meterme, triste y solo, en una resquebrajadura de la cornisa más alta del caserón, donde llegué tras improbos trabajos. No era muy abrigado ni ofrecía grandes seguridades el escondrijo, pero bueno estaba para pasar una noche estival serena y templada, y Dios proveería más adelante.

Lo malo fué que, examinando despacio mi situación, con el pico bajo el ala y esponjado como un erizo para llamar al sueño, di pensar en los infinitos peligros de la independencia, me acordé del gato, del fraile, del milano, de aquella calleja solitaria donde no habría llegado la civilización, pero habían llegado los tiradores de gomas... y no pude pegar los ojos en toda la noche.

IX

Renunció á describir detalladamente mi brujuleo por el mundo, porque no tuvo nada de particular, y todos los días se parecían al primero como un huevo á otro.

Dos meses después, en Septiembre, según mis cálculos, ya había empezado á cumplir mi misión de "gorrión honrado", construyendo un nido y fundando una familia. Encontré á mi compañera del modo siguiente:

Una tarde, harto de inactivos y de frutas, me entraron unas ganas rabiosas de comer trigo fresco. Un olorcillo acre de paja seca venía á mí para excitarme el apetito, y acostumbrado ya á sortear peligros y salvar obstáculos, salté resueltamente del tejado del convento y, rasgando la atmósfera sobre las mi-

serables casucas de la aldea, me encontré en pleno campo.

Era la hora de la siesta. Polvo espeso cubría la amarillenta llanura, dormían en las eras motriles y gañanes a la sombra de los carros cargados de mies, yacían los trillos abandonados sobre las parvas extendidas, y descansaban las mulas sin otra ocupación que la de espantarse las moscas y hundir los hocicos en las cebaderas.

La ocasión era que ni pintada. Descendí lentamente, y con las debidas precauciones me acerqué a un respetable montón de granos acabaditos de limpiar y rubios como el oro. Muchos de mis congéneres habían tenido, por lo visto, la misma saludable idea, porque en torno al montón me encontré hasta cuatro docenas de gorriones llenándose tranquilamente la andorga. ¡Dios de Dios, qué banquete!

Tan satisfechos y alegres estábamos que, olvidando hasta los rudimentos de la prudencia, ninguno quiso someterse a la tortura de gozar en silencio, y lo que empezó en un "chau, chau" rumoroso y suave, acabó en una chillería espantosa, que venció la modorra de un zagalón como un castillo que reposaba allí cerca.

El cual zagalón, más por el gusto de hacer daño que por defender la hacienda de su dueño, agarró, sin que nos percatáramos de ello, la vara de arrear al ganado, que a su alcance tenía, y la lanzó contra el alborotado grupo con todas sus fuerzas.

Zumbando vino a hundirse en el montón y de milagro no ocasionó víctimas; pero nos acometió el pánico, y en menos que se cuenta no quedó un pardal en doscientos metros a la redonda. Yo, cuando me dirigía con toda la rapidez posible a buscar el amparo de mi cornisa, noté que no volaba solo. Me acompañaba una hembra que, a la cuenta, no tenía allegados ni parientes, y en aquel peligroso trance buscaba por instinto el apoyo de un macho bien cebado y robusto, como era el ilustre conde de Santiago del Val en aquellos momentos.

Justamente estaba yo en edad y condición en que semejante compañía me venía de perlas, y la llama del amor surgió espontáneamente en ambos corazones en cuanto nos repusimos del susto.

Pocos días después, los precisos para buscar, juntar y unir a toda prisa pajitas, hiebrajos y plumas, el San Antonio de Padua que descansaba hacía siglos en una de las hornacinas de la fachada principal del convento, no sostenía solamente en sus brazos un niño de piedra. Sostenía también cuidadosamente afianzado y oculto en las arrugas de una manga, nuestro nido conyugal, fuente de amor y manantial de vida...

Y cuando llegaron los días cortos y tristes

del invierno, en que la alimentación se nos hizo difícil por hallarse yermos los campos, aletargadas en ignotos escondrijos las moscas y desnudos los árboles de la huerta, el cariño nos compensó con creces las privaciones.

Que, a decir verdad, no fueron muchas. Porque un poco más abajo de la hornacina que preservaba de aguaceros y ventiscas al niño Jesús, a San Antonio de Padua y a nosotros, se abrían las ventanas del refectorio, por donde unas benditas manos sacudían los manteles después de las comidas.

Escasas y poco substanciosas eran las migajas que llegaban al suelo, porque sin duda las reglas de la orden no consentían en la mesa viandas sabrosas y abundantes, pero íbamos tirando y eso teníamos que agradecer a la Providencia.

Un día amanecieron las calles, los tejados, la campiña toda cubiertos por espesa capa de nieve. Millares de pajarillos se habrían helado aquella noche. Mi compañera y yo, tristes por el presentimiento de una desdicha próxima, esperábamos ateridos y hechos dos bolas, sobre el carámbano que bordeaba la cornisa, el momento de la sacudida de los manteles, y los minutos se nos hacían siglos. La temperatura era irresistible; el calor del nido nos atraía, pero el hambre apretaba como un dolor.

Al fin se abrió una de las hojas de la ventana más próxima, y ambos nos erguimos ansiosamente aguardando la benéfica lluvia. Pero la lluvia no vino; pasó un rato largo y nadie sacudió nada. ¡Cielos! ¿No habrían comido los frailes aquel día, ó se lo habrían comido todo?

No era posible seguir un momento más en la duda, y espoleados por la necesidad y sin ponernos de acuerdo, abandonamos el carámbano y saltamos al alféizar.

En el aposento no había nadie; las sillas que rodeaban la mesa estaban desocupadas, y sobre éstas quedaban aún pedacitos de queso, mondas de manzana, trozo de pan blanco... ¡las vituallas suficientes para todo el invierno, si lográbamos trasladarlas a la hornacina antes que el fámulo volviera!

En el acto nos pusimos los dos a la tarea con febril entusiasmo... y con todo género de precauciones... Pero en uno de los viajes, cuando mi pardala salía con un regular cacho de pan y yo caía sobre la mesa dispuesto a cargar con una gentil corteza de queso, una ráfaga de viento, enviada por el diablo, sopló repentinamente y cerró de golpe la ventana.

Aterrado y loco aleteé furiosamente contra el cristal, ¡como si mis débiles fuerzas fueran suficientes para romperlo!, mientras mi compañera, alarmada por el ruido, volvía al alféizar y pretendía socorrerme en vano. ¡Qué horribles instantes aquellos! Yo prisionero, ella

sin amparo, nuestra felicidad rota y nuestras vidas en peligro...

Of pasos fuera y apenas tuve tiempo para arrojarle al suelo y ocultarme bajo el armario en que se guardaba la vajilla. Allí lo pensé mejor y tuve un rayo de esperanza. Sin duda, el lego abriría de nuevo la ventana para hacer la limpieza, y yo aprovecharía la ocasión para recobrar la libertad. En esta confianza esperé, pero pronto tuve que perderla. El hombre, valiéndose de un cepillo, recogió calmamente los residuos en una bandeja y se marchó por donde había venido. Aquel día, sin duda por no pillar un resfriado, prescindió de las sacudidas.

Cuando transcurrió mucho tiempo y yo me convení de que en el refectorio no había un alma, torné á los cristales, forjándome la ilusión de que el viento que había cerrado la ventana podría abrirla de nuevo, por mi conveniencia y gusto. Pero el viento no hubiera podido complacerme, aunque quisiera, porque el lego había tenido la diabólica precaución de echar la falleba, y tuve que contentarme con ver cómo revolaba tristemente al otro lado la pájara de mis ensueños.

—No te apures y tengamos calma—quería yo decirle con los ojos—; ó no hay lógica en el mundo ó todo se reduce á pasar una mala noche. Mañana abrirán aquí aunque no sea más que para ainear la habitación, y cesará este suplicio.

¿Me entendió ella? Seguramente sí, porque siguió más tranquila brincando en el alféizar, y al caer la tarde me dirigió una larga mirada de amor y voló hacia el nido.

Yo torné á mi escondite y me acomodé lo mejor que pude para esperar sossegadamente al nuevo día. Pero después encendieron luces, prepararon las viandas, vinieron los monjes y cenaron...

Cuando todo quedó de nuevo sumido en densa obscuridad, me quedé dormido...

Y ¡ay de mí! No volví á despertar del todo. Cuando soñaba que me habían cazado los frailes y me habían metido en una jaula preciosa, donde pensaban regalarme con alpiste fino y cafamones machacados, vi ó creí ver dos objetos redondos y brillantes que se me acercaban lentamente. Y al intentar desperzarme para sacudir la pesadilla, sentí que me atravesaban el cuerpo acerados garfios...

El gatazo negro de la huerta, que merodeaba por el comedor, me había olfateado indudablemente, y la pobre gorriona, que dormía placidamente á aquellas horas en brazos de San Antonio de Padua, se había quedado viuda sin saberlo.

... X ...

Pasaron meses y volvió la primavera.

Cuando desperté de lo que yo creía mi sueño y pude darme cuenta exacta y cabal de mi situación, me encontré revoloteando en un jardín magnífico, en torno á una estufa cuajada de macetas y perseguido, muy de cerca por un gorrión que abría el pico con el decidido propósito de comérmelo.

¿Qué diablos significaba aquello? ¿Por qué pretendía devorarme uno de mis hermanos y por qué no me atrevía yo á hacerle frente?

En uno de los incidentes de la huida, pasé sobre un estanque á ras del agua y... encontré la clave del misterio. Porque vi, como en un espejo, á mi perseguidor volando por allá arriba, y en el sitio que debía ocupar mi imagen no se destacaba la de otro gorrión, como parecía natural, sino la de un mosquito trompetero.

Aunque el cerebro en que podía funcionar entonces cabría holgadamente bajo la punta de un alfiler, fácil me fué recapacitar y reconstruir los hechos tal y como habrían pasado, seguramente.

En aquella noche de nevada, mientras el pájaro infeliz quedaba en el refectorio atravesado por aceradas uñas, á mil leguas del convento y entre el lacio musgo que bordeaba un estanque helado, un racimo formado por millares de larvas recibía el primer sople de vida. Y en su sople iba una parte infinitesimal del caballero gran cruz de Isabel la Católica, que acababa de abandonar su estuche de plumas.

Con el calor del sol, que abría los botones de las plantas y rompía las tenues y microscópicas envolturas de los gérmenes, las larvas se desentumecieron, engrosaron, adquirieron alas desproporcionadas para sus cuerpos, salieron zumbando los efímeros á recibir las caricias de la luz y del aire, y D. Juan Manuel Monteleón y Aguilar del Monte plantó sus numerosas patas largas y negras en el perfumado cáliz de una peonía.

Y véase por dónde la convicción, robustecida por la experiencia, de que mi espíritu, disgregándose cada vez más, iba de los seres superiores á los inferiores, descendiendo siempre en la escala, al contrario de lo que creen los teosofistas, y la seguridad de que la vida de un insecto de mi clase rara vez llega á una semana, me sugirieron la idea de resistir cuanto fuera posible y alargar aquella para no caer en otra peor.

Me separé del compacto grupo que se agitaba sobre el légamo, con el afán de pasar inadvertido y evitar los peligros que amenazaban constantemente á la masa y recorrí detenidamente el terreno.

El jardín en que había nacido, grandé y bien cuidado, rodeaba un hotelito flamante y

coquetón, con su marquesina de cristales en el entresuelo y su terraza en el primer piso. Puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente; dentro no se percibía ruido alguno, y por fuera no andaban otros seres que un mastín, que de vez en cuando salía de su caseta para desperezarse, y un jardinero entrado en años que recorría, regadera en mano, los enarenados senderos.

Del lado allá de la verja se veían algunos otros hoteles desperdigados, algunas casitas bajas y unos cuantos solares, con la choza del guardián en el centro. En un momento me hice mi composición de lugar e inventé mi novela.

Estábamos, sin duda, en uno de los barrios extremos de una población importante, y aquel hotelito no era un hogar con lares ni penates ni Cristo que lo criara, sino regalo de un señor respetable á una mocita alegre, y punto reservado de entrevistas de tapadillo. ¡Milagro sería que me equivocase!

Llegó la obscuridad de la noche sin que supiera á qué atenerme, porque el silencio, la calma y la soledad seguían reinando en los alrededores, y con las sombras me invadió lentamente un sopor que me fué privando del sentido sobre la hoja de una yuca. Si llegaba el relente y me sorprendía en semejante posición, en aquel punto terminaba la historia; pero yo no podía remediarlo...

Por fortuna, á media noche vino impensadamente á sacarme del letargo una vivísima claridad que, saliendo á torrentes por el hueco de una ventana, envolvía la yuca en haces de oro. Fascinados por aquella luz nos precipitamos en el interior, y no paramos hasta dar con las alas en el cristal de la bombilla tres ó cuatro mariposas menudas, que á los pocos momentos caían al suelo atontadas, y hasta media docena de cñifes.

La habitación en que nos habíamos metido casi involuntariamente, y que me iba á hacer el favor de resguardarme del fresco de la madrugada, era un gabinete precioso, adornado y amueblado con todos los refinamientos del gusto, y en el cual, ante un magnífico armario de tres lunas, se despojaba de adornos y de ropas, despacito y como recreándose en su belleza, una mujer que era un encanto.

Pero á mí no se me despertaba la casta. Mi novela no era un disparate, y aventurilla escabrosa teníamos. Mis compañeros de excursión tomaron posiciones para caer en el momento oportuno sobre aquellos hombros redondos y blancos que invitaban al picotazo áleve, y unos fueron á posarse en las paredes y otros en el techo.

Pero yo, que por las razones antes expresadas había tomado bastante apego á mi nueva vida, observé que uno y otras estaban tapi-

zados con telas de colores claros, y por si la señora, como era de temer, les tenía tirria á los mosquitos, tomé el partido de colocarme en uno de los adornos del armario, donde no era posible distinguir mi figura, que sobre el fondo negro no se destacaba poco ni mucho.

Y allí me quedé, sin la menor intención de hacer daño á nadie, toda la noche, y con el único fin de esperar á que calentara un poco el sol para tomar las de Villadiego. Estaba escrito, sin embargo, que no se realizaran mis planes y que aquella atrevida excursión, tan felizmente comenzada, acabase pronto y de mala manera.

Porque la chica guapa, en cuanto se despojó por completo de sus atavíos de calle, se cubrió con una especie de túnica finísima y elegante que dejaba al aire los torneados brazos y el ebúrneo seno, tomó de la mesita un periódico con monos y se dejó caer indolentemente en una butaca colocada por capricho del diablo á dos pasos del armario de tres lunas.

La tentación era demasiado fuerte y yo la resistí cuanto pude; pero pude poco. Aquella carne sonrosada y fresca era bocado demasiado exquisito para que le rechazara un mosquito infeliz que todavía no había probado la sangre. Caf, pues, sobre el alabastrino cuello, de piel apetitosa y suave, y me puse con delicadeza tal, que la dueña de semejantes tesoros no me sintió siquiera.

Escogí á mi sabor el sitio, piqué un buen rato con fruición, con deleite, y escapé volando á tiempo que una mano de nieve caía violentamente sobre la roncha. De aquella primera tentativa habíamos salido bien, á Dios gracias.

Pero el escozor seguía, aumentado por el roce de la uñita limpia y recortada que pretendía aplacarlo, y la señora, que no podía continuar con calma la lectura, se levantó como asaltada por una idea repentina, y echando mano á una tohalla, empezó á recorrer cuidadosamente el cuarto, examinando las paredes.

De vez en cuando se oía un "¡plaf!" estridente y seco, seguido de un "¡ah, ladrón, ya caíste!", cosas ambas que indicaban que, por mi culpa, iban feneciendo uno á uno los imprudentes compañeros que se habían posado sobre el fondo claro del brocatel ó lo que fuera.

Satisfecho de mi precaución y algo arrepentido de la calaverada que tales desventuras estaba ocasionando, prometíame no volver á las andadas cuando vi que la mujer hermosa suspendía de pronto su labor de exterminio y se volvía sonriente y afable hacia la puerta.

Aparecía en ella el señor respetable que yo había soñado, de engomado bigote canoso,

calva reluciente, piernas cortas, abdomen abultado y pescuezo de novillo; pero atildado, pulcro y adornado de piedras preciosas.

Descubrióse al entrar y se limpió la calva con un pañuelo de seda. Venía sofocado, jadeante, con las mejillas como la grana y los ojos echando lumbre. El espectáculo que se le ofrecía no era para menos, porque con el ajetreo de la matanza se le había descompuesto un poco á la mujer la túnica y Satanás no podía soñar incentivo mayor para el pecado...

Yo no la miraba desde que se presentó el caballero; me atraieron con fuerza irresistible aquellos carrillos que brotaban sangre, y partiendo como una exhalación, me posé en el derecho. Llegábase á él la dama en aquel instante con los brazos abiertos cariñosamente, tal vez á depositar un ósculo de paz y bienvenida en el sitio mismo en que yo me disponía á clavar la trompa, y á esta misma circunstancia se debió, sin duda, que me distinguiera perfectamente, y que, enojada aún por la picadura, y ansiosa de aplastarme, soltara al recién llegado un cachete de revés que sonó como un tiro.

El hombre, que esperaba un beso y se encontró con todo lo contrario, se quedó petrificado y viendo visiones, mientras la señora no podía explicarse de pura risa, y yo saboreaba el chasco, sano y salvo, á dos metros del lugar de la catástrofe.

Se amoscaba el buen señor á ojos vistas por no comprender lo que significaba aquello; apretaba ella en sus carcajadas á medida que se atufaba el otro, y aquella situación estrambótica y rara no hubiera tenido fin, á no ocurrírsele la endiablada idea de poner el sello á mi audacia.

Cuando la mujer volvía á acercarse, procurando detener la risa hasta explicar el caso, yo torné á posarme en el brillante cuero cabelludo del gordo y clavé el pincho con toda mi alma, con el propósito de sacar todo el partido posible y escapar en seguida.

Pero esta vez eché mal mis cuentas. Una mano corta y velluda se alzó como un arriete, y por pronto que quise abandonar el campo, me cortó la retirada y me despachurró sobre el cráneo de su propio dueño, quedando, como única prueba de mi breve existencia de mosquito, un puntito negro rodeado de manchas rojas en la calva de un señor respetable, que, con el mayor sigilo, se permitía sus escarceos amorosos en un hotel de las afueras de no sé dónde.

XI

Extremadamente difícil me va á ser explicar lo que pasó luego de modo que se entienda.

Porque en el momento de abandonar los

restos del insecto, me sentí encerrado en otro organismo vivo; pero tan simple y rudimentario, que para nada ó casi nada necesitaba del espíritu.

Ni la aproximación de una sospecha me era posible tener respecto al sitio del universo en que estaba, ni siquiera del astro en que yacía, y únicamente una impresión de humedad perpetua y de asimilación de sales que servían para la nutrición de la masa informe y la lenta formación de su costra, me daba leves indicios de que pudiera hallarme en un mar...

Pero, ¿en cuál mar, por qué y cómo?

Ello tenía que quedar en el misterio eternamente, puesto que mi espíritu podía ejercitar sus potencias, pero no estaba dispuesta para ello la materia de que le era dado servirse.

Sin embargo, evolucionando y trabajando pesadamente en aquella prisión despreciable, ordenando con una dificultad enorme las escasas sensaciones que recibía, y relacionando su propia viscosidad el caparazón, las sales y el agua, vino á sacar una consecuencia verdaderamente lamentable.

Que, estaba en una ostra.

Y ¡vive Dios! que no había podido venir á menos el insigne caballero condecorado por Su Majestad, asombro y admiración de sus contrerráneos y mil veces *bombado* por la Prensa local de todos los matices.

Los actos de mi vida se reducían á abrir las valvas, haciendo jugar la charnela para que el líquido circundante me bañara y nutriera, y á cerrarlas rápidamente cuando el más ligero roce me indicaba la proximidad de un cuerpo que pudiera dañarme.

De ese modo, como comprenderá el lector más torpe, mi existencia tenía que ser forzosamente muy larga.

No lo fué, sin embargo, porque la destrucción de aquella pulpa llegó oportunamente cuando yo buscaba el modo de separarme de ella por medio del suicidio, y no lo encontraba á tres tirones. ¡Una almeja no puede quitarse de en medio de ninguna manera!

Sentí una vez, no sé si de día ó de noche, porque ¡qué más hubiera yo querido que poder saberlo!, un choque levísimo en el borde de una de mis tapas, que tenía separadas para lubricarme, y en cuanto los ganglios recibieron la sensación se me encogió instintivamente el cuerpo para cerrarlas.

Pero se encontraron con un obstáculo que lo impedía, y se quedaron entreabiertas. Por la abertura penetró en seguida un cuerpo duro y aguzado, que con un movimiento rápido arrancó de cuajo ligamentos y adherencias, y en un santiamén dejó vacía la cáscara.

El asesino era un cangrejo.

Saben estos animalitos, para quienes los moluscos son exquisito manjar, que si se atreven á meter las pinzas entre las valvas para extraer el bicho sin tomar las debidas precauciones, corren el peligro de que un cierre violento les pille en una especie de cepo, de que no podrán salir sin perder la pata.

Y, aleccionados por la experiencia, cuando salen á esta clase de caza llevan consigo á prevención un chinarro, que hace el oficio del corcho que suelen colocar entre las mandíbulas los médicos que necesitan operar en la garganta, para ahorrarse mordiscos del paciente.

Por esta hábil estratagema cayó, víctima de la voracidad del enemigo, la ostra ó lo que fuere, en que yo tenía la incomodidad de albergarme, y allá abajo quedó, en las silenciosas profundidades del piélago, la concha en que, durante tanto tiempo, había pasado las de Caín el bueno de Monteleón y Aguilar del Monte.

XII

Y ya no sé más.

La sencillísima organización del molusco era una máquina complicada en comparación con la trama de filamentos y fibras en que me hallé metido de pronto. Tan corta era la cantidad de fluido que aquel ser necesitaba para subsistir, que toda mi misión se reducía á agitarme en vibraciones tenues, lentas, imperceptibles, las estrictamente precisas para que el fenómeno de la capilaridad se verificara sin tropiezos.

Fara explicarla en forma concreta es necesario que la fuerza inmaterial y desconocida, de que hablé al principio, la que palpita en el fuego de los soles y mueve miríadas de mundos, lleve ahora la mano de este hombre dormido y cuente cómo el espíritu que animó á D. Juan Manuel, á *Machaco*, á un gorrión, á un cñife y á una ostra, sin desprenderse jamás del gran todo indivisible y eterno, vibraba ahora en las raíces de un rosál que, revueltas y retorcidas, chupaban incesantemente los jugos de la tierra.

Sí, allí estaba yo; allí estoy aún sin otra ocupación que la de abrir los poros de las hojas para robar al aire el ácido carbónico que ha de nutrir mis células, y la de imprimir á éstas la fuerza que necesitan para absorber el agua del suelo y de la atmósfera.

Por fortuna, mi vida depende ahora de la versatilidad de los agentes exteriores, y alguien, sin duda, vela por mí y por mis compañeros.

¿Quién es este alguien?

Para el rosál, que no puede hacer otra cosa que crecer y agostarse cuando le llegue su hora,

su generoso protector será siempre un misterio. El sabio de pega que, contra su voluntad, ha manchado este rimero de cuartillas, lo sabrá cuando llegue á este punto, porque, para el espíritu que le ha tomado de amanuense, nada hay ignoto.

La mano hábil que corta, poda, limpia y riega tan oportunamente, pertenece á un jardinero municipal que cobra por hacerlo. Pero no de fondos del Ayuntamiento, en buen hora se diga, porque en ese caso, sabe Dios cómo andaría la paga y cómo estarían los rosales, sino de la caja de una testamentaria honradamente administrada, cuyos gerentes perpetúan de tal modo la memoria del testador que, á su paso por el mundo, había dejado tras sí un rastro de donaciones espléndidas.

¡Lástima grande que mis rosas no tengan ojos!

Si este milagro pudiera hacerse, yo vería ahora, cuando el aire vivificante de la primavera me abre los botones y gallardean entre aterciopelados pétalos estambres y pistilos, que el jardín de que formo parte, defendido por una verja, rodea el pedestal de una estatua...

Y que en este pedestal, precisamente en la parte que tengo enfrente, una plancha de mármol ostenta la siguiente inscripción en grandes letras de bronce:

AL ILUSTRE FILANTROPO
DON JUAN MANUEL MONTELEÓN Y AGUILAR,
CABALLERO GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA,
CONDE DE SANTIAGO DEL VAL,
ETC., ETC., ETC.,
[¡LA HUMANIDAD AGRADECIDA!]

Así: la humanidad entera, entre admiraciones y todo. Los señores de la comisión me habían adivinado el gusto.

Y mi espíritu, en ondas impalpables, va continuamente del rosál á la efígie, llevando como un homenaje de extraña egolatría el amoroso rumor de mis hojas verdes y el delicado perfume de mis flores recién abiertas."

.....

.....

Todo esto es lo que leyó, escrito de su puño y letra, sobre la firma del Conde de Santiago del Val, el hombre ilustre que, en mal hora, se había comprometido á amenizar una velada, disertando sobre las evoluciones de la materia cósmica.

¿Será necesario pintar su asombro?

MI TEATRO

PRÓLOGO

También tengo teatro. Mi teatro, propio, exclusivo, personal, sin mezcla, como Galdós, Iglesias, Benavente, los Quintero, Linares y Dicenta.

También es importante. Y ya era hora de que hablara yo mismo en su defensa, puesto que aquellos que, á querer, lo harían, me abandonaron á mis propias fuerzas.

Mi teatro es de escándalo, de bulla, de alborotos, de gritos, de protestas... ¡del ruido formidable con que, airada, la multitud su indignación expresa!

En mis estrenos gozan, se divierten, castigando con burlas mi torpeza, niños bitongos, jóvenes incautos, hombres graves y candidas doncellas.

¡No hay clases para mí! Siempre se juntan, con juicio igual y con la misma idea, banca, milicia, clero, bellas artes, aristocracia, pueblo y clase media.

Y la celosa autoridad, que teme que una noche me arañen ó me muerdan, ¡páguela Dios la previsión!, me pone un pelotón de guardias á la puerta.

No me quejo. Está bien. Muchos soldados volvieron derrotados de la guerra. Pero, ¿por qué las silbas de los otros pasan, se olvidan, y las mías quedan?

Las mías, refrescadas, vibran siempre, se ponen como ejemplo y como muestra, y en cuanto llega la ocasión se citan y á través de los tiempos se recuerdan.

Mi teatro ha llegado, no sé cómo, á ser suma y compendio, flor y crema de insulsez, sosería, atrevimiento, mal gusto, ordinario y desvergüenza.

Represento á una clase imaginaria de autores con omnímoda influencia que se imponen al público por guapos y cobran el barato á las empresas.

¡Y juro á Dios que la leyenda es falsa! Jamás mi pluma encanallé á sabiendas, y no he quitado el pan sino á mí mismo y no hice á nadie la menor ofensa.

Y á pesar de mi historia literaria limpia, si no brillante, se me niegan la sal y el agua, y tirios y troyanos me reputan zoquete sin enmienda.

Aún, para vender mi mercancía, ofreciéndola voy de puerta en puerta, y me cuesta fatigas y sudores encontrar empresarios que me atiendan.

Por eso salgo del rincón obscuro en que en vano esperé justicia seca para retar de frente á mi destino, rompiendo en mil pedazos la leyenda.

Yo cometí una falta, una tan sólo, que no le cabe á nadie en la cabeza: hacer el bien á los demás, dejando la hacienda propia, por cuidar la ajena. Oiganme todos, pues; y si está escrito que cuantos como yo sienten y piensan caigan vencidos, subiré al calvario tranquilo y firme, con mi cruz á cuestas.

CAPÍTULO I

LA CRUZ DEL PUÑAL

Toda su historia fue aquella subida de la escalera, en medio de la tristeza gris de la mañana.

DAUDET.—SAFO.

Yo, el que suscribe, mayor de edad, escritor público, con cédula personal número tantos, que exhibo y recojo, declaro haber estudiado sexto año de Medicina y primero de Derecho en la Universidad de Valladolid, durante el curso de 1878 á 1879, á principios del cual se les ocurrió á unos cuantos compañeros de la clase de clínica quirúrgica la caritativa y noble idea de costear á Escobar el título de médico.

Este Escobar, de cuyo nombre no puedo acordarme por más que hago, era un muchacho muy simpático, que tenía una novia como cada quisque, y que había hecho la carrera á traucas y barrancas y con grandes apuros.

Su afán era obtener la reválida, casarse inmediatamente, no sólo por cumplir su palabra, sino porque los médicos solteros tienen poca salida; y pretender la titular de un pueblo para ganarse el pan honradamente y vivir en paz con su mujer y los hijos que Dios se sirviese enviarle.

El obstáculo para la realización de este plan, ó sea la falta del dinero necesario para pagar el título, era el que pretendían allanar, con la mejor intención del mundo, los compañeros de clínica quirúrgica. Desechada la idea de la suscripción, porque en toda la clase, bien rebañada, no se encontraría ni la mitad de lo preciso, y la de la becerrada, por el temor de que los ingresos fuesen menores que los gastos, quedó como único recurso la función teatral.

El teatro era entonces, es ahora, y supongo que será siempre, el paño de lágrimas de todos los desventurados y el clavo ardiendo á

que se agarran cuantos se proponen remediar desdichas colectivas ó individuales.

Y como entonces no había en Valladolid compañía alguna, ni esperanza de que la hubiese, y como yo andaba por aquella fecha escribiendo quintillas en las paredes de las aulas y dirigiendo epigramas dulces y punzantes á los profesores fastidiosos y á los cadetes de Caballería, enemigos naturales del cuerpo escolar pinciano, los señores de la comisión encargada de salvar á Escobar acordaron dos cosas: primera, que se diera una función en el teatro de Lope, y segunda, que yo aprovechara las vacaciones de Navidad para escribir un drama en los actos que quisiera, con tal que no bajaran de tres, y un fin de fiesta que hiciera desternillar de risa, para quitar el amargor de la boca...

* *

Pensado y hecho. El día 7 de Enero volvía yo de mi lugar con los dos ejemplares, y ocho días después ensayaban ambas obras los estudiantes mismos con una fe y un entusiasmo dignos de mejor causa.

Titulábase el drama *La cruz del puñal*. Con el título basta y sobra para suponer que aquello era un conjunto de asolaciones y fieros males, diluidos y especificados en largas tiradas de endecasílabos robustos y redondillas de ¡vaya usted con Dios! De la tesis que pretendí desarrollar no me acuerdo, y es lástima. De lo que sí estoy seguro es de que la reputaron por trascendental y honda el barbero, el veterinario y el maestro de escuela de mi pueblo, que aguantaron la lectura, sin pestañear, varias veces. El hálito del romanticismo y el ronco gemir de las pasiones desbordadas turbaron entonces, y ya nunca más, el sepulcral silencio de aquella tristísima aldea de Castilla, siempre tranquila y quieta.

Y el fallo de aquel tribunal campesino, dormido por dentro, se confirmó en el estreno y única representación, verificada en uno de los primeros días de Febrero, con pronunciamientos mucho más favorables. Presidió la fiesta el rector, y asistieron á ella el Claustro universitario en pleno y los estudiantes de todas las Facultades en masa, con lo cual se llenó el teatro hasta los topes, y Escobar pudo hacerse la cuenta de que tenía el título en el bolsillo.

El éxito fué enorme, colosal, increíble. Lanzáronme á la escena un par de coronas de laurel como ruedas de carro, con dedicatorias en las cintas y todo, coronas que habían estado expuestas desde el día antes en una sombrerería de la Plaza Mayor para que no se pudiera dudar de que la ovación iba á ser espontánea; tiraron desde el paraíso millares

de papelitos de colores con versos en que se saludaba al poeta,

“que surgía en la estepa castellana
como el suave fulgor de la mañana”.

Y por si aquello era poco, media docena de estudiantes aficionados á la métrica fueron apareciendo uno tras otro en el escenario y endilgándonos al público y á mí unas composiciones que no se acababan nunca, en que me comparaban con Calderón y con todos los genios de la dramaturgia muertos y recién nacidos.

En resumidas cuentas: que la broma acabó á las dos de la madrugada, cosa que no se pudo impedir, porque no se había publicado aún el reglamento de espectáculos vigente; que el público no hizo ostensible su aburrimiento, por el sagrado papel que estaba representando; que yo, entre las enhorabuenas, la emoción y los besos de la gloria, no pude conciliar el sueño hasta que el sol cubría “la estepa castellana”, y que á las dos de la tarde del día siguiente dormiría aún, á no haberme despertado un guardia ceñudo y hosco, que me ordenaba seguirle al Gobierno civil, en calidad de detenido, sin excusa ni pretexto alguno...

* *

Como habrán podido comprender los que me atendieron, el drama era rematadamente malo, y la interpretación tuvo que ser detestable, dicho sea sin ofender á mis condiscípulos; pero como los delitos de esa clase no tienen todavía sanción penal, no era por eso por lo que me llevaban más que de prisa al antiguo convento de San Gregorio, donde tenía su residencia oficial el señor gobernador civil de la provincia.

Por lo que me llevaban, según supe después, era porque había pasado lo siguiente, mientras yo dormía como un tronco:

Con la fresca y á la hora precisa de entrar en las primeras clases, había salido á la calle el periódico *La Opinión* con su crítica correspondiente. Una crítica despiadada, cruel, en que se me sacudía el polvo con fiereza insólita, y que remataba con la siguiente aleyuya:

“Sufrió el arte mil zozobras
con estas pérmas obras”.

Así lo había escrito el crítico, con equis, para dar mayor fuerza á la expresión y para convencer mejor á la gente de que las obras eran incapaces de sacramentos.

Aquella equis y aquellos piropos se le suhieron á la cabeza al cuerpo escolar, y ar-

diendo en santa indignación zamoranos y montañeses, los de Rioseco y los de Peñafiel, como si á todos á un tiempo les hubiese piteado la misma vibrata, acordaron no acudir á las cátedras; sino á las oficinas de la estación del Norte, donde el director del periódico tenía un empleo, y de las cuales había de salir á las once en punto.

Salió efectivamente—¡nunca lo hubiera hecho!—y los mil y tantos manifestantes le sorprendieron con la silba más descomunal que oyeron los siglos. Siguiéronle después, vejándole y martirizándole con maldiciones, burlas y chanzonetas de todos géneros por todo el Campo Grande, que fué para él verdadera calle de la Amargura.

Al entrar en la de Santiago, la manifestación había engrosado considerablemente con los transeúntes desocupados que había ido recogiendo en el camino; los gritos eran ensordecedores, y ya nadie sabía lo que gritaba. Ouidió la alarma, cerráronse las tiendas, y un pelotón de guardias, sable en mano, avanzó resueltamente desde la Plaza Mayor á cortar el paso á la muchedumbre y á salvar á la víctima de las garras de aquellos energúmenos.

Pero ni los guardias de Valladolid estaban tan acostumbrados como los de la corte á repartir cintarazos por un quitame allá esas pajas, ni los estudiantes de allá estaban hechos á semejantes trotes; así que las masas, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se lanzaron impetuosamente sobre los representantes de la autoridad, desarmaron á unos, destrozaron la ropa á los demás y les hicieron huir á todos.

Y la algarada estudiantil, triunfadora y dueña absoluta de la población, siguió creciendo alegremente, olvidada ya de su primer objeto.

No estaban aún sosegados los ánimos ni perdido el recuerdo de las revueltas que precedieron al advenimiento de Alfonso XII: lo que empezó por broma de chicos podría traer consecuencias graves, y el gobernador decidió proceder con energía para atajar el incendio...

Por eso estábamos allí, en un aposento de San Gregorio, tristes y mustios, el autor y los intérpretes de *La cruz del puñal*, pobres inocentes que no sabíamos una palabra de los sucesos, y únicos responsables de ellos mientras no se encontraran otros.

Horas y horas se pasaron en declaraciones, careos, rectificaciones é indagatorias, hasta que bien entrada la noche, á eso de las diez, vimos penetrar resueltamente en la habitación, altivas las figuras y descompuestos los semblantes, hasta una docena de alumnos de Medicina y Derecho,

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan ustedes?—gritó el jefe de policía, saliéndoles al paso.

—Somos... la comisión, y venimos á que deje usted en libertad á éstos.

—¿Y con qué derecho han entrado ustedes aquí?

—Con el que nos da la representación de todo el cuerpo escolar de Valladolid, que está ahí fuera, en la plazoleta, dispuesto á todo.

Se enfureció el jefe ante tamaña osadía, replicaron los otros alzando el gallo, y aquellos dimes y diretes hubieran tenido mal fin para nosotros, si una tromba, una verdadera tromba de muchachos chillones, no hubiera entrado en el patio, arrollando al centinela, y nos hubiera sacado en hombros, sin hacer caso de voces y amenazas.

Entre aquellas airoas columnas, bajo aquellos elegantísimos arcos, que son una maravilla arquitectónica; á la luz de una luna, brillante y clara, que daba cierta poesía al cuadro, salimos todos en triunfo, locos con el estruendo de los ¡vivas!, entre los soldados de la guardia, que, asombrados de audacia semejante, no se atrevieron á coernos á bayonetazos.

La noticia, abultada o tergiversada, corrió por todas partes; la autoridad militar intervino; preparáronse las tropas en los cuarteles... ¡Valladolid entero durmió intranquilo aquella noche!

* *

Toda mi vida ha sido después aquel estreno turbulento y tumultuoso. La Prensa, atacándome con furia y llamándome *périmo*; las turbas, alborotadas en las calles; la fuerza pública requiriendo las armas; las autoridades, en vilo; las personas graves, tomándose ojeriza como cabeza de mofa, objeto de odios sin causa, piedra de toque de pasiones menudas, combatido incesantemente por el temporal y zarandeado en plena vorágine...

Pero Escobar es médico. Seguramente, allá en un rincón apartado, tranquilo y apacible, gana honradamente su pan de cada día y cuida en santa paz de la mujer que escogió por compañera y de los hijos que Dios se hubiere servido enviarle.

CAPITULO II

LA TIENDA DE COMESTIBLES

Vaya, fuera caretas. No soy autor dramático.

Lo pretendí una sola vez; escribí una comedia en tres actos pensada seriamente, y las cosas se pusieron de modo que tuve que vol-

verla al cajón, donde la tienen ustedes para lo que gusten mandarla.

De modo que los periodistas de grande y pequeña circulación, que ponen decidido empeño en demostrarme que no me llama Dios por semejante camino, pierden el tiempo lastimosamente, porque predicán á un convencido.

Esta confesión mía, que así Dios me salve como me sale de las entretelas del corazón, debieran hacerla también muchos otros señores, algunos muy encopetados, que viven de sus obras y no son autores dramáticos tampoco.

Todo el que haya tenido uno ó dos éxitos enormes, y luego no haya vuelto á dar pie con bola, es que tocó la flauta por casualidad, como el burro del cuento.

Lo cual no es una deshonra. Se puede tener un talento macho, y hasta ser un genio si á mano viene, y no poder demostrarlo en la escena. ¡Qué se le ha de hacer!

Aquí me detendrían, si me tuvieran á mano, los tres mil quinientos ó cuatro mil aspirantes á Tirso de Molina que creen que soy yo el que no les deja sacar la cabeza, y exclamarían airados:

—¡Hola! ¿Conque usted confiesa que no es autor, y, sin embargo, mangonea en los teatros, y estrena obras, y danza en cabildeos y Juntas, y hasta forma parte del *trust*, según dicen?...

—¡Alto ahí, señores míos! replicaría yo en el acto. No soy autor, efectivamente; pero ni estorbo ni quito el puesto á ningún nacido, porque mis obras no se hacen más que una noche, generalmente, y en seguida dejo los carteles libres para quien quisiere usufructuarlos. Jamás he tenido influencia alguna con actores y empresas, aunque á unos y otras he hecho algunas veces grandes servicios; pero si por azar la tuviere, la dignidad me impediría emplearla en provecho propio, porque me daría vergüenza demandar como limosna lo que pudiera merecer por derecho. Y en cuanto á danzar y bullir en asuntos que casi no me importan, no lo hice nunca como amo absoluto de nadie, sino como criado humilde de todos, como se demostrará en el curso de la presente historia.

¿Que estreno con lamentable frecuencia? Es verdad. ¿Y por qué no he de estrenar yo, á ver si pega, cuando eso mismo hacen un día sí y otro también más de mil ciudadanos libres que no saben gramática, ni conocen su propio idioma, ni tienen la más leve noción del arte, ni cuentan con más defensa ni apoyo que su audacia y el mal gusto corriente y momentáneo?

Además, de diez veces que escribí para el teatro, nueve y media lo hice contra mi vo-

luntad, sin fe, sin ilusión, de prisa y corriendo, por hacer un favor ó sacar de un compromiso á alguien, á sabiendas de que el público iba á protestar y de que los críticos me iban á hartar de zurriagazos al día siguiente.

¿Que así no se debe trabajar? En eso estamos. Pero cada uno es como es, y yo soy un pápapo que no se enmienda nunca.

—Hace falta irremisiblemente para tal fechoría—me dicen—una obra de estas y estas condiciones.

—¿Aunque la griten?

—Aunque la griten.

—¿Se resuelve algo con eso?

—Sí; se resuelve esto, lo otro ó lo de más allá.

—Pues estará la obra.

Y está. Y la silban casi siempre, y yo aguanto impertérrito la somanta y, poquito á poco, me voy labrando una reputación de literato de pan llevar, que no tiene el diablo por dónde desecharme...

Sin ir más lejos. *La Revista nueva ó la tienda de comestibles*, de cuyo pateo estruendoso guardaré siempre ingrata memoria, se escribió para inaugurar la temporada de 1889 á 1890 en el teatro de la Alhambra. La empresa, bisoña en semejantes lides, había formado una compañía dirigida por Carreras, y tenía en su poder algunas zarzuelitas en un acto, pero todas sencillas, modestas, de escaso aparato y poco movimiento. Hacía falta una especie de revista en muchos cuadros, con variedad de trajes, que sirviera de pretexto para la presentación de la compañía, y ¿quién había de comprometerse á enjaretar un esperpento de esa especie en menos de una semana? Yo. Me habló Carreras, acepté el encargo, y puse manos á la obra. Como era punto menos que imposible encontrar un músico que se prestara al sacrificio, pedí permiso á Chueca y Valverde para aprovechar música usada, y me lo dieron con mil amores.

Se me había olvidado advertir que cuando me encargaron una revista, se me abrieron las carnes. Odio con toda mi alma las revistas. Si todo el público fuera como yo, no pasaría una, aunque tuviera la sal por arrobas.

Esto no quita para que admire y hasta ame entrañablemente á algunos *revisteros*, y para que por puro compromiso las haya hecho yo algunas veces, pero no las puedo ver ni en pintura.

No comprendo que una porción de caballeros en su sano juicio, y de señoras discretas, congregados en una sala de espectáculos, vean aparecer en escena á un actor que dice:

"Soy el catre de tijera
que se da á la cocinera
pa que duerma poco y mal,
¡voto á tal!"

y se queden tan frescos como si aquello fuera la cosa más natural del mundo. Y no me ha podido caber en la cabeza que el coro de señoras se adelante á la batería cantando:

"Somos las tejas
rotas y viejas
que se aproximan
al canalón...
¡Pom!"

y no empiecen á tirar piedras al tejado los espectadores.

Que un personaje represente un avaro, una coqueta, un entremetido, un celoso... bien; pero que un hombre hecho y derecho venga á decirnos que él es el pestillo de una mesa de noche, y que una muchacha guapa asegure que es la Deuda perpetua interior, ó la República, ó un puro de quince céntimos, son bromas que no se pueden aguantar aunque lo juren frailes descalzos.

Bueno; pues abundando en estas mismas ideas, yo quise que *La tienda de comestibles* fuese una especie de *El café*, de Moratin, proponiéndome hacer resaltar la parte absurda y ridícula del género. Puse allí un coro de garbanzos, otro de pimientos morrones, un diálogo entre una bacalada y un bote de conservas, un monólogo del terrón de azúcar, que recitaba el propio Carreras con la rapidez del rayo... ¡qué sé yo cuántos disparates por el estilo! Y para que no cupiera duda de que se trataba de una sátira, en vez de los dos personajes anodinos que suelen colocarse junto á la primera caja de bastidores para presenciar los acontecimientos, yo no sacaba más que uno.

El otro era un cesto de mimbres. Puesto que, según es uso y costumbre, el uno es el que explica las cosas y el otro no hace más que oír y callar: para esta sencilla operación con un cesto basta.

En mi revista, el actor de carne y hueso le decía al de mimbres:

—¿Ve usted esos garbanzos? Son los demócratas. ¿Ve usted esos pimientos? Son los republicanos. ¿Ve usted ese terrón de azúcar? ¡Es Castelar!

Y así sucesivamente, con el mismo ingenio y la misma picardía que mis antecesores. ¡Me parece que estaba transparente el símbolo!

Pues sin embargo...

El último día de la temporada de verano en el teatro Felipe se celebraba el beneficio de los autores de la obra *De Madrid á París*,

y, por consiguiente, de Chueca y Valverde, mis colaboradores en *La revista nueva*. Para dar mayor atractivo á la función, y de acuerdo con la empresa de la Alhambra, que había de inaugurar las suyas al día siguiente, se convino en que la compañía del segundo teatro estrenara la obra en el primero, por un favor especialísimo á los beneficiados, y contando con que el público dejaría pasar carros y carretas en noche tan solemne.

Así se hizo, y empezó la representación con un lleno envidiable. Valverde y Chueca, con sendas levitas flamantes, se colocaron tras el telón del fondo, dispuestos á salir á recibir dos, tres ó cuatro ovaciones entusiasmadas.

Pasó el coro de introducción sin pena ni gloria, y en la primera escena hablada, cuando el actor que iba á hacer de *cicerone* colocó el cesto en su sitio, explicando el papel que representaba, el auditorio entero rugió de ira, creyendo que aquello era una burla de mal género. ¡Santo Dios! ¿qué le habré yo hecho al respetable senado para que siempre crea que me burlo? Al ver perdida la batalla me retiré al foro, exclamando cariacontecido:

—D. Federico, ¡cuánto siento que se haya usted molestado en ponerse una levita tan hermosa!

—Espérese usted, hombre de Dios—contestó Chueca—, que no hemos empezado todavía.

—Pues por eso lo digo, porque en cuanto empecemos se va á venir el teatro abajo.

Y, efectivamente, la concurrencia llevó el compás de los números de música, gritó en todas las escenas, destrozó cuantos artículos de comer, beber y arder se le pusieron delante, y entre los rugidos formidables de la tempestad se perdió la tesis.

El teatro Felipe, todo de madera, retumbaba como el parche de un enorme tambor baquetando por millares de palillos y el ruido de la barafúnda llegaba hasta el Hipódromo...

Así acabó aquella mi primera salida al campo de la sátira teatral, que no he, sabido manejar nunca; haciendo un flaco servicio á los beneficiados, fastidiando á la empresa de la Alhambra y ganándome á pulso un vapulco soberano de toda la prensa.

Sólo me quedaba una esperanza: D. Manuel Cañete. El insigne crítico venía haciendo contra las revistas una campaña tremenda, hasta el punto de haber pedido el destierro para el pobre Navarro Gonzalvo, y de él esperaba yo que, alabando siquiera la intención, saliese á mi defensa. Pero ¡que si quieres, Margarita! Al repasar, con la natural avidez, las columnas de *La Ilustración*, se me ca-

yeron los palos del sombrero. D. Manuel había tomado también el rábano por las hojas, y juzgaba aquello como una revista más, pero cien veces más deslavazada y necia que las que le revolvían la bilis, y me despreciaba profundamente...

¡Oh! no hay desgracia semejante a la mía. ¡Haber escrito una obra para halagar al señor Cañete, y encontrarme con que no nos habíamos entendido!

CAPITULO III

LA ZARZUELA NUEVA

El público de los espectáculos teatrales no se parece á ningún otro.

Es benévolo para los chistes de cadenetá y blando para los arranques de ternura, cuanto más cursis, mejor; pero picajoso en cuanto se cree aludido y pronto y duro en el castigo de los que se le figuran atrevimientos ó desmanes.

En un mitin político ó administrativo puede levantarse un orador y decir muy fresco, ante cinco ó seis mil personas:

—Señores: somos miembros podridos de un cuerpo degradado; avergüenzan nuestras costumbres públicas; hemos perdido la dignidad colectiva y hasta el valor individual, que constituyan antaño nuestros más preciados timbres de gloria... ¡Merecemos, pues, una albarda!

Y el concurso, electrizado, aplaudirá lo de la albarda frenéticamente, como si á ninguno de los circunstantes le tocara un ápice de la degeneración, ni una hilacha de la cincha.

Un fraile cualquiera es muy dueño de decir desde el púlpito:

—Hermanos míos: las alas de Satán se ciernen sobre vuestras cabezas, porque la maldad anida en vuestros corazones. ¡Sois carne de caldera de Pedró Botero! La concupiscencia os roe las entrañas, la mentira se ha aposentado en todos los hogares y la verdad ha huido de todos los labios... ¡Temblad por vosotros y por vuestros hijos, porque se aproxima el castigo justo de todos vuestros crímenes! Oremus.

Y el auditorio sollozará con emoción honda, y el que más y el que menos se juzgará capaz de comerse los niños crudos y merecedor del aceite hirviendo con que le amenaza el reverendo padre.

Pero como un autor dramático se atreva á decir por boca de un personaje:

—Respetable público: de esa decadencia del teatro que deploras constantemente, tienes tú alguna culpa, porque te perviertes el gusto á

sabiendas; porque te dejas arrastrar por lo chabacano; porque permites que te llamen para juzgar un parto del ingento y luego no te enseñen más que las pantorrillas de una tiple...

—¡Alto ahí! ¿Qué falta de respeto es esa? ¿Qué dice usted de pantorrillas? ¿Quién es usted para insultarnos—exclamarán á una todos los espectadores, incomodados de veras. Y allí se acabarán los razonamientos con el estrépito consiguiente.

Por no haber averiguado á tiempo esta verdad, tengo yo clavada en el corazón la espina del fracaso de *La zarzuela nueva*...

*
*
*

La cual zarzuela nació de la manera siguiente:

En el cuarto de Manolo Rodríguez, primer actor y director de escena del teatro de Apolo, una noche en que se hacía en tercera sección *El dúo de la Africana*, entraron, previa la más correcta demanda del permiso correspondiente, dos caballeros de edad madura, pero tiesos y bien conservados, con sendos fraques de irreprochable corte, con el empaque de gente de alta alcurnia y una finura de modales exquisita.

Yo tengo la costumbre, desde hace quince años, de tomar todas las noches tres vasos de café seguidos en el cuarto de algún artista de Apolo. Esta debilidad, que confieso sin reparo alguno, puesto que antes de ahora se ha hecho pública por medio de la prensa, fué causa de que yo presenciara la entrevista. Aquellos caballeros me sorprendieron en el segundo vaso, y tuvieron la bondad de indicarme por señas que no estorbaba.

A Manolo y á mí, que en punto á cortesía, rendimientos y zalemas nos andábamos en palotes, se nos pusieron los pelos de punta ante el aspecto solemne y el señorío natural de los recién llegados, que olían á gente de pro á cien leguas.

Efectivamente, ambos eran senadores, no sé si electivos ó por derecho propio, y bien se les conocía la importancia social y política... Lo que venían á decir debía de ser cosa de gravedad extraordinaria, y el excelente actor y este su amigo verdadero estábamos con el alma en un hilo.

He aquí un extracto de la conversación, en que por fortuna, no tomé parte:

—Tenemos la honra de hablar con el director de escena de este teatro, ¿no?

—Sí, sí, señores; pero la honra es... es... vamos, ¡es mía!

—Bien; y según parece, si no nos han informado mal, al director de escena compete (este compete acabó de azorar á Manolo) la

elección de los coristas que han de ocupar tales ó cuales lugares y representar estas ó las otras figuras.

—Sí, señor, le compete.

—Me alegro, porque de ese modo podrá usted hacernos un señaladísimo favor, que no ha de costarle gran trabajo, y que le agradeceremos este amigo y yo muy sincera y profundamente. (*Reverencia exagerada de Rodríguez, que quería decir: ustedes dirán.*) Se trata de esa muchacha morena, alta, con el pelo muy negro y los ojos muy grandes, que creo se llama... (*al otro*) ¿cómo se llama, duque?

—Casilda.

—Eso es, Casilda.

—¡Ah, sí! la malagueña.

—Justo; de Málaga me parece que es. Bueno, pues ya sabe usted que en *El dúo* unas coristas salen de sacerdotisas con traje talar, y otras de bailarinas, para acompañar á la tiple al final de la obra.

—¡No lo he de saber!

—¡Claro! Pues... parece que á la Casilda la molesta mucho salir de mallas. ¡Caprichos ó piques entre ellas! ¿sabe usted? y nosotros la hemos dado palabra de intervenir con el director para que desde esta noche la coloque entre las sacerdotisas.

—¡Oh! con mucho gusto (*otra reverencia*); serán ustedes servidos inmediatamente, ¡no faltaba más!

Gracias expresivas, saludos, apretones de manos, sonrisas agradables... y la comisión del Senado salió majestuosamente del camerino con la misma prosopopeya que si acabara de depositar un mensaje importante en manos de la Reina regente.

—¿Qué le parece á usted?—exclamó Manolo respirando fuerte, como si se hubiera quitado un peso de encima—. Aquí de lo que decía Luceño: pone usted esto en un sainete y dicen que es mentira.

—Pues mire usted, valía la pena de probar, por ver si lo dicen.

—¿Eh?

—Sí, señor; y daría cualquier cosa por saber escribir comedias, para hacer una preciosa con este asunto.

—¡Hombre! ¿Con éste sólo?

—¡Vaya! Figúrese usted que uno de esos señores tiene muchos amigos en la Alta Cámara, ó es jefe de grupo ó sencillamente puede influir con su voto en un momento determinado. ¿No es esto verosímil?

—¡No ha de serlo!

—Pues siga usted figurándose que el Gobierno prepara una reforma importante en la

ley Municipal para acabar con el caciquismo, que presenta á las Cortes el correspondiente proyecto y que en el Senado están, equilibradas las fuerzas porque los caciques se agitan para defenderse y los senadores no estudian á fondo la cuestión para evitarse quebraderos de cabeza.

—Adelante.

—Hágase usted cuenta de que el carpintero por quien se muere la malagueña le tiene tirria al Gobierno por estas ó las otras razones ó sin razones de ninguna especie, y le dice á la chica que la corta la cara si su senador no tumba al ministro. ¿Qué cree usted que hace la Casilda?

—Decírselo al senador, que la manda á freir espárragos.

—¡Qué ha de mandar, hombre! Menos le importa á él la reforma municipal que lo de las mallas, y ya ve usted cómo ha venido. Lo que hace es hablar á ese amigo y á todos los que tenga y votar en contra con la tranquilidad del mundo. El hombre, cuanto más alto está y más méritos tiene, más goza en humillarse para servir á la señora de sus pensamientos.

—Eso es verdad.

—¡Pues mire usted por dónde el simple capricho de una corista puede atascar el carro del progreso y afianzar el régimen feudal en la nación por los siglos de los siglos!

De esta manera surgió la idea madre.

La desconfianza en mis fuerzas la hizo evolucionar poco á poco, achicando sus proporciones hasta encajarla en una zarzuelita en un acto, que tuvo la desgracia de excitar la indignación del público.

Pero se me ha ido mucha tinta en el preámbulo, y el desarrollo completo del asunto capítulo aparte requiere.

CAPITULO IV

CONTINUACIÓN DEL TERCERO

La evolución fué muy sencilla. De la sofista comedia en tres actos quedó... lo que debía quedar cuando me sentí sin alientos para empeño tan grande: un cuadro de costumbres de teatro, para el que de algo serviría el haberme pasado en los escenarios la flor de la existencia.

Púsenme á ello, pues, y pronto vivieron y colearon sobre las cuartillas: el senador de marras, que se considera muy honrado atando el calzadillo á una corista pizpireta; la tiple

que se regala ramos á sí misma y el actor que juzga todos los papeles inferiores á su mérito; el crítico que amenaza con llamar bazofia á cuanto se estrene si no le dan dos butacas; el autor primerizo á quien obligan á variar cien veces el plan de una obra; la florista que trae y lleva entre rosas y claveles el veneno de las proposiciones amorosas de mala indole; el camarero del café que toma confianza con el autor y llega á preguntarle:—¿Con que nos han gritado, Sr. de Villanueva?—y otra porción de tipos que yo me sabía de memoria.

A decir verdad, la sátira que palpitaba en todas las escenas no me salió muy suave que digamos: y como de esas interioridades del teatro el público entiende poco, temí que me sucediera lo que á los banderilleros malos, que clavan los pinchos en la atmósfera. Imaginé, pues, un asunto pequeño, pero que pudiera ser interesante, y hele aquí en cuatro palabras:

Una chica muy mona, empujada por la miseria, se hace corista de un teatro por horas, donde su novio gana dos reales como portero del escenario. El mozo, que la quiere con toda su alma, sufre, clavado en su silla, tormentos indecibles; tiene celos de todo: del público que se recrea en la belleza de la mujer, del maestro de coros que la mima, de los abonados que la piropean entre bastidores... y cuando averigua que el senador del cuento ha empezado la seducción enviando una tarjeta entre unas flores, pierde los estribos y estalla de pronto como una bomba.

Tira entonces sus dos reales por la ventana, arranca el ramo a la vendedora, quiere matar al viejo verde, dice cuatro frescas al empresario, y cuando la chica se dispone a salir a escena en un coro de guerreras vistoso y sugestivo, la separa violentamente de la fila, y estrechándola contra su pecho, grita a la faz del mundo:

—Tiene dos caminos: ó morirse de hambre ó morirse de vergüenza. Se morirá de hambre, ¡pero conmigo!

En fin, un dramita comprimido de los que empezaron á estilarse luego, pero sin desplantes de tragedia griega ni parlamentos ridículos, á Dios gracias.

* *

Ya metido en faena, se me ocurrió que, puesto que la prensa tronaba un día y otro contra la pobreza de ingenio de las piezas en boga, y el público mismo renegaba de su condescendencia para sufrirlas, tal vez sería conveniente, aunque un poco arriesgado, dar la batalla al mal gusto, cara a cara y en su propio terreno.

Y, enamorado de la idea, me atreví á poner en boca de un autor silbado, y en la tercera escena para mayor prueba de audacia, una diatriba contra los compañeros que rebajaban su arte, y algunos consejos al público, que, recreándose en lo malo, se hacía principal responsable de tales desafueros.

Entregué el libreto al maestro Torregrosa, que lo sirvió á las mil maravillas, y empezaron inmediatamente los ensayos.

En el primero de los llamados de conjunto, se me acercó, airada y casi furiosa, la florista que yo había pretendido retratar y que, oculta en la sombra de las últimas filas de butacas, lo había presenciado todo.

—¡Oiga usted!—me dijo.—Así no me saca usted á escena, porque está mal, y no lo consiento.

—Señora, yo...

—Sí, señor, sí. Ahí he visto que el que hace de portero me quita un ramo de flores y encuentra dentro una carta para una corista ó lo que sea... ¡y eso es falso! ¡Eso es una mentira!

—¡Pero mujer de Dios!...

—Que digo que es una pura mentira, ¿sabe usted? Porque si yo llevo una carta dentro del ramo, no me la dejó quitar ni con tenazas... ¡ni de ese ni de nadie!

* *

A las diez en punto de la noche, el 7 de Octubre de 1897, se alzaba el telón del teatro de Apolo para el estreno de *La zarzuela nueva*.

Y á las diez y dos minutos penetraba por la puerta del escenario un viejo actor muy conocido, que acababa de regresar aquella misma tarde de "una brillante excursión por provincias".

Llegaba el hombre ansioso de contar sus triunfos, y... fui yo la primera persona conocida que halló á mano. El ignoraba mi situación en aquel momento; yo no me atrevía á hacerle callar, porque no lo tomase á descortesía, y en estas y las otras no podía enterarme bien de lo que ocurría un poco más lejos, y que tanto me interesaba.

—Mire usted—decía el respetable anciano—, en Burgos el negocio puede decirse que no fué tal negocio... ¡Ya sabe usted lo que es Burgos en esta época! ¡No va nadie al teatro! Pero á los pocos que iban les gustamos mucho... ¡Nos han salido *Los soldados de plomo* como nunca! Desde allí pasamos á Pamplona. ¡Ya sabe usted lo que es Pamplona! Una población levítica, refractaria á las comedias, donde todo el mundo odia á los comediantes...

Y por ahí seguía mi hombre. Por un oído me entraba el relato de su correría artística, y por el otro la voz del actor Sr. Ripoll, que

hacía en mi obra el papel de autor silbado y decía junto á la concha, por mi cuenta y riesgo:

—“El vulgo tiene instintiva predilección por lo chabacano, por lo grosero, por lo adocenado, por el arte de baja estofa. Seguirle en su mal gusto es una garantía de buen éxito; contrariar su afición es exponerse á la derrota. Pero el autor de veras debe poner su arte sobre todas las cosas. Debe plantarse ahí arriba bravamente, y fustigar al público en sus vicios, y zaherirle por su ignorancia, y enseñarle los buenos derroteros, como se enseñan esas cosas á las muchedumbres: ¡á latigazos, si hace falta! Y si el monstruo se aburre, porque no lo entiende, ó se enfurruña, porque lo entiende demasiado; si airado se arroja sobre la obra y sobre el autor, y los atropella, pisotea, magulla y despedaza, no hay sino aguantar el envite, dejar que pase el turbión, limpiarse la ropa, curarse los cardenales y levantarse en cuanto se pueda para volver á manejar briosamente el látigo. Porque no hay término medio: ó dejarse amarrar como un esclavo á la noria de la necedad, ó empuñar osadamente las riendas y dirigir con energía el carro de combate...”

Al llegar aquí, cuando mi interlocutor iba á entrar en Logroño, le suspendió el viaje un estruendo infernal de bastoneo y voces que estalló en la sala.

—¿Qué es eso?—me preguntó un poco asustado.

—Nada, que estoy estrenando y me gritan... Siga usted.

—¡Por Dios! habérmelo dicho... ¡En qué ocasión se me ha ocurrido!... Dejo á usted en seguida.

—No, hombre, no; ya ¿para qué? La obra se ha hundido, y no tiene remedio. Continúe usted contando lo que le pasó en la Rioja.

Sin embargo, allá al final, un aplauso prolongado y unánime vino á sacarme de la mororra del desaliento.

Era que Emilio Mesejo había intervenido en la lucha con todo el brío de su alma de artista, y al quitar el ramo á la vendedora, al plantarse gallardamente ante el senador que venía á robarle la mujer amada, y al apartar á ésta de las filas del coro, había hecho vibrar las almas de los espectadores en un arranque de pasión verdadera y grande.

Pero aquel triunfo era del actor exclusivamente, y la obra, después de aletear en el cartel algunos días, vino á caer herida de muerte en el foso donde duerme el sueño de los justos.

Sin embargo de lo cual, yo creí entonces, y

sigo creyendo ahora, que aquello estaba bien. No era una maravilla artística, ¡eso no! pero estaba bien. Si me hubiera salido la cuenta, el público habría comprendido el excelente propósito que me guiaba, y el éxito hubiera cambiado tal vez el rumbo del teatro por horas, atiborrado de majaderías mías y de los otros.

Pero siempre que se me antoja dar un golpe de esos, soy yo el que cae de bruces.

Y para remate de fiesta, el discursito de *La zarzuela nueva* zumba desde entonces en los oídos del público, que se empeña en creer que le ofendo, cuando ni por la imaginación se me pasa. Aunque en el asunto ó en el diálogo no me dirija sino al Preste Juan de las Indias, la mitad, por lo menos, de los espectadores se me indignan dándose por aludidos, como si ellos fueran los prestes.

Y por lo visto, la broma va á durar hasta el fin de mi vida, que me guarde Dios muchos años.

CAPITULO V

DON CESAR DE BAZAN

—“No es posible tolerar un día más que los infelices coristas anden corriendo la farándula por esos pueblos de Dios, ni más ni menos que los pobres diablos del carro de la Muerte, explotados por logreros que prometen y no cumplen, abandonando los equipajes en sustitución de la nómina no satisfecha, y organizando, olvidados y sin recursos, vergonzosas funciones de beneficio para pedir limosna, mientras el mercachifle que á su costa probó fortuna, huye muy lejos á engañar á otros desgraciados.

“Hay que acabar con los préstamos escandalosos de usureros y preñeras que chupan con escaso riesgo el producto del trabajo de toda la semana, y hay que dignificar la clase, expulsando de ella á los perdularios que la desacreditan...”

Estos párrafos, que revelan su origen *parlamentario* á tiro de ballesta, formaban efectivamente parte de un discurso que tuve la honra de pronunciar, en uno de los últimos días del siglo pasado, en el Centro de Sociedades obreras de la calle de Relatores.

¿Que á santo de qué? Pues á santo de un *festival* que celebró la Asociación general de coristas de España, en el cual cantó un orfeón, dirigido por Chapí, unos “aires montañeses” de Calleja, y lució su magnífica voz Lucrecia Arana.

Después que yo, hablé Pablo Iglesias para felicitarle de que se unieran también, para conseguir la libertad, los obreros artistas, los trabajadores intelectuales...

—“Ayer—decía el compañero Pablo—los autores dramáticos se emanciparon de la tutela de los editores, hoy los coristas ansian redimirse, mañana los esclavos de la Prensa romperán sus argollas... ¡Saludemos á este brillante ejército que viene á ayudar al proletariado de todos los oficios para cambiar la faz del mundo, acabando con el odioso capital y con la explotadora burguesía!...”

¡Sí, sí! ¡Buenas y gordas!

Ignoraba el jefe del socialismo español, y yo no lo sabía tampoco entonces, que los obreros intelectuales son mucho más arrimados á la cola que los otros.

Es más fácil convencer á un albañil ó á una cigarrera de Madrid de que no deben comer en un mes para que logren aumentar diez céntimos al jornal los carpinteros de Pontevedra, que hacer comprender á un escritor insigne que si las obras de Calderón se representan gratis y las de Echegaray cuestan el dinero, Echegaray sale perjudicado.

Y por si alguien lo duda, tengo los papeles.

Algunos coristas de buena voluntad habían formado la Asociación con fines muy laudables. Pero la cuota mensual se pagaba cada vez con mayores dificultades y aquello iba de capa caída.

Para animarlo cantaron la Arana y el Orfeón, y eché yo el discurso, á consecuencia del cual me nombraron presidente honorario, haciéndolo constar en un diploma pintado á la aguada, que conservo como santa reliquia.

Y no paró ahí la cosa. Tenía yo entonces una fama de organizador y de financiero que daba envidia, y una comisión vino á pedirme que interviniera directamente en los asuntos de la Asociación, dándola cuantas vueltas fuesen precisas para lograr aquello de la abolición de la esclavitud y la dignificación de la clase.

Bullfame en la imaginación un vasto plan que se explicará en ocasión oportuna, y acepté el encargo, decidido á que sirviera de algo mi concurso.

Lo primero que se me ocurrió ¡y cómo no! fué la función de beneficio, agarrándome al clavo ardiendo de que he hablado en otra parte. Pero como los coristas no tienen público suyo, ni influencia para reunir tres ó cuatro compañías que trabajen gratis ni facilidad para formar un programa que lleve gente á una función de tarde en día de trabajo... lo menos que se les podía dar era un estreno.

¿Y quién es el guapo que se echa á pedir á un libretista y á un músico acreditados que hagan una zarzuela magnífica para una sola representación y perdonando los derechos?

De aquí que yo no pensara en ello siquiera y me decidiera á coser de balde, poniendo el hilo.

Nació, pues, *Don César de Bazán* tras una laboriosa gestación de seis días justos, y nació para vivir tres cuartos de hora. Pero yo no hago trampas. Bien sabe Dios que puse en él músculos, nervios y sangre suficientes para llegar á una edad avanzada y caerse de viejo.

Constituye la acción de la obra uno de los episodios del *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, modificado de manera que ni el mismo gran poeta francés lo conocería, y queda como protagonista el noble arruinado, pendenciero y rufián, que sólo descubre la nobleza, oculta en la mugre de sus harapos y el cieno de sus vicios, cuando el honor comprometido de una dama lo requiere.

Me di un hartazgo de clásicos para empaparme en el espíritu de la época y para que el diálogo no se tirara á las paredes; versifiqué la obra con cariño, como si de aquellas escenas, destinadas á perderse en el vacío, dependiese mi reputación literaria; un músico novel ¡infeliz! puso las *folias* correspondientes, y representaron todo aquello las segundas partes de Apolo una tarde de Marzo de 1901, fastidiosa y desapacible.

Y lo hicieron las segundas por evitar á las primeras una molestia inútil, y porque demasiado sabía yo que la noticia de que tenían que ensayar una zarzuelita mía para una tarde les iba á sentar como un tiro. Pero el público, que se pasa de avisado, cuando no ve en escena las que él llama primeras figuras, se dice: “¡Tate! lo que digan éstos no debe de ser interesante, porque si lo fuera no lo dirían éstos”, y se pone á pensar en las musarañas y no atiende como es debido.

Así fué que, aunque Ontiveros no interpretaba mal el principal personaje y había estudiado el papel de veras, y aunque los demás actores casi hicieron prodigios, *Don César de Bazán* no le importó un comino al resto de la compañía del teatro en que se representaba, ni á la escasa concurrencia que se metió allí por no saber dónde ir en un día tan desagradable, ni á mis compañeros de profesión, que se fueron al café tranquilamente sin pretender averiguar lo que yo había hecho con aquel Grande de España venido á menos.

Es decir, que á mí *Don César* no le conoce nadie absolutamente, y ha quedado para que yo me lo lea solito y me relama de gusto...

Excusado es decir que con el producto de la función no salió de apuros la Asociación de coristas. Pero esto excitó mi amor propio de presidente honorario; pasé dos ó tres noches en vela haciendo números; saqué de mis ahorros una cantidad relativamente respetable, alquilé un piso, compré muebles, y en un santiamén quedaron instaladas las oficinas con un lujo asiático. Los humildes artistas del montón tuvieron sala de juntas, gabinetes de lectura, salón de recepciones con butacas, divanes y sillas modernistas, unos aparatos de luz eléctrica que ni los del palacio de la Infanta, un gerente, un escribiente, un ordenanza... ¡qué sé yo cuántas cosas! Redacté circulares, hablé á los empresarios, escribí á medio mundo, y antes de una semana empezó á funcionar la Administración nueva.

Sustituyó á la cuota fija un impuesto del tres por ciento sobre los sueldos, que se comprometieron a abonar casi todas las empresas formales á cambio de las debidas compensaciones, y como para ser socio no se exigía desembolso alguno, aquello fué como la espuma y en la caja habfa dinero siempre.

Íbamos á escape á fundar la agencia de contratación, á dar títulos de coristas para que no lo fueran los que no debían serlo, á socorrer enfermos y desvalidos, á mejorar los sueldos, á asegurar el cumplimiento de los contratos y... á la realización rápida de una porción de sueños, que se evaporaron como la niebla. ¿Por qué? Porque por nosotros no pasan años, á Dios gracias, y aunque un español grite á pleno pulmón "¡Viva la libertad!" no le crean ustedes. Por dentro está diciendo: "¡Vivan las caenas!"

* *

Ello fué que no tardaron los asociados en decirse unos á otros:

—¡Caramba! Este nuestro presidente honorario es un métome en todo; mangonea en la Sociedad de autores, anda en tratos con la de actores, y á nosotros nos dirige á rajatabla con el "orden y mando..."

—Pues ya somos mayores de edad.

—Eso; y ya está visto que tenemos fuerza propia.

—La tutela va resultando un poco ofensiva...

Y así sucesivamente. Total: que me devolvieron el anticipo, ¡eso sí!; que despidieron á mis empleados, que implantaron reformas ellos solos y que se me declararon independientes, á la chita callando, pero con la gracia del mundo.

Pero ¡ay! madrugaron más de lo debido para romper la tiranía odiosa. Los empresa-

rios, que olieron el desbarajuste, se negaron á pagar el tres por ciento; los socios, en cuanto se habló de cuota, dijeron que hasta allí llegaban, y la Sociedad siguió marchando unos cuantos meses, por la velocidad adquirida, hasta que los pocos que en ella quedaban acordaron disolverla y repartirse lo que hubiera buenamente, porque más valían ocho duros en mano que dignificación de la clase volando.

* *

Al hacer almoneda, hubo dos proposiciones para la compra de muebles y enseres: una de 500 pesetas y otra de 510.

Entonces me presenté á la comisión liquidadora y dije:

—¡Vaya! Cubro la oferta más alta, y me quedo en la casa, si á ustedes les parece.

Conferenciaron aparte y brevemente los señores de la comisión, y al fin, adelantándose uno de ellos, me contestó con la sonrisa en los labios:

—Mire usted, D. Sinesio, por ser para usted... se lo dejamos todo en 1.000 pesetas.

CAPITULO VI

DOLORETES

—¡María Santísima! ¡qué desgracia! Se ha vuelto loco este hombre—dirá Arniches en cuanto lea el encabezamiento—. ¡Pues no coloca en su teatro una obra mía!

—¡Atiza!—exclamarán todos los demás mortales que me leyeren—. Ahora éste se va á poner en el repertorio cuanto han escrito sus amigos, y no vamos á acabar nunca.

Tranquícese el verdadero autor y siga cobrando los derechos, en la seguridad de que no hay pleito pendiente. Tranquícese asimismo cuantos se hubieren asombrado, y atiendan todos á razones. ¡No! *Dolorettes* no es mía. No he puesto en ella ni siquiera unos puntos suspensivos, y así me apresuro á declararlo noble y lealmente.

Pero de su estreno, de su vida escénica, soy único responsable según telegrama del autor fechado en El Escorial y que obra en mi poder, y, por lo tanto, la incluyo en mi catálogo con perfecto derecho, acepto la responsabilidad consiguiente y tengo en ambas cosas, no sólo una satisfacción muy viva, sino un orgullo desmedido que Dios me perdone.

Porque no se trata solamente de una zarzuela que obtuvo un éxito grande y merecido, sino de uno de los estrenos más importantes, el más importante quizá de cuantos se han verificado en España desde el paso de *Las acedunas* á la hora presente.

—¡Basta! ¡Esa es una exageración de mal gusto!—interrumpirán los lectores benévolos—. Si sigue usted por ese camino, aquí tienen remate sus Memorias íntimas, por lo menos en la parte que á nosotros toca. ¿De dónde saca usted semejante desatino, hombre de Dios?

—Calma, señores—contesto con una sonrisa—, ¡calma! que no hay tal desatino, ó por lo menos no es tan grande como parece, y ya hablaremos á la postre.

Para probar la importancia excepcional del estreno de *Dolorettes*, para demostrar la influencia decisiva que ejerció en la vida teatral de España y en la de cuantos el teatro sustenta, empresarios, autores, músicos, actores, coristas, bailarinas, comparsas, peluqueros, sastres, pintores, acomodadores y carpinteros, necesitaría yo escribir un tomo de quinientas páginas en letra menuda, y todavía me quedaría corto. Aun sintetizando mucho y concretándome á contar lo más saliente, hay tela cortada para rato.

Pero no se asusten ustedes. Yo juro que el asunto es tal que, si cayese en manos de un escritor de veras, de fino ingenio, instrucción sólida y estilo ameno y brillante, la lectura del tomo susodicho había de ser cosa de chuparse los dedos de gusto.

Porque ¡para que se vea lo que son las cosas! ahora, que empiezo á apropiarme las obras que no me pertenecen, es cuando adquiere mi repertorio un interés grande y positivo...

* *

Antes de que el conde de San Luis publicase en 1843 el decreto orgánico de teatros, reconociendo y reglamentando la propiedad intelectual (y perdón si lo tomo de tan lejos, pero me hace falta), la parte *crematística* de los productos del ingenio español andaba, como suele decirse, manga por hombre. Los que escribían comedias vendían el manuscrito en tanto más cuánto á las compañías de representantes, y allí acababa el juego de la obra. Hacía después quien, como y cuando quería; sacaban copias de ellas, cortando, añadiendo y alterando el texto á su gusto, cuantos lo tenían á bien; la imprenta el que se le antojaba y la vendían los libreros al precio que estimaban conveniente. De derechos de representación y del dominio del autor, sobre lo que había sacado de su cabeza, no había que hablar, porque hubiera sido gastar saliva en balde.

Poco á poco fueron sustituyendo á las compañías, en lo de la compra, unos caballeros que se llamaron editores, que adquirían los manuscritos y los explotaban como mejor podían. Después del decreto del conde de San

Luis, se estableció paulativamente el cobro de los derechos de propiedad, ignoro en qué forma, y como las obras empezaron á producir algo, subió la tasación unos puntos y se llegaron á pagar las comedias de superior calidad, en tres ó más actos, fresquitas y sin máculas, á diez mil reales una con otra.

Porque ¡eso sí! los autores siguieron vendiendo cuanto producían, por no comprender que producían con otro objeto, y asombrándose de que se cotizasen con tanta fortuna los partos de la fantasía. Verdad es que *Marcela*, *Los Amantes de Teruel* y *El Trovador*, enajenadas á mil realitos cada una, habían producido en poco tiempo sesenta mil duros entre las tres; pero, á pesar de eso, á ningún escritor se le pasaba por las mientes variar de sistema, y todos preferían los cuatro cuartos *vistos*, á los miles de duros probables.

* *

Por fin hubo un espíritu valiente.

D. Francisco Camprodón, resistiendo todas las tentaciones imaginables, conservó para sí la propiedad de *Flor de un día* y encargó al editor D. Alonso Gullón que se la administrase. Durante tres años él y Eguílaz, que entusiasmado con aquel arranque de independencia le siguió poco después con sus *Verdades amargas*, aguantaron impávidos las burlas y cuchufletas de sus compañeros, que les tenían por vanidosos ridículos, locos de atar ó dejados de la mano de Dios.

Pero en los tres años de prueba, *Flor de un día* produjo 3.000 duros y *Verdades amargas* 150.000 reales. La segunda acabó pronto. La primera *creció* de tal modo, que lo que había de venderse en 2.500 pesetas ha producido á estas fechas algunos millones. ¡Como que se representa todavía!

Ante ejemplo tan claro se convencieron otros cuantos señores, y pronto dejaron también de vender sus obras Ventura de la Vega, Luis Mariano de Larra, Barbieri, Gaztambide, García Gutiérrez y Olona. Con tan lucida hueste, la casa editorial de Gullón adquirió importancia y desarrollo y organizó la administración lo mejor que pudo.

* *

Cincuenta años después, á fines del siglo pasado, funcionaban tres casas editoriales en Madrid: la de D. Florencio Fiscowich, sucesor de Gullón; la de los Hijos de Hidalgo, y la de D. Luis Aruej, que había tenido como base la antigua de Lalama.

Los cuales editores rendían á cada autor

cuentas trimestrales de los derechos recaudados por la representación de sus obras, y anuales de los ejemplares vendidos. De ahí viene aquello de "Fulano ha tenido buen trimestre", y lo de "es una obra escrita con vistas al trimestre", que se sigue diciendo todavía.

Del producto total se descontaban: el 15 por 100 de lo recaudado en provincias, el 25 de lo del extranjero y el 2 ó el 5 de lo de Madrid. A pesar de estos descuentos, no estaba el negocio en la administración, en la cual venía á salir lo comido por lo servido, sino en los préstamos á los autores con un interés anual variable entre el 9 y el 12 por 100, y en la compra de obras, que seguían vendiendo los más con verdadera delectación, como si Campredón no hubiera hecho nada.

La facilidad con que se hacían ambas operaciones era causa de que no llegaran á diez los autores dramáticos libres de deudas, ni á quince los que al morir tuvieran "una almena que pudieran decir que era suya".

Fíjese el lector en estos detalles, al parecer pesados y nimios, pero que son la exposición del drama. De no hacerlo así, corre peligro de no entender el descalace.

La recaudación total que por derechos de representación obtuvieron al año las casas editoriales hasta 1900 llegaba con trabajo á un millón de pesetas. Dos años después subía á millón y medio. En 1904 ha alcanzado la cifra de un millón seiscientos mil pesetas.

¿Por qué? ¿Por el estreno de *Dolorettes*!

Ya verán ustedes cómo.

De donde se deduce que Campredón (cuyo mérito artístico dejo aparte), si la Sociedad de autores llega á cuajar, debe tener una estatua. La que pensaban erigirme á mí, antes de querer cortarme la cabeza, pertenece de derecho á Campredón, que fué el que trajo las gallinas.

Confíeselo humildemente y sígo.

CAPITULO VII

LOS ARCHIVOS MUSICALES

Periodistas ilustres, de inteligencia privilegiada y vasta cultura, se ocuparon no hace mucho tiempo del objeto de este capítulo, y lo hicieron extensamente, detalladamente, esgrimiendo con tal motivo contra la Junta directiva de la Sociedad de Autores las acerradas péñolas. A pesar de lo cual, ninguno se

atreverá á jurar sobre los Santos Evangelios que conocía á fondo el asunto. Ni á fondo ni por encima.

El público está, pues, enterado de que hay en el mundo una cosa que se llama Archivo musical, pero no sabe con qué se come. Cree ¡eso sí! que se trata de un abuso intolerable, de una materia de explotación inicua de los infelices empresarios y de los pobrecitos cómicos, y lo cree por obra y gracia de los que intervinieron en la cuestión sin saber á punto fijo lo que decían.

Pero todo llega en este mundo. Y ha llegado la hora de poner los puntos sobre las íes y demostrar que lo que parece abuso no es sino correctivo de abusos que no favorecían á nadie y perjudicaban á mucha gente. Vamos á ver si nos entendemos.

Los beneficios de la ley de Propiedad intelectual alcanzan, como no podía menos de suceder, á los señores músicos, los cuales, en el caso de no pactar previamente otra cosa con el autor del libreto, disponen de su música y de la letra cantable correspondiente.

Nadie, sin su permiso, puede copiar, grabar, alquilar ni vender una sola nota, como nadie puede vender ni alquilar la casa que á su costa haya levantado el vecino. Esta propiedad es, por lo tanto, tan sagrada como las otras, mientras el concepto de la propiedad no varíe en el mundo.

Bueno, pues esos papeles pautados que pueden ustedes ver sobre los atriles de las orquestas contienen el fruto de la inspiración de un caballero particular... ó de su habilidad para aprovechar la de otros sin que el auditorio lo conozca. Sin ellos no se puede tocar y, por consiguiente, no hay representación de zarzuela posible. Son de precisión absoluta, y todos juntos componen lo que se llama un material de orquesta. Una compañía, para funcionar, necesita llevar consigo ó tener á su disposición tantos materiales como zarzuelas haya de poner en escena. Tan claro está esto que lo entenderían fácilmente los niños de Rusia, que deben ser los más atrasados del mundo, según las últimas noticias.

Pues bien, aunque los compositores hacían caso omiso de los beneficios que la ley les concede, y el primero que pasara por la calle podía reproducir, copiar, alquilar y vender libremente las obras musicales, los empresarios no se aprovechaban de la ganga. ¿Por qué? Porque los materiales cuestan caros. Los actos de zarzuela vienen á salir á 100 pesetas uno con otro, y dado el enorme con-

sumo que se hace del género, sobre todo en provincias, no tenía cuenta emplear en papeles un respetable capital, que quedaba muerto al terminar la temporada y disolverse la compañía.

Surgió, pues, forzosamente el intermediario, y varios apreciables sujetos se dedicaron á copiar las obras que, á su juicio, habían de tener salida y á alquilar á las empresas un número determinado de materiales por una cantidad alzada. El negocio resultaba saneado y limpio; al olor de la ganancia brotaron archiveros por todas partes, y aparte de las empresas constantes que tenían su archivo propio, había varios en Madrid, Barcelona, Cádiz, Sevilla, Valencia y otras capitales de importancia.

Servíanse las compañías del que les parecía mejor, y así se iba repartiendo el dinero de los alquileres como pan bendito, sin que al maestro compositor, dueño absoluto de la cosa, le diera nadie ni las gracias. Y todos vivíamos felices y contentos.

Pero el sistema tenía un inconveniente grave. Como los archiveros, por la cuenta que les tenía, se resistían tenazmente á sacar copias de los materiales que no habían de rendir utilidad segura, los archivos eran menudados y pobres, las compañías necesitaban á veces alquilar dos ó más, todo se volvía dilaciones, dificultades y embrollos, y representar en provincias una zarzuela que no hubiera obtenido en Madrid un éxito colosal costaba Dios y ayuda.

Pinta la situación una frase del buen don Angel Povedano, el más conocido y reputado de los archiveros de entonces.

Si al terminar el estreno de una obra que no había hecho más que pasar le preguntaba algún amigo: "¿Qué le ha parecido á usted, D. Angel?", contestaba invariablemente al oído del interlocutor:

—¡Je, je! No la copio.

Con lo cual condenaba irremisiblemente á los autores á no cobrar una peseta más por derechos de representación en todos los días de su vida.

Y así estaban las cosas cuando entró gallardamente en escena un personaje interesante que había de ejercer en lo sucesivo grande influencia en el teatro; un hombre de inteligencia despejada, en el trato amable y fino, en los negocios hábil, activo y prudente, en todas las ocasiones avispado y despierto como el solo, y gran conocedor del corazón humano en general y del de los autores dramáticos en particular.

Erase (y es, y mil años viva) D. Florencio

Fiscowich y Díaz de Antofaña, heredero y sucesor de la casa editorial de D. Alonso Gullón é Hijos, la más importante de todas. El cual D. Florencio, pensando en los materiales de orquesta, tuvo un momento de inspiración feliz y se dijo sin duda:

—El alquiler de archivos musicales produce una regular ganancia, pero se reparte entre muchos. ¿Por qué no ha de ser para mí solo?

Y lentamente, suavemente, sin dar una chispa de importancia al proyecto, hoy éste, mañana aquél, en la siguiente semana el otro y el de más allá, todos los maestros compositores en activo servicio fueron recibiendo la visita de Fiscowich, que les decía:

—Muy señores míos: El derecho de copia y reproducción de materiales de orquesta que la ley les concede no les produce á ustedes un céntimo. ¿Me lo venden ustedes?

Los músicos ¡y cómo no! en cuanto olieron que tenían algo que vender, se apresuraron á firmar en los contratos como en un barbecho, y salían de casa del notario muriéndose de risa y creyendo que el comprador era una cándida paloma que daba un puñado de billetes por una cosa que no valía nada.

Los tales contratos eran sencillísimos. El autor vendía, cedía y traspasaba á perpetuidad á D. Florencio Fiscowich, sus herederos ó derecho habientes, el derecho exclusivo de reproducción, copia é impresión de todas las obras que había escrito hasta la fecha y de cuantas escribiera en lo sucesivo, y recibía, en cambio, unas cuantas pesetas (de quinientas á dos mil quinientas, según la categoría del *interfecto*) y el compromiso del comprador de servir los papeles á las compañías que lo solicitasen, por el precio y en las condiciones que á aquél se le antojase fijar.

Como consecuencia lógica de esto, en cuanto firmaron dos docenas de músicos de cartel, Fiscowich se apresuró á participar á los empresarios la grata nueva de que "se había acabado lo que daban", y que en lo sucesivo no toleraría, con el Código en la mano, que se colocara en los atriles un solo papel que no llevara su sello.

Las condiciones de alquiler eran las siguientes: quince pesetas diarias por treinta actos; cincuenta céntimos más por cada uno que pasara de los treinta; seis duros de prima si la zarzuelita era nueva, y otros seis duros si la empresa quería que se la enviaran pronto. Con esto y quinientas pesetas de fianza para responder de los desperfectos, todo estaba arreglado.

Los demás archiveros fueron hundiéndose poco á poco, y aquel derecho que, según los músicos, no valía nada, empezó á producir

de veinte á veinticinco mil duros anuales, limpios de polvo y paja, y á dar como propina al comprador el dominio absoluto de los teatros de zarzuela chica y grande, puesto que tenía en su mano la primera materia.

Así y todo, el nuevo sistema significaba un progreso evidente. La máquina funcionaba mejor; en los almacenes había abundancia de materiales; el servicio se hacía con mayor rapidez y más cuidado; las compañías podían disponer de todas las obras, fuesen las que fuesen, y empezaron á cobrar derechos de representación los autores medianos, que en su vida las habían visto más gordas.

Me parece que todo lo dicho está claro también y al alcance de los niños rusos.

* *

Bien, pues... por designio providencial, Chapí tiene un carácter altivo, tenaz, independiente, enérgico y firme. De no haberle hecho Dios de esa manera, los herederos y derechohabientes de D. Florencio Fiscowich y Díaz de Antofana serían los árbitros y señores del teatro lírico nacional por los siglos de los siglos.

A Chapí sólo, pues, se debe el gigantesco paso hacia adelante que ha dado la propiedad dramática en estos últimos años y la emancipación completa de cuantos escriben obras teatrales. Y ya se conoce en que no le puede ver casi ninguno y en que no le han arrastrado á estas fechas por milagro de Dios.

Porque el autor de *La Tempestad*, con un valor sin ejemplo, no sólo se negó siempre á firmar el contrato con Fiscowich, resistiendo tentadoras proposiciones, sino que se atrevió á fundar un archivo musical, tomando como base sus propias obras, y á ponerlo enfrente del otro.

Cualquiera hubiera sucumbido en la empresa á las primeras de cambio; pero á Chapí le ayudaron poderosamente su talento portentoso y su fecundidad inagotable.

Gracias á ellos pudo sostener aquella lucha homérica de seis años, solo, enfrente de medio mundo, con los teatros cerrados para sus obras, con la animosidad inexplicable de sus compañeros que se conjuraban para aislarle, y viendo que cuantos cuervos criaba le sacaban los ojos y cuantos músicos noveles saltan á luz, gracias á su ayuda, corrían á visitar á Fiscowich en cuanto estrenaban una obra, para venderle la primogenitura por el susodicho plato de lentejas.

Pero de este hombre excepcional, altruista hasta la exageración y dispuesto siempre al sacrificio para la realización de una idea, ten-

go que hablar largo y tendido en alguno ó algunos capítulos más adelante.

Baste por hoy decir que, con la ruda competencia de archivos bufaban los libretistas, metidos en batalla sin comerlo ni beberlo, trataban los actores diciendo que no vivían ni pelechaban á gusto, y los empresarios no podían disponer de todo el repertorio si no pagaban, por lo menos, seis duros diarios de alquiler de materiales y dejaban mil pesetas de fianza.

* *

Y esta era la situación de las casas editoriales, explicada en el capítulo anterior, y la de los archivos musicales, definida en el presente; es decir, la situación del teatro en España cuando, á fines de 1898, el maestro Torregrosa me detuvo un día en la calle y me dijo:

—¿Qué hace usted ahora?

—Nada; desde que dejé el *Madrid Cómico*, que me ha tenido con los nervios de punta durante quince años, he caído en el aplanamiento y me aburro soberanamente.

—Pues ya tiene usted distracción, si le da la gana.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Hemos pensado hacerle á usted socio, y luego nombrarle secretario de la Junta directiva, en la Asociación Lírico-Dramática.

—Y eso ¿qué es?

—Pues... una reunión de autores y músicos para defender nuestros derechos.

—¿Caray! Si yo no soy músico, ni autor, ni tengo derechos qué defender...

—No importa. Allí andan por el aire algunas ideas, y necesitamos uno que no tenga nada que hacer para que nos empuje un poco.

—¿Ideas? Pues yo, como casi profano en el asunto, no tengo más que una; pero... ¡ mire usted qué demonio! sólo con la condición de llevarla á la práctica entraría en eso de la defensa que usted dice.

—¿Cuál es la idea?

—Muy sencilla: la supresión de los intermediarios.

—¿Eh?

—Sí, señor, sí; la destrucción de las casas editoriales existentes, para que las obras sean administradas directamente por sus dueños, y la fusión de los archivos musicales, para constituir un archivo único... que sea también de propiedad exclusiva de los autores mismos.

Calló Torregrosa, pensando, sin duda, en las deudas de casi todos los compañeros, en los millares de obras vendidas, en los contratos de cesión de derechos... Me miró luego con asombro indescriptible, como si le hubie-

ra propuesto trasladar la Giralda á la Puerta del Sol, rompió de pronto á reír á carcajadas... y me dejó con la palabra en la boca.

Bien mirado, hizo bien. La realización de aquel plan, expuesto en cuatro palabras, era absolutamente imposible.

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD DE AUTORES

Tengamos todos un poco de paciencia. Todavía estamos á cien leguas del estreno de *Dolorettes*, pero aquí no se engaña á nadie. Ya advertí que necesitaba atar muchos cabos para demostrar su importancia, que el camino era fastidioso y largo, y que el que quisiera seguirme que me siguiera, que más pasó Cristo por nosotros.

El lector que, sin otra molestia que la de aguantar mi estilo vulgar y pedestre, se fatigare de andar por estos senderos, al parecer muy separados de la carretera principal, tenga en cuenta que yo ¡ay de mí! los recorrí de veras, entre ahogos y sudores de muerte, á pie y sobre guijarros puntiagudos, para encontrarme con la cruz al término del viaje. No con la de Isabel la Católica, que sirve para darse tono, sino con la otra, la grande, la verdadera, la de Jesús Nuestro Señor, que está sentado á la diestra de Dios Padre.

Digo esto porque estoy viendo que, al leer el título "que encabeza estas líneas", la gente se me va á echar atrás, presintiendo un verdadero alud de cuartillas, plagadas de observaciones, cálculos, documentos, anécdotas, cuentos y chismes... Pero ¿por qué vamos á andar con embelecos, engaños y paños calientes? ¡Sí, señores, sí! ¡Eso es lo que se les viene á ustedes encima! Se lo aviso con una franqueza audaz y peligrosa... y el que quiera picar, que pique.

Y advierto también que en este capítulo voy á tratar de tres Sociedades distintas que, por la semejanza de sus fines, pueden ocasionar confusión á los profanos en la materia que no se fijan bien para distinguirlas y no pongan en lo que voy á decir los cinco sentidos.

Ellas son: la Asociación Lírico-Dramática, la Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música y la Sociedad de Autores Españoles. Las dos primeras, muertas á su debido tiempo, fueron algo así como el padre y la madre de la última, que nació completa, fuerte y robusta, y ahora está, como si dijéramos, en el período de la dentición. ¡Sáquele Dios de él con toda felicidad, como se lo pido en mis cortas oraciones!

Y hechas estas leves advertencias, absolu-

tamente precisas, digamos como los pescadores al cruzar la barra: "¡Jesús, y adentro!"

La Sociedad de Autores, Compositores y Editores de música se fundó en 1892 con un capital de 15.000 pesetas en acciones nominativas de á 100.

Tenía por objeto, en combinación con la francesa del *Petit Droit*, cobrar los derechos correspondientes por la ejecución de piezas musicales en conciertos, cafés, plazas de toros, reuniones públicas... en fin, en todas partes donde se tocara algo. Por lo cual, y para no confundirla con las Administraciones de los derechos de representación, se la denominaba, como en Francia, del *Pequeño Derecho*.

Las 150 acciones estaban repartidas entre los editores de música para canto y piano, los representantes de las casas editoriales citados en otros capítulos, y algunos, pocos, músicos y autores. No hay que decir que don Florencio Fiscowich poseía el mayor número, y como, según los estatutos, éstos no podían variarse si en la Junta general convocada al efecto no estaban representadas las dos terceras partes del capital, sin la presencia del Sr. Fiscowich era imposible la más leve reforma.

Hago constar esto, que al parecer no conduce á nada, porque si D. Florencio se hubiera abstenido de acudir á una reunión verificada el 16 de Mayo de 1896, no hubiera podido aprobarse, contra su voluntad, ni tener fuerza legal la base adicional siguiente:

"Esta Sociedad podrá encargarse del cobro de los derechos de representación de las obras dramáticas ó lírico-dramáticas completas de los socios ó asociados que la confíen su administración."

Idea de Chapí, que con clarividencia asombrosa comprendió que en ella estaría en lo porvenir la transformación completa del sistema administrativo, la tal base durmió tranquila en los estatutos hasta que, picado por la carcajada burlona de Torregrosa, y resuelto á dar cima á aquel plan que parecía absurdo, llegué yo á despertarla.

Efectivamente, hiciéronme secretario de la Asociación Lírico-Dramática, otra entidad muy respetable... que no servía para nada absolutamente. Formáronla algunos autores por la necesidad de reunirse algunas veces para la alteración de tarifas, prohibición de reperto-

rio por falta de pago y cosas por el estilo; pero como no administraba directamente, las órdenes de la Junta eran obedecidas ó no por las casas editoriales, y todo se reducía al cambio de comunicaciones muy atentas y de besalamanos empapados en almíbar, sobre motivos fútiles y de poca monta.

Al primer oficio que tuve el honor de redactar como secretario, en términos un poco más secos que los usuales, los editores hicieron oídos de mercader, y en vista de que la debilidad de la Asociación era patente, todos los socios firmaron sendas cartas para sus editores respectivos, participándoles que delegaban en la Junta sus derechos y, por consiguiente, que debían hacernos caso.

Pero ¡ay! aquel rasgo de energía
"fué como el heno: á la mañana, verde;
seco á la tarde."

Y á los tres días de remitidas á su destino las primeras cartas, empezaron á venir otras, firmadas por autores renombrados, en que nos comunicaban que lo habían pensado mejor; que su administrador único era el señor Tal ó Cual; que por lo tanto retiraban guapamente su firma anterior, y que la Junta podía irse á escardar cebollinos, si lo tenía por conveniente.

Convencido de que por allí no íbamos á ninguna parte, me decidí á echar por la calle de en medio, y de pronto sorprendí á la directiva del *Pequeño Derecho* con una solicitud, fechada el 24 de Abril de 1899, en que decía:

"Creo llegado el momento de que los autores dramáticos administren sus obras por sí mismos, porque la supresión de intermediarios puede servir de base á la prosperidad y á la independencia de la clase.

"Resuelto estoy á intentar la prueba, siendo el primero que utilice los elementos de que esa Sociedad dispone, arrojando las contingencias y salvando los obstáculos que pudieran surgir, con objeto de servir de ejemplo á los demás. ¡Ojalá obtenga buen éxito y todos mis compañeros me sigan, más tarde ó más temprano!

"Por lo tanto, deseo que esa Sociedad se encargue de la administración de mis obras desde 1.º de junio próximo, y ateniéndome á la base 5.ª adicional de los estatutos lo pido en forma, para que la Junta directiva acuerde lo que proceda y se sirva indicarme condiciones, que estoy dispuesto á aceptar desde luego, fuesen las que fuesen."

El 27 del mismo mes recibí respuesta aceptando el encargo y felicitándome "por mi gallarda iniciativa (húspete, pavo), más trascendental de lo que á primera vista pudiera parecer."

Firmaban la comunicación D. Ruperto Cha-

pi como presidente y D. Eusebio Sierra como secretario, y excuso decir que conservo como oro en paño el papel y que no le he puesto marco dorado porque no digan...

Avisé á mis editores que me dieran de baja, se imprimió mi catálogo en un santiamén, y desde el 1.º de Junio los quinientos correspondientes del *Pequeño Derecho*, hartos de andar á pofetadas con los dueños de cafés-conciertos para cobrar una futeña y previendo un porvenir de color de rosa, empezaron á atisbar como tigres á las compañías que caían por sus dominios, á ver si por casualidad representaban una obra mía, que casualidad grande tenía que ser, entonces y ahora.

Hoy todos los autores dramáticos y compositores de música constituyen una sola agrupación poderosa y libre, administran sus obras, mandan directamente en lo suyo, eligen y tumbar Juntas directivas, discursen y gritan á pleno pulmón, usando de una soberanía sin trabas como y cuando se les antoja... y lo primero que han hecho ha sido olvidarse de aquello de "la iniciativa gallarda", porque ven, á través del tiempo, la sencillez candorosa del acto.

Sencillo fué, en efecto... pero allí se estaba, durmiendo durante tres años en los estatutos, la dichosa base 5.ª adicional, sin que se atreviera á aprovecharla ningún alma nacida.

Durante un mes estuve solo.

Mi recaudación en Madrid, provincias y extranjero ascendió á 39 pesetas, según comprobante. Pero ¿qué se le iba á hacer? Estoy seguro de que no dieron más de sí mis obras.

Yo esperaba que, andando el tiempo, algunos atrevidos vendrían á colocarse á mi lado, y con esta esperanza aguanté estoicamente burlas donosas y cuchufletas chispeantes en cafés, escenarios y saloncillos. ¡Todos mis conocidos, chicos y grandes, se creían obligados á tomar mi determinación á chacota!

Y hete que un hecho casual vino á precipitar los acontecimientos.

Un autor distinguido á quien había negado una casa editorial un pequeño anticipo á cuenta del trimestre, se presentó una tarde, cariacontecido y apurado, en las modestísimas oficinas del *Pequeño Derecho* (Florin, 8.º bajo), donde solían acudir algunos amigos.

Su queja produjo al principio sosegados comentarios, que fueron convirtiéndose en protestas airadas; subióse la sangre á las cabezas, y enardeciéndose los ánimos más de la marca, acabaron por acordar los allí reunidos que aquello no se podía tolerar (aunque antes había ocurrido un millón de veces) y que

era preciso castigar á aquel editor que negaba la sal y el agua á una pobre víctima. ¿Cómo? Dándose todos de baja simultáneamente, y encargando á otra casa editorial la administración de sus obras. Y calándose los sombreros, se lanzaron rápidamente hacia la puerta.

Ya estaban en la calle cuando Chapí, que iba á la cabeza del grupo tuvo una ráfaga de inspiración benéfica, y olfateando una lucha próxima, titánica y noble, alzó el brazo para contener la marcha de los demás, y dijo:

—¡Esperad! ¿Qué se adelanta con salir de un editor para entrar en otro? ¿Por qué no nos quedamos aquí con Sinesio?

Cayeron las palabras sobre las frentes ardorosas como lluvia de Mayo, y convinieron todos allí mismo en constituir una Sociedad nueva que había de ser administrada por la del *Pequeño Derecho*.

De prisa y corriendo se redactaron los estatutos, se buscó dinero debajo de la tierra ó se inventaron combinaciones para salvar á aquellos de los presentes que debían algo á las casas editoriales, se habló á cuantos podían aceptar las bases acordadas, y el día 16 de Junio de 1899 los Sres. D. Vital Aza, don Miguel Ramos Carrión, D. Ruperto Chapí, D. José Francos Rodríguez, D. Tomás López Torregrosa, D. Carlos Arniches, D. Joaquín Valverde y Sanjuán, D. José López Silva, don Eugenio Sellés, D. Eusebio Sierra y el que esto escribe, reunidos ante el notario D. Antonio Turón, constituyeron y fundaron la *Sociedad de Autores Españoles*, llamada á los más altos destinos, en sustitución de la Asociación Lírico-Dramática, que no era más que una aménisima conversación de Puerta de Tierra.

Uníronse pronto á los fundadores Luceño, Bretón, los Quintero, Chueca y unos pocos más, y tomadas las posiciones, cargados los fusiles y desplegadas las guerrillas, empezó con ímpetu la terrible guerra de emboscadas, en que cien veces estuvo á punto de quedar deshecho aquel puñado de hombres de corazón que, para recabar la independencia de sus compañeros, se lanzó á una lucha desigual... contra los compañeros mismos.

Y punto y aparte, que ahora viene lo bueno.

CAPÍTULO IX

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS

Firmar un compromiso ante un notario es la cosa más fácil del mundo teniendo cédula; cumplirlo después, sobre todo si trae aparejados trabajos y peligros, es harina de otro costal.

Pero los once fundadores de la *Sociedad de Autores Españoles* firmaron y cumplieron, aguantando á veces furiosos temporales. ¿Por qué? Porque tuvieron fe en la nobleza de sus propósitos y entusiasmo por la idea redentora que les animaba, y porque ninguno estaba contaminado de los miasmas del egoísmo, que vinieron después á emporcarlo todo.

Los asociados me enviaron prontamente la lista de sus obras; yo pasé unas cuantas horas ordenando aquello; velaron una noche los cajistas; el día 29 de Junio tenían todos los representantes en su poder el catálogo y las instrucciones, y los autores que habían recobrado su libertad pudieron irse á veranear tranquilamente, seguros de que el movimiento de la máquina administrativa no se interrumpiría ni un instante.

Quinto Valverde (un currinche) y yo (otro), total dos currinches, echamos sobre nuestros débiles hombros la tarea de la nueva organización, que había de servir para aumentar la recaudación de los genios inmortales en un sesenta por ciento. Creamos empleados, les enseñamos á entenderse con los corresponsales, á despachar las cartas, á distribuir los derechos y á hacer la liquidación mensual que los editores, aferrados á su trimestre, juzgaban imposible. La brega fué pesada y ruda, y en los dichosos meses de estío sudamos verdaderamente tinta.

A Quinto, siquiera, le regaló la Junta, algunos meses más tarde, previo acuerdo solemne, un magnífico canastillo de Navidad, con flores, lazos, ricas viandas y vinos generosos. A mí... ya verán ustedes las flores y las frutas que me reservaba el fiero destino. En fin, ello fué que Ramos Carrión, al volver en Octubre de su excursión a Asturias, me dijo:

—Mire usted, salté de aquí resignado al sacrificio de mis derechos de seis meses, tiempo que yo calculé necesario para meter esto en caja; pero cuando recibí en Gijón la liquidación de Julio y vi, no sólo que la recaudación superaba en mucho á la de igual mes de otros años, sino que cobraba en pueblos de que no tenía la menor noticia, tuve el triunfo por seguro, porque la Providencia estaba de nuestra parte.

Este elogio indirecto, que D. Miguel trajo en los labios y los demás en el pensamiento seguramente, borró de un golpe el recuerdo de todas las fatigas pasadas y me animó á demostrar más tarde lo que es capaz de hacer un aldeano de Castilla, tozudo y machacón, que no se lanza á un empeño sin poner en él sus nervios y su sangre.

Formábamos la Junta directiva (¡oh, aquella primera Junta directiva!) Aza, Chapí, Ramos Carrión, Arniches, Torregrosa, López Silva y este humilde criado de cuantos me leyeran.

La flamante Sociedad funcionaba de una manera muy sencilla: Cobraba á los autores el 8 por 100 de su recaudación de provincias, el 2 de la de Madrid y el 20 de la del extranjero, y pagaba el 5 por 100 á los representantes en provincias, el 15 á los del extranjero y el 2 del ingreso total á la sociedad del *Pequeño Derecho*, á cambio de la casa, la luz y los sueldos de empleados, que corrían de su cuenta.

De este modo ingresos y gastos venían á salir *ras con ras*, y cada autor obtenía un beneficio positivo, con relación á las casas editoriales, del 7 por 100 en provincias y el 5 en el extranjero, que no eran granos de anís y que, como primer paso, algo y aun algunos representaban.

Los amigos que aún tenían puesta la argolla se refan de la administración al 8 por 100 y profetizaban una catástrofe financiera en el primer balance; pero ante la fuerza de los hechos cesaron las sonrisitas de comiseración y acabaron por unírseles casi todos los que no debían nada ó debían poco á los editores.

Hacían bien, porque la victoria era indudable. Al cabo de diez, de veinte, de cincuenta años, la evolución se habría hecho. Los autores actuales abandonarían á los editores en cuanto pudieran, y era de suponer que los que se dedicaran á la profesión en lo sucesivo preferirían la administración barata y la liquidación mensual, que en parte hacía innecesarios los anticipos, á la trimestral con su secuela inevitable de préstamos y venta de obras.

Pero el plazo era largo; lógicamente, ninguno de nosotros vería realizado el plan, y, sobre todo, yo no podría cumplirme á mí mismo la palabra empeñada de unificar catálogos y archivos en manos de la Sociedad de Autores.

Veraneaban por entonces casi todos los individuos de la Junta y solamente quedábamos en el chicharrero de Madrid López Silva y yo. Las circunstancias eran favorables, porque las discusiones ocasionadas por la diversidad de criterio dificultan ó entorpecen las decisiones trascendentales y rápidas; así es que, sin detenerme á meditar el asunto, dije una noche á mi compañero de Junta á la salida del teatro de Apolo:

—Oiga usted, mi amigo: mañana á las diez le espero en el café de la Montaña.

—¿A las diez? ¿Va usted á madrugar tanto?

—No, señor; no madrugaré... porque no pienso acostarme. Tengo que madurar una idea diabólica para someterla á su aprobación mañana.

—¿Una idea? ¿Sobre qué?

—Ahora no le digo á usted más porque no está madura y porque así tengo la seguridad de que no faltará usted á la cita.

Y no faltó. ¡Qué había de faltar! Pedimos dos copas de cualquier cosa para tomar ánimos, y reanudó López Silva la conversación en estos términos:

—Vamos á ver, ¿para qué nos reunimos aquí á estas horas?

—Porque tenemos que hacer una visita.

—¿Caramba! ¿A quién?

—A D. Florencio Fiscowich.

—¿Hombre! Nos recibirá con palmas seguramente, ahora que se le han despedido los Quintero para venirse con nosotros. ¿Y qué le vamos á decir?

—Cuatro palabras. Que nos dé su archivo.

—¡Bonita ocurrencia! Nos dará la contestación en menos de cuatro palabras.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Trándonos por el balcón.

—Es probable. Pero, ¿usted no cree que la dualidad de archivos musicales, sobre todo estando uno de ellos en manos de Fiscowich, será siempre una rémora para la Sociedad de Autores?

—Sí, claro.

—¿Y que en cuanto haya uno solo, y lo administremos nosotros, y lo sirvamos con mayor rapidez y más barato, aumentarán las compañías de zarzuela?

—Es casi seguro.

—¿Y que con las compañías aumentará la recaudación y, por consiguiente, la riqueza general y podrá vivir del teatro mucha más gente?

—Sin remedio.

—Pues ¡qué diantre! todo eso vale la pena de que usted y yo corramos el riesgo de estrellarnos en los adoquines de la calle de las Pozas.

—No hay que hablar más. Choquemos las copas y andando.

Y chocamos y fulmos.

La casa de vecindad en que Fiscowich tenía las oficinas, y donde yo penetraba por primera vez, era de un aspecto deplorable.

Entrábase á ella (y se entrará todavía si

no la han tirado, como debieran) por un portaluco de mala muerte, que daba á un patinillo sucio del que salía un fuerte olor á cuadra ó establo. Cerca de la puerta del patinillo arrancaba la escalera, estrecha y desvencijada, por donde habían subido tantos escritores eminentes y tantos músicos famosos, á esperar, en un recibimiento destartado y pobre, que su administrador se dignara recibirlos.

Ahora todos, músicos y escritores, son dueños de un palacio con escalera monumental, jardín espléndido y habitaciones regias, donde nadie puede obligarles á hacer antesala, y muchos de ellos ¡oh dolor! sienten la nostalgia del mísero portal y del patinillo con olor á establo. ¡Eran verdaderamente muy dulces aquellas horas empleadas en derrochar ingenio para conmovir el corazón de un hombre listo á quien había que sacar dinero á cuenta del trimestre!

Recibía D. Florencio en una amplia sala donde tenía su modesta mesa de despacho... y las de sus empleados todos. De manera que no había posibilidad de decirle *nada en secreto*. Hasta en ese detalle revelaba su prodigiosa habilidad, porque si era difícil enganarle á solas, delante de gente tenía que ser imposible.

Cuando entramos los dos señores de la Junta, no pudo reprimir un gesto de contrariedad y una mirada de desconfianza. Nos tenía indudablemente por enemigos... Y bien sabe Dios que yo no lo fui de Fiscowich ni entonces ni nunca. Siempre admiré su competencia para los negocios, reconocí su derecho y comprendí sus razones para tratar como trataba á músicos y danzantes. Pero él representaba lo perjudicial, lo viejo, la rutina... y contra todo esto y no contra la persona cerré, cuando llegó el caso, en nombre del progreso y de la prosperidad generales. El choque no fué de hombres, sino de ideas. Y por eso no sirvieron de nada el dinero, ni la influencia, ni las consideraciones de ninguna especie.

—Pues... ustedes dirán—añadió Fiscowich á los saludos de rúbrica.

—El caso es que... lo que tenemos que hablar es reservado.

—¡Ah! ¿sí? ¡No importa! Estos señores (por los empleados) son de mi absoluta confianza. Pueden ustedes decir lo que quieran como si estuviera yo solo.

—Pues al grano entonces. Usted sabrá que nos hemos reunido unos cuantos autores para administrar directamente nuestras obras.

—Sí, ya lo sé. Y es una idea feliz que me gusta mucho.

—Me alegro. Lo que acaso no sabrá usted es que, á pesar de ser pocos hasta ahora los

asociados, su recaudación puede competir ya con la de la casa editorial más fuerte, con la de usted, por ejemplo.

—Sí, sí; también me han dicho algo.

—Lo creo que se lo habrán dicho. Bueno; pues esta Sociedad nuestra, á la que representamos en este momento, tiene un plan vastísimo que juzga beneficioso; pero para desarrollarle necesita encargarse del servicio de materiales de orquesta, y por tanto, quisiéramos quedarnos con el archivo musical de usted.

—¿Quedarse? ¿Qué es eso de quedarse?

—De buena manera, se entiende. Y venimos á que usted nos diga cómo puede hacerse eso.

—Pues no hay más que dos maneras lícitas: cediéndolo yo ó vendiéndolo. Ustedes comprenderán que lo de ceder... sería un poco fuerte; de modo que no queda más que un camino: la compra.

—¡Ah, pues eso es lo que queríamos saber! ¿Usted lo vendería?

—Hombre... según las condiciones. Si el trato me conviniera, ¿por qué no?

Fiscowich no decía la verdad entonces. No quería vender nada. Pero dueño de sí mismo y pasada la primera impresión que le produjo nuestra presencia, quiso proporcionarse el grato placer de la ironía, comprendiendo por nuestro pelaje que López Silva y yo no llevábamos á bordo más de cinco duros.

—Y ¿cuánto cree usted que podrá valer?—pregunté yo tímidamente.

—Es muy fácil echar la cuenta. En los almacenes habrá unos 20.000 materiales; á 100 pesetas uno con otro.

—Son dos millones de pesetas.

—Justos.

—Pero eso es lo que han costado, no lo que valen. Más de la mitad pertenecen á obras que no se usan, y no representan capital de ninguna especie.

—Convenido; pero compensaremos esa depreciación con lo que representa el derecho exclusivo de reproducción de la música de casi todos los compositores que, como ustedes saben, me pertenece, y...

—No; eso se lo pagaremos á usted en lo que dió por ello.

—Al revés; habrá que tasarlo en lo que vale ahora. ¿No dice usted que es el mejor procedimiento? (Pausa engorrosa.) Pero ustedes, ¿qué piensan hacer?

—El archivo único.

—Pues eso es muy fácil. Ya le he dicho yo muchas veces á D. Ruperto... (Fiscowich llamaba siempre á Chapt. D. Ruperto.)

—Ya; ya sé lo que le ha dicho usted á don Ruperto muchas veces. Que le venda el suyo, y así no queda más que un archivo en España. Pero eso no nos tiene cuenta.

—Pues entonces ya lo saben ustedes. Me traen ustedes dos millones de pesetas un día de éstos y se lo llevan ustedes todo.

Y dándonos unas palmaditas cariñosas en los hombros, nos despidió con una afabilidad extremada y se volvió a sus cuentas.

Al llegar al portaluco, López Silva me dijo:

—¿Lo ve usted? Tiempo perdido. Un ratito de pitorreo y a casa.

—¡Ca, hombre! Ahora es cuando vamos por buen camino.

—¿Sí? ¿También usted se chunga?

—No, señor. A Fiscowich se le ha escapado en broma la palabra de que está dispuesto a vender su archivo.

—¡Claro! En dos millones.

—Eso es lo que vale ahora, puesto que le produce 25.000 duros; pero... en nuestras manos está que valga menos.

—¿Cómo?

—Haciendo que no le produzca nada.

CAPITULO X

EL ULTIMATUM

De que Fiscowich acabaría, más tarde o más temprano, por vendernos su archivo en condiciones aceptables, no me cabía duda. La riqueza representada por el derecho exclusivo de reproducción de materiales de orquesta era efectivamente enorme; pero... se apoyaba en una base falsa. Si el capital de un hombre consiste únicamente en el trabajo de otro, deja de serlo en cuanto este otro no trabaja. Los músicos tenían el deber de entregar a Fiscowich cuantas partituras hicieran, pero no estaban obligados a hacerlas.

De modo que si se conseguía que los que habían de producir se cruzaran de brazos, los dos millones serían inmediatamente agua de cerajas. La tarea era difícil, pero no la juzgaba yo entonces imposible, sobre todo haciendo ver a los interesados que de ese modo podían llegar al ideal de convertirse en únicos explotadores de sí mismos, indemnizando cumplidamente al capitalista, eso sí, pero suprimiéndole en absoluto.

Si los obreros de todas clases pudieran hacer otro tanto con tan pequeño esfuerzo, las condiciones económicas del mundo cambiarían de pronto, sin trastornos ni convulsiones...

Podía, pues, Fiscowich darse por vencido, pero aún quedaba un cabo suelto. De sobra conocía yo las ideas de Chapí; su generosidad me constaba de cierto; pero ¿qué combinación podía inventarse para destruir su archivo también, aquel archivo creado y sostenido

a tanta costa y tendido como cable salvador a los músicos que quisieran conservar su independencia?

En estas cavilaciones me sorprendió el propio D. Ruperto, que tornó a Madrid en pleno Agosto, traído sin duda por los hados, cuando no le esperaba nadie.

Su presencia fué el numen que me inspiró de pronto, como hace el numen siempre. ¡Algo podía intentarse para lograr el fin apetecido sin apelar a recursos heroicos! Hablé, pues, a Chapí; le expuse en dos palabras mi plan, que aceptó en el acto, y contando con su aquiescencia, López Silva y yo volvimos a la calle de las Pozas.

Pero volvimos confiados y seguros de haber encontrado una solución que, armonizando todos los intereses, había de parecer de perlas a cuantos de ella dependían.

D. Florencio nos recibió muy afable; pero se dijo para su capote sin duda:

—Vaya, éstos tienen gana de conversación y no me van a dejar trabajar este verano.

Y añadió en voz alta:

—¡Qué! ¿Ya me traen ustedes los dos millones?

—¡Ay! no, señor; todavía no.

—Pues yo creí...

—Pero no perderá usted la visita, porque yo, particularmente, vengo a hacerle un regalo.

—¿A mí? ¿Hombrce! ¿Y qué es ello?

—Mil duros en oro.

Fiscowich dirigió una mirada interrogante a López Silva; pero las patillas se le antojaron otras dos interrogaciones, y me miró entonces a mí un poco duramente, como para advertirme que no toleraría bromas pesadas.

Le tranquilicé en seguida, diciendo:

—No es broma, no, señor. ¡En oro cantante y sonante! ¡Recuerda usted que cuando yo intervine para hacer la paz entre la empresa de Apolo y Chapí, tuve que tratar con usted para suavizar cierto contrato que la impedía?

—Sí; y por cierto que accedí en el acto a la demanda.

—Cosa que yo le agradecí mucho, porque ayudó usted a resolver una crisis zarzuelera bastante grave. Bueno, pues entonces, hablando de los perjuicios que ocasionaba la guerra de archivos, porque Chapí, a pesar de ofrecerle una fortuna, rechazaba la fusión del de usted con el suyo, usted me ofreció mil duros en oro si yo lograba hacerla. ¿No es verdad?

—Sí, algo recuerdo; pero como usted comprende...

—Yo no comprendo más sino que ahora le traigo a usted hecha la fusión, que no le cuesta un cuarto, que va usted a ganar mucho con ella... y que renuncio a los mil duros de co-

retaje. Y le regalo á usted, además, el beneficio del cambio, que está á cuarenta.

Sospechó Fiscowich que la broma del oro era inocente y tolerable, comparada con la que trafa al retortero, y tuvo que apelar á su exquisita educación para no indicarme con un ademán que por la puerta se iba á la calle. Pero á los cinco minutos se había convencido del escaso fundamento de la sospecha.

Porque la proposición era la siguiente:

D. Florencio tenía alquilados, á quince pesetas, veinticinco archivos, por término medio, los cuales, descontados los gastos, le producían sesenta duros diarios, más bien más que menos. Chapí alquilaba generalmente doce, también á tres duros, que le daban un producto líquido de ciento cuarenta pesetas cada día. Y por lo tanto, el primero obtenía una ganancia anual de veintitantos mil duros, y el segundo de diez mil y pico. Me parece que la cosa está clara y, además, ambos conservarán las cuentas, que no me dejarán mentir.

Pues bien, juntos los dos y administrados por una tercera persona ó entidad (la Sociedad de Autores, naturalmente), que había de simplificar el servicio, quitando trabas y expedientes, favoreciendo la formación de compañías, suprimiendo ó reduciendo mucho las fianzas y persiguiendo con mayor facilidad ocultaciones y fraudes, era de suponer que el término medio de archivos alquilados diariamente á cuatro duros, había de ser, por lo menos, de treinta y cinco.

Y como de estas veinte pesetas, quince recibiría Fiscowich y cinco Chapí, reducidos en la debida proporción los gastos, saldrían ganando todos: las empresas, porque podrían disponer del repertorio entero, ahorrándose cada día diez pesetas y las gabelas de fianza, obra nueva y pronto envío; Fiscowich, porque recibiría próximamente treinta mil duros anuales; Chapí, porque seguiría cobrando sus diez mil, ó algo más, sin quebraderos de cabeza; la Sociedad, porque apartando para sí el 10 por 100 del ingreso como administradora, podría rebajar el tanto de administración á los socios; y éstos, porque además de obtener el beneficio de ese tanto, aumentarían su recaudación por la mayor facilidad que se daba para la representación de sus obras.

Fiscowich, ante la claridad meridiana de estos cálculos, cuya exactitud conocía mejor que nadie, se quedó con la boca abierta y no encontró reparo alguno que poner. Únicamente dijo, por decir algo:

—Bueno, sí; está bien. Pero ¿y D. Ruperto...?

—D. Ruperto acepta desde luego, y con su licencia venimos.

—Sin embargo, sería conveniente que él me escribiera.

—No hace falta. Está en Madrid, y si usted quiere nos reunimos en la calle del Florín esta misma tarde, para que la combinación empiece á dar sus frutos mañana.

—¡Hombre! Tanto como mañana...

—Bueno, mañana no, porque comprendo que es demasiado pronto. Pongamos dentro de ocho días.

Celebróse la reunión, se estudiaron las bases, diéronse un abrazo, con lágrimas en los ojos, los dos irreconciliables enemigos, convinieron en cesar en los pleitos que entre sí tenían (siempre habían andado en eso), y Fiscowich prometió redactar la minuta del contrato en Fuenterrabía, para donde salía al día siguiente, remitiéndonla para la aprobación y convidarnos después para firmarlo en San Sebastián... ¡Hasta tal punto había llegado su enternecimiento!

Pero ¡ay! en cuanto le oreó la fresca brisa de la playa se le enfrió un poco el entusiasmo y penetró en su corazón la desconfianza. Una desconfianza que se explica fácilmente. ¡Demasiado conocía él á los autores dramáticos! Aquella Sociedad que iba á administrar su archivo, ¿duraría mucho tiempo? ¿No le echarían la zancadilla más temprano ó más tarde? ¿Nada! lo mejor era apelar al sistema moro de discusiones lentas y aplazamientos largos... Poco á poco se iría pasando el primer ímpetu, á los seis meses no se acordaría nadie del asunto y las cosas quedarían como estaban.

Lo cual hubiera sucedido probablemente si no estuviera yo en el mundo. Pero estaba, gracias á Dios, y como á falta de otras virtudes tengo la de la constancia rayana en terquedad, mudearon las cartas de recordatorio, y á las cartas sucedieron los telegramas apremiantes. Todo ello obtenía siempre parecida respuesta: "El asunto era demasiado grave y había que meditarlo despacio. Calma, que todo se andaría..."

En estas y las otras se reunió en Madrid toda la Junta, día cuenta de nuestras gestiones, la expuse mi opinión, y con perfecta unanimidad acordaron los señores del margen que había que terminar aquello. ¿Cómo? ¡Ah! yo tenía mi plan, ¡el plan número cincuenta y tantos! que se podía poner en práctica.

Para no cansar, allá por Diciembre se envió á D. Florencio una atenta carta participándole que no estábamos para perder más tiempo, y que desde aquel instante mismo

quedaban rotas las negociaciones y abiertas las hostilidades.

Seguramente no había acabado el destinatario de leer la comunicación, cuando sonaron los primeros tiros.

Y empezó la lucha.

CAPITULO XI

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

En el antiguo café de Madrid, que ya, ha desaparecido del mapa, al terminar una comida de diez reales el cubierto, con tres platos á elegir, pan, vino y postre, quedó resuelto que Chapt cedía, vendía y traspasaba á perpetuidad á la Sociedad de Autores Españoles su archivo musical y el derecho exclusivo de reproducción de sus obras. ¿En qué precio? En el de cien mil pesetas pagaderas en cuatro plazos de veinticinco mil anuales, y el 5 por 100 del ingreso que la Sociedad obtuviera en lo sucesivo por alquiler de materiales.

Si se tiene en cuenta, y debe tenerse, que ambas cosas le producían diez mil duros al año, se verá claramente que Chapt entregaba á sus compañeros una propiedad que tanto trabajo le había costado defender, considerándose pagado en cuatro anualidades con la mitad de la renta. El 5 por 100 llegaría á representar, cuando el plan se realizase por completo, diez ó doce mil pesetas al año; y aun eso, que era el pan de sus hijos, lo cedió más tarde, á la primera indicación, en condiciones increíbles.

Añádase á esto que, por lo que daba á la Sociedad en veinte mil duros, Fiscowich había llegado á ofrecerle dos millones de reales, ó seis mil duros de renta, á escoger, y se comprenderá la enormidad del sacrificio que D. Ruperto hizo entonces sin pestañear y con la sonrisa en los labios.

Varios apreciables sujetos, incapaces de cometer calaveradas de esa especie, y que no sólo no han perdido por la Sociedad un minuto de su vida ni un céntimo de su bolsillo, sino que, gracias á tan generoso arranque, han obtenido de ella ventajas grandísimas, han dicho después, no tan bajo que no pudiera oírseles, que aquello fué un buen negocio... ¡El mismo que haría el dueño de la casa de Fornos vendiendo su finca, á pagar en cuatro años, con la mitad de lo que le producen los alquileres! No podía ser más redondo.

¡Vive Dios, que si lo hubiéramos sabido antes no damos un paso! Y á estas fechas Chapt tendría sus dos millones, ó se los habría comido si tenía gana, y el 90 por 100 de

los autores seguirían administrados al 15, y entrampados hasta los ojos...

Pero, en fin, ello se hizo así, y la Sociedad contó desde entonces con un poderoso elemento de combate.

Se envió una circular á las compañías ofreciendo nuestro archivo por diez pesetas diarias, sin limitación de número de obras y, por consiguiente, quedó entablada la competencia. Sin embargo, ese no era más que el primer golpe. Claro está que los empresarios podían adquirir por cinco duros lo que antes les costaba seis; pero ¿qué adelantábamos con eso? El objeto era que algún día pudiesen prescindir del archivo de Fiscowich en absoluto, para lo cual era preciso aumentar rápidamente el catálogo del nuestro, y aumentarle con obras de los mismos músicos comprometidos por los contratos. A primera vista, esto parecía imposible; sin embargo, resultó de una facilidad encantadora.

Véase cómo:

A los que estaban obligados á no permitir que nadie más que D. Florencio copiase su música, nada les impedía colaborar con quien les diese la gana. Este cabo quedó suelto en los susodichos contratos, porque nada hay perfecto en el mundo, y á él nos asimos como tabla de salvación. ¿Qué inconveniente habría para que un compositor comprometido hiciese en adelante todas sus obras en colaboración con otro libre? Ninguno. Y siendo indivisible el trabajo ó iguales los derechos de ambos colaboradores, Fiscowich podría copiar y alquilar la música de los que con él habían contratado; pero la Sociedad haría lo mismo con la de los que á ella pertenecían. Y poco á poco ambos archivos irían igualando sus fuerzas, hasta que las empresas eligieran, naturalmente, el más barato. Como se ve, la idea parece diabólica, y sin embargo, es inocente y sencilla como una codorniz.

Toda la dificultad se reducía á encontrar músicos noveles, capaces de arrostrar todos los peligros y resistir todas las tentaciones, y Chapt, que conocía el paño, presentó dos: D. Manuel Quisland y D. Tomás Barrera. Ambos, especialmente el último, como se verá más adelante, se portaron con verdadero heroísmo, y á ellos se debió el triunfo completo un poco más tarde. Porque el plan empezó á ponerse en práctica en seguida, y se dió la primera batalla en el teatro Romea, con el estreno, por la Compañía Prado-Chicote, de *La señora capitana*, letra de Jackson y música de Barrera y Valverde, hijo. Cinco días después de la primera representación, treinta y

tantos materiales completos, reproducidos en un abrir y cerrar de ojos por medio de la litografía, habían llegado á las empresas de provincias, remitidos por la Sociedad de Autores. En la copistería de Fiscowich no habían concluido aún el primero.

D. Florencio vió el peligro y acudió á él como un rayo; pero acudió de mala manera: llevando á los Tribunales á Quintito para exigirle el cumplimiento del contrato. Dióme Valverde un poder en regla, y en su nombre acudió al juicio de conciliación, pertrechado con todas mis razones: "¡Señor! ¡Si aquí no se ha faltado á lo convenido! ¡Si Quintito lo cumple entregando su partitura para que saquen copias! Lo que no puede evitar es que su colaborador haga lo mismo en otra parte".

Nada; no hubo avenencia, y el asunto pasó al Juzgado de primera instancia y á la Audiencia después. En ambos sitios quedamos en lo que teníamos que quedar: en que Fiscowich copiaría y alquilaría los materiales de *La señora capitana*; pero también los podríamos copiar y alquilar nosotros, autorizados por Barrera.

El golpe era de muerte... y el enemigo izó en seguida bandera de parlamento.

Para pactar la paz nos reunimos en casa del maestro Bretón: D. Florencio en representación propia, Ramos Carrión y yo en la de la Sociedad, y los maestros Bretón y Nieto como amigables componedores.

Hablamos todos durante tres horas, se hicieron cálculos, se echaron cuentas, se agotaron los argumentos... y, cuando volvimos á la calle del Florín los comisionados, tuvimos que decir á los señores que esperaban ansiosos el resultado de la conferencia:

—Nada. Hemos tomado una trinchera, puesto que Fiscowich rebaja la mitad del precio; pero todavía no podemos transigir. Pide un millón de pesetas al contado.

Torregrosa, harto ya de dilaciones, pleitos, viajes y zarandajas, exclamó con un ademán magnífico:

—¿Un millón de pesetas? ¡Dárselo y acabemos de una vez!

Pero Sánchez Pastor añadió irónicamente:

—Hombre, sí; darle el millón en seguida. Por lo visto, el amigo Torregrosa lo tiene en el bolsillo.

..

No; ni lo tenía Torregrosa, ni lo tenía nadie, ni lo podríamos encontrar detrás de la esquina, por lo cual era necesario seguir la pelea apretando las clavijas un poco.

Y para eso, para apretarlas, nacieron entre el papel pautado, como Venus entre la espuma de las olas, dos apreciables seudónimos:

los maestros *Montero* y *Montesinos*, de fausta memoria. Tras ambas caréatas se ocultaban los propios Barrera y Quisiant, que de esa manera, siendo dos parecían cuatro, y acabaron por parecer cuatrocientos.

La razón de su nacimiento fué la siguiente: convenía, claro está, que las dos columnas firmísimas de la Sociedad siguieran colaborando con cuantos músicos comprometidos pudiesen; pero eso era ir á pie y nosotros querríamos avanzar en tren expreso. Se necesitaba, además, que escribieran muchas obras solos...; pero desgraciadamente ni Quisiant ni Barrera tenían nombre de cartel, y el público se paga mucho de esas cosas...

La firma con seudónimo tenía dos ventajas: primera, que siendo libres Barrera y Quisiant, Fiscowich no podría copiar ni servir sus obras, y su catálogo no iría ya á la par que el nuestro, y segunda, que el público sería muy dueño de suponer que detrás de Montero estaba Beethoven y detrás de Montesinos Meyerbeer, en vez de los verdaderos modestos autores, con lo cual no perdían, sino que ganaban importancia los estrenos.

Lo malo fué que Fiscowich empezó á sospechar infundadamente lo mismo que podía suponer el público y, ni corto ni perezoso, reunió datos, buscó testigos suficientes para la prueba de indicios y pidió al Juzgado que incoara procedimiento criminal por estafa contra los Sres. Valverde, Torregrosa, Lleó, Calleja y Vives, que él se figuraba ser los legítimos y auténticos Montero y Montesinos.

Admitió la denuncia el juez del distrito de Buenavista, y empezaron los amargos y crueles días de las declaraciones. Como los estrenos menudeaban que era un gusto, libretistas y músicos acabaron por perder la cabeza y no saber á ciencia cierta cuáles obras eran de Barrera, cuáles de Quisiant, cuáles de Montesinos, cuáles de Montero y cuáles de todos juntos...

Acudimos á declarar en favor de los procesados los libretistas, de las obras en litigio, y á *deponer* en contra, con la frescura del mundo, empresarios, avisadores, partes de por medio y hasta compañeros y amigos de los reos presuntos, que se veían en semejante trance precisamente por hacer un favor á los testigos de cargo.

Larga y difícil fué la prueba, porque una palabra obscura, un olvido, una equivocación leve, podían traer malas consecuencias para las cinco víctimas, y, por otro lado, el miedo á la influencia de Fiscowich hacía que se acumularan en contra, aun sin querer los declarantes, cargos indecisos, borrosos, pero muchos...

Una tarde, cuando menos se podía esperar se presentaron el Juzgado y D. Florencio en

las oficinas de la calle del Florin. Iban á ver los libros, los recibos, las liquidaciones... á comprobar, en fin, en los documentos oficiales si cobraban ó no cobraban sus derechos Montero y Montesinos. Pero todo estaba en regla, ¿no había de estarlo? y la visita sólo sirvió para que se acaloraran los presentes y para que Vital Aza, que á ratos tiene malas pulgas, olvidando que se hallaba en presencia de la justicia, estuviese á dos dedos de ir á la cárcel por decir cuatro frescas al escribano.

Por aquellos días tuve una entrevista (¡otra!) con Fiscowich. Citóme en el Círculo de la Unión Mercantil (terreno neutral): habíamos largamente á solas, y la conversación puede reducirse á estos términos:

El.—Vamos á ver: ¿á qué viene esto? ¿Por qué es ese odio? ¿Qué objeto tiene esta campaña, que á todos ocasiona tales trastornos y perjuicios? ¿Qué daño le he hecho á usted en mi vida?

Yo.—Ninguno; ni yo pretendo hacérselo á usted tampoco. Aquí no hay odio ni animadversión personal de ninguna especie. No hay más sino que los autores dramáticos están haciendo ahora lo que todos los obreros del mundo: quieren acabar con el capital para explotarse á sí mismos. Los obreros tardarán acaso algunos siglos en llegar al fin; nosotros... debemos tardar algo menos, porque para eso somos intelectuales. Si somos vencidos, ya sabemos lo que nos espera; si vencemos... usted se convencerá de que es noble la idea que nos guía.

Y esto fué todo. También di á los compañeros cuenta detallada de la conferencia, y también su inutilidad sirvió para levantar de cascos á la gente más de lo que estaba.

Pero no fué eso lo peor. Lo peor fué que para extender el campo de la lucha, para hacer más temible el choque final que á desmesurados pasos se acercaba, surgió entonces lo inesperado, lo absurdo, lo increíble...

CAPITULO XII

LA BATALLA

Y lo increíble, lo absurdo, lo inesperado fué... que ya no tuvimos enfrente á Fiscowich solo.

Se unió á él, con el propósito deliberado de convertirnos en polvo menudo, la flor y nata de los autores amarrados al yugo de las casas editoriales. Fué aquí un inexplicable "¡Vivan las caenas!" lanzado pública y so-

lemnemente por las personalidades más ilustres del arte teatral, que con ese hecho acreditaron su abolengo de pura raza española.

Ha pasado el tiempo, que suele dar la explicación de las cosas; ha venido la calma, que limpia de telarañas el cerebro, y aún no he podido entender la razón de que tantos hombres de talento acudieran, de buena fe, sin duda, á defender con su prestigio las fortalezas del abuso y de la rutina, que nosotros tratábamos de asaltar para libertarlos. La Sociedad de Autores intentaba llevar a cabo una obra beneficosa y grande; los que se oponían á su avance, ¿qué se proponían? ¡Jamás podrá saberse!

Y, desgraciadamente, no se trataba de renacuajos. A la primera reunión, verificada en el teatro de la Zarzuela el 12 de Junio de 1900 para constituir la Asociación de autores, compositores y propietarios de obras teatrales, asistió mucha gente de pro, se derrochó el ingenio prediciendo nuestra derrota, que era la suya, con la alegría propia del caso, y quedó nombrada la Junta directiva, dividida en dos partes para mayor gala.

¿Ustedes creen que formaron esta junta Juan, Pedro, Diego, etc.? Pues no, señores: la constituyeron los autores y músicos que á continuación se expresan:

Consejo de honor: D. Benito Pérez Galdós, D. Eusebio Blasco, D. Gaspar Núñez de Arce, D. José Echegaray, D. Luis Mariano de Larrá, D. Manuel del Palacio y D. Manuel Fernández Caballero.

Comisión ejecutiva: D. Amadeo Vives, don Carlos Fernández Shaw, D. Jerónimo Jiménez, D. Julián Romea, D. Mauricio Gullón, D. Manuel Nieto, D. Miguel Echegaray y D. Miguel de Palacios.

Esa lista de nombres, comparada con la de los relativamente modestos que figuraban en la Sociedad de Autores, dará idea de la importancia del obstáculo que se alzaba delante de nosotros.

Los fines declarados de la flamante agrupación, que dimos en llamar la *Contrasociedad* desde entonces, se reducían á la defensa, vaga y confusa, de los intereses generales, y á la fundación de un Montepío y de un Boleín. Por milagro no se acordó también costear á los socios féretro y exequias, que es lo primero en que piensan los españoles cuando se renunen para redactar estatutos.

El lema de la *Contrasociedad* era éste: *Unidos y libres*, y en él se revela el espíritu humorístico y burlón de la raza. Porque unidos... había que verlo, y libres... ¿de qué estaban libres? Lo primero que hicieron fué nombrar gerentes administrativos, ¡*inamovibles!* ¡á Fiscowich y á los Hijos de Hidalgo!

D. Florencio, verdadero y único maese Pe-

dro de aquel retablo, cometió dos imprudencias temerarias: habló de Montepío dejando las deudas en pie y en disposición de crecer como la espuma, y pidió dinero a los autores para sostener la Sociedad, en lugar de dárselo. Por ambas equivocaciones el Consejo de honor, que no llegó a funcionar; el Boletín, que no empezó a publicarse, y el Montepío, que fué pura broma, se vinieron abajo al primer sople, como se verá más adelante. Pero entretanto sirvieron para enardecer los ánimos, encender las pasiones, sembrar odios africanos entre compañeros de profesión, que jamás debieron chocar unos con otros, y prolongar durante un año una lucha sin cuartel que hubiera llegado a producir una hecatombe a no haberse estrenado tan a tiempo *Dolores...*

* *

Fiscowich no se flaba mucho de la eficacia de sus huestes, con ser tan brillantes y lucidas, y mientras procuraba caldearlas con el fuego de la indignación, no descuidaba la causa criminal por estaba contra los cinco imaginarios malsines que entregaban, según él, sus obras al abismo insondable del seudónimo, y tenía secretamente con nosotros frecuentes conferencias para buscar algún arreglo.

Claro está que éste, si llegara, habría de ser tanto más ventajosa para él cuanto mejores fuesen las posiciones que ocupara, y he ahí por qué la Contrasedad hacía, sin saberlo, armas contra sí misma.

Arniches, López Silva y yo fuimos en comisión a visitar a D. Florencio en su nueva casa de la calle Ancha de San Bernardo y a ofrecerle por su archivo 750.000 pesetas, pagaderas en diez años, con un interés del 10 por 100.

Aceptó la proposición en un principio (como se vé, la fascinación iba bajando lenta, pero continuamente), y no cuajó la idea porque D. Florencio puso por condición que había de administrar él su archivo y el nuestro hasta el completo pago de la cantidad estipulada, cosa que rechazamos en redondo.

Y fracasada esta tentativa, yo le expuse en los siguientes términos otro plan que llevábamos a prevención, porque planes no faltaban nunca:

—Usted nos entrega ahora mismo 30.000 duros de prima y 10.000 más cada año durante diez, al cabo de los cuales nos cederá la propiedad en absoluto, y en cambio recibe íntegros los productos de los dos archivos musicales unidos. ¿Hace?

¡Qué había de hacer! Fiscowich no comprendió que la combinación le produciría en

los diez años 2 millones de pesetas, de los cuales no tendría que entregar a la Sociedad más que 650.000, y por no detenerse a examinar el fondo de la proposición, contestó con una mirada que era una oda, pensó que aquello de invitarle a que vendiera su archivo, dando dinero encima, era una burla sangrienta, y... no nos dió de coscorrónes porque éramos tres contra uno y estábamos en su casa.

La discusión, agriada por este incidente, tuvo que oír. Fiscowich es buen orador y muy aficionado a comparaciones y símiles; pero Arniches no le va en zaga en ambas cualidades, y los discursos fueron breves, pero substanciosos.

—¡Esto es intolerable!—decía D. Florencio—. Yo he edificado una casa a costa de muchas fatigas, y ustedes, hoy un ladrillo, mañana otro, se me van llevando todas las paredes maestras.

—Porque esos ladrillos—contestaba Arniches—no eran de usted, sino de los autores, y en cuanto cada uno coja el suyo, se quedará usted con el solar limpio y lirondo.

—Pero, ¡si ni el solar respetan ustedes!

—Porque necesitamos abrir en él un camino que creemos de utilidad pública.

—¡Eso no podrá ser! El guarda, que representa la ley y mi derecho, les saldrá a ustedes al paso para impedir el despojo, y ¿qué harán ustedes?

—¡Matar al guarda y seguir adelante!

Y por ahí continuó la conversación, acalorada y vehemente hasta terminar, calándonos los chapeos y requiriendo las espadas, y yéndose Fiscowich a tomar parte en las deliberaciones del Consejo de honor y de la Comisión ejecutiva, en los cuales tenía voz y voto según los estatutos.

Entretanto, el sumario de la causa por estafa tocaba a su fin y faltaba sólo la declaración de Barrera para darle por concluso. Barrera andaba entonces por esos pueblos de Dios ganándose difícilmente la vida al frente de la orquesta de una compañía lírica trashumante, y aunque manteníamos con él frecuente correspondencia, encargándole cuanto música nos hacía falta, ni estaba al tanto de las obras que estrenaba, ni podía decir con seguridad sus títulos, que a lo mejor se cambiaban en los ensayos, ni a veces había un alma caritativa que le comunicase los éxitos.

El hombre estaba, pues, en las peores condiciones del mundo para prestar declaración, cuando el Juzgado de Ecija, donde a la sazón vegetaba el coautor de *La señora capitana*, recibió un exhorto del de Madrid para que practicase aquella diligencia. Y al mismo tiempo que la citación correspondien-

te llegaron á manos de Barrera dos avisos, al parecer míos, con el intervalo de dos horas de uno á otro, en que se le decía: "Todo arreglado. Declare la verdad. Estamos de enhorabuena", y cosas por el estilo.

Digo al parecer, porque lo chusco es que ni directa ni indirectamente me puse yo jamás á habla con Barrera respecto á semejante asunto. Lo cual demostrará que en aquella batalla, que había de ser decisiva, no sólo se peleaba á la luz del sol, sino en las espesuras del bosque y en las profundidades de la mina.

Barrera conservó la serenidad de juicio y el vigor de alma suficientes en momento tan peligroso, y pensando que, si todo estaba arreglado efectivamente, no tenía yo para qué hablarle de verdades ni de mentiras, declaró la verdad escueta, la misma verdad de siempre, y salió como pudo, pero con garbo, de aquel intrincado laberinto de pseudónimos, estrenos y colaboraciones que apenas conocía.

Despachado el exhorto, el juez de Buenvista envió la causa á la Audiencia, encontrando, sin duda, en lo actuado materia de delito, pero no calificándole de estafa, como Fiscowich quería, sino de defraudación de la propiedad intelectual, que no es lo mismo, ó no suena tan mal por lo menos.

Entonces fué cuando la Junta directiva de la Sociedad de Autores, lejos de amilanarse, juzgó llegado el momento oportuno para errar ó quitar el banco, y citando á junta general, que se celebró en el Teatro Moderno el día 4 de Junio de 1901, propuso lo siguiente:

"A la querella que llevará al banquillo á cinco de nuestros compañeros, debemos contestar con un acto de valor y de energía; debemos pagar los gastos que ocasione la causa, destinando á este fin cuantos ingresos obtengan los autores asociados en la República Argentina, y debemos hacer saber á cuantas empresas y compañías soliciten de la Sociedad el servicio de materiales de orquesta, la condición precisa de que no han de utilizar al mismo tiempo el archivo musical del Sr. Fiscowich."

Y no hubo discusión; los acuerdos se tomaron por unanimidad. Fríamente, serenamente, aquellos hombres, bien avenidos, aunque pocos, se jugaron á cara ó cruz su porvenir y el pan de sus hijos. Si las empresas elegían el archivo de Fiscowich, como era de temer, por ser el más copioso, cuantos autores formaban la Sociedad tendrían que abandonar la profesión ó rendirse incondicionalmente á los editores. Todo por defender una idea generosa de redención y de li-

bertad... ¡Jamás colectividad alguna ha realizado un acto de solidaridad y de compañerismo tan hermoso y tan grande!

La publicación del acuerdo, que obligaba á las compañías á elegir uno de los dos archivos produjo en el mundo teatral honda perturbación que duró tres semanas. La decisión y la duda primero y el pánico después se extendieron por saloncillos y escenarios. Los momentos fueron de verdadero peligro, y la balanza permanecía en el fiel, llevando la ansiedad á cuantos dependían de la inclinación de sus platillos. Para echar peso en el nuestro trabajaron con ardores de fiebre cuantos tenían condiciones probadas de autores dramáticos. Porque funcionaban entonces dos teatros únicamente: Eldorado y Apolo; del primero eran empresarios unos cuantos autores adictos á las casas editoriales, que nos cerraban naturalmente aquel portillo, y no quedaba libre más que Apolo, terreno neutral de que podíamos disponer para dar la última carga á la bayoneta.

Para Apolo, pues, se hicieron de prisa y corriendo tres obras: *Dolorettes*, *El género infimo* y *Los niños llorones*, que habían de estrenarse por el orden en que las cito. Si no gustaba la primera, si el teatro no seguía funcionando todo el verano, Eldorado, en poder de la Contrasociedad, lanzaría al mercado obras nuevas y las compañías que necesitaban los estrenos para vivir nos abandonarían seguramente, y nuestra derrota era inevitable.

Compréndase ahora la importancia excepcional, inmensa, del estreno de *Dolorettes*. Si no se verificaba en los primeros días de Julio, ó fracasaba la obra en la primera representación, la Sociedad de Autores moriría apenas nacida por no tener palenque donde batirse; su archivo quedaría inútil, sus individuos condenados al hambre, las casas editoriales triunfadoras apretarían el dogal á los ingenios españoles, y volverían éstos á trabajar, por los siglos de los siglos, en condiciones onerosas, cobrando con merma el producto de su labor y esperando horas y más horas, sombrero en mano, en las obscuras antecámaras, que sus administradores se dignaran recibirlos.

Vamos, pues, al estreno,

CAPITULO XIII

EN VÍSPERAS

Veinte veces he comenzado á planear este capítulo y el siguiente, y otras tantas he roto la primera cuartilla. No sé cómo relatar los acontecimientos, porque á ellos va ligado íntimamente un dolor intenso que me destrozó el alma, y estos dramas del hogar, estos pesares íntimos, hondos, terribles, que perduran á través de toda la existencia, deben ser guardados en el santuario del corazón, porque, al salir á la luz, más que la compasión excitan la burla, y el sentimiento verdadero, al airearse, corre peligro de convertirse en sensiblería ridícula.

Pero ello es preciso, y lo contaré con toda la concisión posible.

Cinco hijos de mi alma hubieran podido presenciar conmigo el estreno de *Dolores*. A la vigésima representación ya no habrían podido acompañarme más que cuatro, porque á uno de ellos, amado como los otros, ó más tal vez, y sacrificado, sin embargo, en holocausto á una idea, se lo habían llevado allá lejos, á la región de donde no se vuelve nunca, cubierto de flores y bañado en mis lágrimas de dolor, de rabia, de arrepentimiento.

No sabéis qué quiere decir eso del sacrificio, ¿verdad? Pues oídme.

Mi hijo mayor fué atacado de la coqueluche ó tos ferina, á los diez años de edad, en los últimos días de Junio. La dolencia no infundió temor porque reviste generalmente la forma benigna y, aunque dura mucho y ocasiona grandes molestias, pasa y acaba sin producir trastornos de mayor cuantía. Pero en algunos casos, pocos por suerte de la humanidad, adquiere sin causa conocida una gravedad extraordinaria: inflama la sangre, daña los pulmones, ataca al corazón y lo destruye todo en pocos días. La ciencia desconoce en absoluto la naturaleza del mal y no dispone, por lo tanto, de otros medios de combate que los paliativos del cambio del clima y el alejamiento del foco de infección.

Para aminorar el primer ímpetu y evitar, si era posible, el contagio, huf con el enfermo, sin rumbo fijo, hacia las provincias del Norte. Aquí no hacía falta. Dábanse los ensayos generales de *Dolores*, iban de vendida los del *Género ínfimo* y empezaban los de *Los niños llorones*. La batalla iba á darse, pues, en condiciones excelentes, el triunfo era casi seguro y... mi presencia inútil.

Por otra parte, los efectos de mi determi-

nación fueron asombrosos. La enfermedad, entre el aire puro del mar y de los montes, perdía intensidad á ojos vistas, y las noticias que recibía de Madrid eran buenas. No había novedad en mis otros chiquillos... y por lo visto se había logrado á tiempo evitar el contagio.

Considerábame, pues, feliz, cuando a las pocas horas de llegar á Bilbao (cinco días después de mi salida de la corte), recibí un telefonema, que decía sobre poco más ó menos: "Estreno suspendido. Cierre teatro anunciado fin Junio. Urge venida". Y firmaba... uno que veía en peligro la nómina y acudía á mí como recurso para la prolongación de la temporada.

No necesito jurar que pasé intranquilo, nervioso, febril, toda aquella noche. ¿Qué habría pasado para que nuestro plan, empezado á desarrollar con tan grandes fatigas, se viniera abajo de pronto? No lo sabía ni podía saberlo; pero veía claramente la situación peligrosa y difícil. Olvidándome de todos los demás, me consideraba vencido y humillado yo sólo. Elscovich triunfante, nuestro archivo deshecho, la soñada libertad de los autores imposible, la propiedad literaria teatral en manos de los intermediarios para siempre, y nuestro ímprobo trabajo de dos años, baldío é inútil.

¿Qué hacer para buscar el remedio? Sólo una cosa, puesto que faltaban cuarenta y ocho horas no más para que Apolo cerrara sus puertas: volver á Madrid inmediatamente. Pero conmigo volvía la posibilidad del temido contagio y, aunque más remota, la de la enfermedad maligna que mata irremisiblemente...

¡Bien sabe Dios que en aquellas horribles horas le pedí con toda mi alma que me inspirase lo que debía hacer! Y la inspiración vino entre la calentura á decirme: ¡Marcha! ¿Por qué te has de poner en lo peor? No te ocurrirá nada malo. Cuando se tiene una idea noble, se la sirve sin vacilaciones, sin dudas, saltando por todo...

Y tomé el tren y vine.

Después, cuando el público, indignado sin razón ni motivo contra la Sociedad de Autores, pedía á gritos mi cabeza en las salas de espectáculos; cuando casi todos los intelectuales de España se alzaron airados en contra mía; cuando empezó á rodearme la atmósfera envenenada de la calumnía, me he preguntado muchas veces por qué Dios me inspiraría aquello...

Era verdad. La empresa había anunciado oficialmente la conclusión de la temporada.

Una enfermedad repentina de la Srta. Pino ocasionó aquella resolución, que ponía en peligro tantos y tan grandes intereses.

Suspendido el estreno el mismo día en que estaba anunciado con letras rojas, y en vista de que el médico no respondía de la brevedad de la dolencia, Arniches se marchó desesperado á El Escorial, anunciando que sin la Srta. Pino no consentiría la representación de su obra, y la empresa, para evitarse perjuicios, acordó anticipar el descanso veraniego.

En cuanto entré en el escenario me rodeó la tropa menuda, que iba á perder, por lo menos, un mes de sueldo, y atropelladamente, entre lamentaciones y quejas, díome cuenta de la situación. No había que perder el tiempo; al día siguiente les darían el pasaporte, y á casa. Hice llamar en seguida á D. Enrique Arregui y á D. Luis Aruej, cosa que no me había yo atrevido á hacer jamás, y me encerré con ellos. Ambos estaban serios y graves, adivinando que tendrían que darme una repulsa seca y desabrida. Porque los empresarios de Apolo tienen la formalidad por norma, una formalidad exagerada á veces, pero que es la base del crédito del teatro, no superado por otro alguno.

—Vengo desde Bilbao—les dije—á pedir á ustedes un favor.

—Si es el que me figuro—me interrumpió Arregui—, no siga usted hablando. La empresa ha dicho ya que cierra el 30, y el 30 cierra sin remedio. Ya nos conoce usted.

Miré á Aruej para buscar apoyo. Pero Aruej estaba impávido, imperturbable, decidido, sin duda, á no hablar una palabra en toda la noche. Comprendí por su actitud que tendría que habérmelas con D. Enrique solo y... abrí el corazón á la esperanza. Porque Arregui tiene un carácter violento, al parecer; es rápido en las decisiones y tenaz y enérgico para cumplirlas; pero el corazón no le cabe en el pecho, y al corazón iba yo á dirigirme en línea recta.

—Pues ese favor—continué después de una pausa—es el que pido precisamente.

—Es inútil. Hablemos de otra cosa.

—No; hablemos de ésta. Es preciso que el teatro de Apolo continúe abierto todo el mes de Julio... y aun el de Agosto si se puede.

—¡Claro! y que la empresa pierda seis mil duros.

En cuanto D. Enrique sacó á colación el dinero como argumento de fuerza, perdí terreno, porque de sobra sabía yo que no le había importado un pito jamás.

—Los perderá ó los ganará, ¿quién sabe! Pero aunque los pierda, ¿qué importa? (Asombro mudo de Aruej ante aquel desati-

no.) ¡Sí! ¿qué importa? De que la empresa de Apolo tire á la calle un puñado de billetes depende ahora la suerte del teatro en España. Estamos en lo más duro del combate; las compañías de provincias no podrán funcionar en muchos meses si la cuestión de los archivos no se resuelve pronto; el pan de centenares, de miles de personas depende de lo que se decida aquí esta noche... ¡Y no es eso sólo! Con nuestra victoria vendrá el aumento de producción, la extensión incalculable del mercado, el enorme crecimiento de la recaudación de los autores... ¡No son seis mil duros, Sres. Arregui y Aruej, son muchos millones los que se juegan!

Levantóse Arregui del asiento, húmedos los ojos y rojas por la emoción las mejillas, y, dando un vigoroso puñetazo sobre la mesa, dijo:

—¡Tiene usted razón! (un taco redondo). La empresa de Apolo se vuelve atrás por primera y última vez en su vida. No treinta mil pesetas (otro taco); pongo sobre el tapete mi fortuna entera, en un caso como el presente!

D. Luis, sin emocionarse tanto, asentía en silencio...

Pero quedaba una cuestión difícil de resolver. Arniches había retirado la obra hasta Septiembre, y aunque yo conocía á mi amigo Carlos y sabía que no un acto, sino diez tiraría por la ventana en circunstancias como aquellas, la empresa no aceptaba la responsabilidad del estreno sino con dos condiciones: que hiciese su papel la señorita Pino, y que estuviese preparada la Srta. Taberner, para sustituirla en caso de que no pudiera continuar las representaciones.

—Comprendo esos escrúpulos—dije entonces—. Avisaremos á Arniches; citen ustedes á la Taberner para que ensaye mañana y dispongan el cartel ahora mismo. La señorita Pino vendrá al estreno, aunque sea en camilla.

Y tomando un coche fui á escape á la calle de Génova, donde vivía la distinguida tiple. No sé cuál era su enfermedad: la clásica, cólico nefrítico... una cosa aeriosa que la producía dolores agudísimos y constantes que no la permitían descansar ni moverse, y que lo mismo podían durar un día que quince.

Al apretar el botón del timbre, á la una y media de la madrugada, me palpitaba el corazón como si me estuviese jugando la vida. La campana sonaba allá dentro con estrépito ensordecedor; sin embargo, á los cinco minutos no había aparecido un alma.

Volví á apretar y se repitió el estruendo, pero tampoco contestó nadie. Insisti tres, cuatro, cinco veces... ¡nada! ¡La casa parecía una tumba! Por fin, á los veinte minutos de espera, después de un repiqueteo más largo que los otros, eché escaleras abajo y me volví al coche con la desesperación en el alma. ¡Los hados se tornaban adversos!

En los tres minutos que duró el viaje de vuelta se me ocurrió un rasgo de audacia que ahora, al recordarlo, me parece increíble. Hice mi composición de lugar; compuse mi semblante para que no se conociera la contrariedad que me consumía por dentro, y entré en la dirección de Apolo entre dos filas de coristas que me esperaban anhelantes.

—¿Qué dice?—preguntó Arregul en seguida.

—Que sí, que está mucho mejor y que podrá venir mañana á estrenar *Dolorettes*. Avísenle ustedes la hora del ensayo.

Y en el acto se envió el cartel á la imprenta y los sueltos á los periódicos anunciando el estreno y la continuación de la temporada.

Yo, aquella noche, no pugué los ojos.

..

Efectivamente, al otro día por la tarde se presentó la Srta. Pino sana y rozagante como una manzana.

Al felicitarla por su rápida mejoría, la dijeron:

—Ya, ya sabíamos por Sinesio que estaba usted buena.

—¿Por Sinesio? Y él, ¿de qué lo sabe, si no me ve hace un siglo?

Volviéronse todos hacia mí, estupefactos de asombro, y me miraron como pidiendo una explicación de la mentira.

—Joaquina tiene razón—tuve que murmurar humildemente—; no he tenido el honor de verla hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿cómo se atrevió usted á decir anoche que estaba curada?

—En primer lugar, porque hacía falta que lo estuviera, y en segundo, porque lo estaba efectivamente, ó no hay lógica en este mundo.

—¿Eh?

—Vamos á cuentas. La enfermedad de esta señorita consistía en unos dolores continuos que no la dejaban reposar un instante. ¿no era eso? Pues bien, anoche, no sólo ella, sino toda su familia y servidumbre, durmieron á plena suelta, de tal modo, que no hubieran despertado aunque se cayese la casa. ¡Señal evidente de que la dolencia había hecho crisis y de que la crisis era favora-

ble! Por eso me atreví á asegurar que vendría. Y ahí la tienen ustedes dispuesta á interpretar su papel en el estreno de esta noche y á lucirse como nunca...

Y así sucedió efectivamente.

Pero este capítulo resulta demasiado largo y hay que dividirlo en dos partes.

CAPITULO XIV

EL ESTRENO DE "DOLORETES"

"Bajo la responsabilidad de usted, haga lo que quiera", contestó Arniches telegráficamente desde El Escorial en cuanto se enteró de lo que pasaba.

La Srta. Amparo Taberner, que era, y supongo que seguirá siendo, avisada como ella sola, quedó en disposición de sustituir á la Pino, aprendiéndose letra y música en menos tiempo del que se emplea en contarle, y ¡por fin! llegó el instante deseado y temido de alzarse el telón para el estreno de *Dolorettes*.

El público, que pausada y tranquilamente iba ocupando las localidades, no podía sospechar la importancia que iba á tener su voto, ni imaginar siquiera que del resultado de aquella representación dependía el porvenir de los autores dramáticos en España. Semejante ignorancia fué acaso una fortuna, porque si la gente se hubiera percatado de lo que valía una palmada aquella noche, ¡quién sabe lo que hubiera ocurrido! El auditorio de las obras teatrales es bueno como el pan; pero á veces goza extraordinariamente haciendo daño...

La envidiable habilidad de Arniches decidió pronto el éxito al escribir la Srta. Bru una carta, dictada en competencia de cariño por dos viejecitos simpáticos, la Sra. Vidal y D. José Mesejo, y dirigida al nieto ausente; carta modelo de ingenuidad, de gracia y de ternura, que hizo reír y llorar al público y que terminó con una prolongada salva de atronadores aplausos. El senado estaba vencido... y Fiscowich también.

Después, cuando á la quejumbrosa dulzaina del abuelo contesta allá lejos, con alegre redoble de tamboril, el soldado que vuelve; cuando el nuevo amante de Dolorettes se presenta, trayéndola á la grupa del caballo, á pedir un donativo para la Virgen; cuando los dos rivales se desafían brava y gallardamente, y cuando la infiel queda abandonada y sola en medio de la fiesta, la sala entera se alzó una, tres, cinco, muchas veces, aclamando con verdadero júbilo á los autores.

Y el triunfo de Arniches, Vives y Quis-

lant, que yo podía considerar mío gracias al telegrama, lo fué también de cuantos al arte teatral se dedican. Gozaron todos de él entonces, y recogerán sus frutos las generaciones futuras..., pero la suerte quiso que fuese yo sólo quien lo pagara.

Porque al otro día todos mis hijos, contagiados rápidamente por el mayor, caían atacados por la coquelúche. Nunca la infección ha producido sus efectos tan pronto y con caracteres tan alarmantes. Sobre todo, en dos de los enfermos, un niño de cuatro años y una niña de quince meses, hizo su aparición con tal fuerza, que el médico, no queriendo ocultarme la gravedad de la situación, me dijo:

—Salga usted de aquí con todos inmediatamente. Llévelos a la montaña a buscar aire puro... ¡y quiera Dios que para estos dos pequeños lleguemos a tiempo todavía!

* *

En las Navas del Marqués, y por motivos parecidos, veraneaba también López Silva, que me demostró entonces un cariño fraternal que no olvidaré nunca. Sin él, sin su ayuda y su consuelo constantes, no sé qué hubiera sido de mí en aquellos quince días de angustia y de tormento, sin sueño y sin reposo, en continua insufrible excitación nerviosa.

Mientras yo bregaba con mi desdicha, no se descuidaban los compañeros que habían quedado en Madrid para sacar de la victoria todo el partido posible. Los materiales de orquesta de *Dolorettes*, autografiados en un santiamén como los de *La señora capitana*, inundaron las provincias; con felices augurios se preparaba a toda prisa el estreno de *El género infimo*, que había de dar y dió, efectivamente, el golpe de gracia; Berriatúa, aconsejado por Chapí, tomó en arrendamiento y puso a disposición de la Sociedad de Autores el teatro de la Zarzuela, aprovechando un momento de vacilación de D. Florencio, indeciso para renovar su contrato; las obras de Eldorado no daban lumbre, y la pólvora de la Contrasociedad se agotaba por momentos.

Empresas y compañías, como era de esperar, devolvían en gran velocidad el archivo de Fiscowich y pedían el nuestro. Los autores que del primero dependían vieron el porvenir obscuro y, sitiados por hambre, se rindieron incondicionalmente quinientos ante doce.

En uno de los salones del teatro Lírico se celebró una reunión, a que asistí, llamada por telégrafo. Acudió a ella numerosa y

notable representación de la Asociación de autores, compositores y propietarios de obras teatrales, cuyo repertorio había quedado reducido a pavesas por el estreno de *Dolorettes*, y Chapí llevó la voz en nombre de la Sociedad de Autores Españoles.

—Vencidos estamos—vinieron a decir los comisionados en pocas palabras.—No hemos luchado por odio a nuestros compañeros, sino en defensa de nuestros intereses, que estaban en manos ajenas. Para cooperar al triunfo de ustedes que, aunque parezca mentira, es también el nuestro, venimos a ayudarles resueltamente y esperamos de su generosidad que nos admitan en sus filas.

—Aquí no hay vencidos ni vencedores—contestó D. Ruperto en un arranque de los suyos:—aquí no hay más que músicos y autores dramáticos que se unen para lograr su independencia. Apracémonos, pues, y olvidemos todos los incidentes de la batalla.

—¿Qué debemos hacer?

—Tres cosas. Disolver inmediatamente esa Asociación incomprensible, patrocinada y dirigida por los editores.

—Deshecha queda desde ahora mismo.

—Obligarse cuantos compositores han firmado contratos con Fiscowich a colaborar de hoy en adelante con los que están libres de compromiso, para que nosotros podamos reproducir los materiales de sus obras, y comprometerse los libretistas a autorizar bajo su firma la copia de sus respectivas zarzuelas de repertorio. La Sociedad de Autores Españoles los servirá todos, aceptando la responsabilidad consiguiente, y satisfará cuantos gastos ocasionen los litigios que sobrevengan...

Quedaron aceptadas sin discusión las bases del acuerdo, y, sellado el pacto con los correspondientes abrazos efusivos, salió una comisión a participar a Fiscowich aquella misma tarde que se había quedado solo y que sería en él torpeza y temeridad insignes proseguir el combate.

* *

Y mi hijo se moría.

Por el temor de dejarme para siempre allá, en aquel pueblecillo perdido en lo alto de la sierra, y con la esperanza de salvarle aún acudiendo a los médicos notables, torné con él a la corte, y López Silva recordará siempre con espanto aquellas dos horribles horas de viaje. Volaba el sudexpreso montaña abajo en demanda de la llanura, y su misma velocidad era acicate de la impaciencia, porque nada hay tan angustioso como correr en busca de un remedio posible,

creer que falta siempre poco para llegar á rocarle con las manos y pensar que en cada minuto, en cada segundo, puede extinguirse en el camino la existencia de una criatura.

La noche del día en que llegamos, la Sociedad de Autores tuvo el segundo éxito. *El género infimo*, de los hermanos Quintero, Valverde y Barrera, era recibido con muchos y grandes aplausos á la misma hora en que mi pobre enfermo sufría un ataque más fuerte, más duro que los anteriores. ¡No parecía sino que la Providencia me exigía un nuevo y profundo dolor como precio de cada victoria!

Y en la tarde del 18 de Julio, cuando mi niño, reclinado en mi hombro, descansaba, al parecer, de un acceso de tos violenta, abrió los ojos lentamente y me miró de una manera extraña. Comprendí en seguida que aquel era el instante solemne que media entre el ser y el no ser, cuando parece que el cerebro del que iba á ser un hombre recoge toda la lucidez, toda la actividad que había de tener en la vida que se le escapa, y brillan en los ojos los destellos de una inteligencia superior, sobrehumana, infinita... ¿Sabéis lo que lei en aquella mirada última? Pues esto: —"Padre, no mientas; no me amabas. Me entregaste á la muerte por realizar un ideal que creíste bueno... Habrás hecho algo meritorio para los demás ¡conmigo has sido infame!"

Y el corazón, destrozado, dejó de latir, y Dios me arrancó para siempre un pedazo del alma.

* *

En aquel momento mismo recibí una carta que, por burla sangrienta del destino, reclamaba contestación urgente. La abrí al otro día, cuando calmó mis nervios ese estupor que sigue siempre á las grandes crisis dolorosas, y la lei sin darme cuenta.

Era de Fiscowich. Rendíase á discreción y apelaba á la generosidad del enemigo, que no había combatido contra el sino contra lo que representaba, para que las condiciones que se le impusiesen no fueran demasiado onerosas.

¿Comprendéis ahora la injusticia que han cometido conmigo el cielo y los hombres? Pues es porque sin duda está escrito allá arriba que todo el que pretenda hacer á sus semejantes un bien, grande ó pequeño, pague su intención con jirones de su honra y selle su triunfo con sangre de su sangre, ¡y ni el mismo Jesús de Nazareth, con ser Dios, pudo eludir esta ley fatal, inexorable y dura!

Los autores iban á romper sus cadenas;

el vasto plan de redención empezaba á realizarse, y pronto el ambiente de libertad ensancharía los corazones...; pero á aquel hijo de mi alma se lo llevaban á allá lejos, á la región de donde no se vuelve nunca, cubierto de flores y bañado en mis lágrimas de dolor, de arrepentimiento y de rabia.

CAPITULO XV

LA LEYENDA DORADA

En distintas ocasiones habían intentado los actores unirse para prestarse mutuo apoyo y corregir la legendaria informalidad de los empresarios y la suya propia; pero las tentativas habían sido infructuosas porque la gente de teatro no suele estar bien avenida y, acostumbrada á fingir pasiones, aumenta las proporciones de las verdaderas.

Sin embargo, un día el ejemplo de los autores sirvió de acicate á los que jamás habían podido entenderse, y cesando como por encanto los recelos, envidias y suspicacias tradicionales, quedó constituida la Asociación de artistas dramáticos y líricos, que desde los primeros momentos adquirió grandísima importancia.

Dios Padre me perdone la sospecha de que no contribuyó poco á suavizar asperezas el temor de que los autores, unidos y fuertes, acabaran por perjudicar á los intérpretes de sus obras, porque está muy arraigada la convicción de que la prosperidad de una clase no se logra sin fastidiar á sus similares ó adjuntas, y los actores debieron juzgar conveniente la creación de una fuerza capaz de contrarrestar, si llegara el caso, la que se alzaba enfrente. La idea era errónea, pero merece alabanzas porque dió fruto, y desde entonces los representantes de comedias han ganado en consideración individual y colectiva un ciento por ciento.

Propóníase la Asociación meter en cintura á las empresas que no cumpliesen como es debido, pensionar á los viejos é inútiles, socorrer á los enfermos, enterrar á los muertos (esto no podía faltar, naturalmente), y dignificar la clase. Se llevó á cabo la organización pronto y bien, en poco tiempo pasó de dos mil el número de asociados, y la flamante entidad surgió vigorosa y potente, con gran satisfacción mía, por lo que se verá más adelante.

Todos los actores, altos y bajos, chicos y grandes, llevaron su grano de arena; pero el éxito rápido y feliz se debió principalmente al entusiasmo y á la energía de dos de ellos. ¿Quiénes? Emilio Carreras, administrador inteligente y hábil de los intereses ajenos y

propios, y capaz de sacar dinero de los adquirentes, y Fernando Díaz de Mendoza, hombre de mundo, acostumbrado al derroche con grandeza, y que sabe que no se atrae á la multitud con percalina y talco, sino con tisús, terciopelos y piedras preciosas.

Al primero le debe la Asociación el haber pisado desde el principio en terreno firme, y al segundo los cinco mil duros que inauguraron la caja y su incesante aumento por el reclamo enorme de la esplendidez y el boato. Premian á Carreras sus compañeros reelegiéndole tesorero, por la cuenta que les tiene, en todas las Juntas generales, y á Díaz de Mendoza haciéndole presidente honorario, ofreciendo á su esposa ramos de flores empapados en lágrimas de agradecimiento... y procurando echar á ambos del teatro Español, á que han dado vida, esplendor y lustre...

El producto de las cuotas, con ser muy crecido, no podía resolver la cuestión principal, es decir, la creación de un capital suficiente para constituir con la renta el fondo de pensiones. Para esto había que apelar á los beneficios, y se acordó que todas las compañías de Madrid unidas diesen una cada año con todos los alicientes que pudiesen atraer al público.

Para la primera función de esta clase, verificada en el teatro de Apolo en Enero de 1902, la comisión tuvo la bondad de suplicarnos á Chapí y á mí que hiciéramos algo. Y el algo que hicimos fué, ¡claro está!, un himno á la redención de los trabajadores del teatro, ensalzando su unión y cantando su fuerza. De la letra no he de hablar, porque alabarla sería vanidad ridícula y menospreciarla tontería insigne, y además porque no se entendió una palabra, como acontece generalmente; pero sí diré que la música era un primor de los que Chapí hace como si jugara.

Cuando, después de breves recitados de las Sras. Cobeña, Pino, Valverde, Bru, Suárez y Prado, que representaban géneros dramáticos distintos, avanzó hasta la batería un nutrido coro de treinta y tantas tiples gnapas las más de ellas y peripuestas y elegantes todas, y estallaron aquellas notas valientes, enérgicas, centelleantes, una corriente de entusiasmo vibró en la sala, se le humedecieron los ojos a Manolo Rodríguez y lloró á lágrima viva D. José Mesejo, que tiene el corazón como la manteca.

A consecuencia del himno, D. Ruperto y yo recibimos los nombramientos de socios de honor y la promesa de regalarnos sendas

colecciones de retratos de todas las mujeres que habían tomado parte en la fiesta.

No sé lo que le habrá pasado á Chapí. De mí sé decir que no he recibido más que siete fotografías hasta ahora; y para eso una es de mi suegra, que me la entregó en propia mano, después de comer, con una dedicatoria muy expresiva.

El beneficio del año siguiente se dispuso para el teatro Real, y como allí se necesitaba algo más substancioso que un himno semi-bélico, la comisión encargó á Benavente una comedia en un acto, con el pie forzado de que habían de trabajar en ella todos los primeros actores residentes en Madrid, que eran ciento y la madre.

Obligóse á ello el autor insigne; pero comprendiendo después que no se trataba sólo de hacer una obrita para una tarde, sino de acarrear una porción de sinsabores, malquerencias y disgustos, ocho días antes del señalado para la fiesta dió una prueba más de su grandísimo talento suplicando con la mayor cortesía que le relevaran del compromiso, porque se había vuelto loco y no había podido tomar la embocadura.

¿A quién acudir con tal apremio de tiempo? Al ungüento amarillo.

—¡Por los clavos de Cristo!—me dijeron entonces—, ¡sáquenos usted de este apuro!

—¿De qué se trata?

—De hacer algo en que trabajen todas las primeras figuras de los coliseos de la corte.

—¿Sin otra condición?

—Sí; que cada uno tenga un papel adecuado á su categoría para que no se moleste nadie.

—Pues no es tan fácil como parece hinchar ese perro.

—Pero con un poco de buena voluntad... ¡Se trata de que la Asociación tenga un ingreso considerable!

—Está bien. ¿Cuándo hay que empezar los ensayos?

—Lo más tarde, dentro de tres días.

Puse en prensa hasta la última celdilla del cerebro, y al terminar el plazo marcado lei con toda solemnidad *La leyenda dorada*, revista fantástica en seis cuadros, ante la mitad justa de los que en ella habían de tomar parte, porque los restantes eran poco curiosos y no tenían prisa por conocer lo que yo había escrito en su obsequio.

La revista, destinada á morir apenas nacida, como el *Don César de Bazán* dichoso, tenía su miga correspondiente. Andaba entonces, y creo que anda todavía, un poco allicado y cobarde el espíritu público, á causa

de la pérdida de las colonias, y era opinión casi general que los españoles no valíamos cuatro cuartos, que las glorias de nuestros antepasados eran pura fantasía, que jamás pintaríamos nada en el mundo y, en fin, que nuestra leyenda dorada había quedado deshecha en Santiago de Cuba por los cañones de los yanquis.

Contra esta depresión moral, que podía contribuir al aniquilamiento de la patria, creía yo que debían alzarse cuantos pudieran, y allá me fui á desarrollar el tema, á riesgo y ventura.

Cinco días, mortales de necesidad, duraron los ensayos, y ni con tenazas hubo manera de reunir una sola vez á toda la gente. Estos tenían otros quehaceres á la misma hora, aquéllos andaban algo delicados de salud, Fulanita no iba porque el día anterior había faltado Menganita, Zutano no había recibido el aviso, Perengano creía que su papel era inferior al de Perencejo... En fin, D. Miguel Soler, encargado de poner la obra en escena, no pudo jamás ensayar con todas las figuras una gavota de Chapí, intercalada en el texto, y yo me pasé tardes y noches de teatro en teatro, hablando y suplicando á los empresarios y á los actores, escribiendo cartas apremiantes á damas y galanes, típles y barfítonos, como si fuera á mí y no á ellos á quien interesaba el asunto.

Así estábamos cuando llegó la hora del estreno. La noche anterior nos la habíamos pasado en claro, en el escenario del Real, Amalio Fernández que había pintado *gratis et amore*, una magnífica apoteosis representativa de las glorias nacionales, Miguel Soler y yo. Después de muchas fatigas para probar la luz, tomar medidas, acoplar las decoraciones y ensayar á los comparsas, pudimos descansar satisfechos y desayunarnos con pan y chorizo, por nuestra cuenta, naturalmente, á las ocho de la mañana.

* *

Llenóse el teatro Real por completo y se pagaron las localidades á precios altos. El público sabía que, de no acudir aquella tarde, jamás podría ver trabajar juntos y en una misma obra tantos artistas notables de tan distintos géneros.

Iban á interpretar *La leyenda* las señoras y señoritas: María Guerrero, Matilde Rodríguez, Isabel Bru, Clotilde Domus, Balbina Valverde, Dolores Bremón, Loreto Prado, Páscuala Mesa, Rosa Vila, Concha Catalá, Amparo Taberner, Rosario Pino, Leonilda Alba, Concha Ruiz y Julia Martínez, y los

caballeros Francisco Morano, Francisco García Ortega, Emilio Carreras, Manuel Rodríguez, Fernando Díaz de Mendoza, Anselmo Fernández, Enrique Chicote, Antonio Perrín, José. Gamero, Valentín González, Francisco Meana, José Calle, Emilio Duval, Fernando Porredón, José Santiago, Antonio González, José Rubio, Vicente García Valero, Bonifacio Pinedo, Emilio Orejón, Manuel Díaz y José Ontiveros... ¡la nata y flor, como quien dice!

Díaz de Mendoza vistió con la ropa del Español á cuantos lo necesitaron; la señora Guerrero estrenó una túnica alegórica pintada por Gomar, y yo, *por si me llamaban*, me presenté con levita y sombrero de copa, que me sentaban como un tiro.

A trancas y barrancas, porque al alzarse el telón había en el amplio escenario más de dos mil personas entre actores, comparsas, parientes, amigos y testamentarios, fuimos echando fuera la revista, que se desarrollaba del modo siguiente:

Isabel la Católica (María Guerrero), indignada ante el aplastamiento de la nación que había formado, salía de su sepulcro en la Catedral de Granada, y evocando las sombras del pasado, hacía desfilar en cuadros distintos, á los guerreros de la Edad Media, á los galanes bravucones del siglo XVII, al pueblo indómito de la guerra de la Independencia, á los gañanes en quienes aún palpita fieramente el honor de Castilla... y al final, reunidos todos ante el monumento pintado por Amalio, les endilgaba la relación siguiente, que copio íntegra porque sintetiza la idea de la obra, y porque si no la leen ustedes ahora no la van á leer nunca:

“¡No! No es falsa la santa leyenda que escribieron con sangre los héroes: ¡que ha ondeado el pendón de Castilla triunfador desde Oriente á Occidente! ¡Cobardía es negarla! Traidores y malditos de Dios los que piensen que es un crimen gritar “¡viva España!” cuando deja secar sus laureles.

Porque nunca concluye. Las tumbas dan calor de la vida á los gérmenes, y la enclau que hendieron los rayos presta savia á la nueva simiente.

¡Levantad el espíritu! Giman de dolor los cobardes que temen que abandone la patria, su madre, la corona ceñida á sus sienas.

Que los niños se asusten y lloren, que las hembras se aflijan y recen; pero sufran serenos y firmes sus desdichas los hombres de temple...

¡Y al trabajo con alma! Los campos aún esconden cosechas de mieses,

esperando que caiga sobre ellos
fecundante sudor de las frentes.

¡Maldición al que el hombre retire,
rezagado en la brega se quede
ó, traidor, abandone las filas
y del alma española reniegue!

¡Al taller, á la fábrica, al barco!
¡A probar que mi España no muere!
Y, olvidando á los necios ilusos
que del mundo se erigen en jueces,
tremolad las augustas banderas,
confiados, tranquilos, alegres,
¡con la fe en la salud de la patria
que las almas pequeñas no tienen!"

Al llegar aquí oyóse dentro, confusa y lejana, una marcha guerrera, cuyos sonos iban percibiéndose mejor cada vez, hasta que al hacerse las notas claras y vibrantes aparecieron en el fondo, en formación correcta, grandes masas de guerreros de todas las épocas agitando lanzas, espadas, estandartes y banderolas. La muchedumbre avanzó imponente hasta ocupar, resplandeciente y vistosa, todo el escenario. Entonces, los demás personajes, caballeros y damas, obreros, soldados y frailes, gritaron á una: "¡Viva España!" y cayó el telón.

El público se entretuvo un poco con los trajes y los desfiles, gozó algo oyendo hablar á Carreras con la Guerrero y viéndome un par de veces vestido de levita, y... se marchó tranquilamente á casa.

Pero la Asociación de Actores tuvo un ingreso de cuatro mil duros, que era lo que se pretendía precisamente, y la Junta, agradecida al esfuerzo realizado y á que Chapí y yo perdonamos las mil y tantas pesetas que por derechos de representación nos correspondían, acordó poco después gastarse los once duros que costaba imprimir la obra y regalarme los ejemplares.

Ustedes no la habrán leído impresa, ¿verdad? ¡Qué lástima! Yo tampoco.

Menos mal que se le ocurrió á D. José Mesejo hacer otra vez la revista en la función de su beneficio, y se hizo, efectivamente, por la compañía de Apolo; pero con la condición previa de que no había de representarse más que aquella noche, pasara lo que pasara, para no trastornar los planes de la empresa.

El público se aburría de lo lindo, hasta el punto de que no metió los bastones por respeto al beneficiado, y la Prensa convino al día siguiente, con rara unanimidad, en

que aquello de *La leyenda dorada* era una sandez infinita.

Todo sea por Dios, y hasta otra.

CAPITULO XVI

"LA CHICA DEL MAESTRO"

Ustedes preguntan:—¿Qué? ¿Vamos á tener otra broma pesada como la de *Dolorettes*?

Y yo contesto:—Sí, señores; exactamente lo mismo. Tampoco *La chica del maestro* es cosa mía, sino de López Silva y Jackson Veyan; también puedo y debo incluirla en mi catálogo con perfectísimo derecho, también necesitan ustedes un poco de calma para aguantar la explicación debida.

En este caso no me hizo responsable el autor por propia voluntad, sino el público, la masa, la opinión, como ustedes quieran decirlo, que se empeñó en atribuirme la paternidad de la obra porque le dió la gana.

Fué *La chica del maestro*, sin saber por qué, la gota que llenó hasta los bordes el vaso de la sacrosanta indignación popular, y la multitud, con el pretexto de corregir abusos que no existían y que, caso de existir, la importaban un rábano, se metió de hoz y de coz en un terreno que desconocía en absoluto. Si al salir de la segunda representación las turbas me hubiesen echado la zarpa, me hubieran arrastrado por las calles. Luego les pesaría á los verdugos tal vez, pero arrastradito me quedaría...

¿Cómo se explica absurdo semejante?

¿Por qué se enfureció la gente contra una zarzuela infinitamente mejor que otras muchas que le hacen relamerse de gusto, y contra el ex secretario que firma, que no la conoció hasta el momento del estreno?

¿Por qué los mismos alborotadores, que se habían ido tranquilamente á los toros el día en que se hundió la escuadra de Filipinas, intervinieron tumultuosamente para combatir y aniquillar un intento grande, noble, de paz, de prosperidad y de progreso?

Eso es lo que vamos á procurar entender ustedes y yo, á fuerza de paciencia y de saliva.

Dos años justos después de nuestra primera entrevista con Fiscowich, volvimos á visitarle López Silva y yo para ofrecerle por su archivo trescientas mil pesetas: un millón seiscientas mil menos de las que él nos había pedido, tomando á chacota la proposición de compra en firme. Pero esta vez

aceptó la rebaja en seguida, porque no estaban los tiempos para dilaciones, y quedamos citados para firmar tres días después la correspondiente escritura.

Dios y ayuda costó reunir los ochenta mil duros necesarios para abonar á D. Florencio la cantidad estipulada, pagar á Chapí el resto del importe de su archivo y atender á los gastos de notario, Hacienda, mudanzas é instalaciones... Capitalistas y banqueros preguntaban: "¿Qué es eso de los papeles de orquesta? ¿Pero valen algo?" Y en vano procurábamos demostrar que aquello podía producir doscientas mil pesetas anuales y ofrecíamos un interés crecido. Todo el mundo renunciaba generosamente á una operación hipotecaria sobre materia tan vaga y confusa, y cerraba á piedra y lodo la bolsa.

Por fin, rebañando aquí y allá, pudimos juntar la suma precisa, apachugando con un interés del 10 por 100, interés que algunos caballeros, que lo encontraron todo después blanco y migado, han juzgado excesivo. Y lo es, efectivamente, pero hay que tener en cuenta que no ofrecíamos en garantía casas de la Puerta del Sol ni tierras de regadío, sino una propiedad que, según acababa de demostrarse, estaba edificada sobre arena.

Ello fué que la Sociedad reconoció una deuda de 620.000 pesetas á que ascendían el capital y los intereses (fijense ustedes en la cifra, que he de recordar más tarde), comprometiéndose á pagarla en diez años. Como los dos archivos juntos habían de rendir una utilidad de 200.000 pesetas al año, pagar por ellos 62.000 durante diez nada más, no me parece una tontería. ¿Lo era? Pues siento no hacer una por el estilo, por mi cuenta y riesgo.

En los tres días de plazo, pelotones de albañiles, carpinteros, pintores y mueblistas prepararon nuestro nuevo domicilio. Salón del Prado, 12, hotel, porque en el de la calle del Florín no podríamos movernos siquiera; trasladáronse las oficinas en dos horas, sin que ni los empleados se percataran, y quedaron dispuestas las anaqueladeras en el pabellón y los sótanos.

Fiscowich, que había calculado que duraría un mes la mudanza, fué al día siguiente de firmar la escritura á visitar las cónchavas en que lo tenía todo apilado de mala manera, y las encontró vacías. A fuerza de carros y de hombres, no le habíamos dejado ni un papel, ni una astilla, ni un clavo. Los miles y miles de materiales estaban ya en nuestra nueva casa ordenados, numerados y catalogados, como si hubieran hecho las operaciones hadas milagrosas. El servicio, complicadísimo y difícil, no se interrumpió ni un minuto y las compañías de Madrid y provin-

cias no conocieron el cambio sino en que la Sociedad de Autores empezó de pronto á servirles cuanto pedían.

Cuando D. Florencio me buscó para protestar de lo que él juzgaba un despojo, me encontró en amplio salón de altas paredes, donde se apiñaban, limpios y alineados en formación correcta, los innumerables papeles de música que constituían desde entonces el archivo único...

Fiscowich se presentó en son de guerra, diciendo:

—¡Oiga usted! ¿Que se me han traído toda la madera, y la estantería no entraba en el trato!

Fero alzó la vista y continuó, cambiando de tono:

—Esto es inmenso, enorme, colosal; una riqueza incalculable... ¡Qué demonio! ¡Ha hecho usted bien en lo que ha hecho!

**

Miguel Echegaray, á quien yo relataba el incidente al salir del domicilio social aquella misma tarde, me interrumpió diciendo:

—D. Florencio tiene razón. La obra ha terminado de una manera asombrosa, como no podíamos soñar.

—¡Cómo terminar!—le dije.—¡Pero don Miguel, por Dios! ¿Usted cree de veras que hemos concluido?

—¿No?

—¡Si estamos empezando ahora!

—Pues, ¿qué más podemos hacer?

—Mucho. ¿Qué diría usted si la Sociedad pagara las deudas de todos los autores y administrara todas las obras?

Me miró Echegaray como Torregrosa años antes, y acompañando la palabra con su risita habitual, metálica y burlona, me contestó en el acto:

—Diría... que el éxito le ha trastornado á usted, y está atacado del delirio de grandezas, ¡porque eso es una locura!

**

La locura se hizo, sin embargo, dos meses después con una facilidad admirable.

Considerando suficientemente fuerte á la Sociedad, gracias á la posesión del archivo, para acabar de un golpe con las casas editoriales si éstas se resistían, fragué un plan completo de disolución, pasándome, por cierto, semanas enteras haciendo números, rectificando cálculos y reuniendo los datos indispensables.

Contando desde luego con la aquiescencia

de Chapí, Aruej, Fiscowich y los hijos de Hidalgo, después de infinitas entrevistas, cartas y conferencias, sometí mi plan a la aprobación de la Junta directiva en cuanto ésta se reunió completa en Septiembre. Las bases fundamentales eran éstas:

La Sociedad emitiría 5.200 obligaciones de a 500 pesetas, importantes 2.600.000, amortizables en un plazo máximo de veinte años y con un interés anual del 7 por 100. De este dinero se entregarían: 100.000 pesetas a Chapí por la cesión a la Sociedad del beneficio que le reconocía la escritura de venta de su archivo; 1.000.000 a Fiscowich a cambio de las obras de su propiedad y de sus créditos contra los autores; 500.000 a los hijos de Hidalgo, y 600.000 a D. Luis Aruej por los mismos conceptos, y las 400.000 restantes a este mismo señor como devolución del anticipo hecho dos meses antes para la compra del archivo de Fiscowich, dando por recibidas las 620.000 pesetas que la Sociedad había confesado deberle y quedando cancelada la correspondiente escritura.

Una vez terminada la operación y entregadas las obligaciones a las casas editoriales, que las recibirían como dinero, la Sociedad se haría cargo de la administración general, recobraría la propiedad de todas las obras vendidas por los autores muertos y vivos, y se haría cargo de todos los créditos contra ellos.

Suprimiría, además, el interés que éstos devengaban, y los amortizaría insensiblemente en diez años.

Como se ve, la combinación era favorable a todo el mundo: a las casas editoriales, porque se las pagaba espléndidamente; a los autores, porque se ahorrarían el 5 por 100 en la administración y el 12 del interés de sus deudas, viniendo a saldar éstas con lo mismo que se economizaban por ambos conceptos y a empresas y compañías, por las ventajas que habían de obtener con la mayor baratura y facilidad en los servicios.

Únicamente salían perjudicados: Chapí, que cedía por 20.000 duros lo que valía más del doble, y los autores asociados, que renunciaban, en favor de los compañeros que les habían hecho la guerra, a las enormes ganancias del archivo que les pertenecía en absoluto, y que les permitirían administrarse gratis y repartirse, en suma, a 1.000 duros por barba.

En la cuenta de esta broma pesada que, por un exceso de incalificable generosidad, nos dimos a nosotros mismos, no han caído los que después han hecho correr la especie de que la disolución de las casas editoriales se pagó muy cara y que era exagerado el

interés señalado a las obligaciones. ¡Última que a ninguno de ellos se les ocurriera entonces calentarse los cascos para hacerlo de otra manera!

Mucho dinero recibieron los editores, efectivamente, pero valía mucho más lo que nos dieron, aunque ellos mismos no lo sepan. Nos dieron un ingreso para la caja social de más de 450.000 pesetas al año, nos dieron un aumento en la recaudación de derechos de 120.000 duros anuales y nos dieron la independencia, la libertad y la soberanía. Todo eso no se paga con nada.

Y no sólo no sacó nadie una peseta del bolsillo, sino que muchos ganaron muchas. Tantas que, si cada autor y cada empresario me entregaran las cantidades que han obtenido como beneficio desde que la fusión quedó hecha, hoy mismo quedarían amortizadas todas las obligaciones pendientes.

El único que solamente sacó en limpio tres años de impropio trabajo y una porción de canas fui yo, que sigo tan sin recaudación como estaba. Pero ¡échese usted por ahí a porrar la sospecha de que no hice un gran negocio!, no por nada, sino porque lo contrario no le cabe a nadie en la cabeza. Y es que el criterio general es tan mezquino, tan estrecho y tan pobre...

La Junta directiva estudió detenidamente en dos sesiones las bases del convenio; la general, convocada a ese fin, las aprobó por unanimidad y con entusiasmo, y una tarde, en el salón grande de nuestra casa, esperaban con ansiedad más de sesenta autores y músicos el resultado de nuestra última conferencia, para firmar la minuta entre las partes contratantes.

Encerrados estábamos en un cuartito obscuro Arniches, Quinito, Serafín Quintero y yo, en representación de la Sociedad de Autores; Fiscowich, Aruej y Desiderio Hidalgo, en las suyas respectivas.

Leído y releído el borrador, y discutido y aclarado todo, Aruej tomó la palabra y dijo:

—¿Queda así?

—Así queda.

—¿Estamos todos conformes?

—Lo estamos.

—Pues bien: si uno de ustedes sale ahí fuera y dice que no nos hemos entendido, nosotros damos, por lo que acabamos de vender, cinco millones de pesetas.

¿Era el ofrecimiento una añagaza para darnos a entender que hacíamos una buena compra? No lo creo; porque los archivos musicales unidos, las obras compradas y re-

novadas constantemente y el interés de los préstamos podían producir quinientas mil pesetas anuales sin forzar la máquina. Y lo que renta medio millón, vale diez millones en todos los mercados del mundo.

Sin embargo, los cuatro *currinches* oímos la tentadora proposición sin pestañear, nos miramos en silencio y nos entendimos. Por toda respuesta yo salí al salón grande y dije a los que aguardaban con el alma en un hilo:

—Señores, está hecho. Las casas editoriales han desaparecido de la faz de la tierra.

* *

Cumplido quedaba el programa imposible que había producido el asombro de Torre-grosa. Los autores eran dueños de lo suyo y lo administrarían sin intermediarios. Desde aquella hora en adelante habría un archivo único; desde aquel momento existiría un catálogo solo.

Por lograr lo primero perdí yo uno de mis hijos; por conseguir lo segundo tiré por la ventana la fortuna de los demás. Dudo que ninguno de los que, sin conocerme, me juzgan con malevolencia, sea capaz de hacer otro tanto. Pero, como dijo el otro, esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.

CAPITULO XVII

EN MARCHA

El día 1.º de Octubre de 1901—y escribo la fecha a la cabeza del capítulo, porque debiendo ser memorable lleva camino de olvidarse a todo el mundo, ¡hasta tal punto vamos siendo flacos de memoria!—el día 1.º de Octubre de 1901, vuelvo a decir, no había en España y sus escasas islas quien pudiera legalmente cobrar cuantos derechos devengarán por todos conceptos las obras teatrales más que los representantes de la Sociedad de Autores; aquellos mismos representantes del *Pequeño derecho* que, dos años atrás, se habían pasado un mes ojo avizor para recaudar en todo el orbe civilizado más treinta y nueve pesetas.

Pero eso era lo de menos. Lo de más era que una parte muy importante de los obreros intelectuales españoles había saludado dignamente al nuevo siglo, realizando en un abrir y cerrar de ojos lo que aún hoy se tiene en todas partes por utopía.

A todo esto, como es de suponer, la Sociedad del *Pequeño derecho* había cumplido su misión de dar a luz a la otra, a la gran-

de; y no tenía razón de ser. Debía morir y murió.

Los derechos de ejecución de piezas y números sueltos en conciertos, bailes, cafés y salones no necesitaban ya administración propia, y era lo más lógico y natural que el pez grande se comiera al chico.

La Sociedad de Autores liquidó, pues, en el acto todas las acciones de la del *Pequeño derecho*, y ésta quedó disuelta. A consecuencia de la operación, el 40 ó 50 por 100 que de la recaudación se descontaba a los autores para gastos administrativos quedó reducido al 10, y la Sociedad, de acuerdo con la francesa del *Petit droit*, empezó a recibir un beneficio anual de más de quince mil pesetas. ¿Cómo? Ello sería largo de explicar y a estas alturas carece de interés en absoluto.

* *

Hecho todo lo dicho, que fué un verdadero arco de Iglesia y no me lo negará nadie, me lancé resueltamente a dar el segundo paso para el desarrollo del plan general, aprovechando los primeros momentos para que no se enfriara el entusiasmo; y la tarde del mismo día en que se firmó la escritura destructora de las casas editoriales, Arniches y yo visitamos a la Junta directiva de la Asociación de Artistas dramáticos y líricos, que se componía de quince personas nada menos, en su domicilio social de la calle del Príncipe.

Como Dios me dió a entender, y con la mayor claridad posible, hice a los quince respetables miembros la proposición siguiente:

“Con absoluta independencia de las Asociaciones de actores y de coristas, que pueden conservar su autonomía y regirse por sus reglamentos actuales, la Sociedad de Autores establecerá en sus oficinas un negociado que funcionará de esta manera:

En un registro general figurarán cuantos actores, coristas, avisadores, apuntadores, directores de orquesta y maestros de coros deseen formar una agrupación protegida y amparada por la Sociedad de Autores Españoles. Se llevará a cada uno una especie de cuenta corriente en que se haga constar su domicilio, clase, condiciones de contratación, sueldo que pide, etc., etc., y con arreglo a este libro y en vista de sus datos, podrán los empresarios organizar sus compañías sin necesidad de consultar uno por uno a los interesados, y prescindiendo de intermediarios y agentes.

Una vez hecha la lista y firmado el contrato, la Sociedad se encarga de que todos

los actores escriturados cumplan sus compromisos y de que las empresas paguen religiosamente los sueldos estipulados.

De este modo no podrán dedicarse al negocio teatral más que personas de respetabilidad verdadera, y actores y coristas podrán tener la seguridad absoluta de que, vayan donde fueren, la Sociedad de Autores responde de que han de cobrar sus sueldos mientras trabajen, evitando en lo sucesivo las catástrofes que á diario ocurren en provincias especialmente.

Todos los artistas cuyos nombres figuren en el registro general antedicho abonarán á la Sociedad el 2 por 100 del importe de su sueldo, que se hará efectivo por los representantes directamente de las empresas, al mismo tiempo que los derechos de representación y el precio de alquiler de archivos, y se ingresará en caja mensualmente.

Calculando que funcionan diariamente en España cincuenta compañías (son muchas más, pero bueno es no hacerse ilusiones) y que, por término medio, tiene cada una un presupuesto de trescientas pesetas, resulta que el importe total de las nóminas alcanza la suma de seis millones de pesetas anuales. El 2 por 100 de que la Sociedad de Autores se hace cargo ascenderá, por consiguiente, á ciento veinte mil pesetas, de las cuales se destinarán cien mil á pensiones y socorros para los artistas enfermos, viejos ó inútiles para el trabajo, y se empleará el resto en la administración, comisión de representantes y gastos imprevistos.

Estableciendo una escala de pensiones de 1.000 pesetas anuales á 3.000, podrán repartirse 15.000 duros entre 50 pensionados, y los 5.000 restantes se destinarán á socorros en la forma que estime conveniente una comisión ejecutiva de cinco actores, que funcionará con carácter permanente. Esta comisión dictaminará en el acto sobre cuantos asuntos se ofrezcan á su consideración para conceder pensiones y auxilios de todas clases, y sus decisiones se cumplirán inmediatamente, sin expedientes ni dilaciones, para que el beneficio llegue al necesitado en cuanto la necesidad se presente.

Funcionará asimismo constantemente una comisión compuesta de tres individuos de la Junta directiva de la Sociedad de Autores, tres de la Asociación de Artistas dramáticos y líricos y tres de la Asociación general de coristas de España, y aunque las tres entidades conservarán su independencia y autonomía, ninguna de ellas podrá tomar determinación alguna que redunde ó pueda redundar en evidente perjuicio de cualquiera de las restantes, sin el acuerdo de la citada

comisión mixta, aprobado además por las tres Juntas directivas.

Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles no autorizarán la representación de obra alguna perteneciente á la Sociedad sin que las empresas presenten los documentos que á continuación se expresan: 1.º Contrato en que se obligue á satisfacer el importe de los derechos de propiedad. 2.º Contrato formalizado con la Sociedad de Autores para el alquiler de los materiales de orquesta cuando se trate de obras líricas. 3.º Certificación del delegado de la Asociación de Artistas dramáticos en que se haga costar que todos los actores de la compañía forman parte de la Asociación citada. Y 4.º Certificación del gerente de la Asociación general de coristas, acreditando que todos los individuos del coro pertenecen á ella. En caso de faltar uno solo de estos requisitos, negarán el permiso para funcionar y pondrán su negativa en conocimiento de la autoridad para los efectos oportunos."

Estas eran las bases. ¿Se ve clara la idea? Trátase de la unión completa, firme y absoluta de cuantos elementos contribuyen á la representación de obras teatrales, del apoyo mutuo, formal y serio, de la verdadera dignificación de la clase, en una palabra.

Todo se habría hecho y otro gallo nos cantaría á todos á estas horas si se hubiese firmado el convenio allí mismo, como á mí me gusta hacer las cosas, cuando al empuje de la idea se borran y olvidan las minucias y se abren los corazones... Pero ¡ay! quedamos en que el proyecto de Federación se estudiaría detenidamente, y no se hizo nada. En cuanto se nombra una comisión, y de ésta nace una subcomisión, y ésta delega en una ponencia... ¡adiós mi dinero!

En cuanto aquellos señores, que al parecer se habían entusiasmado con la fogosidad de los discursos y con el calor de las réplicas, se fueron á sus casas y se les calmaron los nervios, dejaron brotar en las almas resquemores antiguos y recelos mudos:—"La Sociedad de Autores ¿no era demasiado absorbente?—La protección que brindaba ¿no sería un poco humillante?—¿No llegaría á targarles los sueldos y á meterse en camisa de once varas?—¿A qué venía aquello de mezclar en la combinación á los coristas...?" Esto último les escocía, más que á los otros, á los que habían sido coristas precisamente.

Total: que pasó el tiempo, mucho tiempo; que á mis recordatorios, ruegos y súplicas para que se decidiera algo concreto, se contestaba siempre con evasivas y pidiendo plazos, y que tuve que suspender el avance

para mejor ocasión. Suspenderlo, sí; porque abandonar la idea, ¡no! ¡Eso nunca! ¡No sería yo de mi pueblo!

* *

Creo que lo que nos pierde á los españoles es que damos demasiadas alas á la fantasía y nos molesta aplicar el hombro al trabajo material. Hay aquí mucha actividad en el cerebro y mucha pereza en los músculos. Hacemos grandes planes, acariciamos ideas sublimes; pero una vez hechos y acariciados, nos tumbamos á la bartola... ¡y que los lleve á la práctica otro!

—¡La salvación de la patria consiste en esto, lo otro y lo de más allá!—decimos en el Parlamento, en los mítins, en los cafés y en los casinos.

—Pues vamos á hacerlo.

—¡Ah! eso no. Este país es tan indolente, está tan corrompido... El que se tome una molestia por él hace una tontería.

Y satisfechos con esta explicación, dejamos que la casa se quede sin barrer por no coger la escoba.

Para llevar á cabo una idea benéfica hay que concebir el plan, estudiarle, detallarle y luego... ejecutarle con las propias manos si es posible. Con el descubrimiento de la locomotora no se habría adelantado nada si no hubiese habido quien cavara la tierra y tendiera los rieles.

Digo todo esto porque, organizadas las oficinas, listos, diestros é inteligentes los empleados, á quienes yo señalé puestos, atribuciones y sueldos (aunque es posible que ya no lo recuerde ninguno), la máquina marchaba sola. Descendí, pues, de las alturas en que me enjugaba con millones, me puse una blusa y bajé al sótano. Para dar solidez á un edificio hay que afirmar los cimientos, y los cimientos están abajo, donde no se necesitan artistas eminentes ni calculistas insignes, sino modestos artesanos que sepan apretar los puños y aguantar la fatiga.

Llegaban de los distintos almacenes de los editores carros y más carros abarrotados de ejemplares que lo inundaban todo. Los montones aquellos ponían espanto en el ánimo más fuerte, y tengo la seguridad de que, á su vista, nadie se hubiera atrevido á meterse en faena. Venían allí cuantas ediciones de obras dramáticas se habían hecho durante el siglo XIX, mezcladas y revueltas, y había que separar los títulos unos de otros, consultar los diferentes catálogos, hacer un recuento general, aplicar á cada autor las obras que le correspondían, señalar la parte

de cada propietario y arreglar, en fin, todo aquello, porque sin que aquello estuviese arreglado no había nada.

Apliqueme, pues, al trabajo manual, que era el que hacía falta entonces, y todos los días, durante dos años, de una á siete de la tarde, sin salir á flor de tierra más que para asistir á las juntas, me pasé las horas muertas contando y atando ejemplares. Poco á poco iban disminuyendo los monrones informes; el catálogo surgía flamante, limpio, exacto, y mientras abajo se encerraban las obras en sus cajas de hierro (¡oh! ¡ya hablabamos de las cajas de hierro!)!, arriba, en los estantes de la biblioteca, se iban colocando uno tras otro, *lenta, pero continuamente*, tomos y más tomos en que se encerraba toda la producción teatral española.

Más de un millón de libros pasaron así por mis manos y me pusieron perdido de polvo, para excitar la burla de los compañeros que fumaban y reían alegremente en el salón, sobre alfombras y entre tapices.

* *

Pero aquello iba bien. En santa paz para los demás, y en un trabajo de peón de albañil ó de aprendiz de herrero para mí, se deslizaban tranquila y serenamente semanas y semanas, hasta que, cuando la recaudación de derechos había aumentado en medio millón de pesetas, cuando el crédito de la Sociedad había llegado al *máximo* y cuando yo tenía contados, atados y encerrados cuatro mil novecientos y tantos paquetes, vinieron desde allá arriba á turbar el silencio del sótano que me servía de sepulcro rumores de revolución y estruendo de guerra.

Y al salir asustado de la covacha sin quitarme la blusa, cegóme el resplandor del rayo que, forjado en ignotas nubes mientras yo trabajaba en la cimentación del edificio, venía derecho á hundir y á destrozar la cúpula.

CAPÍTULO XVIII

LOS GALEOTES

Contaba yo con la ingratitude humana—¡por algo va teniendo uno cierta experiencia!—y así lo había hecho constar oportunamente en una luminosa Memoria; pero contaba con ella un poco más tarde.

Porque es defecto inherente á nuestra naturaleza el olvido de los favores, cuya importancia achica el tiempo y generalmente aminora la distancia; pero es defecto dis-

culpable. ¿Qué mucho que se porre de la memoria de los mortales infortunados el recuerdo de las mercedes recibidas, si de ella desaparecen también los de las penas que sacuden el corazón y los de los placeres que hacen vibrar los nervios? Costumbre es también, y ésta no tiene tan fácil disculpa, la de arrojar lejos de sí la escalera, que sirvió para llegar a la cumbre de donde no se cree tener que bajar; pero olvidar los beneficios, y hasta considerarlos ofensas en el momento mismo de disfrutarlos, y tirar la escalera sin haber llegado arriba, son cosas tan incomprensibles y desusadas, que sólo pudieron ocurrir en aquella novelesca aventura de la Sociedad de Autores, en que fué todo grande y todo extraordinario.

Sí, señores, sí; las nubes de que hablé al final del capítulo anterior avanzaban cargadas de odio. Los mismos autores que habían pensado primero en ofrecermé una pluma de oro de las que se otorgan como segundo premio en los juegos florales, y después en erigirme por suscripción una estatua con una porción de cadenas rotas al pie... me aborrecían cordialmente. ¿A qué obedecía esa repentina mudanza de opinión? ¡Ah! Eso es lo que no supe entonces, por más que hice por averiguarlo, y lo que no he podido saber nunca.

Porque, no está bien que yo lo diga, pero, ¡qué diablos! bien reciente estaba lo que se había hecho, y saltaba á la vista que no siendo yo, como no era y consta en autos, autor dramático bueno ni malo, tuerto ni derecho, mal podían alcanzarme las ventajas del triunfo, que los demás estaban en el caso de recoger pacíficamente.

¿Que qué ventajas eran éstas? ¡Ah! Muchas.

Enumeraré las principales, y perdón por la pesadez, que es absolutamente necesaria.

* *

El servicio de materiales de orquesta, que antes de la unificación se hacía con las consiguientes dilaciones y trabas, empezó á verificarse con extraordinaria rapidez, por razones que no se le ocultarán al más topo: la ganancia, que antes era individual, se había tornado colectiva, y como el aumento de la riqueza había de depender no tanto del producto del archivo como de los derechos de representación que de él se derivan, claro es que en el interés de todos estaba que las demandas de las empresas fuesen atendidas bien y pronto.

Más de sesenta copistas trabajaron día y noche durante algunos meses para que nin-

guna lista de pedido quedase incompleta; y para simplificar la tarea y duplicar el trabajo, la Sociedad adquirió en trece mil pesetas una máquina litográfica con motor eléctrico, que quedó instalada inmediatamente.

Púsosele por nombre *Chapi*, bautizándola con toda solemnidad la Srta. D.^a Joaquina Pino en nombre y representación de todas las típles españolas, y asistiendo al acto nutrida representación de autores, empresarios, actores y coristas.

En el modesto *gaudeamus* con que dió fin la fiesta, según costumbre en casos tales, Piscowich dió una nueva prueba de su habilidad y su talento. Alzó la copa y brindó... ¡por la prosperidad de los autores libres!, felicitándose de haber guerreado contra ellos bravamente, puesto que su resistencia tenaz les había servido de alicate para llevar á feliz término empresa tan grande y tan hermosa.

Tan elocuente estuvo y tal acento de sinceridad dió á sus palabras, que los mismos que meses antes le hubieran descuartizado ferozmente, le aclamaron con estruendo y le alzaron sobre el pavés, ebrios de entusiasmo. ¡Creo que se emocionaron de veras hasta Paso y García Álvarez!

Sirvió desde aquel instante la máquina para que las obras de éxito verdadero, las que podían formar la base para defender los negocios teatrales en provincias, llegasen á manos de las empresas ocho días después de su estreno, mientras los copistas, sin dar paz á las manos, despachaban hoy diez, mañana veinte, los materiales de las demás obras que habían de constituir el *relleno* de la temporada.

Todas las zarzuelas, pues, hasta las silbadas con razón, podían salir á probar fortuna ante público diferente. Compárese esto con lo que ocurría en tiempos de Piscowich después, y se verá clara y patente la ventaja que la fusión produjo á los autores.

* *

Pero no fué ésta sola.

Desde que empezó á estar en auge el llamado género chico, algunos teatros de Buenos Aires andaban á la greña por adquirir el material indispensable para representar zarzuelitas. Agentes misteriosos coplaban música y libreto y los envían secretamente como mejor podían; la competencia llegó á adquirir proporciones terribles, y se dieron infinitos casos de estrenar las obras en la capital de la República Argentina el mismo día en que llegaba el correo que conducía los

ingredientes, y de instrumentar de prisa y corriendo aquellas de que sólo se había podido adquirir la parte de apuntar.

El desbarajuste era enorme; con el pugilato se volvían locos los empresarios bonaerenses, y... los autores no veían jamás una peseta. El material de *La verbena de la Paloma* costó mil duros: la obra dió un dineral en Buenos Aires, y Vega y Bretón se quedaron *per istam*.

Había, pues, que poner mano en aquello. Después de varias tentativas infructuosas, que se estrellaban ante la falta de tratado con la República y ante el gusto de no pagar, demasiado generalizado en ambos continentes, pudimos por fin conseguir algo, aunque no mucho.

La cuestión estaba en adelantarse á los que enviaban la música clandestinamente, y la Sociedad podía hacerlo con un poco de buena voluntad de los autores.

Gracias á la habilidad y al tacto desplegados por D. Eduardo Siver, representante en Buenos Aires de la casa Berard y Compañía, de Valencia, que entendió y siguió admirablemente mis instrucciones, la empresa del teatro Mayo, que alta cultiva el género de zarzuela chica, comprendió al cabo sus intereses y se comprometió a pagar cincuenta pesos diarios á la Sociedad de Autores si ésta le enviaba las obras con la anticipación necesaria para que ningún otro teatro pudiera adelantarsele.

Se logró cortar de raíz la importación fraudulenta, y desde entonces acá los autores de España reparten entre sí cinco mil pesetas mensuales, sin tratado de reconocimiento de la propiedad intelectual ni cosa que lo valga.

Tengo la satisfacción de haber proporcionado también á mis compañeros esa utilidad, que no es moco de pavo, sin que á mí lleguen más que las migajas del festín. Casi todas mis obras son rechazadas por el público de América como por el de Europa, y generalmente no pasan tampoco allí de la primera noche. Con la circunstancia agravante de que las que aquí se salvan por milagro pierden toda su virtud al pasar la Línea y no las tragan los porteños...

Pero eso no importa. Lo que importa es que las compañías dramáticas y líricas en funciones, que en tiempos de las casas editoriales jamás pasaron de cincuenta, llegaron á ser noventa y tantas al establecerse la administración única, y este dato puede comprobarse como y cuando se quiera... Epo-

ca hubo en que no pudieron hacerse formaciones de zarzuela porque no se encontraban en ninguna parte coristas disponibles. De modo que los beneficios de la fusión no alcanzaron sólo á los autores con el aumento rapidísimo y extraordinario en la recaudación de derechos, sino á los millares de personas que del teatro viven.

Vista la cuestión bajo otro aspecto, resultará siempre innegable—porque dudarle siquiera sería cerrar los ojos á la luz—que los autores libres de deudas (diez á todo tirar, aparte de los socios fundadores) recibían próximamente un 5 por 100 más por economía en la administración, y que los que tenían suspendida sobre sus cabezas la espada del “saldo en contra” se ahorraban, además de ese 5, el 12 por 100 acumulado que habían de satisfacer como réditos de las cantidades tomadas á cuenta.

Vayan dos ejemplos para mayor claridad, y vuelvo á pedir perdón por la molestia:

Supongamos un autor que no debe nada y tiene anualmente de recaudación 8.000 pesetas en provincias y 2.000 en Madrid.

Pagaría á la casa editorial por la administración de la primera partida,	
al 15 por 100, pesetas	1.200
Por la segunda, al 2 (1)	40
Total	1.240

Y abonaría á la Sociedad por el primer concepto, al 10 por 100

800

Y nada por el segundo. Guardaríase, pues, al año pesetas

440

Imaginemos otro autor que también recauda 10.000 pesetas y debe 20.000. (Era la proporción más general.)

Este pagaría al editor, por administración, como el otro

1.240

Por intereses al 12 por 100

2.400

Total

3.640

Y á la Sociedad, como el anterior ...

800

Sobraríanle anualmente

2.840

Y como los intereses quedaban perdonados y se le habían de descontar únicamente 2.000 pesetas para amortizar en diez años su deuda, podía hacerse la cuenta, si quería, de que le regalaban los cuatro mil duros y además le daban cada año más de tres mil reales de propina.

¿Se ha entendido esto? Sentiría no haberme expresado bien, pero son tan fastidiosos los números...

(1) Había bastantes, muchos, que pagaban el 5.

Por eso he dicho antes, para explicar la bondad de la operación, que si todos me devolvieran lo que con ella han ganado hasta ahora, las obligaciones de la Sociedad quedarían amortizadas en el acto.

¿Se quiere más? Pues hay más todavía. Las liquidaciones mensuales, la facultad de retirar de la caja diariamente la recaudación de Madrid sin descuento alguno, la facilidad que desde entonces tuvieron todos, tirlos y troyanos, para consultar datos, conocer las relaciones de los corresponsales, examinar documentos y, en una palabra, vigilar y enlazar en todas partes las representaciones de sus obras, todo eso había de dificultar en lo sucesivo ventas y préstamos, puesto que, conocidos con la necesaria anticipación los ingresos, cada cual podía atemperar á ellos sus gastos, y sólo pasarían apuros los que se empeñasen en sacar los pies de la manta.

* *

Así, de esta manera, los que, más que por sus culpas, por las de sus antecesores, venían amarrados á la férrea cadena de las casas editoriales, quedaron libres, como lo fueron siglos atrás, por la sublime locura de Don Quijote, los "forzados del rey que iban á galeras".

Y en cuanto se alejaron las guardas y quedaron esparcidos por el suelo los eslabones de la cadena rota (aquellos mismos eslabones que habían de figurar al pie de la estatua), no todos, ¡eso no!, pero algunos de los que acababan de obtener la libertad se alejaron un buen trecho y empezaron á arrojar sobre mí peladillas de arroyo gordas como puños. Caído quedé, y en vano intentaron levantarme los que conmigo habían salido al campo en busca de aventuras, mientras el resto de los redimidos presenciaba tranquilamente la pedrea.

De ella conserva aún hondas abolladuras la misera bacía de barbero que yo reputaba por yelmo de Mambrino. Porque ¡ay! no lanzaban los guiarros manos femeniles, suaves y delicadas, sino que llovían arrojados con ímpetu incontrastable y desusada furia por la temible y poderosa catapulta de la Prensa.

De la cual catapulta hablaremos con la extensión debida, mediante Dios, en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX

LA CAMPAÑA DE LA PRENSA

Así como declararé oportunamente que no me consideraba autor dramático, siquier hicie-

ra de cuando en cuando mis plinitos como cada *quisque*, declaro ahora que soy, he sido y seré siempre periodista. Así consta en mi cédula personal desde 1881, y como tal me empadronaré todos los años, hasta que Dios se sirva disponer de mi ánima. Porque á la Prensa me arrastra mi vocación, en ella puse todos mis amores y en ella gasté mi actividad y mi energía, si alguna tuve, y desde sus trincheras combatí durante muchos años en pro de lo que juzgaba bueno.

Periodista me soy, pues, y de los de pura casta; de los que olfatean la nota de actualidad, el artículo de sensación y el asunto interesante; de los que tienen mezclada con la sangre tinta de imprenta, y escriben nerviosamente sobre las cajas, y se excitan y enardecen con el estrépito de la maquinaria, como los guerreros con el olor de la pólvora.

Perdonad si escribo con tal frescura mi propio elogio; pero estoy hablando con absoluta sinceridad, y para ser verdaderamente sincero estorba la modestia, que de cien veces, noventa y nueve y media suele ser falsa.

Pues bien, á pesar de eso jamás demandé al compañerismo ni á la amistad un sueldo encomiástico ni un adarme de benevolencia, ni por mi parte los concedí nunca. La cualidad más estimable en el escritor público es la independencia, y esa, la de ser independiente, es la única condición que he puesto cuando he sido soldado de fila y la que he otorgado á todos cuando las circunstancias me han convertido en jefe, aunque indigno.

Todo este preámbulo va enderezado á explicar lo inexplicable; que ahora, cuando aún me sangran las heridas del amor propio, y cuando todavía vive el recuerdo de los furibundos ataques que juzgué inmerecidos, me conserve Dios la serenidad de espíritu y la fuerza de voluntad suficientes para mirar las cosas desde arriba, desde lo alto, y contarlas como fueron y no como yo debía verlas á través de la desilusión y de la amargura.

* *

En el momento en que la unión de los autores quedó hecha; cuando parecía que cuantos se dedican al arte teatral iban á entrar resueltamente en una era nueva de prosperidad y bienandanza, la Prensa entera, avanzada y retrógrada, de mucha circulación y de escasos lectores, se irguió de pronto para cerrar el paso.

Y lo triste, lo doloroso es esto que, olvidando rencillas menudas y apagando viejos resquemores, tengo que afirmar rotundamente: la Prensa entonces hizo bien.

¿Os asombráis de que sea yo quien lo diga? Pues sí: hizo bien. Cumplió su misión reflejando la opinión pública, francamente hostil á la Sociedad de Autores en general, y á mí en particular, porque se me consideraba el alma de ella. El odio injusto que, sin motivo ni causa, fermentaba en escenarios y saloncillos, la semilla de la desconfianza y el virus de la calumnia que espontáneamente surgían bajo las bambalinas y entre los batidores, terreno abonado para tales gérmenes..., todo eso fue extendiéndose como las ondulaciones de la charca donde cae un pedrusco, llegó á excitar las pasiones de la masa que no la entendía, y soliviantó los ánimos de los que cantan en el coro sin saber lo que cantan.

Llegó á los periódicos, ¿no había de llegar? y en sus columnas se agitó durante días, semanas, meses enteros, porque era el *succe-so* de actualidad, y había que recogerlo, y se recogió, y bien recogido estuvo. Tonto de remate ó loco de atar sería yo si me quejara de ello. Hubiérame rodeado entonces una atmósfera de admiración y de gloria y la Prensa habría echado en mí loor las campanas á vuelo; me ahogó un ambiente de enemistad, de recelos, de dudas, y ese ambiente inficionó las redacciones y se estereotipó en los rodillos de las rotativas para llegar á los rincones más apartados.

Los periodistas se equivocaron seguramente; pero ¿no habían de equivocarse, si los manantiales de información no eran buenos? A la fuente del error hay que maldecir cuando hace daño, no al que le propala porque en ella ha bebido.

¡Es muy cómodo acudir á la Prensa para sembrar cizaña y, en cuanto la simiente empieza á dar frutos, salir del paso echando la culpa á los periodistas!

*
*
*

En larga procesión acudían un día y otro músicos y autores á las redacciones de los periódicos á depositar lamentaciones y quejas, infundadas todas como el tiempo se ha encargado de probar cuando ha llegado el caso, pero que no lo parecían entonces. De los beneficios inmensos nadie hablaba; las contrariedades pequeñas, las supuestas preferencias, los disgustos de poca monta, hasta la antipatía personal se abultaban adrede y de tal modo, que los encargados de transmitir al público todas las palpitaciones de la vida nacional pudieron creer, y creyeron, en el malestar general de la clase y en las imposiciones de una tiranía odiosa... Las murmuraciones de los corrillos se graba-

ron al fin en letras de molde, y la gran mayoría de mis compañeros (en la Frensa se entienae) emprendió con el ardor y la vehemencia propios de la raza una campaña violenta y tenaz suponiendo que trabajaban para defender los intereses de gran número de hombres de talento, y hasta por el porvenir artístico de la Patria. La cabeza diera yo porque ahora, aunque un poco tarde, se convencieran de que trabajaban por lo contrario.

Y permitidme que vaya un poco más allá. ¿Dónde? A disculpar también á todos aquellos que formaban la procesión citada más arriba, y que al dañar á la Sociedad se dañaban á sí mismos. No; tampoco fueron ellos los culpables á sabiendas, sino inocentes y candorosos peones de ajedrez, movidos por manos hábiles y... no siempre muy ocultas. No es esto una sospecha vaga, sino profunda convicción basada en datos y documentos que no quiero sacar á relucir porque me he propuesto no molestar á nadie.

Pero los lectores lo comprenderán en seguida. Si la Sociedad se desmoronaba en la plenitud de su fuerza, la riqueza amontonada allí podría dar, sobrados y apetitosos contingentes á una ó varias casas editoriales nuevas... que no podían fundarse si no se excitaban las pasiones á tiempo y no se rompía la unión de los autores inventando motivos de disgusto. Inventándolos, sí; porque las quejas y lamentaciones de marras no tenían el menor fundamento, y se destruyen con un soplo.

Por ejemplo, la existencia de una camarilla que imponía á las empresas determinadas obras y alejaba de los teatros á los autores noveles, era, ha sido y será siempre un cuento tártaro. Desde que se dieron por primera vez representaciones teatrales, hasta el día del Juicio por la noche, tendrá, sin embargo, partidarios fieros y decididos semejante idea.

Porque á cuantos andan por esas contadurías de Dios con un rollo bajo el brazo (y así ando yo todavía á estas horas), será más fácil convencerles de que los autores acreditados les cierran las puertas, que de que su obra es mala ó por lo menos al empresarlo no le conviene. Y en vano saldrán todos los años á probar fortuna (gracias precisamente al aumento de consumo promovido por la Sociedad) docenas y docenas de autores nuevos, á quienes el público rechaza. Ellos y los del rollo consabido no atribuirán su desgracia á la propia ineptitud, sino á la influencia de *comités* secretos.

En este punto la ceguera es tal, que todo el mundo puede comprobar que pasan años

enteros sin que figure en ningún cartel alguna obra mía y, sin embargo, como si yo los ocupara todos, cada principiante de los que me honran con sus consultas me dice, con acento de convicción sincera, al entregarme el mamotreto:

—Ya sé que es inútil, y que no podré entrenar nunca, porque como ustedes lo *acapanan* todo...

¿Quiénes seremos nosotros? ¡Caramba!

A lo que yo contesto siempre:

—De modo que en cuanto *nosotros* nos muramos se acabaron las comedias, porque como no habrá empezado la carrera nadie...

Camarillas sí hay, ¡no ha de haberlas!; pero es el público quien las hace. En el teatro se hacen obras y se guardan consideraciones a Echegaray, Benavente, Galdós, los Quintero, Ramos, Vital, Arniches... y se pide música a Chapí, Caballero, Chueca, Vives, Jiménez, Serrano... como se encargan estatuas a Benlliure y Querol, y cuadros a Sorolla, y comedias a Lhardy, sin que a los demás escultores, pintores y cocineros se les ocurra hablar de katipunanes ni cosa parecida.

Pues tan sólido como éste eran los demás argumentos contra la Sociedad: porque del servicio de materiales de orquesta, que también dió mucho que hablar, no supo nadie lo que dijo, y de la tecla de las exclusivas poco menos. La concesión del derecho exclusivo de estreno ó representación es muchas veces necesaria; otras, conveniente, y algunas, perjudicial, por razones que no es preciso exponer ahora; pero sea como quiera, compete únicamente al autor, que manda en lo que ha escrito, como los demás ciudadanos disponen de lo suyo, sin que la Sociedad amengüe ni coarte este derecho, porque no podría aunque quisiera. De modo, que echarla culpas que no tiene, es gana de molestar, como dijo el otro.

De la división de autores en socios y administrados, también se sacó mucho partido. No valía la pena. En todas las Sociedades hay separaciones parecidas y nadie lo nota... ¡Con decir que hasta en el Banco de España no todos los accionistas tienen voz y voto! Porque el error fundamental consiste en atribuir á la Sociedad fines artísticos que no tiene ni puede tener, según sus estatutos, y para cuyos fines sería necesaria la igualdad de derechos. La Sociedad es únicamente administrativa, y esa división no se hizo espontáneamente, sino porque los editores, que habían de recibir como dinero las obligaciones de marras, pu-

sieron por condición que se suspendiera, hasta amortizarlas, la admisión de los socios.

Todas estas cosas, y la cuestión del dominio público, que por su importancia se tratará con extensión más adelante, son, como se ve, relativamente baladres y de *orden interior*. Si acaso, podían importar á escaso número de personas y, sin embargo, por arte de biribirloque apasionaron á la gente en toda Europa, ocuparon la atención pública durante mucho tiempo y, como se dice vulgarmente, hicieron gemir de firme á las prensas.

Se dió el caso, graciosísimo en el fondo, de que un asunto que no entendía nadie lo discutí acaloradamente todo el mundo, y puede decirse que la nación entera, desde los ministros á los aldeanos, dieron más importancia á las exclusivas, al dominio público y á los archivos, que al Tratado de París, que nos había dejado sin colonias y nos había hecho cargar, por contera, con la deuda de Cuba.

Reflejando este "estado de cosas", un periódico primero, después tres ó cuatro, y al fin absolutamente todos, dedicaron durante cinco meses la parte más importante y visible de sus columnas á zarandear á la Sociedad de Autores, á destruirla, á aniquillarla, sin embargo de significar un progreso evidente y una suma de sacrificios enorme.

Los ataques, dirigidos al principio á la Sociedad, se concretaron más tarde á la Junta directiva, negándole todo lo negable, y acabaron por dedicarse á mí solo. ¡María Santísima, cómo me pusieron! Hasta mis amigos (que lo eran y siguen siéndolo casi todos) perdieron la cabeza, embriagados con el apoyo que la opinión pública les prestaba, y me hartaron de palos sin compasión y creyendo que ponían una pica en Flandes.

Resultó de aquella tracamundana, que yo era un autor dramático fracasado con justicia, un versificador detestable y un prosista ramplón que no había sabido escribir jamás ni las cartas á la familia. ¡Con qué derecho un *currinche* de tal naturaleza se permitía administrar y dirigir á los genios?

Pero... allá va la última afirmación estúpida de la serie: aquello, lejos de apesadumbrarme, me llenó de orgullo. ¿Por qué? Porque me combatieron rudamente, enérgicamente, con todas sus armas y en los periódicos más leídos, periodistas insignes, cronistas ilustres, literatos de verdadero mérito, críticos de innegable autoridad y de extensa cultura; y toda esa hueste intelectual, lucida y poderosa, da honra y prez á quien trata como enemigo.

¡A punto estuve de ensoberbecerme como

la lagartija de la fábula! Cuando tantos y tales elementos se juntaban para derruir-la... algo grande tenía que ser la Sociedad de Autores, y algo importante dejaba yo tras de mí, como señal imperecedera de mi paso por este pícaro mundo.

CAPITULO XX

EL PALACIO

Precisamente cuando las gentes estaban más alborotadas y los ánimos echaban lumbré, quince ó veinte autores, reunidos una tarde en nuestra casa del Salón del Prado, trataban de que los ejemplares rebosaban de los sótanos, los encargados de la litografía no podían moverse, á los empleados les era imposible trabajar por la estrechez de las oficinas y, en fin, de que allí no cabíamos ni de pie. De pronto uno de los presentes, el Sr. Boceta, salió por este registro:

—Hombre, yo sé de una casa que conveniría á la Sociedad, y se vende en la mitad de lo que vale.

—¿Cuál es?

—El palacio de la señora viuda de Martos, donde ahora están instaladas las oficinas del tranvía del Este, que se mudan dentro de un mes lo más tarde.

—¿Y hacia dónde cae eso?

—En la calle de Núñez de Balboa.

—¡Está muy lejos!

—¡No hable usted más! ¡Muy lejos! A cien leguas de la Puerta del Sol.

—Señores, que más alejado del centro vivía Piscowich y en peor barrio y más caía en ello. Y, sobre todo, por verlo ¿qué se pierde?

—Se pierde el tiempo, porque no hemos de hacer nada.

—¡Quién sabe! Si quieren ustedes venir... ahora mismo los llevo.

Total: que fuimos, y todos los que hicieron aquella primera visita quedaron encantados. A cuantos lo ven por primera vez les pasa lo mismo, y no puede ser de otra manera: entre los modestísimos entresuelos de casa de huéspedes donde se alojaban las casas editoriales, y el edificio en que ahora tienen los autores su domicilio, hay tanta diferencia como del día á la noche.

Grandes sótanos que sirven de talleres de litografía y de almacenes de librería y música, hermoso jardín con cenador y todo, magnífica y abundante instalación de luz eléctrica, máquina de calefacción, salas de copistería bañadas de luz, oficinas amplias, independientes, despacho del gerente tapizado de terciopelo, escalera monumental de

mármol, galería japonesa con muebles valiosos, salón de música tapizado de brocatel, biblioteca, secretaría, salón de juntas, salón árabe para conversación amena, sala de fumar, cuarto de baño, gabinetes para conferencias y visitas... todo con techo pintado al óleo, todo grande, rico, espléndido. Y todo se apreció en lo que valía mientras hubo amistad, unión y compañerismo. Cuando faltaron las tres cosas, los autores se encontraron aquello malo y asqueroso, y hasta los empleados renegaron de sus comodidades. ¡Sólo volviendo unos pasos atrás, unos y otros las echarían de menos!

Salimos de la visita haciendo comentarios y planes de color de rosa y distribuyendo con la imaginación las mesas y las sillas.

—¡Calma, caballeros!—dije yo entonces.—No vayamos á freir el lomo antes de matar el cerdo. ¿Conviene ó no que nos mudemos aquí? Piénsenlo ustedes bien, para que luego no tengamos trapos que lavar.

—Sí, sí; conviene.

—Bueno, y ¿cómo pagamos las 325.000 pesetas que piden por la casa y los muebles?

—¡Ah! Eso allá usted. Las matemáticas son de su negociado.

La recaudación por todos conceptos en la República mejicana no había podido llegar jamás á mil pesetas mensuales, y estaba á punto de firmarse un contrato arrendando todos los servicios en la suma de cinco mil. Repartiendo tres mil entre los autores y aplicando dos mil como producto de materiales de orquesta, aquéllos saldrían ganando el 66 por 100 y la Sociedad recibiría ocho mil realitos al mes por lo mismo que antes la producía, con iguales gastos, una bieca.

Daban, por consiguiente, en cinco años estas dos mil pesetas que vendrían de México una utilidad nueva de 24.000 duros, y teniendo en cuenta que en el mismo período de tiempo habría que pagar de menos, por el interés de las obligaciones que se iban amortizando, la cantidad aproximada de 200.000 pesetas, tendríamos una suma total de 320.000. En cinco años, pues, podría pagarse el palacio... si el crecimiento natural de ingresos por pequeño derecho y alquiler de archivos bastaba para cubrir el exceso de gastos que sobre la anterior exigía la nueva finca. Si no bastaba, la señora viuda de Martos sería tan amable que nos concedería un plazo prudente para amortizar el pico que faltase... y que no podía ser mucho.

¿Se ha comprendido bien la operación?

D. Juan Dessy, representante y apoderado de la propietaria, la entendió en seguida.

Lleguéme a él y le dije:

—La Comisión ejecutiva ha acordado comprar el palacio, y acepta el precio.

—Bueno; pues cuando ustedes quieran me hacen la entrega y firmamos la escritura.

—¡Ah! Ese pequeño detalle es el que va a faltar, porque la Sociedad no tiene dinero.

—Entonces...

—Pero ¡vamos a ver! ¿Usted qué iba a hacer con los 65.000 duros?

—¡Toma! Emplearlos en seguida en cualquier negocio.

—¿Y qué cree usted que podrían producirle?

—Hombre... no creo que sería difícil sacar el 6 por 100.

—Pues estamos al cabo de la calle.

—¿Cómo?

—Ya le hemos entregado a usted el dinero, ya lo ha colocado usted en la Sociedad de Autores, con la garantía de la propia finca, y ya le está produciendo a usted el 6 por 100 mendo y lirondo. Desde mañana lo cobra usted, si quiere, y al cabo de cinco años recibirá el capital íntegro. ¿Hace? Hizo. Se compró el palacio como antes las galerías, sin una peseta y dejando hipotecado únicamente lo que se compraba. Sólo había en el contrato una cláusula un poco fastidiosa: si al transcurrir cinco años aquél no se cumplía, la Sociedad dejaría el palacio y abonaría 15.000 duros de indemnización, quedándose con los muebles. Se firmó así porque como estaba yo seguro de que se cumpliría... Ahora parece que los demás no lo están y tiemblan por el porvenir. Yo no tiemblo; ni ahora ni nunca.

Y vamos a otra cosa.

El nuevo traslado se verificó mientras veraneaba todo el mundo, con la misma rapidez y en la misma forma que el otro: a fuerza de hombres y de carros. Vuelta a desclavar y clavar cajas de hierro, a trasegar paquetes, a organizar oficinas y a dirigir herreros, carpinteros, electricistas y albañiles. La brega fué de órdago; pero tampoco se interrumpieron un solo minuto los servicios.

La impresión que hizo el cambio fué de asombro primero, de indignación después... ¡Sí! de indignación. ¡Aquello ya era insostenible! Chillaron enfurecidos los autores,

a quienes nadie pedía un céntimo, porque se les instalaba reglamento, arreció la tempestad en la prensa hasta lo increíble, y los mismos que un año antes hacían antesalas sobre las esteras raídas, trinaron contra quienes les ofrecían, *gratis et amore*, alfombras y sedas, brocatel y mármol.

No faltó quien dijo en letras de molde que aquella prosperidad era insultante y había que acabar con ella; y, lo que es más absurdo todavía, hubo quienes, viviendo del producto de sus obras teatrales, intentaron dirigirse en serio a los Poderes públicos pidiendo que se legislara mermando el derecho de propiedad, hasta quitar al autor el de prohibir la representación de sus obras. ¡Con tal de dejar tuerta a la Sociedad, que les hartaba de beneficios, consentían en perder los dos ojos!

Entonces fué cuando, para dar el golpe decisivo, para que los indiferentes se alzarán también en contra nuestra, surgió la terrible, la pavorosa cuestión del *dominio público*, traída y llevada un día y otro, exagerada en proporciones gigantescas, hasta producir la crisis...

Y ¿qué es eso del dominio público?

Vamos a ver si lo sacamos adelante en cuatro palabras.

Según la ley, ochenta años después de muerto un autor, sus obras quedan a la disposición del primero que pase. Todo el mundo puede imprimirlas, venderlas, representárlas. Una casa es de quien la hace o la compra, por los siglos de los siglos. Una comedia o un vals son de quien quiera usarlos al cabo de cierto tiempo. Dicese, para disculpar esta enormidad, que de ese modo se evita el peligro de que el *Quijote*, por ejemplo, caiga en manos de un zote y muera en el olvido. ¿Por qué? Si un zote hereda a Cervantes, aquel zote no será eterno y algún heredero llegará que comprenda el valor de la cosa heredada. ¿O es que todos los derechohabientes de los genios han de ser zoquetes por fuerza hasta el fin del mundo?

Aparte de esto, semejante precaución no se toma más que con la literatura y la música. La propiedad de cuadros y estatuas no caduca jamás. Los que los van comprando pueden seguir vendiéndolos hasta que la tierra se pierda en el caos, y si a uno de los compradores se le antoja romperlos o quemarlos, nadie le dice nada. El Estado no obliga al propietario a regalarlos al Museo ochenta años después de muerto el autor, única manera de hacerlos entrar en el

público dominio! Si quiere que en el Museo nguren tiene que pagarlos, y caritos, por añadidura...

Pero no sólo se consideran del dominio público las obras que están en el citado caso, sino todas aquellas que no han cumplido ciertos trámites oficinescos. Es decir, que yo estreno una comedia esta noche, y por milagro no me la silban. Si se me olvida inscribirla en el Registro de la Propiedad antes de que pase un año y no pago dos pesetas de la póliza, la obra ya no es mía. Pierdo la propiedad en absoluto. ¿Les asusta á ustedes esta atrocidad? Pues es exacta.

A los propietarios de otras cosas, cuando no cumplen algún requisito legal, se les multa, se les saca el dinero; pero no se les despoja de lo suyo. A los escritores y á los músicos, sí; su propiedad tiene el triste privilegio de no ser suya en cuanto se descuidan.

Con todo y con eso, las obras que por ambos conceptos se consideran de dominio público no producen al año más de mil pesetas, porque la mayor parte de las del primer caso están refundidas, y el refundidor tiene los mismos derechos que el autor y puede cobrar por su refundición lo que quiera, la mitad á que le autoriza la ley, ó el total, si él lo pone por condición precisa; y las del segundo caso, es decir, las que no se inscribieron á tiempo, son casi todas fracasadas, y las que no lo son pertenecen á alguien, si no por la ley por la justicia; y lo justo está por encima de lo legal.

Se comprende, de todos modos, que por cantidad tan insignificante no iba la Sociedad á sostener tan tremendas batallas. Las sostiene porque á la sombra del dominio público se cometían abusos de todas clases, cambiando los títulos de autores conocidos para que no figurasen en ningún catálogo, alterando en parte mínima las refundiciones y apelando, en fin, á mil estratagemas. Las sostiene porque la exención del pago de derechos no beneficia al público, que paga sus localidades al mismo precio, sino al empresario, que se los ahorra. Y al ahorrárselos el empresario prefiere naturalmente, en igualdad de circunstancias, las obras de los autores muertos, que ya no trabajan ni comen, á las de los vivos, que tienen que trabajar para comer. Y en buena teoría socialista no se puede ni se debe tolerar tal competencia.

Y las sostiene porque, aunque sus rendimientos son escasos, como llevo dicho, cree más natural y más justo aplicarlos á mejorar las condiciones económicas de los artistas actuales, que á su vez mejoran las de los rendideros, que dejarlos en poder de un

caballero particular que se limita á meterlos bonitamente en el bolsillo.

Porque sí, señores, nadie más que el empresario puede obtener ventajas. El público, el que se considera verdadero amo, no tiene ninguna. Lo mismo le cobran por ver una comedia que él juzga de su propiedad, que por ver otra que no le pertenece. Y, sin embargo, cuando se armó la marimorena de marras, el público, que seguía pagando como si tal cosa, llegó á creer de buena fe que la Sociedad de Autores le estafaba, le robaba miserablemente.

¡Ah! ocurrieron entonces lances muy curiosos.

El alcalde de una población en que una compañía acababa de representar *El señor feudal*, de Dicenta, y no quería pagar los derechos, contestó al representante de la Sociedad que le pedía amparo:

—¿*El señor feudal*? ¿Qué se ha de pagar *El señor feudal*? El título mismo indica que eso es cosa de hace mucho tiempo, y por consiguiente pertenece al dominio público.

Otro alcalde más gracioso, más avanzado y más radical, respondió en un caso parecido:

—¿Qué monsergas son esas de derechos de representación? ¿A mí no me venga usted con lilalias! ¿Cree usted que no leo periódicos? ¿Demasiado sé yo que todo ello es una martingala para que se coman el pan de los pobrecitos cómicos ese Sinesio y sus compinches!...

Y un caballero (ya se ha muerto el pobre) que se fué á Cuba con lo puesto y volvió á los seis meses nadando en oro, me decía muy formal tratando de la cuestión palpitante:

—Desengáñese usted, amigo Sinesio, en eso del dominio público... ¡se les ha ido á ustedes la mano!

Tal era la opinión general y así estaba la atmósfera cuando se estrenó *La chica del maestro*...

Sólo así se explica lo que ocurrió aquella noche...

CAPITULO XXI

EL ESTRENO DE "LA CHICA DEL MAESTRO"

Antes de pasar adelante debo hacer algunas advertencias, aunque sea anticipando los acontecimientos.

La cuestión del dominio público, de que

he dado una vaga idea en el capítulo anterior, la resolvía, y la *resuelve*, la Sociedad de Autores españoles imitando á la de Autores franceses. Allí, como aquí, no se concede á las empresas el oportuno permiso para representar las obras del repertorio si no firman previamente un contrato obligándose á pagar una cantidad determinada por cada función, sea cualquiera la obra que se ejecute. Ese contrato no sólo obedece á un principio de justicia y de protección á los autores que tienen que vivir de su trabajo, sino que es perfecta y absolutamente legal en todas sus partes.

Por defenderle á rajatabla, por creer que con él se cortaban de raíz innumerables abusos y se amparaba debidamente el derecho del autor, se me echó encima medio mundo y me arrojaron de la Sociedad poco menos que á puntapiés. ¿Que no? ¡El pretexto fué ese!

Pues bien, á la Junta directiva á que tuve el honor de pertenecer sucedieron otras y otras, muchas ¡demasiadas! formadas todas por hombres prudentes, graves, serios, dignos y, desde luego, muchísimo más inteligentes que yo. Nunca á ninguno se le ha ocurrido variar el sistema, y las empresas siguen firmando los contratos dichosos y pagando los derechos de todas las obras que representan, sean las que fueren. Á la Sociedad pertenecen ya muchos de los que me combatieron rudamente por esta causa, y en ninguna Junta general han pedido, que yo sepa, que ni se firme ni se cobre...

De donde se deduce que, ó aquí hemos perdido la cabeza todos ó lo que en mí parecía mal en los demás parece de perlas, ó mi derrota se ha convertido en un triunfo, ó me voy pareciendo un poco al Cid Rodrigo de Vivar en que ganó batallas después de muerto.

Escojan ustedes lo que quieran, y vamos andando.

Momentos antes de levantarse el telón del teatro de la Zarzuela para el estreno de *La chica del maestro*, entramos en el palco destinado á la Junta directiva Serafin Quintero y yo; los primeros que llegamos. En seguida se dirigieron á nosotros las miradas de todos los concurrentes; miradas de curiosidad agresiva, de aborrecimiento colectivo... ¡la opinión pública estaba en punto de caramelo! Tan en punto estaba, que de la galería principal, en nuestras mismas barbas, ó poco menos, salló una voz aflautada que dijo, clara y distintamente:

—¡Ladrones!

¿Quién era el de la voz aflautada? ¡Cualquiera! Un espectador honrado y sencillo, que se atrevía á expresar de aquel modo la idea general. Aquel mismo día le habrían dado paño de Tarrasa diciéndole que era inglés legítimo, y habría tomado chocolate sin cacao, y se habría llevado á casa un kilo de garbanzos con doscientos gramos de menos, y hasta se habría bebido una botella del vinillo agrio de mi país, pagándolo como Burdeos de la mejor marca... Pero todo ello le parecería cosa natural y corriente. Lo que no podía tolerar era que la Sociedad de Autores, representada por Quintero y por mí en aquel instante, hiciera pagar á los empresarios las obras de D. Ramón de la Cruz, para no perjudicar á Ricardo de la Vega. ¡Eso era un crimen! Claro estaba que ni á él, ni al vecino, ni á nadie les quitaban un céntimo; pero el escandaloso abuso de la Sociedad de Autores era evidente. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabía de cierto ni le importaba; lo leía en letras de molde á todas horas y bastaba con eso. La gente no necesita pruebas para creer lo malo; para lo que las necesita es para asegurar que alguien ha hecho algo bueno. Dos y dos pueden ser cinco para demostrar matemáticamente una canallada; á duras penas son cuatro para probar una acción meritoria.

La obra, á pesar de todo, pasó sin tropiezos. Riéronse de buena gana los espectadores con algunas escenas graciosas y movidas, se aplaudieron mucho dos ó tres números de música de Chapí, verdaderamente deliciosos, y al final, sin protestas de ningún género, salieron los autores cinco ó seis veces, cogidos de la mano como es uso y costumbre, á dar las gracias á Dios y al público, emocionados y contentos.

Total: no un éxito colosal de los que hacen época, pero sí un éxito regular de los que traen aparejadas cincuenta representaciones... y aquí paz y después gloria. Había caído por última vez el telón y empezaba á desaparecer lentamente el concurso, cuando en las últimas filas de butacas surgió una disputa sobre el mérito de la obra. Al final de todos los estrenos suele pasar lo mismo y en circunstancias normales la cosa carece de importancia, pero entonces una chispa bastaba y sobraba para producir un incendio. Oyéronse palabras duras, engrosó más de lo debido el grupo en que se discutía, salieron á relucir la Prensa, la Sociedad, los archivos y el dominio público... y se enarbolaron los bastones. La gente que

se marchaba tomó parte en la gresca, jaleando á los que gritaban con pataleos y silbidos... pero los acomodadores empezaron á hacer la requisita y se despejó la sala sin otras graves consecuencias.

Esto es lo que pasó y no más.

¿Había alguna razón para que la obra se retirase del cartel? No; no había ninguna. Si ustedes han tenido la comodidad de fijarse, no habrán podido menos de notar, desde entonces, que de cada diez obras que se estrenan, chicas ó grandes, ocho dan lugar á protestas y alborotos, y se rechazan con todo el ruido posible. Lo cual no es obstáculo para que al día siguiente las empresas, con la frescura del mundo, las anuncien con letras rojas, digan que han sido extraordinariamente aplaudidas y hasta las hagan representar dos veces en la misma noche, como si les corriera mucha prisa sacarlás el jugo.

Y el público se aguanta y la Prensa no se enfurruña. Pero entonces, cuando no tenían razón precisamente, se incomodó el público y se enfurruñó la Prensa. Los periódicos dieron grandísimas proporciones al escándalo, dijeron en todos los tonos que aquello de representar una obra silbada obedecía á imposiciones de una camarilla insolente; esgrimiéronse, para salvar á la patria y al arte de tan ominoso yugo, las mejor cortadas plumas, y tiros y troyanos excitaron el celo de las autoridades para que sentaran la mano á los acaparadores atrevidos y acabaran de una vez, *manu militari*, con semejante "estado de cosas".

Un cronista insigne, de ordinario bonachón y cariñoso, y antiguo amigo mío por añadidura, deslizó suavemente la idea de que el público podía intervenir en el asunto, y de que no estaría mal del todo un final trágico y sangriento. ¿Se ríen ustedes? Pues sí, sangriento. Más claro, y hablando en plata: que siendo los trastornos obra de una empecatada camarilla, y siendo yo la cabeza visible de la camarilla aquella... tal vez sería un acto de justicia coserme á puñaladas y arrastrarme por las calles en un serón, como á D. Rafael del Riego, por haber entonado un himno á la libertad, que aquí suena siempre á música de los demonios.

En esta nuestra bendita tierra, esas ideas de los navajazos y el serón cuajan con facilidad asombrosa; y he aquí por qué á la segunda representación de *La chica del maestro*, que se dió porque debía darse, acudió la gente con el decidido propósito de hacer una barrabasa.

Y la hizo, y gorda.

No se había indignado antes ni se indig-

nó después ante la repetición de miles y miles de esperpentos sin gracia y sin sentido común, y se enfureció entonces contra una obra aceptable y pasadera, que no ofendía á las instituciones, ni á la moral, ni á las buenas costumbres.

Es decir, no tronó contra la obra precisamente, puesto que no la oyó siquiera. Por no tomarse el trabajo insignificante de juzgar se conformó con el juicio ajeno, y empezó á despotricar en la primera escena. Entre aullidos, voces, pateo y bulla se verificó la representación sin que llegara al público una sola palabra de las que decían los actores.

Al terminar, si puede decirse que concluye lo que no ha comenzado, la rechiffa y el griterío subieron de punto, y los guardias tuvieron que intervenir para poner orden... Salieron los alborotadores del teatro con la gana de broma que es de suponer; compactos grupos recorrieron chillando las calles céntricas, cayeron hechos pedazos los papeles pegados en las carteleras anunciadoras, y las turbas, enloquecidas por su propio ruido, llegaron hasta la calle de Sevilla gritando primero socarronamente: "¡El autor! ¡el autor!" y luego ya más en serio y con más rabia: "¡Muera Sinesio!"

Eso; que muriera yo; así como suena. Para aquellos dignísimos ciudadanos, el haber destruido las casas editoriales, contribuyendo á mejorar la condición de los autores dramáticos, merecía la pena de muerte. Por fortuna la tempestad se deshizo sola, disolviéronse poco á poco los grupos sanguinarios y feroces, y cada uno de sus miembros se marchó á la cama y durmió seguramente como un ángel, satisfecho de haber cumplido un deber de conciencia.

Ya sé yo que si les hubiera dado gusto pasando á mejor vida aquella noche, al día siguiente, por reacción natural, se habría caído en la cuenta de la injusticia, y los ingenios más esclarecidos se hubieran peleado por llevarme las cintas del féretro; pero, por si acaso... ¡más vale que todo se quedara en agua de borrajas! Porque para lo de las cintas hay tiempo de sobra, y para lo demás, como somos arrieritos, en el camino nos iremos encontrando...

Precisamente por aquella época habían echado la zarpa al célebre bandido gallego Mamed Casanova, responsable, si no estoy equivocado, de la muerte de dos curas, de las heridas de unos cuantos guardias civiles y de una porción de robos, violaciones é incendios.

Para conducir al héroe a la Coruña, la autoridad, temerosa de que el entusiasmo popular estallase, tomó infinitas precauciones. Pero el pueblo las burló todas, y el bueno de Mamed recorrió las calles de la población entre aclamaciones y vítores, mientras las mujeres lloraban de emoción y le arrojaban rosas y claveles... El bandolero entró, pues, en la cárcel con un nimbo de gloria y cubierto de flores.

Triste es confesarlo, pero de todo esto resulta: que para excitar la admiración y el respeto de los hombres y para arrebatarse los corazones de las hembras sensibles, es mucho más conveniente matar un par de curas que meterse a redimir esclavos.

CAPITULO XXII

"LA OBRA DE LA TEMPORADA."

No hay que decir la zagalarda que se armaría al día siguiente del escándalo, cuando se anunció la tercera representación de *La chica del maestro*, en vista de que el público no había oído la segunda.

Se pidió seriamente al gobernador civil que prohibiese la obra "por cuestión de orden público", que cerrase el teatro de la Zarzuela si era preciso, y que destruyese por el hierro y el fuego aquel nido de víboras que se llamaba Sociedad de Autores, causa de alteraciones y conflictos semejantes.

Las tres cosas eran tres atrocidades como un castillo cada una, pero el horno gubernamental estaba para esa clase de bollos y la autoridad se hubiera decidido por cualquiera de ellas, con tal de ganarse un aplauso de la galería, si López Silva, Jackson y Chapí no se hubiesen apresurado a retirar la zarzuela, contra la opinión de la empresa, que se empeñaba en jugarse el todo por el todo.

Porque lo chusco del caso era que los autores tenían poco ó ningún interés en resucitar una obra muerta á mano airada, y el empresario era el que veía un negocio en sostenerla en el cartel; sin embargo de lo cual, los periódicos le pintaban como víctima de imposiciones y amenazas insostenibles. En vano él acudía pidiendo la inserción de comunicados en que hacía constar que nadie le ponía un puñal al pecho; los comunicados se publicaban, pero los periódicos seguían diciendo que sí, que aquellas protestas eran arrancadas por la violencia... y que tijeretas habían de ser.

Con éstas y las otras, la indignación pública iba en aumento hasta tocar en lo ri-

dículo, y la masa anónima acudía á los teatros deseosa de coger á un autor, fuera el que fuera, para merendárselo de una sentada. Marquina y Gay, dos principiantes que no se habían metido con nadie jamás, estrenaron en Apolo una zarzuelita plácida, suave, titulada *La vuelta del rebaño*, y cayó sobre ella la mala suerte que andaba por la atmósfera, y también los espectadores salieron á la calle vociferando, y aquellas voces repercutieron asimismo en la Prensa de todos los matices.

Entró el pánico, el verdadero pánico, en las filas de cuantos tenían que mantenerse y mantener á sus familias con lo que en las contadurías cobrasen; cesaron los trabajos de las obras que estaban en el telar, se suspendieron los ensayos de las que se preparaban para un estreno próximo, y los empresarios empezaron á pensar en el cierre, puesto que les iba á faltar la primera materia necesaria para su negocio.

¿Cabe imaginar situación más absurda? Pues sin embargo era cierta... é inevitable.

*
*
*

Rebosaban gente, entretanto, los salones, salas, gabinetes y pasillos del palacio que servía de domicilio social. A todas horas se gritaba allí, se disputaba, se proponían y rechazaban planes de lucha, y con tan grande é incesante estrépito podían trabajar á duras penas los empleados.

Pero ¡ojalá hubiéramos seguido así siempre! Aquello era la vida, el vigor, la fuerza, la sangre que corría por las venas, caliente y rica, los nervios que vibraban, el organismo entero que palpitaba en combate perpetuo, en continua marcha hacia adelante...

Después ha venido la paz y se ha restablecido la calma. Allí sólo van ya algunos señores de la Junta muy de tarde en tarde; nadie grita, nadie dispara, nadie rife; los salones están desiertos, los goznes de las puertas tomados de herrumbre, y los empleados pueden trabajar á sus anchas, tranquilamente y sin ruido. Pero en empresas de tal fuste la calma y la paz son el estancamiento, y estancarse es retroceder cuando todo avanza...

Como último recurso se les ocurrió á unos cuantos señores redactar un documento en que se ratificaba la confianza de todos los autores á la Junta directiva y se protestaba de que elementos extraños á la Sociedad se inmiscuyeran en asuntos que sólo á la Sociedad importaban y competían. Firmáronle muchos autores y compositores,

algunos de justa fama; pero ¡como si no, morena! Unos periódicos lo publicaron sin comentarios... y sin las firmas, otros lo extractaron no más, y algunos salieron del paso con un acuse de recibo. Verdad es que no faltaron protestantes que acudieron presurosos á las redacciones á decir que no se tomara en serio semejante cosa, porque el que más y el que menos lo firmaba por compromiso.

Con lo cual quedamos peor que estábamos, y corrí como válida la especie de que era yo el que había ido de casa en casa pidiendo como limosna el voto de confianza, ó lo que fuera aquello, para seguir usufructuando el Poder (!Cristo con el Poder! Supongo que sería el del sótano) y sacrificando y aspeando á todo bicho viviente.

Y ¡caramba! modesto, pero no tanto. Cuando yo creo que hago bien, no voy á suplicar á nadie que me lo diga.

* *

Y vamos á la génesis de *La obra de la temporada*.

Una tarde en que el cuarto de la secretaría estaba atestado de amigos... y enemigos, caldeado el aire, deshechos los pulmones de tanto chillar, alcé mi voz hasta dominar las de los demás, y dije:

—Señores, se me ha ocurrido una idea salvadora.

—¿Cuál?

—Aquí la cuestión es que nadie quiere estrenar en estas circunstancias, porque el rayo se cierne sobre nuestras cabezas y descargará en el que se ponga de punta, ¿no es eso? Pues bien, no hay más remedio que atraerle, aguantar una, dos, tres descargas y esperar á que se aleje la tormenta y quede despejada la atmósfera. Para eso, ¿qué se necesita? Un pararrayos. A mí el dinero no me ha importado nunca y la fama de autor dramático la doy por comida. ¡Yo estrenaré cuanto sea preciso para que calgan sobre mí todas las centellas!

La respuesta se la imaginarán ustedes: un griterío infernal y multitud de carcajadas trónicas. Entre todo ello percibí la voz de Vital, que me decía:

—Déjate de bromas ahora! ¡Pues sólo faltaba que estrenaras tú, aunque fuera la flor de la maravilla! Además, no podrías aunque quisieras.

—¿Por qué?

—Porque no habría empresa que te admitiera una obra, ni músico que se arriesgara á acompañarte.

En esto, el maestro Pérez Soriano, un

aragonesote de pura casta, que rezongaba repantingado en un butacón, se levantó como si le hubiera picado una víbora, gritando:

—¡Otra que muele! ¡Eso sí que no! Yo estreno con Sinesio lo que él quiera y cuando él quiera, ¡qué moño!

—No diga usted tonterías, Soriano; los arrastran á ustedes.

—Mí tó, á él qué que sí, porque es un alfenique, pero lo que es á mí... ¡redíos! Que yo dirijo la orquesta aquella noche y veremos á ver quién se arrima, ¡remoño!

Siguió la bulla y se olvidó el incidente. Pero yo me fui á casa acariciando el pensamiento y diciéndome para mí sayo:

—La verdad es que si yo estrenase ahora en un teatro grande una zarzuelita titulada, por ejemplo, *La obra de la temporada*... sería cosa de gusto. Con el titillillo provocador y presuntoso, con mi firma en letras grandes y con el viento que corre... ¡el jaleo iba á ser de los de mfreme usted, morena!

Pero, desgraciadamente, no cristalizó la idea entonces.

La que cristalizó fué la de buscar el sosiego á toda costa, porque la gente se había atemorizado de verdad, y con gente asustada no hay quien vaya á ninguna parte. Y como para encontrarlo, el camino más corto era el cambio de Junta, los rumores de dimisión llegaron hasta Arniches, que estaba enfermo, y hasta Serafín Quintero, que estaba en Sevilla. El primero se levantó de la cama más que á paso y desmadejado y febril se fué al domicilio social á hacer constar su voto en contra.

—¡Primero ahorcados que dimitir! ¡Eso sería un acto de cobardía que perjudicaría á la larga á la colectividad entera!—dijo en pocas palabras.

El segundo telegrafió lo siguiente:—¡La dimisión jamás! Mi hermano y yo salimos hoy mismo para Madrid, dispuestos á estrenar una obra cada semana...

Y vinieron Serafín y Joaquín, efectivamente, animosos y resueltos. Pero, á pesar de todo, á los dos o tres días empezaron á dominar los temperamentos de prudencia, y los recalcitantes hubimos de convencernos á la fuerza de que teníamos el derecho de sacrificar los intereses propios, pero no los ajenos. Puesto que el público parecía dispuesto á negar la sal y el agua á todos los autores, chicos y grandes, administrados y socios, era preciso hacer algo para que cesara aquel estado anormal que amenazaba trastornar la vida del teatro.

Y con este motivo entró en escena mi buen amigo D. Emilio Sánchez Pastor, hombre prudente, serio, alejado hasta entonces

de las incruentas luchas, y que venía pintiparado para buscar una fórmula de transacción entre las partes beligerantes, porque a su condición de autor dramático de renombre unía la de periodista ilustre.

Sánchez Pastor, pues, visitó las redacciones, llevando la bandera de parlamento, y después de muchas idas y venidas, vueltas y revueltas, se presentó, por fin, ante la Junta, y dijo con la solemnidad propia del caso:

—Mis dulces amigos, mi impresión es la siguiente: la Prensa comprende que se han sacado un poco las cosas de quicio, y está resuelta a dar fin á la campaña; pero hay una cuestión que, por afectar á intereses distintos de los de los autores, solivianta la opinión más que las otras. Los contratos que la Sociedad hace con las empresas para cobrarlo todo no deben subsistir... Y como la Junta directiva actual no puede reformarlos ni suprimirlos sin humillarse... es conveniente que presente la dimisión en seguida; de este modo y en estas condiciones, la paz será hecha.

Dicho lo cual, fué.

La opinión de Sánchez Pastor, eco imparcial de todos los periódicos importantes, se atendió en el acto, y la dimisión quedó acordada.

Y ¿en qué iba á fundarse? En que, á consecuencia de una campaña de Prensa, que creíamos injusta, la opinión pública se había excitado, hasta el punto de impedir el libre ejercicio de la profesión de autor dramático, y aunque la Junta creía merecer la confianza de los socios, entendía que era un obstáculo para el "desarrollo de los intereses generales", y se marchaba con viento fresco.

Pedí permiso á mis compañeros para no estampar mi firma en el documento *explicativo*, porque yo no podía fundar mi dimisión en semejante cosa. Yo no me iba porque la opinión y la Prensa dijese esto, lo otro y lo de más allá, sino porque los que se lo habían hecho decir al público y á los periódicos eran los autores mismos por cuya prosperidad había yo peleado continuamente, y que, flugiéndome amistad y agradecimiento, me pagaban con la ingratitud más negra. Quería hacer constar de paso que abandonaba mi puesto con dolor de mi alma, porque entendía, como dicen los oradores del montón, que hacía falta en él hasta la completa liquidación de las casas editoriales con la amortización de todas las obligacio-

nes; que los contratos con las empresas no podían suprimirse ni reformarse; que debía subsistir la división de los autores en socios y administrados, por lo menos hasta que las deudas quedasen extinguidas, y que la dirección de la Sociedad debería estar en manos de los fundadores algunos años más todavía. No por considerar ineptos á los otros, sino porque juzgaba precisos la fe y el entusiasmo de los que batallaron para crear la Sociedad; entusiasmo y fe que no podían tener los que permanecieron lejos del palenque ó en el campo enemigo, y que se concretarían probablemente á dejarla marchar con la velocidad adquirida, por no conocer los peligros del camino y por exceso de confianza...

Cortáronme el hilo del discurso unas palabritas de Chapí, que dijo suave y lentamente:

—¡Caramba! ¿De modo que usted cree que la Sociedad corre peligro si usted no mangonea?

El último verbo me zumbó en los oídos, se me anudó la garganta y un escalofrío de amargura me corrió por el alma entera.

¡Cómo! ¿Hasta en Chapí, en mi ídolo, en mi apoyo, en el hombre á quien yo había inspirado siempre ciega confianza, habían hecho mella los insistentes rumores del arroyo?

La enemistad declarada de medio mundo no me hubiera hecho retroceder un palmo; la sombra de la duda en él me apartó á cien leguas.

No hablé una palabra más, y cuando me presentaron el documento al otro día, firmé al pie como en un barbecho.

Pero con la decisión firmísima de hacer... lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII

LA REVOLUCIÓN

Se celebró Junta general el 11 de Noviembre de 1903, y en ella la directiva en pleno presentó su dimisión, razonada en el documento que leyó el presidente.

Copiemos, para abreviar, un párrafo del acta:

"Don José Francos Rodríguez, haciendo constar su carácter de periodista, hizo algunas observaciones al documento leído, protestando de que en él se atribuyeran á la Prensa la iniciativa y el sostenimiento de la campaña, puesto que los periódicos no habían hecho otra cosa que recoger quejas y manifestaciones de disgusto de muchos autores, socios y administrados, no del todo

conformes (¡pobrecitos!) con la actual organización de la Sociedad y los acuerdos de la Junta general y directiva."

Y no hubo más. Francos Rodríguez se quedó sin respuesta, naturalmente, porque el único que hubiera podido dársela era yo, y ¿cómo iba á ser eso, si pensaba exactamente lo mismo?

Retiráronse los compañeros y quedé solo en la mesa, como secretario, recogiendo los votos. En tres votaciones consecutivas la Junta dimisionaria resultó reelegida por unanimidad absoluta. La voluntad de los socios estaba bien clara: había que seguir adelante, liándose la manta á la cabeza; pero como la dimisión era irrevocable, el presidente hacía notar al final de cada votación que no convenía jugar á los diputados, y que era preciso salir del atasco á toda costa.

Por fin, después de tres horas mortales de conferencias y cabildos, quedó nombrada una Junta interina, encargada de buscar una solución eficaz y rápida. Presidió esta Junta D. Miguel Echegaray, y su primer acto fué convocar á una reunión á los administrados para que se contaran sus quejas los unos á los otros, porque los socios fundadores no fueron llamados.

Acudieron doscientos, y nos pusieron cual digan dueños. Todos los oradores, en una forma ó en otra, según el temperamento de cada cual, cerraron contra la Junta directiva, acusándola de tiranía y despotismo, y pidiendo que todos fuéramos iguales inmediatamente, ó allí iba á arder Troya. ¡Hasta el pago de las deudas y la administración barata resultaban abusos intolerables!

Ni una palabra de gratitud, ni una sombra de justicia. Las voces de los pocos que pretendieron no defendernos, sino disculparnos débilmente, fueron ahogadas en seguida con risas y *abucheos*. ¡El espectáculo debió de ser divertido de veras!

Al otro día los periódicos, al reseñar la sesión, escogieron las palabras más mortificantes del repertorio... y así acabó la epopeya. ¡Lástima de horas gastadas en hacer números y en contar ejemplares!

..

A consecuencia de aquella reunión nombróse una comisión mixta, de que también formé parte á la fuerza, que estudió y aprobó las reformas que se juzgaban necesarias.

A todo dije que sí con la cabeza, para no gastar saliva en balde, y cuando la Junta general, en Enero de 1904, aprobó la reforma de los Estatutos, revocando sus acuer-

dos anteriores y dando los derechos de socio fundador á todo bicho viviente, aproveché uno de los artículos incluidos en la reforma á petición mía, y me separé de la Sociedad con las formalidades reglamentarias.

Iba á administrarme solo, si podía ser, ó á no cobrar derechos de representación jamás, si lo de la auto-administración resultaba un sueño.

Yo, que había puesto el alma y la vida en la tarea de unir á los autores, me marché en cuanto estuvieron juntos.

¿Fué por soberbia? ¿Fué por despecho? No; fué porque no podía ni debía hacer otra cosa.

Al pedir que se me diera de baja, decía yo á D. Antonio Fanosa, director gerente: "Por haber ejercido el cargo de secretario durante el difícilísimo período de organización y haberme visto obligado á sostener los acuerdos de las Juntas general y directiva, han caído sobre mí todo el odio y toda la antipatía que produjeron las pasiones excitadas y revueltas. Clara y unánime se ha manifestado la opinión de mis compañeros en este punto, y, por lo tanto, mi situación, permaneciendo en la Sociedad, no sólo habría de ser para mí violenta y difícil, sino causa, á mi juicio, de que continuase latente el motivo de discordia mientras pudiera atribuírsele la menor participación, directa ó indirecta, en los asuntos sociales".

Esta era la razón fundamental; pero, además, había otras. En primer lugar, el general que ha dirigido una batalla y ha obtenido la victoria, no puede formar después en las filas como soldado raso, porque está constantemente en ridículo. Debe arrancarse los galones y quedarse de paisano; ¡es lo lógico! Y, en segundo lugar, la campaña no se hizo contra mi sistema y mi criterio; se hizo única y exclusivamente contra mi persona. El criterio, el sistema, la idea y la organización quedaron triunfantes.

Y así, calmados los ánimos, lo han reconocido después todos los autores, eligiendo varias veces para formar parte de la directiva á algunos de los que conmigo presentaron la dimisión irrevocable, y que no han variado de opinión, que yo sepa; así lo ha reconocido el propio Sánchez Pastor, cuya rectitud es notoria, firmando un año después, como gerente, los mismos contratos que obligan á las empresas á pagarlo todo, y cuya abolición pedía en nombre de la Prensa, y así lo ha reconocido la Prensa misma, que tronó contra la organización administrativa de la Sociedad, mientras yo pertenecía á ella, y enmudeció después, sin que la organización cambiase.

Yo era, pues, el que estorbaba, el que mo-

lestaba, el que fastidiaba... Debía irme y me fui, sacrificando mi amor propio en aras de la paz y de la concordia.

Hice bien. De no haberlo hecho entonces, no hubieran tardado en echarme á empellones, y cubierto de oprobio, por las escaleras de mármol.

¿Que no? A la prueba.

*
**

El día 28 de Enero de 1905 se leyó ante la Junta general la Memoria reglamentaria. Los autores presentes la aprobaron por unanimidad, los ausentes la han leído en el *Boletín* y no ha protestado nadie. La colectividad entera, pues, sin una sola excepción, la ha dado por buena.

Y sin embargo, el documento está pensado, escrito y aprobado con el decidido y firme propósito de criticar mi gestión, de aminorar la importancia del trabajo realizado y de echarme encima toda la responsabilidad regateándome un adarme de gloria.

Para ello se habla de "abrumadoras cargas", de "operaciones onerosas", de disparates evidentes... y se barajan cálculos y cifras, buscando con afán rayano en la obsesión el menor fundamento para probar que aquello iba de capa caída, por mal de mis pecados...

Afortunadamente la aritmética no es un juguete cómico que se salva con retruécanos, y como para probar que seis y dos son ocho hay que entender de cuentas, la Memoria, empeñada en demostrar que conmigo todo iba mal y que sin mí todo va á ir como una seda, demuestra precisamente lo contrario.

Dicen así los párrafos más substanciosos del documento:

"La Sociedad saldó con déficit sus cuentas en el año 1903..."

A fines de 1903 dejé yo de pertenecer á la Junta. Eso no está dicho, pues, á humo de pajas. Sigo coplando:

"...saldó con déficit sus cuentas en el año 1903. En el balance de dicho año figura como déficit la cantidad de 4.948 pesetas y 10 céntimos; desgraciadamente esta cifra no es exacta."

¡Caray! ¡esto es muy gordo! En el balance oficial de una Sociedad tan importante, hecho por el cajero y el tenedor de libros, aprobado por la Junta directiva primero y por la general después, ¿hay una cifra que no es exacta? ¿Y no se ha exigido responsabilidad á nadie? ¡Qué horror!

Por fortuna debajo viene la explicación, aunque tan enrevesada y confusa que más valdría que no viniese. Veámosla:

"En la cuenta de 1903 figura como ingreso la cantidad de 65.000 pesetas, entregadas por el editor Sr. Delgado (no soy yo, ¿eh?) para recuperar sus obras vendidas á retro al Sr. Aruej. A esta cantidad no se la dió salida aunque la tuvo, puesto que se empleó, *contra toda conveniencia social*, en la adquisición de títulos de la deuda al 4 por 100. Si en la cuenta á que estas cifras corresponden se consigna el destino dado á dicha cantidad, el déficit de 1903 será de 4.948 pesetas y 10 céntimos, más 65.000 pesetas, ó lo que es lo mismo, 69.948 pesetas y 10 céntimos. Pero esto no sería un déficit real, por que la Sociedad continuaba poseyendo esa suma en valores públicos."

Muy bien; ese es el Evangelio. Pero para acabar demostrando que el déficit no era real, ó lo que es lo mismo, que no existía, no hacía falta empezar diciendo: "La Sociedad saldó con déficit sus cuentas de 1903..." Digo, me parece.

Acaba el párrafo de este modo: "El déficit de 1903 hay que buscarle por otros caminos." ¿Que hay que buscarle? ¿Por qué? No veo la necesidad, si no es por molestarle á uno.

La Memoria lo busca efectivamente, y para ello publica los balances de 1902 y 1903, pero no lo encuentra. ¡Claro! ¿Como que no sólo no lo hubo, sino que al terminar mi gestión resultó un saldo á favor de la Sociedad bastante considerable, como la misma Memoria nos demostrará luego! Pero, como si sus tentativas no hubieran sido infructuosas, estampa después en el *Boletín* dos líneas que son dos monumentos.

"Claro está—dice—que si en 1902 resultaron de beneficio pesetas 50.908 y en la misma cuenta de 1903 faltan pesetas 4.948,10, el déficit verdadero es de pesetas 55.856,10."

¿Claro está? ¡No, por Dios y su Divina Madre! ¡Qué ha de estar eso claro! Lo estaría si los balances que acompañan á la Memoria no fueran independientes entre sí, y se arrastraran los sobrantes de un año para otro; pero si en 1902 sobraron 50.908 pesetas, que no se incluyeron en la partida de ingresos del año siguiente (y la Memoria no las incluye), y en 1903 no faltaron más que 4.948, no hay que sumar las dos cantidades, ¡caramba! lo que hay que hacer es restar la segunda de la primera. Y resultará lo siguiente:

Beneficio de 1902	50.908
Déficit de 1903	4.948,10
<hr/>	
Sobrante en efectivo en fin de 1903	45.959,90
<hr/>	

Que es la cantidad que *sobra* precisamente cuando yo dejé de pertenecer á la Junta. ¡Son cosas que se aprenden en la primera enseñanza, señor!

Y sigue la Memoria:

"Así y todo, el año último, ó sea el 1904 (¡qué casualidad! cuando yo no era ni siquiera socio), el déficit ha disminuído..."

¿Eh? ¡qué suerte! Y á continuación, para probarlo, se publica el correspondiente balance, del cual resulta un saldo en contra de la Sociedad de 41.212 pesetas. Es decir, que el déficit de 1903 no era cierto, según la Memoria misma, y de serlo no pasaba de 4.948 pesetas y 10 céntimos, y el de 1904, que había disminuído bastante, ascendía á 41.212 pesetas. ¡A esas disminuciones las llamamos aumentos en toda la provincia de Palencia!

Y vamos al final, que dice así:

"Comparando el curso del déficit, resulta:

Déficit de 1903... Pesetas 58,856,10."

¡Dale, hola! ¡No; eso no resulta! Habíamos quedado en que ese no era real! No sé por qué se machaca tanto sobre una fantasma.

"Déficit de 1904 41.212,05

Déficit de 1905 22.588,72."

Este último, con los céntimos y todo, era calculado, puesto que el año empezaba al escribirse la Memoria. Y el cálculo no va saliendo, porque en los primeros nueve meses asciende á más del doble.

Conclusión:

"Como queda consignado, el déficit del primero de estos dos años se saldó con los beneficios del anterior (conformes, y quedaron nueve mil duros, que es lo que no se dice), el de 1904 con la venta de 50.000 pesetas nominales de las 100.000 que existían en el Banco en títulos de la deuda"... (¡Hola! ¿existían? ¿no había sobrante en fin de 1903 y parecieron en la caja 100.000 pesetas nominales en títulos de la deuda? ¿Quién las habría puesto allí? ¿Habrían sido los gnomos?)... "Con otra parte de esos efectos se saldará el del año actual, y el año próximo, en 1906, si nuestros cálculos son exactos, como no habrá que pagar más libranzas al Sr. Aruej, obligación que en el año actual importa 30.000 pesetas, habrá un superávit entre los ingresos y los gastos."

No; superávit, no; pero de la nivelación se podrá andar cerca. Yo así lo creo y lo deseo también, pero no porque sean exactos los cálculos de la Memoria, sino porque lo son los míos.

¿Que no? A la prueba, con los datos de la Memoria misma:

El déficit de 1903, último año de mi secretariado, se saldó con los beneficios del anterior, ¿no es eso?

El de 1904 se saldó con la venta de 50.000 pesetas nominales de las 100.000 que yo dejé en caja *contra toda conveniencia social*, ¿no es eso?

El de 1905 se enjugará, ó poco menos, con las 50.000 pesetas restantes, ¿no es eso?

Y como en 1906 la Sociedad tendrá de gastos 40.000 pesetas menos que en el anterior, es de suponer que no haya déficit. ¿Que por donde vienen los ocho mil duros? Pues 2.000 por el cupón de las obligaciones amortizadas este año y 6.000 por haberse acabado de pagar el anticipo hecho por D. Luis Aruej para timbres, pólizas, tiradas y escrituras en la emisión de obligaciones.

Y esto sí que está claro. Como lo está que estos cálculos no están hechos en 1904 ni en 1905, sino un poco antes, cuando yo andaba en lo de las operaciones onerosas y las abrumadoras cargas.

¡A no ser que mis queridos compañeros se queden con las glorias y me reserven únicamente las Memorias!

CAPITULO XXIV

EL ESTRENO DE "LA OBRA DE LA TEMPORADA"

Con la dimisión de la Junta y con mi retirada definitiva se restableció la normalidad como por encanto, volvieron á trabajar tranquilos los autores y tornaron á estrenarse las obras sin otros riesgos que los ordinarios.

Creiendo que también conmigo rezaba la amnistía, acepté en Marzo de 1904 el encargo que, como de costumbre, me hizo la notable tiple de Apolo D.^a Joaquina Pino, la cual, desde años atrás, me honraba pidiéndome una zarzuelita para su beneficio.

Ocurrióseme desarrollar un asunto bajo el título aquel de *La obra de la temporada*, con el cual había pensado atraer sobre mí la tempestad en los días de efervescencia; pero no ya con intentos de combate, sino porque le creí bastante *sugestivo* para atraer al estreno mucha gente, que era lo que yo debía procurar en obsequio á la beneficiada.

El fin que me propuse en la obra fué únicamente el de fustigar la manía de algunos empresarios, que se empeñan en creer que las obras artísticas y de buen gusto no dan dinero nunca, y prefieren hacer verdaderas mamarrachadas con muchos trajes y muchas decoraciones. Me parece que el propósito no podía ser mejor ni más sano. Para llevarle

á la práctica, suponía yo que en un teatro se ensayaba un esperpento de esos, considerado como la obra de la temporada y la salvación de la empresa efectivamente. Con este motivo hacía desfilar por la escena, con algunas alusiones y picardigüelas sin hiel ni veneno (sátira barata, que dijeron luego los críticos), unas tiples picajosas enemigas entre sí, una característica que se quejaba de todo, un barítono catalán que se empeñaba en que los demás hablasen claro, un actor tumbón que no llegaba nunca á tiempo, etcétera, etc. Interventían además, llevando el hilo de la pequeña intriga, un joven tímido enamorado de una de las tiples, que para cortejarla pretendía ingresar en la compañía, á quien hacían ensayar en son de burla y que por azar tomaba parte en el estreno del engendro que se preparaba, y, por último, un señor de pueblo (el señor Felipe) que pedía vales para ver gratis la función y se perdía en el dedalo de galerías y pasillos interiores, sin dar jamás con la salida.

Todo ello no valía nada ó valía muy poco. La obra se vino abajo desde las primeras escenas por falta de interés, por deslavazada y por sosa. La intención era buena, como llevo dicho; pero en el teatro la intención no basta: es preciso además saber manejar los muñecos.

Y el fracaso fué grande; pero el escándalo que le siguió, y que se recordará durante muchos años, porque ninguno le ha superado jamás, fué excesivo, injustificado, y en mi opinión, sincera aunque interesada, no es posible hallarle disculpa.

**

El público tiene derecho, aun en los contados casos en que pudiera no tener razón, para rechazar las obras que no le gusten. Para lo que no tiene derecho es para alborotar quedándose en el teatro una hora después de terminar la obra rechazada, ni para gritar que le han estafado y que le devuelvan el dinero.

No; el autor no estafa al público aunque le ofrezca un parto de su ingenio malo de remate, puesto que lo creía bueno seguramente, y el primer perjudicado es él si se equivoca. El espectador paga por juzgar, no porque el autor acierte á la fuerza. En cuanto juzga debe irse. Pudo, pues, patear, silbar, hundir en el foso *La obra de la temporada* si la creía merecedora de tal castigo; pero debió retirarse después haciendo cuanto ruido quisiera y hasta pidiendo mi cabeza si se le antojaba, porque ya sabemos que todo ello es pura broma, y no debió de

ninguna manera obstinarse en pedir que representaran, para su solaz y recreo, otra pieza porque aquella no se había acabado.

Sí, se había acabado. El cartel anunciaba que la zarzuela que iba á estrenarse tenía cinco cuadros, y los cinco se ejecutaron al pie de la letra, sin suprimir una sola línea. Véase cómo:

Cuadro primero: el saloncillo de un teatro, donde se presentaban los personajes y se iniciaba la acción.

Cuadro segundo: pasillo del mismo teatro, en el cual se explicaba claramente la tesis.

Cuadro tercero: el escenario en un ensayo, con unos toques de sainete que, si de algo pecaban, era de manoseados y vulgares.

Cuadro cuarto: telón de cuadro, delante del cual aparecía Pinedo y recitaba un monólogo, bastante largo, diciendo que uno de los actores no había parecido, y que en el estreno tenía que sustituirle de repente un joven aficionado que se había prestado á ello... El recurso será inocente, pero el monólogo, que se decía en sitio distinto de las decoraciones anterior y posterior, constituía un cuadro hecho y derecho.

Cuadro quinto: el mismo escenario del tercero, pero con una decoración de selva fantástica, en la cual se desarrollaba la primera parte de la revista bufa cuyo estreno se suponía.

¿Cuántos son? ¿Cuatro ó cinco? ¿Cinco! ¿Verdad? Pues la gente no quiso contar con los dedos y se empeñó en que eran cuatro y en que habían de darle á la fuerza el que faltaba, aunque los anteriores no le habían gustado poco ni mucho. ¿Quería seguir sufriendo una obra que la parecía insostenible!

Contribuyó al error el modo de terminar la zarzuela, que era el siguiente: Carreras (el aficionado), vestido de príncipe oriental y rodeado de guerreros, estaba en escena, precisamente sobre el escotillón, cuando venía Mesejo padre (el Sr. Felipe), que se había extraviado en los pasillos buscando la salida, y, empujando una puerta que en la decoración figuraba unas rocas, aparecía inopinadamente. Atorollado por la luz y por el gentío de la sala, pretendía salir; Carreras, incomodado porque le echaban á perder el *debut*, le decía cuatro frescas, el otro se enfurruñaba y acabábase la discusión á cachetes. En la zarzuela fingida había de jugar el escotillón cuando se oyese una palmas, y como uno de los bofetones sonaba mucho, los carpinteros cumplían su misión y hacían descender al foso á Carreras y á Mesejo. El recurso, como se ve, no podía ser más candoroso. El Sr. Felipe, creyendo que aquello era la muerte, se hundía gritan-

do:—"¡Señor gobernador, socorro!"—y los personajes que estaban en escena no sabían cómo salir del apuro, hasta que aparecía un guardia, falso por supuesto, que ordenaba suspender la representación por haber menudado a la autoridad. El representante de la empresa, fingido también, añadía en vista de eso dirigiéndose al público:

—"Como ustedes comprenderán, en estas condiciones no puede continuar el estreno. Perdonen ustedes, etc., etc."

Y así acababa la obra... porque no había más remedio. No de otro modo termina *Un drama* nuevo, aunque la comparación sea irrispetuosa.

Pero el público se llamó á engaño. En cuanto cayó el telón empezaron á desganiarse varios espectadores, profiriendo deuestos y amenazas: "¡Allí faltaba un cuadro! ¡Aquello era una estafa! ¡Ladrones! ¡Que nos devuelvan el dinero!..." Y nadie se movía de su sitio, el estruendo crecía, el auténtico delegado del gobernador verdadero no sabía qué partido tomar, transcurría el tiempo y aquello no se acababa nunca.

Entretanto, los artistas, cansados de oír la algarabía de fuera, se habían retirado á sus cuartos á vestirse para la sección siguiente, los carpinteros habían cambiado la decoración de mi último cuadro por la de *El género infimo* y dormitaban tranquilamente en las sillas que habían de aparecer en escena... Solos quedábamos tras el telón el empresario y yo, esperando en vano que pasara la nube, aunque fuera descargando granizo.

Pero, ¿qué había de pasar! Las voces de "¡estafa!", "¡ladrones!" eran cada vez más numerosas, y los silbidos más estridentes... Se apeló al recurso ordinario en tales casos. Salí entre el telón y la batería el veterano D. José Mesejo, cuya autoridad ante el público de Madrid es innegable, y haciéndose oír á duras penas, suplicó á los espectadores que, puesto que la sección para la que tenían billete había terminado, despejaran la sala para poder empezar la siguiente. ¡Allí fué Troya! Perdieron el respeto á D. José, le insultaron, le chillaron, y hubo de retirarse avergonzado y corrido.

Salí entonces Emilio Mesejo, flado en sus muchas simpatías, repitió en otra forma lo que había dicho su padre, y obtuvo el mismo resultado. ¡La gente se había propuesto divertirse, y se divertía!

A todo esto Arregui bufaba detrás del telón, porque se iban á echar encima las tres de la madrugada, y no quedaba ni el recur-

so de devolver el dinero, que no era suyo, sino de la beneficiada, aquella noche.

Salí, por fin, también la señorita Pinc, acongojada, nerviosa, tendiendo al público los brazos suplicantes al repetir el ruego, no ya por el autor ni por el empresario, sino por ella, á quien estaban dando la *serata l'onore*. ¡Como si se lo hubiera dicho á las paredes! Ni su sexo, ni su belleza, ni su congoja real y efectiva conmovieron á aquella enfurecida multitud, que no estaba para galanterías ni lástimas.

El inmenso cerebro compuesto de muchos cerebros, único, según D. José Echegaray, que puede comprender y juzgar á Shakespeare, es también el único capaz de llegar á las mayores aberraciones cuando se ofusca.

¿Cómo se resolvió el conflicto? Alzándose de nuevo el telón y saliendo á lucir sus habilidades los niños Colberg, unos diminutos artistas rusos que ya lo habían hecho en la primera sección y que volvieron á trabajar sin estar anunciados, como compensación del cuadro que el público se había empeñado en que faltaba.

Con todo lo cual la función terminó á las mil y quinientas, la señorita Pinc tuvo un beneficio tan sonado que no se la olvidará fácilmente, y la masa anónima, que se había propuesto cometer una injusticia enorme, se salió con la suya.

Al día siguiente la prensa la alabó el gusto, y me puso que no había por dónde cogermé.

Pero no paró ahí la cosa: ¿qué más hubiera yo querido!

El gobernador (engañado, según supe después, por los que le dijeron que en mi obra se le faltaba al respeto, sin duda con aquello de "¡Señor gobernador, socorro!"), impuso á la empresa quinientas pesetas de multa. ¿A que no saben ustedes por qué? ¡Por haberse conuido la función demasiado tarde y haber hecho trabajar á los niños á hora desusada! ¡Hay nada más gracioso?

De ninguna de las dos cosas tenía la culpa la empresa, naturalmente. De la primera la tendría yo, si acaso; de la segunda, el respetable público, y de ambas el mismísimo señor gobernador que vestía y calzaba.

El era el que debía haber pagado una multa, y gorda, aquella noche.

Porque yo, solo detrás del telón, representaba en aquel momento la razón y la verdad. El público, que rugía fuera, representaba la injusticia, la incultura y el abuso.

Debieron, pues, los guardias del cuerpo de seguridad, para garantir mi persona y

mi derecho, intentar el despeje de la sala, con buenas razones primero, á cintarazo limpio después, si las razones no eran atendidas.

Y si los agentes no bastasen, se hubiera debido apelar á la guardia civil: si ésta no fuera suficiente, á la guarnición entera de la villa y corte, y en último extremo, á las tropas acuarteladas en los cantones adyacentes.

La espada de la ley debe caer sobre mí si delinco; pero el cuerpo de seguridad, el ejército y la marina deben evitar que se me atropelle. Para eso se crearon.

Y la prueba de que estoy en lo firme, y de que así lo entendió el mismo Sr. Gobernador más tarde, se verá en otro capítulo.

CAPÍTULO XXV

EL PLACER DE LOS DIOSSES.

Tres meses después me tocó otro fracaso teatral de los que ponen el mingo.

Pero de éste no tuve yo la culpa. La tuvieron algunos rivesteros que, al reseñar el escándalo de *La obra de la temporada* como grave alteración del orden público con barricadas y todo, dieron á entender que aquello era ya mi retirada segura de todos los géneros literarios habidos y por haber, y mi agotamiento definitivo.

Y ¡mil bombas!, como decían antes los coroneles de teatro, contra esa especie había que protestar á escape dando fe de vida; porque aquí, para el que se declara vencido ó agotado, es castigo del cielo que "le coman avisas, le piquen avispas y le hollen puercos", como á mi señor Don Quijote.

En cuanto leí aquello (porque al día siguiente de un estreno compro todos los periódicos que puedo y los devoro materialmente, como hacen muchos de mis compañeros que luego lo niegan); en cuanto leí aquello, repito, pensé en el desquite con todo el ardor y toda la fe propios del caso. ¡En mi vida he tardado tanto en escribir treinta cuartillas! Pero quita de aquí, enmienda de allá, corrige esto, reforma aquello, pule por este lado, lima por otro, la picecita me salió una joya.

—¡Ay, la joya!—dirán ustedes chulescamente, en son de burla. Bueno, pues estará equivocado, señores; pero ¿por qué no lo he de decir si lo creo?

En seguida busqué al maestro Soriano y le dije:

—Usted me prometió poner música á un libro mío en cuanto yo se lo pidiera. ¿Se atreve usted ahora?

—¡Otra! ¿Por qué no?

—¡Porque las circunstancias son peores que las de entonces y corre usted peligro de que le asen.

—¿A mí? ¡Un remeño! Pero, en fin, estaré á gusto con usted en la parrilla. ¿Dónde se va á estrenar eso?

—Venga usted conmigo.

Y nos fuimos á la Zarzuela, y se la leí á Pepe Riquelme, á Sancifrián, que era el empresario, y á Navacerrada, que estaba encargado de la contaduría.

Los tres me oyeron con atención, y, al final, Riquelme le dijo á Sancifrián muy serio:

—Bueno; esto va á ser torear al descubierto; pero yo con este papel me voy al toro con mucho gusto. ¿Tú qué dices?

—Que puede que nos rompan las butacas, pero... se pondrán otras.

Navacerrada se concretó á preguntarme humorísticamente:

—Diga usted, si hay que devolver el dinero, ¿se lo cargo á usted en cuenta?

Hay que advertir que todas estas precauciones no obedecían á que en la obra hubiera alusiones, ni injurias, ni *couplets* peligrosos, sino á la novedad del ambiente, á la índole del asunto y á lo atrevido y casi brutal de la situación criminal.

Pero Riquelme la ensayó con cuidado, se hicieron trajes las tipples y la empresa se lanzó á bordear el escollo con la serenidad del justo. ¡Nunca se lo agradeceré á todos bastante!

La gente, al leer el anuncio en los carteles, se decía:

—¡Hola! *El placer de los dioses*, ¿eh? ¡La venganza! ¡Una venganza, y de Sinesio! Esto será una *tomadura de pelo*, porque le machacamos hace tres meses... ¡Pues ahora es cuando va á ver lo que es canela!

Y en esta feliz disposición de ánimo llenó el teatro hasta los topes.

La autoridad, por su parte, había caído en la cuenta de que su misión era defenderme, y tomó las precauciones que juzgó necesarias... ¿No da gusto estrenar una zarzuelita en estas condiciones?

Bueno, pues al contrario de lo que esperábamos todos, con la representación empezó la calma.

La decoración representaba una floresta tranquila y apacible, muy apropiada para calmar los nervios; el diálogo era reposado y suave, con un humorismo plácido y bonachón; la acción sencilla, la exposición bre-

ye... Allí no había nada pecaminoso ni detestable, y los temibles bastones descansaban inmóviles en el entarimado como los lanzones de guerra reposan en las cujas.

Y, poco á poco, en paz y en gracia de Dios, llegamos al momento del peligro, á la escena atrevida, á la frase brutal. Cuando Riquelme se quedó solo con la señorita Rovira y se volvió hacia ella tremebundo y airado, los espectadores saltaron la carcajada. Vieron venir una situación vulgar y cursi, y se prepararon para burlarse de lo lindo y divertirse durante media hora sacándose tiras de pellejo.

Pero Riquelme, que á ratos es más actor de lo que él se figura, prescindió de aquel conato de marejada, avanzó hacia la triple resuelta y bravamente y dijo lo que tenía que decir con pasión tan bien sentida y tan honda, que enmudeció, sobrecogido y asombrado, el concurso.

El interés empezaba allí, profundo y palpitante, y el interés ata y domina siempre á la muchedumbre. Pero ¡ay! en aquel mismo momento concluía la zarzuela, porque era el final lógico, verdadero, humano, sin desplantes, ni voces ni cuadro plástico siquiera.

Descendió el telón lentamente. El silencio seguía reinando en la sala.

No duró mucho. En seguida vino la reacción, atronadora y violenta... "¿Cómo? ¿Aquello acababa así? ¿No podía ser! ¡Faltaba el desenlace! ¡Ah! Esa era la venganza del autor; su placer de los dioses: interesar al espectador, y en cuanto le tenía cógido, mandarle á su casa."

Pensar esto y arreclar los mueras, los silbidos y los golpes en la madera disponible, fué todo uno. También la gente pasó un buen rato empeñada en no irse sin que la dieran el final ó la devolvieran el dinero...

Pero el buen sentido y la presencia muda de unos cuantos guardias triunfaron esta vez, y el alboroto siguió durante mucho tiempo, pero ya en la calle.

Cuando yo acababa de presenciar el desfile por el agujero del telón, un amigo entró en el escenario, pálido y convulso.

—¿Qué atropello! —me dijo.—No me dejaban entrar.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Los guardias que están á la puerta con orden de no permitir el paso.

—¿Eh?

—¡Toma! Pero ¿no sabes nada? ¿No salgas ahora!

—¿Canastos! Pues ¿qué ocurre?

—Que hay muchos grupos ahí, en la plazaleta, esperándote para que las pagues to-

das juntas. Querían entrar aquí á darte de estacazos. Pero gracias á los guardias...

En mis labios, como dicen los novelistas fáciles, á pesar de la gravedad de la situación, se dibujó entonces una sonrisa bondadosa.

¿Por qué? Va de cuento.

El socio principal de una importante casa de banca veraneaba con su hija única, inocente como una tórtola, en una posesión de la costa cantábrica, muy cerca de una ciudad frecuentada en semejante estación por la gente elegante y rica.

Pretendía el banquero casar á su retoño con el heredero de una casa comercial, un joven insignificante que, más que joven, era una cifra andando, y esta pretensión había estado á punto de malograrse porque la niña se había enamorado de otro, del celebre Miguelito Atienza, y había costado un trabajo impropio arrancarla el pensamiento de corresponder á semejante bala perdida.

Pero justamente esta bala acababa de llegar á la ciudad de la costa como secretario del gobierno civil, y había aprovechado inmediatamente la ocasión para empezar de nuevo el asedio, con el propósito decidido de vengarse. ¡Vengarse, sí! Aquellas calabazas, que habían dañado su fama de conquistador irresistible, necesitaban un castigo. ¿Cuál? La conquista rápida y el abandono inmediato de la doncella. ¡Atienza tenía que ser implacable! Su aureola de Tenorio, hasta su carrera política, dependían de que ninguna mujer se le burlara.

Y audaz con las soberbias, tímido con las humildes, dulce con las mimosas, atrevido con las coquetas, y con todas firme, galante y generoso... ¡era un enemigo terrible!

Libre, además, como el aire, no tenía familia, ó no se acordaba de ella jamás. Hijo de una lavandera, cuando su madre murió quedaron una hermana y él sin más amparo que el día y la noche, y abandonando sin remordimiento el lastre de su hermana, él se lanzó con bríos á la lucha por la vida; listo y valiente, se metió en todas partes; hizo, como todos los audaces, una carrera brillante y rápida, y de secretario de un gobierno civil saltaría el día menos pensado á ministro de la corona... ¡El mundo era suyo por derecho propio!

Sí; por derecho propio, como la senadora de un Sr. Trujillo, mujeriego y aficio-

nado á toros, que se encargó de echar la red por el *boulevard* y la playa para preparar una sorpresa á Miguelito Atienza convidándole á almorzar en el campo con tres hembras de buena estampa, de las que se van en automóvil con cualquiera y á cualquier parte.

Una de las hembras, Matilde, la más hermosa y más... inaprensiva de las tres, se enteró en el camino de la jugada que el secretario preparaba á la hija del banquero, y al saber el nombre del galán palideció de ira y tembló de rabia.

—¡Tate!—pensaron las otras.—Esta es otra víctima.

—Sí—confesó ella,—otra víctima soy, pero de distinto genio que las demás. ¡Yo voy á vengarme de ese hombre!

—No podrás: sabe más que tú.

—Eso lo veremos.

Y llegó en esto el propio Miguelito Atienza. Al encontrar allí á Matilde, el saludo se le ahogó en la garganta, y secamente, nerviosamente, gritó á los demás con voz ronca:

—¡Pronto! Por favor, dejadnos solos un momento, señores.

En cuanto se alejaron murmurando las damas y caballeros alegres, el hombre avanzó hacia la mujer, y sujetándola con furia la muñeca, la dijo sordamente:

—¿Sabes quién soy yo?

—Sí: mi hermano Miguel.

—Pues ahora mismo, sin vacilaciones, sin disculpa, te vas como puedas y donde puedas, lejos de la ciudad, lejos de España, ¡donde no sea posible que se repita este encuentro bochornoso!

—¿Por qué he de irme? ¡No me voy! El que se va eres tú.

—¿Quieres que te mate?

—Me darías el castigo que mereces.

—¿Yo?

—Sí: ¿qué has hecho tú? Gozar sin freno, atropellando el honor de los demás y olvidar que tenías el tuyo, que podía correr el mismo peligro.

—¿Luisa!

—Matilde. Ahora me llamo Matilde. He tenido esa precaución para evitarte la vergüenza. Todas las mujeres a quienes persigues para abandonarlas tienen también padres, esposos ó hermanos... A esta misma, á quien tratas de engañar para sostener tu fama, habrá quien quiera matarla después, como tu quieres matarme ahora.

—¿Callate!

—Y mira tú lo que son las cosas. Me que-

do para salvarla, para hacer una obra de caridad como expiación de mi culpa, y para darte una lección que te corrija...

Oyéronse en esto las risotadas y canciones de los compañeros de orgía, que volvían cargados de botellas y de viandas. La mujer siguió diciendo:

—Ahí están. Si no te vas tú en seguida para no volver nunca, ¿sabes lo que voy á decirles? Pues esto: "¡A almorzar, señores! Pero un almuerzo honrado, de alegría sana, almuerzo de familia, en fin, porque el señor Miguel Atienza... ¡es mi hermano!"

Y como se oyera más cerca la bulla de los que llegaban, añadió casi al oído del hombre:

—¡Vamos! ¡A escape! O por la memoria de nuestra madre te juro que lo digo...

No vaciló él ya más, y huyó sin responder, rugiendo desesperado, herido en el alma, á tiempo que llegaban los otros y cesaban en sus *gorjeos* al encontrar á Matilde sola.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó uno.

—Nada—contestó ella,—que al secretario le ha llamado el gobernador, y se ha ido. Pero ¿qué falta nos hacía? ¡Destapad esas botellas, señores!

Y empezó el almuerzo con una alegría desbordante, mientras se adivinaba allá en el bosque, escapándose, desatentado y loco, por un sendero de la montaña, al conquistador, humillado, vencido, castigado por el deshonor de los demás con la deshonra propia. Y quedaba erguida, vencedora y soberbia la aventurera, perdida para siempre, que se vengaba de su abandono y su desgracia salvando de la desgracia y del abandono á una mujer honrada. ¡Venganza de alma grande, que con ella sola se ridimía de todos sus pecados!...

Tal era el asunto de *El placer de los dioses*.

Por haberle desarrollado, tal vez sin habilidad, pero con pulcritud, sin una palabra malsonante ni la menor ofensa para persona alguna, era por lo que ante la fachada del teatro de la Zarzuela se alborotaban y enardecían muchos hombres hechos y derechos, y no me dieron cuatro coscorrónes, gracias á los guardias...

¿Tenía ó no tenía yo razón para sonreírme bondadosamente?

CAPÍTULO XXVI

EL TANGO DEL CANGREJO

Siempre p'trás;
tú lo verás...

EL MOZO CRÓO.

Mi donoso amigo y antiguo compañero de redacción Juanito Pérez Zúñiga, no sólo escribe más que el Testado con una gracia inimitable é inagotable, sino que, además, toca el violín y compone música.

Y hace algunos años, no muchos, hizo y publicó una *cosa* que se titulaba: Los CANGREJOS, *pasodoble para andar hacia atrás*, que supongo que se habrá vendido como pan bendito á estas horas, pero que no ha tenido los honores públicos y oficiales que merece.

Ese *pasodoble* ha debido ser declarado himno nacional desde el momento en que salió de los tórculos.

Porque la marcha de Cádiz, el *Himno de Riego*, etc., etc., son vivos, animados, bellos... invitan á marchar hacia adelante, y no encierran, por lo tanto, en sus notas, el verdadero espíritu nacional que, por influencia atávica, morisca ó frailuna, suspira instintivamente por el retroceso. Aquí el liberal más avanzado, el socialista más convencido, el anarquista más furibundo, tienen dentro un inquisidor del siglo xvi, ó un señor feudal de la Edad Media. En los cafés ó en las calles predicarán el progreso y la libertad: en su fuero interno gozarían acabando con los enemigos en el tormento y en la hoguera, desean y piden el despotismo para los suyos y su dictadura personal si viene á mano.

Por eso se hizo una guerra sorda á los caminos de hierro, y se hace aún á la electricidad, y se ofrece una resistencia tenaz y heroica á la vacuna y á los desinfectantes, y se truena contra los tranvías modernos porque van demasiado de prisa, y contra los cables del teléfono, del telégrafo y de la luz porque á lo mejor pueden matar como el rayo.

Y es que respiramos aún, y todavía nos embriaga y deleita, la atmósfera de los patios moros, saturada de perfumes enervadores, y la de los silenciosos claustros conventuales, que huele á incienso y cera derretida.

La razón nos guía hacia adelante, pero la sangre que corre por nuestras venas nos empuja hacia atrás.

Se habla mucho de regeneración, de trabajo, de vida nueva, pero al que se lanza á

buscar el camino se le ponen inmediatamente obstáculos para que se estrelle; y, si por milagro los salva, la masa suspende su siesta secular para hacerle retroceder á fatigas.

¡Sí! el himno nacional debe ser el pasodoble de Zúñiga.

He escrito los párrafos anteriores, que me han salido franca y decididamente rimbombantes y declamatorios, porque la gente se asustó de aquella prosperidad irritante de la Sociedad de Autores, de la destrucción de las casas editoriales, de la unificación de archivos, hasta del modesto palacio de los 60.000 duros, que le pareció ya el coimo de la locura; y el público, la Prensa, los autores mismos se me plantaron delante, enardecidas las cejas y apretados los puños, y me dijeron de un modo que no admitía réplica:

—¡Atrás, paisano!

Y me lo dijeron cuando yo no había empezado á andar, cuando no había desarrollado sino una mínima parte del plan acariciado en sueños, cuando no había hecho más que poner la primera piedra del edificio.

Porque yo iba más lejos, muchísimo más lejos. Iba á buscar la federación de todas las entidades artísticas de España, á la fusión completa, pero con organizaciones autónomas del Círculo de Bellas Artes, la Asociación de Escritores y Artistas, la Sociedad de Autores, la Asociación de la Prensa, la Sociedad de Periodistas, la Asociación de Libreros, la de Artistas Dramáticos y Líricos, la de coristas y la de profesores de orquesta... Iba á intentar la administración única, directa, de los intereses de todos, la supresión absoluta de todo género de intermediarios y el desarrollo rápido, grande, increíble, de la cultura pública.

¿Cómo? De una manera muy sencilla. La primera prueba, la pequeña, había salido bien: ¿por qué no había de resultar lo mismo la grande?

Ya llegué á ver, en los momentos de fiebre (¡oh, el delirio de grandezas!), un palacio, un verdadero PALACIO DE LAS ARTES, regio, monumental, espléndido, edificado en los extensos solares de Medinazell, con magníficos pasajes en las calles que los cruzan y á los cuales se abrían las tiendas y despachos de periódicos, de libros, de música, de cuadros y de estatuas. Y dentro, unidos por el interés común y por la necesidad del mutuo apoyo, á todos los artistas, á todos los obreros intelectuales de España, pintores, escultores, arquitectos, ac-

tores, periodistas, autores dramáticos, músicos, coristas, novelistas, poetas... en contacto constante, en íntimo consorcio y con fraternidad verdadera.

Y veía una nube de empleados recaudando y distribuyendo derechos de representación, administrando por un procedimiento sencillo y fácil á todos los periódicos de Madrid, chicos y grandes, contratando actores, músicos y coristas, vendiendo libros, partituras, cuadros, esculturas y dibujos...

Y nada de *trust* absorbente y despótico. ¡Al revés! Ventajas para todos: para los artistas, que crean, y para el público, que consume y paga.

¿Que no? Pensad que las Sociedades de gente de teatro funcionan como ahora, pero con solidaridad completa; que los plátosres y escultores tienen mercados constantes, exposiciones permanentes y agentes en todo el mundo: que las empresas periodísticas no han de hacer sino enviar á la oficina central sus tiradas conforme á las listas de suscripciones y pedidos, y recibir liquidaciones mensuales, y que cuantos pinten, esculpan ó quieran publicar un libro, sea de lo que fuere, saben que disponen de poderosos medios de venta y propaganda sin tener que dejar la mitad del producto en comisiones y descuentos.

Pensad, por último, que cuanto se escriba, cuanto se pinte, cuanto represente, en fin, trabajo del cerebro, ha de salir de aquel centro intelectual para ir *directamente* al público, y decidme si éste no encontrará facilidad asombrosa para educarse comprando más barato y más pronto el pan del alma, y si los que con ese pan adquieren el necesario para el cuerpo no estarán poco menos que en la gloria...

—¡Sueños eran, vive Dios!—dirán los lectores flemáticos y tranquilos, al considerar lo vasto y lo difícil del plan ligerísimamente esbozado.

—¡Ah! sí serían sueños, ¡voto al dique!—contesto yo en seguida,—pero ellos me costaron muchas vigiliass, no poca tinta y bastante papel de barba. Porque no se hacen en un abrir y cerrar de ojos los cálculos necesarios para convertir en realidad una quimera de esa especie, y yo los hice todos, pasándome las noches en claro, después de haberme pasado las tardes con la blusa puesta.

He aquí mis cuentas galanas:

—Ahora—pensaba yo—*El Imparcial* no se vende en un pueblo de cien vecinos, aun-

que haya gente que quiera saber noticias; ni se toca el tango *del morrongo*, aunque no falte una familia acomodada que tenga piano; ni se representan comedias en un painerón, aunque salga algún labriego con aficiones declamatorias; ni llega libro alguno de ninguna clase, aunque las personas que entienden de letra se aburran mucho en las tardes del invierno... ¿Por qué? Porque para lo primero hay que suscribirse, y para lo demás hay que hacer un viaje á la capital de la provincia ó escribir á un librero que no se sabe que existe. Todo imposible ó poco menos, dada la pereza nacional, que nos incita á dejarlo todo para mañana.

Y *El Imparcial*, la Sociedad de Autores, los libreros y los editores de música, buscando cada uno por su lado, no podrán encontrar quien los represente en el pueblo de cien vecinos, pero todos juntos... es casi seguro que sí.

Y en cuanto los habitantes de cada aldea sepan que hay entre ellos uno, el estanque ro quizá, que, además de sellos y cerillas, vende periódicos, música, comedias y libro y que, además, les lleva á casa por poco precio cuanto le pidan, la afición se despertará con la facilidad de la compra.

Y *El Imparcial* triplicará su tirada, y autores y músicos duplicarán su recaudación, y cuantos escriban ó representen hallarán nuevos mercados... Los que no sepan leer aprenderán por fuerza, los que deletreen lo tomarán el gusto, y las letras de molde, y con ellas el amor á la civilización, llegarán á los últimos rincones.

¿Se ha entendido bien el importante papel de estos granos de arena en que había de asentarse el edificio de la administración única?

Pues vamos á ver los medios conducentes para llegar á ella:

Convencidos los actores de las ventajas de la fusión propuesta, y de cuyas condiciones hablé en otro capítulo, pronto les seguirían los coristas y los profesores de orquesta; cuantos viven de la prensa nos ayudarían seguramente, puesto que el beneficio del plan saltaba á la vista; pintores, escultores y arquitectos, ¿qué inconvenientes podrían encontrar? Y quedaban sólo, como huesos difíciles de roer, los libreros y los editores de música. Pero unidos ya los demás, todo podía reducirse á repetir la suerte de las casas editoriales; con suprimirles la primera materia, base de sus negocios, habíamos acabado de hablar. ¿Se comprende también esto?

Pues entremos en lo más árido y grave: en la cuestión del dinero.

Era preciso hacer una emisión de 30.000

obligaciones de á 500 pesetas al 6 por 100 de interés anual, para que su colocación fuera más fácil, importantes, por consiguiente, quince millones de pesetas y amortizables en cuarenta años.

Obligaciones, ¿eh? Odio las acciones, porque representan el capital eterno.

En esa cantidad había yo calculado el coste del solar, del edificio dispuesto y amueblado y el valor de las librerías y establecimientos de música de Madrid que sería preciso comprar. No hay que asustarse de la cifra. En primer lugar, la mitad por lo menos de las obligaciones las aceptarían probablemente como dinero el dueño del terreno y los libreros y editores, por el aquel del 6 por 100 de renta; y en segundo lugar, apelando á los Bancos, á las Sociedades de crédito, á los mismos que iban á asociarse, sería difícil, pero no imposible, reunir el resto. Más de mil hombres activos, decididos á trabajar por el bien común, ¿no habían de encontrar siete millones y medio de pesetas, aunque fuera en las entrañas del globo?

Suponiendo que todo eso se hacía, y yo veía más claro que la luz que se podía hacer, he aquí el presupuesto general, que me costó muchos sudores y fatigas:

INGRESOS ANUALES

<i>Prensa</i> : 400.000 ejemplares de todos los periódicos, vendidos á 3 céntimos á revendedores y correspondientes, arrojan un total de 12.000 pesetas diarias. El 15 por 100 de esta suma, que la Sociedad descontaría por gastos de administración, ascendería al año, en números redondos, á pesetas	700.000
<i>Sociedad de Autores</i> : Producto líquido del archivo musical, única fuente perpetua de ingresos. <i>Actores, coristas y orquestas</i> : 50 compañías funcionando por término medio, á razón de 400 pesetas diarias de presupuesto, 2 por 100 de recargo sobre las nóminas, que pagarían las empresas á cambio de las debidas compensaciones	200.000
<i>Librería</i> : 15 por 100 de un millón de pesetas de venta anual en todos los mercados	146.000
<i>Música de piano y banda</i> : 15 por 100 de medio millón de pesetas de venta	150.000
<i>Pintura y escultura</i> : 15 por 100 de la misma cantidad	75.000
	75.000

Producto del alquiler de 80 habitaciones á los empleados en el palacio mismo	50.000
--	--------

Suman los ingresos ... 1.396.000

GASTOS

Pago del cupón, amortizaciones y sostenimiento de la finca, números redondos	1.000.000
Nómina del servicio de prensa ...	120.000
De las Sociedades de autores, actores, coristas y orquestas	50.000
De la sección de librería	25.000
De la de música	20.000
De la de pintura y escultura	10.000

Suman los gastos 1.225.000

Quedaría, por lo tanto, un sobrante en el primer año de 171.000 pesetas; en cada uno de los siguientes iría aumentando de una manera proporcional, por la amortización de obligaciones, hasta que á los cuarenta justos rebasaría, naturalmente, la cifra de un millón de pesetas.

Y téngase en cuenta que en el cálculo de ingresos me he quedado corto adrede, como puedo probar á quien lo dude.

Habría, pues, desde el principio barro á mano para socorros, pensiones, premios, donativos, y al terminar la amortización dicha, ¿cuántas cosas grandes y buenas se podrían hacer con un millón de pesetas al año!

* * *

Este era el plan completo. Toda esa mole colosal se vino abajo como un castillo de naipes á los acordes cachazudos y lentos del pasodoble de Pérez Zúñiga.

¿Era una locura, un delirio? ¡Acaso! Pero los locos, los soñadores son los que hacen algo en el mundo. Por los hombres graves, sesudos y prudentes, estaríamos todavía viviendo en cuevas y cubriendo nuestras carnes con pieles de cordero.

Sólo siento que ese avance gigantesco de paz, de amor y de cultura, se ha retrasado muchos años, acaso siglos... Y que, aunque ahora me dejasen volver á empezar, antes de llegar á la mitad del camino, lógicamente pensado, habría tenido que dar de bruces en la tumba.

EPILOGO

Tal ha sido hasta la fecha mi teatro: es decir, la parte verdaderamente importante de mi teatro que, no por su valor intrínseco,

sino por las circunstancias extrañas y excepcionales que la rodearon, pudo tener y tuvo, á mi juicio, trascendencia indudable.

Posible es que, andando el tiempo, estas memorias íntimas, ó lo que fueren, requieran una segunda parte; porque, como decía Ginesillo de Pasamonte, "¿cómo quiere vuestra merced que esté acabado el libro si no se me ha acabado la vida."

Pero por ahora quédesse esto aquí, y olvídese en el acto cuanto llevo dicho, puesto que tal vez no merece otra cosa. Bien sabe Dios que al empezar no tuve otro propósito que el de explicar, con la claridad y prontitud que pudiese, algunos acontecimientos en que por casualidad tomé parte, y respecto á los cuales andaba la opinión un tantico extraviada; y de paso arrimar el ascua á mi sardina enterando á la gente de lo que soy, tengo y quiero, como dicen en los juegos de prendas.

En lo tocante á lo primero, ó sea el relato de sucesos que levantaron no hace muchos años gran marejada, y de los cuales, á pesar de eso, pocos tenían noticias exactas y verdaderas, celebraré haber vencido en parte la fastidiosa aridez del asunto, para que los profanos los comprendan y todos los juzguen de hoy en adelante, no á tontas y á locas, sino con conocimiento de causa.

Porque la verdad es que apasionaron grandemente, no sólo á los que en ellos intervenían por interés directo, sino á todo el público que asiste á los teatros y lee los periódicos, y ya me daría yo con un canto en los pechos si lo que llamamos *masa neutra*, que tanto influye sin saberlo en todas las manifestaciones de la vida nacional, se ha enterado por fin de lo que es y significa la Sociedad de Autores, y deja de mirarla con los ojos torcidos.

Respecto á lo segundo, es decir, á lo que á mí atañe personalmente, también me alegraré ¿por qué negarlo? de que se cambien un poco las tornas y deje el respetable público de creer que trató siempre de molestarle y de fastidiarle, y me midan los señores críticos con el mismo rasero que á los demás, y no crean los autores nuevos que yo *acaparo* los carteles, oponiéndome resueltamente á que estrenen cuantos sainetes, zarzuelitas y follas traigan embotellados, ni piensen los viejos que traté jamás de mandarlos y dirigirlos, ni que aproveché el mérito ajeno para la propia notoriedad, ni que... en fin, otras cosas peores.

Pero en esta segunda parte no hago gran hincapié. Si los hados me conceden lo que en ella pido... bien venido sea; si no... ¿qué se le ha de hacer? No he de perder el buen humor ni se me ha de alterar la salud porque

las cosas sigan como están en este punto. El que es bueno para que le premien, y se enfada si no le premian, ya no es bueno del todo. Y no se hace el bien al prójimo por ganarse su estimación, sino por la verdadera é inefable satisfacción que proporciona el saber que se ha hecho.

Bástame, por ejemplo, estar seguro de varias cosas indudables, y que son, á saber: que no hace ocho años todavía los autores desperdigados carecían de fuerza para hacer valer sus derechos, pagaban cara la administración de sus obras, debían á los editores cientos de miles de pesetas, recaudaban poco y llegaban, por lo general, al fin de su carrera sin poder disfrutar el producto de su trabajo; que las compañías de zarzuela funcionaban con dificultad por el precio exorbitante de los servicios y las trabas á ellos anejas, y que todos aquellos vicios seculares estaban sólidamente arraigados por contratos y escrituras... hasta el punto de que cuantos conocían el asunto á fondo juzgaban imposible, no ya la ejecución, sino el intento de transformar el viejo sistema.

Sé también, y también me basta, que el milagro se hizo; que todos los autores dramáticos quedaron *unidos y libres*, como rezaba el lema famoso; que la administración de sus obras, en las cuales mandan con entero dominio directamente, es mucho más barata; que la recaudación de derechos casi se ha duplicado; que los principiantes tienen mercado más extenso en que ofrecer sus productos, y que los negocios teatrales se desenvuelven con más facilidad y en mejores condiciones.

Creo firmemente, y lo digo como lo creo, que el brillante resultado obtenido se debe, si no en totalidad en gran parte, á haberme entregado en cuerpo y alma al servicio de la idea, á haberla dedicado cinco años de trabajo constante sin desmayos ni reposo, á haber afrontado serenamente el choque de los intereses encontrados, á haberme atraído la ira y la enemistad de medio mundo y á haber sido alternativamente ministro de Hacienda, jefe de barricada y mozo de cordel, según caían las pesas.

Tengo la evidencia asimismo de que habiendo empleado en una labor cualquiera, de las que lícitamente redundan en provecho propio, las interminables horas gastadas en estudiar y practicar el plan hasta en sus menores detalles, hubiera podido darme vida de príncipe á estas fechas; y bien sabemos Dios y yo que, lejos de eso, supe resistir

tentadoras proposiciones, y en la ganancia universal, en los beneficios generales y en la danza fantástica de los miles de duros pude sacudirme la blusa al salir del sótano, sin que cayera entre el polvo un átomo de plata.

Sabiendo todo esto, pues, ¿no es natural que de la opinión ajena se me dé un ardite?

Porque... ya que estamos acabando la presente historia, tal vez sería conveniente decirlo todo. ¿Lo es? ¡Vaya! Pues allá va, y sea lo que Dios quiera.

Sé también algunas otras cosas que hasta mis íntimos amigos piensan que ignoro... Pues no, señores; no estoy tan atrasado de noticias que no sepa que ha habido un largo período de tiempo en que cundió, surgiendo espontáneamente, primero la sospecha, después la certidumbre de que yo me había retirado de la Sociedad de Autores forrado de dinero. ¿Se entiende esto bien? ¡Forrado! Veinte, treinta, cuarenta mil duros... ¿qué sé yo? ¡Una atrocidad! ¿De dónde los había sacado? Pues... de cualquier parte: de los editores como corretaje, de la caja misma con escople y ganzúa... ¡Vaya usted á saber! ¡Hombre! hasta de las veinte mil pesetas que costaron las cajas de hierro para guardar los ejemplares puede que me hubiera dado el cerrajero algún piquillo de propina...

Es decir, que yo puse en peligro la paz, la salud, los intereses propios, ¡hasta la vida de mis hijos! por una cantidad alzada. ¡Por Dios y por la Virgen! ¡Si eso vale tanto que para pagarlo no hay oro bastante en el mundo! Se da, eso sí; pero no se vende.

Y asombraos de otra cosa. Asombraos de que conocí siempre los efectos de la calumnia en el desvío de mis compañeros, en el aislamiento á que se me condenaba, en ciertos actos de hostilidad patente de la colectividad entera, y teniendo en mis manos entonces, ahora y siempre, la destrucción de mi propia obra, disponiendo de medios para provocar el derrumbamiento y la catástrofe, díome Dios, y él no me la quite, la tranquilidad de ánimo precisa para sofocar el deseo de venganza y poner riendas al despecho. ¡Siempre han llegado á mí, tras los rumores de la calumnia, fascinadoras instigaciones para levantar la bandera de rebelión y encender la guerra civil entre los míos!

Por haberlas resistido con tenacidad me siento orgulloso; que más valor se necesita á veces para aguantar alfilerazos y bofetones que para atacar un reducto cargando á la bayoneta en la primera fila...

Y mientras la Providencia me conserve el corazón sano y la cabeza firme, no sólo no

contribuiré jamás á minar el edificio que ayudé á levantar á tanta costa, sino que, si llegara para él un día de verdadero peligro, allá iría á apuntalarle, á sostenerle, al primer aviso, con todo lo que soy, todo lo que valgo y todo lo que tengo. ¡Y vive Dios que volvería á portarme bien, aunque se repitiese el drama y llovieran de nuevo sobre mí capuchinos de bronce!

Para concluir, haré otra afirmación tan extraña y tan inverosímil como las anteriores. Ignoro dónde nació la sospecha injuriosa, pero la comprendo. ¡Es tan absurdo eso de que un hombre que trabaja, brega, pelea y se sacrifica por enriquecer á otros, no haga negocio con ellos ó abusando de ellos!

Pero es que yo también hice mi negocio, señores; y voy á confesar cuál fué, como si hubiese llegado mi última hora y de esta confidencia dependiese la salvación de mi alma.

Yo he aspirado siempre con creciente fervor, con anhelo insaciable, á que mi nombre pase á la posteridad de algún modo; á dejar alguna huella, aunque sea leve, de mi tránsito por el mundo. Y al paso que llevaba, ni como poeta lírico, ni como periodista, ni como autor dramático, hubiera podido romper jamás la fila de las medianías adoceñadas. ¿Es esto cierto? Pues me era preciso buscar el alto asiento de la inmortalidad por sendero diferente. ¿Jurarían ustedes que no lo he alcanzado? Yo no lo juro. Yo me iré á la tumba (lo más tarde que pueda, naturalmente) con una duda muy agradable.

Al sistema antiguo no se volverá jamás, porque el carro de la libertad no retrocede; y si el edificio se afianza, como ocurrirá de seguro, pase lo que pase, es difícil que se borre el nombre del que puso la primera piedra; que hasta para eso tiene la ventaja de ser un poco raro. Lógico es, pues, suponer que al cabo de los siglos no quede rastro ni memoria de los artistas más eminentes de esta época; pero las generaciones venideras no tendrán más remedio que acordarse de mí, quiera ó no quiera la presente, y se acordarán poco ó mucho mientras haya autores dramáticos que cobren derechos y se representen comedias en el mundo.

Este goce íntimo os parece pequeño? Pues le hay mayor todavía. ¿Cuál. El que nace del sufrimiento por una causa justa: el de verse abandonado, perseguido ó olvidado por todos teniendo la convicción de haber hecho á la mayoría un beneficio grande.

El placer que ese tormento proporciona es intenso, infinito, hondo, de una delicadeza y de una fragancia exquisitas... ¡Desgraciados los que murieron sin probarle jamás, porque ellos pasaron por la tierra sin haber vivido!

Sí, esa es la verdad. Cuando se acomete una empresa noble, cuando se trabaja de veras, con el alma y con el cuerpo, para llevar un grano de arena á la gran fábrica del pro-

greso humano, no saborea el supremo deleite del deber cumplido, no goza de él de veras y del todo quien no gusta las gotas amargas de la ingratitud y no deja en el camino jirones de la honra y no sella su triunfo con sangre de su sangre.

Y con esto no canso más. Firmo y plego.

Diciembre 1905.

INDICE

Parte primera.—Versos.

	Páginas
Autobiografía	1
Ayes de amor	2
Confiteor	3
Contagio	3
Lance	3
Confiteor	4
A Madrid me vuelvo	5
Egloga	5
Inocencia	6
¡Perdón!	7
La siesta (parodia de Zorrilla)	7
El ángel de la guarda	8
Cosas de niños	9
Cosas de jóvenes	10
Cosas de viejos	10
Al menudeo	11
Remember	12
La lechuza	12
Borrachera	13
Microcosmos	13
Romance caballeresco	14
¡Oh, la infancia!	15
Astronomía	15
Tres cartas	16
Diabluras	17
Flores	17
Delicias profesionales	18
Música celestial	18
La tentación	19
A un fanfarrón	19
La batalla	20
Confiteor	21
Historieta	21
¡No escribo!	22
No hay de qué	22
En la variación está el gusto	23
¡Caballos!	24
El torneo	24
¡A buena hora!	25
¡Siempre lo mismo!	26
Genio y figura	26
La diplomacia	27

	Páginas
La vicaría	27
A una muchacha muy sosa	28
Ni fá ni fá	28
Uno más	29
¡Justicia seca!	29
El ritorno	30
Profesión de fe	30
Al amor de la lumbre	31
La fiebre	32
¡Veinticinco años!	32
Estilos	33
Vals	33
¡Ron!	34
Una visita	35
Estamos de acuerdo	35
Sobre gustos	36
Las ranas	36
Con permiso	37
El drama eterno	37
¡Claro!	38
A rey-muerto... ..	38
La primavera	39
Caprichos	40
Disgusto doméstico	40
La tempestad	41
Consejos... de guerra	41
Las píldoras	42
¿Que quién soy yo?	42
¡Mire usted qué demonio!	43
Adorable Matilde	43
Diálogo edificante	44
¿Cuál es el peor?	45
Dolorita	45
Incidente parlamentario	46
Vanidad de autor	46
Uno de tantos	47
Del Rastro	47
¡No hay bandera!	48
De madrugada	48
Un viaje á Toledo	49
La nochebuena	49
Pulvis es... ..	50
El regimiento de desecho	50
Variaciones del tema	51

	Páginas		Página ^s
En confianza	52	III.—Santander	89
¡Oh, el arte!	52	IV.—Zaragoza	90
Misterios	53	V.—Badajoz	91
Cuentecito	53	VI.—Valladolid	93
Conato de seducción	54	VII.—Zamora	94
La defensa	54	VIII.—Lérida	95
La administración	55	IX.—Ciudad Real	96
Candor infantil	56	X.—Palencia	97
Excmo. Sra. Condesa de... ..	56	XI.—Cáceres	98
¡Hala, hala!	57	XII.—Cádiz	100
¿¿ ::::::::::??	57	XIII.—Albacete	101
Moralicemos	58	XIV.—Málaga	102
Arrullos	58	XV.—Murcia	103
Un injerto	59	XVI.—Toledo	104
El medio ambiente	59	XVII.—Orense	106
Por lo flamenco	60	XVIII.—Almería	107
Sarcasmos	60	XIX.—León	108
Cuestión de estética	61	XX.—Guadalajara	110
A un postergado	62	XXI.—Pontevedra	111
Rectificación	62	XXII.—Palma de Mallorca	112
En la cárcel	63	XXIII.—Oviedo	113
Lo de todos los días	63	XXIV.—Valencia	115
La separación	64	XXV.—Castellón	116
Idilio	65	XXVI.—Coruña	117
Buen remedio	66	XXVII.—Alicante	118
La boda	66	XXVIII.—Avila	120
Gresca	67	XXIX.—Bilbao	121
Entendámonos	68	XXX.—Lugo	122
En un álbum	69	XXXI.—Burgos	123
Confiteor	69	XXXII.—Huesca	125
Una desgracia	69	XXXIII.—Vitoria	126
B. L. P.	70	XXXIV.—Segovia	127
La ley del embudo	71	XXXV.—Tarragona	127
Niñerías	71	XXXVI.—Pamplona	129
¡Ah, pícaros!	72	XXXVII.—Logroño	130
El lacayo	73	XXXVIII.—San Sebastián	131
¡Buen remedio!	73	XXXIX.—Sevilla	132
La fuente de la Teja	74	XL.—Gerona	133
¡Oh, la Arcadia!	75	XLI.—Huelva	134
La autoridad nocturna	75	XLII.—Santa Cruz de Tenerife	136
La noche de ánimas	76	XLIII.—Córdoba	137
La entrada en casa	77	XLIV.—Teruel	138
Todo el mundo	78	XLV.—Jaén	139
La corrupción del siglo	78	XLVI.—Cuenca	140
Donde las dan las toman	79	XLVII.—Granada	142
Fábula	80	XLVIII.—Soria	144
Las buenas formas	81	XLIX.—Madrid	144
Empresas teatrales	82	El camino del cielo	145
Tomando café	82	Esperando	146
Dura lex... ..	83	Egloga	147
Epístola trascendental	83	En las alturas	147
Una tontería	84	Microbiología	148
¡Pícaros hombres!	84	Malas lenguas	148
Sin comentarios	85	Leyenda feudal	149
Contrastes	85	En el Olimpo	150
ESPAÑA CÓMICA.—Prólogo	86	En los barrios bajos	150
I.—Barcelona	87	Cosas	151
II.—Salamanca	88	La pena de muerte	152

Páginas

¡Ay, Amelia!	152
A grandes males...	153
Oye, mamá	153
Contraste	154
Al pedigrifeño número 427	154
¡Atrás!	155
A falta de asunto	155
¿Va usted al baile?	156
El ave María	156
Entre abuelo y nieto	157
Conversación	158
Aduanas	158
Tiple nueva	159
Los que brillan	159
Charla femenil	160
Veleidades	161
Al camisero	161
Santificar las fiestas	162
El tenorio del escenario	162
Consolatrix afflictorum	163
En medio del arroyo	163
Carta confidencial	164
Las leyes de la historia	165
El poeta y los cerdos	165
Prólogo de <i>Migajas</i>	165
Del mal el menos	167
Ahí está	167
El Nicanor	167
Carta de Ginesillo de Pasamonte	168
Puntos de vista	168
Después del estreno	169
Fensamientos	170
Sanos consejos	171
¡Hola, Mariquita!	172
La pulmonía	172
Plan frustrado	173
En los Cuatro Caminos	174
Divaguemos	174
Al amigo Bartolo	175
El eterno aburrido	175
Indiferencia	176
Género epistolar	176
Reflexiones tristes	177
Amiga mía	177
¡Desperta, ferro!	178
¡Lo que son las cosas!	178
Mi cuarto á espadas	179
Menudencia	179
Poesía amorosa	180
Supongamos...	180
Del buzón	181
Poesía cursi	181
La muchedumbre	182
El clima de Madrid	182
La despedida de la cocinera	183
Confiteor	184
Platonismo	184
Descorazonémonos	185

Páginas

De actualidad	185
Cabeza de chorlito	186
Cambio	186
De lo vivo á lo pintado	187
Agitémonos	188
Esgrima	188
Ññez	189
La costumbre	189
Lluvia menuda	190
Madrigal	191
Revolución interna	191
Dos crepúsculos	191
¡En baile!	192
Degeneración	193
¡Al yunque!	193
Amorosa	194
Un ciudadano	194
La patria	195
En el álbum de una bailarina	196
A Fulano de Tal	196
El furgón	197
El maquinista	197
1.º de Noviembre	197
Sanos consejos	198
La costurera	199
¡Santo inocente!	199
Una menos	200
Aviso saludable	200
El globo	201
En el álbum de una entretenida	201
Idilio campestre	202
El calvario	202
A Poncio, periodista	203
Bucólica	203
Los despreocupados	204
Política y administración	204
A una... cualquier cosa	205
Confiteor	205
Fumemos	206
¡Arriba!	206
Filosofía	207
Con mal fin	207
En familia	207
Filípica	208
¡La oreja!	208
Contrastes	209
Flores de Mayo	209
Lo de siempre	210
La borrasca	210
Aprended, flores...	211
En el corredor	211
En la playa	212
El otro mundo	212
A mi primera novia	212
Los ladrones	214
Galettería	214
Histórico	214
De deducción en deducción	215

Páginas

Páginas

Cartel de desafío	215
Solito	216
El crisol	216
R. I. P.	217
Una más	217
Una interrupción	217
Nieve en la sierra	218
Casi-epitalamio	219
Fantasma submarina	219
Insiones	220
Misterios	220
Hoy por tí... ..	220
El "estudio" de la Prensa	220
Rípios clásicos	221
Ensayo general	221
Diálogo transcendental	222
Va de cuento	222
Fantasma	223
Celos retrospectivos	223
Confiteor	224
Volubilidad	224
S. M. el Público	224
Declaración de guerra	225
Cuento	225
Las pequeñas causas	226
En el monte	226
Apuntes	227
Sensibilidad	227
El sexo débil	228
La petición de mano	229
Visita de inspección	229
Otra aventura	230
La eterna derrota	230
Ellas	231
Éxtasis	231
Cansancio	231
"Madrid cómico" y yo	232
Balada	233
Hoy por tí... ..	233
El cazador furtivo	233
Memoria de un muerto	234
Correo interior	235
En la celda	235
Los ojos languidos	236
Filosofía del amor	237
El tiro por la culata	237
Recuerdo	238
El timonel	238
Seguidillas	239
La dentición	239
El campo de batalla	240
Diálogo edificante	240
A la señorita Valentina	240
Música perdida	241
¡Ande el movimiento!	241
Post nubila... ..	241
En el árbol	241
En el Olimpo	242

El beso	242
Pequeño poema	243
Epístola inmoral	244
Al montón	244
Don Policarpo	245
Haz bien... ..	246
¡Vino!	246
El tren gallego	247
Insomnio	247
Las suicidas	248
Floreos	248
Una solución	249
Egloga	249
Noche perdida	250
Madrigal	251
Juicio oral	252
Pequeñez	252
Noche de difuntos	252
El amor	253
Fantasma	253
El bombardeo	254
¡Vae victis!	255
Círculo vicioso	255
Cuento olímpico	256
La eterna injusticia	256
El dedal de plata	256
Pulvis es... ..	257
Querido amigo... ..	257
La metamorfosis	258
En campaña	258
Ley natural	258
Cuentecito	259
¡Oh, la fama!	259
El orden social	260
La ley del embudo	261
Madrigal	261
Terreno vedado	262
Una aventura	262
Soledad	263
Harmonía entre la ciencia y la fe ...	263
Cómo se hace el amor	264
Los sucesos de ayer	264
El eterno sofisma	265
El rancho	265
Sección de noticias	266
Pesadillas	266
La orgía	267
La escalera	268
La letra con sangre entra	268
La infidelidad	269
Mira, Carmen	269
Daños y perjuicios de la mujer legítima	270
¡Hay clases!	270
Autores dramáticos	270
Carne de tablas	271
Casa tranquila	272
¡Bonitas están las leyes!	273

Páginas

El sacrificio	273
Poligamia	273
Ante el juez	274
Manual del perfecto sablista	275
La huelga	275
Angelitos al cielo	276
Menudencia	276
El buey suelto... ..	277
Mi plan	277
Consejos "literarios"	277
¡Orden superior!	278
Confiteor	278
La patria	279
Ley de la vida	279
Manga ancha	279
Los moldes	280
Conversación	280
La forma poética	281
Pax vobis	281
A chorros	282
El centinela	282
Entendámonos	283
El noticierismo	283
Ventajas del clima	284
Fantasia taurómaca	284
Drama chiquito	284
Cuentan que... ..	285
La imaginación	285
La superstición	286
Desdichas humanas	286
La orgía	287
Receta	287
Miniaturas	288
Comprámonos	294
Favor por favor	294
Contraste	295
¡Hule!	295
Los calaveras	296
El número eterno	296
Patología moral	297
¿Degeneración?	297
Blasfemia	298
En la gloria	298
La ley eterna	299
Esperando	299
Gato escaldado	300
Tiempo perdido	300
Carambola	300
La forma poética llamada a desapa- recer	301
A don Fulano de Tal	301
A todo hay quien gane	302
El desquite	302
El misterio eterno	303
El orgullo	303
Defenda est Cartago	304
En el baile	304
¡Oh, las visitas!	305

Páginas

Sueño extravagante	305
La distancia	306
El impuesto progresivo	306
En vela	306
Ahora que ha pasado	308
Fuentes de la historia	308
Antes del estreno	309
¡Vía libre!	309
A un autor dramático	310
Ley eterna	310
Sin recursos	311
Chasco	311
¿Sofisma?	311
Pequeñeces	312
La espera	312
En un abanico	313
Palencia	313
¡Siempre lo mismo!	314
A todo evento	314
¡Pido el poder!	314
A banderas desplegadas	315
El vagón fúnebre	315
Alborada gallega	316
La cadena	316
La invasión	317
La fresa	317
Enero	318
¿Y los poetas?	318
El derecho del pataleo	319
Colón	319
La ley del embudo	319
Los presupuestos	320
Amapolas	320
Pax hominibus	320
La irrupción de los bárbaros	321
Comunicaciones	321
Prólogo de "Arenillas"	322
El 1.º de Mayo	322
Himno al trabajo	322
Los dos placeres	323
¡Venganza!	323
La pasión eterna	323
¡Hosanna!	323
Actores españoles	324
La lira y la espada	324
No hay poetas	325
Epístola a Palacio Valdés	325
Sermón perdido	326
A punta de navaja	326
Confiteor	327
Titirimundi	328
Ministros de alforjas	328
Alma andaluza	329
La mugre	329
El "yo" satánico	330
Fantasia morisca	330
Canto a la bandera	331
El atestado	331

	Páginas
El renacimiento	332
Las imperiosas vacaciones	333
Protesta	333
Europeicémonos	334
La última moda	334
Saludo	335
Nuestro jardín	335
La lógica inflexible	336
Ultima ratio	336
Enero	337
Los Reyes Magos	337
La falda de barros	338
Catilinaria	338
El respetable público	338
¡Viva la libertad!	339
Confiteor	339
De espectáculos	340
El Dos de Mayo	340
Entremés lírico	341
De la Pradera	342
Se dan contrajudías	342
Playeras	343
Barbarie	343
La entente cordiale	344
Filosóficas	344
Sursum corda	344
En honor de Benavente	345
Condición humana	345
Teatralerías	346
¡Bombo va!	346
Los moldes nuevos	347
Igualdad, fraternidad	348
Confiteor	348
* * *	349
2 de Mayo de 1908	349
Los habladores	349
Prólogo	350
El desencanto	350
Lo típico	350
Veranlegas	351
La conquista del aire	352
Fin de estación	352
Tentación	353
Teatrales	353
De re literaria	354
De modas	354
De baile	355
Confiteor	355
Amorosas	356

Parte segunda. — Prosa.

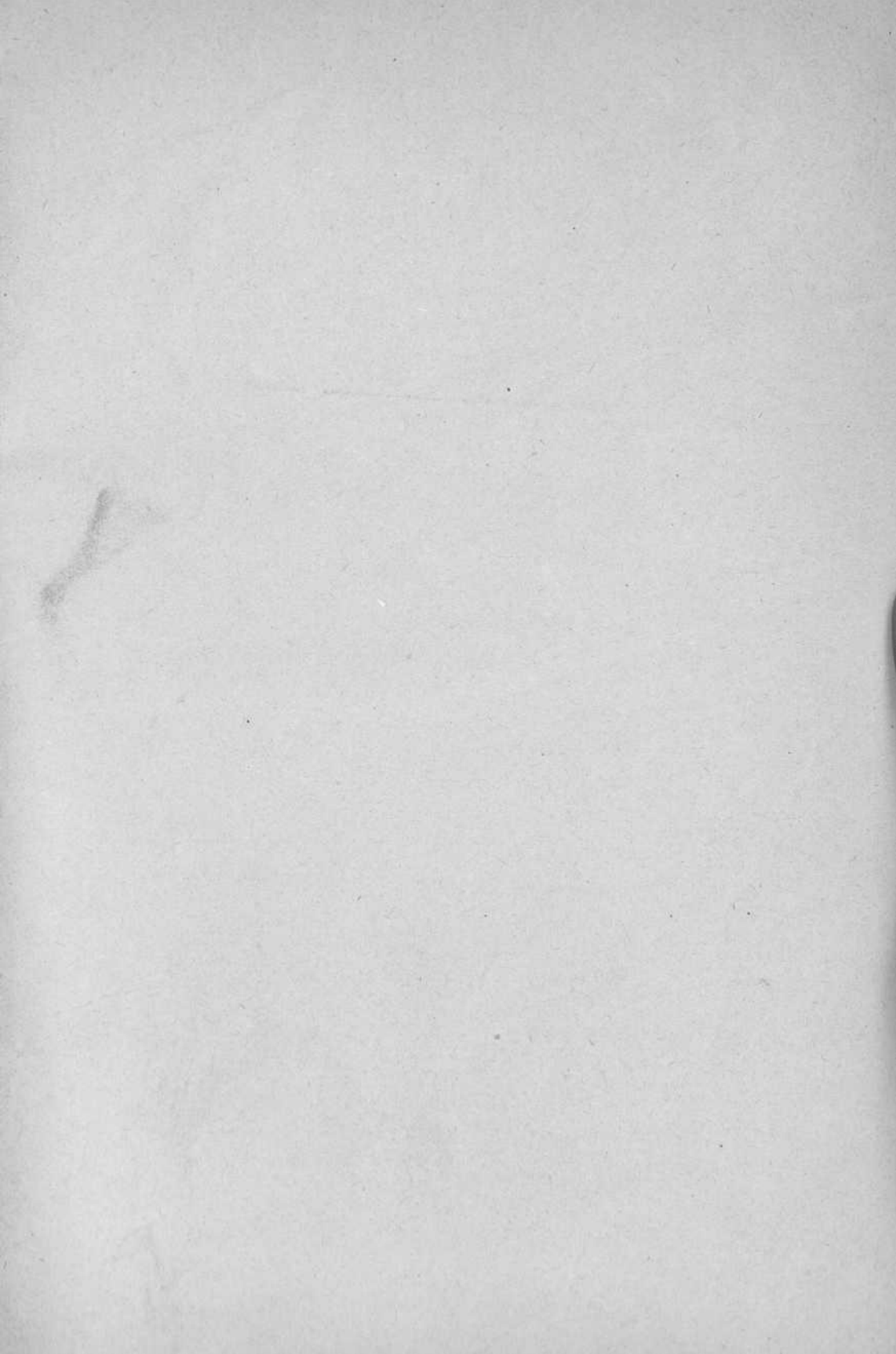
Cartas particulares	371
Un millón de muertos	373
¡Ladronees!	374
Hagamos el vacío	375
Carta particular	377
¡Toma canela!	378

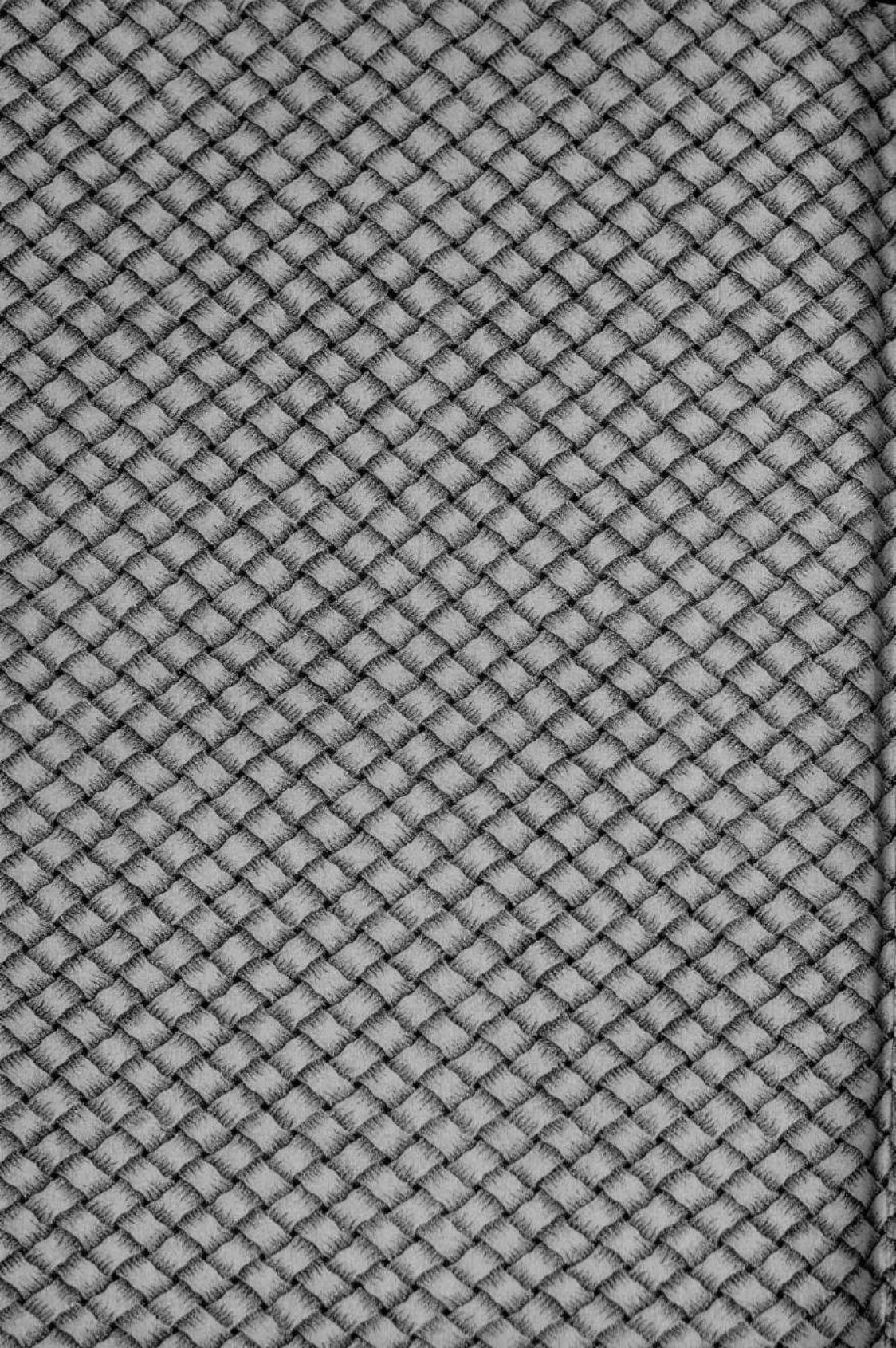
	Páginas
Los prisioneros	379
Mi plan de hacienda	381
Otro programa	382
La Walkiria	383
Españolerías... y armas al hombro	386
El romanticismo	387
La dictadura	388
Paso atrás	389
Respuesta á un cómico	390
Los vidrios rotos	394
Cabos sueltos	395
¡Viva España!	397
Menudencias	398
Las pequeñas causas	399
El entierro de Castelar	400
Malas costumbres	401
Los presupuestos	402
Invasión extranjera	405
Montero y Montesinos	405
Carta abierta	408
El huevo de Colón	409
Conversación	412
Cuatro ministros en danza	421
Conversación. (Continuación.)	423
La ola verde	428
La previa censura	429
Advertencia respetuosa	430
Al primer tapón	431
La patria huérfana	433
Gracias anticipadas	434
La crítica fácil	435
El cortejo luminoso	436
Pallique	438
Los gobernantes gobernados	439
Mentiras convencionales	440
Epistolario inútil	441
¡Eh, á las fiestas!	444
Líricos, ¡al tren!	446
La capa del estudiante	447
La racha de ahora	448
Síndiquémonos	449
Meditemos	451
El crimen de anoche	452
El comité de lectura	453
Hipología	454
Corniveleterías	455
Nuestra hegemonía	457
La andante pobretería	458
Diamantes americanos	459
Se alquila	461
Estemos tranquilos	462
Consejos higiénicos	463
Tarasconadas	465
Observaciones menudas	466
¡Christ!... ¡Christ!	467
Voz de alarma	468
Ande el barato	470
Minucias interesantes	471
El general gimoteo	472

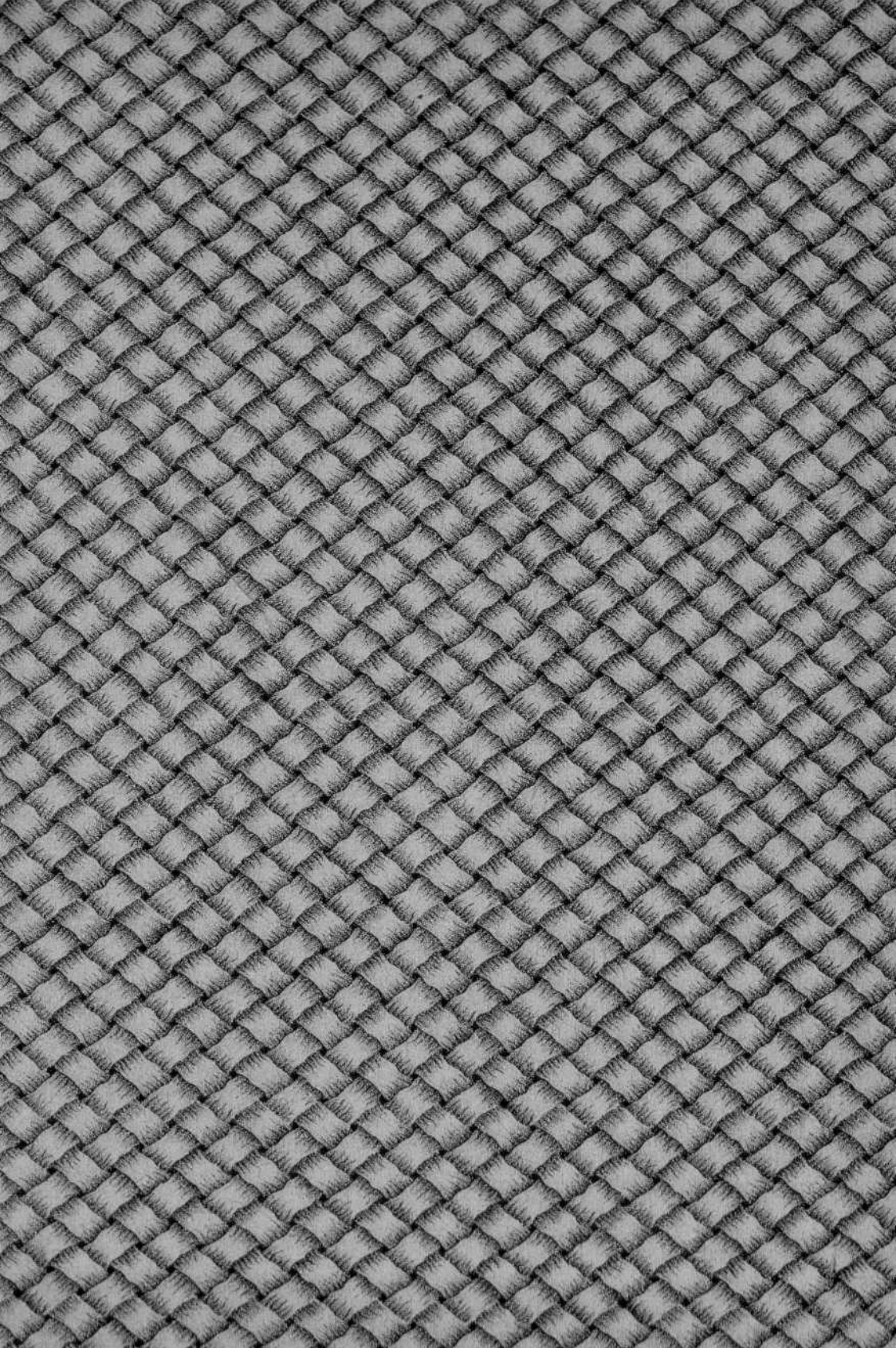
	Páginas
Eramos pocos...	474
El mayor dolor	475
El ozono municipal	477
El partido nuevo	478
Obras, obras, obras	479
El primer disgusto	481
Poderoso Caballero...	482
El poder de la inocencia	484
Crisis total	485
FORMIO XXVI. (Cuento extravagante.) Capítulo I.— <i>En que de buenas á primeras se presenta el protagonista</i>	486
Capítulo II.— <i>De cómo se le vuelven á uno los sesos agua</i>	488
Capítulo III.— <i>A lo que puede conducir la más pequeña equivocación en las operaciones algebraicas</i>	490
Capítulo IV.— <i>Los misterios de Formio XXVI</i>	492
Capítulo V.— <i>Las hormigas de la cáscara amarga</i>	494
Capítulo VI.— <i>El canto pelado</i>	496
Capítulo VII.— <i>En que se demuestra que las hormigas tienen un corazón compasivo y practican la caridad como las personas mayores</i>	498
Capítulo VIII.— <i>El arte de la guerra</i>	500
Capítulo IX.— <i>La catástrofe</i>	502
Pajaritología	504
Juicio oral y público	506
EL FIN DE UNA LEYENDA. (Cuento.) ...	508
ESPÍRITU PURO. (Cuento.)	525
MI TEATRO.—Prólogo	544
Cap. I.—La cruz del puñal ...	544
" II.—La tienda de comestibles	546
" III.—La zarzuela nueva ...	549

	Páginas
Cap. IV.—Continuación del ter- cero	550
" V.—Don César de Bazán.	552
" VI.—Dolorettes	554
" VII.—Los archivos musica- les	556
" VIII.—La Sociedad de Auto- res	559
" IX.—Negociaciones diplo- máticas	561
" X.—El ultimátum	564
" XI.—La guerra de la Inde- pendencia	566
" XII.—La batalla	568
" XIII.—En vísperas	571
" XIV.—El estreno de "Dolo- retes"	573
" XV.—La leyenda dorada.	575
" XVI.—"La chica del maes- tro"	578
" XVII.—En marcha	581
" XVIII.—Los galeotes	583
" XIX.—La campaña de la Prensa	586
" XX.—El palacio	589
" XXI.—El estreno de "La chica del maestro".	591
" XXII.—La obra de la tem- porada	594
" XXIII.—La revolución	596
" XXIV.—El estreno de "La obra de la tempo- rada"	599
" XXV.—"El placer de los dio- ses"	602
" XXVI.—"El tango del can- grejo"	605
Epílogo	607









DELGADO
—
OBRAS
COMPLETAS

G 15108